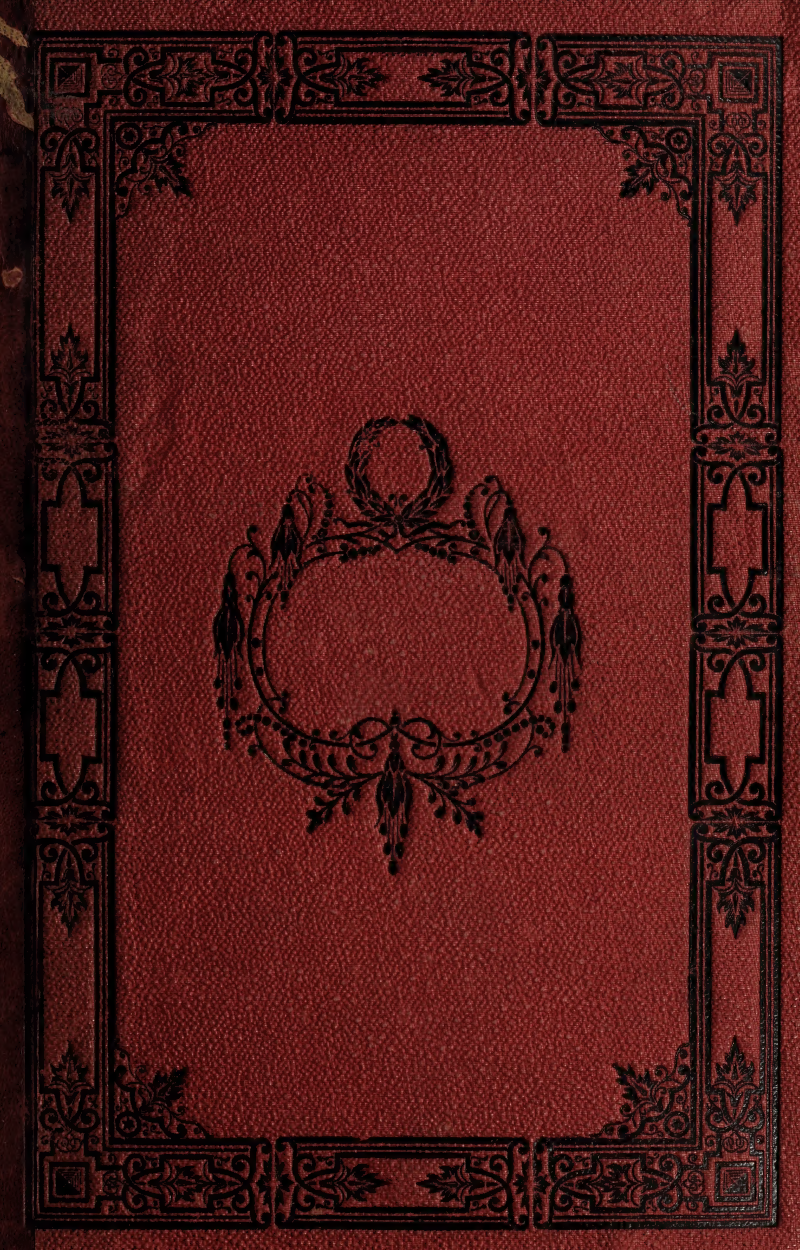
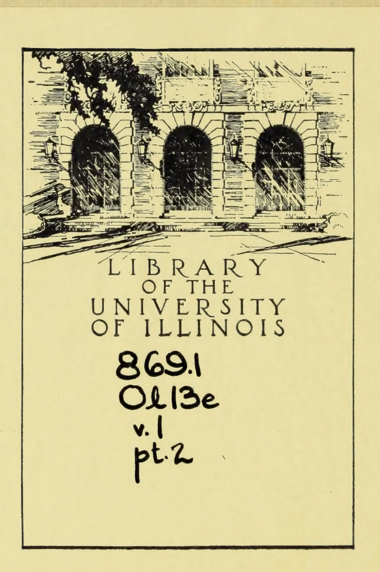
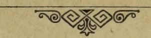




EPISODIOS HISTÓRICOS
MEXICANOS

J. F. PÁRRES Y C.ᴬ, EDITORES



# EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS

## NOVELAS HISTÓRICAS NACIONALES

AMENA É IMPARCIALMENTE ESCRITAS

POR

**ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI**

Premiadas con Diploma
Medalla de primera clase y Mención Honorífica en la exposición de Guadalajara en 1880
y con el Premio y Medalla de primera clase en la
Exposición de Querétaro de 1882

*Edición de gran lujo*

*ilustrada*

*con excelentes láminas cromolitográficas y grabados intercalados en el texto representando los personajes y acontecimientos más notables de la Historia de México desde el año de 1808*

TOMO I

SEGUNDA PARTE

BARCELONA

MÉXICO

CONSEJO DE CIENTO, 301-303 | CALLE DE CHIQUIS, 11

**Tipografía « La Academia, » Ronda de la Universidad 6, - Barcelona**





X

# EL SITIO

# DE CUAUTLA

MEMORIAS DE UN CRIOLLO 1812

**Tomo I**

*Segunda Parte*



Entrada triunfal de Calleja en México (pág. 1004).

## EL SITIO DE CUAUTLA

### I



L año de 1812 había comenzado halagador para los realistas: la Villa imperial de Zitácuaro no era ya otra cosa que un inmenso campo de calcinados escombros, que parecía decir al viajero que medroso circulaba á sus inmediaciones, aquellas tremendas palabras, por todos repetidas, de *sépase quien es Calleja*.

D. José María Morelos recibió la noticia del desastre de la Junta sin cólera ni sorpresa.

—No podía sorprenderle,—me dijo el compadre Mascarilla,—porque jamás esperó nada bueno de las pretendidas dotes guerre-

ras de los de la Junta: tampoco le dió cólera el suceso porque en su mano estaba tomar, como tomarla se propuso, la revancha.

—Veamos, compadre,—dije yo que me encantaba con las sencillas narraciones del andaluz insurgente;—veamos lo que hicieron ustedes.

—Muchacho, lo que nosotros hicimos fué lo que siempre hacíamos, estar listos para seguir á nuestro general seguros de que él sabría conducirnos á la victoria.

—¿Y cuál fué ella?

—La del jueves 23 de Enero de 1812 en Tenancingo.

—Pero entendámonos, ¿fué una victoria en regla?

—Escucha.

—Venga la historia compadre.

—Has de saber que el virey había destacado sobre nosotros al buen marino D. Rosendo Porlier, que acostumbrado á moler á golpes á los insurgentes del primer ejército, llegó no sólo á creerse un Cid, que esto ningún perjuicio nos hacía, sino un azote de los insurgentes en general: esto ya nos tocaba muy de cerca y no podríamos haberlo consentido durante mucho tiempo: preciso nos fué, pues, demostrarle que las cosas habían ya cambiado y que el gran jefe independiente en nada se parecía al Sr. Hidalgo si no es que fuese en el amor acendrado á su patria.

—Compadre,—observé yo interrumpiéndole,—paréceme que no habla con todo el respeto que debiera del amigo de mi padre, del valeroso D. Miguel.

—Muchacho, no suelo gustar de que nadie me interrumpa, pero tampoco puedo consentir que imagines que no sé dar lo suyo á cada cual. No le niego sus méritos á D. Miguel, pero conste seor muchacho, que ante la grandeza del Sr. D. José María Morelos, no hay, ¡vive Cristo! quien pueda entre nosotros alegar méritos dignos de compararlos á lo suyos: pero á tí te pasa, es claro, lo que á todos, habláis sin saber lo que habláis, repetís sin conciencia de lo que decís lo que decir habéis oído, y nuestro gran Morelos, comparable sólo á los Alejandros, los Césares y los Napoleones, se pierde casi en la sombra de vuestra ingratitud. Entiéndelo bien, muchacho, si Dios no nos hubiera enviado un Morelos, la obra del benemérito cura del pueblo de los Dolores no hubiera sobrevivido á su fusilamiento en Chihuahua. Quien quebrantó la piedra

angular del edificio colonial fué el Sr. Morelos, el Sr. Morelos, ¿lo entiendes? él y nadie más que él. Y como yo le conocí, y como á su lado estuve y testigo fuí de sus hechos, yo bien sé lo que me digo y... clarito, chicuelo, no admito discusión, pues fuera poner á prueba si el sol es el astro que nos alumbra, cuando diariamente vemos que lo mismo es esconderse él detrás del horizonte que quedarnos á oscuras: víctor pues al Sr. Hidalgo y víctor al Sr. Morelos, pero entiéndase que aquel fué la voz del trueno y éste el rayo: asusta el primero, hiere el segundo: llama á D. Miguel la cuna de la patria, pero reconoce en el Sr. Morelos el padre de esa patria. ¡Vive Cristo! que esta es la verdad: solo un león como él podía haberla engendrado.

Era el compadre Mascarilla hombre de malas pulgas y ni por la mente me pasó entablar discusión con él.

En primer lugar su rudo lenguaje convencía á cualquiera, máxime á mí que era un muchacho fácil de convencer.

En segundo, siempre que se irritaba el compadre, tenía la perra costumbre de accionar con su pata de palo, que era al pegar tan dura como el hierro, y sin excepción cuantas veces accionaba con ella, pegaba con seguridad.

Dejéle, pues, que tomase el hilo de su narración y escuché:

—Porlier debió haber concurrido por disposición de Calleja al ataque de Zitácuaro, pero Venegas que en todo se metía y siempre trató de disgustar al jefe realista, dispuso que Porlier marchase sobre Tenango, cuartel general del intrépido insurgente Oviedo: hízolo así saliendo de Toluca el 15 de Diciembre, y el 29 entró en Tenango, que durante la noche anterior había sido abandonado por los insurgentes: entretúvose en arrasar y destruir las fortificaciones y fábricas de pólvora y cañones, y el día 3 de Enero sostuvo contra Oviedo una reñida acción en la barranca de Tecualoya quedando vencedores los realistas y muerto el pobre Oviedo. Retiróse Porlier á Tenancingo y antes de que hubiese podido saborear su triunfo, le llegó la noticia de que el mismo Sr. Morelos en persona habíase encargado de vengar á Oviedo. En efecto, el señor Galeana no tardó en presentarse en el campo precediendo al Gran Caudillo con sus dos brazos derechos D. Nicolás Bravo y don Mariano Matamoros. Porlier tuvo un golpe de audacia y queriendo ganar tiempo se lanzó sobre Galeana á quien halló en la barranca

de Tecualoya el 17 de Enero y la cosa anduvo mal por ambas partes, pero al fin los realistas hubieron de recogerse en la noche á Tenancingo maltrechos y cariacontecidos. El 22 el Sr. Morelos se presentó con su ejército ante la plaza realista y no pudiendo montar á caballo de resultas de una caída que se dió en Izúcar,



.. dando á la una de la tarde la señal de ataque

hizo que le colocasen, en lugar que determinó, una caja de guerra y en ella se sentó dando á la una de la tarde la señal del ataque. Realistas é insurgentes se portaron aquel día, la verdad, en toda regla: la victoria estuvo mucho tiempo sin decidirse por ninguno de los dos bandos: tales fueron los prodigios de valor en ambos. Tan pronto Porlier se metía en nuestro campo y se llevaba los cañones que volvía contra nosotros, como Galeana y D. Nicolás Bravo los recobraban confundiéndose con supremo arrojo con los enemigos: nos daban sobre todo mucho que hacer los pícaros negros de las haciendas de D. Gabriel Yermo, que se batían como

tigres al mando de su administrador D. José Acha: ¡malditos! ¡qué arrojados y valientes eran! Repito que en pocas situaciones de mi vida, ví la muerte tan de cerca como en aquel día: al fin nosotros fuimos los vencedores, pero ¡cuánto no nos costó lograrlo! Porlier se portó como los marinos sabemos portarnos siempre, pero la suerte no quiso serle favorable y no sólo vió caer uno á uno sus soldados, sino que perdió también sus principales jefes, entre ellos los dos tenientes de navío D. Pedro Toro y D. Francisco Michelena. Ni la noche pudo poner fin á aquella reñida y sangrienta acción; el combate continuó hasta más de las diez de la noche, hora en que Porlier, convencido de la inutilidad de la resistencia, determinó retirarse, como lo hizo, entre los resplandores del incendio que se cebaba en las casas de Tenancingo; á los pocos días entró en Toluca sin artillería, sin tropas casi y con un gran número de heridos, en estado tal de gravedad que la mayor parte no pudieron resistir con vida ni la primera curación.

El botín que en tal acción se recogió fué muy considerable, pero de poco nos sirvió la artillería realista porque la hizo clavar Porlier al verse obligado á abandonarla.

## II

No recuerdo pláticas familiares tan entretenidas como las que en nuestro cómodo hogar, reclinando yo la cabeza en el hombro de mi buena madre y viendo á mi padre recrearse en las miradas de su santa esposa, tenían lugar cuando siendo yo casi un niño demostraba á los idolatrados autores de mi existencia, cuán digno era del cariño sin límite que me profesaban.

Todo era calma en derredor de nosotros; la paz de las conciencias, flor y fruto de las almas, perfumaba la atmósfera en que vivíamos y el mutuo cariño convertía nuestra morada en el templo en que mejor se adora á Dios; en el templo de una familia dichosa.

No éramos ricos pero gozábamos de cómoda aunque modesta posición: no necesitan más para ser felices aquellos que no tienen la desgracia de haber sentido anudarse alguna vez á su garganta la

sierpe de la ambición. Sólo los que han sido pobres pueden darse cuenta de las ventajas de una cómoda medianía.

El recuerdo de las miserias pasadas acrecienta el valor del bien presente, y la memoria terrorífica de los males de otros días, inspira tal gratitud á Dios por haberlos alejado de nosotros, que creeríamos ofenderle pidiéndole algo más que el olvido de ellos: la conformidad surge entonces magnánima y poderosa, entonces sí, sólo entonces, pues por más que los moralistas nos la recomienden en todos los instantes de la vida, no puede ni podrá nunca existir para el que no posee aquello que su educación y sus costumbres exigen: conformarse con las miserias y las desgracias podrá ser muy cristiano, pero es imposible; la conformidad sólo puede existir en la comodidad relativa, sin que deje por esto de ser una virtud, pues natural es en el hombre la ambición, á la cual los unos llaman envidia y emulación los otros: innata en él la idea de la igualdad predicada por la religión que profesamos, la humanidad desgraciada protestará siempre por la voz de su miseria contra las injusticias de la suerte, y la falta de equilibrio social la lanzará siempre también á esas tremendas luchas del proletariado y la opulencia: los hombres no tienen la culpa de que el alma y sus aspiraciones sean las mismas en todas las capas sociales; ellas se tendrán la culpa si se quiere, por no haber acertado desde el primer instante á conservar la igualdad en que todas fueran creadas, pero la razón de las causas desaparece frecuentemente ante la violencia de los efectos. No se nos diga que expeditos están los caminos para la inteligencia y el mérito: mérito é inteligencia vienen desde que el mundo es mundo sucumbiendo ante la ceguedad de una suerte contraria: la suerte; este es el secreto, el enigma indescifrable; por indescifrable irrita al hombre, y le lanza á la violencia, y engendra en él el odio contra tan patente injusticia, y le arrastra á la venganza bálsamo y consuelo de las heridas de esa injusticia.

Pero dejémonos de *filosofías*, vedadas á los hombres sencillos y casi sin instrucción como yo: quienes nunca nos hemos visto en situación de hacer de la ciencia un oficio, solemos decir muchas tonterías porque hablamos con el corazón que es lo primero que debe faltarle á un buen filósofo, quien según la moda debe no sólo no creer cosa alguna, sino negarlo todo, religión, familia, deberes, obligaciones: todo en fin cuanto constituye un hombre honrado.

—Que tiempos aquellos,—me decía mi buen padre;—no diera ni el negro de una uña por volver á ellos, y esto no obstante, me atrevería á decir que en algunas, quizás en muchas cosas, hemos empeorado. Jamás olvidaré los ratos de agradable diversión que tengo pasados en el coliseo ó teatro como poco á poco fué nombrándole la gente. Por lo que á la fábrica del edificio respecta puedes decir, hijo mío, que le conociste tal cual estuvo en tiempo de los vireyes, pues hasta la reforma que se le hizo en 1824 poco ó casi nada había cambiado.

Mi padre decía bien: en 1824 contaba yo catorce años, y recuerdo las obras que se hicieron en mejora del coliseo, hasta 1845 en que puede decirse que fué transformado por completo, sin perder no obstante, la solidez de sus muros que aun en nuestro días existen.

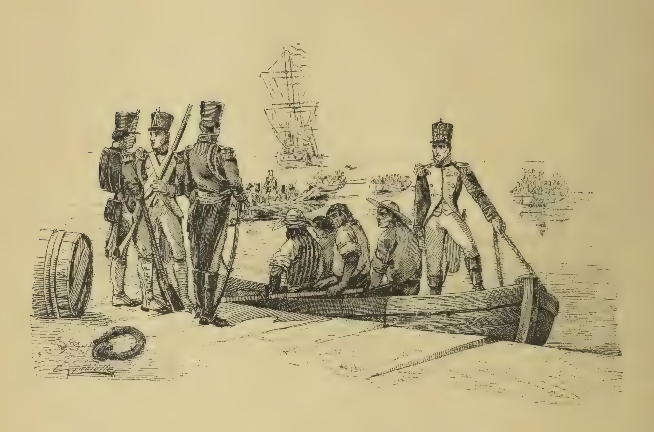
—Pocos días después de la toma y destrucción de Zitácuaro, decía mi padre, me encontraba yo en México, donde había venido á ver á tu buena madre y hacerte unas caricias antes de regresar á unirme con el ejército del Sr. Morelos: eras tú, me decía, un diablillo, todo lo que puede llamarse un diablillo: dieciseis meses contabas de vida, no llegabas á una vara de estatura y ya hasta los colmillos habías echado: no hablabas mucho que digamos, en cuanto al número de palabras que poseías se entiende; pero en cambio las de tu caudal las repetías sin cesar, y otras inventabas ó las gruñías de tal modo, que, por Dios, era necesario ser tus padres para acertar á comprenderlas; pero lo repito, esto no te impedía ser una verdadera taravilla, en medio de la cual no te faltaba cierta elocuencia, que tu madre y yo comparábamos á la que habíamos oído elogiar en un *mosiu* Mirabeau, que había hecho en París diablura y media por aquellos días en que los franceses iban á degollar ó habían degollado ya á sus reyes.

Perdonen mis lectores que haya transcrito aquí las anteriores palabras de mi padre; le quise mucho y á mí me parecieron siempre tan buenas como se lo parecieron á él mis infantiles charlas.

La verdad es, que el mismo compadre Mascarilla me dijo muchas veces, que cuando chiquito tenía yo mucho talento: desgraciadamente con la edad fué todo él desapareciendo, como bien podrán juzgarlo mis lectores.

Pero tomemos de nuevo la narración de mi padre, el inolvidable Benito Arias.

—Pues bien, hijo mío, vuelvo á decir que á mediados de Enero de 1812, me encontraba yo en la capital: todo era en ella agitación. contento y alegría: del martes 14 de aquel mes al jueves 16 del mismo, habían llegado á Veracruz los navíos Miño y Algeciras



... primeros cuerpos expedicionarios españoles..

procedentes de la Coruña, conduciendo al tercer batallón del regimiento de Asturias y al primero de Lovera, primeros cuerpos expedicionarios españoles mandados por la regencia de España en auxilio del gobierno de México.

¿Pero cómo pudo hacer tal cosa la regencia?

—Pues ahí verás tú: los españoles europeos de México quisieron hacer una nueva ofensa á los criollos y se salieron con la suya.

—No entiendo.

—Te lo explicaré, hijo mío: habíase dado el caso de que algunas tropas realistas se pasasen á los insurgentes, como ya dejé referido en mis anteriores relaciones; y el temor de que otras pudiesen hacer lo mismo, sugirió á muchos particulares la idea de precisar

al consulado á que se dirigiese oficialmente á España, pidiendo tropas de la península por no deberse confiar mucho de los criollos.

—¡Pero eso fué una injusticia!

—Y tanto que sí: los realistas nos venían haciendo hasta entonces una guerra formidable con sólo tropas criollas, pero qué quieres hijo, así paga el diablo á quien mejor le sirve. Lo cierto del caso es, que la población de Veracruz recibió con ilimitadas muestras de entusiasmo á los cuerpos expedicionarios, esperándoles en el muelle, pues era al anochecer, con innumerables hachas de viento, conduciéndoles entre vítores y aclamaciones al local que para alojamiento se les preparó; convites, frascas y obsequios se sucedieron en número tal, que D. José Enríquez, mayor del primer batallón de Lovera, antes de salir para Jalapa, dió oficialmente las gracias á la población por medio de un papel que dirigió á don Carlos de Urrutia comandante de la plaza. Esto no obstante, los amigos de los insurgentes que no faltaban en Veracruz, compusieron el siguiente pasquín que tuvieron el valor de fijar en el palo mayor de uno de los buques:

De Veracruz llegó al puerto
el veloz navío Algeciras,
con Quijotes que traen miras
de desfacer un entuerto.
Pero yo tengo por cierto
que nada conseguirán,
y cumpliéndose el refrán
unos hoy, otros mañana,
los que vinieron por lana
trasquilados quedarán.
Observancia de la ley,
justicia bien distribuída,
pondrán en paz nuestra grey:
de no, pronto está perdida
la alhaja mejor del rey.

Si mucho fué el entusiasmo con que en Veracruz se recibió á las tropas españolas, no te digo nada del extremo á que ese entusiasmo llegaría en Jalapa, donde el elemento español dominaba casi en absoluto: las mismas señoras salieron á la entrada del pueblo y en mitad de la plaza abrieron una colecta de dinero en obsequio de

las tropas, colecta que produjo en algunos minutos ochocientos pesos que se distribuyeron entre los soldados, cabos y sargentos: esto sucedió el 23 de aquel mes: tres días antes, el 20, el famoso navío Asia arribó también á Veracruz, procedente de Cádiz, conduciendo al primer batallón del regimiento de infantería americano y al brigadier D. Juan José de Olazábal, y mariscal de campo conde de Castro Terreño. Con esto, y con la victoria de D. Felix María Calleja en Zitácuaro, punto menos se creyó que la paz del reino habíase restablecido.

III

Repito que todo era en México regocijo con ocasión de los sucesos apuntados.

No obstante, algo como una gran nube negra se cernía sobre aquel malamente despejado cielo.

Por una parte, la derrota de Porlier, que hasta entonces en todos lados había vencido á los insurgentes, daba bien claro á entender que el Sr. Morelos estaba por la providencia destinado á propagar el incendio, cuya chispa había brotado en Dolores: por otra los disgustos entre el Virey y Calleja tomaban alarmantes proporciones.

El jefe del ejército llamado del centro, después de su corta permanencia en Zitácuaro y su descanso en Maravatío, salió de éste el 23 de Enero con intención de situarse con todas sus fuerzas en Celaya, y dedicarse desde allí á la completa pacificación de las provincias internas. Venegas no lo estimó así conveniente, y le ordenó se dirigiera á Tasco y en él atacase al Sr Morelos, antes de que éste cayese sobre Tenancingo: respondió Calleja que esta comisión se le diera á algún otro jefe á cuyas órdenes podrían ponerse las tropas que se esperaban de España; Venegas no quiso hacerlo así, y enfullinado Calleja, pidió se le separase del mando, á lo cual contestó el virey accediendo, pero reiterando las órdenes ya dadas, por cuyo motivo el campeón realista insistió desde Ixtlahuaca en su renuncia en oficio del 26.

Venegas, que con la llegada de las tropas españolas se creyó menos solo que lo había estado hasta entonces, aprovechó la ocasión y nombró para suceder á Calleja á D. Santiago Irisarri, brigadier de marina.

Pero aquí fué lo bueno, porque sus tropas, apenas de esto tuvieron noticia, dirigieron una representación al virey, diciéndole sin embozos ni evasivas que no reconocían al nuevo jefe ni servirían á las órdenes de nadie que no fuese D. Felix María Calleja.

Venegas hubo de ceder por miedo á un alzamiento militar, y devorando las ofensas en su amor propio resentidas, punto menos que suplicó á su temible rival no insistiese en su renuncia, por patriotismo y por correspondencia al amor que le profesaban sus tropas.

Calleja contestó en los siguientes términos:

«Excmo. Sr: Me ha sorprendido la copia de representación de los jefes de este ejército, adjunta al superior oficio de V. E. de ayer á las once de la mañana, en la que entre otros, dan por origen de las enfermedades que sufro, la sensación que pueden haber hecho en mi espíritu murmuraciones y hablillas despreciables, á las que soy tan superior, que miro con lástima al débil, que no encontrando el camino del honor y de la gloria, entra por las sendas tenebrosas de la negra calumnia.

»Este ejército, restaurador del reino, vencedor en cuatro acciones generales y treinta y cinco parciales, está muy á cubierto de toda murmuración racional, y yo muy tranquilo sobre este punto.

»Yo he hecho por mi patria cuantos sacrificios ella tiene derecho á exigir de mí, sin pretensión ni aun á que se conozcan, y si ahora hablo de ellos, es porque la necesidad de desvanecer el más leve indicio de que los economizo por resentimientos, me obliga á ello.

»Yo he sido el único jefe en el reino que ha levantado y conservado tropas, arrancándolas del seno mismo de la insurrección, y este propio ejército, cuyo mando me hizo V. E. el honor de confiarme, se compone de ellas en la mayor parte. Abandoné mis intereses que hubiera podido salvar como otros, y que fueron presa del enemigo; dejé mi familia en el lugar de mi residencia, para alejar de sus habitantes la sospecha de que temía se perdiese: la expuse al mayor riesgo, y con efecto, perseguida por los montes, cayó en sus manos y por miras interesadas me la volvieron escoltada por sus tropas, con la propuesta de que si yo dejaba las armas de la mano, me devolverían mis intereses, me asignarían una buena hacienda, me señalarían veinte mil pesos de renta anual, y me acordarían la graduación de general americano.

»Soy también el único jefe que ha batido y desbaratado las grandes masas de rebeldes, y soy finalmente el único, que después del ataque que padeció mi salud ocho días antes de la batalla de Calderón, se puso á la cabeza de sus tropas, casi mortal, y ha continuado un año á la del ejército en los mismos términos.

»Todo es notorio, como el sincero deseo del bien público que me ha conducido; y si los miserables restos de salud que me quedan fueren útiles á mí patria, no dude V. E. un momento en que los sacrificaré; pero ella me ha reducido á término que por ahora me es absolutamente imposible continuar con un mando que tantos obstáculos pone á mi restablecimiento. Si puesto en sosiego, regimen y curación metódica (lo que no es combinable con la situación actual) restableciese mi salud, lo manifestaré á V. E. sin perder instante, á fin de que me emplee cuando me crea útil; por lo que ruego á V. E. nuevamente se sirva nombrarme sucesor.»

El anterior documento fué fechado en Toluca el 1.º de Febrero de 1812 á la una y media de la tarde.

## IV

Irisarri, el brigadier de marina con quien según ya dije quiso Venegas sustituir á Calleja, expedicionaba mientras tanto en la provincia de Puebla con una división á la cual se agregó el primer batallón de infantería americano que el navío Asia condujo, como ya queda dicho, á Veracruz: el 2 de Febrero sus tropas vencieron en las inmediaciones de Zacapuaxtla á algunas partidas insurgentes que tenían en constante jaque á aquella población.

Esto no era, sin embargo, lo bastante para acreditar un nombre enteramente desconocido en el ejército, y el virey hubo de sucumbir nuevamente al prestigio de Calleja, reiterándole la súplica de que permaneciera al frente de sus tropas, invitándole á pasar con ellas á México, en tanto que Porlier quedaría encargado de la guarda y defensa de Toluca.

Era el miércoles 5 de Febrero, conmemoración del mártir mexicano San Felipe de Jesús.

Nuestros amigos los tertulianos de la rebotica del licenciado

en farmacia D. Cleofás Madana, que tuvimos el gusto de conocer en el Episodio que á éste precede, caminaban en alegre grupo por la carrera que había llevado la procesión que, partiendo de la catedral, tenía su término en la opulenta iglesia de San Francisco.

D. Martín Cabrera y Alba, el yerno de D. Sóstenes de Pantoja, abría la marcha dando el brazo á su esposa doña Beatriz, radiante de lujo ya que no de belleza, y escoltaban á la feliz pareja D. Sóstenes, D. Cleofás y D. Buenaventura del Valle que lucía su flamante uniforme de comandante en retiro de las tropas del capitán general de Guatemala.

Todos ellos, y con especialidad D. Martín, lucían sus mejores galas: doña Beatriz se recreaba más que en sus propias joyas, que los transeuntes celebraban al paso, en la gallarda presencia de su marido. Constituían las principales piezas de su traje, sombrero de primera, casaca de paño finísimo, camisa de olán como lavada, almidonada y planchada en París, corbata correspondiente, chaleco y pantalón más blanco que el armiño, medias botas con lustre brillante, caña de China, sortija de diamantes, reloj de trescientos pesos con cadena y juguetillos de igual precio, entendido que el reloj era de oro y á la moda, hecho en Génova, con un círculo de punta de diamantes figurando cocolitos; la cadena y los dijes estaban formados de toda suerte de piedras preciosas, alguna de muy regular tamaño.

—Felices nosotros,—decía D. Sóstenes,—que hemos alcanzado estos tiempos que, según espero, habrán de ser descritos con letras de oro en las páginas de la historia.

—Dice muy bien mi señor de Pantoja,—observó D. Buenaventura, que, como se recordará, era siempre de la opinión de los hombres ricos.

—No harán mal efecto esas letras de oro sobre el fondo rojo de las páginas,—dijo á su vez D. Cleofás.

—¿Por qué rojo?—preguntó D. Sóstenes.

—Ahí es nada,—contestó D. Cleofás,—¿parece á ustedes poca la sangre derramada en el mundo en los últimos años?

—Tiene razón el Sr. Madana,—dijo D. Sóstenes,—¿no le parece á usted así, Sr. D. Buenaventura?

—Y tanto que sí, mi señor de Pantoja, y tanto que sí. Pero convengamos en que tal derramamiento no habrá sido inútil: la hu-

manidad como el individuo necesita de vez en cuando una sangría, para conservar el equilibrio de la vida.

—D. Buenaventura habla como militar que es: por fortuna no se halla en servicio.

—Estuviéralo á no habérmelo impedido el mal estado de mi salud: porque, convengámoslo así, señores, que nada hay tan envidiable como la gloria de un militar de la talla del Sr. Calleja, cuya entrada en la capital debemos presenciar hoy á medio día, y en cuyo honor hállanse adornadas las calles y lucen los balcones colgaduras de mil diversos matices y tal cual de fabuloso precio.

—A propósito,—observó D. Sóstenes,—¿creerán ustedes que las malas gentes andan diciendo por ahí, que se ha elegido el día de hoy para la entrada del ejército del Sr. Calleja, para que el adorno de las calles destinado á la procesión, sirva para dar más grande esplendor al recibimiento del Sr Calleja?

—No, si le digo á usted que estos revolucionarios teóricos son incorregibles: todo lo convierten en sustancia.

—Mi señor de Pantoja, no se sulfure usted por tan poca cosa, y deje decir. Por más vueltas que le den, el espectáculo que hoy va á ofrecernos la entrada en México de los vencedores de Aculco, Guanajuato, Calderón y Zitácuaro, es uno de los más grandes espectáculos que ha admirado la Nueva España: así lo afirmo como soy militar y me llamo Buenaventura del Valle.

—Tiene usted razón, mi comandante,—dijo D. Sóstenes;—además supongo que no considerarán los descontentos que el magnífico arco levantado por D. José Mariano Beristain, arcediano de México...

—¿Qué arco es ese?

—Uno magnífico que se alza en el lindero de la hacienda de Becerra, próxima al Paseo Nuevo, con esta inscripción:

AL VICTORIOSO EJÉRCITO NOVO-HISPANO.

Á SU INVICTO GENERAL.

Á LA FORMIDABLE COLUMNA DE GRANADEROS.

Á LA VALIENTE COMPAÑÍA DE GASTADORES.

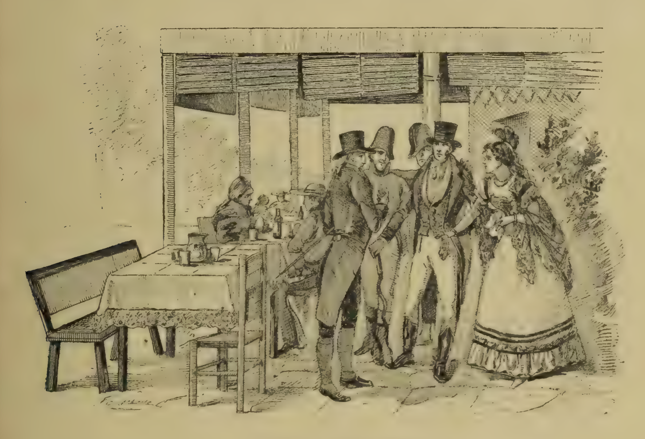
Á LA MEMORIA DE SU DIFUNTO CAPITÁN VIZCAYA.

EN EL LINDERO DE SUS TIERRAS CONSAGRA ESTE ARCO

EL ARCEDIANO DE MÉXICO.

—Pobre D. José Ignacio Vizcaya,—exclamó con sentida voz don Buenaventura;—era en efecto un bravo capitán que, después de haberse distinguido en toda la campaña, tuvo el disgusto de morir en San Luis, de muerte natural, como si no hubiera podido salirle al encuentro en cualesquiera de las acciones en que tomó parte.

—Estos militares son terribles,—observó D. Cleofás;—véanlo



—Aprobado,—dijo D. Martín

ustedes; compadece á Vizcaya porque Dios le permitió morir tranquilamente en su cama, en vez de haber hecho que una bala le partiese por mitad del espinazo.

—Amigo D. Cleofás,—replicó D. Buenaventura;—ustedes no pueden comprender esto: al soldado le sucede algo parecido á lo que sucede á los marinos, quienes no se mueren á gusto si no mueren ahogados.

—La verdad es que el aspecto de las calles es magnífico.

—Como que ha tomado especial empeño en que lo parezca el oficio de plateros, á cuyo arte se dedicó en sus juveniles años San Felipe de Jesús.

—Los altares de los tales plateros son de una riqueza maravillosa.

—Como que hay mucho dinero en esta capital.

—Cierto, y ojalá sea siempre así.

—Eso sí que no lo aseguraría yo,—observó D. Sóstenes.

—Ni yo,—añadió el ex-comandante,—eco fiel de la opinión del señor de Pantoja.

—Pero otra cosa me ocurre á mi,—dijo D. Cleofás Madana.

—Veamos que es ello.

—Que puesto que pasamos frente á un café y nevería, y la mañana está deliciosa y picante el sol, obsequiemos á nuestra excelente señora doña Beatriz de Pantoja de Cabrera, con un refresco.

—Aprobado,—dijo D. Martín, mientras su esposa agradecía con pulidas frases la galantería del licenciado en Farmacia.

Cuando todos hubiéronse sentado en derredor de una mesa cuadrada de madera, cuidadosamente cubierta con un limpio mantel que en sus dos extremos terminaba una punta ó faja de tan primoroso trabajo que una blonda parecía, y después de verse todos servidos, la conversación continuó así, tocándole aquella vez el abrirla á doña Beatriz.

—¿Vieron ustedes qué hermosa iba en su coche de maque la hermosa marquesa de Cervera, condesa de Orizaba?

—Cierto que sí,—respondió Madana;—por más señas que el magnífico tronco de mulas retinto golondrino que llevaba, le ha costado mil doscientos pesos en la carrocería de la calle de San Juan.

—Bien puede pagar eso y mucho más; el conde su marido es uno de los más fuertes capitalistas de Nueva España.

—¿Y por fin, han hecho las paces el conde, la marquesa y don Alvaro?

—Dicen que sí.

—Lo cual yo no creo,—observó D. Buenaventura:—la broma que D. Alvaro jugó al conde sacándole de su casa la noche misma de sus bodas, no pudo ser de peor gusto.

—¡Pero siguen ustedes creyendo que fué broma!

—Así se ha dicho al menos.

—Ya; pero yo sé que si providencialmente no acude en su auxilio un negro llamado Carlos que hoy tiene á su servicio y que en

otros días lo estuvo al de D. Alvaro, éste hubiera dado algo qué sentir al señor conde.

En fin, lo cierto es que una hora después de haber salido de la sala, y cuando ya la marquesa y todos los convidados empezábamos á temer una desgracia, el conde regresó tranquilizándonos á todos.

—Pero al día siguiente ocurrió entre ellos un desafío.

—Eso fué cuento.

—Cuento ¿eh? pues por poco no lo cuenta D. Alvaro, pues se pasó en cama ocho días.

—¡Oh! el tal D. Alvaro es una alhaja que luciría admirablemente al extremo de la cuerda de la horca; pero el bribón ha nacido de pié, y ahí le tienen ustedes gastando la fortuna que le ha cedido la marquesa, en zambras, jaleos y obsequios á las cómicas del coliseo.

En este momento las salvas de artillería y los bulliciosos repiques de las campanas de las iglesias, anunciaron que las vanguardias del ejército de Calleja, habían llegado á la garita.

Acababan de sonar las doce y media del día.

## V

Quien se hubiese atrevido aquella mañana á no manifestar sus simpatías á España y á sus tropas, habría sido sin duda asesinado por cuantos le rodeasen y oyesen: tal era el júbilo y entusiasmo de la muchedumbre que por primera vez asistía á un imponente espectáculo militar.

En la garita del Paseo Nuevo esperaban á Calleja todos los jefes militares de la plaza y un lucido cortejo que rompió en aclamaciones que no debían cesar hasta el palacio mismo de los vireyes, en el cual Venegas esperaba de gran uniforme á su feliz antagonista.

Rompía la marcha Calleja con su escolta costosamente vestida, y montada en caballos *prietos* todos iguales: rodeábale un lujoso estado mayor y formaban la cabeza de la columna los granaderos, en cuya primera fila marchaba como soldado raso D. Domingo Mioño natural de Galicia, en España.

—¡Bravo!—le gritaban los criollos,—¡hé ahí un español rico que da ejemplo á sus paisanos, de cómo deben portarse los verdaderos patriotas!

Efectivamente, D. Domingo Mioño había tenido tal intención al alistarse en las tropas de Calleja, quien un día le dijo:

—Señor Mioño, cumple usted con su deber y nada más: no obstante, como por desgracia son pocos los que tal hacen, usted merece un premio y quiero dárselo.

—Usted dirá, mi general,—respondió Mioño.

—Pues bien; es usted capitán, Sr. Mioño.

—Mi general...

—¡Qué es eso! ¿acaso desea usted otra cosa?

—Sí, mi general.

—¿Qué es ello? ¿qué quiere usted ser?

—Mi general, nada más que el primer granadero de la columna, nada más; soldado raso nada más, pero lo repito, el primero de la columna.

Calleja se conmovió con esta respuesta, pero serenándose bien pronto, partió en dos pedazos el nombramiento de capitán que había comenzado á extender, y dijo:

—Sea como usted lo quiere. Es usted el primer granadero de la columna, pero vea de hacerse digno de tal distinción.

Desde entonces D. Domingo Mioño figuró siempre como el primer granadero de la columna y primero fué siempre en batirse contra los insurgentes.

Detrás de los granaderos desfilaron entre las aclamaciones de la multitud, aquellas temibles tropas levantadas por Calleja en San Luis, los famosos *yedras*, así llamados por el color azulado de sus uniformes, los tremendos *tamarindos* al mando de su coronel el Conde de Casa Rul: el ejército de Calleja se componía de tres mil novecientos ochenta y dos hombres, dos mil ciento cincuenta de ellos infantes y mil ochocientos treinta y dos caballos: á su paso las calles se nublaban con la inmensa cantidad de flores y tiras de papel de color que los espectadores arrojaban desde balcones y azoteas, literalmente rebosando de curiosos.

Todo marchaba á maravilla cuando en la esquina del portal de Mercaderes, y frente á la última casa de la calle de Plateros, el caballo que montaba el director de artillería D. Judas Tadeo Tor-

nos, se asustó con el vocerío y los repiques y alzándose de manos dió con ellas en la cabeza de Calleja y le hizo caer en tierra, en la cual recibió tan fuerte golpe que fué preciso trasladarle á la casa del platero Rodallega y esperar allí un rato á que se repusiese.

Al paso del ejército frente á los balcones del Palacio, el virey descubrió su cabeza y victoreó á las tropas, al rey y á España.

Cuando Calleja se trasladó con toda su plana mayor á la cámara vireinal, Venegas le abrazó y se dirigió con él y su séquito á la catedral, magníficamente iluminada y adornada, y en ella cantó el cabildo eclesiástico un *Te Deum* en acción de gracias.

Calleja en los coches de palacio se trasladó á la casa número 12 de la calle de Capuchinas, habitación del conde de Casa Rul, donde se le había preparado espléndido alojamiento.

El resto de la tropa se alojó en los conventos, tocándole al regimiento de Granaderos el de San Agustín, en el cual había estado la tarde anterior el mismo virey en persona, disponiendo que todo se preparase del modo más conveniente y cómodo.

La multitud permaneció aún mucho rato formando corrillos en las calles, cubiertas con una gruesa alfombra de ramas y flores.

En uno de aquellos corrillos, formado en su totalidad de afectos á la revolución, se decía con regocijo y en voz baja:

—No hay que dudarlo, el sol realista comienza á llegar á su ocaso.

—Sí, ¿eh? pues ¿qué hay?

—¿No lo han visto ustedes?

—¿Qué cosa?

—Que en medio de su triunfo, Calleja ha venido al suelo pisoteado por un caballo.

—Pero eso ¿qué tiene que ver?

—¿Qué tiene que ver? Ahí es nada. Esta caída es un presagio fatal para los realistas.

—Bien pudiera ser que la Providencia...

—No lo duden ustedes, la Providencia nos anuncia que está dispuesta á retirar su favor á los realistas.

—Así sea.

—No obstante, no hay que fiar mucho en agüeros.

—¿Por qué no? No les salió á los realistas á pedir de boca el de las supuestas palmas que se vieron en el cielo de Zitácuaro?

—Cierto.

—Pues amigos, sigamos su ejemplo, y agüero por agüero, hagamos á nuestra vez servir en nuestro provecho el que tan maravillosamente nos ha ofrecido el porrazo de D. Félix Calleja del Rey.

El ejército tardó en desfilar por las calles de Plateros nada menos de tres horas y media, pues marchaban después de las tropas mil quinientas cargas de víveres, toda la artillería tomada en Zitácuaro y un número inmenso de soldaderas cargadas con los despojos de aquella villa.

Al distribuirse á las tropas los premios que el virey les otorgó, se hizo circular con profusión el siguiente soneto en su elogio:

Ejército valiente, hijos de Marte,
terror y espanto de la vil canalla,
de este reino feliz fuerte muralla
y cada cual un héroe por su parte:

Ved como con los premios que reparte
os llama nuevamente á la batalla
el gran Venegas: satisfecho se halla
de vuestro brío, lealtad, bravura y arte.

Sabio, justo, benéfico y premiando
vuestras hazañas os alienta y deja
á vuestro honor la causa de Fernando.

¡Gratitud y valor! mayores glorias
os prepara Venegas, y Calleja
en los campos de honor nuevas victorias.

Tal era el fruto de la musa del entusiasmo en aquellos días; tal la canija inspiración de aquellos poetas; y aun hay por ahí quien se ha atrevido á decir que no puede sostenerse á la luz de la sana crítica mi opinión de que durante la dominación española no hubo en México poeta que valiese título de tal, excepción hecha de D. Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz.

No me abandonen mis lectores y de ello les daré pruebas y motivos para reir.

## VI

Ufano por demás con la honra que le resultaba de alojar en su casa al jefe español, el conde de Casa Rul desplegó en su obsequio

un lujo verdaderamente oriental: todo era regocijo y alegría en la gran casa de la calle de Capuchinas, máxime cuando con motivo de la llegada de Calleja, la esposa del conde, que de resultas de la irregular conducta de su marido habíase retirado al convento de Regina, se dignó regresar á su casa que era sin ella triste y melancólico desierto.

El convite del día 5 en aquellos vastos salones, fué verdaderamente fastuoso y se sirvieron los abundantes manjares en una primorosa vajilla de plata sobredorada de inmenso valor, no tanto por el metal de que estaba formada, sino por su maravilloso cincelado, obra de artistas italianos.

No faltaron, por supuesto, los brindis encomiásticos, y voy á transcribir aquí algunos de ellos, para demostrar una vez más á mis lectores el mérito y alcances de los poetas de aquellos días.

Hé aquí el pronunciado por el arcediano de México Dr. D. José Mariano Beristain:

Bebamos, señores,
con las copas llenas,
alegres brindando
por la patria egregia.

Bebamos, brindemos
con las copas llenas,
por el rey Fernando,
señor de esta tierra.

Bebamos, señores,
con las copas llenas,
alegres brindando
por nuestro Venegas.

Bebamos, brindemos
con las copas llenas,
por la generala
que hoy honra esta mesa.

Bebamos, brindemos
con las copas llenas,
por la heróica tropa
que en México hoy entra.

Bebamos, brindemos
con las copas llenas,
porque tenga fin
esta tan cruel guerra.

Bebamos, brindemos
con las copas llenas,
y después gocemos
de la vida eterna.

Estupendos brindis habrán oído mis lectores en los convites á que en su vida hayan asistido, pero ninguno quizá tan original como el citado, obra de una persona de grande posición y nombradía, ilustrada sin discusión en aquella sociedad, y atrevida como pocas, según puede colegirse de la muestra, para forjar malos brindis y peores versos. No se estimaban sin duda así en aquellos días, y lo demuestra el que el periódico de la época, el *Diario de México*, los publicara cediéndoies el lugar de honor.

Mucha fe tendría el arcediano en su inspiración poética y mucho debíanse celebrar sus obras, puesto que á seguida de los aplausos con que se acogió su brindis, *espetó* la siguiente improvisación:

Es adagio muy vulgar
que sólo al inteligente,
corresponde propiamente
calificar y elogiar.
No me toca, pues, hablar
ni aun siquiera discurrir,
puesto que he llegado á oir
á un militar diestro y sabio,
que es *Calleja* nuestro *Fabio*,
y no hay ya más que decir.

A cuya décima respondió prontamente el Sr. Dr. D. Melchor de Froncerrada, oidor de la Real Audiencia, con la siguiente:

Fabio ganó retirando,
Callejas acometiendo:
el Fabio triunfó cansando
pero Callejas venciendo:
y á lo poco que yo entiendo
en el arte militar,

no se puede comparar
un Fabio con un Callejas,
allá hubo acciones perplejas,
todo aquí puro triunfar.

Los poetas de aquellos días habían formado para cultivo y adelantamiento de la poesía una sociedad que se titulaba *Arcadia Mexicana*, su presidente denominábase *mayoral* y los *árcades* ó socios *zagales*: sus composiciones publicábanse en el *Diario de México* y se firmaban con los seudónimos de *Flagastro Ciene*, *Batilo, Aminto*, *Cioslapa*, *Tirsis*, *Damon*, *Ascanio*, *el aplicado Anfriso* y otros por el estilo. Fué su presidente ó *mayoral* por aquellos días el P. F. José Leal de Gavie, que escribía epigramas como el siguiente:

Antes que yo me casara
era un ángel mi mujer:
¡qué humildad! señor! qué cara!
¡aquel modito de ver!
¡vaya; si era cosa rara!

Pero después de casado,
¡qué genio! ¡qué altanería!
¡qué hocico tan retobado!
más que con ella valía
vivir con un condenado!

En otros números, el *Diario* apadrinaba y dábanse á luz prodigios de cultura é ingenio, como el siguiente:

Un maestro dijo á un muchacho;
¿me tienes por macho? ¡dí!
y el chico respondió: sí
porque quien no es hembra es macho.

A falta de más espontáneos elogios, los *árcades* mismos se felicitaban por sus mutuos talentos, en composiciones que, como dejo dicho, veían la luz en el *Diario*, siempre á la cabeza del periódico, y según los tales, estrecho les venía el Parnaso para albergar las grandezas de sus méritos: mucho he registrado aquellos papeles de los que mi padre formaba colección, y humilde y de pobre ingenio como soy, y más asequible por tanto á admirarme de cualquier cosa, ni la más leve sorpresa me causó nunca el ingenio de aque-

llos señores; su inspiración raquítica corría pareja con lo baladí de los asuntos que elegían para sus composiciones, escritas casi constantemente en versitos de arte menor, que la mayor parte demostraban su desconocimiento de la prosodia, ó su falta de oído como decimos los del vulgo: vaya otra muestra del ingenio de un árcade, que firmaba *Noatino Glosado:*

Yo ví, Tania, inconstante,
en el ciprés erguido
á una tórtola amante
que desde el triste nido
á Júpiter Tonante
dirigía su quejido:

Porque en el bosque hojoso
un impío cazador,
con el arpón filoso
del arco destructor,
le dió muerte á su esposo
sordo á tanto clamor.

De compasión cubierto
la dije con blandura:
lloremos de concierto
nuestra igual desventura,
tú á tu consorte muerto,
yo á mi viva perjura.

Pongo fin á este asunto con la siguiente composición suscrita por *Antimio*, que con ser la mejor que á la vista he tenido, no es, á la verdad, para envidiada:

Préstame, suave Orfeo,
tu delicada lira,
para cantar las gracias
de una discreta niña.

A quien naturaleza
en su obra complacida
le prodigó sus dones
y la hizo sus delicias.

Es una honesta Diana,
una hermosa Ericina,
una sabia Minerva
y una Safo poetisa.

Su fino trato encanta,
su amable aspecto hechiza,
su virtud presta ejemplos
y su talento admira.

Hasta su bello nombre
de lo divino es cifra,
pues se llama ¡oh misterio!
la sin par Angelita.

Celestial entusiasmo
que en el Olimpo habitas
al valle mexicano
desciende en este día.

Desciende, sí, desciende
y conceptos me dicta,
dignos de su alabanza
que oiga afable y benigna.

Ven, entusiasmo, ven,
que ya las cuerdas vibran
de mi laud, en aplauso
de tan preciosa niña.

En nuestros días, que no son en verdad los de Homero, con *poemas* como el anterior felicitan nuestros muchachos el santo á su papá, ó pide el repartidor de periódicos su *calavera* ó su *tarasca*.

## VII

El día 5 de Febrero que ha venido ocupándonos, terminó con una solemnidad más, que dejó imperecedera memoria. D. Félix María Calleja asistió á la función del coliseo, siendo de tal modo aplaudido y aclamado, que Venegas sintió celos y determinó no volver á concurrir al teatro mientras Calleja permaneciera en México, puesto que así se le dejaba hacer un papel secundario y desairado.

En aquellos días se cantó con extraordinario éxito la ópera de Paisiello *El Barbero de Sevilla*, que produjo al asentista ó empresario pingües utilidades.

El teatro había sido adornado con todas aquellas galas con que

se disfrazaba en los días del santo ó cumpleaños de los reyes: colgaduras de muselina y seda primorosamente bordadas de oro y estambre de colores, cubrían los antepechos; coronas y guirnaldas de flores de tela, se entrelazaban con los trofeos, alegorías ó los tarjetones con las iniciales de Fernando VII: las arañas que pendientes del cielo raso derramaban la luz producida por la combustión del aceite, habían sido aumentadas, y grandes albortantes de madera sostenían grupos de olorosas velas de cera con arandelas de papel encarrujado.

En los palcos, que se nombraban *aposentos* ó *cuartos*, lucían su belleza y joyas, de tal valor como no son hoy muy comunes, las damas y señores de la córte y la buena sociedad.

En este punto no estamos, lo repito, como entonces: la riqueza en aquellos días era grande: no diremos otro tanto del gusto; pero aunque mal engarzadas ó montadas, las perlas, los brillantes y las piedras preciosas usábanse con profusión por nuestras abuelas: al metal blanco que hoy usamos, sustituía entonces la plata, de la cual eran las vajillas enteras, los útiles de tocador, las escupideras, las escudillas, y mil y mil otros objetos domésticos, sin exceptuar los vasos ó como pueda llamárseles, que se colocaban debajo de las camas para el servicio de noche. Mucha era entonces la riqueza acumulada en México.

Por aquellos días el teatro ofrecía en sus localidades una disposición algo diversa de la actual. El proscenio se adelantaba unas dos varas sobre el patio, afectando la forma de un trapecio, de cuyos vértices partían las dos calles ó pasos para el público de bancas ó lunetas: cinco eran las filas de éstas y venían siendo tanto más largas cuanto más se acercaban á la mitad de la sala; excepción hecha de la primera, que contaba veinte asientos, seguía la segunda con diecinueve, la tercera con veinte, la cuarta con veintidos y con veintitres la quinta; oblicuas á los palcos contábanse á uno y otro lado otras tantas pequeñas filas de lunetas, contando en total ciento diecinueve asientos.

Detrás de la última banca hallábase el *mosquete*, capaz para 369 personas que permanecían en pié durante toda la función: alguna vez que en el *mosquete* se pusieron bancas, pudieron en ellos tomar asiento doscientas ochenta y ocho personas.

Los palcos primeros ó *cuartos de primera andanada*, eran dieci-

ocho, ocupando los vireyes los números 1, 2 y 3; segunda y tercera andanadas contaban igualmente dieciocho palcos ó cuartos, pero en los terceros, los números del 8 al 13, que se llamaban de comunidad, se vendían por asientos, debiendo tomarse por entero los demás.

El paraíso ó *cazuela* estaba dividido en dos partes enteramente separadas y sin comunicación alguna, la *cazuela de hombres* con ciento cincuenta y nueve asientos y *cazuela de mujeres* con doscientos treinta y seis.

En los *cuartos* primeros cabían ciento setenta y cuatro personas, en los segundos, ciento noventa y nueve, y en los terceros ciento cuarenta y tres.

Las temporadas cómicas se abrían el domingo de Pascua de Resurrección y se cerraban el miércoles de ceniza, dándose funciones sin interrupción todos los días de la semana, excepto los sábados. Un cuarto de primera ó segunda andanada, costaba de abono, por toda la temporada, trescientos pesos, y doscientos por sólo los días de fiesta: se pagaba además por entrada diaria por persona, dos reales los días en que se doblaban los precios, un real en días de fiesta ó trabajo, y nada en los que se llamaban de *coca*, que eran funciones á bajo precio ó en obsequio del público como ahora se dice.

El abono á banca ó luneta costaba seis pesos al mes; la entrada eventual ó *alquiler* de una luneta valía seis reales en los días *dobles*, cuatro en los días de fiesta, tres en los de trabajo y uno en los de *coca*.

La entrada al *mosquete*, un real en los dobles y medio en los demás; las *cazuelas* dos reales en días dobles, un real en los de fiesta y trabajo y medio en los de *coca*.

La entrada eventual ó alquiler de un palco costaba cinco pesos en días dobles, tres y medio en los de fiesta y trabajo y doce en los de *coca*.

Por lo regular estaban abonados todos los palcos primeros y segundos, con excepción de cinco ó seis que se ponían á la venta, y todas las lunetas, excepto cincuenta.

Descontada la parte correspondiente al abono, el teatro hacía, de lo que podemos llamar entrada eventual, seiscientos pesos en días dobles.

En los tres años de 1783 á 85, durante cuyas temporadas explotó el coliseo una sociedad de particulares abonados, los beneficios líquidos que resultaron fueron doscientos mil cuatrocientos setenta y un pesos, habiendo importado los gastos un millón veintiun mil ochocientos cuarenta pesos, y las entradas totales un millón doscientos setenta y un mil trescientos doce pesos.

No he temido molestar á mis lectores, apuntando los citados números, ya por lo que ellos tienen de curioso, ya porque la inmensa generalidad los ignoraba de seguro, ya en fin para que se estime con algún fundamento el descenso y miseria á que en nuestros días ha llegado entre nosotros la útil y civilizadora diversión del teatro.

Y no se crea que el gusto de aquella época fuese tan malo como han dado en decir los que de todo hablan sin tomarse el trabajo de estudiarlo: en nuestro escenario se veían con general contento las obras maestras de los grandes poetas del siglo de oro de la literatura dramática española, y á nadie fastidiaban *El escondido y la tapada*, *El galán fantasma, Darlo todo y no dar nada, La dama duende*, *La vida es sueño* y otras muchas otras de D. Pedro Calderón de la Barca; *El desdén con el desdén*, de Moreto; todas las de Lope de Vega, alternándose unas y otras con *La mujer honrada y cuerda vence al marido*, de D. Juan Pisón y Vargas; *El mejor par de las doce*, de D. Juan de Matos Fragoso; *El mágico de Salerno*, *El negro del cuerpo blanco*, y otras no tan apreciables.

No faltó vez en que poetas criollos hiciesen también representar comedias originales, y notable fué por los incidentes á que dió lugar la titulada: *México segunda vez conquistado*, cuyo argumento se basaba en las desgracias de Cuatimotzín, y en el descontento con que en los primeros días de la conquista se vió la muerte del último y gigante rey azteca.

Las compañías estaban formadas de un gran número de individuos, y las constituían tres secciones: *de representado, de canto y de baile.*

Una primera dama, con obligación de trabajar en cinco comedias semanarias, ganaba anualmente, aparte de los beneficios, cuyas funciones concedía el mismo virey, previa solicitud y exposición de méritos, dos mil setecientos pesos; mil ochocientos un primer galán; una primera cantarina, mil ochocientos ó dos mil; una primera bailarina, ochocientos ó mil.

El teatro que era propiedad y renta del Hospital Real de Naturales, producía de arrendamiento ocho mil doscientos ó nueve mil pesos, cosa que hoy á la verdad no puede contar; los gastos de escenario importaban cuatro mil quinientos pesos; mil quinientos los de alumbrado, y tres mil cuatrocientos cuarenta los de orquesta.

Por no cansar á mis lectores no entro en mayores detalles; pero bastan los apuntados para demostrar lo que dejo dicho.

## VIII

Démonos ahora un inocente rato de gusto penetrando al foro ó vestuario de los actores.

Entonces, como ahora, abundaban en él maridos modelos y solteros alegres, que con más ó menos sanas intenciones, pero en busca de un entretenimiento *sui generis*, visitaban los tablados con grande satisfacción de actores y actrices, que en cada amigo ven un regalo de beneficio, tanto más considerable cuanto más en su confianza se insinúan.

Entonces, como ahora, las virtudes eran en la escena tan escasas, como abundantes los vicios más ó menos bien disfrazados.

Entonces, como ahora, por último, era el tablado un lugar de gozosa y radiante alegría, que sólo se modera ó desaparece cuando el público se obstina en no concurrir con el precio de entrada á las utilidades de la compañía.

Penetremos, penetremos, que no habrán de faltarnos amigos ó conocidos.

Hé ahí, desde luego, á D. Alvaro de Cervera, departiendo en amable confianza con nuestro buen D. Martín Cabrera y el bravo D. Buenaventura.

—Espléndida ha estado la función,—dice don Alvaro.

—Espléndida, sí,—repitió D. Martín,—y deliciosa Inés García en la simpática Rosina.

—¡Ola¡ ¡ola!—exclamó riendo D. Alvaro,—parece que á mi señor D. Martín no le estorba para admirar lo bueno el amor que á su esposa doña Beatriz de Pantoja profesa.

—Por la lanza de San Jorge,—dijo D. Buenaventura,—no tan

sólo no le estorba, sino que la misma D.ª Beatriz nos ha enviado á felicitar á su nombre á la Inesita.

—¡Bravo! amigos; mis plácemes señor D, Martín: no suelen por lo regular las mujeres dejar en tanta libertad á sus maridos.

—Por Santiago, señor D. Alvaro, que tampoco en todas partes se escucha así como se quiera una dulzura de voz como la de Inesilla, ni se contemplan en actrices como ella, empeño tal en el trabajo ni aplicación más constante.

—Así es la verdad, y si á todo eso unimos su espléndida belleza...

—Lo dicho, á D. Martín le gusta la García.

—¿Por qué he de negarlo? mucho que sí me gusta.

—Y á mí también, voto á Cribas,—añadió D. Buenaventura: desde los tiempos de Gertrudis Solís y después de Cecilia Ortiz, nada he oído en cantarinas que más me agrade: tenía yo entonces... (el comandante se detuvo y prosiguió diciendo): la edad no hace al caso: pero la sangre estaba caliente y ligera, y señores, me enamoré de Cecilia Ortiz: era bailarina, pero vive Dios, ¡qué bailarina! en el jaleo de Jerez aquella mujer se movía como una culebra, y á cada quiebro de cintura, á cada inclinación de su linda cabeza encerrada en las curvas deliciosas de sus mórbidos brazos, las almas se desprendían de los cuerpos é iban á caer á sus piés, ¡y qué piés! señores, los dos juntos cabían en mi caja de rapé y se hubiesen necesitado labios de ángeles para besarlos, y... en fin, señores, un polvo; ¿gustan ustedes?—dijo don Buenaventura sacando y abriendo su caja de rapé y sorbiéndole media onza de una vez.

D. Alvaro reía á carcajadas, y D. Martín contemplaba con desmesurados ojos al buen ex-comandante que tan transformado veía al influjo omnipotente de sus recuerdos juveniles.

—Salud, señores, dijo en aquel instante un hombre de buen parecer, ataviado con el traje de majo del Barbero.

—Vengan esos brazos, señor D. Luciano Cortés,—respondió D. Alvaro:—¡magnífico barbero, amigo mío, magnífico barbero! —y después añadió dirigiéndose á D. Martín y á D. Buenaventura; —tengo señores el honor de presentarles al rey de los *galanes de música* del coliseo.

—¡Oh!—exclamó el ex-comandante: tengo el gusto de conocerle desde hace tiempo: ¿no es cierto señor Cortés, que Cecilia Ortiz era una cantarina de primera fuerza? ¿Se acuerda usted de ella?

—Efectivamente, señor mío, lo era y no podré olvidarlo jamás, porque en cierta ocasión me valió un disgusto que por poco me lleva al otro mundo.

—¿Quién hace cuenta de eso?—observó el ex-comandante visiblemente contrariado.

—¿Sí, eh?—dijo D. Alvaro para quien no pasó desapercibida la turbación de D. Buenaventura;—refiera usted la ocurrencia, amigo Cortés, refiérala usted mientras la Inesilla acaba de vestirse y puedo presentarle estos señores.

El ex-comandante hizo cuanto pudo para cortar aquella conversación que más desembozadamente cada vez demostraba contrariarle, pero todo fué inútil y Cortés prosiguió diciendo:

—Figúrense ustedes que andaba yo con los vientos perdidos por la Cecilia cuando me apercibí de que cierto militar, cuyo nombre callo porque sin duda alguna vive aún, era mi rival.

D. Buenaventura quiso hablar, pero se decidió á no hacerlo, en vista de la prudente reserva que al parecer se proponía guardar Cortés; éste continuó así:

—Mi rival, señores, se prestaba grandemente al ridículo, y yo formé mi partido de atacarle por este lado, y con tal fin compuse el siguiente soneto:

D. Buenaventuta estaba en ascuas y su agitación iba cambiándose en manifiesta cólera.

Venga el soneto, dijo D. Alvaro que todo lo había ya comprendido.

Decía así:

Mucho buclerizado en el cairel,
corbatín sobre el hombro volador,
casaca con botón de similor,
y venera fingida en un clavel.
Un sombrero ojaldrado cual pastel,
un relox que es archivo del primor,
una caja de polvos con olor,
y un hablar en más lenguas que un Babel:
Unos pasos medidos á el andar,
un común afectado presumir,
un de todo y de todos murmurar.
Un modelo de un asno en discurrir,
un soneto en que quise retratar
á un militar con sueldo y sin servir.

D. Buenaventura no pudo más y en el paroxismo de la rabia dió una tremenda patada en el tablado; pero mal dije, no fué el tablado el que la recibió sino el delicioso piececito de la mismísima Inesilla, que lanzó un ¡ay! lastimero y cayó desmayada en los brazos de D. Alvaro, que en vez de entregarse á los transportes de la compasión reía con estruendosas carcajadas.

D. Martín se quedó como un bobo: ignórase si por lo imprevisto del caso ó efecto de la admiración que le causó el contemplar de cerca á la Inesilla.

Luciano Cortes abrió sus labios para dirigir cargos á D. Buenaventura, pero éste no le permitió hablar, porque tomándole con energía de un brazo y haciéndole á un lado le dijo echando chispas por los ojos.

—Señor mío, pensó usted muy bien al pensar que la víctima de su soneto vivía, aún vive, vive efectivamente, y lo soy yo, que así como entonces atravesé á usted un brazo con mi espadín, le atravesaré ahora la lengua, si no se compromete á olvidar para siempre su indecente soneto.

Sin esperar respuesta alguna el ex-comandante salió del escenario sin despedirse de nadie, y aun sin esperar á D. Martín, que como estatua de sal, permanecía en muda contemplación ante la hermosa Inés García.

## IX

El mismo día 8 de Febrero en que el virey dió á Calleja la orden de ponerse nuevamente en marcha, debía el señor Morelos entrar en Cuautla, según noticias dadas á Venegas por dos soldados del batallón de Tula, llegados el día anterior de Cuxyoacan, y fugados de las tropas del caudillo insurgente, que habíales hecho prisioneros en Tasco.

Se hacía, pues, indispensable que el terrible vencedor de Aculco, Guanajuato y Calderón no tardase en caer sobre el temible enemigo de las instituciones coloniales.

Venegas mismo nos ha dejado la siguiente pintura del poco satisfactorio cuadro de su situación.

La ciudad de México se hallaba rodeada de gavillas que tenían

por todos rumbos interceptadas las comunicaciones, tanto de provisiones como de correos, siendo notable la escasez de las primeras, y temible el caso de que quedasen completamente obstruídos los caminos de Texcoco y Toluca, que verdaderamente nunca habían estado en completa franquicia.

La gran reunión compuesta de las gavillas de los Villagranes, y cura Correa, de Nopala, después de haber tomado, no sin hallar en él vigorosa resistencia, el real de Zimapan, amenazaban á Ixmiquilpan, ramificándose por todo aquel rumbo hasta unirse con los cabecillas de las inmediaciones de Querétaro, que tenían aniquilado al comercio de tierra adentro: imposibilitada la remisión de azogues, pólvora y demás efectos indispensables para la elaboración de la plata, resentíanse sobre todo de esos daños, las provincias de Guanajuato, San Luis, Zacatecas, Nueva Galicia y las internas. La encadenación de aquellos insurgentes con los de la Villa de Carbón, Tepeji, Chapa de Mota, Jilotepec, Santa María de Tixmadejé, y demás pueblos y ranchos, hacía fáciles sus correrías por el Montealto, Cuautitlan, Cuesta de Barrientos. Tlalnepantla, Atzcapotzalco, los Remedios, Tacuba y hasta las garitas de la capital.

Los de Santa María Tixmadejé y algunos otros pueblos de la dirección de Valladolid, interceptaban la correspondencia y giro con aquella ciudad, y después de retirado el ejército de Toluca, volvieron á aparecer gavillas en Tenancingo, manteniéndose en rebelión los ranchos y tierras inmediatas á aquella ciudad, el real de Temascaltepec, Sultepec y lugares confinantes.

Peor aspecto presentaba todavía el camino de Puebla por Apam y toda la provincia: los insurgentes ocupaban con fuerzas considerables los pueblos de Teotihuacán, Otumba, Apam, Calpulalpan, y las haciendas del territorio, con grave riesgo é inquietud de los adictos á la administración española.

Tlaxcala había sido invadida distintas veces, obligando á sus moradores á vivir en ella como en plaza sitiada: la provincia de Tepeaca estaba dominada casi en general por los independientes, y efecto de la suspensión de los trabajos de campo y siembra, temíase la plaga del hambre para el año siguiente.

A tal estado de trastorno público uníase la absoluta incomunicación de la capital con la provincia de Oaxaca y el temor de que otro

tanto sucediese con la plaza y puerto de Veracruz, último golpe que hubiera podido darse al comercio del reino.

Las transacciones mercantiles habíanse paralizado: existían en la capital más de dos millones de pesos, que debían haberse exportado ya, no habiéndose así verificado en el espacio de algunos meses por la dificultad que ofrecían los caminos y la falta de tropas para superarla.

Todos estos males, el perjuicio de estar interceptado el comercio de Acapulco, é imposibilitadas la descarga de la nao y la traslación de sus efectos al interior del reino, privándose el real erario en medio de su penuria, de un millón de pesos que deberían reportarle los derechos de aquel cargamento, y la inminencia de que aquella plaza y su puerto pudieran sucumbir á la fuerza de la insurrección, lo consideraba el virey, apoyado en la persona del señor Morelos, de quien decía ser «principal corifeo de la insurrección en la actualidad, y podemos decir que ha sido en ella *el genio de mayor firmeza*, recursos y astucias,» envalentonado con sus victorias.

Venegas consideraba, pues, indispensable combinar un plan para destruir al señor Morelos, ó hacer escarmiento tal que, aterradas sus tropas, le abandonasen si no se lograba aprehenderle.

Según las noticias que tenía la corte vireinal, los principales puntos ocupados por el señor Morelos, eran Izúcar, Cuautla y Tasco; á la vez ocupaba los pueblos de Topala, Buenavista, Juchi, Tlalmanalco y Chalco, y su vanguardia habíase retirado á Topala y Cuautla teniendo avanzadas en Buenavista.

El plan era, atacar simultáneamente á Izúcar y Cuautla, con el fin de impedir la reunión de los insurgentes, y aunque se creyó oportuno atacar con la misma simultaneidad á Tasco, se desistió de ello por no subdividir las fuerzas realistas, escasas de oficiales sobre todo.

Dispuso por lo tanto Venegas que el ejército emprendiese su marcha desde México, por Chalco Tenango, Ameca, Ozumba y Atlatlauca, que, según persona práctica, era la ruta adaptable á la artillería, debiendo llevar algunos indios zapadores para la habilitación de un corto trecho de camino más allá de Ozumba, donde había que dar una corta vuelta á los Cedritos é introducir las fuerzas por tierras de labor, pues las veredas disponibles eran angostas y cubiertas de bosques en sus dos costados, los que se quiso evitar

por si acaso el enemigo se aprovechaba de esta ventaja para impedir la marcha del ejército.

En consecuencia de lo acordado en este plan que he transcrito casi con las mismas palabras del virey, el 10 de Febrero salió de México una vanguardia compuesta del segundo batallón de granaderos de la Corona y la correspondiente caballería y se situó en Chalco, de donde se retiraron las primeras avanzadas del señor Morelos, quien, no el día 8, sino el 9, entró con sus tropas en Cuautla.

En la tarde del miércoles 12 los balcones y ventanas volvieron á engalanarse con colgaduras, para despedir dignamente al ejército de Calleja, cuyas tropas acamparon en el llano de San Lázaro, transformado con este motivo en un paseo, al que se trasladó la mitad de la población, que nunca había visto un campamento, y toda la noche se pasó en fiestas y regocijos, en los cuales el paisanaje hizo el gasto fraternizando con la tropa y entregándose á los locos transportes de entusiasmo y alegría Los pueblos son así; sirven lo mismo para un fregado que para un barrido, como dice el refrán, y con tal que el pan y las fiestas no falten, están siempre al lado del que manda ó triunfa.

A la salida del sol, que fué espléndida, pues el astro rey se presentó vívido y centellante entre pabellones de púrpura roja y girones de oro de los más bellos matices, las músicas y clarines dejaron oir los dulces y armoniosos acordes de las dianas militares, y aclamado por gigantes vítores, D. Félix María Calleja del Rey con su estado mayor y palatina escolta, se presentó en el campamento y dió las voces de marcha, entre el estruendo de las salvas de la guarnición de México y los repiques de los entonces multiplicados templos de la capital.

## X

Obedeciendo en un todo las órdenes de Venegas y sin haber ocurrido en el camino cosa alguna particular, el 17 de Febrero Calleja se situaba en Pasulco, á dos leguas cortas de Cuautla.

Sus incesantes triunfos, las muestras de acendrada simpatía que en México acababa de recibir, la confianza que tenía en sus tropas, á todos y cada uno de cuyos soldados quería como á hijos, pues él

habíalos formado é imbuído su arrojo militar; todas estas circunstancias juntas, le hicieron creer que, nuevo César, su victoria no se retardaría sino el tiempo necesario para librar la primera acción.

Dejó, pues, á Pasulco el día 18 y se adelantó sobre Cuautla con objeto de intentar un reconocimiento y elegir los puntos de ataque; pero con gran sorpresa suya se vió de improviso atacado por las tropas de la plaza, ganosas de habérselas con el famoso caudillo realista; tanto éste como el campeón insurgente habían hecho mal sus cálculos: uno y otro lo esperaban todo de una sola acción: Calleja esperaba ser dueño de Cuautla al siguiente día, y el Sr. Morelos esperaba también para la misma próxima fecha, encontrarse en camino de México por efecto de su victoria sobre los realistas.

Dejo en lo de adelante la palabra al compadre Mascarilla:

—No habíase aun disipado,—decía,—la nube de polvo levantada por el enemigo, cuando el Sr. Morelos, transfigurándose á nuestra vista, gritó:

—¡Mi caballo! ¡Mi escolta! A su puesto cada uno.

—Señor,—exclamó Galeana,—¿qué pretende usted?

—Medir por mí mismo la talla de Calleja.

—¿Con sólo la escolta?—observó D. Mariano Matamoros.

—¿Qué le extraña á usted? ¿Acaso, por lo que podemos distinguir, acompaña á Calleja otra cosa que su escolta? ¿Vale acaso más la suya que la mía?

—Señor...—murmuró D. Leonardo Bravo sin atreverse á proseguir.

—Al menos, déjenos usted acompañarle,—suplicó Galeana.

—De ningún modo,—contestó el caudillo,—sería demasiado honor para Calleja que saliese yo á recibirle con todos mis jefes.

—Señor...

—Ni una palabra más.

—Señor...

—Déjeme usted, Galeana; sólo voy al Calvario á reconocer con mi anteojo al enemigo.

Nadie se atrevió á aventurar una nueva observación, y dando la voz de marcha, el Sr. Morelos salió de la población tomando la carretera de México.

La nube de polvo levantada por los realistas desapareció enton-

ces: habíanse detenido, pero por otras que á la distancia se alzaban, podía colegirse que el grueso del ejército realista, ó al menos su vanguardia, seguía al general; pero también aquellas nubes desaparecieron bien pronto detrás de los matorrales.

D. Hermenegildo Galeana, que de todo estaba pendiente, gritó entonces:

—Listo, vive Dios, todo el mundo: las vanguardias enemigas se han emboscado en aquellos matorrales; no ha podido verlas el señor Morelos, pero, vive Dios, mi vista no me engaña.

El Sr. Morelos continuaba mientras tanto avanzando á todo el galope de los caballos de su escolta, que no pasaba de cien hombres.

De pronto llegó á nosotros un ruido seco y breve: el Sr. Morelos había disparado una de sus pistolas: lo conocimos porque vimos caer un enemigo y salir disparado el caballo que montaba: sólo el Sr. Morelos podía haber disparado; era hombre que jamás erraba un tiro.

De detrás de los matorrales vimos entonces salir un relámpago y alzarse una inmensa bola de humo: unos segundos después se escuchó la detonación del cañonazo, y en nuestra escolta se trastornó la formación: la bala había abierto en sus filas un claro de cinco hombres: el fuego se hizo entonces general.

—¡A ellos!—gritó D. Hermenegildo, saliendo á su vez de la plaza seguido por doscientos soldados.

La escolta de nuestro caudillo se batía mientras tanto con desesperación, y sus hombres caían sin cesar, como heridos por el rayo: aquello era horrible. Galeana no llegaba y el Sr. Morelos casi solo, distintamente lo vimos, había sido envuelto por el enemigo.

—¡Que nos cogen al general!—gritó entonces con voz terrible nuestro atalaya.

A este grito respondieron en la plaza millares de bocas que lanzaban acentos de angustia y desesperación.

Espantados del estrago causado por los realistas, los pocos soldados de la escolta que quedaron vivos diéronse á la fuga, sin escuchar la voz del Sr. Morelos que decía:

—¡Muchachos, no corran, que por la espalda no se ven las balas!

Un momento más y todo se hubiera perdido, pero la fortuna estaba de nuestra parte y en el instante en que un granadero echaba

mano á las riendas del caballo del Sr. Morelos, D. Hermenegildo derramó las doscientas balas de las carabinas de sus costeños sobre el enemigo, y detuvo al caudillo que en su ciego arrojo pretendió resistirse exclamando:

—¡Más honroso es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo!

El triunfo quedó por nosotros: los realistas se retiraron después de haber visto segar gran número de sus cabezas al espantoso machete suriano.

D. Hermenegildo regresó á Cuautla trayendo consigo al Sr. Morelos, que no fué por los suyos recibido con vítores ni aclamaciones, sino con mudas pero elocuentes protestas contra su temerario arrojo.

—Tenéis razón, hijos míos,—exclamó el gran caudillo,—pero yo no podía presentarle á Calleja sino mi cara.

Pero aquello, con todo y el peligro descrito, no había pasado de una simple escaramuza: lo bueno nos lo había reservado Dios para el siguiente día, miércoles 16 de Febrero.

Apenas amaneció, los atalayas avisaron que el ejército de Calleja, dividido en cuatro columnas, avanzaba sobre Cuautla, trayendo en el centro la artillería y la caballería en los flancos.

Todos nos hallábamos en nuestro lugar: yo me encontraba con D. Hermenegildo en la plaza de San Diego, D. Leonardo Bravo en la de Santo Domingo, y en la hacienda de Buena-vista D. Víctor Bravo y D. Mariano Matamoros.

Como si llevasen la seguridad del triunfo, los granaderos de Calleja avanzaron como quien marcha en formación por la calle Real, situada al extremo norte de la ciudad, é hicieron alto frente á nuestra trinchera de San Diego, enfilando sus cañones, que al toque de clarín hicieron fuego, dando la señal de la acción: contestaron inmediatamente los nuestros, y no se disipaba aún el humo, cuando pudimos sorprendernos del arrojo de los granaderos realistas que se encontraban al pié del parapeto: los gritos de ¡viva el rey! eran lanzados casi en nuestro campo: D. Hermenegildo quiso entonces no ser menos en aquellas demostraciones de valor, y saltó sobre la trinchera á tiempo que igual cosa hacía el coronel realista Sagarra, quien, conociendo á Galeana, disparó sobre él su pistola á quema ropa: ileso milagrosamente quedó D. Hermenegildo, y tomando la

carabina del soldado más próximo, apuntó á Sagarra, y Sagarra rodó del parapeto dejando en él la tapa de los sesos.

Lanzándose entonces á vengar su muerte se presentó en el lugar del comandante realista otro bravo hombre que montaba un magnífico caballo blanco. Galeana dió la orden de fuego y el jinete vino á tierra mortalmente herido: los soldados que seguían lanzaron una terrible imprecación de dolor, y tomando su cuerpo se retiraron con él: era el conde de Casa Rul.

Imposible me es describir menudamente los detalles de aquel asalto: los realistas cargaban cada vez con más grande furor, y también cada vez y con más grande furor los rechazábamos nosotros: el piso temblaba á los golpes de los cuerpos muertos que sobre él caían: los lamentos de los heridos, las maldiciones de los moribundos, sobre cuyos miembros pisaban espoleados los caballos, competían en el conjunto de su ruido con el estrépito de los disparos de las piezas: algunas casas, ó mejor dicho jacales de zacate, ardían y nos ahogaban con su humo: otras de más sólida construcción, sin dejar por eso de ser débiles fábricas, se derrumbaban sobre los zapadores realistas que pretendían penetrar en la plaza de San Diego, horadando las paredes divisorias: en alguno de estos casos hundíanse las azoteas arrastrando tras de sí á los grupos de nuestros honderos que mataban á pedradas á los realistas. En otras partes no había tiempo para volver á cargar los fusiles y se combatía á culatazos: por aquí D. Pablo Galeana nos desembarazaba de los asaltantes, arrojándoles granadas de mano que estallaban con estrépito, y el famoso *Niño*, el primer cañón que tuvo el Sr. Morelos, ametrallaba á la vez á amigos y enemigos, pues tal era la confusión en que envueltos se encontraban.

El combate revestía los mismos horribles caracteres en otros puntos de la ciudad: los crueles, aunque denodados *tamarindos* llegaron á apoderarse de una gran parte del recinto insurgente, pero su jefe, D. Juan Nepomuceno Oviedo, que ellos llamaban el amo, por haber sido su administrador en la Hacienda de las Bocas, en las inmediaciones de San Luis, cayó muerto en el asalto, produciendo su desgracia, entre sus patriotas, el mismo efecto producido por la del conde de Casa Rul entre los suyos.

Mientras uno y otro daban ejemplo de su natural, aunque infortunado valor, el brigadier Jalón, militar de profesión y acostum-

brado á combatir en España contra los franceses, se hacía acreedor por su cobardía á que Calleja le quitase el mando y le reprendiera públicamente.

Seis horas llevaba ya de duración aquel tremendo combate y aun la victoria permanecía indecisa, cuando de pronto la voz de un infame ó de un traidor, gritó cerca de la trinchera de San Diego, punto principal del ataque:

—¡Todo se ha perdido, han derrotado á Galeana!

¡Oh! lo que entonces pasó no puede describirse: nadie supo ya lo que sucedía, el fuego se suspendió, las voces de entusiasmo enmudecieron, y los que en nuestro puesto nos conservábamos éramos arrollados por los que huían sin saber de quién ni á dónde: los hasta entonces denodados defensores de nuestra trinchera, retiráronse á su vez de ella, obligando al capitán Larios á abandonar una pieza en el momento mismo en que iba á dispararla, y los dragones realistas se posesionaban del punto abandonado, cuando un niño llamado Narciso Mendoza, corre á la pieza cargada de metralla, le da fuego y causa horrible mortandad en los asaltantes que retroceden con espanto.

D. Hermenegildo Galeana vuelve sobre la trinchera con tropas de refresco conducidas por el mismo Sr. Morelos, y por fin, á las tres de la tarde, después de tres asaltos, agotado el parque y muertos sus principales oficiales, Calleja da la señal de retirada, y sin que los insurgentes tengamos ánimo de perseguirle va á situarse con sus diezmados batallones en la Hacienda de Santa Inés.

Apenas unos cuantos hombres menos fatigados que los demás, nos atrevemos á salir de Cuautla y adelantarnos por la carretera que vemos cubierta de heridos.

No habíamos adelantado gran cosa, cuando llamó nuestra atención el cadáver de un hombre colgado de un árbol cerca de una choza al lado izquierdo del camino. Un papel blanco con gruesos caracteres manuscritos estaba prendido de sus ropas y decía «Fusilado por traidor.»

¡Pobre! el cadáver era el de un andaluz á quien llamábamos el *compadre Curro*.

El Sr. Morelos le había echado mano, allá al principio de su alzamiento, perdonándole, por inofensivo, la vida, y tomádole por

criado; era ocurrente y chistoso por demás; á nadie hizo nunca mal, y vino á ser fusilado por orden de Calleja, su compatriota.

¡Bravas justicias hacía el buen señor!

## XI

La noticia del infructuoso ataque dado á Cuautla por las tropas de Calleja, la recibió el virey en los momentos en que visitaba la Casa de Moneda y Apartado de México, y á no haber sido porque la divulgación del suceso podría haber ejercido una influencia fatal en la opinión pública, Venegas se hubiese apresurado á publicarla como un medio de destruir el ascendiente de su temible y odiado rival; los pormenores del desastre quedaron, pues, en el mayor secreto posible, y el parte de Calleja no vió la luz en la *Gaceta*.

Por primera vez en su vida, el jefe español no se atrevió á determinar cosa alguna por sí mismo, y en la noche siguiente á la acción, llamó á junta á todos los principales jefes con el fin de consultarles. La lección había sido demasiado fuerte para privar á todos y cada uno de ellos de todo sentimiento de vanidad y orgullo: la generalidad convino en la inutilidad de intentar un nuevo asalto con los pequeños elementos militares de que podía disponer un ejército formado para combatir en campo raso, y no para asaltar plazas ni aun medianamente fortificadas.

Cuautla se hallaba en efecto en un regular estado de defensa, merced á las obras con tal fin emprendidas por D. Leonardo Bravo, durante la expedicion del Sr. Morelos á Taxco y Tenancingo: no obstante, sus ligeras fortificaciones de nada hubiesen podido servir, sin la muralla como hemos visto inexpugnable, formada por los pechos de las denodadas tropas insurgentes: éstas podían estimarse en unos cuatro mil hombres, pues aun cuando el total de los encerrados en Cuautla fuese numeroso, la inmensa mayoría carecía de armas y de instrucción militar, si bien fueron muy útiles para todos los trabajos que hubieron de emprenderse durante el sitio: su artillería era escasa, no pasando de unas dieciseis piezas de diversos calibres. La ciudad estaba situada sobre una meseta ligeramente elevada sobre los terrenos circunvecinos que formaban una especie de bajío bastante llano: al oriente, entre la población y

las lomas de Zacatepec, y en el fondo de un profundo cauce de doscientas varas de ancho, se deslizaba con abundante y rápida corriente el río, que nacía en las cumbres elevadas del majestuoso Popocatepetl: de su caudal surtíase una extensa atargea construída con murallones de mampostería de vara y media de grueso, que al llegar á la hacienda de Buenavista, cuya casa y oficina se encontraban dentro de la población, alcanzaba á una altura de doce varas: menos por el lado del Poniente, rodeaba al caserío una tupida línea de exuberantes bosques que ostentaban en todo su esplendor la rica y maravillosa vejetación de la tierra caliente: la ciudad, cuya mayor longitud era de media legua por un cuarto de anchura, estaba formada de pobres edificios, en su mayor parte jacales, en medio de pequeñas huertas con cercado de piedras: como de costumbre, en aquellos días, sus más sólidos edificios eran las iglesias y capillas y las Casas Reales situadas en la plaza de Santo Domingo.

Con un mediano tren de batir, Cuautla hubiese quedado en pocos momentos destruída, á pesar y á despecho de todo el heroismo de sus defensores.

Así lo comprendió la junta de oficiales, y lo comunicó Calleja al virey, diciéndole: «Cuautla está situada, fortificada y guarnecida de un modo, que no es empresa de pocas horas, de poca gente y de pocos auxilios: exige un sitio de seis ú ocho días, con tropas suficientes para dirigir tres ataques y circunvalar un pueblo, que aunque su recinto ocupa dos leguas, puede reducirse á la tercera parte. Estas tropas necesitan acopios de subsistencias, forrajes, algunos morteros, artillería de más calibre, un hospital de sangre en el mismo paraje en que lo están las provisiones y forrajes, y quinientos ó seiscientos trabajadores.

»Conozco que todo esto exige gastos, tiempo y mucho trabajo, pero los talentos políticos y militares de V. E. compararán las ventajas que producen, con los males que de no hacerlo nos deben resultar.

»Para evitar estas funestas consecuencias, Cuautla debe ser demolida, y si es posible, sepultados los facciosos en su recinto, y todos los efectos serán contrarios: nadie se atreverá en adelante á encerrarse en los pueblos, ni encontrarán otro medio para librarse de la muerte que el de dejar las armas.

... LLAMÓ Á JUNTA Á TODOS LOS PRINCIPALES JEFES...

»Si Cuautla no quedase demolida como Zitácuaro; el enemigo creería haber hallado un medio seguro de sostenerse: multiplicaría sus fortificaciones en parajes convenientes, en los que reuniría el inmenso número que de temor se le separa, y desdeel las interceptaría los caminos y destruiría los pueblos y haciendas: las pocas tropas con que contamos se aniquilarían, y la insurrección que se halla en su último término, cundiría rápidamente y tomaría un nuevo y vigoroso aspecto.»

Calleja se retiró al pueblo de Cuautlixco en espera de las resoluciones del virey: desistiendo éste de su proyecto de atacar á Izúcar al mismo tiempo que á Cuautla, dió sus órdenes al brigadier Llano para que acudiese á reforzar el ejército de Calleja.

Para Llano esta orden fué la salvación si no personal sí al menos de su honor.

Diré por qué.

En cumplimiento de supremas disposiciones, y al frente de lo que se tituló «Ejército del Sur,» compuesto de dos mil hombres, Llano se situó frente á Izúcar en el cerro del Calvario, y el 23 de Febrero á la una de la tarde, rompió el fuego sobre la población, haciendo á las tres de la tarde avanzar dos columnas, al mando la una del mayor D. José Enríquez y la segunda de Francisco Caminero: dos escuadrones de caballería formaban la retaguardia al mando del coronel D. José Antonio Andrade. Tan vigorosa fué la resistencia, que el Padre Sánchez, Guerrero y Sandoval le opusieron, que Llano hubo de retirarse á su campamento del Calvario, después de dos horas de infructuoso ataque; le repitió no obstante, al siguiente día 24, y no con mejor fortuna, pues fué segunda vez rechazado. Sin inconveniente obedeció en consecuencia la orden del virey, y el 26 se puso en camino para Cuautla; pero ni aun marcharse en paz le dejaron los valientes sitiados en Izúcar, que hicieron sobre él un vivo fuego al tener á los realistas al alcance de sus parapetos, y no se limitaron á esto, sino que saliendo de la población, molestáronle de tal modo en su retirada, que en la barranca de Tlayacaque hubo Llano de sostener una acción en regla con el enemigo, viéndose precisado á abandonarle un cañón, cuya cureña se inutilizó en aquellos difíciles pasos.

El día 29 de Febrero, Llano llegó al campo de Calleja, después de haber seguido el difícil y escabroso camino, que pasando por el

rancho de Temascalapa y las haciendas de San Ignacio y Santa Clara, da vuelta al grandioso volcán del Popocatepetl.

Aprovechándose de la salida de Llano, y obrando por su propia cuenta, sin que de ello pueda resultar culpa alguna á los verdaderos caudillos insurgentes, un salteador y bandido llamado Vicente Gómez, más conocido por un repugnante apodo, conquistado mutilando bárbaramente á sus prisioneros, á los cuales no quitaba la vida, cayó el 25 de Febrero sobre San Martín Texmelúcan, entrando en la población y cometiendo en ella los crueles actos á que le impulsaba su sanguinario instinto; poco duró no obstante allí, pues sabido en Puebla el suceso, salió de ella con un corto destacamento el coronel D. Francisco Ordóñez, y Vicente Gómez huyó, prendiendo fuego á unas casas del pueblo y á la hacienda de San Cristóbal.

Con el refuerzo de las tropas de Llano y algunas municiones, pertrechos y auxilios que Venegas le remitió, Calleja se decidió á emprender el sitio de Cuautla: el Jueves 5 de Marzo de 1812, puede decirse que comenzó el asedio, pues en dicho día circunvaló el ejército la plaza, situándose el general en jefe al Poniente, en tierras de la hacienda de Buenavista y Llano al Oriente en las lomas de Zacatepec: Las trincheras (la descripción está tomada del mismo Calleja), se abrieron al Sur entre la derecha del general en jefe y la izquierda de D. Ciriaco Llano, á medio tiro de fusil de las baterías enemigas: al Norte, en el punto del Calvario, se construyó un fuerte reducto bien guarnecido con infantería y artillería, y en las lomas de Zacatepec, en el centro de la división de Llano, se levantó otro para defender la caja del río. Los intervalos de unos á otros de estos puntos, se cubrían con partidas de caballería de veinticinco hombres de día y cincuenta de noche, y para la fácil comunicación entre ellos, se abrieron de unos á otros caminos de veinte varas de ancho á tiro de fusil de Cuautla, atravesando suertes de caña y echando puentes sobre los *apantles* ó canales destinados al riego: se abrió también un camino en la quebrada ó barranca llamada del Agua hedionda, por correr por ella los derrames de un manantial azufroso, y en el pueblo de Amelcingo, á la derecha de la barranca, acamparon el batallón de Lobera y escuadrón de Puebla á las órdenes del mayor D. José Enríquez: se puso en comunicación este punto con el del Calvario por medio de un puente

sobre el río, protegido por un fuerte espaldón: lo mismo se hizo al Sur entre la derecha de Calleja é izquierda de Llano, y así quedó formada una línea de circunvalación de más de dos leguas, aunque con grandes intervalos entre los cuerpos que la defendían, por no bastar su número á guarnecer tan dilatado espacio.

Al lado de la habitación de Calleja ó en sus inmediaciones, se encontraban el alojamiento del cuartel maestre, los de los mayores generales de infantería y caballería, los depósitos de parque, la proveeduría y el hospital: formaban un semicírculo dando frente á la plaza y protegiendo los citados lugares, la columna de granaderos, el batallón de Guanajuato, el escuadrón de lanceros de Meneso, el batallón de la Corona, el regimiento de caballería de San Luis, los patriotas de San Luis, el regimiento de caballería de San Carlos, los escuadrones de lanceros de Zarzosa y Armijo y los de México y España. Un camino de comunicación unía el cuartel general con las baterías de Buenavista y del coronel Gordoncillo situado al Sur de Cuautla; otro cubierto iba de ella á la del capitán Murga, y á corta distancia alzábase la trinchera construída en el camino de Coahuixla: detrás de la batería del capitán Murga se encontraba un espaldón para morteros, y siguiendo la línea de circunvalación, el puente que daba acceso al campo de D. Ciriaco del Llano: en las faldas del Zacatepec acampaban el batallón de Asturias, el escuadrón de Tulancingo y el batallón mixto: al otro lado de la barranca del Agua hedionda, y comunicados por un camino cubierto y próximo al pueblo de Amelcingo, estaban situados el escuadrón de los dragones de Puebla y el batallón expedicionario de Lobera, á cuyo cargo corrían la llamada batería de agua de Juchitengo, y un espaldón para la infantería alzados á su frente: un puente sobre el río desembocaba en el camino del reducto del Calvario en el camino Real de México y, protegido por un espaldón que sostenían infantiles y artilleros, iba á terminar la línea militar en la habitación de Calleja.

Tal era la disposición dada por los realistas á sus obras de asedio, como mejor he podido describirlas para suplir la presencia del plano respectivo.

## XII

Aun no registra en sus páginas nuestra historia defensa más gloriosa que la que de Cuautla hizo el Sr. D. José María Morelos; no debe, pues, extrañarse que me extienda en pormenores sobre aquella monumental gloria de la independencia nacional, cuyo relato debiera hacerse aprender de memoria á los niños que asisten á nuestras escuelas, acostumbrándoles á pronunciar el nombre de Cuautla, con la misma veneración que pronuncian los de Sagunto y Numancia, Gerona y Zaragoza.

Sólo un día y una noche, durante los cuales Llano y Calleja ocuparon sin excepción de individuo á todo su ejército, habían bastado á los realistas para emprender y terminar sus obras de asedio.

No habían en verdad mostrado menor actividad los insurgentes en mejorar las de su defensa, encaminadas más bien que á hacer inexpugnable la plaza, lo cual no era posible, á dificultar los avances del enemigo, caso de que intentase un nuevo asalto; en los que Calleja diese estaban las únicas probabilidades de victoria de los independientes: no pudiendo competir ni en número ni en elementos con los realistas, querer batir á éstos en campo llano equivalía á llevar la perdida por segura; así lo comprendió Calleja que, con el fin de sacar al señor Morelos de la plaza, recurrió al ardid de hacer caer en manos del insurgente Larios una comunicación dirigida al virey, participándole la pérdida sufrida por sus tropas en el ataque del 19 de Febrero y la poco menos que absoluta escasez de municiones de su ejército.

Todos los oficiales generales insurgentes se enteraron de la tal comunicación con inmenso regocijo y el entusiasmo de D. Hermenegildo fué tan grande, que propuso salir inmediatamente de Cuautla y atacar á Calleja en su campo, dándole desde luego por destruído: sus camaradas opinaron del mismo modo y todos corrían á ceñirse sus espadas y tomar sus caballos, cuando la voz del señor Morelos les detuvo, impidiéndoles salir.

Grande fué la sorpresa que les causó aquel que ellos suponían acto de debilidad, y con mayor asombro todavía se convencieron

del talento prodigioso del caudillo, que les hizo ver la asechanza tendida á sus valientes enemigos por el astuto y pérfido realista.

Su prodigiosa vista fué tal, que algunos días después los sitiados surtían su maestranza con los fragmentos de los innumerables proyectiles que los sitiadores hicieron llover sobre Cuautla.

El entusiasmo de los habitantes de ésta era extraordinario; todos contribuían ó con materiales ó con su trabajo personal á la construcción de las fortificaciones de la casa y oficinas de la hacienda de Buenavista, en cuyos terrenos acampaba Calleja, y á la formación del reducto que frente al campo de Llano unía un platanar con la orilla derecha del río: de las plazas de San Diego y Santo Domingo se formó un fuerte recinto circunvalado por cortaduras, parapetos y baterías amerlonadas, guarnecidas en lo posible con las piezas de que disponían; todos, lo repito, tomaban parte en estas obras, hombres, mujeres y niños: con los últimos se había formado una compañía infantil, que se titulaba «Compañía de los emulantes.» Era su capitán D. Juan Nepomuceno Almonte, hijo mayor de D. José María Morelos, amante entonces, como su propio padre, de su patria, por más que aun fuese un pequeñuelo.

El muchacho era listo y simpático por demás, y tal su penetración, que puede decirse que veía las intenciones y deseos de los hombres con sólo verles el rostro, razón por la cual la sencilla gente suriana, le llamaba *el adivino*, y le adoraba por valiente y por hijo de su general; los infantiles militares hallábanse perfectamente instruídos en su arte, y era cosa de morirse de gusto, el verlos maniobrar ante la casa, habitación del general, armados todos con carabinas de caballería y pequeños sables.

En una ocasión estos muchachos se empeñaron en un ataque que sostenían los sitiados contra los realistas, y enredándose á los piés del caballo de un granadero, le sorprendieron de tal modo que le hicieron dar en tierra y se apoderaron de su persona después de desarmado y le metieron en triunfo á la plaza: el Sr. Morelos perdonó al granadero y le dejó en libertad: pero él no quiso marcharse y fué en lo de adelante uno de los defensores de Cuautla.

Quiso no obstante el caudillo castigar el temerario arrojo de la *compañía de emulantes*, y dispuso que su capitán quedase arrestado y detenidos en una sala de D. Francisco Cardoso y Padilla, alcaide de la cárcel, diez y ocho de los niños más traviesos.

El pequeño capitán tomó muy á mal tanta severidad y *amante padre* de sus diminutos soldados reunió á los más decididos que quedaban libres y subiéndose á la azotea de la casa del alcaide, por medio de reatas que echó á los prisioneros sacó cuatro de ellos, pero á punto de ser descubierto antes de haber podido salvar á los catorce restantes, tuvo con mucho pesar que dejarlos abandonados á su suerte.

Esto dió motivo á que el alcaide rindiese al general el siguiente parte:

«Parte de presos por orden del Sr. Morelos.— Diez y ocho muchachos, soldados del niño capitán del señor General presos de su orden. Anoche subió á la azotea el niño capitán con otros, y echándoles reatas sacó cuatro. Y ahora que amaneció que los busqué, declararon catorce que han quedado, que su capitán los sacó anoche después de las ocho de la noche.—Con lo que da cuenta el alcaide de la real cárcel de América de Cuautla de Amilpas á 27 de Febrero de 1812.—El alcaide, Francisco Cardoso y Padilla.»

Por fin el martes 10 de Marzo los realistas dieron aviso de haber concluído sus trabajos de asedio, desatando sobre la población uno positiva lluvia de granadas y balas rasas, siendo el primero en disparar sus baterías el brigadier D. Ciriaco del Llano.

El 13 de Marzo á las seis de la mañana, Calleja escribió al virey lo siguiente:

«Cuento hoy cuatro días de fuego que sufre el enemigo como pudiera una guarnición de las tropas más bizarras, sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todas las mañanas amanecen reparadas las pequeñas brechas que es capaz de abrir mi artillería de batalla: la escasez de agua la han suplido con pozos; la de víveres con maíz que tienen en abundancia, y todas las privaciones, con un fanatismo difícil de comprender y que haría necesariamente costoso un segundo asalto que sólo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta.»

Irritado contra aquella heróica resistencia, y más que por todo, porque su amor propio se mortificaba de verse por primera vez detenido en su incesante carrera de triunfos obtenidos en año y medio de campaña contra los insurgentes, Calleja trató de desquitarse con el virey haciéndole embozadamente el cargo de haberle obligado con sus reiteradas órdenes á poner en ridículo sus tropas



EL SITIO DE CUAUTLA

ante las defensas de Cuautla, y escribíale refiriéndose al Sitio, «debió emprenderse con todos los medios oportunos para asegurar el suceso: pero las circunstancias, las distancias, las noticias equivocadas y el concepto que se tenía del enemigo lo impidieron: propongo en consecuencia se haga venir artillería gruesa de Perote y todo cuanto pueda necesitarse, sin perder instante, prefiriendo ésta á todas las demás atenciones, á las que se podrá después ocurrir: y si V. E. no estuviese conforme con estas ideas, pido me prevenga terminantemente lo que debo ejecutar en circunstancias que por cualquier parte que se miren, ofrecen muchas dificultades para el acierto.»

Por primera vez Calleja, cuyo orgullo era rival de su valor, pedía consejo á otra autoridad, hallándose perplejo en sus resoluciones.

Pero al hacer tales cargos al virey, se olvidaba de que en su parte del 20 de Febrero, había escrito á Venegas: «Cuautla exige un sitio de *seis ú ocho días*.» Estos seis ú ocho días iban á rivalizar con las famosas semanas de Daniel.

## XIII

Venegas, ya lo he dicho, se complacía en su interior del fracaso de su rival, pero viendo en ello comprometido el honor de su ejército y el prestigio del gobierno, hizo cuanto en su mano estuvo para remitir á Calleja los auxilios y pertrechos que pedía.

Los primeros días de fuego espantaron, á qué negarlo, al pacífico vecindario de Cuautla: cada bomba hacía venir al suelo alguno de los pobres jacales que constituían la mayoría de dos barrios, y las gentes corrían á refugiarse en las iglesias como el más propio y seguro albergue.

Pero como todos los disparos tenían que hacerse por elevación, la puntería de los realistas no era segura y sólo así se explica que de las granadas que deseaban hacer caer sobre la casa habitación de Morelos, casi ninguna fuese á dar al punto á que iban dirigidas.

La confianza fué poco á poco renaciendo, y al fin todo el mundo perdió el miedo á los proyectiles, máxime cuando el general anun-

ció que pagaría á un peso cada granada que se le presentase, á cuatro reales la bala de cañón y á real la docena de balas de fusil.

A la detonación de cada disparo, las mujeres y muchachos levantaban la vista al cielo, observaban la caída del proyectil, se tendían á lo largo en el suelo á esperar la explosión y arrebatábanse después los cascos.

Por este medio suplió el caudillo su falta de municiones, y los proyectiles realistas, después de fundidos en la maestranza, eran devueltos al campo de Calleja por las bocas de la artillería.

Mientras tanto los soldados surianos, guarecidos detrás de sus trincheras, pulsaban tranquilos sus guitarras, haciendo á un lado el fusil y cantaban:

Rema, nanita y rema:
y rema y vamos remando,
que los gachupines vienen
y nos vienen avanzando.
Por un cabo doy dos reales
por un sargento un doblón
por mi general Morelos
doy todo mi corazón.

Los muchachos de la «Compañía de emulantes» recorrían los barrios haciendo diabluras y asustando con petardos á las mujeres, y se retiraban cantando con sus chillonas voces:

Ahí viene Calleja
por el callejón,
cogiendo á las viejas
para hacer jabón,
y á las jovencitas
para el batallón.

Contrastando con el general contento y como muda protesta contra él, un hombre, joven aún, y no obstante serlo, cubierto de abundantes canas, solía pasear silencioso por los reductos de los independientes. Indiferente al parecer á todo, no lograban sacarle muchas veces de su abstracción ni la gritería de sus camaradas ni el estrépito de los disparos enemigos, cuyas balas más de una vez cayeron á sus piés sin inmutarle en lo más mínimo.

En otras ocasiones, por el contrario, el estallido de una bomba

parecía despertarle de su pesadilla, y trepando sobre la trinchera como quien desprecia á la muerte, descubría todo su cuerpo, y echándose á la cara su fusil, apuntaba al enemigo y sólo disparaba cuando era seguro el tiro; en tal caso hacía indefectiblemente blanco, y el realista amenazado quedaba casi siempre muerto, nunca sólo herido.



... solía pasear silencioso...

Cuantas veces lograba su objeto de matar un enemigo, solía sonreirse, pronunciar un número de orden, ver después el cielo y enjugar una lágrima, que nunca jamás ocultó á nadie ni ál mismo señor Morelos, que mostraba por aquel hombre extraño, marcada predilección.

Una tarde de aquellos memorables días, el personaje que nos ocupa, permanecía sobre la trinchera que daba frente al reducto del Calvario, como siempre abstraído, como nunca vigilante, cuando el caudillo, seguido de pequeña escolta, acertó á pasar por aquel sitio, haciendo recogerse á sus tropas y colocando centinelas.

Todo el mundo había obedecido la orden: sólo nuestro hombre parecía no haberla escuchado: su vista no se apartaba un segundo

de un grupo de tres granaderos realistas que sólo sus cabezas dejaban ver por cima del reducto enemigo, marchando en dirección del Calvario.

—¡Hijo mío!—le gritó el general,—baja de ahí, basta por hoy.

Al oir la palabra ¡basta! el hombre se volvió hacia el Sr. Morelos, le arrojó una mirada iracunda, y echándose á los ojos el fusil, apuntó á los granaderos y disparó: una de las tres cabezas se hundió detrás del parapeto para jamás volver á levantarse.

—¡Treinta y dos!—exclamó el hombre, miró al cielo y enjugó en sus ojos una lágrima.

—¡Retírate, hijo mío, ó te matan!—gritó el general con enérgica voz.

El peligro era grande en efecto: los granaderos realistas asomaban por el reducto, no ya sus cabezas solas, sino sus dos fusiles.

Lejos de intimidarse nuestro hombre, considerando que no tenía tiempo para cargar su arma, tomó, ó por mejor decir, arrancó de manos de uno de los soldados de la escolta del general, una carabina, y rápidamente apuntó de nuevo y un segundo granadero desapareció.

—¡Treinta y tres!—exclamó sonriendo.

Casi al mismo tiempo que esto pasaba, otro de los soldados de la escolta había apuntado al tercer granadero y dádole muerte también, y siguiendo la manía del extraño personaje, cuando éste hubo acabado de decir *treinta y tres*, añadió él:

—¡Treinta y cuatro!

—No:—exclamó el diestro tirador; treinta y tres, treinta y tres nada más, sólo cuento los que por mi mano mueren!

Después bajó de la trinchera y acercándose al general le besó la mano antes de que hubiese podido retirarla.

Las últimas luces del crepúsculo, habíanse desvanecido hasta trocarse en el oscuro azul que es el ropaje de que las sombras se visten en aquella zona.

El Sr. Morelos invitó á seguirle al héroe de esta pequeña aventura; como á mitad de la calle Real se desmontó de su alazán, cuyas riendas entregó á su ordenanza, y despidiendo á su escolta se apoyó en el brazo de su silencioso compañero, y mudos ambos, fueron á hacer alto en una banca de ladrillos de la plaza de San Diego.

La noche era purísima: sobre su denso manto brillaban las estrellas como miradas de seres superiores, y con su luz de color é incesante movimiento, los planetas parecían hablar en desconocido idioma: el ambiente era fresco, húmedo y saturado de aromas todos delicados: de vez en cuando una ráfaga de aire corría impregnada de un resinoso perfume de mangles, benéfico sobre todo punto para todo el que le respira: siguiendo el impulso que habíale impresó desconocida mano, la ráfaga se deslizaba después entre los platanares que la recibían sacudiendo los gigantescos abanicos de sus hojas, que rechinaban sobre sus gruesos tallos, á la vez que los palmeros, estremeciendo su tronco, saludaban con sus penachos reales la sublime majestad de aquella espléndida noche, llena toda de esos ruidos á que contribuían á la vez todos los elementos, el agua corriendo rápida en el cauce del río, al aire susurrando entre las ramas ó arrancando tenues notas al bronce de las campanas de los templos, el fuego chisporroteando en las hogueras del soldado, la tierra con el roce de todo cuanto en ella tiene movimiento y vida.

—Así era,—dijo;—siendo el primero en hablar nuestro desconocido, la noche en que la conocí: volvía yo con mi acordada á mi residencia de la hacienda de Mapaxtlan, no muy distante de Cuautla: la encontré profundamente dormida á la orilla del manantial del que solía llenar su jarro, que flotaba sobre los círculos del agua brotante: uno de mis hombres la despertó llamándola repetidas veces por su nombre: Salomé, que así se llamaba, despertó sobresaltada: yo me sentí atraído por su voz armoniosa y dulce, me acerqué, procuré tranquilizarla y la invité á acompañarse con nosotros hasta el Real de la hacienda de Maxtlapa, en la que dijo residía.

Nada hablamos de particular, nada que no fuese fútil y sin interés; no obstante, recordaré siempre aquella conversación como una de las más amenas y gratas de mi vida. ¡Ah! dijo al pronto exaltándose el desconocido; maldito no el instante en que la conocí, pero sí el de mi nacimiento, ¡maldito! ¡maldito cien veces!

—Hijo mío,—exclamó con melancólica voz el general,—nadie debe maldecir el instante de su nacimiento, porque ese instante es el más grande y santo de los de la vida de nuestra madre, á la cual debemos respeto y adoración.

—Mi general...

—No, no soy, hijo mío, en este momento tu general: soy el sacerdote que acude al socorro de un alma enferma: da, hijo mío, libre salida á tu mal: yo quiero curarte, yo puedo curarte, lo puedo, sí, lo puedo, pues mi conciencia me dice con la voz de su tranquilidad, que aun soy digno de hacer bajar hasta mis manos á ese Dios grande y misericordioso de quien ayer fuí sacerdote en sus templos, y hoy lo soy en los campos de batalla.

—Sí, sí,—exclamó exaltado su interlocutor,—así es la verdad, también son su templo los campos de batalla, porque en ellos toma el oprimido una venganza que...

—Corazones tan grandes como el tuyo, hijo mío, no pronuncian jamás esa palabra,—dijo el general interrumpiéndole,—¿lo entiendes, Francisco Ayala?

—¡Por mi nombre de Francisco Ayala!...—exclamó el personaje cuyo nombre acabamos de saber,—que si en mí no es santa la venganza, no hay, ni ha habido, ni puede haber venganza que lo sea.

—No, hijo mío, no la hay.

—¿Ni en Dios?—preguntó Ayala.

—Ni en él,—contestó el sacerdote,—porque la de Dios se llama justicia y no venganza.

—¿Ni en el oprimido?—demandó D. Francisco.

—Ni en él,—opuso el general,—porque la del oprimido se llama reparación.

## XIV

Ayala puso sus manos sobre su corazón, respiró con energía, como quien se encuentra libre de un peso superior á sus fuerzas, y dijo al fin:

—¡Sí, sí, esa es la palabra; reparación!

—¡Pobre Ayala, pobre hijo mío!—exclamó el general conmovido: ¡qué desgraciado eres!

—¡Sí, padre mío! ¡lo soy! ¡Ay del que ama y pierde el objeto de su amor! ¡era yo tan feliz!... La voz de las nuevas ideas con que un puñado de hombres había hecho despertar en los criollos el deseo de la independencia y el amor de la patria, sonó dulce y

grata en mis oídos: pero aquello era tan nuevo como peligroso, y yo era tan feliz con mi Salomé, que no quise lanzarme en aquel piélago de riesgos que se había tragado millares de existencias en unos cuantos días de lucha civil: seguí, pues, del lado de los realistas y acepté el título de teniente de la Acordada del Valle de las Amilpas, pero limitándome á la persecución de malhechores que á pretexto de las nuevas ideas se lanzaron á desacreditarlas, convirtiéndose en comunes y viles ladrones. A nadie, hasta entonces había hecho yo mal alguno; no obstante pesaba sobre mí una mala voluntad, la del subdelegado de Cuautla, un europeo llamado Garcilaso: quiso éste hacerme alistar en las tropas que levantó contra los independientes, y yo me excusé: Salomé, mi mujer, estaba en cinta y yo no quería abandonarla, ya porque la amaba, ya porque quería recrearme con la música deliciosa del primer llanto de mi hijo: inútiles fueron instancias, órdenes y amenazas: Garcilaso se regocijó con ello y pretendió hacerme sospechoso: pero inútiles fueron sus tentativas, mi conducta era limpia y clara como las aguas de los manantiales: no obstante había sembrado una calumnia, y esta planta maldita, tarde pero nunca deja de dar fruto. Pasó tiempo, no sé cuánto, porque yo era muy feliz con mi mujer y mi hijo, y no contaba las horas, trabajo que sólo se toma el que padece; pero, lo repito, pasó tiempo y aconteció que el comandante realista Moreno, alcanzó y dió muerte en la hacienda de Jalmolonga al capitán insurgente Toledano, sobre cuyo cadáver encontró una carta de D. Ignacio Ayala...

—Sí, á quien yo había nombrado intendente de la provincia de Tecpan.

—Sin fijarse Moreno en que uno era Ignacio y otro Francisco, y haciéndolo sólo en el apellido *Ayala*, se acordó de mí y de las sospechas que circulado había Garcilaso, y determinó prenderme, á lo cual Garcilaso ayudó franqueando á Moreno un auxilio de tropas. Eran ellos tigres y supusiéronme á mí una pantera, y como á tal pretendieron darme caza: emboscándose en los matorrales, disminuyendo el ruido de sus pisadas, y con las armas listas á disparar, rodearon mi humilde jacal, tejido con cañas y bejucos, y encontrándome sentado con mi mujer á la mesa, al invitar á dos de ellos que distinguí, á gustar de mi frugal alimento, hiciéronse oir hasta cincuenta detonaciones, y mi esposa, mi ángel, mi Salomé que te-

nía á mi hijo en su regazo, cayó atravesada por un balazo. ¡Oh! yo no sé lo que por mí pasó, no recuerdo lo que pensé, dije ó hice; sólo tengo memoria de que mis armas se encontraban en mi caballo amarrado á un árbol á la puerta del jacal, y que cuando salí á buscarlas mi caballo no estaba allí. Sin duda en aquel trance debí volverme loco, porque, lo repito, nada sé, nada recuerdo y sólo pude darme á mí mismo razón de mí mismo, tres días después en que me encontré solo en medio de un bosque todo ensangrentado y muerto de hambre y de cansancio. Yo creo que si en el instante del ataque maté uno ó muchos de mis bárbaros enemigos lo hice sin duda sin más armas que mis uñas y mis dientes: salí del bosque como león que busca sus prendas robadas y supe... no sé por quién, que mi mujer, mi ángel, mi Salomé, había sido conducida con mi hijo á Cuautla, con horribles heridas la infeliz, pues aquellas bestias feroces habían prendido fuego á mi jacal, sin considerar que dentro de él mi Salomé nadaba en su propia sangre, y mi hijo lloraba de miedo y de terror. Atroces eran las noticias, pero aquellas queridas prendas vivían, y la esperanza de reunirme con ellas debiera haberme consolado; pero no fué así, mi razón volvió á trastornarse, y por ahí cuentan que yo hice no sé cuantas cosas, que no recuerdo, que quizá ellos han inventado; lo que yo sé es que, perseguido por los realistas fuí á dar al pueblo de Nenecuilco, que allí me oculté en la iglesia con algunos camaradas que tuvieron compasión de mí: que atacado por aquellos implacables inquisidores me hice fuerte en la iglesia, y que después de haber muerto á muchos de mis enemigos, cuando concluí con mi parque salí de la iglesia, me abrí paso por medio de las filas realistas, corrí á donde me dijeron que el general Morelos estaba, y me presenté á él y...

—Yo te abrí entonces mis brazos, como te los abro ahora, y te dije...

—«Dios es grande y tiene consuelos para los más grandes dolores,» sí, mi general, padre mío, lo recuerdo, «Dios es grande y tiene consuelos para los más grandes dolores,» y por Dios, padre mío, que no fué así, pues al fin entramos en Cuautla y busqué á mi mujer, á mi ángel, á mi Salomé y sólo encontré el sepulcro en que la habían sepultado, muerta de resulta de sus heridas, sin que Dios la hubiera dado el consuelo de hacerla morir en

mis brazos diciéndola yo: muere tranquila porque ya estás vengada y yo te amo. No, padre mío, no, mi general, la palabra no es *reparación*, es *venganza*, ¡venganza! ¡venganza, sí, sólo venganza!

Cuando D. Francisco Ayala dejó de hablar, sus fuerzas le abandonaron y rompiendo en sollozos, dejó caer su cabeza en los brazos del Sr. Morelos, llorando á la vez como un niño.

El general guardó silencio, no queriendo estorbar con sus palabras aquel benéfico desahogo de un espantoso dolor.

Cuando la crisis comenzó á pasar, D. Francisco fué el primero en tomar la palabra diciendo:

—Perdón, padre mío, soy más pequeño que grande es mi pena.

—¡Ayala! ¡mi bravo Ayala!—repitió el caudillo,—valor, que ese Dios cuyo poder niegas nos ve.

—¡Oh! padre mío, demuéstremelo usted, porque ¡ay de mí! lo necesito.

—Sí, hijo mío, sí; te lo demostraré: vamos á tu casa, quiero acompañarte á ella, y allí sobre la cama de hojas de tu hijo que Dios te ha conservado, me dirás si aun puedes negar á Dios: vamos á ver á tu hijo.

El caudillo había tocado el corazón de D. Francisco, y éste murmuró de nuevo la palabra perdón; dejándose caer á los piés del sacerdote.

El caudillo le levantó amorosamente, y mientras un nuevo y copioso llanto se encargaba de tranquilizar á la infortunada víctima, le dijo:

—Sí, Ayala, Dios existe y está á tu lado en el cuerpecito de tu hijo, y por sus labios te sonríe, y con sus ojos te mira, y con sus brazos te liga á esta tierra y esta vida que malamente acusas de pesada: tu hijo es el cuerpo de tu esposa, el alma de tu Salomé, que por medio de ese angel te envía las bendiciones que ella desde el cielo pide á Dios para tí. Tu hijo es la prenda de recuerdo que tu Salomé te dejó antes de partir para la otra vida: recuerdo no falto de elocuencia y vida, como la mayor parte de los que el hombre deja al ausentarse de este mundo, sino recuerdo dotado de movimiento y voz, que te festeja con sus sonrisas que aun no conocen el dolor, y sale á tu encuentro con todas las gracias que con pródiga mano pone Dios en los niños: tu hijo, angelical trasunto de ese otro ángel cuya ausencia lloras, quedó en la tierra para hacerte

ver que con él han vivido hasta hoy los habitantes de esta América, sin madre que los haya alimentado á sus pechos en los días de la infancia, y amado y sacrificádose por ellos: ese niño te dice que no pueden ser buenos señores de esta tierra los que le han matado la madre que aquí le dió á luz; ese niño te dice, dame una patria que me ame si tú mueres; ese niño, en fin, te exige que vengues á Salomé, cubriendo con las palmas conquistadas en una lucha santa y noble, el sepulcro en que descansa en tierra esclava hoy, en tierra, mañana quizá, independiente y libre: sí, Ayala, sí, hijo mío, en el alma de un hombre como tú no pueden negarse á entrar el consuelo y la resignación, si los ganas con méritos conquistados amando á Dios y á la patria.

Cuando el caudillo concluyó de hablar, Ayala levantó su cabeza, miró en torno suyo y no pudo por menos de ceder á la magnificencia del espectáculo que contemplaba: la noche en efecto, como ya dije, era purísima: sobre su denso manto brillaban las estrellas como miradas de seres superiores, y con su luz de color é incesante movimiento, los planetas parecían hablar en desconocido idioma.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## XV

Recatándose convenientemente y de modo de no ser observados, dos hombres habían seguido en casi todos sus accidentes la escena que en el anterior capítulo he descrito: cuando el caudillo y D. Francisco Ayala hubiéronse alejado, nuestros hombres salieron del grupo de adelfas ó laureles-rosa tras de los cuales habíanse escondido.

—Escuchaste bien, Felipe,—preguntó uno de ellos.

—Sí, Juan, sí escuché, y ¡ojalá que nada hubiese oído!

—¿Por qué?

—Porque ahora más que nunca estoy decidido á no escuchar tus pérfidos consejos.

—Harías mal, pues pudiera costarte caro.

—No me amenaces, Juan, porque con sólo una voz que yo dé, puedo perderte y librarme de la vergüenza de haber dado oído á tus proposiciones.

—No sería sin que antes yo te hubiese atravesado el corazón con un puñal; pero, en fin, seamos amigos, que á los dos puede convenirnos.

—Como quieras, pero no hablemos más del asunto.

—Pero ¿por qué?

—Porque la relación que acabo de escuchar de labios del mismo Ayala me demuestra que los realistas son unas bestias feroces que ante ninguna atrocidad se detienen.

—¿Pero qué tiene de particular lo acontecido á Ayala?

—¿Cómo, Juan, no lo encuentras tú?

—Te lo juro.

—¿Cabe mayor crueldad en gente humana?

—No te divagues, Felipe; has oído decir á Ayala que las autoridades españolas le tenían por sospechoso.

—Sí, pero sin haber dado él motivo alguno.

—Démoslo por cierto si lo quieres; pero sin causa ó con ella Ayala se había hecho sospechoso, y la ligereza del comandante Moreno, engañado por el papel que encontró sobre el cadáver de Toledano, determinó su ruina: todo ello fué obra de una ciega fatalidad. Tú en cambio ¿qué puedes temer? nada, y antes por el contrario te sobrarán entre los realistas toda clase de garantías. Por otra parte ¿qué es lo que se exije de tí? nada que no te sea fácil: los insurgentes tienen en tí una absoluta confianza, y por eso te han encargado del mando y vigilancia de la trinchera que queda frente al campo del brigadier D. Ciriaco del Llano: ¿qué peligro puedes correr en permitir que los realistas penetren en Cuautla por ella, una de estas noches?

—Te digo que no cometeré yo semejante traición.

—¡Traición! ¿traición á quién? ¿á Morelos? no la has cometido acaso contra el único dueño natural de estos reinos el Sr. D. Fernando VII? Ahora bien ¿cuál de estas dos traiciones es la más criminal y cuál de ellas puede proporcionarte mayores ventajas? Crees á tu general Morelos más fuerte y poderoso que al monarca español? ¡No has visto ya que los primeros cabecillas que se levantaron contra España han sido muertos todos y disipados sus ejércitos, y esto cuando el virey no tenía tropas que oponerles, y la opinión le era contraria, merced á los errores y traiciones del usurero Iturrigaray? Porque el 19 de Febrero rechazasteis á los

realistas matándoles al conde de Casa Rul y á otros jefes, os créeis ya invencibles? ¿Supones tu que si Calleja hubiese querido intentar un nuevo asalto, después de habérsele reunido los dos mil hombres de Llano, no habría tomado á Cuautla?

—¿Por qué no lo ha hecho ya entonces?

—Por una razón muy sencilla, porque no quiere que se le escape ninguno de los que aquí estáis encerrados, especialmente los jefes que son siempre los primeros en huir dejando en el abandono á sus tropas. Con este fin está resuelto á prolongar el asedio cuanto sea posible, á fin de mataros de hambre como á perros, sin exceptuar ni á los niños ni á las mujeres.

—¡Oh! ¡eso es una infame crueldad!

—Te engañas, Felipe, es un recurso de guerra como cualquiera otro.

—No, no se trata así á los enemigos.

—Cuando el enemigo es lo que puede llamarse un beligerante, claro que no; pero nadie ha reconocido vuestra beligerencia y no pasáis de ser unos rebeldes comunes y corrientes: no tenéis, en consecuencia, derecho para ser tratados si no como rebeldes y traidores al rey.

—Mientes, Juan, mientes y si no te callas...

—Comprendo tu exaltación y la dispenso, amigo Felipe; por más que te hayas afiliado entre los insurgentes, eres un hombre de honor y defiendes tu causa, sólo porque es tuya, sin ponerte á pensar si es ó no es noble y justa.

—Juan, no me tientes; Juan no me lisonjees; Juan, calla.

—No callaré aun cuando quisieras perderme, que no querrás, porque, en fin, de lo único que yo trato es de tu interés, solamente de tu interés.

—Querrás hacerme creer que del tuyo no,—observó irónicamente Felipe.

—Así es la verdad, como lo dices y voy á demostrártelo: bien sabes que yo vivía modesta pero tranquilamente en mi rancho de San Matías cerca de Valladolid. Lo mismo me importaba á mí el rey de España, que el gran turco, y lo mismo que el gran turco los insurgentes. En nada, pues, me metía y la pasaba contento y feliz sin dárseme nada un ardite. Se acerca en estas el cura Hidalgo á Valladolid, y por desgracia mi rancho se encuentra en su camino,

y... excuso pormenores, sin provocación de mi parte, sin causa alguna ni chica ni grande, ni justificada ni por justificar, la chusma que formaba el grueso de su ejército, entra á saco en mi rancho, roba cuanto cree útil y pega fuego á lo demás, matándome dos hijos y dejándome á mí mal herido. Ya ves que no sólo los realistas cometen atrocidades. Allá como Dios quiso, recobré la salud y me presenté al cura Hidalgo á exponerle la sinrazón y crueldad con que había sido tratado: el cura me dijo que se me pagaría todo, cuando las tropas se apoderaran de México, y me dió orden de alistarme en su ejército. Yo tomé, y creo que con justicia, por insulto todo esto, pero tuve miedo y callé. Cuando los insurgentes salieron de Valladolid corrí á presentarme al Sr. Calleja, le referí mis desgracias, escribió al virey, y por la munificencia de uno y otro me encontré de nuevo en aptitud de poder vivir de mis propios recursos, pues me entregaron una fuerte cantidad de dinero en buenos pesos, merced á la cual ni siquiera trabajar para cuidarla necesito. ¿Crees tú que no debo yo querer á los realistas y servirles en cuanto de mí dependa?

—¿Y qué premio te han ofrecido por comprarme?

—Ninguno, te lo juro, y debes creerme porque nada necesito.

—Entonces ¿qué te ha impulsado á aceptar el riesgo de venirte á nuestro campo?

—El deseo de contribuir en cuanto de mí dependa á afirmar en estos reinos la pacífica dominación de mis bienhechores: ¿no comprendes que si vosotros triunfaseis y España fuese arrojada de esta América, pronto sería sabida mi historia y considerado yo como europeo y privado por último de mis bienes, que valen en la actualidad cinco veces más que lo que valía mi rancho de San Matías?

—¿Y por qué me has elegido á mí como auxiliar de tus planes?

—Porque te he juzgado más bueno que los demás.

—Repito que no me adules.

—Está bien, no quiero que llames adulación á lo que no es más que pura justicia, y paso á darte mis demás razones; te he elegido á tí, porque he visto que á tí como á nadie espantan los peligros á que estáis expuestos.

—¿Acaso me crees cobarde?—preguntó Felipe con manifiesta ira.

—No, estos peligros te espantan, no por tí, sino por tu mujer y tu hijo á quienes adoras con positiva idolatría.

—¡Oh! sí, sí, ¡prendas queridas de mi corazón!

—¿Lo ves? ¿te conozco bien?

—¡Oh! ¡calla, el demonio te inspira!

—No el demonio, sino el mismo Dios que por mi medio quiere salvarte. Sí, Felipe, sí, este sitio te espanta por tu pobre mujer, sobre la cual pesa una enfermedad terrible, la tisis, no obstante lo cual, se ha visto precisada á criar á sus pechos al hijo que te nació pocos días antes del sitio, porque ninguna otra mujer quiso hacerse cargo de él por temor á las contingencias del cerco: tú has creído poder salvarlo todo adquiriendo una vaca que, aunque mal alimentada, pues los pastos escasean, te proporciona leche para sustento de tu mujer y de tu hijo: pero las provisiones comienzan á faltar, y si el sitio se prolonga, el hambre va á ser espantosa, y tú no podrás conservar tu vaca, porque la muchedumbre se apoderará de ella, te la arrancarán, la dividirán en pedazos y por alimentar su hambre egoista dejarán morir á tu mujer y á tu hijo.

—¡Oh! exclamó Felipe exaltado, antes tendrían que matarme.

—Lo creo, y no creas que ellos dejarían de matarte; el suplicio del hambre es el más bárbaro de los suplicios; dicen que en el sitio que á Gerona pusieron los franceses á principios de 1810 hubo padres que, instigados por el hambre, se comieron á sus propios hijos.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla por piedad, Juan, amigo mío!

—¿Por qué he de callar si hablando puedo salvarte de un crimen semejante, y, que no obstante su magnitud, ni los hombres ni Dios pueden castigar?

—Dios mío,—exclamó sollozando Felipe,—para merecer castigo tal, ¡cuál es mi delito!

—Ninguno,—se apresuró á responder Juan,—ninguno, puesto que Dios te viene á ofrecer por mi conducto la manera de huir del peligro.

—No sé si será Dios quien te envía,—dijo Felipe,—lo único que puedo asegurar es que me has desgarrado el corazón.

—Culpa de ello, no á mí, sino á la situación en que te encuentras.

—Pero bien, sepa yo qué es lo que piensas hacer.

—Pregunta.

—¿Vas á permanecer con nosotros en Cuautla?

—De ningún modo: hayas ó no aceptado mi plan, yo regresaré al campo realista tan pronto como se empeñe una acción ó combate que haga aproximarse á Calleja á la plaza.

—¿Serías, pues, capaz de abandonarme después de haber hecho mayor mi infelicidad?

—Bien sabe Dios que no ha sido ese mi objeto.

—¡No, tú no partirás!

—Sí, en cuanto se presente la ocasión.

—Antes te delataré como espía.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque tú no puedes pagar con semejante infamia el servicio que he pretendido hacerte: los medios podrán, si tú quieres, parecerte reprobados, puesto que te he propuesto una traición, que todo, absolutamente todo, disculparía; pero sólo así puedes salvar, no ya tu persona, que dueño eres de estimar en nada ó menos que nada, sino á tu infeliz y hermosa mujer y á tu juguetón pequeñuelo. Pero en fin, se hace tarde, las gentes se han retirado ya á sus casas y podríamos parecer sospechosos. Vámonos, pues, y piénsalo bien esta noche, que es el plazo que te doy: mañana temprano nos veremos, y si no aceptas, yo quedaré en libertad para escapar de aquí en cuanto la ocasión se me ofrezca.

Un momento después nuestros dos interlocutores habíanse separado y desaparecido por diferentes rumbos.

## XVI

Retorciéndose de dolor, Felipe salió una hora después de su casa para acudir á relevar la guardia de la trinchera, que le había sido encomendada.

Serían como las diez de la noche.

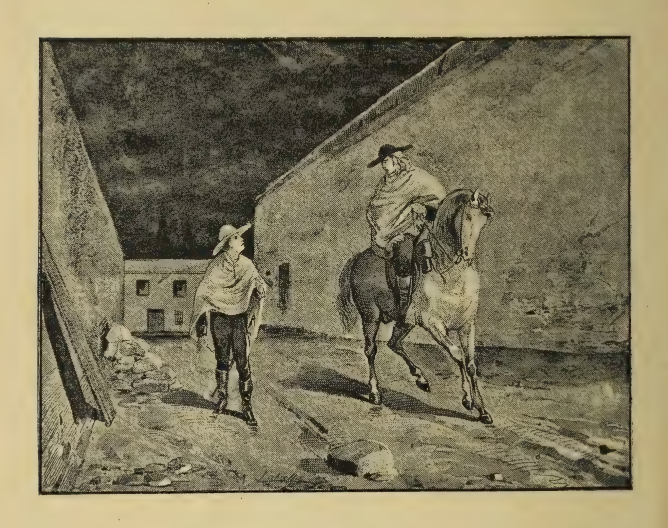
Entrado había en un callejón que desembocaba en la trinchera, cuando hubo de hacerse á un lado para dar paso á un ginete que al reconocerle dijo:

—Buenas noches, señor capitán D. Felipe Manso.

—¡Salud, mi general!—contestó Felipe,—reconociendo en el jinete al mismo Sr. Morelos.

—Qué tal,—díjole éste,—¿que tal van la mujer y el chiquitín?

—Mal, mi general,—contestó casi llorando el llamado capitán Manso.



—¡Salud, mi general!

—¿Cómo es eso? no le prueba la saludable casa que proporcioné á usted, queriendo evitarle el peligro que ofrecía, en caso de asalto, la que ocupaban á la entrada de la villa.

—Mi general, no es la casa la culpable, sino la pícara enfermedad de mi mujer.

—Cierto: cruel padecimiento es ese del pecho.

—Me parece que con cada día que pasa se destruye más y más.

—Pues qué, ¿ya no da leche la vaca?

—Sí, mi general, pero poca, y el niño devora, y apenas basta para él.

—Lo creo: el tal muchacho es un becerro, y parece imposible que una madre tan débil haya dado á luz un muchacho tan sano y grueso.

—Es eso lo que me inquieta, mi general.

—Pero usted se tiene la culpa, Sr. Manso.

—¿Yo, señor? ¿por qué?

—¿No le había yo encargado que si algo necesitaba fuese á verme?

—Mi general.....

—En mis caballerizas hay precisamente dos vacas que si á la verdad no valen mucho, alguna leche producen: capitán Manso, vaya usted mañana por una de ellas.

Felipe sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas de gratitud y tomó la mano del general para besarla.

—¡Ea! ¡capitán!—exclamó conmovido el Sr. Morelos,—no hay que perder el valor por tan poca cosa: Dios es grande y no ha de abandonarnos: cualquier día se nos ocurre zurrar las espaldas á los *chaquetas* de Calleja, y, ó rompemos el cerco ó introducimos á la villa las provisiones necesarias para aguardar en ella á ver quién es quien primero se cansa, si Calleja de acribillarnos á balazos ó nosotros de amar á nuestra pobre y querida patria. Con que buenas noches, capitán, y hasta mañana que esperaré á usted para entregarle la vaca.

—¡Mi general!—dijo sollozando Felipe,—¡no me espere usted!

—¿Por qué?

—Porque no iré por la vaca.

—Está bueno: como quiera capitán: yo se la enviaré á usted.

—Mi general, yo no puedo admitirla.

—Comprendo: cree usted que con tan pequeña cosa pretendo yo premiar la adhesión de usted á nuestra causa y esto le ofende: perdón, capitán, es usted injusto, no me conoce bien, y en este caso se la enviaré de regalo á la señora.

—Tampoco ella la admitirá, mi general.

—Cómo es eso,—exclamó con cariñosa entonación el gran caudillo,—se atreve usted á entrar en contestaciones conmigo y á faltarme á la obediencia?

Felipe estaba próximo á sucumbir á las emociones que le ahogaban, y sus labios iban á entregar al castigo del general el nombre

de Juan, de aquel pérfido Juan que quería comprarle con seductoras dádivas la vida y perdición de su bravo y generoso general, pero de súbito acudió á su imaginación la idea de que el sitio podría prolongarse, y entonces, no sólo la vaca que se le ofrecía si no la suya propia, le serían arrancadas quizás por orden del mismo general, para aliviar el hambre de los defensores de Cuautla.

Rápido fué todo esto, tan rápido como es todo aquello que sucede en el mundo de la imaginación y el pensamiento: no obstante, el caudillo se apercibió de algo; pero por fortuna de Felipe, el Caudillo se equivocó como lo demostraron las siguientes palabras que pronunció con gravedad:

—Comprendo, capitán, el móvil de su negativa: ha visto usted mi cabeza amarrada como de costumbre con mi mascada de seda, y supone usted que la jaqueca me martiriza. Tiene usted razón, estoy mal, muy mal, ¡pero qué diablos! soy hombre, y todo puedo aguantarlo: no me desprendería yo por usted de mi vaca, pero sí lo haré por su mujer y por su hijo, y no hablemos más del asunto: vaya usted mañana por la vaca, y no me obligue á demostrar á mis soldados, enviándosela yo con uno de ellos, que tengo preferencia por usted.

Sin aguardar respuesta, el general picó espuelas á su caballo y se alejó á todo trote de su majestuoso alazán.

Menos tranquilo que nunca Felipe continuó marchando hacia la trinchera.

—¡Qué hacer, Dios mío!—se decía á sí mismo;—con héroes como éste no hay esperanzas de salvación; el sacrificio es para ellos una insignificante bagatela: todo lo posponen al triunfo de una idea, y como á todo fanático, nada les importa sucumbir en la demanda: ¡Oh! Patria, ¡con cuántos dolores naces para aquellos que te quieren bien!

Felipe, después de pronunciar estas palabras, miró en torno suyo como buscando en los objetos exteriores algo que pudiera distraerle de sí mismo.

La noche continuaba creciendo en hermosura; el concierto de la naturaleza dormida, podía invitar á todo menos á ocuparse de asuntos de guerra.

Aquella noche parecía hecha para el amor.

Bajo aquel cielo tachonado de puntos de diamante sin más luz

que la de los rayos blancos, el aire saturado de aromas embriagaba los sentidos, é inspiraba ensueños de color de rosa: instintivamente las cabezas se inclinablan como buscando un seno de mujer en donde reposar, y los labios temblaban como si un beso se hubiera depositado en ellos.

Felipe vió pasar en un instante todas las memorias de sus días de felicidad.

En el escenario de sus recuerdos aparecía Emilia, antes de ser su mujer, indolentemente tendida en una hamaca: su rostro tenuemente sonrosado acusaba los sufrimientos de su corazón enfermo, en la amargura de su dulce sonrisa: ¿cómo podían lo amargo y lo dulce mezclarse en la sonrisa de una niña de catorce primaveras? no puedo yo decirlo; pero la verdad es que más de una vez he visto en los labios de los que padecen, mezclarse la miel con el acíbar: este es un misterio como el que más de una vez he notado en las flores al arrancarlas de su tallo: al aspirar el perfume de una flor próxima á morir he percibido no sé qué mezcla extraña de ternura y dolor: esto me ha hecho pensar que también el dolor tiene su aroma que carece de nombre y no ha sido descrito, porque no se percibe con el olfato sino con el alma. Pero no nos metamos en dificultades: soy hombre rudo y demasiado poco instruído y me faltan palabras para explicar mis sentimientos. Otro tanto le pasaba á Felipe, que continuaba avanzando, teniendo siempre delante de sus ojos la bella imagen de Emilia reclinada muellemente en su hamaca: el traje blanco de aquella mujer tomaba un tinte verdioso, reflejo de las hojas de los árboles que la sombreaban; su seno, que en parte descubría el escote del vestido, parecía de marfil ligeramente rosa, lo mismo que sus brazos que venían á terminar en unos dedos largos y finos como dicen que deben ser los de las razas privilegiadas: entre los pliegues de su traje pendían sus pequeños piés calzados con diminutos zapatos bajos de seda azul: parecían dos yedras en un ramo de nardos.

Aquel sér delicado, tenue, pudiéramos decir, parecía una oración suspendida entre los dos extremos en que se juntan la muerte y la vida.

Emilia era hija de padres españoles, muertos hacía muchos años: quizás la soledad en que pequeña habíanla dejado era la causa de su enfermedad: yo al menos así lo creo: nada me parece más natu-

ral que ver enfermarse del corazón á un sér creado para amar y sin objeto al cual amar.

Por eso fueron breves las relaciones de Emilia y Felipe; pocos meses después de haberse conocido eran ya esposos, máxime cuando uno y otro se vieron animados por los facultativos, quienes dieron por segura con el matrimonio la radical curación de Emilia.

Todo marchó bien hasta el instante en que Dios bendijo aquella unión dándole un hijo: en otras circunstancias Emilia no hubiese ni siquiera pensado en criar ella misma á su pequeñuelo, pero como ya dije arriba, ninguna mujer de la villa quiso á ningún precio encargarse del niño.

¡Pobre Emilia! para saciar el hambre de su hijo daba lo único que poseía, los restos de su vida.

Felipe quiso haberla hecho salir de Cuautla, pero Emilia, por lo mismo que era feliz, tenía miedo á la muerte y no quería morir sino en los brazos de su marido.

Este había hecho por ella cuanto le era dable, y estaba dispuesto á hacer cuanto necesario fuese y fuese lo que fuese.

—¿Todo?—se preguntaba á sí mismo,—¿todo? ¿estoy seguro de ello?

«Sí, todo,—se respondía á sí mismo también.

—¿Sea lo que sea?

«Sí, sea lo que sea.

—¿Hasta la ingratitud? ¿hasta la traición?

Y el rebelde y amante corazón contestaba á la conciencia:

«Sí, sí, sí: ¡hasta la ingratitud! ¡hasta la traición!

En aquel momento Felipe llegaba á su trinchera.

Un sargento se adelantó hasta él, y sacándole de sí mismo le dijo:

—Mi capitán: en la trinchera enemiga que queda frente á la nuestra han encendido una hoguera y parece como que nos hacen señales: el cabo Martín, que era realista y se nos pasó en el asalto del 19 de Febrero, dice que esa hoguera indica que algún traidor hay en la trinchera, con quien los *chaquetas* quieren entenderse, y como usted tardaba, mi capitán...

—¡Qué! ¡qué quieres decir!—exclamó Felipe arrojándose sobre el sargento como si por él hubiera sido ya descubierto.

—Perdón, mi capitán, pero como aquí todos somos hechura é

hijos de mi general Morelos, y por lo mismo no podemos serle traidores, mientras usted venía he mandado arrestar al cabo Martín, que es el único de nosotros que pudiera sernos sospechoso.

Felipe respiró, y dijo:

—No, no puede ser, déjale libre: ¡ese hombre no puede haber padecido tanto que deba tomársele por traidor!

## XVII

Imposibilitado Calleja para moverse del lugar en que le mantenía el heroismo del gran caudillo insurgente, el virey hacía esfuerzos desesperados para avenírselas con la multitud de partidas independientes que por todo el país pululaban.

Tal era la osadía de algunas de ellas, que el jueves 12 de Marzo de aquel año, un grupo armado se atrevió á entrar en la villa de Guadalupe á eso de las nueve de la noche: el suceso no tuvo más consecuencia que un pequeño tiroteo que á nadie hizo mal, y un susto de primer orden que se llevó el cura de la colegiata, con el cual y en ocasión en que regresaba de administrar el viático á un enfermo, se encontraron los insurgentes, quienes llevaron su devoción y atenciones al extremo de escoltar el coche del buen cura hasta la puerta del templo.

Nadie volvió á ver á la tal partida, pero el virey temió que su intento hubiera sido apoderarse de la imagen de la Virgen que en el santuario se venera, y el día 14 dispuso que fuese trasladada á la catedral de México, á lo cual se resistió el cabildo de la colegiata, á no ser que se pusiera á su disposición la iglesia de Regina, á fin de que en ella pudiese desempeñar sus funciones por sí sólo y con absoluta independencia del metropolitano.

La cosa quedó así por entonces, limitándose el virey á reforzar el destacamento de seguridad de la villa.

Mientras tanto ni un solo día dejaban de molestar á Calleja los insurgentes que habían quedado fuera de Cuautla al mando de don Nicolás Bravo y el cura Tapia: á cada momento las avanzadas de la línea exterior de circunvalación tenían que habérselas con atrevidos guerrilleros que cazaban á los soldados realistas, sin que éstos pudiesen hacer gran daño al enemigo convenientemente forti-

ficado en Ocuitusco y Tlayacaque, dedicado con especialidad á ocupar los caminos é interceptar las comunicaciones.

El día 15 de Marzo Calleja dió á sus tropas el espectáculo de una ejecución, siendo la víctima un norte-americano llamado Nicolás Colé, al cual sin duda no han olvidado mis lectores, pues le vimos pasarse al Sr. Morelos frente á los muros de Acapulco, en ocasión en que el caudillo había concertado con Gago la sorpresa de la plaza durante la noche del 8 de Febrero de 1811.

Nicolás Colé fué hecho prisionero en el ataque que dieron los sitiados al reducto del Calvario el 11 de Marzo, y aunque quiso salvar su vida poniendo á Calleja al tanto de los recursos y elementos de guerra del Sr. Morelos, no le valió de cosa alguna su nueva traición, y fué, como ya dije, ejecutado.

Algo sin duda debió dar á entender sobre la probabilidad de un movimiento combinado entre los insurgentes de dentro y fuera de la plaza, porque el jefe español, desistiendo de su propósito de no separar del punto de su destino á ninguno de los cuerpos sitiadores, hizo salir durante la noche del 15, al mayor Enríquez con el batallón de Lobera, cuatrocientos caballos y dos cañones á sorprender á las tropas de D. Miguel Bravo y el cura Tapia; quiso ayudarle en la empresa la ciega fortuna, y los insurgentes tuvieron una considerable pérdida de gente en el rancho de Mayotepec, que pertenecía á la hacienda de Tenestepango: esto ocurrió en la madrugada del 16.

En cambio dos días después estuvo á punto de caer en manos de los insurgentes un convoy compuesto de armas, municiones y víveres, que conducía con destino á Calleja D. José Martín de Andrade, teniente de dragones de Tulancingo: la acción se jugó á cuatro leguas de Ozumba en el punto llamado Malpais; y á no haber sido por el valor y bravura de los negros de las haciendas de D. Gabriel Yermo y su comandante Acha, los independientes habríanse apoderado del convoy: no lo consiguieron, pero tampoco Andrade se atrevió á pasar adelante.

El virey quería que á toda costa tomase Calleja á Cuautla, pues ocupado en asediarla todo el ejército de que podía disponer, las partidas y reuniones de insurgentes se lanzaban á acometer toda clase de actos de arrojo, como lo fué el ataque y toma y saqueo de Huamantla, que no pudo salvar el capitán de realistas D. Antonio

García Casal, hecho prisionero en ella el día 20 de Marzo, debiendo su libertad al influjo de algunos eclesiásticos, y á que dos días después el capitán D. Antonio Conti desbarató á los independientes en las inmediaciones de Nopalucan.

Pero no eran solamente estas escaramuzas más ó menos insignificantes lo que más inquietaba á Venegas: la opinión pública pare-



... un convoy compuesto de armas,..

cía pronunciarse más y más en contra de los europeos, que no sin grande terror vieron por primera vez detenerse á Calleja en la serie de sus fáciles triunfos, ante las improvisadas fortificaciones de Cuautla.

A fines de Marzo el estado de los ánimos en la capital ofrecía serios peligros: con objeto de ver de remediar en algo los perjuicios causados á los particulares y aun al gobierno mismo con la paralización casi absoluta del laboreo de minas á consecuencia de la revolución, el Tribunal del ramo celebró juntas con los mineros residentes en la ciudad, y en una de ellas propuso el fiscal D. José

Domingo Laso de la Vega, que se representase al virey sobre la necesidad de pacificar el reino, celebrando convenios con los insurgentes, á imitación de lo hecho con los de Montevideo por el general Elío, virey de Buenos Aires, en Octubre de 1811.

Venegas se negó á hacer tal cosa y no volvió á verificarse Junta de Minería después de la de 24 de Marzo, pero esto no impidió que la gente se afirmase en la creencia de que más ó menos pronto sería indispensable entrar en transacciones, como único recurso para poner fin á aquella devastadora guerra civil.

Los parásitos y vividores que toda conmoción política hace brotar á la sombra de los triunfos ajenos, creyeron llegada la hora de pretender de los independientes los empleos y ventajas que más halagaban su ambición, y comenzaron á emigrar de México: guardáronse no obstante de dirigirse á Cuautla é hiciéronlo á Sultepec, donde la Junta se encontraba después de su fuga de Zitácuaro.

Cosa fué esta que mereció la completa desaprobación de los tertulianos de la botica de D. Cleofás Madana.

—En lugar yo de Rayón,—decía D. Martín,—ataría del pescuezo á todos los emigrados que se me presentasen y se los enviaría al Sr. Morelos para que los pusiese de centinelas en las trincheras.

—Después de todo,—observó D. Buenaventura,—no le servirían para mucho, pues sólo á los valientes les corresponde el honor de ser destinados á una trinchera.

—¿Se saben por fin los nombres de todos los emigrados?

—Sí, hombre.

—¿Quiénes son?

—Abrieron la marcha los licenciados Reyes, Jiménez y Cuéllar.

—¿Qué Cuéllar? ¿El hijo de D. Benito, administrador de la Aduana de México?

—El mismo.

—No sé por qué me había á mí disgustado verle en estrambótica intimidad con D. Manuel Cañedo, teniente del regimiento de Nueva España y hermano del rico hacendado Cañedo de Guadalajara. Sin duda quería hacerse á los hábitos militares ó ver si se le pegaba algo de su valor.

—Nada de eso: lo que hubo fué que con él trató, para emigrar acompañado.

—Pues qué, ¿también Cañedo se ha pasado á los insurgentes?

—¡Toma! ¡toma! y hasta dicen que ya volvió y se encuentra en Chalco, desde donde ha escrito al virey pidiéndole indulto.

—¿Tan mal le recibió Rayón?

—Dicen que ve con el mayor desprecio á los emigrados.

—Pues yo sé que no ha hecho otro tanto con D. Felipe Lailson, el francés aquel que en tiempo de Iturrigaray daba lecciones de equitación en un picadero que construyó junto á la Acordada.

—Sin duda le habrá tomado para amaestrar los caballos del coche en que deba entrar en triunfo en México la Junta,—dijo muy satisfecho de su burla D. Cleofás.

—Para ese día,—observó D. Sóstenes,—sin duda habrá recobrado ya la voz y podrá cantar el *Te-Deum* el canónigo de Guadalupe y también emigrado, D. Francisco Lorenzo de Velasco.

—Ahí tienen ustedes,—dijo D. Martín,—una fuga que me ha llamado la atención.

—¿Por qué?

—Hombre, porque el tal canónigo es hijo de D. Francisco Antonio de Velasco, actual intendente interino de la provincia de Guadalajara, presidente de su Junta de Seguridad y enemigo de los más acérrimos de la revolución.

—Pues hijo,—observó D. Sóstenes,—de eso su propio padre tiene la culpa.

—No comprendo.

—Te lo explicaré: su padre siempre le quiso y trató con excesivo mimo y consentimiento: era un muchacho cuando le mandó á España á estudiar en la Universidad de Alcalá, donde se recibió de doctor: el muchacho se acostumbró á la vida disipada y licenciosa de los estudiantes de nuestra tierra, le hizo *ver mundo*, despertó en él ambiciones que aquí no se conocen, y de pronto le trasladó á Nueva España, consiguiéndole, como gaje para su ociosidad, una prevenda en la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe. No es así como debe demostrarse el cariño á los hijos, ya lo ven ustedes con mi Martín; es mi yerno, marido de mi querida hija, hombre formal á toda ley y no obstante esto y que yo soy, gracias á Dios y á mi trabajo, más que regularmente rico, le obligo á trabajar y ahí le tienen ustedes bueno, sano y contento, porque como dice mi confesor el Padre Morales, *mens sana in corpore sano*.

—*Mas que* no me quieras tanto,—añadió para sus adentros don Martín.

—Dice muy bien mi señor de Pantoja,—dijo á su vez D. Buenaventura,—héme aquí á mí que tuve que trabajar como un burro, y perdonen el vocablo, porque á mi señor padre se le ocurrió morirse dejándome más pobre que una rata, y que he llegado á una más que regular edad sin más enfermedades que una gota cruel contraída en el servicio en Guatemala, que es, créanlo ustedes, un clima de dos mil demonios.

Aquí dejaremos por el pronto la conversación, ya que sucesos del mayor interés reclaman cuanto antes nuestro regreso á Cuautla.

## XVIII

Apurada por demás era la situación de los independientes: la falta de víveres comenzaba á hacerse sentir y era necesario intentar un supremo esfuerzo.

La ocasión era oportuna: continuaba detenido en Malpais el convoy de víveres y municiones enviado por el virey á Calleja.

Un feliz golpe de mano podía ser la salvación de la plaza: de dar este golpe se encargaron D. Miguel Bravo, el cura Tapia y el capitán Larios; todo hubiérales salido á pedir de boca, si la fatalidad no hubiese hecho que un espía avisara al comandante de Chalco, y éste al capitán D. Gabriel Armigo, destacado por Calleja de su campo escoltando á unos heridos y enfermos, que en el desfiladero de Malpais se encontraba una gran reunión de insurgentes.

Dispuesto á no dejarse sorprender, Armigo recogió el convoy que Andrade había vuelto á Ameca, y el 28 de Marzo se encontró con que efectivamente los insurgentes ocupaban el paso, teniendo en las alturas cuatro cañones, tres á un lado del camino y al otro el cuarto; tres horas duró la ación que Calleja en su parte al virey, dijo, *no haber tenido muchas en aquella campaña que pudieran comparársele*, siendo Armigo tan feliz en sus disposiciones, que mientras los independientes batían á los realistas, él hizo adelantarse el convoy sin que ni notarlo pudiese el enemigo. No por esto se desanimaron los insurgentes, y continuaron combatiendo sin lograr otra cosa que haber sufrido pérdidas considerables.

Los sitiados vieron con suprema angustia aquella misma tarde llegar el convoy al campo de Calleja, y sus exclamaciones de ira y encono llegaron á oídos del Sr. Morelos, que por amor á sus tropas se decidió á intentar un acto de soprendente arrojo, convencido de que cada uno de sus soldados iba á ser un león en ello.

Al caer la luz del lunes 30 de Marzo los toques de guerra se generalizaron en todo el perímetro de las fortificaciones, y por cien puntos á la vez los insurgentes invitaron al combate á los realistas: ni Calleja ni Llano sabían á donde acudir, y la extensa línea de su cerco, por lo mismo que era extensa, nunca como entonces les pareció más débil y quebradiza.

Cuando el general vió conseguido su primer objeto destacó á D. José María Aguayo con un piquete de bravísimos costeños sobre el reducto del Calvario, que estaba á cargo del comandante de granaderos D. Agustín de la Viña: detrás de esta vanguardia, que atravesó como una exhalación el espacio que del fuerte la separaba, salió de la plaza D. Hermenegildo Galeana, el león de los combates, con una sección corta pero de escogidas tropas, uno de cuyos grupos iba mandado por el capitán Felipe Manso, tan enjuto, delgado y destruído que causaba espanto su rostro, cuyos rasgos indicaban la fiebre del sentimiento que le devoraba: este sentimiento no era otro que el de libertar de su prision á su mujer y á su hijo, costara lo que costase. Mas de una vez el mismo D. Hermenegildo hubo de cogerle por un brazo para evitarle el riesgo de ser muerto: Felipe no veía ni pensaba más que en matar realistas sin cuidarse de que éstos pudieran matarle á su vez: fué, por lo tanto, de los primeros en subir sobre el reducto del Calvario, cuyo recinto cayó al fin en poder de los insurgentes, que penetraron por él por las troneras y agarrándose á las bocas de los cañones: la mortandad causada en los realistas fué horrible, y allí murió como un valiente el capitán D. Gil Riaño, digno hijo del valiente y desventurado defensor de la Alhóndiga de Granaditas: la fatalidad de su sino no le permitió satisfacer sus deseos de venganza filial, con cuyo fin servía en las tropas de Calleja.

Aclamaban los vencedores á su general y con gritos de entusiasmo trataban de llamar su atención, cuando de improviso viéronse acometidos por el batallón de Guanajuato enviado por Llano y cuyo guía era aquel Juan que conocimos tratando de ganarse al capitán

Felipe Manso: pronto hubieron de comprender los insurgentes que estaban perdidos, y sólo se pensó en la retirada, cuya orden dió don Hermenegildo: nadie, sin embargo, escuchó esta orden en el primer instante; la causa fué la siguiente; Felipe, cubierto de sangre y heridas que causaban espanto, había descubierto una caja de víveres y arrojádose sobre ella dando alaridos de salvaje gozo y llamando con ellas la atención de sus camaradas que, impulsados por el hambre, se lanzaron también sobre el codiciado tesoro. Durante unos segundos los realistas hicieron fuego sobre aquel grupo sin que nadie pensara en defenderse: Felipe salió entonces de debajo de aquel montón de cadáveres y heridos, llevando rellenos sus vestidos de cuanto pudo abarcar, y tomando su espada, de la cual sólo media hoja le había quedado, se abrió camino entre los realistas y se dejó caer del parapeto, arrastrando consigo á un hombre que quiso detenerle y que con el golpe quedó desmayado.

Felipe iba á continuer huyendo cuando le ocurrió que el hombre por él arrastrado en su caída, podía ser un camarada: no queriendo dejarle abandonado se detuvo á verle y lanzó un grito inexplicable.

—¡Juan!—exclamó después, y el hombre desmayado sin duda próximo á volver en sí, al oir su nombre trató de incorporarse, volviendo á caer de nuevo pesadamente.

—¡Ah! ¡estás vivo!—dijo Felipe con satánica satisfación, y tomándole sobre sus hombros dió á huir con el hacia la plaza, repitiendo como un demente, no te escaparás aún, no te escaparás aún.

El intento del Sr. Morelos había quedado frustrado y aquel supremo esfuerzo de los insurgentes sólo dió por resultado el haber perdido una esperanza más, y dejado muertos en el campo realista unos cuantos hombres valientes, que serían otras tantas bocas de menos en agotar los escasos víveres de los sitiados.

## XIX

Ya no podia más y así fué que al llegar al dintel de la puerta de su casa el capitán Felipe Manso sintió á su vez un desvanecimiento que apenas le permitió acomodar sobre un arca antigua el cuerpo de Juan.

La habitación en que Felipe había entrado era una especie de sala baja: pocas eran entonces las casas que en Cuautla tenían más de un piso. Detrás de una cortina que ocultaba una puerta, oíase el llanto triste y sostenido de una criatura de pocos meses: una voz dulce y suave de mujer procuraba consolarla con esas frases sencillas que tan elocuentes son en los labios de una madre.

Felipe descorrió la cortina y penetró en la recámara: su esposa lanzó un grito de espanto: no le faltaba razón para ello; el rostro de su marido estaba terriblemente desencajado, su palidez excedía á toda ponderación, y su traje de blanco lino parecía por sus manchas de sangre mandil de carnicero.

—¡Felipe, Felipe mío!—exclamó la mujer,—pareces un cadáver, ¿estás herido?

—No, mi idolatrada Emilia, nada tengo, no nos ocupemos de mí, he luchado como una hiena: como una hiena he destrozado cuerpos de realistas; pero te traigo la salvación, toma, toma, hija mía, come, cómetelo todo, todo; toma, yo no tengo hambre.

Y diciendo así Felipe arrojó sobre la cama todos los comestibles de que había hecho presa en el reducto del Calvario: Emilia de nada se acordó en aquel momento y á invitación de su marido devoró con positiva ansia lo primero que estuvo al alcance de su mano.

—¡Oh! esto es la vida,—dijo al fin,—y notando entonces que su hijo continuaba llorando, le acercó á su pecho diciéndole; toma, toma tú también, hijo mio, ya no me matarás.

Los desvanecimientos de Felipe continuaban mientras tanto, su cabeza giraba en el vacío, sus oídos se ensordecían con el ruido que dentro de ellos mismos producía el atarantamiento, pudo sin embargo escuchar á Juan que decía con desesperado acento:

—¡En Cuautla otra vez, qué es esto, Dios mío!

—¡Qué Dios no ha querido qué nos abandonases todavía!—contestó Felipe recobrándose y saliendo á la sala.

—¡En tu casa!—exclamó con espanto Juan.

—En mi casa, sí, ¿dónde mejor que en ella?

—¿Luego tú has sido quien aquí me trajo?

—Yo mismo, Juan, yo mismo.

—¡Ah! sí lo recuerdo; yo estaba en el reducto del Calvario cuando te ví huir y quise detenerte...

—Sí, sí, y yo te arrastré tras de mí...

—Justo, y me pareció volar en el vacío...

—Así fué, volaste conmigo desde el parapeto á cuyo pié te recogí yo, que no quise abandonarte.

—¡Ah! maldito seas, Felipe: he querido ser tu salvador y tú me pagas con la más atroz de las perfidias! ¡Eres un miserable!

—Desahógate, Juan, no me ofenden tus palabras, pero recóbrate y verás que sólo soy un desgraciado!

Apenas acababa de pronunciar la última sílaba, cuando Felipe agitó sus brazos en el aire y se dejó caer sobre Juan, que se asustó al sentir que su infeliz amigo abrasaba como un hierro candente.

—Emilia,—gritó Juan,—ayúdeme usted; Felipe está muy malo.

Emilia acudió inmediatamente; á Juan le pareció el ángel del sufrimiento que descendía del cielo: tan hermosísima estaba con su traje blanquísimo y su rostro transparente como un busto de alabastro en un medallón de ébano.

Felipe fué colocado en su lecho: al desnudarle se notó que tenia una herida en el cuello, tres en el brazo derecho y las manos verdaderamente destrozadas.

La fiebre del capitán era horrible y no tardó mucho en producirle un intenso delirio.

Los campesinos del Sur poseen mil remedios ignorados para quien no ha habitado aquellas maravillosas comarcas: Emilia y Juan hicieron en cortos momentos las primeras curaciones: ninguna de las cuatro heridas principales era grave, pero todas ellas habíanle hecho perder sangre en abundancia.

Juan trataba de consolar á la infeliz Emilia, y hacíalo tan de buena fe, que sus palabras eran realmente un bálsamo para la pobre madre.

Profundamente preocupados uno y otro, no dejó de sobresaltarles el oir de súbito y detrás de ellos una voz gruesa y entonada que dijo:

—Bien se lo dije á usted, Galeana; solo por muy grave causa podía haber faltado el capitán Manso al relevo de su guardia.

Emilia y Juan volvieron la cabeza y pusiéronse inmediatamente en pié: eran el mismo general Morelos y su segundo D. Hermenegildo, quienes allí se encontraban.

—¿Qué tiene el capitán?—preguntó el caudillo.

—¡Señor,—contestó Emilia,—una fiebre espantosa!

—Y cuatro heridas de consideración y diez y seis más leves,—añadió Juan.

—¿Lo vé usted, Galeana?—dijo el Sr. Morelos.

—En verdad que el número no me extraña,—respondió D. Hermenegildo:—el capitán Manso entró con tal decisión en el combate, queá no haber sido por mí, muerto hubiese quedado en el Calvario: el hombre estaba ciego y ocupándose solo de matar, no pensó ni un solo instante en que podía ser matado: nadie trepó antes que él al reducto, nadie continuó luchando como él dentro del recinto enemigo, pero él fué quien introdujo el desorden en nuestras tropas lanzándose sobre una caja de provisiones cuya vista desmoralizó á mis surianos. ¡Por mi vida que todos ellos parecían más que insurgentes, hambrientos lobos! En aquel instante se perdió toda idea de subordinación y respeto y nadie obedeció mi orden de retirada, dando así lugar á que los *chaquetas* de Guanajuato nos destrozaran y cercasen en un círculo de hierro que sólo por milagro pudimos romper.

Mi general, juro á usted, que el capitán Felipe Manso demostró entonces que no luchaba por salvar á su patria sino por satisfacer su hambre, y esto, vive Dios, es indigno...

—No, Galeana, no; no ofenda usted al mejor de mis hijos; usted habla de él como su jefe, yo como su padre.

—De ese modo, señor Morelos; nada bueno podemos hacer.

—Sí, mi valiente D. Hermenegildo; conozco á mis soldados y al capitán Manso tanto como á mí mismo: y siento que él no pueda afirmar lo que yo voy á decir, pero le aseguro á usted que de esos comestibles de que se apoderó, no llevó á sus labios ni la más pequeña partícula, sino que todos, absolutamente todos, se los trajo á su esposa y á su hijo: ambos son su más grande amor, su mayor debilidad, si usted quiere, pero debilidad que yo debo respetar y respeto efectivamente.

D. Hermenegildo nada respondió y el general, acercándose á Emilia, que con la cabeza inclinada hacia el suelo trataba de ocultar sus lágrimas á los circunstantes, le dijo:

—Hija mía: no hay por qué temerle ni á la fiebre ni á las heridas del capitán, no le matarán ni la una ni las otras mientras usted y su hijo vivan: vean ustedes, pues, de cuidarse que de ello depende

la vida de Manso: yo tengo aún en mi habitación más provisiones de las que necesito: mañana enviaré á usted algunas. Y... á propósito: ¿qué tal están las dos vacas del capitán?

—Señor,—respondió Emilia,—esta tarde murió una de ellas.

—Malo está eso: pero en fin, pártanla ustedes en trozos, pónganle sal y con las patas háganle ustedes un caldo al capitán y denle un pozuelo de él cada tres horas: y la otra vaca ¿qué tal marcha?

—Hace tres días, señor, que no produce leche ninguna.

—¡Eso sí es extraño! ¿y por qué?

—Porque hace más de ocho que no ha encontrado Felipe pasto ni cosa alguna con que alimentarla.

—El capitán es una mala gente para conmigo, le tengo encargado que cuando le haga falta alguna cosa vaya á verme. Pero en fin, todo puede remediarse: ¿cómo se llama usted?—pregunto dirigiéndose á Juan.

—Juan Sánchez,—mi general,—respondió.

—Está bien, Juan Sánchez, dentro de una hora vaya usted á mi casa habitación y allí haré que le entreguen unos cuantos manojos de buen pasto que esta mañana me trajeron para mis caballos.

—Pero, señor...

—Nada, hija mía, no admito observaciones: mis caballos han comido bien hasta hoy y no perderán mucho con ceder la mitad de su comida para una obra de caridad. Adios, pues, y ya lo sabes, hija mía, si algo ocurre esta noche, me avisas inmediatamente: mañana al amanecer yo mismo vendré á saber del enfermo, no me quedo esta noche á velarle porque la verdad es que con los tristes sucesos del día, mi cabeza se vuela; los dolores son esta noche más terribles que nunca. Conque, adios, hija mía, hasta mañana.

Emilia no pudo responder, los sollozos la ahogaban: se limitó, pues, á tomar la mano del cura y, postrada en tierra, la besó repetidas veces.

## XX

Felizmente para aquella familia, la naturaleza de Felipe era de aquellas en las cuales parece que ni la muerte se atreve á hacer presa.

Dos días después de aquel en que tuvo lugar la acción del Cal-

vario, la fiebre casi había desaparecido y tan mejorado se sintió el capitán que quiso levantarse, lo que Emilia impidió, si bien para ser obedecida necesitó que la apoyase con una orden verbal, pero terminante, el mismo Sr. Morelos.

—Hoy por hoy,—habíale dicho el caudillo,—y mientras acaba usted de restablecerse, que no pasará de tres ó cuatro días, no nos hace usted falta.



Emilia no pudo responder,...

—¡Cómo, mi general!

—No se alarme usted, capitán, sólo lo he dicho por consolarle.

—No comprendo, mi general.

—Pues es muy sencillo: las faltas de usted las suple á toda mi satisfacción su amigo Juan Sánchez.

—¡Dios mío!—exclamo con espanto Felipe,—¿él ocupa mi puesto?

—Sí, capitán, pero interinamente nada más; en cuanto usted esté bueno le daremos de baja, á no ser que quiera continuar sirviendo á las órdenes de usted.

—¿Pero él manda en mi trinchera?

—¡Por qué no! para servir de capitán en mi ejército, basta con ser valiente y amar mucho á la patria.

—Y él...

—Ni tiene nada de cobarde, ni persona alguna puede rivalizar con él en decisión por nuestra justa causa: con él estuve hablando ayer tarde y, créalo, quedé encantado, tanto, que debo reprender á usted por no haberme dicho nunca ni una palabra de su instruído y valeroso camarada, que bien merece que usted le llame hermano, pues sólo siéndolo puede haber hecho lo que ha hecho por Emilia y su hijo.

—¿Pues qué ha hecho?—preguntó Felipe asombrado.

—Ahí es nada: sabe usted, capitán; que hace tiempo que Calleja ha empezado á dificultarnos la entrada del agua á la villa, resultando de aquí que la de los pozos no ha sido bastante para satisfacer la sed del vecindario. En estos últimos días se ha hecho indispensable sostener una batalla en cada una de las cuatro tomas de agua para hacer entrar la necesaria á la población y de tres de ellas ya no podemos disponer. Pero aun nos queda el ojo de agua de Juchitengo, del cual no es tan fácil que nos priven.

Aquí llegaba el general, cuando un inmenso vocerío se dejó oir en la calle y á la puerta de la casa del capitán.

El Sr. Morelos salió inmediatamente: la multitud compuesta de soldados, mujeres y niños, gritaba de un modo horrible; parecía aquello una rebelión.

D. Hermenegildo enteró á su jefe de lo que pasaba.

La entrada del agua de Juchitengo habíase suspendido de pronto, y algo grave era de temerse porque se percibía á los realistas emprendiendo algún trabajo en el apantle ó zanja.

En aquella noche nada fué posible hacer: al siguiente día se vió que la zanja había sido terraplenada y que al agua de Juchitengo se le había dado otra corriente.

El calor era espantoso, y aunque así no lo hubiese sido, efecto de la privación, todo el mundo tenía sed y en un instante quedaron agotados los pozos, habiéndole costado la vida á más de un hombre el haberse disputado con otros un pobre jarro de agua.

Al medio día del viernes 3 de Abril, D. Hermenegildo Galeana tomó el número de hombres que estimó necesario, hizo cargar á

los unos con unos grandes sacos de tierra, á otros con materiales é instrumentos de construcción, y protegido por las baterías del bosque que hacia el campo de Llano defendía á Cuautla, salió resueltamente de ésta, entre las ruidosas exclamaciones de los que en la plaza quedaron.

De lo que en aquel día pasó enteraré á mis lectores copiando aquí la carta de Calleja al virey, fecha 4 de Abril.

«Al amanecer de ayer quedó cortada el agua de Juchitengo que entraba en Cuautla, y terraplenadas sesenta varas de la zanja que la conducía, con orden al Sr. Llano, por hallarse próxima á su campo, de que destinase el batallón de Lobera con su comandante, á sólo el objeto de impedir que el enemigo rompiese la toma; pero á pesar de todas mis prevenciones y en el medio del día, permitió, por descuido, que no sólo la soltase el enemigo, sino que construyera sobre la misma presa, un caballero ó torreón cuadrado y cerrado, y además un espaldón que comunica el bosque con el torreón, para cuyas obras cargó un gran número de trabajadores, sostenidos desde el bosque. A pesar de su ventajosa situación, dispuse que el mismo batallón de Lobera, ciento cincuenta patriotas de San Luis y cien granaderos, todo al cargo del Sr. coronel D. José Antonio Andrade, atacase el torreón y parapeto á las once de la noche, lo que verificó sin efecto y tuvimos cuatro heridos y un muerto.»

Así había sido en efecto, salvo el número de heridos y muertos que Calleja, según su costumbre, disminuye como lo hizo siempre á cifras imposibles por lo cortas.

El heroismo de los sitiados acababa de realizar una acción verdaderamente sin semejante, construyendo las obras descritas por Calleja en la citada carta, en mitad del día, bajo los fuegos del enemigo y con el más absoluto y sin ejemplar desprecio del peligro. En vano los realistas pretendieron echar abajo aquel monumento de maravilloso arrojo y hubieron de desistir de su intento, rechazados por el nutrido fuego de los surianos de Galeana, que fortificó el torreón con tres piezas de artillería, librando así á los sitiados de las angustias horribles de la sed.

El reducto del agua fué desde entonces el lugar de recreo y reunión del vecindario que todas las tardes se trasladaba á él, á surtirse del precioso elemento.

Llano quiso remediar su descuido atacando diariamente el reducto, y más de una vez sus defensores mezclaron su generosa sangre con las aguas del manantial, sin que quizás lo notasen aquellos que con deleite la bebían.

Quien hubiese penetrado en Cuautla en aquellos días, hubiera dudado, aun viéndolo, si la plaza estaba sitiada ó locos sus moradores.

Canciones alegres, himnos de próxima victoria, hacíanse escuchar por todos lados, y al pié de las trincheras, bajo los fuegos del enemigo, se improvisaban bailes y *jamaicas* de flores, cual si la paz y la abundancia tuviesen á todo el mundo alegre y satisfecho.

Una tarde de los primeros días de Abril, un soldado hambriento se presentó en uno de estos bailes pidiendo algo que comer y ofreciendo en cambio su caballo que había llegado á un extremo de flacura casi inverosímil.

El grupo al que se acercó se entretenía en ver bailar á una buena moza suriana con un enorme muñeco de trapo, vestido con piezas de trajes de distintos de los circunstantes: oyó uno de éstos la súplica del soldado y de una bolsa de su blusa sacó envuelta en unas hojas de plátano una cabeza que, aunque se dijo ser de liebre, todos convinieron en que debía haber pertenecido á un gato: la cabeza estaba asada al horno y su vista sedujo al soldado que dió por ella su caballo.

La venta ó cambio fué recibido con la mayor rechifla: en efecto, el caballo ofrecía bastante menos carne que comer que la cabeza de la supuesta liebre.

Entre las bromas y carcajadas á que dió lugar la discusión, el baile se suspendió y la joven heroína de la fiesta, no sabiendo á quien entregar el muñeco, le montó sobre el caballo y con su mascada le sujetó atándole las piernas por debajo de la panza del miserable penco.

La algazara que la ocurrencia produjo fué atronadora, y tanto, que el caballo se espantó y, sacando bríos de no se sabe donde, dió un salto sobre la trinchera y otro después sobre el campo, y como una exhalación se dirigió al galope sobre el campo de Calleja: los realistas que vieron adelantarse un jinete cuya naturaleza no podían adivinar, dieron toque de alarma y rompieron un nutrido fuego sobre el muñeco.

Aturdidora rechifla celebró desde la trinchera insurgente aquella original escaramuza y no se habló en Cuautla de otra cosa durante todo el día.

La ocurrencia pareció excelente y se repitió en varias tardes más de una vez, con el mismo efecto siempre y con regocijo sin límite de los insurgentes.

## XXI

El mismo día que D. Hermenegildo Galeana, con su admirable golpe de arrojo salvaba de los atroces sufrimientos de la sed á los sitiados de Cuautla, un nuevo insurgente, el Lic. D. Juan Nepomuceno Rosains se alzaba contra el gobierno español, al cual se había hecho ya sospechoso de adicto á la independencia desde fines del año anterior á aquel cuyos sucesos relato en el presente libro. De Tehuacan de las Granadas, su habitual residencia, Rosains pasó á la hacienda de la Rinconada, y allí tuvo con el Padre D. José Rafael Tarelo largas conferencias que le decidieron á rebelarse contra el virey, como ya lo hemos dicho, el día 3 de Abril de 1811. Desde luego se propuso atraer á su partido á gentes honradas y de moralidad, capaces de acreditar las nuevas ideas que hacían punto menos que aborrecibles en toda la provincia de Puebla los asaltos, robos, saqueos y atrocidades cometidas por Arroyo, Máximo Machoro y Antonio Bocardo, que no eran más que unos miserables bandidos, cobardes ladrones y feroces asesinos.

También el 2 de Abril se pasó á los insurgentes en los alrededores de Pachuca, el alférez de dragones de México D. Juan José Andrade, noticia que afligió mucho á su padre el coronel D. José Antonio, que servía en las tropas de Calleja, y al cual éste encargó, como ya hemos visto, la dirección del infructuoso ataque dado al reducto del agua construído por Galeana.

El virey se ocupaba mientras en ver de realizar su proyecto de trasladar de la villa á la capital la Virgen de Guadalupe, y dando estaba el abad sus disposiciones cuando recibió aviso de que los indios de nueve pueblos comarcanos estaban resueltos á impedir la traslación, cortando las calzadas, á la vez que se ofrecían á custodiar la imagen si se la dejaba en su santuario: esto pasó el día 5.

El virey, que á todo le tenía miedo, volvió á dejar las cosas en tal estado, y para distraer su contrariedad, dispuso el día 7 que fuesen quemados en la plaza principal, y por mano de verdugo, los *Planes de paz y guerra* que, impresos y por encargo de la Junta de Sultepec, había remitido al virey y autoridades su autor el Dr. Cos: á estos planes acompañaba otro impreso titulado: «Manifiesto de la Nación Americana á los europeos habitantes en este continente.»

A vuelta de algunas ideas oportunas y justas, el doctor proponía la reunión de un congreso ó Junta soberana formada por americanos, la cual gobernase á nombre de Fernando VII, asegurando á los europeos que serían separados de la administración, sus vidas, haciendas, honores y una parte de sus sueldos á los que fuesen empleados: estas eran las bases del plan de paz, y no tenían en verdad mucho de nuevo, pues no fueron otras las ideas de las famosas Juntas del tiempo de Iturrigaray, cuya historia hice en el *Episodio* titulado Las Perlas de la Reina Luisa. En su *Plan de guerra* proponía el doctor cosas en extremo justas y racionales, tales como el acatamiento al derecho de gentes, en lo que á los prisioneros se refiriese, y la abstención de la Iglesia en mezclar en asuntos políticos sus armas y anatemas.

La contestación que á estos *planes* dió el virey, ya he dicho que fué mandar quemar sus ejemplares, por mano de verdugo, en la plaza de México.

A la vez se encargó de impugnarlos en un periódico que, con el título de *El Filopatro*, se publicaba en la capital, el arcediano Dr. D. José Mariano Beristain, de cuyas dotes literarias han podido juzgar mis lectores por el brindis que en el banquete de Calleja pronunció y dí á conocer en los primeros capítulos de este *Episodio*.

El día 18 de Abril, D. Ignacio Rayón, con una gruesa división de tropas, pero con escasa artillería, intentó apoderarse de Toluca, que D. Rosendo Porlier defendió desesperadamente: la victoria estuvo por mucho tiempo indecisa, pues los independientes se hicieron de casi toda la ciudad, pero les fué imposible penetrar en la plaza del convento de San Francisco, perfectamente bien fortificado por los realistas: la batalla había durado casi todo el día, los combatientes sucumbían al cansancio, y era tal el estrago que la artillería de Porlier causaba en el enemigo, que Rayón se vió obli-

gado á desistir y tocó retirada dejando á los realistas uno de sus cañones que se hundió con la azotea de una casa á la que pretendió subirle. Rayón se dirigió al pueblo de Ametepec entre Toluca y Lerma; prendiendo antes fuego á la hacienda de la Garcesa, propiedad del corregidor D. Nicolás Gutiérrez, enemigo jurado de los insurgentes. La noticia del resultado del ataque á Toluca no fué muy del agrado de la Junta, que al salir de Zitácuaro se había detenido algún tiempo en Tlachapa, pasando de allí á Sultepec, donde fijó su residencia.

Venegas que, como vulgarmente se dice, juzgaba de los toros desde la barrera, no podía explicarse la inacción de Calleja y de su ejército que estaba costando enormes sumas á las ya por entonces exhaustas cajas reales; así es que, en sus frecuentes comunicaciones instaba al jefe español á fiarlo todo al éxito de un nuevo asalto.

A esto respondió Calleja el 18 de Abril lo siguiente:

«El 19 de Febrero asalté por cuatro diferentes puntos á Cuautla, que no estaba ni con mucho fortificada como hoy día: mi tropa acostumbrada á la victoria no dudaba obtenerla, y á la desfilada por las dos aceras de cada calle, se fué derecha á las trincheras; otras, según lo dispuse, rompieron con barras las casas intermedias y se apoderaron de algunas azoteas. La artillería, convenientemente situada, protegía los ataques con un fuego vivo, certero y bien servido, pero nada bastó y tres veces fueron rechazadas y vueltas á la carga, y en la última fué necesario que yo mismo condujese á los granaderos acobardados. El fuego de fusil de las torres de las iglesias, de casas atroneradas y de las trincheras multiplicadas en cada calle y defendidas las unas por las otras, esto es, las de las avanzadas por las de la retaguardia, era tal, sin que pudiésemos descubrir ni un hombre, que después de haberme sacado de combate ciento setenta y tres hombres, tuve que retirarme, lo que no hubiera sucedido si me hubiera dejado guiar de mis principios. A lo dicho podría añadir la poca confianza que me merecen la mayor parte de los jefes de mi infantería que deben obrar por sí en puntos distantes. El problema se reduce á resolver si conviene arriesgar el ejército por tomar á Cuautla, sin seguridad positiva de conseguirlo, ó si conviene más estrechar el sitio hasta donde lo permita la estación y los medios con que cuento, y salvar el ejército cuan-

do ella nos obligue á abandonarlo: problema importante y reservado á los conocimientos y superiores facultades de V. E. que, como jefe superior del reino, no ciñe sus miras á un solo punto, ó ventajas y conveniencias parciales.»

La abundancia y el descanso habían entre tanto desmoralizado grandemente el ejército de Calleja, sin que éste pensase, al parecer, en poner un correctivo, tal vez por no disgustar á sus soldados, en medio de los cuales se creía y aun se daba las ínfulas de rey.

Cada sección del campamento era un garito donde unos y otros jugaban cuanto poseían, originándose los escándalos consiguientes. La abundancia de mujeres era grande, y los bailes y las fiestas improvisadas se sucedían sin interrupción: innumerables eran también los mercilleros y pequeños mercaderes ambulantes que acudían al campo realista, y los dulceros y vendedores de fruta de los alrededores tenían invadido el campamento.

Los resultados fatales no se hicieron esperar y las enfermedades comenzaron á causar grandes bajas en aquel ejército, compuesto de gente nacida en climas templados ó fríos, ó recientemente llegada de España, siéndoles mortal, por consecuencia, el clima de la tierra caliente.

A fines de Abril pasaban de ochocientos los enfermos que Calleja tenía en los hospitales: si el tiempo de aguas se hubiese adelantado un poco, las lluvias se hubiesen encargado de hacer á los realistas levantar el prolongado sitio de Cuautla. Así lo temía Calleja y lo indicaba al virey, en su carta del 18 de Abril.

## XXII

Reducidos á la mayor miseria los sitiados, todos los días era la ciudad teatro de conmovedoras escenas y acciones de admirable heroismo: el mismo Calleja decía al virey:

«Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida á una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia. Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su

muerte gloriosa y festejan con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias ó rendición.»

Tiempo hacía que los víveres se habían agotado aun para aquellos que los pagaban á peso de oro: sólo el azúcar y el aguardiente abundaban, y al último recurrían aquellos á quienes el hambre destrozaba las entrañas, buscando en la embriaguez el consuelo de algunas horas de tormento: esto originaba terribles enfermedades y la peste se declaró al fin, causando en los últimos días del sitio veinticinco y treinta defunciones en cada veinticuatro horas.

Una caja de cigarros llegó á valer veinte reales, y cuando el tabaco escaseó chupábanse las hojas de los árboles, alfalfa, rapé y polvos colorados de tabaco y lechuguilla de jarcia: entonces se conoció, dice un historiador de aquellos días, el imperio que tiene el vicio de fumar tabaco.

Dice el mismo escritor que, sacados á plaza los alimentos más inmundos, el mercado ofrecía el más terrible y desconsolador aspecto: un gato valía seis pesos, una iguana, especie de repugnante y colosal lagarto, veinte reales, las lagartijas y ratas se vendían á precios muy altos. Acabáronse los cueros, pues remojados y tostados parecían más sabrosos que las *pajarillas* de puerco y chicharrones que llamaban de guitarra y en tanto eran apreciados. Acabados los cueros se comieron las patas viejas de toro, tomándose su agua caliente como si hubiese sido rico caldo de gallina. Sólo abundaban el maíz, aguardiente, azúcar y mieles corrompidas, alimentos que acabaron de apestar á los negros costeños.

Uno de éstos se presentaba todas las tardes frente al reducto del Calvario, y saltando la trinchera de la plaza, insultaba con palabras y canciones á los realistas, hasta que exasperados éstos, comenzaban á hacerle fuego; entonces el negro que se llamaba José Andrés Carranza, evitaba las balas dando saltos, brincos y quiebros con una destreza tal, que parecía obra de magia. Tanto esta burla exaltó la cólera de Calleja, que cuando al fin vino Cuautla á caer en sus manos, una de las más especiales recomendaciones que hizo al Gobernador Echegaray, fué la de que buscase por tierra y cielo al negro Carranza y le hiciese ahorcar, sin darle más tiempo que el preciso para disponerse cristianamente. Para fortuna suya

y mayor enojo de Calleja, el negro Carranza no fué habido por Echegaray.

Una de las noches de aquel terrible mes, el centinela de la trinchera que mandaba el capitán de guerrilleros Anzures, un indio llamado Marcelino Rodríguez, descubrió que el jefe de aquel punto cenaría un gato, por el cual había dado nada menos que un reloj de plata: sin consideración alguna al hambre de su jefe y cediendo á las tentaciones de la suya, Marcelino se propuso apoderarse del *sabroso* asado, y hubiéralo conseguido si su inquieto estómago no hubiese avisado del peligro al capitán Anzures: el primer impulso de éste fué el de matar al indio de un pistoletazo, pero movido á compasión le dijo:

—Has abandonado tu puesto de centinela y debes ser fusilado.

—Pues á ello mi capitán,—contestó el indio,—es un recurso como otro cualquiera para matar el hambre.

—Pero eres un valiente,—continuó diciendo Anzures,—y bastantes nos mata diariamente la peste para que yo quiera privar al general de tus servicios.

—Entonces mi capitán,—observó Marcelino,—déjeme usted siquiera los huesos de ese animal y me consolaré royéndolos.

—Estoy dispuesto á hacer mucho más por tí, si te atreves.....

—A todo mi capitán.

—Pues bien; te ofrezco religiosamente una pata de mi asado si consigues matar media docena siquiera de chaquetas.

—Pues délos usted por muertos, mi capitán, y venga la ofrenda.

—¿Y si te la doy y después no cumples?

—Me manda usted fusilar y negocio concluído.

—Está bien,—contestó Anzures, y sacando su asado dió á Marcelino la porción prometida, y capitán y centinela pusiéronse alegremente á cenar: cuando hubieron terminado, el indio tomó varias rajas de ocote una de ellas hecha brasa, y dijo al capitán:

—Voy á traer á los realistas casi hasta el pié de la trinchera: cuando estén cerca, usted tocará con un tambor á degüello, así, como á cincuenta varas de la trinchera: correrá usted después otras cincuenta varas más y repetirá el mismo toque.

—No comprendo.

—Mi capitán, haga usted lo que digo, y déjeme á mi lo demás.

Sin aguardar respuesta Marcelino Rodríguez saltó al campo exterior y corrió durante algunos segundos: después se le vió levantar una llama bastante viva con dos rajas de ocote y apagarla unos instantes después: repitió esta operación unas tres veces y no tardó en escucharse el medido paso de una fuerza de realistas que, imaginándose sin duda que algún traidor les vendía la entrada á la plaza, avanzaban con las convenientes precauciones: la luz de los ocotes brilló entonces nuevamente á espaldas de los realistas que avanzaban y otro grupo se desprendió del real de Calleja.

En cuanto Anzures pudo distinguir de un modo menos incierto á los enemigos tocó, según había convenido, á degüello á la vez que Marcelino gritaba:

—A ellos mis bravos surianos, no me dejéis ni un gachupín.

El toque de degüello resonó de nuevo á cincuenta varas del primer punto en que por primera vez se escuchó, y los realistas, creyéndose atacados por retaguardia por el segundo grupo que de su campo había salido, volvieron sus armas y dispararon contestándoles sus camaradas que tomaron á los heridores por insurgentes: el juego duró más de diez minutos hasta que los realistas salieron de su error que les costó la pérdida de algunos hombres.

A la vez que ellos se retiraban, Marcelino trepaba con dificultad á la trinchera, cargado con nueve fusiles que presentó á Anzures diciéndole:

—No pude recoger más que estos nueve, pero aseguro á mi capitán, que si otro hombre me hubiera ayudado habríamos traído diez y ocho.

Sucedía esto la noche del 21 de Abril y casi al mismo tiempo en que D. Mariano Matamoros y el coronel Perdiz, fiel amigo del señor Morelos, rompían la línea de los sitiadores para ver de combinar con D. Miguel Bravo la manera de hacer entrar víveres y municiones en Cuautla. El combate que Matamoros hubo de sostener con los realistas fué breve pero sangriento, y en él perdió casi la mitad de los hombres que había sacado de la plaza, entre ellos el valiente Perdiz, que quedó acribillado á balazos: Calleja tuvo la crueldad de mandar desnudar aquel cadáver y atarle sobre una mula que hizo entrar en Cuautla, asustándola con varios disparos con cartuchos de arena: al día siguiente los sitiados dieron, con la mayor solemnidad posible, sepultura á los restos del valiente coro-

nel, quedándose en cruel incertidumbre acerca de la suerte que hubiera podido caber á D. Mariano Matamoros.

Pero éste había salvado las líneas enemigas y reunídose con don Miguel Bravo en el pueblo de Tlayacac, próximo á las lomas de Zacatepec: sabida por D. Miguel la triste situación de los defensores de Cuautla, con suprema actividad reunió una considerable



. la convenida hoguera..

cantidad de víveres y municiones y se preparó á introducir el convoy por la barranca del Agua hedionda y el pueblo de Amelcingo, según lo convenido con Matamoros por el Sr. Morelos, al cual había de avisarse por medio de una hoguera, el día preciso del ataque á fin de que las tropas de Cuautla acometiesen á la vez á los realistas del campamento de Llano.

Lució por fin en la noche del 26 la convenida hoguera, que fué saludada en Cuautla con una aclamación general; pero un espía avisó á la vez á Calleja, quien puso á su ejército sobre las armas, preparándose á dejar burlada aquella última esperanza de los sitiados.

Con la actividad que le era característica el jefe español hizo levantar en Amelcingo una batería de cuatro cañones y escalonar en la barranca secciones del batallón de Lobera y escuadrón de Puebla..... y esperó.

## XXIII

Radiante luz y como en tantos otros días sonriendo á la regocijada naturaleza y quebrando sus horizontales rayos sobre el aljófar de las flores, apareció en los fingidos confines de la tierra el reverberante disco del sol. Nada en aquel solemne y bello cuadro era indicio de muerte y desolación, y no obstante, los ángeles de la destrucción y de la guerra llenaban todo el espacio con la extensión de sus alas desplegadas.

Los cañones de los fusiles, las bayonetas y los sables, formaban á retaguardia de las tropas de Llano un campo de desolación, sobre el que flotaban como sangrientas amapolas los banderines insurgentes: las lomas de Zacatepec habíanse también erizado de espinas de acero, y no pasó mucho tiempo sin que por donde quiera se alzasen los copos de humo de los disparos de las avanzadas.

La batalla se generalizó bien pronto: unos y otros combatientes tenían interés en que aquel último esfuerzo dejase de ser lo más pronto posible un problema: como movidos por un sólo resorte los soldados de D. Miguel Bravo y D. Mariano Matamoros y las famélicas tropas del Sr. Morelos, oprimieron entre dos paredes de acero á los batallones de D. Ciriaco del Llano.

Daba Calleja sus órdenes para acudir al refuerzo de su segundo, cuando á sus espaldas se alzó otra línea de insurgentes que abanzaban con denuedo y bizarría.

A la vez, Cuautla apareció rodeada de una corona de humo producida por los disparos de todas sus baterías.

Al primer embate el batallón de Lobera, recién llegado de España, y saboreando aún sus victorias sobre los veteranos del primer Napoleón, se vió envuelto y desbaratado por los surianos del señor Morelos, que casi llegó á ponerse al habla con sus valientes amigos: de pronto tronaron los cañones de la batería de Amelcingo, cuya

existencia ignoraban los independientes, y éstos comenzaron á alfombrar con sus cadáveres el real enemigo.

Pero de nada sirven valor, decisión, santidad y justicia de una causa cuando el reloj caprichoso del destino no ha marcado el instante de su triunfo.

Algún tiempo después de comenzada la batalla, los insurgentes habían sido batidos por los realistas y el coronel Andrade perseguía á los dispersos hasta la barranca de Tlayacac, viéndose obligado á hacer alto y retroceder ante las fortificaciones del cuartel general de D. Miguel Bravo.

El heroismo de los sitiados, el valor de sus amigos libres, habían sido inútiles y á Cuautla habían regresado apenas la mitad de los hombres que de ella salieron en la mañana: en el instante en que consideraron segura su pérdida muchos se hicieron matar como un alivio á su desesperación y sufrimientos.

No en todo el país érales contraria la fortuna: la víspera de aquella infructuosa acción, uno de los militares recientemente llegados de España, el brigadier D. Juan José de Olazábal, tenido por soldado experto, perdía en Nopalucan un rico convoy confiado á su custodia y cuyo valor ascendía á más de dos millones de pesos: en este descalabro Olazábal perdió la artillería de batir que por orden del virey había sacado de Perote para conducirla al campo de Calleja.

Al regresar á Cuautla los vencidos en la acción del 27 de Abril, el desaliento de los sitiados no reconoció límite: ya no había esperanza alguna de socorro, aquella última tentativa había agotado las fuerzas de los defensores: el hambre, la peste y todas las calamidades eran lo único que no había cesado. El Sr. Morelos creyó necesario reanimar á sus decaídos amigos y salió á recorrer las calles: su sola presencia bastó pora conseguir su objeto: algunas palabras de sus elocuentes labios concluyeron de realizar el milagro, y los vítores y las aclamaciones á la naciente patria resonaron en el basto cementerio de las calles, en las cuales permanecían insepultos los cadáveres de hombres, mujeres y niños que habían sucumbido entre tormentos horribles, como lo indicaban sus desesperadas actitudes.

Sonriendo la naturaleza á tanto heroismo, la tarde fué una de las más esplendorosas de aquella privilegiada zona: los ánimos se tran-

quilizaron y en aquellos semblantes demacrados en que la muerte se miraba como en espejo, llegaron á dibujarse muecas que pretendían semejarse á sonrisas.

Retirado el general en su alojamiento y en conferencia con don Hermenegildo, salió á recorrer los fuertes D. Leonardo Bravo: al atravesar la calle Real un soldado subía en opuesta dirección comiendo con positivo deleite un trozo de cuero tostado.

D. Leonardo le preguntó deteniéndole:

—¿Que tal, amigo? Parece que está sabroso ese cuero.

—Como si fuera un mamón,—respondió el soldado sonriendo.

D. Leonardo sintió ante tal respuesta algo que le conmovió profundamente, y dijo para sí:

—Mucho debes valer, oh patria, para el hombre, cuando el hombre hace esto por tí!

Traslademonos á la casa de nuestro amigo Felipe.

Todo es en ella desolación y silencio.

No obstante todos sus habitantes viven: ¡pero qué vida aquella!

Emilia, la hermosa Emilia, está arrodillada cerca de una cama: apoya su barba entre sus manos y sus aguzados codos sobre el colchón: con mirada casi estúpida sigue uno á uno los estremecimientos nerviosos de su pequeño hijo que en mitad de la cama abre y cierra sus ojitos y su boca como un pez que sacado del agua se ahoga.

Felipe se arrastra mientras tanto en el pequeño corral de la casa y registra como un perro el rincón del muladar; con sus manos revuelve las basuras y reune en un tepalcate los gusanos que descubre, partiendo en dos cuantos halla para que no se le escapen.

Concluye por fin su tarea y con trabajo atroz logra ponerse en pié, salir del corral y dar algunos pasos en la sala.

En este momento otro humano espectro penetra por la puerta de la calle.

—¿Traes algo, Juan?—le preguntó Felipe.

—¡Nada! ¡nada! ¡nada!—responde éste.

—¡Qué es, pues, lo que te has propuesto, miserable!—grita Felipe, si grito puede llamarse el ronquido que de sus labios sale.

—¡Yo miserable! ¿qué eres tú, entonces, Felipe?—le pregunta Juan casi llorando.

—¡Llora, llora cobarde! ¡llora maldito! ¡llora infame!—dice el pobre capitán Manso, sonriendo como un demonio.

—¡Calla, asesino!—contesta Juan retrocediendo espantado.

—¡Juan!....

—¡Sí, asesino! ¡asesino! ¡asesino! tú me volviste á traer á este infierno.

—Tú tuviste la culpa: proponiéndome una traición me hiciste entrever el paraíso de la libertad: ¿quién te mandó hablar de ella al oprimido?

—¡Maldito sea el instante en que tuve compasión de tí! cualquier otro hombre á quien me hubiera dirigido hubiese sido menos feroz que tú.

—¡Yo feroz!

—Sí, tú feroz, tú hiena, tú verdugo de tu mujer, tú asesino de tu hijo.

—¡Ah!—gritó Felipe,—¡calla, calla! ¡aquí llevo su salvación! —y al decir esto mostró á Juan el tepalcate con los gusanos moviéndose aún.

Apenas húbolos distinguido, Juan se arrojó sobre Felipe y ambos rodaron sobre el piso produciendo un ruido espantoso y extraño, como el producido por el golpe de dos esqueletos envueltos en una manta ó zarape.

—¡Callaos! ¡callaos!—dijo Emilia saliendo y presentándose en la puerta de la recámara; mi hijo está próximo á dormirse, no vayáis á despertarle.

Pero ni Juan ni Felipe la escuchahan y seguían peleándose, el uno por apoderarse de los gusanos y el otro por defenderlos.

Emilia quiso entonces separarlos: al acercarse distinguió el disputado y horrible manjar y excitándose su hambre se echó sobre él y con sus delicados dedos recogió los gusanos, los llevó á su boca y... los comió con avidez...

Después corrió de nuevo á su recámara y al lado de su hijo.

Juan y Felipe suspendieron entonces una lucha que ya no tenía objeto.

Juan recogió el *tepalcate* le observó por todos lados y exclamó con tristeza:

—¡Ni uno!

—¡Ni uno!—repitió Felipe.—¡Ingrata! no ha tenido compasión de mí que hace quince días que nada como!

## XXIV

Al cabo de un rato de profundo desaliento Felipe se dirigió á una alacena empotrada en la pared, la abrió, tomó de ellas dos frascos de vidrio, dió uno de ellos á Juan y le dijo:

—¡Toma! bebe: es aguardiente.

Uno y otro vaciaron bien pronto el contenido de los frascos.

Los efectos de la embriaguez fueron casi instantáneos.

—Escucha Felipe,—dijo Juan.

—Que quieres que escuche.

—Eres un loco.

—Si ya no lo soy, no tardaré en serlo; habla, habla pronto, antes que acabe de perder la razón.

—¿Me prometes no enojarte?

—Te lo prometo, pobre Juan.

—Aun podemos salvarnos.

—¡Loco! No lo creas; he visto ya á la muerte en esta casa y aun me parece que la distingo todavía sentada en el dintel de esa puerta.

—¿En el dintel?

—Sí: en el dintel.

—Pues mientras no penetre en la sala, no debemos temerla. Escucha.

—Dí.

—Tengo aquí, mírala,—dijo Juan sacando de su pecho un papel,—una carta del brigadier D. Ciriaco del Llano.

—¡Que Dios confunda al maldito realista!

—No, no: la salvación es lo que nos propone.

—¡No la quiero!

—Bien; muere tú si lo deseas, ¿pero por qué quieres matar á tu Emilia y á tu hijo?

—¡Tienes razón, Juan, soy un miserable! Prosigue.

—El general tiene mandado que en todas las trincheras haya una banderolita roja.

—Ya lo sé, ¿y qué?

—Yo cambié esta mañana la banderita roja por una amarilla.

—¿Y qué?

—Llano comprendió la señal y con un muchacho me envió esta carta.

—Continúa.

—En esta carta, que está dirigida á tí, dice Llano que si quieres dar entrada á los realistas por tu trinchera; en nombre del virey te promete indulto absoluto para tí, para todos los tuyos y para tres personas más que tú designes, aun cuando uno de ellas sea el mismo general Morelos.

—¿Eso dice?—preguntó Felipe admirado.

—Léelo tú mismo,—contestó Juan,—entregándole el papel.

—Cuando Felipe lo hubo leído, dijo:

—Es cierto: ¿pero cumplirán esos traidores su palabra?

—¿Por qué no?

—Por que no les conviene.

—Te engañas.

—Explícate.

—La peste se ha declarado en el campamento de Calleja, y si una semana más pasan alrededor de Cuautla no quedará vivo ni un realista.

—Esperemos entonces esta semana y quedaremos libres de ellos.

—Pero crees tú, que ni tú, ni yo, ni tu mujer, ni tu hijo podemos esperar una semana más.

—Tienes razón, no podríamos: la muerte no se aparta del dintel de esa puerta, allí está, sí, allí está, allí la veo! ¡¡Ah!!—gritó de pronto Felipe con tan terrible angustia que obligó á salir á Emilia de su recámara.

—¡Felipe, Felipe mío!—exclamó,—no grites, nuestro hijo duerme más tranquilo, pude darle el pecho: se agarró de él con desesperación y algo estrajo, sí; no sé qué, sangre sin duda, pero esto le consoló y sus convulsiones han cesado: yo creo que él y yo podremos esperar otro día más á que este sitio concluya; pero calla, no le despiertes, porque si despierta pedirá de comer y yo no tengo ya que darle.

Emilia se retiró, y Felipe que no había apartado su vista de la puerta, dijo á Juan:

—Sí, Emilia debe tener razón, aun podemos vivir un día: la muerte, que allí está, en el dintel de la puerta, ha vuelto á quedarse quieta: cuando lancé el grito que oiste me pareció que la muerte,

que la muerte que aun está allí, había pasado uno de sus piés de este lado del dintel: pero no, allí está, quieta todavía: ¡continúa, continúa!

—Los realistas tienen tanto interés como tú en que el sitio se concluya.

—¿Pero su interés llega al extremo de decidirlos á indultar al Sr. Morelos?

—Ya lo ves.

—¡Oh! ¡si no me engañasen!...

—Conozco bien á Calleja y no faltará á su palabra.

—Bueno, consultaré al Sr. Morelos.

—Te dirá que no, te hará fusilar y tu mujer y tus hijos quedarán sin amparo.

—Tienes razón: me haría fusilar, es tan severo como valiente: prosigue.

—Nada más tengo que decir.

—Entonces...

—¿Admites ó no admites?

—Después de todo si yo puedo salvar al general mi traición es disculpable.

—No le llames traición, llámale recurso extremo.

—Tienes razón; ¿cuál es la señal que Llano propone?

—Que encendamos una lumbrada en la trinchera, á las diez en punto de la noche.

—¿Quieres tú encargarte de ello?

—Sí, amigo mío, sí.

—Está bien: á las diez en punto haremos la señal.

—Gracias, amigo mío, gracias; tú vas á salvarnos á todos y á resarcirme con usura del daño que me has hecho: tú me trajiste á Cuautla cuando yo había logrado ya escapar, merced al ataque del reducto del Calvario: tú fuiste mi sombra para impedirme intentar una nueva fuga: tú, obligándome á permanecer en Cuautla, has sido la causa de que los horrores de la necesidad me hayan quitado las fuerzas y reducido á una terrible agonía.

—Bien, bien: esta noche quedarás libre.

—Pero es indispensable que tú acudas á la trinchera para que obligues á los soldados á retirarse.

—Acudiré, Juan, acudiré.

—Bueno, amigo mío, me voy: no tardaré en volver.

—Ve con Dios, y él tenga piedad de todos.

## XXV

Repentinamente, y cortos instantes después de haber salido Juan, la puerta de la casa se abrió presentándose ante Felipe el Sr. Morelos.

—¡Traidor!—le dijo,—con voz terrible, con severo acento.

—Sí, merezco la muerte,—contestó Felipe sin inmutarse.

—¡Y la tendrás ahora mismo!—añadió el general.

—Pero antes,—observó Felipe,—mi general, vea usted esta carta: en ella se dejaba á mi arbitrio designar tres personas que habían de ser indultadas y yo pensaba designar á usted: hacía mal, lo sé; pero ni me acobardo, ni me disculpo; sereno recibiré la muerte, pero antes, mi general, permítame despedirme de mi mujer y de mi hijo: sin esperar respuesta Felipe levantó la cortina y penetró en la recámara.

El gran caudillo recorrió rápidamente la carta de Llano y su alma grande y generosa recibió un golpe tremendo al escuchar en la recámara inmediata los gritos de desesperación de la infeliz Emilia.

El capitán Felipe Manso se presentó de nuevo, diciendo al Sr. Morelos:

—Mi general, si usted desea imponer á sus soldados con el espectáculo de mi justa ejecución, no pierda usted un instante: mi hijo, mi querido, mi pequeño hijito acaba de morir de hambre en este momento: mi Emilia, mi ángel, mi ángel idolatrado no tardará en seguirle á la eternidad, yo no puedo sufrir más de lo que sufro, siento que mi vida se quiebra por sí sola y si un momento más aguarda usted, llegaré muerto al lugar del suplicio: mi general no pierda usted un instante, quiero que mi muerte sirva siquiera de escarmiento.

El general Morelos recibió como una estatua aquel diluvio de palabras y nada pudo contestar, la voz se ahogó en su garganta y cuando Galeana entró en la sala y se llegó á él, retrocedió con

asombro: Morelos, el general, el caudillo, el héroe, en fin, lloraba... como lloran los leones: contra toda su voluntad.

—El miserable ha engañado á usted,—dijo Galeana,—pero yo le fusilaré.

—¡Atrás, Sr. Galeana!—gritó con voz de trueno el general,—el capitán Felipe Manso es sagrado: ¡yo le protejo!

Y tomando de una mano á D. Hermenegildo, el Sr. Morelos salió de la casa cerrando la puerta tras de sí.

A las diez de la noche un fuerte tiroteo se dejó oir en la trinchera del capitán Manso: Juan había encendido la lumbrada convenida con Llano y una gruesa columna realista avanzó en silencio sobre la plaza. Pero Galeana había apostado convenientemente su gente y los europeos fueron recibidos á balazos, costándoles su arrojo más de doscientos muertos.

En cambio de este descalabro, el teniente D. Mateo Oviedo se apoderó de Tlayacac el día 30 de Abril, cayendo en su poder los ciento cincuenta y cinco tercios de comestibles que D. Miguel Bravo y D. Mariano Matamoros habían tratado inútilmente de introducir en Cuautla en el combate del 27.

A la vez que Oviedo conducía el convoy expresado al campo de Calleja, recibía este cartas del virey en que después de pintarle la díficil situación del reino, le decía: «tal es el estado de las cosas y á pesar de ellas, Cuautla es el punto principal y el centro de donde ha de proceder el desembarazo de las restantes: es cuanto tengo que decir á V. S. sobre la importancia de llevar á cabo la empresa. César dijo después de la batalla de Munda que en otras había peleado por obtener victoria, pero en aquella por salvar la vida: no difiere mucho nuestra situación.»

Y Calleja le contestaba:

«En efecto, la situación de César en Munda difería poco de la nuestra; pero yo espero que el suceso será muy semejante al suyo, si apuramos nuestros recursos y las aguas se retardan.»

A partir de la noche del 28 casi llegaron á desaparecer en Cuautla las muestras de actividad que tanto habían asombrado á los realistas. Calleja creyó que llegada al último extremo la deplorable situación de los sitiados, una propuesta de indulto sería en el acto admitida, y el día 1.° de Mayo, envió un oficial á la plaza con dos ejemplares del indulto acordado por las Cortes Españolas en 9 de

Noviembre del año anterior, publicado por bando del virey.

Al corto rato el oficial regresó al cuartel real de Calleja, trayendo devueltos los ejemplares del indulto, con la siguiente nota ó contestación del Sr. Morelos:

«Otorgo igual gracia á Calleja.»

## XXVI

Imposible parecíale al jefe realista un heroismo llevado á término tal, y así lo manifestaba á su consejo de oficiales, cuando á las dos de la madrugada del Sábado dos de Mayo de 1812, se escuchó un fuerte tiroteo en el reducto del Calvario.

—¡Se nos van de entre las manos!—gritó Calleja;—é inmediatamente dictó sus órdenes para acudir en auxilio del punto en peligro.

Efectivamente, algún tiempo antes habíanse reunido en la plaza de San Diego, las mermadas fuerzas insurgentes, formando una columna que comenzó á marchar en el siguiente orden: Galeana á la vanguardia; detrás el Sr. Morelos; en el centro D. Leonardo y D. Víctor Bravo, y á retaguardia el capitán Anzures.

Al principio la marcha se verificó sin accidente y el ejército avanzó sin ser sentido, hasta llegar al espaldón que á lo largo de la caja del río defendían cincuenta granaderos que se pusiero- desde luego en retirada: pero al pasar cerca del reducto del Calvan rio, un centinela dió la voz de alto, y aunque inmediatamente fué muerto por D. Hermenegildo, la alarma cundió y comenzó el combate: las fuerzas insurgentes sin perder un instante, atravesando sobre un puente de vigas se posesionaron del camino de la hacienda de la Gualupita, á la vez que los batallones de Asturias y Guanajuato envolvían á los independientes en un círculo de fuego, y la caballería causaba un horrible destrozo en los vecinos indefensos que habían salido de Cuautla detrás de las tropas.

El impulso del ataque fué tal, que el Sr. Morelos, temiendo ver desaparecer su reducido ejército, mandó hacer alto y rechazar al enemigo, parapetándose detrás de unas cercas de piedra: contenidos así los realistas, los independientes emprendieron de nuevo la

retirada, ocurriendo en medio de ella un accidente que pudo haber sido de inmensa importancia: el accidente fué que el caballo del Sr. Morelos tropezó en las desigualdades del terreno arrastrando tras de sí al caudillo, que á no haber sido por la decisión de Galeana y Bravo, hubiera sido muerto, ó caído en poder de los enemigos: éstos se cebaron en las últimas filas de los fugitivos, gente indefensa en su mayoría, y tal fué el bárbaro degüello que, según Calleja, se contaron al siguiente día ochocientos diez y seis cadáveres.

Al día siguiente el coronel José María de Echegaray con los batallones de Guanajuato y Asturias entró por orden de Calleja en la villa abandonada por sus defensores, y hé aquí extractados algunos párrafos del parte respectivo:

«El pueblo presentaba la vista más horrorosa: la mayor parte de las casas estaban destruídas por el cañón y la bomba: de entre los escombros salía un hedor insufrible, provenido de los cadavéres de hombres y bestias en putrefacción que se observaban por todas partes: los ayes y clamores de los que andaban por las calles solicitando alimento, extenuados y reducidos al último extremo de miseria, excitaban á compasión: los conventos de Santo Domingo y San Diego estaban ocupados en su totalidad con enfermos, acogidos sin distinción de sexo ni edad, en las sacristías, las iglesias y aun las torres. Se encontraron en el primero 223 y el segundo 362. Tristeza infundía encontrar entre ellos, cadáveres de dos ó tres días, otros de menos tiempo y algunos que acababan de fallecer; á la vez que se veía agonizar á los unos, oíanse los lamentos y quejidos de los que agobiados por las enfermedades sólo esperaban hallar consuelo en la muerte.

»El bachiller D. José Mariano Ruiz Calado, cura de Yautepec, se encargó de socorrer con alimentos y medicinas á los que de ellas necesitaban, y el sargento Juan Gamboa, con una cuadrilla de indios prisioneros, abrió las zanjas en que se dió sepultura á los muertos.»

Echegaray hizo 492 prisioneros: de éstos cuatrocientos cuarenta y uno destinó á los trabajos que se juzgaron indispensables, y á los reos de mayor gravedad aseguró con prisiones para no entretener con su custodia á la tropa.

Con esta gente se destruyeron veintidos trincheras fijas y diez

movibles, se recogieron veintinueve cañones y alguna cantidad de otras armas y pertrechos que se encontraban en la Tesorería Real, en la cual había fijado su habitación D. Leonardo Bravo.

Por temor á la peste mortífera que reinaba en Cuautla, Calleja prohibió terminantemente á los individuos de su ejército la entrada en la ciudad, y tan apurada había sido su situación que en la madrugada del día 2 de Mayo, y cuando ignoraba aún que la audaz retirada del Sr. Morelos iba á dejarle dueño del campo, escribió al virey lo siguiente:

«Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible, y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios.»

Tal fué el término que tuvo aquella gloriosa epopeya que hará imperecedera la memoria de El Sitio de Cuautla.





# XI

## UNA VENGANZA

# INSURGENTE

MEMORIAS DE UN CRIOLLO 1812





... con que mi generoso padre ...

## UNA VENGANZA INSURGENTE

### I

Era yo muy niño aún, pero nunca olvidaré el terror con que mi generoso padre evocaba en sus memorias los recuerdos del terrible mes de Mayo de 1812.

Sus conversaciones sobre los sucesos de aquellos días, fijas se me quedaron como en los antiguos bronces los bien templados cinceles romanos.

—Hijo, me decía, el mundo ha entrado con furor en una nueva vía de adelanto y de progreso, cien maravillas habrán de contemplar las generaciones futuras y notable bienestar espera á las generaciones que están por venir. No siento, sin embargo, no poder contemplar los adelantos que adivino, pues con usura me compensa de los que pierdo el goce de haber asistido á la aurora de esa nueva luz que brillará con mayor esplendor ante tus ojos. Pocos seréis entonces los que de nosotros hagáis memoria, pero

tú, hijo mío, recurre al arsenal de mis recuerdos que te dejo por escrito, y pon todo tu empeño en que las nuevas generaciones no nos olviden. Merecemos esta justicia los que, sin quejarnos, padecimos los males que sobre nosotros llovían en deshecha tempestad. Mucha fué la gloria que al Sr. Morelos resultó de su grandiosa evasión de Cuautla, pero si entonces pudo escaparse de los fusiles realistas el denodado caudillo, otro de nuestros mejores amigos perdimos como consecuencia de la dispersión del segundo ejército.

Escuchaba yo con profundo silencio, y mi padre prosiguió:

—El mal estado de salud de tu pobre madre, habíame retenido en México, donde llegué comisionado por D. Ignacio Rayón, para entenderme con sus amigos. Tan delicadamente desempeñé sus encargos, que sin dejar de cumplir ni uno solo á su entera satisfacción, ninguna sospecha me atraje, y aun dejaron de verme sin desconfianza aquellos que me querían mal, porque sus injusticias me lanzaron á buscar en los insurgentes una protección que los europeos habíanme negado. El mismo D. Gabriel Yermo, que de tiempo atrás me veía con para mí dolorosa indiferencia, me solicitó para un encargo particular que me hizo trasladarme á su hacienda de San Gabriel. Dos días llevaba de encontrarme en ella, cuando el martes 5 de Mayo, que aciago martes había de ser, los pocos dependientes que en la finca habían quedado, pues en su mayor parte militaban en el ejército de Calleja, se alarmaron viendo llegar á la puerta de la hacienda un pequeño grupo de insurgentes fugitivos de Cuautla. Eran escasamente unos veinticinco hombres, flacos, medio desnudos y casi sin armamento, pues de veinte soldados sólo siete traían fusiles, escopetas otros tres, y dos pares de pistolas y cinco sables repartidos entre los restantes.

La gente de la hacienda no se atrevió á negarles la hospitalidad, porque siendo poca, temía que aquellos veinticinco hombres fuesen sólo la vanguardia de alguna partida más considerable: diéronles, pues, cuanto pidieron, que á la verdad no fué mucho, y corrieron en mi busca, pues me hallaba en el campo, con intención de que les dijera si conocía á alguno de los recién llegados.

Pisaba yo el dintel de la puerta de la casa, cuando salió al encuentro uno de los insurgentes: en el acto reconocí al coronel don Manuel Sosa, valiente amigo y legítima hechura del Sr. Morelos.

El alma sentí que se me caía á los piés, y temblé porque no se

me ocurrió entonces otra cosa, sino que el mismo general se encontraba en San Gabriel.

Sosa se dirigió á mí, y tendiéndome la mano me dijo:

—Sea usted bien venido, Sr. Arias Martínez; veo á usted de nuevo al servicio de su antiguo amo el Sr. Yermo, lo que me hace sospechar que ha abandonado usted á los amigos y salvadores de su patria; pero no le culpo por ello, la verdad es que se necesita estar hecho de puro bronce para aguantar los infortunios que sobre nosotros pesan.

Yo no supe qué responder; la gente de la hacienda estaba á mi lado, y ninguno que á ella perteneciese me perdía de vista, como temiendo les vendiera, pues no ignoraban mi historia: á la vez me hería en el fondo del corazón el tono desdeñoso que á sus palabras imprimía el coronel Sosa.

—Aquí nos tiene usted,—continuó diciendo,—dados á todos los demonios, pero con más gloria que Napoleón: hace tres días que hemos salido de Cuautla, pasando sobre las costillas del mismo D. Félix Calleja, que allá queda papando moscas de asombro, pero dispersos y mal trechos, y sin saber ni siquiera por dónde la habrá tomado nuestro general.

—Qué,—me atreví á preguntar,– ¿no se encuentra aquí el señor Morelos?

—No, Sr. Arias Martínez, pero si gusta usted pasar á nuestras habitaciones, tendrá el honor de saludar á nuestro valiente don Leonardo Bravo y á D. Mariano Piedras, compadre del general.

Con la primera parte de la respuesta de Sosa respiré, pero todo mi valor se evaporó cuando escuché que D. Leonardo Bravo se encontraba en la hacienda.

Algunas palabras más que en mi atolondramiento no recuerdo, se cruzaron entre el general y yo, y después seguí á los dependientes de la finca que dijeron necesitarme.

Triste situación era la mía: los criados de D. Gabriel no tenían por qué someterse á mi antiguo influjo; ya no era, como lo había sido en otro tiempo, el dependiente favorito del amo; á más de uno había yo reprendido en otros días por faltas en el cumplimiento de sus obligaciones: éstos no podían, no diré quererme, pero ni aun dejarme de ver con rencor. Estaba, pues, solo para defender á aquel puñado de insurgentes y amigos: defender, sí, esta es la pa-

labra, porque bien claro lo había visto: la gente de la hacienda algo tramaba contra sus huéspedes.

Poco menos que á la fuerza fuí conducido á las desiertas habitaciones del *purgar*.

En ellas se encerraron conmigo uno de los dependientes de Yermo, D. Antonio Taboada, y otro individuo llamado Domingo Perea, más conocido por el apodo de *el Chino*, porque tal lo parecía por ser nativo de Filipinas.

La conferencia que conmigo sostuvieron, terminó en un agrio altercado, de resultas del cual salieron del purgar dejándome encerrado en él.

Horrible fué mi desesperación, y en vano los increpé por medio de gritos que no salían al exterior de aquella maciza bóveda.

Enemigos de los insurgentes; con un fanatismo igual al de don Gabriel, aquellos hombres habían concertado el plan de apoderarse de las personas de sus huéspedes y remitirlos á Calleja.

No tardaron mucho en poner en ejecución su proyecto.

Convocados secretamente los trabajadores de San Gabriel, el Chino se encargó de dirigirlos, y se constituyó en jefe.

Sin que cosa alguna pudieran sospechar D. Leonardo, Piedras y Sosa, se sentaron á la mesa en la cual se les sirvió una buena comida: á la mitad de ella, Taboada con su gente se presentó en la puerta del comedor y les intimó se entregasen presos.

Sosa se levantó como un rayo, gritando:

—¡Maldito Arias Martínez, ven á recoger el premio de tu traición!—se arrojó sobre los asaltantes, y éstos hicieron fuego sobre él y le tendieron muerto á sus piés.

D. Leonardo quiso también defenderse, pero uno de aquellos temibles campesinos, se lanzó sobre él, y tomándole de los brazos por la espalda, le arrojó en tierra, y allí otros muchos le amarraron hasta imposibilitarle todo movimiento. Piedras se entregó sin resistencia, convencido de la inutilidad de haberlo intentado.

Taboada habíase mientras tanto apoderado de los veinte soldados insurgentes y quitádoles sus escasas armas.

Cuando á mí me pusieron en libertad, Taboada, nombrado comandante por sus compañeros, había hecho conducir á los presos á la barranca de Tilzapotla, situada dentro de la hacienda, pero á tres leguas del edificio de la finca.

Fué esta una medida de precaución que tomó, temeroso de que pudieran llegar á San Gabriel algunas otras partidas de dispersos de Cuautla.

Destacó á la vez varios grupos armados que fuesen en busca de tropas realistas, y tan feliz fué uno de ellos, que se apoderó á poco andar del teniente coronel insurgente D. Luciano Pérez, fugitivo también de Cuautla.

La gente de San Gabriel dió al fin con el capitán D. Gabriel Armijo, quien, recogiendo á los presos los condujo á Cuautla, teatro que había sido de sus hazañas durante aquel memorable sitio.

## II

Nadie se hizo ilusiones acerca de la suerte que pudiera estar reservada á D. Leonardo Bravo: Venegas no sabía considerar al vencido, y mucho menos Calleja, que no podía perdonar á los insurgentes que tan osadamente se le hubiesen escapado de entre las manos, rompiendo la humana cadena, tendida en derredor de Cuautla de las Amilpas.

Pero no era este solo el único terrible golpe que la suerte nos tenía preparado.

El valiente «Amo Torres,» aquel generoso amigo, de quien largamente nos ocupamos en los episodios anteriores, como conquistador que fué de Guadalajara, había caído en poder de Cruz el sábado 4 de Abril anterior.

Decidido como nunca por una revolución, de la cual esperaba la salvación y engrandecimiento de su patria, rayo era que, partiendo de la provincia de Michoacan, paseaba con gloria las banderas insurgentes por las fértiles orillas del Río Grande.

El presidente de Guadalajara aborreció más que á ningún otro á aquel hombre, por lo mismo que no era un bandido como tantos que, combatiendo por su propia cuenta; vivían por aquellos rumbos sobre el país, siendo el azote de las poblaciones y el descrédito de la causa independiente.

Su hijo, aquel pobre loco que salvó en el mismo día de la batalla de Puente Calderón á la bella Guadalupe, creyéndola su idola-

trada Carmen, no se apartaba de su lado y era el ángel de la misericordia que impedía se ensangrentase la victoriosa espada de su padre.

El «niño José Torres,» según continuaban llamándole los soldados del «Amo,» no había recobrado por completo la razón perdida, con motivo de los atroces asesinatos perpetrados por el infame Marroquín, y en el momento de cualquiera acción, corría por el campo de batalla, intercediendo por los españoles, en todos los cuales imaginaba siempre ver al padre de su pobre Carmen.

El «Amo Torres» no podía, sin embargo, retroceder, su alma generosa le impulsaba á tomar venganza de la muerte del heróico y desventurado cura de Dolores: su actividad no reconocía ejemplo: después de una derrota, lo mismo que de una victoria, se consagraba con empeño á moralizar su gente y á allegar nuevos recursos para proseguir la lucha.

El mismo dirigió en Uruapan la fundición de doce cañones, y con más de mil soldados acometió la empresa de atacar en su propio campamento á D. Pedro Celestino Negrete.

Este bravo jefe realista, se había hecho temible por su actividad desmedida y por su severidad para con los insurgentes, á los cuales veía con el más soberano desprecio, propio de su altivo é inflexible carácter: para él cuantos luchábamos por nuestra patria no éramos otra cosa que bandidos miserables, canalla vil, cobardes asesinos, infames rebeldes, y así y no de otro modo nos calificaba en sus partes. No había insurgente que cayera en sus manos que no fuera inmediatamente fusilado, y, genio destructor por excelencia, arrasaba todo lugar que pudiera servirnos de albergue: por eso el «Amo Torres» quería destruirle, anonadarle: con él no era posible hacer una guerra noble.

En una ocasión, el comandante realista Esquivel dijo en uno de sus partes, que en Irapuato había recobrado dos soldados de la división de Negrete, que los insurgentes tenían prisioneros. En cuanto D. Pedro Celestino lo supo, le desmintió oficialmente y pidió satisfacción por el agravio que se le hacía «pues los valientes que yo mando, dijo, jamás se humillan ni envilecen hasta el grado de dejarse hacer prisioneros por la vil chusma, estando antes resueltos á perder la vida mil veces.»

En otra ocasión, Cruz le manifestó que se condolía con él por

las fatigas de sus tropas, obligadas á hacer tantas y tan penosas marchas en seguimiento de un enemigo que huía siempre de su presencia, y á esto contestaba Negrete con mal reprimido enojo: «Mis soldados, valientes é infatigables, cuando logran limpiar la tierra de algunos de los muchos monstruos que la asolan, ya están descansados.»

Tal era el hombre contra el cual D. José Antonio Torres pensaba dirigirse.

El éxito fué contrario á sus esperanzas, y Torres fué desbaratado por Negrete, que se apoderó de toda su artillería.

Salió en su persecución el comandante Araujo, y, como ya dejo dicho, después de haberle cogido en Paracho su equipaje, el sábado 4 de Abril, sorprendió á Torres, D. Antonio López Merino, comandante de una guerrilla de la división de Negrete, y le tomó prisionero en Palo Alto, cerca de Tupátaro.

Crueles y sanguinarios fueron en tal ocasión los realistas, pues de los cuatrocientos insurgentes de Torres, más de la mitad fueron pasados á cuchillo y el resto *asados*, según la expresión de Negrete, por haber dispuesto Merino pegar fuego á unas trojes en que hallábanse metidos.

Sólo D. José Antonio Torres quedó vivo por haber ordenado el comandante que se le guardase para presentárselo á Negrete, quien se lo remitió á su vez a Cruz.

La noticia de su proximidad fué recibida en Guadalajara con bárbaro regocijo. y Cruz dispuso hacerle una solemne recepción.

Formáronse las tropas en toda la carrera, y se echaron á vuelo las esquilas de las iglesias; por orden del jefe de la plaza se quiso poner á Torres una argolla ó corbatín de cuero, de las llamadas *tente-mozo*, á fin de que llevase alzada la cabeza, y todo el mundo pudiese contemplarle bien, pero el amo Torres, suplicó por primera y única vez á sus enemigos, y ofreció que sin el indigno corbatín llevaría erguida la cabeza.

—Creo haber servido bien á mi patria,—dijo,—no tengo por qué agobiar ante nadie mi cabeza.

En el tránsito fué insultado más de una vez por la plebe miserable.

Un hombre del pueblo se atrevió á arrojarle al rostro una cáscara de plátano; uno de los soldados realistas quiso calar al miserable

con su bayoneta, pero con tranquila y reposada voz díjole el «Amo Torres» deteniéndole:

—Perdónele usted, amigo; es un compatriota mío; por haber querido hacerle libre me insulta y escarnece; merece ser esclavo.

El 12 de aquel mismo Mayo se le leyó á Torres la sentencia que le condenaba á morir en la horca, y ser descuartizado...

—Bien está,—contestó;—el tribunal ha sido justo; valgo menos que D. Miguel Hidalgo, y hubiera sido ofender su memoria haberme sentenciado á morir fusilado como él; debo ser ahorcado, que es más infamante pena.

Fué su juez el Dr. D. Francisco Antonio de Velasco, presidente de la junta de seguridad.

La ejecución de la sentencia debía haber sido inmediata, pero lograron retardarla los españoles que residían en Guadalajara, muchos de los cuales habían debido á Torres su salvación en los días de los bárbaros asesinatos cometidos por Muñiz y Marroquin.

Pero Cruz era inflexible y pudo mantenerse firme, á pesar de que las señoras é hijos de los mismos españoles se le presentaron una tarde y puestas de rodillas le pidieron conmutase la pena de muerte en la mayor inmediata.

En la mañana del 22, Torres fué puesto en capilla y se hizo necesario que la guardia contuviese á la multitud de personas, todas de la sociedad europea, que pretendía despedirse de él y ofrecerle sus servicios para todo aquello que hubiere de disponer.

—Sólo un beneficio me atrevo á pedir á ustedes.

—¿Cuál?—preguntaron cien voces.

—¡Una obra de caridad!

—Dígala usted.

—En el instante en que fuí hecho prisionero, se apartó de mí mi pobre hijo; es un pobre demente á quien privó de la razón su amor á los españoles; á ninguno de ellos hizo jamás daño de ninguna especie, y á alguno amó tanto como á mí. No sé lo que ha sido de él, buscadle, señores, y si le halláis tened con él caridad.

Cien juramentos recibió Torres de que su voluntad sería acatada y cuando él respondió á todos aquellos con acentos impregnados de lágrimas, un comerciante español, de apellido Martínez se abrió paso entre los concurrentes, y le dijo:

—Sr. Torres, Dios envía á usted un nuevo dolor y á la vez un

consuelo, que sólo podemos apreciar los padres de hijos desventurados.

—Comprendo,—contestó Torres, palideciendo como un cadáver; —mi hijo ha muerto.

Después se volvió hacia el sacerdote encargado de prestarle los últimos auxilios, y con desgarrador acento, dijo:

—Dígame usted, padre mío, que Dios será conmigo tan misericordioso que en aras de mi dolor terrible perdonará tan completamente mis faltas, que en el acto mismo de morir me reunirá con mi desventurado hijo!

El sacerdote le abrió conmovido los brazos y los circunstantes se postraron en tierra por un solo y espontáneo movimiento y oraron en voz alta por el que iba á morir.

Amaneció el día 23 de Mayo; en mitad de la plaza que se llamaba de Venegas, se alzaba una horca de dos cuerpos, así construída para que desde todos puntos pudiese cómodamente presenciarse la ejecución; ésta fué llevada á cabo pocas horas después sin compasión alguna por parte de las autoridades.

Se consideró indispensable poner á toda la guarnición sobre las armas.

El caso, es verdad, era extraordinario.

Era la primera vez que al pié del cadalso de un insurgente derramaban lágrimas de dolor los españoles.

Cuando así lo dispusieron los encargados de la ejecución, el cuerpo fué descendido, y por el verdugo partido en cinco trozos.

La cabeza se colocó en un palo elevado en la plaza de Guadalajara; uno de los cuartos en el pueblo de Zacoalco, otro en la garita de Mexicalcingo, por la cual entró Torres cuando capituló la ciudad, los dos restantes fueron puestos en las del Carmen y barrio de San Pablo.

La casa de Torres en San Pedro de Piedra Gorda, fué arrasada y sembrada de sal su superficie.

Cuarenta días después de la ejecución, los mutilados restos fueron quemados públicamente y aventadas las cenizas.

¡Estúpida justicia humana!

III

Reñían en tanto en toda la extensión del país las tropas de uno y otro bando, y aunque sin empeñarse acciones generales de importancia, no faltaban sobrados motivos para condolerse de la pérdida de tantas vidas.

El mismo 5 de Mayo en que la traición hecha á unos huéspedes entregaba á D. Leonardo Bravo en la hacienda de San Gabriel, las tropas de Cruz, libres por la prisión de Torres, rechazaban en Celaya al activo cabecilla Albino García, jefe de bandoleros más bien que de partidas insurgentes.

El padre D. José María Sánchez de la Vega, vicario de Tlacoltepec y el mismo que por encargo del Sr. Morelos había recientemente defendido á Izúcar de dos ataques de Llano, tomó por capitulación el día 6 la plaza de Tehuacan en la cual habíanse sostenido con heroismo el subdelegado D. Manuel Victoriano Sánchez, el alferez Arriaga y los españoles de aquel comercio. El padre Sánchez de la Vega fué impotente para reducir á la orden á muchos de los bandidos que en su ejército figuraban, y Tehuacan fué bárbaramente saqueado, vió desaparecer su riqueza y prosperidad y se cubrió de luto con el asesinato de multitud de europeos que fueron sacrificados como cerdos en las barrancas de Tecamachalco: los asesinos tuvieron la cruel complacencia de obligar al hijo del subdelegado á presenciar la ejecución de su propio padre, y á los demás prisioneros se les sacrificó á machetazos á fin de hacer más lentos y atroces sus sufrimientos. Bien es verdad que como ya dije, militaban con el padre Sánchez bandoleros de la calaña de Máximo Machorro, Arroyo y Bocardo, de quienes voy á dar una idea á mis lectores copiando aquí lo que de ellos dijo el historiador D. Carlos María Bustamante, á quien nadie podrá tachar de afecto á los realistas.

Dice así refiriéndose en primer lugar á Arroyo.

«Conocí á este monstruo, ignominia de la especie humana, y me espanto cuando me acuerdo de su terrible catadura. Era un campesino chaparro, cargado de espaldas, cara blanca y colorada, baroso, ojos negros y feroces, su mirar era torbo y amenazante: ja-

más se ponía el sombrero, sino bajándoselo mucho, en términos de que costaba dificultad verle su aspecto sombrío y de mal agüero: su voz ronca, sus razonamientos precisos, su lenguaje rústico. Era un complexo de ferocidad y superstición la más grosera: afectaba mucha piedad y respeto á todo *padrecito* á quien besaba acatadamente



Conocí á este monstruo,..

la mano; pero no titubeaba en darle á un hombre un mazazo con un martillo de herrero en la mollera, dejándolo allí muerto, como lo hizo en su campamento de Alzayanga.

»Azotaba á los que tenía por espías, y lo hacía por su mano, teniendo el bárbaro placer de verles correr un chorro de sangre al primer latigazo: echábala además de justiciero: su pujanza era mucha y á par de ella su denuedo para entrar en acción.

»Atacó la hacienda de Teoloyuca, junto á San Juan de los Llanos; su dueño era un español, sostenido por cien fusiles de Pereto

y mucho parque, y se resistió más de dos días; pero cargado extraordinariamente por las partidas americanas, hubo de entregarse luego que Arroyo se hizo desprender sobre la casa por una reata, y entró con el *cíntaro*, así llamaba al sable, haciendo una cruel matanza, que llenó de cadáveres la casa y dejó inhabitable el edificio por mucho tiempo, registrándose en sus paredes estampadas las manos de sangre.

»Hacíase llamar *padre* por sus soldados, y los trataba con la dureza de esclavos.

»Su mujer era de color quebrado, valiente y digna consorte de tal marido.

»El nombre de Arroyo capitán antes de la revolucion de la *tlapixquera* de la hacienda de Ocotepec, según hago memoria, ha dejado una nombradía de espanto en aquellas comarcas, la idea de semejante genio me hace estremecer.

»Su compañero Antonio Bocardo, de origen herrero y alguacil de San Juan de los Llanos, fué menos horrible para la nación: era un cobarde tan menguado y tonto que se hacía llamar *coronel de coroneles*, ó sea *tonto de tontos;* ocupábase en *avanzar*; es decir, robar antes que en matar hombres.

»Desgraciada América Mexicana que tuvo por defensores de su causa á tales verdugos. El hombre de principios como yo, que se vió entre ellos, vivía en un continuo martirio y estaba en gran riesgo si trataba de reducirlos al orden. Cuantas veces mi vida estuvo á riesgo por semejante motivo.»

Esto dejó dicho en su *Cuadro histórico* D. Carlos Bustamante, que ayudó á la revolución con su ingenio y personales esfuerzos, padeciendo por ella hambre, miserias, toda clase de peligros, prisiones y aun sentencias de muerte, según en su lugar veremos.

Por aquellos días, esto es, el 7 de Mayo, el capitán D. Juan Pesquera que operaba en los límites de la provincia de Guanajuato en combinación con las partidas destinadas á perseguir á Albino García, logró aprehender en su guarida al presbítero insurgente don José Guadalupe Salto.

Había sido antes de la revolución vicario del pueblo de Teremendo, y hombre de conducta ejemplar y virtuosa. No pudo sustraerse á aquella irresistible afición con que el clero se hizo amigo y aun promovedor de la idea insurgente, y sus conversaciones y

manifiestas simpatías por la independencia le atrajeron las censuras de sus prelados, y fué reducido á prisión en Valladolid en Junio de 1811

Le indultó y puso en libertad el coronel Trujillo, pero el padre Salto tenía resentimientos que satisfacer y de regreso en su vicaría concibió el plan de armar á sus feligreses y echarse sobre las tropas realistas que se hallaban en Tecacho, escoltando á los heridos de la división de Linares.

Su excitativa encontró eco, y la indiada dió tan buena cuenta de los realistas de Tecacho que no dejó uno vivo ni aun de los heridos.

Habiendo ido su gente más lejos de lo que él pretendía, y faltándole elementos para continuar con fruto la lucha, el padre Salto creyó conveniente ocultarse en una cueva labrada por la naturaleza en una *abra* ó voladero de la alberca de Teremendo, cuyo acceso no era posible sino por medio de una especie de puente levadizo que mandó construir.

Un correo que Negrete enviaba á Trujillo, fué apresado por las gentes del Padre Salto, y cuando logró huir se presentó á Pesquera ofreciéndose á conducirle hasta la entrada de la cueva.

Pesquera aceptó el ofrecimiento, y con todo sigilo hizo rodear por sus realistas la alberca, que no era otra cosa que un depósito de agua formado por las lluvias en el cráter de un antiguo volcán.

Era el sitio verdaderamente pintoresco é imponente por su salvaje majestad: digna habitación de algunos de esos genios de las leyendas: los vertiginosos precipicios revestían un manto de lozana vegetación, entre cuyos arbustos dejaban escuchar extrañas voces, multitud de desconocidas aves de oscuro plumaje y grande corpulencia.

Pesquera penetró en aquellas gargantas atento al menor ruido del enemigo, y procurando apagar el producido por la marcha de sus tropas: de súbito descubrió tres hombres, uno de los cuales díjole el guía ser el Padre Salto, pero antes de que en nada pudiese ofenderles, los hombres huyeron, y Pesquera apresuró cuanto pudo su avance.

—Allí está la cueva! dijo el guía.

Acababa de entrar, en efecto, el Padre Salto, quien no pudiendo ó no queriendo levantar el puente, le dejó caer al precipicio, pro-

duciendo sus tablones al chocar contra las peñas, un espantoso ruido que con mil variantes recogían los ecos vecinos.

Los realistas dispararon á la casualidad, y entonces una voz dijo:

—No me matéis, que soy ministro de Jesucristo.

A la vez dejó ir su lanza con tan maravillosa destreza que hendiendo los aires en perfecta línea horizontal no menos de siete varas, fué su hierro á clavarse en el pecho del soldado realista Manuel de la Cruz, que rodó al abismo.

Pesquera intimó la rendición, á la cual respondió el Padre Salto:

—No saldré de esta cueva, á menos que no venga mi prelado.

Los realistas repitieron su intimación.

—¿Quién me busca?—preguntó el insurgente.

—Las tropas del rey,—se le contestó.

—De qué rey, pues á lo que juzgo vosotros servís á Napoleón.

Y como viese que algunos realistas con indecible arrojo iban trepando por la escarpada falda del precipicio, comenzó á rodar enormes piedras desde la boca de la cueva, produciendo ellas al caer horrible y pavoroso estruendo.

—¡Fuego!—gritó Pesquera.

Los soldados tuvieron entonces que colgarse de las ramas de los arbustos que quedaban frente á la entrada del asilo del Padre Salto, y desde allí, teniendo bajo de ellos el abismo, dirigieron sus balas contra los insurgentes.

El Padre Salto y otros tres hombres más, contestaron en un precipicio el fuego, pero de pronto la resistencia cesó.

Pesquera pudo creer que el enemigo se hubiese fugado por alguna otra oculta salida, y determinó penetrar en la cueva, como lo hizo, encontrando en ella muertos á tres indios y mal herido y bañado en su propia sangre al vicario de Teremendo.

Pesquera hizo construir un *tapextle* ó camilla portátil, y poniendo en él al herido, le condujo á Valladolid y le entregó á Trujillo.

Sentenciado desde luego á muerte, avisóselo así al obispo Abad y Queipo, el comandante, aunque advirtiéndole que por ningún motivo demoraría la ejecución.

Abad y Queipo respondió, que dada la enormidad de los críme-

nes del reo y su obstinación en ellos, según lo demostraba el no haber apreciado en cosa alguna el indulto que por segunda vez y á sus instancias habíasele concedido, perdidos el fuero y privilegio que acordaban los cánones, no era necesaria la degradación.



.. comenzó á rodar enormes piedras...

El Padre Salto fué inmediatamente sacado en el *tapextle* al lugar de la ejecución, pero antes de llegar á él murió de las heridas que recibió al ser aprehendido, y Trujillo hubo muy á su pesar de limitarse á exponer el cadáver en el cadalso.

Así pereció el presbítero D. José Guadalupe Salto, que nuestros insurgentes consideraron como un santo mártir.

## IV

Irisarri, brigadier comandante de Puebla, y el mismo con quien Venegas pensó, como ya dije, sustituir á Calleja, al cual odiaba, pudo por aquellos días enviar en socorro de Tlaxcala, sitiada por los insurgentes, cuyo cuartel general era Santa Ana Chautempan, al teniente coronel Conti.

El día 11 de Mayo en que llegó frente á Tlaxcala, comprometió una acción con el enemigo, quien con siete cañones y una campapana habilitada como mortero, no derrotó á Conti, pero sí le obligó á retirarse con pérdida: acudió en auxilio de Conti un nuevo refuerzo al mando del capitán D. Francisco Cárdenas, y los independientes fueron derrotados, tomándoles las alturas de Ocotlan que habían fortificado y pacificando en consecuencia los alrededores de Tlaxcala.

Todo fué sangriento para nosotros en aquellos memorables días.

El capitán D. José Gabriel Armijo que, como ya dije, después del sitio de Cuautla recibió de Calleja la orden de exterminar los restos de tan valientes defensores, supo por un espía que el bravo D. Francisco Ayala se encontraba en la hacienda de Temilpa en el valle de Cuernavaca.

Treinta hombres tan sólo había podido reunir aquel valeroso insurgente.

Armijo contaba en cambio con ciento cincuenta lanceros, y la compañía de realistas de Cuautla.

No podía ser dudoso el éxito entre fuerzas tan desiguales, y así fué que sin perder un instante, púsose en marcha en la misma noche en que el espía le avisó, y antes de amanecer, Ayala se veía atacado por sus enemigos; sin esperanza alguna en su triunfo pero resuelto á perecer en la demanda, hízose fuerte con sus treinta hombres en la casa de la hacienda de Temilpa, y desde ella, casi sin poder ser ofendido, estuvo cazando realistas hasta que Armijo, montando en cólera, dispuso incendiar el edificio, lo que consiguió fácilmente poniendo fuego á unos cobertizos de tablas.

Aquello fué horrible; Ayala se vió de súbito colocado en el centro de una inmensa hoguera: las paredes se derrumbaban en torno

suyo y bajo sus escombros perecían sus hombres que morían victoreando al Sr. Morelos. Me repugnan estos atroces detalles y voy á concluir.

Cuando Ayala había quedado casi solo, se vió de improviso reciamente atacado por veinticinco realistas al mando del teniente de lanceros D. Félix Madrid y el alférez Francisco Beistegui, y no



... haciendo suspender de los árboles sus cadáveres

pudiendo ya oponérseles cayó en sus manos con el resto de sus compañeros.

Armijo, sin respeto ni consideración alguna á tan heróico valor, hizo fusilar á sus prisioneros á la entrada de Yautepec haciendo suspender de los árboles sus cadáveres.

Calleja no se detuvo en Cuautla muchos días, y obligado por sus enfermedades, herido por la habilidad con que el Sr. Morelos le burló escapándosele de entre las manos y ofendido con el virey, hizo su entrada en México el sábado 16 de Mayo por la misma ga-

rita de San Lázaro que le vió salir tres meses antes entre los vítores y aclamaciones de la multitud.

Apesar de que el prestigio del ejército del centro decayó mucho como justa consecuencia de los sucesos de Cuautla, no le faltó cierta solemnidad á esta segunda entrada de Calleja en México.

La multitud, si no entusiasta, sí curiosa, se apiñó en todo el tránsito y el jefe español supo imprimirle cierto color teatral haciendo que á su carruaje precedieran ó siguiesen en demostración de triunfo la artillería y banderas tomadas en Cuautla y un buen número de prisioneros entre los que se distinguían, obligados á caminar con cierta separación, D. Leonardo Bravo, D. Mariano Piedras y D. Luciano Pérez, á los cuales insultó la fanática muchedumbre, ni más ni menos que aconteció, como ya dije, al entrar prisionero Torres en Guadalajara.

Con grandes demostraciones de júbilo recibieron los españoles al batallón expedicionario de Lobera, que por primera vez era visto en la capital, haciéndolo con tan poco tino, que con justicia sobrada se dieron por ofendidas las tropas criollas, único sostén y defensa hasta entonces de la administración española en América.

—¡Valientes soldados! (decíase en los grupos con marcado desdén): lo único que nos traen de nuevo son sus uniformes á la francesa y sus estrepitosas cornetas.

—Y nada más, por cierto.

—Justo, pues en cuanto á sus dotes militares, ya hemos visto que no les han salvado de haber sido rechazadas por el Padre Sánchez en Izucar, y burladas por el Gran Morelos en Cuautla.

—Sin embargo...

—No hay *sin embargo* que valga.

—Hombre, no interrumpa usted que no sabe lo que voy á decir.

—Lo presumo.

—Veamos sus presunciones.

—Lo que usted quiere dar entender, es...

—¿Qué?

—Que estas mismas tropas españolas han dado pruebas grandiosas de lo que valen, luchando contra las aguerridas tropas de Napoleón.

—Lo adivinó usted, no lo niego.

—Ya; pero en lo que usted no se ha fijado es en que su impor-

tancia no puede ser la misma en la Nueva que en la Antigua España.

—¿La razón?

—Es muy sencilla.

—Dígala.

—En España han luchado por una causa tan santa y justa como lo es la causa de la patria.

—Cierto.

—Y han luchado contra un opresor bárbaro, cruel é injusto.

—Ciertísimo.

—Aquí vienen á luchar contra sus propios hermanos, y con el solo fin de impedirnos trabajar por nuestra independencia.

—¡Exactísimo!

—Es decir, en España combatieron por la libertad, y en México por la opresión: allí estuvieron de su parte la justicia y la razón; aquí la razón y la justicia están de la nuestra, les son contrarias, y sobre la razón y la justicia y el derecho no pueden triunfar, y lo estamos viendo, ni aun los mismos ejércitos de un Napoleón el Grande.

—Después de todo, mejor para nosotros cuantos mayores errores cometan.

—Y no serán flojos los que van á seguirse.

—Sí, eh ¿pues qué hay?

—Hay que Venegas y Calleja están como perros y gatos.

—De eso hace ya tiempo.

—Sí, pero ahora es cuando sus enemistades van á producir su fruto.

—¿De qué manera?

—Está acordado que mañana deje Calleja el mando del ejército.

—¿Y qué van á hacer con las tropas?

—Incorporarlas á la guarnición, quedando bajo las órdenes del conde de Alcaraz, mayor general de la plaza.

—¿Pero qué es lo que Venegas se ha imaginado?

—Considera ó finge considerar dominada la revolución.

—¡Pero ese hombre está loco!

—Ojalá, pues eso sería la señal de que Dios ha resuelto que se pierda.

—La verdad es que el virey ha aprovechado la ocasión para reducir á la nada á Calleja, removiéndole del mando.

—Pues sepa Dios como le vaya en ello: el ejército es en cuerpo y alma de Calleja, que es quien le formó.

—¿Pero no dicen que Calleja es quien renuncia el mando á pretexto de sus enfermedades?

—Algo ha de decirse para no dar pábulo á murmuraciones.

El virey, en efecto, admitió á Calleja la renuncia que hizo del mando del ejército del centro el domingo 17 de Mayo y el famoso campeón realista se retiró á la vida privada tomando alojamiento en la gran casa del marqués de Moncada junto á San Francisco.

Habíase elevado no obstante por demás, para que su caída pudiese en cosa alguna perjudicarle; bien lejos de esto, los enemigos del virey, que eran numerosos, se agruparon en torno de Calleja formándole una especie de corte que llegó, como veremos, á rivalizar con la del mismo Venegas.

Sucesos de muy grande importancia nos obligan á tocar rápidamente los de aquellos días hasta restablecerlos todos en su orden cronológico, ya que les hicimos sufrir una ligera alteración para dar cuenta del suplicio de D. José Antonio Torres, en Guadalajara.

Pasemos, pues, adelante.

## V

Quien quiera que hubiera cruzado en aquellos días las antesalas de la córte de D. Felix María Calleja del Rey, hubiera quedado sorprendido de la licencia con que eran comentados los actos todos de la primera autoridad de la Nueva España.

La falta de respeto á los altos dignatarios del gobierno de una nación, es la más evidente prueba de que tal nación está llamada á sufrir terribles daños, sino es que en el libro del destino de los pueblos la fatalidad empieza á dictar el decreto de su ruina ó peligrosa transformación.

La falta de respeto á los gobernantes acusa las más veces una absoluta falta de patriotismo y la completa degeneración de un pueblo, pues si este consintió que á las alturas del poder supremo se elevará un hombre que sólo su desprecio merece y así en sus críticas lo dice, á sí mismo se confiesa degenerado y merecedor de su propio baldón.

¿Pero qué entiendo yo, pobre hijo del pueblo, de estas cosas, ni quién me mete en estos dibujos?

Dejémoslas en su punto y lugar, y no prediquemos donde nadie nos querrá oir, pues la ganancia del pescador está en que ande revuelto el río.

Adelante, pues, y saludemos á nuestros amigos.

He allí al simpático conde de Orizaba, dichoso marido de la deliciosa marquesa de Cervera que, bella como nunca, pues es feliz y la felicidad realza la natural belleza, ha pasado á las habitaciones de la esposa de Calleja, que también y á su vez cuenta con su córte femenil.

Pocos pasos ha dado el conde cuando á su encuentro sale de uno de los grupos otro amigo nuestro, el ex-comandante D. Ventura del Valle.

—Salud, señor conde.

—Salud, mi comandante: ¿no recibe aún el general?

—En pláticas está hace más de una hora con D. Alvaro de Cervera.

—¿Luego ese hombre se ha propuesto salirme por todos lados al encuentro?

—Es una mala persona, señor conde, y mal hizo usted en perdonarle generosamente la vida en aquel famoso duelo verificado al día siguiente del matrimonio de usted con la marquesa.

—Mi comandante, jamás he herido yo á un hombre que es suficientemente cobarde para arrojar lejos de sí la espada y mostrarse á pecho descubierto.

—¿Eso hizo?

—Sí, alegando como pretexto que él no podía dirigir la punta de su espada contra un hombre que, no sólo no le había ofendido, sino que le hacía el favor de tratarle como á un caballero.

—Y por eso cree usted cobarde á D. Alvaro.

—Sí.

—No soy del mismo parecer, D. Alvaro no es cobarde; es astuto.

—Si consiste su astucia en humillarse.....

—Pero es que D. Alvaro no se humilla.

—No comprendo á usted.

—Me explicaré, arrastrarse por el suelo no es humillación en el reptil: reptil es D. Alvaro y por eso se arrastra.

—Pues ay de él, si llego á ponerle el pié encima.

—Cuidado, mucho cuidado, señor conde.

—¿Por qué?

—Porque nunca es más temible la mordedura de un reptil que cuando al ponérsele el pié encima se le recuerda que Dios le condenó á estar á las plantas de todo el que no es reptil.

—Puede ser que tenga usted razón.

—La tengo, señor conde, la tengo y sé lo que digo á usted.

—Sr. D. Buenaventura, paréceme que algo tiene usted que decirme.

—Quizás sí.

—Pues no prolongue usted la satisfacción de mi curiosidad.

—Lo haré bien al contrario.

—Ya escucho.

D. Buenaventura bajó algun tanto la voz y con cierto misterio dijo al conde.

—Tengo mis razones para sospechar que en la «Asociación de los Guadalupes» tienen ustedes algún traidor.

—¿Quién es él?—preguntó el conde con colérico apresuramiento.

—Lo ignoro.

—Entonces.....

—Podría jurar á usted que D. Alvaro conversa en estos momentos con Calleja de algo que á los Guadalupes se refiere.

—Nuestra Asociación no es un misterio para nadie.

—Lo sé.

—Yo mismo vengo aquí á hablar á Calleja en su nombre.

—Lo supuse desde luego.

—¿Ignora usted acaso que D. Alvaro es uno de los hombres de mayor confianza de D. Francisco Javier Venegas?

—No lo ignoro, sé por el contrario que ese hombre se le ha impuesto artificiosamente al virey.

—Al virey, amigo D. Buenaventura, le ofende el brillo de la gloria de Calleja.

—Por lo mismo y quizás con el fin de apagarla tratará de atraérsele.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque el virey no puede ignorar que el partido legítimamente

español al cual usted, D. Buenaventura pertenece ha informado á la Regencia de Cádiz pintando á Venegas como hombre incapaz de salvar la situación y señalando á Calleja como el único capaz de contener y terminar la guerra civil.

—Veo que está usted bien enterado, señor conde.

—No debe usted extrañarlo, coronel, el espionaje es ya una profesión en esta capital.

Un breve instante quedó suspendido el diálogo que vengo trasladando á estas páginas, hasta que al fin, recobrando el tono natural de la voz, D. Buenaventura dijo:

—Cambiemos de conversación, nos observan y nadie puede saber donde el peligro existe.

—No ha de faltarnos asunto con que entretener el tiempo que aun puede durar la conversación del general y D. Alvaro.

—Las noticias se multiplican en efecto en estos días.

—Cierto; cuando todo parece concluído vuelven á surgir nuevas complicaciones.

—Pero de poca importancia, señor conde.

—No lo niego por más que, según se dice, alguna tuvo la derrota del padre Sánchez por Caldelas el día 17 de Mayo.

—¿Sabe usted pormenores del suceso?

—Algunos.

—Vengan, pues, si usted gusta.

—Ciertamente que sí: para nadie es un misterio que desde hace algunos meses D. José María Morelos, hallándose en Tlapa, comisionó á un coronel D. Valerio Trujano para propagar la revolución en las Mixtecas, lo que consiguió después de la toma de Silacayoapam, extendiendo su influjo á toda esa porcion de la provincia de Oaxaca, confinante con Puebla, porción á la cual se denomina *las Mixtecas*. Aceptó el encargo de combatir á Trujano D. José María de Régules Villasante.

—Le conocí personalmente en Nochistlan, donde residía. Es un santanderino que suple con su arrojo y su actividad los conocimientos militares de que carece.

—Régules comprometió á aliársele contra los independientes á D. Gabriel de Esperón y D. Juan de la Vega, ricos hacendados de aquellos rumbos, y, con el auxilio del obispo de la diócesis D. Antonio Bergosa y Jordán, levantó tropas y dió principio á sus campañas.

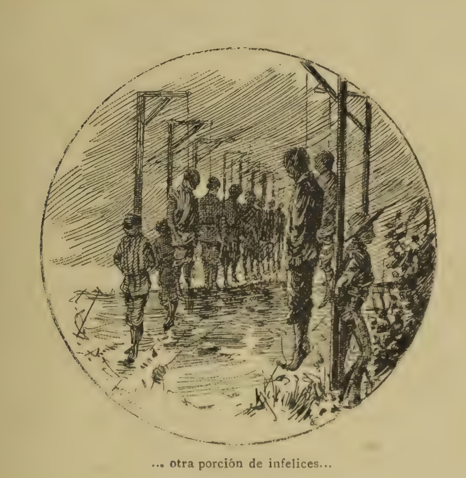
—Algo sé yo también de eso: á principios de Enero último los insurgentes de las Mixtecas, en número de tres mil hombres, atacaron á Régules, que se había hecho fuerte en el convento de dominicos de Yanhuitlan y logró al fin rechazar á los sitiadores, tomándoles tres cañones y haciéndoles cuarenta prisioneros que mandó fusilar. Régules cobró ánimo, y el 26 de Febrero derrotó en San Juan Teposcolula al comandante D. Nicolás Bobadilla. Uniéronse mientras tanto con Trujano, D. Miguel y D. Nicolás Bravo y el padre Mendoza, y saliendo del pueblo de San Bartolo, donde los insurgentes juraron vencer ó morir, atacaron con denuedo á Régules en Yanhuitlan, y en los días 11 y 15 de Marzo estuvieron los realistas á punto de ser derrotados y tomada la población.

—Y así hubiera sucedido aquel ó el siguiente día si los Bravos no hubieran recibido orden de D. José María Morelos para acudir en auxilio de Cuautla sitiada por Calleja. Trujano no se resolvió á continuar la empresa por sí sólo, disminuídas á un gran extremo sus fuerzas con la separación de los Bravos, y se retiró á la rica villa de Huajuapan. D. Bernardino Bonabia, comandante de la brigada de Oaxaca, dispuso desalojar á Trujano de tan importante posición y determinó que Caldelas y Régules fuesen á poner sitio á Huajuapan. Régules, antes de salir de Yanhuitlan, tuvo una cruel complacencia: á fin de intimidar á la población, hizo cortar las orejas á veintitantos pobres indios y los tuvo todo el día debajo de la horca en que había colgado á otra porción de infelices sin causa ni razón manifiesta, y sólo por satisfacer sus crueles y sanguinarios instintos.

—Así es la verdad,—observó D. Buenaventura,—y mucho más me satisface que el tal Régules no sea militar de profesión: puede muy bien llamársele el Arroyo ó Albino García de los realistas.

—Con más de mil hombres, catorce cañones y abundantes pertrechos, Régules se presentó delante de Huajuapan el día 5 de Abril y le puso sitio, situándose Caldelas en las alturas del Calvario: emprendidas y continuadas las obras con toda actividad, el asedio de la población fué un hecho y Trujano tuvo que fundir con las campanas del pueblo, tres cañones, y servirse, á falta de mejores municiones, de las piedras del río como bala y metralla. Frecuentes fueron los ataques y en todos ellos, los insurgentes rechazaron á Régules, pero éste continuaba recibiendo auxilios y refuerzos y

estrechando el sitio: Trujano logró hacer pasar un correo pidiendo ayuda al padre Sánchez, que se hallaba en Tehuacan, y Sánchez y el cura Tapia corrieron á dársela y fueron derrotados, como ya usted sabe, por Caldelas el 17 de Mayo último, perdiendo toda su artillería y pertrechos. Perdida esta esperanza, Trujano, sabedor de la salida de Morelos de Cuautla, despachó á éste, el indio Noyó,



... otra porción de infelices...

que por medio de dos cohetes de luz, avisó á los sitiados en Huajuapan que había logrado salvar las líneas realistas.

—Parece que también D. Ignacio Rayón está dando algo que hacer por el rumbo de Toluca.

—En efecto, y contra él ha salido, por orden del virey, el lunes 18, D. Joaquín del Castillo y Bustamante, nombrado coronel del regimiento de Tres Villas.

—Ya tenemos otro comerciante más en campaña.

—Por cierto que con este motivo circula por ahí un epigrama contra Castillo y Bustamante.

—¿Sí, eh?

—Como usted lo oye.

—Créame usted, señor conde; los poetas son una calamidad, y si yo fuese algún día autoridad en este país ó en otro cualquiera, no había de quedarme uno sólo ni para muestra.

—Recuerdo, al efecto, que también usted ha sido víctima de los poetas.

—Diga usted mejor, indignos copleros,—observó D. Buenaventura en el colmo de la excitación,—añadiendo después;—pero no hagamos caso de mí, y sepamos el epigrama escrito contra Castillo Bustamante.

—Dos renglones nada más, un pareado como dicen los poetas.

—¡Emparedados quisiera yo verlos!—exclamó el ex-comandante.

—Pues el epigrama, alusivo á la profesión de comerciante ó tendero de Castillo, y tratando de demostrarle que no es lo mismo el mostrador que el campo de batalla, dice así:

*No es lo mismo meterse en la campaña*
*que ajustar y medir una bretaña.*

—Oiga usted, señor conde,—observó con gravedad D. Buenaventura:—después de todo, el autor de este epigrama tiene mucha razón; no la tuvo de tal modo el que á mí tan villanamente me insultó.

## VI

Un momento después el grupo que había ido formándose en torno del conde y D. Buenaventura, era ya muy numeroso y cada cual se esforzaba en comunicar nuevas noticias.

—Podrá ó no conocer personalmente á Castillo Bustamante el autor de ese epigrama,—decía uno de los circunstantes;—pero bien puedo asegurar á ustedes que si no le conoce, le adivina.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque no anduvo muy acertado el comandante de Tres Villas en el ataque que contra Lerma intentó el día 19 de Mayo.

—Tambien yo he oído que se vió obligado á retirarse,—observó un tercero.

—Y con pérdida muy considerable.

—¿Cómo estuvo eso?

—Préstenme atención y lo sabrán

—Diga usted.

—Han de saber ustedes, que la ciudad de Lerma está situada en medio de una especie de laguna que allí forma el Río Grande, y que no tiene más medios de comunicación, con lo que podemos llamar tierra firme, que dos entradas estrechas, una por el lado de Toluca y otra por el del camino de México: los insurgentes habían practicado en esas entradas varias cortaduras y construído ciertas obras de defensa. Castillo salvó bien la primera cortadura por medio de un puente portátil que había hecho previamente construir; pero al intentar salvar la segunda, fue tan bizarramente atacado, que se vió obligado á retroceder y regresar á la hacienda de Jajalpa.

—Es natural que así le haya sucedido,—observó D. Buenaventura;—¿qué conocimientos militares posee Castillo Bustamante para lanzarse á tales empresas?

—No es suya la culpa, sino del virey.

—Lo mismo creo yo.

—Es claro, señores; el virey no se dió el trabajo de consultar al general Calleja sobre esta expedición, y de su motu propio envió á ella á Castillo, como queriendo demostrarnos que tiene oficiales que emplear sin necesitar de Calleja.

—Más afortunados han sido en Pachuca y sus alrededores los capitanes D. Rafael Casasola y D. Domingo Claverino.

—Ahí tiene usted un hombre que me repugna.

—¿Cuál de ellos?

—D. Rafael Casasola.

—Pues ¿qué ha hecho?

—Al mando de una pequeña división, con la cual operaba en terrenos de Ixmiquilpan, y después de haber vencido á los insurgentes en Portezuelo, cayó por sorpresa sobre el pueblo de Alfajayuca, el 21 de Marzo, día en que, con motivo de ser el Domingo de Ramos, se celebraba en la población un tianguis ó mercado. Casasola dió muerte, sin encontrar resistencia alguna, á ciento cincuenta personas, robó el maíz y los efectos que halló en la plaza, y repartió el botín entre sus soldados, regresando después á Ixmiquilpan.

—Villanía fué, indigna de las tropas reales.

—Pues como iba diciendo, Casasola se reunió con Domingo Claverino, y el 10 de Mayo se apoderó, sin resistencia, de Pachuca, pasó después á Atotonilco, en cuyo punto desbarató una gran reunión de insurgentes, tomándoles once cañones, y sucesivamente recobró los minerales de el Chico y el Real del Monte. En este último hizo destruir la fundición de cañones que dirigía el hábil maquinista flamenco M. La Chaussée.

—Pero bien, ¿permanece aún D. Ignacio Rayón en Lerma?

—Salió de ella el 22, en la noche, al tener noticia de que Castillo Bustamante se disponía á atacarle, nuevamente reforzado por el virey, con el batallón de Lobera, dos cañones y un obús. Rayón se ha hecho fuerte en el cerro de Tenango.

—¿Y el buen Castillo?

—Sabedor de la retirada de Rayón, entró como un valiente en Lerma, sin que ni la sombra de un insurgente acertase á descubrir; arrasó las fortificaciones y se puso en marcha para Toluca.

—Tampoco han sido muy afortunados los insurgentes en Tulancingo.

—Pues qué, ¿ha salido cierto lo del ataque?

—Ciertísimo, y tuvo lugar el 24 de Mayo, un día después de la atroz ejecución de Torres en Guadalajara.

—Sepamos cómo estuvo eso.

—El citado día 24 se presentaron ante Tulancingo, que defendía el comandante Piedras, las partidas realistas de Villagrán, Osorno, Anaya y otros, y le intimaron la rendición. Piedras resistió como un valiente, y durante varios días los insurgentes estuvieron haciendo fuego sobre la población, causándole mucho daño con un mortero construído con una campana, el cual mortero lanzaba piedras de más de dos arrobas; pero nada consiguieron los independientes, porque apenas Claverino supo el peligro que corría Tulancingo, marchó en su auxilio y el enemigo sufrió una casi total derrota.

—Dicen que Castillo se encuentra en Toluca.

—Sí; entró en ella el 26, sin que tampoco en Toluca le disputase nadie la entrada

—Aseguran que en Pachuca se presentaron á Claverino, solicitando indulto, el rico minero D. José Manuel de la Revilla y D. Juan José Andrade, capitán de dragones que se pasó á los insurgentes,

en tanto que su padre se portaba como un valiente en el sitio de Cuautla, á las órdenes del general Calleja.

—Esto ha sido un consuelo para su pobre padre.

—De quien dicen que es un bravo realista, es de D. José Mariano Ferrer.

—¿El hermano del Lic. D. Antonio, jefe de la conspiración contra Venegas?

—El mismo, y según cuentan, el 27 de Mayo entró en Maravatío, sorprendió á los insurgentes, los derrotó y mandó fusilar á los prisioneros.

—Del brigadier D. Ciriaco del Llano, es de quien nada se dice.

—Después de estar con nosotros en el sitio de Cuautla, regresó á Puebla el 17 de Mayo, y parece que saldrá para Orizaba: con este fin el virey ha nombrado el día 25 gobernador militar y político de Puebla, al mariscal de campo, Grande de España, conde de Castro Terreño.

—¡Esta es buena! ¿pues no decían que Castro Terreño había venido á México sólo por asuntos particulares?

—Cierto, pero á quién le dan pan que llore: se le ofrece un buen puesto y él lo acepta, por más que ha cubierto la cosa, manifestando que se presta á hacer este servicio en atención á la escasez de jefes que hay.

—La verdad es que en Orizaba andan muy mal nuestros asuntos: desde el mes de Marzo se alzó en Maltrata, contra España, el cura D. Mariano de las Fuentes y Alarcón, y desde aquel punto está haciendo un daño horrible al comercio: como en esta guerra de cada diez caudillos insurgentes, ocho son curas, el de Zongolica, Juan Moctezuma Cortés, descendiente del emperador azteca, se ha rebelado también, y Moctezuma y Alarcón unidos, han atacado el 28 de Mayo á Orizaba y apoderádose de la villa, ni más ni menos que se lo cuento á ustedes.

—¿Pero quién la defendía?

—El teniente coronel D. José Manuel Panes: sus fortificaciones consistían en un foso parapetado abierto en el puente de Santa Catalina, á media legua de Orizaba: tomado el parapeto por ambos curas, y puesta en fuga la gente que defendía la garita de la Agostura, Panes se vió reducido al convento del Carmen, y no pudiendo sostenerse en él, resolvió retirarse á Córdoba, como lo hizo,

acompañado por los frailes y demas europeos, sin que el cura Moctezuma pudiese oponérsele, según lo intentó en el puente de Escamela. Sobrevino la noche; pero Panes no se detuvo, y arrollando á los insurgentes en las cuestas del Cacalote, Villegas llegó á Córdoba al amanecer del siguiente día.

Así, en efecto, habían pasado los sucesos, y con el fin de remediarlos, D. Ciriaco del Llano salió de Puebla el 29 con la columna de granaderos, el batallón de Asturias y la correspondiente artillería y caballería, y el sábado, 30, sostuvo con el insurgente Arroyo una acción, en la que quedaron victoriosos los realistas, haciéndose dueños de la fuerte posición de Tepeaca, en la cual habían atacado á Arroyo.

## VII

Es tal el cúmulo de sucesos que se registran en las páginas de las memorias de mi padre en aquellos días, que con dificultad puedo hallar la salida de tan interesante laberinto.

Procuraré, sin embargo, en cuanto me sea posible, presentarlos con la necesaria claridad á mis lectores.

Ni el conde, ni D. Buenaventura, que amigablemente departían en las antesalas del general Calleja, podían sospechar cuanto los asuntos particulares del primero habíanse complicado.

El mismo día 29 de Mayo, en que D. Ciriaco del Llano salió de Puebla contra los insurgentes, éstos, si bien en otro rumbo, sufrieron un revés destinado á producir cierta alarma en la capital.

El odio que en España había levantado contra los franceses la villana invasión del Gran General de nuestro siglo, habíase hecho también sentir en México, si bien en menores proporciones. La víctima menos insignificante de esta mala voluntad, habíalo sido en Nueva España un maestro de equitación apellidado Lailson, que el vulgo llamaba *el maromero*.

Molesto el hombre con los resultados de una antipatía para la cual él personalmente no había dado motivo, salió de México y se presentó á Rayón ofreciéndole sus servicios que fueron aceptados, y desde entonces el francés Lailson se consagró á combatir contra los españoles.

Empleado más bien como correo que como otra cosa, trájole su mala suerte al Monte de las Cruces, en cuyo punto, el citado día 29 de Mayo, se encontró de improviso sorprendido por una partida realista de veintiseis lanceros del Potosí. Mandaban esta partida el teniente D. Juan Miota y el alférez D. Antonio Puente, y regresaban de Lerma á donde el virey los había enviado con ciertas importantes comunicaciones para Castillo Bustamante.

Lailson no podía saber si aquellos veintiseis lanceros obrarían solos y por su propia cuenta, ó si no serían sino las avanzadas de algún otro fuerte destacamento: no se intimidó, no obstante, y la razón fué la siguiente:

A su entrada en el Monte se le unieron tres curas de otros tantos pueblecillos, con unos cuatrocientos hombres, un cañón de á cuatro y un pedrero; estos curas parece que marchaban á ofrecer sus servicios á los jefes independientes: alzados desde la víspera, no sólo carecían de armas, que eran escasas entonces, sino también de la más ligera instrucción en el arte de la guerra.

Lailson, no obstante, con toda su ligereza francesa los supuso unos Cides, y les arengó invitándoles á combatir por la independencia y por la patria.

Los veintiseis lanceros realistas no le dejaron concluir su arenga y con tal denuedo cargaron sobre el enemigo, que éste no tuvo tiempo para más que para disparar su cañón hiriendo á dos realistas, y declararse en completa fuga abandonando sus escasas armas, sus cañones y seis mulas que constituían su bagaje.

Fué aquella una cómica batalla que con francas carcajadas celebraron los lanceros del Potosí: sus cuatrocientos enemigos habíanse *evaporado* pues ni siquiera polvo levantaron en su fuga.

La *Gaceta* del día 30 creyó, sin embargo, indispensable publicar la noticia de la estupenda victoria en número extraordinario, que estas farsas suelen ser del gusto de todos los gobiernos sin exceptuar ni á los de nuestros días.

No le faltó, no obstante, su importancia al hecho.

Entre la carga de las seis mulas del bagaje se encontraron ciertos papeles de interés y sobre todo la correspondencia de D. Ignacio Rayón con los Guadalupes de México.

Por esta correspondencia se supo que á fines de Abril los Guadalupes habían llevado á término feliz una arriesgada empresa.

Dije en uno de los pasados Episodios que el doctor Cos había facilitado á la Junta de Sultepec una imprenta formada con caracteres de madera construídos por aquel notable é ingenioso hombre. Con ella se comenzó á publicar *El Ilustrador Nacional*, periódico insurgente, en cuya impresión se suplió con añil la falta de la indispensable tinta.

La asociación de los Guadalupes, considerando que poco podría hacerse con tan imperfectos medios, concibió el plan de dotar á Cos de una imprenta en mejores condiciones, y con inteligencia y actividad se puso á la obra y ganando á un tal José Revelo, oficial de la imprenta de Arizpe, se hizo de dos buenos cajistas y de una cantidad de letra suficiente para componer cinco pliegos, cuya letra vendió un español, dícese que sin saber su objeto.

Difícil, y más que difícil peligroso, era sacar de México la tal imprenta, pero á todo suplió el genio inventor y fecundo de los Guadalupes.

Pretextando un día de capo en el inmediato pueblo de San Angel, se colocaron los útiles y letra en los canastos de las provisiones de boca y todo ello en un coche que se encargaron de proteger con sus femeniles armas las señoras del doctor Diaz y los licenciados Guzmán y Guerra, jefes principales de la asociación de los Guadalupes.

Al llegar á la garita, el coche fué detenido por los empleados del punto, pero el registro fué imposible gracias al gozoso escándalo y alegre gritería de las señoras, que, con intencionadas razones, acusaban á los empleados de perversa intención al pretender examinar las canastas que por la estrechez del coche cubrieron las hermosas damas con sus torneadas piernas: los empleados se contentaron con oprimir, como al descuido, entre sus dedos los delicados piés de las alegres expedicionarias, y el coche pasó y la imprenta se puso en salvo.

Este es un hecho enteramente histórico y no hay en su relato una sola palabra que sea dictada por invención novelística.

El pié de una mujer, calzado al uso de aquel tiempo con el zapato bajo, rey de los calzados femeniles y preferido por toda mujer de hermoso pié, tiene hechos en el mundo mayores milagros que el que acabo de referir.

Al llegar á San Angel tomaron los útiles de imprenta las perso-

nas destinadas al efecto y ya en poder de Rayón, el doctor Cos dió grande circulación al *Ilustrador Nacional* y con sus ejemplares invadió á México, siendo esto causa del bando fecha 1.º de Junio de 1812, por medio del cual el virey prohibió severamente su circulación, bajo terribles penas: otro tanto hizo el gobernador de la Mitra de México por su edicto de 3 del mismo Junio, en el cual, «bajo el precepto de santa obedieneia y penas establecidas en el derecho canónico contra los autores, fautores y encubridores de libelos sediciosos, mandó á todos los fieles que entregasen los ejemplares y denunciasen á quienes los tuviesen, ordenando á los confesores que instruyesen á los penitentes de la obligación en que estaban de hacerlo así, y á los predicadores que declamasen y combatiesen desde el púlpito contra este periódico que el cabildo calificaba de máquina infernal, inventada por el padre de la discordia para desterrar del país la paz que el clero debía fomentar y cultivar con todo empeño.»

Pero cambiemos de súbito de asunto mientras se preparan los nuevos dramas que presto han de disputarse el interés de mis lectores, y demos una vuelta por el coliseo ó teatro de la capital.

Desde el día 2 de Abril el *Diario de México* había publicado la siguiente «Lista de la Compañía de cómicos del teatro de la capital para la presente temporada.»

De representado: *Primer galán*, Sr. José María Amador; *Segundo*, Sr. Bartolomé Arias; *Tercero*, Sr. Teodoro Borja; *Cuarto y segundo gracioso*, Sr. José Santa Cruz; *Quinto galán*, Sr. José Montáñez; *Partes de por medio*, los Sres. Pedro Morelos y Juan Nepomuceno Montenegro; *Primer barba gracioso y figurón*, señor Luciano Cortés; *Segundo barba*, Sr. Mariano García; *Primer apunte*, D. Luis García; *Segundo*, D. José Rincón; *Tercero y archivero*, D. José Zabalza; *Primera dama*, Sra. Agustina Montenegro; *Segunda*, Sra. Juana Martínez; *Tercera*, Sra. Mariana Ramírez; *Graciosa*, Sra. Sebastiana Peñalosa.

De canto: *Galán de música*, Sr. Miguel Maya; *Segundo y genial*, D. Victorio Rocamora; *Tercero y majo*, Sr. Luciano Cortés; *Dama de música*, Sra. Dolores Munguía; *Segunda*, Sra. Inés García; *Tercera*, Sra. María Ramírez: *Cuarta*, Sra. Francisca Aguilar.

De baile: *Primer maestro*, Sr. José María Morales; *Segundo*, señor Antonio Medina; *Primera bailarina*, Sra. Isabel Rendón; *Se-*

*gunda*, Sra. Magdalena Luber; *Tercera*, Sra. Sebastiana Peñalosa; *Cuarta*, Sra. Ignacia Aguilar.

El resultado del abono había sido excelente, é inmejorable el éxito de las primeras obras representadas.

El empresario, ó asentista, como entonces más comunmente era llamado, no cabía en sí de regocijo y todo parecía marchar á las mil maravillas.

No en todos los ánimos de los cómicos reina no obstante la ambicionada paz. Dolores Munguía, la primera dama de música, y Agustina Montenegro, primera de representado, se miran hace tiempo mal y aun se dice que aquella puso en juego todos sus recursos femeniles para que la segunda no fuese contratada. Miguel Maya, galán de música, teme que Luciano Cortés continúe siendo el favorito del público que de él se enamoró desde que en la temporada última interpretó á la perfección el *Barbero de Sevilla*, primera ópera conocida en México. María Ramírez, que cuenta los amigos á millares, hace imprudente alarde de su popularidad ante Sebastiana Peñalosa, que es la favorita del empresario y por consiguiente la tirana de sus compañeras. José María Amador teme las venganzas de Manuel Díaz, á quien fué preferido, y el cual le ha jurado sublevarle una noche á los inquietos concurrentes al mosquete, y todos, en fin, por esto los unos y por aquello los otros, se aborrecen, se odian, se detestan, se insultan, infaman, desacreditan y celan, y es el escenario del antiguo coliseo en aquellos como en estos tiempos trasunto de desorden, semillero de disgustos, fábrica de intrigas y cúmulo de todas las pasiones, si bien las nobles escasean y las indignas crecen, se agigantan y todo lo invaden y lo trastornan todo.

## VIII

Dije, ó lo digo ahora por si antes no lo hubiera dicho, que la derrota del francés Lailson en el Monte de las Cruces, puso en manos del virey la correspondencia que D. Ignacio Rayón enviaba á los Guadalupes de México.

En el primer instante Venegas determinó hacer un severo y ejemplar castigo en las personas imprudentemente nombradas en

sus escritos por el jefe de la Junta, y en su vista decretó su aprehensión con el mayor sigilo posible.

Era el golpe, no obstante, por demás arriesgado: la capital era el principal foco de la insurrección del país, y lo que más terrible era aún, las voluntades andaban enteramente desunidas: los sucesos de la guerra tenían envalentonados á los afectos á la independencia: la audaz evasión de Cuautla del Sr. Morelos habíale agigantado, y sus victorias y altas dotes guerreras se cantaban en romances y otras composiciones poéticas que gozaban de gran boga. Los españoles habíanse dividido en dos bandos, y unos se llamaban amigos del rey y otros de Calleja: aquéllos temían la repetición de un atentado contra Venegas, semejante al de Yermo contra Iturrigaray: éstos se agrupaban en torno de Calleja, en cuya frente adivinaban los resplandores del sol próximo á nacer: las dos fracciones del genuino partido español estaban conformes en una sola cosa, en su desdén por el virey, que juzgaban incapaz de sobrellevar los peligros de la situación. Los unos y los otros, quienes más ó quienes menos, todos habían cooperado con el Consulado á la tarea de desacreditar á Venegas ante la regencia: aborreciéndole todos á la vez, también á la vez temían todos las represalias que contra ellos pudiese ejercer: todo lo sabía el jefe del vireinato y no ignoraba que la asociación de los Guadalupes tenía hecha alguna propuesta á Calleja que éste no recibió mal, aunque nadie se atrevió á pensar que el campeón realista llegase á faltar á la fidelidad que á su rey debía, cualesquiera que fuesen sus desazones con el virey.

Este pensó que un golpe dado con imprudencia podía hacer brotar la chispa que propagase el incendio, pero á la vez su dignidad se sentía herida y le era difícil resignarse á no proceder contra los conspiradores. Así, pues, en la noche del 3 de Junio fueron presos en México los licenciados Falcón, Garcés, D. Benito Guerra, D. José Ignacio Espinosa y D. Juan Guzmán, y también fué depositada en la casa del Lic. Primo, la Srta. D.ª Margarita Peimbert, hija del Lic. Peimbert; que apareció complicada en los sucesos que motivaron la medida.

Días antes habían sido también aprehendidos en la hacienda de León, junto á Tacuba, su dueño el Dr. Díaz y D. Pedro Lafuente; de este último vamos particularmente á ocuparnos.

Dueño Lafuente de una de las más ricas haciendas de caña de

las cercanías de Cuernavaca, fué una de las primeras víctimas de la revolución, que se ensañó destruyendo sus propiedades, poniéndole casi al extremo de la miseria.

Era, sin embargo, hombre de crédito y trabajador inteligente, y no le faltó persona que le ofreciese una gruesa suma de dinero con que restablecer y fomentar sus propiedades.

Pero nunca un mal viene solo, y cuando ponía manos á la obra, su virtuosa mujer, que por una fatalidad se había encontrado en la hacienda cuando los insurgentes la asaltaron, adquirió, resultado de su terror, una terrible afección de pecho, y los médicos declararon su estado de lo más grave imaginable.

Lafuente no pudo abandonar á su esposa, á la cual amaba entrañablemente, y buscó un socio que cuidase de sus intereses, y le encontró inmejorable en un primo suyo, español como él, y no mucho antes llegado de la Península.

La enfermedad fué lenta, prolongada y espantosa sin que pudiese servir de alivio al dolor de Lafuente la prosperidad de sus negocios, brillantemente dirigidos por el citado primo, que se nombraba D. Jesús Acevedo.

Al fin el pronóstico de los médicos se cumplió y la muerte arrebató su esposa á Lafuente, que quedó con una hija de diez y siete años, la hermosa y adorable Margarita.

Pasados los primeros días de tremenda angustia, Lafuente pensó en su pobre hija, y para ello quiso conservar su vida y sus intereses que la una y los otros había despreciado en las horas de su amarga soledad.

No teniendo á nadie en México á quien fiar á su hija, determinó conducirla él mismo á Guadalajara, donde vivía una hermana de la difunta esposa, y así lo hizo, pasando en el camino espantosos riesgos y empleando en él treinta y cinco días mortales.

Consiguió, no obstante, dejar segura á su hija, y pocos días después se puso en marcha hacia México; pero al pasar por Guanajuato, cayó en poder de Albino García, y estuvo en los primeros instantes en riesgo de ser fusilado por el único delito de haber nacido español. Albino sabía, no obstante, y á veces, ser compasivo, y tuvo lástima de aquel hombre, y le perdonó la vida, obligándole en compensación á servirle de soldado en sus partidas. Lafuente amaba á su hija, y á su vida también, por consiguiente, que sólo el

hombre vil y miserable puede no amar su vida cuando tiene hijos, á los cuales, de algo, conservándola, puede servirles: se sometió, pues, á la exigencia de Albino, con la mira de aprovechar la primera ocasión que se le presentara para fugarse y regresar á México.

Su empresa estaba muy distante de ser tan fácil como se la imaginó en los primeros días. Albino le obligaba á marchar siempre á su lado, y antes de entrar en acción le decía constantemente:

—Amigo D. Pedro, si le veo á usted vacilar en herir á sus paisanos, ó se separa un paso de mí, le levanto de un balazo la tapa del cráneo: á batirse, pues, y á demostrarme que sabe usted agradecer el favor que le hice perdonándole la vida.

Así pasaron algunos meses, y Lafuente pensó más de una vez durante ellos, si sería mejor hacerse matar en la primera acción, que conservar una vida que sólo atroces sufrimentos le proporcionaba.

Pero la memoria de su hija le salía al encuentro, y por su amor aceptaba contento su martirio.

Un día, Albino se encontró de improviso atacado por una respetable fuerza realista: el activo guerrillero independiente no pasó nunca de ser un bandido, pero el valor y el arrojo eran en él naturales, y poca ó ninguna vez retrocedía ante el enemigo; hizo, pues, á Lafuente la consabida advertencia, y entró resueltamente en batalla.

D. Pedro hizo en ella lo que siempre había hecho, disparar su arma de modo y manera de no herir á persona alguna: su honrada conciencia no le acusaba de haber privado jamás de la vida ni á amigos ni á enemigos.

Aquella acción fué una de las más reñidas en que Albino García entró. Insurgentes y realistas lucharon como unos leones y sus cuerpos alfombraban sus respectivos campos, sin que por ninguno se decidiera la victoria.

De pronto, por una hábil maniobra, el comandante realista envolvió á Albino y á cuantos le rodeaban, de tal modo que todos ellos creyeron llegada su última hora.

Por desgracia de Lafuente, el comandante era un antiguo amigo suyo, y al verle al lado del guerrero insurgente.

—¡Ah! ¡miserable!—exclamó,—con que aquí anda usted, ¡traidor!

Y lanzando sobre él su caballo, le arrolló y derribó en tierra, é

iba á darle muerte, cuando Albino acudió en auxilio de su *gachupín*, como le llamaba, y le salvó milagrosamente.

Los realistas quedaron al fin derrotados, pero su comandante se salvó y tuvo muy buen cuidado de disculpar su descalabro, diciendo en su parte al virey, que Albino hubiese sido vencido y apresado si no le hubiera salvado con infame arrojo el traidor á su Dios y su rey D. Pedro Lafuente.

Todo México tuvo desde entonces por un vil al desventurado Lafuente, y todos sus acreedores se apresuraron á ejercer su acción contra él antes que sus bienes fuesen embargados por las supremas autoridades.

No fueron tan ejecutivos los procedimientos, gracias á que el primo de Lafuente, D. Jesús Acevedo, demostró ser su socio legal, pero nadie tuvo ya en él confianza, y temiendo que también el mejor día se lanzase á la revolución, comenzaron á exigírsele el pago de sus débitos, más los intereses que á cada cual le plugo señalarse. En aquellos días de odio y desórdenes todo atentado contra los sospechosos de insurgentes era permitido, y D. Jesús Acevedo tuvo que pasar por todo y apresurarse á pagar: el progreso y fomento de la hacienda se vieron de nuevo detenidos, y sólo Dios sabe cuánto le costó al socio de Lafuente reunir los ciento cincuenta mil pesos que importaba el último crédito contra la Hacienda.

Pero ya he dicho que era hombre activo é inteligente, y quince días antes que el plazo se cumpliera salió para México, donde el acreedor vivía, trayéndole la susodicha cantidad en una letra contra la respetable y firme casa de D. Gabriel Yermo.

Peligroso ha sido siempre caminar con fuertes sumas, pero más lo era en aquellos días, en que las partidas revolucionarias pululaban por donde quiera, extendiéndose algunas hasta las mismas goteras de la capital.

D. Jesús Acevedo había salvado milagrosamente casi todos estos peligros y poco le faltaba ya para entrar en México, cuando se vió atacado por una banda de foragidos á los cuales se unieron sus mismos mozos, ya fuese por salvar sus vidas, ya por apoderarse de la letra de los ciento cincuenta mil pesos.

Acevedo no pudo hacerles frente y cayó mal herido é iban á rematarle crüelmente, cuando como brotando de la tierra se pre-

sentaron unos cuarenta lanceros realistas que pusieron en precipitada fuga á los asaltantes.

Era casi de noche, y los lanceros, engolfados en la persecución de los criminales, no echaron de ver que en el campo quedaban dos heridos.

Era uno de ellos D. Jesús Acevedo y el otro uno de sus mozos, á quien los caballos habían derribado privándole de sentido: no tardó mucho, no obstante, en recobrarle, y antes de que los lanceros regresaran registró los bolsillos de Acevedo, que era ya cadáver y robándole el documento ambicionado huyó arrastrándose y se perdió en la sombra.

Algunos días después D. Pedro Lafuente consiguió burlar la vigilancia de Albino García y al fin llegó á la hacienda del doctor Díaz, que era su amigo y al cual relató todas sus desgracias, si bien ignoraba la última que le había acontecido.

Efectivamente el asesinato de su primo le dejaba reducido á la miseria, pues aun dado el caso de que consiguiera demostrar á las autoridades su inculpabilidad, la desaparición de los ciento cincuenta mil pesos, hacía dueños de la Hacienda á sus acreedores.

Y que el dinero podía contarse como perdido no era caso de duda: la letra había sido pagada por los dependientes de D. Gabriel Yermo.

## IX

El acento de la verdad no siempre es desoído por los hombres, y D. Pedro Lafuente logró imponer el suyo á sus jueces.

No entra en mi ánimo referir los pormenores de la vindicación de nuestro héroe, bastándome para el caso, decir que la consiguió completa por parte de las autoridades; no fué así por la de los españoles y menos por la de los comerciantes. Cual más cual menos, opinó que Lafuente debía haber preferido la muerte al deshonor de haber figurado en las bandas de Albino, no disculpándosele ni aun en consideración á que habría dejado huérfana á una hija para la cual persona ninguna en el mundo puede suplir la falta del amor paternal.

Nada tenía esto á la verdad de extraordinario: siempre y en to-

dos tiempos los hombres nos damos trazas para discutir y hablar como profundos sabios de los asuntos ajenos, y estamos prontos á exigir de los otros, sacrificios que llegada la ocasión nosotros no haríamos.

Esta gratuita y mala voluntad comenzó bien pronto á producir sus efectos: los acreedores cargaron sin piedad sobre Lafuente: escribió éste á su primo y los dependientes le contestaron que Acevedo había salido de la Hacienda para México, con el fin de cobrar la susodicha letra de los ciento cincuenta mil pesos.

D. Pedro hizo las consiguientes averiguaciones y supo que la casa de Yermo había satisfecho la cantidad: se examinó la letra y nada dió á sospechar: la operación se había ejecutado en toda regla y la firma y letra de Acevedo no pudieron tenerse por falsificadas.

¿Pero qué había sido del primo de Lafuente?

Nada se sabía de él, nadie le había visto después de su salida para México.

Tampoco se tenía noticia alguna de los mozos que le acompañaban.

D. Pedro llegó á creer que sabiendo que se hallaba con Albino, Acevedo habría marchado en su busca con el fin de rescatarle, porque su primo de seguro no le podía haber hecho la ofensa de suponerle traidor á su patria.

Esta creencia duró poco tiempo.

Lafuente supo con facilidad que su primo no se había presentado en ninguno de los parajes visitados por Albino; no pudo ya dudar sobre lo racional de las suposiciones que algunos de sus pocos amigos habíanle dado á conocer.

Acevedo había huído con los ciento cincuenta mil pesos, burlando indignamente su confianza.

Esto era horrible, pero también puede ser horrible la verdad.

Era necesario concluir. La hostilidad de sus compatriotas le ataba de manos: la hacienda tardaría mucho en producir lo necesario para mejorar la situación y nadie quería concederle nuevas esperas.

D. Pedro se reconoció impotente para luchar con su adverso destino y anunció á sus acreedores que iba á hacerles cesión de bienes.

Los jueces del concurso se regocijaron con razón: en tales casos

ellos son siempre los que hacen mejor negocio, cuando no es que le hacen tan bueno que se quedan con el santo y la limosna.

D. Pedro tuvo una atroz idea.

—Pobre hija mía,—se dijo:—mi pobre y mi buena Margarita, de nada te sirvo ya: apenas podré hacer más que satisfacer tu hambre con mi trabajo personal: nadie tendrá compasión de mí y esto influirá en mayor desgracia tuya: te verán hambrienta quizás y te dirán cuando les pidas un socorro: «vete de ahí, perdida; puesto que tienes padre, que tu padre trabaje para darte de comer.» No, yo no podré sufrir esto: en cuanto me lo cuentes, en cuanto me digas el nombre del vil que así te insulte, yo correré á buscarle, y sea quien sea le ahogaré entre mis crispados dedos y la justicia humana que no tiene corazón, no escuchará mis disculpas y me ahorcará y entonces todos huirán de tí con horror porque serás la hija del ajusticiado por asesino. No, no será esto así: tengo un medio para atraerte la compasión y la misericordia de las gentes: me daré, sí, me daré yo mismo la muerte, y entonces los que de otro modo te insultarían, te tenderán su mano, te acojerán en su familia diciendo: ¡pobre niña! tan hermosa, tan joven y huérfana: ni siquiera su padre la amó, y pudo más en su cobarde ánimo el miedo á la pobreza que el amor á su hija, y hasta al cielo renunció y por medio del suicidio se abrió las puertas del infierno.» ¡Qué pequeña, qué baja, qué miserable, qué necia, qué cruel es la sociedad!!

D. Pedro ya más tranquilo se encerró en su escritorio, extendió varios documentos en favor de sus acreedores, escribió varias cartas que ninguna, con excepción de la que dirigió á su hija, constaba de más de tres renglones, y cargó á su entera satisfacción sus pistolas.

—Sería espantoso...—dijo,—que no acertase con el blanco en que reside la vida; pudiera quedar más ó menos mal herido pero con vida suficiente para que mi hija, teniendo tiempo de volar á mi lado, me hiciera cargos por haberla querido abandonar: podría ella creer un horrible crimen esta acción que yo acometo solo por hacerla menos desventurada.

Lafuente levantó su vista, y su vista tropezó con la imagen de un crucifijo de magnífica talla, suspendido de un clavo, en la pared de su escritorio.

—¡Ah! exclamó, sólo de tí, Dios mío, me había olvidado.

D. Pedro se puso en pié, marchó hacia el crucifijo y en alta voz le dijo así:

—No voy á pedirte perdón, santa imagen del crucificado, sé que el crimen que voy á cometer es de los que tú no perdonas: tranquilo voy á la eterna condenación, pero, Dios mío, tú lo sabes bien, yo he sido en mi vida uno de tus más fieles adoradores; nada hay en mi vida pasada que no sea acciones nobles y honradas: á nadie hice mal jamás y á todos hice cuanto bien estuvo á mi alcance: en tu santa religión viví, y hasta estos crueles días ninguna de tus máximas olvidé, con ninguno de tus preceptos dejé de cumplir: te rendí culto y con mis limosnas contribuí como tú tienes mandado á sostener tu culto, he sido bueno, en fin, y antes de dejar de serlo quiero despedirme para siempre de tí; para siempre, sí, para siempre, porque yo creo en todo lo que tú has dicho, y creo, lo repito, en mi eterna condenación: nada tengo que pedirte para mí, pues tu misericordia, por grande que sea, no puede cosa alguna en favor del réprobo, pero mucho puedes conceder á mi última víctima, á mi hija, á mi Margarita; ¡Señor! que si es posible no me aborrezca, que no me increpe por un crimen que puede serlo para tí pero no para ella, pues por su bien lo cometo; hazla menos desgraciada que á mí y, por último, permite que en este instante en que aun puedo arrepentirme y por consiguiente me hallo suspendido entre el bien que siempre he practicado y el mal á que me voy á entregar, lleguen mis labios á tus sacrosantos piés.

D. Pedro besó, en efecto, con cristiana devoción los piés del crucifijo, y retirándose de él y yendo hacia la mesa en que estaba la pistola, exclamó con tranquilidad terrible.

—Ahora.. ¡adiós cuanto amé sobre la tierra!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cambiemos de lugar de escena.

Nos hallamos en el vestuario del coliseo y en noche de ensayo.

Media docena de candilejas de aceite derraman su incierta y escasa claridad en aquel estrambótico recinto, en el que las sucias y descascaradas paredes á las cuales mal se *arriman* unos indecentes cuartuchos de tablas pintadas al temple, forman ridículo contraste con los trozos de salones regios ó grupos de árboles, diseñados en los bastidores agrupados en toscas correderas.

Al uno y otro lado del espacio destinado á escena forman dife-

rentes grupos los actores, actrices y sus amigos: declaman en el proscenio y á media voz, sin dar sentido alguno á sus palabras, y con martilleo que envidiaría un muchacho de escuela, dos ó tres de los personajes del drama de la función próxima, y grita en su *concha*, y viendo el *ejemplar* á la luz de un par de velas de cera, el pobre apuntador, objeto de las iras y el encono de los artistas holgazanes.

Allá en las últimas *bancas*, parejas de individuos del uno y del otro sexo buscan la oscuridad y la distancia en auxilio de sus caricias y protección del secreto de sus pláticas, y sólo en aquel su templo falta el arte, que por lo regular no gusta de concurrir á los ensayos.

Alzase en uno ó en otro grupo la voz de vez en cuando y entonces el Director, que fuma sentado en una silla al lado de la concha, con uno de sus piés apoyado por el tobillo sobre la rodilla de la otra pierna, grita á los que gritan, diciéndoles:

—Más bajo, señores, que no se oye al apunte.

Aplácase el rumor de todos los concurrentes y el ensayo de *Ni Amor se libra de Amor*, de D. Pedro Calderón, continúa sin accidente.

La dama acabó de repetir, pues antes lo dijo el apunte

siendo yo la enamorada
en tí fuera descariño
lo que en mí desconfianza...

—Prevenido *Cupido:...* dice entonces el traspunte que se pasea leyendo su ejemplar á la luz de una vela colocada en una especie de cucharón de hoja de lata.

A la voz de *prevenido Cupido*, se adelanta el galán con sombrero puesto, el cigarro en una mano y en la otra unas nueces cascadas, y con la boca llena de ellas dice de corrido como muchacho doctrino y sin hacer caso del apuntador, pues este papel es de los de su repertorio y á las mil maravillas lo sabe,

¡Qué feliz que es el amante
que correspondido ama,
pues el mismo Amor no tiene
para sí, dicha más alta!
¡Oh, mal haya cuantas flechas

de plomo gaste! ¡Oh, mal haya
cuantas del aborrecer
ejecutaron la saña!
Albricias pedir podréis,
aves, flores, fuentes, plantas,
montes y selvas, á cuantos
por nuestros umbrales pasan:
que ya al amor habéis visto
enamorado, y que trata
de que todo sea favores,
todo dichas.....

Al llegar aquí, en la última caja de bastidores se escuchó una voz lastimera que á instancias del traspunte decía:

¿Todo ansias
ha de ser para mí, dioses?

Era Anteo que comenzaba su escena con Cupido, y que dijo con inconcebible entusiasmo su hermoso parlamento que comienza

Quién porque el vivir le sobra,
tierra que pisar le falta,

con cuyos versos contesta á la pregunta que Cupido le hace, diciendo:

¿Quién será que despeñado
por aquellas cumbres baja?

Unos minutos después el traspunte corría por el escenario, dando á todo el mundo voces.

—Prevenidas damas y músicos, prevenida Psiquis, prevenidas Flora, Anfriso, Atamás, Lidoro, Arsidas, Selenisa y Astrea: prevenido todo el mundo!

—¡Música!—grita también el apuntador dando con su libreto repetidos golpes en uno de los costados de la concha.

A esta voz los músicos de la orquesta despertaron de su fastidioso sueño, y acompañaron la siguiente estrofa:

En hora dichosa venga
á estas incultas montañas,
el gran Atamás de Egnido,
donde sus dichas le aguardan.

El actor encargado del personaje de Atamás, declamó al cesar la música:

¡Dichas mías! ¡Oh voces
que misteriosas más que no veloces,
embarazáis los vientos,
¿quién á vuestros acentos
mi nombre dijo, ni que yo podía
ser al que á nuestros piélagos venía?

—¡Música!—volvió á decir el apuntador,—y entonces, según la comedia lo exige, se entabló el siguiente diálogo cantado:

*Músico 1.°*
La deidad de estos montes.
*Músico 2.°*
El sol de todos estos horizontes.
1.°
De esta selva la aurora.
2.°
De estos campos bellísimos la Flora
1.°
La Venus de esta esfera
2.°
La bella rosa de esta primavera.
*Los dos músicos á duo*
Y en fin, en sus espacios,
la que es reina feliz de estos palacios.

Un aplauso prolongado producido por el fastidio de los que sin ser actores invadían el escenario, y habían suspendido sus conversaciones con las actrices sacadas de su arrobamiento por el *prevenidos* del traspunte, acogió aquella especie de *concertante*, pues no sólo los músicos sino los actores todos, echando, como de costumbre, á broma el ensayo, habían unido sus voces á las de los cantantes.

Cuando hubo concluído el ensayo, que fué á las siete y media, pues de intento se había llevado de prisa, D. Alvaro de Cervera se levantó de su silla, y dijo:

—En marcha, señoras y señores, en mi jardín nos aguarda la cena y festejos con que deben celebrarse mis cumpleaños: á gozar y á reir, que para ello tengo permiso del Excmo. Sr. Virey.

La algazara y alegría de la compañía no reconoció límites, y

todos salieron del escenario, quedando sólo en él el encargado de apagar las candilejas.

## X

Oíanse aún los ecos de las voces de los invitados de D. Alvaro, cuando un hombre joven y de gentil presencia se acercó al que las luces apagaba y dándole una palmada en la espalda le preguntó:

—¿Puede usted acompañarme y servirme de guía hasta la casa de D. Alvaro?

El hombre que apagaba las luces, y mejor que por su propio nombre era conocido por el apodo de *el Chito,* miró sin sorpresa al caballero y le contestó:

—¿Tiene usted más que seguirle? desde aquí se oyen todavía las voces de esos locos.

—¿Y si á mí me importase hacer las cosas según me acomoda?

—Entonces hágalas usted como lo dice, como le acomode;—observó *el Chito* con indiferencia.

El caballero dijo entonces con energía:

—Pues lo que á mí me acomoda es que haga usted lo que le mando.

—Pues entienda usted, señor caballero, que como nada tengo que perder, á mí nadie me intimida, aunque sea más soberbio que usted.

El desconocido presentó al *Chito* un bolsillo de seda con algunas monedas de oro, y poniéndosele en las manos, dijo dulcificando su voz:

—¿Ni con esa recomendación?

El *Chito,* deshaciéndose en saludos y ceremonias, dijo al caballero que le siguiese, y tomando su sombrero y su capa, salió del recinto del coliseo.

Una hora después el jardín de D. Alvaro era el más agradable centro de reunión que imaginarse pueda.

Esmerábase el anfitrión en obsequiar á sus convidados, entre los que figuraban no sólo los actores y actrices del coliseo, sino muchos de los jóvenes de buen humor de la ciudad, más algunas otras mujeres no de la mejor fama, cuando como gota de tinta en blanca hoja de papel, el *Chito* se presentó en mitad del alegre círculo.

—¿Qué es eso, *Chito*? ¿Qué haces tú por aquí? ¿acaso te has creído invitado á mi fiesta? es un error; pero en fin, de aquí á nadie se despide; pasa á las cocinas y dí de parte mía, que te traten como si mi misma persona fueses.

—Gracias, Sr. D. Alvaro,—contestó el *Chito*;—acepto, pero no es eso lo que aquí me trae.



¿Ni con esa recomendación?

—Dí, pues.

Acercándose al oído de D. Alvaro, y en voz baja, el *Chito* pronunció el nombre que habíale dado el desconocido.

—Que pase, que pase inmediatamente, condúcelo tú mismo—dijo D. Alvaro,—y mientras el *Chito* salía para cumplir la orden, el anfitrión se expresó así dirigiéndose á toda la reunión:

—Amigos, va á tomar parte en nuestra alegría un buen amigo mío, á quien todos, yo inclusive, llamaremos D. Antonio Gálvez; hago esta advertencia, porque no son ni Antonio ni Gálvez sus verdaderos nombre y apellido: de esto se convencerán muchos de los que me escuchan, apenas vean aparecer á Gálvez; pero entién-

dase que si alguno de los presentes, sea cual fuere, se atreve á manifestar que le conoce, y á pronunciar su nombre aquí ó fuera de mi casa, perderá á mis manos la vida. Dicho esto, recobre su alegría cada cual y disfrute de lo que ofrecerles puedo, que para eso he invitado á cuantos me escuchan, á mi casa y á mi mesa.

Al decir las anteriores frases, D. Alvaro había puesto su diestra en la empuñadura de su espadín y acentuado de tal modo su amenaza, que nadie puso en duda que llegado el momento la cumpliría.

La curiosidad de los circunstantes era extraordinaria, y con dificultad la preocupación general fué poco á poco dando su antiguo lugar al contento y alegría de la primera hora.

D. Alvaro salió á recibir en la puerta á D. Antonio Gálvez, que vestía un traje de calle, elegante pero sencillo y de color oscuro: difícil hubiera sido determinar la edad del desconocido: su rostro juvenil era á lo más el de hombre de veinte años, pero en todos sus rasgos y líneas se revelaba un alma madura y práctica en la vida, una energía sorprendente y un valor maravilloso: era su fisonomía correcta y varonilmente hermosa; su cuerpo proporcionado en todas sus partes; su presencia erguida y marcial. Su cutis parecía tostado por el sol y curtido por la intemperie: su mirada altiva y bondadosa á la vez: su frente ancha, despejada, limpia de todo cuanto no fuese noble, grande y generoso.

D. Alvaro le tendió la mano que el desconocido oprimió entre las suyas, y dirigiéndose á cuantos le rodeaban,—dijo:

—Señores, presento á ustedes á D. Antonio Gálvez, mi particular amigo: Sr. Gálvez, presento á usted mis mejores camaradas, distinguidos artistas, apreciables miembros de la sociedad joven mexicana.

Unos y otros saludáronse respectivamente y tomándose del brazo de D. Alvaro y saliendo del grupo, díjole Gálvez;

—Hubiera preferido hablar con usted en lo particular, pero usted lo ha querido como lo ha hecho, y bien hecho está, puesto que nada me intimida.

—Crea usted,—contestó D. Alvaro,—que hubieran sido peores el misterio y la reserva; yo no podía separarme fácilmente de mis convidados: creo que ninguno de ellos le ha reconocido, y en ningún lado mejor que en esta reunión podría usted estar libre de todo espionaje.

—Sea, lo repito, como usted lo ha querido: nada me espanta ni intimida, y permiso tengo del general Morelos para hacer cuanto me ocurra, hasta para indultarme si lo estimo preciso.

—Ojalá, Gálvez, ojalá: sería el único medio oportuno para salvar la vida de D. Leonardo Bravo.

—¡Luego, ha sido condenado á muerte.

—Para qué negarlo.

—Me horrorizo de ello; pero la ley es la ley.

—No obstante, he conversado con el virey, y puedo asegurar á usted, que la sentencia no será ejecutada sino en un caso extremo.

—Así me lo asegura Venegas en el pliego en que me propone me presente á indulto.

—¿Y viene usted á dar este paso?

—No, no he venido á eso,—contestó resueltamente el desconocido.

—Entonces, ¿cómo se arriesga usted á entrar en las fauces del león?

—Porque creo noble á ese león, Sr. D. Alvaro; hé aquí el salvo conducto que se me ha facilitado, y el cual no he tenido inconveniente en aceptar como bueno.

—Y lo es, se lo garantizo á usted.

—Lo creo.

—¿Y por qué si tanta confianza le merece á usted el virey, no acepta usted el indulto?

—Porque no tengo igual fe en la autoridad de Venegas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que todo cuanto aquí pasa se sabe en nuestro campo insurgente.

—Y bien...

—El virey se encuentra enteramente aislado.

—Se engaña usted, no somos tan escasos los afectos á su persona.

—Desengáñese usted, D. Alvaro, nada podrán los amigos de Venegas si los compatriotas de usted se proponen aplastarlos.

—Nos defenderemos como leones.

—Lo creo también, pero sucumbirán ustedes.

—Llegue la ocasión y á las pruebas remito á usted.

—Eso es lo que yo no quiero, probar.

—Pero ¿por qué tanta desconfianza?

—Escuche usted, D. Alvaro: tengo muy presente la infamia co-

metida con los Orduñas en Tepecuacuilco: «eran estos Orduñas dos hermanos, D. Juan y D. Rafael, sujetos propietarios y del mayor influjo en aquel pueblo, y cuando el Sr. Andrade entró en él con quinientos hombres, después de tres días que lo habían desocupado los insurgentes, los Orduñas, sin embargo de no haber tomado partido, se retiraron á las inmediaciones, por temor seguramente de algún ultraje de las tropas, y en seguida una partida de éstos se dirigió al rancho de D. Rafael, y lo apresó en su misma casa, conduciéndole á Tepecuacuilco, donde dispuso Andrade encapillarlo inmediatamente, y al mismo tiempo mandó decir á don Juan, que si no iba á presentarse, fusilaría á su hermano el día siguiente: éste, tanto porque no había tomado partido con los insurgentes, cuanto por libertar á su hermano, marchó de su rancho á presentarse al Sr. Andrade, quien luego que lo verificó, mandó ponerle en capilla con su hermano, y al día siguiente fueron fusilados los dos. Este hecho escandaloso casi lo presencié con mi padre, porque nos hallábamos entonces en Iguala, distante un poco más de una legua de Tepecuacuilco. No puedo, por lo tanto, tener fe en promesas de realista.»

—Señor...

—Gálvez, Sr. D. Alvaro, Gálvez, no lo olvide usted.

—Sí, es verdad: pues bien, Sr. Gálvez, bueno dudar de un Andrade, pero de un Venegas...

—De él más que de nadie.

—¡Señor Gálvez!...

—Antes he dicho que tengo absoluta confianza en Venegas como particular y hombre honrado, pero no como autoridad.

—Pero ¿por qué?

—¿Vamos á estar toda la noche repitiéndonos lo mismo? Ya he dicho que el partido español ve con malos ojos, con odio, casi, á Venegas: ese partido español es aquí un tirano: vimos como trató á Iturrigaray; usted puede ignorar menos que nadie, que ese partido, y no el virey, fué quien dió infamante muerte al desventurado Antonio Ferrer; si yo me indultase no sabría respetarme, y D. Leonardo y yo, y yo y D. Leonardo, seríamos sacrificados como Ferrer y como los Orduñas.

—En tal caso libre estaría usted para entrar de nuevo en el alzamiento.

—Es verdad; no obstante, no me indultaré.

—¿Por qué?

—Porque si bien yo nadie soy en un partido cuyo jefe es tan inmensamente grande como D. José María Morelos, mi patria, á la que amo con todo mi corazón, necesita de todos sus hijos, y yo en serlo me honro. Indultarse equivale á infamar á esa patria, porque amarla y defenderla es un deber y no un delito que pueda ser perdonado por su opresor.

—Entonces, Gálvez, ¿á qué ha venido usted?

—En primer lugar á dar á usted las gracias por sus buenos oficios para conmigo.

—Gálvez, no hablemos de eso: correspondo y nada más á lo que á usted debo; me retiraba hace algún tiempo á España llevando conmigo una gruesa suma de dinero, todo mi capital: una partida insurgente me atacó, despojó y me llevó á la presencia de usted, y su generosidad fué tal, que no sólo me restituyó la libertad sino que también ordenó que se me devolviese entera mi fortuna: regresé á México, temeroso de nuevos peligros, y desde entonces me propuse servir á usted en cuanto me fuese dable.

—Gracias, D. Alvaro, gracias.

—Pero perdóneme usted que dude, Sr. Gálvez: usted no puede haberse arriesgado á entrar en México sólo por saludarme: usted ha venido aquí por algo más.

—No lo niego y á usted puedo decirlo.

—Como á sí mismo: sé, para lo bueno como para lo malo, ser hombre, y si contra la vida del mismo virey dirigiese usted su golpe, yo trataría de salvarle, porque es mi personal amigo, pero sin perder á usted.

—Gracias, D. Alvaro, pero otro muy diverso es mi plan.

—Ardo en impaciencia de saberlo.

Gálvez se acercó más á D. Alvaro y bajando la voz pero con acento firme dijo:

—Vengo á salvar á D. Leonardo.

—¿Cómo?

—Arrancándole á sus mismos carceleros.

D. Alvaro retrocedió admirado de aquel hombre y tendiéndole la mano dijo:

—Cuente usted conmigo.

—No, D. Alvaro, no, muchas gracias.

—¿Desconfía V. de mí?

—No, pero deseo que nadie, y V. menos que nadie, pues le aprecio, se comprometa por mí.

—Nada tema usted.

—D. Alvaro, lo repito; quiero ser solo, enteramente solo, en esta empresa.

—Sea como lo quiere usted, y tenga presente que desde este mismo instante nada me ha dicho, nada sé, y nadie, por lo tanto, sabe cosa alguna.

## XI

Las memorias de mi padre, que menudamente refieren este suceso, no hacen ni aun la menor indicación acerca de quién puede haber sido aquel misterioso D. Antonio Gálvez.

Registrando yo los papeles y libros que á la época hacen referencia, he creído encontrar entre el huésped de D. Alvaro y D. Nicolás Bravo un más que regular parecido: joven y de presencia hermosa era en efecto en aquellos días; magnánimo y generoso fué durante toda su vida, y por su arrojo, decisión, valor extraordinario y ánimo esforzado, nunca tuvo á la verdad cosa alguna que envidiar al Aquiles cantado por Homero.

Sin embargo, no quiero yo inducir á falsas ideas, y por lo tanto cada lector de estos Episodios queda libre para hacerse las conjeturas que mejor le plazcan.

Sigo, pues, mi historia.

Al punto en que la dejé llegaba la conversación de Gálvez y de D. Alvaro, cuando á éste se acercó gozoso y agitado ¿quién dirán ustedes? el mismísimo capitán Centellas que, de sacristán en una iglesia de México, conocimos en uno de los pasados Episodios.

Con permiso de Gálvez, D. Alvaro se adelantó á recibir á Centellas y le preguntó:

—¿Qué tal?

—Exito completo: los informes de usted eran exactos; apenas descubrí la pequeña caravana, cargué con mis hombres sobre ella, teniendo que lamentar solamente la pérdida de uno de ellos que

uno de los pasajeros mató de un balazo entre ceja y ceja: amarrados quedan el asesino y toda su gente á los árboles del monte.

—Pero el dinero, el dinero ¿dónde está?

—En la misma casa de usted.

—¿Cuánto por fin?

—Treinta mil pesos.

—Buen bocado.

—Pero quince mil son míos.

—Tómalos cuando te plazca.

—Pero hay algo muy grave.

—¿Qué es ello?

—Que he tenido un malísimo encuentro.

—¿Cuál ha sido?

—El del condenado negro Carlos Cuarto.

—¿Cómo y dónde?

—Formaba parte del convoy, caravana ó como usted quiera llamarle.

—¿Y no le mataste?

—Lo intenté, pero se me escapó, y por más que hice buscarle no pude dar con él.

—Malo es eso en verdad, pero no hay razón para asustarse; el virey es mío y con el virey la impunidad.

—Gracias á ello hemos salvado bien hasta hoy, pero no sé por qué me tiene intranquilo este encuentro con el negro Carlos.

—¿Te conoció?

—Sí; y al ponerse en salvo me dijo:—Ya nos veremos, señor sacristán; quisiste hacerme ahorcar, yo te ahorcaré.

—Bueno; yo me encargo de que sólo la contraria sea la cierta. Ahora retírate: ese caballero necesita de mí.

—Déjele usted hablar con la Munguía, y escúcheme, que algo de importancia tengo que decirle.

D. Alvaro volvió su vista y observó que en efecto la Munguía conversaba con Gálvez y que éste parecía entretenido con la actriz del coliseo.

—Está bien,—dijo,—habla, ¿qué es ello?

—Entre los viajeros venía una joven como de dieciocho años soberanamente hermosa, pero con una hermosura suprema, incitante, tentadora.

—¿Y has sido con ella un miserable?

—No, D. Alvaro, se lo juro á usted.

—Y bien, á mí qué me importa.

—Escuche usted: en el momento del asalto esa joven se asustó de un modo extraordinario y cayó desmayada: la vi en tierra, y la verdad me inspiró invencible compasión: yo estaba á mi vez no menos asustado con el encuentro y fuga del negro, quise hacerla volver en sí, y sin saber lo que hacía, le di á beber toda mi botella de aguardiente.

—¡Bárbaro!

—Repito que no supe lo que hacía.

—Y bien ¿qué ha pasado?

—Que la infeliz se encuentra enteramente aletargada con el tal aguardiente: una embriaguez colosal.

—Concluye de una vez.

—Compadeciéndola siempre, no quise dejarla expuesta en tal estado á las tropelías de los bandidos del monte y...

—¿Y qué?

—Que la he traído conmigo y que está en una de esas habitaciones.

—¡Oh! no,—exclamó colérico D. Alvaro,—no te creo, capitán Centellas, algo más que tu compasión ha traído á mi casa á esa joven: pronto, concluye, ¿por qué la has traído aquí?

Centellas abandonó entonces su fingida agitación, y tomando un aire cínico y provocativo, dijo á D. Alvaro.

—Sé que tales medidas ha tomado usted, que en los asaltos y robos que por cuenta de ambos vengo ejecutando, ni la más leve sombra de culpabilidad puede caer sobre usted: pero usted sabe también que primero que yo sufra el menor daño en la punta de uno de mis cabellos, he jurado que usted me precederá en bajar á los infiernos.

—Concluye, porque mi paciencia es escasa y ya me pesa mi sociedad contigo.

—¡Oh! eso no: soy aún demasiado pobre para querer romper con usted: vuelvo, pues, á ser un humilde y ciego servidor.

—Eso te tiene cuenta, bien lo sabes; pero, en fin, concluye.

—A ello voy.

—Sé breve.

—En un bolsillo del traje de esa joven encontré un documento en que consta que en la casa de D. Gabriel Yermo se ha hecho un depósito de ciento cincuenta mil pesos que, según la voluntad del que tal documento extendió, deben ser entregados sólo á la persona que, en presencia del mismo D. Gabriel, firme el recibo en blanco, que va unido al tres veces mentado documento.

—¿Y cuál es el nombre de la persona que debe firmar?

—Margarita Lafuente: así lo dice el papel.

—La hija del hacendado español cuyos bienes deben ser míos mañana mismo si no me entrega esa misma cantidad de ciento cincuenta mil pesos.

—¿Ve usted, Sr. D. Alvaro,—observó con repugnante cinismo el capitán Centellas,—cómo decía yo bien al asegurar que la joven me inspiraba compasión?

—Si esa joven no hubiera caído en nuestras manos, mis sueños de opulencia y fortuna se habrían desvanecido ó por lo menos retardado.

¿Tenía yo razón en compadecerla, ó no?

—Sí, mi buen Centellas, tienes razón; he sido un ingrato, mi bueno, mi único amigo.

—De modo que,—repuso el sacristán mostrando un aire insolente,—seremos socios en la hacienda también.

D. Alvaro se irguió mirando fijamente á Centellas.

—¿Qué es lo que dices? ¿qué lo que pretendes?

—Ser dueño de la mitad de esa hacienda; ya lo he dicho.

—¡Nunca!—respondió colérico D. Alvaro.

—Está bien,—observó tranquilamente Centellas:—volveré á llevarme á esa joven, y con todo y documento la entregaré á su padre D. Pedro Lafuente.

—¡Miserable!—exclamó D. Alvaro.

—Muchas gracias, ¡ingrato! pretendo salvar á usted, y usted me insulta.

—¿Luego tendré que ceder?

—Al menos eso haría yo en caso semejante.

—Está bien.

—Veo que vuelve usted á entrar en razón.

—¿Dónde está ese documento?

—Yo le tengo en mi poder

—Dámele.

—Poquito á poco, Sr. D. Alvaro.

—¿Qué pretendes aún?

—Como podría ser causa de algún escándalo que un pobre sacristán como yo, fuese, aunque lo sea á medias, dueño de una hacienda de caña, á uno y á otro nos conviene que usted lo sea sólo en realidad.

—No comprendo.

—Me explicaré: la hacienda mal tasada vale quinientos mil pesos ¿no es verdad?

—Lo es.

—Muy bien: extienda usted otro documento á mi favor por doscientos mil pesos y la hacienda es de usted, con cuyo fin entregaré al recibir el uno, el otro papel.

—No hay más remedio; sígueme, quiero dejar esto terminado ahora mismo.

—Vamos allá.

D. Alvaro buscó de nuevo á Gálvez, pero Gálvez ya no estaba allí: observó entonces que todos sus convidados habíanse también ido retirando y que todos se agrupaban hacia el lado en que la casa de D. Alvaro se alzaba.

Preocupados aquellos miserables con sus más miserables proyectos, nada de esto habían echado de ver hasta entonces.

Sólo así se comprende que no se hubiesen apercibido, como se apercibieron los demás, de que una persona, que por la voz á todos pareció mujer, pedía socorro en alguna de las habitaciones de la casa.

Sin sospechar siquiera lo grave del caso, D. Alvaro y Centellas se dirigieron al grupo formado por los convidados; de pronto éstos hiciéronse á uno y otro lado, y en la puerta de salida al jardín se presentó D. Antonio Gálvez, dando la mano á una joven, que tanto más hermosa parecía cuanto más se la contemplaba.

Los ojos de Gálvez despedían rayos de noble indignación, pero su voz era segura, y con tempestuoso acento dijo dirigiéndose á D. Alvaro:

—Señor, por ella misma acabo de saber que esta joven no puede explicarse su presencia en esta casa; poseído su ánimo de profundo terror pide compasión y misericordia, y mucho me ha costado

convencerla de que no se halla, como dice, entre ladrones y asesinos. D. Alvaro, á usted corresponde dar protección á esta infeliz.

Al decir estas palabras, Gálvez obligó á la joven á acercarse á D. Alvaro, que permanecía mudo y perplejo, pero al descubrir á su lado al capitán Centellas, la víctima retrocedió aterrada y gritando:

—¡Piedad; caballero, piedad! ese es el jefe de los ladrones.

D. Alvaro se consideró perdido y echando una mano al cuello de Centellas.

—¡Deja hacer ó te pierdes!—exclamó por lo bajo, y añadió después en voz alta y con bien fingida indignación:

—Ignoro de todo punto la causa de las palabras de esa joven, pero jefe de ladrones ha llamado á este hombre, antiguo dependiente mío, y procedo á asegurarle.

Diciendo esto D. Alvaro empujó á Centellas hasta una puerta próxima, hízole entrar en una habitación que pareció ser del jardinero y allí le encerró dando vuelta á la llave que guardó en uno de sus bolsillos.

—Señorita,—dijo después inclinándose ante la joven:—se encuentra usted en la casa de un caballero y aquí permanecerá hasta que yo mismo conduzca á usted mañana á la casa que se sirva indicarme.

—No, no,—dijo la joven,—siento indecible terror, no quiero permanecer aquí ni un instante más.

—Señorita,—repuso D. Alvaro con voz imperiosa,—he dicho á usted que se encuentra entre personas honradas.

—Si alguna hay que verdaderamente lo sea á ella suplico que me deje salir de aquí inmediatamente.

—Vuelvo á decir á usted...

Antes que D. Alvaro hubiese concluido su frase, Gálvez, que no había apartado de él la vista, le interrumpió diciendo:

—Basta, D. Alvaro; la voluntad de una dama es ley para todo caballero; esta dama quiere salir de aquí, yo me ofrezco á acompañarla.

—Señor Gálvez,—exclamó D. Alvaro ciego de ira y sin pretender ocultarla,—creo que se atreve usted á darme lecciones en mi casa.

—No pretendo tal,—contestó Gálvez dignamente;—pero esta dama quiere salir de aquí y he dicho que yo me ofrezco á acompañarla.

—Sólo á mí me corresponde dictar disposiciones en mi casa, —respondió D. Alvaro.

—Pues vea usted de dictar pronto esta, porque si no, sin que usted la dicte, esta joven saldrá de aquí, acompañada por mí.

—¡Señor Gálvez, es usted un insolente!

Hubo un momento de confusión durante el cual los circunstantes pretendieron poner fin á tan desagradable incidente.

—Después de semejante injuria,—exclamó D. Alvaro; no hay arreglo posible: ¡Sr. Gálvez fuera esa espada!

—¡Sea como usted lo quiere,—contestó Gálvez;—en guardia!

El combate fué brevísimo, á los primeros golpes D. Alvaro vaciló y vino á tierra, herido por Gálvez; mientras éste, con la mayor sangre fría imaginable y en tanto que los circunstantes acudían al socorro de D. Alvaro, tendió su mano á la joven y la dijo:

—En marcha, señorita, y salió del jardín en medio del general silencio.

## XII

Aun no hemos dicho á qué hora tenía lugar la escena que referíamos á mitad del capítulo IX.

No la habrán olvidado mis lectores.

D. Pedro Lafuente acaba de hacer su oración ó como llamársele quiera, ante el crucifijo de su escritorio y se dirige á su mesa donde dejó la pistola con que debe suicidarse, diciendo:

—¡Ahora... Adiós cuanto amé sobre la tierra!

Son las nueve de la noche.

Va á cometer la mayor de las cobardías y, sin embargo, aquel hombre no tiembla.

Firme y decidido pone su mano sobre el arma fatal, la toma, dirige sus ojos al cielo como tratando de descubrir en él si hay algún resquicio por donde pueda penetrar la luz en la oscuridad de su desesperación y... sonoro, repercutiéndose y llenándolo todo con sus ecos, suena un fuerte aldabonazo en el gran portón del espacioso zaguán al cual abre su puerta el escritorio de Lafuente.

Detiene éste su acción como si aquel aldabonazo fuese la voz del mundo que le llama en el momento en que él quiere dejarle, y un momento después suelta la pistola, lleva las manos al corazón, le oprime con violencia porque con violencia late y sus ojos se inundan al fin de lágrimas.

Acaba de oir la voz de su Margarita, de su hija, de la idolatrada pequeñuela de sus amores.

La puerta de su escritorio se mueve impelida por una fuerza extraordinaria.



... padre é hija se confunden..

Lafuente da vuelta á las llaves, caen los cerrojos con metálico sonido y al fin, padre é hija se confunden en un estrecho abrazo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Soy un pobre hijo del pueblo: mis padres apenas pudieron darme más que la vida, si bien todo lo que no pudieron darme lo compensaron, y con creces, enseñándome á amar la virtud y dejándome para llenar mi memoria, el recuerdo de sus infinitas bondades.

Pero el hecho es que no paso de ser un pobre hombre, casi sin instrucción y falto de todos los recursos que tan galanamente suelen servir á los buenos escritores

Por eso no me meto á describir á mis lectores, como fué y como estuvo aquella escena en la cual el padre y la hija pudieron creerse nacidos de nuevo.

Yo sólo puedo decir que aunque mucho fué el tiempo que permanecieron abrazados, no hicieron en todo él otra cosa que llorar, sin que una sola palabra saliese de sus labios.

¡Vaya! ni siquiera dijeron esos ¡¡padre!! ¡¡hija!! que los poetas ponen indefectiblemente en parajes semejantes de sus dramas ó novelas.

Lo repito; ni una palabra pronunciaron: sin duda tenían tanto que decirse que no supieron por donde empezar.

Pero todo tiene un término en la vida y aquello lo tuvo también, y fué que la hija se desenlazó de los brazos del padre y volviéndose hacia la puerta, dijo:

—Hé aquí mi salvador, déjame, padre, arrodillarme ante él.

Pero imagínense ustedes la sorpresa de la joven.

Su salvador no estaba ya allí.

D. Pedro preguntó al portero y éste le dijo:

—El caballero que acompañaba á la niña, en cuanto vió á ustedes abrazarse, me dijo con voz conmovida y fuerte y enérgica á la vez:

—¡Adiós! yo también tengo padre que necesita de mí!—y desapareció.

Aquella noche en todo México pasaron cosas notables.

En la cárcel de Córte hubo una alarma tremenda.

Un hombre que nadie conoció pero que por el traje parecía caballero, mató dos guardias, hirió á más de veinte, y al carcelero tomó del pescuezo y le obligó á abrir la puerta del calabozo de don Leonardo Bravo: el preso y su audaz salvador pisaban ya el dintel de la puerta que daba á la calle, cuando la casualidad hizo que pasase por allí el sacristán de la iglesia de San Gerónimo, el cual sacristán, á quien las gentes solían llamar Centellas, detuvo al preso en su fuga y puso en alarma á la tropa del cuartel vecino; según las gentes decían, sepa Dios con qué fundamento, el desconocido que intentó la salvación de D. Leonardo Bravo, era tan completo hombre, que él solo arremetió contra la tropa y luchó con ella hasta que D. Leonardo le dijo:

—Maldito sea yo, si por salvarme á mí, pierde la patria el mejor

de sus soldados! Me debes obediencia: yo te lo mando: huye y ven á salvarme al frente de tus soldados!

Aseguran las gentes que el desconocido desapareció en cuanto esto dijo D. Leonardo.

Yo no puedo decir si esto fué verdad, ó esto fué mentira.

Era yo entonces un pequeñuelo.

Mi padre hizo cuanto humanamente fué posible para comprobar las anteriores noticias que constan en el folio mil trescientos cuarenta y dos de sus memorias, de donde yo las he tomado, pero nada pudo averiguar.

Ni la *Gaceta* ni el *Diario* dijeron cosa alguna sobre este suceso.

El sacristán, á quién también preguntó mi padre, respondió que todo ello era sin duda mentira, porque él no había salido aquella noche de su casa, donde por más señas se la pasó en su cama con un calenturón enorme.

Por supuesto que mi padre no le creyó todo esto ; pero tuvo que dar por buena la respuesta y quedarse con sus dudas.

Varias personas que obtuvieron permiso para visitar á D. Leonardo en su calabozo, aseguraron á mi padre que el preso negó que cosa alguna le hubiese pasado y que se hubiera pretendido salvarle.

Sobre lo que sí nadie tuvo duda fué sobre la muerte de dos de los guardias de la cárcel y las heridas de veinte más; pero se dijo que por descuido de un oficial los soldados habían tenido no sé yo qué reyerta que dió tan tristes resultados.

Por mi parte he registrado hasta donde me ha sido posible los historiadores que hablan de D. Nicolás Bravo, único hombre que considero que pudo estar interesado en salvar á D. Leonardo, pues al fin su padre era el prisionero; pero ninguno hace ni la menor referencia á estos sucesos.

No obstante me ha llamado mucho la atención una coincidencia.

Voy á decirla.

El 21 de Febrero de mil ochocientos cincuenta, dirigió D. Nicolás Bravo á D. Lucas Alamán una carta que insertó entre los apéndices al tomo tercero de su historia, y el segundo párrafo de dicha carta es casi igual á la respuesta que D. Antonio Gálvez dió á la pregunta que D. Álvaro le hizo sobre las razones que tenía para

no indultarse: los lectores que sean bastante curiosos para no tener inconveniente en echarse á pecho una Historia, pueden consultar lo que he dicho y encontrarán tan semejantes uno y otro párrafo, que apenas en unas cuantas palabras se diferencian.

Por supuesto que esto no pasa de ser una sencilla suposición mía, que sin duda carece de todo fundamento.

He creído no obstante deber manifestarla á mis lectores, como demostración de que sé rendir culto á la verdad histórica, que es la que sirve de base á mis Episodios.

Ahora bien, como estos no son artículos de fe, á nadie se le ha de seguir perjuicio por opinar de modo distinto al mío.

Yo me limito á agrupar en estas páginas todo cuanto de aquellos días se sabe, y que hago una buena obra de caridad intelectual me lo han demostrado las personas que me han felicitado por ella diciéndome, «la verdad es que conocemos más la historia de las naciones extranjeras que la nuestra: no puede negarse que hubo mucho bueno en aquellos días, y que si nuestro pueblo tuviese verdadero patriotismo ya habría hecho que alguno de esos distinguidos escritores que poseemos hubiera compuesto una historia de México como Dios manda y es justo que tengamos. La tarea es larga, difícil y laboriosa, bien lo sé, pero sé también que un pueblo como el nuestro en que han abundado los grandes hombres, merece tener una historia. De mí sé decir, que alguna vez he querido estudiar á nuestros historiadores, y después de calentarme largas horas la cabeza no he podido formarme juicio alguno de los hechos: cada cual los refiere como conviene á sus opiniones políticas y los muda, trastorna y cambia de tal modo que el uno los ve azules, verdes el otro, aquél negros, amarillos éste, rojos el de aquí, blancos el de acullá, sin que ni dos siquiera haya que los vean del mismo color: otros, y estos son los peores, han escrito no lo que fué sino lo que les dió la gana; en una cosa sí están conformes todos y es en la más absoluta falta de imparcialidad, resultando de aquí que sus escritos, están llenos de groseros insultos á sus contrarios, siendo más de uno de sus capítulos ó párrafos, libelos indignos no ya de ser creídos pero ni leídos tampoco. Consiste en que muchas personas creen que el patriotismo consiste en gritar fuerte, y ser muy hombre en ser insolente: podrá esto engañar á los tontos, á los niños, pero el tiempo vendrá y pasará sobre sucesivas generaciones, y desaparecerán has-

ta las razas actuales y la verdad se impondrá porque siempre con el tiempo se impone, y los gritones serán despreciados y los héroes serán llamados héroes, y los bandidos, bandidos, y se dirá de nuestros historiadores que si á las galas del estilo, hablo de los que las tienen, hubieren unido el respeto á la verdad y á la imparcialidad, sus nombres no habrían sido olvidados ni despreciadas sus obras.»

Esto me ha dicho alguien que pasa con razón por hombre sabio y yo lo hago constar aquí como una curiosidad, pues curiosidad es que alguien en nuestros días se atreva á decir la verdad.

## XIII

¡Virgen de Guadalupe! ¡cómo y cuánto nos han ocupado los anteriores incidentes y cómo parece que nos hemos olvidado del principal objeto de esta Historia!

Verdad es que al hacerlo así hemos sido consecuentes con la exactitud que preside al trazo que de cuadros de la época venimos haciendo.

Nada es tan cierto como que en aquellos días los enemigos de la insurrección tuviéronla por espirante ó fenecida.

El virey había expedido una proclama pintando á D. José María Morelos tan mal trecho y decepcionado que su sola ocupación era buscar una cueva bastante ignorada donde ocultarse, para así escapar á la persecución de las tropas reales, y añadía que el famoso comandante Paris le esperaba en Ayutla con los capitanes Cerro y Añoro, para darle el golpe de gracia y concluir con el caudillo.

Este, después de haber roto el cerco que Calleja le había puesto, se dirigió á Cuautla con D. Hermenegildo Galeana y D. Miguel Bravo, y allí, sin que nadie se atreviere á molestarle, se ocupó en reorganizar sus fuerzas y en preparar su tercera y más notable campaña.

El nuevo ejército se puso á principios de Junio en marcha y el día 4 D. Hermenegildo, al pasar por las inmediaciones del pueblo de Citlala se encontró con los realistas de Chilapa y Tixtla que al mando de Cerro enviaba Añorve á disputarle el paso, y tras de un

corto aunque reñido combate, los insurgentes quedaron victoriosos, haciéndose de una gran cantidad de armas y municiones y de un buen número de prisioneros que el Sr. Morelos envió desde Mitepec al presidio de Zacatula.

Apenas Añorve supo el descalabro, dió á correr como gamo siguiéndole las principales familias de Ayutla, y el día 7 D. José María Morelos entró en Chilapa sin resistencia, habiendo salido á interceder por sus moradores el vicario del pueblo, con el Santísimo Sacramento en las manos. Necesario era no obstante imponerse de un modo ejemplar en el ánimo de los pueblos, y se efectuaron algunas prisiones, entregándose al saqueo las casas de los realistas. Encontrándose en Chilapa recibió, por medio del valiente indio Noyó, el aviso del apuro en que Trujano se encontraba en Hüajuapan, según dejo ya dicho, y todas sus disposiciones se encaminaron á reunir la gente necesaria para acudir en auxilio del heróico insurgente.

Mientras todo esto pasaba, García Conde, Negrete é Iturbide realizaban una ejemplar campaña en el Bajío de Guanajuato, en persecución del infatigable guerrillero Alvino García, logrando destruir varias secciones de sus tropas y desbandar el resto, al punto de dejar al terrible insurgente casi solo y buscando su salvación en la fuga.

Considerando casi imposible apoderarse de Alvino, de quien se supo que no permanecía un día entero en ningún punto, ni dos noches seguidas dormía en el mismo lugar, García Conde determinó ponerse en marcha con un rico convoy detenido en Irapuato, y el día 4 llegó con él sin accidente á Salamanca.

D. Agustín Iturbide, que ya desde aquel tiempo comenzó á llamar sobre sí la atención general y á poner el cimiento de su futura grandeza, supo allí que Alvino dormiría aquella noche en Valle de Santiago, y de acuerdo con García Conde dispuso sorprenderle y apoderarse de él.

Al caer la tarde, Iturbide salió de Salamanca con cincuenta dragones de Puebla, sesenta y cuatro de Frontera, diez y siete de la Corona y veinte del escuadrón Mixto y caminando con precaución y más que todo con felicidad, á las dos de la mañana del día 5 de Junio, se presentó en Valle de Santiago, haciéndose pasar por Pedro García, que debió acudir en auxilio de Alvino, según un parte

que Iturbide interceptó y envió al guerrillero insurgente con uno de sus granaderos disfrazado.

Las avanzadas de Alvino nada sospecharon, y haciéndose los realistas del santo y seña, penetraron en la población, y ya en ella comenzaron á gritar por disposición del comandante:

—¡Al arma! ¡García Conde está sobre nosotros!

A la vez, distintos grupos de granaderos convenientemente aleccionados, se situaron en las boca-calles dando éstas ó parecidas voces:

—¡Adelante mis granaderos de la Corona!

—¡Por la derecha, escuadrón de Frontera!

—¡A mí, mis valientes de Puebla!

—¡Prevenida la metralla!

El efecto de la estratajema fué completo: la gente de Alvino era poca; juzgó imposible resistir á las fuerzas todas de la división García Conde y la desmoralización cundió y las gentes de Iturbide acuchillaron á los insurgentes en sus mismos cuarteles.

A la vez los granaderos de la Corona penetraron por la azotea en la casa de Alvino, y el soldado Miguel Sardinero y el dragón de España José Uribe, se apoderaron del guerrillero y le amarraron de modo de impedirle todo movimiento. En la misma casa quedaron también presos «el brigadier D. Pachito,» hermano de Alvino, su secretario D. José María Rubio, y Pineda, tambor desertado del regimiento de Puebla.

Iturbide tomó ciento cincuenta soldados prisioneros, y no queriendo exponerse á que se le fugaran, los hizo fusilar á todos, pues siempre fué, y ya lo veremos, amigo de innecesarias y crueles ejecuciones. Iturbide odiaba entonces á los insurgentes y tratábalos como feroces bestias: su parte á García Conde sobre esta acción tiene el siguiente párrafo:

«Para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresión que en algunos estúpidos y sin educación existe, de que nuestra guerra es de europeos y americanos y de éstos á los otros, digo: que en esta ocasión ha dado puntualmente la casualidad de que todos cuantos concurrieron á ella, han sido americanos sin excepción de persona, y tengo en ello cierta complacencia, porque apreciaría ver lavada por las mismas manos la mancha negra que algunos echaron á este país español, y convencer de que nuestra

guerra es de buenos á malos, de fieles á insurgentes, y de cristianos á libertinos.»

Iturbide, sin detenerse, condujo á Alvino García y á sus demás prisioneros de importancia, á Celaya, y allí García Conde dió una *prueba* de los *cristianos* sentimientos que Iturbide ponderaba haciendo del guerrillero una burla tan sangrienta como indigna.

Y advierto que nada exagero; el mismo García Conde dice en su parte al virey «*siento no haber podido hacer esta burla con más solemnidad.*»

Al efecto dispuso que Alvino fuera recibido con honores de capitán general, con salvas y repiques y formada la tropa en toda la carrera: conducido á la plaza, García Conde se asomó al mismo balcón desde el cual dirigió al pueblo la palabra D. Miguel Hidalgo, el día 21 de Setiembre de mil ochocientos diez, y le insultó cobardemente haciéndole después conducir á la prisión.

La captura de Alvino por Iturbide dió motivo á que la siempre *canija* musa de aquel tiempo inspirara las siguientes composiciones al Dr. D Antonio Uraga, cura de San Miguel el grande, composiciones que el *Diario de México* nos hizo el favor de transmitirnos, para solaz de los que han visto mal que en mis Episodios se haya dicho que durante la época vireinal sólo D. Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz merecieron nombre y honores de poetas.

Dicen así:

SONETO

No llegan á doscientos los soldados,
(Buenos americanos) que acaudilla
Un joven brioso, en cuya frente brilla
Virtud heróica, alientos elevados.
¿Con tal fuerza, podrán dejar postrados,
Los furores de aquella cruel gavilla,
Que más se aumenta cuanto más la humilla
El valor de escuadrones esforzados?
Sí, país hermoso; deja, pues, el llanto
Que á tu favor la suerte se decide:
Ya no hay Alvino, ya cesó su encanto
Y trescientos con él... ¡Ah! no se olvide
Que la gloria inmortal de triunfo tanto
Se debe toda al joven Iturbide.

Viene después lo siguiente que su autor titula graciosamente

REDONDILLA

Joven en quien reside
la modestia enlazada á la bravura
la fuerza á la dulzura:
¡feliz Valladolid! tu gozo exalta
y añade un rasgo al timbre que te esmalta.
De un hijo tuyo la valiente mano,
la paz anuncia al suelo americano,
pues claro es que en el campo de la gloria
se camina á la paz por la victoria.

García Conde no dudó mucho tiempo acerca de la suerte que Alvino debiese correr, y á los tres días le hizo fusilar y, según la atroz costumbre de la época, su cuerpo fué mutilado y colocada la cabeza en la entrada de la calle de San Juan de Dios en Celaya, una mano en Guanajuato y en Irapuato la otra.

Todos estos despojos permanecieron en los lugares en que habian sido expuestos hasta después de hecha la Independencia.

Alvino García murió como un cristiano y pidió todos los auxilios espirituales de la religión católica, recibiéndolos con positiva devoción.

Ni aun esto le salvó de indignas burlas, como lo prueba el siguiente epigrama que le compuso el mismo Doctor y *sacerdote* D. Antonio Uraga.

García, ladrón singular,
tan buena muerte logró
que he llegado á sospechar
que hasta el cielo se robó
por no dejar de robar.

Poco ó nada preocupó á Alvino el plan de independencia nacional que los insurgentes mantenían en los campos de batalla, y casi siempre campeó por su cuenta, limitándose á asaltar poblaciones mal defendidas y á desbalijar pasajeros y atacar convoyes; pero sus correrías en el Bajío distrajeron durante larga época á fuerzas realistas que sin él hubieran cargado sobre los ejércitos de D. Miguel Hidalgo ó de D. José María Morelos, y al menos este bien hizo á su patria.

Su nombre fué mucho tiempo romanesco y mil varias anécdotas

se contaron de él y entretuvieron los ocios de nuestros primeros años.

Mucho se ponderaba su devoción á la Santísima Trinidad, y se añadía que en cuantas poblaciones entraba hacíale celebrar grandes funciones en acción de gracias por sus triunfos.

Estas funciones terminaban siempre bailándose el *jarabe*, al que era muy aficionado, y en el cual se distinguía, no obstante, lo que le molestaba la gota que padecía: por causa de ella caminaba casi siempre en coche y jamás dejaron de acompañarle un regular número de músicos del país, que con sus sonatas le distraían á la hora en que sus dolores arreciaban.

Su voz de combate á la hora del saqueo, era:

—¡Muchachos! ¡como quien se baña!—con lo cual, dicen, quería significar que quitasen á sus prisioneros hasta la camisa.

En el momento de ser aprehendido regaló á Iturbide su mejor caballo, diciéndole:

—Le llamo *Cabro* por lo mucho y bien que salta: no debe usted quedarse sin él, pues en un lance apurado puede salvarle la vida.

Dirigió desde la capilla una carta á sus padres, que eran realistas, despidiéndose de ellos y pidiéndoles perdón por no haber seguido sus consejos, y dió, en fin, orden á todos sus dependientes de que restituyeran á sus legítimos dueños los bienes ó efectos de que él los había despojado.

Al marchar al suplicio y debiendo ser ejecutado á la vez su hermano Francisco, le exigió que como él invocase á la Divina Providencia á fin de que salvase las almas de los dos, y sus últimas palabras al espirar, fueron, «misericordia, Dios mío.»

Según las promesas de nuestra religión católica sin duda la obtuvo, á despecho del poeta-cura de San Miguel el grande.

## XIV

A la prisión de Alvino debió D. Agustín Iturbide el grado de teniente coronel que el virey le otorgó, con gran contentamiento público, pues los realistas predecían ya que aquel joven llegaría á ser la más fuerte columna de la gloria hispano-americana.

Dejamos á Castillo Bustamente, antiguo mercader de mantas de

Celaya, saliendo de Toluca para Tenango; el 2 de Junio acampó frente á aquel cerro, en la hacienda de San Agustín y en la noche del día 5, dió sus órdenes para el ataque que se verificó en la madrugada del 6, siendo los batallones de Lobera, México y tres Villas los primeros en romper el fuego. La victoria sonrió esta vez á Castillo, y Rayón, que defendía á Tenango tuvo que huir, dejando abandonada su correspondencia.

Castillo tomó prisioneros en esta acción á los licenciados Reyes y Jiménez, á los jóvenes, emigrados de la capital, Cuéllar y Puente, y al Padre Tirado, vicario del pueblo, y á todos ellos hizo fusilar inmediatamente.

Resultado de esta acción, Calafat, segundo de Castillo, se apoderó sin resistencia de Tenango y Tecualoya.

Dos días después, el lunes 3 de Junio, el brigadier Olazábal, que después de haber sido derrotado en Nopalucan y perdido el convoy que se le había confiado, según ya dije, se encontraba encerrado en la fortaleza de Perote, descubrió una conspiración en el mismo castillo, y de sus resultas fueron fusiladas trece personas, entre ellas un soldado del fijo de Veracruz, que era el jefe de la trama.

Dejamos también á D. Ciriaco del Llano saliendo en auxilio de Orizaba, que habían tomado los curas Alarcón y Moctezuma: súpolo Llano en San Agustín del Palmar, y después de rechazar en las cumbres de Aculcingo un ataque que los insurgentes dieron al convoy que Andrade conducía, el miércoles 10 desalojó al cura Alarcón de los cerros de Huiloapa, defendidos por tres baterías que enfilaban el camino, en cuya acción los granaderos de la Columna y los de Asturias tuvieron que pasar á nado el Río Blanco por haber encontrado cortado el puente, y al día siguiente se apoderaron de la garita de la Angostura. Hallándose en ella, supo que los insurgentes pensaban quemar el tabaco del rey sin que los vecinos de Orizaba tratasen de impedirlo, y montado en cólera dió orden á su caballería de que pasase á degüello á todos los habitantes sin distinción.

La orden no llegó á cumplirse merced á las súplicas de los misioneros apostólicos de San José de Gracia; Alarcón y Moctezuma huyeron y Llano entró en Orizaba como un triunfador; desde allí despachó en auxilio de Córdoba al sargento mayor de la columna D. José Ignacio García Flores, que libró á la ciudad de haber caído en poder de los insurgentes.

El triunfo de Castillo Bustamante y derrota de D. Ignacio Rayón en Tenango fueron recibidos en Sultepec, donde la Junta de Zitácuaro se hallaba, con el espanto consiguiente.

Verdusco y Liceaga que, mientras su presidente hacía cuanto le era dable en favor de la causa común, se entretenían en darse tratos y aires palaciegos, acusaron entonces á Rayón de inepto y de cobarde y se enemistaron con él, porque á su vez les imputó que su derrota reconocía por causa el no haberle sido enviado el refuerzo de tropas que solicitado había de Liceaga.

No cabe duda alguna en que ni Verdusco ni Liceaga se portaron en aquella ocasión como debían, y de allí nacieron los desagrados y disgustos de que muy pronto vamos á ocuparnos en la serie de nuestras narraciones.

Muchas ridículas ocurrencias hubo en aquel tiempo en Sultepec y merece contarse la siguiente:

Predicando en la Iglesia del pueblo el padre franciscano Luna hizo perder la formalidad á sus oyentes al asentar el siguiente curioso silogismo:

—«Jesucristo es mi general; yo soy insurgente, luego Jesucristo es insurgente.»

El padre Orcillés, que se hallaba cerca del púlpito, subió las gradas de él y queriendo contenerle en la demostración de su silogismo, estiró del hábito al Padre Luna: no habiéndole éste hecho caso, le estiró por segunda vez, y molesto el predicador le arrimó un soberano puntapié, produciéndose el consiguiente escándalo en el templo.

Otra determinación tomó la Junta y fué la de nombrar al doctor Cos vicario castrense, con facultades para remover y encarcelar eclesiásticos y conceder dispensas matrimoniales.

Rayón estimó con justicia que esto podría atraerles nuevas censuras y excomuniones del cabildo eclesiástico de México, que influyeran malamente en el ánimo del pueblo preocupado, y así sucedió en efecto á los pocos días.

Rayón se trasladó en fin á Sultepec y convino con sus compañeros de Junta en la necesidad de disolverla: fueron en consecuencia nombrados, Liceaga general de las provincias del Norte y Verdusco de las de Poniente, debiendo fomentar la revolución el primero en la provincia de Guanajuato, y el segundo en la de Michoacan: se

acordó también que Rayón marchase á Tlalpujahua y allí se fortificase, y desde allí invadiese la de México.

De todo esto se levantó un acta en la cual se hizo constar que estas medidas se dictaban por exigir la salud de la patria que los individuos de la Junta atendieran personalmente al levantamiento y operaciones de tropas insurgentes en los citados distritos.

Al saberse en Sultepec que Castillo Bustamante había salido de Toluca el 16, al siguiente dejó su residencia la Junta, disolviéndose de hecho, tomando Rayón el camino de Tlalpujahua, Liceaga el del Bajío y Verdusco el de Huetamo.

Tuvo entonces lugar ese hecho cruel y sanguinario cuya responsabilidad han tratado de salvar cada uno de los miembros de la Junta de Sultepec, sin que ninguno haya logrado hacerlo de un modo satisfactorio.

El suceso fué que D. José María Vázquez recibió el encargo de conducir, según parece, á Zacatula, á unos treinta y tantos prisioneros españoles detenidos hasta entonces en Sultepec, y á tres leguas de distancia de este punto y en las inmediaciones de Pantoja, so pretexto de que habían pretendido fugarse, se les asesinó de una manera cruel y despiadada, logrando salvarse cinco únicamente de aquellos infelices.

Castillo Bustamante, retardado en su marcha por las dificultades naturales del terreno y las que le opusieron las abundantes lluvias, entró sin resistencia en el mineral de Sultepec el día 20 de Junio, y mientras se ocupaba en destruir las obras de defensa y los talleres de fundición de cañones y fabricación de pólvora, destacó distintas partidas en persecución de la fugitiva Junta, publicó un indulto y ordenó la ejecución de algunos prisioneros.

El mismo día 20 entró en México García Conde conduciendo el convoy del interior, logrando el recibimiento entusiasta á que le hizo acreedor la destrucción y muerte de Alvino García, tan felizmente llevadas á cabo merced al genio é intrepidez de D. Agustín Iturbide.

El 21, D. Ramón Monduy, comandante del batallón Americano, tomó en Tula descanso de sus correrías por los pueblos de la Sierra: este batallón Americano, compuesto de gente soberbia y pendenciera, se portó siempre con desusada crueldad, y en su citada expedición marcó su paso con un reguero de sangre y de calcina-

dos escombros, pues incendió y arrasó cuantos ranchos y lugares creyó que pudieran servir de abrigo á los insurgentes, á los cuales en los Llanos de Apan dió un escarmiento Claverino al tomar la venta de Irolo el día 24.

Dl 25, el virey Venegas publicó un bando terrible, disponiendo la manera de proceder con los insurgentes prisioneros en acción de guerra, condenando sin excepción á muerte á todos ellos, sin más requisito que la identificación de personas, pues «no se corría riesgo alguno de castigar inocentes,—así lo decía el bando;—ni de excederse en el castigo, por ser todos verdaderos bandidos, anatematizados por la Iglesia y proscritos por el Gobierno, á quienes por lo mismo podía quitar la vida cualquiera impunemente.» Esto se refería especialmente á los cabecillas y á los eclesiásticos, que deberían ser ejecutados sin necesidad de previa degradación: en cuanto á las tropas independientes que se hicieran prisioneras, el bando disponía que fuesen desarmadas.

Dictó Venegas este bando con aprobación del Real Acuerdo, casi unánimemente manifestada, pues de diez y seis ministros quince dictaron su conformidad con el dictamen de los auditores y pedimento de los fiscales.

Inmenso fué el escándalo que estas disposiciones produjeron en la capital, no porque aquel bando exterminador estuviese llamado á ser la causa de espantosas ejecuciones, pretexto para satisfacción de atroces venganzas, y motivo de duelo y desolación para tan castigado país. Nadie se condolió del infeliz soldado insurgente que luchaba unas veces por espontáneo amor á su patria y las más forzado por los agentes de la leva; nadie alzó su voz en defensa del pechero aherrojado y mísero, no; la causa del referido escándalo fué que el clero creyó atacados por este bando sus fueros é inmunidades, y el que hasta entonces había sido omnímodo é incontrastable poder, vió en la determinación del virey y del Real Acuerdo el primero de los golpes que habían de conducirle á su ruina y exterminio.

La conmoción subió de punto cuando fué sabido que el cabildo eclesiástico, que gobernaba la Mitra en Sede vacante, había dispuesto que nada se hiciese en defensa de las inmunidades eclesiásticas. Dicha resolución se tomó el martes 30 de Junio en cabildo pleno.




PADRE,—LE DIJO MARGARITA,...

La gente de sotana puso el grito en el cielo y acusó de infame, bajo y rastrero al tal cabildo, explicándose su decisión por el hecho de hallarse compuesto en su mayoría de españoles europeos de preponderante influjo.

El odio de nacionalidad adquiría cada vez violencia mayor.

## XV

Retrocedamos y anudemos los cabos que quedaron sueltos en el principio del capítulo VII.

Lafuente era un hombre de grande corazón y no podía resignarse buenamente á ignorar quién pudo haber sido el bravo caballero que al salvar á su hija de las asechanzas de D. Alvaro le había á la vez salvado la vida.

Pero después de todo ¿habíale el desconocido hecho un verdadero servicio?

¿Qué iba á ser de su hija arruinado como estaba?

Los pensamientos que le asaltaron al decidirse al suicidio, reprodujéronse entonces con mayor fuerza.

La necesidad de morir continuaba siendo la misma.

¡Pero ay! otras eran las circunstancias.

¡Cómo tener valor para un crimen que de tanto necesita, cuando á la vista de su hija el templo de su alma de donde había querido arrojarla habíase llenado por entero con la celeste claridad de sus miradas!

—Padre,—le dijo Margarita,—al estrecharte en mis brazos poco há, me pareció que llegabas á mí como impulsado desde una enorme distancia: ¿fué esto debido á mi deseo de verte ó es que tú pensabas dejar de amarme y mi amor atrajo tu vacilante cariño?

Lafuente se estremeció como un criminal ante su juez.

—No respondes, padre mío,—exclamó Margarita llorando con llanto de dolor: soy bastante cruel para dudar del cariño de mi padre y tú lo oyes y ni te irritas ni lloras?

—¡Perdón! ¡perdón! ¡hija mía!—exclamó á su vez Lafuente dejándose caer á los piés de Margarita.

Esta sintió en su frente y su corazón algo muy horrible, vaciló un leve punto, y levantando á su padre, dijo:

—¡Tú á mí, padre, tú á mí, ¡perdón y de rodillas! No, no, padre mío, esto es un delirio espantoso, mi razón vacila, el miedo de mis peligros me trastorna; acógeme en tus brazos, padre mío; oprímeme en ellos, conviértelos en hierro cuando con ellos me hayas oprimido, y grítame pero muy fuerte, padre mío, para que tus gritos puedan por mí ser escuchados, que ningún peligro corro ya, porque tú no me abandonarás, porque tú no huirás de tu hija! Sí, pronto, pronto, padre mío, porque yo no sé si me llegará la vida para aguardar tu contestación si la dilatas.

—Qué, hija mía, mi Margarita, ¡qué cosa horrible sospechas! —preguntó Lafuente retrocediendo.

Margarita había tendido su vista por toda la extensión del escritorio y descubierto una pistola sobre la mesa, y corriendo á ella y tomando el arma fatal y arrojándola lejos de sí con violencia,

—¡Sí padre mío,—dijo,—te perdono con todo mi corazón!

La escena fué la consiguiente y no necesito pintarla para que allá en su imaginación la vean mis lectores.

La misericordia de Dios había devuelto la razón á D. Pedro Lafuente.

Pero Margarita era presa de una fiebre espantosa: un alma de mujer de diez y seis años no puede sin peligro enterarse de las grandes miserias de la sociedad.

Fué preciso trasladarla á su lecho y llamar prontamente á un facultativo.

Este la examinó y dijo á D. Pedro:

—Grave es el acceso, no quiero ocultárselo á usted, pero también puedo asegurarle que de él triunfará su naturaleza y Dios sobre todo. .

—¿Pero será pronto?

—Pronto, sí: dentro de tres días podrá dejar el lecho.

Cuando Lafuente quedó solo,

—¡Dios mío,—exclamó,—dentro de tres días! esto es, en el momento en que yo me veré despojado de mis bienes, sumido en la desesperación de la pobreza.

Lafuente se vió obligado á no apartarse ni un solo instante del lecho de Margarita, pues lo mismo era salir de la habitación que sentirse poseído de nuevo de la manía del desprecio á su vida.

Pasado los tres días y cuando la predicción del facultativo iba

á cumplirse, Lafuente fué avisado de que un procurador necesitaba hablarle.

—Esto es hecho,—dijo, —y besando en la frente á su hija que dormía en apacible sueño, salió de la habitación.

No fué larga su ausencia, pero al regresar su semblante estaba lívido.

Llamó á los criados de su mayor confianza, les dejó encargada á Margarita y dispuso se le avisase, cuando dispertara, que no tardaría.

Una hora después dos caballeros que los sirvientes no conocían, pretendieron ver con la mayor urgencia á la hija de Lafuente.

Se les contestó que era imposible, que la niña estaba enferma.

Los desconocidos opusieron que ya lo sabían, pero que el caso era urgente y que el mismo D. Pedro les había enviado.

Margarita acababa de dispertar buscando á su padre.

Se le dijo que había salido, preguntó, inquirió y cuando la observación que del semblante de sus sirvientes hizo la hubo tranquilizado, exigió que se la vistiese y fué preciso obedecerla.

En este momento recibió aviso de la pretensión de los desconocidos.

Margarita no dudó y mandó pasasen al salón.

Cuando en él entró, Margarita estuvo á punto de gritar de miedo.

Uno de los dos caballeros era D. Alvaro de Cervera.

—Señorita,—díjole éste,—comprendo su sorpresa al verme en esta casa.

—La verdad es, caballero,—contestó la joven,—que su presencia aquí me extraña.

—Soy, sin embargo, un enviado de su señor padre de usted.

—No comprendo como él y en ausencia suya...

—Perdone usted, señorita, que la interrumpa, estos instantes son de oro.

—Bien está, prosiga usted.

—Señorita, su padre de usted acaba de oir de mis labios los mismos descargos que ahora voy á darle á usted, y me ha hecho la justicia de estimarlos sinceros.

—Escucho.

—Cuatro días hace que por haber pretendido ser un caballero,

recibí una herida que gracias á mi naturaleza he podido, como usted lo ve, dominar.

—Caballero, las referencias á tan desagradable suceso me hieren y lastiman.

—No obstante, yo nada hice para merecer el rencor de usted, señorita.

—¡Caballero!

—Se encontraba usted en mi casa, yo quise impartir á usted la protección de que era digna, y uno de mis invitados, con desusada insolencia, quiso hacer en ella mis veces, usurpar mis derechos y...

—Repito á usted, caballero, que me hieren y lastiman esas referencias.

—No quiero, pues, proseguir haciéndolas, pero crea usted que me duele verla conmigo más exigente y severa que su señor padre.

—Caballero, me siento mal, muy mal y ruego á usted que si solo sus deseos de presentarme sus diculpas le han traído aquí, las dé por recibidas y aceptadas por mí, permitiéndome á la vez retirarme: bastante extraño es ya para mí, que mi padre no haya, como debía, acompañado á ustedes en este incidente.

—Señorita, no lo extrañe usted. D. Pedro de Lafuente se encuentra en este momento entre los síndicos del comercio, arreglando asuntos relativos á su negocio.

—Y usted...

—Soy, señorita, uno de sus principales acreedores.

—¡Dios mío!

—Y ante él, ya que no ante usted, señorita, el mejor de sus amigos.

—Perdone usted, caballero, no acierto á comprender...

—Este caballero que me acompaña es el principal dependiente del Sr. D. Gabriel Yermo, como de ello puede usted convencerse haciendo venir para identificar su persona á alguno de los del señor Lafuente.

Como si Margarita hubiese acogido con regocijo aquel recurso para encontrarse menos intranquila en presencia de D. Alvaro, llamó y dió sus órdenes para que el dependiente de su padre subiese.

Así se verificó y Margarita quedó absolutamente tranquila.

—¿Y bien, caballero, ¿qué desea usted de mí?—preguntó.

—En la casa del Sr. Yermo,—contestó el dependiente,—existe á favor de usted un depósito confidencial de ciento cincuenta mil pesos.

—Es verdad, así me consta.

—Y bien, señorita, mientras el Sr. Lafuente conviene con el resto de sus acreedores en la manera de satisfacer sus créditos, me envía á solicitar de usted el préstamo de esa suma para saldar el que conmigo tiene,—dijo D. Alvaro:—ahora bien, como según las cláusulas del documento respectivo, es indispensable que en presencia del Sr. Yermo ó su especial delegado, firme usted el recibo correspondiente...

—Comprendo, han tenido ustedes la bondad de venir á mi casa por la firma.

—Así es, señorita.

La joven tuvo sabe Dios qué sospecha de que se pretendía sorprenderla, y con energía admirable en sus años clavó sus miradas en los ojos de D. Alvaro y con voz firme, dijo:

—¿Y si yo me negase á firmar?

D. Alvaro sonrió con fina galantería y llevando la mano á uno de sus bolsillos y sacando de él un papel y poniéndose en pié como para retirarse, dijo entregando un documento á la joven:

—Pondría en manos de usted este papel y con su permiso me retiraría.

Margarita examinó con rapidez el pliego que se le había entregado, y con agitación irreprimible dijo á D. Alvaro:

—Pero, caballero, este documento le llevaba yo conmigo hace cuatro días:

—Así es la verdad, señorita.

—Entonces...

—Entonces señorita, quiere decir que ese documento le fué robado á usted en el asalto que sufrió en el Monte de las Cruces y que yo, á quien usted vé con terror, pues me supone un bandido quizás, que pretendió retenerla en su casa hace cuatro días y robarle hoy y en este momento ciento cincuenta mil pesos, yo, señorita, recobré ese papel y poniéndolo en sus manos y, con permiso de usted, retirándome, hago quizás también alguna cosa en propia justificación. Así, pues, pido á usted, señorita, permiso para retirarme.

Exquisito cortesano, D. Alvaro saludó con extrema galantería y se dirigió á la puerta del salón.

Margarita continuaba dudando á su pesar: veía con gusto alejarse á aquel hombre y á su compañero, pero el recuerdo de su padre acudió á ella y les suplicó se detuviesen, llamando de nuevo al dependiente de Lafuente.

Cuando se hubo presentado le preguntó la joven:

—Andrés, ¿conoce usted á este caballero?

—Señorita,—contestó el dependiente; es D. Alvaro de Cervera, principal acreedor contra su señor padre de usted y promovedor del concurso ante el que ha sido citado D. Pedro.

—Bien está, sírvase usted traerme recado de escribir.

Un relámpago de satisfacción brilló súbito en los ojos de don Alvaro.

Un instante después Margarita había firmado el recibo y despedídose de ella D. Alvaro y el dependiente de Yermo.

## XVI

Radiante de supremo gozo, Margarita volvió á sus habitaciones y esperó con ansiedad la vuelta de D. Pedro.

¡Con qué grande satisfacción iba á arrojarse al cuello de su padre! Ella había sido su salvadora.

Pongámonos en antecedentes.

Se hallaba Margarita en Guadalajara.

Sus tías habíanla acogido con positivo cariño.

Era feliz, no obstante que la separación de su buen padre la quitaba el gusto á lo mejor.

Un día, se le presentó en aquella ciudad uno de los criados de la Hacienda de D. Pedro Lafuente, y le rogó tuviera la bondad de escucharle.

Por este criado, llamado Martín, supo la niña lo que ya no ignoran mis lectores; esto es, que D. Jesús Acevedo, primo y socio de Lafuente, había sido un día asaltado y muerto á las puertas mismas de México, y robado.

Ya lo conté yo con todos sus detalles en el capítulo octavo de este tomo.

Supo entonces Margarita la cruel situación de su padre, y temiendo una desgracia que, como vimos, adivinó al ver sobre la mesa de D. Pedro la pistola con que pretendió suicidarse, determinó trasladarse á México inmediatamente.

Sus pobres tías, mujeres solas y ancianas no se atrevieron á acompañarla, y la confiaron al cuidado de Martín.

Aún tenía éste que hacerle y en efecto le hizo más graves revelaciones.

Martín, el mismo Martín, había sido uno de los que atacaron á D. Jesús Acevedo y el que al quedar herido á su lado, le robó las letras que había sacado de la Hacienda.

Pero tan atroces fueron sus remordimientos que no sólo no dispuso ni de uno sólo de aquellos pesos tan mal habidos, sino que con ellos hizo un depósito en la casa de Yermo haciendo extender el documento que tanto viene jugando en esta historia.

Martín no sabía lo que habría sido de D. Pedro Lafuente á quien supuso muerto, y por eso designó á Margarita como dueña del dinero.

Al poner el papel en sus manos, Martín le suplicó intercediese por él con D. Pedro; Margarita era buena y sobre todo inocente y creyó en el arrepentimiento de Martín, y no le tuvo miedo, confiándose á él emprendió el camino hácia México.

Hizo con felicidad todo el viaje, habiendo tenido la fortuna de poder unirse á una especie de caravana compuesta de honradas personas que no le escasearon atenciones, y así llegó al Monte de las Cruces donde la caravana fué atacada por la partida de ladrones dirigida por el capitán Centellas.

Martín tuvo la desgracia de quedar muerto ó herido en el asalto.

Ninguna de estas cosas pudo contar Margarita á su padre: apenas le informó de algo de lo que en su casa de D. Alvaro le había acontecido: su fuerte escena en el escritorio le produjo la fiebre de que ya se habló y aún no despertaba convaleciente cuando D. Pedro dejó su casa llamado por el procurador.

Pero en fin, lo importante era que ella había salvado á su querido padre.

Al hacerse esta reflexión algó sintió en su pecho como un golpe doloroso.

Nada había contado á su padre ¿cómo, pues, su padre podía ha-

ber sabido que ella poseía el documento de los ciento cincuenta mil pesos?

¿Habrían cometido con ella alguna infamia?

No era posible, sus presentimientos la engañaban.

D. Andrés, dependiente de D. Pedro, había reconocido al de la casa de Yermo.

Al dar á entender Margarita que no firmaría el documento, don Alvaro puso el papel en sus manos, demostrando así no tener interés en conservarle.

No obstante, todas estas explicaciones con que trataba de desvanecer sus dudas ó presentimientos, Margarita no pudo tranquilizarse: algo había pasado ó iba á pasar que mantenía en su alma ansiedad inexplicable.

Cuando menos lo esperaba, quizás porque lo deseaba más, don Pedro Lafuente se presentó en la habitación.

Margarita corrió á él y se lanzó á su cuello cubriendo su rostro de filiales besos; cuando aquellas caricias infantiles le permitieron hablar, D. Pedro, dijo:

—Hija, mía, perdóname y sígueme, dentro de breves instantes se presentarán aquí los síndicos de mi concurso á rematar cuanto en este edificio encuentren, no quiero que presencies tan desagradable escena.

—No comprendo, padre mío.

—Hija, me encuentro completamente arruinado.

—¿Pero qué? ¿de nada han servido los ciento cincuenta mil pesos que á esos hombres he entregado?

Tan inesperada pregunta sorprendió á Lafuente, y á su sorpresa siguieron explicaciones que yo suprimo por no repetir muchas de las cosas que sabemos.

Dichas explicaciones dieron por resultado la confirmación de las sospechas de la joven: D. Alvaro no se había presentado á D. Pedro: lejos de ello su procurador le había negado autorización para entenderse con él directamente y llevado á tal punto sus exigencias que D. Pedro se vió precisado á hacer una absoluta cesión de bienes.

Pero no había concluído todo.

D. Andrés, dependiente de D. Pedro, entró pálido y agitado, diciéndole:

—Señor, huya usted, ocúltese, haga en fin lo que crea más propio para no ser reducido á prisión.

—¿A prisión yo?

—¿A prisión mi padre?

—Sí señorita, sí, el procurador y los ministros de justicia vienen en busca de usted.

—¡En mi busca! ¿pero por qué?

—Aseguran que por conducto de su hija de usted ha logrado salvar de su quiebra ciento cincuenta mil pesos y se repite que esta quiebra es fraudulenta.

—¡Dios mío, qué va á ser de nosotros!—exclamó llorando Margarita.

—Y bien ,—contestó con dignidad D. Pedro,—aquí me encontrarán: no quiero justificar con mi fuga sus infamantes sospechas.

—Por todos los santos del cielo, señor,—repuso D. Andrés,—desista usted de su propósito y sálvese, por su hija de usted se lo ruego.

—Nunca, D. Andrés, nunca.

—Vea usted, señor,—continuó diciendo D. Andrés,—que esto es más grave aún de lo que se imagina.

—¡Qué quiere usted decir, D. Andrés! soy un hombre honrado y toda sospecha contra mi honradez comercial...

—Permítame, señor, que le interrumpa: no se trata como punto principal de su honradez de comerciante.

—¡Qué quiere usted decir, hable por Dios, D. Andrés, porque me vuelvo loco!

—Se dice que hace cuatro noches dió usted hospedaje en su casa á un jefe insurgente que algunos aseguran fué el mismo D. Nicolás Bravo.

—¡Mienten!

—Afirman que su hija de usted le condujo á esta casa y que usted tomó parte con él en la tentativa que se hizo para salvar de su prisión á D. Leonardo Bravo.

—¡Oh! padre mío, todo esto es una vil calumnia pero no está desprovista de algún fundamento: no sé quién sería mi salvador ni el hidalgo caballero que me sacó de la casa de D. Alvaro, pero no tengo duda en que era un hombre á quien importaba no ser cono-

cido. Mucho puede ser falso en lo que se dice, pero mi terror me dice que algo hay de positivo en ello.

—Julián,—contestó D. Pedro,—ni aun así me moveré de aquí: el hombre que á los insurgentes debe su ruina y cuantos infortunios pesan sobre él, podrá justificarse en esta ocasión como ya lo hizo al ser aprehendido con el Dr. Díaz.

Acababa de pronunciar D. Pedro estas palabras cuando en la escalera se escuchó rumor de precipitados pasos.

Un momento después apareció en la puerta un grupo de soldados, á su frente un oficial y á su lado en hábitos de sacristán el capitán Centellas, quien en voz alta dijo:

—¡Ese, ese mismo es; le reconozco bien, es el mismo que disparó contra mí cuando yo detenía en la puerta de la cárcel de córte á D. Leonardo Bravo!

Las voces de «traidor ¡miserable! date á prisión,» fueron por distintos labios repetidas y los soldados se arrojaron sobre Lafuente y Margarita muda de espanto y de terror.

## XVII

Imposible describir la confusión de que fué teatro aquella pacífica morada: atroces imprecaciones, no comprimidos sollozos, voces de muerte y venganza se oían por donde quiera en concierto desolador.

Mientras, tenían lugar en el escritorio escenas de otra especie: toda clase de ministriles, toda esa especie de rateros judiciales que como plaga se desprende sobre sus víctimas á la hora de un embargo, invadía y registraba la habitación y sus rincones en busca de ocultos escondites de dinero.

Aquello era un robo, un despojo, un asalto autorizado por la ley y hecho en nombre de la justicia y á la vista de sus magistrados.

D. Alvaro mismo, principal interesado en que se procediese con orden, pues todo aquello iba á ser suyo, no conseguía reducir al orden á aquellos miserables.

El remate había comenzado y cada objeto que al escritorio era llevado era inmediatamente vendido á precio vil.

En mitad de aquel desorden, fuertes aldabonazos se hicieron oir

en la puerta del zaguán al que acababan de bajar arrastrados por la tropa D. Pedro y Margarita, con los brazos bruscamente amarrados á la espalda.

Abierta la puerta mostráronse en ella un noble y anciano caballero, un negro que le acompañaba y algunos alabarderos de la guardia del virey.

El caballero, era el mismo D. Gabriel Yermo.

El negro nuestro antiguo amigo Carlos Cuarto.

—¿D. Pedro Lafuente?—dijo D. Gabriel.

—¡Yo soy!—contestó la víctima.

—Déjenle ustedes libre; ordenó Yermo mostrando al oficial un oficio del virey.

La orden fué inmediatamente obedecida, haciéndose extensivos sus efectos á la pobre Margarita que D. Gabriel y su padre se apresuraron á sostener, pues apenas podía mantenerse en pié.

Si en el zaguán habíase restablecido el silencio en cambio en el escritorio el ruido era infernal y haciendo coro con el, nuevos gritos se escucharon en la escalera donde aparecieron el negro Carlos y el capitán Centellas, sujeto este del cuello por aquél.

—¡Ayúdenme, ayúdenme!—¡gritaba el negro, que este bandido se me escapa!

Varios soldados acudieron á las voces, y el sacristán quedó sujeto, á la vez que el negro Carlos le decía:

—Amigo, partida ganada; saldo de cuentas, pronto te veré ahorcado.

Mientras eso sucedía, D. Gabriel, D. Pedro y Margarita habían entrado en el escritorio y dicho el primero:

—Señor D. Alvaro de Cervera, no pude entregar al dependiente de usted los ciento cincuenta mil pesos á que este documento se refiere, porque en él expresamente se dice que la Srita. D.ª Margarita Lafuente debía firmar su recibo en mi presencia.

D. Alvaro palideció, no acertando á pronunciar palabra.

D. Gabriel se dirigió entonces á la joven y poniendo en sus manos una pluma.

—Señorita,—le dijo,—ruego á usted tenga la bondad de repetir aquí su firma.

Cuando la joven lo hubo hecho D. Gabriel recogió el documento y sacando otro de su bolsillo le entregó á Margarita, añadiendo:

—Aquí está esa suma en un vale que será satisfecho en mi casa á su presentación.

La firma se entregó á D. Pedro y éste dirigiéndose al síndico dijo á su vez.

—Sírvase V. S. hacer constar en los autos, que con esta cantidad queda saldado el crédito que contra mí tiene el Sr. D. Alvaro de Cervera y libre yo de toda ulterior providencia.

Esta operación se hizo en medio del más absoluto silencio, y sin que nadie le interrumpiese, la mayoría de los circunstantes fué saliendo uno á uno concluído el acto.

D. Pedro se dirigió entonces á D. Gabriel y profundamente emocionado le dijo con elocuente laconismo.

—¡Gracias, mil gracias, caballero!

—No á mi Sr. Lafuente, no á mí,—contestó Yermo:—si quiere usted saber el nombre de su bienhechor se lo diré: llámase Carlos y es un pobre negro al servicio del señor conde de Orizaba; se me presentó esta mañana diciéndome que venía en un grupo de pasajeros que hace cuatro días fué asaltado por los bandidos en el Monte de las Cruces, y con cuyos pasajeros se acompañaba esta señorita: un criado de nombre Martín, que parece la acompañaba y fué mal herido por los bandidos, reveló al negro Carlos la existencia del documento de los ciento cincuenta mil pesos, recomendándole me viera y previniese por si algo intentaran los ladrones y, gracias á Dios, su aviso fué de suma utilidad: uno de mis dependientes, según parece, sorprendido diestramente en su buena fe, y autorizado por mí para disponer de toda mi confianza, fué inocente cómplice de una innoble acción, que gracias á Dios, lo repito, yo pude conjurar. Señor de Lafuente, urgentes ocupaciones me reclaman, me retiro, pues, pero antes suplico á esta señorita, se sirva aceptar esta letra en blanco contra mi casa, rogándole me dispense el favor de obligarle á usted á aceptarla, con el fin de facilitarle los medios de fomentar sus intereses, que pronto logrará usted sacar de nuevo á flote, en cuyo caso usted tendrá la bondad de hacer en mi casa la devolución de este préstamo.

Acción tan noble y generosa impuso de modo tal al padre y á la hija, que ni el uno ni la otra tuvieron fuerza para rechazar la merced ni aún para hacer salir de su anudada garganta ni una frase de gratitud.

D. Gabriel aprovechó aquel instante y desapareció con rapidez.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Dejo ya dicho que el bando terrorífico del virey, poniendo fuera de la ley, no sólo á todo prisionero insurgente, sino aún á los sospechosos de rebelión, había conmovido extraordinariamente los ánimos.

La decisión del cabildo eclesiástico de nó oponerse á un bando que echaba por tierra las inmunidades del clero, enardeció más y más las pasiones, y dió motivo para que sin embozo se arriesgaran á provocar conflictos los revolucionarios, que llamaré civiles, de la capital.

Se produjo uno de estos conflictos en la noche del domingo 5 de Julio en el Coliseo.

Era costumbre de la época que en uno de los entreactos un actor se presentase al público con el fin de darle conocimiento del programa de la próxima función y de todo aquello cuanto á los espectáculos pudiera referirse.

Desde antes de empezar la función de aquella noche habíanse notado que á ella asistiría extraordinaria concurrencia: la cazuela de hombres contenía una tercera parte más de los individuos que en ella podían caber cómodamente: Otro tanto pasaba en el *mosquete*, que parecía desde los *cuartos primeros* un desigual empedrado de humanas cabezas.

Los vendedores de dulces y aguas frescas podían apenas circular por los tránsitos, y mal que á los bandos de espectáculos pesase, el orden se mantenía con dificultad.

Nadie, sin embargo, estaba allí por amor al arte, simpatía hacia las actrices, ni deseo de recrearse con la comedia, bailes, ni tonadillas.

El mismo vestuario rebosaba de gente, y las cajas de los bastidores habían sido invadidas por toda clase de personas que se disputaban los lugares, sin que el director lograra obligarlas á retirarse y dejar el paso libre á los artistas.

Sólo éstos se ocupaban en sus quehaceres ordinarios, sin que esto quiera decir que sus quehaceres fuesen relativos á la representación.

Pocas veces los actores se ocupan de esto en noche de función. Sólo el galan repasa en su cuarto su papel.

Curioso está el galán visto de cerca; sofócase nuestro hombre debajo de su peluca y despiden chispas sus ojos tremendamente agrandados con rayas de carboncillo: dos inmensos rosetones de carmín, desvanecidos sobre un campo de harina de arroz, cubren sus mejillas: en la una mano tiene las barbas que su papel exige, y en la otra el papel, cuyas principales frases repite con violencia como si ellas tuviesen la culpa de no haberse fijado á primera lectura en su memoria.

La habitación es también curiosa, es un cuartucho de unas cinco varas en cuadro; dos de sus paredes, de mampostería carcomidas por el salitre; otras dos de mal unidas tablas pintadas al temple, lo mismo que la puerta que cuelga de tres visagras enmohecidas y próximas á desprenderse: cubre el piso una especie de lienzo hecho girones: personas antiguas en el teatro, afirman que el tal lienzo fué en remotos días una excelente alfombra; corre de pared á pared y á lo largo del cuarto una gruesa y ancha tabla cubierta con una lanilla roja con franja dorada: es la mesa: dos candelabros de plaqué, cada uno con más de un brazo roto, sostienen dos velas de cera encendidas; sobre esta mesa míranse multitud de objetos, pomos de aceite, esencias, pomadas y colores; un cacharrito con pinceles, otro con goma, cajas de polvos, cepillos, chucherías de tocador, tohallas, guantes, cajas de varios tamaños y hasta las chinelas que habrá de sacar en el segundo acto. Penden de una mala percha y diferentes clavos y á usanza de prendería, trajes de la época, camisas, calzoncillos, trusas y toneletes, espadas, puñales y sombreros: completan el mueblaje un espejo con marco que fué dorado, sobre la mesa: un sofá en regular estado, un sillón sin dos patas y un par de sillas sin respaldo.

Varios amigos del galán fuman y conversan mientras él estudia.

—Pero hombre,—le dice uno,—quieres dejar ya ese papel.

—Chico,—contesta el galán,—déjame que le dé una vistita.

—¿Pero qué, no te lo sabes?

—Qué me lo he de saber, hombre, apenas le llega á uno el tiempo para estudiar; me tienen frito á ensayos, no sale uno de estas malditas paredes desde las once de la mañana hasta las tres ó cuatro de la tarde, y eso para ir á comer de prisa y corriendo y arreglar la ropa y vuelta otra vez á las siete para vestirse para la función de la noche.

—Pero chico, á estas horas no aprenderás ya mucho.

—¡Psh! me entero de la situación, tengo buen oído y... á propósito: ¡Juan! ¡Juan! pero donde está ese muchacho que no viene. ¡Juan!

Juan es un galopín que sirve de mozo ó mandadero al actor: Juan llega al fin después de que han corrido la voz del galán, cuantos andan por el escenario.

—Pero muchacho,—le dice,—¿estará de Dios que nunca te encuentre cuando te necesite? vé á llamarme al Sr. García.

García es el primer apunte: acude y el galán le dice:

—Oye, García, cuidado con mi primera escena con la dama: levanta en ella la voz cuanto puedas, y sobre todo, habla claro, porque siempre que me apuntas parece que comes papas y te quemas.

—Bien esta D. Bartolomé.

—¿Ya vamos á empezar?

—¡Qué! si aún no está puesta la escena.

—¿Cómo?

—Sí: el Sr. Amador no quiere el sofá que le ha puesto el maquinista.

—Con permiso, señores,—dice éste que es un hombre en mangas de camisa con un martillo á la cintura y una bolsa de cuero llena de clavos.

—¿Qué quieres?—pregunta el galán.

—Que el Sr. Amador quiere que pongamos este sofá en lugar del que estaba ya en la escena.

—¡Este sofá para un salón regio!

—Así lo quiere el Sr. Amador.

—Pues dile de mi parte que se conoce que ha visitado pocos palacios.

—¿Pero me llevo ó no el sofá?

—Llévalo, hombre, llévalo, pero sensible es que un Director cometa tales anacronismos. ¡Ah! juro á ustedes que para la temporada que viene primero me muero de hambre que volverme á sujetar á la dirección de Amador. Aquí se atreverá él á ser primer actor: si yo formo compañía, ni para mi segundo habría de tomarle.

—Vamos, hombre, no digas eso: Amador no se avergonzaría de presentarse en los teatros de Parma, Nápoles y Burdeos.

—En esos puede, pero que vaya á Madrid y verá lo que es bueno.

—No digas eso, hombre, siempre estáis como perros y gatos.

—Hombre ¿si me querrás tú enseñar mi oficio? Sábete que juntos hemos sido partes de por medio y que sólo su osadía le ha hecho primer actor.

—Pero el público le aplaude.

—El público es un animal, hombre, y lo mismo entiende él de arte que yo de ser obispo.

—Pues cuando á tí te aplaude no dices eso.

—Mira, chico, cuando á mí me aplaude el público es porque echo el alma en mi papel y me le impongo; que no en balde llevo diez años de quemarme las cejas estudiando.

La campanilla de prevención puso término á este incidente que, créanlo ustedes, iba á tomar mal camino, pues basta no estar de acuerdo con un actor que critica á un compañero suyo, para que estos hijos del arte le despachen á uno en hora mala.

## XVIII

A su debido tiempo el encargado de dirigir la voz al público salió á anunciarle que ingresaban de nuevo á la compañía dos de sus actores de segundo orden.

Estos actores no tenían de notable otra cosa que haber sido reducidos á prisión días antes por sus opiniones favorables á los insurgentes.

Nada que les perjudicase resultó de su causa y la Junta de seguridad los declaró libres.

Con tan fútil pretexto los revolucionarios *teóricos*, que han sido después llamados *hojalateros* por el vulgo, formaron base para una especie de pública manifestación, y al anunciarse su vuelta á la compañía, tres nutridos y prolongados aplausos resonaron en la sala.

Los españoles y europeos pretendieron imponer silencio, y entre sus *ceceos* y alguna que otra voz mal sonante, los aplausos volvieron otras veces á repetirse.

Aquello pudiera haber concluído mal si no se le hubiere ocurrido á uno de los espectadores lanzar un «Viva el Rey.»

Nadie se atrevió á dejar de contestar el *viva*, y los europeos se

tranquilizaron con esta contra-manifestación y el espectáculo concluyó sin otro incidente.

El del teatro fué, sin embargo, bastante significativo para que el virey no buscase ocasión de contrarestar su efecto.

Se la ofreció excelente el clero secular, cuyos individuos en número de ciento diez presentaron al cabildo una representación reclamando su protección en favor de la inmunidad conculcada por el bando de 25 de Junio.

Apenas Venegas tuvo noticia de ello, ofició al cabildo pidiéndole la representación, y éste se la remitió con el parecer del promotor fiscal Dr. Sánchez, quien la calificaba de asonada antipatriótica. Así lo confirmó el Real Acuerdo dictando la prisión del autor del escrito y ordenando se llamase á los firmantes ante la Junta de Seguridad para que en su presencia ratificasen sus firmas: retractáronlas quince de ellos y hechas averiguaciones se supo haber sido escrito el papel por el Lic. D. Bernardo González Angulo, asesor de artillería, con la sola colaboración de otro Lic. Villalpando: éste fué reducido á prisión y aquél, avisado á tiempo, tuvo lugar de ocultarse y no pudo ser habido. El resto de los firmantes protestó ante la Junta de Seguridad su sana intención, y aun el Dr. Medrano, cura de San Miguel, se comprometió á redactar una contrarepresentación que no llegó á legalizarse por haber exigido el oidor Bataller, presidente de la Junta, que se hiciera constar en ella un juramento de odio contra el Sr. Morelos, lo cual con justicia se estimó que nada tenía que ver con el asunto. Salieron entonces varios papeles, y hasta tomos en cuarto, contra y en favor de los reclamantes, y acabó el asunto, como tantos entre nosotros, por caer en el olvido.

D. Ciriaco del Llano, después de haberse apoderado, como ya dije, de Orizaba y derrotado en Aculcingo á varias partidas que quisieron oponérsele, entró el día 5 en México con un convoy de varios efectos, entre ellos tabaco y papel para la fábrica de México, donde hacía tiempo escaseaba.

Con la llegada de Llano cayeron por su base los alarmantes rumores que corrían con motivo de hacer en aquella fecha casi tres meses que se carecía de noticias de Veracruz: según estos rumores, todas las poblaciones del camino de la capital al primer puerto, habían caído en poder de los insurgentes y unídoseles en algunas los españoles, haciendo causa común contra el virey.

No era esto verdad, pero sí lo fué que el lunes 13 de Julio llegó ante los muros de Huajapan el Sr. D. José María Morelos.

El coronel D. Valerio Trujano hallábase en ella en el mayor aprieto, y tanto que, desesperado de todo humano auxilio, hacía en aquellos momentos una novena al «Señor de los Corazones,» imagen que se veneraba en la parroquia del lugar.

En cuanto Trujano, dos días antes del 13, recibió el aviso por medio del siempre fiel indio Noyó, que una vez más burló á los sitiadores y penetró en la plaza, se entregó al más grande regocijo, celebrando la plausible nueva con salvas, músicas y repiques.

Régules, que estas señales vió desde su campo, creyó oportuno celebrar una junta de guerra, en la que propuso levantar el sitio, á lo que Caldelas, bizarro oficial español, respondió llamándole cobarde é invocando el patriotismo de los demás jefes.

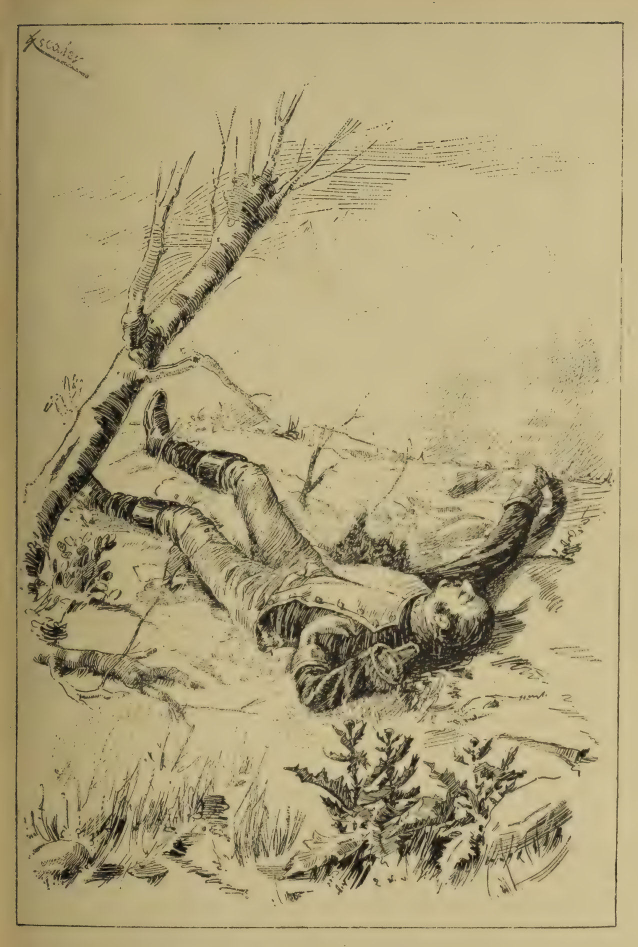
Al siguiente día atacó en su campo á los realistas D. Miguel Brabo, pero fué por ellos rechazado y aun perdió dos cañones, pero el susodicho 13, el gran caudillo cayó como una tempestad sobre ellos, á la vez que Trujano hacía una vigorosa salida: los insurgentes obtuvieron un completo triunfo, cayendo en su poder toda la artillería enemiga, armamento y pertrechos, haciendo ciento sesenta prisioneros.

Régules huyó cobardemente á los primeros tiros, y el valiente Caldelas murió como un héroe atravesado á lanzadas y gritando mientras tuvo voz *Vivas á España.*

Tal fué la violencia con que Régules huía, que ni tiempo tuvo de ver cruzada en su camino una rama de árbol y contra ella se dió un terrible golpe y vino á tierra arrojando sangre por la boca, en cuya situación le encontró un soldado que en ancas de su caballo le puso en salvo conduciéndole á Yanhuitlan.

Multitud de otras pequeñas acciones parciales habían tenido lugar también en aquella segunda quincena de Julio; pero todas ellas fueron tan insignificantes que no merecen casi ser citadas. Algo diré, no obstante de García Conde, que el día 28 de Junio salió de México con un convoy para el interior.

Daré á mis lectores una idea de lo que eran los convoyes de aquel tiempo: el que García Conde conducía estaba compuesto de cinco mil cuatrocientos treinta tercios de efectos de la Real Hacienda; seis mil doscientos setenta y dos de particulares; setenta y



Tal fué la violencia con que Régules huía...

nueve coches con pasajeros, llevando seiscientas treinta y dos mulas de remuda y con equipajes: ciento treinta asnos cargados y cinco mil novecientas veinte personas entre tropa, arrieros y pasajeros: el convoy tardó en salir de México siete días y ocupaba en el camino una extensión de cuatro leguas.

La marcha del convoy fué lenta, y la estación de aguas, entonces en toda su fuerza, aumentó extraordinariamente los obstáculos del camino.

Conforme García Conde fué avanzando hacia el teatro de sus recientes triunfos sobre Alvino García, pudo irse enterando de que el Bajío no disfrutaba ni la seguridad ni la paz anunciadas por Iturbide. Faltaba Alvino, era verdad, pero le reemplazaban Cleto, Camacho, Salmerón y otros, y á más habíaseles unido, en representación de la Junta, el miembro de ella Liceaga, acompañado del Dr. Cos y del antiguo secretario de la misma D. Remigio Yarza.

Desde Querétaro á donde con dificultad llegó García Conde, salió destacado contra los insurgentes del Valle de Santiago, don Agustín Iturbide, que entonces estaba de fortuna, y no sólo los desbarató sino que en poco estuvo que cayesen en sus manos Liceaga y el Dr. Cos el día 24 de Julio.

El mismo día D. Ciriaco del Llano, que había salido de Puebla el 5, determinó salir de Jalapa en auxilio de Veracruz, que se encontraba completamente cercada por los insurgentes, al grado de que no habían podido salir de ella los batallones de infantería de Castilla procedentes uno de España y de Campeche otro: antes de pasar al puerto tuvo Llano que salir contra una pequeña junta revolucionaria que varios jóvenes habían formado en Naulingo, y sin gran trabajo la desbarató.

El jefe realista encontró minado el puente de Plan del Río con catorce barrenos que no llegaron á dispararse, y en el del Rey tuvo que desalojar á una partida, de un parapeto detrás del cual se guarecía: habiendo hecho algunos prisioneros, mandó fusilar cuatro de ellos y colgar sus cadáveres en los cuatro extremos del puente.

El 29 acampó en la Hacienda de Santa Fe, viéndose molestado en todo el camino por partidas volantes y se preparó á entrar el 30 en Veracruz.

En la tarde del 29 había tenido lugar en el puerto un suceso doloroso que por su importancia merece capítulo aparte.

Ocupémonos, pues, de él.

## XIX

Yo creo que no todos mis lectores habrán olvidado á D. José Mariano de Michelena, que, siendo teniente del regimiento de infantería de la Corona, fué el primero en reducir á un plan formal y realizable las ideas independientes que comenzaron á surgir del general descontento que reinaba en Nueva España por los años de mil ochocientos nueve á diez.

De ello hablé en el segundo tomo de mis Episodios.

Fracasada aquella intentona, Michelena fué procesado y conducido á Veracruz y arrojado en un horrible calabozo del castillo de San Juan de Ulúa.

Horrible sí, porque no sólo era subterráneo, sino también *submarino* como dice un autor, queriendo significar que se hallaba más bajo que el nivel de las aguas del mar.

A pesar de estar abierto en la roca, las filtraciones eran tan grandes que el pobre prisionero se veía obligado á no bajar nunca de la tarima destinada á servirle de duro y miserable lecho.

Aquella humedad espantosa redujo su salud á un estado tal de enfermedad, que los mismos carceleros encargados de su custodia se movieron á compasión.

El gobernador de la fortaleza solicitó entonces del de la plaza permiso para sacar de su calabozo á Michelena y alojarle en la habitación de su ayudante bajo la estrecha responsabilidad de éste.

Obtúvose el permiso, y Michelena volvió á ver la luz del día y á tener comunicación con las gentes, y su salud comenzó á reponerse.

Más desventurado que él, un sacerdote, D. Gregorio Cornide, acusado de hallarse en correspondencia con los insurgentes, fué también conducido á San Juan de Ulúa y concluyó por perder el juicio en su calabozo.

Michelena había sido un bravo oficial, altamente simpático y

querido por sus compañeros, y su desgracia le atrajo el cariño de todos los militares de la guarnición, que poco á poco fueron permitiéndole ser visitado por sus amigos y conocidos del puerto.

Distinguíase entre ellos un joven en extremo amable é instruído llamado D. Cayetano Pérez, empleado en la contaduría de la Real Hacienda; su carácter franco y honrado le había hecho popular en la ciudad con cuyas principales personas mantenía estrechas relaciones; sus amigos José Evaristo Molina, José Ignacio Murillo, Bartolomé Flores, José Nicasio Arizmendi y José Prudencio Silva, lo eran también de Michelena, y por ellos supo éste el curso que había tomado la revolución, limitada en sus primeros tiempos al asesinato de españoles y despojo de sus intereses.

De otro modo habíala concebido Michelena y así hubo de decírselo á sus amigos, y al explicarles sus primitivos planes, con tal elocuencia lo hizo, que en aquel grupo de jóvenes surgió la idea de la regeneración del alzamiento.

Todo fué poco á poco concertándose y vino á quedar determinado que en día fijo se apoderarían del castillo, obligando á rendirse á los buques de guerra anclados bajo los fuegos de la fortaleza, mientras que Pérez, con el resto de los conjurados, se haría del muelle y los baluartes de la plaza.

Para esto era preciso ganarse la voluntad del comandante de artillería D. Pedro Nolasco Valdés, y el éxito correspondió á los afanes de aquellos osados jóvenes, porque Valdés dió su consentimiento.

Esto conseguido, los conspiradores estimaron seguro su triunfo, máxime cuando Michelena conocía á todos los oficiales del tercer batallón fijo, por haber sido él el encargado de organizarle.

Pero aquel era tiempo de traiciones y una de ellas dió noticia de la conspiración á las autoridades; D. Cayetano Pérez fué reducido á prisión y sometido á un tribunal formado por los capitanes de patriotas, todos europeos: Pérez y cinco de sus compañeros, Molina, Murillo, Flores, Arizmendi y Silva fueron condenados á muerte por el tribunal presidido por el brigadier Moreno Daos, recientemente llegado de España.

La prisión de Pérez tuvo lugar el miércoles 18 de Marzo de 1812.

Viéndose perdidos Pérez y sus camaradas tuvieron el heroismo

de no comprar con sus delaciones el mejoramiento de su suerte, y sólo Molina acusó de complicidad á Michelena; no fué esto lo bastante para probarlo, y Michelena salvó la vida, si bien se le desterró á España con otros presuntos reos, haciéndole salir en uno de los buques surtos en la bahía.

Con toda oportunidad se recibió en Veracruz el indulto otorgado por las Córtes españolas á todos los reos de infidencia en los dominios de España, y la infeliz madre de Pérez quiso hacerle valer en favor de su hijo, y obtuvo que la ejecución se suspendiese continuando los reos en prisión y cargados de grillos.

Pero el mariscal Urrutia, gobernador de la plaza, se vió obligado á salir de Veracruz para ir á ocupar su alto puesto de capitán general de la isla de Santo Domingo, cuyo nombramiento acababa de recibir, y entró á sustituirle el coronel D. Juan María Soto, hombre pusilánime y falto de toda energía.

A él acudieron los españoles, que sin piedad alguna y con bárbaro rencor, querían dominar la rebelión con sangrientos espectáculos: exigiendo y amenazando, lograron de Soto que diese la orden fatal, y así mismo se lo dijo al hermano de Pérez derramando indignas y cobardes lágrimas.

En consecuencia, en la tarde del 29 Julio fueron pasados por las armas Pérez, Molina, Murillo, Flores, Arizmendi y Silva, primeras víctimas de la independencia mexicana sacrificadas en Veracruz.

Llano entró en Veracruz el día siguiente y tuvo muy á mal que no se le hubiera esperado para resolver sobre la suerte de aquellos infelices, cuya ejecución consideró tan sanguinaria como inútil y contraproducente.

Pero ya no había remedio, y otras graves atenciones reclamaban su solicitud: era la principal de ellas la que le exigía la salvación de los soldados españoles del regimiento de Castilla, que no habiendo podido, aunque lo intentó, salir de Veracruz, había quedado reducido á la mitad de sus plazas á consecuencia del vómito que en ellos habíase cebado.

Fué, pues, su primer cuidado, hacerlos salir inmediatamente para Jalapa, con cuyo fin les proveyó de los bagajes indispensables el comerciante de Veracruz D. Juan Bautista Lobo.

Creyó García Conde, á quien dejamos en Querétaro con su con-

voy, que gracias al triunfo de Iturbide sobre las fuerzas de Camacho, Salmerón y Liceaga en Valle de Santiago, podría continuar sin peligro su marcha, pero el día 7 de Agosto en el punto de Baltierrilla, á la entrada de Salamanca, fué vivamente atacado y perdió cuatrocientas mulas con efectos, y tuvo gran número de heridos y muertos.

Terminado con el oportuno y feliz auxilio del Sr. Morelos, el sitio de Huajuapan, que había durado ciento once días, permaneció en la población hasta principios de Agosto, ocupándose en organizar sus fuerzas y dar aplicación al botín que hizo con la derrota de los realistas, consistente en catorce cañones, más de mil fusiles, mucho parque y cantidad de víveres y algún dinero.

Allí organizó también con los defensores de Huajuapan un regimiento que llamó de «San Lorenzo,» porque habían estado expuestos al fuego por todos lados, y nombró su coronel al heróico D. Valerio Trujano.

Hecho esto, y dejando para más tarde la toma de Oaxaca que su victoria en Huajuapan le facilitaba extraordinariamente, salió con todo su ejército para Tehuacan de las Granadas, donde entró enmedio de vítores y aclamaciones el día 10 de Agosto.

Volvió á ver á allá su valiente amigo D. Mariano Matamoros, que se le presentó á darle cuenta de sus triunfos en las inmediaciones de la hacienda de Santa Clara y después en Izúcar. Hizo también desfilar ante su general su terrible regimiento de San Pedro, cuya bandera estaba formada por un gran paño negro con una cruz roja y un letrero que decía: «Inmunidad religiosa» todo ello alusivo al bando del virey, de 25 de Junio, que desaforaba á los eclesiásticos que tomasen parte en la revolución.

Con Matamoros estaban D. Manuel Terán y el Lic. D. Juan Nepomuceno Rosains, á quien el Sr. Morelos nombró auditor de guerra.

Rosains, del cual á su tiempo dijimos que el día 5 de Abril se había lanzado á la revolución por sugestiones del cura de San Salvador D. José Rafael Tarelo, estuvo á punto de perecer á manos de éste, que era, á pesar de los hábitos, un desalmado bandido.

El suceso fué que temeroso más que otro alguno el padre Tarelo, de no poder hacer frente á las tropas que en su persecución habían salido de Puebla, escribió al obispo Campillo, pidiendo

por su mediación su indulto y el de otro cura su compañero llamado Amador.

Sabido esto, por la gente de armas y temiendo que se pretendiese venderla, otros dos bandidos, Machorro y el franciscano Ibargüen, se echaron sobre Rosains y D. Rafael Argüelles, rico comerciante de Orizaba y poniendo en prisión al padre Tarelo, dispusieron que Rosains y Argüelles fueran fusilados: aquellos tres hombres defendiéronse con tal desesperación que hirieron á Machorro y pusieron en fuga al franciscano Ibargüen, pero Tarelo se volvió contra Rosains y se apoderó de él y le entregó á Arroyo, que mandó darle la muerte en Tepeaca, salvando su vida gracias á los ruegos é influencias de algunos vecinos, pero quedando en prisión y con grillos en los piés.

La hacienda de la Rinconada, propiedad de Rosains, fué atacada y destruída por los bandidos, y la familia del licenciado estuvo á punto de haber sido barbáramente sacrificada.

La víspera de que Arroyo fuese desalojado de Tepeaca el 30 de Mayo, por las tropas de Llano, Rosains con los brazos amarrados á la espalda y al cuidado de un bandido llamado «El Bendito,» fué encerrado en un calabozo en la hacienda de San Gerónimo y conducido después á Tepeji, allí permaneció treinta y dos días entre la vida y la muerte, hasta que en virtud de una orden de Morelos se le puso en libertad que él aprovechó para presentarse á Matamoros en Izúcar.

Aquellos miserables bandidos que, campeando por su cuenta y consagrados tan sólo al crimen, el robo y el asesinato, nada ni nadie reconocían, lo mismo cebaban su infame saña en los realistas que en los insurgentes.

Matamoros comisionó á Rosains en Izúcar para que con fuerzas competentes persiguiera á los ladrones y bandidos que desacreditaban la causa nacional, y esto le proporcionó ocasión de tomar cumplida venganza del padre Tarelo.

## XX

Fatalmente empujado por las circunstancias á levantarse contra la administración española, D. Bernardo Gutiérrez de Lara, vecino

de la aldea de Revilla en las orillas del Río Bravo, tuvo el triste privilegio de ser el primer mexicano que dió pretexto á los disgustos y reclamaciones que más tarde habían de poner en manos de la absorbente república de los Estados Unidos la mitad del territorio nacional.

Lara huyó del lugar de su residencia en la provincia de Nuevo Santander, hoy Tamaulipas, cuando en Junio de mil ochocientos once la ocupó y pacificó el comandante realista Arredondo.

Habiendo pasado á los Estados Unidos, solicitó Lara auxilios de aquel gobierno, que amplios se les ofreció, con la condición de que las provincias en que lograra establecerse reconociesen su protectorado. Lara rechazó indignado tal propuesta, pero solicitó el auxilio de un buen número de aventureros, casi quinientos, y con ellos invadió el territorio de su patria, apoderándose el martes 11 de Agosto de 1812 de la villa de Nacodoches, que encontró abandonada, pero no debemos por ahora ocuparnos de este asunto que sólo he querido hacer constar según la fecha que le corresponde en el orden cronológico de los sucesos.

Fué notable el día 13 de Agosto de aquel año por haberse dejado de celebrar en él por primera vez en un período de doscientos noventa y un años, la tradicional fiesta ó *paseo del pendón*, con cuya ceremonia se conmemoraba que el 13 de Agosto de mil quinientos veintiuno, día de San Hipólito, patrono de la ciudad, habíase apoderado de ella el ejército al mando de Hernán Cortés.

Este paseo se suprimió por decreto de las Córtes españolas fecha 7 de Enero de mil ochocientos doce, con el fin, según dicho decreto, «de hacer desaparecer todo acto de inferioridad en las provincias de Ultramar que pudiera considerarse como monumento del antiguo sistema de conquista y de colonias.»

Consistía principalmente esta ceremonia en que en la víspera del día 13, por convite previo del ayuntamiento se reunía en las Casas Municipales cuanto de noble y principal en personas encerraba la ciudad, y con el pendón real, que era una bandera de seda con las armas de España bordadas con oro, iban los regidores á buscar al virey y se encaminaban todos á la iglesia de San Hipólito, en la que se celebraba una función religiosa. El ayuntamiento regalaba en esta ocasión al virey y á los oidores un sombrero y unos guantes nuevos, y todo terminaba con un abundante refresco.

Pero volvamos al Sr. Morelos, quien situado en Tehuacan amenazaba desde aquella posición que el haberla tomado revelaba un grande instinto militar, las ciudades de Oaxaca y Orizaba y el camino de Veracruz.

Uno de sus numerosos espías puso en su conocimiento que Dávila, gobernador de aquel puerto, había hecho salir de él á D. Juan Labaqui con objeto de conducir á México una gran cantidad de correspondencia de España allí detenida desde hacía muchos meses, y de llevar á su regreso ciertos víveres y efectos que escaseaban por la interceptación casi absoluta del camino.

No era militar de profesión D. Juan Labaqui, pero habíase acostumbrado á los combates luchando por su patria, como un león, contra los franceses, en las gloriosas campañas de mil setecientos noventa y tres: hallándose en Veracruz fué nombrado capitán de una compañía de tiradores de patriotas voluntarios, y nunca dejó de distinguirse como hombre valiente y decidido, y siempre fué dechado de patriotismo y honradez. Dávila puso á las órdenes de Labaqui trescientos infantes del batallón de Campeche, sesenta caballos y tres cañones ligeros.

Con tan reducida fuerza salió de Veracruz y hasta llegar á Orizaba tuvo diversos encuentros con los insurgentes, quedando en todos vencedor: pasó sin dificultad las cumbres de Aculcingo y se detuvo para dar descanso á sus fatigadas tropas en el pueblo de San Agustín del Palmar.

Las más distinguidas figuras del partido insurgente se hallaban con el Sr. Morelos en Tehuacan, y entre todos distinguíase por su juventud y arrogante presencia el simpático caudillo mexicano D. Nicolás Bravo.

Sólo él parecía triste y meditabundo en aquella reunión de hombres notables.

Todos comprendían y respetaban la causa de su dolor.

D. Leonardo Bravo era su padre y sobre su cabeza estaba suspendida una sentencia de muerte, que aun no había sido ejecutada por el gobierno vireinal, con la esperanza de que D. Nicolás aceptase el indulto que se le tenía ofrecido.

D. José María Morelos le había autorizado para todo, aun para aceptar el indulto, si sólo este medio era capaz de salvar la vida de D. Leonardo.

Nadie podía dudar, según el mismo dijo más adelante, que D. Nicolás estaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio para salvar la vida de su padre en su prisión, y más teniendo como tenía permiso de su



D. Nicolás Bravo

general para hacerlo, pero dudaba de la buena fe del virey y esta duda y el amor á su patria le hicieron desistir de libertarlo por aquel medio.

¿Había intentado otros?

Nadie lo sabía, pero no puede dudarse que los intentó, porque en aquella alma grande y generosa se abrigaban todas las virtudes y no podía faltarle la que es un deber filial; el amor á nuestros padres.

Nada consta, sin embargo: con nadie se explayó jamás sobre este punto: fué hombre demasiado orgulloso en su dignidad para haber descendido nunca á demostrar lo que nadie tampoco podía negarle, que siempre cumplió con sus deberes.

D. José María Morelos buscó entonces para él una distracción digna del héroe, sabedor de la proximidad de Labaqui, designó á D. Nicolás para que fuese á atacarle.

D. Nicolás aceptó este honor con marcadas muestras de reconocimiento, y poniéndose al frente de la fuerza que se le designó y acompañándole D. Pablo Galeana y D. Ramón Sesma, salió de Tehuacan á las nueve de la noche del 18 de Agosto.

Más de uno de los soldados que le veían salir, se cuenta que derramaban lágrimas como si ya no hubieran de volver á verle.

El general preguntó á alguno la causa de sus lágrimas y se refiere también que el soldado contestó:

—¡Temo, mi general, que D. Nicolás vaya á hacerse matar por Labaqui!

Toda aquella noche caminaron los insurgentes sin darse un punto de reposo, y á las once de la mañana del día 19, sus fuerzas se avistaron con los realistas, que sin tiempo para más, pues el ataque comenzó inmediatamente, se fortificaron en tres casas de la calle principal de San Agustín: una reserva de las fuerzas independientes se apoderó del cerro del Calvario y otra tomó las casas contiguas á las ocupadas por Labaqui: éste se vió al fin reducido á una sola y en ella se sostuvo hasta el día siguiente, en que las tropas de Bravo cargaron con violencia al arma blanca y sin amedrentarse por los disparos de un cañón situado en el zaguán de la casa con tanto heroismo defendida por los realistas: la resistencia era ya imposible, pero Labaqui no desmayaba. y al salir á dar el ejemplo á sus soldados que iban retrocediendo, el capitán insurgente Palma, jefe de los negros costeños, le dividió en dos partes la cabeza: viendo su muerte, los realistas se rindieron á discreción, quedando en poder de Bravo tres cañones, trescientos fusiles, la correspondencia sacada del Puerto y doscientos prisioneros que envió con una escolta á la provincia de Veracruz.

D. Nicolás volvió á Tehuacan á presentar á Morelos la espada del heróico Labaqui y el caudillo le hizo salir inmediatamente para la provincia de Veracruz, nombrándolo general en jefe de todas las fuerzas de aquel rumbo: también le dijo en aquella entrevista que iba á dirigir un oficio al virey proponiéndole el cange de ochocientos prisioneros españoles por la vida de D. Leonardo, lo cual no dudaba que sería admitido.

Bien distante estaba el virey de imaginarse que tal descalabro hubiesen sufrido sus fuerzas, de las cuales ni un solo soldado escapó que pudiese haber dado la noticia. Otros y no pequeños cuidados le desvelaban: el tesoro había sido agotado en tan larga y destructora lucha civil, y con el fin de arbitrarse recursos, se celebraron bajo la presidencia del mismo Venegas y en los días 19 y 21, dos juntas de Hacienda, en la segunda de las cuales se resolvió que se gravasen con un nuevo impuesto todos los efectos de primera necesidad sin exceptuar los anteriormente almacenados, decretándose otras semejantes medidas, todas vejatorias, pero que sin embargo fueron preferidas á la que propusieron los comerciantes, reducida á hacer un descuento de una tercera parte en los sueldos de los empleados de la administración.

Tanto se han conservado los abusos de esta especie en nuestro país, que al hacer referencia á los de aquel tiempo sólo parece que escribimos la historia de la época presente.

En los Llanos de Apam pululaban de un modo extraordinario las partidas insurgentes que pudiéramos llamar independientes: una de ellas, de la cual ni el nombre de su jefe se supo, se acercó el día 23 á Atotonilco el Grande que los patriotas de Llorente defendían, y no pudiendo apoderarse de la población se retiraron prendiendo fuego á los suburbios.

D. Ignacio Rayón se había trasladado según lo convenido en la última reunión de la Junta de Sultepec, á su patria Tlalpujahua; bien secundado allí por sus hermanos D. Ramón, D. Rafael, don José María y D. Francisco se ocupó en hacerse de armamento, en organizar fuerzas, en fundir artillería y en fortificar los cerros del Gallo y de Nadó, trabajándose especialmente en estas últimas obras con acierto y actividad.

El día 26 de Agosto D. Ignacio salió de Tlalpujahua con dirección á Huichapan con objeto de tener algunas conferencias con

los Villagranes, de cuya adhesión á la causa de la independencia tenía sin duda más de un motivo que justificase su desconfianza.

## XXI

En camino para Huichapan y en la hacienda de Tepustepec fueron entregados á D. Ignacio unos cien prisioneros hechos por su hermano D. Ramón en un paraje llamado el Salitre y en Jerécuaro el día 2 de Setiembre.

Entre estos prisioneros se encontraban dos españoles y el comandante realista D. José Mariano Ferrer, hermano del Lic. don Antonio, autor y jefe de la conspiración del 3 de Agosto de 1811 contra Venegas.

Este D. José María, lejos de haber opinado nunca como su hermano, fué un cruel perseguidor de insurgentes y tenía aterradas á las gentes de los alrededores de Jerécuaro y aun de Marabatío por su severidad y sangrientos castigos.

D. Ignacio juzgó oportuno quitarle de en medio y el día 4 de Setiembre hizo fusilar á Ferrer, á los dos españoles y á otros cinco soldados más, incorporando á sus fuerzas el resto de los prisioneros.

El mismo día 5 de Setiembre en que el capitán D. Manuel Pardo rechazaba á los insurgentes que habían tenido el atrevimiento de atacarle en el pueblo de Apam, entró en México un convoy sacado por Llano de Veracruz, conduciendo cuarenta y dos cajones de correspondencia de España, papel para la fábrica de cigarros, y varios efectos de particulares: Olazabal se le unió en Perote con los piquetes de tropas españolas que allí habían quedado y habiendo sabido que en el Carmen habían sido interceptadas sus comunicaciones al virey, mandó quemar el pueblo para que no volviese á servir de abrigo á los insurgentes.

Abiertos los cuarenta y dos cajones de correspondencia, en uno de ellos se encontró y fué entregada al virey el día 6, la nueva Constitución española y la orden para que en México fuese publicada.

Como sea que dicha Constitución habrá de ocuparnos muy extensamente en el tomo que seguirá al que recorriendo están mis lectores, dejaremos por ahora este asunto que no será en verdad

de los menos curiosos y provistos de incidentes dignos de especial mención.

Nada violento hay en esta determinación, pues el suceso revestía tan nuevos y graves caracteres é iba á ofrecer su aplicación tantos obstáculos, que Venegas resolvió ocultar su recibo mientras tanto consultaba con el Real Acuerdo la manera y forma de hacer la publicación, sin riesgo de lanzar á la Nueva España en mayores dificultades y trastornos.

Por estos mismos días, es decir, el 9 de Setiembre, D. Agustín Iturbide daba comienzo á una feliz campaña contra las tropas del Dr. Liceaga, miembro de la antigua junta de Zitácuaro y general en jefe de las fuerzas insurgentes de las provincias del Norte.

Vistas las dificultades que para ejercer su cargo de vicario castrense había encontrado el Dr. Cos, Liceaga le nombró en compensación su segundo en el mando de la provincia de Guanajuato y el doctor estableció su cuartel general y centro de operaciones en el pueblo de Dolores.

Liceaga que sin duda no se consideraba apto para combatir á campo raso se retiró á la laguna de Yurira en cuyo centro hay dos islotes, el mayor de los cuales mide unas mil varas de circunferencia.

Liceaga los unió por medio de una calzada de tres varas de ancho, cercándolo todo con un murallón de piedra de dos varas de altura, circundado por un foso y estacada entretejida con espinos.

Según los partes de Iturbide, de quien toda esta descripción está tomada, defendían el islote mayor setenta y un merlones y sesenta y cuatro el menor.

Dentro del recinto fortificado hizo Liceaga construir varias galeras para fundición de cañones, fábrica de pólvora y acuñación de moneda, y con la tropa que estimó necesaria se situó en ella dándole el nombre de *Isla Liceaga*.

Serias dificultades ofrecía el ataque de tal isla, por más que no fuese inexpugnable como según parece creyó su fundador, y con el fin de hacerlas menores dispuso Iturbide limpiar de insurgentes las orillas de la laguna á cuya operación le dejaremos por ahora entregado.

El Sr. Morelos se ocupaba mientras tanto en Tehuacan en tomar acertadas disposiciones de buen gobierno, distribución de tropas y ascensos de su oficialidad, y hé aquí como curioso documen-

to la carta que en 12 de Setiembre de aquel año dirigió á D. Ignacio Rayón como presidente de la Junta:

«Porque las vicisitudes de la guerra son varias y mi segundo el brigadier D. Leonardo Bravo está en México, he nombrado mariscal al Lic. D. Mariano Matamoros, cura de Jantetelco, por el mérito que en este año ha contraído organizando una brigada en Izúcar y defendiendo aquella plaza, á más de lo que trabajó en Cuautla y otros, á que se agrega su talento y letras: por cuyo motivo lo he dado á reconocer por mi segundo, y á quien deberán ocurrir todos y en todo lo de mi encargo en mi fallecimiento ó prisión *quod absit.*

«Hace pocos días que lo he nombrado brigadier de la sexta brigada que en Izúcar está acabando de organizar y completar, pero su mérito y aptitud exige este último grado en las presentes circunstancias, pues aunque el brigadier de la primera brigada don Hermenegildo Galeana, ha trabajado más y es de más valor, pero le falta aquella aptitud literaria que recompensa en el otro el menos trabajo personal.

»Sin embargo, el expresado Galeana, por su valor, trabajo y bellas circunstancias, es acreedor al grado de mariscal, y por lo mismo se lo he conferido en recompensa de sus fatigas y para componer el juicio de los hombres y prohibir una dispersión ó desavenencia en caso fortuito.»

El día 13 de Setiembre D. Ignacio Rayón hizo su entrada en Huichapan y del siguiente modo la describe su secretario en diario que llevaba de la marcha:

«Concurrió á su entrada un gentió numeroso y tanto la tropa como el vecindario de aquella población benemérita, demostraron las virtudes que caracterizan á un pueblo amante hasta el extremo de sus legítimas autoridades y altamente poseído del amor más respetuoso hacia la digna persona de S. E. quien recibió con sumo interés estas pruebas realizadas de subordinación y fidelidad.

## XXII

Recuerdo bien la pintura que se me hizo de la indignación general con que se supo en México la muerte de Labaqui y total derrota de su pequeña división.

—Ahí tienen ustedes lo que son los insurgentes,—se repetía en todos los círculos.

—Gentes sin fe ni consideración hacia nadie.

—Justo; ni á ellos mismos.

—¿Pero se sabe de un modo positivo que D. Nicolás Bravo mandase el cuerpo que sorprendió á Labaquí?

—No cabe lugar á duda.

—¿Pero cómo no se ha sabido cosa alguna hasta hoy?

—Porque ni un solo realista pudo salvarse.

—¿Cómo? ¿murieron todos?

—Parece, según se dice, que murieron cuarenta ó cincuenta, pero el resto fué hecho prisionero.

—Sí, y enviado con una escolta á la provincia de Veracruz, que es según parece la localidad en que operará D. Nicolás.

—Vaya usted á saber que pretenderá hacer con ellos.

—Conservarlos en rehenes mientras se decide la muerte de don Leonardo Bravo.

—Como que se ha recibido un oficio de Morelos ofreciendo al virey ochocientos prisioneros españoles por la vida de don Leonardo.

—Hace mal el virey en hacer formal á Morelos.

—¿Por qué?

—Porque Morelos no cumplirá su palabra.

—Hombre, eso quien sabe; no hay razón para sospechar...

—Si la hay; desengáñese usted.

—Creo que le ciega á usted la pasión.

—¡Qué pasión ni que ceguedad he de tener yo!

—Repito que...

—Pero hombre, el apasionado y el ciego es usted. Los insurgentes carecen de todo noble sentimiento, se han propuesto estermінarnos á todos los españoles, y si la fatalidad les ayuda, no quedaremos ninguno con vida.

—Don Nicolás es no obstante un alma noble y grande.

—Mucho que sí; tan noble y tan grande que por no dejar de mangonear y darse el gusto de que le llamen general, excelencia y sabe Dios cuántas cosas más, sacrifica á su padre.

—Eso es imposible.

—Imposible, ¿eh? pues, amigo mío, todo el mundo sabe que el

virey ha ofrecido á D. Leonardo su vida y la de todos sus hermanos si D. Nicolás deja la revolución y se presenta en México. Don Leonardo está en poder de los realistas desde el día 5 de Mayo, nos hallamos casi á mediados de Setiembre y su hijo no se ha decidido aún á presentarse.

—Hay, sin embargo, quien diga que D. Nicolás ha estado en México no hace muchos días.

—Eso es un cuento, un cuento nada más.

—Será cuento, pero afirman que estuvo á punto de sacar de su prisión á D. Leonardo.

—Eso dicen, yo lo he oido también, pero el hecho es que no hay persona alguna que tenga más ó menos que ver con el gobierno, que no lo niegue rotundamente.

—Ya, pero no cabe duda que en la noche que se supone fué la del suceso, varios soldados de la guardia de la cárcel fueron muertos quedando otros heridos.

—Pero tampoco cabe duda, amigo mío, en que de la sumaria que se les formó ha resultado que aquella desgracia fué producida por una disputa insignificante.

—Eso se cuenta.

—Lo que aquí hay es que los partidarios de la rebelión en la capital, aprovechan cuanto sucede por insignificante que sea para esparcir la alarma y la desconfianza, inventando mil embustes, sin chiste ni originalidad, y hasta que se haga un escarmiento con ellos, su fabricación de absurdos y falsedades nunca acabará.

—Puede que tenga usted razón.

—La tengo hombre, la tengo. Cree usted que si D. Nicolás hubiese intentado algo para salvar la vida de su padre, no se habría puesto de acuerdo siquiera con los Guadalupes?

—Pero es que dicen que con ellos se vió y con ellos conferenció la noche que estuvo en México.

—Como ni donde.

—En casa de D. Alvaro de Cervera.

—Hombre, le han engañado á usted miserablemente.

—Pero tuvo ó no D. Alvaro una reunión en sus jardines esa noche?

—La tuvo, sí señor, pero lejos de haber tenido su fiesta un carácter político; se redujo á una reunión de amigos y artistas para celebrar su cumpleaños.

—Pero el hecho es que D. Alvaro fué herido y se añade que por los Guadalupes.

—Nada de eso es completa verdad; el mismo D. Alvaro me ha contado que le hirió un caballero borracho á quién quiso reducir al orden, pues estaba cometiendo mil inconveniencias con las señoras, y que D. Alvaro me dijo la verdad me consta porque otro tanto me han dicho los actores y actrices del Coliseo, siendo notable comprobación del suceso, que todos, absolutamente todos, me lo han referido con las mismísimas palabras de D. Alvaro.

—Eso pudiera ser señal de que todos convinieron en contar de un mismo modo una mentira.

—Amigo, á un hombre tan cabiloso como usted no hay manera de convencerle.

—No es cabilosidad, Sr. D. Carlos, si yo discuto con usted no es por el necio placer de llevarle la contraria, sino por esclarecer la verdad exponiendo con franqueza mis dudas.

—No niego que así sea, pero usted comprenderá que yo cuento lo que me cuentan y nada más.

—Lo creo, Sr. D. Carlos, lo creo.

—Se también que el virey está sumamente irritado con la conducta de D. Nicolás.

—Lo estamos todos cuantos lamentamos la muerte del valiente Labaqui.

—Ahí tiene usted: ¿cómo podremos creer que D. Nicolás sea un buen hijo, cuando estando preso y condenado á muerte su padre, causó á los realistas un descalabro que necesariamente ha de influir en abreviar la existencia de D. Leonardo?

—Quién sabe si Morelos le obligaría á ello, porque dicen que el tal cura de Nucupétaro es hombre que no admite observaciones de sus subordinados y que los hace andar más derechos que la hoja de un espadín.

—Pudiera ser muy bien, pero en tal caso un buen hijo, primero se hace matar que prestarse á ser el verdugo de su padre.

—Para poder formar un juicio exacto necesitaríamos más antecedentes.

—¿Usted sabe cómo llegó á noticia del virey el desastre de San Agustín del Palmar?

—Dicen que por un oficio que desde Puebla envió Castro Terreño.

—Justo: y Castro Terreño lo supo por informes del comandante de Acatzingo D. Maunel García, quien mandó al Palmar un espía de su confianza.

—Ignoraba eso.

—Pues bién, según ese espía, D. Nicolás no iba solo: le acompañaba D. Pablo Galeana, y pudiera creerse con cierto fundamento que tal vez Morelos desconfiaba de Bravo y por eso envió con él á D. Pablo, quizás ordenándole que á la fuerza obligará á combatir á D. Nicolás.

—Dice usted bien, necesitaríamos más antecedentes para juzgar con acierto.

—Además, se sabe que no fué D. Nicolás quien mató á Labaqui, sino un capitan Palma, gefe de los negros surianos, que según dicen son feroces.

—¿Cuántos hombres llevaba Bravo?

—Seiscientos, y de ellos eran negros doscientos.

—Esto es, el doble de los soldados de Labaqui: ¡Pobre Labaqui!

—Sí, pobre de él, pero en fin con su vida terminaron sus penas, mientras que el infeliz D. Leonardo...

—¿Será al fin fusilado?

—Peor que eso aun.

—Se le dará garrote hoy mismo quizá.

—¡Desventurado hombre!

—Desde anoche se ha comenzado á levantar el cadalso por los ayudantes del verdugo.

—¡Dios tenga piedad de su alma!

## XXIII

Refieren al llegar á este punto las memorias de mi padre, que hubo en México muchas personas interesadas en salvar la vida de D. Leonardo.

Se cuenta también que el virey lo deseaba, pero que otras influencias más poderosas que las que á D. Leonardo favorecían, determinaron la catástrofe.

Pudo muy bien habérsele salvado, so pretexto de haber admitido

el canje de su persona por la de ochocientos prisioneros españoles, ofrecidos por D. José María Morelos.

No llegó sin embargo á tener esto efecto, y la determinación del virey no fué lo que menos contribuyó á que aquella tremenda lucha civil, se ensangrentara más y más.

La victoria de D. Nicolás sobre Labaqui, en San Agustín del Palmar, decidió el suplicio del valiente insurgente.

No debía esperarse que el joven caudillo consintiera en dejar la rebelión, y se creyó que atemorizase á los independientes.

En la mañana del 13 de Setiembre las tropas formaban un cuadro en el Ejido, en derredor de un cadalso; á la hora señalada se mostraron sobre la horrible plataforma D. Leonardo Bravo, don José Mariano Piedras y D. Luciano Perez, aprehendidos con él segun en su lugar se dijo.

Breves momentos después todos ellos habían recibido la muerte en infamante garrote.

Multitud de personas visitaron en su prisión á D. Leonardo y muchos sinceros ofrecimientos se le hicieron en aquellos solemnes instantes.

D. Leonardo recibió aquellas últimas pruebas de afecto con no menos sincera gratitud, pero sin que á sus ojos asomase una sola lágrima, ni perdiese un solo instante la firmeza.

Pedíanle los sacerdotes que se arrepintiese de haber sido rebelde á su rey y seguido perjuicios á la religión.

El reo contestó que sobre su rey estaba su Patria y puesta que el rey era á ella contrario, menos importancia tenía para él la fidelidad que el amor.

Se le argumentó que siendo súbditos del monarca contra el cual había hecho armas, los sacerdotes realistas no podrían acordarle la remisión de sus pecados si persistía en no considerar un delito su alzamiento.

D. Leonardo contestó que entonces se le tragese un sacerdote insurgente por que no había de considerar delito haber amado á su patria.

Observáronle que no podía ser considerado como buen sacerdote el sacerdote insurgente.

La víctima respondió que no obstante esto se mantenía firme en sus convicciones, y que ese mismo clero que tan contrario se mos-

traba á la independencia acabaría por prestarle todo su concurso.

De nuevo preguntáronle en qué se fundaba para expresar tal creencia y contestó dando la discusión por concluida; «por recobrar el dinero que esta guerra le ha costado y costará.»

Varios sacerdotes que en aquel momento salieron de la capilla del reo hallándose ya en la calle comentaron del siguiente modo la supradicha respuesta.

—No parece que de nosotros tiene la mejor opinión, puesto que nos supone movidos sólo por el interés.

—No obstante, ese hombre vé muy lejos.

—Acaso cree usted.

—Yo creo que el peso de esta guerra le está soportando así exclusivamente el clero.

—Es nuestro deber.

—Sí, pero la insurrección no concluye: llevamos en ella dos años y no parece que esto haya de tener término: las arcas reales están agotadas: los particulares comienzan á huir el cuerpo y... esto va mal, padre Gómez; va mal, crealo usted.

—Dios dirá.

—Sí, Dios dirá; pero mientras tanto los pueblos ya no pueden con nuestros patriotas, á los cuales se ven obligados á mantener.

—Algo debe costarles que los defiendan.

—Ya, pero nada ha sufrido tanto como las rentas eclesiásticas.

—Cierto.

—Los propietarios no pagan los réditos de los capitales que sus fincas reconocen, so pretexto de que han sido usurpadas ó destruídas por los insurgentes.

—Así es la verdad.

—Los más de los diezmatarios están en poder de los rebeldes, y de los que están libres, los comandantes de las tropas reales toman más de lo que rinden.

—Podrán ó no corregirse, pero lo que yo sé, es, que las tropas reales se han llevado en los primeros treinta meses de esta guerra más de noventa mil pesos del obispado de Michoacán y dejado al cabildo casi sin medios de subsistir.

—Por eso el virey le concedió permiso para fundir y acuñar la plata labrada menos necesaria para la Iglesia.

—Sí, pero se le obligó á dar de ella siete mil doscientos cincuenta marcos para auxilio de la guarnición de Valladolid.

—En cambio se nos priva de nuestras inmunidades.

—Eso; como si el clero secular estuviese compuesto de bandidos.

—¡No les asusta esto! sino que esté formado de criollos.

—¿Y acaso tenemos la culpa los criollos de que los europeos no nos hayan dejado otro recurso para vivir que cantar misa?

—Creo, padre, que usted anda descontento.

—La verdad es que no hay motivo para estar satisfecho.

—Sin embargo...

—Dentro de poco ni donde cantar misa tendremos.

—¿Por qué?

—Porque los comandantes realistas queman los pueblos que les oponen resistencia y ni las iglesias dejan en pié.

—Amigo, á rio revuelto...

—Sí, ganancia de pescadores: pero es que hasta ahora nosotros no pasamos de pescados.

Los sacerdotes se alejaron y fué imposible enterarse del término de su conversación.

## XXIV

Al oscurecer de la tarde de aquel día, D. Alvaro de Cervera y el sacristán Francisco, ó por mejor decir, el capitán Centellas, éste en traje de camino y disfrazado, conversaban en una de las habitaciones de la casa del primero.

—Entendido,—decía Centellas,—la mitad para mí, y para usted el resto y la muchacha.

—Eso, eso es.

—Pero no vaya usted á dejarme abandonado si me echan mano las gentes del virey.

—Necio, acabo de salvarte de la horca, y aun dudas de mi favor para con Venegas.

—Yo nada dudo, pero temo que al fin todo esto concluya de mala manera.

—No será por culpa mía; desde que aceptando tus planes hicimos sociedad, yo con mi influencia y tú con tu pellejo, yo no he

dejado de cumplirte mis ofrecimientos con toda lealtad, y tu fortuna es un hecho.

—¿Y la de usted?

—No niego que también se ha hecho á la vez, pero más espuse que tú.

—¿Más?

—Sí, los bienes que en vida me legó la marquesa, y tú empleaste en comprar la gente de que te sirves, mi posición, mi honor, mi nombre.

—Por cierto que valen mucho ese nombre y ese honor, observó Centellas con desprecio.

—No obstante, á lo que los demás los respetan debes tú la existencia.

—En fin, quédese aquí esa disputa que el tiempo avanza y se hace tarde.

—Bien está, marcha.

—¿Pero está usted seguro que esta noche atravesarán el monte?

—Segurísimo: les importa hallarse en Rancho Blanco al amanecer.

—¿Pero y si por una casualidad ó por así convenirles variasen su derrotero?

—No lo creo, pero en tal caso tu astucia suplirá á todo.

—No se porque acometo esta empresa con desconfianza.

—Si acaso tienes miedo, aun estás á tiempo de retroceder.

—¿Miedo yo? mal me conoce usted, D. Alvaro.

—¿Entónces, por qué desconfías del éxito?

—No sé por qué se me ha puesto entre ojo y ceja que al fin el negro Carlos acabará por hacerme ahorcar.

—El mismo presentimiento tuviste después del asalto del Monte de las Cruces y, ya lo ves, estás libre.

—En fin, sea lo que el diablo quiera.

—No olvides ninguna de mis recomendaciones.

—Así lo procuraré.

—Evita los encuentros con los realistas, y con los insurgentes: pero si das con los primeros, preséntales el paso libre que el virey te ha otorgado, con el fin de que al brigadier Llano entregues las importantes comunicaciones de que eres portador. A propósito, ¿las llevas bien escondidas?

—Dentro de las bridas van, y no abultan el grueso de un cigarro, ni miden una longitud de más de una cuarta.

—¿Cómo dentro de las bridas?

—Sí están formadas por dos correas perfectamente cosidas en las orillas, y entre las dos correas van las comunicaciones.

—Bueno; si los insurgentes dan contigo preséntales el pliego de la sociedad de los Guadalupes que te acredita como su enviado especial cerca de D. Nicolás Bravo: en tal caso no olvides que eres Sebastián Camaño y no el sacristán Ignacio Fuentes ni el capitán Centellas.

—Pero aun no me ha dicho usted cómo ha logrado hacerse de este pliego.

—Eso nada te importa.

—Tanto me importa que sin estar convencido de su legitimidad no emprendo el viaje.

—¡Centellas!...

—Lo dicho, D. Alvaro.

—Está bien; te lo esplicaré. Supe en casa de la marquesa mi excuñada, que el conde se había encargado de entregar á un tal Sebastián Camaño, ese pliego que debía darle á reconocer á Bravo como á enviado de la sociedad de Guadalupes: esperé á que el conde cumpliese su encargo, y cuando salió de la casa de Camaño, hice prender á éste, me apoderé del pliego, y mientras el confidente de los Guadalupes llora en la cárcel de córte su mala fortuna, tu podrás servirte de ese oportuno documento en utilidad y provecho nuestros.

—Nada tengo que observar, si no que es usted, D. Alvaro, un hombre notable.

—No lo eres tu menos, y me complazco de ello.

—Bien D. Alvaro, que el demonio nos ayude.

—Cuidado con olvidar ninguna de mis advertencias.

—Lo procuraré, pues la vida me va en ello.

—Ten cuenta sobre todo con no darte á conocer á persona alguna.

—Creo haberme disfrazado bien.

—Es cierto.

—Entonces...

—D. Pedro Lafuente no llevará consigo dinero alguno si no después de salir de Orizaba.

—Pero le consta á usted de un modo absoluto.

—Sin género alguno de duda.

—Nada sacará de México.

—No llegará á quinientas onzas, que por partes iguales conducirán él y el negro Carlos.

—¡Ocho mil pesos! ¡buen bocado!—observó Centellas con avaricia.

D. Alvaro le contestó con colérico acento:

—¡Eres un miserable; la avaricia te ciega y todo vas á echarlo á perder!

—No haya miedo, y perdóneme usted, D. Alvaro.

—Al salir de Orizaba, Lafuente, Carlos y sus mozos conducirán diez mil quinientas onzas.

—¡Ciento sesenta y ocho mil pesos!

—Ese sí es buen bocado.

—Di mejor comida completa.

—¡Comida de rey! Y ese dinero...

—Es el producto de la venta que al conde ha hecho Lafuente.

—¿Luego se ha desprendido de la hacienda?

—Completamente.

—¿Y marcha á establecerse á España?

—Justo; parece que su hija no ha querido permanecer más tiempo en la antigua.

—¿Y á esto se ha reducido hacienda tan valiosa?

—El conde se la compró en el doble de esa suma, pero Lafuente ha tenido que satisfacer muchos créditos que contra él existían, y ha entregado además al virey diez mil pesos como generoso donativo al exhausto tesoro real. En cambio, el virey le ha facilitado una orden para que las tropas reales le escolten y defiendan desde Orizaba á Veracruz.

—¿Pero el conde tiene tanto dinero en Orizaba?

—Allí finca su marquesado, y es dueño de las cinco mejores haciendas da San Andrés: en el estado de inseguridad en que aquellos rumbos se encuentran, ha sido para él un beneficio que Lafuente le propusiera el negocio que los dos han concluído.

—En fin, la noche se viene encima, y es necesario marchar.

—Ve, pues Centellas, y que la fortuna te ayuda.

—Lo procuraremos, D. Alvaro.

—Así sea.

—Adios, D. Alvaro.

—Ve con él, Centellas.

Este montó un un magnífico caballo, que un mozo tenía de la brida en el patio de la casa, y un cuarto de hora después estaba fuera de la capital.

## XXV

Resuelto á no permanecer por más tiempo en un país, cuyo mal estado político se prestaba á tanto abuso y mantenía en constante riesgo á toda clase de personas, Lafuente accedió sin dificultad al deseo que le manifestó su hija de regresar á España, realizando su mermada fortuna.

Era, pues, cierto que en aquella misma noche emprendían su viaje D. Pedro y Margarita, acompañados por el negro Carlos, según lo dispuso el conde, que le tenía y conservaba como el más fiel y bueno de sus servidores.

Durante los tres primeros días, nada de notable les ocurrió en el camino, que hicieron con toda felicidad hasta una jornada después de haber salido de Orizaba.

La marcha se hacía cada vez, y conforme iban acercándose al puerto, con mayor dificultad: el comandante de la hermosa ciudad del tabaco, facilitó á Lafuente sesenta hombres escogidos entre sus tropas, y el antiguo comerciante pudo á su vez proporcionarse veinte arrieros bien armados y decididos á dejarse matar antes que consentir en perder el rico cargamento de sus mulas.

Pero las partidas insurgentes eran también muy numerosas, y con incesante movilidad se cambiaban en un mismo día á los más diferentes puntos, y era imposible saber á ciencia cierta el lugar en que se encontraban, ni adivinar el rumbo ó camino que habían dejado libre.

Centellas había caminado con no menor felicidad, y con su banda de cuarenta ladrones que se le reunieron á cinco leguas de la capital, llegó también á Orizaba sin haber sido descubierto por su mortal enemigo el negro Carlos.

Más vigilante cada vez, determinó en Orizaba no ya seguir sino

preceder á D. Pedro, y dos horas antes de que anocheciese, y cuatro de que Lafuente llegase, tomó alojamiento con su gente en la posada única en que sus viajeros podían hacer noche. Centellas que había ido cambiando de disfraces tomó al salir de Orizaba el de tratante en semillas, hizo cargar cinco mulas con varios tercios de café y otros productos naturales, de los cuales algunos vendió á buen precio, y desempeñando bien su papel, al dueño de la posada donde se albergó.

D. Pedro llegó á ella y pidió alojamiento é informes.

Dióle uno y otros el posadero, y nuestro hombre regresó tranquilo al encuentro de su convoy: éste llegó bien, y todo pareció marchar á las mil maravillas.

Centellas se mantenía en nerviosa agitación; aquella considerable fortuna estaba como quien dice en sus manos: unas cuantas horas más, y sería suya.

—Debía yo haber sacado de México mis cincuenta mil pesos que también tengo reunidos en excelentes onzas de oro. Debí haberlo hecho, sí,—se repetía Centellas á sí mismo;—es una verdadera necedad la que voy á cometer, dando á D. Alvaro la mitad de las diez mil quinientas onzas de Lafuente; con todas ellas y mis cincuenta mil pesos, y encontrándome casi en Veracruz, fácilmente podría embarcarme en el mismo buque en que D. Pedro va á embarcarse y hacerme á la vela para España, y en ella disfrutar tranquilamente mi fortuna. Pero no tuve esa previsión, y dejé en México mi dinero, y es imposible que me resigne á abandonar una suma que tantas fatigas y peligros me ha costado. Bien, es verdad, que dando el golpe por mi propia cuenta puedo hacerme de una cantidad superior á la que en el reparto me corresponde, pero los cuarenta hombres que me acompañan, exigirán también su parte y...

A ver, echaré mis cuentas: á cada uno de mis muchachos debe dárseles dos mil pesos: son cuarenta, luego importan sus gajes ochenta mil; quedan para mí y D. Alvaro ochenta y ocho mil; de ellos me corresponden cuarenta y cuatro mil, y con los cincuenta míos hacen noventa y cuatro mil: no, no me conviene: hecho el reparto á mi gente, sólo me corresponderían del dinero de D. Alvaro ochenta y ocho mil, esto es, perdería diez mil pesos. No me conviene. Pero si yo consiguiese que mi gente consintiera en pagarse con los cincuenta mil que en México tengo, más treinta que aquí les

entregaría yo, vendrían á quedarme, puestos aquí, ciento treinta y ocho mil. Esto si es aceptable, pues saldré ganando entonces los cuarenta y cuatro mil que á D. Alvaro corresponden. ¿Pero cómo conseguir que mi gente se convenza de que no trato de engañarla? ¡Oh! ¡imposible! ¡no puede merecerles fe la palabra de un ladrón! No obstante, es necesario al menos intentarlo. Voy á hablarles.

Centellas salió de su cuarto.

Eran las once de la noche.

Centellas procuró andar sin hacer ruido.

Pocos pasos había dado en el corredor cuando al pasar frente á la puerta de la habitación del huésped distinguió luz y rumor de palabras.

Púsose á escuchar y oyó el siguiente diálogo:

—Este hombre debe ser un gachupín de importancia.

—¿No has podido averiguar su nombre?

—Uno de los arrieros dice que le llaman D. Pedro Lafuente.

—¿D. Pedro Lafuente?

—¿Qué, lo conoces?

—No por cierto, pero bien pudiera ser...

—¿Qué cosa?

—Que el tal nombre sea supuesto.

—Lo mismo creo yo.

—Es indudable, no se le facilitan así á un cualquiera sesenta soldados en las tropas del Rey, y menos en estos rumbos donde los insurgentes somos cincuenta veces más numerosas que la gente del virey: y ¿qué es por fin lo que las mulas cargan?

—No he podido averiguar: al entrar en la posada los soldados formaron un grupo compacto alrededor de la carga y por ningún estilo han permitido á nadie penetrar en el galerón en que la han encerrado.

—Pues no puede decirse más á las claras que esa carga es dinero.

—Bien puede ser.

—Lo es, indudablemente lo es.

—Su vigilancia es extrema, y constantemente tienen dos soldados en pié y en guardia.

—Pues mira, por sí ó por no, vas á salir inmediatamente: tres leguas antes de llegar á Santa Marta y á veinte minutos de aquí está

el chato Domingo con treinta hombres: dile que eche pié á tierra á la gente y que se acerque sin ser sentido: yo pondré en pié á los mozos que son veinte y con los treinta del Chato seremos los bastantes para caer de improviso sobre los realistas y no dejar uno con cabeza.

—¿Pero y el mercader de café?

—Estoy convencido de que nada tiene que ver con el que llaman D. Pedro Lafuente.

—¿Pero si teme ser también robado y se defiende con sus cuarenta hombres?...

—No tengas cuidado: su jefe es un mercader común y ordinario, dormirá en su cuarto como un bendito y al acercarse al Chato yo entraré en su habitación con la doble llave y le dejaré seco de una puñalada: su cargamento bien valdrá unos quinientos pesos que no nos vendrán mal.

—¿Pero, sus cuarentas hombres?

—Duermen en las cuadras que tienen una magnífica puerta y en ellas los encerraré; la puerta es estrecha y si pretenden romperla y salir bastará colocar uno de los nuestros á cada lado y podremos irlos cazando como á ratones.

—En fin, sea lo que quiera.

—Anda, pues, tú, á buscar al Chato; dentro de una hora puede estar aquí.

—Voy allá.

Centellas al notar que la conversación tocaba á su fin, se había retirado oportunamente á su cuarto.

—Esto es grave,—se dijo,—estos hijos de un demonio van á desvanecer todos mis sueños de oro: es preciso, indispensable, salir de aquí inmediatamente y cortar las cabezas al Chato y á sus treinta hombres. Pero si el huésped sospecha de mí y me opone alguna dificultad...

Centellas se detuvo y pensó.

De pronto se llevó la mano al pecho y sonriendo, dijo:

—Este D. Alvaro es un grande hombre: el papel que arrebató á Sebastián Camaño va á servirme á las mil maravillas: démonos á reconocer al huésped, puesto que es insurgente, como el enviado de los Guadalupes.

Sin detenerse más, Centellas salió de su habitación y llamó á la de su huésped.

—Quién vá,—preguntó éste.

—Abre,—respondió Centellas, abre, que te importa.

—¡Váyase á acostar quien quiera que sea y déjeme dormir en paz!

—¡Abre ó por Dios vivo que echo abajo la puerta!—gritó irritado Centellas.

El huésped temió que un escándalo alarmase á las gentes de don Pedro y abrió de mal humor preguntando:

—¿Qué se le ofrece al mercader?

—Mira,—contestó Centellas,—mostrando al huésped el pliego de la sociedad de los Guadalupes; lee si sabes leer.

—Sí que sé,—observó el huésped tomando el papel.

Cuando lo hubo leído, con ademán respetuoso saludó á Centellas, diciéndole:

—Estoy á las órdenes de usted; ¿qué desea?

—¿Dónde se encuentra D. Nicolás Bravo?

—En Medellín.

—Bien está, necesito ponerme inmediatamente en camino.

—Como usted guste, yo mismo ayudaré á ensillar los caballos.

—No te hubiera visto yo, solamente para esto.

—Qué quiere usted entonces.

—La sociedad de los Guadalupes, tiene malos informes de tí.

—Pues crea usted, Sr. D. Sebastián Camaño, que sus informes son falsos.

—Lo sé, y para convencerme de ello es por lo que me he presentado á tí, fingiéndome comerciante en semillas.

—Maestro debe ser usted en esto de ficciones, porque juro á usted que le tomé por un comerciante común y ordinario.

—De todo necesita saber un buen insurgente.

—Por tal reconozco á usted.

—Lo mismo pienso de tí. Ahora bien...

—Qué desea usted.

—Necesito que me facilites unos cuarenta hombres de toda tu confianza.

—¿Y de dónde los saco yo?

—¿No sabes de alguna partida que ande por aquí cerca?

—Aseguro á usted que no.

—¡Mientes!—repuso Centellas con cólera.

—Señor Camaño...

—Mientes repito; según mis noticias á menos de veinte minutos de aquí debe encontrarse el chato Domingo con unos treinta hombres.

—¡Señor Camaño!—repitió el huésped confuso y sorprendido.

—Vas á hacer que inmediatamente salga un hombre de tu confianza á decirle que un enviado de los Guadalupes necesita que se presente con sus treinta hombres.

—¿Pero qué intenta usted?

—Eso no te importa: calla y obedece, da tus órdenes mientras yo voy á poner en pié á mi gente, pero cuida de que vaya á originarse ni la menor alarma.

Centellas salió sin esperar respuesta, dejando al huésped asombrado y aturdido.

Pero pronto el huésped se repuso al verse sólo y dijo para sí.

—Este maldito D. Sebastián, va á echar á perder todo mi plan: si el llamado Lafuente conduce, como sospecho, dinero, él como representante de los Guadalupes, querrá apoderarse de toda la cantidad para fomento de la revolución. No, pues no lo hará mientras yo viva.

Por más que Centellas quiso hacerlo todo sin ser sentido, D. Pedro y el negro Carlos despertaron alarmados por el ruido que los caballos hicieron al ser sacados de la cuadra, dispusieron que Margarita se levantase y Lafuente mismo se trasladó al galerón donde la tropa dormía y puso en pié á todo el mundo.

Aun antes de lo que el huésped esperaba llegó el chato Domingo con su gente.

El huésped le llamó aparte y le enteró de lo que le había pasado con el supuesto Sebastián.

—Déjalo por mi cuenta,—dijo el Chato,—voy á verle y ó se nos entrega á la buena ó le descargo un tiro en la frente: lo que es ese dinero no ha de parar en sus manos.

Centellas entró en aquel momento en la habitación del huésped diciendo:

—Acabo de enterarme de que aquí está el valiente Chato, ¿es usted, amigo mío?

—Para servirle. ¿Qué se le ofrece?

—Va usted á seguirme inmediatamente con sus treinta hombres.

—Hemos venido sin caballos y hasta que mande por ellos no puedo moverme de aquí.

El Chato dijo esto con tan insolente entonación que Centellas temió haber sido descubierto, pero queriendo imponerse soltó una blasfemia y echó mano de su espada.

No había sacado ni la mitad cuando el Chato le descerrajó el tiro que le tenía prometido.

Centellas era diestro y esquivó la bala y salió con rapidez y llamó á su gente.

El Chato y el huésped hicieron otro tanto con la suya y un momento después los unos y los otros se batían con encarnizamiento.

Lafuente, que para todo estaba listo, dió en el acto la orden de marcha y mientras aquellos se destrozaban con desusada furia, salió sin ser robado de la posada y sin que nadie se le opusiera.

## XXVI

Imposible es describir la cólera y el despecho del Chato y el huésped cuando después de dos horas de combate en que quedaron vencedores. notaron que su presa habíaseles escapado.

Volviéronse entonces contra Centellas, que había quedado con vida mas prisionero, y se les ocurrió que pudiera no ser tal enviado de los Guadalupes.

—Y así lo creo,—dijo el huésped: hemos caído en una asechanza; este D. Sebastián debe haber venido formando parte de la escolta de Lafuente y fingídose mercader para mejor engañarnos, por eso vino precediendo al otro y promovió esta disputa para facilitar su escapada.

—En este caso él ha de saber á donde se ha dirigido su amo.

—Ya, pero no lo dirá.

—Lo haremos hablar.

—¡Cómo!

—Yo te diré cómo; mira, traeme unas brasas y una reata: vamos á quemarle los piés.

—¿Pero, y si es realmente un enviado de los Guadalupes?

—En este caso traerá comunicaciones para los insurgentes: que

le registren bien, que se deshaga su silla y toda su montura sin exceptuar ni las bridas, y veremos.

Esta disposición fué inmediatamente ejecutada y como era de esperar se encontraron las comunicaciones que el virey enviaba á Llano de las cuales dí noticia en el capítulo XXIV.

Variando entonces de plan el Chato amarró sobre un caballo al infeliz Centellas y con él y sus hombres salió de la posada.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó el huésped.

—Voy á entregarle á D. Nicolás Bravo para que le haga fusilar.

El Chato cumplió su palabra y dos días después llegaba con su prisionero á Medellín.

En el cuartel general de D. Nicolás se notaba profundo desaliento.

Todo el mundo andaba allí triste y preocupado.

No obstante, ningún descalabro habían sufrido las fuerzas independientes: lejos de ello, días antes de ocupar á Medellín, Bravo había sostenido una importante acción en las inmediaciones del Puente Nacional, atacando un convoy que se dirigía á Jalapa con algunos efectos. Los realistas fueron derrotados y D. Nicolás hizo noventa prisioneros.

Su ejército se componía de tres mil hombres y con él hostilizaba con éxito á Veracruz y era el dueño absoluto de toda la comarca

¿Qué era, pues, lo que originaba aquel desaliento general?

El Sr. Morelos había comunicado á D. Nicolás que no había sido admitida la propuesta que hizo al virey ofreciéndoles ochocientos prisioneros españoles por la vida de D. Lonardo, y que antes por el contrario había mandado que le diesen garrote, y ya era muerto: la carta del Sr. Morelos concluía con la orden de que mandara pasar á cuchillo á todos los prisioneros españoles que estuviesen en su poder, y á la vez le manifestaba que ya había ordenado que se hiciesen lo mismo con cuatrocientos que existían en Zacatula y otros puntos.

Esta noticia la recibió D. Nicolás á las cuatro de la tarde y le sorprendió tanto que en el acto mandó poner en capilla á cerca de trescientos que tenía en Medellín, dando orden al capellán, que lo era un religioso Sotomayor, para que los auxiliase á bien morir.

El Chato había entrado en Medellín casi al oscurecer de aquel día y presentádose á D. Nicolás: bastó á éste distinguir al capitán

Centellas para que su cólera creciese y su primer impulso fué atravesarle con la espada: pero se contuvo y ordenó que Centellas fuese puesto en la misma prisión con los demás españoles que debían ser ejecutados al siguiente día.

Este suceso insignificante fué muy comentado en México cuando se supo, y en él se creyó ver la confirmación de los rumores que habían circulado sobre si fué ó no fué D. Nicolás quien se atrevió á intentar la evasión de D. Leonardo de la cárcel de córte. Recordarán en efecto, mis lectores que al hablar de esto en uno de los anteriores capítulos, dijo que, según contaban las gentes, ya D. Leonardo pisaba el dintel de la puerta de salida de la cárcel, cuando un sacristán lo impidió y detuvo al preso en su fuga.

Si esto fué verdad, lo cual á mí no me consta, mucho debió efectivamente de irritar á D. Nicolás, reconocer en Centellas al causante de la desgracia de su padre; pero Dios le traía á sus manos en el momento preciso en que iba á tomar tremenda venganza.

Tremenda en efecto, y no obstante nadie puede creerse con derecho para censurar por ello á D. Nicolás.

La vida de su noble, su valeroso padre, bien valía mucho más que la de aquellos trescientos prisioneros españoles.

El mismo virey lo había sin duda reconocido así, puesto que no admitió el canje que el Sr. Morelos le propuso.

La sangre, pide sangre.

Los mismos españoles y su más alta autoridad eran los que habían querido que se ejecutase aquella venganza insurgente.

A las ocho de la mañana del siguiente día, las tropas independientes, al fúnebre son de las cajas militares, salieron de sus cuarteles y marcharon al lugar destinado para la ejecución: en cuanto estuvo formado el cuadro fatal fueron entrando en él los trescientos prisioneros españoles que iban á sufrir la muerte.

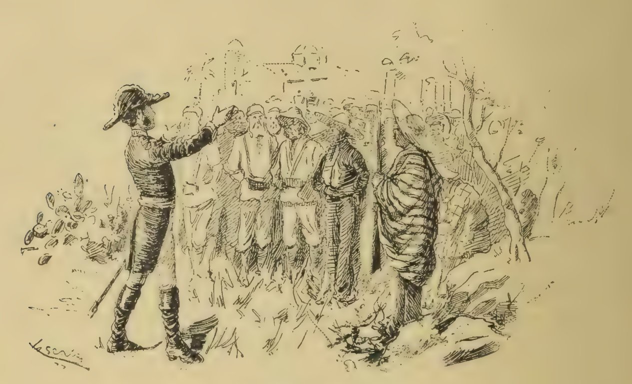
Detrás de ellos marchaban al mando cada uno de su respectivo oficial, los distintos pelotones encargados de la ejecución.

El silencio era absoluto é imponente, y pudo escucharse el galope de los caballos de D. Nicolás y su Estado Mayor, que acudían á presenciar aquel espantoso castigo.

Todas las miradas se fijaron en el general: su rostro varonilmente hermoso parecía inundado de felicidad; no sólo demostraba la tranquilidad de su alma sino una inmensa satisfacción.

Estaba sin duda muy seguro de la justicia de su venganza cuando ni siquiera le movieran á compasión aquellos trescientos rostros de sus prisioneros, muchos de los cuales derramaban abundantes lágrimas, recordando quizás á los padres, á la esposa, á los hijos que iban á quedar abandonados, huérfanos.

D. Nicolás penetró hasta el centro del cuadro y frente á frente de sus víctimas, detuvo su caballo é irguiéndose como un héroe en



¡Memorable acción fué aquella!

el momento de su más difícil acción, levantó su voz y les dijo así:

— « Españoles: no la naciente y ya poderosa patria mexicana, no ya su general é infortunada víctima de vuestro bárbaro rencor, os exponen á dejar la vida en medio de las justas voces de venganza y reparación de mis soldados: vuestro virey, vuestros compatriotas mismos son quienes os traen á la muerte: sólo á ellos reclamad por vuestra infausta suerte, á ellos que por el placer de vengarse de la nueva nación en la persona de sus más preclaros hijos, se han negado á admitir el canje que se les propuso de ochocientos prisioneros por la vida de mi padre, justificando así el alzamiento de esta nación, pues ¿qué podemos esperar los criollos de un gobierno que por tal de satisfacer su odio contra un insur-

gente, se niega á salvar las vidas de ochocientos españoles sus compatriotas? No es pues una fría crueldad ni una venganza digna de realistas, quitaros vuestra vida miserable, y en consecuencia he necesitado tomar una venganza mexicana y corresponder á la villana conducta del virey, no sólo perdonándoos la vida sino restituyéndoos la libertad, para que os marchéis á donde mejor os convenga. ¡Mexicanos! ¡viva la América! ¡viva el general Morelos!»

Un viva atronador repetido por más de diez mil personas contestó á las aclamaciones.

¡Memorable acción fué aquella!

Aun repercutían los ecos de aquella grandiosa manifestación de entusiasmo, cuando saliendo de su asombro los trescientos prisioneros españoles, y cuando las tropas insurgentes se retiraban á sus alojamientos á las voces de mando de sus respectivos jefes, prorumpieron en frenéticos vivas y echándose á las plantas de D. Nicolás solicitaron de él les permitiese quedarse al servicio de su división.

Seguro de la fidelidad de aquellos infelices, Bravo accedió á su súplica y varios vítores y aclamaciones resonaron en aquel día grande y solemne, al más grande y solemne quizá de los días de la revolución mexicana.

¿Qué movil pudo haber guiado á aquel jóven general para tomar en aquellos instantes tan admirable resolución?

El mismo lo reveló algunos años después con las siguientes sencillas y elocuentes espresiones:

«Aquella noche, no pudiendo tomar el sueño en toda ella, me ocupé en reflexionar que las represalias que iba yo á ejecutar, disminuirían mucho el crédito de la causa que defendía, y que observando una conducta contraria á la del virey, podría yo conseguir mejores resultados, cosa que me halagaba más que mi primera resolución: pero se me presentaba para llevarla á efecto la dificultad de no poder cubrir mi responsabilidad de la orden que había recibido, en cuyo asunto me ocupé toda la noche, hasta las cuatro de la mañana que me resolví á perdonarlos de una manera que se hiciera pública y surtiera todos los efectos en favor de la causa de la independencia.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por eso dijo con razón el más notable de los historiadores mexicanos:

«Pocos ejemplares presenta la historia antigua ó moderna de un acto tan noble de generosidad, en un momento en que la venganza habría parecido autorizar aquellas crueles represalias, habiendo sido repetidos los rasgos de humanidad que en el curso de la revolución se vieron en este digno jefe: siempre valiente en el campo de batalla, nunca fuera de él manchó sus manos con la sangre del rendido, y conservando pura su reputación á través de las vicisitudes de la guerra, constantemente sostuvo la nobleza de su carácter, mereciendo á justo título que se le aplique el timbre del caballero francés, que pudo llamarse con verdad *sin miedo y sin tacha.*»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Tal es la sencilla y admirable historia de Una Venganza Insurgente.





XII

# LA CONSTITUCIÓN

DEL

# AÑO DOCE

MEMORIAS DE UN CRIOLLO
1812-1813






... el miércoles 30 de Setiembre, (pág. 1233)

## LA CONSTITUCIÓN DEL AÑO DOCE

### I

Época memorable fué aquella y digna de ser estudiada en todos sus detalles, por hombres dotados de verdadero instinto filosófico.

Por mi desgracia, y habiéndome negado el cielo tan precisa cualidad de un buen historiador, pues ya dije y repito ahora, que un pobre hijo del pueblo soy sin instrucción alguna, no puedo hacer estudio semejante, y debo en consecuencia limitarme á referir las cosas tal y como fueron, sin quitarles ni añadirles cosa alguna.

Por lo tanto nada invento, ni casi en lo que refiero empleo palabras mías, y antes bien las tomo de aquellos que, testigos de los hechos, los describieron como sabían ó podían. En esto estriba sin

duda, el mérito que mis narraciones puedan tener, y así es también como, andando el tiempo, quizás puedan servir de algo á quienes con mayores talentos se ocupen de nuestra historia. Formadas están estas páginas, con lo que *tirios y troyanos* han dicho en papeles y libros que, con un afán superior á lo fatigoso de la tarea, he rebuscado y leído, dejando á cada uno de los elementos que forman el mosáico de mi obra, su lugar propio, bueno ó malo, justo ó injusto. Allá mis buenos y constantes lectores se formarán por sí propios juicio de la época, sobre la base de los hechos que refiriendo vengo con una imparcialidad que nadie seriamente podrá disputarme.

Entro, pues, en materia, teniendo como siempre á la vista, las inestimables memorias de mi padre; no era éste Dios, y ojalá lo hubiera sido, pues aun le podría estrechar entre mis amantes brazos; no era Dios, repito, y no pudo por tanto hallarse en todos lados á la vez, si bien como las personas estudiosas habrán observado, casi ningún suceso, no diré importante, pero ni aun de escasa monta, dejó escapársele ni se excusó de referirle en un orden casi estrechamente cronológico. Pero si bien no pudo estar en todas partes, en todas ellas tuvo amigos que le refirieran los sucesos, ó de relaciones de otros los tomó, sin creer jamás que pudiera haber hecho mal en ello, pues como más de una vez me dijo, en obras de historia no puede existir más originalidad que la que estribe en la manera de referir los sucesos ó en el modo de apreciarlos. Testigo fuí de muchos, estuve en no pocos, y como los ví los refiero; ni sé ni me he metido en más.

Y dice en el folio que consultando estoy: La verdad es que ni insurgentes ni realistas podíamos darnos cuenta de cómo estaban pasando las cosas; ni los unos ni los otros podíamos llamarnos verdadero partido y ninguno de los dos tenía fuerza para sobreponerse al otro; vencidos unas veces, vencedores otras, la situación de los combatientes variaba poco ó nada; todo fué obra del acaso: estaba próxima á sonar la hora de nuestra independencia y la máquina del gran reloj de los destinos de los pueblos, marchaba por sí misma y sin impulso ajeno. Alejados como nos tenía la administración colonial de los asuntos de gobierno, ni podíamos en ellos tener práctica ni probabilidades de sabernos constituir en nación; «¿qué será de nosotros?»—nos preguntábamos,—y después de mucho

pensarlo nos respondíamos: «pues, quién sabe, Dios dirá,» y seguíamos luchando y dejábamos para *mañana* el pensar en *mañana*. Esta y no otra ha sido la causa de nuestras interminables luchas civiles: éramos un pueblo niño, no sabíamos tenernos en pié, ni nuestras piernas tenían fuerza para ello: pero queríamos andar, y nos sucedió lo que á los niños abandonados á sí mismos; hemos llegado á la juventud recibiendo golpes en todas partes, cubierto de cicatrices el cuerpo y con todas nuestras heridas mal curadas. Pero, ¿qué nos importa? «ya mejorarán esto nuestros nietos,»—nos decíamos y continuábamos echando leña á aquella hoguera que ardía con fuego espantoso.—Sí, el gobierno colonial se hundía por sí mismo; era una momia que, contra la costumbre de las momias, había entrado en descomposición. Dios había pasado sobre ella pronunciando sus terribles palabras: «y en polvo te convertirás,» y en polvo se convertía sin que impedirlo pudiesen los realistas, ni apresurarlo los insurgentes: por eso duró tanto como duró nuestra lucha, y por eso parecía unas veces que todo había acabado, y las otras se levantaba el caído con nuevas y más terribles fuerzas. En resultado, ni los realistas sabían defenderse ni nosotros atacar; por eso nunca tuvimos plan, ni los unos nos ayudábamos á los otros. Nuestro grande hombre, nuestro hombre sin rival entre nosotros, y con sólo iguales entre los extraños, nuestro Don José María Morelos en fin, pudo haber hecho por sí solo nuestra independencia, y si no la hizo, fué porque los demás insurgentes no se la dejaron hacer: la fatalidad le fué privando poco á poco de sus criaturas, de todos aquellos héroes que él hizo brotar y que fueron como los satélites del astro grandioso de su alma, y cuando esto sucedió, la pequeñez de los demás se sobrepuso á su grandeza, y á él dejaron morir y ellos se acogieron al indulto.

Pero no queramos adelantarnos á los sucesos, y enterémonos de la siguiente carta que sin firma se encuentra en copia entre los papeles de mi padre.

No he podido por más que he hecho averiguar quien fué su autor, pero personas entendidas á las cuales he consultado, suponen que el original estuvo escrito por D. Lucas Alamán: posible es, pues la carta procedía de España, y en ella estaba por aquellos días D. Lucas, y de sus noticias hizo uso, y casi con las mismas palabras, en la historia que escribió más tarde. Dice así:

«No ha sido grande á la verdad la diferencia que entre estos y esos pueblos he encontrado; hijos legítimos de ellos conservamos todos sus vicios y ligerezas políticas. La pasión general es aquí como allá la del deseo de mandar y figurar, y basta reunir á dos hombres para que surjan la lucha y el desacuerdo; figúrate tú lo que habrá pasado en estas famosas Córtes que aunque abiertas en la isla de León, llevan nombre de las de Cádiz, porque en este puerto celebran sus sesiones; formáronse de ciento dos diputados, de los cuales veintiocho representaban á América y Filipinas con carácter de suplentes, mientras iban llegando los propietarios nombrados por las colonias. Muy luego asumieron todo el poder, dándose hasta el título de Majestad, todas cuyas prerogativas tomaron por su simple y omnímoda voluntad: no tardaron ni el tiempo que en contártelo empleo, en dividirse en dos fracciones ó partidos, tomándose el uno el título de *liberal* y dando al contrario el de *servil:* los americanos mantuviéronse independientes y se inclinaron siempre del lado de su propio interés, decidiendo las votaciones por su masa, con ello causando á España males que largo tiempo lamentará. Fué uno de sus primeros actos solicitar de las Córtes el aumento de diputados americanos y el sobreseimiento en todas las causas de infidencia; y aunque á lo primero no se accedió, sí se obsequió la segunda parte de la petición con un indulto general que á nadie fué más útil que al débil y avariento Iturrigaray, quien inmediatamente se acogió á él. Lucharon después sin tregua ni descanso para llevar adelante once proposiciones que presentaron en la sesión del 16 de Diciembre de 1810, relativas á una total igualdad de la América y de España en cuanto á representación nacional, libertad industrial y comercial, supresión de toda especie de estancos, opción á todos los empleos políticos, eclesiásticos y militares, que deberían repartirse por mitad entre europeos y criollos, y el restablecimiento de los jesuitas. La discusión de estas proposiciones fué acalorada y abundaron en ella los incidentes más curiosos: diputado hubo y lo fué el peruano D. José de Mejía, que peroró de rodillas para mejor conmover los ánimos. Los españoles de esta península tienen por nosotros los mexicanos marcada predilección, y á ella debimos que el primer presidente americano de aquellas Córtes, fuese el Dr. D. Antonio Joaquín Pérez, diputado por Puebla y canónigo de su catedral: formó también parte de la

comisión encargada de firmar y presentar el proyecto de constitución de la monarquía española. Este Pérez se hizo notar por su palabra fácil y florida y por su genio conciliador, pero sus compatriotas le acusaron de desvelarse por su interés personal más bien que por el de su nación: distinguiéronse también el de Tlaxcala, D. José Miguel Gurid y Alcocer, por sus muchos y varios conocimientos y su elocuencia nerviosa: el de Zacatecas, Gordoa, por veraz y sincero; el de México, D. José de Beye y Cisneros, hombre franco y muy adicto á la revolución. Pero el carácter que desde entonces se dió á conocer por su superioridad, fué el del Dr. Don Miguel Ramos Arizpe, cura de la villa de Borbón en Nuevo Santander, y diputado por las provincias internas de Oriente. Aunque clérigo y doctor en teología, nada parece Arizpe menos que eclesiástico, y de él mismo suele decir criticando el carácter remiso y frío de sus paisanos, que él no es mexicano sino comanche, y por este nombre se le conoce familiarmente en las Córtes: su nariz pequeña, redonda y hundida, apenas forma en su rostro una prominencia bastante á sustentar unos anteojos redondos, que cuando no cubren dos ojos pequeños y centellantes, están suspendidos sobre las cejas muy pobladas y negras: su rostro es casi circular, y toma una singular animación según las alteraciones muy frecuentes y vivas de su espíritu; su cuerpo es pequeño, grueso y de fuerte musculación; cuando habla, sus movimientos más parecen atléticos que oratorios: viste descuidadamente, en especial cuando usa el traje eclesiástico, que se le despega; dotado de penetrante viveza y de un conocimiento profundo de los hombres, su tacto para estimarlos en su justo valor, es admirable. No hace gala de orador y le faltan para ello cualidades, pero maneja con maestría la intriga política y su influjo es poderoso. O amigo ó enemigo: para él no hay término medio, y es franco y desprendido en extremo. Los diputados mexicanos han dejado también buena fama como periodistas, pero en este punto á todos se sobrepuso el Dr. D. Servando Teresa Mier, natural de Monterey, y famoso por su sermón sobre la Virgen de Guadalupe que le atrajo la persecución del clero y le valió ser desterrado á España, cuya Real Academia de la Historia calificó muy ventajosamente el sermón citado. Puesto en libertad, recorrió Italia, se secularizó en Roma y regresó á Madrid, donde el Príncipe de la Paz le puso preso y le encerró en una casa de co-

rrección de Sevilla, por una sátira que escribió en defensa de México, contra el autor de un libro titulado *Viajero Universal:* logró fugarse y pasar á Portugal: volvió á España cuando ésta se levantó contra los franceses; sirvió como capellán en el regimiento de Voluntarios de Valencia, y hecho prisionero fué conducido á Francia; se les escapó á sus guardianes y á pié y en la mayor miseria, entró otra vez en España y se presentó á la Regencia de Cádiz que acordó se le concediese una prebenda en México: no esperó, no obstante, á obtenerla y uniéndose á los diputados americanos comenzó á ser su principal campeón en la prensa; de pronto, salió de Cádiz y se trasladó á Londres, merced á un sueldo que Iturrigaray le asignó para que le defendiese contra los ataques del editor Cancelada, y en aquella capital comenzó á escribir su historia de la Revolución de Nueva España, notable por su estilo elegante y su fuego y valentía. Discutían en las Córtes la nueva Constitución, cuando se recibió en Cádiz la representación del consulado de México contra las concesiones hechas á la América y pidiendo que los españoles residentes en Nueva España estuvieran también representados en las Córtes: exaltáronse los americanos con las expresiones injuriosas que el escrito contenía, exigieron el castigo de los firmantes, que eran D. Diego de Agreda, conde de Casa Agreda, prior, y los cónsules D. Francisco Chavarri y D. Lorenzo Noriega, y el incidente concluyó echándose tierra al asunto.»

## II

No concluye la carta en el punto con que ha terminado el capítulo anterior, antes bien continúa del siguiente modo:

«Han hecho nuestros diputados cuanto humanamente les ha sido posible para hacer triunfar lo que ellos han creído interés de su patria. Débese en justicia confesar que los diputados de estas Córtes, tanto europeos como americanos, han hecho gala de los más nobles deseos de la prosperidad y engrandecimiento de la nación. Extraviados por brillantes teorías, descaminados por falta de experiencia y manejo de los negocios, entrando en circunstancias muy difíciles en una carrera enteramente desconocida en España, pasando del gobierno más absoluto á los ensanches de una libertad

sin límites, habrán cometido errores gravísimos sin duda, pero nunca por principios depravados, ni por codicia ó rüines intereses.

»Los efectos de la nueva Constitución que ha sido aquí en esta península proclamada y jurada el 19 de Marzo de 1812, han de ser perjudiciales al orden en nuestro país. Cierto es que se ha establecido en uno de los primeros artículos, la igual representación de las colonias y las provincias europeas; pero por una preocupación contra las mezclas de sangre africana, han quedado exceptuados de esta igualdad los mulatos que forman gran parte de nuestro pueblo, y con especialidad el ejército que en esas provincias mantiene y se hace matar por el gobierno español. Ramos Arizpe y Alcocer se han esforzado en combatir tan odiosa distinción de raza, pero vanos han sido sus esfuerzos. A pesar de esta exclusión el número de representantes de la América es muy grande y parece que no se ha pensado en los gastos, molestias y dificultades de los viajes que deberán hacer cada dos años, pues este es el tiempo que cada congreso ó Córtes deben durar. La Constitución ha perjudicado á los indios, pues en cambio del derecho de votar que se les ha concedido, se les obliga al servicio militar de que estaban exentos, al pago de contribuciones generales y particulares, se les priva del régimen peculiar de parcialidades y repúblicas, se extinguen sus cajas de comunidad, y en vez de sus justicias especiales se les somete á la jurisdicción ordinaria; en una palabra, cesan para ellos las leyes de Indias y se quiere gobernarlos como al resto de los españoles. Ahora, como la Constitución no habla de autoridades superiores en las provincias ni de organización de las de ultramar, toda la laboriosa máquina de la administración de Indias debe venir á tierra, desaparecer el título y autoridad de los vireyes, pues todas las provincias se gobernarán por medio de jefes políticos que habrán de entenderse directamente con el ministro de la Gobernación de ultramar, empleo acabado de crear en sustitución del ministerio universal de Indias. Tiene todo esto que ser muy perjudicial al dominio de España en América, presa de la revolución; los triunfos de las tropas reales han podido reprimirla ó contenerla, mas el germen existe y volverá á desarrollarse en presentándose la ocasión. Se está pasando aún por una terrible prueba, pero á ella han resistido las instituciones creadas por la conquista, con-

servadas y mejoradas por tres siglos de experiencia: á ellas debe el gobierno el respeto que goza, la obediencia que ha encontrado en las tropas, los recursos que saca de la riqueza y prosperidad á que el país ha llegado. Sin embargo, este momento de crisis es el que las Córtes reunidas en Cádiz han escogido para echar por tierra esas mismas instituciones cuya solidez acaba de probarse, cuya estabilidad ha podido resistir á tan recios vaivenes, y para socavar esa autoridad cuyo respeto ha podido conservarse en tan deshecha tormenta y defenderse á sí misma y á la corona, sin más tropas ni recursos que los que le suministra el país.»

Hasta aquí llega la carta que se cree ser de D. Lucas Alaman, pues ya dije que casi con las mismas palabras constan en su Historia los anteriores juicios y apreciaciones.

A sus últimas líneas siguen otras de mano de mi padre combatiendo y desbaratando muchas de esas opiniones, pero no las transcribo aquí porque se hace en ellas referencia á sucesos que aun no he relatado á mis lectores, y por nada quiero salirme del orden natural de los acontecimientos.

Tres días después de ejecutado en México D. Leonardo Bravo, se presentó al Sr. Morelos en Tehuacan, el secretario de la antigua Junta, D. Antonio Basilio Zambrano, enviado especial de Rayón que, temeroso de todo el mundo, quiso tener un espía al lado del gran caudillo, con el pretexto de comunicarle noticias y tener razón de las suyas. Veremos más adelante los desagrados que Zambrano buscó al Sr. Morelos.

Hallándose en Huichapan, celebró Rayón el segundo aniversario del 16 de Setiembre de 1810, con función de iglesia, salvas, músicas, repiques é iluminaciones.

El 19 de aquel mes de 1812. D. Pedro Celestino Negrete, entró con sus realistas en Tancítaro sin lograr encontrar allí á Verdusco, en cuya busca había ido. Según los acuerdos de la Junta de Sultepec, tomados al disolverse, Verdusco operaba en la provincia de Michoacan, habiéndosele unido el Dr. Velasco en clase de secretario: de Uruapan donde se había situado le hizo salir la derrota que en las lomas del Calvario cerca de Pázcuaro, dió el teniente coronel D. Antonio Linares al Sr. Velasco: pasó después á Apatzingo y de allí á Tancítaro, fortificándose por último en las barrancas de Araparícuaro.

El 21 el capitán D. Manuel Pardo con algunos infantes de Nueva España y dragones de México, desbarató una gran reunión de insurgentes que le salieron al encuentro en su camino de Otumba á Apan.

El 29 D. Ignacio Rayón celebró con gran solemnidad el santo de D. Miguel Hidalgo y sobre ello dice el diario del secretario del presidente de la Junta, lo que sigue:

«En este día se celebraron los años del serenísimo señor don Miguel Hidalgo y Costilla, con una solemne misa de gracias á la que asistió S. E. con su escolta y oficialidad y un inmenso concurso; predicó el Sr. Dr. Brigadier D. Francisco Lorenzo de Velasco, un sermón lleno de unción y de ternura, hizo salvas la artillería de Huichapan y la infantería de Zitácuaro; en la serenata tocó la música piezas de mucho gusto, y las colgaduras é iluminación de las calles en la noche, realzaron el brillo de una función dictada por el reconocimiento y la gratitud dignísima de su ilustre, inmortal y benemérito objeto. S. E. visitó las fortificaciones del lugar y pasó revista á la tropa que la guarnecía, acompañado por D. José María Villagran, llamado *Chito*, á quien desde Tlapujahua, había expedido el despacho de mariscal de campo, así como el de teniente general á su padre D. Julián, que permanecía en Zimapan y sus inmediaciones.»

## III

Reducido Venegas á dar publicidad á la Constitución de la monarquía española, expedida el 19 de Marzo de 1812 por las Córtes Constituyentes de Cádiz, previno que se proclamase en México y se hiciera con las consiguientes solemnidades.

Hé aquí como la *Gaceta del Gobierno* describió aquellas solemnes fiestas.

Previo el bando del superior gobierno y comunicado de oficio al señor Intendente Corregidor de esta nobilísima ciudad, se resolvió publicar la antevíspera un edicto que previniese á los vecinos las colgaduras de las calles y la iluminación nocturna, como se verificó con empeño amaneciendo el miércoles 30 de Setiembre cubiertos de curiosos tapices todos los balcones y casas, especialmente en las calles del Arzobispado, Santa Teresa, Escalerillas y Empe-

dradillo, hasta las Casas Consistoriales, que era la carrera señalada del paseo de la tarde para la publicación en tres tablados que se previnieron al efecto.

«A las ocho de la mañana del día 30, se congregaron en el Salón de Acuerdos del Real Palacio, el Excmo. señor Virey, Real Audiencia, Real y Pontificia Universidad, Proto Medicato y demás autoridades políticas y militares, tribunales, prelados, religiosos, corporaciones, nobleza y vecinos distinguidos, é inmediatamente se procedió á la lectura de la Constitución, que comenzó á las ocho y cuarto y concluyó á las diez de la mañana, hora en que el Excelentísimo señor Virey, con el Real Acuerdo prestó el juramento que previene la Real Orden, á cuyo efecto se colocó una mesa decentemente adornada con los Santos Evangelios y una imagen de Jesucristo crucificado, delante del retrato de nuestro católico Monarca que bajo dosel se hallaba en la cabecera del salón.

»Al tiempo de concluir el formulario del juramento solemne, fué anunciado este acto con una majestuosa salva de artillería y repique general de campanas á vuelo en todos los templos de la capital.

»Inmediatamente se dirigió S. E. á pié con toda la córte al templo metropolitano para ofrecer allí el sacrificio de gracias al Señor Dios de los Ejércitos y Supremo Legislador de los hombres. En el cementerio de dicho templo se había tendido una compañía de granaderos del comercio para hacer los honores á S. E. El interior de la Santa Iglesia, se había iluminado completamente en todas sus naves y tabernáculo, colocando una escogida orquesta sobre un balaustrado que se figuró en la parte superior del coro. El Cabildo eclesiástico salió á recibir á la córte en medio de un extraordinario concurso de todas clases que acudió á este augusto acto. Celebró el Santo Sacrificio el Sr. Arcediano de la misma Santa Iglesia, y pasado el evangelio dijo una pequeña oración congratulándose con el pueblo de las felicidades que derramaba sobre nosotros el gran objeto de aquella solemnidad, y exhortando á las autoridades á su debido cumplimiento, como base fundamental de la paz y tranquilidad de estos dominios.

»En el principio, intermedio y fin del Santo Sacrificio, que comenzó á las diez y cuarto y concluyó con un solemne *Te Deum* á las doce, hicieron sus respectivas salvas las compañías de grana-




... EN LA SERENATA TOCÓ LA MÚSICA...

deros, precedidas de artillería, en que maniobraban la Brigada de patriotas, voluntarios de Fernando VII, y concluído todo se volvió la comitiva á pié para el Real Palacio á dejar á S. E. y volver á juntarse á las dos de la tarde.

»A esta hora se reunieron las tropas, sin servir de embarazo la copiosa lluvia que duró más de una hora, y todos formaron una línea de circunvalación desde las Casas Consistoriales, Portal de las Flores, frente de la Catedral, Empedradillo y Parian, cogiendo en medio la Plaza de Armas y fachada principal del Palacio Real.

»Esta línea la formaban varias divisiones de los regimientos de infantería de Nueva España, Tlaxcala, patriotas de San Luis, batallón americano, dragones de España, Tulancingo y escuadrones Urbano y de patriotas. El gran círculo de la Plaza de Armas lo guarnecían los tres batallones de patriotas y regimiento Urbano del comercio.

»En el centro de dicha plaza junto á la estatua ecuestre, se había construído un hermoso tablado de bastante extensión sobre una base de dos varas y media de altura, figurando un gran salón todo entapizado de damasco y adornado con vistosas cornucopias. En el centro del arco principal se hallaba el retrato del Rey con su respectiva guardia de alabarderos y en el frontis del arco un libro figurado con este lema:

LA HISTORIA ESCRIBE LO QUE EL TIEMPO DESENVUELVE.

Otros dos tablados igualmente adornados se habían construído oportunamente en las casas Consistoriales y Palacio Arzobispal, en cuyos dos puntos se habían señalado los adornos y tapices de las calles, haciendo el todo con la anchurosa plaza y el vistoso empavesado de las torres de la Catedral, la perspectiva más grandiosa y sublime que pudo presentar á un numerosísimo concurso de todas clases que llenaba la extensión y ocupaba los balcones y azoteas de la circunferencia.

»A las tres de la tarde salió de las Casas Consistoriales con su respectiva escolta la excelentísima y nobilísima Ciudad bajo de mazas y con sus cuatro reyes de armas, precedida del señor intendente Corregidor quien se dirigió al palacio para recibir del Excmo. Sr. Virey el ejemplar de la Constitución que se había de

publicar: allí se habían reunido ya los Tribunales y Cuerpos políticos y militares, Repúblicas de naturales, nobleza y vecinos distinguidos que salieron inmediatamente precedidos por S. E. dirigiéndose á su tablado de la plaza de Armas.

»Este paso fué anunciado por las músicas militares, redoble de cajas, y una estrepitosa armonía de trompetas y clarines en todos los ángulos de la plaza, que llamó la atención de aquel inmenso concurso para oir la respetable voz de la ley, pronunciada inmediatamente por un Heraldo que con alta voz leyó la Constitución, luego que su Excelencia y demás comitiva se colocaron en sus asientos. Concluída la lectura á las cuatro y media se solemnizó este acto con universal aclamación, salva general de artillería, repiques y fuego graneado tanto de tropa de la línea como de la que guarnecía el círculo de la plaza, durando esto como diez minutos y formando un sublime estruendo continuado que llenó los espíritus de un ardor inexplicable y exaltó el noble regocijo de la lealtad americana.

»Entre tanto el Excmo. Sr. Virey arrebatado de una particular satisfacción y complacencia, sorprendió los alborozos y aclamaciones del pueblo arrojándole considerable porción de dinero, haciendo lo mismo los Sres. Togados y concluyendo el acto con los vivas más enérgicos mezclados con la ruidosa salva que explicó en aquellos momentos el regocijo público por el sublime objeto que ocupaba los corazones.

»En seguida se retiró S. E. al Palacio Real á donde le acompañó la nobilísima ciudad, volviéndose ésta con el resto del acompañamiento, escoltada por una compañía de granaderos de la Corona y otra de caballería de patriotas, al Palacio Arzobispal para repetir la ceremonia como se verificó, concluyendo con los vivas del pueblo y un repique general y tirándose dinero á los concurrentes.

»De allí se volvió la comitiva en medio de un inmenso concurso por las expresadas calles de Santa Teresa, Escalerillas y Empedradillo hasta las casas de Cabildo, donde después de leída la Constitución por la nobilísima ciudad, se tiró dinero al pueblo y de allí volvió el acompañamiento al Real Palacio donde el Intendente corregidor dió cuenta al Excmo. Sr. Virey de estar concluída la publicación de la Constitución.

»A las oraciones se repitió el repique general, y retiradas las

tropas á sus cuarteles, siguió la iluminación de toda la ciudad; distinguiéronse extraordinariamente en el primor y brillantez, el Real Palacio, las casas de cabildo, el Palacio Arzobispal y sus respectivos tablados, las torres de la catedral y las de otros templos proporcionalmente.

»Fué también particular el adorno é iluminación de la casa del Estado, cuartel de los patriotas de caballería, cuya portada se adornó con un arco triunfal, colocado en su ángulo superior un sol flotante todo iluminado, como así mismo el arco pequeño que en el balcón principal del cuartel hacía una brillante y vistosa perspectiva.»

Tanto en este punto como en los dichos tablados, había músicas militares que llenaban de regocijo á los concurrentes.

Así mismo se distinguió la casa del Sr. Arcediano iluminada y adornada con varias alusiones alegóricas propias del caso.

La compañía del teatro previno tres funciones escogidas, siendo la mejor la de aquella noche á que asistió el virey en medio de una concurrencia muy lucida, terminando así este día glorioso que ha señalado la época de nuestra deseada libertad.

En las dos columnas del arco triunfal levantado por los escuadrones de caballería, distinguiéndose el de Fernando VII; había dos grandes medallones y en sus centros se leyeron las siguientes octavas:

El pueblo mexicano alegre canta
con estilo de voz muy armoniosa,
que la ley promulgada interesante
á toda la nación hará dichosa:
y que siendo un *Venegas* vigilante
quien promueve función tan majestuosa,
de estos dos escuadrones es sabido
el coronel que tiene distinguido.

En prueba de lealtad que en sumo grado
constituye un amor que enardecido,
la Real Constitución han celebrado
escuadrones del patriotismo unido,
en cuyo desempeño deseado
se advierte que con orden todo ha sido
de su Jefe que al Rey es tan amante,
*Agreda Conde,* digno comandante.

Sobre el arco que estas columnas sostenían, se vieron pintadas las armas del Congreso, cuya descripción es la siguiente:

«El Congreso Nacional, representado por una matrona, ocupa el centro del escudo con varios atributos tales como el de la sabiduría, significado por la antorcha que ilumina el libro de la Constitución, en el que se lee:

LA SOBERANÍA RESIDE EN LA NACIÓN

el de la fortaleza, por una columna, y el de la justicia por una espada en la diestra, con la que rompe las cadenas del despotismo, genio malhechor que en la figura de un mancebo yace derrocado y desmascarado, quedando aún en poder del Aguila imperial un trozo de cadena, como signo de que aun no desiste de la intención de dominar: pero huye con ratero vuelo á otras naciones menos valerosas que la española, que se halla resuelta á *vencer ó morir*, palabras grabadas alrededor de la alegoría que está sostenida de un lado por el Castillo y León, y del otro por las columnas del Hércules truncadas, que con dos globos al pié enlazados, significan la unión inseparable de los dos mundos. Sirve de remate á toda la obra la corona, signo de soberanía que reside en la nación, reunida en las presentes Córtes Extraordinarias.»

## IV

Inclinada hacia el suelo la frente, melancólico, triste y pensativo, un hombre como de treinta años en hábito de novicio del Seminario conciliar, atravesaba á la oración de la tarde del día primero de Octubre de mil ochocientos doce, una de las calles de México algo distante de las del centro.

Abstraído en sus propios pensamientos, casi no escuchó en los primeros instantes á una mujer que por su traje denotaba ser una criada.

—Padre, padrecito, — repetía ésta; — por amor de Dios escúcheme.

—¿Qué desea usted, hermana?—preguntó el novicio deteniéndose.

—He visto,—dijo D. Martín,—la lápida de mármol que debe colocarse en la fachada de las Casas Consistoriales.

—¿Y que dice esa lápida?

—Dice con letras de oro: «Plaza de la Constitución.»

—¡Ah! sí, ese es el nombre que en adelante llevará la Plaza de Armas.

—Justo, y en todas las plazas principales de todas las poblaciones españolas se pondrá una lápida semejante.

—Por decreto también de las Córtes Constituyentes, todos los establecimientos públicos, como la Aduana, Casa de Moneda, etcétera, etc., se denominarán *nacionales* en vez de *reales*.

—Sí, porque la soberanía reside actualmente en el Congreso que representa á la Nación.

—Por eso mientras el pueblo sube todas sus autoridades bajan en cuanto á la extensión de sus atribuciones.

—La Audiencia se reducirá por esta causa á sus funciones judiciales, dejando de llamarse el Real Acuerdo, pues ya no será el Consejo del virey.

—Van también á cesar todos los juzgados privilegiados.

—Exacto, y las Diputaciones provinciales serán las verdaderas administradoras de los intereses comunales, cesando las particulares de ciertos ramos de obras públicas.

—Quedan también suprimidos los Tribunales especiales de justicia.

—Justamente, y la administración de tribunales ordinarios.

—¿Entonces, la junta de seguridad quedará suprimida?

—Sí, señor, que lo queda.

—¡Malo!

—¿Por qué?

—Porque los revolucionarios van á ausentarse con ello.

—¡Toma! ¡toma! ¿acaso cree usted que la revolución va á durar mucho ya?

—Hombre, quién sabe.

—Lo sabe cualquiera, amigo D. Buenaventura.

—No soy yo tan confiado como usted, mi señor de Pantoja.

—Pero hombre, ¿en qué se funda usted?

—En lo que he oído.

—Y vamos á ver, ¿qué ha oído usted?

—He oído, por ejemplo, que la gente descontentadiza dice que aunque se han publicado los indultos generales otorgados por las Córtes, al visitar el virey las cárceles ha dejado libres á toda clase de reos á quienes el indulto alcanza, menos á los que son del crimen de insurrección.

—Eso he sabido yo también,—observó D. Martín.

—Averiguaremos lo que haya de cierto en eso, pero á fe de Sóstenes, creo, Sr. D. Buenaventura, que todo ello no han de ser más que rumores infundados.

—Todo puede ser, Sr. D. Sóstenes.

—Todo debe serlo, porque amigo, no hay gente más quisquillosa que los periodistas y políticos de encrucijada.

—A propósito de periodistas, ¿saben ustedes que vamos á tener libertad de imprenta?

—La han decretado las Córtes, es cierto, pero ya verán ustedes como aquí no se pone en ejercicio,—dijo D. Martín.

—¿Por qué no ha de ponerse?

—Porque el decreto de las Córtes es de fecha nada menos que de 10 de Noviembre de 1810; estamos en 1812, y creo que esto basta para probar mi dicho.

—Vamos á cuentas, mi querido yerno,—dijo D. Sóstenes,—¿qué es lo que sobre libertad de imprenta dispusieron las Córtes?

—Dispusieron que en cada provincia haya una junta de censura compuesta de cinco individuos, dos de los cuales deben ser eclesiásticos: esta junta entenderá en las denuncias que de impresos revolucionarios le hagan las autoridades; estas juntas provinciales de censura tienen una suprema que debe residir cerca del Gobierno, y á la cual en caso de sentencia pueden apelar los impresores y escritores.

—Muy bien, mi querido yerno; así lo dijo la *Gaceta*, tienes una excelente memoria; prosigamos ahora: ¿existe en México esa Junta?

—Sí, existe.

—Bien: ¿quiénes fueron nombrados para formarla?

—El arcediano D. Jose Mariano Beristain, D. José María Fagoaga, el canónigo D. Pedro Fonte, el regente de la Audiencia D. Guillermo Aguirre y el doctor D. Agustín Pomposo Fernández de San Salvador.

—Magnífico: ahora bien, cuando llegó el nombramiento de la Junta censora, ¿dónde estaba el regente de la Audiencia D. Guillermo Aguirre?

—Había muerto.

—¿Cómo entonces quieres que el virey hubiese puesto en ejercicio una junta que desde antes de recibir su nombramiento había perdido uno de sus miembros?

—Mi señor de Pantoja tiene muchísima razón,—exclamó contentísimo D. Buenaventura.

—No niego que la tenga hasta cierto punto.

—¿Cómo hasta cierto punto?

—Me explicaré: cierto es que Aguirre había muerto, pero el virey pudo haber puesto en ejercicio la junta sin perjuicio de...

—El virey no podía hacer más que lo que hizo y fué comunicar el caso á la regencia y pedirle instrucciones.

—Ya; pero la regencia no se ocupa de nombrar el sucesor de Aguirre y sin libertad de imprenta seguimos.

—Yo le aseguro que vamos á tenerla muy pronto.

—Dios sabe.

—No soy Dios yo y lo sé: esta mañana me lo ha dicho el mismo virey.

—Eso es otra cosa.

—Sin esto yo no hubiera asegurado cosa alguna.

—¿Pero cómo ha sido eso?

—Según parece, nuestro diputado por Coahuila en las Córtes de Cádiz, D. Miguel Ramos Arizpe, noticioso de que en México no se había puesto en vigor el decreto respectivo, promovió que se pidiese informe á la Regencia sobre los motivos que hubiese habido para ello: de dicho informe resultó, que, aunque en Marzo de mil ochocientos once el virey había comunicado la muerte de Aguirre, ningún paso se había dado para reemplazarle hasta aquella fecha, Enero del año actual. Las Córtes determinaron entonces nombrar para la vacante al oidor D. Pedro de la Puente, y así se lo ha comunicado al virey la Regencia, por orden de 6 de Enero último, recibida en México al mismo tiempo que la Constitución, pues también estuvo detenida en Veracruz y vino en uno de los cuarenta y dos cajones de correspondencia enviados por D. Ciriaco del Llano. En vista de la referida orden y de que la Constitución es-

tablece la libertad de la prensa, los fiscales han opinado que no puede ningún tribunal suspender la ejecución de las leyes, y la de imprenta será publicada uno de estos días.

—¡Sabe Dios lo que nos va á venir encima!—exclamó melancólicamente D. Buenaventura, que no podía ver ni pintados á los periodistas.

—No es V. el único que espera de esa libertad más daños que bienes.

—Lo sé, mi señor de Pantoja, lo sé, y me consta que queriendo el virey ilustrarse en la cuestión, pidió su parecer á los prelados eclesiásticos y jefes seculares de las provincias.

—Es cierto, y lo hizo porque los tres fiscales de la Audiencia opinaron que en el estado de revolución del país será en extremo perjudicial.

—Fueron del mismo sentir los obispos de Puebla, Valladolid, Guadalajara, Yucatan y Monterey; el cabildo metropolitano de México, y los intendentes de Oaxaca, San Luis, Guanajuato, Yucatan y Zacatecas y el comandante general de Nueva Galicia. Sólo fueron favorables á la libertad de imprenta el obispo de Oaxaca y los intendentes de Guadalajara, Veracruz y Valladolid.

—Pocos fueron en pro, muchos en contra.

—Pero la orden de la Regencia ha sentenciado en favor de aquellos y cualesquiera que sus resultados sean, tendremos en México libertad de imprenta.

—Pues Dios nos saque con bien.

—Así sea,—contestó D. Sóstenes, dando, al tomar su sombrero, la señal de que la agradable tertulia había terminado.

## VI

Unidos por los estrechos lazos de esa santa amistad que nace y crece en los días venturosos de la juventud, D. Anastasio y D. Joaquín no habían dejado de verse y tratarse siempre que las circunstancias les reunían en una misma población.

El encuentro casual de Ochoa, con la hermosa Remedios, privó á los dos amigos de verse durante dos días: el novicio no quiso

dejar la casa de nuestra heroína hasta que hubo desaparecido el peligro que tanto alarmó á la buena criada de la dama.

En cuando pudo hacerlo, buscó en su casa á D. Joaquín, y por fortuna le encontró.

—Bien venido, señor semi-padre,—dijo Lizardi, saludándole con buen humor.

—Dios sea contigo.

—Y contigo también, mi buen Anastasio, pues quizás más que yo le necesites.

—¿Por qué lo crees?

—Porque un joven novicio que como tú se pierde durante dos días, de modo y manera que es imposible descubrir su paradero, da lugar á suponer que no sabe muy bien resistir á las famosas tentaciones de que San Antonio fué víctima.

—¡Cuán distante estás de la verdad!

—Quiere decir tu negativa, que te importa guardar secreto; bien, no insisto, y paso á decirte algo de mucha importancia.

—Habla pues.

—Vamos á tener una absoluta libertad de imprenta, amigo mío! —exclamó D. Joaquín, con franco regocijo.

—Siempre con la misma manía de buscar el peligro, porque, lo doy por cierto, vas á escribir y publicar algún papel.

Las has acertado, y se titulará «El Pensador Mexicano.»

—¡Pobre amigo mío!

—¿Qué te inspira esa compasión hacia mí?

—Tu demencia.

—¿Demencia es el amar á mi patria?

—No, sino el creer en la buena fe de un enemigo político.

—Comprendo; como yo imaginas que esta libertad de imprenta que las Córtes españolas imponen al virey contra la voluntad de de éste y de casi totalidad de los altos dignatarios civiles y eclesiásticos, va á ser ilusoria ó servir quizás para descubrir á los enemigos de la administración colonial.

—Sí, Joaquín, sí, no lo dudes; esa libertad es imposible entre nosotros.

—¿Por qué?

—Porque nuestro pueblo no está acostumbrado á la libertad, y de todo aquello que no se ha ejercitado y es bueno, se abusa por una

explicable fatalidad. Vosotros abusaréis y será necesario impedir vuestros abusos; sobrevendrá la reacción, y todas las reacciones son terribles y sangrientas.

—Quizá tienes razón, hermano mío; ¿pero qué le hemos de hacer? Nos hallamos en la mitad de una pendiente, y es preciso dejarse resbalar por ella: podremos despeñarnos, pero, Anastasio, mi buen Anastasio, ¿qué me puede importar á mí el despeñarme?

—¡Hermano mío!

—Cuerpo sin alma soy, árbol sin savia, torrente sin cauce, espíritu sin fe, vida sin esperanza, ¿qué vale para mí una existencia que no tengo interés alguno en conservar.

—¿Tan inútil la crees?

—No, si tal la creyera, quizás, quizás hubiera encontrado goce supremo en desprenderme de ella!

¡Eres un impío!—observó D. Anastasio con cariñosa reconvención.

—Y tú una alma inocente, y estos tiempos indignos de ella; pobre y buen Anastasio, tan pequeño eres, que en tus propios sufrimientos te recreas: pequeño sí, amigo mío, sin que al decirlo pretenda lastimarte; al poner Dios en nuestro sér un fino instinto para adivinar la dicha, puso también como lógica consecuencia, el deseo de poseerla, y cuando el Hado, el Destino, ese algo que mejor que Hado y Destino debería llamarse Injusticia, nos impide, dificulta, estorba el logro de nuestra aspiración, debemos contra él rebelarnos y contra él protestar, como el héroe que desde la tierra amenazaba al cielo con sus puños cerrados.

—Es más cristiana la resignación.

—La resignación es una confesión de impotencia, y la impotencia moral un rebajamiento del alma. El hombre debe ser siempre en la vida, el romano sentenciado á morir entre las fauces de las fieras: su salvación era imposible, pero luchaba con ellas: reía aquel pueblo, bárbaro en medio de su civilización, de sus inútiles esfuerzos, pero ni esto amedrentaba al sentenciado que, redoblando su inútil lucha contra la fiera, parecía decirles: «no puedo defenderme de vuestra fuerza y brutalidad, pero sí puedo probaros que soy menos cobarde que vosotros; he sucumbido, pero sin doblegarme ni aun ante lo imposible.»

—Tú estás loco, hermano mío, tú deliras, y al alejarte de Dios, te privas del único consuelo de la desgracia.

—No, te equivocas; yo no he renegado de esa santa religión á la cual tú consagras los restos de tu alma lacerada por esa impalpable injusticia que otros llaman fatalidad; lo único que hago, es no exponerme á que el ángel del monte de los Olivos, me conteste que es imposible apartar de mis labios el cáliz de la amargura.

—¡Pobre amigo mío! tan grande es el desierto de tu alma.

—Tan grande, sí, que la esperanza se asomó á él y al apreciar á la simple vista su extensión enorme, huyó sin atreverse á atravesarlo; los mismos recuerdos, ese pan del espíritu en la hora del hambre, se pierden en él y desaparecen y se borran dejando en las heridas por las cuales se abren puerta, un dolor tal, que el de la muerte no podrá hacerse sensible al que le padezca.

—¡Desventurado de tí! sí, desventurado porque no hay desventura mayor que el olvidar.

—Sí, pero esa desventura es la puerta de una dicha muy material, pero dicha al fin.

—¿Cuál es ella?

—La insensibilidad: el hombre que la alcanza completa es la roca en mitad de los mares: las olas que levantan las tormentas de la vida se rompen en espumas contra ella, que permanece fija, firme, fuerte en el centro de la movilidad, del combate y de la lucha inútiles.

—Pero esto no impide que toda esa fijeza, firmeza y fortaleza vuelen en fragmentos al choque de un rayo que para las almas impasibles, puede ser, por ejemplo, el nombre de una mujer, el de una Remedios verbigracia.

Lizardi se puso en pié como agitado por una conmoción eléctrica; sus ojos redondeáronse por el asombro, y sus manos cruzáronse sobre su corazón, que daba intermitentes y fuertes golpes en las paredes del pecho.

—Tienes razón,—dijo con tarda y amortiguada voz,—¡hermano mío, me has hecho mucho daño!

—Dios sabe,—contestó Ochoa,—que te amo, no obstante, con todo el amor de una fraternal amistad.

—Lo creo, y más me lo hubieras probado clavándome un puñal en este corazón cuya agonía has renovado.

—¿Luego vive aún ese corazón?

—¡Ay! creo que sí.

—Aun podemos salvarle entonces.

Lizardi, retorciéndose más cada vez de terrible dolor, exclamó:

—¡Algo tienes qué decirme, y si es así, dilo, pero dilo pronto!

—Remedios necesita de tí.

—¿Acaso va á morir y quiere la perdone el daño que ha hecho?

—Acaso sí.

—Ve entonces á decirla que si tuve valor para ver morir su alma en los brazos de mi esperanza, no le tengo, sin duda alguna, para ver volar su espíritu á donde el mío no podrá seguirle.

—No, nada temas, su espíritu se niega á abandonar un cuerpo tan soberanamente hermoso.

Lizardi se apartó con supersticioso temor de su amigo, quien le dijo sonriendo:

—Recóbrate, mi querido filósofo, y ten por seguro que yo soy quien te hablo, y no el tentador espíritu, del cual, al verme entrar, juzgaste poseído al pobre novicio.

—Anastasio; si de mí te burlas, la burla es cruel.

—Joaquín, yo no me he burlado jamás de los que padecen.

—Entonces...

—Ya lo he dicho; Remedios necesita de tí.

—¡Dónde, Anastasio, dónde!

—En el centro del círculo en que la ha encerrado una infame villanía.

—Explícate.

—Voy á hacerlo.

—Di.

—Necesito empezar por el principio.

—Acaba.

—Peor para tu filosofía si demuestras miedo á los muertos.

—Anastasio, hermano mío, habla por Dios.

—Aun después de muerto, García Alonso ha seguido martirizando á su víctima.

—¡Todavía le ama!—exclamó con dolor Lizardi.

—No es eso.

—¡Qué entonces!

—Nuestro cruel enemigo, que á nadie quizás amó como á Remedios, por más que tanto daño la hizo, adivinando sin duda que la

—Que por Dios y su Santa Madre la Santísima Virgen, tenga la bondad de seguirme.

—¿A dónde y para qué?

—¡Para confesar y ayudar á bien morir á mi pobre señora!—dijo tristemente la criada, vertiendo llanto y sollozando con amargura.

El novicio observó conmovido:

—No soy sacerdote todavía, buena mujer; diríjase á la parroquia más próxima.

—No la hay, señor, sino á mucha distancia de aquí, y mi señora se muere.

—Pero, hija mía, de nada puedo yo servirle, pues carezco de las órdenes.....

—Señor, el caso es grave, muy grave, sírvase acompañarme, vea á mi pobre señora, y estése á su lado mientras voy á la parroquia más cercana.

—Sea así,—contestó el novicio: — pero no tarde, pues yo no puedo administrar á la señora los últimos sacramentos.

El hombre y la mujer retrocedieron unas cien varas, deteniéndose ante una casa de buen aspecto en la que penetraron.

Pocos instantes después, el novicio se encontraba en una pequeña pero elegante habitación, y al lado de una cama en la que entre rica batista y espléndida colcha de seda, suspiraba una mujer joven soberanamente hermosa.

El novicio creyó que aquella mujer no le era desconocida, pero su memoria le fué rebelde, y la situación no era propia para ponerse á discurrir.

La criada se acercó al lecho y dirigiéndose á su señora, le dijo:

—Animo, niña, esto no será nada: y aquí tiene usted un sacerdote que la consolará con sus santas palabras.

La señora abrió sus ojos como si despertase de un sueño, y fijándose en el novicio que con la cabeza inclinada sobre su pecho, permanecía á los piés del regio lecho, dijo con dulcísima voz:

—Padre, acérquese usted.

—Niña,—dijo á su vez la criada;—voy á salir, no tardaré, voy nada más á la farmacia próxima; me llevo la llave.

La dama y el novicio quedaron solos.

El último se acercó y tomo asiento cerca del lecho; la *niña* comenzó así:

—Padre, dígame usted que Dios podrá aún escucharme, necesito oírselo decir á un sacerdote.

—Sí, hija mía, sí; Dios escucha siempre á sus criaturas por pecadoras que hayan sido.

—¿Aún á mí me escuchará?—preguntó la dama.

—¿Por qué no, hija mía?

—¡Ay!—exclamó con profundo dolor la dama,—es usted, padre, el primer sacerdote que me lo dice.

—Usted delira, hija mía; no puede haber sacerdote que no le haya dicho á usted lo mismo.

—¡No, no, no le hay que me lo haya dicho!—contestó con terror la dama.

—¡Imposible!

—No, no es imposible, y me espanta que usted vaya á hacer lo mismo que ellos, en cuanto sepa mi crimen.

—Diga usted, hija mía, pues con sorpresa la escucho.

—Soy padre mío, una mujer la más desventurada de todas; amé y fuí víctima de mi amor, murió el objeto de él y más le amo aún que si vivo estuviese. Mi fidelidad á aquella pasión avasalladora me llevó á un claustro: creí en los primeros instantes que en la santa casa de Dios había encontrado mi consuelo y mi paz; muchos sacerdotes acudieron entonces á mí; les descubrí todo mi pasado, les hizo ver la inmensidad de mis riquezas, perdonaron mis faltas y me exigieron que renunciando á todo humano esplendor cediese al clero mi capital; les manifesté que deseaba conservarle para reparar con él los males sin cuento que el hombre que amé había causado en la tierra, y esto no mereció la aprobación de aquellos sacerdotes que, perdón padre mío, estaban sin duda dominados por sórdida avaricia: mi celda fué desde entonces una cárcel que concluyó por hacérseme insufrible; no pude soportar aquel suplicio, y libre, pues no había aún profesado, salí del convento y me restituí á mi casa. Desde entonces se desató sobre mí una tremenda persecución; me encuentro aislada. horriblemente aislada, ni aun criados me es dable tener, los unos han sido asesinados, los otros han huído con terror porque dicen que hay espantos en mi casa: sólo he podido conservar á la fiel mujer que ha traído á usted aquí.

—Hija mía,—observó el novicio,—todo es extraño é inexplicable en cuanto usted me dice.

—Lo creo, puesto que aquí ha venido usted.

—¿Por qué no había de haber venido?

—Porque ningún sacerdote se atreve á venir.

—No comprendo.

—Los unos dicen que esta casa está maldita: los otros manifiestan francamente su miedo á los *espantos*.

—¿Los sacerdotes de Dios, creen en patrañas semejantes?

—No sé, padre, si lo creen, ó si al dar esta respuesta obedecen á órdenes superiores.

—¡Aquí existe una infamia!—dijo el novicio con irreprimible exaltación.

—Sí, padre mío, si existe, pero yo no puedo combatirla.

—Hija mía, yo ayudaré á usted á ello,—agregó con voz resuelta el novicio.

—Gracias, Dios mío,—exclamó la dama con profundo reconocimiento y añadiendo después:—¿es usted extranjero, padre?

—No señora; ¿por qué me lo pregunta usted?

—Porque viendo la resistencia de todo sacerdote á venir á mi casa, había yo encargado á mi fiel criada que hiciera venir á mi casa al primer sacerdote extranjero ó forastero que en las calles viese.

—Pues no, hija mía, no soy ninguna de las dos cosas; soy simplemente un novicio mexicano que algo entiende de esa enfermedad del alma que usted padece, porque como usted lo pretendió, yo también pretendo encontrar á ella alivio en la religión, á la cual me consagro.

—¡Luego usted no es sacerdote!—exclamó con amarga sorpresa la dama.

—No lo soy aun, señora, pero mientras llego á ser sacerdote, soy un hombre y un caballero, con el cual puede usted contar en medio de la soledad en que dice usted hallarse.

—Yo hubiera querido un sacerdote, pues aunque no temo á la muerte, su proximidad me espanta, y creo en esa religión que sólo á mí niega sus auxilios.

—Señora, yo me encargo de que no le falte á usted ese sacerdote.

—¿Quién es usted entonces, que tal puede ofrecer?

—Soy, señora, un hombre cualquiera, pero acostumbrado estoy

á luchar contra toda clase de obstáculos, y ninguno me arredrará si venciéndole puedo tranquilizar á usted.

—¡Ah!—dijo la dama fijándose en el rostro del novicio, la voz de usted trae á mi memoria no se qué grato recuerdo de algún amigo; en la fisonomía de usted distingo rasgos que no me son desconocidos.

—Señora, —observó á su vez el novicio,—otro tanto y con las mismas palabras, pudiera yo haber dicho á usted, y á fin de aclarar este misterio ó dar cuerpo á nuestra mutua simpatía, diré á usted mi nombre.

—¿Cuál es?

—Anastasio de Ochoa y Acuña.

—¡Cielos!—exclamó la dama,—yo soy su desventurada amiga Remedios!

Necesito decir aquí algunas palabras mías: aquellos mis constantes lectores que vengan siguiendo mi relación desde los primeros Episodios, no necesitan explicación; ellos saben bien quién fué Remedios; deben, los que en tal caso no se encuentren, recorrer los tomos anteriores y en ellos verán que Remedios fué la víctima de un famoso capitán español de tropas realistas, que con el nombre de García Alonso, figuró mucho en la corte de los vireyes Iturrigaray, Garibay y Lizana, y murió en Guadalajara después de la batalla del Puente de Calderón, y por tanto durante el gobierno de Venegas.

Remedios, siendo prometida esposa de D. Joaquín Fernández Lizardi, fué robada por García Alonso, al cual amó con pasión avasalladora; abandonada por él, le siguió durante mucho tiempo pretendiendo en vano encontrarle, y en las anteriores partes de mi narración, describimos extensamente sus expediciones, en las cuales la acompañó D. Joaquín, y por su amistad con éste, trató á don Anastasio que amaba á su vez á otra víctima de García Alonso, á la bella Guadalupe.

Muerto D. Miguel Hidalgo, Guadalupe, que pasaba por hija suya, murió también de dolor en Guanajuato, y Remedios se trasladó á México con intención de profesar en algún convento, según á D. Joaquín habíaselo dicho, quitándole toda esperanza de que fuese correspondido el amor loco que aquel hombre la consagraba.

D. Anastasio, que había idolatrado á Guadalupe, juró consagrarse á la carrera eclesiástica; Lizardi desempeñaba el empleo de teniente de Justicia en el Real de Tasco, cuando en él entró en los primeros días de Enero de mil ochocientos doce el Sr. Morelos, y acusado de haber entregado á éste las armas y municiones que en el mineral había, fué conducido preso á México, pero se le dejó en libertad por no habérsele podido probar que la entrega hubiese sido espontánea: así lo han dicho otros antes que yo.

D. Anastasio era, si no realista, sí al menos neutral; D. Joaquín, por el contrario, era amigo de la revolución, y la sirvió, como veremos, cuanto dable le fué: desde el día que á México se le condujo preso, no había vuelto á salir de él.

Así es que la Providencia iba á reunir de nuevo en la capital, á D. Joaquín, D. Anastasio, y á la hermosa Remedios, que, según hemos dicho, se conservaba tan bella como siempre lo había sido.

Desde estos sucesos que someramente he recordado, hasta la época en que otros nuevos van á desarrollarse, habían pasado cerca de catorce meses.

## V

¿Quién hubiera creído en aquellos días que la Constitución del año doce con todo y las libertades que á los súbditos españoles acordaba, no iba á servir sino para acrecentar la lucha de independencia?

Nadie lo hubiera creído: no siendo así no se la hubiese jurado con muchísimo mayor y entusiasta aplauso que á todos los reyes juntos.

Aquello fué un delirio: tal es la verdad.

Que lo digan si no, y si acaso viven, los que hayan asistido á la solemne jura que el domingo 5 de Octubre, hizo el pueblo de México de ser fiel y guardar la Constitución. Esta jura se hizo á la vez en todas las parroquias de la capital, asistiendo á cada una de ellas un señor regidor. Volvieron á repetirse las músicas é iluminaciones, y en la noche hubo en el Teatro una lucida función de representado, canto y baile, y la entrada fué gratis para el pueblo.

Siguiéronse á estas juras las de todos los Tribunales, oficinas,

comunidades, religiosos de uno y otro sexo, y cuerpos del ejército, dando esto motivo á una dilatada serie de festividades, entre las cuales se hizo notar la que en el Ejido celebró el batallón primero Americano, en un gran salón expresamente levantado para el objeto. Vecina el salón, levantaba también sus descarnados brazos la espeluznante horca, extendiéndolos en el espacio, como buscando ella también su parte en el festín; la alegre soldadesca se irritó con aquellas mudas amenazas, y vitoreando á España, al virey y á la libertad, derribó la horca con general aplauso y regocijo.

Españoles europeos y españoles americanos fraternizaron en estos días con espontaneidad y entusiasmo, y en la gran comida ofrecida al ejército, el arcediano Beristain, que en todas partes gustaba de lucir sus improvisados brindis, tuvo una excelente ocurrencia, y fué la de hacer que se abrazaran un soldado mexicano de los dragones de España, y otro español del batallón Americano, teniendo en la mano el uno, una copa de vino blanco, y el otro de tinto: así abrazados, ambos mezclaron su vino, y después lo bebieron, gritando: «¡Viva la unión de ambas Españas!»

—Todo esto es sublime, amigo mío,—decía en la botica de don Cleofás Madana, el respetable y opulento D. Sóstenes de Pantoja, transfigurándose ante su yerno D. Martín Cabrera, y el excelente D. Buenaventura del Valle, comandante retirado de las tropas del capitán general de Guatemala.

—España se ha regenerado, señores, ¡viva España regenerada!—dijo D. Buenaventura.

—¡Y América hermana!—añadió D. Sóstenes.

Madana estaba también contentísimo, y tanto que quitando de un armazón de la rebotica unos dos ó tres enormes tarros de ungüentos y pomadas descubrió un par de botellas *de lo rico*, y trayendo unas copas, entre viva y viva se despacharon cada uno medio cuartillo de un supremo Jerez.

La conversación adquirió animación y bríos nuevos, y los cuatro buenos camaradas dedicáronse á la entretenida tarea de todas las épocas y de todos los pueblos españoles: ya habrán adivinado mis lectores que tarea fué esa: la de arreglar y componer el mundo teóricamente.

Poco á poco la conversación fué recobrando su tono natural, y reposado, y llegó su vez á la sección de noticias.

Jura de la Constitución

muerte podría, como pudo sorprenderle, dictó en forma legal su testamento, en principios de mil ochocientos once, legando toda su inmensa fortuna á Remedios.

—¿Y qué?

—Esa fortuna atrajo á Remedios una innoble persecución, y la infeliz no tiene quien salvarla pueda, si á ello te niegas tú.

—¡Luego tú!...

—Poco ó nada puedo hacer.

—Explícate.

D. Anastasio refirió entonces á su amigo todas las circunstancias de su encuentro con la hermosa mujer, y las conversaciones que con ella sostuvo: como todo esto mis lectores lo saben ya, creo ocioso é inútil repetirlo.

Hecha su relación, D. Anastasio continuó diciendo:

—En cuanto me convencí de que ningún peligro corría su vida, salí de la casa, me dirigí al Arzobispado, hablé en él con mis amigos y supe que una alta dignidad eclesiástica...

—¿El Arzobispo quizá?

—No: el Sr. Bergosa, Arzobispo electo de México, se encuentra aún en Oaxaca, y nada tiene que ver en esta inicua trama.

—¿Quién entonces?...

—Inútil pregunta; no puedo decirlo: bástete saber que una poderosa influencia protege, no á los enemigos de esa hermosa mujer, pues su bondad no puede tenerlos, pero sí á los avarientos que acechan su fortuna, so pretexto de que en García Alonso hubo dos personalidades, la del temible capitán y la del tremendo franciscano. Este doble individuo, en quien fueron distintivo de su superioridad la astucia y el talento, no dejó testimonio alguno que pueda ser utilizado en contra de Remedios, y la trama consiste en imponerse, con auxilio de las más groseras preocupaciones, á su conciencia. La obediencia á que los cánones me obligan, no podrá llevarme á ser yo partícipe de esta infamia; pero tampoco me conviene combatirla. Sólo estás, pues, para defender á Remedios, pero te juzgo bastante para ello.

—No habiendo en todo esto sino una difícil cuestión de intereses, mi delicadeza estorbará mis acciones.

—Todo lo he previsto: Remedios nada sabe en cuanto á la participación que tú vas á tomar en este asunto: su fiel criada Chole es

la única á quien he puesto al tanto de ello: esta misma noche irás á verla, con ella conversarás, y después...

—Después yo sabré lo que debo hacer.

—Seguro estoy de que será lo mejor.

—Pondré mi empeño en ello.

—Bien, comienza á oscurecer: te dejo y... hasta mañana.

—Hasta mañana, hermano mío.

Al salir Ochoa de la casa de Lizardi, un caballero se desprendió de uno de los zaguanes próximos y le detuvo fingiendo un encuentro casual.

—Vaya usted con Dios, señor poeta:—le dijo tendiéndole la mano.

—Salud, Sr. D. Alvaro de Cervera,—contestó Ochoa.

—¿Qué tal el amigo Lizardi?

—Estudiando como siempre.

—Habrá usted venido á comunicarle algún fantástico poema de duendes y aparecidos.

—¿Por qué de duendes y aparecidos?

—Porque se susurra por ahí que ha pasado usted dos días en la casa maldita, morada de la antigua amante del famoso embaucador García Alonso.

—¡Qué quiere usted decirme con eso!—preguntó Ochoa irritado.

—Nada, eminente poeta, nada, como no sea que no se fíe usted mucho en la eficacia de los exorcismos para auyentar á los duendes de la casa maldita.

—Vaya, está usted de broma, mi Sr. D. Alvaro, y yo voy deprisa.

—Pues no quiero detenerle, señor novicio; vaya usted con Dios.

—Y de usted no se aparte,—respondió Ochoa prosiguiendo su camino.

D. Alvaro marchó también en dirección opuesta, pero echando una mirada sobre la casa de Lizardi, dijo para sí:

—Pobres de vosotros si os mezcláis en este asunto: os aplastaré como á ladrones que han sorprendido la caja donde oculto mis tesoros: redoblaré mi vigilancia y mi persecución.

## VII

Eran enteramente ciertas las noticias que corrían sobre el asunto de la libertad de imprenta. El lunes, 5 de aquel mes de Octubre,

prestaron juramento en presencia del virey, los individuos que debían componer la Junta de censura, según el acuerdo y los nombramientos de la Regencia.

Como ríos desbordados de su cauce, las imprentas de D. Juan Bautista Arizpe, de D. Manuel Antonio Valdés, de D. Mariano Ontiveros, de D.ª María Fernández de Jáuregui y otras de las de aquel tiempo, en la capital, dieron salida á una multitud de periodiquillos y papeles pobremente impresos y no admirablemente escritos.

Los vendedores ambulantes de esta pequeña prensa, ensordecían á quienes por el portal de Mercaderes transitaban, gritando pocos días después de acordada la libertad:

*¡La Gaceta!*

*¡El Pensador extraordinario!*

*¡El Juguetillo!*

*¡El Papel nuevo de ahora!*

*¡El Diario!*

*¡El Verdadero ilustrador!*

*¡El Aristarco!*

*¡El Filópatro!*

*¡El Juguetón!*

*¡El Vindicador del Clero!*

*¡El Perico de la Ciudad!*

*¡El Sastre elogiador de la niña juguetona!*

*¡El Amigo de la Patria!*

*¡El Censor extraordinario!*

Y otros muchos más que por no cansar á mis lectores no cito. Aquello fué una fiebre: unos á los otros papeles se hacían una guerra feroz, estos en chavacano estilo, aquellos con insultantes provocaciones, algunos con mesura, pocos con talento, y para que de exagerado no se me tache, copio aquí un parrafito, que andando los años escribió en su *Cuadro histórico* D. Carlos María Bustamante, que presto vamos á ver tomando parte activa en el campo insurgente. «Sesenta y tres días,—dice Bustamante,—duró la libertad de imprenta en México: salieron muchos papeluchos en este corto espacio de tiempo, pero ciertamente indecentes en la mayor parte y daban muy mal cobro en Europa de la literatura mexicana.»

Bustamante fué de los primeros en saltar á la palestra, redactando *El Juguetillo*, que empezaba así:

«¿Con que podemos hablar?... *¿Estamos seguros?* preguntó doña Rodríguez á D. Quijote en aquella visita nocturna, que tan cara le salió por el capricho de la duquesa, y en que temió el buen Hidalgo que peligrase su virginidad, preservada en la venta á merced de la vigilancia del arriero sobre Maritornes?... pues á ello Dios me guíe y la peña de Francia, y la trinidad de Gaeta, y beso mi péñola, como las indias el primer medio de las peras que venden.»

D. Joaquín Fernández Lizardi sacó también á luz su *Pensador Mexicano*, de cuyo primer número dice Bustamante en *El Juguetillo* lo siguiente:

«Diríjome ahora á cierto *Pensador Mexicano* que se nos ha presentado hoy de patitas en México... buenos días, cara hermosa, saludamos á usted con el ángel: ¿de cuándo acá le ha venido en gana pensar *sobre diversas materias* y pensar bien? Cuidado, porque el que mucho habla, etc., somos unos pobretes, limitados, y apenas podemos acertar en una cosa: los *omniscios* como *Leibnitz* son aves raras en el mundo: ha empezado usted bien, aunque pudo omitir toda la historia de Witiza y D. Rodrigo: en una foja de papel pudo decirlo todo: ya sabemos las ventajas de la libertad de imprenta, y el uso moderado que debe hacerse de ella; pero adelante, siga usted á quien no pedimos más sino que desempeñe el epígrafe de su obra, y no hará poco, *sin ira, odio, pasión ni rivalidad*: que éste sea el carácter de sus pensamientos, déjeme dar estos consejos, pues los viejos regañones estamos autorizados para gruñir á todos; de algo nos ha de servir tener la cabeza como un nabo.»

No es mi ánimo cansar á mis lectores reproduciendo aquí, como pudiera hacerlo, otros muchos párrafos de los periódicos de aquellos días: peró bien pueden creer que no se engañarán, pensando de aquel curioso período de nuestro periodismo nacional, lo que pensó y dejó escrito Bustamante en el ya citado párrafo de su Cuadro Histórico.

Limitada es mi inteligencia y escasa mi instrucción, ningunas mis cualidades de crítico, pero no se necesita haber estudiado en academias para juzgar por las muestras el estado lamentable en que se hallaban en aquellos días en Nueva España las bellas letras.

Ni en prosa ni en verso producían nuestros ingenios cosa alguna estimable: creo haberlo ya probado más de una vez, y remito á

los que aun no se hallen convencidos á los papeles y periódicos de aquel tiempo. No puedo poner en duda que las intenciones fuesen buenas, pero no en todo, y en literatura mucho menos, bastan las buenas intenciones.

Ni podía ser de otro modo: la administración colonial no dejó de poner trabas á la ilustración de los criollos: los historiadores más parciales, los más entusiastas por aquel imperfecto régimen, convienen en las limitaciones á que estaban sujetos en las Américas el pensamiento y la instrucción. No es querer mal á nadie ni ser mal patriota decir la verdad, y yo me complazco en haberla dicho en mis humildes libros; y lo hago así, porque si Dios quiere que algo vivan, bueno será que conste que alguien rindió tributo á esa verdad, que es la más peligrosa de las virtudes, por ser en ella tan fuerte la luz que irradia, como débiles para resistirla las pupilas de los mochuelos del patriotismo.

La libertad es la atmósfera del pensamiento: faltó en México esa libertad y faltaron los ingenios: sólo, pues, hubo copleros en aquella dilatada época, mereciendo únicamente ser exceptuados Alarcón y Sor Juana, siendo aquél el poeta dramático español de más filosófico instinto, el que usó un estilo más sencillo, más claro y más adecuado á la intención moral del drama, y ésta un verdadero prodigio de ingenio, algún tanto oscurecido por su alambicado discreteo, como antes que yo dijo un gran escritor español. ¿Qué otros nombres de poetas criollos han llegado hasta nosotros, repetidos por todos los labios, como repetidos son los de Alarcón y Sor Juana? Dejémonos de cuentos y tonterías, quien consagra el mérito de los grandes escritores es el público y no los eruditos: todos distinguimos la presencia del sol sin necesidad del auxilio de los astrónomos; si hubieran existido grandes poetas criollos, habríanse señalado como los dos tantas veces citados, cuyos talentos fueron tales que pudieron vencer todos los obstáculos de la educación, del tiempo y de la distancia.

Contrayéndonos ahora á la época de acción de mis episodios encontraremos á los poetas de Nueva España agrupados en lo que se llamó «Arcadia Mexicana:» ¿cuáles fueron los frutos de esta asociación? Lástima da leer sus composiciones en el *Diario de México*, de los cuales algunas he dado á conocer á mis lectores. Ni podía ser de otro modo siendo como fué imitación la mexicana de

la Arcadia, fundada en Roma por Crescimbeni en mil setecientos noventa: el objeto de la de Roma, fué poner coto á los extravíos del gusto, «mas no hizo en verdad, dice el ya citado crítico español, sino trocar el delirio por el fastidio y desarrollar ridículamente la moda pastoral, que, hija degenerada de la imaginación de Sannazaro, que había dado á la Arcadia griega forma ideal, produjo tanta insulsez y amaneramiento en la poesía: sus emblemas, usos académicos y tareas poéticas, todo tenía un carácter por demás risible y candoroso; estaban contagiados del espíritu de afectación y de artificio que había corrompido las letras, y da de ello manifiesto testimonio la pueril prescripción de designar á los árcades con nombres más ó menos griegos, á veces en sumo grado extravagantes, con lo cual se daban por alistados entre los pastores de Arcadia: el amartelamiento y la insipidez fueron sus distintivos: plaga de poetas pastoriles que se inspiraban en su gabinete sin ver más cielo ni más campo que la pared ó el tejado de la casa vecina.»

Este mismo pésimo gusto dominó en España, y trasunto de él fué el que reinó entre nosotros; pero aunque escasa, había allí mayor libertad, y de entre el polvo de la ruina de las letras del siglo de oro, alzáronse con asombro general é inmarcesible gloria los Jovellanos, los Cienfuegos, los Quintanas, en fin, por no detenernos en cuestiones ajenas hasta cierto punto de carácter de estos mis pequeños libros.

¿Dónde están en nuestra historia literaria los nombres que podamos oponer á aquellos ilustres nombres?

## VIII

Días después de estos sucesos la simpática ciudad de Tehuacan de las Granadas, convertida por el Sr. Morelos en su cuartel general, presentaba un desusado aspecto de animación y actividad. El día era frío y desagradable: el impetuoso viento formaba enormes torbellinos que arrastraban de uno á otro lado gruesas columnas del fatal polvo blanco que cubre enteramente las cercanías.

—Molineros parecíamos,—me decía el compadre Mascarilla al contarme estos sucesos.

—¿Y qué motivaba aquella animación y actividad?—le pregunté yo.

—Poca cosa, muchacho: el general había dado orden de ponerse en marcha para ir á buscar en el campo á los realistas, ya que ellos no habían tenido á bien ir á encontrarnos en Tehuacan. Pero lo que yo puedo asegurarte es que todos estábamos sedientos de sangre y de venganza.

—¿Pues qué había pasado?

—Una desgracia, muchacho, una gran desgracia que había arrancado muchas lágrimas á nuestros hijos.

—Y vamos á ver ¿quién era capaz de hacer llorar á ustedes?

—Un valiente, todo un valiente, lo que puede llamarse un valiente.

—D. Nicolás Bravo entonces.

—No, gracias á Dios, D. Nicolás estaba bueno y continuaba en la provincia de Veracruz triunfando en todas partes, más que por su valor y talento militar por su generosidad sin ejemplo y su alma de gigante.

—¿Quién entonces?

—El hombre por nosotros llorado, aquél cuya muerte queríamos vengar había sido un mulato, un simple arriero, un hombre sin instrucción, pero un valiente y un gran militar como todos los hombres á los cuales formó el Sr. Morelos.

—¿Quién en fin?

—El coronel D. Valerio Trujano.

—¿El heróico defensor de Tehuacan?

—El mismo.

—¿Pues qué le pasó?

—Lo último que puede pasarle á un hombre.

—Que se murió.

—¡Peor todavía!

—No comprendo.

—Que le mataron: sí, muchacho; morirse de una enfermedad que Dios envía, malo es, pero en fin, Dios lo manda y no hay medio de oponerse; pero eso de que á un hombre, fuerte, sano, robusto y valiente le peguen un balazo como á un venado y lo dejen tendido en tierra, es una cosa que no puede sufrirse con paciencia.

—Pero, compadre,—observé yo:—después de todo nada más natural que quien á las guerras se lanza muera de un balazo.

—Es verdad, pero es una diablura, lo repito: el coronel D. Valerio Trujano no debía haber muerto: era un valiente que nos hacía mucha falta.

—Por eso mismo le matarían los realistas.

—Ellos fueron quienes lo mataron, y al coronel D. Saturnino Samaniego, comandante de la división de vanguardia del Ejército del Sur, fué á quien le otorgó el diablo esta fortuna. Por orden del Sr. Morelos, Trujano salió de Tehuacan el 4 de Octubre en busca de víveres, y con sus cuatrocientos hombres hizo noche en el Rancho de la Virgen, entre Tlacotepec y Tepeaca, camino de Tehuacan á Puebla. Samaniego que contaba con buena tropa y se hallaba en Tepeaca, dejó ésta á las dos de la madrugada del 5 y sorprendió á Trujano cuyos centinelas habíanse dormido. Trujano se hizo fuerte en la casa del Rancho y comenzó á rechazar con éxito á los realistas, pero estos incendiaron los depósitos de grasa del Rancho y el pestilente y sofocante humo obligó á los independientes á salir de sus parapetos. Trujano se puso imprudentemente á su cabeza y recibió dos balazos que le tendieron muerto. Samaniego, que había quedado mal herido de una pierna, temiendo la proximidad de los insurgentes que acudían en auxilio de Trujano, se retiró á Tepeaca: recogido por nosotros el cadáver del valiente Trujano, se le hicieron, por disposición del Sr. Morelos, solemnes honras fúnebres; pero ya lo dije, lo más grande y conmovedor fué el espectáculo de patético duelo que todos dimos derramando á torrentes nuestras lágrimas. Unos días después, el 13 de Octubre el Sr. Morelos nos hizo salir con gran reserva de Tehuacan, y todos creimos que de algo muy importante se trataba, pues él mismo se puso al frente de las fuerzas. Supimos después que el objeto era recoger en la hacienda de Ozumba, no muy distante de Nopalucan, ciento diez barras de plata que Osorno había tomado en Pachuca y destinádolas á gastos del ejército: por supuesto que de ello nos enteramos únicamente cuando las hubimos recogido: tan grande fué la reserva con que, como ya dije, procedió el Sr. Morelos.

—No les vendrían mal á ustedes las tales barras.

—Ya lo creo que no, pues tan escasos de dinero andábamos que

hacía tiempo que ninguno recibíamos ni siquiera una parte de nuestro pequeño haber.

—Pero D. Ignacio Rayón ¿qué hacía mientras tanto?

—Después te lo diré: escucha ahora y no me interrumpas con tus preguntas.

—Diga usted, compadre.

—Nos disponíamos á regresar á Tehuacan, cuando recibimos



... en la mañana del 18 de Octubre...

aviso de que D. Ciriaco del Llano, noticioso de nuestro paso por San Andrés Chalchicomula, disponía jugarnos una mala partida echándonos encima á D. Rosendo Porlier y al coronel D. Luis del Aguila, y entreteniéndonos por este medio, hacer pasar sin peligro un convoy detenido en Amozoque. Atento, ante todo, á no perder las ciento diez barras de plata que habíamos recogido de Osorno, no había entrado en los planes del Sr. Morelos atacar á los realistas; pero el conocimiento de la importancia del convoy nos hizo caer en la tentación de apoderarnos de él, y en la mañana del 18 de Octubre cargamos sobre la retaguardia realista poco después que hubo pasado por el Santuario de San José de Chiapa. Nada

menos que D. Hermenegildo Galeana fué quien se encargó de dirigir el ataque; pero los realistas anduvieron listos, y nos opusieron tan vigorosa resistencia que nada conseguimos, y mientras el teniente coronel D. Pedro Otero, con su batallón de Guanajuato y doscientos caballos introdujo en nuestras filas el desorden, D. Luis del Aguila apresuró la marcha del convoy, tomando con él el camino de Ojo de Agua. Tuvimos nosotros alguna pérdida de gente, y los realistas nos mataron de un cañonazo al cura Tapia, coronel de un regimiento insurgente: sin intentar ninguna otra acción que pudiera haber puesto en riesgo nuestras barras de plata, regresamos en buen orden á Tehuacan. Ahora me toca decirte algo de D. Ignacio Rayón. Después de haberse asegurado en Huichapan de la obediencia de *Chito* Villagran, resolvió atacar á D. Rafael Casasola que hacía muchos daños á la revolución con sus realistas y patriotas desde su cuartel general de Ixmiquilpan: salió el 15 de Octubre contra este rico pueblo, y llegó ante él el mismo día 18 en que nosotros nos batimos con el teniente coronel Aguila: ocupó con su tropa el cerro de la Media Luna que domina á Ixmiquilpan, y rechazó victoriosamente á Casasola que quiso desalojarlo de aquella importante posición: desde ella, y después de este triunfo, intimó rendición á Casasola; pero éste le contestó con arrogancia que jamás consideraría como beligerantes á bandidos y rebeldes; Rayon atacó entonces á Ixmiquilpan el 19, y á punto estaba de tomarla cuando el Chito Villagrán, se retiró con sus fuerzas abandonándole traidoramente, pues no podía ver á Rayón, al cual aborrecía como á todo representante del orden y la autoridad. El presidente de la Junta tuvo que retirarse á Huichapan, y Casasola atribuyó á milagro la salvación de Ixmiquilpan, hasta cuya plaza había casi entrado el valiente coronel Lobato, quien siendo cabo del regimiento de Tres Villas, fué hecho prisionero por Rayón en Zitácuaro, en cuya época tomó partido por los insurgentes, y les fué muy útil organizando é instruyendo á sus tropas. Cuando de regreso en Huichapan D. Ignacio pretendió reprender á Villagrán por su infame comportamiento, el Chito se declaró contra él, y quiso ponerle preso, y le hubiera asesinado tal vez sin la presencia de ánimo del Presidente que arengó á sus tropas y obligó á huir á las Villagranes, de las cuales dijo el secretario de Rayón en su diario, que: «eran almas negras que con su libertinaje, arbitrariedad

y excesos habían asolado aquellos contornos,» estimando el rompimiento «por un favor especial del cielo, atendido el estado de las cosas, las vejaciones que sufría la jurisdicción y las ningunas ventajas en la causa común, para que aquellos malhechores expiasen por fin sus delitos, que habían sido el escándalo de la época.» No fué tampoco muy afortunado el otro miembro de la Junta, D. José Sixto Verdusco, al cual D. Pedro Celestino Negrete, que le llamaba *el cabecilla doctor*, derrotó el día 26 de Octubre en Uruapan, de donde escapó refugiándose en la hacienda de Taretan, propiedad de los frailes agustinos.

## IX

Era empresa punto menos que imposible cortar al compadre Mascarilla la palabra una vez que la tomaba: dejéle pues hablar hasta que quiso buenamente terminar, según consta en el final del anterior capítulo.

No tardó mucho en proseguir diciendo lo siguiente:

—Pero, ¿quién habrá que pueda hacer caso de cosa alguna de aquellos días que no hubiese estado dirigida por el Sr. Morelos? ¡Válgame Dios! y cómo quisiera ser no hombre burdo é ignorante que apenas sabe hablar en mal castellano, sino todo uno de esos señores letrados que manejan el habla de Cervantes como sus pinceles un Murillo! Pero, ¡quiá! ¡si no puedo por más que hago! Dispénsenme, pues, y conténtense con entenderme siquiera, ya que después de todo no estaría bien que un pobre palurdo hablase tan lamido y tan pulido como un señor. El día era feo y frío como ya dije antes, pero el general había dado la orden de que todo el mundo estuviera listo para marchar inmediatamente, y como el tiempo era escaso y rigurosa la disciplina, todos andábamos listos, de aquí para allá, y con el movimiento y la actividad ninguno sentíamos el frío. Por el pronto y aun después de algún tiempo de marcha, nadie supo á donde nos dirigíamos, pero en la madrugada del día 28 el aire nos trajo los ricos aromas de los platanares y cafetales de Orizaba.

A las ocho de la mañana del jueves 29, nuestro ejército saludó á la poética ciudad desde la Garita del Molino, y los pabellones independientes ondearon dominantes en el cerro del Calvario.

Una sección insurgente habíase apoderado del *Ingenio*, punto poco distante de Orizaba, y derrotado á una pequeña guarnición y á una fuerza de cincuenta hombres que de la ciudad salió en su auxilio.

No se ignoraba, pues, nuestra proximidad, y así fué que al descubrirnos, el coronel D. José Antonio Andrade que mandaba en la plaza, nos recibió á cañonazos que nuestros artilleros contestaron con acierto y violencia, dirigidos por el Padre Barrera.

Aquello fué muy reñido, muchacho; á mí me tocó estar con don Hermenegildo en la Garita de la Angostura, y mi caballo, pues sólo como ginete me permitía combatir mi pierna de palo, paraba las orejas y ensanchaba las narices asombrado del estrépito de la fusilería y de las voces de guerra; pero los realistas de la Angostura parecían hechos de bronce y resistían nuestro empuje sin retroceder un sólo paso por más que los acribillaba á metrallazos la batería de Tlachichilco: ábrense de pronto y disparados como una bala caen sobre nosotros como unos cien caballos: pero tampoco nosotros sabemos retroceder, y les falta espacio para moverse, y uno tras otro caen todos ó muertos ó prisioneros: la gente se desprende entonces sobre la trinchera y la toma al arma blanca: quieren entonces retirarse los defensores y tras ellos nos lanzamos con tal precipitación que con ellos nos confundimos y les es de todo punto imposible levantar el puente arrimado sobre el foso, y á las voces de *¡adelante americanos!* que D. Hermenegildo repite, dando él el ejemplo, llegamos á la plaza donde se encuentra el grueso de la guarnición que nos hace un fuego espantoso. Sobreviene un momento de duda y vacilación, porque ante el heroismo de los defensores se estrella el heroismo independiente. Pero el Sr. Morelos domina el campo de acción con su vista de águila; truena su voz las órdenes, y el ejército se divide en tres columnas, de dos de las cuales se encargan D. Antonio y D. Pablo Galeana: una y otra se incrustran, por así decir, en las calles de la población, y distinguimos al fin, ébrio de valor y entusiasmo al coronel Andrade lanzando *vivas* á España y al Rey en la calle Real defendida por dos trincheras levantadas en el puente de la Borda y en la Iglesia de Dolores: ante nuestro vigoroso empuje Andrade se ve obligado á retroceder, pero lo hace en buen orden y llevándose sus cañones que dispara sobre la marcha abriendo enormes claros en nuestras

filas: atravesamos así toda Orizaba y vamos á salir al llano de Escamela, y mientras de frente continuamos avanzando sobre la división realista, ésta se vé de pronto hábilmente flanqueada por nuestra caballería: Orizaba queda por los insurgentes y lo anuncian así los alegres repiques de las campanas, sin que Andrade nos consienta dejar de combatir, defendiéndose como un león, y retrocediendo siempre hacia el camino de Córdoba, sin que sus realistas olviden ni un solo instante la disciplina. D. Hermenegildo lee entonces claramente las intenciones de Andrade y marcha con su caballería á situarse en el cerro del Cacalote; pero el jefe de las tropas reales ni por eso se intimida, antes bien con desusado brío toma también aquellas alturas, se abre paso por medio de nuestras filas y toma con rapidez el camino deseado, continuando en su persecución nuestras partidas, hasta que un ayudante del general las alcanza y da la orden de retroceder.

—¿Y se escapó?

—Sí, como escapan los valientes, salvando una buena parte de sus fuerzas y con el cuerpo acribillado de heridas.

—¡Notable acción!—exclamé yo entusiasmado con la relación.

—Y tanto que sí: me acuerdo que al encontrarse el Sr. Morelos y D. Hermenegildo, se entabló el siguiente diálogo.

—Sr. Morelos, bravo *gachupín* es este Andrade.

—Valiente á carta cabal, Sr. Galeana.

—Una de las veces en que estuve con él al habla le dije; Andrade, ríndase usted y le devuelvo á su hijo Martín que tenemos prisionero desde la derrota que dió Bravo á Labaqui.

—Pero se negó.

—Justo, y me contestó:—gracias Sr. Galeana, pero ahora debo olvidarme de que soy padre y recordar que soy vasallo del Rey y como tal defenderle hasta morir:—pásese á nosotros y será nuestro amigo,—le dije yo y contestó él;—no puedo, D. Hermenegildo, no puedo, ni al precio de esa amistad que me ofrece y que espero no olvide si al fin quedo derrotado.

—Crea usted, Galeana, que hubiera sentido mucho que hubiéramos hecho prisionero á Andrade.

—¿Por qué, mi general?

—Porque no le habría fusilado y esto hubiera sido sentar un mal precedente: los realistas nos han ahorcado á nuestro buen D. Leo-

nardo y no debemos perdonar á ninguno que caiga en nuestras manos.

—Mi general, gusto da combatir contra valientes como Andrade, y estas victorias bien reñidas son las que satisfacen.

—Sí, pero hemos sufrido grandes pérdidas.

—Es claro ¿pero qué remedio si no hemos luchado con cobardes?

Pudieran repetirse estas últimas palabras, continuó diciendo el compadre Mascarilla, á los que al escribir sobre esta toma de Orizaba, nos han venido saliendo con que los insurgentes sólo tuvimos cinco muertos y veinte heridos: sólo parece que quisieron dar á entender que los realistas disparaban sobre nosotros bolas de miga de pan!

—Compadre,—le dije yo al ver su enojado semblante,—no tome la cosa tan á lo serio.

—¿Cómo no he de tomarla? Critican con razón á la *Gaceta* por lo que miente al dar noticia de los muertos realistas en acción de guerra, y hacen ellos otro tanto cuando hablan de los independientes? Digan lo que dijeren nosotros perdimos en Orizaba más de doscientos hombres entre muertos y heridos: de los realistas murieron más de cien é hicimos como trescientos prisioneros que en su mayor parte se nos incorporaron y sirvieron fielmente.

—Por supuesto que algún fusilamiento habría.

—Sí, por desgracia.

—¿Cuántos?

—No lo sé á punto fijo, pero algunos oficiales fueron pasados por las armas, á pesar de los ruegos y buenos oficios de los vecinos principales.

—¿Y por qué tanta severidad?

—Porque el general quería vengar la muerte de D. Leonardo Bravo, cumpliendo inflexiblemente las duras leyes de la guerra. Por cierto que entre los fusilados estuvo un joven realista llamado Santa María que hecho prisionero en S. Agustín del Palmar, pidió se le pusiera al servicio de la causa insurgente, y á los pocos días se fugó y volvió al campo realista. Cuentan de él que estaba para casarse con una bella señorita de Orizaba, la cual, al saber la prisión de su novio, presentó al Sr. Morelos un memorial pidiéndole la vida y libertad de su prometido: añaden que el Sr. Morelos, que

odiaba las traiciones, leyó el memorial y en su margen escribió como acuerdo, *escoja otro novio más decente*. Pero todo esto no pasa de ser un rumor sin fundamento conocido, pues al menos á mí no me consta que tal cosa haya pasado.

El botín que en Orizaba recogió el Sr. Morelos fué muy importante y sobre todo privó al gobierno vireinal de la percepción de muy cuantiosos recursos, por efecto de la orden que dictó para que fuese quemado el tabaco que existía en los almacenes de la villa. Según cálculo del mismo general Morelos, el valor de este tabaco ascendía á catorce millones.

## X

Obtenido por el general el logro de su propósito que fué privar al gobierno enemigo de los pingües productos del estanco del tabaco, determinó volver á Tehuacan dejando una corta guarnición en Orizaba en la que sólo permaneció cuarenta horas.

Emprendió, pues, su vuelta el sábado 31 de Octubre, marchando con cierta rapidez á fin de salvar lo más pronto posible el Puente Colorado, en el cual se bifurca el camino en dos ramales, uno que va á Tehuacan y el otro que desciende suavemente hasta Ixtapa, en la cual se encontraba el teniente coronel D. Luis del Aguila con sus realistas. No eran vanas las precauciones del Sr. Morelos, pues noticioso el jefe español de los sucesos de Orizaba, salió violentamente en su socorro y llegó el día 1.º de Noviembre á las cumbres de Acultzingo, á tiempo que también comenzaban á pasarlas las vanguardias insurgentes.

Habría deseado el Sr. Morelos evitar este encuentro que no entraba en sus planes y aun podía estorbarlos grandemente, pero preciso le fué hacer frente á la división de Aguila compuesta de mil doscientos cincuenta hombres.

Formó en consecuencia sus tropas en dos líneas y enfiló el camino real con sus once piezas de artillería, ordenando que así los bagajes que conducían el botín hecho en Orizaba como el resto de sus gentes, tomase durante la acción y á la deshilada el camino de Tehuacan.

Aguila dividió á las suyas en dos columnas y avanzó resuelta-

mente sin detenerse ante el fuego de las piezas, tras de las cuales se tendía la primera línea insurgente: esta línea se replegó sobre la segunda á la voz de mando de D. Hermenegildo sin ocuparse en retirar la artillería que cayó en poder de Aguila.

Los dragones de éste hubieron de cejar ante la resistencia que



.. la suerte le deparó un grueso tronco...

encontraron y otro tanto hizo el escuadrón de Puebla á cuyo frente iba D. Manuel Flon, hijo del conde de la Cadena: por una y otra parte la lucha fué tremenda, y cuando por haber sido ya ejecutadas las órdenes del Sr. Morelos, la línea protectora insurgente se pronunció en retirada, el desbandamiento fué tan grande que D. Hermenegildo llegó á encontrarse solo, rodeado de enemigos que le mataron su caballo y quedó casi en su poder; pero el terreno difícil y escabroso de las cumbres vino en su auxilio, y perdiéndoseles entre los matorrales, la suerte le deparó un grueso tronco hueco de un añoso alcornoque y allí se ocultó, sin que ni sospecharlo pudie-

ran los realistas que por muerto lo dieron, celebrando la errónea creencia con ilimitadas muestras de regocijo.

Todo el resto de aquel día permaneció oculto en su providencial escondite, aquel héroe que fué mientras vivió el brazo derecho de su general, quien se entregó sin reserva á una honda pena, cuando al pasar revista á su gente en el pueblo de Chapulco, señalado de antemano por punto de reunión, se encontró sin su valiente Galeana: el temor de su muerte ó de su prisión fué general, y en cruel angustia se pasó toda la noche sin que D. Hermenegildo apareciese: así fué, que al presentarse entre sus amigos al siguiente día el héroe fué recibido con indecible entusiasmo; sin detenerse más los insurgentes se pusieron en marcha y entraron en Tehuaçan el mismo día 2 de Noviembre, en cuya fecha comunicó el Sr. Morelos á Rayón los sucesos que habían tenido lugar, felicitándose de que con la quema del tabaco de Orizaba había disminuído en siete años, lo menos, la duración probable de la guerra.

En la noche del mismo día en que el Sr. Morelos salió de Orizaba, D. Agustín Iturbide atacó las famosas fortificaciones levantadas por Liceaga, en la isla á que dió su nombre en la laguna de Yurira. Hizo Iturbide preceder á este ataque diez y nueve escaramuzas ó pequeñas acciones de guerra, que dieron por resultado la destrucción ó dispersión de diversas partidas dependientes de Liceaga, nombrado por la Junta, como ya dije, general en jefe de las provincias del Norte, con asiento principal en la de Guanajuato.

Si bien Liceaga consideró, ó al menos lo dijo, como inexpugnable su isla, en cuanto vió encima de ella á Iturbide la abandonó encomendando la defensa de ella, al padre D. José Mariano Ramírez con doscientos hombres: de este Ramírez ha dicho D. Carlos Bustamante, que era admirable *para puntear una guitarra y divertir á las damas*, pero incapaz como militar.

El éxito del ataque, fué lo que esperaba Iturbide que estaba entonces de fortuna, y aunque la gente de la isla opuso alguna resistencia, fué poca é insuficiente á impedir que fuese el primero en asaltar á la isla el sargento de la corona Juan Espinosa con diez soldados de su cuerpo. A los primeros disparos se incendió y voló el depósito de pólvora de la isla, y los ocho cañones que la defendían estuvieron mal y flojamente dirigidos. Iturbide creyó innecesaria su presencia, y confió el mando al capitán D. Vicente Endé-

rica, y entre éste y D. Gaspar López, comandante de los realistas de Silao tomaron la isla, acercándose á ella en balsas y canoas, sin que ninguno de los defensores escapase, pues los que no murieron á balazos ó quedaron prisioneros, perecieron ahogados en la laguna.

Iturbide hizo fusilar en Irapuato al Padre Ramírez, coronel y comandante de la isla; á D. José María Santa Cruz, mayor de plaza; á D. Ramón Moreno, comandante de artillería; al inglés Nelson, ingeniero director de las fortificaciones, y á otro jefe y eclesiástico nombrado D. Felipe Amador.

Refiriéndose á los enemigos que en el ataque perecieron bien muertos por los realistas ó ahogados en la laguna, y dando por hecho que á los infiernos habrían descendido, dijo Iturbide en un parte: «¡miserables! ¡ellos habrán conocido su error en aquel lugar terrible en que no podrán remediarlo! ¡Quizá su catástrofe triste, servirá de escarmiento á los que están aún en disposición de salvarse!»

Iturbide encomendó al teniente coronel graduado D. José María Montes, el fusilamiento de los demás prisioneros y la destrucción de las fortificaciónes de la isla Liceaga.

Contando ya el Sr. Morelos con los elementos que sin duda habíase propuesto reunir, determinó ponerse en marcha sobre Oaxaca, y salir de Tehuacan donde le había proporcionado serios disgustos el mariscal D. Ignacio Martínez, nombrado visitador por D. Ignacio Rayón ó tal vez su espía, como algunos historiadores suponen. El hecho es, que en una carta del Sr. Morelos al Presidente de la Junta, fechada en Tehuacan, el caudillo llama á Martínez orgulloso, venal, díscolo y arrogante, añadiendo «yo por mi parte aseguro á V. E. con toda la sinceridad de que soy capaz, que para mí y cuantos le conocen y saben de él, no hay hombre más detestable, ni puedo menos que sorprenderme al ver su credencial:» en otro párrafo asegura «que la tropa y el pueblo estaban dispuestos á sacrificarlo y darle muerte,» y pide «se haga con el tal Martínez un castigo ejemplar por traidor, asesino y ladrón, considerando como un delito sostener con mando á un hombre tan criminal con perjuicio de la reputación de la causa insurgente.»

Por disposición del Sr. Morelos, D. Mariano Matamoros abandonó á Izúcar y se trasladó á Tehuacan al frente de mil quinientos hombres bien armados y organizados, y lo mismo hizo D. Miguel Bravo con dos mil mistecos: unidas estas fuerzas á las que existían

en Tehuacan, el gran caudillo se encontró con un ejército de cinco mil hombres, con armas suficientes y cuarenta cañones de todos calibres, y el domingo 8 de Octubre de mil ochocientos doce, salió de Tehuacan ocultando cuidadosamente el fin de su expedición, y dando antes bien á entender tan pronto que marcharía sobre Oaxaca, como que se dirigía al Sur, como que atacaría á Puebla.

El 11 del mismo mes, estuvo D. Nicolás Bravo á punto de apoderarse de Jalapa, á la cual atacó con todas sus fuerzas desde las dos á las diez de la mañana: el coronel D. Francisco Hevia, comandante del regimiento de Castilla, estuvo en gran peligro de ser muerto por un mulato á quien detuvo, según cuentan, metiéndole por la boca el bastón que llevaba en la mano, dando así lugar á que un soldado lo matase: dice Alaman, que la causa de este incidente fué que Hevia, hombre de mucho valor pero fácil de montar en cólera, no llevaba nunca espada en acción de guerra, desde que en un arrebato dió muerte con ella á uno de sus soldados que huía. Don Nicolás se vió obligado á retirarse y fué á ocupar el Puente del Rey, cuya posición le permitía interceptar el camino de Veracruz á la capital: dueño de aquel punto, no impidió el paso de los efectos comerciales ni mucho menos se apoderó de ellos, pues jamás saqueó á nadie ni permitió que los suyos saqueasen, pero sí estableció el cobro de ciertos derechos de tránsito, haciéndose pagar una pequeña cantidad por bulto, sacando por este medio las armas necesarias para mantener sus tropas y sufragar los gastos de la guerra.

Abandonado Izúcar por D. Mariano Matamoros, destacó contra aquella población D. Ciriaco del Llano al comandante Bracho, quien el día 14 entró ella encontrándola casi desierta y destruídas sus fortificaciones.

Lo mismo sucedió con Tehuacan, que sin resistencia tomó don Luis del Aguila el día 21, pues el padre Sánchez, encargado de su custodia, la abandonó al acercarse los realistas.

## XI

Lejos se estaba en México de la verdad, por lo que hacía á la positiva situación de los beligerantes.

Según los partes de Aguila, el Sr. Morelos había sido completa-

mente derrotado en las cumbres de Aculzingo y muerto el temible D. Hermenegildo: ¿qué había pues que temer? Cierto es que los amigos de la revolución en la capital, negaban que todo esto fuese verdad, pero ¿quién había de dar fe á aquellos independientes teóricos?

Aparte de esto, nadie se ocupaba por aquellos días en la ciudad, de otra cosa que de las reformas introducidas por la Constitución española, y de la libertad de imprenta sobre todo. Siempre ha habido entre nosotros más escritores que personas que leerlos quieran, pero en aquellos días no nos habíamos convencido aún de ello, y por eso nos pareció más asombroso. Ello es positivo, como dijo D. Carlos Bustamante, que casi todos aquellos escritos «fueron indecentes en su mayor parte, y daban muy mal cobro en Europa de la literatura mexicana,» pero ¿quién había de pararse en pintas para decir lo que mejor le acomodase?

Personas hubo, no obstante, que condenaran la ligereza y estupidez con que toda clase de cuestiones se trataron, usando para ello un lenguaje tabernario y rico en insultos y diatribas, pero nadie hizo caso de aquellas censuras que por lo mismo que eran justas y racionales, fueron mal recibidas por aquellos eruditos á la violeta, groseros charlatanes, é inmundos rebuscadores de chismes y miserias.

Aquellos necios periodistas, tenían la soberbia de su ignorancia é inutilidad.

Los papeles publicaban epigramas y letrillas contra los enemigos de los periodistas imbéciles, y de ellas entresacamos la siguiente, que no es ni mucho menos la peor, y vió la luz en el *Diario*. Dice así:

*De los periodistas*
*líbranos, señor,*
*á los que tenemos*
*turbio el corazón.*

—

A los que juramos
á Napoleón,
siendo ahora patriotas
de especulación.

—

A los que hemos hecho
un sordo bolsón,
robando vilmente
á nuestra nación.

—

A los que adquirimos
*grande elevación*,
por nuestras mujeres
dadas á un bribón.

—

A los que vivimos
á fuer del error,
de los que la industria
han por devoción.

—

A los que de *grados*
nos llenó el favor,
por ricos en vicios
pobres en valor.

—

A los traficantes
que sin ley de Dios,
dábamos empleos
al mejor postor.

—

Y á todos aquellos
del viejo *compló*,
que hacen á dos palos
francés y español.

—

*De los periodistas
líbranos, señor,
á los que tenemos
turbio el corazón.*

A estos desahogos contestaban los contrarios con versos de no menos bella literatura, como los siguientes, que tomo también de los periódicos de la época.

Que cada uno sea quien fuere
escriba lo que sintiere
aunque sea un *disparatorum*:
*bonorum*.

Pero que no se contente
con escribir lo que siente,
sino con *desvergonzorum:*
*malorum.*

Pero no siempre la *poética* polémica recurría á los insultos, sino que con gravedad sentenciosa se escribían y daban á luz décimas más pasables: véase un ejemplo:

La libertad de escribir
tiene á muchos disgustados,
los que están muy empeñados
en que se haga suprimir.
A un finchado le oí decir
que de hablar la intrepidez
pasaba de avilantez
á ser criminalidad,
y era porque la verdad
amargaba su altivez.

El abuso, lo repito, era grande, y las personas juiciosas y amantes de su país, comprendieron que aquello vendría á dar contraproducentes resultados. En la situación anómala del país, no podía convenir al gobierno la libertad de imprenta, y no dejaría por lo tanto, de aprovechar la primera ocasión que se le presentase para suprimir aquella libertad.

Muchos eran quienes así lo pedían, y poderosas influencias se interesaban en ello; pero aun había en aquel tiempo respeto á las leyes, y no se quiso declararse abiertamente contra ellas.

Un escritor se encargó de moderar el encono de los enemigos de la imprenta, publicando en el *Diario* la décima siguiente:

A pesar de la objeción
que oponga la envidia osada,
merece ser aclamada
la sabia Constitución.
Pues en una situación,
como ésta tan turbulenta,
puede ofrecerles gran cuenta
á las personas quejosas
que descubra muchas cosas,
la libertad de la imprenta.

Pero todo esto fué nada comparado con los trastornos y agitación á que dió lugar el cumplimiento de las prescripciones del Tí-

tulo 6.º de la Constitución que trataba del gobierno interior de las provincias y pueblos. Dicho título disponía la supresión de los antiguos ayuntamientos formados por regidores perpetuos, cuyos oficios eran vendibles y renunciables y en cuyas atribuciones estaba el nombramiento de alcaldes, los nuevos ayuntamientos debían ser de elección popular y su duración de un solo año.

Acatando lo dispuesto en el citado título, el virey publicó un bando el viernes 27 de Noviembre designando el domingo 29 para el nombramiento de electores encargados de designar los regidores del año próximo.

Positiva novedad era aquella si se tiene en cuenta que la legislación de Indias disponía que no fuese permitida reunión de cualquiera especie ni aun teniendo carácter religioso, sin previa aprobación de sus estatutos por el rey y prelado respectivo, y sin hallarse presente en sus juntas algún ministro real nombrado por el virey presidente ó gobernador.

Pero la Constitución echaba por tierra las viejas leyes y no había otro remedio sino acatarla ciegamente.

Con motivo de estas elecciones D. Carlos María Bustamante publicó como suplemento á su periódico *El Juguetillo*, el siguiente papel:

«Pueblo mejicano, oidme:

»Mañana vais á elegir á los que han de formar el cuerpo municipal que ha de ocuparse seriamente de vuestra felicidad. Mañana vais á entrar en el goce de una parte de vuestra libertad y comenzaréis á probar lo que es ser *libre*, satisfacción que no disfrutaron vuestros mayores aherrojados en el fango inmundo de la esclavitud; mirad que el gran negocio que tenéis entre manos, es sin duda de mucha importancia. Guardaos de dar entrada á las pasiones; buscad en los que han de ser vuestro apoyo el desinterés, la incorruptibilidad y la sabiduría, que estén penetrados de un amor entrañable hacia vos; acordaos que escrito está por fruto de la experiencia de los siglos, que el pueblo que anhela por su dicha, jamás se engaña en la elección de los que pueden proporcionársela. No es el oro, la condecoración, ni la brillantez exterior que insulta al pobre, la que constituye el mérito, pues acaso en el humilde zapatero están de asiento las virtudes; buscadlas y mostrad vuestro juicio y profunda medi-

tación en señalar con el dedo al que merezca gobernaros; sobre todo sed moderados, y huid del espíritu de sedición, intriga y partido, para que seáis feliz y os congratuleis en vuestra acertada elección.

»México 28 de Noviembre de 1812.—*El censor de Antequera.*»

Este título de *el censor de Antequera* fué el seudónimo con que firmó sus publicaciones D. Carlos María Bustamante.

## XII

Algún lector podrá creer que en lo que va á seguir me he propuesto retratar una elección de nuestros presentes tiempos. Pero juro por mi ánima que tal no es mi intención, y les invito, si de ello quieren convencerse, á registrar los papeles y las historias que sobre México se hayan escrito y publicado: Si semejanza alguna se encuentra, no á mí se debe, sino á que pueblo somos en cuya naturaleza se arraigan y hacen perdurables los vicios.

Catorce eran las parroquias en que estaba entonces dividido Méjico y veinticinco los electores que sus vecinos debían nombrar según el siguiente orden:

*Sagrario:* cuatro electores. *San Miguel*, *Santa Catarina Mártir*, *Santa Veracruz*, *San José*, *Santa Cruz*, *San Sebastián*, *San Pablo*, *Salto del Agua*, dos cada una; *Santa Ana*, *Santa María*, *Acatlan*, *La Palma*, *San Antonio de las Huertas*; uno cada una.

Pero pongamos los sucesos en acción, en vez de referirlos fríamente, dándoles de tal modo mayor interés.

Nos hallamos en el *Café de la Cruz de Malta*, que estuvo situado frente por frente del Espíritu Santo.

Todo es en él bullicio, gritería y desusada animación; las bodegas del dueño del establecimiento parecen haberse convertido en fábricas de moneda, que en gruesas cantidades se deposita en el cajón del mostrador; el nacimiento á la práctica de los nuevos derechos políticos, recibe abundante bautismo de generoso vino; Baco es el dios de la política.

Muchas son las personas por nosotros conocidas que toman asiento en derredor de aquellas mesas de madera, cuya tabla rectangular, imita, groseramente pintada al óleo, los más caprichosos

y fantásticos mármoles; la mayor parte de aquellos parroquianos bebe puros los licores; algunos se hacen servir un *jarope*, al cual atribuyen la facultad de despejar la cabeza, haciendo imposible la embriaguez; compónese esta bebida de un vaso de más que regular



... Todo es en él bullicio,...

tamaño lleno por mitad de café sin azúcar y aguardiente catalán salpicado de pimienta. Nuestro amigo D. Martín Cabrera es uno de los que mayores elogios hacen de la bebida susodicha, cuya excelencia para despejar la cabeza, son en efecto tales que no ha echado de ver que su suegro D. Sóstenes de Pantoja le arroja desde otra mesa no muy distante, miradas de esas que los poetas suponen tan terribles como un rayo; más de cuatro veces D. Sóstenes ha querido saltar sobre su yerno, no habiéndolo hecho, gracias á que en todas ellas se lo ha impedido el indiferente, pacífico y moderador farmacéutico D. Cleofás Madaria.

—¡Calma! mi señor de Pantoja—no vaya usted á mostrarse más realista que el rey; véalo usted: á cuatro mesas de distancia se halla D. Alvaro de Cervera que está engordando su bolsillo con las prodigalidades de Venegas; á él más que á nadie interesa que esto no perjudique á la causa real y, mírelo usted, sonríe tranquilo, casi indiferente, como diciendo: «sois unos gritones y toda vuestra pólvora se va en salvas.»

—Amigo D. Cleofás,—responde el de Pantoja;—bien sé yo que mi yerno es un corazón de oro, y que lo que diciendo está, el vino y no su cerebro se lo dicta, pero ni así me agrada escucharle lo que le escuchamos: soy partidario de la Constitución desde el momento en que la Constitución es ley; creo que las autoridades deben poner todo su empeño en cumplirla fielmente; pero ya que se ha cometido el error de considerar posible que un pueblo esclavo se rija por instituciones libres, quienes vemos el mal debemos procurar su remedio.

—Procurar sería eso,—observó Madana,—el torrente se ha desbordado y no es obra de un minuto encauzarle de nuevo.

—Pero mientras más minutos se pierdan, mayores serán las dificultades.

—Señor de Pantoja, la fuerza de los torrentes está en la unión de las líquidas columnas que le forman; si ese torrente se desborda, cierto es que invadirá las comarcas próximas á él; pero sus aguas se estancarán en los mismos terrenos anegados y éstos la absorberán.

—Ya, sí, pero todo lo destruirán en el primer momento.

—Pues déjese pasar ese primer momento y lo demás se hará por sí mismo.

—Puede usted tener razón, señor Madana; pero ¿quién puede dejar de quejarse y condolerse de esos primeros daños? ¿cómo resignarse á ver que entre nosotros precede el abuso al uso?

—Déjelos usted correr, que ellos se despeñarán.

—No, yo no puedo recordar en calma lo que á esos locos hemos escuchado.

—Vamos, mi señor D. Sóstenes, que la cosa no es para tanto.

—Eso dice usted, señor Madana.

—Eso repetiré, si usted lo quiere.

—¿Pero se ha fijado usted en que han dicho que su votación la han hecho por medio de innumerables papeletas todas iguales,

que en ellas se ha procurado que todos los nombres inscritos sean sin excepción de americanos con exclusión de españoles?

—Pero venga usted á razones, mi señor de Pantoja: ¿acaso no han hecho cosa semejante los europeos formando sus listas con españoles sin otros americanos que aquellos cuya adhesión les consta de un modo indudable?

—Ya, pero siendo superior al de europeos el número de americanos, el triunfo será suyo.

—Pero qué remedio tiene eso?

—Le tenía, señor Madana, le tenía.

—¿Cuál?

—Haber exigido á los votantes que comprobasen si eran ó no ciudadanos, ya que la Constitución prescribe que no son ciudadanos españoles los habidos ó reputados por originarios de Africa, es decir, mulatos.

—Pero señor de Pantoja, llevar adelante esa disposición hubiera equivalido á privar del voto á la gran mayoría de las castas, al sinnúmero de mulatos que forman las tres cuartas partes de nuestro pueblo.

—La ley es ley, y ley es la Constitución que así lo dispone: ¿ó debemos aceptarla por aquello que nos conviene y rechazarla por lo contrario? Desengáñese usted, señor Madana; no sólo no se ha ha hecho la susodicha comprobación, sino que, como acabamos de oirlo decir, los mismos individuos han votado en diferentes secciones de las parroquias; los candidatos han comprado á sus electores; á los mozos de esquina se les ha pagado para que repartieran las listas dispuestas de antemano y con ellas han votado infinidad de gentes, sin saber ni leer los nombres que contienen ni conocer á las personas por las cuales han sufragado: el número de votos ha sido en algunas secciones superior al de los votantes y se ha cohechado á los casilleros para que hicieran desaparecer las papeletas de los candidatos enemigos; todo ha sido desorden y confusión, los insultos y los golpes han menudeado y todo se ha echado á la broma, á la chacota y á la risa.

Aquí llegaba D. Sóstenes, cuando las puertas vidrieras del café de la Cruz de Malta se abrieron con estrépito y violencia, y un hombre apareció en su dintel, y dando algunos pasos en la sala, dijo en voz alta:

—Amigos y señores, en este momento que son las ocho y media de la noche, se ha concluído la computación de votos; el partido criollo, que también sabe amar al Rey y á España, ha obtenido un completo triunfo, queriendo demostrar que es injusta la desconfianza que se tiene de nuestra fidelidad, ni un solo europeo figura en lista de los electores; señores, ¡viva España! ¡viva la América!

La voz de *¡Viva la América!* fué repetida cien veces con inmenso entusiasmo y la manifestación tomó proporciones imponentes cuando se notó que los vivas y exclamaciones eran contestados en la parte exterior del café: los concurrentes todos se lanzaron á las puertas atropellándose los unos á los otros: la calle del Espíritu Santo estaba ocupada por una multitud ebria de gozo y alegría: cuando el que dió la noticia del triunfo á los parroquianos de la Cruz de Malta, se presentó á la muchedumbre, mil bocas gritaron:

—¡Viva Lizardi!

—¡Viva el pensador Mexicano!

Él había sido en efecto, el entusiasta notificador de la victoria.

Aquella masa de gente comenzó al fin á moverse en dirección de la plaza, gritando vivas á la Constitución, á España, al virey y á la América: al pasar por la esquina de la Profesa, un grupo se hizo abrir la puerta del campanario de la iglesia y comenzó un repique al cual unieron bien pronto los ecos de sus sonoras lenguas de bronce las campanas de la Catedral y muy luego también las de todas las parroquias y demás templos de la ciudad.

Los demás grupos se dirigieron al palacio á aclamar al virey y con grandes gritos le pidieron que hiciese sacar á la plaza la artillería para hacer salvas: á esto no accedió el virey, pero no por eso decayó el entusiasmo, y por primera vez en la capital se vió interrumpido el silencio de la noche por una manifestación espontánea y popular.

Aquello duró varias horas hasta que el virey envió á su secretario á las iglesias para hacer cesar los repiques é invitar á las gentes á recogerse en sus casas.

Todo el mundo obedeció sin oposición de ningún género y al siguiente día las calles recobraron su extraña animación, presentándose el pueblo vestido de fiesta y volviendo á ensordecer los aires los repiques: en todas las parroquias se celebró solemne misa

de gracias y se cantó el *Te Deum* con asistencia de los respectivos electores, que fueron colocados en el presbiterio.

A nuevos y no vistos transportes de entusiasmo se entregó con este motivo el pueblo, y así fué que al salir de la misa del Sagrario, D. Jacobo Villa Urrutia, alcalde de corte de la audiencia de México y uno de los cuatro electores nombrados por la parroquia, en cuanto hubo entrado en su coche la multitud desunció las mulas y estiró á brazo el carruaje hasta conducirle á su casa habitación: otro grupo de entusiastas hizo poco más ó menos lo mismo con D. Carlos María Bustamante, nombrado elector por la parroquia de San Miguel: pero dije mal, más hicieron, pues el grupo de sus amigos, viendo que D. Carlos se dirigía á pié á la iglesia, se apoderó del primer coche que halló y en él le hizo entrar y le condujo entre ruidosas aclamaciones.

La manifestación llegó á tomar tales creces, que el virey llegó á temer un alzamiento y mantuvo acuarteladas las tropas é hizo fijar en las esquinas unos cartelones, ordenando al pueblo que se retirasé de las calles, so pena de que las patrullas hicieran uso de las armas si encontrasen la más leve resistencia.

No hubo de ello necesidad, el pueblo quiso dar ejemplo de prudencia y moderación, y la ciudad recobró su tranquilidad antes de caer la noche.

## XIII

Venegas no había temido vanamente que aquella manifestación pudiera haber degenerado en un movimiento peligroso.

Nada es tan común como el abuso de la libertad en los pueblos no acostumbrados ni educados para ejercerla; nada tampoco tan general como el desprecio con que las autoridades basadas en la traición, ven á los poderes nuevos y populares.

Buena demostración de ello fué lo que á referir voy y sucedió el el día 3 de Diciembre siguiente.

Celebra la Iglesia en tal fecha de todos los años á San Francisco Javier: fué por lo tanto en aquel de mil ochocientos doce el santo del virey D. Francisco Javier Venegas

Si después y bajo el imperio absoluto de la República hemos

visto y aun seguimos viendo, que la adulación y el servilismo no olvidan felicitar *en su santo* al gobernante, no parecerá extraño que en aquella *atrasada época*, otro tanto se hiciese de lo mismo.

Entre las distintas corporaciones que acudieron á felicitar al virey en su palacio, se le ocurrió presentarse al grupo de los nuevos electores.

Venegas, que en ellos veía una reunión legal de enemigos de España, y la causa y motivo de las manifestaciones tumultuarias de los días anteriores, los recibió con desabrimiento y patentes reservas, sin cuidarse de si podría disgustarles y ofenderles, como así sucedió en efecto.

La noticia corrió en breve por la ciudad, y europeos y americanos la comentaron con palabras en que respectivamente los unos á los otros se ofendieron.

De los electores fué, quien menos gala de prudencia hizo, el de la parroquia de Acatlán D. Francisco Galicia, antiguo gobernador de la parcialidad de indios de San Juan.

Galicia anduvo enseñando á cuantos la quisieron ver, una carta dirigida á D. Ignacio Rayón en la que le refería los incidentes de la elección desfigurándolos con mil inexactas especies, como por ejemplo las de que el pueblo había aclamado abiertamente á la Junta y pedido la muerte de los españoles: añadió que contaba con catorce mil indios insurgentes dentro de la capital con los cuales no se había echado sobre Venegas por tenerlos desarmados; pero que si Rayón quería con sus ejércitos acercarse á la ciudad, él, al frente de sus indios, se presentaría al virey haciéndole creer que era amigo suyo y pidiéndole armas para defenderle, logrado lo cual, las volvería contra los españoles abriendo á la Junta las puertas de la capital.

No crean mis lectores que es dicha carta una suposición mía: existió realmente, y Rayón la recibió y comunicó á Verdusco y la encontraron los realistas en el equipaje de este último en una de las derrotas que con repetición extraña sufrió el bueno y no afortunado Doctor.

Pero no fué D. Francisco Galicia quien proporcionó á Venegas el suspirado pretexto para dar un golpe terrible á la libertad, acordada por la Constitución. Cúpole esta malandanza á D. Joaquín Fernández Lizardi, con su artículo de *El Pensador Mexicano* del

día 3 de Diciembre, artículo en el cual, en son de franqueza, dijo al virey nuestro amigo: «Es V. E. un miserable mortal, un hombre como todos y un átomo despreciable á la faz del Todopoderoso, y V. E. ha errado por consiguiente por la necesidad de oir el ajeno dictamen, pues las más sanas intenciones las suele torcer la malicia, la ignorancia y la lisonja.»

Grande fué el escándalo que dicho artículo produjo, máxime por haber tocado en él la cuestión referente al bando del 25 de Junio, por el cual quitó Venegas al clero las inmunidades que habían proporcionado no despreciables garantías de seguridad y defensa á los eclesiásticos que abrazaban el partido de la insurrección.

Ochoa, unido á Lizardi por verdadero cariño fraternal, se apresuró á presentarse en casa de su amigo.

—¡Te has perdido!—le dijo al entrar;—y has perdido á todos los tuyos.

—Asustadizo eres por mi vida, mi buen Anastasio,—contestó cariñosamente Lizardi.

—No es un vano temor el que aquí me trae,—mi buen amigo.

—¿Qué es pues lo que pasa?

—Que ha irritado grandemente al virey el lenguaje irrespetuoso que has empleado para dirigirle la palabra.

—Pues qué, ¿acaso el virey había olvidado que en su elevada autoridad no ha dejado de ser un simple mortal como nosotros? ¿Acaso ha tomado á mal que haciéndole yo la justicia de creerle sano y recto en sus intenciones, haya atribuído sus errores á la perfidia de sus consejeros?

—La verdad, amigo Joaquín, ofende siempre á los poderosos.

—¿Y tiene alguien la culpa de que la verdad sea superior á todo?

—No disertemos, Joaquín: no es á eso á lo que he venido.

—¿A qué entonces?

—A decirte que el virey ha hecho reunir el Real Acuerdo: de esta reunión saldrá, así lo creo, algo que puede serte perjudicial, algo que sea un peligro para tí...

—¡Un peligro para mí!—repitió con amargo desdén Lizardi,—¿qué puede importarme eso?

—¡Pobre amigo mío!—observó con profunda pena el buen Ochoa;—¿no has podido aún volver á amar esta vida?

—No, Anastasio, no;—contestó Lizardi,—más dura y amarga me parece cada vez!

—¿Y Remedios?

—Remedios no me ama, amigo mío.

—¿Ya le has hablado?

—No; me ha faltado el valor.

—Entonces.

—Escúchame Anastasio: fácil me fué conquistar por entero la amistad y adhesión de su fiel criada Chole: para ello no tuve que emplear ningunas malas artes: esta buena mujer me estima porque ha visto la buena fe con que me he declarado el oculto favorecedor de su señora. En pocos días mis confianzas han sido muchas y grandes con Chole, y por medio de estas confianzas puedo decir que he leído en el corazón de Remedios: Remedios no puede amarme.

—¿Por qué?

—Porque Remedios ama á otro.

—Imposible: ella misma te juró que no sería de hombre alguno, ya que no podría borrar de su memoria la de García Alonso.

—¿Y tú crees al corazón humano capaz de cumplir juramentos semejantes?

—¿Por qué no, si tú y yo los hemos cumplido?

—¡Tú y yo! ¡tienes razón! pero acaso sabemos ni nosotros mismos, ¿por qué nos mantenemos fieles á tu Guadalupe tú, á mi Remedios yo?

—¡Joaquín! esa pregunta!

—Esa pregunta es lógica y natural: por mi parte te aseguro que más de una vez me he sorprendido con ella misma: sí, Anastasio, ¿por qué amo yo á una mujer que me olvida por otro, y aún después de muerto ha continuado amándole?

—Joaquín, no seas injusto con esa mujer: si ella hubiera sido en efecto esa volubilidad que tú supones, tiempo hace que te habría hecho su dueño. Pero no es esa mujer una mujer común: iba á ser tu esposa, cuando seducido por su belleza, García Alonso la hizo víctima de un rapto: su alma no hecha para el vicio, aceptó el sacrificio y ama al autor de su desgracia que la ofreció hacerla su esposa: no lo quiso la fatalidad y abandonada por él te buscó á tí, pero sólo como un amigo y rechazó tu adoración que aun podía

haber sido para ella la felicidad: el motivo ella te lo dijo francamente: «no soy digna de tí,» te repitió cien veces: «soy una víctima, no una criminal; merezco compasión pero no desprecio: si aceptase yo tus ofertas podrías un día despreciarme, y tu injusticia me haría desgraciada y no quiero serlo más de lo que lo soy.»

—Pero es que yo no pudiera haber cometido jamás esa injusticia y menos después de muerto García Alonso.

—Lo creo, pero la resolución de Remedios fué dictada por la más noble delicadeza.

—¿Por qué entonces abandona por otro esa resolución y no por mí?

—Quizá por eso mismo.

—No comprendo.

—Me explicaré: tú ibas á ser su esposo cuando García Alonso la hizo su víctima, y esta consideración la obliga á alejarse de tí.

—Pero si yo le prometí olvidarlo todo...

—En eso precisamente estuvo el mal.

—Que eso digas me sorprende.

—No debe sin embargo sorprenderte. Si sus amores con García Alonso hubieran sido hijos de una volubilidad ó un crimen, habría sin duda sido más ó menos inexplicable, pero al fin generoso el olvido. No existiendo delito suyo, no necesitaba tu olvido y al prometérsele le inferiste una ofensa: su inculpabilidad en el atropello de que fué víctima, la constituyó, al morir García Alonso, en su viuda, y en tal estado es la mujer tan respetable y digna de consideración y respeto como antes de sus primeras nupcias; su segundo marido no tiene más derecho racional y legal que el de exigir no se le oculte la verdad: precediendo esta declaración, el hombre sabrá si le conviene ó no aceptar la mano de una mujer, pero pierde el derecho de recriminarla por su pasado; no necesita pues olvido.

—Quizás tienes razón, hermano mío,—observó Lizardi;—pero la sociedad...

—La sociedad puede ejercer su imperio sobre el crimen, nunca sobre la desgracia; y el hombre que no puede hacerse superior á las injusticias de la sociedad, no tiene derecho á quejarse del daño que se le siga. Por eso Remedios, que no contribuyó en modo alguno al crimen de García Alonso, que tiene su conciencia limpia

de toda mancha, y por lo mismo piensa como yo pienso, no quiso aceptar tu adoración, en la cual descubrió algo como un sacrificio de tu parte. Pero,—añadió Ochoa, cambiando súbitamente de tono;—¿acaso te consta que Remedios ama á otro?

—Sí.

—A quién.

—A D. Alvaro de Cervera.

—¡Imposible!

—Por lo mismo que debiera ser imposible, puede ser cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Por conducto de la sirvienta de Remedios.

—¡Pues la sirvienta de Remedios ha mentido!—dijo con severa é indignada voz D. Alvaro de Cervera, presentándose de improviso en la puerta de la habitación de Lizardi.

## XIV

Asombro ilimitado fué el que nuestros dos amigos experimentaron al ver presentarse á D. Alvaro en aquel lugar; pero este asombro duró poco, y Lizardi, poseído de cólera, tomó su espadín, y con su hoja desnuda se lanzó sobre el recién venido.

D. Alvaro no se descuidó, y desenvainando su acero, dió tan soberbio quite, que el arma de Lizardi saltó de manos de éste, yendo á partirse en dos pedazos contra uno de los ángulos de la sala.

Rápido fué todo esto, y no duró más espacio de tiempo que el indispensable para que D. Alvaro dijese:

—¡Calma, ira de Dios! Sr. Lizardi, que como amigo vengo!

—¡Como amigo usted!...—exclamó colérico Lizardi.

—Como amigo, sí; y dispuesto á no dejarme interrumpir, aunque para ello tenga que cortar á ustedes la lengua.

Lizardi gritó sin poder contenerse.

—¡Usted, el cobarde perseguidor de Remedios!

—¡Perseguidor ayer, sí; su padre hoy, su padre, caballeros!—respondió D. Alvaro visiblemente emocionado.

Lizardi y Ochoa no acertaban á salir de su estupor: todo pudieron habérselo imaginado, menos esto, que por otra parte, cierto debía ser, pues la verdad se revelaba en la voz de D. Alvaro, quien

había dejado de ser el orgulloso y provocativo cortesano, y convertídose en un hombre grave, mesurado, respetable casi.

—La revelación que acabo de hacer á ustedes,—observó D. Alvaro volviendo á envainar su acero,—les ha sorprendido, lo com-



Asombro ilimitado fué...

prendo: no menos asombrado estoy yo de suceso semejante, y ya que hasta hoy he sido implacable enemigo de ustedes, vengo á solicitar su amistad, y quizá también su protección.

Lizardi, que poco á poco había ido recobrándose, queriendo resistirse á la evidencia,—dijo con cierto reposo á D. Alvaro:

—Temible viene usted siendo para nosotros desde hace algún tiempo, Sr. D. Alvaro de Cervera; no obstante esto, me ha visto usted luchar con empeño contra sus trazas: si una nueva infamia ó superchería...

—Sr, Lizardi,—dijo D. Alvaro interrumpiéndole:—los momentos son preciosos: en mis enemistades jamás he recurrido á la bajeza, y siempre he atacado de frente, y sin disfraz: háganme ustedes esta justicia, y escúchenme con paciencia: no habré de cansarles mucho, me importa ser breve, porque, lo repito, los momentos son preciosos, é importa aprovecharlos.

—Hable usted.

—La ambición ha sido siempre mi mayor delito, y la fuente de cuantos en mi vida llevo cometidos: la ambición es hoy quien me transforma y regenera, poniendo en mis manos la redención en figura de esa hermosa joven, que ustedes y yo conocemos con el nombre de Remedios: va á serlo, si Dios quiere, de todas nuestras heridas. Escúchenme ustedes. Uno menos de los años que Remedios cuenta, tenía yo de vida cuando en la córte de Madrid me enamoré por primera vez en la historia de mis amores, de una elevada señora de la corte; tenía entonces, como hasta hoy ha tenido, por norma de mi conducta, una voluntad incapaz de retroceder ante obstáculo alguno, cualquiera que él fuese. No amortiguó, pues, mi pasión, la noticia que tuve de que la dama se había casado recientemente con uno de nuestros primeros títulos. Fortuna ó fatalidad, la elevada dama correspondió á mi pasión, y durante seis meses, fuí yo su único dueño, disfrutando de tanto más tranquila felicidad, cuanto que el marido de la condesa, pues condesa era, había sido enviado á la corte francesa por el rey de España, con una importante y delicada misión; llevaba ya en su seno el fruto de nuestros criminales amores, cuando oscureció el cielo de nuestra delincuente dicha una carta del conde, anunciando su próximo regreso. Cegáronme mis diez y ocho años, y no queriendo resignarme á perder mi hasta entonces tranquila felicidad, y menos aún dejar expuesta á mi víctima á la justa venganza de su marido, sin dárselo á entender á ella lo más mínimo, salí de la corte, esperé al conde en Valladolid, le insulté atrozmente en cuanto le ví, y en igual y noble duelo le arranqué la vida con mi espada.

Fuí por ello reducido á prisión, y encerrado en un castillo en el cual, y durante más de un año que en él permanecí, nada supe de la pobre condesa. Obtenida mi libertad por influjo de mis padres, volví á la corte, y en ella supe que la condesa había pasado á México al servicio de la vireina. Quise volar á su lado, pero lo

impidió mi familia con su severa vigilancia y, señores, yo era joven y de buenas prendas; mi primera y sangrienta aventura me daba cierto barniz interesante; las damas de Madrid eran muchas y bellas, y no tardé en olvidar á la condesa, y engolfarme en nuevas y no menos dramáticas aventuras: sin duda mis inclinaciones fueron muy malas, pues congenié con el crimen, del cual no pude apartarme por más que serios disgustos me valió. Ni es una confesión la que estoy haciendo á ustedes, ni hace ahora al caso el relato de mis aventuras, ni es para nadie un misterio cómo, y por qué vine á dar en esta nueva España. No han sido en ella escasas mis víctimas, y Remedios, me horroriza el pensarlo, debió haber sido una de tantas; pero más que su belleza y encantos, me sedujo la noticia que tuve de la colosal fortuna de que es dueña: esta fortuna parece estar principalmente formada por bienes que en un día pertenecieron al opulento monasterio de San Francisco, bienes de que con suprema habilidad se apoderó el célebre embaucador García Alonso, que habiendo amado á Remedios con tan insensata como extraña pasión, la constituyó, mucho tiempo antes de morir, en su legítima heredera, constando esto en escrituras que yo me encargué de hacer desaparecer apoderándome de ellas. No quiero referir á ustedes los recursos que para ello puse en juego, resultándome casi todos ineficaces y contraproducentes: lo único que llegé á lograr, fué aislar á mi víctima como lo he conseguido fácilmente, en medio de esta sociedad ruin y preocupada. Hace algunos días que con mil arteras mañas, he logrado hacerme de confianza en la casa de Remedios, y así es como ha venido á dar á mi poder una caja que yo creí depósito de las suspiradas escrituras, y que abierta me ha descubierto el secreto de la procedencia de Remedios: en esa caja encontré una especie de relación hecha por los supuestos padres de Remedios, en cuya relación dicen éstos que la niña fué depositada en el zaguán de la casa en que moraban, cuidadosamente envuelta en ricos paños de los que pendía una gruesa bolsa con una fuerte cantidad de oro, y un retrato de mujer encerrado en una cajita de cobre perfectamente soldada en su abertura; á la niña, al dinero y á la caja misteriosa, acompañaba un papel escrito, recomendando á la infeliz criatura, y exigiendo á las personas á las cuales se recomendaba, que por ningún estilo abriesen la caja que contenía el retrato de la madre, hasta que ésta ó un emisario

suyo se presentase á reclamar á la niña, mostrando otro retrato en un todo igual: concluía el papel prometiendo á aquellos á quienes iba dirigido, que anualmente recibirían para educación y mantenimiento de la niña, una suma igual á la contenida en el bolsillo referido: añade la relación susodicha que pasó un año, y la persona que debía haber llevado el prometido dinero no pareció: sucedió lo mismo en los tres siguientes, y entonces los supuestos padres abrieron la caja de cobre por ver si ella contenía alguna indicación que pudiera serles útil; la caja solo encerraba un retrato en miniatura, y estas palabras: «pues habéis sido indiscretos, silencio, y no hagáis mayor mi desgracia.» Según la relación que en extracto traslado á ustedes, la niña tendría diez años cuando su supuesto padre murió y continuó la esposa de aquel bravo hombre sirviéndole de madre: quiso ésta casarla con usted, Sr. Lizardi, pero la joven desapareció: la buena mujer no pudo resistir á este último golpe, pues amaba como hija á Remedios, y sintiéndose morir, se dirigió al franciscano García Alonso, y puso la relación susodicha y el retrato de la dama desconocida, en manos de aquel hombre que en su doble personalidad había sido el raptor de Remedios. Y bien, señores, el retrato es este, véanlo ustedes, y ese retrato es el de la condesa de la Granja, que tal fué el nombre de la mujer objeto de mis primeros amores, que murió, según he podido averiguar, á consecuencia del nacimiento de su hija. Remedios es, por lo tanto, hija de la condesa y por consiguiente hija mía.

D. Alvaro dejó de hablar, y en tan difícil situación ni Lizardi ni Ochoa se atrevieron á decir palabra alguna.

D. Alvaro fué el primero en hablar, y dijo:

—Creo á ustedes bastante generosos para no abandonarme en mi aflicción.

—D. Alvaro,—contestó Ochoa,—nos tiene usted á sus órdenes.

—A su entera disposición,—añadió Lizardi.

—Gracias señores, me son ustedes más necesarios de lo que se imaginan.

—¿Qué puede usted temer que no haya de vencerlo el influjo de que en esta corte goza?

—¡Todo, señor Lizardi, todo!

—No comprendo.

—Todas las asechanzas que acumulé en torno de Remedios

cuando no podía suponer quien fuese, se vuelven hoy en contra mía, y tales son esas asechanzas, amigos míos, que solo Dios, al cual por vez primera en mi vida, estoy invocando, que solo Dios, repito, puede ayudarme á conjurarlas; si en dos días no lo consigo, mi hija está perdida!

¿Pero qué ha hecho usted, desventurado?—exclamó Lizardi entre compasivo y colérico.

—He demostrado que mi hija infeliz es una sacrílega maga y una horrible envenenadora!

—¡Infeliz! ¡qué es lo que usted ha hecho!—exclamó iracundo Lizardi.

—Anoche mismo el santo oficio, mientras yo entretenía á Remedios, se presentó en su casa y desenterró los Cristos, que yo mismo había enterrado en las habitaciones del piso bajo de su casa, y recogió los filtros, venenos, huesos, cráneos y mil ridículos objetos que hice introducir en la casa para motivar la acusación, y perderla como quizás la he perdido.

—¡Oh! ¡miserable!—gritó Lizardi yendo á arrojarse sobre don Alvaro.

Este se irguió con la soberbia que le era característica, y cogiendo con manos de hierro los puños de Lizardi y rechazándole con violencia, exclamó:

—¡Alto ahí! ¡vive el cielo! no he venido aquí á oir recriminaciones que nadie con más energía que yo mismo me hago puede hacerme; juez de mí mismo soy y á mí mismo me basto; lo que ahora importa es salvar á mi hija; para esto vine á ustedes, no me obliguen á privarme de su ayuda irritando mi cólera, porque juro á Dios, y sabré cumplir mi juramento, que mataré á ustedes como á perros.

Al decir esto, los ojos de D. Alvaro lanzaban rayos de terrible cólera y tremendo enojo.

## XV

Rompiendo por todo tradicional respeto y sin detenerse á pensar que su loco regocijo, iba á soldar de nuevo las viejas cadenas, el partido criollo no se contuvo en las manifestaciones de contento

á que no sin sobrada justicia dió origen su triunfo en las elecciones. La noticia del desaire corrido por el virey á los electores que acudieron á felicitarle por el día de su santo, no fué sino un motivo más de satisfacción para los insurgentes, pues claro habíales dado á entender Venegas, que la victoria le tenía irritado; el hecho es que ni un solo europeo consiguió triunfar en ninguna de las parroquias.

Con este motivo el *Diario de México*, que aprovechó la libertad de imprenta para insertar en sus páginas la Constitución de los Estados-Unidos, dando á entender que á su modelo debería ajustarse la de la nación mexicana una vez constituída, publicó firmado por *Anfriso*, lo siguiente:

«A la portentosa unidad de opinión con que votó la Parroquia del Sagrario á sus electores para el Ayuntamiento, el 29 del pasado Noviembre.

»¡Salve *voto feliz*, patricio fuego!
¡Salve admirable *unión* del mexicano!
¡Salve, común sentir maravilloso!
¡Salve adorada Patria; suelo caro!
»Porque ya reconoces tus derechos,
Pues á un edicto no ha dos soles dado
Tu duodécima parte cifra en uno
cinco y medio millares de sufragios.
»Envídiete la Esparta, ceda Roma,
Troya, la Grecia, el mundo!... ¿qué me canso?
O hemos volado á Atenas este día
O México en Atenas se ha tornado!»

La verdad es que no podía decirse más en tan difíciles, oscuros y ampulosos versos.

Pero no era Venegas hombre que se parase en pintas, y apoyándose, como ya se dijo, en las inconvenientes palabras vertidas por Lizardi en el *Pensador*, reunió al Real Acuerdo, y de lo que en él pasó dará á mis lectores idea suficiente, el bando que copio á continuación y se publicó el cinco de Diciembre.

«HABIENDOSE notado en el poco tiempo que lleva de publicada la libertad de imprenta, el abuso más escandaloso hecho de ella en los periódicos y demás papeles impresos, hasta un extremo de notable trascendencia contra el orden público, por haberse manifestado en ellos con el mayor descaro, la impolítica y funesta

rivalidad que con lisonja de todos los bien intencionados se había casi extinguido, llegando al exceso de haberse dirigido impresos irrespetuosos y aun injuriosos á las primeras autoridades, resolví celebrar Acuerdo Pleno de señores Ministros de esta Real Audiencia, con mi asistencia, y en él fueron conformes doce de los trece que concurrieron, en suspender dicha libertad por ahora y mientras duren los motivos que precisan á tomar dicha providencia, y el otro señor ministro fué de dictamen de que debía imponerse silencio y prohibir que continúen ó salgan nuevos impresos en punto que pueda dañar la tranquilidad pública. Y conformándome con el voto de los doce referidos señores que lo dieron unánimes, he resuelto suspender por ahora la libertad de imprenta y restablecer las antiguas leyes y reglamentos que la limitaban, reservándome el volver á restablecer la libertad constitucional, luego que hayan cesado las extraordinarias gravísimas circunstancias que me han obligado á suspenderla. Y para que llegue á noticia de todos, mando, etc.»

Complemento de este bando fué otro de la misma fecha prohibiendo el repicar á vuelo las esquilas de las iglesias, sin permiso previo y por escrito de la autoridad, y la formación de grupos en las calles, ambas cosas bajo la pena de diez años de presidio á los contraventores.

Fueron causa de que estas disposiciones se dictasen con cierta precipitación, las noticias que habíanse recibido de sucesos de gravísima importancia.

Hélos aquí:

Catorce días de fatigas y cansancio empleó el ejército del señor Morelos en atravesar la distancia que separaba á Tehuacan de la ciudad de Oaxaca, cuya toma fué el objeto de aquella su misteriosa expedición. De todo tuvieron que sufrir en aquellos catorce días las huestes independientes, y muchos de sus soldados perecieron, ya por efecto de las inclimencias del tiempo, ya por los de la necesidad á que los redujo la escasez de víveres, ya rendidos por la fatiga, pues fué preciso conducir á brazo la artillería en los pasos difíciles, ya por fin siendo arrastrados por las corrientes de los ríos de Quiotepec, Cuicatlan y de las Vueltas, muy crecidos en aquel mes de Noviembre.

Pero si bien el Sr. Morelos puso á prueba el sufrimiento y cons-

tancia de sus tropas al elegir el camino que eligió, su previsión no fué vana, porque los realistas no imaginándose que pudiera atreverse á elegir el peor camino, no se cuidaron de guardar los muchos pasos difíciles en que abundaba allí la Sierra Madre, y los insurgentes llegaron sin disparar ni un solo tiro al valle de Etla el día 24 de Noviembre, y desde él saludaron con gritos de guerra y



Catorce días de fatigas y cansancio...

esperanza de victoria á la antigua Antequera, á la moderna Oaxaca, cuya silueta dibujábase en el horizonte, recortándose las agujas de sus torres sobre el encendido fondo de un cielo iluminado por el sol poniente.

La primera noticia que de la proximidad de los insurgentes tuvieron los realistas, fué verlos descender de las alturas de San Juan del Rey y extender sus compactas columnas por el valle en dirección de la ciudad, de la cual se desprendieron diferentes guerrillas que, batidas por las avanzadas, viéronse en la precisión de volver á encerrarse dentro de sus fortificaciones. Eran éstas de tal naturaleza, que más habían costado que lo que en realidad valían,

y muy lejos estaban de poderse llamar inexpugnables. En su dirección habían tomado parte y encontrándose más de una vez en oposición, los jefes militares y las dignidades eclesiásticas. Aunque el teniente general González Saravia fuese el jefe superior de la plaza, nada se hacía en ella que no se resintiese de la influencia y prestigio que en aquella levítica ciudad ejercían sus autoridades eclesiásticas. Su obispo, el Sr. Bergosa, facilitó la mayor parte del dinero que las obras exigían, y levantó un regimiento de eclesiásticos cuyo capitán comandante fué un religioso español llamado Fray Félix, hombre de grandes ingenio y valor, pero á quien faltaban por razón de su estado los estudios y la práctica indispensables en asuntos de milicia: de él dependían los regimientos de frailes, artesanos y vecinos que formaban el grueso del ejército defensor: las tropas de regulares y patriotas españoles llegaban á escaso número, y entre ellas se contaban los soldados que el señor Morelos puso en fuga al acudir en socorro de Trujano, sitiado en Huajapan por D. José María de Régules Villasante, según en su lugar ya dije. Punto menos que insignificante era el refuerzo que había aportado Régules á Oaxaca, y poco ánimo podrían demostrar en la ocasión, tropas que, como las suyas, habían demostrado su impotencia, primero ante los muros de la heróica Huajapan y después ante los batallones del gran caudillo insurgente: por eso González Sarabia, hombre valiente, militar honrado y noble y magnánimo corazón, expuso sin reserva al virey sus temores de no poder salir triunfante de un paso difícil, y sin cesar pedía refuerzos, no sólo á Venegas, sino á cuantos jefes realistas pudo hacer llegar sus avisos.

Nada consiguió, no obstante, de los unos ni los otros, y si no buscó con tiempo una salida á su peligrosa situación renunciando el mando que ejercía, fué porque á todo se sobrepuso su honor militar, del cual jamás dejó de ser fiel y celoso guardador.

Pero aun su fatal destino iba á ponerle en un mayor aprieto.

A la muerte del Arzobispo-virey D. Francisco Javier Lizana, nombró la Regencia de Cádiz por su sucesor al obispo de Oaxaca D. Antonio Bergosa y Jordán, cuya noticia fué celebrada con repiques y otras manifestaciones de júbilo el 25 de Noviembre de mil ochocientos once, esto es, un año antes de la época cuyos sucesos relato en este libro. La insurrección de lo que se llamaba

Costa Chica, inquietó á los buenos oaxaqueños que solicitaron del pastor no los abandonase en aquellas circunstancias y á ello accedió con cristiana caridad Bergosa. Todo fué bien hasta que el ejército del Sr. Morelos se presentó á la vista de la antigua Antequera. El Arzobispo electo para la metropolitana, no estimó conveniente aguardar la visita del caudillo insurgente, y pasándose



...salió ocultamente en la noche...

al convento de Santo Domingo, salió ocultamente en la noche de Oaxaca, tomando con sus caudales y familia el camino de Tehuantepec.

Por más reserva con que procuró efectuar su fuga, la noticia corrió rápidamente por la ciudad, y grande fué el terror de sus medrosos habitantes: mucho debía ser el peligro cuando así los abandonaba el hasta entonces fiel pastor: la desmoralización de los ánimos cundió en todas las esferas sociales, invadiendo aún los más apartados rincones. Por más que González Sarabia hizo, no consiguió moderar ni en lo más mínimo el pánico terror producido por la fuga de Bergosa. Las señoras abandonaron sus hogares y con sus hijos y alhajas se trasladaron á los conventos de religiosas,

en solicitud de un asilo que en aquellos tiempos fué sin excepción respetado: los españoles ocultaron sus riquezas enterrándolas en ocultos parajes ó arrojándolas en los pozos; las personas más medrosas rezaban en alta voz pidiendo á Dios misericordia, y los niños, despertados en mitad de sus infantiles sueños, lloraban amargamente y en mil diversos tonos.

El noble, el valiente, el magnánimo Sarabia, contemplaba aquel triste cuadro con profundo desaliento: ¿qué podría hacer él contra las aguerridas huestes del Sr. Morelos, si toda la ciudad le abandonaba y en vez de escucharse en sus calles las voces de guerra y de venganza, sólo se oían los lamentos de los pusilánimes y los miedosos?

Porque nada le faltase se le presentaron Régules y Bonabia, comandante de la brigada de Oaxaca, exponiéndole la conveniencia de salir de la ciudad sin aguardar al siguiente día: fundábanse en que, según sus noticias, el Sr. Morelos contaba con cinco mil hombres bien armados y perfectamente dirigidos por los principales jefes independientes: ellos en cambio podrían oponerle dos mil hombres cuando más, dos de cuyos tercios los constituían la legión eclesiástica, los regimientos de artesanos y las compañías de indios de la Mixteca, que en su totalidad no podían ser considerados capaces de defender á Oaxaca: el resto de las tropas se componía de criollos dispuestos á pasarse al enemigo en la primera ocasión: la resistencia era, pues, una temeridad.

Sarabia les contestó:

—En todo caso aun quedaremos nosotros tres.

—¿Y qué podremos hacer nosotros solos?—preguntó Bonavia.

—Dejarnos matar luchando por su Majestad,—contestó resueltamente el teniente general.

Régules y Bonavia se retiraron disgustados y predispuestos contra su jefe.

—Es una temeridad lo que este hombre intenta,—dijo Régules.

—Nos va á hacer matar como á corderos.

—Eso allá lo veremos,—observó Régules;—yo no soy militar de profesión, y no me creo por lo tanto obligado á hacerme matar como un siervo de la disciplina: si, como es seguro, nos va mal, tengo ya preparado mi escondite y al menos salvaré la piel.

Régules, español natural de las montañas de Santander, fué co-

nocido siempre como hombre activo y decidido, pero en lo absoluto carecía aún de las más ligeras nociones en el arte de la guerra; favorecido por la casualidad triunfó algunas veces, de más ó menos considerables partidas; pero hubo siempre de ser derrotado por toda fuerza insurgente aun medianamente capaz de habérselas con los realistas. Cuando el Sr. Morelos les obligó en 13 de Julio á levantar el sitio de Huajapan, Régules se portó bastante mal, y el valiente realista Caldelas, antes de morir como heróicamente murió en aquella acción, quiso saltar la tapa de los sesos á Régules, acusándole de cobarde.

Tal era exacta y fielmente pintada y por primera vez restablecida la verdad de los hechos, la triste situación en que Oaxaca se encontraba en los días en que fué atacada por el ejército del señor D. José María Morelos.

Es nuestra misión hacer justicia á quien la merece; por eso hemos tratado de hacerla al teniente general de Oaxaca, al infortunado González Sarabia.

## XVI

Radiante de luz y de colores se mostró á insurgentes y realistas la aurora del miércoles 25 de Noviembre de mil ochocientos doce.

El Sr. Morelos que presentía la victoria que iba á obtener procuró no ensangrentarla, y al efecto, dirigió á Sarabia un oficio altamente conciliador y respetuoso, intimándole la rendición en el término de tres horas, ofreciendo en cambio las convenientes garantías á los defensores de Oaxaca.

Quizás hizo mal Sarabia, pero á nadie dió cuenta de tal oficio, y atento sólo á sus deberes militares, ni aun se dignó contestarle puesto que procedía de jefes que él consideraba rebeldes y traidores á su rey.

Cuando la autoridad militar insurgente se presentó en cumplimiento de su obligación á pedir al Sr. Morelos la orden del día, el caudillo contestó con sublime laconismo:

—«A acuartelarse en Oaxaca.»

La contestación de Sarabia no llegó en el término prescrito; el Sr. Morelos aguardó todavía una hora más, y cuando hubo sonado

dió la señal de avance, dividiendo su ejército en seis columnas cuyo mando y obligaciones designó del siguiente modo:

1.ª Comandante, D. Hermenegildo Galeana: puntos de ataque, los conventos de Santo Domingo y el Carmen.

2.ª D. Mariano Matamoros, parapeto del Marquesado.

3.ª D. Manuel Mier y Terán y D. Antonio Sesma, fortín de la Soledad.

4.ª Capitán Larios: la Merced.

5.ª Coronel Montaño: camino de Tehuantepec.

6.ª D. Miguel Bravo: su destino acudir en apoyo de la columna que le necesitase.

De la reserva se encargó el mismo Sr. Morelos, quien se situó frente por frente de la Soledad y al alcance de sus fuegos.

A las diez de la mañana los insurgentes comenzaron su ataque tocándole el honor de ser el primero en él á D. Antonio Sesma con su batallón de San Lorenzo, formado con los defensores de Huajapan y titulado de San Lorenzo por el mismo Sr. Morelos, en memoria de que había sabido resistir á los realistas que le tuvieron encerrado en un círculo de fuego. A los primeros disparos de la artillería que con supremo tino dirigía D. Manuel Mier y Terán, el tinglado del fortín de la Soledad vino á tierra, y Sesma pudo hacer avanzar sus tropas cubiertas hasta entonces por los muros de la zanja de defensa: Régules, que mandaba el punto, apenas distinguió en las primeras filas los rostros de sus vencedores en Huajapan, huyó precipitadamente al interior de la ciudad y sus soldados mistecos se rindieron á Sesma. Régules arrastró en su fuga al coronel Bonavia, encargado de la defensa del puente levadizo que comunicaba el fortín con la ciudad, que así, quedó abierta por aquel lado á los asaltantes.

A la vez D. Mariano Matamoros, tremolando la bandera negra con cruz roja de su regimiento de San Pedro, se posesionaba de la trinchera del Marquesado y enfilando con sus cañones la calle del mismo nombre abría paso por ella á sus denodadas tropas.

El bravo D. Hermenegildo, fué quien mayor resistencia encontró, teniendo que habérselas con la legión eclesiástica, que al mando de su capitán Fray Félix, le hizo un espantoso fuego desde las torres, ventanas y azotea del convento del Carmen: Matamoros, dentro ya de la ciudad vino en su auxilio y los frailes fueron de-

rrotados, y los insurgentes sólo en el convento de Santo Domingo hicieron trescientos artesanos prisioneros.

Repicaban en señal de triunfo las campanas de los dos susodichos conventos del Carmen y Santo Domingo, cuando Terán resolvió avanzar y batir el edificio llamado el Juego de Pelota, en el cual habíanse guarecido los europeos, haciendo desde él, un fuego certero y terrible: dos veces intentó en vano el ataque, pues los defensores no permitían al enemigo llegar al foso; se presentó entonces en primera fila un joven durangueño, estudiante que había sido del colegio de San Ildefonso, del cual huyó para lanzarse á la revolución, y arrojando su espada á los españoles:

—*Ahí va mi espada en prendas*,—les gritó,—*voy por ella*,—y se lanzó al foso que atravesó á nado.

Aquel acto de arrojo fué bien pronto imitado por las tropas insurgentes, y el Juego de Pelota cayó en poder del heróico joven cuyo nombre era D. Félix Fernández; más tarde le cambió por el de D. Guadalupe Victoria, y fué el primer presidente de la República.

Terán prosiguió sin detenerse hasta el centro mismo de la plaza y en ella se le reunió el guerrillero Larios que había avanzado por la calle de la Merced sin encontrar casi resistencia.

González Sarabia que obvervó que todos los puntos de defensa habían sido cobardemente abandonados, sin que la resistencia hubiese merecido este nombre sino en el Juego de pelota y en el Carmen, determinó entonces abrirse paso por medio de las columnas enemigas, al frente de su escuadrón de europeos; pero aun éstos le abandonaron y Sarabia llegó á verse enteramente solo y tuvo que ocultarse en una casa de los suburbios que encontró desierta.

Tres horas escasas después, esto es, á la una de la tarde, el combate había concluído, y entre vítores y aclamaciones entraba en Oaxaca el Sr. Morelos, que hasta entonces permaneció frente á la Soledad, dictando sereno y tranquilo sus órdenes en medio de una lluvia de balas, ninguna de las cuales se atrevió á hacerle ni el menor daño.

A las tres, el general se sentaba á la mesa que se le sirvió en la casa de un europeo apellidado Gutiérrez. A corto rato le fué presentado Régules á quien Matamoros aprehendió en el convento del Carmen, oculto en una caja de muerto: se cuenta que le delató el sacristán de aquella iglesia.

Fuese una debilidad extraña en el carácter y antecedentes del señor Morelos, fuese que en vano hubiera procurado evitarlo, lo cierto fué que la toma de Oaxaca se señaló con escenas horribles de saqueo y atroces atropellos de que fueron víctima los españoles y sus casas de comercio que se vieron asaltadas y robadas de un



D. Guadalupe Victoria

modo vergonzoso y deplorable por la soldadesca ébria y desordenada.

A los dos días, el teniente general D. Antonio González Sarabia fué descubierto y aprehendido por un soldado, en el momento en que realizaba su fuga á las doce de la mañana, malamente disfrazado.

Al ser presentado al Sr. Morelos, solicitó ser tratado con todos los honores y respetos debidos á un noble militar que no había hechos más que cumplir con su deber, y así se lo ofreció el caudillo.

Desgraciadamente el auditor nombrado para formarle causa y cuyo nombre siento ignorar para entregarle al desprecio de mis conciudadanos, no supo cumplir con las órdenes del Sr. Morelos, y tanto trató de rabajar al vencido en el interrogatorio á que le sujetó, que indignado Sarabia y dando rienda suelta á la soberbia que es propia de los caballeros en la desgracia, cometió la imprudencia de desatarse en denuestos contra los vencedores, llamó bandidos á sus jueces y él mismo dictó con estos actos su sentencia de muerte.

Púsosele en capilla al mismo tiempo que á Régules, é inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el vecindario para salvar su vida, por la cual se ofrecieron gruesas sumas de dinero.

El miércoles 2 de Diciembre, se levantó en el llano de las canteras un tablado vestido de paños negros, y á las cinco de la tarde Sarabia fué fusilado en él: al pié del tablado sufrió también Régules igual pena.

El suplicio se verificó en el mismo lugar en que al principio de la revolución fueron sacrificados López y Armenta, primeras víctimas de las ideas independientes en Oaxaca.

Fué generalmente sentida la muerte de D. Antonio González Saravia, militar por todos conceptos digno de recomendación: presidente que había sido de Guatemala, pasó á Nueva España á encargarse del mando superior militar, de acuerdo con los preceptos constitucionales que disponían que los vireyes ejercieran solamente el político: Venegas le encargó de la provincia de Oaxaca en la cual tantas creces había tomado la revolución: mientras ejerció su empleo se hizo querer y estimar por la discreción y moralidad de todas sus disposiciones, y si más no pudo hacer en defensa de Oaxaca, fué porque ni tuvo elementos, ni pudo servirle para nada el auxilio de el estrambótico ejército levantado por el obispo Bergosa, ejército compuesto de unos cuantos valientes y de una inmensa mayoría de medrosos y pusilánimes.

Fueron también fusilados el comandante de brigada D. Bernardino Bonavia, el capitán D. Nicolás Aristi, y un muchacho guatemalteco, criado de Sarabia: el delito de este muchacho, á cuya ejecución no puede caber disculpa, fué el haber arrancado de una esquina un bando con la firma del Sr. Morelos, con cuya acción quiso revelar el odio que le inspiraban los ejecutores de Sarabia, al cual amaba como á un padre.

Hicieron los insurgentes con la toma de Oaxaca más de cuatrocientos prisioneros europeos, que fueron puestos en libertad bajo de fianza, y treinta de ellos enviados al presidio de Zacatula por haber parecido peligrosos: además trescientos prisioneros americanos que en su mayor parte fueron incorporados á las tropas insurgentes. Quedaron en poder del Sr. Morelos, sesenta cañones y más de dos mil fusiles, porción de pertrechos y municiones y gruesas sumas en dinero, alhajas y zurrones de grana de un inmenso valor.

La victoria del Sr. Morelos devolvió su libertad á un buen número de prisioneros insurgentes que yacían olvidados en cruel abandono en las prisiones de Santo Domingo, muchos de ellos desde los primeros días de la revolución. Estos infelices, entre los que se contaba el padre Talavera, cautivo de Paris en las orillas del Quetzala, se encontraron en el más miserable estado, demacrados, destruídos, casi desnudos y con largas melenas y barbas; la vista de aquellos infelices excitó con justicia la general indignación: por suprema disposición fueron exhumados los restos de los patriotas oaxaqueños López, Armenta, Palacios y Tinoco, y se les hizo un magnífico entierro en la catedral, guardándose sus restos en una riquísima urna.

El Sr. Morelos se ocupó en lo siguientes días en asuntos referentes á la administración y buen gobierno de la rica provincia que había caído en sus manos, y con sus disposiciones demostró que si como guerrero no tenía rival entre sus compatriotas, como hombre de orden y administración era digno de la gloria á que su talento militar habíale elevado.

## XVII

Indecible fué el gozo con que estas noticias fueron acogidas en México por los amigos de la revolución, y no menos grande el desaliento de los europeos.

Nada no obstante dijo la *Gaceta* de los sucesos de Oaxaca, pues común suele ser en los gobiernos callar las malas noticias, como si sólo por sus órganos hubieran de saberse.

Tampoco los demás papeles dijeron cosa alguna, ni era posible

que otra cosa hiciesen, pues suprimida la libertad de imprenta y restablecidos los antiguos usos, ningún papel podía publicarse sin previa aprobación de la Junta de censura.

Pero á falta de impresos circularon los manuscritos, conteniendo uno de ellos la siguiente canción cuya música se encargó de componer, según dice Bustamente, el sabio profesor D. Mariano Elízaga: dice así la letra:

Inclito, gran Morelos,
tras de cuya bandera
los genios de la guerra
precipitados van,

Tú solo has conseguido
con valerosa mano
del gobierno tirano
su orgullo dominar.

Tú á Calleja eclipsaste
su fantástica gloria
que en continua victoria
se creyó perpetuar.

Cuando del fuerte Cuautla
te veo salir triunfante
la línea amenazante
del asedio burlar;

Cuando impávido emprendes
libertar á Huajapa
y al rebelde Chilapa
su traición castigar;

Cuando á Orizaba llegas
su rendición consumas
y en seguida desplumas
á Aguila en el Palmar;

Cuando de allí siguiendo
á marcha redoblada
tu gloriosa jornada,
vas á Oaxaca á entrar;

Entonces me parece
que la guerrera Palas
te saca entre las balas
en un arco triunfal,

Y que en él te conduce
con paso presuroso
al templo majestuoso
de la inmortalidad.

Luego que te presentas
á su augusta asamblea
aplaude y vitorea
tu gloria militar,

Aníbal y Pompeyo,
Alejandro, Scipión,
y aun el gran Napoleón
sus laureles te dan.

Al verte exclama Marte:
«ven, héroe mexicano,
y mi sangrienta mano
con la tuya estrechad:

Mi hijo eres predilecto,
mi influjo hoy te predice
que tú serás felice,
tu patria salvarás.»

Sí, Morelos invicto,
¿quién podrá ya estorbarte
plantar el estandarte
de nuestra libertad?

A México camina,
llega con prontitud
y de la esclavitud
venidnos á sacar.

Como bien podrán apreciarlo mis lectores, el patriota autor de esta canción, era un detestable poeta, observación que hago con el único fin de probar una vez más la justicia de mi opinión acerca de los poetas criollos de la época colonial.

Pero si el Sr. Morelos no tuvo, como hubiéralo merecido, un Quintana que hubiese cantado sus hechos según sus merecimientos, no por eso sus actos dejaron de ser dignos de la admiración de las edades.

Comprendiendo el valor de la provincia que acababa de conquistar, se dedicó con talento y sabia solicitud á su buen gobierno y administración. Buscó para esto con empeño á hombres capaces

y probos, y los obligó á cooperar con sus servicios á su obra de regeneración; puso al frente de todo y como intendente general á D. José María Murguía, persona de altos méritos y gran estadista. Por su decreto de cinco de Diciembre, nombró los regidores del nuevo Ayuntamiento de Oaxaca, formado de criollos distinguidos; estableció á la vez lo que llamó Junta de Protección, encargada de la policía y buen gobierno civil, y creó una Caja Nacional, á cuyos miembros encargó de la custodia y distribución de los caudales públicos. Fundó también un periódico oficial al que dió el título de Correo Americano del Sur, bajo la dirección del doctor D. Manuel de Herrera.

No fueron menos oportunas y acertadas sus disposiciones militares: estableció en el convento de la Concepción una gran Maestranza, á cuyo frente puso á D. Manuel Mier y Terán, oficial distinguido é inteligente que dió grande impulso á los trabajos de fundición y reforma de armamento. Creáronse también varios regimientos de infantería y escuadrones de caballería, y se mantuvo á las tropas en constantes ejercicios de instrucción.

Encomendó á varios ilustres jefes la dirección de varias expediciones encaminadas á asegurar el dominio de los insurgentes en aquella provincia. El Padre García Conde recibió la comisión de marchar en seguimiento del fugitivo obispo Bergosa, y obligarle á volver á Oaxaca; pero el prelado pudo á buen tiempo embarcarse en Tehuantepec con rumbo á Veracruz. Conde recojió en el camino gran cantidad de efectos y zurrones de grana pertenecientes á españoles, y otro tanto hizo el teniente coronel D. Vicente Guerrero con el cacao y tabaco de igual procedencia: con estos efectos, los tomados en la ciudad, la plata labrada, alhajas y dinero extraído de los conventos, el intendente de ejército D. Antonio Sesma y la Caja Nacional pudieron contar con recursos, que se hacen subir nada menos que á la suma de tres millones de pesos.

Notable fué la pompa de las fiestas con que el Sr. Morelos celebró su juramento de obediencia á la Junta que Rayón estableció en Zitácuaro en Agosto de mil ochocientos once. Con este motivo el caudillo vistió por primera vez un rico uniforme de capitán general que D. Mariano Matamoros le regaló, y en la actualidad se conserva en el Museo de artillería de Madrid.

Toda la ciudad se engalanó y compuso con la misma esplendidez

que habíase usado siempre en las juras de los reyes, y se levantaron en las calles arcos de triunfo haciéndose notable uno de ellos del cual voy á dar alguna idea.

En uno de sus lienzos veíase pintada un águila volando entre rayos y tempestades con esta inscripción:



NON PAVET AD STREPITUS

OCTAVA

Esa ave que festiva y majestuosa
á quien ni el mismo fuego atemoriza,
corta el aire ligera y ambiciosa
sin poder renacer de su ceniza,
soberana se juzga y no reposa
hasta tanto su intento no la avisa
que está cerca del sol, y allí resuelve
que al sol verá el semblante ó que no vuelve.

Veíase en otro lienzo á un águila amarrada con unos cordeles á un nopal; debajo decía:

PRO MORTE LIBERTAS

Detén, oh cazador inadvertido,
el dardo de tu flecha disparada,
que has de quedar sin duda muy corrido
como tu presa quede libertada:
no rompas el cordel porque á su nido
el ave ha de volar precipitada
y allí repetirá, viendo su suerte:
me diste libertad por darme muerte.

En otros lugares del arco hallábanse los siguientes versos alegóricos:

Un águila enseñando á volar á sus polluelos:

Te remontas con anhelo
y aun dudamos lo que vemos;
es muy rápido tu vuelo
pero de tí aprenderemos
para llegar hasta el cielo.

Un águila con una culebra en los piés apretándole el cuello.

No te aprieto porque quiero
si no por reflexionar
que en un apuro tan fiero
ó he de morir ó apretar,
¿quieres que haga lo primero?

Un águila defendiéndose de un dragón:

Hacerte entender quisiera
lo inútil de tu desvelo
que eres fiera, mas del suelo,
y yo lo soy de otra esfera.
Ya verás como ligera
de tí me voy alejando,
tú te quedarás llorando
y entre tus ayes prolijos
se reirán de tí mis hijos,
su libertad celebrando.

Un águila picándose el pecho y dando á sus hijos de su sangre, para alimentarlos y un dragón en ademán de querer devorarlos:

Tan tirana pretensión
no podrán lograr tus iras,
pues los polluelos que miras
tienen alta protección.
Aun conserva el corazón
caudales de sangre activos
que aunque fueran fugitivos
sería su sed bien saciada,
pues si quedo inanimada
mis hijos volarán vivos.

## XVIII

Aunque sin tantos detalles como acabo de dar, adelantando algunos días el relato, la corte vireinal tuvo noticia de los graves sucesos de Oaxaca y deparó víctimas á su cólera la suspensión de la libertad de imprenta. Durante los sesenta y seis días que aquella libertad duró, el gobierno pudo conocer, merced á la imprudencia de los escritores, quiénes eran sus principales enemigos en la capital, y sobre ellos cayó implacable su venganza.

Pero en todo pensó Lizardi menos en el riesgo que corría, riesgo tanto mayor cuanto que su artículo del *Pensador* del día 5, fué el verdadero pretexto que para sus manifestaciones de enojo encontró el virey.

Mas, lo repito, Lizardi olvidó su riesgo propio para no acordarse sino del que su adorada Remedios corría

—Por fortuna,—había dicho D. Alvaro á Lizardi y Ochoa:—el principal enemigo de mi hija ha desaparecido, ha muerto quizá.

—¿Quién fué él?—preguntó Lizardi.

—Un hombre de ingenio y práctica en el mal, un sacristán nombrado Francisco, antiguo jefe de bandoleros en la isla de Cuba, en la cual se le conocía por el apodo de «el capitán Centellas.»

—¿Qué ha sido de ese hombre?

—Cómplice desde hace algún tiempo en todos mis crímenes, salió hace algún tiempo en persecución de mi compatriota don Pedro Lafuente que se retiraba á España con una gran fortuna que había excitado nuestra ambición. Tengo noticia de que Lafuente logró embarcarse en Veracruz, y esto y el no haber regresado Centellas me hace esperar que el sacristán Francisco haya sido muerto al intentar un golpe de mano.

—Sin embargo, no le consta á usted que así haya sucedido.

—Desgraciadamente no, y esto es lo que me espanta, porque ese miserable es temible.

—Yo me encargo de él,—dijo Ochoa.

—¿Acaso le conoce usted?—preguntó D. Alvaro.

—No le conozco, pero me bastará saber la iglesia en que sirve de sacristán.

—Habremos conseguido la mitad del triunfo si ese hombre no se nos presenta de improviso: ahora bien, usted, Sr. Lizardi, se encargará de ser el inmediato guardián de mi hija Remedios, y para ello va usted á trasladarse en el acto á su casa, de la cual por ningún estilo debe usted salir: yo voy inmediatamente á hablar con el virey y á poner en juego toda mi influencia, todo el ascendiente de que gozo sobre su ánimo.

—Señores,—añadió D. Alvaro, disponiéndose á salir,—que el cielo nos ayude.

Pocos momentos después, cada uno de nuestros tres amigos había ido á desempeñar su respectiva misión.

Mientras todo esto sucedía, un hombre llegó á la puerta de la casa de D. Alvaro, se la hizo abrir, y el portero al verle le saludó diciéndole:

—Salud, capitán Centellas, bien venido sea usted, tanto más cuanto que mi señor D. Alvaro nos había dicho ya que en nuestras oraciones rogáramos al diablo que tratase á usted con consideración.

—Según creo, por muerto me disteis.

—Sólo así podíamos explicarnos la tardanza de la vuelta.

—Pues no habéis andado muy lejos de la realidad.

—Sí, ¿eh?

—Pero díme Lucas, ¿está en casa D. Alvaro?

—No; capitán.

—¿Pues dónde anda?

—Sépalo el diablo.

—¿Cómo es eso?

—Desde hace dos días el amo no para en casa ni un momento.

—¿Hace dos días que no le ves?

—Es decir, dos días completos no, mi capitán: esta mañana vino á casa, trayendo debajo de la capa un bulto pequeño, una caja de madera apenas de una cuarta en cuadro: me la entregó para que la subiera á sus habitaciones, y aunque la tal caja no pesaba ni media libra, me pareció que D. Alvaro se mostraba muy satisfecho de ella.

—¿Sabes de dónde procede esa caja?

—No, mi capitán: sin embargo, pudiera haberla sacado de la casa de D.ª Remedios, pues há más de quince días que no hace más que

visitarla, y antes de anoche me hizo acompañarle con un bulto en que llevaba dos cristos, varios muñecos de madera y yeso, disciplinas, tenazas, porción de frascos de vidrio y qué sé yo cuántas cosas más,

—¿Y qué hicisteis con eso?

—No sé lo que D. Alvaro haría, pues al llegar á la esquina de la calle hizo que le entregase ese bulto y me dejó en observación.

—¿En observación?

—Sí.

—Pues qué ¿ya tus gentes van perdiéndole el miedo á la casa maldita!

—Parece que sí, desde que usted dejó de andar por las azoteas vestido de fantasma y dando alaridos.

—¿Y quiénes han sido los valientes?

—Un Sr. Lizardi, periodista y autor de varios papeles, que, la verdad, hasta á mí me han gustado, porque ha dicho en ellos muchas cosas buenas y justas.

—Pero en fin, ¿la caja que trajo D. Alvaro qué contenía?

—No lo sé, mi capitán.

Centellas se puso serio, y tomando con violencia y de un brazo á Lucas, le dijo:

—Ten presente, que si algo me ocultas, te parto en dos la cabeza.

—Mi capitán,—contestó Lucas; — me ofende esa desconfianza; aquí me colocó usted con el solo fin de espiar á D. Alvaro, y creo que hasta hoy ningún motivo he dado...

—Tienes razón Lucas; pero me extraña que ya no hayas averiguado el contenido de esa caja.

—D. Alvaro cerró con llave la puerta de su habitación y... pero, mi capitán, por el ojo de la cerradura he visto que dejó abierta la caja sobre su mesa.

—Pronto sabremos entonces lo que contiene.

—Yo habría forzado la cerradura, pero esto me habría descubierto.

—Tienes razón, pero por fortuna yo conservo la llave falsa y podré abrirla.

—Pero á todo esto, mi capitán, ¿qué ha sido de usted en tantos días?

—Es largo para contado.

—Pero en fin, D. Pedro Lafuente...

—Se me escapó de entre las manos, y lo que es peor llevándose su dinero.

—¿Cómo fué eso?

—El diablo le favoreció y echó sobre mí una partida de insurgentes que no me dejaron ni cara en que persignarme.

—Pero ¿y la gente de usted y mi hermano Martín?

—Lucas, pide por él al diablo el mismo favor que D. Alvaro te encargó pidieras para mí.

—¡Ha muerto!

—De un balazo entre ceja y ceja: fué quien aprovechó el primer tiro de los insurgentes.

—¡Lástima de muchacho!—exclamó Lucas;—y tan valiente como era: pero en fin, ¡cómo ha de ser! De haber sufrido su suerte me libré yo quedándome aquí.

—A mí me lo debes, Lucas.

—Gracias, mi capitán.

—No hay de qué, Lucas: con que mucho cuidado: voy á ver qué contiene esa caja de que me has hablado.

Un cuarto de hora después, Centellas volvió á la portería; Lucas le salió al encuentro preguntándole:

—¿Contiene algo bueno la caja?

—No lo sé.

—¡Cómo!

—Sí, Lucas, no lo sé.

—No comprendo.

—En la caja sólo hay un largo manuscrito referente al nacimiento de D.ª Remedios.

—¿Era hija de alguna gran dama?

—Parece que sí, pero según el tal manuscrito, la dama se olvidó de su hija desde el instante mismo de su nacimiento.

—Para algo, sin embargo, deben servir esos papeles,—observó Lucas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuando D. Alvaro salió de su habitación y pasó por la portería para irse á la calle, noté que iba profundamente preocupado.

—No adivino por qué, pero en fin, él mismo me lo dirá si á mi vuelta se halla aquí.

—¿Se va usted, capitán?

—Sí: acabo de entrar en México y tengo que justificar mi prolongada ausencia.

—Ya se encargará de ello D. Alvaro.

—No le necesito: salí con pliegos del virey para D. Ciriaco, y con sólo dar cuenta de mi comisión, estará concluído todo. Queda con Dios, Lucas.

—Mi capitán, él acompañe á usted; pero...

—¿Qué te ocurre?

—¿Debo decir á D. Alvaro que ha vuelto usted?

—Sí, y que me espere aquí.

—Está bien.

—Adios, Lucas.

—Adios, mi capitán.

## XIX

Ya se había alejado tiempo hacía de la casa el capitán Centellas, cuando á ella llegó D. Alvaro casi al cerrar la noche: nuestro hombre no venía solo; le acompañaba D. Anastasio de Ochoa.

Cumpliendo con el encargo de Centellas, lo primero que Lucas hizo fué notificarle la llegada del sacristán.

D. Alvaro, á quien los nuevos sucesos habían hecho perder gran parte de su aplomo, no pudo ocultar á Lucas que la llegada de Centellas le contrariaba grandemente, y confirmó al portero en su sospecha la terminante orden que su amo le dió para que dijera al sacristán cuando volviera, que no se encontraba en la casa.

Pero D. Alvaro ignoraba que él menos que nadie podía contar con su portero.

Dos golpes sonaron en la puerta del zaguán.

Lucas abrió inmediatamente y Centellas entró, diciendo:

—Me ha sido imposible ver al virey. ¿Ha llegado D. Alvaro?

Lucas le dijo que bajara la voz.

—¿A qué tanto misterio? preguntó el sacristán; ¿qué ocurre?

—D. Alvaro acaba de llegar con otro caballero.

—¿Y qué?

—Que me ha mandado que si usted venía le dijese que aun no había vuelto.

—Es extraño.

—Y tanto que sí; como que me pareció que no le ha hecho mucha gracia la vuelta de usted.

—Sí, ¿eh?

—Como usted lo oye.

—Aquí hay algo grave.

—Eso supongo yo.

—Està bien; trataremos de averiguarlo.

—¿Qué debemos hacer?

—Tú, Lucas, permanecer en tu portería como si tal cosa, y sin decir á nadie que aquí estoy.

—Así se hará.

—Lo demás corre por mi cuenta.

Centellas subió las escaleras, y con precaución entró en las habitaciones de D. Alvaro y llegó delante de la puerta de su despacho, que estaba cerrada con llave, y púsose á escuchar.

—La suerte nos es contraria, Sr. Ochoa; el portero acaba de decirme que el sacristán ha llegado á México.

—Mi buen Lucas había sospechado bien, dijo Centellas para sí.

—¿No dice usted, señor D. Alvaro, que ese hombre es un bandido? preguntó Ochoa.

—Lo es, sí; pero temible.

—No lo sabes tú bien, pensó Centellas para sus adentros,—añadiendo después:—tan temible como buen amigo tuyo he sido hasta hoy.

—Entonces,—continuó diciendo Ochoa,—lo mejor sería hacerle poner preso.

—Después trataremos de eso: ocupémonos ahora de mi pobre Remedios, de mi desventurada hija; vea usted aquí, Sr. Ochoa el manuscrito de que hablé á usted y á Lizardi.

—¡Su hija! exclamó Centellas para sí; ¿qué nueva invención será ésta? porque de seguro es una invención de ese pícaro extraordinario; no puede caberme duda en ello: tal vez todos sus esfuerzos y los míos han sido inútiles para lograr el fin de apoderarse de la cuantiosa herencia del franciscano-capitán García Alonso: quizás los frailes, que son ambiciosos, han pretendido alzarse con este

dinero, que de derecho les pertenece, y D. Alvaro ha fraguado esta paternidad para ganarles la partida. ¡Bravo hombre éste! ¡lástima será que vaya á torcérseme y á declararse mi enemigo! Ha hecho ya la mitad de mi fortuna, y sentiría tener que enviarle al otro mundo sin que haya completado la otra mitad.

Ocupado Ochoa en leer el manuscrito de la buena señora que había pasado por madre de Remedios, el silencio reinaba en el despacho de D. Alvaro: pudo Centellas, por lo tanto, entregarse descansadamente á sus reflexiones, que continuó de esta manera:

—No hay duda: apostaría mi cabeza á que lo mismo es Remedios hija mía que de D. Alvaro: es, pues, una invención de éste; pero ¿cómo ha podido urdirla? Conozco el manuscrito que Ochoa lee en estos momentos, y nada hay en él que pueda justificar la supuesta paternidad de D. Alvaro: Remedios nació en México hace diez y nueve años: apenas hará un par de ellos que D. Alvaro vino á las Américas; ¿cómo entonces podrá sostener su embuste? Creo que en esta ocasión mi camarada no ha dado pruebas de mucho ingenio: necesario le será recurrir á mí, y si tal hace, yo le ayudaré á demostrar que sólo él puede haber sido el padre de Remedios; disparatado es todo esto para ni imaginarme siquiera que se me hubiera ocurrido á mí. Pero oigamos: Ochoa ha concluído su lectura.

—¡Desventurada niña!—exclamó nuestro poeta dejando sobre la mesa el manuscrito.

—Aun podremos hacerla feliz, amigo mío.

—¡Quiéralo Dios!

—¡Por qué dudarlo! He sido un criminal, no lo niego; pero, por supremo favor de la Providencia, mi alma no se ha pervertido; créalo usted, Sr. Ochoa; desde que la casualidad ha puesto en mis manos la clave de este secreto, me siento transformado: mi pasado me avergüenza, á mí que hasta hoy no había visto en ese pasado más que una interesante leyenda de la vida de un joven atrevido y emprendedor; amo desde ayer mi existencia como un bien, como un recurso que en mis manos pone Dios para hacer en lo que de ella me quede, tantos beneficios como males he causado: yo sabré ser un buen padre de mi hija; ,yo me haré respetable y querido, aun para aquellos que hasta hoy me han visto con horror ó desprecio: mi hija me amará también: y si su amigo de usted, Lizardi,

me perdona y ve con piedad, y aun sigue amando á Remedios, le haré su esposo y me crearé una familia que sea el premio de mi regeneración.

—Todo es posible, D. Alvaro, todo es posible con la misericordia de Dios; pero no echemos en olvido lo que tanto nos importa: necesitamos una franca y leal declaración del modo y manera con que usted procedió al horrible crimen de haber depositado en la casa de Remedios las imágenes del crucificado y demás objetos, cuyo hallazgo tanto la ha comprometido ante el tribunal de la Inquisición. No estamos ya, gracias á Dios, en la época de los tremendos autos públicos de este tribunal, pero aun dura su poder, y si no probamos de una manera absoluta la inocencia de Remedios, ni el mismo virey podrá impedir que sea sepultada en los calabozos de la Inquisición.

—Resuelto estoy á escribir esa declaración.

—Pero eso no basta.

—¿Qué se necesita además?

—Que otro hombre la suscriba.

—¿Cuál?

—El que ayudó á usted á cometer esa...

—¡Esa infamia! lo sé,—dijo D. Alvaro, al ver que Ochoa se detenía en calificar su acción.

—¿Querrá hacerlo?

—¿Por qué no?

—Porque esa declaración que de usted exige la autoridad eclesiástica...

—Pudiera convertirse en una arma contra mí, ¡no es cierto!

—Lo es.

—Pero dispuesto estoy á todo, y una vez salvada mi hija, no digo los actuales inquisidores, el mismo Felipe II si resucitase no sería capaz de intimidarme.

—Sin embargo...

—Comprendo sus escrúpulos, Sr. Ochoa: es usted un hombre honrado, digno de no figurar en nuestro corrompido clero actual y...

—Sr. D. Alvaro, suplico á usted suprima enojosas calificaciones. Convengo en que esta declaración por escrito es enteramente innecesaria: creo, como usted, que al obligarme á que se la exija, se

pretenda esgrimir contra usted una arma peligrosa, pero yo no debo...

—Confesar que así es, ¿no es cierto, Sr. Ochoa?

—D. Alvaro...

—Tampoco quiero yo hacer á usted el insulto de juzgarle como juzgo á quienes á mí le envían; por eso hablo como hablo. Pero lo repito, nada ni nadie me espanta si yo solo debo correr el riesgo. Pondré, pues, la declaración tal y como se me exige, si, como usted me dice, en cambio de ella se me han de entregar originales las diligencias practicadas por el Santo Oficio en la causa de mi hija.

—Así se hará.

—Entonces... pero dígame usted,—preguntó deteniéndose,—¿qué objeto puede tener la firma del hombre que me acompañó?

—No debo ocultarlo á usted, Sr. D. Alvaro.

—Impaciente escucho.

—Esa declaración lo mismo puede perder á usted que á él, y por salvarse de esa pérdida, el criado de usted hará las revelaciones que se le exijan.

—Ignoro qué clase de revelaciones puedan exigírsele, pero vuelvo á decirlo: salve yo á mi hija, y vengan después contra mí infierno ó cielo; juntos ó separados, que no habrán de vencer en lucha á D. Alvaro de Cervera.

Media hora después la declaración solicitada había quedado extendida, sin faltarle ni aun el requisito de la firma del portero Lucas.

A que sin resistencia suscribiesen el papel contribuyó y no poco el capitán Centellas, quien mientras D. Alvaro escribía bajó á la habitación del portero y le dijo:

—Van á llamarte dentro de unos momentos para que firmes un papel.

—¿Debo negarme?—preguntó Lucas.

—Todo lo contrario, firma inmediatamente sin cuidarte de más.

—Pero...

—Firma y habrás hecho tu fortuna, yo sé lo que te digo.

—En usted confío, mi capitán.

—No te arrepentirás de ello, mi buen Lucas.

Centellas volvió rápidamente al mismo lugar desde el que había estado siguiendo el diálogo de D. Alvaro y Ochoa: éste, cuando hubo salido el portero, le dijo á su interlocutor:

—El tribunal ha hecho de mí más confianza de la que merezco, y me entregó las diligencias originales que por esa declaración deben cambiarse: creo poder fiarme de usted, Sr. D. Alvaro.

—Y lo cree usted bien. Aun cuando aquí las tuviese consigo y yo pudiera apoderarme de ellas sin entregar á usted ese papel, sería usted sagrado. Lo juro.

—Recibo por bueno el juramento, y en efecto, aquí están las diligencias, tómelas usted y déme ese papel.

—Aquí está,—dijo D. Alvaro entregando el documento y prendiendo fuego en la llama de la vela á las hojas de las diligencias que Ochoa le entregó.

—Está bien, Sr. D. Alvaro; ahora, con permiso de usted, me retiro.

—Hasta mañana, Sr. Ochoa.

—Hasta mañana, D. Alvaro.

El segundo acompañó al primero hasta el pié de la escalera, y mientras tanto Centellas, que conocía muy bien aquella casa, dió vuelta por otras habitaciones y esperó á que D. Alvaro regresase á la suya.

Cuando así hubo sucedido, el sacristán bajó rápidamente y dijo á Lucas.

—Hemos sido realmente engañados: mientras yo vine á avisarte que firmaras, D. Alvaro y ese hombre que acaba de salir convinieron en hacerte firmar un papel que te perderá sin remedio si no le recobras ahora mismo.

—No entiendo.

—Ni te importa por lo pronto.

—¡Capitán!

—¿Desconfiarás de mí?

—Nunca, mi capitán.

—Bueno, mi buen Lucas. Ese hombre no puede ir muy lejos: es de noche; alcánzale, quítale cuantos papeles lleve encima y tráemelos aquí; pero, entiéndelo bien: no mates á ese hombre.

—Entonces...

—Toma esta correa y amárrale; toma esta pistola, que bastará para hacerle callar...

—¿Y si no calla?

—Tú sabrás entonces lo que debes hacer.




¡BIEN MUERTO! EXCLAMÓ EL SACRISTAN,...

—Entiendo y no tardaré,—dijo Lucas saliendo inmediatamente de la casa; y en efecto, no tardó, pues unos diez minutos después volvió con los papeles, que presentó á Centellas, diciéndole:

—El buen hombre se mostró más valiente de lo que suponíamos.

—¿Y le has muerto?

—No, mi capitán; pero tal golpe le di en la nuca, que creo tardará más de una hora en volver en sí: ni siquiera necesité amarrarle.

—Has hecho bien, mi buen Lucas; ahora queda con Dios, y hasta mañana.

—Perdón, mi capitán,—observó Lucas deteniendo á Centellas.

—¿Qué te se ofrece?

—Dijo usted que ese papel podía perderme, y bueno sería destruirlo.

—Teniéndolo yo en mis manos...

—Perdón, mi capitán; pero estará mejor en las mías,—dijo Lucas con ademán amenazador.

—Sea como tú lo quieres,—contestó Centellas entregando el papel á Lucas: éste lo desdobló y se acercó á la luz para leerlo; pero no habría, sin duda, llegado á la segunda línea, cuando sin decir ni un ¡ay! siquiera, cayó á plomo sobre sí mismo, atravesado por el puñal de Centellas.

—¡Bien muerto!—exclamó el sacristán, y recogiendo el papel, salió tranquilamente de la casa de D. Alvaro, cerrando la puerta tras de sí.

## XX

Firmemente resuelto á asegurar de una vez para siempre su fortuna, ó á perecer en la demanda, el sacristán Francisco se dirigió á la casa que en la calle de la Cerbatana mantenía destinada á sus aventuras amorosas, y que quizás por nadie más que por D. Alvaro era conocida, y en ella se vistió un rico traje de caballero, dando á toda su persona un aire de elegancia y distinción que realzaba su buena y varonil figura.

—¡Jamás hubiera podido sospechar lo que acabo de saber! ¿Quién me hubiera dicho que D. Alvaro podría tener una hija hermosa y

espléndidamente rica? Completa, extraordinaria sorpresa ha sido para mí. Es necesario no perder tiempo alguno. La hermosa Remedios no puede encontrar mala mi figura, que, sin lisonja, creo tan buena como la mejor. Mis relaciones con gente de pro me han dado cierto tinte de elegante educación, que sin desdoro ni ageno ni mío, me permitirá alternar con la buena sociedad: como D. Alvaro, me creo capaz todavía de convertirme en una honrada persona, y bien pudiera suceder que yo hiciese feliz á Remedios; pero mi matrimonio con ella debe ser cosa de pocos días, y esto es lo difícil; pero si la hija de D. Alvaro ama á su padre, éste, merced al documento que tan caro ha costado al pobre Lucas, la convencerá de que debe ser mi esposa. Animo, pues, y vamos, en primer lugar, á visitar á Venegas; el buen virey pronto será mío, gracias á las noticias que puedo darle acerca del estado de la revolución en la provincia de Veracruz.

El capitán Centellas se armó convenientemente, tomó su sombrero y su capa, y se dirigió al palacio del virey. Algunas palabras que dijo al secretario de éste, fueron bastante para que Venegas le recibiera sin demora alguna.

Haremos gracia á nuestros lectores de la primera parte de la conversación, que versó únicamente sobre asuntos políticos. Don Ciriaco del Llano había hecho á Centellas el hombre de sus confianzas, y encargádole de exponer al virey sus planes y con él discutirlos y consultarlos. Por más que parezca raro todo esto, así fué la verdad y paso adelante.

—No me era desconocida,—observó el virey contestando á Centellas,—la grandeza del alma de D. Nicolás Bravo, por eso quise por cuantos medios estuvieron á mi alcance apartarle de la revolución.

—Desgraciadamente,—respondió Centellas,—el suplicio de su padre D. Leonardo, hará imposible que jamás logremos atraerle á la buena causa: sin embargo, siempre tendremos en él un noble y leal enemigo que, no sólo no abusará, pero ni empleará siquiera el sistema de guerra del resto de los insurgentes, con los cuales quizás no tarde mucho en indisponerse. Por el pronto el cura Morelos ha desaprobado el generoso perdón que acordó á los trescientos prisioneros europeos, género de venganza soberanamente asombroso y perjudicial á la causa española, porque aquellos trescien-

tos hombres son al presente sus más fieles partidarios, y acusan á V. E. de inhumano y mal padre de los súbditos de S. M., puesto que se negó á canjearlos por D. Leonardo.

—Hay exigencias políticas superiores á toda humana consideración.

—No lo niego, pues lo comprendo así, y sobre todo me basta que V. E. lo diga. Así se lo dije también á mis compañeros de desgracia y fortuna, pues yo me encontré en el número de los trescientos, con ellos debí haber muerto fusilado, como ellos me salvé gracias á la generosidad de D. Nicolás, y con ellos hubiese permanecido si más altos intereses como lo son los de V. E., no me hubieran obligado á cumplir la misión que V. E. se sirvió confiarme, y sobre todo no hubiese exigido imperiosamente mi vuelta la importancia de las noticias que acabo de comunicar á V. E.

—¿Pero está usted bien convencido de la verdad de ellas?

—Sin género alguno de duda.

—Tantas veces como usted me lo repite otras tantas mi corazón franco, y sin doblez me hace creer imposible tan grave falta de patriotismo.

—Pues no lo dude V. E., todos los europeos residentes de Veracruz, son sus enemigos.

—¿Pero qué motivo les he dado para ello?

—Acusan á usted de una fatal inercia.

—¿Acaso he podido hacer más que no dar ni un día de descanso á mis tropas?

—Suponen que al separar V. E. del mando al Sr. Calleja reconoce motivos...

—¡De envidia! ¿no es cierto? ¿por qué duda usted en decirlo?

—Porque se duda siempre en decir lo que no se cree, y yo no creo tal cosa de V. E.

—Gracias, mi fiel amigo.

—¡Ah señor!—exclamó Centellas, poniéndose en pié, tomando una humilde actitud, y haciendo demostración de profunda gratitud;—¿V. E. se digna llamarme su amigo?

—Porque no, si así me lo está usted demostrando.

—Bien, bien, señor, es cierto, lo soy, y lo seré siempre, por eso voy á descubrirle toda la verdad, aun cuando con ella deba herir la nobleza de su alma: quien pone en pié contra V. E. estas y otras

malas voluntades, no es otro que el mismo general Calleja: me consta que con mil falaces promesas y ofrecimientos, ha conseguido que los españoles hayan escrito á las Córtes, á la Regencia, á las autoridades todas de la península, pidiendo el relevo de V. E., y el nombramiento de virey para el Sr. Calleja.

—¡Imposible! los espías que mantengo en la casa del general, nada me han dicho, y de esos espías no puedo dudar, porque algunos de ellos todo cuanto son me lo deben en lo absoluto, como por ejemplo D. Alvaro de Cervera.

—Y bien, señor, sepa V. E. que D. Alvaro de Cervera le vende.

—¡Imposible!

—De nada, no obstante, podrá V. E. convencerse más fácilmente.

—De qué modo.

—Por una extraña serie de circunstancias, que él mejor que yo explicará á V. E., D. Alvaro acaba de reconocer á una su hija, á la cual va á dar en matrimonio á D. Joaquín Fernández Lizardi.

—¿El infame libelista que entre todos los escritores que han abusado de la libertad de imprenta, se ha distinguido por los insultos personales de que me ha hecho blanco en su papel del *Pensador Mexicano?*

—El mismo, señor, esos insultos han obedecido á un plan dictado por el Sr. Calleja, y comunicado á Lizardi por D. Alvaro: ese plan no ha sido otro que el de irritar á V. E. y obligarle á perder su prestigio lanzándole á suspender los efectos liberales de la Constitución, á fin de poder acusar á V. E. de haber dado pretexto á que se recrudezca la lucha, y hacer ver á las Cortes españolas que aquí no rige ni empera más ley que la voluntad y los caprichos de V. E. Tengo noticia de todo esto por mis espías, que yo también los mantengo al lado de D. Alvaro, y á uno de los cuales acaba de costar la vida su adhesión á mi persona: V. E. puede si así lo estima conveniente convencerse de ello: esta misma noche, no hará apenas dos horas, D. Alvaro ha dado muerte á mi dicho espía llamado Lucas, clavándole un puñal en los momentos en que conversaba conmigo: yo pude salvarme casi milagrosamente, pero don Alvaro no me perdonará, y seguro estoy de que en cuanto vea á V. E. le pedirá mi prisión, pues no se juzga, y con razón bastante fuerte para atacarme frente á frente.

El virey hizo sonar la campanilla de plata de su escribanía, y dijo á su secretario:

—Trasládase usted inmediatamente á la casa de D. Alvaro de Cervera, y manifiéstele que le espero sin pérdida de momento: hágase usted acompañar por alguno de los miembros de la Junta de Seguridad, y los necesarios agentes de justicia, y cuando D. Alvaro haya salido para el Real Palacio, haga usted entrar en su casa á la autoridad á fin de que levante una información sobre el asesinato que me dicen se ha cometido en la morada de D. Alvaro. Salga usted.

—El Sr. D. Ciriaco del Llano, convencido de mis leales deseos de servir á S. M., se sirvió extenderme este despacho de capitán que tengo el honor de poner en manos de V. E., aunque exigiéndome le presentara á V. E para su superior aprobación.

El virey tomó el despacho, y después de leerle dijo:

—Es un despacho de capitán á favor de D. Francisco Mejía.

Ese es el verdadero nombre del humilde siervo de V. E.

Venegas tomó una pluma y autorizó el despacho que se le presentaba, diciendo al entregarle á Centellas.

—Ahí le tiene usted, Sr. capitán D. Francisco Mejía, hágase usted digno de este honor, y presénteseme usted mañana á las nueve de ella.

—Gracias, señor.

—Hasta mañana capitán.

Centellas se inclinó humildemente, y salió después de la cámara vireinal.

Encontrándose ya en la calle dijo para sí:

—Está visto, mi fortuna comienza: adios mi buena sacristía, vamos ahora á visitar á mi futura esposa: la ocasión es propicia, puesto que el mismo virey se encarga de entretenerme á D. Alvaro. ¡Pobre D. Alvaro! ¡Cuánta va á ser su sorpresa!

## XXI

El capitán Mejía, como en adelante llamaremos á Centellas, no fué tan afortunado en la segunda parte de su intriga, como habíalo sido en la primera, pues cuantos esfuerzos hizo para hablar con

Remedios aquella misma noche, fueron de todo punto inútiles: Lizardi no le permitió la entrada.

Mejía se retiró diciendo para sus adentros:

—Paciencia, mañana estaré libre también de este escritorzuelo.

Así fué en efecto, pues á las ocho de la mañana del martes 8 de Diciembre, la Junta de Seguridad por sí y ante sí, y sin detenerse ante las formalidades establecidas para la calificación de impresos, redujo á prisión á D. Joaquín Fernández Lizardi, siguiéndose á esta otras varias medidas represivas que alarmaron grandemente, y con razón, á los escritores independientes: respecto de ellas, don Carlos María Bustamante, que se consideró comprometido con los artículos de su periódico *El Juguetillo*, se ocultó primero, y después se escapó de México verificándose su fuga el día 31 de aquel mes. A tiempo se puso en salvo, pues en efecto habíase dictado contra él orden de prisión, y nada hubiérale servido su calidad de elector, pues uno de ellos, D. Juan de Dios Martínez, nombrado por la parroquia de Santa Catarina Mártir, fué encarcelado en uno de aquellos días por habérsele descubierto que se encontraba en correspondencia con los insurgentes, y á D. Jacobo Villa Urrutia, elector por el Sagrario, alcalde de corte que había sido de la Audiencia de México, se le dió orden de salir inmediatamente para España á desempeñar su encargo de Oidor de la de Sevilla, para el que había sido nombrado con mucha anterioridad, creyéndosele peligroso en México por sus opiniones un tanto liberales, que manifestó en las célebres Juntas convocadas por Iturrigaray, como dejo dicho en el primero de mis *Episodios*, titulado Las Perlas de la Reina Luisa.

*El Diario de México* habíase también marcado por sus opiniones insurgentes, y su editor D. José Ruiz de Costa, temeroso de lo que sucederle pudiera, suspendió su públicación; pero según dijo *La Gaceta*, «habiéndose dignado el Excmo. Sr. Virey, permitir la continuación de este periódico, que podía ser util,» siguió publicándose bajo la dirección del Lic. D. Juan Wenceslao, Barquera.

La causa de la retirada de Costa del *Diario*, fué la serie de disgustos que le ocasionó la publicación de un epigrama que el virey denunció á la Junta de Censura: este epigrama decía así:

Pobres fueron á campaña
muchos guapos oficiales:
sin heridas y con reales
ahora vuelven, ¿no es hazaña?
Y aunque al ver al adversario
no muy pocos se escondieron
tras los árboles, ¿perdieron
su honor? no, por el contrario.

Grande motivo de escándalo daban todas estas disposiciones del virey: pero éste no se detuvo ante consideración alguna, y no sólo, sino que habiéndole preguntado el Ayuntamiento de aquel año, si por fin habían de verificarse las elecciones del que debía funcionar según la Constitución en el próximo, respondió que nada se innovase, que las elecciones se suspendían, y que el antiguo continuara hasta nueva orden.

Así fué como quedó de hecho nulificada la Constitución.

No dejarán mis lectores, al enterarse de esto, de sorprenderse de lo antiguos que entre nosotros son esta clase de abusos.

Mucha razón tuvo el autor del epigrama siguiente que leí en *El Diario de México*, al decir:

Todos somos unos locos,
y aunque jamás lo creemos,
sólo nos diferenciamos
en un poco más ó menos.

Por no haber hecho más que alguna ligera referencia á ella, voy á ocuparme, aunque con brevedad, de dar á mis lectores una idea de la Constitución que también en el año doce formó D. Ignacio Rayón. El suceso tiene más de curioso que de importante, pues la tal Constitución no llegó á pasar de un proyecto que su mismo autor nombró defectuoso, y aun desistió de exigir su publicación.

Tan poco mérito encontró el Sr. Morelos en el citado proyecto, que consultado sobre él por D. Ignacio Rayón, no le contestó en el espacio de varios meses, y cuando para que lo hiciese lo urgía, bastaron unas cuantas observaciones del gran caudillo, para hacer ver hasta á los ciegos que de ninguna utilidad sería un Código fraguado tan á la ligera.

No quiere esto decir que el proyecto no tuviera por base muchos buenos principios: negarlo equivaldría á poner en duda el talento de D. Ignacio Rayón, y grande y claro lo tuvo este hombre notable.

En dicha Constitución, lo mismo que en la española, se declaraba que la soberanía dimanaba del pueblo, pero residiendo en la persona de Fernando VII. A esto contestó el Sr. Morelos literalmente lo que en seguida copio:

«En cuanto al punto 5.º de nuestra Constitución, por lo respectivo á la soberanía del Sr. D. Fernando VII, como es tan pública la suerte que le ha cabido á este grandísimo hombre, es necesario excluirlo para dar al público la Constitución,» pues consideraba indispensable «que se quitase la máscara á la independencia.»

Se declaraba que la religión católica sería única en la Nación, sin tolerancia de otra alguna, debiendo encargarse de vigilar su fiel observancia un tribunal especialmente creado para ello: y como para conseguirlo se estimaba peligrosa la apertura de los puertos al comercio de todas las naciones, el Sr. Morelos repuso que la admisión de extranjeros en los puertos «se redujese á muy pocos ó ningunos, pues sólo de este modo podía librarse el país de la intriga, seducción y adulterio de nuestra santa religión.»

Debían desaparecer la esclavitud, la distinción de castas y el tormento, y garantizábanse la seguridad personal y la libertad de imprenta, pero no en lo relativo á asuntos de religión: creábanse para premiar á los ciudadanos beneméritos cuatro grandes cruces: de Guadalupe, de Hidalgo, de Allende y del Aguila, y eran fiestas nacionales el 16 de Setiembre, los santos de Hidalgo y Allende y el 12 de Diciembre.

El ejercicio del gobierno estaba encomendado á los siguientes poderes: *primero:* Supremo Consejo Nacional Americano, compuesto de cinco vocales, ejerciendo la presidencia el más antiguo de ellos: renovábase uno cada año, y su sucesor le elegían los cuatro restantes; *segundo:* Consejo de Estado compuesto de todos los oficiales generales de brigadier en adelante, con atribuciones en asuntos de paz y guerra: *tercero:* Congreso de representantes, nombrado cada tres años por los ayuntamientos, encargado de la aprobación y derogación de leyes; *cuarto:* el Protector nacional, nombrado por los representantes; sus obligaciones eran proponer

y redactar las leyes: aprobadas ó no éstas por los representantes, debían pasar al Supremo Consejo Nacional, al cual estaba reservada la decisión absoluta, y era por lo tanto el Poder Ejecutivo.

El Sr. Morelos opinó que el Consejo de Estado se limitase á un número determinado de generales, y que en vez de un protector nacional, se nombrasen tantos como obispados hubiese, creándose una quinta autoridad, la de generalísimo, que debería ser vitalicia, cuyo carácter perdería sólo en caso de enfermedad, ineptitud ó edad mayor de sesenta años en quien la ejerciese. Pidió también que el quinto vocal fuese elegido por la provincia de Oaxaca, en atención á la importancia de la provincia últimamente conquistada por él.

Por aquellos días el Sr. Morelos recibió su nombramiento de cuarto vocal, que no se le había enviado hasta entonces, y con este motivo se hicieron en Oaxaca grandes demostraciones de júbilo, publicándose en el periódico *El Correo del Sur* el siguiente elogio del caudillo:

La virtud y la gloria separadas
Andaban en el mundo desvalidas
Viendo sus santas aras profanadas
Y sus adoraciones mal fingidas:
Juntáronse, y sus almas inflamadas
Esta sentencia dicen decididas:
¡O volamos las dos hasta los cielos,
O vamos á animar al gran Morelos!

## XXII

Regocijábanse los independientes, que en la nulificación de Calleja veían el triunfo de la causa insurgente, de las creces que había tomado su enemistad con Venegas, cuando éste de súbito y sin razón ostensible, sorprendió á amigos y enemigos con una orden del día altamente honorífica para Calleja, dándole á reconocer á la guarnición como gobernador militar de México y teniente coronel de los cuerpos realistas y patriotas de la capital: tuvo lugar este suceso el martes 29 de Diciembre de 1812.

Contra la opinión general que estimaba á Venegas y á Calleja como irreconciliables enemigos, el antiguo jefe del ejército del Centro admitió el nombramiento, y el miércoles 7 de Enero de mil ochocientos trece, en que se celebraba la Pascua de los militares, el gobernador militar salió con toda pompa de la Gran Casa de Moncada, perteneciente al marqués del Jaral, y en la cual habitaba, y precedido y seguido por todas las músicas de la guarnición y acompañado por más de cuatrocientos oficiales con brillantes uniformes, se dirigió al real palacio á felicitar al virey por el año nuevo.

Al día siguiente se supo que Venegas había suprimido la terrible Junta de Seguridad, sustituyéndola una Junta Militar, compuesta de siete oficiales de la más alta graduación, á los que debía asociarse un juez eclesiástico nombrado por el Arzobispo. Las atribuciones de esta Junta debían ser las mismas que las ejercidas por la de Seguridad; esto es, entender en todo lo relativo á causas de infidencia. Venegas nombró presidente de la Junta á D. Félix María Calleja, y cruces se hacía la gente tratando de averiguar el motivo que el virey pudiera haber tenido para elevar de modo tal, y en unos cuantos días, al mismo hombre á quien había hasta entonces demostrado un odio mortal.

—Nadie acierta á darse la razón de todo esto,—decía D. Buenaventura del Valle á sus tertulianos de la botica del Lic. D. Cleofás Madana,—porque nadie tampoco quiere abrir los ojos y ver.

—Pues, amigo,—observó D. Sóstenes de Pantoja,—yo soy de los que no se lo explican á pesar de que de par en par abro los míos.

—No me lo diga usted, Sr. de Pantoja, no me lo diga usted, porque no lo creeré.

—Cuando yo se lo digo á usted...

—No, mi Sr. de Pantoja, no lo creeré. Los hombres que como usted se han formado por sí mismos una envidiable fortuna, han sido y son sin remedio grandes inteligencias capaces de entender y comprenderlo todo.

—Mucho agradezco á usted sus lisonjeras expresiones, mi señor D. Buenaventura del Valle, pero eso no obsta para que yo continúe sin comprender: así se lo he dicho á mi yerno no hace mucho.

—¿Tampoco usted está al tanto, mi Sr. D. Martín Cabrera?

D. Martín nada respondió á la pregunta anterior hecha por don Buenaventura.

La razón era sencilla: desde el día aquel en que, con motivo del nombramiento de eletores para el ayuntamiento, D. Sóstenes sorprendió á D. Martín en el café de la Cruz de Malta, perorando en sentido insurgente, el suegro había prohibido al yerno tomar la palabra sin su expreso permiso. Sólo después que hubo jurado acatar religiosamente esta orden recobró D. Martín su tranquilidad, pues D. Sóstenes juró á su vez no desheredarle. Doña Beatriz quiso á su manera garantizar á su marido contra nuevas tentaciones y obligó á D. Martín á hacer una tanda de ejercicios espirituales y de ellos salió nuestro hombre más suave que un guante y más blando que la cera.

—Habla, hijo mío, habla; lo consiento,—le dijo D. Sóstenes con paternal ternura.

—Pues, con permiso de usted, padre mío, diré que muy bien pudiera suceder que si S. E. se ha dignado sacar al Sr. Calleja del polvo del olvido, puede ser muy bien que lo haya hecho...

—¿Por qué?—preguntó impaciente D. Buenaventura al ver que D. Martín se detenía.

—Porque la situación actual sólo puede afrontarse con buenos y expertos militares.

—¡Bravísimo!—gritó D. Buenaventura palmoteando con el más grande entusiasmo, y después añadió dirigiéndose á D. Sóstenes: entre las cosas admirables que aparte de su fortuna ha hecho usted, mi señor de Pantoja, ha sido; y es tal vez la principal, la elección de mi Sr. D. Martín Cabrera para yerno: es mi Sr. D. Martín lo que puede llamarse un hombre de talento.

D. Sóstenes que, como sabemos, estaba siempre dispuesto á emocionarse, se regocijó con este elogio, y poniéndose en pié abrazó con efusión á su yerno.

—D. Martín tiene muchísima razón,—continuó diciendo D. Buenaventura;—S. E. debe haberse convencido de que la Nueva España camina á su completa pérdida si no se acude á encomendar su remedio y su defensa á militares como D. Félix Maria Calleja: mientras se le ha tenido prostergado, la insurrección ha tomado creces increibles, y el cura Morelos nos ha puesto las peras á veinticinco.

—¿Pero acaso es cierto todo lo que se cuenta de él?

—Ciertísimo, señor de Pantoja: ese cura es un antecristo.

—¿Qué disposiciones se han tomado contra él?

—No se sabe nada cierto, pero se presume que el Sr. Calleja marchará sobre él y le hará salir de Oaxaca.

—Si así fuere...

—No lo dude usted: y si no ¿con qué objeto hizo el virey salir para Puebla á principios de Diciembre último, los caudales que estaban depositados en las casas de los conductores de platas don Diego Peredo y D. Martín Angel de Michaus.

—No adivino lo que tenga que ver una cosa con otra.

—Mucho, amigo mío, pues se dice que el objeto es situar esos caudales en Puebla, destinándolos á cubrir los gastos que exige la expedición sobre Oaxaca

—Pues Sr. D. Buenaventura, han engañado á usted: en asuntos comerciales sabemos más que ustedes los comerciantes: ese convoy que en efecto salió para Puebla, conduce tres millones de pesos de particulares, y el día 2 del actual Enero salió para Veracruz, escoltado por el brigadier Olazábal.

—¿El que perdió otro convoy en Nopalucan el 26 de Abril del año pasado?

—El mismo.

—Pues á buenas manos lo han fiado,—observó D. Cleofás Madana.

—¡Señor Madana!—contestó algo serio D. Buenaventura:—los militares no somos infalibles ni estamos obligados á acertar siempre.

—Perdone el señor comandante, no lo dije por tanto.

—Pues con permiso de mi señor padre,—añadió D. Martín, creo que todo debe temerse, pues según oí decir al *Pensador*...

—¿Qué Pensador es ese?

—El Sr. Lizardi, el escritor.

—¿Pues qué? ¿anda ya libre?

—Sí, señor, le soltaron hace algunos días.

—Es cierto,—observó D. Sóstenes, y me extraña que no lo sepa usted, puesto que ha seguido publicando su papel, aunque cierto ya en muy diferente tono del que le costó ser encerrado en la cárcel.

—Pues bien, según me ha dicho Lizardi, el cura Morelos ha salido el día 9 de Enero de Oaxaca.

—¿Para dónde?

—No se sabe, pero como con el convoy de Olazábal va para embarcarse en Veracruz, D. Jacobo Villa Urrutia, y Rayón, según se dice, piensa libertarle y hacerle tomar parte en el gobierno, pudiera ser que el cura Morelos pensara atacar el convoy.

—Si saben que llevan tres millones, no lo dudaría yo.

—Pues yo me figuro que si el cura Morelos ha salido de Oaxaca, es porque teme sin duda que Calleja venga sobre él.

—Todo pudiera ser, pues según parece, el cura, antes de emprender la marcha, dejó el mando á D. Benito Rocha, quien ha quedado con mil hombres en la ciudad, é hizo situar en Yanhuitlan á D. Mariano Matamoros con otros mil quinientos, encargándole de la seguridad de las Mixtecas: estas medidas hacen presumir que Morelos ha salido de Oaxaca por un espacio de tiempo indefinido, con intención tal vez de estar dispuesto á caer sobre Calleja si éste llega á atacar la ciudad.

—Yo he oído decir que Liceaga, uno de los miembros de la Junta, se atrevió á atacar á Celaya el día 10 de Enero.

—Es cierto, pero añaden que el teniente don Manuel Gómez Pedraza derrotó al tal Liceaga, quien me parece que para nada bueno sirve.

—Pues señores,—dijo D. Sóstenes que hasta entonces había permanecido callado,—cada vez me confirmo más en que los comerciantes somos quienes tenemos mejores noticias; han estado ustedes discutiendo sobre si el cura Morelos habrá salido de Oaxaca con intenciones de atacar ó no el convoy; pues bien, según yo sé, para donde ha salido el Sr. Morelos es para Acapulco, y quien se ha encargado de atacar el convoy no ha sido él sino D. Nicolás Bravo. Así lo hizo en efecto, el día 14 de este, batiéndose con las tropas de Olazábal en el Puente del Rey, pero aunque nuestros realistas llevaron la peor parte, el convoy se salvó y se encuentra en salvo en la fortaleza de Perote; pero el comercio está alarmado y no sin razón se queja de que el virey no piense en dictar alguna medida que haga desaparecer el riesgo. Pero ya se vé, como nada expone él, se entretiene en hacer que se repita el sermón político moral del padre Bringas.

—¿Tan notable ha sido?

—Así se le juzga al menos; yo se lo oí pronunciar el día 17 en la plazuela de Santo Domingo; duró más de tres horas y con él han dado principio las misiones con las cuales se trata de influir sobre la opinión pública, á la que tanto daño hizo la libertad de imprenta, enemistándola con el gobierno. S. E. ha querido que dicho sermón se repita el día 24 en la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, y aun le mandó imprimir y repartir con profusión.

## XXIII

Renunciemos por ahora á seguir la conversación de nuestros amigos y tomemos por nuestra cuenta el relato.

Sólo mi deseo de no dejar de referir á mis lectores todos y cada uno de los sucesos de aquellos días en estricto orden cronológico, puede obligarme á decir algo aquí del infructuoso ataque intentado contra Valladolid el día 31 de Enero de 1813 por el doctor D. José Sixto Verduzco. Mandaba á los realistas de la población el teniente coronel D. Antonio Linares. Verduzco empeñó su acción al frente de seis mil hombres, pertenecientes en su mayor parte á las bandas casi sin instrucción de algunos cabecillas de la provincia de Michoacan, y á las tropas algo más disciplinadas y aguerridas de Muñiz: contaban los insurgentes con veintiún cañones, y conducían puentes levadizos, escalas y parapetos movibles construídos con sacos de lana. Aunque el ataque fué recio y empeñada la acción, Linares, que notó la falta de plan de los asaltantes, arriesgó el todo por el todo en una salida, y Verduzco perdió en aquella función de armas más de mil hombres, toda su artillería, municiones y trenes de sitio y huyó en precipitada fuga hasta Puruándiro, fortificándose en la hacienda de San Antonio.

D. Ignacio Rayón, que conocía la mala fortuna de Verduzco, le mandó á buen tiempo suspender el ataque, indicándole que acudiera en su auxilio, como en efecto lo intentó, saliendo el 28 de Enero de Tlalpujahua; pero Verduzco, confiando ciegamente en la victoria, no quiso compartirla con él y premio fué de su imprudencia la derrota que he apuntado.

Por ello reprendió con sobrada justicia á Verduzco el presidente de la Junta al reunirse con él en Pátzcuaro el día 9 de Febrero: tres días después, esto es, el 12, uno y otro tuvieron que salir precipitadamente de Pátzcuaro á la media noche, por haber tenido noticia de que una fuerza realista cuya importancia desconocían, había salido de Valladolid en su persecución. D. Ignacio estimó y no sin fundamento, que las desmoralizadas huestes de Verduzco no podrían ayudar á los suyos á batir á los realistas enorgullecidos justamente con su última victoria.

El 25 de aquel mes de Febrero tuvo lugar un suceso que alarmó á los insurgentes de Oaxaca y les obligó á apercibirse á la defensa contra un nuevo y no esperado enemigo. Dije en su lugar que el noble y desventurado teniente general D. Antonio González Sarabia había desempeñado, antes de pasar á Oaxaca, el empleo de Presidente de Guatemala, en cuyo cargo sólo fieles y buenos amigos se conquistó; al saberse allí su injustificable y cruel fusilamiento, la irritación de los ánimos fué grande, y tanto el capitán general de aquel reino D. José de Bustamante y Guerra, como el arzobispo D. Ramón Casaus, auxiliar que había sido del obispado de Oaxaca, convinieron en vengar la muerte de Sarabia, armando una expedición cuyo jefe fué el teniente coronel D. Manuel Dambrini. Al frente de setecientos hombres Dambrini pasó la raya divisoria de los reinos de Nueva España y Guatemala, y el 25 de Febrero batió en Niltepec al insurgente D. Julián Suárez, á quien hizo fusilar, así como á los demás prisioneros y á un dominico llamado Carranza. En cuanto D. Mariano Matamoros lo supo, determinó salir al encuentro del jefe guatemalteco.

Dejamos al brigadier Olazábal en gran riesgo de perder en manos de D. Nicolás Bravo el convoy destinado á Veracruz: la fortuna no quiso esta vez serle contraria y logró cumplir bien su encargo, y después de muchos días de fatiga consiguió entrar en el puerto el 5 de Febrero, de él salió el 11, sacando una enorme cantidad de correspondencia allí detenida desde el mes de Agosto anterior, y escoltándola convenientemente con doscientos dragones la remitió á la capital.

Merced á esta expedición de Olazábal, pudo salir de Veracruz para México el arzobispo electo Sr. Bergosa, que, como sabemos, huyó de Oaxaca y se embarcó en Tehuantepec, evitando así caer

en manos del Sr. Morelos. A su paso por Puebla hubo de detenerse para auxiliar en sus últimos momentos al obispo de aquella diócesis D. Manuel Ignacio González del Campillo, que falleció en brazos de Bergosa el 26 de Febrero. Su muerte fué muy sentida por los realistas, pues aunque mexicano y natural de Puebla, siempre se mostró enemigo de los insurgentes y favoreció á la causa real con sumas enormes y escritos y pastorales contra sus enemigos.

Los dragones que conducían la correspondencia de España enviados por Olazábal, de Veracruz, continuaron sin detenerse su marcha y entraron con ella en México el 28, poniéndola inmediatamente en manos de Venegas.

Este habíase dejado influir de un modo casi incomprensible por el capitán D. Francisco Mejía, que tomó no pequeña parte en los sucesos políticos de aquellos últimos meses. Sus relaciones con D. Alvaro y el conde de Orizaba, y más que todo su carácter resuelto é intrigante y su ambición sin medida, habíanle dado á conocer la clase de muchos de los secretos en que envolvían sus planes los enemigos del virey.

Mejía no ignoraba los trabajos emprendidos para desconceptuar á Venegas en España y conseguir su remoción y el nombramiento de Calleja para el vireinato: el antiguo jefe del ejército del centro había auxiliado estas intrigas con su influencia poderosa y movido por sus resentimientos: el plan de Mejía fué desbaratar todos estos trabajos, incitando al virey á ganarse á Calleja, colmándole de honores y entregándose en sus manos. El efecto fué el calculado por aquel hasta entonces oscuro intrigante. Los amigos de Calleja, que vieron á éste vendido por completo á Venegas, temiendo ser sacrificados en aras de aquella reconciliación, se desmoralizaron en lo absoluto. Calleja se mostró desde luego poseído por la soberbia, que le era característica, y que fundaba, con razón hasta cierto punto, en la gloria militar adquirida desde los primeros momentos de la rebelión. Al verse de súbito elevado por Venegas, pensó que éste veía por fin en él el hombre necesario, y lisonjeado por tal creencia, despreció á sus fieles amigos, considerando como una debilidad haberse prestado á sus intrigas, cuando su propio mérito habría bastado para darle su lugar, como el virey acababa de demostrarlo.

El primero de sus amigos de quien debemos ocuparnos es nuestro D. Alvaro de Cervera.

Recordarán mis lectores que Venegas le hizo llamar en virtud de las acusaciones contra él intentadas por el capitán Mejía.

Todo podía esperar D. Alvaro menos el recibimiento que le hizo el virey, el cual, al verle entrar, sin dignarse siquiera oirle, mandó fuese reducido á prisión.

En ella maldecía de su suerte y gritaba pidiendo libertad, no por él sino por su hija Remedios, cuando á la puerta de su calabozo se presentaron los jueces del tribunal de la Inquisición, acompañados por D. Anastasio de Ochoa, que le acusaba de haber intentado matarle para recobrar aquella declaración que rindió, sobre haber sido él quien depositó en la casa de Remedios las imágenes y objetos que debían servir para formarle causa como á sacrílega embaucadora.

D. Alvaro, que ignoraba lo que á su tiempo supieron mis lectores, no pudo comprender lo que pasado había, pero el peligro no consiguió dominar jamás su rebelde carácter, y los jueces nada lograron obtener de él, y en cambio, temerosos de las revelaciones que D. Alvaro pudiese hacer, y eran en alto grado comprometedoras para ellos, salieron del calabozo convencidos de que aquella fiera no podía ser vencida sino por cualquiera de estos dos medios: ó devolverle su libertad ó hacerle morir en su calabozo: en uno y en otro caso los frailes franciscanos tendrían que desistir de la esperanza de hacerse de la fortuna del difunto García Alonso. Las escenas de desolación y de exterminio á que la continuación de la guerra había á todo el mundo acostumbrado, tenían endurecidos á los mejores corazones. La resolución fué, pues, la de asesinar á D. Alvaro en su calabozo.

Mejía libre entre tanto de D. Alvaro y de Lizardi, que también había sido reducido á prisión, trató de llevar adelante su plan de obligar á Remedios á ser su esposa. Nada, no obstante, consiguió de la joven, á la cual enteró, hasta donde sus noticias llegaban, de los lazos que la unían á D. Alvaro.

Mejía determinó entonces fiar á un golpe de mano su triunfo, y todo lo preparó para apoderarse á viva fuerza de Remedios y sacarla de la ciudad.

La noche en que así se disponía á realizarlo, Mejía tuvo un

encuentro fatal en la calle y á la puerta misma de su casa: este encuentro fué el del negro Carlos Cuarto, que en tales estrecheces le puso, que el antiguo Centellas salvó la vida sólo en fuerza de promesas, cuya garantía de cumplimiento apoyó descubriendo al feroz negro la historia de Remedios, é invitándole á tomar en ella venganza de D. Alvaro.

El negro Carlos no se dejó convencer por los ofrecimientos de amistad de Mejía, y después de amarrarle como á un fardo le encerrró en su propia casa, dirigiéndose después á la de Remedios.

Pero su alma no era tan negra como su rostro, y en el camino pensó que ninguna culpa tenía aquella infeliz mujer de las infamias de su padre, y cambiando de intenciones, se dirigió á la casa de su amo el Conde de Orizaba, casado, como no ignoramos, con la hermosa marquesa de Cervera. Enteró á uno y á otra de lo que acababa de saber, y aquel digno matrimonio mandó poner uno de sus coches y fué á la casa de Remedios, se hizo recibir por ella, le enteró de los riesgos que corría, le brindó con su protección y afecto, y Remedios aceptó y se trasladó aquella misma noche á la morada de los condes.

Contento de su obra, Carlos volvió á la casa de Mejía, la enteró de lo sucedido y le volvió su libertad, prometiéndole clavarle un puñal en la garganta en el instante en que tuviese noticia de que algún daño intentara hacerle.

## XXIV

Ante tan inesperado y gran fracaso, Mejía pensó en que su mejor aliado podía ser el mismo D. Alvaro.

Nada, sin embargo, podía hacer hasta la mañana siguiente; pero en cuanto amaneció se puso en marcha para el palacio.

Venegas era hombre que se levantaba muy temprano: no esperó mucho Mejía para ser recibido.

Algo tuvo que luchar, pero el virey le concedió al fin una orden para poner en libertad á D. Alvaro.

Mejía se dirigió á la prisión y encontró á su hombre en lucha desesperada con un infame verdugo encargado de darle muerte.

Fué el verdugo quien, sin más culpa que ser el instrumento de inicuos jueces, perdió en aquel muro la existencia, pasando de esta á la otra vida por la hoja de la espada del capitán Mejía, quien



... y encontró á su hombre...

tomó en sus brazos mal herido y moribundo á D. Alvaro de Cervera.

Algunos días tardó en reponerse, pero D. Alvaro triunfó de sus heridas, que no eran en verdad las únicas ni primeras que habían puesto á prueba su resistencia.

Centellas no le ocultó cuanto había hecho bueno ó malo, justificándose de lo último con haber obrado en defensa propia, puesto que había escuchado desde la puerta de la habitación de D. Alvaro, la noche que éste conversó con Ochoa, que se trataba de ponerle en prisión. Centellas llevó más adelante todavía sus demostraciones

de amistad para con D. Alvaro y redujo á cenizas en su presencia la famosa declaración de que tanto hemos hablado.

Centellas no dijo en estas confidencias la pretensión que tenía de ser el marido de Remedios.

D. Alvaro no quiso que por ningún estilo se le avisase á los condes ni su estado ni la casa donde residía, que lo fué la de Centellas, que allí lo condujo por más próxima á la prisión de donde habíale sacado.

D. Alvaro se contentó durante varios días con saber que su hija se encontraba completamente en salvo en la casa de la marquesa: hizo ésta que el conde tomase noticia de él, pero nada pudo averiguar.

El mismo día en que ya repuesto de sus heridas creyó poder salir á la calle, el capitán Mejía, recordándole lo que por él había hecho, le pidió la mano de Remedios.

D. Alvaro recibió un golpe terrible en el corazón; no pudo explicarse cómo aquel miserable había podido considerarse digno de llegar á emparentar con él.

Grave fué el altercado, pero D. Alvaro se mantuvo firme en su negativa.

—Podría, — dijo, — cederte toda mi fortuna, aunque mil veces fuera más considerable de lo que lo es, pero rebajarme hasta considerarte digno de levantarte hasta mí, jamás.

—¿Ha sido usted, acaso, mejor que yo?—preguntó Centellas.

—Peor mil veces, sí, no lo niego, peor, sí, porque resbalando por la pendiente fatal de mis crímenes, descendí hasta el lodo corrompido que á tí te sirvió de cuna: pero pues de alto bajé, sé el camino y desandarle puedo y también volver á subir : yo he pertenecido alguna vez á la sociedad digna y decente, tú jamás: aun en el crimen existen las jerarquías.

—¡D. Alvaro!—contestó Centellas, — perdono á usted sus insultos, porque espero convencerle.

—¡Nunca! Primero me matarás, pero aun esto te será imposible si no aprovechas estos instantes en que aún me siento y reconozco débil : mañana que me hayan sido devueltas mis fuerzas, ni aun matarme te será fácil.

—Vea usted,—repuso Centellas conteniéndose,—que ahora soy yo el fuerte para con el virey.

—¿Y qué puede dárseme á mí de eso? Siempre jugué con dobles barajas; si Venegas se declara mi enemigo, amigo soy de Calleja, y vosotros, necios, le habéis elevado á lugar del cual ya no consentirá él descender.

—Cuanto más altas las torres y más rápida su elevación, más fácil la caída.

—Vivo estoy,— contestó con orgullo D. Alvaro;—mi energía no ha decaído; si temible fuí hasta hoy luchando por sólo mi ambición, invencible seré combatiendo por mi hija.

—Me agrada el reto que usted me hace; á combatir vamos en campo igual por Venegas yo, por Calleja usted; la grandeza de mi bandera reflejará sobre mí y la intriga cortesana me levantará hasta usted.

—¡Necio! no sabes ni lo que dices.

—D. Alvaro, allá lo veremos; por el pronto libre tiene usted el paso: es usted sagrado para mí todo el tiempo que tarde en salir de mi casa: fuera de ella nuestra amistad concluye y comienzan mis asechanzas. Adios D. Alvaro de Cervera.

D. Alvaro tomó inmediatamente la puerta y desde su dintel contestó:

—Capitán Francisco Mejía, adios.

D. Alvaro, en vez de dirigirse á ver á su hija se encaminó á la casa del general Calleja, y con algunas dificultades que grande extrañeza le causaron, logró ser recibido por el Gobernador militar.

Corta fué la entrevista, pero al salir de ella la fisonomía de don Alvaro estaba iluminada por relámpagos de no contenida cólera.

Calleja le había recibido detestablemente.

D. Alvaro se hizo conducir en un carruaje á su casa, entró en su habitación, se llegó á un mueble ricamente incrustado de oro, nácar y plata, abrió varios secretos, extrajo de ellos varios documentos, los sujetó con una cinta y se encaminó al palacio, diciendo para sí:

—¡Veremos, señor general, quién vence á quién!

Cuando en palacio estuvo y consiguió, con mayores dificultades que las que halló en la que después fué casa del emperador, ser recibido por el virey, D. Alvaro se juzgó vengado.

Larga fué la entrevista, y al salir de ella nuestro caballero se mostró radiante de felicidad.

El capitán Mejía aguardaba en la antecámara.

D. Alvaro se acercó á él y le dijo:

—Capitán, la lucha prosigue, pero ahora en el mismo campo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que acabo de reconquistar la amistad de S. E. el virey; que ningún daño puede usted hacerme por su medio, y que vea usted cómo se defiende de mí, porque más vale el señor Calleja y, no obstante, acabo de derribarle.

—No comprendo: pero ese tono y ese *usted* empleado al hablarme...

—Capitán Centellas, aún vive D. Alvaro y aun no decae mi energía.

—¡D. Alvaro!...

—Capitán Francisco Mejía, adios, — contestó D. Alvaro alejándose.

A partir de aquel día no se habló en la ciudad de otra cosa que de los nuevos disgustos que al decir de las gentes habían surgido entre Venegas y Calleja, se contaba que el último se hallaba vendido á los insurgentes y en relación y tratos con ellos. Los amigos de la revolución, fuesen ciertas tales hablillas ó fingiéranlo creer para darse importancia, no ocultaban su contento y satisfacción, y los españoles andaban inquietos y alebrestados. Añadíase que Venegas estaba dispuesto á encarcelar al jefe realista y aun á fusilarle como traidor. No he podido averiguar lo que realmente hubo en esto, pero sí me consta que á fines de Febrero casi todos los amigos de Calleja habíanse retirado de él, y su antigua córte desaparecido casi por completo, excepción hecha de toda la oficialidad, que continuó manteniéndosele adicta.

## XXV

Recordarán mis lectores, que los tertulianos de la botica del Licenciado en farmacia D. Cleofás Madana, dijeron que D. Joaquín Fernández Lizardi había sido puesto en libertad y hasta continuado la publicación de *El Pensador Mexicano*.

La noticia fué completamente cierta: D. Alvaro consiguió de

Venegas la libertad de su amigo, y le presentó en casa de la marquesa y del conde, que no quisieron que Remedios se apartase de ellos.

La antigua heroína de nuestra historia, había aceptado bien las revelaciones relativas á su nacimiento y estimaba á D. Alvaro como un buen amigo, sin sentir por él el natural filiál cariño. Esto es comprensible y en nada absolutamente puede perjudicar al buen concepto que mis lectores tienen sin duda de Remedios; la pobre niña había amado como á sus padres al honrado matrimonio, al cual mano desconocida la confió en los días en que vino al mundo. Jamás tuvo queja de ellos; por su educación y sustento los vió desvelarse; paternal cariño encontró siempre en ellos; debió, pues, amarlos como á padres y así los amó: su corazón había ya cumplido con esta dulce, natural y santa obligación: no era, por lo tanto, racional que con respecto á D. Alvaro tratara de imponerse á Remedios un cariño que de por sí es espontáneo. La voz de la sangre no es cosa comprobada, y el amor de los hijos no se conquista por el solo hecho de darles vida, si no se portan sus padres con ellos como deben portarse, y voluntariamente abandonan y olvidan á estos idolatrados pedazos del alma.

No obstante el asiduo y constante trato que Remedios tenía con Lizardi, éste no consiguió reconquistar su amor.

—¡Cuánta es mi desventura!—exclamaba con dulce y melancólico acento D. Joaquín.

—¿Por qué quejarse de infortunios que á sí mismo se busca el hombre?—observó Remedios al escucharle.

—¡Eso dice usted, Remedios!

—Sí, amigo mío, el mejor de mis amigos; ¿y por qué si este nombre doy á usted, usted no le acepta?

—Porque usted, Remedios, ha sido mi sola y única pasión: porque esta pasión es la vida de mi alma, y porque yo no me resigno á ver muerta mi alma; porque, no lo dude usted, Remedios, yo vivo la vida de la materia pero no la del espíritu; mi cuerpo se mantiene de las raíces que le fijan en la tierra, no de las ramas que acercan al árbol á los cielos. No me quejo de usted, Remedios; Dios ó la fatalidad atravesaron entre usted y yo un hombre que usted creyó más digno que á mí de ser amado, y aun se conserva usted fiel á su memoria, como si quisiese demostrar que en la virtud no cabe

sino una sola forma de amor. Pero esto mismo me demuestra que es usted tan digna de ser amada por mí, como lo fué en los días en que debió haber sido usted mi esposa. Tampoco es culpa mía no poder dejarla de amar.

—Crea usted, Joaquín, que aunque al encuentro de Ochoa con mi criada, debo la tranquila posición de que disfruto, pues la que sola y aislada se moría, cuenta al presente con una familia, al contemplar sus irremediables sufrimientos, pienso que más valiera que la casualidad no hubiese vuelto á reunirnos.

—Remedios, no sea usted injusta con la Providencia que la colma de favores.

—No es esa mi intención.

—Lo sé, Remedios; comprendo que tales palabras las dicta esa amistad que en su corazón ha reemplazado al amor; pero nadie sufre con esta renovación de antiguas memorias, como sufro yo, Remedios, y bendigo no obstante á la Providencia que así lo ha querido. ¡Arbol que perece soy, pero Dios bendiga á la nube pasajera que vierte sobre mí rocío bienhechor! Sí, Remedios; tanto tiempo he pasado sin poder hablar de mi amor perdido á una persona que pudiera comprenderme, que el olvido á que pretendí entregar mis dulces memorias me iba ya matando: el corazón que sufre necesita un eco que responda á sus quejas. Ese eco me había faltado hasta hoy, porque mi pobre hermano, mi buen Ochoa, no acertaba ya á comprenderme.

—Y no obstante, bien desgraciado ha sido.

—No tanto como yo, sin embargo. La muerte de la infortunada Guadalupe arrancó de raíz de su corazón toda posible esperanza: muertas de un golpe sus ilusiones, Ochoa no ve ya el mundo que le rodea; su vista se clava en el cielo con deleite, y cada día que transcurre es un paso más que á ese cielo le acerca; su alma sencilla se recrea en místicos arrobamientos, y sus relaciones con la sociedad no llegan más allá de lo estrictamente preciso para hacer el bien que sus semejantes le piden. Yo, por el contrario, tengo la dulce fortuna de saber que usted existe; mi espíritu, que percibe en el concierto de la vida general la presencia del de usted, oye á los labios invisibles de mi deseo pronunciar el nombre de usted; sobrenatural deleite invade todo mi sér, y cuando del supremo goce me doy cuenta, un velo inmenso, tejido con las

hebras de lo imposible, nubla mis ojos y en ellos se transforma en lágrimas. ¡Cuán dignos son de piedad los que aman sin esperanza!

—¡Pobre Joaquín! quizás tiene usted razón; ¡quizás para los dos hubiese sido una fortuna que yo hubiera muerto!—observó Remedios con amargura.

—¡Fortuna la muerte de usted!—se apresuró á decir Lizardi:—no, Remedios, no, cuantos tormentos sufro, y muchos son, á la verdad, tienen una poderosísima compensación para mí: la de mover á usted á piedad. Pero, perdóneme usted, estoy loco y no sé ni lo que me digo. No, no puede ser Ochoa menos infortunado que yo; el dolor le hizo insensible: la esperanza de que la muerte habrá de acercarle en otra vida mejor á la que amándole dejó de existir, no le permite vivir la humana, y olvidado de sí mismo ni aun llorar necesita, y con no llorar se priva del más dulce consuelo de los afligidos moradores de éste, que ha sido llamado valle de lágrimas. Amargas son las mías, pero con ellas se riega y de ellas vive la flor de mis recuerdos. ¡Oh! ¡Remedios mía! permita Dios, que precediendo yo á usted en el eterno viaje, usted pueda recoger de mis labios la prueba de mi constancia, mi última palabra de amor, su adorado nombre Remedios.

—Amigo mío,—exclamó la joven sin poder disfrazar su emoción dolorosa;—el santo desinterés de esa pasión que á usted mata, hace de todo punto imposible nuestra felicidad.

—¿Eso dice usted, Remedios?

—Sí, Joaquín; yo no puedo amar á usted como usted me ama?

—¡Remedios!

—Una primera pasión no puede ser dignamente correspondida sino con otra primera pasión.

—Y usted, Remedios...

—Yo, Joaquín, no me acuse usted de cruel... he amado ya á otro hombre.

—¡A García Alonso!

—A García Alonso, sí: ¿por qué he de negarlo? Hubo algo más grande que el martirio que aquel hombre me dió: esto más grande fué mi dignidad femenil; con todo el poder inmenso de sus seductoras cualidades, no pudo lograr convertirme en una mujer despreciable; quiso ponerme en la senda de la perdición, y en su fatal pendiente supe yo encastillarme en la virtud. Fuí su víctima, pero

no su cómplice. Cómplice, le hubiera despreciado: víctima le amé, é inocente instrumento de la fatalidad, la fatalidad lo pudo todo, menos envilecerme. Orgullosa de mí misma, alzo la frente porque creo poder alzarla, y á ningún hombre, ni aun á usted que me ama tanto, daré yo el derecho de obligarme á bajarla.

—Pero...

—Por piedad, Joaquín, no prosigamos... esta conversación renueva las heridas de mi alma, sin dar alivio ni mucho menos curar las de usted. Por última vez en nuestra vida, hemos hablado de amor. Ruego á usted, sin embargo, no sea tan injusto conmigo que me prive de su amistad; esa amistad, no pido más, yo puedo corresponderla con un cariño fraternal, grande, sincero, capaz de hacerle olvidar, que en manos de mi resolución inflexible han muerto para siempre, para siempre; Joaquín, sus ilusiones y esperanzas; nada más puede exigírseme, nada más puedo dar.

La conversación se prolongó aún algunos momentos, pasados los cuales Lizardi se despidió de la joven y salió de la casa.

Instantes después, D. Alvaro se presentó en la sala y dijo á Remedios:

—Hija mía, nuestro buen amigo Lizardi me ha inspirado compasión. Le creo realmente desgraciado.

—Padre, no me extraña, pues realmente lo es.

—Pero tú le niegas la felicidad.

—En cambio aseguro la de usted, padre mío.

—¿Qué quieres decir?

—Que viendo mi infortunada madre desde el cielo, que usted ama á su hija, tanto que no la sacrifica á compromisos contraídos sin mi consentimiento, obtendrá para usted el perdón que yo haré tanto más fácil cuanto que con mi filial cariño ayudaré á la transformación que en el alma de usted ha operado mi providencial encuentro.

## XXVI

Irritado con el triunfo que por inexplicables medios había logrado D. Alvaro, reconquistando, al parecer por entero, la amistad

y favor del virey, el capitán Francisco Mejía pasó varios días sin acertar á decidirse por ningún partido.

Pero como nada podía esperar de Venegas, mientras D. Alvaro influyese en su ánimo, buscó el modo de introducirse en las antecámaras de Calleja, y logró irritarle acusando á D. Alvaro de ser el autor de las rivalidades nuevamente suscitadas entre los dos antagonistas.

Calleja, que tenía sobrados motivos para creerlo así, concibió un odio tal contra D. Alvaro, que, según Mejía, ofreció al virey, no sólo renunciar los altos cargos que desempeñaba, sino también embarcarse para España si D. Alvaro no era condenado á muerte.

Cuéntase que Venegas no quiso acceder á ello, y que esto fué causa de que se acentuase más y más su disgusto con el gobernador militar de México.

Cuando de ello se enteró D. Alvaro y lo puso en conocimiento de Remedios, la pobre niña suplicó á su padre que, dejando de combatir con el destino, realizase su fortuna y se trasladara á España, por supuesto acompañándole ella.

D. Alvaro, cuyo carácter habíase cambiado por completo, determinó seguir el consejo, y todo lo dispuso para el viaje, con tanta mayor facilidad, cuanto que pudo dejar encomendados sus asuntos al conde y á la marquesa de Cervera.

Pero en la misma noche que debió haber precedido á su salida de México, el capitán Mejía se presentó en la casa de D. Alvaro, y por éste se hizo recibir con insolente orgullo.

—D. Alvaro,—le dijo el antiguo Centellas;—el discípulo triunfa al fin de su maestro.

—¿Qué quieres decir, maldito sacristán?—preguntó D. Alvaro.

—Que ó me concede usted la mano de Remedios, ó hago á usted ahorcar mañana mismo.

—Centellas, piensa bien lo que dices, pues soy aún D. Alvaro de Cervera, y jamás hombre alguno me ha retado vanamente.

—Tiene usted razón; mi triunfo me ensoberbece, y no debo, pues voy á ser hijo de usted, faltarle al respeto.

—¡Mi hijo! ¡miserable! ¿cuándo los leones han sido padres de las rastreras serpientes?

—Abreviemos, D. Alvaro: soy amigo de Calleja...

—Y ¿qué me importan á mi tus alianzas con ese vulgar ambicioso que tiembla y se arrastra á los piés de Venegas?

—Sr. D. Alvaro, créame usted, las circunstancias han cambiado.

—¡Ah! sí, comprendo: ¿Calleja ha triunfado de la debilidad de Venegas, y yo soy el precio de su reconciliación?

—No, D. Alvaro.

—¿Qué, entonces?

—Algo más grave aun.

—Concluye, capitán de los demonios.

—Con la correspondencia enviada de Veracruz por Olazábal, ha llegado una orden de la Regencia, de 16 de Setiembre, relevando á Venegas del vireinato.

—¿Y nombrando á Calleja para sucederle?...

—Justamente.

—¡Estoy perdido entonces!—exclamó desconcertado D. Alvaro.

—No aun,—observó Centellas.

—¿Qué quieres decir?

—Que D. Félix Calleja no sabe aún la noticia, pues Venegas, ofendido con la Regencia y lastimado en su amor propio, está perplejo sobre la determinación que debe tomar, y.....

—Entonces, aun podré huir esta misma noche.

—Inútil afán.

—¿Por qué?

—Porque mañana sabrá Calleja la noticia, y hará detener á usted en el camino antes de que haya podido llegar á Veracruz.

—No me dirigiré á Veracruz; el conde me proporcionará cartas para los insurgentes, me trasladaré á Oaxaca y de allí saldré para Tehuantepec y podré embarcarme.

—No se me había ocurrido á mí esa salida,—observó Centellas con sarcasmo.

—Ya te he dicho que aun soy D. Alvaro de Cervera.

—Y yo el viejo capitán Centellas.

—¿Qué quieres significar?

—Que usted no huirá porque yo lo impediré, y al decir esto, antes que D. Alvaro pudiera impedírselo, Centellas salió de la habitación cerrando de golpe la puerta.

Pero no daba aun cuatro pasos, cuando se sintió sujeto por dos

brazos de hierro que le derribaron sobre las alfombras, á la vez que el hombre cuyos eran aquellos brazos, le decía:

—¡Maldito sacristán, te tengo prometido hacerte ahorcar y voy á cumplirte la promesa!—y el negro Carlos Cuarto cargó con Mejía, que rugía de cólera y desesperación, y con él bajó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera y se perdió en las habitaciones del piso bajo de la casa.

Y aquí concluye el presente episodio, que por título ha llevado el de La Constitución del año Doce.





XIII

# EL CASTILLO

DE

# ACAPULCO

Memorias de un Criollo

1813

## EL CASTILLO DE ACAPULCO

### I

El domingo 28 de Febrero de 1813, por más señas domingo de Carnaval, fué un gran día para el Sr. D. Félix María Calleja del Rey, porque en él se supo que por decreto de 15 de Setiembre de 1812 la Regencia había tenido á bien relevar del vireinato de Nueva España á D. Francisco Javier Venegas, so pretexto de ser en la antigua necesarios sus servicios, y nombrar para sucederle al vencedor de Aculco, Guanajuato y Calderón.

Venegas, que no ignoraba de donde partía el golpe, ni la parte que el antiguo jefe del Ejército del Centro había tomado en la decisión de la Regencia, quiso, no obstante, dar pruebas de galantería á su contrario, y al presentarse éste en Palacio á recibir, como

habíalo hecho hasta entonces, el santo y orden del día, salió á recibirle hasta la puerta del primer salón y le cumplimentó por su nuevo empleo con lisonjeras y entusiastas felicitaciones.

Poco tiempo después de haberse retirado Calleja, el virey hizo poner uno de sus carruajes y fué á visitarle á su casa habitación, que una multitud de gentes elegidas entre lo más granado de la sociedad llenaban ya, ansiosas de merecerle una sonrisa ó una inclinación de cabeza, ó simplemente de contemplar los resplandores primeros del nuevo naciente sol.

Para ver á los hombres pequeños y despreciables, no existe lente superior al que ellos mismos con su adulación y bajeza ponen en manos de quien al ejercicio del poder se eleva.

Pero no fué el súbito engrandecimiento de Calleja tan grato para nadie como para la segunda dama de música del Coliseo, Inés García. Al siguiente día lunes debía tener lugar su función de beneficio y no podía por menos de darle un resultado excelente dedicársela al nuevo virey: cierto es que Venegas habíasela concedido, pues los vireyes eran quienes en aquellos tiempos otorgaban á los actores estas gracias, pero una *artista*, en los días que preceden á su beneficio, olvida toda consideración que no le dé el resultado directo de una pingüe ganancia.

Bien es verdad que las más de las veces no desvela á los actores el producto de su función de gracia por el producto mismo, pues si bien jamás desprecian el dinero, éste, en tal ocasión, no es apreciado por lo que en sí vale, sino porque la mayor ó menor suma colectada, da la medida de sus méritos y simpatías: y como no hay segunda actriz que no crea valer por lo menos tanto como la primera, de la cual dice, haber sido colocada en primer lugar no por el talento, sino por las cábalas de la intriga, de aquí resulta que todo su empeño está en superarla en el brillo, entusiasmo y producto de su función de beneficio.

Inés García, ó por mejor decir, *La Inesilla*, según todo el mundo la llamaba, era por aquellos años lo que podía llamarse una real moza: el óvalo de su rostro, tenuamente apiñonado, se encerraba graciosamente en un marco de suavísimos cabellos negros, artificialmente rizados; negros y grandes sus ojos, miraban al medroso ante su hermosura, con graciosa picardía y al atrevido con apacible sencillez: la boca, que es en las mujeres el arma segunda

de sus encantamientos, pues la primera lo son los ojos, era en la Inesilla un canastillo de verdaderas gracias; pequeños y encendidos los labios, diminutos y blancos los dientes, embriagador y aromático el aliento. No era de alta estatura, pero tenía la bastante




La Inesilla

para sobresalir por la corrección de sus formas entre sus demás compañeras; sus manos eran finas, alargadas como las de las señoritas de *buena clase;* sus piés pequeños y delicados, y en ellos tenía cifrado su orgullo femenil, no sin justicia y razón.

Con prendas tales, excusado me parece decir que le sobraban adoradores. Si muchas veces las actrices son solicitadas y queridas sólo porque son actrices, y los Tenorios de bastidores les rin-

den pleito homenaje, únicamente por darse la satisfacción de que se les crea dueños únicos de una mujer que todo el mundo aplaude y á todo el mundo domina, bien se comprende cuán solicitada y querida no sería la Inesilla que tantos naturales encantos atesoraba.

Entre sus adoradores figuraban, como es natural, más de media docena de poetas, ya por fraternidad y similitudes artísticas, ya porque suele ser eficaz recurso para hacer representar obras originales el que entre la actriz y el autor exista esta especie de relaciones.

Y que entonces había poetas que para el teatro escribiesen, todos los sabemos, y ahí tenemos á nuestro buen D. Anastasio de Ochoa, que tanto ha venido figurando en los anteriores Episodios, que dejó escritas una tragedia intitulada *Don Alfonso* y las dos comedias *El Amor por apoderado*, y *La Huérfana de Tlalnepantla.* Registrando papeles de la época me he encontrado una lista de quince comedias ó dramas pasados á la censura en 1811, anónimos la mayor parte, pero todos escritos en México y bien recibidos de los cómicos: entre ellos constaba uno de Lizardi, intitulado *El Fuego de Prometeo*, escrito en verso, pues también los escribía, y al decir de D. Carlos Bustamante en su 16.ª carta del Cuadro histórico, «poseía facilidad, claridad y belleza para explicarse; escribía tan bien en prosa como en verso; vió sus borradores en este género y admiró su fluidez y cierto aticismo encantador para la sátira y el ridículo.

La Inesilla se dirigió á uno de aquellos poetas y le encargó le escribiese una dedicatoria de su función á Calleja, y se la exigió en verso, y le recomendó fuera digna de ser impresa con letras doradas en una media vara de magnífica seda verde, que se pondría después en un marco también dorado, según el gusto de la época.

No consta en los datos que poseo, el nombre del autor de la dedicatoria, pero estimo que nada perderán en ignorarlo mis lectores, bastándoles para apreciarlo así el simple conocimiento de la susodicha composición.

Héla aquí en la forma en que por ser acróstico fué impresa:

| | |
|---|---|
| V ivid, . . . . . . . . . . | S eñor, años mil |
| I la Fama . . . . . . . . | S ervicial |
| V enga á servirle . . . . | L eal |
| A l triunfador y . . . . | A l gentil, |
| E gregio . . . . . . . . . | I noble Calleja, |
| L uz brillante . . . . . . | N o extinguida, |
| V engador de . . . . . . | E sta atrevida |
| I nsurrección que . . . | S emeja |
| R educir á seco. . . . . . | I nvierno |
| E sta Patria que Abril . | LL ena |
| Y a de jazmín ó . . . . . | A zucena |
| C on. . . . . . . . . . . . | G rato perfume tierno. |
| A tiende . . . . . . . . . | A la que es sencilla |
| LL ama que tu sol . . . . | R efleja |
| E gregia luz de . . . . . | C astilla |
| J úbilo siente . . . . . . | I nesilla. |
| A tus piés, . . . . . . . . | A lto Calleja. |

Pero no se detuvo aquí el inspirado vate, sino antes bien tomando de nuevo la pluma dió á luz una nueva muestra de su ingenio, enderezando al público el otro acróstico siguiente:

SONETO

| | | |
|---|---|---|
| P esarosa mi dicha. . . . . | V i dudos . . . . . . . . . . | . |
| U nir quisiera . . . . . . . . | I o tan feliz di . . . . . . | . |
| B oluntad y posibles . . . . | V iva hari . . . . . . . . . | . |
| L ujo, y grandeza. . . . . . . | A cción más generos. . . | . |
| I así lográra . . . . . . . . . | D e mi fé amoros . . . . . | . |
| C onociesen mi afecto . . . | E n mi porfí . . . . . . . . | . |
| O mi eficacia . . . . . . . . . | M as en tal maní. . . . . . | . |
| B ien encuentro que inútil | E s y ocios . . . . . . . . . | A |
| E n todo he sido . . . . . . . | X erxes con la Greci . . | . |
| N o es esta culpa mía. . . . | I maginad . . . . . . . . . | . |
| I es mi destino. . . . . . . . | C omo me despreci . . . . | . |
| G ustosa advierte . . . . . . | O ¡ corte venerad . . . . . | . |
| N orte en vuestras piedades | E n que apreci . . . . . . . | . |
| O y otra suerte. . . . . . . . | L a beneficiad . . . . . . . | . |

Una y otra disparatadas composiciones acabarán de probar á mis lectores que no mentí al asegurar el mérito negativo de los poetas de la época colonial, excepción hecha de Alarcón y Sor Juana: creo haberlo sobradamente demostrado en distintos

pasajes de estos Episodios, cuyo fin principal es desvanecer, hasta donde posible sea, los errores y preocupaciones de nuestras gentes. Que entre aquel cúmulo de detestables composiciones en verso, puedan encontrarse algunas menos malas, nada prueba en contra de mi dicho, puesto que jamás las excepciones han destruído las reglas generales.

El primero de los dos acrósticos copiados, dice en sus dos líneas verticales de mayúsculas: «¡Viva el virey Calleja! su servidora la Inesilla García:» el segundo, «¡Viva de México el público benigno,» teniendo además la *curiosidad* de que todos sus catorce versos terminan en una A que va sacada á la derecha.

Ambas composiciones, impresas con tinta roja, se repartieron con profusión y acompañando al siguiente programa:

«El lunes primero del corriente se sigue á gozar del beneficio que el Excmo. Sr. Virey ha proporcionado á los individuos de este Real Coliseo, la segunda dama de música y cantarina Inés García, quien con la esperanza de que el benigno público, su amado favorecedor, concurrirá á prestarle la atención que acostumbra, fomentando ahora el mayor lucimiento á que aspira, por el interés que le puede resultar, ha dispuesto una función que considera suficiente para el lleno de sus deseos.

»Se representará, pues, la famosa comedia titulada *La Mexicana en Inglaterra*, en cuyos intermedios se ejecutarán los siguientes agradables adornos:

»La pequeña pieza de *El Casero burlado por amor á la inquilina*.

»Las seguidillas nombradas *En los campos de Arminda*, por la misma interesada.

»Unas primorosas *Boleras á solo*, por Isabel Rendon.

»*La Alemanda*, por José M. Morales.

»El son de la tierra llamado *El Jarabe*, y *La Bamba Poblana*.

»La zarzuela *La Amalia*, por Luciano Cortés y la interesada.

»El gran baile de *La Estatua ó Escultor*, en que danzarán todas las parejas *Las Boleras*, al tiempo de la contradanza.

»La paga será como de día de trabajo, y en cuanto á los palcos y asientos de temporada, no exige la cantarina otro interés que el que cada persona quiera voluntariamente entregar al cobrador.»

## II

No niego la satisfacción que me cabe en sacar á luz por primera vez, que yo sepa, esta especie de pormenores curiosos del teatro de aquellos días: la casualidad ha querido que llegaran á mis manos, papeles como los citados, antes que los hiciera desaparecer el desdén con que vemos todas aquellas cosas que no tienen para nosotros la utilidad y el interés del momento.

Los progresos literarios y artísticos siempre han sido exacta medida del adelanto y situación moral de los pueblos; de tales progresos, el teatro ha sido siempre un primer capítulo: andarán los tiempos, los nuestros pasarán y difícil será á los que detrás de nosotros lleguen, procurarse noticias acerca de estos puntos, ya sobradamente oscuros en los nuestros.

Pero pasemos adelante.

Inútil me parece decir que el partido español europeo recibió con regocijo extraordinario el nombramiento de Calleja para el vireinato, dan por hecho que el vencedor de la rebelión en su primer periodo, habría de serlo también en el segundo.

Los despachos de la Regencia fueron presentados, según añeja práctica, al Real Acuerdo, que después de recibirlos y encontrarlos buenos, les dió curso y mandó obedecer, cuya noticia llevaron á Calleja dos oidores nombrados en comisión para felicitarle y convenir el orden del ceremonial de la entrega.

A las nueve y media de la mañana del jueves 4 de Marzo de 1813 el Ayuntamiento salió en lucida comitiva de las Casas de Cabildo, precedido por un macero á caballo, y se dirigió al alojamiento del nuevo virey, con el fin de acompañarle al Real Palacio.

En el grande y precioso patio de la casa del marqués de Moncada, esperaban brillantemente uniformados los oficiales del lujoso Estado Mayor de Calleja. Este salió á la calle entre las aclamaciones de la multitud, y el cortejo tomó por las calles de Vergara, Tacuba, Empedradillo y Plaza Mayor, dirigiéndose al Real Palacio, en cuyo principal salón Venegas esperaba á su sucesor para hacerle la entrega del bastón, verificada la cual Calleja pasó al salón del Real Acuerdo, ante cuyos ministros prestó el juramento á

que su empleo le obligaba. Con la misma solemnidad regresó el nuevo gobernante á su casa habitación, hallándose como á la ida, tendidas las tropas en toda la carrera.

Venegas pasó después á visitar á Calleja, y dejando el Palacio, se alojó en la casa del conde de Pérez Gálvez, en la plazuela de Buenavista.

La vireina, esposa de Calleja, fué felicitada aquel mismo día por las Autoridades y personas distinguidas, y hubo al siguiente besamanos en Palacio, con asistencia general de corporaciones civiles y militares.

Dábanse, recibíanse y comentábanse todas estas noticias en el escenario del coliseo, cuyo tablado semejaba un campo de feria, pudiendo muy bien tomarse por barracas, los cuartuchos-vestuario de los cómicos: entraban y salían canastos y cajones llenos de los más disímbolos objetos y trajes, é iban y venían los muebles de las más encontradas épocas. La temporada había terminado y concluído por lo tanto las funciones y los ensayos, y cada quien mudaba á su casa los objetos que le pertenecían.

Multitud de amigos de los actores y actrices acudieron á presenciar aquella dispersión, y en los cien variados grupos formados aquí y allá, reinaban el buen humor y la alegría más francos.

—Con seguridad que en la temporada próxima vamos á tener de primera dama á la Inesilla,—decía D. Martín Cabrera á D. Buenaventura del Valle y á una media docena de amigos que formaban círculo en torno de la hermosa Inesilla.

—Al menos ha hecho todo lo posible para ello,—observó Agustina Montenegro, que había sido la primera actriz en la temporada última.

—Pues hija,—contestó la Inesilla con marcada intención,—no seré yo quien más lo sienta.

—Lo creo también,—dijo la Montenegro manifiestamente picada; —pero esa que lo sienta no seré yo; puedes afirmarlo, Inesilla.

—Harías mal en no pensar así, pues al fin, Agustina, tu mérito tienes, y no seré yo quien lo ponga en duda.

—Si lo pusieras, contra el público irías, pues diez años hace que piso las tablas con aplauso de cuantos me escuchan.

—Pues hija, yo puedo decir lo mismo; con que ya ves que á tantas estamos y que también trabajo con aplauso general.

—¿Con aplauso general ó con *aplauso del general?*—preguntó la Montenegro con intención manifiesta de herir á la Inesilla.

Esta se puso lívida de cólera y dijo:

—¿Qué quieres dar á entender?

—¡Nada, hija, nada, no te exaltes! Cuidado si te has vuelto quisquillosa desde que el general Calleja te obsequia.

—Bien sabía yo,—añadió más tranquila la Inesilla,—que todo sería cuestión de celo.

—¿De celo? Vamos, hija, que pudiera creerse que te enamoraba.

—Eso no, pero sí que te duele que yo descomponga el círculo de tus simpatías.

—¡Bah! —respondió la Montenegro con gesto desdeñoso,—mi círculo es grande y puedo dar parte de él sin que la falta se note.

—Adorables señoras,—observó D. Buenaventura,—la cosa no vale la pena de que ustedes se exalten.

—Tiene V. razón, Ventura,—respondió la Montenegro, sonriéndose de un modo tentador.

El ex-comandante sintió algo así como una conmoción eléctrica, é iba á dejar su asiento y acercarse á la primera dama, cuando la Inesilla dejó caer como por casualidad su abanico, de modo que quedase al lado de su pequeño pié que sobresalía unas cuatro pulgadas del borde de su vestido.

Los circunstantes y entre ellos D. Buenaventura, bajáronse á recoger el abanico; pero la Inesilla puso sobre él su lindo pié, cogiendo debajo un dedo del ex-comandante que estuvo próximo á desmayarse de gozo.

A la vez Inesilla dijo:

—No se incomode V., Ventura, y váyase, que parece que Agustina tiene algo que decirle.

—Te equivocas,—observó ésta,—ahí te lo dejo para que le marees á tu gusto,—y sin aguardar respuesta se alejó.

—Ya lo oye V., Ventura, ya lo oyen Vdes., señores, la Agustina supone á Vdes. mareados; váyanse, pues, á tomar aire.

Inesilla hizo ademán de pararse, pero su círculo se lo impidió, encargándose de tomar la palabra nuestro buen D. Martín, diciendo:

—No nos deje V., ingrata Inesilla, ¿qué culpa tenemos nosotros de las envidias de la Montenegro.

—¿Verdad que es envidiosa?

—Acaba de demostrarlo con su intencionada provocación.

—Y después de todo, señores, ¿qué le hecho yo para despertar su envidia? Nada. Pero lo que aquí hay es que el éxito de mi beneficio ha irritado á todas mis compañeras. No. Lo que se vé en el teatro no es para contado. ¡Cuánta miseria, cuánta intriga, cuánta pequeñez! ¿Qué cosa más natural que el que yo le dedicara mi beneficio al general Calleja? ¿Acaso he tenido yo la culpa de que él honrase mi dedicatoria de tal modo que al presentarme en las tablas, sus ayudantes arrojasen á mis pies más de cien onzas de oro, enviándome además la que es hoy vireina uno de sus mejores aderezos de brillantes? ¿Acaso por otra parte fueron ellos solos quienes me arrojaron onzas y otras monedas y me significaron con finos presentes sus simpatías? No es una fútil vanidad la que me guía, pero vean Vdes. la lista de los obsequios que recibí en la noche de mi beneficio.

Al decir esto Inesilla, presentó á su círculo un papel que tomó D. Martín, leyendo en voz alta la siguiente lista de regalos hechos á la hemosa cantarina:

«Un hilo de perlas gordas finas, con pendiente de calabacilla en un cerco de diamantes tablas.

»Unos aretes de piedra inga con perlas como calabacillas.

»Otros de azabache en oro.

»Otros de piedra azul con sobrepuestos de inga y almendra igual.

»Otros de oro que llaman de empanada.

»Un rosario con perlas como pimienta con padrenuestros de coral engarzados en oro con cruz de concha en idem.

»Una crucecita con chispas de diamantes por ambos lados en oro de colores.

»Tres hilos de perlas con un pendiente de dos dichas de mayor á menor y tres diamantes tablas.

»Un cofrecillo de oro calado con un calabrotito de plata en la tapa y un diamante en el muelle.

»Un aderezo completo de brillantes.

»Un rosario de ámbar con cruz de carey y cantoneras de oro, cordón y botón verde.

»Dos relojes de oro de moda, uno con piedras azules y otro con un círculo de punta de diamantes.»

D. Martín dejó de leer, y los amigos de Inesilla la felicitaron por los obsequios que había recibido, sin mostrar no obstante grande admiración, pues la riqueza y la prodigalidad eran grandes en aquellos tiempos en los cuales se aplaudía á las actrices arrojándoles dinero al escenario. Los beneficiados, según vemos en el programa repartido por la Inesilla, no señalaban precio de entrada á las localidades abonadas, dejando al arbitrio de las personas que debían ocuparlas, el dar por ellas lo que fuese su voluntad: á este fin situábase en la puerta de entrada el cobrador con una gran charola, bandeja ó azafate de plata, y cada cual depositaba en ella lo que por conveniente tenía y siempre mucho más del valor ordinario de su asiento.

Aparte, pues, de los obsequios en alhajas, el beneficio de la Inesilla produjo mil seiscientos pesos de localidades y mil novecientos en monedas arrojadas al tablado.

—Eso y más aún merece V., bella Inesilla,—dijo D. Buenaventura,—pues desempeña V. sus papeles con positivo arte.

—¡Y qué hermosa pareció V. á todo el mundo con su túnico de saya de raso y su mantilla de blonda francesa! Pues ¿qué diré cuando en el acto segundo se nos presentó con su túnico de muselina listada de calado con su fleco de red blanco y luciendo la camisa con olan de estopilla? Y qué canción aquella tan tierna, tan llena de gracia y tan bien interpretada.

—¿A qué no es V. capaz de repetirla ahora?

—Vaya, señores, que están Vdes. de buen humor.

—Vamos, Inesilla, repítala V.

—Con mucho gusto lo haría, pero sólo Luciano Cortés podría acompañármela, pues suya es la tonadilla y no lo veo por aquí.

—¡Le buscaremos!—dijo D. Martín,—si V. lo consiente.

—Sea,—respondió la Inesilla.

Pocos minutos después el primer barba gracioso y figurón, Luciano Cortés, se encontraba sentado cerca de la Inesilla templando su vihuela: agrupáronse todos los circunstantes y la segunda dama de música cantó con fresca y vibrante voz lo siguiente:

Al que sufre de celos
notoria pena,
satisfacción oculta
no le aprovecha.

De todo desconfía,
y en su dolor constante
lo adverso da por cierto,
duda lo favorable.
Exhala fuego
su pecho amante,
gime á los cielos,
suspira al aire.
Ni el halagüeño hechizo,
ni el atractivo afable
de su adorada causa,
mitiga los pesares,
pues siempre persuadido
de su pública ofensa,
satisfacción oculta
no le aprovecha.
Porque quien ama
tiene de lo que estima
desconfianza.

—

Nada le satisface
ni hay causa suficiente
para que cuerdo sufra
lo que el corazón siente.
Ya se arrebata,
ya se suspende,
y vacilante
nada resuelve.
La ternura le aplaca,
el celo le enfurece,
y en opuestos volcanes
batalla el triste siempre
Pues jamás disuadido
de su pública ofensa,
satisfacción oculta
no le aprovecha.

Dejó de cantar la Inesilla. y todos sus oyentes rompieron en estrepitosos aplausos.

## III

Regocijados los circunstantes, no hubieron de contentarse con la anterior canción y exigieron de la Inesilla que repitiese la otra que

también había estrenado en su beneficio. Luciano estaba de buen humor y ejecutó el preludio en la vihuela, antes de que la dama hubiese podido negarse.

Siguió, pues, la que en seguida copio, y es, como la anterior, de la misma época, sin que tenga ni añadida ni quitada por mí ni una sola palabra: dice así la canción que estuvo dirigida al público relatándole las dificultades de los artistas para complacer á sus oyentes:

Llega á las bancas uno y oye atento
mil pareceres entre gustos ciento:
unos quieren por lo majo,
otros patético aman,
otros alegre es su agrado:
unos pasos de gorjeo,
otros el manejo y garbo
unas fuerte, otras piano.

—

Si se canta tonadilla
con música de primor,
dicen luego:—ya nos cantan
sin duda lamentación.
Si se canta cosa alegre
con su gustosa invención,
dicen que es muy ordinaria
y ajena de la razón.
Si el cantarín canta grueso
dicen que es un berracón
que mejor que sainetero
pudiera ser cargador.
Si tiene acaso delgada,
el que ejecuta, la voz,
dicen:—este hace mal gallo,
gallina fuera mejor.

—

Queriditos del alma
bien considero
que pero no se halla
sin tener pero.
Y en esta vida
en la más bella cosa
hay su cosilla.

—

Si la sainetera es
amante de su recato,
dicen que es cosa muy fría
y una estatua en el teatro.
Si la que canta echa airosa
un poco de aire de taco,
dicen que es desenvoltura
y más que garbo descaro.
Si se prende, presumida,
si no viene bien, pingajo,
si anda á prisa ¡qué carrera!
¡qué nieve! si anda despacio.
Si canta alto ¡desentona!
¡no se oye! si canta bajo:
si risueña, ¡es una loca!
si seria, ¡habrán regañado!

—

Mas el medio del mundo
es sin remedio
que el un medio se ríe
del otro medio.
Y en el teatro
no hay un malo sin bueno,
bueno sin malo.

Concluída esta segunda canción, porción de nuevos grupos volvieron á formarse y las conversaciones suspendidas continuaron.

Escuchemos por ahora nosotros la que mantienen dos individuos que miden á largos pasos los últimos confines del tablado, indiferentes hasta cierto punto á la animación general.

—Decididamente;—dice el uno,—¿usted no tratará de quedarse con la temporada próxima?

—Decididamente, señor D. Eufrasio; se necesita para luchar con esta gente un carácter á propósito. Ni aún pagándoles puntualmente consigue usted marchar bien, pues si con usted no se pelean se pelean con ellos mismos, y es el teatro, más que templo del arte, plaza de inquietos gallos. El más inútil actor pretende dirigir á los demás desde el primer día en que logra un aplauso, y se revela contra el director si no se accede á sus exigencias. Las damas se le enferman á usted cuando les acomoda, y con cuatro carantoñas le seducen á uno al médico que uno envía y extiende el certificado que ellas mismas le dictan; en su cuarto durante las funciones y

aquí en el escenario mientras los ensayos, no se ocupan de más que de dejarse enamorar, y el tiempo que en ello no emplean, le distraen murmurando de todo y de todos y alimentando rencillas, envidias y todo género de malas pasiones; las unas y las otras se llenan de hijos, cambian de amantes y de protectores y en lío tal meten á uno, que loco ó corrompido lo vuelven. Decididamente, señor D. Eufrasio, otro talla y dejo de ser empresario.

—Lo que veo, señor D. Leoncio, es que no tiene usted carácter para estos asuntos.

—No lo niego, señor D. Eufrasio, y por eso me retiro.

—Si usted hubiera tratado á esta gente como ella se merece y sin respectos ni consideraciones, yendo derecho al negocio, sin pararse en los medios...

—No sirvo para ello, D. Eufrasio, no sirvo; á mí me gusta tratar bien á todo el mundo, y los cómicos son todos llevados por mal. Pero hagamos esto á un lado y sepa yo, si no es indiscreción, cuáles son los proyectos de usted.

—Pienso conservar en la orquesta al expresivo D. Manuel Delgado, al singular D. Matías Triugeque, al incomparable D. Antonio Salat; al diestrísimo en el violoncelo y violín conocido por el habanero y las habilidades bien notorias de D. Vicente Virgen y el sin par en el contrabajo D. Rafael Domínguez. Entre los cantarines á nuestro benemérito Victorio Rocamora y á Inés García, al gran Castillo, á la nunca bien elogiada Rodríguez, á Dolores Munguía y á Luciano Cortés de sobresaliente para el *Barbero de Sevilla*. No hay quien llene como Luciano su papel en las zarzuelas *La Isabela* y *La Amalia*; no exigen nada superior á su voz y habilidad y la parte cómica desmerece infinito no desempeñándola él, porque cabalmente es un elemento y no tiene igual en el carácter de viejo enamorado. Tampoco hay quien le supla en la parte que canta en la tonadilla *Oros son triunfos*, y lo hace muy bien en otras. La Ramírez tiene una voz sonora, flexible y teatral y bastante despejo; no hay, á mi juicio, otra de mejores esperanzas. La voz dulcísima, afinada y dócil de la Olivares, si deja de cantar siempre á solo y tonadillas viejas, hará conocer su mérito. Ahora bien, mientras no se varíe más de funciones y se echen nuevas nunca habrá el atractivo que se necesita. En México hay dos óperas nuevas con su música, y quien las ponga en castellano, hay asuntos, hay

poetas y hay compositores de música para sainetes y tonadillas nuevas y peculiares del país, que agradarían más. Este es mi plan, porque ¿cuándo no ha producido el *Barbero de Sevilla* sobre lo que costó? Esto mismo y casi con las mismas palabras lo he dicho ya en unas cuantas cartas que dirigí al *Editor del Diario*, y vieron la luz en los números de Febrero y Marzo últimos.

—Las leí, señor D. Eufrasio, y hasta donde pude seguí sus consejos.

—Ahora, en cuanto al representado puede recurrirse á Amador, la Vallecillo, Juana Martínez, la Montenegro, la Peñalosa, la Ramírez, el chatillo Díez y la Munguía. Mi programa es, pues, Amador y Arias para galanes; á la Vallecillo y la Martínez para damas; á la Rodríguez, Castillo y la Munguía para primeros cantarines; bailarines maestros Morales y Marani y Luciano Cortés como sobresaliente general y primer gracioso y barba. Por supuesto daré un primer lugar á Inesilla García, inimitable en el *Barbero* por la dulzura de su voz y por su empeño y aplicación constante.

—Pues amigo D. Eufrasio, dé Dios á usted buena fortuna. A propósito, aquí tiene usted el apunte pormenorizado que me pidió de los productos del teatro:

D. Eufrasio tomó un papel que D. Luciano le presentó, y en voz alta leyó lo siguiente:

*Producto de una entrada doble estando completo el coliseo.*

| | |
|---|---|
| Bancas | $ 230 |
| Mosquete | 60 |
| Entrada de 1.ª y 2.ª fila en palcos | 50 |
| Palcos terceros de comunidad | 90 |
| Dichos de alquiler por entero | 70 |
| Cazuela de mujeres | 60 |
| Dicha de hombres | 40 |
| TOTAL | $ 600 |

—Gracias,—dijo D. Eufrasio después de haber leído lo anterior.

Concluyamos con nuestras noticias acerca del teatro en México, noticias que sin duda ignoraban hasta hoy la mayoría de mis lectores

El primer teatro en forma que hubo en México data en fines del siglo XVII y lo construyeron de madera los religiosos encargados del Hospital Real de naturales, en un terreno que les cedió el Ayuntamiento en la proximidad de aquel benéfico establecimiento; habiéndose en él representado la comedia titulada: *Ruinas ó incendio de Jerusalén*, se le prendió fuego casualmente en la noche del 19 de Enero de 1722, y se procedió á la construcción de otro de las mismas condiciones; pero como el ruido de las representaciones molestaba á los enfermos, el teatro se trasladó á otro terreno situado entre el callejón del Espíritu Santo, y la calle que después se llamó del Coliseo Viejo, y entonces era conocida por de la Acequia, porque una de ellas pasaba por allí é iba á terminar en el callejón de Dolores. Dice un libro, del cual tomo los siguientes pormenores, que este tercer teatro se encontraba al fondo del actual, teniendo su entrada por un arco que aún se conserva en los portales de la calle del Coliseo. En los primeros días del mes de Diciembre de 1752, se comenzó á construir el actual teatro, que es el cuarto, y un año se empleó en darle fin, estrenándose el 25 de Diciembre de 1753, según un documento que dice á la letra: En la tarde se estrenó el nuevo Coliseo en la calle del Colegio de las niñas; frente de la casa de Irolo, en las casas que fueron de don Juan Villavicencio. Corre de Oriente á Poniente; su hechura es á modo de una herradura, fábrica de mampostería con cuarenta y un cuartos techados de vigas, de arquería, con sus balcones de hierro volados, de media vara de alto; tiene tres altos sin el de la cazuela: la principal frontera del teatro tiene en su medio las armas reales y lo restante de varias pinturas de fábulas; las demás fronteras de azul y blanco; el techo de tablazón forrado por dentro de cotencio dado de blanco con diversas pinturas, y por de fuera con sus plomadas con sus corrientes, siendo su fábrica como zaquizamí. La principal puerta cae al Occidente con un portal de tres arcos, teniendo otra puerta inmediata por donde se entra á todos los cuartos. Corrió esta fábrica por cuenta del mayordomo del Hospital Real, D. Juan de Cárdenas, quien echó el resto en lo pulido y exquisito. Asistieron SS. EE. y un numeroso concurso á la primera representación que fué la de *Mejor está que estaba*. Las casas en que se construyó eran del mayorazgo D. José Gorraiz y Luyando, secretario de la gobernación de este reino, quien las vendió con li-

cencia de la Real Audiencia, con obligación de conocer los censos que aquellas fincas tenían, y trece mil pesos de dicho mayorazgo.

## IV

Indudablemente D. Sóstenes de Pantoja era un hombre verdaderamente feliz; rico en toda la extensión de la palabra, reíase de los cuidados materiales de la vida y ocupábase por entero de gozar su doméstica dicha. Su hija D.ª Beatriz Gertrudis de Pantoja y su yerno D. Martín Cabrera, acababan de hacerle enteramente feliz dándole un nietecito sano y robusto con el cual D. Sóstenes se entretenía como un niño con un juguete.

Este suceso había casi por completo cambiado el carácter de las reuniones de los tertulianos de la botica de D. Cleofás Madana. Este y D. Buenaventura se trasladaban á las cinco de la tarde á la casa de D. Sóstenes, quien les obsequiaba con un suculento chocolate á la española, servido en lujosas mancerinas de plata.

Pero la reunión no se formaba de ellos solos: á ella concurrían también el conde de Orizaba y la marquesa de Cervera, padrinos que habían sido del nietecito de D. Sóstenes, figuraban también en aquel excelente grupo de amigos, varios amigos de la familia del dueño de la casa, algunas muy lindas jóvenes, mi madre María, mi padre Benito y aun yo mismo de quien mi buena madre pocas ó ningunas veces se apartaba; contaba yo entonces tres años y medio, y según cuentan tenía entonces cierta hermosura, gracia y talento que no quisieron sin duda acompañarme hasta la vejez, pues, sin modestia, ninguna de las tres cualidades creo al presente poseer; todos elogiaban mi fortaleza y robustez y de ellas sí conservo mucho, y buena prueba es que aún puedo, como lo hago, entregarme al trabajo tremendo de escribir estos Episodios de aquellos días que cuentan, como yo, setenta y un años.

Nadie, sin embargo, en aquella reunión de personas felices parecía serlo tanto como nuestro ex-comandande D. Buenaventura del Valle; frisando casi en los cincuenta años, el rapaz vendado, el juguetón hijo de Venus había tenido el capricho de herir con una de sus flechas el corazón de nuestro amigo, prendándole locamente de una hermosa viuda de veintiocho años llamada Rosa, y

la verdad que merecía el nombre, pues éralo por sus encantos y frescura. En cierta edad de la vida los hombres pierden poco tiempo en galanteos, y así fué que apenas D. Buenaventura se convenció de que la viudita no le miraba mal, aprovechó el primer momento favorable y le dijo:

—Rosita, cuento no sin cierto pesar con cincuenta navidades, y tres mil pesos de renta enteramente saneados; no recuerdo haber tenido más amores que los usuales en la carrera militar, los cuales sólo duran el tiempo que el gobierno nos tiene acantonados en una ciudad, sin que en ellos se interese nunca el corazón de un oficial que no puede casarse sin real licencia. Soy hombre sano y solo: de vez en cuando me ponen de mal humor unas reumas que no son enfermedad sucia ni que moleste si no es al paciente; vivo retirado del servicio, por lo cual nadie me manda y soy independiente; soy confiado, morigerado, tranquilo y no celoso; en cuanto á la figura estoy tan distante de la fealdad como de la hermosura ¿quiere usted casarse conmigo?

Rosita acogió esta declaración como todas las mujeres acogen las que les hacen los hombres que no les desagradan. Se sonrió al principio con cierta burla, trató de bromista á D. Buenaventura y concluyó por aceptar el ofrecimiento.

El ex-comandante eligió, de acuerdo con la hermosa viuda, por padrino á D. Sóstenes y por madrina á la marquesa de Cervera, dió los pasos convenientes á su tentativa matrimonial y esperando pacientemente el término de las publicaciones, no quiso pedir dispensa para demostrar que nadie podría reclamar contra él compromisos ni antiguas promesas.

Rosa había sido siempre excelente amiga de la marquesa; ésta no ignoraba, por lo tanto, que antes de su primer matrimonio, Rosa había estado en relaciones con un oficial nombrado D. Andrés Romero y carteádose con él. En aquella pasión juvenil don Andrés puso su amor y Rosa una sencilla coquetería; no le amó pues, y sin inconveniente se hizo esposa de un rico comerciante de sedas del Parian, que la dejó viuda á los catorce meses de casada, sin hijos y con una renta casi igual á la de D. Buenaventura. Don Andrés Romero se negó á devolverle á Rosa sus cartas y menos quiso entregárselas cuando la vió viuda y libre; esto disgustó á Rosa y no contribuyó poco á hacerle más fastidioso á Romero;

era éste, sin embargo, una persona decente, y convencido de lo inútil de su pasión, al tener noticia de la próxima segunda boda de la ingrata le ofreció entregarle las cartas pero exigiéndole fuese á recogerlas ella misma al bosque de Chapultepec donde tendrían una última y definitiva entrevista. Rosa le respondió que aceptaba y que iría acompañada de su amiga la marquesa; la última quiso aprovechar esta salida para á su vuelta llevar á componer á la casa de un platero el muelle de un brazalete que el conde su marido le había regalado el día de su matrimonio, y la entrevista con Romero se verificó quitándole Rosa toda esperanza y entregándole él sus cartas.

Ninguna acción que no fuese digna habían cometido ambas amigas; sin embargo, estuvieron sobresaltadas é intranquilas y se llevaron un gran susto cuando al despedirse de Romero, estuvieron á punto de haber sido descubiertas en conversación con él, por un jinete que como una exalación atravesó el bosque al mismo tiempo que se hicieron oir dos tiros de pistola. Ni Romero ni las dos señoras pudieron conocer al tal jinete ya porque éste atravesó rápido, cuanto porque á una y otra amiga el sobresalto que las detonaciones les causaron, les impidió poderse fijar en cosa alguna.

Sin saber pues, ni lo que por ellas pasaba salieron del bosque, tomaron un carruaje y trasladáronse á México á toda prisa.

En la tertulia de aquella noche ni Rosa ni la marquesa estuvieron tan alegres y decidoras como de costumbre. D. Buenaventura lo notó y les preguntó la causa.

Rosa no supo en el primer instante que responder, inventó lo que pudo para salir del paso pero con tal torpeza qué su prometido hubo de decirle:

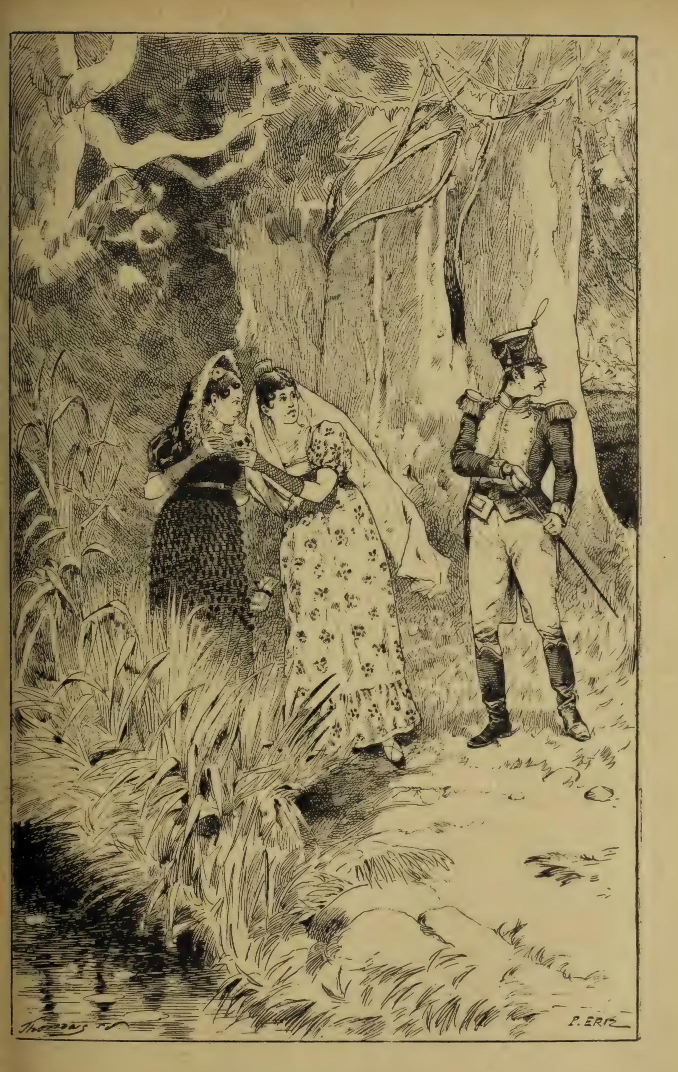
—Rosita, usted me engaña.

—Aseguro á usted que no.

—Sí Rosita, lo conozco, pero tengo en usted demasiada confianza y la quiero demasiado para darme por ofendido; no insisto en saber lo que á usted preocupa que no puede ser sino muy bueno y usted me lo dirá cuando á bien lo tenga.

—Gracias, Ventura, me juzga usted como merezco.

—Y dígame usted, Rosita, ¿dónde han estado esta tarde usted y la marquesa?




...SOBRESALTADAS É INTRANQUILAS...

—¿Por qué lo pregunta usted?—exclamó sobresaltada la viudita.

—Porque esta tarde pasé por delante de la casa de la marquesa, según mi costumbre, y no tuve el gusto de ver á ustedes como siempre al balcón.

—¡Ah, es cierto!—observó cada vez más turbada Rosita,—se me olvidó haberle dicho á usted anoche, que la marquesa me necesitaría esta tarde para que la acompañase á llevar á componer un brazalete que el conde le regaló el día de sus bodas.

Sin quererlo Rosita, había cometido una indiscreción. La marquesa deseaba que no llegara á noticia del conde que había descompuesto el tal brazalete, y así fué que al acercarse al grupo de los novios y preguntarle Valle cuándo estaría compuesta la alhaja, la marquesa negó que tal compostura fuese necesaria.

El ex-comandante fué, como debía, caballero; no quiso aumentar la turbación de su prometida, pero cuando la marquesa se hubo retirado...

—Usted me engaña, Rosita,—repitió,—y lo siento porque ¿qué puede sucederle á usted que yo no pueda saber?

Rosa hizo un esfuerzo sobre sí misma y con digna tranquilidad respondió.

—Creo no haber dado á usted motivo alguno para desconfiar de mí.

—Ninguno, así es la verdad.

—Creo también que no siendo como no somos unos niños, esa mutua confianza no puede jamás faltarnos.

—Verdad, mucha verdad.

—Y bien, Ventura, en nombre de esa mutua confianza no vuelva usted á hacer caso de este insignificante incidente.

—Así lo prometo, Rosa; no necesito explicaciones: pero otra vez no trate usted de buscar pretextos para disculpar sus acciones que, lo repito, no pueden ser nunca sino muy buenas.

—Tiene usted razón y así lo haré siquiera para que no vuelva usted á cogerme en otra mentira.

—¿Luego ha habido mentira?—preguntó sonriendo D. Buenaventura.

—¿Cómo negarlo después de lo que la marquesa ha dicho?

—Pues vea usted, Rosa, la mentira jamás es necesaria cuando se obra bien.

—Pues ahí verá usted como se engaña, mi buen Ventura, la mentira inocente, la mentira sin consecuencias es absolutamente necesaria muchas veces en sociedad.

—No lo creo yo así.

—Pues sin embargo así es, y como usted ha podido estimarlo por lo que me acaba de pasar conmigo, es más difícil de lo que parece el saber mentir.

—Es usted una niña, Rosa.

—¿Por qué?

—Porque considera usted la mentira nada menos que como un arte, y no un arte así como se quiera, sino difícil.

—¿Se ríe usted de mi opinión?

—Mucho que sí, ¿acaso se necesita para mentir, algo más que decir cosa que no sea cierta?

—Sí señor.

—¿Y qué es ello?

—Saber dar á la mentira apariencia tal de verdad que no pueda descubrirse el engaño así como quiera.

—Veo, Rosita, que está usted de buen humor. ¡Un arte la mentira! ¿Quiere usted apostar conmigo á que nada hay más fácil que mentir como usted dice?

—Acepto.

—Está bien: ¿qué apostamos?

—Una libra de dulces para cada uno de los que forman nuestras tertulias.

—Aceptado. Usted verá como invento yo una mentira tal que nadie pueda descubrirla hasta que á mí me acomode.

## V

Quince minutos habrían pasado después de hecha la original apuesta de Rosa y D. Buenaventura, y aún no acaban de reirse y celebrarla los tertulianos de D. Sóstenes de Pantoja.

Este llamó al ex-comandante y le hizo que ocupara su puesto en la mesa del tresillo, y la marquesa aprovechó el momento para acercarse á Rosa y decirle:

—Amiga nos ha ocurrido un contratiempo.

—¿Cuál?

—Que sin duda con el susto que aquel malhadado jinetete nos dió en el bosque, yo me azoré y hasta ahora no he echado de ver que he perdido el paquete de cartas de Romero y mi brazalete.

—¡Dios mío, qué dices! pero ¿dónde?

—No lo sé; he registrado todos los rincones de mi habitación y mi coche, y ni cartas ni brazalete he encontrado.

—¡Qué fatalidad! ¿dónde habrás dejado esos objetos?

—Completamente no lo sé; quizás en el bosque.

—¡Pero, Dios mío, qué va á ser de mí si alguien encuentra este paquete de cartas y comienza á enseñarlas!

—Pues no te digo nada del disgusto que voy á tener si el conde se entera de que he perdido el brazalete que me regaló el día de mis bodas.

—¿Y qué hacer?

—No hay más remedio que volver á Chapultepec y ver si allí...

—Pero á estas horas...

—No, hoy no es posible ya hacer nada, pero mañana temprano iremos.

—Mientras, puede encontrar alguno esos objetos y...

—Hija mía, esto no tiene remedio, y hay que resignarse á todo.

—Con mucha facilidad lo dices, pero es que no sabes...

—¿Qué cosa?

—Que cuando yo escribí esas cartas á Romero me cortejaba un comandante como Ventura, como él de cincuenta años, y que yo me burlaba de él sangrientamente en una de mis cartas; si una casualidad las pusiese en manos de mi actual prometido, podría creer...

—Calla, tonta, la fecha te salvaría.

—Pero es que ninguna de esas cartas tiene fecha.

—En tal caso tu antiguo novio será bastante caballero para en caso de una explicación deshacer el error.

—Parece que no le has oído hablar esta tarde: si la casualidad le ofreciese una ocasión de desbaratar mi próxima boda, la aprovecharía sin duda alguna.

—Pues mira, Rosa; lo mejor sería que tú con Ventura y yo con el conde tuviésemos una explicación.

—No hagas tal, marquesa. Todos los hombres son unos pícaros que á fuerza de correr aventuras se hacen desconfiados y suspicaces y no nos crearán ni el tuyo ni el mío lo que les dijésemos.

—Puede que tengas razón.

—Créeme; dejemos las explicaciones para el último extremo, y puesto que no hay otro recurso aguardemos hasta mañana: hemos salido tarde del bosque y nuestra conferencia con Romero tuvo lugar en un sitio apartado del paseo principal: Dios querrá que nadie haya pasado por allí y que mañana encontremos mis cartas y tu brazalete.

La partida de tresillo estaba en todo su calor, pero D. Buenaventura, contra su costumbre, se distraía, y á cada rato jugaba de un modo detestable: esto consistía en que andaba preocupado pensando en la mentira que inventaría para ganar la apuesta.

—Diré, pensaba en sus adentros, que el nuevo virey se ha empeñado en que yo deje mi retiro y tome el mando de las fuerzas que deben reconquistar á Oaxaca. Pero, no; esta mentira no está buena, el conde irá á ver á Calleja y le preguntará, y Calleja se reirá de mí. Diré que he sabido que Fernando VII ha muerto de repente y que Napoleón es rey de España. Pero tampoco esta mentira será buena: en primer lugar me preguntarán que quién me lo ha dicho; yo responderé que... fulano; pero fulano me desmentirá y podrán creer que yo ando propalando noticias favorables á los insurgentes, me soplarán en la cárcel y podrá costarme la torta un pan. Lo que yo necesito es una mentira sencilla, sin consecuencias y fácil de ser creída por todos. Diré... pero no: eso no es posible: pensemos en otra... Ah! ya la tengo! diré, eso, sí, diré que esta tarde he montado á caballo. Justo, esto no perjudica á nadie, y nada tiene de asombroso ni fuera de lo natural.

—Pero hombre,—exclamó D. Sóstenes,—me quiere usted decir qué es lo que le preocupa que no hace V. una jugada en regla?

—Dispénseme Vd., es que...

—Luego lo dirá V., ahora juegue.

Inútiles fueron todos los esfuerzos que D. Buenaventura hizo para salir de su preocupación: su proyectada mentira no le permitió dar pié con bola, y el juego se convirtió en una cena de negros y fué preciso sustituir al ex-comandante con su amigo D. Cleofás Madana.

—Si yo fuera tan suspicaz como V.,—dijo Rosa acercándose á don Buenaventura,—podría preguntarle en qué consiste que tan buen tresillista haya hoy jugado tan fatalmente.

—Dice bien Rosa,—observó D. Sóstenes;—algo malo preocupa al comandante y debes exigirle una explicación.

## VI

Urgido por sus contertulios, D. Buenaventura creyó llegado el instante de soltar su mentira, y respondió:

—Señores, mi torpeza en el juego es disculpable.

—Sí eh, ¿y por qué?

—Porque me encuentro muy fatigado y...

—¡Fatigado! ¿de qué?

—Hacía mucho tiempo que no montaba yo á caballo y esta tarde me ocurrió montar uno y darme un paseo.

—¡Ola! ¡ola! ¿con que ha montado V. á caballo?—preguntó el conde,—por qué no aceptó entonces el ofrecimiento que le hice para que probase V. mi magnífico alazán?

—Ya lo han creído!—dijo contentísimo y para sus adentros el interpelado, y después añadió en voz alta:—diré á V.: yo soy ya en la actualidad un mal jinete y el alazán tiene demasiado brío.

—Por qué no me había V. dicho que esta tarde había montado á caballo?—preguntó Rosa.

—Señora, ¿qué tiene de extraordinario esto para merecer ser contado?

—Nada ciertamente; pero el caso es que conversando antes conmigo me dijo que, según su costumbre, había V. pasado por delante de los balcones de la casa de la marquesa.

—Cierto.

—¿A caballo?

—Seguramente.

—Siento no haberle visto.

—¿Y qué caballo montó V.?

—Uno que alquilé en una pensión.

—¿En la del antiguo maestro Lailson?

—Justamente.

—Tiene en efecto muy buenos caballos de alquiler,—observó el conde,—allí ví yo ayer un retinto golondrino de magnífica estampa.

—Ese fué el que monté precisamente.

—¡Ola! pues entonces no es V. tan mal jinete y bien pudo haber montado mi alazán, porque el tal retinto, según el dependiente de Lailson me dijo, sólo mi sobrino Carlos Armendáriz ha podido dominarlo á fuerza de montarle casi todas las tardes.

—Oye, amiga mía,—dijo entonces y aparte Rosa á la marquesa: —¿no te acuerdas del color del caballo que tanto nos asustó esta tarde?

—No; ¿por qué lo preguntas?

—Porque casi me atrevería á decir que fué un retinto.

—¿Qué sospechas?

—Te diré: Contra su costumbre Ventura ha estado por demás suspicaz y preguntón: ha querido que á toda fuerza le dijese dónde habíamos ido las dos esta tarde; no ha creído lo que yo le dije y me ha hecho una especie de sermón sobre la inconveniencia de la mentira.

—¿Pero eso qué tiene que ver?...

—Me ha dicho que pasó por delante de tus balcones con el fin de verme en ellos como todas las tardes y que sintió mucho no encontrarme: asegura ahora que montó á caballo después de no haberme visto; pudiera habernos vendido tu criada, decirle á donde habíamos ido y alquilado él el caballo y... ¡Dios mío! ¡qué pensará de nosotras si nos ha visto hablando con Romero!

—Vamos, no seas tonta, te asustas sin razón.

—No lo creas, mírale; no nos quita la vista de encima; Ventura sospecha de mí.

El ex-comandante no quitaba en efecto los ojos del grupo, pero pues no era cierto que hubiese montado á caballo, Rosa se equivocaba por completo en la significación de sus miradas. Ventura la veía como queriendo convencerse de que su mentira había hecho efecto.

—¿Y por dónde fué el paseo?—preguntó D. Sóstenes.

El ex-comandante dudó en contestar, pero al fin, y fijándose en un sitio alejado de la ciudad, contestó:

—Por el bosque de Chapultepec.

Esta vez no sólo fué Rosa la que se asustó, sino también la marquesa, que dijo aparte á su amiga:

—¡Dios mío! ¿tan desgraciadas habremos sido que Ventura nos haya descubierto?

—Tratemos de averiguarlo,—le contestó Rosa,—y alzando después la voz y afectando una tranquilidad que no tenía, preguntó:

—¿Con que por el bosque eh? ¿y hacia qué parte del bosque?

—D. Buenaventura no supo qué responder, pues apenas conocía el bosque.

—¡Lo ves!—dijo Rosa á la marquesa!—esta duda le vende: ¡nos descubrió! ¡nos descubrió! ¡Dios mío! Algún disgusto nos aguarda!

—Vamos á ver, señor comandante,—dijo el conde,—se puede saber por qué no contesta V. á la pregunta de Rosa? ¿Qué apostamos á que algo más que el deseo de pasear á caballo llevó á V. á Chapultepec?

—¿Oyes, Rosa?—dijo la marquesa al oído de su amiga;—por esa pregunta del conde pudiera creerse que también él sabe algo.

En aquel momento D. Carlos Armendáriz, sobrino del conde, entró en la sala de la tertulia, y después de saludar á los circunstantes, llamó aparte á D. Buenaventura, de lo cual éste se alegró en extremo, pues no sabía ya lo que responder y le asombraba el sinnúmero de mentiras que se había visto obligado á echar para sostener la primera.

—Tengo que pedir á V. un favor,—dijo Carlos á D. Buenaventura cuando le hubo sacado á una pieza próxima.

—¿Qué es lo que deseas, muchacho?—le preguntó bondadosamente el coronel.

—Acabo de tener un lance desagradable que por poco me cuesta la vida.

—¿Alguna trapisonda amorosa?

—Justamente.

—Y bien, sepamos lo que quieres.

—Necesito en primer lugar que V. me preste sus pistolas.

—¡Cómo, un desafío!

—No, nada de eso; pero las necesito para caso de defensa: por no llevar armas esta tarde, por poco me matan de dos pistoletazos en el bosque de Chapultepec.

—¡En Chapultepec dices!—exclamó contentísimo D. Buenaventura.

—Sí, hombre, ¿qué tiene eso de particular?

—Nada, pero cuenta conmigo para cuanto quieras si me das razón de algún punto del bosque por el cual pueda uno pasearse á caballo.

—¿Qué me quiere V. decir?

—Que no cuentes conmigo para nada si no me das la razón que te pido.

—Pues bien, sí; puede V. decir que por el camino que pasa al pié de los ahuehuetes y comienza en la alberca que surte al acueducto.

—Está bien; no lo olvidaré: toma esta llave que es la de mi ropero, allí encontrarás mis magníficas pistolas; ya las conoces, las que tienen incrustadas mis iniciales; pero cuídalas bien: ¿entiendes?

—Respondo de ellas, ¡ah! ojalá las hubiera tenido esta tarde á mi alcance; hubiera podido resistir y no que me ví precisado á fiar mi salvación al escape del caballo que montaba. ¡Ah! otra cosa; probablemente no pasaré esta noche en casa de mi tío, discúlpeme V. con él.

—Así lo haré, muchacho, pero cuenta con no hacer una atrocidad.

—No tenga V. temor alguno, D. Ventura; mi crimen no es otro que el de amar á una jóven encantadora, cuyo padre no quiere que se case.

—Bueno, está bien, anda con Dios, yo te disculparé; te lo he ofrecido: con que me has dicho que por el camino que pasa al pié de los ahuehuetes y comienza en la alberca que surte el acueducto.

—Justamente.

—No lo olvidaré; adios muchacho.

—Adios; D. Ventura.

## VII

En posesión del nombre de la localidad de su supuesto paseo, D. Buenaventura entró tranquilo en la sala de la tertulia, dispuesto á proseguir su inocente mentira.

—¿Qué quería mi sobrino?—preguntó el conde.

—Nada, amigo mío, parece que unos amigos le han invitado á una fiesta propia de sus años y me encarga recabe yo de usted el permiso que necesita para no dormir esta noche en su casa: seguro de que usted no me lo negaría yo se lo he concedido y acaba de marcharse contento como unas pascuas.

—Ha hecho usted mal, D. Ventura,—observó afectuosamente el conde;—mi sobrino es un loco que el mejor día va á darme un disgusto.

—Pues, señor conde, la cosa no tiene remedio, porque como he dicho á usted, Carlos se ha ido ya.

—Bueno, mañana me dará cuenta de sus locuras.

—La señora marquesa intercedera por él, ¿no es cierto?

—Seguramente.

—Pero en fin,—dijo D. Sóstenes,—sabremos por fin en qué parte del bosque de Chapultepec se ha paseado usted esta tarde á caballo?

—Ya que tanta importancia dan ustedes á esa pequeñez, sí, señores, lo diré á ustedes.

—Sepámoslo.

—Pues mi paseo fué por el camino que pasa al pié de los ahuehuetes y comienza en la alberca que surte al acueducto.

Rosa y la marquesa palidecieron á su pesar; aquel había sido el lugar en que habían tenido su entrevista con Romero.

Las dos señoras, aprovechando la feliz casualidad de que el nieto de D. Sóstenes se soltara á llorar en la recámara próxima, salieron de la sala con D.ª Gertrudis de Pantoja, so pretexto de ayudarla á acallar al niño.

D. Buenaventura respiró á su vez y procuró traer la conversación al terreno de la política y sucesos palpitantes.

Pero lo que él ignoraba era que su inocente mentira iba á producirle fatales consecuencias.

Pondré en antecedentes á mis lectores.

Carlos de Armendáriz era un excelente joven al cual no faltaba ninguna buena cualidad, si bien tenía el defecto de ser sobradamente enamorado. Tiempo hacía que tratando de amansar el caballo retinto golondrino de la caballeriza de alquiler que llevaba el nombre *de Lailson*, por más que ya no fuese de él, había llega-

do hasta el molino del Rey y conocido en él una adorable niña de quince abriles llamada Margarita.

Era ésta hija de un Antonio Rivas, antiguo empleado que había sido de Palacio, cuyo empleo perdió por haberse manifestado en más de una ocasión sobrado afecto á los planes de independencia



Margarita

que se maduraron durante los últimos días del vireinato del débil y codicioso Iturrigaray. Rivas vivía desde entonces retirado en el molino del Rey que un primo suyo tenía arrendado y jamás pasaba á la ciudad. Su hija Margarita se encontraba, pues, enteramente aislada en esa edad en que el corazón de la mujer necesita la atmósfera de expansión y distracciones que la juventud y la hermosura exigen.

No estando Rivas de acuerdo con el género de guerra asoladora que hacían los insurgentes y no simpatizándole tampoco la admi-

nistración española, quería mal á los unos y á los otros, evitaba su trato y aun su vista, y reducía á tal extremo su mundo, que su empeño era que Margarita se casase con su primo: llamábase el último Cristóbal, y sin tener nada simpático, contaba precisamente cincuenta y dos años. Margarita no podía aceptarle como un partido conveniente, y si no le aborrecía, mucho menos le amaba.

Carlos Armendáriz, hermoso en cuanto debe serlo un hombre, hecho al trato fino de la alta clase social á que pertenecía, y alegre y vivo como lo exigían su carácter y sus veinticuatro años, le fué presentado por la casualidad y por su caballo retinto golondrino, y Margarita amó á Carlos tanto como Carlos á Margarita.

Un día que Rivas y su primo Cristóbal salieron á dar un paseo, echaron de ver que una de las tapias que defendían la casa del molino, se encontraba algo descascarada, ofreciendo claras señas de que por aquel punto había saltado ó querido saltar un hombre.

—Ladrones tenemos,—había exclamado Rivas.

—Pero de los que no vienen en busca de dinero,—observó Cristóbal.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la descascarada de la pared corresponde precisamente al frente de las habitaciones que ocupa Margarita.

—¡Qué supones!—exclamó irritado D. Antonio Rivas.

—Supongo que Margarita, á la cual no parezco yo bueno para marido, se deja cortejar por el que esta pared ha descascarado.

—¡Oh! ¡si eso fuera!

—Lo es, pero yo me encargo desde mañana de estar ojo alerta, y si descubro á mi rival...

—¿Qué?

—Le disparo mis pistolas con la más grande sangre fría.

La verdad es que Carlos y Margarita se encontraban hacía más de un mes en relaciones y que casi todas las tardes platicaban amorosamente por aquel lugar en que la tapia se veía descascarada.

Pero aunque más de un mes hacía de esto, ni Cristóbal ni Rivas lo habían hasta entonces sospechado.

Protegidos por la fortuna, Carlos y Margarita no sospecharon tampoco á su vez que habían sido descubiertos.

En la tarde en que van teniendo lugar los sucesos que referimos, Carlos fué, como de costumbre, á hablar con Margarita: al llegar

á la tapia, soltó las riendas á su caballo, que mal alimentado por el dueño de la caballeriza, se dió gusto en comerse inmenso número de tallos tiernos del campo de maíz que quedaba frontero á la tapia.

A la mitad iban de su amorosa conversación, cuando Margarita descubrió detrás de sí á su padre y á Cristóbal y dando á Carlos la voz de alarma, nuestro joven salió sobre su retinto golondrino y dió una escapada en regla perseguido por Cristóbal que á la entrada del bosque de Chapultepec, y antes de que su presa desapareciese entre el follaje le descerrajó, sin herirle por fortuna, los dos tiros de sus pistolas.

Carlos fué en consecuencia quien alarmó á Rosa y á la Marquesa, atravesando á galope tendido el camino que pasaba al pié de los ahuehuetes de Chapultepec y comenzaba en la alberca que surtía al acueducto.

Todo esto lo ignoraba D. Buenaventura, quien ni sospechar podía que su inocente mentira iba á atraer sobre él graves complicaciones.

La conversación cambió momentáneamente de asunto, gracias á sus esfuerzos para llevarla al terreno político.

—Después de todo,—habíase dicho á sí mismo,—Rosa puede tener razón: no es tan fácil como parece soltar una mentira y sostenerla bien. Pero también la tengo yo en sostener que una mentira puede dar fatales resultados. Qué sucesión de embustes no me he visto yo obligado á ensartar para que no descubriesen que no es cierto que haya yo montado esta tarde á caballo!

Mientras se hacía estas reflexiones, D. Martín, que no le perdía de vista, dijo al conde:

—¿No observa usted cuán preocupado se encuentra el ex-comandante?

—Cómo no, si ni siquiera trata de disimularlo.

—Vea usted, conde, si hasta parece que habla solo.

—Algo extraño le sucede hoy á D. Buenaventura.

—Lo mismo creo yo.

—¿Qué apuesta usted, señor D. Martín, á que el ex-comandante está celoso?

—Pudiera ser, y la sospecha de usted confirma la mía.

—¿Con que también usted lo había sospechado?

—Algo más que sospechado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que me ha parecido notar que Rosa anda algo asustada, y aun que procura evitar que sus miradas se encuentren con las de su prometido...

—¿Sería capaz la viudita de dar un chasco á nuestro amigo?

—Todo pudiera ser; la mujer es siempre la misma.

—Sin embargo, una viuda...

—Una viuda, sí; pero observe usted, señor conde, que se trata de una viuda joven y hermosa.

—Se me hace no obstante cuesta arriba suponer que Rosa...

—Fácilmente podemos salir de la duda.

—¿Cómo?

—Preguntándole usted á su señora la marquesa lo que haya sobre el particular.

—Pero ¿sabrá algo la marquesa?

—Indudablemente: es la fiel amiga de Rosa; y, según parece, con ella ha salido esta tarde á no sé dónde: claro lo ha dado á entender D. Buenaventura al quejarse de no haberlas visto como otros días al balcón de la casa de usted.

—Mucho sentiría,—observó el conde,—que la marquesa mi esposa contribuyera más ó menos directamente á las veleidades de su amiga.

—No las acusemos sin motivo: primero trate usted de hablar con ellas.

—Ahora mismo voy á hacerlo,—respondió el conde pasando á las habitaciones interiores.

La inocente mentira de D. Buenaventura continuaba complicándose. D. Martín y el conde atribuían á Rosa ligeras veleidades, y el último acusaba á su esposa de fomentarlas.

## VIII

Desde que de ella se tuvo noticia, la elevación de D. Félix María Calleja al vireinato de la Nueva-España, no dejó de sorprender á la generalidad de los habitantes de estos Reinos, por más que para nadie hubiese sido un misterio que el partido español no había dejado de trabajar incesantemente para lograrlo.

El mal estado á que habían reducido á la Hacienda los fuertes gastos de la campaña y la dificultad en la percepción de las rentas, fueron causa de que el mismo día jueves 4 de Marzo de 1813 en que tomó posesión del vireinato, Calleja exigiese al prior y miembros del tribunal del Consulado un préstamo de millón y medio de pesos, con un interés de uno por ciento anual. Efecto de la grande riqueza del país en aquellos días, pocos fueron bastante para reunir casi el completo de esta suma, figurando entre los suscritores el conde Basoco con cincuenta mil pesos; los de la Cortina, Heras, Agreda, Yermo y otras personas, con veinticinco, veinte y quince mil; el cabildo eclesiástico con sesenta mil; el colegio de San Gregorio con veinte mil, y el canónigo Alfaro cedió su casa de campo apreciada en veinticinco mil: esta casa estaba situada en el camino de Chapultepec y era conocida con el nombre de la *Casa colorada.*

En la noche del 4 de Marzo, Calleja se trasladó con su esposa y servidumbre del Real Palacio y en él recibió el día siguiente en besamanos á todas las autoridades y corporaciones.

Dije en su lugar que Rayón había con justicia desaprobado á Verdusco, que sin esperar su auxilio hubiera atacado á Valladolid, dando motivo su desobediencia á la derrota de los insurgentes ante aquella plaza el 31 de Enero de aquel año. Verdusco tomó á mal la reprensión, y asociándose con Liceaga, publicó un bando citando á Rayón para que antes de tercero día se les presentase en la hacienda de la Parota á contestar los cargos que se le hacían por haber usurpado la presidencia de la Junta, invadido la provincia de Michoacan cuyo jefe era Verdusco y separado de su empleo al intendente D. Pablo Delgado, cura de Urecho, al cual el secretario de Rayón calificó en su diario de «hombre inmoral, cobarde, ladrón insaciable y delincuente por muchos capítulos.» Conociendo Rayón la clase de hombres que Verdusco y Liceaga eran, no se cuidó de obsequiar la cita, y sus dos compañeros de Junta, por bando de 7 de Marzo, declararon traidor á él y á toda su familia y á cuantos le siguieran y obedeciesen. Tal era el triste ejemplo de desorden y disensiones que al país daba la siempre inútil Junta Suprema creada en Zitácuaro el 21 de Agosto de 1811.

Después de haber asistido en sus últimos momentos al obispo de Puebla D. Manuel Ignacio González del Campillo, muerto el 26

de Febrero, el arzobispo electo de México y obispo de Oaxaca Sr. Bergosa continuó su marcha para la capital y en ella entró el sábado 13 de Marzo, siendo recibido en la parroquia de la Soledad de Santa Cruz por los cabildos eclesiástico y secular que le acompañaron á visitar, según costumbre, al virey, que pocos momentos después le pagó la visita yendo en persona al palacio arzobispal. Ese mismo día salió D. Francisco Javier Venegas para Veracruz con su correspondiente escolta, formada por el batallón primero Americano y cien dragones: Venegas quiso haberse hecho acompañar por el coronel D. Torcuato Trujillo, el defensor de las Cruces, pero Calleja lo impidió por existir contra él graves acusaciones dimanadas de la crueldad y tiránico carácter que habia demostrado en el ejercicio de su cargo de comandante militar de Valladolid, en cuya ciudad dejó ingrata y aborrecible memoria.

Para los que esperaban que Calleja pusiese de nuevo en vigor la Constitución suspendida por Venegas, fué un buen indicio de sus intenciones que hubiese admitido la dedicatoria que la Academia teórico-práctica de Jurisprudencia le hizo de un solemne acto público que celebró el día 15 de aquel mes, sustentando que la felicidad y el bien nacional dependían del exacto cumplimiento de la Constitución española del año doce: y más se confirmaron en ello al ver que Calleja hizo publicar en la *Gaceta* del mismo día, el decreto de las Córtes que disponía que en todos los documentos públicos se sustituyese la palabra *real* por la de *nacional*. Esto hizo exclamar al doctor Arechederreta:

—Se acabó ya el rey y todo lo realista: síguese la anarquía y nuestra ruina: ¡Ojalá y yo me equivoque, pero los síntomas son malísimos!

No habían sido vanas las esperanzas de los afectos al régimen constitucional, puesto que el día 17 Calleja citó á la Audiencia á un acuerdo pleno con el fin de consultar á sus ministros la manera de proceder á su planteamiento: por más que los pareceres anduviesen divididos y muchos opinaron por que no se hiciese variación alguna, la mayoría triunfó, y quedó nombrada una junta consultiva extraordinaria que informara y determinara, formando parte de ella D. José Miguel Guridi y Alcocer, que había llegado á México después de haber asistido como diputado americano á las Consyentes de Cádiz.

El día 20, Venegas continuó su marcha á Veracruz, saliendo de Puebla escoltado por el coronel Monduy, encargado á la vez de la conducción de un convoy y de expeditar el camino del puerto

El 26, Calleja expidió una especie de programa de su administración. En él decía entre otras cosas y refiriéndose á la Constitución, que calificó de «fruto precioso de los afanes y sabiduría del Congreso,» yo voy á poneros en posesión de los bienes que en sí encierra, y seré el primero en observar celosamente sus preceptos. Sí, ciudadanos; la aurora de la libertad ha brillado por último, y nuestros representantes, echando un velo sobre el desconcierto y fatuidad de los tiempos pasados, cimentaron ya la felicidad de ambas Españas, y estas provincias son un miembro igual á cualquiera otro de la monarquía. Cuanto pudiérais apetecer y discurrir y aun aquello que no podríais alcanzar por medio del desorden y la sangre, lo tenéis concedido. Establecido un justo medio entre la confusión de la democracia y las arbitrariedades del despotismo, sois ya ciudadanos dependientes de un poder moderado y justo, que dividido en sus tres calidades esenciales, imposibilitan á los que las poseen como en depósito, de abusar de esa facultad y reunir un excesivo mando en perjuicio de vuestros derechos y de vuestra libertad. Vuestras manos industriosas ya no están ligadas ni sujetas á restricciones absurdas: podéis cultivar en vuestros campos cuanto ellos sean capaces de producir: nombraréis de entre vosotros mismos los que hayan de dirigir y cuidar de vuestra economía civil y los que hayan de representar la parte de vuestra soberanía en el Congreso nacional: publicaréis libremente vuestras ideas y pensamientos políticos, en cuanto no propendan á originar la disensión y trastorno del Estado, y seréis á la vez súbditos y gobernantes, pues los empleos y destinos públicos son del español sabio y benemérito, ora haya nacido en la península, ora en América. Para esto es necesario destruir á los que abanderizando gentes ilusas amenazan con el hierro y el fuego la seguridad del Estado; pero experiencia tenéis de que sé formar ejércitos y conducirlos á la victoria, ellos han triunfado siempre á mi voz y triunfarán en adelante sostenidos por el dios de las batallas: todas las clases pueden contribuir á mi intento de restablecer la tranquilidad y el orden, especialmente los eclesiásticos, pues yo sé que si vosotros, correspondiendo á la san-

tidad de vuestro destino empleáis vuestra doctrina y ejemplo en procurar extinguir el fuego de la discordia, ella desaparecerá como el humo delante del viento: y en conclusión, así como he dado bastantes pruebas de mi anhelo por la cordialidad y la unión, las daré también de tener la firmeza necesaria para castigar irremisiblemente á los obstinados y malévolos.»

En cumplimiento de aquellas buenas disposiciones para acatar la Constitución, la juró en manos del virey y el día 27 el arzobispo Bergosa.

Con cada día que pasaba, nuevas noticias acudían á quitar su importancia á las que el día anterior habían corrido, y los insurgentes se felicitaban de los progresos que al decir de ellos acababa de lograr en la provincia de Tejas D. Bernardo Gutiérrez de Lara, quien, según queda referido en uno de los últimos Episodios, se apoderó de la villa de Nacodoches á principios de Agosto de 1812 al frente de un grupo de aventureros reclutados en los Estados-Unidos del Norte. La verdad fué que Lara, no sólo pudo resistir á las reducidas fuerzas de D. Manuel Salcedo, gobernador de la provincia, sino que el 1.º de Abril se apoderó de la ciudad de Béjar, haciendo prisioneros en ella á Salcedo y á D. Simón de Herrera, nombrado por Calleja comandante general de las provincias de Oriente. La canalla que constituía el improvisado ejército de Lara, exigió de éste que le entregara á Salcedo, Herrera y demás oficiales realistas, y habiéndose apoderado de ellos por instigaciones de un bandido llamado Pedro Prado, los hizo degollar á poca distancia de Béjar, cuatro días después de haberlos capturado.

Los insurgentes celebraron mucho este cruel asesinato con el cual, según ellos, habían sido castigados Salcedo y Herrera por la parte que tomaron en la prisión del cura D. Miguel Hidalgo, y contestando *El Correo del Sur*, que se publicaba en Oaxaca, á los que temían que el auxilio que los Estados-Unidos habían prestado á Lara, no tenía otro objeto que el de *anexarse* la provincia, dijo lo siguiente:

«Cuando el generoso anglo-americano, amante y protector de nuestra independencia, no viniese á auxiliar de buena fe nuestros heróicos esfuerzos, sino que con desprecio de su constitución fundamental y atropellando otros derechos aun más inviolables, tuviese las miras tan pérfidas como vanas de sojuzgarnos, celebra-

ríamos sin embargo nuestra suerte, una vez que nos contásemos libres de la crueldad inaudita del despotismo español.»

En cuanto Calleja tuvo noticia de estos sucesos, dispuso que el regimiento expedicionario de Extremadura se embarcase en Veracruz rumbo á Tampico y desde allí se dirigiese contra los invasores, y á la vez nombró comandante general de las provincias internas al coronel Arredondo, situado en Laredo, última villa de la Colonia del Nuevo Santander.

También por aquellos días, es decir el 3 de Abril, D. Ignacio Rayón, noticioso de que Liceaga y Verdusco le habían declarado traidor, expidió una proclama en Tlalpujahua vindicando su conducta y suspendiendo á su vez á los vocales revolucionarios, medida que, aunque justa, sólo sirvió para desacreditar más y más á la inútil Junta de Zitácuaro.

## IX

En aquellos días, el Sr. D. Ignacio Rayón, siguiendo siempre sus miras de regularizar la marcha de la revolución y hacerla aparecer prestigiada y poderosa, determinó condecorar con el título de coronel á D. Francisco Antonio Peredo y envíale á solicitar auxilios de la república del Norte y de Cristóbal, emperador de Haiti: aunque esta misión no llegó á tener efecto porque Peredo no pudo hallar puerto ni buque en que embarcarse, creo curioso copiar aquí la carta de Rayón para el emperador haitiano:

«A S. M. I. Cristóbal I, emperador de Haiti en su córte imperial de Puerto Príncipe.

Señor:

»La augusta investidura que tan dignamente condecora á V. M. I. abre la brecha más lisongera para que este Congreso imperial conmigo su presidente, se dirija á la persona de V. M. I. con las relaciones más estrechas de unión y amistad fraternal como leales americanos.

»Por este sagrado vínculo con que la naturaleza nos liga, espero que el poder soberano de V. M. I. coadyuve á las justas miras de la independencia y libertad que ya gracias á Dios se disfruta casi

del todo en este Continente, aunque luchando todavía en la lid sangrienta con que empezamos.

»Las credenciales que autorizan al enviado para la entrega de ésta, con los demás documentos que le acompañan, correrán el velo á nuestro estado actual é instruirán á V. M. I. de los pormenores que verbalmente deberá producir dicho enviado.

»Entre tanto y como es mi obligación me lisongeo de ser, Señor, de V. M. I. su más adicto y fiel hermano

*Ignacio Rayón.*»

Este documento fué extendido el día 6 de Abril de 1813.

Las armas adoptadas por Rayón, y que figuran en los papeles susodichos, eran las siguientes: Un águila coronada, rodeada de trofeos militares sobre un puente semejante al del escudo de la ciudad de México. En el puente las iniciales N. F. T. O. N. *non fecit taliter omni nationi,* que es el texto que se aplica á la Virgen de Guadalupe: alrededor: Suprema Junta Nacional Americana, creada en el año de MDCCCXI.

Persistiendo Calleja en su propósito de plantear á todo riesgo el sistema constitucional, determinó que el domingo 4 de aquel mes de Abril, se verificasen las elecciones de Ayuntamiento suspendidas por Venegas. A este fin dió permiso al alcalde Villa Urrutia que se había detenido en Puebla y era uno de los electores, para que volviese á México, y aunque trató de influir para que en el nuevo Ayuntamiento se diese algún participio á los españoles, nada consiguió, y los nombrados fueron en su totalidad personas reconocidamente afectas á la revolución.

Hé aquí ahora como documento curioso y quizás no conocido por muchos de mis lectores, la lista del primer Ayuntamiento constitucional de México en los tiempos del gobierno colonial.

ALCALDES

1.° Conde de Medina, coronel y propietario.
2.° D. Antonio de Velasco, comerciante y propietario.

REGIDORES

1.° D. Juan Ignacio González Vértiz de Guerra, ex-cónsul y propietario.

2.° Conde de Valenciana, minero y propietario.
3.° D. José María Garay, capitán de milicias y propietario.
4.° D. Tomás Salgado, letrado.
5.° D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, propietario.
6.° Conde de la Presa de Jalpa, idem.
7.° D. Juan Anteparan, comerciante.
8.° D. Francisco Galicia, ex-gobernador de indios de la parcialidad de San Juan.
9.° El marqués de Valle Ameno, propietario.
10. D. Juan Vicente Gómez Pedroso, idem.
11. D. José Ignacio Adalid, idem y letrado.
12. D. Francisco Villanueva Cáceres y Obando, propietario.
13. D. José Santos Vargas Machuca, ex-gobernador de indios de la parcialidad de Santiago.
14. D. Juan Orellana, dueño de tocinería.
15. D. José María Prieto de Bonilla, caballero de los Olivos, propietario.
16. D. Juan Pérez Juárez, comerciante.

Síndicos

1.° D. Rafael Márquez, letrado.
2.° D. Antonio López Salazar, idem.

Calleja, á pesar del desaire que los electores habíanle corrido, desaire que Venegas había adivinado y por evitar el mal suspendió las elecciones, se mantuvo firme y dió posesión al nuevo Ayuntamiento, compensando, en parte, el disgusto de los españoles la entrada en México el día 9, del riquísimo convoy sacado de Veracruz por el brigadier Olazabal.

Verificóse al siguiente la visita de cárceles de reglamento, con motivo de la cual algunos de los presos reclamaron la observancia de la Constitución en lo relativo á arreglo de tribunales; pero el suceso de las elecciones de Ayuntamiento hizo más cauto á Calleja, que siguió el parecer de la Audiencia, contrario á la reforma judicial.

La Semana Santa de aquel año se hizo notable por la derrota que D. Agustín Iturbide hizo sufrir á D. Ramón Rayón el Viernes Santo 16 de Abril. Esto fué como paso á referir.

La enemistad de Verdusco y de Liceaga con el Presidente de la Junta había acabado por desprestigiar á ésta, y si de ello se lamentaban los insurgentes, de la ocurrencia reíanse con burla los realistas. ¿Qué bienes podían esperarse de la administración y gobierno de un partido, cuyo primer ensayo de una autoridad suprema daba ejemplos de desunión y rencores tales? El Dr. Cos, influyendo por sus excepcionales cualidades de ingenio y patriotismo sobre los vocales disidentes, procuró restablecer su armonía con Rayón, y éste confió sus poderes á su hermano, haciéndole á la vez y para caso de desavenencia, portador del decreto por el cual suspendía en sus funciones á sus dos compañeros de junta. Dispuesto á todo salió D. Ramón de Tlalpujahua al frente de una respetable fuerza, y el Miércoles Santo se situó frente á Salvatierra y en la orilla izquierda del Río Grande, fortificándose en el puente que daba paso á la ciudad, pintorescamente recostada en una altura que domina las márgenes.

Mientras D. Ramón esperaba inútilmente al enviado de los vocales rebeldes, el teniente coronel D. Agustín Iturbide, tuvo noticia de la posición que guardaban las fuerzas de la Junta, y temiendo que intentaran apoderarse de un rico convoy despachado de México por Calleja, convoy que en Querétaro debía tomar un buen número de barras de plata, concibió el plan atrevido de caer sobre los insurgentes, como en efecto lo hizo, entrando con ellos en batalla el dicho Viernes Santo.

La acción fué corta, pero reñida, y el mismo Iturbide se encargó del mando de la columna que atacó y tomó el puente, apoderándose de toda la artillería y armamento de D. Ramón, que hubo de ponerse en fuga y retirarse con algunos dispersos á Puerto Ferrer, acusando, aunque sin motivo, de complicidad y traición á Liceaga, y recrudeciéndose los odios.

Iturbide padecía de ordinario unas terribles jaquecas que comunmente le postraban en cama, impidiéndole todo trabajo; pero la que en aquel día sufrió no fué un obstáculo para que hiciese lo que hizo, manteniéndose valientemente á caballo. Pero concluída la acción se recogió en su lecho y encomendó á su capellán D. José Joaquín Gallegos, redactase el parte respectivo, que firmó sin leer, y desde entonces se hizo célebre por sus chocantes expresiones. Decíase en él que la pérdida de los insurgentes había ascendido «á trescientos

cincuenta miserables excomulgados que descendieron á los profundos abismos,» y veinticinco prisioneros, que fueron fusilados. Por esta acción que Iturbide consideró siempre como una de las más brillantes de su carrera, obtuvo de Calleja el empleo de coronel del regimiento de infantería de Celaya, y el de comandante general de la provincia de Guanajuato.

Calleja tenía entre tanto que luchar con graves dificultades de toda especie: por lo pronto púsosele enfrente el nuevo Ayuntamiento suscitándole cuestiones de competencia sobre la autoridad de los alcaldes que los regidores quisieron se encargasen de la administración de justicia, conservación del orden público, administración de ciertos bienes y servicio de policía, cambiándose por una y otra parte agrias é inconvenientes contestaciones. El comercio se negó á facilitarle mulas para la conducción de un convoy al interior, y el virey se vió obligado á tomarlas á la fuerza, y el Sábado de Gloria, 17 de Abril, exigió nuevos recursos monetarios en un documento público en que manifestó que el erario se hallaba en agonía tal, que acaso llegaría á ser preciso disminuir ó no pagar sus sueldos á los empleados: la deuda ascendía á más de treinta millones de pesos, y el déficit mensual á más de doscientos setenta mil. A fin de remediar el daño, dictó justas y racionales medidas económicas, disponiendo se suspendiese el pago de todo sobresueldo, gratificación ó pago extraordinario de cualquiera clase que fuera y conminando con la supresión á todo militar ó empleado civil que no marchase inmediatamente á desempeñar su destino, cesando así el abuso que habíase hecho de las licencias. El 24 de Abril la Junta de arbitrios creada por Calleja y presidida por el intendente D. Ramón Gutiérrez del Mazo, le presentó un proyecto para aumento de recursos, fundado en la creación de una lotería, acuñación de moneda de cobre y venta ó hipoteca de las fincas nacionales.

Justificando los sucesos el poco ó ningún aprecio que D. Ignacio Rayón hacía de las cualidades militares de Verdusco, éste, que se hallaba en Puruándiro, huyó vergonzosamente el 24 de Abril ante los realistas de D. Pedro Antonelli, sin intentar siquiera oponerle resistencia y dejando en su poder su artillería, armas, municiones y aun la ropa de su uso, entre la que se encontraron su uniforme y bastón de capitán general y los sellos de la Junta: hizo Antonelli en esta risible acción noventa y ocho prisioneros, á los cuales no

sólo dejó en libertad, sino que les dió un peso á cada uno para que regresasen á sus casas, pues en tal grado de miseria los tenía Verdusco.

Noticioso de la derrota que, como dije, hizo sufrir Iturbide á don Ramón Rayón en Salvatierra, Castillo Bustamante salió el 27 de aquel mes de Toluca para atacar á D. Ignacio en Tlalpujahua; en la misma fecha el cabecilla Osorno fué derrotado por los indios que defendían la población realista de Zacapoaxtla.

El mes de Abril concluyó con el ataque que D. Nicolás Bravo intentó el día 30 contra el puerto de Alvarado, viéndose obligado á retirarse á San Juan Coscomatepec, ante la rigurosa defensa que de la plaza hizo el teniente de navío D. Gonzálo de Ulloa.

## X

Ocupados en políticas pláticas dejamos á nuestros buenos tertulianos de la casa de D. Sóstenes de Pantoja, y ahora nos toca seguir los inesperados incidentes de la inocente mentira de D. Buenaventura del Valle.

Un día ha pasado y al comienzo asistimos de la agradable reunión de la tarde.

La discusión versaba sobre un suceso de no escasa importancia.

El 4 de Mayo Calleja había hecho publicar en la *Gaceta* un decreto, disponiendo que todos los vecinos de cada población se alistasen forzosamente en el regimiento de patriotas, con el fin de no distraer á las tropas de línea en la defensa y guarda de las ciudades: el antiguo jefe del ejército del Centro había concebido este plan desde que en Aguascalientes se encontraba, y aun se la propuso á Venegas, quien no lo siguió considerando peligroso armar al vecindario. Ya virey Calleja se propuso llevarlo adelante y señaló para el alistamiento un número determinado de días, al cabo de los cuales, quienes no hubiesen obedecido la orden, serían alistados en algunos de los cuerpos de línea; no hizo, sin embargo, efecto la amenaza, y Calleja procedió á cumplirla con un golpe de efecto obligando á alistarse en uno de los regimientos expedicionarios que se hallaban en la capital, á los hijos del conde de Pérez Gálvez, familia de las más consideradas y opulentas de México.

—Bien hecho está,—exclamó D. Buenaventura,—el ejercicio de las armas ennoblece al hombre y nada podía perder el conde con que sus hijos se hubiesen alistado voluntariamente en defensa de su rey. Pero ya se ve, la gente ha dado en creer que sólo los pobres están en la obligación de servir á su patria, y que el rico no tiene otro deber que el de darse buena vida y gozar los privilegios que á sí propia se ha dado la opulencia. El ejercicio de las armas no puede ni debe ser un oficio: la vida del hombre es algo muy sagrada y respetable, para que pueda y deba hacerse distinción entre la del rico y la del pobre, y obligar á éste, ya por medio de la inmoral é indigna leva, ya por el de la explotación de su miseria, á convertirse en carne de cañón. Si hasta hoy se ha sobrepuesto el egoismo de los ricos á las obligaciones que con su patria tienen, debilidad de los gobiernos ha sido, no razón ni justo motivo.

—Nuestro amigo D. Buenaventura habla como militar que es,—observó el pacífico D. Cleofás Madana;—pero una nación no puede estar constituída únicamente por militares: las ciencias, las artes, todas las profesiones, en fin, necesitan á su vez sus soldados y en todas ellas puede servirse á la patria con igual honor al de las armas.

—No lo niego, amigo D. Cleofás, pero aquí sólo á los ricos hemos hecho referencia, y por lo regular la inmensa mayoría de ellos no se dedican ni á las ciencias, ni á las artes, ni á profesión alguna, ni se ocupan de más que de alimentarse á costa del sudor de sus colonos ó dependientes.

—¡Alto ahí!—exclamó á voz en grito D. Sóstenes de Pantoja,—rico soy yo, y por Cristo que no á mis colonos ni dependientes debo mis onzas de oro, sino á mí mismo y propio trabajo de más de la mitad de mi vida.

—Perdóneme usted, amigo y señor de Pantoja,—observó exaltado el ex-comandante,—perdóneme, repito, le diga que salta usted la barrera sin que el toro le acometa. Yo no hablo del pobre que se enriquece, sino del chiripiento que sólo debe su opulencia á los caprichos amorosos de sus padres. Aquel sabe siquiera guardar su fortuna porque sabe lo que le ha costado; éste la derrocha sin bien ni beneficio de nadie, como no sea de los pícaros que lo cercan y adulan; á los vagos de la opulencia me refiero y de ello no me reretracto. Pero por fortuna suya, nunca llegaré yo á ser gobierno, y

nada tienen que temer de mí, y por otra parte, no quiero calentarme la cabeza hablando de lo que yo no puedo remediar. Quédense estas cuestiones para los que tengan la desgracia de ser llamados á gobernar á los pueblos.

—¿Tal la considera usted?—preguntó el conde con irónica sonrisa.

—¿Por qué no, si al que á gobernar es llamado desvelan el interés y servicio de los pueblos? pero en fin, allá ellos se las entiendan: nosotros limitémonos á celebrar providencias tan justas como las dictadas por Calleja, encaminadas al más breve y feliz término de la actual insurrección que, según parece, un buen golpe ha recibido con la última derrota de los Rayones y toma del fuerte del Gallo y Tlalpujahua.

Así había sido en efecto. Castillo Bustamante, á quien dejamos saliendo de Toluca el 27 de Abril, acampó en el cerro de San Lorenzo frente al del Gallo, el 24 de Mayo. Este cerro del Gallo, que dominaba á todos sus vecinos, termina en una extensa meseta que D. Ramón Rayón había con inteligencia transformado en un fuerte respetable, armado de siete baluartes unidos por un grueso parapeto, cercado por un ancho foso. Al aproximarse los realistas, D. Ignacio salió de Tlalpujahua á las cinco y media de la mañana del día 5; pero en las lomas de Tarimangacho, una guerrilla realista al mando del teniente de cazadores D. Vicente Filisola le puso en tal aprieto, que á punto estuvo de caer en sus manos, perdiendo en la fuga cinco mil pesos en oro y plata, los sellos y algunos papeles de importancia.

D. Ramón, que desde la derrota de Salvatierra había permanecido en la provincia de Guanajuato, se trasladó violentamente al cerro del Gallo y en él se defendió hasta el día 12, en que se vió obligado á abandonarle, volando antes el parque.

Los realistas encontraron en la fortaleza buen número de cañones, obuses, máquinas y útiles para la fabricación de armas, y grandes depósitos de víveres. Castillo Bustamante mandó arrasar el fuerte, y sin resistencia ocupó á Tlalpujahua, capital que hasta entonces había sido, ó así podemos llamarla, de la revolución, y principal residencia del presidente de la Junta.

Por los mismos días el teniente coronel D. Pedro Monsalve con sus realistas entró en Huichapam, defendido por Chito Villagrán,

quien cayó prisionero y fué fusilado el 14 de Mayo, después de haberse recibido una carta de su padre D. Julián, rechazando el indulto que para él y su hijo se le ofreció si se entregaba á las tropas reales.

—Así perezcan todos los enemigos de España,—dijo D. Sóstenes de Pantoja.

En aquel momento entraron en la sala de la tertulia, acompañadas por D. Martín Cabrera, su esposa D.ª Beatriz Gertrudis, la marquesa de Cervera y la bella viudita Rosa.

—Creí,—dijo á la última D. Buenaventura, — que no íbamos á tener el gusto de ver á ustedes de vuelta.

—No ha sido nuestra la culpa,—se adelantó á contestar la marquesa.

—¿De quién entonces?

—De la multitud que se agolpa á las puertas de la capilla del Señor de Santa Teresa.

—Les digo á ustedes que es casi imposible abrirse paso entre aquel gentío,—observó D. Martín.

—La verdad; vale la pena de los estrujones que allí se reciben, el gusto de contemplar la magnífica capilla.

Diré á mis lectores, poniéndoles en antecedentes, que el martes 19 de Mayo de mil ochocientos trece, se estrenó con gran solemnidad la capilla del Señor de Santa Teresa, cuya imagen se había trasladado á su altar el día anterior con una gran procesión que se hizo memorable por el esplendor y lujo en ella desplegados, y á la cual asistieron los nuevos virey y arzobispo. Quince años se emplearon en la construcción de la capilla, cuyo coste ascendió á más de cuatrocientos mil pesos. Su airosa y elevada cúpula sostenida por esbeltas columnas enteramente al aire, estuvo pintada por el director de la Academia de San Carlos D. Rafael Jimeno, y la dirección corrió á cargo del arquitecto de la misma Academia, D. Antonio Velázquez.

—Magnífica capilla.

—Así quiso que lo fuese,—dijo D. Sóstenes,—el inquisidor Don Manuel Flores, quien contribuyó á su fabricación cediendo durante varios años cuanto le produjo el empleo de secretario del Ilmo. Arzobispo el Sr. Haro.

—Pero en fin, señores, — observó el conde, — ¿jugamos ó no nuestra partida de tresillo?

—Por mi parte estoy dispuesto,—contestó D. Sóstenes, — siempre que D. Buenaventura me prometa no repetir las extrañas distracciones que ayer cometió. Y á propósito, ¿no ha tenido usted agujetas?

—¡Agujetas! ¿por qué?—preguntó D. Buenaventura.

—¡Hombre! por más militar que usted haya sido, nada tendría de extraño que haciendo, como hacía, mucho tiempo que no montaba usted á caballo, el paseo que en él dió usted ayer, le hubiera producido agujetas.

—Pues crea usted que no ha sido así.

—Me alegro.

—Y á mí me extraña, — añadió el conde; — porque, como ayer dije á ustedes, el tal retinto golondrino que montó D. Buenaventura es un caballo semisalvaje é indomable, según me lo ha ponderado mi sobrino Carlos Armendáriz.

—Bueno fuera que todo un señor ex-comandante de las milicias del Capitán general de Guatemala, hubiese querido burlarse de nosotros.

—¿Por qué lo dice usted?— preguntó el aludido poniéndose colorado de vergüenza, como si temiera haber sido descubierto.

—Porque me parece, — respondió D. Cleofás, — que se halla usted demasiadamente poco fatigado después de haberse extendido, á sus años, á dar un paseo á caballo hasta el bosque de Chapultepec.

—¡Vaya! ¡sólo parece que soy algún Matusalén! — observó don Buenaventura, picado en su amor propio: — monté, sí, señores; lo aseguro á ustedes, el tan exageradamente ponderado caballo retinto golondrino y galopé lindamente por el camino que pasa al pié de los ahuehuetes y comienza en la alberca que surte al acueducto. Creo que no pueden darse mejores señas.

—Ciertamente que no, — observó el conde; — y por cierto que desde ayer repite usted esas señas con una exactitud tal, que no parece sino que las ha aprendido usted de memoria y de corrido como muchacho de escuela.

Colocados ya, al decir el conde estas palabras, los jugadores de tresillo, las tres señoras quedaron un tanto retiradas y Rosa dijo á la marquesa:

—La misma observación que el conde ha hecho acababa de ha-

cer yo: no lo dudes, marquesa; Ventura repite esas palabras con intención de hacerme comprender que nos vió ayer conversando con mi antiguo pretendiente D. Andrés Romero.

—No lo creo, Rosa: tu miedo es el que te hace suponer que nos haya visto.

—Eso quién sabe, observó D.ª Beatriz Gertrudis.

—¿Por qué lo dices?—preguntó la marquesa.

—Porque Martín me hizo ayer una porción de extrañas preguntas respecto á tí, Rosa.

—¿Qué preguntas fueron?

—La que más me extrañó fué la que me hizo sobre si sabía yo si tú querías verdaderamente á Ventura.

—¡Lo ves!—exclamó sobresaltada la viudita;— nos vió y desconfía de mí, y ha encargado á D. Martín que averigüe lo que en esto haya. Por eso sin duda también no ha consentido que esta tarde saliésemos solas y nos ha acompañado, obligándonos á pasar en la capilla del Señor de Santa Teresa el tiempo que debíamos haber empleado en ir á Chapultepec en busca de mis cartas y tu brazalete que ayer perdiste.

—Pues, hija mía,—observó reposadamente la marquesa; —tenemos tranquila la conciencia, ninguna falta hemos cometido, y si se nos piden explicaciones las daremos y nos harán justicia.

—Eso crees tú; pero la verdad es que las apariencias me condenan y que si Ventura y yo tenemos un disgusto por haberle ocultado la verdad, mi opinión está en peligro y puede suponerme una casquivana.

—Mira, Rosa, no te hagas amarga la vida: confía en Dios, ten prudencia y calma y mañana á primera hora iremos á Chapultepec y buscaremos tus cartas y mi brazalete y todo quedará compuesto.

## XI

La conversación de las tres señoras aquí llegaba, cuando una criada se presentó en la sala diciendo á D. Martín que un caballero deseaba hablarle con urgencia.

Mucha debía tener en efecto el tal caballero, porque atropellando toda clase de usos y costumbres, se presentó en la puerta de la

habitacion aun antes de que D. Martín hubiese contestado á la criada.

Mas apenas le vió el yerno de D. Sóstenes, cuando dejando escapar una exclamación de verdadero gozo, fué hacia el recién venido y le estrechó cariñosamente entre sus brazos.



... fué hacia el recién venido...

Retiráronse las señoras, y D. Martín, dirigiéndose á los circunstantes, les dijo:

—Tengo el honor de presentar á ustedes á mi excelente amigo y camarada el Sr. D. Antonio Rivas.

Siguiéronse las respectivas y consecuentes presentaciones del conde, D. Sóstenes, D. Cleofás y D. Buenaventura, y el señor de Pantoja dijo entonces:

—Pero usted, Sr. D. Antonio Rivas, sin duda tendrá que tratar algún asunto con mi yerno, y si es así, con su permiso nos retiramos dejando á ustedes en libertad.

—Suplico á ustedes,— opuso Rivas,—que me dispensen el obse-

quio de no incomodarse por mí: tengo efectivamente un asunto que tratar con mi amigo D. Martín Cabrera; pero este asunto no es privado y lejos de serme enojoso me será sumamente grato oir los consejos de tan excelentes personas. Así, pues, sin otros preámbulos, expondré el objeto de mi visita. Ante todo te diré, amigo Martín, que no vengo á verte hoy como camarada, sino como letrado que eres.

—Como abogado y como amigo me tienes á tus órdenes: prosigue que ya te escucho.

—Han de saber ustedes que mi amistad particular con el ex-virey D. José de Iturrigaray me valió el encono y persecución de los que en noche fatal para la Nueva España le depusieron injusta y violentamente: desde aquel tiempo vivo retirado con mi hija y mi pequeña hacienda en el Molino del Rey que un primo mío tiene hace años arrendado. Desde aquella época, raras, rarísimas son las veces que he venido á la capital y ésta no fuera una de ellas si no me hubiese obligado á obrar como obro un atropello de que ayer en la tarde he sido víctima.

Es el caso que, como voy diciendo, en la tarde de ayer, un caballero, á lo que parece, se permitió aproximarse á las tapias de mi casa, no sé con qué intenciones, pero sí causándome un daño de consideración, pues puso á pastar su caballo en mis campos de maíz, haciendo en ellos un enorme destrozo: no es, sin embargo, la pérdida que me ha originado lo que me mueve á solicitar su castigo, sino la sospecha que tengo de que el tal caballerito, algo muy caro para mí, trata de arrebatarme acercándose á las tapias de mi casa. Esto es lo que quiero evitar, y para ello es preciso que tú, como letrado, me ayudes á desenmascarar al caballerito, exigiéndole por el pronto una indemnización por el destrozo de mis milpas: este destrozo lo calculo en trescientos pesos, y deseo que por el pago de ellos le lleves ante los tribunales.

—Se hará como tú lo deseas: pero vamos á ver, ¿quién es el tal caballerito?

—Ni le conozco ni sé su nombre siquiera.

—Entonces...

—Te diré: puedo darte una seña que nos permita descubrirle.

—Dila.

—Mi primo Cristóbal vendió, hace apenas un año, un hermoso

caballo que en pago de cierta deuda le dió un individuo del cual era acreedor: mi primo se deshizo de ese caballo porque, aunque de buena estampa, estaba casi salvaje, y no tuvo, por más que sea buen jinete, ganas de domarle. El comprador fué el dueño actual de la antigua caballeriza del francés Lailson, y el color del caballo es retinto golondrino.

Al escuchar estas señas, D. Buenaventura hubiese querido ver á la tierra abrirse debajo de sus piés. Sus tertulianos no pudieron dominar una exclamación de asombro, que por fortuna pasó desapercibida para D. Antonio Rivas, que continuó diciendo:

—El caballerito contra el cual me quejo montaba ayer tarde el caballo retinto golondrino de que te hablo, y mi primo Cristóbal le conoció y reconoció bien, porque le persiguió largo trecho, hasta que se le desapareció en el bosque de Chapultepec, en el camino que pasa al pié de los ahuehuetes y comienza en la alberca que surte al acueducto.

D. Buenaventura estuvo á punto de desacreditar la milicia á que pertenecía, desmayándose como una muchacha. D. Sóstenes, don Martín y sus tertulianos fluctuaban entre el asombro y la risa.

Pero D. Martín se dominó y dijo á su amigo Rivas:

—Dices que no conoces al jinete del caballo retinto golondrino?

—Ni yo ni Cristóbal, mi primo, le conocemos.

—¿Y no has pasado á la caballeriza del antiguo Lailson con el fin de saber quién ayer tarde montó el caballo?

—No, porque lo consideré inútil, pues el tal jinete habrá sabido comprar á precio de oro el silencio del actual propietario.

—Has hecho bien; no intentes nada en este sentido: yo me encargo de averiguar toda la verdad.

—En tí confío: te conozco como hombre de talento y activo, y á tí encomiendo, no tanto el cobro de los trescientos pesos, cuanto la lección que deseo dar al tal caballerito.

—Descuida, que satisfecho quedarás.

—Te anticipo las gracias y, con permiso de ustedes, me retiro.

—¿Tan pronto?

—Sí, señores: me encuentro violento en la ciudad y deseo volver cuanto antes á mi retiro y al lado de mi hija.

Unas cuantas frases de atención y cortesía mediaron aún entre

los tertulianos de D. Sóstenes y Rivas, y éste el fin salió de la sala y de la casa.

## XII

Aquel suceso se preparaba á tomar no imaginadas proporciones.

Otro que D. Buenaventura no hubiese sido, habríase apresurado á vindicarse, revelando que sólo una inocente mentira era su ya famoso paseo á caballo por el bosque de Chapultepec; pero el ex-comandante era orgulloso y antes habría consentido en dejarse cortar un brazo que en confesar su debilidad.

Sufrió, pues, sin quejarse, la rechifla de que fué objeto apenas hubo salido Rivas, rechifla á la cual unieron sus mordaces comentarios las señoras, una vez que hubieron enterádose del caso.

—¡Bravísimo, señor ex-comandante! ¿Con que esas tenemos? ¿Con que se nos mete usted por los campos del vecino, intenta saltar tapias y arruina la agricultura?

—¡Señores, por caridad! déjenme ustedes en paz y no me hagan perder los estribos.

—Pero amigo D. Ventura,—le dijo D. Sóstenes;—¿quiere usted explicarnos por qué ha hecho todo esto?

—Repito á ustedes que tengan la bondad de que no hablemos una palabra más sobre ello.

—Eso no es posible,—contestó con gravedad cómica y sin poder contener su hilaridad D. Martín: —patrocino á D Antonio Rivas, soy su abogado y en su nombre exijo á usted los trescientos pesos en que estima los daños y perjuicios que se le han causado.

—¡Está bien! —respondió D. Buenaventura enojadísimo,—mañana á primera hora, esta noche si usted quiere, le entregaré dicha cantidad.

—Pero es que D. Antonio Rivas desea que yo lleve á usted ante los tribunales.

—Vive Dios,—exclamó colérico el ex-comandante,—que seré capaz, si tal hacen ustedes, de acogotar al buen D. Antonio Rivas! Aún no ha olvidado mi mano derecha cómo se empuña una espada!

—¡Cuidado!—observó el conde: — confía usted demasiado en sí mismo.

—¿Por qué?

—Porque si maneja usted la espada como las riendas...

—¿Qué quiere usted decir, señor conde?

—Que francamente, yo no atribuyo el atropello de que el señor Rivas se queja, sino á falta de práctica en manejar las riendas: el caballo es, sin duda, tan indomable como dice mi sobrino, sin duda también no pudo usted contenerle, y el bruto se lanzó contra las tapias de la casa de Rivas, y allí permanecería usted desmayado el tiempo que el caballo empleó en devastar la milpa. Digo,—añadió el conde con sardónica sonrisa,—á no ser que la hija de Rivas...

—Eso, eso debe ser, — dijo la viudita, muy satisfecha de encontrar motivo para hacer inculpaciones á D. Buenaventura; — usted me engaña, usted persigue, galantea á la hija de Rivas, es horrible, atroz, indigno de sus años.

—¡Alto ahí, vive Cristo!—gritó D. Buenaventura,— no soy ningún Matusalén para que se me echen en cara mis años.

—¡Luego es cierto! ¡luego usted corteja á la hija de Rivas!

—¡Señores, con dos mil de á caballo! y perdonen ustedes mis juramentos; ni yo conozco á esa señorita, ni mucho menos la cortejo, ni un bledo me importa, ni nada he tenido que ver con el tal D. Antonio Rivas, ni daño alguno le he causado, ni sé qué caballo retinto golondrino es ese, ni yo le he montado, ni...

—¡Cómo! — exclamó D. Sóstenes interrumpiéndole,—¿cómo es eso de que usted no ha montado á caballo?

—¿Sería usted capaz de habernos soltado una mentira?—preguntó la viudita gozosa y satisfecha, como si le hubiera asaltado la esperanza de que aquello fuese en efecto una mentira, y, por lo tanto, nada hubiera visto el comandante de sus conferencias con D. Andrés Romero, en Chapultepec.

Instantáneamente D. Buenaventura se repuso y recobró el perdido aplomo:—es necesario,—se dijo,—sostener hasta el fin mi endiablada mentira: no me faltarán recursos para demostrar mi inculpabilidad en esta aventura que no es mía, sino de ese malditísimo Carlos de Armendáriz; pero de ningún modo me conviene confesar que he mentido, pues revelarlo sería autorizar á Rosa á mentir, y un marido no puede ni debe consentir que su mujer mienta; ade-

más, mi debilidad me pondría en ridículo y de nada como del ridículo debe huir un hombre.

Por supuesto, que las anteriores reflexiones que tantas palabras me han exigido para trasladarlas aquí, pasaron por el pensamiento de D. Buenaventura con la extraordinaria rapidez usual en el mundo de la imaginación, sin que, como en mi relato ha sucedido, el diálogo se interrumpiese ni un solo instante, así es que apenas dejó de hablar la viudita, el comandante, tomado ya su partido, contestó:

—Rosita, yo no miento ni puedo mentir, porque aborrezco la mentira, y no se me oculta que la más inocente puede traernos funestas consecuencias; mi turbación la origina el sentimiento con que me veo obligado á confesar que el conde ha tenido razón: soy ya un doctrino en eso de montar á caballo; no pude ayer contener el mío, y, sin quererlo, causé á D. Antonio Rivas los perjuicios de que se queja y estoy dispuesto á pagarle. Sólo me falta suplicar á D. Martín que vea de disculparme con su amigo Rivas, haciéndole desistir de llevarme ante los tribunales.

Más haré, mi querido D. Buenaventura, porque Rivas no sabrá el nombre de aquel contra el cual se queja, y habrá de contentarse con recibir los trescientos pesos que reclama.

Los tertulianos comprendieron que insistir sobre el extraño incidente sería mortificar á D. Buenaventura, y fingiendo olvidarlo le invitaron, y el comandante aceptó, á seguir la interrumpida partida de tresillo.

Las señoras volvieron á la recámara de D.ª Beatriz Gertrudis, y con femenil insistencia continuaron comentando el suceso.

—Créelo,—dijo Rosa,—Ventura nos descubrió ayer tarde: quizás estuvo aguardando á D. Andrés Romero oculto en las milpas de Rivas, quizás...

—No seas tonta, hija: todo lo traduces del peor modo.

—No, no es eso.

—Te digo que sí.

—Y yo que no, marquesa: ¿cómo, sino, te explicas entonces las vacilaciones y reticencias de Ventura? No lo dudes: Ventura ha temido venderse y descubrirse y espera, sin duda, tener mayores pruebas para confundirme y avergonzarme. Es indispensable de todo punto que mañana, cuéstenos lo que nos costare, volvamos al

bosque en busca de esas malhadadas cartas. Ventura podría volver allí por ver si algo descubre, y si la fatalidad le hace encontrar mis cartas, yo no sabré ni cómo defenderme.

Cuando la tertulia terminó y cada cual se retiró á su casa, don Buenaventura, dirigiéndose solo á la suya, iba diciéndose á sí mismo:

—El tal Rivas me parece un bellaco de marca: ¡trescientos pesos de perjuicio en un campo de maiz! necesitaría para ello que el caballo se hubiera comido, no digo las milpas, sino hasta el terreno en que están sembradas. Poco me importa esa suma; del triple puedo sin perjuicio desprenderme á cualquiera hora, pero el abuso me molesta, y por lo que algún día pueda suceder, mañana á primera hora iré á convencerme y apreciar por mis propios ojos el destrozo de la milpa: á la vez conoceré el maldito camino que pasa al pié de los ahuehuetes y comienza en la alberca que surte al acueducto.

Y ahí verán mis lectores como la juguetona casualidad iba á poner á Rosa y á la Margarita en peligro de encontrarse en el bosque con D. Buenaventura, puesto que, como sabemos, ellas también habíanse citado para ir á Chapultepec al siguiente día y á primera hora en busca de las cartas y el brazalete perdidos no lejos del camino que pasaba al pié de los ahuehuetes y comenzaba en la alberca que surtía al acueducto.

Pero nuevos incidentes iban á completar esta curiosa intriga y á poner en nuevos aprietos á nuestro antiguo comandante de las milicias del capitán general de Guatemala.

Apuntaré algunos de estos incidentes.

Carlos de Armendáriz, armado con las pistolas de D. Buenaventura, cuyas iniciales, como él mismo dijo, tenían grabadas, se dirigió como de costumbre al Molino del Rey á ver á su idolatrada Margarita.

En acecho se encontraba nuestro Tenorio, cuando vió salir de la casa á D. Antonio Rivas, que se dirigió, como ya sabemos á exponer sus quejas á D. Martín y pedirle sus servicios de abogado.

Algunos minutos después, Margarita apareció como de costumbre en la tapia que servía de balcón á sus amorosos ensueños, y llamó á Carlos.

—La fortuna nos ayuda,—le dijo—mi padre ha ido á México y

su primo Cristóbal tampoco está en casa. Uno y otro creeen que con el susto que te dieron ayer ya no pensarás volver, y me han dejado muy recomendada al jardinero, que, como bien sabes, es nuestro en cuerpo y alma.



.. podremos hablar con entera seguridad.

—Entonces mi idolatrada Margarita, podremos hablar con entera seguridad.

—Sí, Carlos mío.

—Me alegro, aunque así como así bien preparado vengo.

—¿Qué quieres decir?

—Que me he proporcionado un par de magníficas pistolas.

—¡Oh! Carlos, ¿qué intentas?

—Nada, mi Margarita; pero esta precaución exige mi seguridad: el salvaje de Cristóbal me disparó ayer dos balazos que por fortuna no me alcanzaron, pero me hicieron correr como una liebre.

—Lo supe: pero, por Dios, Carlos mío, no vayas á cometer una atrocidad.

—Nada temas: pero díme, ¿te riñeron mucho ayer tarde, amor mío?

—No te lo puedes figurar; pero qué me importan á mí esas riñas, si las sufro por tí, á quien adoro?

—¡Ah Margarita, gracias! ¡qué buena y hermosa eres y cuánto te quiero!



¡CALLAD! — DIJO LA JÓVEN.

—Pues sábete que estás en peligro de perderme para siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Que ayer tarde me dijo mi padre que me preparase á casarme esta misma semana con su primo Cristóbal.

—¡Qué infamia!

—Pero nada temas, Carlos mío: aborrezco á Cristóbal, me es insoportable y no me casaré con él ni aunque me maten.

—¿Pero si tu padre te obliga?

—Mi padre me quiere mucho, Carlos mío, yo me arrodillaré á sus piés, me arrojaré en sus brazos, y tales cosas le diré, y tantas lágrimas verterán mis ojos, que al fin le convenceré.

—No, Margarita, no; es indispensable tomar otro partido más eficaz: te voy á decir cuál.

—¡Calla!—dijo la joven,—ocúltate, he oído ruido, alguien viene: después seguiremos hablando.

Carlos preparó una de las pistolas de D. Buenaventura y se dispuso á escarmentar al imprudente que así interrumpía su amorosa plática.

## XIII

Variemos de asunto, ya que las exigencias del plan de nuestra historia nos obligan á cambiarle en este décimo tercero capítulo, en el cual debemos ocuparnos de un extraordinario suceso acontecido en México al anochecer del domingo veintitres de Mayo de 1813.

Es el caso que en la ciudad de México vivía al cuidado de un tutor una joven de no escasas prendas personales, poseedora de un considerable caudal y perteneciente á una de las más distinguidas familias de la ciudad. Llamábase D.ª Leona Vicario, y su hermana mayor había estado casada en primeras nupcias con el marqués de Vivanco y en segundas con el mayor de plaza, coronel don Juan Noriega; era su tutor un licenciado sumamente afecto á los realistas y á la administración española, apellidado San Salvador.

Privada por la muerte, y en sus infantiles años, de la irreemplazable solicitud y tiernas caricias de sus padres, Leona Vicario ne-

cesitaba de un amor, como la flor tropical transportada á un clima frío, del artificial calor del invernadero; alma inocente, espíritu resuelto, su corazón no podía resignarse á abatir las alas bajo el peso de la atmósfera de cruel aislamiento á que la suerte habíala reducido.

La casualidad púsole delante un día á un joven estudiante de leyes que se presentó al tutor de Leona, solicitando el favor de hacer sus estudios prácticos en el bufete de tan distinguido abogado. No transcurrieron muchos desde el día de su admisión, sin que la pupila del licenciado y el joven practicante se adorasen con infantil violencia.

En aquellos tiempos, como en estos, los tutores de pupilas ricas defendían á éstas grandemente y procuraban no prestar facilidades á su matrimonio, máxime cuando, como en el caso de que tratamos, el pretendiente era un hombre al principio de su carrera.

No hay en la vida del hombre contrariedades que más le exalten que aquellas que tienen más ó menos relación con sus pasiones amorosas: el joven practicante no fué en esto una excepción, y no pudiera haberlo sido, cuando el cielo habíale á mayor abundamiento hecho poeta, y suele á este sublime don acompañar no pocas veces algo semejante á la febril excitación de la locura, tan propia para arrollar obstáculos ó al menos para, intentándolo perecer en ellos.

Nuestro joven, que se llamaba D. Andrés Quintana Roo, quiso labrarse un porvenir lanzándose á luchar por su patria y abrazando abiertamente el partido de la insurrección; su entusiasta amante aprobó su determinación, y más hizo aún, pues puso todas sus simpatías en la causa que iba Quintana á defender. Con su aprobación, el joven practicante no tardó en acometer su empresa, y á Tlalpujahua se dirigió presentándose á D. Ignacio Rayón.

D.ª Leona no pensó desde aquel día en cosa que no fuese el triunfo de un partido que, en caso de vencimiento, podía arrastrar en su ruina al hombre idolatrado: carácter decidido y enérgico, comenzó enterando á Quintana de cuanto en la corte vircinal acontecía, cuyos sucesos ella menos que nadie podía ignorar, pues ya he dicho que el licenciado San Salvador era furibundo realista.

Quintana conocía bien á su amante; la causa insurgente érale

querida, servíala con entusiasmo y decisión y por verla triunfar no pensó en que podía comprometer á la mujer amada; ésta le envió elementos y recursos de toda especie, y aun obligó á varias personas á pasarse al campo independiente, entre ellas á varios oficiales de armero que fueron muy útiles á D. Ignacio Rayón.

Los servicios que á la revolución prestaba D.ª Leona la pusieron naturalmente en comunicación con los amigos que aquella tenía en la ciudad, y sobre todo con el teniente coronel D. Francisco Arroyave, elector que había sido del Ayuntamiento por la parroquia de Santa Catarina Mártir.

La transformación operada en el carácter de su pupila no pudo ocultársele al licenciado San Salvador, y la fuga de su practicante le hizo concebir sospechas que, á fuer de buen realista, comunicó á las autoridades. La denuncia dió por inmediato resultado una estrecha vigilancia, y ésta produjo un día la captura de un indio portador de una carta de Quintana para D.ª Leona: lo supo ésta, y no queriendo exponerse á un atropello, determinó fugarse, como lo hizo; escondiéndose en un pueblo inmediato en compañía de una fiel criada: desde su retiro escribió á Quintana pidiendo facilidades para continuar su viaje á Tlalpujahua; pero sus parientes lograron saber su paradero y la obligaron á regresar á México, ofreciéndole conseguir que ningún perjuicio se le siguiera.

No sucedió como se esperaba, y apenas el virey tuvo noticia del regreso de D.ª Leona, cubriendo todas aquellas fórmulas que exigía la elevada posición de la familia de la joven insurgente, la hizo conducir en calidad de depósito al convento de Belén, conocido por «de las mochas,» pero en absoluta incomunicación.

Contenta D.ª Leona de sufrir prisiones y vejámenes por la causa que seguía el objeto de sus amores, no sólo no se intimidó ante los jueces designados para formarle causa, sino antes bien hizo gala de sus opiniones revolucionarias, y denostó á los enemigos de ellas: un ejemplo semejante podría llegar á dar fatales consecuencias; era preciso mostrarse inflexible con la delincuente y al fin se dictó contra ella orden de formal prisión.

Lo supo el teniente coronel Arroyave, y no queriendo mostrarse menos decidido que la valerosa joven, se proveyó de armas y caballos, allegó algunos hombres decididos, y al anochecer del domingo 23 de Mayo se presentó en el convento ó colegio de Belén,

se hizo abrir las puertas, penetró hasta el patio principal, pues á él abría la puerta de la celda que D.ª Leona ocupaba, la sacó de allí imponiendo terror á la irritada rectora, y ya con ella en la calle,




... la sacó de allí...

la hizo montar en un caballo y con la joven libertada se perdió á escape en las oscuras y desiertas calles de los barrios apartados.

Inútiles fueron cuantas pesquisas hizo el gobierno para de nuevo apoderarse de la fugitiva, que algunos días después entró en Tlalpujahua, donde tan poco aprecio se hizo de su heroismo, que

se la alojó en una inmunda casa que había servido de caballeriza' dejándola en la miseria, que ella sufrió resignada y aun contenta, hasta que Quintana regresó y se unió en matrimonio con su valerosa amante, al mismo tiempo que el virey la declaraba traidora y le confiscaba sus cuantiosos bienes.

No fué D.ª Leona Vicario la única dama á la cual los acontecimientos políticos pusieron en peligro de ir á dar á las cárceles realistas: este riesgo corrió también D.ª Manuela García Villaseñor, esposa del licenciado D. Carlos María Bustamante. No habrán olvidado mis lectores que al tener noticia de la prisión del *Pensador Mexicano*, D. Carlos Bustamante, que había escrito el papel titulado *El Juguetillo*, temeroso de correr igual suerte, se fugó de México, por cuya ausencia fué el único de los electores que no concurrió á nombrar el Ayuntamiento del 4 de Abril: Bustamante permaneció oculto unos días en la casa del cura Ortiz en Tacubaya, y de allí pasó á Zacatlan, donde el insurgente Osorno le recibió con salvas de artillería y otras honoríficas demostraciones: enemigo del bandidaje de ciertos cabecillas insurgentes, Bustamante procuró poner coto á los abusos: y con el fin de imprimir á la guerra un carácter humanitario, exigió que se tratara bien á los prisioneros españoles, y aun escribió al virey invocando el respeto al derecho de gentes en la continuación de la campaña.

El virey le contestó remitiéndole un amplio indulto é invitándole á reconocer de nuevo la autoridad real, pero ninguna de ambas cosas aceptó; y presumiendo obligarlo á cambiar de parecer se dictó orden de prisión contra su esposa: supiéronlo á tiempo los amigos de ésta y la pusieron en salvo sacándola de México, de donde marchó á unirse con Bustamante en Zacatlan.

## XIV

A la gente que formaba el ejército de Osorno, no podía convenirle que se tratara de impedirle ejercer el bandidaje, y pronto Bustamante conoció que grandes riesgos le amenazaban permaneciendo en Zacatlan; y aunque D. Ignacio Rayón le escribió que allí permaneciese como auditor de guerra, prefirió trasladarse á Oaxa-

ca con su nombramiento de brigadier, cuyo despacho le expidió el Sr. Morelos á la vez que el de inspector de la caballería del Sur.

El día 24 de Mayo, uno después de la fuga de D.ª Leona, Bustamante entró en Oaxaca y desde luego procedió á organizar é instruir el regimiento de los Valles, encargándose al mismo tiempo de redactar *El Correo del Sur*, periódico, como ya dije, fundado por el Sr. Morelos.

Ya en ejercicio de sus empleos y queriendo imprimir toda la solemnidad posible á los actos del partido insurgente, dispuso Bustamante se hiciese una fastuosa recepción á D. Mariano Matamoros, quien el 25 de aquel mes entró en Oaxaca, después de haber derrotado el 19 de Abril en Tonalá al teniente coronel D. Manuel Dambrini, que con tropas procedentes de Guatemala había intentado vengar la muerte del caballeroso y digno teniente general Sarabia, sacrificado por los insurgentes después de haberse tomado á Oaxaca. Aquella victoria puso en poder de D. Mariano Matamoros gran cantidad de armas, municiones y efectos mercantiles, y le valió el empleo de teniente general que le otorgó el Sr. Morelos.

Mayo concluyó, y principió Junio sin novedad digna de especial mención hasta el martes 5, día entonces festivo por haber sido el tercero de la Pascua de Pentecostés. El tal día, digno á la verdad de conservar de él memorable recuerdo, Calleja publicó un bando conteniendo el decreto de las Córtes de 22 de Febrero, que extinguía el odioso tribunal de la Inquisición, previniendo la incorporación de sus bienes y rentas á la Hacienda pública, y que se quitasen de los cruceros de las catedrales las tablillas que contenían los retratos y nombres de los penitenciados por el llamado Santo Oficio.

Hizo el clero de México cuanto en su poder estuvo para que no se llevase á su debido efecto la medida; pero Calleja se había propuesto acatar en un todo las prescripciones de las Córtes de Cádiz, y la Inquisición quedó suprimida, con grave escándalo de las gentes timoratas: el intendente de México, D. Ramón Gutiérrez del Mazo recibió, comisionado al efecto, los caudales y bienes del extinguido tribunal: importaron los primeros setenta y dos mil pesos, de ellos ocho mil en oro, y en plata el resto: los bienes, consistentes en fincas y en escrituras de capitales impuestos, montaron á un millón y doscientos mil pesos.

No eran éstas bien respetables sumas, los únicos beneficios de que disponía el feroz tribunal, pues contaba además con la aplicación hecha en su provecho de las rentas de una canongía por cada catedral de las existentes en el país.

Cesaron en virtud de este decreto en el ejercicio de sus funciones los inquisidores de aquellos días, D. Bernardo de Prado y Ovejero, D. Isidoro Sainz de Alfaro y D. Manuel Antonio Flores. Todos tres eran personas íntegras y de buena fe, como lo demostraron no haciendo uso de una cláusula del testamento del fundador de la llamada Obra Pía de Vergara, que les hacía dueños del capital invertido en ella.

Esta Obra Pía tuvo por objeto aliviar las miseria de los presos de la cárcel de la Corte: la fundó un licenciado de nombre Vergara, natural de Santa Fe de Bogotá, defensor que había sido de pobres de la Audiencia de México. Vergara pensó haber dejado el patronato de su citada Obra Pía á los padres jesuitas; pero como ya éstos andaban mal vistos, y se consideraba segura su expulsión de los dominios españoles, determinó dejársela á la Inquisición, cuya existencia estimó sería perdurable, disponiendo que, como remuneración del trabajo que el patronato pudiera originarles, se le regalara anualmente á cada inquisidor un tintero de plata, cuyo costo se pagaría de los fondos de la misma obra. Queriendo evitar que ninguna otra autoridad interviniese en la fundación, nombró por sus herederos á los inquisidores que lo fuesen al darse el caso de la supradicha intervención. Los que lo eran en Junio de mil ochocientos trece, no quisieron hacer válida aquella cláusula del testamento de Vergara, y la Hacienda se recibió también de los fondos de la Obra Pía, aunque después los reclamó, y no muy comedidamente el Ayuntamiento.

El Archivo y las causas pendientes en la Inquisición pasaron al Arzobispado, y no se halló reo alguno en las cárceles secretas, porque pocos días antes, los que en ellas existían, fueron enviados á diferentes conventos á cumplir ligeras penitencias.

Y pues de presos hablo, este es el lugar de dar á conocer á mis lectores una salve, que, estando detenido en el convento de Santa Cruz de Querétaro, compuso el padre doctor D. José María Castañeta, para uso de los presos de la cárcel de aquella ciudad.

Decía así:

Guadalupana, salve,
salve, virgen excelsa
que del divino verbo
sois madre verdadera.
A Juan Diego dijisteis
que como madre tierna
nos constituía objetos
vuestra piedad inmensa.
Por eso los indianos
en la presenta guerra
vuestro poder invocan,
vuestros cultos aumentan.
Escuchad compasiva
sus ayes y sus quejas,
pues sois su protectora
liberal, fiel, discreta.
Humildes os pedimos
que una paz duradera
selle gloriosamente
vuestra dulce clemencia.
Romped, Reina adorable,
romped nuestras cadenas
y enjugad nuestros ojos
con amorosa diestra.
Al Padre siempre demos,
al Hijo, ¡Oh Madre tierna!
y al Espíritu Santo
alabanzas eternas.

Como el Padre Castañeta había caído prisionero de los realistas en Aculco, el alcalde de Querétaro, D. Tomás de las Cavadas, temió que algo peligroso tuviese la tal salve; y la puso á la censura del Padre Fr. Diego Bringas, quien el 8 de Junio de 1813 rindió el siguiente curioso informe:

«La salve que usted me incluye, tiene mucha malicia en el sentido de muchas de sus estrofas, pero con tanta capciosidad que las pueden interpretar bien, aunque la penúltima con dificultad, yo se la dejaría cantar sin mudar más que la tercera estrofa, así:

Por esto las Españas
en la presente guerra,
vuestro poder invocan
contra la Francia fiera.

»Y la penúltima, así:

Romped, Reina adorable,
las francesas cadenas,
reunid los corazones
que aparta la infidencia.

» Y de esta manera se manifestará el sentido determinado á un buen extremo. Dios nos dé su santa paz é ilustre las tinieblas de tantos ciegos que guían á otros.»

## XV

Refiriéndonos ahora á otro asunto, y no debiendo echar en olvido suceso alguno, merecedor de pasar á conocimiento de mis lectores, les diré que el viernes 11 de Junio, y á la edad de noventa y un años, murió en México un sacerdote altamente benéfico llamado D. Manuel Bolea Sánchez de Tagle, prepósito del oratorio de San Felipe Neri. Aquel apóstol de la caridad, fué hijo de una de las más distinguidas familias del mineral de Guanajuato, y tanto esto como sus santas y ejemplares costumbres le valieron, no sólo la amistad de toda persona elevada, sino también su cooperación para sus obras de beneficencia. Verdadero padre de los menesterosos y desgraciados, consagró su larga vida á ser para ellos la providencia, y queriendo salvar de los riesgos de la seducción á las jóvenes pobres que más expuestas estaban cuanto eran más hermosas, fundó el colegio y asilo de la Concepción en la plazuela del mismo nombre, al cual el público bien pronto comenzó á llamar por alusión á su objeto, el «Colegio de las bonitas.»

Su avanzada edad no le permitió ver concluída la fábrica material, cuyo primer piso y magnífica escalera dejó concluídas sin haber hecho uso de otros recursos que las limosnas que con tal fin recogía: sucedíale muchas veces que al terminar la semana, faltábanle dineros para pagar las *rayas* á los operarios, y en este caso enviábale las cuentas á alguno de los ricos de la ciudad, que con gusto las satisfacía, satisfecho de la buena inversión que al dinero se daba.

Su fallecimiento dió origen á un verdadero duelo público y manifestación fué de él el gran concurso que asistió á su entierro,

que con gran pompa celebraban las comunidades de San Francisco y San Agustín: sus restos se depositaron en la capilla del Beato Sebastián Valfre, en la casa Profesa de los antiguos jesuitas.

Saben mis lectores, pues se lo dije al referirles los sucesos de Mayo del año que nos ocupa, que el teniente coronel D. Pedro Monsalve, jefe del batallón expedicionario de Lobera, tomó el día 3 de aquel mes la población de Huichapan, cuartel general de los Villagranes: uno de ellos, el *Chito*, murió el día 14 fusilado: don Julián, padre de Chito, y sobrenombrado el viejo, hallábase acampado con sus tropas en el mineral de Zimapan, y dominaba casi en lo absoluto toda la Sierra hasta la Huasteca. Monsalve cayó sobre él el día 31 de Mayo, y después de un recio combate, D. Julián se retiró á la hacienda de Amajaque, pero le hizo traición su capitán D. Felipe Maya, y le entregó al realista Casasola, quien por orden de Calleja lo fusiló en la hacienda de Gilita el 21 de Junio. Los Villagranes tomaron parte en la revolución desde sus principios, y fué su única cualidad el valor que les distinguió constantemente; por lo demás, su conducta atroz, sus sanguinarios instintos, su insolente insubordinación, su cruel despotismo, arruinaron la comarca que fué teatro de sus campañas, é hicieron aborrecible su memoria: Rayón y el Sr. Morelos estimaron como una necesidad urgente destruir á los Villagranes como á Osorno: en carta de 15 de Enero de 1813, escribió el Sr. Morelos á Rayón, la siguiente: «Ya dije á V. E. en mi anterior mi parecer acerca de los Villagranes, y quedo impuesto en la última doctrina de éstos. No hay más que desparecer á los infames por los más mejores trámites, pero Osorno no ha de hacer caso, y es necesario aguardar mejor lance.»

En la costa de Sotavento de Veracruz habían ocurrido por aquellos días sucesos que no dejaban de haber puesto en graves aprietos al magnánimo y sin par caudillo insurgente D. Nicolás Bravo: el jefe realista D. Juan Topete, teniente de navío, encargado de la defensa de la costa. logró regularizar el tránsito de los comboyes, y hacer retirarse á los insurgentes, y de esta circunstancia se aprovecharon los enemigos de D. Nicolás para pedir se le destituyese del mando: D. Mariano Matamoros y D. Carlos María Bustamante tuvieron la debilidad de apoyar aquella indigna trama, y dirigieron una representación al Sr. Morelos pidiendo la destitución de Bravo, atribuyendo sus reveses á la poca fortuna de D. Nicolás, al

odio que los costeños le tenían, y al concepto en que estaban en que era un traidor. De modo tal insultaban á su propio camarada, gloria y honor de los insurgentes.

La representación no fué atendida ni por el Sr. Morelos ni por Rayón, quien habiendo salido el 7 de Junio de la Hacienda de los Laureles, al tener noticia de que el brigadier insurgente Cajigas había aprehendido al vocal disidente Liceaga, llegó á Puruarán el 22, y allí tuvo con él una entrevista, y una especie de reconciliación, si bien dispuso que siguiera en arresto.

Persistiendo Calleja en su propósito de continuar planteando el sistema constitucional, señaló el domingo 4 de Julio, el lunes y el martes siguientes para el nombramiento de los *compromisarios* que debían designar los electores de los diputados por México á las Córtes españolas. Volviéronse á repetir los tumultos y desórdenes que tuvieron lugar al nombrarse el Ayuntamiento, y el triunfo fué una vez más de los criollos: triunfaron de nuevo éstos al nombrar electores: el día 11 y el 16, se declaró instalada la junta electoral con veintinueve individuos, de los cuales cinco resultaron europeos, y fueron por esta circunstancia objeto de la rechifla de sus camaradas de junta. Verificada el día 18 la elección de diputados, nombráronse catorce de éstos, todos ellos criollos. Pero Calleja encontró el modo de nulificar tamaño triunfo, manifestando á los elegidos que el mal estado del erario no le permitía facilitarle los viáticos y dietas correspondientes, y ninguno de ellos pudo entonces salir para su destino, careciendo como carecían de elementos para hacer el viaje á sus expensas.

Salvo las citadas elecciones, todo aquel mes de Julio se pasó sin que en él aconteciera cosa digna de mención hasta el día 28, en que D. Nicolás Bravo vengó el desastre que había sufrido el 20 de Abril ante las fortificaciones del puerto de Alvarado, rechazando al coronel D. Antonio Conti y sus realistas, en el asalto que intentaron de la fuerte posición de San Juan Coscomatepec: álzase la población de este nombre sobre un cerro que se levanta entre las ramificaciones de las lomas de tierras de acarreo del volcán de Orizava. Hé aquí cómo el mismo D. Nicolás describió la acción que nos ocupa:

«Me hallaba en dicho pueblo con cuatrocientos cincuenta hombres cuando se me presentó Conti: atacóme después de haber caí-

do un recio aguacero, y lo hizo con tanta rapidez, que llegó á la bayoneta: mis soldados se defendieron con los fusiles, dándoles de garrotazos á los suyos, y aun les echaron lodo en la cara. Logré rechazarlo en menos de media hora, y me dejaron porción de muertos. Hecho este ataque brusco, todavía quedaron detrás de las paredes del pueblo y de los árboles, de modo que continuó la acción hasta las tres de la tarde, hora en que se retiraron.

»Cargó entonces una de mis partidas sobre ellos, y con la oscuridad de la noche, dispersos por aquel *barreal*, se les tomaron muchos fusiles, principalmente de los muertos que dejaron, con más dos cargas de parque, que me vinieron muy bien: por fin entraron en la villa de Orizava al día siguiente bien escarmentados.»

No sabiendo los realistas cuáles pudieran ser los propósitos de D. Ignacio Rayón, de quien no habían vuelto á saber después de su derrota en Tlalpujahua, pero temiendo tratara de trasladarse á la laguna de Yuriria y fortificar de nuevo la isla Liceaga, D. Agustín Iturbide, que con fruto expedicionaba por la provincia de Guanajato, recibió orden de Calleja para unir sus tropas á las de Ordóñez y las de la provincia de Michoacan, y con ellas destruir de nuevo las fortificaciones de la isla, como así lo ejecutaron el 6 de Agosto, siendo fusilado en esa expedición por el teniente coronel Orrantia, segundo de Iturbide, el brigadier insurgente Rubí.

D. Ignacio Rayón, temiendo la proximidad de las fuerzas de García Conde, salió de Puruarán para Puruándiro, donde llegó el 9 de Agosto: el 12 hizo fusilar al coronel insurgente Vicente Arias, queriendo con ello dar un ejemplo de cómo habían de ser tratados los bandidos que desacreditaban al partido revolucionario: de esta ejecución escribió el Secretario del Presidente de la Junta en su diario, lo siguiente: «Los excesos, latrocinios y reincidencias de D. Vicente Arias, que indebidamente obtenía el título de coronel de los ejércitos nacionales, lo condujeron por fin al patíbulo, para que sirva de escarmiento á los que osen cometer iguales atentados.»

En el mismo diario dice con fecha 14 de Agosto lo siguiente, que traslado con el fin de dar á conocer cómo Rayón representaba su papel de Presidente de la Junta y Ministro.—«Se recibió la noticia del feliz alumbramiento de la Excma. Sra. Ministra D.ª Mariana Martínez, que ha celebrado el vecindario de Puruándiro con iluminación, salvas y otras demostraciones de regocijo: dieron á

S. E. los parabienes los oficiales de todos los cuerpos, á quienes correspondió con el agrado, dulzura y benevolencia que forman el carácter de este príncipe, tan generalmente reconocido. En la noche se celebró baile, á que asistió S. E., accediendo á la súplica de los oficiales; al inmediato día se celebró misa de gracias á que asistió el Sr. Comandante general del Norte con el cuerpo de oficialidad.»

## XVI

Recordarán nuestros lectores que al final del Capítulo XII dejamos á la bella Margarita y al enamorado Carlos de Armendáriz sobrecogidos de temor por la proximidad de alguien que con intención ó sin ella acababa de interrumpir sus dulces, amorosas pláticas.

Por fortuna el ruido pareció alejarse, se perdió al fin y los novios reanudaron su conversación.

—¿Qué partido es ese que dices que es necesario tomar?—preguntó Margarita.

—Voy á decírtelo,—contestó Carlos;—pero antes prométeme que no te opondrás á él.

—Según como sea.

—¿Eso dices?

—Sí, Carlos mío: conozco que estás loco por mí y es preciso que yo te vuelva á la razón.

—¡Ah, Margarita! ¡veo que tú no me quieres!

—¿No quererte yo? ¡ingrato!

—Perdóname, Margarita, ¿pero qué otra cosa he de pensar, cuando tú misma acabas de decirme que tu padre te ha ordenado estés dispuesta á casarte esta misma semana con Cristóbal y no quieres aceptar el plan que para salvarte voy á describirte?

—Díle, pues.

—Escucha: según crees tú, tu padre D. Antonio Rivas no consentirá de buen grado en casarte conmigo, ni aun cuando mi tío el conde de Orizava viniera á pedirle tu mano para mí.

—Es cierto: aborrece á todo el mundo menos á mí y á su primo Cristóbal.

—Por lo tanto es indispensable que si queremos casarnos recurramos á la protección de la ley.

—¿Qué quieres decir?

—Que es absolutamente necesario que salgas de esta casa.

—¡Huir yo! ¡abandonar á mi padre! nunca Carlos,—contestó con resolución la joven.

—Margarita, mira bien lo que dices: no es mi ánimo abusar indignamente de tu credulidad y de tu amor: te amo tanto, que sólo en el matrimonio estriba mi felicidad.

—Tus palabras, Carlos, me inspiran confianza; no creo que trates de perderme, pero tu plan me asusta no sé por qué. Sin embargo quiero escucharte hasta el fin; habla, prosigue, te escucho.

—Es necesario que tú salgas de esta casa, lo repito.

—¿Cómo y de qué manera? Huir contigo sería...

—No huirás conmigo.

—Explícate.

—Mi tía la marquesa de Cervera te esperará cerca de aquí en un carruaje, te acogerá como una madre cariñosa, te conducirá á su palacio y á él haremos ir á tu padre y allí le convenceremos de que debe consentir en nuestro casamiento.

—¿Pero si mi padre no consiente?

—La ley le obligará entonces.

—¡Oh! no, yo no puedo causarle tamaño disgusto.

—¿Entonces prefieres casarte con Cristóbal?

—Yo te juro que jamás seré su esposa: te lo juro por mi mismo padre, por tí, Carlos mío.

—¿No comprendes que aun cuando eso sea así, tu padre se irritará más y más, y mucho menos consentirá que te cases conmigo?

—Así será, no lo niego; le conozco bien.

—Entonces...

—Carlos mío, te adoro con todo mi corazón y sin embargo tu plan me asusta.

—Y le rechazas ¿no es cierto?

—¿No podríamos encontrar otro mejor?

—Sí,—respondió Carlos despechado;—hay otro y ese es el que yo seguiré.

—Carlos, Carlos mío, tu acento, el tono de tus palabras me asusta; ¿qué es lo que piensas?

—Como la vida sin tí, ni la comprendo, ni me sería soportable...

—¡Concluye!

—¿Para qué si tú lo has adivinado?

—¡Piensas matarte! ¡Ah! ¡Carlos, tú no me quieres!

—¡Si tú crees que puedo demostrarte mi cariño renunciando á hacerte mi esposa y viéndote casada con otro, tienes razón; no te quiero!.

—¡Carlos! qué cruel eres conmigo.

—¡En cambio tú que piadosa! ¿no es cierto?

—¡Carlos, me estás volviendo loca de dolor y de pesar!

—¡Margarita de mi corazón! ¡perdóname! ¿pero qué quieres que haga yo si me siento morir?

—Mira, Carlos mío; yo no soy más que una pobre muchacha sin experiencia y sin ingenio: nada me ocurre para salvar esta situación, pero tú inventarás otro recurso que nos haga triunfar. Piensa, Carlos mío; piensa y lo encontrarás.

—No, Margarita; no le hay. Sólo dos medios existen para que un padre consienta en dar en matrimonio sus hijas. O el convencimiento ó la fuerza. ¡Qué mayor satisfacción para mí que la de arreglar esto amigablemente, haciendo á mis tíos el conde y la marquesa venir á esta casa á pedirle á tu padre tu mano para mí! ¿Crees tú que tu padre se dejará convencer por ellos? Asegúramelo y mañana estarán aquí.

—No lo puedo asegurar: al contrario: no me cabe duda que mi padre ni aun querrá recibir su visita.

—Entonces ¡qué otro recurso queda?

—No lo sé, Carlos mío, no lo sé.

—Yo sí.

—¿Cuál?

—¡Matar á mi rival ó hacerme matar por él!

—¡Ah! ¡Carlos! ¡me estás destrozando el alma!

—¿Acaso queda en la mía un solo pedazo que no esté muerto ya!

—¡Oh! ¡no me hables así!

—¿Cómo entonces? No, Margarita, no es una infamia lo que yo te propongo; no quiero hacerte salir de esta casa sino para hacerte mi esposa; mi tía te esperará cerca de aquí, no se apartará de tu lado y...

—Carlos, no prosigas; tu plan me asusta; es necesario intentar otro y ya le tengo.

—¿Cuál es?

—Arrojarme á los piés de mi padre, revelarle mi amor por tí y pedirle su consentimiento para nuestra boda.

—No quiero que me acuses de haberte impedido intentar este recurso, que sin embargo juzgo inútil y contraproducente; habla á tu padre, pero si se niega, mañana me haré matar por Cristóbal.

—Carlos, perdono tu crueldad, y te mando por nuestro amor que esperes á que haya yo intentado este recurso

—Te obedeceré, Margarita, pero no me apartaré de estos rumbos hasta después de haber sabido la resolución de tu padre.

—Está bien; yo te prometo que á cualquier hora que sea te la daré á conocer hoy mismo.

A este punto de su conversación llegaban los dos amantes, cuando á Margarita se llegó el jardinero diciéndole:

—Niña Margarita, el amo viene con D. Cristóbal; acabo de verles dar vuelta al recodo del camino.

—Ya lo oyes,—dijo Margarita á Carlos;—vete.

—Me voy, sí; pero en cuanto cierre la noche volveré á este mismo sitio.

—Está bien; vuelve y espérame, que á cualquier hora que sea yo vendré á decirte lo que haya sucedido.

## XVII

Impaciente y un buen trecho retirado de las tapias de la casa del Molino, Carlos de Armendáriz esperó que la noche acabase de cerrar á fin de poder acercarse de nuevo á ellas.

Cuando lo hubo conseguido, su impaciencia, lejos de menguarse, fué creciendo por grados hasta la exaltación.

Los minutos parecíanle horas, y no podía explicarse cómo Margarita tardaba tanto en salir á comunicarle el resultado de su entrevista con D. Antonio.

Pero inútil esperar; las horas transcurrían y la joven no llegaba.

Vigilia fué aquella que se prolongó como una eternidad para nuestro amante.

La proximidad de la madrugada comenzó á anunciarse con un vientecillo tan frío que penetraba los huesos.

Carlos se vió precisado á buscar alguna defensa contra la intemperie, acogiéndose á un abandonado *jacal*, que, formado con zacate, no lejos de las tapias se alzaba medio oculto entre las cañas de la *milpa*.

No hacía mucho que en él habíase abrigado, cuando escuchó primero pasos y después perceptible rumor de palabras.

Curiosidad invencible le hizo prestar atención, y merced á ella escuchó lo siguiente:

—¿No hay peligro?

—Ninguno; al menos me parece que ya se ha retirado.

—¿Quién sería ese hombre?

—No lo sé.

—Tal vez un guarda.

—No lo creas.

—¿Por qué?

—Porque nunca jamás ha quedado por la parte de afuera guarda alguno.

—Una cosa me ocurre.

—Díla.

—¿Tendrá novio la hija de D. Antonio?

—Claro que sí le tiene, y este es el motivo de la marcha.

—Entonces no te quepa duda: el hombre que hemos visto casi toda la noche al pié de esas tapias, debe haber sido el novio.

—Puede que sí; pero en ese caso, de seguro se ha ido ya; falta poco para el amanecer, y los novios son como las lechuzas: huyen á la primera luz.

—Mejor para él, porque te aseguro que si no se hubiera ido, le habría yo enviado al otro mundo.

—Pues según parece no habrá necesidad de ello.

—Más vale así;—pero dime,—¿no sabrá el novio las intenciones de D. Antonio?

—Podría jurar que no las conoce.

—Pero ¿qué se propone D. Antonio con este viaje?

—Evitar que la muchacha se le case.

—¿Tenía más que casarla con D. Cristóbal?

—Ya, eso quería; pero la muchacha ha dicho que nones.

—¿Por qué?

—¡Toma! porque ama á otro; así se lo ha dicho esta misma noche; pero D. Antonio no ha querido ni saber su nombre, y la ha mandado que esté preparada á salir hoy mismo al amanecer, so pena de casarla mañana mismo con D. Cristóbal.

—¿Y la muchacha?

—¿Qué remedio tenía si no aceptar la marcha?

—¿No le habrá avisado al novio?

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque D. Antonio se ha encerrado con ella en la misma habitación, á fin de que no pueda su hija escribir ni hablar con persona alguna.

—Pero, á todo esto, ¿por qué te ha puesto á tí en la calle?

—Porque supone que yo he sido quien favorecía los amores de su hija, cuando bien sabe Dios que ni sé cómo se llama el novio ni jamás en mi vida le he visto.

—Pero si tal supone, mal hizo en dejarte libre.

—Pero es que no me dejó libre; antes por el contrario, me mandó encerrar en una habitación que sirve de granero, después de haberme aplicado media docena de garrotazos, que juro á Dios que tienen de salirle á la cara.

—¿Cómo entonces te escapaste?

—Quitando la reja del ventanillo del granero, cosa que me fué fácil, pues la pared es de *tepetate*.

—¿Y á dónde piensa llevar á su hija?

—No lo sé, ni me importa, y á tí menos que á nadie; lo que nos interesa saber es, que á la madrugada de hoy saldrá del Molino con su hija, y sin que nadie le acompañe, pues no quiere que nadie sepa á dónde se dirige, á fin de que no le avisen al novio de la niña.

—Pero en fin, ¿qué es lo que tú te propones?

—Ya te lo he dicho: hacer que le salgan á la cara los palos que me ha dado.

—¿Matarle?

—Justo.

—¿Pero y su hija?

—No pienso hacerle cosa alguna; pero si nos estorba la mataré también.

—Pero, según parece, ¿te has olvidado de la horca?

—No, pero también de ella nos escaparemos.

—¿Lo has pensado bien?

—¿Acaso tienes miedo?

—¿Miedo yo? mal me conoces.

—Pues lo parece.

—Poco has de vivir si no te convences pronto de lo contrario.

—Allá veremos; pero en fin, lo que importa es que me ayudes á dar el golpe; ya lo sabes: tú te lanzas sobre la muchacha, la amarras bien y le tapas la boca: yo dejo seco á D. Antonio de una puñalada ó de las que se necesiten; montamos en los caballos, que han de ser buenos; nos apoderamos del saquillo de las onzas de oro, y mañana nos unimos á la primera partida de insurgentes que encontraremos y allí que vayan á buscarnos.

Alboreaba apenas la primera luz del día, cuando el gran portón de salida del Molino, se abrió de par en par dando paso á D. Antonio y su hija, jinetes ambos en dos magníficos corceles.

Margarita y su padre, sin que ni un solo hombre les acompañara, se alejaron bien pronto del Molino y desaparecieron al fin.

Un cuarto de hora después, dos hombres de mala traza, con las caras cubiertas con unos pañuelos de seda, salieron de unos matorrales y marcaron el alto á los viajeros, lanzándose incontinenti sobre ellos.

Antes que D. Antonio hubiera podido tomar sus pistolas, uno de los malhechores le derribó del caballo, y víctima y verdugo rodaron confundidos en el polvo.

Aterrada Margarita, soltó las riendas de su corcel, que partió inmediatamente desbocado y con violencia tal, que al encontrarse con Carlos de Armendáriz, que acudía en su auxilio, le dió golpe tal, que el joven se vió despedido de su silla y fué á chocar contra un árbol, á cuyo pié quedó privado de sentido.

La joven no pudo reconocerle, y arrastrada siempre en vertiginosa carrera, fué á caer á su vez entre los árboles del bosque de Chapultepec, lanzada también por su caballo.

Todo esto fué extraordinariamente rápido, obra de un momento casi inapreciable, imposible de ser descrito con palabras que puedan dar idea de su brevedad.

Los autores de aquella catástrofe, apenas se distinguían en lon-

tananza como dos puntos que más y más se alejaban entre una nube de polvo.

Montaba el uno el caballo de D. Antonio.

Montaba el otro el famoso retinto-golondrino, que ya conocen mis lectores.

¿Qué había sido de D. Antonio?




Aterrada Margarita, soltó las riendas de su corcel,...

¿Habría quedado muerto, según habían sido las intenciones de uno de sus asaltantes?

Lo sabremos si nos damos el trabajo de seguir á D. Cristóbal.

El buen primo de D. Antonio había permanecido unos instantes en el portón del Molino, viendo alejarse á la ingrata Margarita; iba á retirarse cuando vió salir de entre las cañas de la *milpa* á un jinete, en cuyo caballo reconoció al retinto-golondrino que dos tardes antes persiguió en el bosque de Chapultepec.

No sabemos lo que temió; pero es el caso que hizo ensillar inmediatamente uno de sus caballos, y de nuevo se lanzó en persecución del desconocido: pero por muchos esfuerzos que hizo, éste le llevaba una gran delantera y por fin llegó á perderle de vista.

Cristóbal continuó avanzando á todo galope, y por fin se encontró con D. Antonio, tendido en tierra y bañado en su propia sangre.

Se llegó á él, le registró, y con gozo supremo pudo convencerse de que D. Antonio vivía.

Ninguna de sus heridas presentaba gravedad alguna.

Miró en torno suyo, pero á nadie descubrió ni encontró otro objeto que una pistola con las iniciales B. del V.

Era una de las que á Carlos de Armendáriz había prestado nuestro amigo el ex-comandante D. Buenaventura del Valle.

## XVIII

Atentos á sucesos de político interés, renunciemos por el momento á seguir los incidentes de las aventuras amorosas de Margarita y Carlos de Armendáriz, y demos lectura á la carta que va á continuación:

«Sr. D. Anastasio de Ochoa y Acuña:

Mi bueno y querido hermano:

No había tenido ocasión hasta hoy de dirigirte letra alguna; pero en la presente me propongo compensarte mi largo silencio: ante todo te diré, que no he podido encontrar el consuelo que esperaba: nada es bastante á distraerme y mi memoria no deja un sólo punto de ocuparse por entero de mi idolatrada Remedios: paréceme que no puedo respirar en esta atmósfera que ya no es la suya, y ni en la contemplación del cielo encuentro el encanto de otras veces desde que sé que ya no la cobija nuestro hermoso firmamento mexicano. Recibí una carta que D. Alvaro de Cervera me escribió antes de embarcarse en Veracruz; me dice en ella, que su hija Remedios recobró la alegría y la salud conforme se fué acercando á la costa, y que sólo un pesar la aflígía: el de que yo sea tan bueno que no consiga olvidarla. ¡Por qué Dios no me habrá dado voluble corazón de mujer!

¡Cómo ha de ser! hagamos á un lado lo que no tiene remedio, y pasemos á comunicarte las nuevas que por estos rumbos han ocurrido:

Ayer jueves diez y nueve de Agosto del actual, año de mil ochocientos trece, capituló por fin el Castillo de Acapulco, después de

de un sitio por todos conceptos memorable; pero no quiero comenzar por el fin mi relación y voy á dártela con los mayores detalles posibles.

El Sr. Morelos salió, como ya sabes, de Oaxaca, con la firme intención de proceder á la terminación del sitio de Acapulco y toma de su castillo, creyendo con ello cumplir las órdenes que, para apoderarse de aquel puerto y fortaleza, le dió D. Miguel Hidalgo al avistarse con él en Charo, en principios de la revolución, y así se lo escribió á su intendente Ayala, jefe del campamento del Veladero.

La marcha de los mil quinientos hombres del ejército del señor Morelos estuvo por demás erizada de dificultades: era el terreno escabroso y salvaje; desierto en muchos puntos, el hambre y la sed afligieron veces mil á aquellos valientes, y extenuados por la fatiga, en varios parajes se vieron obligados á transportar á brazo la artillería; las jornadas fueron la mayor parte de una, tres y cinco leguas: las tropas bisoñas desertaron en gran cantidad, y el señor Morelos, comprendiendo que se necesitaban en verdad mucho patriotismo y energía para no desmayar en aquel trance, no consintió que se persiguiera á los fugitivos.

Las divisiones de D. Hermenegildo Galeana y Matamoros precedieron en la salida de Oaxaca á la del Sr. Morelos: por disposición de éste la de Matamoros se situó en Yanhuitlan para atender á la seguridad de las Mixtecas, y en la cuesta de Santa Rosa destacó á D. Hermenegildo en auxilio de D. Miguel y de D. Víctor Bravo, empeñados á la sazón con las tropas del comandante Páris, al cual el Sr. Morelos hizo retirarse á Acapulco, fingiendo con habilidad una orden del virey que Páris creyó auténtica. Reuniéronse en Ometepec las fuerzas insurgentes, y con mayores dificultades cada vez, siguieron por Quetzala, Cruz Grande, Palmar, Cacahuatepec y la Sabana.

El 26 de Marzo, el Sr. Morelos llegó á las cercanías de Acapulco é intimó la rendición al comandante del castillo, por medio de un comisionado que no fué bien recibido: la fuerza de los sitiadores quedó dividida en tres cuerpos, al mando respectivo de D. Hermenegildo, del teniente coronel D. Felipe González y del denonado comandante del Veladero D. Julián Avila.

Llamábase el castellano de Acapulco D. Pedro Antonio Vélez,

era un criollo natural de Córdoba, y por más que simpatizaba con la independencia de su patria, era militar español, había jurado defender la bandera realista, y supo cumplir su deber con fidelidad y heroismo, merecedores de alabanza eterna.

El Sr. Morelos intimó por segunda vez la rendición, y no habiendo obtenido respuesta dispuso avanzar sobre la plaza el día 6 de Abril, pero una tercera vez repitió su intimación, á la que Vélez contestó «que sólo los cobardes se rendían sin combatir.»

—Tiene razón,—observó el Sr. Morelos—amo á mis tropas lo bastante para desear que sin combatir venciesen, pues así salvaría sus vidas, pero la victoria es tanto más gloriosa cuanto más valiente es el enemigo sobre el cual se obtiene. Bien vale D. Pedro Vélez las vidas que esta grande empresa va á costarnos.

El gran caudillo dió la orden de romper inmediatamente el fuego no economizando los disparos de su artillería, pero sí los de los fusiles: el dicho día 6, los insurgentes se apoderaron de la *Casa Mata*, importante edificio revestido en lo interior con gruesos tablones de una madera durísima, y por defuera con paredes de ca y canto; D. Julián Avila fué el que tomó la Casa Mata, en tanto que la división de D. Felipe González penetró heróicamente en las primeras calles de la ciudad.

A partir del 6 de Abril, los ataques fueron diarios y los insurgentes continuaron ganando terreno sobre la ciudad por encima de la cual alzaba su mole el castillo, coronado por un círculo de bien servidos cañones; pero ninguno de éstos causaba á los insurgentes tanto daño como los cuatro que defendían el baluarte ó fortín del Hospital, cuyo comandante era el español D. Pedro Ruvide. El día 10 quedó ocupada la Caleta, y el 12 la ciudad, recibiendo D. Julián Avila en una pierna una herida grave que le obligó á retirarse al campamento del Veladero, cuya defensa dos años hacía se hallaba á su cargo. Manteníase aún en el fortín del hospital D. Pedro de Ruvide, cuando al anochecer de aquel día, una circunstancia casual hizo volar con terrible estruendo dos cajas de parque, volando una parte del fortín y envolviendo el resto en inmensa nube de polvo y humo; sus defensores creyeron la explosión efecto de una mina y se retiraron al castillo de San Diego, siguiéndoles la mayor parte de los habitantes de la ciudad, que fué saqueada por los insurgentes sin que lograran los jefes restablecer el orden: la muche-

dumbre se apoderó de gran cantidad de licores embriagantes, y al cerrar la noche era casi imposible encontrar soldado alguno que no estuviese sumido en vergonzosa borrachera. Hacía mucho tiempo



.. los insurgentes continuaron ganando terreno...

que aún el agua había andado escasa en el campamento insurgente. El Sr. Morelos recibió un inmenso disgusto con la inconveniente conducta de sus tropas, y todas sus ventajas hubiéranse perdido si la guarnición del castillo se hubiese enterado de la situación del enemigo y efectuado una salida.

Reducidos los defensores á sólo el recinto del castillo de San

Diego, el Sr. Morelos se ocupó con cierto descanso en todas aquellas obras que le aconsejó su natural instinto estratégico; el calor era terrible, y para defender á sus tropas de aquel sol mortífero mandó construir grandes enramadas: las casas de la ciudad tenían en su mayor parte techos de paja ó de zacate y fueron incendiadas en los distintos asaltos; las más sólidas lo eran tan poco, que una tarde una bala disparada del castillo, redujo casi á escombros la que el Sr. Morelos habitaba, poniendo en gran peligro al general, que quedó cubierto con la sangre de su ayudante, D. Felipe Hernández.

Galeana se encargó de cortar el agua á los realistas, contribuyendo y encargándose de la defensa de un fortín que se llamó de los Hornos: la línea del cerro se apoyaba como en puntos principales en los cerros de las *Iguanas*, el *Grifo*, los *Icacos* y la *Candelaria*.

El gran caudillo comprendió que entre sus enemigos abundaban el valor, la constancia y la energía, y si él con solo estas virtudes pudo hacer lo que en Cuautla hizo, ¿qué no harían los realistas de Vélez protegidos por los fuertes muros del castillo? En consecuencia dispuso que de Oaxaca se trajesen los útiles y herramienta indispensables, y cuando los hubo tenido procedió á la construcción de un camino cubierto, que, atravesando la ciudad, debía terminar al pié de los muros de la fortaleza, y á la vez preparó una mina con el fin de volarlos y abrir brecha.

En estos trabajos se hallaba cuando se le presentó la india Doña María Medina, natural de Taxco, al frente de una compañía insurgente, de la cual la Junta de Zitácuaro la había nombrado capitana, y con ella tomado parte en siete acciones de guerra. El objeto principal de aquella varonil mujer fué conocer al Sr. Morelos, como así se lo dijo, añadiendo que ya ningún cuidado le daría la muerte, pues había logrado la gloria de conocer á tan denodado campeón.

## XIX

Ya se comprende cuán inútiles habían de ser necesariamente las disposiciones del Sr. Morelos para estrechar el cerco del castillo, mientras éste pudiera continuar recibiendo, como recibía, toda clase de auxilios por la parte de mar, tomándolos de la isla de la

Roqueta, situada á dos leguas y defendida por una guarnición realista.

Preciso era apoderarse de la isla de la Roqueta y así lo propuso en junta de guerra el teniente coronel D. Pedro Irragaray, encargándose del mando de la expedición D Pablo Galeana, ayudado por su tío D. Hermenegildo y su segundo D. Isidoro Montes de Oca.

Designada para esta empresa la noche del miércoles 9 de Junio, D. Pablo, no disponiendo sino de una sola canoa, tuvo que hacer cuatro viajes á la isla para poner en ella ochenta hombres, eligiendo por punto de arribada la parte de la isla de más difícil acceso, por alzarse en ella un enorme grupo de rocas en corte casi vertical. Para trepar á su cima fué preciso formar una especie de humana escalera subiéndose unos soldados sobre los hombros de los otros: de este modo consiguieron penetrar al recinto fortificado unos siete individuos del regimiento de Guadalupe, entre ellos el mismo D. Pablo. La empresa fué tal y tan completa, que la guarnición de la isla pudo apenas intentar una débil defensa y quedó prisionera, pues aunque algunos realistas lograron tomar las canoas y huir hacia el castillo, D. Hermenegildo, situado en la Calera, detuvo á todos ellos. Esta arrojada acción de D. Pablo puso en poder de los insurgentes la isla de la Roqueta, tres cañones, porción de municiones y víveres, algún armamento, una docena de canoas y el pequeño bergantín llamado *El Guadalupe*.

En difíciles aprietos ponía á los sitiados la toma de la Roqueta, y bien pronto hubieron de acabárseles la carne y la leña, siéndoles indispensable para reemplazar la falta de ésta, y una vez consumidos los muebles de madera, entregar al fuego las puertas interiores. En estas circunstancias se avistó el bergantín *San Carlos*, procedente de San Blas, con abundante cargamento de víveres y municiones.

El Sr. Morelos fingió una carta del comandante Vélez, ordenando al capitán del *San Carlos* que atracase á la Roqueta; pero el capitán desconfió instintivamente y logró aproximarse al castillo y colocarse bajo sus fuegos. Galeana quiso impedirle que descargara atacándole en canoas durante la noche del 9 de Julio; pero el capitán se defendió valientemente, y Galeana tuvo que retirarse sin lograr estorbar la descarga del bergantín, que, cumplida su misión, regresó á San Blas.

A la vez las enfermedades comenzaron á tomar cuerpo entre los sitiadores, y al fin se declaró una peste tal, que el Sr. Morelos llegó á encontrarse sin más gente que la necesaria para un limitado servicio. No era mejor la situación de los realistas en la primera quincena de Agosto, y las proposiciones de capitulación, que por conducto del capitán Mongoy se les hicieron, no fueron mal recibidas, si bien exigieron se comisionase para ellas á un oficial de mayor graduación, á lo cual accedió el Sr. Morelos enviando al canónigo Velasco que se hallaba en su campamento.

Nada se consiguió por el momento, por haberse tenido noticias de que el general Cruz, Presidente de Guadalajara, aprestaba grandes auxilios que por mar recibirían los sitiados: creyendo aquello indefinido el Sr. Morelos pensó marchar á Chilpancingo, confiando la continuación del sitio al brigadier D. Hermenegildo Galeana, pero habiéndosele manifestado que todo se perdería si apartaba de la empresa el prestigio de su nombre, resolvió permanecer é intentó su último esfuerzo, prendiendo fuego á la mina.

Tomado este partido, se presentó al Sr. Morelos un Lorenzo Lequidano, fugado del castillo, y oficial primero de la contaduría, y le enteró de la miseria y enfermedades de los sitiados, de sus buenas disposiciones para capitular y de la oposición que á ella hacían los jefes.

El Sr. Morelos determinó aprovechar aquellas circunstancias, y de lo que hizo te enterará mejor que nada el siguiente párrafo que copio del borrador de una carta que el caudillo ha dirigido al gobernador militar de Oaxaca.

«Estando al concluir la mina para volar el castillo, me acordé por última vez de la humanidad y caridad práctica del prójimo: sabía que en la fortaleza se encerraban más de diez inocentes y quise más bien arriesgar mi tropa que ver la desolación de inocentes y culpables. El 17 de Agosto en la noche, determiné que el Sr. mariscal D. Hermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso por el lado de los Hornos, á la derecha del castillo, y al siempre valeroso teniente coronel D. Felipe González por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, rasando el pié de la muralla y dominado del fusil y granadas que le disparaban en gran número. Superóse todo, no obstando la oscuridad de la noche, y á pesar de

que el señor mariscal pasó por los Hornos dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin más murallas que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro y sin más novedad que un capitán y un soldado heridos de bala de fusil. Esta nunca bien ponderada acción aterró tanto al enemigo, que suspendió su fuego dando indicios de parlamento que al efecto tenía ya trazado, respondiendo con los artículos de su capitulación á la última intimación que se le hizo. En obsequio de la humanidad se le admitió con pocas modificaciones en los términos que á decir voy.

## XX

Fechada el 19 de Agosto de 1813, la capitulación decía así:

Artículos de la capitulación en que se ha convenido la entrega de la fortaleza de Acapulco, entre el Excmo. Señor Capitán General D. José María Morelos y el Gobernador del Castillo, D. Pedro Antonio Vélez.

1.° Habrá un perpetuo olvido de cuanto se ha hecho de obra, palabra ó escrito relativo á la presente guerra, prohibiéndose severamente denigrar ó zaherir directa ó indirectamente á ninguno.

2.° Saldrán de la fortaleza los señores Gobernador y demás oficiales con sus insignias y espadas: formará en el glacis la tropa con culatas arriba, donde á la voz del Gobernador echarán armas á tierra al frente, en cuya postura se irán á recibir, previniendo que el soldado á quien se le encontrare un cartucho será pasado por las armas en el instante.

3.° Se permitirá que cada cual saque su respectivo equipaje, entendida esta voz en su sentido natural, que es decir, ropa de uso, cama y dinero suficiente para su transporte, en la inteligencia de que se hará lo posible para proporcionar bagajes, sin comprometerse por la escasez que de ellos hay.

4.° Teniendo la Patria un derecho inconcuso para reclamar á sus hijos, no se dará pasaporte á criollo alguno para que se traslade á país enemigo; pero sí se franqueará á los europeos con todos los seguros necesarios para no ser perjudicados en los campamentos de su tránsito, designando éstos el punto donde quieran diri-

girse, y otros á los criollos que quieran salir del puerto á tomar aires menos infestados.

5.° Para que el erario del gobierno europeo satisfaga á sus acreedores los préstamos que le han hecho y éstos tengan un comprobante de ellos, se permitirá al comisario de guerra lleve los libros de su cargo y cuentas de tres años á esta parte.

6.° Se permitirá también que del tesoro dicho, lleve el comisario de guerra, cantidad abundante para la traslación de los europeos á lugar seguro, según su número, haciendo antes juramento de no volver á tomar las armas en favor del partido que han defendido, con la circunstancia de no detenerse más de lo muy necesario después de entregada la fortaleza.

7.° A más del pasaporte que se franqueará á los que salieren, se librará orden para que en todos los lugares por donde se encaminen, se les ministren todos los auxilios y socorros necesarios por sus justos precios.

8.° Mañana 20 á las nueve del día, se efectuará la ceremonia de entregar, acordada en el artículo segundo: desde aquél hasta el 22, quedará evacuada de enfermos la fortaleza y arreglado todo el interior de ella, para lo cual irán de ayuda algunos naturales.

9.° Se entregará la fortaleza íntegra, según se halle, con todas sus piezas de cañón, sin inutilizar ninguna, pólvora, balas y cuantos pertrechos y municiones contiene, previo inventario que formará el comandante accidental de artillería, quien percibirá recibo de mi auditor general, para dar la debida satisfacción á su gobierno.

10. En los mismos términos se hará exacta descripción de los víveres y demás renglones depositados en los almacenes, pabellones y lunetas de diversa pertenencia, especificando cuáles sean y sus consignaciones, para que con tal claridad y recibo del tesorero del ejército puedan los consignatarios satisfacer á sus dueños y no se les impute mala versación.

Y para que se efectúen estos tratados con la circunspección y solidez que es debida, y este acto entre otros muchos, sea un testimonio de que las tropas americanas saben guardar el derecho de gentes y tratan con indulgencia á los que se rinden, especialmente cuando sólo en acción de guerra usan las armas, lo firmamos en Acapulco, á 19 de Agosto de 1813.—*José María Morelos.—Pedro Antonio Vélez.*

El día 20 entregó el gobernador las llaves del castillo con 407 fusiles habilitados; cincuenta sables; treinta y cinco machetes: ciento cuarenta y seis lanzas; cincuenta cajones de pólvora labrada y en granel; tres *alcones* surtidos; ochenta piezas de artillería, calibre de cuatro hasta treinta y seis, dos morteros, de á doce pulgadas su calibre; veinte mil balas de dichos cañones y un gran botín de abarrote y lencería.»

Al presentarse el Sr. Morelos en el castillo, D. Pedro Antonio Vélez, sereno como valiente, digno y altivo como hombre que tiene conciencia de haber cumplido su deber, con el sombrero puesto y ceñida la espada, según para ello le autorizaba la capitulación, le hizo entrega del bastón de mando, diciéndole:

—«Excmo. Sr.: tengo el honor de poner en manos de V. E. este bastón con el que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en mi corazón que para su conquista haya sido preciso derramar tanta sangre.»

A lo cual el Sr. Morelos contestó, aludiendo á la causa insurgente:

—«Por mí no se ha derramado ni una gota.»

Acto continuo la oficialidad de los vencedores y de los vencidos tomó asiento alrededor de la mesa dispuesta para la comida, y á la hora de los brindis el Sr. Morelos lo hizo por los defensores del castillo y por España, añadiendo estas textuales palabras:

—«Sí: ¡VIVA ESPAÑA! PERO ESPAÑA HERMANA Y NO DOMINADORA DE AMÉRICA.»

La capitulación fué religiosamente cumplida por una y otra parte, y el Sr. Morelos dió á los europeos una escolta hasta dejarlos en la ribera derecha del Mescala.

Al despedirse de D. Pedro Antonio Vélez, el general le invitó á tomar su partido ofreciéndole grados y honores.

Vélez le dió gracias por sus ofrecimientos y protestando su amor á España rehusó la merced que se le hacía.

El Sr. Morelos se acercó entonces á él y tocándole con suavidad la garganta, le dijo:

—Aquí, Sr. Vélez, darán á V. el premio los españoles.

El castellano de Acapulco respondió entonces:

—Si tal hiciesen, para ellos sería el baldón: para mí la gloria de haber cumplido en un todo con mi deber.




—Sí: ¡VIVA ESPAÑA!...

—Adios, Sr. Vélez,—exclamó emocionado el general:—¡Ah! si todos los españoles fuesen como V...

—Adios, Sr. Morelos,—dijo Vélez á su vez,—si todos los insurgentes fueran como V...

Ambos enemigos tendiéronse á una los brazos abiertos y se estrecharon con entusiasmo y efusión.

Después, D. Pedro Vélez dió á su escolta insurgente la voz de marcha y se alejó del castillo de Acapulco.

## XXI

Están ya mis lectores en pleno conocimiento de cuanto por ellos merece ser sabido en lo referente al sitio y toma del castillo de Acapulco.

Si tenemos en cuenta que el Sr. Morelos se presentó por la vez primera ante la dicha plaza el día 9 de Noviembre de 1811 y no se le rindió hasta el 10 de Agosto de 1813, podemos decir que el asedio duró un año y nueve meses, pues si bien después de la traición de Gago, el caudillo se retiró, su intendente D. Julián Avila se mantuvo en el campamento del Veladero siempre en observación. Pero aunque sólo nos fijemos como punto de partida para nuestras cuentas en el día 6 de Abril de 1813 en que los insurgentes rompieron el fuego sobre Acapulco, tendremos que aquel sitio memorable duró ciento treinta y seis días, cifra que basta y sobra para poner muy en alto la constancia de vencedores y vencidos.

Calleja tomó muy á mal que D. Pedro Antonio Vélez hubiese capitulado aún con las honrosas cláusulas con que lo hizo, y corrió más de un desaire al desventurado castellano que así vió cumplido en parte la predicción que el Sr. Morelos le hizo al despedirse de él. Vélez pidió que se le formase consejo de guerra con el fin de vindicarse y comenzó para él una serie de infortunios que le redujo así como á su familia á la miseria: cuando el consejo de guerra terminó el proceso con una sentencia honorífica para el acusado, D. Pedro Antonio Vélez había ya muerto agobiado por sus pesares y pobreza.

A esto se expone quien abraza el difícil ejercicio de las armas si la ciega fortuna no toma á su cargo el sacarle siempre triunfante.

Así lo había dicho varias veces á sus amigos el que nuestro y bueno lo es, D. Buenaventura del Valle.

Pero es el caso que ni aún retirándose como habíase retirado del ejército el buen ex-comandante, dejaba de verse envuelto en graves complicaciones: bien es verdad que en la ocasión que nos ocupa no las acciones de guerra sino sus combates amorosos habíanle llevado á tal extremo.

Aquel su inocente embuste vertido con la sana intención de hacer aborrecible la mentira á su novia la hermosa viuda Rosita, convirtióse para él en famosa bola de nieve.

Recordarán mis lectores que deseando el ex-comandante juzgar por sí mismo si D. Antonio Rivas no había exagerado estimando en trescientos pesos el daño ocasionado en sus milpas por el maldito caballo retinto-golondrino, determinó irse de madrugada á Chapultepec y conocer de un modo práctico el camino que pasaba al pié de los ahuehuetes y comenzaba en la alberca que surtía al acueducto. Recordarán también que la misma intención de ir de madrugada al bosque tuvieron Rosa y la marquesa, aquélla por encontrar sus perdidas cartas y ésta por recobrar su extraviado brazalate.

Como buen militar que había sido, D. Buenaventura conservaba la costumbre de despertar y levantarse muy temprano: no faltó aquel día á su regla y menos podía haberlo hecho cuando desde la noche anterior contrató un carruaje de alquiler que á las cinco y media de la mañana se detuvo con toda puntualidad ante la puerta de su casa.

A las seis, el ex-comandante, dejando su carruaje á la entrada del bosque, puso el pié en el famoso camino que pasaba al pié de los ahuehuetes, y reconociéndole, avanzó acariciado por un fresco ambiente, que las plantas y las flores embalsamaban con aromas deliciosos.

Quizá pensaba en su hermosa viuda cuando de súbito percibió el ruido de algunos disparos que acertadamente estimó pistoletazos.

Púsose á obvervar de dónde provendrían y con sorpresa vió venir hacia él una jóven que en vano trataba de contener el desbocado corcel que montaba.

D. Buenaventura poseía valiente corazón y alma generosa, y sin

darse siquiera cuenta de ello, se lanzó á detener al animal, ya bastante fatigado: pudo lograrlo y la jóven se dejó caer en sus brazos muda de espanto y de terror.

—¡Caballero, por piedad,—dijo,—sálveme usted, sálveme por piedad!

—¿De quién, señorita?—preguntó asombrado D. Buenaventura,—¿de quién ó de qué?

—Lo ignoro, caballero, lo ignoro: pero sálveme V.

—Señorita, cálmese V. se lo ruego; juro dar á V. la protección que me pide, pero por todos los santos, tranquilícese V. y dígame qué peligro la amenaza.

—Así lo haré, caballero, así lo haré; pero ante todo, tiene V. inconveniente en decirme su nombre? A nadie conozco, pero quizá el cielo quiera que V. sea amigo de mi padre y que yo haya oído alguna vez pronunciar su nombre.

—Señorita, mi nombre, que es el de un servidor de V., es Buenaventura del Valle.

—¡Cielos!—exclamó la jóven,—luego V. es el amigo de quien tantas veces me ha hablado.

—¿Quién, señorita, quién ha hablado á V. de mí?

—D. Carlos de Armendáriz, sobrino del conde de Orizava.

—El mismo soy, señorita, á las órdenes de V.

—¡Oh! ¡gracias, gracias Dios mío!—exclamó la joven—y como si sólo hubiese aguardado á reconocer un amigo en su salvador para sucumbir á la emoción que la embargaba, la joven vaciló sobre sí misma y cayó presa de un terrible accidente.

Allí fueron los apuros del ex-comandante.

¿Qué haría con aquella joven?

¿Quién sería ella?

¿Dónde encontrar á sus parientes á fin de que le ayudasen á atenderla?

El accidente continuaba más espantoso cada vez.

D. Buenaventura acabó por pedir auxilio á voces gritando desesperadamente.

Nadie le escuchó, á nadie pudo descubrir.

La desgraciada joven empeoraba más y más.

Al fin se decidió á tomarla en sus brazos y conducirla á su carruaje.

Tuvo miedo de que se le muriese y dió orden al cochero para volver precitadamente en busca de un médico.

De este modo entró en la capital y casi sin saber lo que hacía, instaló á la joven en su propia casa y en el lecho destinado á su próxima esposa, la bella viudita.

Hizo venir inmediatamente un médico que estimó como muy grave el accidente de la desconocida: D. Buenaventura no pudo separarse de ella, envió un recado á casa de la marquesa, suplicándole acudiese en su auxilio, pero el criado regresó diciendo que la marquesa no se hallaba en su palacio.

D. Buenaventura llegó á desesperarse pero no le fué posible dejar á la infeliz enferma hasta muy pasado el mediodía.

Salió de su casa y se dirigió á la del conde; en ella supo que el conde acababa de dejarla yendo en busca de la marquesa, que no había regresado á su palacio, así como tampoco su amiga Rosa; fué después á ver á D. Sóstenes pero tampoco le halló ni pudo saber de D.ª Beatriz Gertrudis ni de D. Martín, ni del mismo don Cleofás Madana. Aquel día se le ocurrió á todo el mundo no encontrarse en su casa.

A la suya volvió D. Buenaventura y allí permaneció todo el día sin que ni la joven volviese en sí, ni ninguno de sus amigos pareciese.

Hé aquí lo que había sucedido:

Rosa y la marquesa habíanse ido á Chapultepec en busca de las cartas y brazalete perdidos: después de haber con supremo gozo encontrado dichos objetos, se disponían á regresar, cuando apercibieron dos indios que en una camilla improvisada, conducían un hombre cadáver al parecer.

Las dos amigas reconocieron en él á Carlos de Armendáriz y esto dió lugar á una escena que juzgo innecesario describir, pues fácilmente se la imaginarán mis lectores.

Rosa y la marquesa, menos aturdidas que D. Buenaventura, hicieron conducir á Carlos á una casa de Tacubaya, y desde luego procedieron á su primera curación, auxiliadas por dos médicos.

Carlos tenía una ligera herida en la cabeza, pero por ella había perdido mucha sangre y se encontraba privado en un todo de sentido.

Cuando pudieron hacerlo, mandaron avisar al conde lo ocurri-

do: éste lo comunicó á D. Sóstenes y á sus hijos y todos ellos se trasladaron á Tacubaya, con excepción de D. Martín Cabrera, á quien asuntos urgentísimos obligaron á quedar en México.

Cuando D. Martín se disponía también á marchar al lado de sus



...conducían un hombre cadáver al parecer.

amigos, un caballero le detuvo. El yerno de D. Sóstenes le reconoció inmediatamente y tendiéndole los brazos, exclamó:

—¡D. Cristóbal! amigo mío, también usted por México, está visto; al fin se han decidido ustedes á dejar su voluntario destierro.

Era en efecto D. Cristóbal, el primo de D. Antonio Rivas.

¿Qué le conducía á México?

Vamos á saberlo.

## XXII

Represéntense mis lectores la sorpresa que D. Martín recibiría al oir decir á D. Cristóbal.

—Amigo licenciado, si ya ha descubierto usted al infame caballerito contra el cual vino á quejarse mi desventurado primo Antonio, comuníquemelo al instante para darme la satisfacción de saltarle la tapa de los sesos.

—Pero vamos á ver, amigo D. Cristóbal, ¿qué les ha pasado á ustedes que tan irritado se muestra?

—Hemos sido víctimas de un atroz atropello, de un verdadero crimen.

—Explíquese usted.

—Según yo me lo había figurado, el tal jinete del caballo retinto-golondrino no se llegaba á las tapias de nuestra casa por el sólo gusto de destrozar mis milpas.

—¿Por qué entonces?

—Ese hombre tenía la intención de seducir á la hija de Antonio, y hoy ha llevado á cabo su infame plan y verificado el rapto.

—¿El rapto de quién?

—¿De quién ha de ser, hombre, de quién ha de ser? de Margarita, de la hija de Antonio Rivas.

D. Martín se encontraba envuelto en un mar de confusiones; le parecía imposible que á sus años tales aventuras corriese el ex-comandante.

—¿Pero está usted seguro,—preguntó á Cristóbal,—de que el individuo que ha verificado el rapto sea el mismo que destrozó la milpa?

—Segurísimo, lo mismo que en el día anterior montaba esta mañana el caballo retinto-golondrino.

—Pero...

—En fin, amigo licenciado, lo que ahora me importa es saber si usted ha dado ya con el individuo en cuestión.

—Sí, señor, y tanto que tengo ya en mi poder los trescientos pesos que D. Antonio ha reclamado.

—Pero, su nombre, ¿cual es su nombre, cuáles las señas de su casa?

—Me es imposible decírselo á usted.

—¿Por qué?

—Porque he jurado no descubrirle y ustedes no tienen derecho á exigir cosa alguna desde el instante en que, como lo repito, me ha entregado los consabidos trescientos pesos.

—Pero ¿no le dicho á usted que hoy mismo se ha apoderado de Margarita?

—¡Imposible!

—Repito á usted que yo mismo le reconocí esta mañana.

—Repito á mi vez que es imposible.

—¿Podré saber por qué lo cree usted así?

—Sí, señor; la persona contra la cual se quejan ustedes, es un hombre formal, de buena posición y de edad bastante para no andar mezclado en aventuras de esa especie; sin pruebas que valgan más que el testimonio de un hombre que como usted puede, con la mejor intención haberse equivocado, no debo yo molestarle. ¿Tiene usted esas pruebas?

—Sí, señor, las tengo.

—¿Cuáles son?

—Esta pistola con sus iniciales que encontré en el mismo lugar de su crimen.

Al decir esto, D. Cristóbal presentó á D. Martín una de las pistolas que, como sabemos, D. Buenaventura había prestado á Carlos de Armendáriz.

D. Martín reconoció la pistola y sobre todo leyó grabada en ella las iniciales B. del V.

No pudo caberle duda; D. Buenaventura era el raptor de Margarita.

Cristóbal le enteró de las circunstancias en que se había verificado el rapto.

—¿Dice usted que el criminal no iba solo?

—No iba solo, le acompañaron dos hombres de mala traza, los cuales se arrojaron sobre Antonio, quien no pudo reconocerlos.

—Pero el individuo del caballo retinto-golondrino...

—Antonio no le vió en el instante del asalto, pero yo le ví salir

de entre las milpas poco después de haber dejado el molino Antonio y su hija.

—¿Pero cuando usted llegó al lugar de la catástrofe no estaba por allí?

—No; pero aunque distante reconocí en el caballo de uno de los fugitivos salteadores, al retinto-golondrino de la antigua cuadra de Lailson. A propósito: lo mejor será que nos lleguemos á la tal cuadra y preguntemos el nombre del que lo alquiló...

—Se lo prohibo á usted terminantemente, si acaso desea que yo continúe encargado de este asunto.

—Pero...

—No admito observación y en cambio juro á usted que el presunto criminal, dará á ustedes todas las satisfacciones que tienen derecho á exigir, ó esta misma tarde le meto en la cárcel si alguna resistencia opone.

—Sea como usted lo quiere, amigo D. Martín; mi primo Antonio me ha exigido que me someta en un todo á las instrucciones que usted se sirva darme.

—Estimo en lo que vale esa prueba de confianza, y aseguro á usted que me mostraré digno de ella.

—¿Debo quedarme en la capital?

—No, amigo D. Cristóbal; regrese usted al momento y confíe en mí.

—Así lo haré; la verdad es que deseo volver al lado de Antonio.

—¿Son graves sus heridas?

—Afortunadamente no: todas son á cual más leve y mañana podrá venir él mismo á la ciudad. Su más fuerte dolor se lo causa el verse separado tan infamemente de su hija.

—Prometo á usted que no tardará mucho en verla de nuevo en sus brazos.

—Indigna es de ellos.

—D. Cristóbal, ¿qué dice usted?

—¡Ah! no me cabe duda: Margarita estaba de acuerdo con su raptor.

—La juzga usted mal, D. Cristóbal; es imposible que una hija se ponga de acuerdo con un hombre capaz de atentar contra la vida de su propio padre.

—Ojalá sea así; y no lo deseo por mí, que no sólo ya no la amo,

sino que la odio y detesto; pero Antonio es su padre al fin, y la adora con todo su corazón.

—Dios quiera que todo se remedie.

—Al menos podremos castigar á los culpables.

—Eso corre por mi cuenta.

—Dejo á usted, pues, y vuelvo al molino.

—Vaya usted con Dios, D. Cristóbal.

—Hasta lo más pronto posible, amigo licenciado.

D. Cristóbal se alejó y D. Martín permaneció largo rato inmóvil como una estatua.

Por fin, tomó su partido y se dirigió á la casa de D. Buenaventura.

Eran las cinco de la tarde.

Al ver entrar á su amigo el excomandante le tendió los brazos exclamando:

—Gracias á Dios que con alguno de ustedes me encuentro.

—¡Caballero, apártese usted de mí!—respondió D. Martín, rechazándole.

El asombro de D. Buenaventura fué extraordinario.

—¿Qué significa este tono?—preguntó.

—Significa que de hoy más es usted indigno de cruzar su mano con la de un hombre honrado.

—Pero está usted loco, señor D. Martín.

—No yo sino usted es quien hoy ha dado pruebas de ser un demente.

—Pero ¿qué falta de respeto á mi persona es esta?

—D. Buenaventura, no nos divaguemos: ¿dónde ha estado usted esta mañana?

—En Chapultepec, y por cierto que allí me ha acontecido el más estrámbotico suceso...

—¿Llama usted estrambótico á su detestable crimen?

—Pero D. Martín ¿habla usted conmigo?

—¿Con quién si no?

—Juro á usted que me asusta y confunde ese tono.

—Tiene usted razón para asustarse y confundirse.

—¡Dios mío! ¿ha pasado quizás algo grave?

—Muy grave, señor Ventura, y lo llorará usted toda su vida.

—¡Cielos! ha muerto Rosa...

—¡Para usted sí, infame!

—¡Eh! ¡caballerito! ¡Poco á poco! Si una nueva palabra malsonante vuelve á salir de los labios de usted, sabré darle una lección que le pese!—exclamó D. Buenaventura en el colmo de la indignación.

## XXIII

Resiento grande pena al decirlo, pero, ¡cómo ha de ser! debo decirlo.

En tanto que la dilatada empresa de la toma del castillo de Acapulco mantenía en un extremo del país al Sr. Morelos, siempre con honra de la nación, los miembros de la Junta de Zitácuaro desacreditaban la causa insurgente con el escándalo de sus enemistades y rencillas.

Si bien todos ellos acudían en consulta al gran caudillo, éste procuró no mezclarse en tan anti-patrióticas desazones, las cuales, según escribió á Rayón, habían producido general disgusto y afligídole á él en lo particular, puesto que ocupado en sus empresas generosas, ningún remedio acertaba á poner.

Pero como estas diferencias continuaron, determinó, aun antes de que concluyese el sitio, convocar á una reunión que debería celebrarse en Chilpancingo, á los miembros de la Junta, á los cuales se asociaría otro quinto vocal, que dió orden fuese elegido en Oaxaca en atención á la importancia de aquella provincia.

No mereció esta medida que D. Ignacio Rayón la aprobara, porque, según parece, creyó que en sus facultades como Presidente y no en las del Sr. Morelos, que no era más de cuarto vocal, estaba el tomar tales determinaciones: el caudillo, desentendiéndose de su oposición y en obvio de evitar mayores peligros, expidió una convocatoria para la elección de diputados á un Congreso que se reuniría en Chilpancingo el 8 de Setiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora. Este Congreso debía resolver el nombramiento que de un generalísimo encargado del Poder Ejecutivo, harían los oficiales superiores, de coronel en adelante: este generalísimo debía elegirse precisamente entre los cuatro primeros miembros de la Junta.

Rayón desaprobó con energía mayor cada vez este proyecto del Sr. Morelos, y agrias contestaciones se cambiaron entre uno y otro; aquél acusó al general de usurpar facultades que no le com-



—¡Caballero, apártese V. de mí!

petían, y expresó que sus planes debían rechazarse por imprudentes é ilegales; el Sr. Morelos le respondió con fecha 5 de Agosto que, so pretexto de salvar á la patria, buscaba sólo su perdición atando de manos á quienes pretendían salvarla: asegurábale que el Congreso se reuniría irremisiblemente en el día señalado, y que

tuviese en cuenta que su afán de atacar y destruir la Junta había sido causa de los descalabros sufridos en distintos rumbos por las tropas insurgentes: afirmaba, por último, que ninguna ambiciosa mira le impulsaba, y menos aún privar á persona alguna de sus derechos, añadiendo: «no me dejaré ultrajar por nadie, ni seré injusto invasor de mis conciudadanos.»

Rayón, que en estos sucesos anduvo por demás injusto y ligero, hizo cuanto se halló á su alcance para impedir, ó al menos retardar, la instalación del Congreso, ya poniendo obstáculos á dejar en libertad á Liceaga, á quien mantenía preso, ya retardando su ida á Chilpancingo, ya recurriendo á la supercheria de remitir, como por olvido, sin firma su oficio de adhesión á la convocatoria.

Pero no era el Sr. Morelos hombre capaz de retroceder ante obstáculo alguno en la tarea de honrar y salvar á la patria, y así fué que terminado el sitio de Acapulco, se trasladó á Chilpancingo: cuatro días esperó aún á Rayón, y como se supiese que aún no se había puesto en camino, designó el lunes 13 de Setiembre para la elección de un diputado por la provincia de Tecpan, resultando nombrado el vicario general del ejército, Lic. D. José Manuel Herrera.

Al día siguiente reunió el Sr. Morelos en la parroquia de Chilpancingo, á los electores de la provincia del Tecpan, á los diputados por ésta y Oaxaca, á toda la oficialidad y á los principales vecinos, y con breves y persuasivas palabras les expuso la urgente necesidad que había de reemplazar la antigua Junta con un Poder más general y capaz de atender á las necesidades y salvación de la patria, y concluyó leyendo la siguiente lista de diputados formada por él mismo:

*Propietarios*

Lic. D. Ignació Rayón, por la provincia de Guadalajara.
Dr. D. José Sixto Verdusco, por la de Michoacán.
D. José María Liceaga, por la de Guanajuato.

*Suplentes mientras fuesen nombrados los propietarios*

Lic. D. Carlos María Bustamante, por México.
Dr. D. José María Cos, por la provincia de Veracruz.

L. D. Andrés Quintana Roo, por la de Puebla.
D. Cornelio Ortiz de Zárate, por la de Tlaxcala.

*Diputados elegidos según convocatoria*

D. José María Murguía y Galardi, por Oaxaca.
Lic. D. José Manuel de Herrera, por Tecpan.

*Secretario*

D. Carlos Enríquez del Castillo.

Acto continuo se declaró instalado el Congreso, levantándose el acta correspondiente, que se mandó imprimir y circular á todo el reino.

El Sr. Morelos hizo leer á su secretario Rosains un documento que tituló: *Sentimientos de la nación*, especie de programa político lleno de ideas generosas y levantadas, eco fiel de su sincero patriotismo: en él proponía se declarase que «la América era libre é independiente de España y de toda otra nación, gobierno ó monarquía; la religión católica, única y sin tolerancia de otra alguna; que la soberanía dimana directamente del pueblo y reside en sus tres poderes legislativo, ejecutivo y judicial: que la esclavitud, distinción de castas y penas infamantes quedaban abolidas para siempre, lo mismo que la alcabala, los estancos y el tributo.»

## XXIV

Aunque única y sola, el programa del Sr. Morelos contenía una fatal y enorme injusticia. En una de sus cláusulas se acordaba la expulsión general de españoles y confiscación de sus bienes, que serían administrados por y en provecho de la nación.

A tal grado llegó el mal efecto que su opinión sobre este punto hizo en todo el país, que á ella en gran parte debió el gran caudillo que desde entonces comenzara á palidecer su estrella, que ya no volvería á recobrar su antiguo y luciente brillo.

En nuestro país han sido casi siempre decisivas las primeras impresiones.

El papel del Sr. Morelos contenía la siguiente grandiosa apre-

ciación de las leyes, digna de ser grabada con letras de oro en la puerta de nuestros palacios legislativos:

«Como la buena ley es superior á todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales, que obliguen á la constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.»

Reorganizada del modo que acaba de decirse la antigua Junta de Zitácuaro, é instalado el primer Congreso Nacional Mexicano el día 14 de Setiembre de 1813, bajo la presidencia de Verdusco, se procedió al siguiente día 15 al nombramiento de generalísimo encargado del Poder Ejecutivo.

Corriendo la elección, según el reglamento formado por el caudillo, á cargo de los oficiales superiores del ejército, no puede asombrarnos que el elegido lo fuera el Sr. Morelos, objeto digno de la idolatría de sus soldados, honor del alzamiento insurgente, héroe de cien victorias y regenerador de los primeros poderes nacionales.

Al comunicárselo el Congreso y exigirle prestase el juramento, el caudillo declinó la honra que se le hacía y presentó respetuosamente su renuncia, considerando el cargo superior á sus fuerzas y capacidad.

Al enterarse de la renuncia, Verdusco opinó, y así lo dijo, que siendo la humildad característica del caudillo el solo móvil de su renuncia, no podía ni debía admitírsele.

Quintana Roo, amigo muy especial de D. Ignacio Rayón, quiso aprovechar el suceso en pro y beneficio del antiguo Presidente, y manifestó que el Congreso no podía resolver sin maduro examen si debía ó no debía admitir la renuncia: sus palabras fueron sofocadas por la indignación de la inmensa mayoría, y las voces de patriótico entusiasmo de los militares y pueblo que invadían el recinto del templo parroquial en que se verificaban las sesiones. El Dr. Velasco fué quien tomó en tales instantes la voz del pueblo y del ejército pidiendo se obligase al Sr. Morelos á admitir el empleo en el acto y sin excusa alguna.

Convínose en que se le diesen al Congreso dos horas para deliberar, y al cabo de ellas su secretario leyó un decreto, que examinando el curso de aquel accidente, concluía por decir: «que el pú-

blico cedía con gusto á las aclamaciones del pueblo declarando inadmisible la renuncia, y que en uso de sus facultades soberanas, compelía al Sr. Morelos á la pronta admisión del empleo, reconociendo en él al primer jefe militar, en quien quedaba depositado el ramo ejecutivo de la administración pública, reservándose el derecho de determinar el tratamiento que habría de dársele.»

El Sr. Morelos, sacado en triunfo de la sacristía á donde había-




El Sr. Morelos, sacado en triunfo...

se retirado, contestó que admitía el empleo con las cuatro siguientes condiciones:

«1.ª Que en caso de que viniesen tropas auxiliares de alguna potencia, no habían de pasar al lugar de residencia del Congreso.

»2.ª Que por su muerte recaería el mando en el militar de más alta graduación mientras se procediese á nuevas elecciones.

»3.ª Que no le negaría el Congreso los auxilios de dinero y gente que pudiera necesitar, ni consentiría clases privilegiadas para eximirse del servicio.

»4.ª Que aunque acaeciese la muerte del Generalísimo, se había de mantener la unidad del ejército y de los habitantes, reconociéndose á las autoridades establecidas.»

Obsequiadas por el Congreso estas cuatro condiciones del caudillo, admitió el empleo entre los vítores y aclamaciones de la multitud ébria de gozo, y prestó el juramento de «defender á costa de su sangre la religión católica, la pureza de María Santísima, los derechos de la nación americana y desempeñar lo mejor que pudiese el empleo que la nación se había servido conferirle.»

El secretario Rosains prestó un juramento semejante, y á propuesta del Sr. Morelos, el acto terminó cantándose un solemne *Te Deum* en acción de gracias al Sér Supremo y en solicitud de su protección y ayuda para el mayor acierto.

## XXV

Reformadas así las incipientes instituciones nacionales, el Congreso se ocupó en tomar las disposiciones que estimó oportunas á su mejor régimen interior.

Por una de ellas acordó se le diese el tratamiento de *Majestad*, y el de *Excelencia* á todos y cada uno de sus miembros.

Se asignó á los diputados un sueldo anual de seis mil pesos, y una duración en su encargo de cuatro años, renovándose por turno los más antiguos.

El diputado por Oaxaca, D. José María Murguía y Galardi, fué nombrado presidente, y el suplente por Puebla, D. Andrés Quintana Roo, vicepresidente; secretarios D. Cornelio Ortiz de Zárate y D. Carlos Enríquez del Castillo.

Después se dieron á conocer al público y por bando las siguientes disposiciones:

«Las sesiones del Congreso serán públicas.

»Su principio á las ocho de la mañana en verano y á las nueve en invierno.

»Los diputados deberán reunirse al toque de la campana de la parroquia de Chilpancingo.

»El pueblo podrá ejercer libremente el derecho de petición, haciéndolo por escrito y por conducto de los secretarios del Congreso.»

Un decreto del Generalísimo declaró separados del mando á los antiguos vocales de la Junta de Zitácuaro, si bien debían conservar

los honores de capitanes generales, pero sin sueldo, puesto que ya disfrutaban de él como miembros del Congreso.

Muñiz fué nombrado comandante general de las provincias de Guanajuato y Michoacan, y así se le comunicó á Rayón para que le entregase el mando y le diese á reconocer como tal.

El Congreso, en uso de las facultades que se había reservado, y considerando que al tratamiento de «Majestad» que él había tomado, seguía el de «Alteza,» acordó que éste fuese el que al Sr. Morelos se diera; pero no quiso el caudillo admitirle y tomó y usó en lo de adelante el de SIERVO DE LA NACIÓN.

El mismo día 14 en que el Congreso de Chilpancingo se instalaba, el virey D. Félix María Calleja pasó revista á sus tropas en la plaza principal de México y comenzó á poner en planta sus proyectos militares, que fatales consecuencias iban á tener para la causa insurgente.

Al siguiente día 15, y mientras por entusiasta aclamación era el Sr. Morelos nombrado generalísimo, el Destino reparador daba satisfacción en los campos de la provincia de Texas á los manes de D. Miguel Hidalgo y Costilla con la muerte del teniente coronel D. Ignacio Elizondo, jefe y director de la negra traición de las Norias de Baján.

La invasión de Texas por Gutiérrez de Lara había terminado con la derrota que los realistas hicieron sufrir al dominicano D. José Alvarez de Toledo, que, de acuerdo con la Junta de Béjar, usurpó á aquél el mando.

Elizondo había recibido el encargo de perseguir y destruir á los fugitivos, con especialidad á los norte-americanos que como filibusteros habían seguido á Toledo, y de los cuales no cogió ni uno que no fuera inmediatamente fusilado.

Dormía con tranquilo sueño en su tienda de campaña del campamento de «Ojo de Agua de Dos Brazos,» cuando en ella penetró el oficial D. Miguel Serrano, á quien las atroces y numerosas ejecuciones que había presenciado tenían trastornado el juicio, y héchole dar en la manía de que también á él habría de fusilarle Elizondo, y con la espada de éste le envasó, causándole otras heridas de las cuales murió, siendo sepultado en las orillas del río de San Marcos.

D. Miguel Serrano murió algunos años después en el hospital de locos de San Hipólito de México.

## XXVI

Indignado contra D. Martín dejamos al fin del capítulo XXII á nuestro buen amigo D. Buenaventura.

El caso no era para menos. El, un bravo militar, encanecido en los padecimientos contraídos en la campaña, había sido llamado infame.

Lo más curioso, lo que más le sorprendió, fué qué, lejos de intimidarse D. Martín ante la irritada actitud del ex-comandante, sus inexplicables denuestos redoblaron en violencia.

En el paroxismo de la ira iba á arrojarse sobre el yerno de don Sóstenes de Pantoja, cuando éste se presentó en la puerta de la habitación acompañado de su esposa D.ª Beatriz Gertrudis, y de Rosa.

Las explicaciones que mediaron fueron horribles para D. Buenaventura.

Exasperado D. Martín rompió los diques á su lengua y acusó al ex-comandante de haber robado y seducido á la hija de un amigo suyo que no quiso nombrar, diz que por respeto á su deshonra.

Si la educación no se lo hubiese prohibido, Rosa, su prometida, le habría arrancado los ojos.

Nuestro desventurado héroe no pudo, por más que hizo, meter baza en aquella tempestad de denuestos que sobre él hicieron caer D. Martín, D. Sóstenes y la desengañada Rosa.

Cuando pudo hacerlo negó y negó á piés juntillas; pero un nuevo lance sobrevino, y fué que la puerta de la recámara de D. Buenaventura se abrió de pronto dando paso á la bella Margarita, que con general sorpresa se arrojó en brazos del ex-comandante, diciéndole con acento de profundo terror.

—Caballero, por piedad, sálveme usted. Al volver de mi desmayo me asomé á la ventana de esa habitación, procurando darme cuenta del lugar en que me hallo, y en la acera de enfrente distinguí á mi tío Cristóbal, quien al verme me lanzó una mirada de terrible amenaza é inmediatamente después penetró en el zaguán de esta casa.

No acababa la joven de decir esto, cuando Cristóbal penetró efectivamente en la habitación; al distinguir á Margarita en brazos de

D. Buenaventura, se lanzó contra éste y oprimiéndole el cuello con ambas manos, habríale ahogado si en su auxilio no hubieran acudido D. Sóstenes y D. Martín.

—Caballero,—se apresuró á decir Rosa con voz firme y resuelta;—nada de violencias: el raptor de su sobrina de usted no quedará impune; mañana mismo dará á esta señorita la mano de esposo. Lo oye usted, D. Buenaventura? Lo mando, lo exijo en justa reparación del agravio que resiento; cásese usted con esa señorita.

Nueva confusión sobrevino cuando Rosa dejó de hablar, pues D. Cristóbal juraba que primero mataría á su sobrina, ésta se negaba á dar su mano á D. Buenaventura, quien hacía cargos por no habérsele dejado hablar á D. Martín, el cual en vano procuraba obligar á respetar la casa ajena á D. Cristóbal, que hecho un energúmeno atropelló á D. Sóstenes, haciéndole caer sobre D.ª Beatriz Gertrudis, que á su vez, estuvo á punto de arrastrar tras de sí á la pobre Rosa.

Nunca hubiese acabado aquello si en tal punto é instante no hubieran aumentado con su entrada el número de los actores, la marquesa, el conde, D. Cleofás y el mismo Carlos Armendáriz, vendada aun la herida de la cabeza, pero repuesto y marchando por su propio pié.

Por intervención del novio de Margarita todo pudo explicarse, pues Carlos refirió punto por punto todos los sucesos que ya mis lectores conocen.

Para mejor arreglo de todo, D. Antonio, intranquilo como era natural que lo estuviese por su hija, logró después de mil vueltas y rodeos ir también á dar á la casa de D. Buenaventura, y padre al fin, accedió á las súplicas de todos y concedió á Carlos la mano de Margarita, lo cual obligó á Cristóbal á retirarse por demás corrido.

—Pero vamos á ver,—preguntó Rosa dirigiéndose á D. Buenaventura,—quiere usted explicarme cómo y por qué circunstancia llegó á verse envuelto en este intrincado laberinto.

D. Buenaventura, sacando fuerzas de flaqueza, se resolvió á descubrir en toda su desnudez la verdadera historia de su mentira, basada en la ocurrencia de haber asegurado falsamente haber montado á caballo el día en que no encontró á Rosa en casa de la marquesa.

—¿Pero por qué fué ese capricho?—preguntó Rosa.

—Quise demostrar á usted que nada era tan fácil como lanzar una mentira y obligar á todos á creerla.

—¿Es decir,—observó maliciosamente D. Cleofás,—que quiso usted robar á la mujer su patrimonio?

Todas las señoras que tal blasfemia escucharon, quisieron tomar venganza del buen D. Clofás, pero ante las súplicas de D. Buenaventura, la amable Rosa intervino y fué al punto perdonado.

Mientras de modo tal se desenlazaba la sencilla historia que acabo de referir, no se hablaba en México de otra cosa que de las últimas novedades insurgentes que siguieron á los memorables sitio y toma de El Castillo de Acapulco.




... no se hablaba en México de otra cosa...



XIV

# EL 22 DE DICIEMBRE DE 1815

MEMORIAS DE UN CRIOLLO
1813-1815



Rubricó el Sr. Morelos... (pág. 1470)

## EL 22 DE DICIEMBRE DE 1815

### I

El relato que va á seguir y forma íntegro el presente tomo, es una exacta copia del manuscrito en que constan las memorias de mi padre. Nada he querido quitarle ni añadirle, pues cualesquiera que sus faltas sean, y no es á mí á quien toca señalarlas, la presente relación escrita tiene para mí el mérito de habérsela oído leer á mi buen padre con voz entrecortada por los sollozos y humedecida por sus lágrimas.

Hela aquí:

*
* *

No era ya posible dudarlo.

Rayón, aquel hombre que todos creíamos superior al espíritu de baja intriga que mil veces hizo ineficaces las conquistas de la revolución, era nuestro enemigo.

Imposible se nos hacía llegarnos á convencer de ello; pero aún los más ciegos veían que nos abandonaba y aún podía creérsele por sus actos interesado en nuestra ruina.

¿Qué fin podría proponerse con ello?

Unido á nosotros, ¿qué le habría faltado, siendo, como siempre fué, querido y considerado por el Sr. Morelos?

Estábamos al borde del mismo precipicio en que habían hundídose las primeras figuras del primer periodo del alzamiento insurgente.

Dejemos á un lado y por ahora toda consideración, y entremos de lleno en la relación de los sucesos.

El éxito de los esfuerzos del Gran Caudillo para formar un gobierno representativo, capaz de hacerse respetar en la extensa comarca dominada por los insurgentes, traía entusiasmados á los buenos habitantes de Chilpancingo, donde solemnemente habíase instalado el Congreso.

Otro jefe que el Sr. Morelos no hubiera sido, habríase dado por pagado y contento con dicho entusiasmo, al cual, como queda referido, debió aquella admirable y espontánea adhesión con que fué aclamado Generalísimo y depositario del poder ejecutivo.

Lejos de darse con ello por satisfecho, pues nunca entró la ambición á formar parte de las cualidades ni defectos de su carácter, el Sr. Morelos no puso en olvido que D. Ignacio Rayón había tratado de impedir por cuantos medios estuvieron á su alcance la reunión del Congreso.

Atento ante todo á la salvación de la patria y progreso de la revolución, consideró que si Rayón como individuo era dueño de hacer lo que mejor le acomodase, como personalidad insurgente estaba obligado á acatar y someterse á las decisiones del Congreso.

Viendo su obstinación en poner trabas á sus planes salvadores, el caudillo juzgó indispensable escribir á Rayón hablándole claro y sin ambajes.

Así lo hizo como habíalo pensado, al siguiente día de la instalación del Congreso, esto es, el 16 de Setiembre de 1813.

Referiré como fué esto.

Recogí con tal fin copia de la carta susodicha.

Impondré primero á mis lectores de cierto antecedente.

A las frecuentes y repetidas instancias del Sr. Morelos, invitán-

dole á concurrir á Chilpancingo para el acto de la instalación del Congreso, contestó D. Ignacio Rayón diciendo que á aquellos planes se adhería, pero haciéndolo en un oficio en que incurría en el mal disimulado olvido de remitirle sin firmar.

Ya el Sr. Morelos había por demás demorado la ejecución de sus planes, y no por esta superchería de D. Ignacio se detuvo en cumplir sus propósitos.

Felizmente la opinión general estaba toda de su parte.

Entérense ahora mis lectores de la carta susodicha, que decía así:

«Excmo. señor:

»Devuelvo á V. E. su oficio de 29 de este Agosto, que condujo el religioso Melgarejo, para que si es original lo suscriba, pues ha venido sin su firma. Y aunque el correo dijo traerlo de orden de V. E. y lo confirma el sello de la cubierta y la letra del secretario, igual á las anteriores, con todo, sin la firma nada vale para el caso de pase, y antes bien arguye alguna malicia. Lo he rubricado al margen, y mandado dejar testimonio legalizado para lo conveniente.

»Cualquiera que haya sido la fe ó espíritu de la falta de la firma, no podía contener el verificativo de una junta general, emplazada cuatro meses há para el día 8 de Setiembre, y sólo pudieron aguardarse cuatro días más, celebrándose la primera el día 13 de la fecha.

»V. E. dice que extraña más y más el decidido empeño que he tomado en sostener la regeneración del gobierno á costa de su opinión. Yo no extraño esa expresión, sino que me escandalizo de oirla de boca de un señor licenciado que sabe muy bien que yo no tengo espíritu de abatir á mis conciudadanos, dando pruebas nada equívocas en sostener una junta ilegítima en sus principios, medios y fines, haciendo que se obedeciera por tácito, pero repugnante consentimiento de los pueblos: en sostener la continuación de los tres vocales á que completen su tiempo: olvidando todo agravio y dando una satisfacción con la prensa al público, para que no quede manchada la opinión de la nación por la de tres individuos: proponiéndolos á la oficialidad nacional y á los electores de las provincias, en cuaterna para que eligiesen el generalísimo: reformando, en fin, un gobierno que lo necesitaba en sentir del sabio y del idiota y á instancia del mayor número de provincias.»

Rubricó el Sr. Morelos esta carta, cuya parte final no interesa á mis lectores, el día 16 de Setiembre y en la ciudad de Chilpancingo.

Resistiéndose aún después de esto D. Ignacio á cumplir los deseos del caudillo, éste volvió á insistir con fecha 25 de Octubre, culpándole de que la «falta de su persona en el Congreso embarazaba resoluciones de trascendencia,» razón por la cual apelaba á su buen sentido, dirigiéndole estas gráficas expresiones: «V. E. tiene capacidad y yo le juzgo con más amor á la patria que á sí mismo.»

A estas cartas del Sr. Morelos he juzgado conveniente referirme, para que mis lectores, en presencia de la verdad desnuda, estimen qué confianza ni crédito pueden merecerles esos escritores que, falseando y desnaturalizando el patriotismo, pretenden hacer creer que ningún desacuerdo reinaba entre los insurgentes.

Ríome yo, y de buena gana, de ellos; como si el tiempo no hubiera de encargarse, llegada su hora, de desbaratar sus fábulas y de apuntarlos en el catálogo de los historiadores embusteros á sabiendas!

Indigna tarea la suya, tanto más indigna, cuanto que á esas miserias y rencillas de que á ocuparme voy, debió su pérdida y ruina el gigante D. José María Morelos, padre verdadero de la patria, y quizá y aun sin quizá; el único grande hombre de nuestra historia de aquellos días.

## II

Se me dirá tal vez por alguno que lo anterior haya leído, que, pues el Sr. Morelos tan grandes acciones había acometido y llevado á cabo con honra y en prestigio de la revolución, nadie que lealmente la sirviera, podría tener hacia él cosa que no fuese respeto y admiración.

Cierto que así debiera de haber sido, pero no siempre es lo que debe ser.

La gloria del Sr. Morelos nadie podía entonces, ni hoy puede, ponerla en duda. Él fué quien ganó las primeras batallas á los realistas, y su pujanza fué tal, que ni aun Calleja, con razón llamado *El Invicto* antes de habérselas con el caudillo suriano, pudo triunfar de su genio y de su suerte.

Antes que el Sr. Morelos lo intentase, nadie pudo conseguir lo que él consiguió: disciplinar y moralizar sus tropas; aquellos bárbaros, salvajes é imperdonables asesinatos de Guanajuato, Guadalajara y Valladolid, cesaron en toda la inmensa extensión del territorio de la Nueva España que á él estuvo sometida, desde el momento en que él empezó á luchar y vencer: el nombre del señor Morelos no aparece manchado con alguno de aquellos proditorios latrocinios que en número inmenso agotaron las riquezas de los moradores de la Nueva España, sin provecho alguno para la revolución. Nadie, en fin, fué menos ambicioso de mando ni enemigo como él de títulos y condecoraciones; nadie tampoco tan valiente y amigo de la verdad, y su amor á ésta y su valentía fueron las que quitaron la máscara al alzamiento insurgente, que sólo un Morelos podía haberse atrevido á lanzar el guante retador á la frente del monarca mismo, acto de arrojo al que nadie fué osado antes que lo fuese él.

¡Oh más que grande y gigantesco Morelos! ¡tú, á cuya voz la Victoria seducida se hizo también insurgente; tú, que en tus hercúleos brazos transportaste la humilde Cuautla sobre el pedestal levantado en el mundo de la historia á Sagunto y á Numancia, á Gerona y Zaragoza; tú, de cuyo genio maravilloso hiciste salir, como Júpiter de su cerebro, á Minerva armada de todas armas, á los Matamoros, á los Galeanas y á los Bravos; tú que, titán de estos titanes, brillaste en el Nuevo Mundo en los mismos días en que Napoleón brillaba en el antiguo, que sólo te diferenciaste de aquél en lo pobre del campo en que batallaste, y en que aquél á los veintiun años de edad había concluido su brillante carrera escolar en la principal academia militar francesa, mientras que tú aprendiste á leer á los treinta años y tu primera escuela militar fué la primera acción en que entraste y primera también en que venciste; tú, gran Morelos, no has hallado aún, no ya un Homero que te cante cual tú mereces, pues aunque merecíaslo, nunca tus propias alabanzas te desvelaron; pero sí lo que tienes derecho á exigir, la alabanza y el entusiasmo de tus compatriotas!

¿En cuál de tus gloriosos aniversarios, y lo son tuyos los de todos los días que pasaste sobre la tierra, el pabellón nacional, del cual tu nombre fuera el mejor escudo, flota al viento en majestuosos pliegues, ni el cañon que siendo *niño* sostuviste en tus brazos é

hiciste émulo de tu potente voz, que fué la de la libertad, obliga á tus ingratos hijos á recordar tu nombre?

¡Oh gran Morelos! por la justicia luchaste, por la justicia sufriste, moriste por la justicia; pero aún la justicia no impera ni se impone á la humanidad!

El día en que esa justicia venga y se imponga á tus compatriotas, ocupará el centro de tu capital un monumento coronado por tu estatua, que no envolverán los pliegues de una sotana que no vestiste desde el día de tu alzamiento; Matamoros, Bravo y Galeana te rodearán elevados casi á tu misma altura: al pié de tu pedestal Hidalgo, estrechando amoroso la mano de la Patria, le mostrará en letras de oro sobre mármol blanco esta inscripción:

La opresión fué el pedernal, el amor de la patria el eslabón,
Hidalgo la chispa, Morelos la luz

Mas pues ni el mundo ni sus hechos marchan tan de prisa como fuera mi deseo, recobremos el paso natural de los sucesos y continuemos relatándolos:

Bien le recuerdo: era un hombre cuya edad apenas frisaría en los treinta y dos años; no obstante su juventud, numerosas canas entremezclábanse con sus negros y lacios cabellos, y daban á su escasa y descuidada barba un tinte gris, muy de acuerdo, después de todo, con la extrema palidez de su rostro, correcto y severo en sus líneas: sus negros ojos, habitualmente melancólicos y apacibles en su mirada, iluminábanse á menudo y súbitamente con relámpagos de sorprendente energía, recobrando de un modo no menos rápido su tinte de apacible tristeza, en el momento en que notaba que era por alguien observado; con frecuencia sus labios pálidos y medio ocultos por un sedoso bigote, movíanse como pronunciando palabras desprovistas de sonido, y su extraña rigidez denotaba que habían perdido la facilidad de sonreir. Por lo regular, el personaje cuyos principales rasgos he procurado bosquejar, permanecía alejado de todo y de todos: sólo á la hora de entrar en batalla se le veía acudir presuroso y tomar puesto lo más próximo posible al Sr. Morelos: en estos casos su vista no se apartaba de la del general, y allí donde éste la dirigía lanzábase con ímpetu nuestro insurgente, cualesquiera que los peligros fuesen y sin contar el número de los enemigos: con éstos combatía con un arrojo y á la vez con

una imprudencia tales, que lo mismo hubiera podido creerse que trataba de demostrar su valentía que su deseo de encontrar la muerte en la acción.

Alguna vez ví distraerse de sus altas funciones al Sr. Morelos y seguir con los ojos al insurgente entre admirado y conmovido, y sus ojos brillaban con entusiasta satisfacción cuando le veía volver salvo y victorioso.



Permanecía alejado de todo y de todos:...

En tales casos solíale decir:

—Bien, hijo mío; te has portado como nunca dudé que te portarías.

—¿Nunca, mi general?—preguntaba él.

—Nunca,—repetía el Sr. Morelos.

Nuestro hombre pagaba aquel *nunca* con una mirada de supremo reconocimiento, y si la acción había terminado, recobraba su modo de ser melancólico y retraído, y no tomaba parte alguna en la embriaguez de la victoria.

## III

No quiero tener por más tiempo en suspenso la curiosidad de mis lectores: el citado personaje es conocido suyo: le trataron y en sus desgracias tomaron abundante participio allá por los gloriosos días del Sitio de Cuautla. Su nombre, que quizás ha acudido ya á los labios de mis lectores, era Felipe Manso.

Los sitiados padecían los últimos horrores del hambre: Felipe veía perecer entre horribles tormentos á su esposa y á su hijo é iba á cometer por salvarlos una debilidad, cuando á la puerta del desolado hogar se presentó el Sr. Morelos, y

—¡Traidor!—le dijo con voz terrible, con severo acento.

Sin inmutarse ante la sentencia de muerte que el caudillo acababa de pronunciar, herido por el más cruel de los dolores, pues en aquel mismo instante su hijo espiraba asesinado por el hambre, Felipe pedía su ejecución como único remedio á su dolor, cuando en el lugar de la escena se presentó D. Hermenegildo Galeana, quien al notar la conmoción del Sr. Morelos.

—El miserable ha engañado á usted,—le dijo,—pero yo le fusilaré.

Y tendía su mano para apoderarse del desventurado Felipe, cuando:

—¡Atrás Sr. Galeana!—gritó con voz de trueno el general: el capitán Felipe Manso es sagrado: yo le protejo.

Y tomando de una mano á D. Hermenegildo, el Sr. Morelos salió de la casa, cerrando la puerta tras de sí.

Apenas hubiéronle dejado sólo, Felipe, como si nada hubiese influído en su ánimo la breve y violenta escena que acabo de recordar, indiferente á todo, aun á la misma heróica generosidad de su general, descorrió la cortina que cubría la puerta de la recámara en que acababa de espirar su hijo á tiempo en que su esposa Emilia, casi sin apoyar los piés en el piso, con los brazos extendidos hacia el cielo, pero arqueándolos suavemente como si del cielo descendiese, después de haber acompañado hasta sus confines al espíritu de su hijo, cayó sobre su marido como vencida por un imponderable peso.

Allí, entre las sábanas arrugadas por las contracciones nerviosas de las manos de Emilia; con la pálida cabecita hundida en el lienzo de la almohada; ambas manitas plegadas como capullos de rosas blancas; recostado sobre el lado del corazón y sueltas sus coyunturas todas como roto el hilo que las sujetaba, veíase al pequeño muertecito como sin duda vió Dios á los ángeles antes que su vivificador espíritu los animara.

No llegaba aún el sol al medio día: clara su luz, doraba con sus rayos los átomos impalpables que llenaban la habitación, en la cual los ángeles que acudían á acariciar con sus alas el cadáver del niño, no se atrevían á entonar el «gloria al que á nosotros vuelve limpio de mancha y de pecado,» por no herir en su salvaje y bárbaro dolor á los desventurados padres.

Merced á aquel silencio en cuyo vacío se ocultaba inflexible la voluntad de Dios, pudo escucharse el rugido de la tormenta que se declaraba en el corazón del mísero Felipe: una maldición, una... ¿por qué no decirlo? una blasfemia iba quizás á salir de sus labios, cuando sin duda la misericordia del Supremo Hacedor puso su dedo sobre la frente del padre desventurado y su razón pareció desvanecerse cual si no quisiese estorbar el impulso enérgico con que su corazón fué á sumergirse en un mar de llanto agitado por un huracán de sollozos.

Pero aquella no inagotable tormenta pasó haciendo á un lado el espectro de la muerte, que nunca con mayor justicia pudo haber reclamado una víctima, y Felipe, al sentirse de nuevo en el mundo de la realidad, creyó ahogarse en aquella atmósfera que ya no llenaba la vida de su hijo. Después, las fuentes de su llanto se agotaron, una extraña rigidez se apoderó de su ánimo, y su alma comenzó á dolerle, pero con dolores materiales, tangibles, por decirlo así.

La fuerza sin duda de este dolor indescriptible, lo hizo al fin caer en una especie de atormentadora insensibilidad, poblada de morales padecimientos. Dolores, dudas, extrañas preocupaciones, iracundas rebeldías, locas interrogaciones, reflexiones irascibles desprovistas de sentido y lógica, aturdían su cerebro, presa de los más extraños fenómenos nerviosos.

El desgraciado sentía sobre sí todo el peso de su desplomada fe, porque inútil es decirlo ningún padre, cualquiera que sea la grave-

dad de su hijo enfermo, llega á perder la fe con que cree que Dios escuchará sus oraciones, y salvará á esas prendas y objeto del más magnánimo cariño que es capaz de abrigar el corazón del hombre.

¡Oh! compadezcamos á las infelices víctimas de tan indescriptible é inexplicable dolor: indescriptible é inexplicable, sí, porque ni puede describirle quien le padece, ni de él acierta á darse razón á sí mismo. Algo como la mano de una estúpida y cruel fatalidad rompe nuestro pecho del lado del corazón; penetra por la herida; ensortija sus dedos en vuestras entrañas; arráncalas después con violencia; introdúcelas de nuevo y en desorden en la horrible cavidad, á fin de prolongar y recrudecer vuestro dolor, y sobre la herida, cuyos bordes entreabiertos descubren el sangriento corazón, coloca la misma funeraria losa en que escribió el nombre del idolatrado difunto y os deja ahogaros bajo su peso que multiplican los días y los recuerdos.

Y cuando el que tal padece, logra al fin volver en sí, puede decir con el poeta:

Todo contigo huyó; la dulce guerra,
la suspirada paz, el loco anhelo,
el entusiasmo en que la fe se encierra,
y quedaron la duda y el desvelo,
un cuerpo que se inclina hacia la tierra
y una conciencia que interroga al cielo.

Salvaje dolor, este dolor del cual parece que huyen la cristiana resignación, la filosófica conformidad y sólo puede esperar alivio de la lenta progresión del tiempo.

Extraño dolor este dolor que ni enloquece, ni mata, ni encanece, ni en fuerza disminuye, ni deja de sentirse ni aun en los instantes de suprema delicia en que os miráis en los espejos de los ojos de los hijos que aun os quedan y os besan y acarician y os hablan con esa voz más dulce que el trino melodioso de las aves al saludar la suave luz del alba, impregnada de aromas y rebosando vida y omnipotencia de Dios.

Pero no, no prosigamos y dad tregua al dolor vosotros los que, como acabo de decir, aún tenéis hijos á los cuales amáis: éstos os obligarán á amar esta tierra en que tal dolor sufristeis; los que en el cielo tengáis os obligarán á pedir á Dios que no os prive de los que aun os queden, pues si Dios en lo absoluto de sus perfec-

ciones puede estimar la justicia de sus mandatos, un padre que en sus hijos se recrea, no los devuelve resignado ni á Dios que se los concedió.

O vosotros los que estas páginas leéis, conmigo al cielo dirigid vuestra oración y decidle:

Dios de los que padecen, y por serlo de ellos, innegable; tú puedes existir sin un ángel más en el cielo, no así un padre con uno menos en su corazón.

## IV

Cuando el ejército que sitiaba á Cuautla húbose abierto á la voz de sus heróicos defensores, como á la de Moisés se abrió el Mar Rojo, y cumplida quedó aquella sorprendente hazaña, el mísero Felipe se creyó desamparado y sólo en la heróica ciudad de sus martirios

Mas por fortuna suya no lo estaba, y en el instante mismo en que los soldados realistas se preparaban á echar abajo la puerta de la casa de Felipe, después de haber llamado á ella inútilmente, un hombre se presentó y les obligó á retirarse, mostrándoles al efecto, una orden de Calleja.

También á aquel hombre conocían mis lectores: era aquel Juan Sánchez que habiéndose introducido en la plaza comisionado por Calleja para comprar á algún jefe insurgente una entrada, un paso cualquiera, fué camarada y obligado compañero de desgracias del capitán Felipe Manso.

Se recordará que el tal Juan fué el causante de la violenta escena habida entre Felipe, el Sr. Morelos y D. Hermenegildo Galeana.

Explicaré el cómo, puesto que no se dijo en el episodio titulado El Sitio de Cuautla.

Para nadie era un misterio la preferencia que el Sr. Morelos tenía por Felipe Manso: nadie por lo tanto ponía en duda que si alguien contaba con algunas provisiones en la ciudad, ese alguien era el capitán. Estimándolo así é impelido por un hambre de seis días, un soldado insurgente resolvió introducirse en la casa, por cualquier medio que fuese, sin exceptuar ni el del asesinato. Lle-

gado que hubo á la puerta vinieron á sus oídos ecos de palabras y púsose á escuchar.

Juan trataba de convencer á Felipe á que permitiera á los realistas la entrada en la plaza por la trinchera confiada á su custodia.

El soldado insurgente poniendo en olvido sus proyectos y su hambre, sólo pensó en el peligro común, y con toda presteza fué en busca del Sr. Morelos á quien enteró de lo que pasaba, y dejándole en camino hacia la casa de Felipe, fué á repetir su denuncia ante D. Hermenegildo.

Aunque uno y otro jefe convinieron en mantener el suceso en secreto, éste no fué tal que no se enteraran más de cuatro de la ocurrencia, y sabido que fué por Juan, excusado me parece decir que se puso en salvo, ocultándose donde nadie pudo encontrarle.

Juan no salió de su escondite hasta la noche en que el Sr. Morelos dejó la ciudad: unióse á los insurgentes, y fuera ya de Cuautla, corrió al campamento de los realistas, y allí le recibió Calleja con las mayores demostraciones de afecto y simpatía.

Su feliz salvación no le hizo olvidarse del desventurado Felipe y para él pidió y obtuvo de Calleja amplia gracia, y en su busca corrió en cuanto le fué dable á la ciudad.

Acabamos de ver cuán oportunamente acudió en su auxilio.

Logrado al fin que Felipe abriera la puerta de su desolado hogar, mucho trabajo costó á Juan obligarle á él y á su esposa á que tomaran los manjares que les presentó, pero al fin logró vencer su resistencia, ayudado por la violenta fuerza con que se reveló en ambos esposos el natural instinto de la conservación.

El efecto fué el que era de esperarse: en cuanto hubieron, no comido sino devorado los manjares que Juan les presentó, tanto Felipe como Emilia sucumbieron á la debilidad y dos horas después hacía presa en ellos una violenta fiebre que les privó de conocimiento.

Juan aprovechó aquella circunstancia para dar sepultura al cadáver del niño que aun permanecía sobre el lecho en que había muerto.

Ocho días terribles pasaron, durante los cuales Felipe y Emilia estuvieron más bien muertos que vivos: pero Dios ante todo y los cuidados de Juan les devolvieron al cabo la salud.

Difícil me sería decir si el uno y el otro agradecieron á Juan el

servicio que les había prestado volviéndoles á la vida; lo que sí puedo asegurar es que nunca Felipe y Emilia derramaron más abundantes ni amargas lágrimas que cuando pudieron convencerse de que la muerte había sido más generosa con ellos que con su pobre hijo.

Pero como sólo los entes relajados y miserables son capaces de atentar contra su propia vida, y ellos por misericordia divina no lo eran, resignáronse á vivir siendo su sacrificio tanto más virtuoso cuanto que su atroz pesar era, no quiero decir el único, pero sí de los únicos que dan derecho al hombre á desear la muerte.

Juan Sánchez fué para sus compañeros de infortunio un amigo leal y á toda prueba: como mis lectores recordarán, pues referido queda en El Sitio de Cuautla, Juan era casi lo que puede llamarse un rico. Emilia y Felipe durante su larga convalecencia de muchos meses, disfrutaron muy á satisfacción de aquél, de su franca hospitalidad.

No obstante, Felipe estaba muy lejos de mostrarse resignado.

Con cada día aumentaba su preocupación, y un tinte de profunda melancolía demacraba sensiblemente sus facciones.

Emilia, que con el amor de su esposo había llenado en su corazón el hueco producido por la falta de su hijo, padecía sobre toda ponderación con la tristeza de Felipe.

Un día memorable, la tierna y ejemplar esposa acudió radiante de alegría á la habitación de su marido: su gozo era extremo, no podía dudarlo; el cielo habíale permitido sentirse de nuevo madre.

Quizá el espíritu de su hijo difunto había tenido piedad de su dolor, y atraído por el amor de sus padres, regresaba á la tierra y encarnaba de nuevo.

Podía esto no ser así, pero Emilia lo creía y era feliz, pues nada hace más dichoso al hombre que la fe en maridaje con sus deseos.

Pero con amarga y dolorosa sorpresa, vió que Felipe no se hallaba en su habitación: más aun, su lecho no daba señales de que en él hubiera reposado.

Emilia preguntó á Juan, pero Juan nada sabía: uno y otro preguntaron á las sirvientas de la casa, pero tampoco ninguno de ellos sabía de Felipe ni habíale visto salir.

Después de mucho buscar ocurriósele á Juan entrar en la pieza en que guardaba sus armas, y desde luego notó que le faltaban un

fusil y un par de pistolas. En el lugar que habían ocupado estas últimas, distinguió un bolsillo de seda encarnada, y á su lado un papel plegado en forma de carta: ésta decía así:

«Juan, Emilia querida: uno y otro habríais estorbado mis deter- »minaciones: por eso seguirán siendo para ambos un misterio. En »esa bolsa de seda os dejo cien onzas de oro, que, no te ofendas, »Juan, servirán para ayudar á los gastos de Emilia. Eres rico y ge- »neroso, sé que no necesitas ese dinero, pero dejándotelo me alejo »de vosotros menos intranquilo. No obstante que os dejo sin des- »pedirme, os quiero á tí, Juan, como el hombre de honor á quien »puedo confiar á mi esposa; á tí, Emilia, como al virtuoso ángel »de mi hogar, y madre de mi inolvidable hijo. Perdonadme y que- »redme, porque de uno y otro bien soy digno.—Felipe.»

Imposible me sería describir el pesar que con esta carta recibieron aquellos á quienes iba dirigida. Por una parte no podían explicarse tan cubierta y misteriosa determinación; por otra, menos aun acertaban á darse cuenta de la procedencia de aquellas cien onzas de oro. Nada le había faltado en casa de Juan, pero tampoco sobraba en ella el dinero de tal modo, que Felipe hubiera podido ahorrar una cantidad de cierta importancia como éralo aquella.

Entonces, y sin quererse dar de ello razón á sí mismos, Emilia y Juan concibieron una horrible sospecha.

La constante preocupación de Felipe, su inexplicable retraimiento, su tristeza habitual, podían ser indicio de que el desventurado había meditado largo tiempo el modo de hacerse de aquella cantidad, tal vez, por medio de un robo.

Emilia exigió á Juan, quien con noble generosidad se negaba á obedecerla, que hiciese un minucioso registro en las cosas de su pertenencia, y un escrupuloso examen de sus rentas y sus gastos.

De las pesquisas resultó que á Juan no le pertenecía ni la más leve parte en aquellas cien onzas.

Inquirieron después si algún robo se había cometido en la población: nadie se quejó de que le faltara cosa alguna.

Nadie tampoco dió razón de Felipe, no ya entre los vecinos, pero ni entre los habitantes de los pueblos y ranchos de los alrededores.

Jamás hombre alguno supo rodear sus acciones de un tan perfecto y absoluto secreto.

## V

Mis lectores saben, sin embargo, dónde se encontraba Felipe; el motivo de su fuga vamos á decírselo.

Su terrible y ya distintas veces referida escena con el Sr Morelos, no se había apartado un solo instante de su memoria. La generosidad del gran caudillo defendiéndole contra el mismo don Hermenegildo Galeana, le probaba que el general le había compadecido en su infortunio; pero saliendo como salió de su casa de Cuautla, sin dirigirle siquiera una mirada, probaba también que el Sr. Morelos le despreciaba como ingrato y traidor.



. . la casualidad le hizo sentarse.

Las manchas de ingratitud y de traición, si acaso pueden lavarse, es tan sólo con la propia sangre del delincuente.

—Y las lavaré así,—dijo Felipe;—pero será después de haber demostrado al Sr. Morelos que no me faltaron ni me faltan corazón para agradecer ni valor para luchar por su causa.

Desde entonces sólo pensó en llevar su plan á perfecta realización.

Pero dolíale dejar á su idolatrada Emilia, atenida á la ajena caridad, por más que Juan era para él, y las pruebas sobraban, más que un ajeno, un hermano en toda la extensión de la palabra.

Mas ¿cómo hacerse de una cantidad cualquiera? Las autoridades españolas habíanle otorgado, gracias á Juan, toda especie de garantías, pero Felipe no quería servir á los realistas, y no era fácil obtener ningún empleo particular.

Discurriendo una noche por las calles de la población, siempre preocupado con su idea, la casualidad le hizo sentarse en un poyo de ladrillo construído no muy distante de la ventana de una casa en que varios oficiales realistas jugaban gruesas sumas de dinero.

El ruido de las onzas de oro cayendo unas sobre otras, y pasando de mano en mano, le causó un daño horrible. Quiso apartarse de aquel lugar, pero la codicia le retuvo en él: sobreexcitado á un alto punto, creyó volverse loco, pues sin poderlo remediar, comenzó á meditar planes de robo. Pero imposible hubiera sido cometerlo; él estaba solo y desarmado, los oficiales realistas vestían uniforme y eran muchos.

Ya muy entrada la noche, la reunión de jugadores comenzó á disolverse, y levantado al fin el tapete verde, un grupo de oficiales quedó conversando sobre los incidentes de la partida.

—Qué afortunado eres, Loredo,—dijo uno de ellos;—para nada necesitas el dinero, pues eres noble y rico, y la ciega suerte ha puesto esta noche en tus manos, nada menos que cien onzas. Cuanto mejor me hubieran venido á mí, que, créelo, muy de veras las necesito.

—Pues amigo,—contestó el llamado Loredo,—ningún interés tengo en conservarlas; como muy bien dices, para nada las necesito, y en prueba de ello, aquí están, tómalas, te las regalo.

—¡Loredo!—observó á esto, y con voz irritada aquel á quien se se le había hecho la oferta: guárdate en mala hora tus cien onzas; yo no acepto limosna de nadie, ni aun en esa cantidad. Yo vine aquí á ganar ó á perder, no á pedir favores á nadie.

La respuesta originó un violento altercado que habría tenido sin duda funestas consecuencias sin la amistosa mediación de los camaradas de ambos oficiales.

Hechas las paces, Loredo dió la señal de marcha, y ya en la puerta, y despidiéndose de sus amigos, les dijo:

—Me molestan estas cien onzas que á punto han estado de hacerme perder la amistad del mejor y más susceptible de mis amigos, y vive Dios que las tiraría aquí en mitad de la calle si no temiera que tal acción la tomaseis por un alarde de vanidad que estoy bien distante de sentir. Pero todo podrá hacerse de un modo que á nadie ofenda y á todos agrade. Antes de amanecer se moverán las fuerzas de que formamos parte con dirección á Valladolid.

Esta circunstancia favorece mis planes. En este maldito pueblo no podríamos, aunque lo quisiéramos, gastar estas cien onzas en un almuerzo como nosotros merecemos. En Valladolid ya es otra cosa. Tenemos allí á nuestra buena amiga la Rana, al frente de un batallón de preciosas muchachas alegres y decidoras. Estaremos en Valladolid mañana á las siete de la noche, á las ocho nos reuniremos en casa de la Rana, y allí daremos fin á las cien onzas s gustáis aceptar mi invitación. Espero la respuesta.

Una explosión de bravos y alegría contestó á la proposición de Loredo, aceptándola, por supuesto, y poco después el grupo se había disuelto, y retirádose cada cual en dirección á su alojamiento.

Felipe había sido testigo y espectador de todos, y cada uno de estos incidentes: aquellas cien onzas, que tan bien habríanle á él venido para sus proyectos, iban á ser gastadas al día siguiente en una monstruosa bacanal. Loredo las veía con el más soberano desprecio, y tan innecesarias le eran, que él lo había dicho, y Felipe oído, las habría arrojado en mitad de la calle con el mismo desdén que un objeto cualquiera sin valor ni utilidad. Aquella misma noche antes de que amaneciera el siguiente día, antes que ningún habitante del pueblo hubiera dejado el lecho, Loredo habría salido del pueblo con su regimiento: porque nada faltase, Loredo llevaba consigo las cien onzas, y además se retiraba solo, sin que nadie le acompañase ni pudiera defenderle, ni ser testigo ni acusador de nada ni de nadie.

Felipe no pudo resistirse á sí mismo, dejó alejarse algún tanto al oficial, y después, como si un maléfico demonio le obligara á ello, se levantó de su asiento, y encogiéndose y doblándose como un lobo ó como una raposa, echó á andar en seguimiento de Martínez.

El silencio era absoluto, y las espuelas del oficial rozando sobre los guijarros esparcidos aquí y allá producían tal resonancia, que los pasos de Felipe, cuyo ruido él procuraba disminuir; no llegaron á llamar la atención de Loredo.

El demonio se ponía de parte de nuestro desventurado amigo para ayudarle en su fatal intento; sin embargo, aunque no había luna, el cielo azul y purísimo reberveraba una luz intensa, y millones de estrellas con limpia y oscilante luz parecían observar con ansioso interés el camino que seguía el mísero criminal.

Sin duda Felipe observó todo esto, porque hubo un instante en que miró al cielo: pero quizá se avergonzó de que aquellos ojos de lo infinito le mirasen, porque bajando los suyos, apresuró el paso, y al fin como un tigre sobre su presa, se lanzó sobre Loredo, gritándole:

—¡Dame esas cien onzas ó eres muerto!

Pero súbitamente, y como si con aquella palabra última se hubiera agotado su último poder de energía, cayó desplomado á los piés del oficial.

Detúvose éste tan sorprendido como ajeno de todo temor; observó á su asaltante, se inclinó hacia él y dijo:

—Cobarde es para ladrón, pero... ¿quién me asegura que sea en realidad un ladrón? Quizá es algún desgraciado que necesita realmente de estas maldecidas cien onzas. ¡Bah! ¡qué mejor destino puedo dar á este dinero que entregárselo á quien me lo pide!

Y diciendo y haciendo, Loredo sacó de su bolsillo una bolsa de seda encarnada en que llevaba las cien onzas, y con imperturbable serenidad registró á su asaltante, y en uno de sus bolsillos metió el bulto de monedas, y sin esperar más se alejó; un rato después no sólo el bulto de su persona, sino hasta el más leve rumor de sus pasos habíanse perdido en lontananza.

## VI

El domingo 12 de Diciembre de 1813, nos encontrábamos en el curato de Carácuaro, donde el Sr. Morelos quiso que el ejército se detuviese para celebrar con toda pompa la fiesta de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe.

En Cutzámala nos habíamos reunido pocos días antes con las divisiones de los Sres. Matamoros, Galeana y Bravo, y juntos bajamos las orillas de Mescala, sobre cuyas aguas era conducida en balsas la artillería que el Sr. Morelos hizo sacar con no pocos trabajos y dificultades, del castillo de Acapulco.

Mucho gusto me dió volver á ver á nuestro buen D. Nicolás Bravo, que seguía cumpliendo como un héroe con las obligaciones que le imponía su apellido.

Ultimamente había hecho una de las suyas, dejando con tres

palmos de narices á los realistas que le tuvieron sitiado en Coscomatepec.

En aquel tiempo, el pequeño villorrio de Coscomatepec ocupaba la cúspide de un cerro perfectamente cónico, hijo, por decirlo así, de las sierras en que campea, señor de todas ellas, el hermoso y antiguo volcán de Orizaba: defendíanle por tres de sus vientos amplias y profundas barrancas que el cerro dominaba en toda su extensión, y por último, distaba cinco leguas de Huatusco y ocho de Jalapa, lo que hacía la posesión del punto altamente ventajosa y útil para los insurgentes. D. Nicolás, á cuya penetración nada se escapaba, determinó retirarse á Coscomatepec y fortificarle allá por el mes de Abril, en que el teniente de navío D. Juan Topete casi devolvía á la obediencia del virey la provincia y costa de sotavento de Veracruz.

El teniente coronel Conti, recibió orden del conde de Castro Terreño para atacar á Bravo en Coscomatepec, como lo efectuó saliendo de Orizaba el 28 de Julio, pero los insurgentes rechazaron el asalto y obligaron á los realistas á retirarse de nuevo á Orizaba.

Irritado Castro Terreño con este fracaso, se consagró á hacer convenientes preparativos para sitiar estrechamente á Bravo, y á principios de Setiembre despachó con el mando de la expedición al teniente general D. Juan Cándano, comandante del batallón de Asturias. El día 6 de aquel mes, Cándano comenzó las operaciones del sitio, siendo terriblemente molestado por el fuego de los cuatrocientos cincuenta hombres que componían todo el ejército de Bravo. El 15, creyó el jefe realista aventurar un golpe decisivo y procedió al segundo asalto de Coscomatepec, y por segunda vez Bravo logró rechazar al enemigo. Hizo entonces Calleja que el coronel D. Luis del Aguila marchase á remediar lo que él suponía torpeza de Conti y Cándano, y Aguila se encontró, y así lo notició á Calleja, con que el sitio se hallaba en el mismo estado que el primer día y aún peor, pues halló á la tropa cansada y desanimada, con grandes bajas en la infantería y casi acabada la caballería. Aguila llegó á Coscomatepec el 29 de Setiembre y dispuso continuasen las operaciones del sitio, y trató de remediar las dificultades que en el campo realista tenían para proveerse de víveres que era necesario traer de Orizaba, con gran peligro de ser ataca-

dos por el cabecilla Machorro, que auxiliaba grandemente á los sitiados, sorprendiendo y molestando á cada rato á los realistas.

Así las cosas, y no siéndole ya posible á D. Nicolás sostenerse más tiempo en Coscomatepec, pues habían llegado á acabársele los víveres, determinó, previo acuerdo con los valientes defensores del cerro, salir del fuerte, como lo verificó á las once de la noche del día 4 de Octubre, casi sin que se apercibieran de ello los realistas, á los cuales engañó por medio de una original estratagema, que consistió en dejar encendidas las lumbradas que se ponían en cada uno de los puestos de guardia, y en atar á las campanas varios perros, á fin de que al moverse para huir, las hicieran sonar, y los sitiadores pudieran creer que los insurgentes las tocaban.

Al día siguiente, Aguila entró en el pueblo y en el fuerte y los hizo quemar y arrasar, satisfaciendo con esto su disculpable cólera.

Por orden del Sr. Morelos y en auxilio de Bravo, salió D. Mariano Matamoros en dirección de Coscomatepec, pero enterado de su evasión y noticioso de que un convoy de tabaco salido de Orizaba haría noche en San Agustín del Palmar, determinó dar una buena batida á la fuerza que lo custodiase. Así lo verificó el 14 de Octubre, obteniendo una completa victoria en el paraje llamado Quechula, victoria que costó á los realistas doscientos quince muertos, trescientos sesenta y ocho prisioneros y quinientos veintiun fusiles. Los realistas se portaron en esta memorable acción como unos verdaderos valientes: cercado por los insurgentes, el batallón de Asturias á la orden de su comandante Cándano, se formó en cuadro y así se retiró defendiéndose por espacio de más de dos leguas, sin que fuera posible desordenar aquel grupo de valientes, hasta que Matamoros los acribilló á metrallazos. D. Mariano manchó su victoria fusilando en San Andrés Chalchicomula al denodado comandante D. Juan Cándano. Pero era el tiempo de las crueldades y por una y otra parte se cometían atroces. Cándano no había sido, no obstante, el jefe de la escolta del convoy, sino el teniente coronel D. José Manuel Martínez, por expreso encargo del conde de Castro Terreño. Noticioso Calleja de esta derrota, separó del mando de la provincia de Puebla al conde de Castro Terreño y sometió á Martínez á un consejo de guerra, que le privó de su empleo, declarándole incapaz de continuar en el servicio militar.

La reunión de las divisiones de Matamoros y Bravo con las de Galeana y el Sr. Morelos se verificó por orden de éste, que sin comunicar á nadie cuáles fuesen sus intentos, salió de Chilpancingo el domingo 7 de Noviembre.

Por nosotros supieron los soldados de Matamoros y Bravo que el sábado 6 de dicho mes de Noviembre el Congreso había hecho la declaración de independencia, según lo había querido el Sr. Morelos, y á pesar de la vigorosa oposición que públicamente le hizo D. Ignacio Rayón, que el 30 de Octubre se había decidido al fin á trasladarse á Chilpancingo. Esta declaración, redactada por don Carlos Bustamante, decía del siguiente modo:

«El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpancingo de la América Septentrional por las provincias de ella, declara solemnemente, á presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad que los da y los quita según los designios inexcrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpado: que en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español: que es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y felicidad interior; para hacer la guerra y paz y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo Continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica y romana, y mandar embajadores y cónsules: que no profesa ni reconoce otra religión que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna: que protejerá con todo su poder, y velará sobre la pureza de la fe y de sus dogmas y conservación de los cuerpos regulares. Declara por reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito; ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la guerra, hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras: reservándose el Congreso presentar á ellas, por medio de una nota ministerial que circulará por todos los gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida ya por la Europa misma.

«Dada en el Palacio Nacional de Chilpancingo, á seis días del

mes de Noviembre de mil ochocientos trece. —*Lic. Andrés Quintana,* vice-presidente.—*Lic. Ignacio Rayón.—Lic. José Manuel de Herrera.—Lic. Carlos María Bustamante.—Dr. José Sixto Verdusco.—José María Liceaga.—Lic. Cornelio Ortiz de Zárate*, secretario.»

VII

No me ha parecido por demás haber dado á conocer á mis lectores el anterior documento, la historia de cuya redacción habría de ocuparme muchas páginas si hubiese de relatarla pormenorizadamente.

Lo que sí puedo decir es que esa declaración representa quizás la más reñida campaña que en su amor á la independencia y á la patria sostuvo durante su vida D. José María Morelos.

Defecto fué que tuvo desde sus principios el levantamiento insurgente, la supercheria de pretender hacer creer que los criollos hacíamos la guerra á la administración colonial, pero no á España, y mucho menos á su rey: en los primeros tiempos y aun después, era un grito muy general el de «mueran los gachupines y viva Fernando VII.» El objeto de este hipócrita disfraz de nuestras ideas, fué el de no asustar á las grandes masas insurgentes, cuyo amor al monarca era tradicional, y atraerlas al bando insurgente.

El Sr. Morelos, que ya hemos visto fué de los primeros en concebir la necesidad de la independencia y en servir á su causa de un modo resuelto y práctico, si bien se sometió á las disposiciones de los primeros caudillos, desde el primer momento también manifestó que no estaba de acuerdo con esa falsa conducta y opinó por que de un modo resuelto se arrojase la careta y se aceptara la lucha con todas sus consecuencias.

No pudo conseguirlo, pero no por eso desistió de su propósito: resultado de este fué su constancia inquebrantable para hacer desaparecer la inútil y aún perjudicial Junta de Zitácuaro, sustituyéndola con un verdadero Congreso en que tuvieran representación todas las provincias y al cual pudiese llevar gentes de sus ideas y resueltos caracteres.

Así lo comprendió D. Ignacio Rayón, y por eso, por cuantos

medios estuvieron á su alcance, trató de impedir la reunión del Congreso de Chilpancingo, ya resistiéndose á concurrir á él, ya influyendo con cartas y emisarios en el ánimo de los congregados.

Fué uno de sus principales agentes el Lic. D. Carlos María Bustamante, hombre muy inferior á él en capacidad, espíritu exaltado y ligero, cuyos multiplicados errores políticos estuvieron siempre en oposición con sus buenas intenciones, hombre, en fin, que además de estas y otras cosas, tenía la circunstancia de ser apasionado admirador de la inteligencia de Rayón, á la vez que de un modo entusiasta admiraba también el genio del Sr. Morelos. Porque nada le faltase, D. Carlos era un buen licenciado de aquellos días, esto es, un hombre acostumbrado á la intriga, al enredo, á la ostentación de una verbosidad acomodada al cartabón de la pesada, ampulosa é indescifrable algarabía de los códigos y procedimientos judiciales.

Tenía, pues, Bustamante, una cualidad ó defecto, según quien califique, muy común á la gente de su clase, por lo menos en aquellos atrasados tiempos, y era el de que en caso de oposición entre un licenciado y persona que no lo fuese, se ponía siempre del lado del licenciado, anteponiéndose el compañerismo y el espíritu de secta, que bien puede llamársele así, á todo otro respeto, mérito ó consideración.

El Sr. Morelos, de suyo y naturalmente bondadoso, conoció bien y desde los primeros instantes, que D. Carlos obraba por cuenta de Rayón; pero confiando demasiado tal vez en sí mismo, le dejó moverse y agitarse á su sabor: en todo y con todo pretexto se mezclaba, y aun sus discursos pretendió imponerle al caudillo, como sucedió con el que elaboró para que fuese pronunciado por el Sr. Morelos en la apertura del Congreso, en cuyo discurso, siguiendo, las indicaciones de Rayón, deslizó las siguientes expresiones: «Vamos á preparar el asiento que debe ocupar nuestro desgraciado príncipe Fernando VII, recobrado que sea del cautiverio en que gime.»

Por supuesto que por más licenciado que fuera Bustamante, no lo era lo suficiente para hacer ver blanco lo negro al Sr. Morelos, quien recibió el discurso pero no lo pronunció, ni mucho menos, en el acto para el que le fué enviado por su autor desde Oaxaca.

Bustamante llegó á Chilpancingo á fines de Octubre, pocos días

antes de que también lo hiciese D. Ignacio Rayón, y desde luego uno y otro se pusieron de acuerdo para ver de poner obstáculos al plan de reformas del Sr. Morelos. Pero resuelto éste á no detenerse por nada ni ante nada, resistió, como si de hierro fuese, los avances de sus contrarios, y les obligó á suscribir el plan de independencia, si bien contra él dirigió por escrito una exposición al Congreso D. Ignacio, insistiendo en que «era más conveniente consolidarla bajo el nombre de Fernando VII, por ser peligroso suprimirlo, tanto por estar el pueblo acostumbrado á venerarlo, como porque se destruía el concepto de que sólo se trataba de reformar el poder arbitrario, sin sustraerse á la obediencia del rey.»

Juntamente con las pruebas de estos desagrados, comenzó á propalarse el rumor de que todo cuanto estaba aconteciendo era justa consecuencia de la soberbia y ambición de mando del señor Morelos. Esto se decía del hombre que no sólo hizo su autoridad dependiente del Congreso, sino que le dejó, además del poder legislativo, el judicial, haciéndole, por lo tanto, árbitro y depositario del poder.

Que la íntima unión y mutua celebración de compromisos entre Rayón y Bustamante fué un hecho, lo demuestra una de las notas ó apuntamientos del Diario del secretario de Rayón, quien dice con fecha 30 de Agosto de aquel año lo siguiente: «Hoy se despachó la correspondencia del Excmo. Sr. Morelos, en la que brilla con la majestad y energía que distinguen el gran espíritu de S. E. el Sr. Rayón, su celo y amor á la causa pública, por la cual se olvida generosamente de sí mismo y de sus derechos: y libra todos sus poderes en favor del Sr. Lic. D. Carlos María Bustamante, para que con sus luces sobresalientes promueva en Chilpancingo todos los medios de consolidar el Gobierno, trastornado y desquiciado por la audacia y criminalidad de los enemigos del buen orden.»

Hé aquí tachadas de audaces y criminales las nobles intenciones del Sr. Morelos.

Llegando á temer que aquella manifiesta oposición viniese á determinar un fatal rompimiento, el Gran Caudillo violentó, como ya dije, su salida de Chilpancingo, pero aunque trató de reservar el fin de su movimiento, dejóselo traslucir á varios miembros del Congreso, entre ellos al mismo Bustamante, quien al despedirse del Sr. Morelos le significó que procediese con tino y prudencia, pues

le veía en espinosa senda, y aun añadió al abrazarle: «quiera Dios que no nos estemos viendo por última vez.» Así sucedió en efecto, y no dejó más tarde de hacerlo valer como una profecía el buen D. Carlos Bustamante.

Fuera que todos estos rumores é indiscretas hablillas hubiesen lastimosamente influído en la opinión general, fuera que estando á la orilla del precipicio el abismo ejercía su acción sobre nosotros, lo cierto es que en nuestro campamento no brillaba, animándolo todo como otras veces, aquel entusiasmo patriótico que había sido hasta entonces nuestra propiedad y distintivo.

La mala voluntad de los unos y los otros no dejó de embarazar sobradamente nuestra marcha, y estos embarazos dieron por resultado que los realistas se enterasen de que la expedición insurgente se dirigía sobre Valladolid. Esto sabido por Calleja, organizó rápidamente y como él sabía hacerlo, un ejército respetable que denominó «del Norte» y dió su mando en jefe á D. Ciriaco del Llano, y á éste como su segundo á D. Agustín Iturbide.

Si esto no hubiera sucedido, habríamos podido contar con seguridad con que Valladolid hubiera sido nuestro, pues aunque velaba por la plaza un valiente americano nativo de Lima, el teniente coronel D. Domingo Landázuri, la guarnición no pasaba de ochocientos hombres, mientras que el ejército del Sr. Morelos pasaba de cinco mil.

Para que ningún fatal pronóstico nos faltase, el 19 de aquel mes de Diciembre D. Ramón Rayón, que venía á reunirse con nosotros, se dejó derrotar por D. Matías de Aguirre, comandante de los Fieles del Potosí, enviado por Llano, noticioso de la proximidad de aquellas fuerzas insurgentes. Por su parte Iturbide hizo otro tanto en el campamento de Santiaguito con D. Rafael Rayón.

Las tropas comenzaron á murmurar, y algunas, como por ejemplo las del padre Navarrete, llegaron á insultar á las del Sr. Morelos, y decíanles que se volvieran á sus montañas del Sur, único punto en que podían hacerse pasar por valientes, gracias á lo inaccesible del país y á sus enfermedades mortíferas para los realistas.

El Sr. Morelos hizo retirar al padre Navarrete, dándole orden de no presentársele hasta el momento de la acción, y esto irritó más á sus gentes, que juraron que sabrían escoger el momento de la revancha.

## VIII

Bajo estos no muy halagüeños auspicios llegamos á Valladolid el 22 de Diciembre de 1813, presentándonos con nuestras fuerzas en las lomas de Santa María. Tuvimos allí no poco que hacer con la orden que se había dictado, para que todas nuestras fuerzas, por lo menos de la clase de capitán para abajo, se pintasen de negro la cara y manos, y también las piernas los que las trajesen desnudas: el objeto de esta orden fué el de que así tiznados pudiesen distinguirse de los realistas y conocerse entre sí los insurgentes, y con tal fin se dispuso que en Acuitzio se moliese carbón en cantidad suficiente para dotar con un costal á cada regimiento. Casi nadie quiso obedecer aquella orden; y esto dió origen á disputas y riñas, deplorables en la víspera de una acción.

Las tropas del padre Navarrete fueron las que más se escandalizaron de la tal orden, y al devolverla contestaron que no la aceptaban, porque ellos no se avergonzaban de llevar su cara descubierta, puesto que ninguno de ellos era *pinto* como los surianos de Morelos. Muchos soldados que realmente lo eran tomaron tan á enojo esta respuesta, que trabajo costó impedir que se desbandasen para ir en busca de los insolentes *navarretes*, como dieron en llamarlos.

El día 23 el Sr. Morelos dirigió un oficio al teniente coronel don Domingo Landázuri, intimándole la rendición; pero Landázuri no se cuidó de contestarla, y antes bien, sabiendo que Llano é Iturbide se encontraban en Indaparapeo, les dió aviso del riesgo en que se encontraban y les pidió acudieran sin pérdida de tiempo en su auxilio.

Pasado el término de tiempo que el Sr. Morelos creyó justo esperar respuesta de Landázuri, dió la señal de ataque, haciendo moverse á las escogidas tropas de D. Hermenegildo Galeana y don Nicolás Bravo sobre la garita del Zapote.

Quiso el Sr. Morelos proceder desde luego al ataque, porque por medio de uno de los dispersos de la división de Rayón, supo que Llano se dirigía á marchas forzadas en socorro de Valladolid. Los descontentos, que eran muchos, tomaron muy á mal esta de-

terminación y aun llegaron á pretender que nos retirásemos y evitáramos un encuentro con los realistas.

No sabían en verdad quién era el Sr. Morelos, cuyo arrojo y decisión jamás supieron contar el número de los enemigos, y siempre ignoró lo que era retirarse ó huir.

Además, su proyecto era inmejorable. Si llegábamos á tomar Valladolid antes que Llano é Iturbide pudiesen llegar, difícilmente habrían logrado reconquistarlo los realistas, y no nos hubiera sido imposible batirlos en campo raso, una vez entusiasmados nuestros insurgentes con la toma de la ciudad.

Pero ignorábamos que Llano é Iturbide estuvieran tan próximos, y así fué que al hacernos por segunda vez dueños del fuerte que defendía la garita del Zapote, nos vimos reciamente atacados por un flanco y por la retaguardia, por los batallones realistas que llegaban en socorro de la plaza, y que como por encanto salían de los pliegues de la falda del cerro de Penguato, que hasta entonces nos los había tenido ocultos.

Los soldados de Landázuri cargaron como leones sobre nosotros al verse socorridos, y aunque supimos resistir, como estaban acostumbradas á hacerlo las tropas de Bravo y Galeana, no hubo medio de vencer la fatalidad, y fuimos materialmente destrozados, con especialidad la división de D. Nicolás.

No quedó más recurso que retirarse, perdiendo, como perdimos, más de dos tercios de nuestra fuerza, y dejando en poder del enemigo una bandera, tres cañones y más de doscientos prisioneros, desertores en su mayoría de los realistas, por cuyo motivo fueron fusilados sin conmiseración á las orillas de la zanja misma abierta para servir de sepultura común á sus cadáveres.

Esta derrota fué casi instantánea, y el Sr. Morelos no pudo en los primeros instantes acudir en nuestro socorro, porque varios jefes insurgentes se negaron á obedecerle á consecuencia de los disgustos que ligeramente he apuntado.

Cuando el Gran Caudillo lanzándose á caballo en mitad de las divisiones que no acataban su mandato, imponiendo á los unos con los relámpagos de su sublime cólera y dominando á los otros con sus inspirados llamamientos al patriotismo, los restos de las tropas de Galeana y Bravo regresábamos á las lomas de Santa María, desesperados y tintos en la propia sangre.

Aquella noche hubo en nuestro campo junta de generales; pero nada pudo acordarse, pues mientras los hombres adictos al Generalísimo insistían en renovar al día siguiente el ataque, los afectos á D. Ignacio Rayón, á quien suponían despojado por el Sr. Morelos de sus grados y preeminencias, se pronunciaban por la retirada.

En esto fué llegando el grueso de los realistas de Llano y de Iturbide, y sin poderlo impedir, vimos á sus bien uniformados batallones entrar en Valladolid por la misma garita del Zapote, teatro de nuestra derrota.

Amaneció en esto el día 24 de Diciembre, y mientras así veíamos unirse al enemigo, tomaban cuerpo en nuestro campo los rencores, las enemistades y la indisciplina: disponíase á sucumbir el señor Morelos ó á intentar la difícil empresa con sólo sus amigos, cuando D. Mariano Matamoros, á quien el Generalísimo creyó oportuno encargar de la dirección de las operaciones militares, evitando por este medio nuevas y mortificantes heridas en su noble amor propio, tuvo el pensamiento de pasar revista al ejército, y arengarle y pedirle unas horas de unión y patriotismo.

Dejóle hacer el Sr. Morelos, y por orden de D. Mariano formaron en revista las fuerzas insurgentes en el espacio que mediaba entre Valladolid y las lomas de Santa María, campamento del caudillo.

Lenta fué la formación, por la resistencia que continuaban oponiendo algunos cabecillas, y aun hubo uno de ellos, y lo fué el padre Navarrete, que se negó á formar.

Empezaba á caer la tarde y allá por el Oriente las sombras iban haciéndose espesas, mientras en el Ocaso el sol, cual rojo y sangriento disco, se hundía entre nubes grises apenas coloreadas de un filete amarillento en sus caprichosos bordes.

Allá en su imaginación procuraba D. Mariano diseñar el cuadro patriótico que se disponía á dibujar con su palabra ante sus tropas cuando la de los realistas se desprendió entre nubes de polvo de la ciudad, dirigiéndose veloz como el rayo sobre nuestro campamento.

Era D. Agustín Iturbide quien á tanto se arrojaba, al frente de ciento sesenta infantes de la Corona, Fijo de México y compañía de Marina, y ciento noventa caballos de Fieles del Potosí, dragones de San Luis y San Carlos y lanceros de Orrantia.

Iturbide hizo montar á los infantes á la grupa de su caballería,

y rápido como una exhalación, se metió en nuestro campo rompiendo la debilísima línea de revista: la acción comenzó instantáneamente con grande desventaja nuestra, pues varios cuerpos se declararon desde luego en retirada, y otros procuraron retirarse en el mejor orden posible á las lomas de Santa María, defendidas por veintisiete cañones.

Desde el primer momento, el Sr. Morelos, por medio de un ayudante, dió orden al padre Navarrete de reunírsele; y con tan sin igual lentitud fué obedecido por el cura-cabecilla, que, perdiendo toda idea de prudencia, el Caudillo, al verle llegar, le denostó con expresiones tan justas como duras; pero que de tal modo irritaron y ofendieron á Navarrete, que el desventurado, por no decir traidor, alzó su sable sobre la cabeza del Sr. Morelos, y hubiérale herido á no haberse interpuesto su secretario Rosains, quien con suprema habilidad detuvo el golpe.

—¡Fuego!—gritó entonces Navarrete á sus soldados; y los miserables obedecieron, trabándose horrible é impío combate fratricida á la vista misma de los realistas, que penetraron al cuartel del señor Morelos á la voz de ¡mueran los insurgentes y vivan los Fieles del Potosí! Espantoso fué aquello. El Generalísimo estuvo unos instantes en poder de los realistas, salvándose de ser muerto porque casualmente aquel día, y contra su costumbre, montaba en silla militar y los soldados le desconocieron, confundiéndole con el padre D. Miguel Gómez, al cual hirieron gravemente. Rosains acudió por segunda vez en auxilio de su jefe, y logró salvarle con ayuda del Lic. Argüelles y de D. Juan Nepomuceno Almonte, que por todos era llamado «el niño del general.»

La noche llegó á cerrar completamente y á su sombra se retiró D. Agustín Iturbide, dejando nuestro campo en desorden tal, que imposible es dar idea de ello. Las mutuas rencillas hicieron desastrosa explosión, y el combate se generalizó entre los insurgentes, que se mataban los unos á los otros con imponderable rencor.

En vano Matamoros, los Bravo, Galeana y los demás jefes honrados, trataron de poner término á aquella matanza: nadie quiso escucharlos, y no pudo restablecerse la calma hasta que cada cabecilla dió á los suyos la orden de retirarse, lo que equivalió á consentir la dispersión y la fuga, que se efectuaron con la más vergonzosa rapidez y cobardía.

Al amanecer del día 25 el campamento insurgente estaba completamente desierto: alfombraban su extensión innumerables cadáveres hechos en fratricida lucha, y despojos abundantes de armas y efectos de distintas clases, abandonados por los fugitivos.

## IX

Los historiadores que de los sucesos de aquellos días se han ocupado, por cálculo los unos, por error los otros, por falta de datos los más, han desfigurado en lo absoluto la verdad.

Quien más quien menos de ellos supone que en la desgraciada expedición de Valladolid, el Sr. Morelos cometió error sobre error, y aun algunos se apoyan para demostrarlo en que Rosains dijo de estos errores, que no los habría cometido más grandes si Calleja se los hubiese aconsejado.

Nada hay de cierto en todo esto. Si el Sr. Morelos salió de Chilpancingo para atacar á Valladolid, lo hizo, en primer lugar, porque ya no podía sufrir con paciencia la guerra, no muy sorda, que le hacían algunos miembros del Congreso, mal aconsejados por don Carlos Bustamante y D. Ignacio Rayón, quien, preciso es decirlo, vió con malévola envidia el engrandecimiento del caudillo suriano. Este, mis lectores lo saben, se vió precisado á hacerse con energía obedecer por D. Ignacio, y nada es tan difícil al hombre, ni le hiere más en su amor propio, ni irrita su vanidad, como resignarse á obedecer cuando está acostumbrado á mandar. *No mandes á quien mandó*, dice el vulgo en el admirable código de su práctica y su experiencia. Aquel Congreso, formado en su mayoría de letrados, no pudo ver sin manifiesto celo que quisiera imponérsele otro hombre que, como el Sr. Morelos, era, sí, un genio, pero no una inteligencia formada en las aulas de las universidades reales y pontificias. Desde luego se dijo, y lo han repetido los historiadores, entre ellos Bustamante y Alaman, que la elevación del Sr. Morelos á Generalísimo fué hija de un motín militar, puesto que el elemento militar congregado en Chilpancingo y dirigido por el Dr. Velasco, fué el que tumultuariamente exigió al Congreso que confirmara el nombramiento.

¿Habrá un capricho semejante? ¿Tiene acaso algo de extraordi-



... LA ACCIÓN COMENZÓ INSTANTÁNEAMENTE...

nario que los oficiales de las diversas brigadas del ejército del señor Morelos, que cien veces había él conducido á la victoria, juzgasen que nadie como él podría completar su obra?

¿Quién otro habría podido ocupar con ventaja su puesto?

¿Acaso D. Ignacio Rayón, que no pudo jamás vivir de acuerdo con sus compañeros de la Junta de Zitácuaro, que por casualidad ganó alguna vez las acciones en que entró, y cuyo solo prurito era darse trato y tratamiento de majestad, imaginándose que así honraba á la nación que él creyó ser el único capaz de representar?

¿Qué error podía haber en pretender tomar á Valladolid? En ella habría de estar necesariamente el Congreso, mejor que en Chilpancingo; desde ella podía con extrema facilidad invadir las ricas y poderosas provincias de Guadalajara, Guanajuato y San Luis. Le constaba que la guarnición de Valladolid no pasaba de ochocientos hombres; su plan, profundamente meditado, no careció ni de la circunstancia del secreto, y ni el mismo Calleja, que en la red de sus numerosos espías tenía aprisionado el país dominado por los insurgentes, hubiese podido evitar la toma de Valladolid, sin el encuentro fatal de Llano y de Iturbide con los Rayones.

No hay que darles vueltas á las cosas que no las tienen. El mal éxito de la expedición de Valladolid, se debió sola y únicamente á la manifiesta rebeldía de muchos de los jefes que se vieron obligados á seguirnos.

Pero ¿á qué gastar palabras cuando los hechos son por sí solos sobradamente elocuentes?

Refiramos, pues, los hechos.

Ya he dicho cómo y de qué extraña manera quedó destruído al frente de Valladolid el ejército del Sr. Morelos.

Pero hago mal en decir destruído, la palabra verdadera es diezmado: diezmado sí, tanto por la fuga de las divisiones de algunos jefes, cuanto por la matanza fratricida de las lomas de Santa María.

Pero no había sido destruído ni era posible que lo fuese, mientras existieran como existían los Matamoros, los Galeana y los Bravo.

Y así fué que aun en medio del desastre de la retirada, unos y otros lograron reunir á los suyos y hacer alto en Puruarán, con una fuerza próximamente de ochocientos hombres.

También al llegar á este pasaje de esta historia han dicho los que de él se han ocupado falsedad y error y medio.

¿Cómo, se han preguntado algunos, el Sr. Morelos tuvo la temeridad de detenerse en aquel punto y aguardar el ataque de las tropas realistas?

Afirmo á ustedes, señores, que lo que allí pasó fué grande sobre toda ponderación, tan grande, que yo me considero incapaz de referirlo, pues carezco de instrucción y de talento suficientes para pintar como es debido cuadros en que todas las figuras eran de héroes.

Lo que sí puedo afirmar, es que el amor de aquellos sus hijos hizo derramar abundantes lágrimas al Caudillo. Este, que no podía tener duda acerca de la mala voluntad del Congreso que él mismo había formado; éste que preveía acontecimientos que pocos días después iban á realizarse, manifestó que antes que ser víctima de la envidia de los insurgentes, prefería serlo del odio de los realistas, á los cuales, por lo tanto, había de esperar allí.

Esta declaración del Sr. Morelos, sublevó hasta el extremo de la más santa indignación, los ánimos de sus compañeros de gloria y de infortunio.

D. Hermenegildo, como el más anciano de todos, por todos también tomó la palabra, preguntándole si en tan poco los consideraba ya, que no los creía capaces de volver á formar cuantos ejércitos fuesen necesarios.

—¿Somos acaso menos, añadió, que los que éramos en Zacatula al principio de nuestro alzamiento? ¿Hemos realizado ya la independencia de la patria para que nos creamos con derecho á no espantarnos ni huir de la muerte? ¿O es que debemos sucumbir á las intrigas de nuestros ambiciosos correligionarios? ¿Para esto los hemos hecho gentes? No, mi general, si usted no quiere que ya que por las buenas no entienden, los hagamos entender á cañonazos; si usted no quiere molestar á esos señores que creen que el dar respetabilidad á la nación consiste en llamarse majestades, usías, príncipes, altezas y otras zarandajas por el estilo, dejémosles *darse aires* en sana paz, y volvámonos á nuestras montañas del Sur, en las cuales tengo por seguro que ni el mismo Calleja se atreverá á buscarnos.

Esta idea de D. Hermenegildo fué entusiastamente acogida por

los compañeros del héroe, pero el Sr. Morelos se resistió á aceptarla, contestándoles que desde el momento en que él había jurado fidelidad al Congreso, estaba obligado á atenerse en un todo á las consecuencias de su juramento.

Se le objetó que en qué podría ser útil al Congreso esperar en Puruarán á los realistas, y á esto contestó que mucho, pues satisfechos con su victoria, tratarían de caer sobre el Congreso, lo cual era necesario evitar destruyéndolos, y si esto no se pudiese, sí se podía morir intentándolo.

La discusión fué por una y otra parte empeñadísima, pero al fin vencieron los compañeros del caudillo, comprometiéndose éste á retirarse para ir á reunirse con el Congreso, y conviniendo en que D. Mariano Matamoros derrotaría á los realistas en Puruarán ó en Puruarán moriría intentándolo.

Esto pasaba en los primeros días del mes de Enero de mil ochocientos catorce.

No habían sido infundados los temores de los insurgentes: el ejército victorioso de D. Ciriaco del Llano, salió en la noche del 30 de Diciembre de Valladolid, el 3 de Enero pasaba por Zatzio, el 4 acampaba en el rancho de los Hacheros, y el 5 atacó con todas sus fuerzas la hacienda de Puruarán, distante unas veinte leguas de Valladolid. Media hora después de principiado el ataque, la victoria se declaraba una vez más por los realistas, costando á los insurgentes una pérdida de más de seiscientos hombres.

¿Pero acaso la corta acción del miércoles 5 de Enero de 1814 era considerada por los realistas tan grandes y maravillosa que mereciese ser extraordinariamente celebrada? Si tal no merecía ¿por qué entonces aquel entusiasmo con que aclamaban á Llano, á Calleja y al Rey?

¡Ah! no les faltaba razón.

José Eusebio Rodríguez, dragón del cuerpo de Frontera, había hecho prisionero á un alto jefe insurgente, en el momento en que muerto su caballo, trataba de buscar un vado por donde pasar á la opuesta orilla del río que baña la hacienda de Puruarán.

Aquel alto jefe insurgente prisionero era... D. Mariano Matamoros.

Había cumplido su palabra de que ó derrotaría á los realistas en Puruarán, ó en Puruarán moriría intentándolo.

Pero Llano no fué bastante generoso para fusilarle sobre el mismo campo de batalla, y le reservó la vida para quitársela más adelante en un cadalso.

## X

Lo que voy á contar es vergonzoso.

Tiembla mi mano á impulsos de la cólera y la pluma con dificultad se sostiene entre mis dedos.

La envidia, la cobarde y rastrera envidia, iba por fin á arrojar la careta, y el miedo era su cómplice.

La desgracia había agarrotado al león ¿quién podía temer escarnecerle?

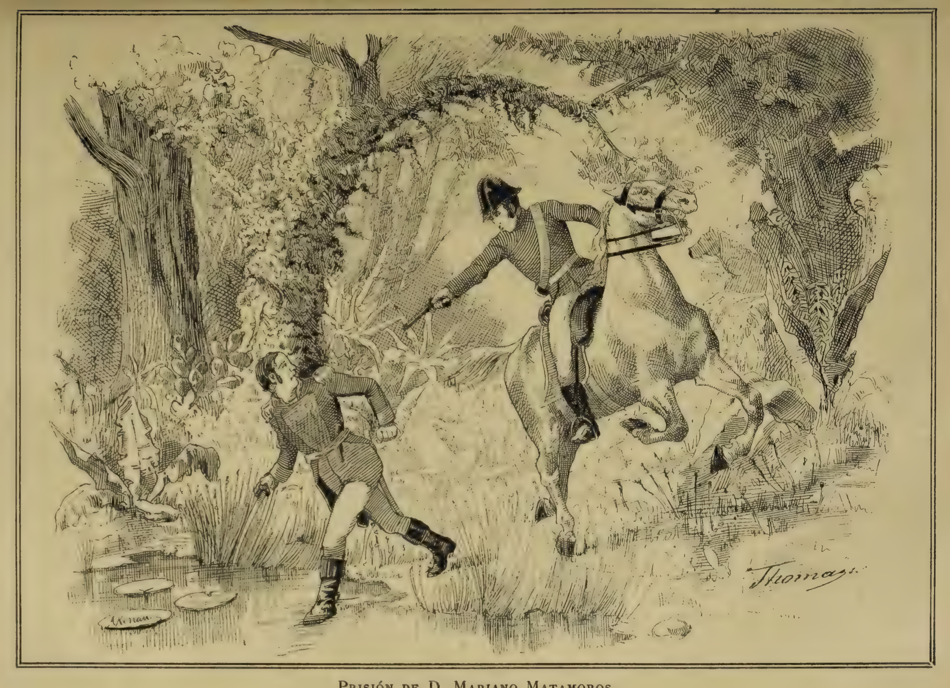
Pero seamos breves: los comentarios hágalos el lector.

Apenas supo el Congreso los desastres de Valladolid y Puruarán, insólito terror se apoderó de la mayoría de sus miembros, máxime al saberse que D. Víctor Bravo había sido derrotado por el teniente coronel Armijo, y que éste no tardaría en caer sobre Chilpancingo.

Sólo uno de los diputados conservó por entero su sangre fría, y supo aprovechar aquel supremo momento para sacar partido de él.

Y porque no se diga que mi adhesión al señor Morelos me hace ver los sucesos más negros que lo que en realidad fueron, dejo de hablar según mi leal saber y entender, y cedo la palabra al secretario de D. Ignacio López Rayón, quien con fecha 17 de Enero de 1814 escribió en su Diario lo siguiente:

«Por las funestas noticias recibidas en los días anteriores, acerca del destrozo que en Valladolid y sus contornos sufrió el ejército del Sr. Morelos, tuvo el Congreso sesión extraordinaria, en la que con presencia de las resultas peligrosas que seguirían á tal acontecimiento, se acordó nombrar á S. E. (D. Ignacio Rayón), para que *ejerciendo la autoridad con que unánimemente lo han revestido los pueblos, y de la que sólo las intrigas y supercherías de una negra ambición pudieron despojarlo*, acudiese á la defensa y resguardo de la provincia de Oaxaca y sus limítrofes, promoviendo cuantos medios creyere ordenados á la consecución de este fin interesante. A consecuencia se hicieron los aprestos para marchar mañana.»




Prisión de D. Mariano Matamoros

De este suceso dijo Rosains en sus memorias:

«Apenas supo Rayón la derrota de Valladolid y que el enemigo se aproximaba á Chilpancingo, cuando se presentó de botas, mandó liar sus equipajes, y protestó que ninguna fuerza humana lo contendría para volver á su mando. En tal conflicto, el Congreso resolvió como medio más prudente, destinarlo á Oaxaca, donde sin conexiones ni aduladores, pudiese dar menos vuelo á sus miras ambiciosas.»

Este fué D. Ignacio Rayón para con el Sr. Morelos. Mientras consideró al caudillo más fuerte y poderoso que él, se resistió cuanto pudo á cooperar á su grandeza, pero al fin sucumbió á su prestigio, y humilde se le presentó en Chilpancingo: en cuanto juzgó que aquel prestigio había decaído, alzó su pié sobre las sienes del héroe y reivindicó su autoridad, de la cual, según su secretario, sólo las *intrigas* y *supercherías* de una *negra ambición* pudieron despojarlo.

¡Intriga, superchería, negra ambición! ¡hé aquí las calificaciones que á D. Ignacio Rayón merecieron el desinterés, la noble franqueza, el patriotismo y la popularidad de D. José María Morelos!

Esto lo decía el mismo hombre, al cual le faltaban á la vez el valor civil para mantener ante el Sr. Morelos la osadía de su despojo, y el valor militar para aguardar á Armijo, puesto que salió de Chilpancingo á los dos días, abandonando á su propia suerte al Congreso, de quien había recabado la aprobación de su ambicioso plan.

Bien es verdad que el Congreso veía con la misma gratuita mala voluntad al gran caudillo insurgente, como lo probó no muchos días después, en Tlacotepec, á donde se trasladó el 22 de Enero con el fin de alejarse del enemigo.

Aprovecharon el desorden con que esta traslación se hizo, para ponerse en salvo los diputados Lics. D. Manuel Sabino Crespo, y D. Carlos María Bustamante, el segundo con el fin de reunirse con Rayón. Poco á poco habían ido emigrando también los demás, al extremo de haber quedado reducido á cinco el número de ellos, y de hacerse muy difíciles las sesiones, por lo cual se convino en que las hubiese con aquellos que concurrieran, cualquiera que fuese su número.

Pero con todo y ser tan pocos, tal confianza llegaron á tener en

sí mismos, y tal la soberbia de su autoridad, que juzgáronse suficientemente facultados para dar al Sr. Morelos el golpe de gracia, é hiciéronlo del siguiente modo:

Prisionero D. Mariano Matamoros, y destruído su ejército, el Sr. Morelos con sólo su escolta llamada de los cincuenta pares, marchó de la hacienda de Santa Lucía á Coyuca, desde donde propuso al virey Calleja el cange de D. Mariano por doscientos prisioneros españoles que en su poder tenía, conminándole con que los haría fusilar si su lugar teniente era ejecutado.

Se ha dicho que el Sr. Morelos fué injusto con D. Hermenegildo Galeana al no haberle dado el puesto que en su ejército dejaba la prisión de Matamoros: puedo asegurar que le ofreció dicho puesto, y que el Sr. Galeana no quiso admitirle, diciendo que á él le bastaba con obedecer sus órdenes, y que siendo como era, hombre sin estudios ni instrucción alguna no quería atraerse la enemistad de los envidiosos: en vista de su oposición en aceptar el puesto de teniente general, el Sr. Morelos creyó conveniente conferir este grado al Lic. Rosains, y así lo hizo en Ajuchitlan, comunicándoselo al Congreso, que recibió el nombramiento con marcadas muestras de disgusto, considerándolo como una nueva torpeza del *Cura*, según ya le llamaba de acuerdo con el parecer de D. Ignacio, quien habíales dicho que le parecía conveniente que se le enviase de nuevo á cantar misas en su parroquia de Carácuaro.

Esto no obstante, ninguno de los diputados parecía decidido á atacar de frente al caudillo: el nombramiento de Rosains les ofreció una buena oportunidad para hacerlo de flanco, y de ello se encargó el Lic. D. José Manuel Herrera, quien con tal fin salió de Tlacotepec á recibir al Sr. Morelos, adelantándose un buen trecho de camino.

Su procedimiento fué el de estrechar privada conversación con Rosains, al cual no ocultó cuán mal recibido había sido su nombramiento por suponérsele bastante obligado al Sr. Morelos, y capaz de continuar los errores que habían dado origen á la destrucción del ejército insurgente en Valladolid y Puruarán: añadió que el Congreso podría mejorar su opinión si el Sr. Morelos se comprometía á dejar el poder ejecutivo que el motín militar del 16 de Setiembre de 1813 habíale conferido, en contra de la opinión contraria del Congreso. Rosains, instigado por su interés

personal, no dudó en sacrificar al hombre á quien debía su elevación, y se comprometió á significarle la conveniencia de que presentara su renuncia.

Hízolo así, y el Sr. Morelos, comprendiendo de donde partía el golpe, y fatigado de una lucha para la cual, por no haber nacido intrigante se reconocía sin fuerzas, no sólo no mostró disgusto, sino que antes bien contestó que si no se le creía útil como general, se hallaba dispuesto á servir á su patria como simple soldado raso.

No se lo hizo el Congreso repetir, y sin respeto ni consideración alguna al héroe, declaró que asumía el ejercicio del poder ejecutivo, y si bien no se atrevió á quitar al caudillo el mando militar, de hecho le privó de él dejándole únicamente su escolta de los cincuenta pares, y distribuyendo el resto de la fuerza con que se había presentado en Tlacotepec.

Acababa de cometerse este atentado, cuando en la habitación del Sr. Morelos penetró demudado, y amarillo como un cadáver don Hermenegildo Galeana.

El gran caudillo, al ver entrar á su amigo querido, pretendió sonreir indiferente y resignado; pero al notar las muestras de su desolación, un golpe que sintió en mitad misma de su alma, le obligó á ponerse en pié, y exclamar con colérico terror:

—Galeana, usted viene á anunciarme una horrible desgracia.

—¡Sí!—respondió lacónicamente D. Hermenegildo.

—¿Han fusilado á Matamoros?

—¡Sí!—repitió su interlocutor.

—¿Cuándo? ¿dónde?

—En la mañana del jueves 3 de Febrero corriente, y en la Plaza de Valladolid.

De entre los labios del Sr. Morelos, escapáronse entonces palabras confusas é ininteligibles, pero que sonaron como el eco del próximo trueno, nuncio de la tempestad: sus ojos ilumináronse con la siniestra luz del rayo, su mano oprimió con violencia el corazón próximo á estallar, y... en aquel instante penetró á su vez en la pobre habitación del héroe el Lic. Rosains, y díjole:

—General, acaba de tener noticia el Congreso de que el teniente coronel Armijo con sus gachupines, se dirige á marchas forzadas sobre nosotros.

—Y bien,—observó el Sr. Morelos irguiéndose como un gigante, y preparándose á salir;—diga usted al Congreso que aún queda *un pedazo de Morelos y Dios entero*; le saldré al encuentro.

—No es necesario, general, que usted exponga su existencia,—contestó Rosains con marcado desdén.

—¡Cómo!—exclamó desconcertado el caudillo.

—Su Majestad el Supremo Congreso Americano, ha dispuesto que yo como jefe superior del ejército, salga á combatir al enemigo, que mañana, á lo que parece, debe encontrarse en la hacienda de Chichihualco.

—¡Usted!—exclamó asombrado el Sr. Morelos.

—¿Por qué no? ¿no me nombró usted mismo su teniente general en Ajuchitlan?

—¡Es verdad!—contestó desalentado el caudillo, y después añadió;—pero al menos se me permitirá salir á combatir á las órdenes de usted.

—No, mi general: el Congreso permanecerá en Tlacotepec hasta saberse el resultado de la batalla, y usted le dará guardia.

Al llegar aquí D. Hermenegildo ya no pudo contenerse, y en el colmo de la violencia, y de la ira grita más bien que dijo, lo siguiente:

—¿Desde cuándo los leones dan guardia de honor á los coyotes?

—¡Galeana!—gritó también el Sr. Morelos:—Su Majestad el Supremo Congreso Americano representa á la Nación; ¿desde cuándo y de quién ha aprendido usted á faltar al respeto á la Nación?

—¡Mi general!—exclamó Galeana sin querer bajar su mirada de águila, ante la mirada de águila del caudillo.

—Galeana, lo dicho; usted se ha olvidado de quién es; pero yo se lo haré recordar: tanto usted como los Bravo, permanecerán conmigo en Tlacotepec, dando guardia al Congreso.

—Imposible,—observó Rosains.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que los señores Galeana y Bravo reunirán las suyas á las fuerzas de mi mando para combatir á los realistas.

—¿Qué es lo que dice usted, Sr. Rosains?—rugió Galeana próximo á arrojarse al cuello del licenciado;—¿que le abandonemos sus amigos como la suerte, y aun Dios parecen abandonarle? ¡Jamás! !jamás! ¡jamás!

—¡Silencio, Sr. Galeana!—exclamó el Sr. Morelos con suprema autoridad,—ó por la memoria de D. Miguel Hidalgo que lo hago fusilar. Sr. Rosains, no haga usted caso de este loco; ya es viejo, y por consiguiente habla como un niño; puede usted retirarse y decir á su Majestad el Supremo Congreso Americano, que Galeana y Bravo marcharán á Chichihualco á las órdenes de usted, y que Morelos, como siervo que es de la Nación, permanecerá en Tlacotepec dándole guardia.

Rosains salió sin atreverse á volver la espalda: cuando hubo desaparecido, abrió sus brazos el caudillo, y al notar que D. Hermenegildo lloraba, díjole:

—¡Aquí, hijo mío! en mis hrazos, sobre mi corazón, podrá usted llorar á sus anchas!

## XI

Algunos días más tarde, esto es, el 23 de Febrero en la tarde, todo el pueblo de Tlacotepec púsose en desusado movimiento, causado por la necesidad en que se vió el Congreso de abandonar la población y retirarse al rancho de las Animas, dos leguas distante de ella.

El 19 había sido completamente derrotado por Armijo el ejército de Rosains en las inmediaciones de la hacienda de Chichihualco, hacienda perteneciente á los Bravo, y teatro de una de las primeras acciones ganadas por Galeana.

Tanto estos jefes como D. Vicente Guerrero, que con ellos concurrió á la acción, salváronse milagrosamente de ser muertos por los realistas, que, justamente envalentonados con sus repetidas victorias, pretendieron por medio de una sorpresa apoderarse en Tlacotepec del Congreso, y del Sr. Morelos. Pudo éste evitarlo saliendo de Tlacotepec, pero una división de los realistas al mando de D. Cristóbal Huber, les dió alcance en el rancho de las Animas en la mañana del 24, y por primera vez, el caudillo estuvo á punto de caer en manos del enemigo, por haberse quedado protegiendo la fuga de los diputados.

El caso fué que cercándole los realistas, hicieron sobre él una

descarga cerrada que le mató el caballo que montaba, arrastrándole en pos de sí: el coronel Ramírez, á costa de su vida, se sostuvo contra los realistas, dando tiempo al Sr. Morelos para que tomase otro caballo, sobre el que, en salvo ya el Congreso, pudo partir como una centella, y salir del alcance de los enemigos.

Los realistas se apoderaron en aquella desgraciada acción del archivo, papeles y sellos del Congreso, y de casi todo el equipaje del Sr. Morelos: entre las prendas que le componían, se halló su uniforme de Capitán General que le regaló D. Mariano Matamoros, y que vistió por primera vez en Oaxaca. Todos los objetos pertenecientes al Sr. Morelos, los remitió Calleja á España, con fe de embarque de escribano, y más tarde se colocaron en el Museo de Artillería de Madrid, donde aun permanecen, sin que los gobiernos de México hayan pretendido recobrarlos, á pesar de la buena disposición en que se han encontrado, y quizá se encuentran aun las autoridades españolas, para cambiar estas prendas por cualesquiera otras de las que en México tenemos, procedentes de la conquista y de la dominación colonial.

¡Hasta en esto tiene poco que agradecer nuestro INMORTAL MORELOS á sus compatriotas!

El premio de este rasgo de heroismo que acabo de referir, fué la orden que el Sr. Morelos recibió en la Coronilla, renovando otra anterior en que se le había mandado se trasladase á Acapulco, con objeto de destruir y desmantelar el castillo. Esta medida, que fué considerada con justicia como un destierro disimulado, fué inspirada por una preocupación difícil de comprenderse. Se creyó que el caudillo tenía mala sombra, y que de continuar conservándole á su lado, no tardaría en envolverle en la ruina que sobre él pesaba.

Comentábanlo así Galeana y el Sr. Morelos, que en vano trataba de demostrar á su fiel amigo la sabiduría del Congreso, cuando preñados los ojos de lágrimas, díjole D. Hermenegildo estas palabras, que la historia ha conservado:

—¡Ah, señor! Aquí me separo; voy á sembrar algodón para comer y pasar mi vida en secreto, olvidado de las gentes. Todo se ha perdido porque usted se ha fiado de hombres que no debía para el mando de las armas. Yo no podré escribir un papel, es verdad, pero sí atacar un campo...

El Sr. Morelos procuró entonces infundirle valor, pintándole las cosas de modo muy diferente de aquel en que se encontraban, y por último concluyó diciendo:

—Si después de todo fuesen inútiles nuestros esfuerzos, yo acompañaré á usted, Galeana, á trabajar en sus labores del campo!

—¿Por qué entonces no hacerlo desde ahora?—observó D. Hermenegildo.

—Porque usted, Sr. Galeana, no se irá aún á sus siembras.

—¿Quién podrá impedírmelo?

—Su propia conciencia, únicamente su conciencia.

D. Hermenegildo quiso responder, pero sus labios se movieron sin articular palabra alguna. Lo observó el Sr. Morelos y le dijo:

—¿Lo ve usted, D. Hermenegildo? Su conciencia acaba de reprocharle sus malos pensamientos, y decirle que si en estos instantes nos dejáramos llevar de nuestros resentimientos contra el Congreso, la Nación diría que para qué disolvimos la Junta de Zitácuaro y la sustituímos con él, trabajo que deberíamos haber considerado inútil, puesto que, según se vé, no hay entre los insurgentes ni unión, ni conformidad de pareceres, ni amor práctico á la Patria. Preciso es que olvidemos nuestros rencores, para no perjudicar á la causa que defendemos.

Ya en marcha para Acapulco, y algunos días después de estos sucesos, se tuvo noticia en el campo del Sr. Morelos, de que el realista D. Melchor Alvarez, comandante del batallón de Saboya, llegado el año anterior á Veracruz, procedente de España, había entrado en Oaxaca el 29 de Marzo sin necesidad de disparar ni un solo tiro, pues D. Ignacio Rayón, que había sido comisionado por el Congreso para defenderla, huyó de Huajapan á la simple aproximación de Alvarez. De modo tan vergonzoso se perdió aquella importante plaza, conquistada por el Sr. Morelos en la gloriosa acción del miércoles 25 de Noviembre de 1812.

—¡Para esto hicimos morir al heróico González Saravia!—exclamó Galeana al saber la noticia.

Pero si esta funesta nueva afligió al Sr. Morelos, otra se tuvo que le aterró inundando de pesar su corazón. El valiente mariscal de campo D. Miguel Bravo, fué hecho prisionero por el realista D. Félix Lamadrid en el curato de Chila, el día 15 de Marzo. No era difícil calcular la suerte que le estaba reservada: al participár-

selo al Sr. Morelos, D. Hermenegildo encargó á su emisario le dijese estas palabras:

—¡Podemos creer que ha llegado la hora de ir preparándonos á morir!

D. Hermenegildo se había encargado por disposición del caudillo, de la defensa del campamento célebre del Veladero, mientras él se trasladaba á Acapulco á cumplir con las órdenes de destruir el castillo.

Supo, cuando en ello se ocupaba, que el coronel Armijo había salido de Chilpancingo el 2 de Abril con objeto de atacarle, y desprovisto como estaba de tropas con que resistirle, pues, como ya dije, el Congreso se las quitó, dejándole tan sólo su escolta de los cincuenta pares, no creyó oportuno aguardarle y se retiró al punto llamado «Pié de la Cuesta,» después de haber quemado cuanta obra de madera había, y dejado retacados los cañones con balas y brea, á fin de hacerlos inservibles.

Desde «Pié de la Cuesta,» dió orden al teniente coronel D. Isidoro Montes de Oca para que prendiese fuego á Acapulco, como lo verificó, aumentando la voracidad del incendio una inmensa cantidad de sacas del cacao Guayaquil que en sus almacenes tenía un Sr. Icaza de México.

## XII

Y hé aquí que hemos llegado á uno de los más tristes pasajes de esta historia.

Teníamos un gran número de prisioneros españoles que no era posible conservar en cautiverio en medio del peligro en que nos ponía la proximidad de las tropas de Armijo. Además, todos ellos estaban condenados á muerte por el mismo Congreso, en represalia de no haber sido admitido por Calleja el cange que se le propuso con el fin de salvar á D. Mariano Matamoros.

Muchos son los historiadores que han condenado la ejecución de aquellos prisioneros. Pero ¿cuándo la humanidad ha sido virtud de la guerra?

Además, el mismo Calleja había autorizado en cierto modo aquellas represalias, no ya con la ejecución de D. Leonardo Bravo

y de D. Mariano Matamoros, sino con su sanguinaria orden de 22 de Enero, poniendo en vigor el bando de 18 de Junio del año anterior contra los insurgentes, al cual agregó este nuevo, cruel y terrible artículo: «todo individuo que sea aprehendido con armas ó sin ellas, constando que haya formado parte de las fuerzas del cabecilla Morelos, será desde luego fusilado sin formación de proceso, cualquiera que sea el número de los aprehendidos. Toda persona que tenga noticia de hallarse en su distrito respectivo individuos regresados del ejército de Morelos que no hayan pedido indulto, el cual sólo se concederá por orden del virey, están en la obligación de denunciarlos y entregarlos á la jurisdicción militar, so pena de ser detenidos y castigados como sospechosos de infidencia, si los encubren, abrigan ó no los delatan inmediatamente.»

¿Podía darse mayor justificación del proceder, cualquiera que fuese, de los insurgentes, que esta orden terrible que mandaba fusilar aún á los hombres desarmados, sin formación de proceso?

D. Pablo Galeana fué el comisionado para disponer la ejecución de los prisioneros españoles, y de darles muerte se encargaron el coronel Francisco Mongoy y un tal Brizuela, hombre en extremo sanguinario.

Entre los prisioneros españoles figuraba un hermoso, así podemos llamarle, un hermoso oficial, tipo magnífico de noble hidalgo castellano: el mal trato consiguiente á su mísera condición de prisionero, no había hecho más que acentuar en mayor grado la noble majestad de su rostro, que adornaba, contra la costumbre del tiempo, una magnífica y ensortijada barba negra abierta á uno y otro lado. Su porte distinguido revelaba al primer golpe de vista, que aquel hombre pertenecía á la nobleza española, soberbia dueña en aquellos días de las maneras más corteses y escogidas. Un exceso de natural orgullo, muy comprensible hasta cierto punto, habíale atraído la mala voluntad de los ignorantes y bellacos, que frecuentemente hacíanle objeto de groseros insultos.

Pero siempre que esto acontecía, un capitán insurgente acudía en su auxilio, y á sablazos si preciso era ahuyentaba á los infames verdugos del desconocido prisionero.

Ese capitán que en su defensa acudía era nuestro buen amigo Felipe Manso: el oficial español era aquel mismo Loredo á quien en noche memorable, que mis lectores no habrán olvidado, preten-

dió asaltar en una calle del pueblo donde residía, cayendo sin sentido á sus plantas, cuyo momento aprovechó el oficial para colocarle en un bolsillo cien onzas de oro que había ganado al juego.

Pero esta última parte de su propia historia la ignoraba Felipe Manso.

Recordaba, sí, haber estado privado de conocimiento; pero no sabía si debía atribuirlo á la lucha que necesariamente y á su juicio, debió sostener con el oficial, quien, según se imaginaba, no se habría dejado robar sin oponer alguna resistencia.

A partir de aquella noche fatal, el capitán Felipe no tuvo un instante de descanso: su crimen le traía inquieto é intranquilo: ¿qué habría sido del oficial español? ¿le habría herido? ¿cómo se había apoderado de aquellas cien onzas sin haber muerto á su legítimo poseedor, que, según había podido deducir de la conversación que mantenía con los oficiales, y él escuchó, era un militar valiente y un hombre incapaz de rendirse sin combatir? Y si le había muerto ó al menos mal herido, ¿cómo es que no encontró el cuerpo de su víctima al recobrar él la adormecida razón? ¿Habríale sobrevenido el fatal síncope después de haber sepultado á su víctima en algún ignorado sitio? Esto no podía creerlo, en primer lugar, porque al volver en sí se encontró en el lugar mismo en que se había verificado su asalto; en segundo, Felipe no se juzgaba tan perverso que hubiera sido capaz de consumar un crimen semejante.

Sin embargo, ¿podía él responder de sí mismo? Una vez lanzado en la senda del delito, ¿qué hombre es dueño de su reflexión, ni cuál deja de cometer otros delitos más, con el fin de borrar las huellas del primero?

Este combate interior que malamente he tratado de pintar en las anteriores frases, fué el motivo de aquella extraña y sombría preocupación que distinguía al capitán Felipe Manso en el ejército del Sr. Morelos. Muchas veces, allá á sus solas, enmedio de sus insomnios constantes, el capitán se había postrado en tierra derramando amargas lágrimas, y con sus manos juntas en señal de súplica, dicho á Dios estas palabras:

—¡Señor, soy un ladrón, lo sé; pero Dios mío! ¡convénceme de que no soy también un asesino!

¡Cuánta no sería su sorpresa, y aún pudiéramos decir su explicable satisfacción, un día que en una cuerda de prisioneros realistas

llevados al campo insurgente, distinguió al oficial español víctima de su aventura!

Descargada su conciencia del peso del supuesto asesinato, la falta, el crimen restante, el asalto, el robo, aún podría repararlos.

Era, pues, indispensable ser la providencia de aquel prisionero; pero ¿cómo presentarse ante él si por acaso él también le reconocía?

Crimen muy grande pesaba sobre su conciencia; pero hasta el instante mismo en que lo cometió, Felipe había sido tan honrado como el que más; un hombre de honor en toda la extensión de la palabra.

¿Cómo, pũes, podría, no diré vengar, pero ni siquiera soportar sin morir de vergüenza, el insulto de oirse llamar *ladrón* por aquel hombre?

La fortuna le deparó desde los primeros instantes la facilidad de atender á la defensa de su víctima sin necesidad de presentársele frente á frente.

Entre las mujeres, que con el apodo de *soldaderas* seguían á las tropas insurgentes, había una de rara belleza y de una buena fama mucho más rara aún entre las de su clase. Hermana de uno de los soldados que desde los primeros días de la revolución habíase unido á las tropas del Sr. Morelos, y aficionada de por sí á la vida errante y aventurera, siguió á su hermano en todas sus campañas y servíale de enfermera al verle herido, y de cocinera cuando había qué guisar y qué comer.

*Charo*, este era su nombre, había tomado gran cariño al capitán Felipe, y si éste no la hubiese desde luego dicho que era casado, y quitádole toda esperanza de correspondencia, habríase enamorado de él. Aquella su primera afición no llegó á convertirse en ningún avasallador sentimiento ni de celo ni de amor, y Charo quiso á Felipe como á un verdadero hermano.

Y hé aquí que aquella pasión que en flor mató la indiferencia de Felipe, se alzó potente, inmensa, irresistible en Charo, en cuanto vió al hermoso oficial español prisionero.

Algunos días después de haber sido Loredo capturado, y á la hora de la cena en el *jacal* de Felipe, en presencia de éste y de Bartolomé, hermano de Charo, díjoles ésta:

—¿Queréis saber una cosa muy importante para mí?

—Dila y la sabremos,—observó Bartolomé.

—Dice bien Bartolomé,—dijo Felipe á su vez;—si es tan importante para tí, no lo será menos para nosotros, puesto que te queremos bien.

—Lo es, en efecto, también para vosotros.

—¿Sí, eh? y ¿qué es ello?

—Que ese gachupín prisionero que llaman Loredo me gusta tanto como tú, Felipe, me gustaste tanto cuando te conocí.

—Está visto, Charo, que tú pones siempre los ojos en hombre que no puede pertenecerte,—observó Bartolomé con compasiva brusquedad.

—A fe de Felipe, debo hacerte observar que exageras, hermano Bartolomé, pues por muy buen hermano que te juzgues de Charo, no la quieres, yo te lo juro, con más fraternal cariño que yo.

—De veras que eres bueno, Felipe,—contestó conmovida Charo.

—Perdona, hermana,—repuso Bartolomé;—lo que yo he querido dar á entender en este caso, es que haces mal en enamorarte de un hombre que, como Loredo, será uno ú otro día fusilado.

—Por eso dije que también á vosotros os importa lo que me importa á mí.

—¿Qué quieres decir?

—Que como no querréis que yo vea por segunda vez muerto el amor que me creo capaz de sentir, será preciso que me ayudéis á salvar á Loredo.

—¿Sabes lo que dices?—preguntó Bartolomé:—ignoras que los realistas nos tratan como á perros, que han fusilado á D. Mariano, y que el Congreso ha condenado á muerte á todos los prisioneros españoles, á propuesta del mismo Sr. Morelos?

—Todo eso lo sé, y... vaya, sé más aún.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que ese *matancero* de Brizuela, que se ha ofrecido á degollar por su propia mano á todos los prisioneros, ha recibido de Loredo esta mañana una soberbia bofetada, porque quiso quitarle un medallón de oro que pendiente de un cordón de seda lleva al cuello.

—¡El retrato de su novia, sin duda!

—Nada de eso, Bartolomé, sino el de su propia madre, una señora fresca como una rosa de Castilla, á pesar del cerco de cabellos blancos que en bucles cae alrededor de su rostro sonrosado. El mismo Loredo me lo dijo.

—¿Pero no comprendes, Charo, que si ese hombre, además de estar sentenciado á muerte por el Congreso, ha pegado una bofetada al *matancero* Brizuela, que es más vengativo que Calleja, es casi imposible salvarle?

—De eso no te ocupes; hermano; ya desde esta mañana he rezado á Santa Rita de Casia, que es abogada de imposibles, y con su ayuda...

—Nos fusilarán también á nosotros, — dijo Bartolomé concluyendo la frase á su modo.

—¡O no nos fusilarán! — exclamó Felipe con visibles señales de emoción y de entusiasmo: — Charo, cuenta conmigo, yo te ayudo en esta empresa.

—¡Gracias!—contestó Charo conmovida, tendiendo su mano al valiente capitán Manso.

## XIII

Desde la noche durante la cual pasó la escena que he descrito, Charo, Felipe y Bartolomé no dejaron de velar constantemente por el oficial español.

No obstante, el capitán Manso procuraba no presentársele delante y mucho menos platicar con él: sólo, según dije, cuando Loredo era blanco de algún insulto, acudía en su defensa y castigaba aun á sablazos á los impertinentes.

Charo cuidaba de su prisionero como de sus hermanos, y aún mejor algunas veces. En más de una ocasión uno y otro llegaban muertos de hambre á su jacal, y apenas en él penetraban, un sabrosísimo olorcillo de un escogido guiso salíales al encuentro, haciéndoles exclamar:

—¡Banquete tenemos; magnífico!

A lo cual contestaba Charo, riéndose á carcajadas:

—Dispensen *usías;* pero aparte del olorcillo que es para todos nosotros, este guiso se halla destinado al prisionero.

Felipe y Bartolomé, lejos de incomodarse, aprobaban la conducta de Charo, y el segundo añadía:

—Esto bien puede llamarse obra de misericordia y cristiana caridad.

A lo que Charo respondió un día:

—Y tanto, que mi mano derecha no sabe, según manda el Evangelio, que esta gallina que guiso me ha costado un anillo de oro que llevaba yo en la mano izquierda en el dedo del corazón.

Eran muy buenas aquellas pobres gentes.

Pero ya dije que el realista Armijo se preparaba á darnos caza, y siendo inútil esperarle se nos dió la orden de ponernos en marcha al siguiente día.

Charo entró en su jacal, donde la esperaba Felipe, á quien dijo con no disimulado terror:

—D. Pablo Galeana ha mandado al *matancero* Brizuela y á Francisco Mongoy que esta tarde, antes de oscurecer, den muerte á todos los prisioneros realistas que tenemos. ¿Qué es lo que tenemos que hacer para salvar á Loredo?

—Ya está pensado todo,—contestó Manso.

—¿Y qué es ello?

—Escucha: acabo de hablar con el Sr. Morelos: le he pedido la vida de Loredo y me ha respondido que le es imposible concedérmela. Todos mis ruegos han sido inútiles: «No puedo desobedecer al Congreso,» me ha contestado. Entonces, marcándole bien las palabras para que no se llamase á engaño, le he dicho que esta misma tarde espero á un primo mío llamado Juan Peña, que desea formar parte de nuestro ejército, y que, como es desconocido en nuestro campo, necesitaba de una orden escrita de su puño y letra, obligando á todo el mundo, grande y pequeño, á respetar á mi primo y á tenerle como un buen camarada. Sin duda el Sr. Morelos me comprendió, pues inmediatamente me extendió la orden en cuestión, y hela aquí.

Al decir esto, Felipe entregó á Charo un papel firmado por el Sr. Morelos, y añadió:

—De tu cuenta corre que Loredo eche inmediatamente abajo sus barbas, se disfrace con las ropas que le proporcionaremos, y no eche en olvido que es primo mío y que se llama Juan Peña.

Un momento después Charo salía á cumplir su difícil comisión: por fortuna, Felipe había conseguido que el centinela de la prisión fuese, durante una hora, el bueno de Bartolomé.

No quiero referir á mis lectores cuánto hubo de trabajar la heróica Charo para obligar á Loredo á aceptar y seguir el plan de

sus amigos: el oficial realista era soberbio como un león y no quería deber favor á los insurgentes. Pero ¿qué no conseguirá una mujer enamorada? Loredo cedió al fin, obligado por un heroismo tan extraordinario, y antes de que Bartolomé hubiera sido relevado, el prisionero salió libre de su mazmorra, dirigiéndose, guiado por Charo, á su jacal habitación. Pero antes de llegar á él, tuvieron un fatal encuentro con el *matancero* Brizuela, quien, dirigiéndose á Charo le preguntó, sin apartar su vista de Loredo:

—¿Quién es ese barbilindo que te acompaña?

Charo por única respuesta sacó el papel firmado por el Sr. Morelos y se lo presentó.

—Si tú no lo lees,—observó Brizuela,—enterado quedaré: á mí me estorba lo negro; conozco la firma del general, pero eso es todo: léelo tú, Charo.



—Este no es oficio de mujeres;...

Charo se puso encendida como la grana: casi se le saltaron las lágrimas de vergüenza de que Loredo se enterase de que tampoco ella sabía leer.

Con un movimiento delicado y generoso, el oficial realista tomó el papel y dijo:

—Este no es oficio de mujeres; yo lo leeré; escucha, Brizuela.

Con voz firme leyó la orden del Sr. Morelos y después la entregó de nuevo á Charo.

—¿Con que se llama Juan Peña, eh? — preguntó Brizuela sonriendo diabólicamente.

—Ya lo has oído,—contestó secamente el prisionero.

—Y díme ¿eres pariente de un gachupín prisionero que llaman Loredo, que esta misma tarde debe emprender su viaje al otro mundo?

Charo se atravesó en la conversación diciendo:

—No tenemos por qué entretenernos en contestar tus preguntas; Juan Peña acaba de llegar y aún no ha tenido el gusto de dar un abrazo á su primo Felipe Manso; queda, pues, con Dios, y déjanos á nosotros ir con él.

—Violenta estás esta tarde, Charo.

—Tiene razón y ya te la ha dicho, quiero abrazar á mi primo Felipe.

—Anda, pues, con Dios, pero ten presente que con todo y la orden del Sr. Morelos, si yo descubro que tienes algún parentesco con el gachupín de que te he hablado, no te fusilaré porque eres insurgente, pero sí te pediré cuenta de cierta bofetada que no hace muchos días me plantó, y por más señas que, como buen realista, á traición.

Esta palabra, intencionalmente marcada por Brizuela, que había bien reconocido á Loredo, hizo que éste se preparara á lanzarse sobre su ofensor, lo cual rápidamente impidió Charo, sujetándole y diciendo al *matancero:*

—Déjanos en paz, repito, si no quieres que la impaciencia de este mozo vaya á salirte cara.

—Pues si gusta hacer la prueba, déjale, Charo, que la haga.

Loredo, al verse así retado, iba á estallar, cuando afortunadamente Bartolomé, que había concluído su guardia, se unió al grupo, y con su oportuna intervención impidió que tomase cuerpo la peligrosa disputa: pero antes de separarse Brizuela, dijo:

—Vayan ustedes con Dios como lo desean; pero oye tú, Juan Peña: cuando quieras probar conmigo tus fuerzas, nada más me buscas y me encontrarás siempre listo. ¡Ah! otra cosa te aviso: esta tarde fusilaremos unas cuantas docenas de españoles; voy á suplicar á D. Pablo Galeana que te haga formar en uno de los pelotones encargados de la ejecución, á fin de que hoy mismo empieces á dar pruebas de tu amor y adhesión a la patria y á su independencia. Dentro de una hora iré á buscarte: con que, hasta la vista, Juan Peña.

## XIV

Los prisioneros realistas que teníamos en nuestro poder poco á poco fueron siendo ejecutados, en cumplimiento de las órdenes del Congreso y en justa aunque cruel represalia.

No trato de disculpar aquellas ejecuciones; pero ¿cómo haberlas evitado cuando á cada instante nos llegaban noticias tan dolorosas como la que recibimos de haber sido fusilado en Puebla el señor D. Miguel Bravo el día 15 de Abril, con un lujo de cruel ostentación verdaderamente atroz?

D. Miguel fué la segunda víctima con que la noble familia de los Bravo contribuyó á la independeneia de nuestra patria, á la cual sirvió con heroismo y constancia desde los primeros días de la revolución.

Dejo dicho que la proximidad de Armijo con su fuerte división realista obligó al Sr. Morelos á violentar el incendio de Acapulco, del que se encargó el teniente coronel D. Isidoro Montes de Oca.

Del paraje llamado «Pié de la Cuesta,» el caudillo se dirigió á Tecpan, y de allí, evitando la formidable persecución de Miota, delegado de Armijo, pasamos á Petatlan primero y á Zacatula después.

Convencido de que no nos daría caza, Armijo concentró sus fuerzas sobre el campamento del Veladero, y en la noche del 5 al 6 de Mayo logró apoderarse de él, obligando á D. Hermenegildo Galeana á retirarse y huir por senderos sólo de él conocidos, á Cacahuatepec. Allí comenzó á reorganizar sus fuerzas con los dispersos del Veladero, y cuando ya había logrado reunir una pequeña división, al atravesar el Paso del Papagayo, un capitán llamado Echeverría se le desertó llevándose casi la totalidad de la susodicha tropa. Acompañado apenas de unos cuantos fieles soldados D. Hermenegildo llegó á la hacienda del Zanjón, haciéndose, no obstante ilusiones de que su sola presencia bastaría para poner de nuevo en movimiento toda la Costa grande. El éxito pareció favorecerle en un principio y pronto vió reunidas en su alrededor las fuerzas de D. Juan Alvarez y D. José Avila: con ellas sorprendió en Petatlan al realista Cabadas, á quien hizo prisionero y fusiló, y cayendo

después sobre el pueblo de Acayac derrotó á Barrientos que allí funjia de comandante militar.

Animado con ambas victorias quiso alcanzar una tercera atacando en Coyuca al comandante D. Francisco Fernández Avilés; pero mientras éste contaba con una fuerza respetable, la de D. Hermenegildo se componía apenas de quinientos hombres bisoños y deplorablemente armados. La acción comenzó en las primeras horas de la mañana del 27 de Junio, con graves pérdidas de los realistas, pero Avilés cargó con tal ímpetu que los insurgentes se vieron obligados á retroceder, haciéndolo con gran desorden que á poco se convirtió en completa dispersión. Las once de aquella fatal mañana serían cuando arrastrado por su caballo que acababa de ser herido, Galeana, á quien perseguía D. Juan Olivar, capitán de los patriotas de Atoyac, chocando con una gruesa rama de un árbol, recibió en la frente tan violento golpe que á su pesar se vió despedido de la silla, cayendo casi privado en tierra: disponíase aun así á defenderse cuando un Joaquín León, soldado del escuadrón del Sur, le atravesó de un balazo, y antes de que espirase le cortó de un sablazo la cabeza que clavó en el hierro de una pica, levantándola en los aires satisfecho de su bárbaro triunfo. Con aquel venerable despojo entró en Coyuca el cobarde León, entre los gritos y vociferaciones del populacho que insultó y escarneció la cabeza del héroe, hasta que el mismo comandante Avilés, indignado con semejante profanación, la hizo retirar de la ceiba en que había sido colgada en mitad de la plaza, diciendo á la plebe:

—«Esta cabeza es la de un hombre valiente: sólo los cobardes pueden no respetarla.»

Esto no obstante, Avilés no tuvo la suficiente energía para seguir su generoso impulso, y contemporizando con sus gentes, mandó colocar la cabeza de D. Hermenegildo sobre la puerta de la iglesia, de cuyo lugar se retiró después para darle sepultura en el templo.

Imposible me sería pintar y ni aun dar de él una ligera idea, el terrible dolor del Sr. Morelos al enterarse de la muerte de su fiel amigo y compañero: arrasáronsele en lágrimas los ojos y doblegando con desaliento la cabeza:

—¡Matamoros! ¡Galeana!—exclamó:—¡acabáronse mis dos brazos! ¡ya no soy nada!!!...

Quienes se habían propuesto nulificar al Sr. Morelos podían estar satisfechos de haberlo conseguido.

Creado por Dios para combatir en campo raso y frente á frente, lo mismo al enemigo armado que al soberbio y al rebelde contra su autoridad, todo pudo hacerlo el gran caudillo menos triunfar de igual modo de las asechanzas de la intriga baja, ruin y miserable. Los hombres á quienes la Providencia ha dotado de recto y firme corazón no sirven para la diplomacia, siquiera sea esa mísera diplomacia que necesita el cortesano de las antecámaras de un gobierno, cualquiera que su nombre sea.

Por eso el Sr. Morelos sucumbió á la obra de sus propias manos. Creyó que bastaba que la Patria necesitase del auxilio de sus hijos, para que todos los que la invocaban la sirvieran con el mismo desinterés que él.

Por eso sobre las ruinas de la inútil y perjudicial Junta de Zitácuaro, quiso levantar el Congreso de Chilpancingo, sin tener en cuenta que en política, la gratitud y el reconocimiento son un defecto, y la ingratitud y la traición, un mérito.

Todos aquellos cuyas insignificantes personalidades se perdían en las sombras de todo cuanto no era la gloria resplandeciente del Sr. Morelos, al verse por él colocados en el círculo de su luz, cegaron del entendimiento, y los ciegos de entendimiento han sido, son y serán siempre el prototipo de la envidia.

Por envidia no más concurrieron en fatal concierto á la obra de desprestigiar al Sr. Morelos, y el primero de sus pasos para conseguirlo fué el de introducir en su ejército individuos capaces de sembrar en él la indisciplina y las rivalidades. Efecto de ellas fueron el desastre de Valladolid, y el infortunio de Puruarán. Ocurridos uno y otro, el Congreso, en vez de procurar el prestigio del Generalísimo, que sólo perdió batallas después de instalado aquél, le hizo á la faz del país la terrible ofensa de admitirle la dimisión del poder ejecutivo, dimisión que el mismo Congreso provocó, por cierto que con cauteloso y cobarde proceder: conseguida esta dimisión, como dije en su lugar, el Congreso remató su intriga fraccionando el ejército del Sr. Morelos con especiosos pretextos y le alejó de sí, enviándole á destruir la fortaleza de Acapulco.

Pero el gran caudillo fué y es la personificación del respeto á

la autoridad, y sufrió todos estos ultrajes con una resignación tan cristiana como perjudicial para su patria.

Otro hombre, ó por mejor decir otro héroe que él no hubiese sido, no habría soportado tan villano proceder.

El éxito de esta intriga sólo fué favorable á los realistas y al gobierno vireinal. ¿Qué podía ser á éste más satisfactorio, sino que los mismos insurgentes se encargaran de cortar el cabello á aquel Sansón, á quien ni el mismo Calleja *el invencible*, pudo desbaratar como estaba acostumbrado á hacerlo con los grandes ejércitos de Aculco y Calderón?

Sin la fatal intervención del funesto Congreso de Chilpancingo, el Sr. D. José María Morelos, con sus Galeana, Matamoros y Bravo, habría dado cima á la independencia de México, sin necesidad de que uno de los más crueles y sanguinarios enemigos de los insurgentes, como lo fué D. Agustín Iturbide, viniera un día á conseguirlo por medio de convenios con el clero y con los mismos realistas.

Y mi opinión acerca del Sr. Morelos no es una opinión falta de criterio y fundamento: cuando el vencedor en cien acciones llegaba en Chilpancingo á la cúspide de su gloria, el gobierno vireinal, el infatigable Calleja, al cual sin razón desprecian los parlanchines patrioteros, pues fué digno contrario de nuestro inmortal Morelos, escribía al Gobierno de la Metrópoli, que sus recursos habíanse agotado, que no tenía confianza en sus tropas criollas, que se le enviaran ejércitos de la Península, que las ideas insurgentes se extendían más y más cada día entre todas las clases, y que dado el sistema de guerra adoptado por los insurgentes, era si no imposible sí lento, difícil y costoso el poner término á la rebelión. Calleja era mal visto y peor querido por todo el elemento español, por lo mismo que su carácter enérgico é inflexible se estrellaba contra el egoismo de los que se lamentaban de la situación del país, sin hacer los sacrificios que su remedio exigía. Calleja acabó de disgustar á ese elemento español con las enérgicas medidas que se vió en la precisión de tomar para vencer la resistencia pasiva de los egoistas, y este disgusto lo demostraron no cubriendo sino con exiguas cantidades los préstamos y contribuciones que impuso para suplir las escaseces á que las atenciones de la guerra redujeron á las en otros días fastuosamente ricas cajas reales.

Si la gloria del caudillo no hubiese decaído, si lejos de serle el Congreso un deplorable estorbo, hubiera sabido secundar sus titánicos esfuerzos, D. José María Morelos habría sido nuestro Washington: esto es, el feliz autor de nuestra independencia y el primer presidente de la República. ¡Cuánto mayor hubiese sido entonces nuestra gloria! ¡Cuánta sangre menos se habría derramado! ¡Cuánto mayor la moralidad de la nación!

Pero desde entonces nos dimos á conocer los mexicanos como los primeros envidiosos de nosotros mismos, y como maestros y profesores en el detestable arte político de desacreditar á nuestros hombres públicos y con ellos á la nación entera.

En esto me he detenido más de lo regular porque si setenta años corridos desde entonces, no son suficientes para quitarnos de los ojos las voluntarias vendas que con nuestras patrañas y preocupaciones vulgares aun mantenemos delante de ellos, no hay justicia entre nosotros, ni merecemos ser hijos de héroes tan gigantescos como el GIGANTE HÉROE MEXICANO D. JOSÉ MARÍA MORELOS.

## XV

Pero ¿queréis saber lo que pasó en el vasto campo insurgente, desde el instante en que el Congreso de Chilpancingo logró su objeto, de reducir á la nada la importancia del gran caudillo?

Pues oidlo y agradeced á quien sin caretas de ninguna especie os muestra clara y desnuda la verdad.

Dos campeones pretendieron llenar, por sí solo cada uno, el vacío dejado por el Sr. Morelos.

Fueron estos dos campeones Rosains y D. Ignacio Rayón: el primero se creyó llamado á ello por la elección que en su persona hizo el Congreso para jefe de las fuerzas insurgentes: el segundo enorgullecíase de más alto abolengo, pues continuaba creyéndose delegado de los primeros é infortunados caudillos. Uno y otro tenían de común el odio que mutuamente se profesaban, la soberbia en el ejercicio de su autoridad, y la carencia casi absoluta de cualidades militares.

El coronel del regimiento de Castilla D. Francisco Hevia ha-

bía recibido el encargo de perseguir á Rayón y de tal modo se empeñó en cumplirle, que el jefe insurgente en ningún lado podía hallar descanso y tranquilidad, y esto fué lo que le obligó á salir fugado de Teotitlan para refugiarse en Zongolica, siempre acompañado de su devoto amigo D. Carlos María Bustamante. Situado en Orizaba, cuyo vecindario demostrábale el más realista afecto, Hevia tenía tambien en jaque á Rosains al cual hizo á su vez fugarse de Huatusco y dirigirse á Tehuacan, en cuya ciudad no se atrevió Rayón á entrar, temeroso de que los amigos de Rayón le traicionasen y entregaran á su competidor. Marchó, pues, á Zacatlan, en cuyo punto era Osorno rey y señor, no obstante lo cual por el momento le recibió muy bien y allí sentó sus reales encomendando la dirección de la maestranza que improvisó al hábil platero Alconedo.

Mientras tanto irritábase Rosains de que un valiente guerrillero conocido con el nombre de José Antonio, que por su cuenta campaba entre Jalapa y Veracruz, se resistiera á reconocer su autoridad y obedecerle. Cuantos esfuerzos hizo por atraerse al osado guerrillero, fueron de todo punto inútiles, por lo cual determinó ir en su busca y atacarle en su mismo campamento de Paso del Moral. Este José Antonio, apellidábase Martínez y había sido sirviente de la hacienda de Paso de Ovejas, propiedad de D. Francisco de Arrillaga; contábanse de él mil actos de sin igual arrojo y bravura, y donde su voluntad se imponía, ninguna otra era capaz de disputársela. José Antonio tuvo la debilidad de aceptar una propuesta de conferencia que Rosains le hizo, y á seguida de la cual, Rosains cargó sobre él con todas sus fuerzas. José Antonio, aunque atravesado desde los primeros instantes de un lanzazo en los riñones, continuó combatiendo como un tigre, pero Rosains le atrajo á una emboscada en la que de catorce balazos le quitó la vida; instigado por su deseo de venganza, Rosains pisoteó con su caballo el cadáver de José Antonio, según lo cuenta el general Terán, quien también añade que la muerte de Martínez fué una cobarde traición. Libre de aquel enemigo, Rosains ascendió á coronel á D. Guadalupe Victoria y le encomendó el mando de la provincia de Veracruz.

Estando en estas, el padre franciscano Fr. José Antonio de Pedrosa comunicó á Rosains que al puerto de Nautla que poseían

los insurgentes, había arribado el general Humbert que decía ser enviado del gobierno de los Estados-Unidos, para proteger y contribuir á la independencia de México. El Congreso que en aquellos días se encontraba en Tiripitiro, habiendo primero emigrado de Tlacotepec á Uruapan y de esta á Santa Efigenia y Puturo, fué de los primeros en entusiasmarse con la noticia, creyendo que el extranjero Humbert haría lo que no dejó hacer al Sr. Morelos. Pero no es este mi cuento por ahora sino el de referir cómo Rosains, no queriendo que Rayón se le adelantase en hacer los honores al supuesto enviado, se dirigió á esperarle; pero en la hacienda de San Hipólito le cayó encima el infatigable D. Francisco Hevia, propinándole una derrota de padre y muy señor mío, de cuyas resultas le supuesto general Humbert tomó escama y á toda prisa regresó á Nautla y se embarcó para Nueva-Orleans, acompañado del padre Pedrosa y del mariscal Anaya, á quien Rosains encomendó una misión diplomática cerca del gobierno Americano: noticiándolo al Sr. Morelos, D. Carlos Bustamante le escribió: «Humbert se ha marchado llevándose crecida suma de dinero, juntamente con el que se dice mariscal Anaya ó *canaya.*» La falta ortográfica á que le obligó el consonante no habrá impedido que mis lectores comprendan que D. Carlos quiso llamarle *Canalla.* Más tarde resultó que Humbert ninguna misión había recibido del gobierno Americano, y que era uno de tantos piratas de los que por aquel tiempo infestaban el mar de las Antillas. Pero esto no impidió que el disgusto de Rayón con Rosains se pronunciase más y más, y suponiendo el primero que el segundo pretendía escarnecer su autoridad, dictó contra él auto de formal prisión. Rosains, que era tan licenciado como su contendiente, publicó el 17 de Julio un papel que tituló: «Justa repulsa,» en el cual entre otras lindezas acusaba á Rayón de asesino de Iriarte y de Ortiz, de suplantador de la gloria de López en Zitácuaro, de usurpador de la Presidencia de la Junta, y de haber estorbado por todos los medios posibles, la reunión del Congreso de Chilpancingo. Rayón no se quedó con la píldora en el cuerpo y á las injurias de Rosains contestó con otras de su cosecha propia.

Queriendo cortar el escándalo, el Congreso comisionó á Bustamante y á Crespo para que oyesen en juicio á uno y otro rivales, mandándoles que mientras el juicio terminase, entregaran ambos

el mando al brigadier D. Francisco Arroyave, que con tan extraordinario arrojo salvó, como ya se refirió en uno de los anteriores Episodios, á D.ª Leona Vicario de la prisión en que teníala Calleja, por partidaria de la revolución.

Pero ni Rosains ni Rayón quisieron someterse á lo mandado por el Congreso, y Arroyave, no contando con fuerza para obligarlos á obedecer, tuvo que quedarse haciendo el ridículo papel consiguiente: el encono de los jefes se transmitió á sus más inmediatos amigos, y Herrera por Rayón y Sesma por Rosains, llegaron á las manos en Silacayoapan, y hubiérale ido mal á Herrera si Terán no hubiese intervenido y puéstolos en paz.

Mientras de este modo Rosains y Rayón desacreditaban con sus rencillas la causa insurgente y daban tan deplorable ejemplo de desobediencia á las órdenes del Congreso, éste recibía del Sr. Morelos las más extrordinarias demostraciones de respeto y acatamiento.

Fué el caso que escandalizado el Congreso de lo que pasaba, y temeroso de que el descrédito cundiese, expidió un manifiesto pretendiendo demostrar que no había divisiones entre los insurgentes, y que antes al contrario, todos procedían de acuerdo y trabajaban con incesante afán en organizar los ejércitos, perfeccionar las instituciones políticas y consolidar la situación de la patria.

Dando por hecho que esto era verdad, el Congreso acusaba á los realistas de propalar falsos rumores de supuestas discordias. «Dicen,—añadían en el citado manifiesto,—que pueriles rivalidades dividen nuestros ánimos; que la discordia nos devora; que la ambición agita los espíritus, y que las primeras autoridades, chocadas entre sí, dan direcciones opuestas al bajel naufragante de nuestro partido...»

Como se ve, al tratar de desmentir esas especies, el Congreso enumeraba con tremenda exactitud los males del partido insurgente, así como suele describir y pintar sus dolencias el enfermo que las sufre.

Necesario era que el Sr. Morelos autorizase con la suya la manifestación del Congreso; así se la mandó decir, y el Sr. Morelos la autorizó efectivamente con las siguientes palabras dictadas en su campamento de Agua Dulce, el 5 de Julio de 1814:

«Señor: Nada tengo que añadir á la manifestación que V. M. ha

dado al pueblo en cuanto á la anarquía mal supuesta: lo primero porque V. M. lo ha dicho todo; y lo segundo, porque cuando el Señor habla, el siervo debe callar. Así me lo enseñaron mis padres y maestros... Digan cuanto quieran los malvados; muevan todos los resortes de la malignidad, yo jamás variaré el sistema que justamente he jurado, ni entraré en una discordia de que tantas veces he huído. Las obras acreditarán estas verdades, y no tardará mucho tiempo en descubrirse á los impostores, pues nada hay tan escondido que no se halle, ni oculto que no se sepa, con lo que el pueblo quedará plenamente satisfecho.»

Así hablan los héroes y las víctimas; no es difícil apreciar el doble sentido de la mayor parte de las frases del Sr. Morelos, pero esto no obstante, las preocupaciones de los patrioteros sólo han visto en ellas un solemne mentís á las mezquinas invenciones realistas.

¡Pobre Héroe, ni aun los que se llaman tus amigos supieron hacerte justicia!

## XVI

Pero hagamos aquí un alto y pasemos á la capital donde todo era fiesta y farsas.

Súpose en México el 7 de Junio la llegada de Fernando VII á la frontera española, y el 10 túvose la noticia oficial del inesperado suceso: excuso decir con cuán desmedido entusiasmo acogería aquella nueva el partido español.

Frailes y comerciantes, haciendo á un lado la reglamentaria formalidad, organizaron lucidas comparsas que recorrieron la ciudad paseando el retrato del Monarca Deseado, entre hachones y cohetes, músicas, vivas y repiques. El día 16 hubo en el opulento templo de San Francisco una espléndida y solemne fiesta religiosa, costeada por los cuerpos de patriotas, y se repitió el paseo ideado por los frailes y comerciantes, sólo que en aquel día la comparsa la formaron un número inmenso de señoras vestidas todas de blanco: en la noche los patriotas dieron un baile suntuosísimo, adornando y alhajando al efecto con maravillosa magnificencia el patio del edificio de la Inquisición, que por haber sido ésta suprimida les servía de cuartel.

Con no menor buena fe que la de los españoles que en la península habían dado por su rey la sangre y el bienestar, Calleja creyó que Fernando VII respetaría el sistema constitucional implantado por las Córtes de Cádiz, y así fué que procedió, en cuanto le fué posible, á plantear en México sus liberales reformas y garantías. ¡Cuál no sería su sorpresa al recibir por la goleta «Riquelme,» salida de Cádiz el 26 de Mayo, la noticia del decreto real de 4 del mismo mes dictado en Valencia, disolviendo las Córtes españolas y declarando fenecida la Constitución, proscrita la libertad y restablecido el gobierno absoluto!

Pero era necesario obedecer, y el 10 de Agosto fueron citadas todas las corporaciones para concurrir al medio día á la Catedral y asistir á un *Te Deum*, después del cual el Dr. D. José Mariano Beristain, que el miércoles 30 de Setiembre de 1812 en que se juró en México la Constitución, la llamó desde el púlpito metropolitano «Libro Sagrado,» volvió á ocupar la cátedra del Espíritu Santo para escarnecer aquella misma Constitución en un sermón que empezó con estas vulgarísimas y groseras frases: «No pegó el arbitrio tomado por los liberales para destruir el trono y el altar dictando la Constitución.»

Aun no había concluído aquella función religiosa en la que se escarnecía lo mismo que dos años antes habíase ensalzado, cuando ya circulaba la siguiente décima criticando el sermón de Beristain:

De «no pega» fué el sermón,
Si sermón puede decirse
Hablar hasta prostituirse
Por la vil adulación.
Ayer la Constitución
Cual «Sagrado libro» alega,
Y apenas Fernando llega,
Cuando este libro sagrado
Es un código malvado...
¡Vaya!... que eso sí «no pega.»

Pero eso sí; ríase usted de las bromas que gastan los poderes absolutos. En un abrir y cerrar de ojos los decretos del rey restablecieron en México los antiguos ayuntamientos perpetuos, la Audiencia con su rancio sistema judicial, el suplicio de horca y por remate el Santo Tribunal de la Inquisición: sólo un inquisidor había que-

dado en México por haberse retirado á España los demás, pero sólo ese que era el fiscal y llamábase D. Manuel Flores, se bastó y sobró para publicar un edicto en que disponía nada menos que el que se denunciasen á sí mismos todos quienes hubiesen hablado mal contra la Inquisición ó la Religión. A todos sorprendió tal atrevimiento de aquel mal resucitado y pestilente cadáver de épocas atrasadas.

En las fiestas que con motivo del restablecimiento del régimen del absolutismo se celebraron en México, sólo el clero demostró entusiasmo y alegría, distinguiéndose el Cabildo metropolitano en su función religiosa del 8 de Diciembre, en que sacó á lucir la imagen de la Purísima Concepción, labrada en plata y donación del gremio de plateros.

A dicha imagen habíasele compuesto la siguiente cuarteta:

La Platería os retrata
en plata, Virgen, y es bien
que en plata retrate á quien
es más pura que la plata.

Entre los jefes realistas que más festejaron la muerte del sistema liberal y el restablecimiento del absolutismo, se distinguió don Agustín de Iturbide, que llamó al día en que fué suprimida la Constitución «venturoso y eternamente memorable.» Pensó para solemnizarle que su división hiciera un simulacro de la famosa acción de Vitoria ganada á los franceses por Lord Wellington, pero sin duda por adular al virey cambió de propósito é hizo el de la de Calderón, ganada por Calleja. Iturbide se encontraba entonces en Irapuato.

Los realistas avisaron á los insurgentes el regreso de Fernando VII á España y se les invitó á deponer las armas y volver á la obediencia del monarca. Entonces se comprendió con cuán notable previsión y feliz tacto el Sr. Morelos había hecho suprimir, en la declaración de independencia dictada en Chilpancingo, el nombre de Fernando VII, contra la obstinación y parecer de Rayón. De haber éste salido adelante con su empeño, los insurgentes habríamos de habernos sometido al inesperado cambio, puesto que se había querido hacer creer que luchábamos por y para restablecer en el trono de América al cobarde é ingrato hijo de Carlos IV.

Gracias á la previsión política del Sr. Morelos, D. Ignacio pudo contestar á Llano que, según la declaración de independencia, los insurgentes no podían reconocer á Fernando y menos cooperar al imperio del absolutismo, implantado por el monarca al suprimir la Constitución española y las libertades de ella dimanadas. A esta respuesta acompañó una proclama á los españoles europeos, escrita



**Iturbide I, emperador de México**

por Bustamante, invitándoles á unirse con nosotros para hacer la independencia de las Américas. Remitida esta proclama al consulado de México, éste la pasó inmediatamente al virey, quien con otros papeles de los insurgentes, la hizo quemar por mano de verdugo en la plaza principal de México, el 2 de Setiembre de 1814.

En aquel mismo mes de Setiembre D. Ignacio dió una nueva prueba de sus condiciones militares, dejándose sorprender y derrotar el día 25 en Zacatlan por la división de D. Luis del Aguila. Rayón y Bustamante debieron el haber salvado la vida á la celeridad de su fuga, aunque perdiendo todos sus equipajes, efectos y pape-

les: la esposa de Bustamante salvó milagrosamente de haber caído en manos de un dragón de San Luis.

Después de este suceso, Rayón y Bustamante se separaron: el segundo para embarcarse en Nautla y solicitar en los Estados-Unidos auxilio de armas y dinero, y el primero para dirigirse á Cóporo, del cual su hermano D. Ramón hizo con grande inteligencia un inexpugnable baluarte insurgente. Para los gastos de viaje, D. Ignacio cedió á D. Carlos lo único que había salvado de la sorpresa de Zacatlan, consistente en un tejo de oro del peso de catorce marcos, y algún dinero.

## XVII

Al mismo tiempo que Fernando VII proscribía en España la Constitución del año Doce y el sistema liberal por ella proclamado, nacía en Apantzingan el 22 de Octubre de 1814, la primera Constitución Mexicana; aquella coincidencia no hubiera podido por menos de haber influído en el crecimiento de la semilla sembrada por los insurgentes si entre éstos no hubiese reinado la deplorable desunión que he dado á conocer á mis lectores. Expedida con el carácter de provisional la Constitución de Apatzingan, fué no obstante un código político digno de tomarse en cuenta, y que á pesar de sus lagunas y defectos honrará la memoria de sus laboriosos autores.

Sin embargo, no quiero decir con esto que aquella suprema ley apareciese en momento oportuno. Quizás ella, entrando en el círculo en que la fatalidad pareció haberse propuesto encerrar la perdición del Sr. Morelos, contribuyó no poco á la ruina del caudillo, alzando frente al suyo el poder omnímodo de un Congreso cuyos individuos jamás respetaron á aquel á quien debieron el serlo, y que al fin concluyeron por perderle.

Pero el Sr. Morelos, que á sí mismo se dió el título de Siervo de la Nación, fué el primero en someterse á las prescripciones constitucionales, y designado para forı. ar el poder ejecutivo en unión de Liceaga y Cos, él mismo hizo gozoso la proclamación.

Cualquiera hubiese creído que los esfuerzos del Congreso por

sistemar la lucha, dictando un código que ponía de manifiesto sus fines y tendencias, hubieran hecho cesar las discordias que dividían á los distintos jefes de las diversas zonas en que la revolución había cundido. Pero lejos de haber así sucedido, estas discordias se acentuaron de un modo deplorable.

Dejé al final del capítulo anterior á D. Carlos Bustamante en camino para Nautla, y dispuesto á embarcarse allí con rumbo á los Estados-Unidos. Su negra suerte le hizo ir á dar en los terrenos en que por su cuenta campeaban los guerrilleros Anzures y Alarcón, quienes, con tan malos ojos le vieron, que tratáronle peor que á un realista, y gracias que pudo llegar vivo á Huatusco: no le hizo allí mejor recibimiento el cabecilla Couto, y después de quitarle el famoso tejo de oro, en tales aprietos le puso, que se vió obligado á huir de la población y ocultarse en una cueva de la barranca de Cuautlapa; pero también allí fué á buscarle un tal Pedro Serrano, quien por poco mata de un balazo á la esposa de D. Carlos: prosiguió éste de noche, y no sin graves riesgos, su fuga y fué á dar á Tuxpango, donde un negro que le reconoció se apresuró á dar aviso de que allí se encontraba, nada menos que al comandante realista de Orizaba. Quiso la suerte de D. Carlos, que el tal comandante fuera D. Bartolomé de Longoria, quien, hecho prisionero en el Palmar y conducido á Chilpancingo, recibió de Busta. mante pruebas inequívocas de simpatía y protección. Longoria logró evadirse de su prisión y volver al campo realista; oyó, pues, la denuncia del negro, y cuando éste húbose retirado, dijo á los oficiales que le instaban á apoderarse de D. Carlos:

—El Lic. Bustamante me alivió y socorrió en la desgracia ¿cómo habría yo de corresponder á sus finezas con una acción indigna?

Merced á este rasgo de gratitud, extraordinario en aquellos días, Bustamante pudo salvarse de los realistas; pero los amigos de Rosains le odiaban por serlo él de Rayón; y uno de los partidarios de aquél, el cabecilla Bernardo Portas, se apoderó de la persona de Bustamante y lo condujo preso á Tehuacan cargado de grillos, crueldad que entristeció hasta el último extremo al desventurado D. Carlos: en esta triste situación entró en Tehuacan y fué entregado al rencoroso Rosains: éste salió de Tehuacan para las Mixtecas con objeto de reconciliar á Sesma con D. Vicente Guerrero, cuyas tropas se batían á muerte donde quiera se encontraban, de

resultas de que Sesma había informado mal de Guerrero á Rosains, cuando D. Vicente se trasladó á las Mixtecas por orden expresa del Sr. Morelos, con objeto de encauzar en ellas la revolución. En Silacayoapan Rosains invitó á Guerrero á una conferencia, pero éste, que desconfiaba de él, no sólo no quiso en un principio aceptar la invitación, sino que hizo saber á Rosains que podría irle mal si no se retiraba inmediatamente: irritado con semejante amenaza Rosains se preparaba á atacar en su campo á Guerrero, cuando éste aceptó la propuesta conferencia, cuyo resultado fué que D. Vicente le reconociera como su jefe.

De regreso en Tehuacan y fortificado en su cuartel general de Cerro Colorado, Rosains hizo fusilar á Arroyave que insistía en que se cumpliese la orden del Congreso que disponía se encargase del mando, en tanto que no terminaran satisfactoriamente las diferencias suscitadas entre Rosains y Rayón.

Esta ejecución de un hombre útil y decidido partidario de la causa insurgente, crimen fué del que nunca pudo Rosains sincerarse; pero ¿qué le importaba esto á aquel carácter soberbio y cruel, que en cierta ocasión hizo dar á una infelíz mujer de bofetadas por doscientos hombres, por el único delito de haber murmurado de él, delante de algunos miserables que la delataron? La ejecución de Arroyave se verificó en Cerro Colorado bajo una palma que se llamó del *Terror*, porque al pié de su tronco eran llevados á morir los sentenciados por Rosains á la última pena. A don Carlos Bustamante, al cual dejó en libertad en Tehuacan, pudo haberle costado cara su simpatía hacia Arroyave, pues habiendo mandado celebrar unas misas por el descanso de su alma, Rosains lo tomó á ofensa y lo mandó reducir á estrecha prisión, de la que no logró evadirse hasta mucho tiempo después. Estos abusos y atrocidades acabaron por concitarle el odio general, y D. Guadalupe Victoria se alzó abiertamente contra él, por lo cual salió á batirle; pero en la barranca de Jamapa, entre Huatusco y Coscomatepec, los cabecillas Corral y Montiel derrotaron á Rosains y le insultaron con los epítetos de «sanguinario y enemigo de los mexicanos.» Vuelto á Tehuacan estuvo á punto de perecer á manos de todos los cabecillas que allí se congregaron, pero Terán consiguió calmarlos ofreciéndose á tomarle prisionero, como asi lo verificó, y Rosains sujeto con los mismos grillos que había mandado poner á Busta-

mante, fué conducido fuera de sus dominios para ser entregado al Congreso, pero en las inmediaciones de Chalco logró fugarse, y desde Ixtapaluca solicitó indulto, que le fué concedido por el virey, en celebridad del cumpleaños de Fernando VII. Libres de la presencia de Rosains, Terán se encargó del mando superior de Tehuacan y las Mixtecas, y D. Guadalupe Victoria del de la provincia de Veracruz.

D. Ignacio y su hermano D. Ramón Rayón hicieron á principios del año de 1815 una memorable defensa de su fortaleza de San Pedro de Cóporo, así llamada porque en el día de San Pedro del año anterior comenzó á fortificar D. Ramón el célebre cerro. Sitiado por los realistas, el mismo Iturbide, cuyo prestigio de día en día aumentaba, recibió de Llano el encargo de dar el asalto. como lo verificó en la madrugada del 4 de Marzo; pero fué rechazado por los Rayones, según se les llamaba, y Llano levantó el sitio el día 6, con gran disgusto de Calleja, que desaprobó en un todo la medida.

## XVIII

Volvamos al campo del Sr. Morelos que por tanto tiempo hemos abandonado.

En aquellos días el caudillo parecía otro hombre del que había sido. La completa desorganización de los ejércitos insurgentes, la falta de sus mejores amigos, muertos desastrosamente por los realistas, y más que todo, la inacción á que habíasele condenado, pues su calidad de miembro del poder ejecutivo envolvía la privación del mando militar, habíanle transformado hasta el punto de hacerle casi inconocible.

Pero aunque aherrojado el León, no había perdido sus antiguos bríos; y así fué como pudo verse brillar de nuevo en sus ojos los relámpagos de su genio militar, el día 5 de Mayo de 1815: fué el caso que D. Agustín Iturbide, queriendo tomar la revancha de su descalabro ante las fortificaciones de Cóporo, concibió el plan de apoderarse del Sr. Morelos y del Congreso, cayendo rapidísimamente sobre Ario, que era el punto en que ambos residían. Hubiéralo logrado sin el oportuno aviso que al Congreso dió el Padre

Sánchez de Armas, cura de Tingambato, y si no hubiese ocurrido un providencial retraso en la marcha de las fuerzas que debieron haber concurrido á la acción.

Pero el hecho es que advertido oportunamente del peligro, el Congreso pudo ponerse en retirada á eso de las siete de la mañana, permaneciendo en Ario el Sr. Morelos y los Dres. Cos y Liceaga, hasta que hubieron salvado la imprenta y archivos del Congreso, que libre del golpe meditado por Iturbide, siguió, dejando siempre á su retaguardia al Sr. Morelos, con dirección á Uruapan.

El Dr. Cos, que en diferentes ocasiones había pedido licencia para retirarse, siéndole en todas negada, se aprovechó de las circunstancias para separarse del Sr. Morelos en Huetamo y encerrarse en el fuerte de San Pedro Tacapo.

En vano el Congreso le ordenó que regresara á reunirse con él en Uruapan: el Dr. Cos, no sólo no obedeció, sino que irritado con las amenazas que se le hicieron para obligarle á cumplir con su deber, publicó un manifiesto que circuló profusamente, probando á su modo la ilegitimidad del Congreso, por faltar á sus miembros el requisito de haber sido elegidos popularmente, y llamándolos traidores y vendidos á los españoles, por cuyas causas les negaba la obediencia y excitaba á los insurgentes á seguir su ejemplo.

Por orden del Congreso, el Sr. Morelos salió de Uruapan á batir y prender al Dr. Cos, y aunque éste mandó á sus soldados hacer fuego sobre el Sr. Morelos, las tropas se negaron á ello y lo entregaron al caudillo, quien lo condujo á Uruapan: el Congreso condenó al Dr. Cos á la pena capital, si bien deseando que no fuese ejecutada, le ofreció gracia si hacía algún acto de pública sumisión. Negóse á ello con imponente energía, y aun añadió al mostrársele el ataud á él destinado:

—«Mayor dolor me causaría el piquete de una pulga, que el tránsito de la vida á la muerte.»

Preciso fué que el cura de Uruapan, D. Nicolás Santiago Herrera, á quien por sus cristianas virtudes el pueblo llamaba «el venerable Herrera,» se presentase de rodillas á la puerta de la sala de sesiones, y sin dejar esta postura y con lágrimas de sincero dolor, pidiese al Congreso que no manchara con la sangre de un sacerdote la causa de la insurrección. El Congreso cedió á esta súplica y

la pena de muerte se conmutó en la de prisión perpetua en los calabozos de Atijo.

Tanto estos disgustos como los que pudieron temerse de la cercanía de los realistas, obligaron al Congreso á pensar en la conveniencia de trasladarse á un punto más próximo á las provincias en que por entonces era mayor el número de insurgentes en campaña por ofrecer más cuantiosos é inmediatos recursos; á la vez lisonjeaba al Congreso la esperanza de que su sola presencia bastaría para hacer cesar las discordias de los jefes que operaban en terrenos de Puebla y Veracruz, y como confiaban en que no tardarían en llegarles auxilios de hombres, armas y dinero, conveníales acercarse á algunos de los puertos del Golfo. Una vez resuelto que el punto solicitado fuese Tehuacan, el Congreso nombró una junta auxiliar que quedase en la provincia de Valladolid con amplios poderes, aunque obligada á darle cuenta de todas sus disposiciones: esta Junta auxiliar fijó en Taretan su residencia. Faltábale al Congreso quien quisiera tomar á su cargo la dirección de una empresa como aquella por demás difícil, pues mediando una distancia de cerca de ciento cincuenta leguas, entre Uruapan y Tehuacan, habrían de atravesar por distintos territorios, cruzados incesantemente por divisiones realistas, cuyo encuentro era necesario evitar, y caso de no ser posible, batirlas y vencerlas. Consultado el Sr. Morelos, aceptó desde luego la comisión, y el Congreso le facultó para encargarse del mando militar, del cual estaba, según ya dije, privado como miembro del poder ejecutivo. Así fué como aquel grande hombre, dando un ejemplo más de su extraordinario patriotismo, pasó de Generalísimo que había sido, á jefe de escolta del mismo cuerpo que no había sabido apreciar ni hacer justicia á sus relevantes cualidades. Sólo una cosa exigió, y le fué concedida más que por benevolencia por egoismo, y fué que hasta llegar á Tehuacan cuantos formasen parte de la comitiva, quedarían sujetos á una inflexible ordenanza militar, y obligados á una obediencia incondicional.

Así convenido, el 29 de Setiembre de 1815, el Sr. Morelos dió la orden de marcha, y el Congreso salió de Uruapan, escoltada por poco más de mil hombres, y de estos sólo la mitad armados. Don Nicolás Bravo, casi único de sus antiguos compañeros que quedaba vivo, formó también parte de la expedición. No se sabe de un

modo seguro quién pudo noticiar á Calleja la salida del Congreso de Uruapan; fuese quien fuera, lo cierto es que el virey la supo, y que entonces como nunca movió sus ejércitos con su natural actividad, procurando tenderlos una verdadera red por cuantos puntos llegó á imaginarse que pudiera pasar el Sr. Morelos. Este continuó su marcha sereno é imperturbable como el mártir cristiano marchaba sobre la arena del Circo Romano: ¿había el Gran Héroe, previsto la catástrofe que le esperaba? Sí, indudablemente. Algún tiempo antes, aprovechando la circunstancia de que el Dr. Herrera y su secretario D. Cornelio Ortiz de Zárate marchaban á los Estados-Unidos con una misión del Congreso, había con ellos enviado á D. Juan Nepomuceno Almonte, prenda querida de su paternal corazón: al salir de Uruapan no quiso recibir los seiscientos pesos que se dieron á cada diputado para gastos de viaje, y para cubrir él los suyos vendió cuanto tenía, inclusive su ropa de uso.

Su última hora de insurgente iba á encontrarle tan pobre como la primera en que se lanzó á luchar por su patria, á la cual sólo podía ya darle su vida.

La marcha fué difícil, incómoda y fatigosa; se caminaba de la salida á la puesta del sol, y en la noche se acampaba al raso. De Huetamo, siguiendo la orilla derecha del Mescala, llegó á Gutzamalá, lo que, sabido por el virey, hizo mover al teniente coronel D. Manuel de la Concha hacia Teloloapan, con orden expresa de seguirle y alcanzarle á toda costa. El círculo realista se estrechó más y más, y los héroes de todos los tiempos y de todas las naciones, dejando los cielos de su inmortalidad, flotaban sobre la cabeza del Sr. Morelos, y en las alturas en que todos ellos le esperaban impacientes sin apartar su vista del gran mártir nacional.

En aquellos instantes, y merced á las órdenes dictadas por Calleja, Armijo formaba con su división una muralla á la izquierda del Sr. Morelos; Concha y Villasana á la derecha; Claverino á la retaguardia, y al frente Aguirre, y las guarniciones de Toluca, Cuautla, Cuernavaca y los Llanos de Apam.

La única salvación estaba en pasar rápidamente de una á otra orilla del río, y al efecto se comunicaron con el sigilo conveniente las órdenes para que las balsas se encontrasen dispuestas en el vado de Tenango, á cuyo punto llegó el Sr. Morelos el día 2 de Noviembre, conmemoración de los difuntos. El pueblo se encon-

traba casi abandonado, y las balsas no estaban allí: sin duda habíamos sido vendidos, denunciados á los realistas por nuestros emisarios, en lo cual nos confirmamos hasta cierto punto por haber sido una de las pocas personas que encontramos, un indio capitán de realistas que fué por este motivo fusilado: el pueblo fué entregado á las llamas en justo castigo, pero quizá este hecho contribuyó á perdernos, pues la espesa humareda entre la que se alzaba la iglesia de Tenango, único edificio que se mandó respetar, podía denunciar aun á una larga distancia nuestra presencia en aquellos rumbos.

Sin embargo, allá como se pudo, vadeamos el río, y el día 3 llegamos á Tezmalaca, distante seis leguas de aquel punto: habíamos puesto el río entre nosotros y los realistas: ¿estábamos salvados? Así lo creyeron muchos, y sobre todo cuantos, no pudiendo ya con el cansancio de tan fatigosas marchas, pidieron un día de descanso al Sr. Morelos, quien se lo concedió compadecido. Fatal era á la verdad nuestro miserable estado: llevábamos treinta y seis días de una marcha en extremo difícil y cansada, comiendo mal, durmiendo peor, y alarmados por el constante peligro de ser atacados por los realistas. A mayor abundamiento, en la noche del día 3 desató el cielo sus torrentes sobre nosotros, y estábamos empapados hasta los huesos.

El descanso era, pues, indispensable; por eso lo concedió el señor Morelos, pero ese descanso fué nuestra pérdida, pues un indio tenangueño nos denunció al teniente coronel D. Manuel de la Concha, quien á marchas forzadas se dirigió á Tenango, cuyas casas encontró ardiendo todavía: los mismos indios á quienes habíamos hecho el perjuicio de incendiarles sus jacales, guiaron á los realistas por el paso del vado, y á las nueve de la mañana del domingo 5 de Noviembre, distinguimos desde la cumbre del cerro que se halla entre Tezmalaca y Coesala á donde nos dirigíamos, la vanguardia de la división de Concha. Estábamos á una media legua de Tezmalaca.

Contra lo que era de esperarse, vimos que los realistas hacían alto, y este alto lo aprovechó el Sr. Morelos para ordenar que los individuos del Congreso y los carros del convoy, siguieran camino adelante con la mayor presteza posible: no necesitó repetir la orden, pues los individuos del Congreso, del tribunal y del ejecutivo no deseaban otra cosa que no ver de cerca á los realistas.

El Sr. Morelos comprendió que el alto de los enemigos no duraría mucho, y con el fin de proteger la retirada del Gobierno, deteniendo si era preciso la persecución de Concha, escalonó sus reducidas fuerzas en unas alturas inmediatas con la intención de que esta actitud hiciera creer al enemigo que contaba con elementos bastantes para hacerle frente.

Pero sin duda, los mismos indios que nos habían denunciado, avisaron á Concha que nuestra tropa era escasa, y estaba deplorablemente armada, pues sin apreciar en nada nuestra actitud, los realistas avanzaron en dos columnas, cuyo escogido armamento, brillando á la luz del sol, dábales la apariencia de dos gigantescas y metálicas serpientes.

La seguridad y decisión con que avanzaban, nos hizo comprender que, pues nos habían alcanzado al fin, no cejarían en su propósito de apoderarse del Gobierno insurgente que consideraban reunido. Hubiera sido en efecto un gran golpe.

El Congreso había tomado ya una muy respetable delantera, y quizá no nos hubiera sido difícil haberle seguido, retirándonos en buen orden frente á los realistas. Pero el Sr. Morelos no quiso hacerlo aun cuando así se le propuso por D. Nicolás Bravo, quien, siempre grande y magnánimo, se ofrecía á mandar la retaguardia insurgente.

El tiempo era apenas bastante para haberlo así ejecutado, pero en estas contestaciones se perdió más de la mitad, así es que nos faltó el necesario para formarnos en batalla á la voz del Gran Caudillo, que encomendó el ala derecha al coronel Lobato, y la izquierda á D. Nicolás, permaneciendo él en el centro con dos pequeños cañones que constituían toda nuestra artillería.

Un momento después, se empeñaba la acción figurando entre los realistas los regimientos de Fernando VII, Zamora, Fijo de Veracruz y Tlaxcala, y las compañías de patriotas de varios pueblos.

## XIX

Si grande fué el empuje de los realistas para atacar, no lo fué menos el de los insurgentes para resistir, y hasta puede asegurarse que en los primeros momentos la sección de D. Nicolás tuvo todas

las ventajas; verdad es que el magnánimo Bravo sabía lo que era combatir con realistas. No podía decir lo mismo el coronel Lobato, y así fué que al primer avance no supo dirigir su sección, que se vió envuelta por el enemigo, y se puso en desordenada fuga, entorpeciendo los movimientos de la del centro é izquierda, y sembrando el pánico entre sus camaradas.

Tanto el Sr. Morelos como D. Nicolás vieron perdida la acción, y al encontrarse éste con aquél, le dijo:

—General, podemos repetir con el Sr. Galeana, que la hora de morir ha llegado.

—Creo que sí, Sr. Bravo.

—En ese caso, aquí me tiene usted á su lado: muramos juntos.

—Eso sí que no; reuniendo á los dispersos, puede aún hacerse alguna cosa para resguardar al Congreso.

—Si así lo cree usted, mi general, retírese inmediatamente, y vaya en su alcance, que yo entretendré mientras á esa gente.

—No, Sr. Bravo: vaya usted á escoltar al Congreso, que aunque yo perezca, importa poco.

—En aquel combate de generosidad triunfó, como en todos los de su especie, el Sr. Morelos, quien obligó, como él sabía hacerlo, á D. Nicolás á marchar en seguimiento del Congreso.

Unos cuantos minutos más tarde toda resistencia era imposible, pues mientras los insurgentes acababan de desbandarse, la caballería realista entraba en acción con fuerzas de refresco.

El Sr. Morelos emprendió á su vez su retirada seguido de un grupo casi insignificante de hombres fieles que arrastraban uno de los dos cañones, que al fin tuvieron que abandonar internándose en el bosque.

Perdida hasta la esperanza de salvarse, pues la caballería continuaba en su persecución, el Sr. Morelos se deslizó entre las malezas del bosque. buscando algún escondido refugio, y con este fin se apeó de su caballo y se quitó las espuelas, perdiéndose después entre los árboles.

Pero uno de los hombres que hasta el último instante habíale acompañado, cayó prisionero de los realistas, á quien prometió si le salvaban la vida, indicar la dirección que llevaba el señor Morelos.

Admitida la proposición por el jefe del grupo enemigo, que lo




CREO QUE SI, SR. BRAVO.

era el teniente de la compañía de realistas de Tepecuacuilco, don Matías Carranco, pronto el gran caudillo se vió descubierto y alcanzado: era inútil la fuga; veinte ó treinta fusiles apuntaban sobre él dispuestos á hacer fuego al menor movimiento del héroe, que no perdiendo ni aun en aquel supremo instante su natural sangre fría, dijo dirigiéndose al jefe de sus aprehensores:

—Hola, Sr. Carranco, parece que nos conocemos.

Efectivamente: aquel terrible realista había militado tres años antes en el Sur, al mando del Sr. Morelos: era, pues, dos veces traidor.

Carranco ordenó á sus soldados respetasen al prisionero, y éste le dió con supremo desdén las gracias, regalándole á la vez su reloj, que el realista tuvo la avilantez de tomar y guardárselo.

Inútil me parece pintar la alegría de los realistas al enterarse de que el caudillo era su prisionero: inútil, sí, porque aunque yo no la pinte, mis lectores se la figurarán, y á mí me repugna pintar estas escenas de salvajismo militar.

La alegría era tanto más explicable cuanto que algunos grupos de los vencedores consiguieron dar alcance á los carros en que eran conducidos los equipajes de los insurgentes, que fueron abandonados al pillaje de la tropa por orden de D. Manuel de la Concha, excepto cinco barras de plata que el jefe reservó para el rey y su gobierno.

El caudillo y el padre Morales, capellán que había sido del Congreso y que también fué aprehendido en aquella acción, fueron conducidos á Tenango y se les alojó en una única habitación salvada del incendio del día 2, encomendándose su custodia al padre Salazar, capellán de la división de Concha.

Este, que en Tenango se había reunido con la división de Villasana, encargado también de perseguir á Morelos, entró con él á la prisión del Sr. Morelos, acompañado de toda su oficialidad.

Villasana, dirigiéndose al caudillo, le preguntó:

—«Me conoce usted, señor cura?»

—«No conozco á usted, contestó impaciente el Sr Morelos.

—«Pues yo soy Villasana,—dijo éste,—y mi compañero el señor Concha: pero dígame usted, si la suerte se hubiera feriado y me hubiera usted cogido á mí ó al Sr. Concha?

El Sr. Morelos contestó á esta pregunta, diciendo:

—«Yo les doy dos horas para confesarse y los fusilo.»

Concha y Villasana se miraron asombrados de tamaña intrepidez, y el último dijo:

—«Pues las tropas del rey no son tan crueles, dan cuartel.»

—«Sea,—observó el caudillo;—pero si me han de quitar la vida luego luego, díganmelo para disponerme, pues soy cristiano.

—«He dicho á usted, señor cura, y lo repito: que las tropas del rey dan cuartel.»

Animado con esta respuesta, el padre Morales se dirigió á Villasana, diciéndole:

—«Pues vea usted, Sr. Villana, que aunque he sido cogido en el campo de batalla, jamás he tomado las armas contra el rey, como podrá atestiguarlo el mismo Sr. Morelos aquí presente.

El caudillo no pudo por menos de indignarse con el proceder del padre Morales, y molesto y fastidiado con aquella inútil conferencia, contestó:

—«Padre Morales, se pasa usted de majadero: por ahora no es usted más que un prisionero como yo.»

Antes de salir de Tenango con los prisioneros, Concha hizo fusilar á veintisiete insurgentes capturados en la acción de Tesmalaca, y obligó al Sr. Morelos y al padre Morales á que presenciasen la ejecución: pereció en ella el mismo desgraciado que por salvar su vida, dió á Matías Carranco la dirección en que el caudillo había huído: fué su suplicio una infamia de los realistas, pero á la vez castigo justo que le impuso una reparadora providencia. Justo es que el traidor perezca en sus propias redes y á manos de los mismos á quienes su traición fuese útil.

Como Tenango no ofrecía garantías de seguridad para la custodia de los prisioneros, se les condujo á Tepecuacuilco, y en virtud de la orden de Calleja para que fuesen llevados á México, comenzó la vía dolorosa del Sr. Morelos, poniéndosele una barra de grillos en Huitzuco: á las cuatro de la tarde del día 21 de Noviembre, Concha llegó con su valiosa presa á San Agustín de las Cuevas, avisando desde allí su proximidad por medio de un oficial que en menos de una hora hizo las cuatro leguas que separan de México á San Agustín.

La noticia de la prisión se supo en México á las dos y media de la tarde del día 9 de Noviembre, con extraordinario regocijo de los

realistas y profundo desaliento de los insurgentes vergonzantes, que no pudiendo dudar cuál sería la suerte del caudillo, llenaron de carteles y pasquines las puertas de la catedral, amenazando en nombre de Dios á cuantos se atreviesen á poner sus manos en su



Prisión de Morelos

sacerdote. Vean ustedes si eran inocentes los tales vergonzantes: amenazaban al clero con las invenciones y patrañas del mismo clero.

No fué eso en verdad lo que trajo inquieto en aquellos días al virey Calleja, sino el temor de que el pueblo pudiera alzarse en defensa de su caudillo, presunción que hasta cierto punto era mantenida por el extraordinario número de gentes que á pié, en carruaje y á caballo ocupó la calzada de San Agustín de las Cuevas.

Pero la verdad es que Calleja hizo demasiado honor á nuestro pueblo de aquellos días, suponiéndole capaz de bastante patriotismo para arriesgar su vida por salvar la del gran héroe nacional.

Nada menos que eso llevaba á la multitud al camino de San Agustín; su móvil único era satisfacer la curiosidad, conociendo al hombre extraordinario que al mismo invencible Calleja había vencido.

Ni faltó gente baja y miserable que se atreviera á insultarle, como lo hizo una vieja harapienta y desgreñada, con las palabras más soeces, al entrar en San Agustín el caudillo, quien, más que ofendido, díjole, molesto y fastidiado:

—Qué, señora, ¿no tiene usted que hacer en su casa?

El virey dispuso que permaneciesen acuarteladas las tropas y que el prisionero fuese sacado de San Agustín al amanecer del día 22, y conducido en un coche á las cárceles secretas de la Inquisición, como se verificó, quedando de este modo defraudada la impertinente curiosidad de la ignorante muchedumbre.

En casos semejantes á este de que vengo ocupándome, es decir, cuando un gobierno, sea el que fuere, se apodera del jefe contrario, la suerte del vencido es cosa escrita: ridícula, ó, por mejor decir, infame es, por lo tanto, la fórmula de sujetarle á juicio, y no pasan de ser éstas, en todo tiempo un escarnio que se hace de la humanidad y la justicia. Si al vencido le juzgan sus propios enemigos, ¿qué pena han de imponerle si no es la de muerte? ¿Quién puede poner en duda la consecuencia de un proceso en que la parte es juez?

No me detendría, por lo tanto, en dar pormenores del juicio á que fué el Sr. Morelos sometido, si no fuera porque por referirse á él, todo lo estimo importante y digno de darlo á conocer.

En cuanto Calleja supo la prisión de su gigantesco enemigo, conferenció acerca de los procedimientos que habrían de seguirse, con el arzobispo electo de México, que lo era el canónigo doctoral D. Pedro Fonte, desde el 17 de Abril de aquel año, en que se recibió del gobierno de la diócesis, por nombramiento del rey Fernando VII, que no quiso revalidar el que la Regencia había hecho de D. Antonio Bergosa y Jordán. Aun antes de que el señor Morelos fuese conducido á México, ya habían sido nombrados para sus jueces D. Miguel Bataller, oidor subdecano y auditor de

la capitanía general, y el Dr. D. Félix Flores Alatorre, provisor del Arzobispado.

A las once de la mañana del miércoles 22 de Noviembre de 1815 dió principio el proceso, y quedó terminada la confesión con cargos aquella misma tarde, pasando las actuaciones al defensor, que lo fué el Lic. D. José María Quiles, por nombramiento del Provisor del arzobispado, á cuya justificación y prudencia se confió el Sr. Morelos, manifestando que á nadie conocía en la capital á quien encomendar su defensa.

Difícil fué el encargo que recibió aquel ameritado y joven abogado, digno de que su nombre sea imperecedero en los fastos de la gratitud nacional; el Sr. Morelos estaba condenado de antemano; su defensor no podía explayarse ante un jurado realista llamado á entenciar á un insurgente, y ni aun tiempo se le daba para meditar su defensa, pues se le exigió la presentase en la mañana del siguiente día 23: á las doce del mismo el auditor remitió los autos de la jurisdicción unida al arzobispo Fonte, quien á su vez los hizo pasar al promotor eclesiástico, y éste á una junta compuesta del obispo de Oaxaca, Bergosa, del de Durango, marqués de Castañiza, del deán D. José Mariano Beristain, del chantre D. Juan de Sarría, del maestre-escuelas D. Juan José Gamboa y del tesorero de la catedral Lic. D. Andrés Fernández Madrid.

Esta junta sentenció el día 24 al Sr. Morelos «á la pena de privación de todo beneficio, oficio y ejercicio de orden, y á la degradación, comisionando para proceder á ella al obispo de Oaxaca: ejecutada que fuese, el reo sería entregado á la potestad secular.»

No quiso ser menos la Inquisición en mortificar al héroe, y por su parte le formó causa, habilitando para actuar el domingo 26, pues aquellos fantasmas de los terribles inquisidores de otros días, no quisieron darse reposo ni descanso, ni santificar el día, costumbre que no se sabe que jamás haya existido entre los chacales.

El lunes 27 fué el designado para el auto público de fe del señor D. José María Morelos.

¡Miserables! No podíais ya daros el bárbaro placer de los Felipe II, que se recreaba en el pestilente hedor de la humana carne quemada; no podíais tampoco gozaros, como vuestros predecesores, en provocar la agonía de la humanidad, ni suspenderla en el momento en que la víctima iba á espirar para obligarle á sufrir de

nuevo el mismo suplicio; no podíais esto, ni otros muchos horrores con que manchó el Santo Tribunal la religión de paz y amor del crucificado, y echó á tierra el catolicismo; pero podíais, viles espectros de un poder ya entonces muerto y putrefacto, podíais, repito, rebajar la dignidad del hombre, escarnecerle, y eso hicisteis, ¡oh, cien veces miserables, últimos inquisidores de México!

## XX

Ved aquí la relación de este *Auto de fe*, último que en México se celebró, hecho por el Dr. Arechederreta, testigo presencial, que la pasó manuscrita á D. Lucas Alaman.

«A las ocho de la mañana congregáronse en el salón principal del tribunal los dos inquisidores que componían entonces éste, Flores y Monteagudo, con el fiscal Dr. D. José Tirado, del oratorio de San Felipe Neri, y todos los ministros subalternos, los dos consultores togados, el provisor del arzobispado como ordinario y delegado de la mitra de Michoacan, y una multitud de personas de las más distinguidas de la capital, en número de trescientas, que fueron cuantas pudieron acomodarse en los asientos, quedando fuera otras muchas á las que el ansia de ver alguna cosa hacía apiñarse en tropel á la puerta de la sala: ésta, la de la calle y el patio del edificio estaban custodiados por dos compañías de infantería. Colocados todos por orden en sus respectivos lugares, los alcaides y secretarios del tribunal, sacaron al Sr. Morelos de la cárcel secreta por la puerta interior que comunica con el salón, estando vestido con una ropilla ó sotana corta hasta la rodilla, sin cuello y descubierta la cabeza en señal de penitente. Un murmullo general manifestó la curiosidad impaciente de la concurrencia: restablecido el silencio y puesto el Sr. Morelos frente al dosel del tribunal, en un banquillo sin respaldo, uno de los secretarios dió principio á la lectura del proceso, reducido á la confesión con cargos. Estos fueron veintitres, repitiendo casi los mismos que se le habían hecho por los comisionados de la jurisdicción unida. Aun cuando á todos contestó victoriosamente, el tribunal falló: «que el presbítero D. José María Morelos era hereje formal negativo, fau-

tor de herejes, perseguidor y perturbador de la jerarquía eclesiástica, profanador de los santos sacramentos, traidor á Dios, al Rey y al Papa, y como á tal lo declaró irregular para siempre, depuesto de todo oficio y beneficio, y lo condenó á que asistiera á su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde; á que hiciera confesión general y tomara ejercicios, y para el caso inesperado y remotísimo de que se le perdonara la vida, á una reclusión para el resto de ella en Africa, á disposición del inquisidor general, con obligación de rezar todos los viernes del año los salmos penitenciales y el rosario de la Virgen, fijándose en la iglesia catedral de México un sambenito como á hereje formal reconciliado.» Luego que se terminó la lectura de la causa, el inquisidor decano hizo que el reo abjurase sus errores é hiciese la protesta de fe, procediendo á la reconciliación, en la que se observó todo el ceremonial de la Iglesia, recibiendo el reo de rodillas azotes con varas, que le dieron los ministros del tribunal durante el rezo del salmo *Miserere*, y en seguida continuó la misa rezada con asistencia del mismo reo. Acabada ésta, se siguió la ceremonia de la degradación, para la cual el obispo de Oaxaca aguardaba, revestido de pontifical, en la capilla, que estaba á los piés de la sala del tribunal. Morelos tuvo que atravesar toda esta de uno á otro extremo, con el vestido ridículo que le habían puesto y con una vela verde en la mano, acompañado por algunos familiares del Santo Oficio: el numeroso concurso, más ansioso cada vez de verlo de cerca, se levantó sobre las bancas al pasar por el espacio que entre ellas se había dejado; el Sr. Morelos, con los ojos bajos, aspecto decoroso y paso mesurado, se dirigió al altar: allí, después de leída públicamente la sentencia de la Junta Conciliar, se le revistió con los ornamentos sacerdotales, y puesto de rodillas delante del obispo, ejecutó éste la degradación por todas las órdenes, según el ceremonial de la Iglesia. Todos estaban conmovidos con esta ceremonia imponente : el obispo se deshacía en llanto : sólo el Sr. Morelos, con una fortaleza fuera del orden común, se mantuvo sereno, su semblante no se inmutó, y únicamente en el acto de la degradación se le vió caer una lágrima. Era esta la primera vez desde la conquista que este terrible acto se verificaba en México. Cuando se hubo concluído, fué consignado el reo á la autoridad secular, encargándose de su persona, por comisión del virey, el coronel Concha, el

mayor de plaza D. José de Mendivil y el capitán D. Alejandro de Arana. Aquella misma noche trasladaron al Sr. Morelos á la ciudadela, escoltándolo una compañía del provincial de infantería de Tlaxcala. Doscientos hombres del mismo se acuartelaron en la ciudadela, sin más objeto que la custodia del preso, remudándose de ella diariamente la fuerte guardia que se le puso.»

Al día siguiente de la ceremonia descrita por el Dr. Arechederreta, el auditor de guerra, oidor D. Miguel Bataller rindió su dictámen del cual sólo tomo lo siguiente, en que consta la sentencia:

«Declarado hereje formal y penitenciado y por el Santo Tribunal de la Fe; depuesto y degradado por la Iglesia como indigno de las órdenes que recibió y entregado al brazo seglar; sólo resta que V. E. le haga sufrir la pena de muerte y confiscación de todos sus bienes, á que podrá servirse condenarlo si lo tuviere á bien, mandando que sea fusilado por la espalda como traidor al rey, y que separada su cabeza y puesta en una jaula de hierro, se coloque en la plaza mayor de esta capital en el paraje que V. E. estime conveniente, para que sirva á todos de recuerdo del fin que tendrán tarde ó temprano los que desperdiciando el perdón con que se les convida, se obstinan todavía en consumar la ruina de su patria, que es todo el fruto que pueden esperar, según la ingenua confusión del monstruo de Carácuaro, cuya mano derecha se remita tambien á Oaxaca para que asimismo se coloque en su plaza mayor.»

## XXI

No faltará lector que al llegar á este punto de mi narración no se haya más de una vez preguntado ¿qué habrá sido de Felipe Manso y de los personajes que más ó menos relacionados con él nos ha dado á conocer esta verdadera historia?

Lo que sí puedo asegurar es que muchos días después de la fatal derrota de Tezmalaca, ninguno de cuantos sobrevivieron sabían cosa alguna de Felipe, Charo, Bartolomé ni Loredo. Yo me conté entre los que todo lo ignoraban; nada por esto había dicho de ellos, aparte de que tan interesante es para mí y probablemente lo habrá sido para mis lectores el relato de lo sucedido al Sr. Morelos, que

por primera vez en mi largo y laborioso trabajo me atrevo á creer que á nadie se le habrán hecho pesadas las anteriores páginas.

Pero en fin, hablemos también de aquellos nuestros buenos amigos.

¡Cuán deplorable había sido y continuábalo siendo su situación!

En los momentos en que por defender al Congreso el Sr. Morelos se veía envuelto por los realistas de D. Manuel de la Concha, y el caudillo se encontraba en la precisión de buscar en la fuga su salvación personal, un hombre sólo permanecía en su puesto queriendo contener al enemigo y era arrollado por la caballería de éste, que como una avalancha pasó sobre él haciéndole perder el sentido. Aquel hombre era Felipe, á quien al verlo caer dijo el señor Morelos, suponiéndolo muerto:

—Felipe, hijo mío, en Cuautla te creía traidor y aquella creencia mía es la que hoy se ha hecho morir por mí: perdóname hijo mío, fuiste el único que no supo abandonarme.

Por fortuna, Felipe no había muerto, aunque creyendo lo contrario los realistas encargados de levantar el campo, desnudaron el supuesto cadáver y lo arrojaron al montón de los infelices destinados á recibir sepultura aquella misma noche: antes de que así sucediese, Felipe volvió en sí y al verse en tan deplorable desnudez, grandes fueron su disgusto y mortificación.

Pero la casualidad vino en su auxilio.

No lejos del montón de cadáveres de que había formado parte, extendíanse en fila una veintena también de cadáveres, pero de realistas: todos ellos conservaban aún los uniformes que habían vestido en vida: no había más recurso que desnudar á alguno de ellos, y así lo hizo Felipe, venciendo su repugnancia.

La oscuridad de la noche le favorecía, y algunos momentos después nuestro amigo se encontraba disfrazado nada menos que de capitán realista.

Desde luego no le convenía permanecer en aquel lugar; era preciso alejarse de allí, pero por precisión iba á verse obligado á atravesar el campamento de D. Manuel de la Concha. El riesgo era grande, pero ineludible, y Felipe lo corrió por entero, teniendo la fortuna no sólo de que nadie le reconociese, sino también la de que engañados por su uniforme, los centinelas no opusieran obstáculo á su paso.

Satisfecho con el éxito de aquella casualidad, Felipe, con ese arrojo natural en los hombres de verdadero valor, pensó que mejor huiría á caballo que á pié, y dirigiéndose á las improvisadas cuadras realistas, mandó con energía á un soldado que le ensillase un caballo, y en el montó tranquilamente y salió á buen paso del campamento.

Picó espuelas cuando lo creyó oportuno, y algunas horas después se puso en salvo sobre la misma ruta que en su fuga había seguido el Congreso.

A eso de las tres de la mañana, Felipe llevaba corridas catorce leguas, y distinguiendo un *jacal* medio perdido entre un grupo de árboles que orillaban el camino, á él se dirigió urgido por un hambre verdaderamente colosal.

La suerte le sonreía sin duda alguna, y los moradores del jacal, que parecían ser apasionados realistas, le dispensaron una inmejorable acogida, y aún se salieron á dormir al campo, dejándole dueño absoluto de la modesta habitación.

Felipe necesitaba descanso; pedíaselo imperiosamente su cuerpo magullado por la caballería realista, y catorce leguas de tendido escape concluyeron con la poca fuerza que habíale quedado: esto por una parte, y por otra, el haberle enterado sus huéspedes de que había equivocado el camino y de que se encontraba en terrenos que por no ser frecuentados por los insurgentes tampoco eran visitados por los realistas, le dió cierta tranquilidad, y por ella aconsejado determinó reposar un par de horas sobre el miserable lecho de hojas de maíz que el dueño del jacal con tan buena voluntad le cediera.

Pero la casaca de capitán de realistas veníale sobradamente estrecha, y Felipe se despojó de ella: al hacerlo cayó de uno de los bolsillos un grueso paquete de papeles, cuyo bulto, que hasta aquel instante y ocupado solo de su fuga no había notado, llamó entonces su atención.

Lo abrió y en él halló un papel con cinco onzas de oro y algunas cartas.

—¿Quién sería el desgraciado cuyas fueron estas cartas y estas onzas?—díjose Felipe, y tomando algunas rajas de ocote que por allí encontró, las acercó al rescoldo que había servido para calentar su cena, y un instante después, entre espirales de un humo sofocante brotó una llama rojiza, pero limpia y brillante.



...MONTÓ TRANQUILAMENTE...

Felipe tomó una de las cartas, y apenas se fijó en sus primeras palabras, lanzó un grito difícil de describir y calificar: volvió á leer y al fin exclamó:

—Sí, no me cabe duda, es su letra, la letra de mi Emilia, de mi buena, de mi infeliz mujer!

Felipe añadió un manojo de rajas de ocote á las que ardían sobre el brasero y comenzó á leer lo siguiente:

«Mi bueno, mi querido Juan: tres días hace que nada sé de tí: estoy inquieta, sumamente inquieta: desde la misteriosa desaparición de mi inolvidable y cada vez más amado Felipe, me da miedo estar sola: ¡ah! ¡ingrato Felipe, ni siquiera conoce á su pobre hijo!...

Felipe se detuvo asombrado.

—¡Un hijo! sí eso dice: «Felipe ni siquiera conoce á su pobre hijo.» ¡Mi hijo! ¡luego tengo un hijo!...

No extrañará á mis lectores que así se expresara Felipe, si recuerdan lo que á su tiempo dije, esto es, que la primera noticia que Emilia y Juan tuvieron de su desaparición, la recibió Emilia al no encontrarle en su habitación, precisamente cuando iba á anunciar á su marido que el ángel que habían perdido en Cuautla había regresado á su seno maternal.

Felipe continuó leyendo:

«Está tan hermoso mi hijo, que si su padre mi Felipe le viera, se convencería como yo estoy convencida, de que después de su permanencia en el cielo, mi hijo ha regresado bello como nunca.»

Felipe tuvo que suspender una vez más la lectura: sus lágrimas corrían en abundancia nublándole la vista.

Cuando pudo volver á ello, leyó lo siguiente:

«Tu conducta continúa siendo elogiada con positivo entusiasmo: todos dicen que solo un hombre de honor como tú, sería capaz de hacer lo que tú has hecho para cortar las murmuraciones de los necios que suponían que mi reputación se comprometía viviendo en tu casa en ausencia de mi idolatrado Felipe. ¡Pobres gentes! no saben que amigos como tú, y esposas y madres como yo, no pueden ser sino una personificación de la honradez! Lo que todos desaprueban es que hayas revalidado tu empleo de capitán realista y vuelto al servicio á las órdenes de Concha, que sabes tiene fama de cruel y sanguinario...»

Integras he copiado las últimas palabras del anterior párrafo, tomado de la carta de Emilia; pero no pudo así leerlas el desventurado Felipe: conforme iba enterándose de las últimas frases, su vista se nublaba, su cerebro cedía al peso de una enorme presión moral, y las repetidas palabras se le representaban sobre el papel con gruesos y desvanecidos contornos y como cubiertas á medias por un blanquecino polvo. Al fin se sintió vacilar como girando sin centro sobre sí mismo, la carta se escapó de entre sus dedos, y nuestro pobre amigo, viéndose con espanto á sí mismo y sin atreverse á tocar sus ropas, exclamó:

—Luego era él, luego yo le he despojado de su mortaja, luego yo estoy vistiendo su propio uniforme... ¡horror! ¡horror! ¡Dios mío!

En efecto, el cadáver despojado por Felipe era el de su fiel amigo Juan.

Aquel desventurado había, por extraña casualidad, rendídole el último servicio, dándole, gracias á su uniforme realista, la libertad.

Pudiera muy bien llamársele una póstuma prueba de fraternal amistad.

Mucho tiempo necesitó Felipe para reponerse del efecto de tan extraordinarias emociones.

Cuando lo consiguió, recorrió una por una aquellas cartas queridas y fatales, y por una de ellas supo que Emilia había decidido trasladarse á México, pues el lugar en que vivía era constantemente invadido por tropas de uno y otro bando, con graves perjuicios de los vecinos pacíficos.

Horrible noche fué aquella para nuestro buen amigo: buscado había descanso, y como aterradora pesadilla la horrible realidad mantuvo sus ojos en dolorosa vigilia: para mayor contrariedad el fuego consumió con rapidez el manojo de ocote que en su impaciencia había arrojado entero en el rescoldo, y llegó á encontrarse en la más completa oscuridad. Su permanencia en el jacal era ya inútil para su objeto, que fué el de encontrar descanso; determinó, pues, salir de él; pero antes quiso ver si sus huéspedes podían venderle alguna ropa que le permitiera quitarse de encima aquella de que despojó al cadáver del pobre Juan.

Felipe abrió la puerta: una neblina ténuemente luminosa anun-

ciando en el horizonte la proximidad del día, bastaba apenas para darse razón de los objetos cercanos, semejantes á gruesas masas ó bultos de indescriptibles formas.

Con sorpresa Felipe no pudo encontrar á ninguno de sus huéspedes y aún su caballo había desaparecido.

¿Qué podía significar aquello?

A sus repetidas voces de llamamiento nada ni nadie contestó, y sólo después de algun rato pudo llegar á sus oídos rumor de acelerados pasos y ruido de armas: al fin distinguió el grupo que aquel rumor y ruido producía; Felipe buscó alguna arma: ninguna encontró.

Inútil fué toda resistencia; Manso tuvo que entregarse prisionero, con la circunstancia de que el grupo aprehensor estaba formado de insurgentes, que engañados por el uniforme, habíanle tomado por realista.

Entre los insurgentes estaba el mismo dueño del jacal, hombre cobarde para luchar cuerpo á cuerpo ó en el campo de batalla; pero hábil como espía y maestro en el arte de engañar. Bien pudo apreciarlo así Felipe Manso, ante quien se hizo pasar como un fiel realista, mintiéndole á la vez en lo de haber extraviado el rumbo y en lo de hallarse distante de uno y otro campo enemigos, pues desde el jacal á Tehuacan había apenas media docena de leguas.

Sus aprehensores, sin escuchar ninguna de sus protestas, obligaron á nuestro amigo á marchar á pié á Tehuacan, para ser entregado al coronel D. Manuel Mier y Terán que allí mandaba y había puesto todo aquel departamento en tal pié de moralización, orden y economía, que sufragaba con cierto desahogo los gastos de un reducido pero bien organizado cuerpo de operaciones.

Felipe fué efectivamente entregado á D. Manuel Terán, que le hizo conducir á una prisión en la cual se hallaban también un no escaso número de realistas. En medio de tantas contrariedades tuvo allí Felipe una alegría inmensa al encontrarse con el capitán Loredo, á quien el matancero Brizuela vendió en satisfacción de su venganza, en los instantes mismos en que el realista se disponía á regresar al campo de los suyos. Supo por él que Charo se hallaba en Tehuacan, y que todos los días iba á verle é impartirle toda clase de auxilios; de Bartolomé nada se sabía desde la acción de Taxmalaca.

También le contó Loredo lo que en Tehuacan había ocurrido. Al saber los diputados que D. Manuel de la Concha cargaba réciamente sobre el Sr. Morelos y que éste llevaba la peor parte, dispersáronse en completa fuga, «como si trajese cada uno detrás de su caballo una legión de diablos,» según con estas mismas palabras dice en su cuadro histórico D. Carlos Bustamante. A nado hubieron de atravesar el río Mixteco, encontrando en la opuesta orilla la gente de D. Vicente Guerrero que los escoltó hasta Tecachi, en cuyo puesto los esperaba D. Ramón Sesma: éste y Guerrero los condujeron á Tehuacan donde entraron hasta el anochecer del 16 de Noviembre, siendo recibidos con salvas, cohetes, repiques y otras demostraciones de alegría altamente impropias é inconvenientes, cuando todos sabían que el Sr. Morelos quedaba prisionero y cuál sería su suerte: bien es verdad que diciéndose sin duda *á rey muerto rey puesto*, el Congreso, antes de llegar á Tehuacan, nombró para el puesto vacante en el poder ejecutivo, al diputado D. Ignacio Alas. Siempre fué tratado por el Congreso el Sr. Morelos con la misma falta de consideración y respeto. Al día siguiente, los presidentes del Congreso, Poder Ejecutivo y Tribunal de Justicia dirigieron á Calleja una representación escrita por Bustamante, intimándole conservase la vida al caudillo, si no quería en los azares de la guerra perder la suya propia. Calleja no se dignó ni siquiera contestar aquella baladronada, que antes bien perjudicó á aquel en cuyo favor se hizo, pues bien sabía Calleja que semejantes amenazas hacia su persona sólo un *Morelos* podría haberlas cumplido.

En vano la buena Charo hizo cuanto le fué dable para que Felipe fuese puesto en libertad, y su suerte como la de Loredo habría sido fatal, si sucesos imprevistos no hubieran acudido en su salvación, y esto fué del modo siguiente:

Desde la llegada del Congreso á Tehuacan se echó de ver que aquello pararía en mal, pues ni Terán ni sus gentes se mostraron satisfechos de su venida, ni los individuos del gobierno tuvieron prudencia alguna para ganarse sus voluntades.

Pronto surgieron disgustos originados por la falta de dineros que dar á tantas gentes, y tomaron cuerpo antiguas rivalidades que existían entre Terán y Sesma, por haber aquel, como ya dije, contribuído á la prisión de Rosains. Las tropas del uno y del otro lle-

gaban con frecuencia á las manos, y mutuamente llamábanse déspotas y ladrones. D. Ignacio Martínez, nombrado por el Congreso intendente general, muy á disgusto de Terán, acusó á éste de ocultación y mala versación de fondos, injuria de la cual se quejó ante el Congreso, que maldito el caso que le hizo, ocupado como estaba en asuntos de tanta importancia, como la queja que en plena sesión hizo un diputado, de que uno de los secretarios del Poder Ejecutivo enamoraba á su mujer. El negocio, dice un historiador, se tuvo por muy grave, pues en él se interesaba el decoro del Congreso, y el secretario culpable fué puesto en prisión por su delito. Estas sesiones del Congreso se celebraban en la hacienda de San Francisco, distante unas tres leguas de Tehuacan, donde los diputados no se consideraron seguros, en vista de los diarios y continuos disgustos y asonadas que ocurrían en la ciudad.

El Poder Ejecutivo creyó oportuno poner en arresto á D. Manuel Mier y Terán, y así lo hizo imprudentemente, porque toda su gente se alborotó y preparó á restituirle la libertad: se conjuró el peligro haciendo que Terán saliese á apaciguar á sus soldados, recorriendo la población del brazo con D. Carlos Bustamante. Pero los conjurados no se satisficieron con esto, y en la noche del 14 de Diciembre, á eso de las doce y media, después de haber suscrito una acta desconociendo al Congreso, Ejecutivo y Tribunal de justicia, salieron de la caballeriza del Mesón de Tehuacan, pusieron en prisión en el convento del Carmen, á Martínez, Sesma y otros jefes, y obligaron á Terán á ponerse á la cabeza del movimiento. Al amanecer del día 15, los conjurados salieron de la población para la hacienda de San Francisco, y pusieron presos á los diputados en el instante en que iban á dar principio á una sesión. Conducidos los prisioneros al Carmen, los conjurados tuvieron una junta borrascosa, en la que se resolvió que el Congreso quedase disuelto, y en su lugar se nombró una comisión ejecutiva compuesta de D. Manuel Terán, D. Ignacio Alas y D. Antonio Cumplido. Acto contínuo y según costumbre de la época se cantó un *Te Deum*, al cual siguió un sermón en que el orador D. Juan Moctezuma y Cortés pretendía probar que con la disolución del Congreso se había hecho la redención del pueblo mexicano, cuyo dicho apoyó una proclama que después se publicó, en la que se asentaba que más valía gastar el dinero en mantener cincuenta soldados valientes

que emplearle en alimentar un Congreso inútil que no sabía más que huir de un lado para otro.

Tal fué el término y fin de aquel Congreso por el cual el señor Morelos se había sacrificado, dejando de hacer la independencia de su patria.

## XXI

Lobato y Felipe debieron su salvación á estos sucesos, y lograron evadirse de su cárcel y salir de Tehuacan, acompañados de Charo y con dirección á México, donde Felipe esperaba, como sabemos, encontrar á su Emilia y á su hijo.

En México, entre tanto, la justicia vireinal no había perdido el tiempo y el miércoles 20 de Diciembre D. Félix María Calleja, de conformidad con el dictamen del auditor de Guerra, condenó al Sr. Morelos á la pena capital: pero en consideración al clero y deseando hacer en su honor y obsequio y en prueba de su deferencia y respeto al carácter sacerdotal, cuanto creyó compatible con la justicia, mandó que el héroe fuese ejecutado fuera de garitas, en el paraje y hora que señalaría, y que inmediatamente se diese sepultura eclesiástica á su cadáver, sin sufrir mutilación alguna en sus miembros ni ponerlos á la espectación pública: para todo esto dispuso tomase las providencias oportunas el coronel D. Manuel de la Concha, á quien cometió la ejecución de esta sentencia, mandándole la notificara á la víctima en la forma de estilo.

Así se cumplió en la mañana del 21, obligándole á ponerse de rodillas para escucharla al uso de los tribunales del tiempo.

La pieza de la Ciudadela que le sirvió de prisión había sido transformada en capilla con el fin de que en ella entrase en ejercicios espirituales, según la Inquisición lo dispuso, en estos ejercicios fué su director D. José Francisco Guerra, cura de la parroquia de San Pablo. Intimada la sentencia que habría de cumplirse dentro de tercero día, el mismo Guerra recibió el encargo de disponerlo á morir.

Cuéntase sin que á mí me conste, pues no me encontraba en México por aquellos días, que el médico D. Francisco Montes de Oca, penetró una noche en la prisión del Sr. Morelos y con gran

facilidad, pues todos sentían por el héroe invencible simpatía y admiración, ganó á los carceleros y tuvo casi arreglada su evasión. Así se lo manifestó al Sr. Morelos, pero éste le contestó, aunque enternecido, con firmeza:

—«Amigo mío, es muy facil cosa averiguar que usted me ha sacado, pues usted entra y sale por razón de su destino en estas cárceles: usted tiene familia y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella. No permita Dios que yo le cause el menor daño, déjeme morir y en mí terminará todo!»

No ha faltado tampoco quien haya dicho, que la misma vireina ayudó á Montes de Oca en este plan y añaden que aquella señora pidió gracia para la víctima al mismo Calleja, quien objetó: «yo bien quisiera, pero si tal hiciese, los españoles se portarían conmigo como lo hicieron con Iturrigaray.» Este rumor lo da como cierto Bustamante en su cuadro histórico.

Que el Sr. Morelos hubiera sido capaz de contestar, como se cuenta, á Montes de Oca, nadie que algo sepa de aquel héroe puede dudarlo. Sus mismos jueces se asombraron de la maravillosa rectitud y sangre fría de aquella gloria nacional. Sus respuestas á los cargos que se le hicieron en el curso del proceso fueron concisas, claras y exactas. No sólo no trató de descargarse de responsabilidad echándola sobre otros, sino que al preguntársele por sus cómplices en la capital, contestó: no tenerlos ni conocer en ella á persona alguna.

Expresó con igual franqueza que una vez decidido por la independencia de su patria, trabajó cuanto pudo para conseguirlo, creyendo no cometer con ello ningún delito, puesto que no había rey en España, desde el momento en que Fernando VII se puso en manos de Napoleón, entregándole la España como un rebaño de ovejas. Confesó haber dado muerte á doscientos diez españoles en represalias de no haber sido admitido el cange por Matamoros, y acatando las órdenes del Congreso. Su desobediencia á las excomuniones y edictos de los prelados, la explicó diciendo que no podía considerar válidos estos recursos desde el momento en que alzado el partido criollo como nación independiente, no debía ni podía reconocer ni acatar á ninguna de las autoridades enemigas. De los cargos que se le hicieron por haber provocado con su rebelión la muerte, destrucción y ruina de las familias, se defendió

manifestando con lógica exactitud que éstos y otros males son efecto necesario de toda revolución.

Dijo también que desde el 25 de Octubre de 1810, en que tomó por primera vez las armas, hasta el 11 de Enero de 1811 en que también por primera vez se creyó irregular por haber habido en su campo derramamiento de sangre, sólo una misa había dicho para enterrar un muerto, y eso por falta de otro sacerdote que la dijese. Acusado de haber tenido hijos, á pesar de sus votos de castidad, y de haber enviado al mayor á los Estados-Unidos para que se educase en las doctrinas del protestantismo, respondió que los hijos que tenía no se sabía en el público que lo fuesen, y que al mayor lo había enviado en efecto á los Estados-Unidos por no saber en Nueva España de colegio en que pudiera estar en seguridad.

El Sr. Morelos dejó en efecto tres hijos, uno de trece años de edad, otro de seis y otro de uno.

En la calificación que hizo de los jefes de la revolución, dió el primer lugar á D. Manuel Terán por su talento y conocimientos matemáticos, y el segundo á D. Ramón Rayón: de D. Nicolás Bravo elogió el prestigio que justamente le había dado su valor.

Contra lo que D. Manuel de la Concha habíale dicho al intimarle la sentencia, no se esperó á que el Sr. Morelos cumpliese tres días en la capilla, sino que á las seis de la mañana del viernes 22 de Diciembre, lo hizo sacar de la capilla y tomar asiento en un carruaje, en el que entraron también el Padre Salazar y un oficial; dije, lo hizo sacar, porque el Sr. Morelos apenas podía moverse con los pesados grillos que se tuvo la crueldad de ponerle. Precaución innecesaria fué por cierto, pues el mismo D. Manuel de la Concha escoltó el carruaje con toda su división, tomando el camino del Santuario de Guadalupe. Cerca de la capilla del Pocito el carruaje se detuvo, y creyendo que aquel fuese el lugar designado para la ejecución, con imperturbable serenidad el Sr. Morelos dijo al Padre Salazar:

—«Aquí me van á sacar, vamos á morir.»

Díjosele que no era aquel el lugar destinado para su tránsito á la otra vida, se le dió un desayuno, y pocos momentos después continuó la triste expedición hasta llegar al pueblo de San Cristóbal Ecatepec, en cuyo lugar alzábase ruinoso el antiguo palacio construído por el Consulado para recibir á los vireyes antes de su en-

trada en la capital: en una de sus viejas estancias se hizo entrar al Sr. Morelos y se le sirvió un almuerzo, que tomó con buen apetito. Después rezó con el Padre Salazar y el vicario de San Cristóbal los salmos penitenciales, y antes de que los hubiese concluído, sonó en el exterior del edificio un fúnebre redoble, y Concha se presentó en la puerta de la improvisada prisión.

El héroe se puso en pié con un movimiento rápido y nervioso, pero sin inmutarse en lo más leve, y exclamó:

—Esta llamada es para formar. No mortifiquemos más.

Y llamando hacia sí á Concha, que había procurado tratarle con todas las consideraciones posibles, le dijo:

—Déme usted un abrazo, Sr. Concha, y será el último.

Después, arrastrando con dificultad los grillos, se unió al piquete de la escolta, y quitándose el capote que llevaba, lo entregó al Padre Salazar, diciéndole:

—Esta será mi mortaja, pues aquí no hay otra.

Antes de entrar en el cuadro, un soldado quiso vendarle los ojos, pero el Sr. Morelos se negó con amabilidad, añadiendo:

—No hay aquí objetos que me distraigan.

Concha, sumamente conmovido y por compasión hacia la víctima, insistió en que se vendara, y el mártir accedió, y sacando de su bolsillo su pañuelo, él mismo se cubrió los ojos.

Llegados al sitio designado, el oficial, haciendo con su espada una señal en el suelo, dijo á los soldados:

—Hínquenlo aquí.

Lo cual, oído por el Sr. Morelos, preguntó:

—¿Aquí me he de hincar?

A esta pregunta contestó el padre Salazar:

—Sí, aquí: haga V. cuenta que aquí fué nuestra redención.

El Sr. Morelos se arrodilló por sí mismo, no sin alguna dificultad, pues aparte de los grillos, habíanle atado los brazos á la espalda con unos portafusiles, y alzando la voz dejó salir de sus labios estas sublimes últimas palabras:

—¡Señor, si he obrado bien, tú lo sabes, y si mal, yo me acojo á tu infinita misericordia!

Se dió la voz de fuego y... como dice Alamán: el hombre más extraordinario que había producido la revolución de Nueva España, cayó atravesado por la espalda, de cuatro balas; pero movién-

dose todavía y quejándose, se le dispararon otras cuatro que acabaron de extinguir lo que le quedaba de vida.

A las cuatro de la tarde de aquel funesto día, el cadáver del señor Morelos fué sepultado en la parroquia del pueblo de San Cristóbal Ecatepec, envuelto en el mismo capote que según su voluntad debía servirle de mortaja.

Nacido el Sr. Morelos el 30 de Setiembre de 1765, tenía al morir cincuenta años, dos meses y veintidos días.

Y ahora bien: ¿queréis saber, mis buenos lectores, cómo y de qué modo nos precedieron nuestros compatriotas de aquellos días en la senda de ingratitud nacional para con nuestro maravilloso héroe?

Pues oid lo que dejó escrito D. Carlos María Bustamante:

«La muerte de Morelos se supo muy luego en Tehuacan, donde yo me hallaba. Lloréla como la pérdida de un padre de la patria, de un favorecedor magnánimo y de un amigo mío muy querido: pero no encontré los mismos sentimientos en muchos americanos (así llamábanse entonces los mexicanos) que habían recibido de su mano grandes beneficios. Urgí en Tehuacan y clamé repetidas veces para que se le hicieran honras fúnebres, mas no lo pude conseguir, no obstante que se hicieron, y muy solemnes, á los que murieron en la pequeña acción de la hacienda del Rosario. No alcanzo qué motivos habría para esta conducta.»

El mismo Bustamante dice, quejándose de la indiferencia con que en Tehuacan se vió la prisión y desgracia del Sr. Morelos:

«En los mismos días en que estaba con una barra de grillos en la Ciudadela de México, se hizo un baile en Tehuacan; y aunque se me convidó con instancia, lo mismo que á mi esposa, nos negamos á asistir, porque aquel era tiempo de llorar tan infausta desgracia, escandalizándonos tamaña ingratitud.»

En cambio dice también Bustamante acerca de cómo los españoles trataron en su prisión al Sr. Morelos:

«Parece que sus mismos guardianes tenían empeño en tributarle respetos: hablábanle con el mismo comedimiento que pudieran sus soldados en campaña, y todos se esmeraban en aliviar su suerte: todo está dicho con asegurar que Calleja llegó á considerarlo y entre los que fueron á conocerlo se presentó disfrazado una noche: su esposa de rodillas le estrechó fuertemente para que lo mandase



Fusilamiento de Morelos

á España: «¿Quieres, le respondió, que mañana amanezca yo preso como mi antecesor Iturrigaray?»

Con el fin de dar á estas revelaciones de Bustamante todo su valor, advertiré á mis lectores que lo ignoren, que aquel historiador se distintiguió por su apasionado encono contra los españoles, cuyos méritos desconoció siempre, cuyos defectos exageró, atribuyéndoles no pocos que no tuvieron y cuyo lenguaje, al tratar de ellos, abunda en bajas expresiones y palabras tan soeces, que admiración causa cómo se atrevió á imprimirlas, faltando en ello, no sólo á sus lectores, sino también al decoro y dignidad que no debe faltar á ningún hombre, y menos aun á quien aspira á legar á la posteridad la historia de su patria, historia tanto más útil cuanto que su autor fué contemporáneo y actor en los sucesos que refiere.

Somos, pues, nosotros, aquellos á quienes menos derecho asiste para clamar contra el gobierno colonial por el fin que dió á su heróico enemigo.

Si sus grandes hechos sólo alcanzaron á despertar la envidia entre los insurgentes; si muchos de ellos sólo vieron en su desgracia una fatalidad favorable que les libraba de un rival; si ni aun después de muerto consiguió que sus correligionarios le honraran como merecía; si los mismos que le debieron su elevación procuraron no ensalzarle para que la memoria de sus famosos hechos no perjudicase á los mezquinos suyos, fué sola y exclusivamente porque juzgaron de un modo racional, que ninguno de sus sucesores llegaría á la colosal altura del héroe, y porque guiados por ruin y rastrera envidia quisieron hacer creer que la desaparición del Sr. Morelos de la escena política nada significaba, pues cualquiera de ellos podría no sólo sustituirle, sino superarle.

Y si esto vió, como no pudo por menos de verlo, el gobierno colonial, ¿podrá extrañarnos que pusiera todo su empeño en librarse por medio de la muerte de su único temible competidor? Cuando dos naciones, dos pueblos, dos ideas luchan, no ya por la gloria del triunfo, sino por el instinto egoista y natural de la propia conservación, ni es lógico, ni es justo, ni siquiera racional que el vencedor respete la vida del caudillo contrario: heróica magnanimidad sería no hacerlo así, y grandiosa acción el perdonarle. Pero no siempre el jefe de una nación, de un pueblo, de una idea, puede ni debe aceptar ese perdón, ni mucho menos sujetarse á cumplir las

obligaciones que impone como consecuencia el agradecimiento. Nadie perdona á un enemigo y le conserva la vida para que la emplee en combatirle de nuevo; nadie que en la justicia de su causa tenga fe, puede aceptar con el perdón el compromiso de no volver á tomar las armas en su defensa, pues á tanto equivaldría el aceptarle, como á demostrar que no se había tenido conciencia de la justicia de una causa. En tal caso, la única salida es la ejecución del jefe vencido: así lo han hecho cuantos han logrado vencer, y es en ellos tan natural como natural es en el vencido llamar asesinato y cruel venganza al suplicio de su jefe. Por justa que una guerra sea, nunca deja de ser flagrante violación de las leyes de la humanidad: bárbaras han de ser necesariamente esas violaciones, puesto que ninguna violación deja en sí misma de serlo.

No declamemos, pues, contra el gobierno colonial que hizo á nuestro héroe la justicia de temerle, y maldigamos, sí, la carencia de gratitud de nuestros padres para con aquel grandioso caudillo hacia cuyas grandes acciones sólo sintieron envidia; de cuyas maravillosas virtudes sólo se aprovecharon para perderle. Viboreznos que se alimentan del cuerpo de la misma madre existían entonces y siempre existirán. Todos aquellos á quienes con su prestigio elevó el Sr. Morelos á alturas de que no fueron dignos, enemistáronse con él más ó menos desembozadamente, y cuando le vieron en la cúspide de su gloria, lejos de contribuir á mantenerle en ella, minaron la base de su pedestal y le ataron al carro de su mezquina victoria con la cadena que el héroe mismo se había forjado: la de su respeto incondicional al principio de autoridad. Así fué como le trocaron de generalísimo de invencibles ejércitos en comandante de una asustadiza escolta. Así fué como impidieron al Sr. Morelos hacer él mismo la independencia de su patria.

Que en mi respeto y admiración por el caudillo no soy injusto con los llamados rivales y competidores del Sr. Morelos, se demostrará en los subsecuentes Episodios, no por mí, sino por la historia, que nos dirá cómo todos y cada uno de ellos fuéronse indultando, hasta el momento en que uno de los más jurados enemigos de los insurgentes, un realista colmado de honores por los realistas, el que en Valladolid y en las lomas de Santa María señaló el primer instante del ocaso del Sr. Morelos, D. Agustín de Iturbide, en fin, hizo con los mismos elementos con que nos había

combatido y por medio de su traición y de un conjunto de traiciones de esas que en la guerra se llaman felices estratagemas, lo que los susodichos competidores y rivales no pudieron hacer ni hacer dejaron á D. José María Morelos.

Pero digo mal y soy injusto. Cierto es que no fué el Sr. Morelos ni emperador ni primer presidente, pero fuéronlo por él quienes lo fueron.

Si el Sr. Morelos no hubiese existido, si no hubiera sido quien fué, sólo Dios sabe cuándo la independencia nacional hubiera brotado en el campo de las colosales derrotas de Aculco y de Calderón.

La idea existía, pero ni aun las ideas viven si no tienen, como lo tuvo la de nuestra independencia, un Morelos que la tome en sus brazos y la sustente y la críe y la fortalezca con su propia y generosa sangre.

## XXII

En la provincia de Puebla y en las inmediaciones de Tlatlauqui existía en aquel tiempo el rancho de San Pedro de las Animas, del que hoy no quedan, no diré rastros, pero ni siquiera tampoco memorias ni recuerdo alguno.

Era aquella comarca en extremo montañosa y el terreno verdaderamente accidentado, formaba con sus depresiones, una red de profundas y pintorescas cañadas: por una de ellas corría el cristalino río de Apulco, del cual era afluente el arroyuelo de Quezate, que al bajar de la montaña chocando con las aristas de los basaltos y pórfidos, y formando blancos vellones de bulliciosa espuma, inquieto rebaño parecía de juguetones cabritillos: sobrepuestas las lomas como peldaños de una escalera de titanes, sucedíanse las unas á las otras reducidas mesetas, cuya espesa capa de tierra vegetal rompíase en algunos puntos y con especialidad en las vertientes; para dejar al descubierto gruesos manchones de compacta piedra caliza y de arcilla ferruginosa. Con ellas alternaban en tablas de plantación los movientes cuadros de la caña de maíz y las líneas de arbustos del café salpicados de los rojos granos del delicioso fruto, y la erguida caña de azúcar, algunas de las cuales mo-

vían orgullosas los ricos penachos de su flor, semejante á caprichosos penachos de delicadas blondas grises.

Las montañas vestían, orgullosas de la hermosura que de hacerlo les resultaba, ondulantes mantos de todos los tintes verdes imaginables, como que sus bosques estaban formados de encinos, aguacateros, zapotes, jalocotes, cuezalcuahuites, jonotes, rosadillos, cedros, naranjos, limoneros y copudísimas hayas.

Ninguno de estos árboles, ninguno de los campos de plantío exigían ni aun el cuidado del riego, pues la tierra se conservaba siempre húmeda, y la atmósfera estaba saturada de vapor de agua, lo cual favorecía de un modo extraordinario y aun perjudicial algunas veces, el crecimiento espontáneo y casi salvaje de una infinita variedad de malváceas, leguminosas y gramíneas.

Estábamos á una altura de más de mil varas sobre el nivel del mar, pero la temperatura era mansamente cálida, no siendo exagerada sino en el fondo de las cañadas, cuya vegetación era sorprendentemente vigorosa y exuberante: dicho fondo de las cañadas le visitábamos con muy poca frecuencia, tanto porque en él abundaban los animales feroces como porque la elevada temperatura y las emanaciones del río producían fuertes calenturas y peligrosas fiebres.

¿Pero qué paraíso, y aquel lo era, no tiene más ó menos grandes inconvenientes?

Todo era bello y grandioso en aquel apacible lugar: la casa habitación del rancho se componía de doce hermosas y bien ventiladas piezas, de las que sólo dos, que eran la sala y la oficina de los dependientes, tenían ventanas al exterior; las demás abrían sus puertas á un corredor techado que rodeaba un pequeño pero bien cultivado jardín.

El rancho de San Pedro de las Animas era propiedad de un antiguo conocido y amigo de mis lectores, el compadre Mascarilla, quien un año antes había perdido el brazo derecho combatiendo al lado del Sr. Morelos.

Sin una pierna y sin un brazo, el buen compadre valía ya para maldita la cosa como soldado; así fué que, con acuerdo del señor Morelos, el compadre dejó las filas insurgentes y se dedicó á las labores del campo, con tanta decisión y tamaña habilidad, que aunque tan extrordinariamente mutilado, llegó á ser el más activo

y diestro cultivador del rancho. Este había sido propiedad de un español que, asustado con la marcha de los sucesos políticos, se retiró á su patria cediéndosele al compadre, rasgo de generosidad nada extraño en aquella época en que el desprendimiento de los españoles para con sus compatriotas era cosa común y corriente y proverbial.

Poco, sin embargo, podría el compadre haber hecho si mi padre no le hubiese facilitado las cantidades necesarias para trabajar el rancho; pero una vez que de ellas pudo disponer, todo marchó viento en popa, y Mascarilla fué feliz, y su amistad con mi padre creció tanto, y se hizo tan íntima, que al rancho nos trasladamos todos con gran contento de mi buena madre la hermosa María, que disfrutaba de ilimitada dicha, viéndome á mí travesear por los corredores y jardín, con aquella infantil inquietud, propia de un niño de cinco años, que era la edad que yo entonces contaba.

Pero ya nadie nombraba á nuestro huésped, «el compadre Mascarilla,» sino el Sr. Pedro, según en la pila habíanle puesto, razón por la cual llamó de San Pedro á su rancho, añadiéndole de las Animas, porque siempre fué de ellas muy devoto el buen compadre.

El rancho de San Pedro quedaba bastante aislado de toda población, y por este motivo, raro era que alma viviente extraña á la servidumbre, se viese por aquellos confines, que no visitaban tampoco ni realistas ni insurgentes.

Cuál no sería, pues, nuestro disgusto, un día de los últimos de Noviembre de 1815, al distinguir en el sendero que al rancho conducía, un grupo de jinetes armados, compuesto como de unos doce hombres.

Por fortuna nuestra, los importunos visitantes se detuvieron frente á la entrada de un bosquecillo algo distante de la casa del rancho, y nos libraron del disgusto que habríamos tenido en hospedarlos.

Poco más de una hora haría que estábamos observándolos, cuando los jinetes volvieron á tomar sus caballos, y retrocedieron por el mismo sendero sin volverse siquiera ni á mirar al rancho.

Esto pasaba como á las tres de la tarde: una hora después, el galope de unos caballos, cuyo ruido percibíamos muy próximo, volvió á ponernos en alarma, y nos hizo salir á la puerta del zaguán.

Momentos después, conversaban con nosotros dos jinetes, hombre y mujer, completamente desconocidos para nosotros.

Uno y otra parecían presa de mortal angustia, y á los dos habíanseles acabado las fuerzas, por lo cual nos apresuramos á socorrerlos. Fué aquello en extremo lastimoso: la mujer traía en el costado una profunda herida curada de muy mala manera, y de un modo enteramente provisional: el hombre tenía casi en carne viva ambas muñecas y fuertes contusiones en el rostro.

Fué preciso llevar inmediatamente á la cama á los dos infelices, aun sin saber ni quiénes eran, pues ni el uno ni la otra, pudieron pronunciar palabra alguna, ni se les escuchó otra cosa que horribles lamentos producidos por sus dolores, que debían ser horrorosos.

Mi padre no se encontraba en el rancho: muy de mañana había salido de él á varios asuntos, y no debía llegar hasta muy entrada la noche.

Como á las diez de ella sentímosle llegar, y corrimos al zaguán, y todos lanzamos un grito de espanto y horror.

Era mi padre, sí, pero extraordinariamente pálido y á pié: sobre su caballo distinguimos un bulto, el bulto de un hombre muerto.

Mi padre hacía apenas dos meses que se hallaba con nosotros, después de haber salvado como por milagro de haber sido muerto por los realistas en la fatal derrota de Tezmalaca.

Pronto nos explicó lo que habíale pasado, y nos dijo el nombre del infeliz, cuyo cadáver conducía.

Al regresar al rancho, y en los momentos de atravesar el bosquecillo en que por la tarde habíase detenido el grupo de jinetes que tanto nos alarmó, mi padre recibió un golpe en la cabeza, que le hizo estremecer. Había tropezado con los piés de un hombre suspendido de la rama de un árbol.

Acostumbrado á los horrores de la guerra, mi padre no se espantó del hallazgo, pero naturalmente bueno y compasivo, tuvo lástima de aquel infeliz, y con no pocos trabajos le descolgó, ya para prestarle auxilio si alguno podría aún necesitar, ya para darle sepultura si desgraciadamente hubiese muerto: no había sido así; el hombre vivía aún, en bien lamentable extremo, pero vivía.

Mi padre le acomodó lo mejor que pudo sobre su caballo, y guiándole pié á tierra, se encaminó al rancho.

Aquel infeliz era un amigo suyo, un realista conocido también de mis lectores; era, en fin, el capitán Loredo.

¿Cómo había llegado á aquel extremo, y cómo se encontraba en aquellos rumbos?

Esto es lo que mi padre no podía explicarse.

En breves momentos le enteramos de la llegada de los dos jinetes desconocidos, y de la hospitalidad que les habíamos dado, y cuando después de haber depositado en otra cama al realista, y prodigádole toda especie de auxilios, que creimos inútiles por el extremo de su gravedad, pudo pasar á ver á nuestros huéspedes, una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios, exclamación que nos explicó, diciéndonos que el hombre era el capitán Felipe Manso, y la mujer la heróica y generosa Charo.

Ambos dormían á la sazón, y no creyó prudente despertarlos.

¿Qué era lo que había pasado?

¿Cómo la caprichosa casualidad había vuelto á reunir á mi padre con aquellos tres desventurados?

## XXIII

Al amanecer del día siguiente, á aquella noche que todos pasamos en vela cuidando á los tres enfermos, fuertes golpes resonaron en el portón del zaguán.

El compadre salió á abrir, y se encontró con un hombre joven que, después de saludarle, trató de averiguar, no sin muchos rodeos que acusaban su precaución, si por aquellos rumbos se tenía noticia de que un hombre hubiese sido colgado de un árbol.

El compadre no supo qué responder á aquellas preguntas, cuyo verdadero móvil no podía saber, cuando oportunamente mi padre salió al zaguán.

Apenas él y el recién llegado hubiéronse visto, ambos corrieron á abrazarse con marcadas muestras de afecto y alegría.

El recién llegado era el valiente Bartolomé, hermano de Charo.

—Gracias á Dios,—dijo éste, que me hallo al fin con un rostro amigo: y por Dios vivo que bien lo he menester.

—Pues bien sabes,—contestó mi padre conmovido,—que no sólo

el rostro, sino el corazón y el alma te brindan en mí la más completa amistad. Pero dime, ¿qué haces tú por aquí y á estas horas?

—Vas á saberlo: pero ante todo, ¿no sabes tú si por estos alrededores ha recogido alguien el cuerpo de un hombre?

—¿El del buen capitán Loredo?

—El mismo,—contestó sorprendido Bartolomé;—pero cómo sabes tú...

—Muy sencillamente; porque yo he sido, si Dios lo quiere, se entiende, su salvador.

Bartolomé no pudo contener los transportes de su alegría, y abrazando á mi padre que le había hecho entrar en la sala, exclamó con ilimitado gozo:

—¿Luego vive todavía?

—Así lo creo, aunque no me atreveré á asegurar que por mucho tiempo: la estrangulación no fué completa, pero ha recibido enormes lesiones como resultado de ella.

—¡Oh! ¡pobre Loredo! ¡pero vive Dios que le he vengado por completo!

—¿Sí?

—Como lo oyes.

—Cuenta, cuenta,—repitió mi padre con impaciente curiosidad.

—Has de saber que después que con mil riesgos y trabajos conseguimos evadirnos de Tehuacan, salvando á Loredo y á Felipe Manso, que no se vió en menores peligros que aquél, tomamos confiados el camino de México, puesto que Loredo habría de hacerse reconocer fácilmente por la primera partida realista que nos saliese al paso.

Pero hé aquí que á los realistas era á quienes menos debíamos temer, dejando, como habíamos dejado á nuestras espaldas á nuestro más feroz enemigo, el maldito matancero Brizuela. No sé, porque nadie nos lo ha dicho, y á él no quise yo preguntárselo, como aquel bandido tuvo noticia de nuestra fuga. Lo que sí puedo asegurarte, es que aquella misma noche cayó sobre nosotros en compañía de dos docenas de bandoleros como él, y que como él también eran deshonra y baldón del partido insurgente. En grave peligro de perecer nos vimos; pero en obsequio de la brevedad, te

diré que logramos salvar bastante bien, pues, aunque Felipe quedó herido, nosotros matamos á Brizuela cinco hombres, de cuyos caballos nos hicimos. Dos días después, y cuando ya nos creíamos en salvo, Brizuela volvió sobre nosotros; de nuevo le matamos dos hombres más, sin recibir por nuestra parte daño alguno.

A las tres noches, y esto fué ayer, Brizuela nos atacó por tercera vez, y en ella todo nos fué contrario, pues los bandidos se apoderaron de nosotros, hirieron á Charo, amarraron á Felipe, y le arrojaron en tierra á culatazos, y del capitán Loredo se apoderaron y dieron á correr con él, amarrado sobre un caballo: yo me sostenía mientras tanto, contra tres de los bandidos, á cuyos tres dí muerte, y cuando de ellos me hube librado, tomé mi caballo, y me lancé tras de Brizuela, que aún contaba con doce de sus hombres: los otros doce se los habíamos muerto nosotros.

Después de muchas horas de vertiginoso escape, mi caballo no pudo sostenerme, y me ví precisado á abandonarle y seguir á pié mi carrera, hasta que al fin también la fatiga me rindió y me dejé caer medio muerto entre unos matorrales.

No sé como ello fué, pero la materia pesa más que el espíritu, y un sueño profundo se apoderó de mí; ya bastante adelantada la tarde de hoy me despertó el ruido del galope de varios jinetes: púseme en acecho detrás de unos matorrales, amartillé mis pistolas, y... momentos después distinguí á distancia de treinta varas al infame Brizuela y á sus hombres.

Yo no podía permitir que se me escapasen, pero tampoco, estenuado como estaba, me juzgué capaz de hacerles frente yo solo: no sé como ni de qué manera me vino la idea, pero es el caso que la tuve de gritar desde mi escondite: *¡á ellos! ¡viva el rey!* á tiempo que disparé mis dos pistolas.

Apenas aquellos asesinos oyeron esta voz, destaparon huyendo cobardamente; pero yo había conseguido mi objeto, porque saliendo del matorral, ví tendido sobre el camino, y revolcándose sobre un charco de su propia sangre al miserable Brizuela.

—¡Perdón! ¡perdón!—gritaba el miserable,—¡Viva el rey! ¡perdón! ¡perdón!

No pude por menos de soltar la carcajada al oir aquella confesión de su extraordinario terror.

Volvióse él, y al distinguirme, sordo rugido de cólera se escapó

de su pecho, y quiso dispararme una de sus pistolas; pero mi puntería había sido certera, y atravesado de parte á parte, y á media pulgada del corazón, sus fuerzas le abandonaban con prisa, igual á la que la muerte tenía por hacer en él su presa.

—Me has matado,—dijo dejando caer su pistola.

—Creo que sí,—le contesté yo con no cristiana satisfacción.

—Pero en fin, como ha de ser, muero vengado.

Estas palabras me hicieron acordarme del infeliz Loredo, á quien realmente había olvidado, ocupado como estaba en contemplar la agonía de aquel miserable.

Nuevos impulsos de ira despertáronse en mi corazón, y con voz colérica le pregunté:

—¿Qué ha sido de Loredo?

—Que ha de haber sido, sino lo justo.

—¿Y á qué llamas lo justo, tú que has empleado toda tu vida en huir de la justicia?

—Te burlas de mí porque nada de mí puedes temer ya, ¡cobarde!—me dijo, lanzándome tan rencorosas miradas, que á ser rayos, hubiérame muerto con ellas.

—¡Cobarde!—repuse yo,—es quien se asocia con veinticuatro bandidos para atacar á cuatro personas, una de las cuales es mujer.

—¡Cobarde!—contestó Brizuela,—es quien no se atreve á atacarme frente á frente, y me caza oculto detrás de los matorrales.

—Así se trata á las fieras como tú.

—¡Insúltame! ¡insúltame! tus insultos no me ofenden, porque, lo repito, estoy vengado. ¿Te acuerdas?... Teníamos preso á Loredo, estaba sentenciado á muerte; de su cuello pendía de una cadena de oro un relicario de oro también y diamantes; de nada podía ya servirle; yo, en uso de mi derecho, como vencedor; quise arrancárselo, y el miserable, más orgulloso que todos los gachupines juntos, levantó su mano y...

—Te dió un bofetón; sí, lo recuerdo, y aún podría jurar que te estoy viendo la marca en el rostro todavía.

—¿Puede ser; pero que me importa ya, si yo se lo he devuelto?

—Has sido capaz...

—¿Por qué no? Mira, te voy á contar cómo fué; te divertirá á tí que eras su amigo.

Brizuela, cuya voz iba siendo más débil cada vez, cuyas palabras

salían de sus labios con grandes intervalos y alternadas con dolorosos quejidos y angustiados lamentos, logró sentarse apoyando una de sus manos en la tierra, y con expresión feroz continuó diciendo:

—Sí, vas á saberlo, escucha: hice que le lazaran una reata al cuello y que la pasaran sobre una rama de un cedro, y mandé á mis hombres que tirasen del otro extremo. ¡Maldito hombre! ni una queja, ni siquiera una maldición salieron de sus labios: ya sus piés se alzaban sobre el suelo una tercia, cuando á una voz de *arriba con él*, levanté la mano y tal bofetón le dí, que se quedó dando vueltas como una rueda y.. allí, allí en aquel grupo de árboles puedes verle y...



...allí en aquel grupo de árboles...

No pudo concluir, pues doblándosele el brazo en que se sostenía, cayó de espaldas en medio de atroces convulsiones. Había muerto, pero yo sabía donde podría encontrar al desventurado Loredo. Me dirigí al grupo de árboles, los registré todos, y no hallándole, distinguí este caserío y quiso Dios que tú pudieras darme los informes solicitados.

Cuando Bartolomé hubo concluído la relación de su aventura, mi padre no pudo por menos de manifestarle su admiración: sabía que eres valiente,—le dijo,—pero lo eres más aún de lo que yo sabía.

—Habíamos jurado salvar á Loredo, y era preciso cumplirlo.

—Sólo Dios sabe si lo lograremos.

—¿Tan pocas esperanzas hay?

—Ya te lo he dicho: sólo Dios puede hacer un milagro.

—Amén,—dijo Bartolomé con verdadera devoción.

Después añadió levantándose como quien se dispone á marchar:

—Puesto que Loredo está en tus manos y tú mejor que nadie

puede ayudar á Dios á hacer ese milagro, dime si puedes facilitarme un caballo y algunas provisiones de boca, pues desde ayer sólo plátanos he comido, y después queda con Dios y á mí me acompañe.

—¿A dónde piensas ir?

—¿Cómo á dónde? En busca de Charo y de Felipe, que sabe Dios dónde y en qué estado los hallaré.

—No es necesario.

—¿Qué quieres decir?—exclamó Bartolomé visiblemente aterrado.

—Nada, hombre, no te asustes: Charo y Felipe se encuentran también en esta casa.

—¿Cómo?

—En situación bien lamentable, pero vivos y buscando en un sueño reparador su completa salud.

Mi padre explicó entonces la llegada de Felipe y de Charo, cuyos pormenores nos son ya conocidos, y después añadió:

—Entre los operarios del rancho hay un hábil curandero que responde de que las heridas que tu hermana tiene en el costado y Felipe en las muñecas, no borrarán ni al uno ni á la otra del catálogo de los vivos.

—Pero ¿cómo lograron salvarse y llegar hasta aquí?

—Eso es lo que no puedo decirte: desde que los recogió mi familia no han vuelto de un obstinado letargo.

—¿No será peligroso?

—El curandero lo asegura así.

Quince días después de estos sucesos Charo y Felipe pudieron levantarse ya convalecientes; pero no así el desgraciado Loredo, que continuaba suspendido entre la vida y la muerte, si bien mucho más inclinado del lado de ésta que de aquélla.

La salvación de Charo y de Felipe habíase efectuado del modo siguiente:

Muchas horas después de haberlos dejado por muertos los bandidos, Felipe volvió en sí y se encontró amarrado fuertemente á un árbol. Charo estaba á sus piés bañada en su sangre, exhalando amargos lamentos y sin acabar de recobrar aún el conocimiento. Felipe no podía no sólo acudir en su auxilio, pero ni siquiera desamarrarse, y en su desesperación tales esfuerzos hizo, que al fin

logró romper la reata, si bien á costa de sus muñecas, que quedaron tan destrozadas que por las heridas se descubrían los huesos.

Pero aquellas gentes eran gentes de acero, y aunque padeciendo horriblemente, Felipe curó como pudo á Charo y ambos volvieron á tomar sus caballos y lograron ponerse sobre la pista de los bandidos.

Siguiéndoles siempre, fueron á dar, como ya sabemos á la puerta de la casa del rancho del compadre.

Cinco días después de haber comenzado á convalecer Charo y Felipe, comenzó para Loredo una crisis horrible de la cual creíamos que no saldría con bien.

Por fortuna no fué así, y con grande sorpresa nuestra, pues creíamos hubiese quedado mudo, pudo pronunciar algunas palabras, bien que tan confusas, que prodigios necesitamos hacer para entenderlas.

Esas primeras palabras fueron todas para Charo, que las agradeció vertiendo raudales de amarguísimas lágrimas y multitud de frases tan cariñosas y tristes, que á todos nos hizo llorar también.

No sé qué poder tan extraordinario es el del amor: dejo dicho que aunque de tipo indio Charo era sumamente hermosa; en el exceso de su dolor y de su pasión sin límite por Loredo, estaba no ya hermosa, sino divina, si criatura humana puede serlo.

Loredo había pasado uno de sus brazos alrededor del cuello de Charo, y atrayendo hacia sí su cabeza le dió un beso en la frente diciéndola á la vez:

—Charo... ¡te amo!... ¿No es verdad que esto querías oir?

—Charo estuvo á punto de morir de felicidad y de dolor.

Loredo, con grandísimos trabajos, pues sus fuerzas iban siendo cada vez menores, se quitó del cuello la cadena y el relicario de oro y brillantes, causa de su muerte, de cuyas prendas no se había acordado Brizuela, cegado sin duda por su deseo de venganza, y por sí mismo las pasó al cuello de Charo, que estaba de rodillas al lado de la cama del moribundo.

—¡Toma!...—dijo,—y sé con estas prendas tan feliz como yo te lo deseo... Reza á Dios por mí y por mi...

Loredo no pudo proseguir: su cuello habíase hinchado de un modo atroz; su rostro estaba rojo por la sofocación, pero todavía

volvió á mirar con inefable ternura á Charo, y después, tendiéndonos á todos las manos, dijo.

—¡Gracias!...

Puso su mano sobre la cabeza de Charo, y gritó clara y distintamente:

—¡Madre mía!!!...

Y su espíritu se escapó de su cuerpo, agitándole como agita la rama del árbol el ave que, dejando de posarse en ella, emprende su vuelo hacia el espacio.

Esto pasó nueve días después de El 22 de Diciembre de 1815.





XV

# EL CONDE DEL VENADITO

Memorias de un Criollo

1816-1820



...si el mismo oficial encargado de su custodia. (pág. 1585)

## EL CONDE DEL VENADITO

### I


o fué necesario que el año de 1816 avanzase gran trecho en la sucesión de sus meses, para convencernos de que la desaparición del Sr. Morelos de la escena política había herido de muerte el progreso de la causa de la independencia.

Nos faltaba ya el único hombre capaz de organizar sus elementos é imprimirles dirección: la envidia y la intriga de los suyos le impidió haber dado cima á la santa empresa, cuyo término no habría ya de deberse á ningún jefe insurgente, sino á un tránsfuga

del partido realista, inspirado más que en el amor á su patria, en su grande y desmedida ambición.

Es verdad que la idea independiente y su santa y legítima aspiración no habían muerto ni era ya posible que murieran, pero ninguno de los continuadores de la obra del Sr. Morelos era capaz por sí solo de llevarla á cabo.

En cuanto á unión, ninguna existía entre ellos, antes bien, odiábanse los unos á los otros, y contentos con poder vivir sobre el país y lucir sus imaginarios grados militares, el que más hizo, fué limitarse á evitar en lo posible la activa persecución que los realistas les declararon.

Es cierto que algunas acciones militares se empeñaron en la provincia de Veracruz, por las fuerzas de D. Guadalupe Victoria, decidido á mantenerse en la ventajosa posición del Puente del Rey, pero el brigadier español D. Fernando Miyares y Mancebo se encargó de desbaratar por completo dichos planes, y el recibo de la noticia de su completo triunfo coincidió con la muerte del heróico gran caudillo.

Así, pues, mientras el partido insurgente perdía su supremo jefe, el realista adquiría un nuevo y notable campeón en el susodicho Miyares: era éste nativo de Caracas, militar joven y de grande instrucción y pericia, como lo demostró formando el camino militar de Veracruz á Jalapa, empresa que realizó con los famosos regimientos expedicionarios de las Cuatro Ordenes y el batallón de Navarra, arribados á Veracruz el 18 de Junio de 1815, en la fragata de guerra *Sabina*. Por fortuna de la causa insurgente, Miyares se enemistó con Calleja por celos y rivalidades, y unido esto á la enfermedad que contrajo de resultas de una caída del caballo que montaba, Miyares regresó á España á mediados del año diez y seis, después de haber estado encargado del gobierno de Veracruz, cuyo castillo de San Juan de Ulúa quiso reparar y fortificar de nuevo, lo que no pudo hacer por falta de recursos con que atender al crecido presupuesto de las obras.

Por nuestra parte, una vez disuelto el Congreso de Chilpancingo, por el golpe de mano de los amigos de Terán, todo fué desorden y confusión.

El benemérito D. Nicolás Bravo, no quiso permanecer en Tehuacan, donde tal desacato al principio de autoridad se había co-

metido, y se dirijió á la provincia de Veracruz, á reunirse con Victoria, con quien tuvo una entrevista en el fuerte de Palmillas; pero sabedor de que D. Nicolás había sido recibido en Coscomatepec, con grande entusiasmo, por los testigos de sus valerosas acciones, con buenas palabras, pero con manifiesto celo, le significó que sería conveniente saliera de los dominios de su mando. Así lo hizo, justamente ofendido, tomando rumbo al Sur, en solicitud de D. Vicente Guerrero; al pasar por Tepeji, los partidarios de Terán, ofendidos con Bravo, porque había desaprobado su conducta, quisieron ponerle preso á pretexto de que caminaba sin pasaporte, como si pudiera necesitarle aquel heróico camarada del Sr. Morelos, y á punto estuvo D. Nicolás de haberse visto precisado á hacer fuego contra los que era racional considerar como amigos y camaradas.

Reunido Bravo con D. Pablo Galeana en Ajuchitlan, tuvo todavía que habérselas con D. Ignacio Rayón, quien gozoso con la disolución del Congreso, había vuelto á pretender hacerse cargo del Gobierno Supremo, como presidente de la Junta de Zitácuaro y delegado de D. Miguel Hidalgo y de Allende.

Su pretensión tenía tantos más visos de necesaria, cuanto que la Junta subalterna de Taretan, nombrada por el Congreso antes de salir de Chilpancingo, había sido víctima de un golpe de mano, semejante al dado por Terán. Fué el caso, que D. Juan Pablo Anaya, poniéndose á la cabeza de los que veían con disgusto que la Junta subalterna pretendía abrogarse los poderes y prerogativas del disuelto Congreso, sorprendió á sus miembros en la hacienda de Santa Efigenia y los condujo presos á Ario.

El procedimiento indignó á los comandantes de los pueblos comarcanos, y constituyéndose en jefe D. José María Vázquez, formó en Uruapan una nueva Junta, que andando el tiempo se denominó de Jaujilla, se apoderó de Anaya y hubiérale fusilado, si el mismo oficial encargado de su custodia no le hubiese facilitado la fuga.

La inseguridad y el constante peligro á que estaban expuestas toda clase de personas, consecuencia del desorden y desmoralización que imperaba entre los insurgentes, fueron causa de que muchos de sus partidarios comenzaran á retraerse y á solicitar el indulto, con grave perjuicio y descrédito de la revolución. Entre los insurgentes, que como he dicho, pidieron indulto á Calleja, figuró

en primer lugar el Dr. Cos, que el Congreso había dejado olvidado en los inmundos calabozos de Atijo, de los cuales logró evadirse, gracias al desorden, que como dejo dicho, imperaba en el campo insurgente.

Muchos fueron los insurgentes que en principios de aquel año se acogieron al indulto, ya por no poder resignarse á sufrir las tropelías y maltrato de sus jefes, ya porque arruinado el país sobre el cual vivían, los recursos comenzaban á ser escasos y grandes las privaciones. Esta especie de desbandamiento, fué casi general en el distrito de los Llanos de Apam, en que Osorno se mantenía, y cuyos moradores eran por él vejados y estorsionados de un modo que excede á toda ponderación: sus tropelías llegaron al extremo de incendiar y derribar las iglesias y conventos, como hizo en Zacatlan, con pretexto de que no era conveniente dejar expuestos los sagrados lugares á los sacrilegios y abominaciones de los realistas: los moradores de Zacatlan quisieron oponerse á esta destrucción, pero Osorno les dijo que si persistían en significar aquella resistencia, los haría pasar á degüello. Esto y las derrotas que le hizo sufrir la división de D. Manuel de la Concha, aumentaron las solicitudes de indulto, y días hubo en que pasaron de quinientas, entre ellas las de muchos jefes; Calleja accedió á todas, y con los indultados formó partidas que á los gritos de ¡viva el Rey! se dedicaron á perseguir con tenacidad á sus antiguos camaradas, siendo tanto más dañinos á los insurgentes, cuanto que por haberlo sido ellos, conocían bien sus guaridas y rara vez dejaban de sorprenderlos y destrozarlos en ella.

Abandonado por su gente, Osorno tuvo que salir de los Llanos y dirigirse á Tehuacan en busca de la protección de D. Manuel de Mier y Terán, al cual no encontró en aquel punto, pues había salido de su cuartel general, con el fin de hacerse por sorpresa del puerto de Goatzacoalco. El móvil de aquella expedición, de la que por milagro salió Terán con vida, fué el de posesionarse de un puerto, por el que introducir cierta cantidad de armamento que compró á D. Guillermo Davis Robinson, que, procedente de los Estados Unidos, había arribado á Boquilla de Piedras. De este puerto era dueño D. Guadalupe Victoria, y tales eran la fraternidad y unión entre los insurgentes, que Victoria se negó á permitir el desembarco de las armas, si no se le pagaba una buena cantidad

por derecho de tránsito. Victoria no tuvo en cuenta que cuanto mejor se armase Terán, mejor podría servir á la causa insurgente, y por consecuencia, á la suya propia: sólo vió que los tales derechos podrían rendirle una suma de dinero más ó menos grande, y negó su favor á Terán, ni más ni menos que á un enemigo.

Terán contó con apoderarse de Goatzacoalco, y no sólo no pudo lograrlo, sino que, como ya dije, por milagro salvó la vida, no pudiendo decir otro tanto las infelices tropas que le acompañaron, que en su mayoría perecieron por causa única y sola de Victoria, cuyo egoismo y falta de confraternidad en aquella ocasión, fueron altamente vituperables. Robinson cayó en poder de los realistas, y aunque solicitó indulto, fué llevado á San Juan de Ulúa y más tarde á España, de la que logró escaparse y volver á su patria, donde andando el tiempo escribió un libro titulado *Memorias de la Revolución de México*.

El teatro del desastre de Terán, fué el rancho de Playa Vicente: allí murió el canónigo Velasco, que tanta parte había tomado en la revolución; indultado, como ya dije, después de la toma de Oaxaca por los realistas, volvió al campo insurgente, pero no se le reconoció su antiguo grado de general: recurrió entonces al expediente de sentar plaza en un regimiento de dragones de Terán, quien le agregó á su cuartel general.

Tal era el estado de la revolución, pocos meses después de la muerte de D. José María Morelos, único que hasta entonces había logrado en lo posible encauzar aquel deshecho torrente de odios, envidias y enemistades de los jefes insurgentes.

## II

Estas desunión y enemistad en el campo insurgente, eran tanto más sensibles, cuanto que en el de los realistas reinaba no menor desmoralización y disgusto, á causa de los abusos de los jefes, que sólo veían en la guerra un medio de enriquecerse, estorsionando y arruinando el país y su comercio. Dichos jefes retardaban á su antojo la salida de convoyes, con objeto de hacer que escaseasen en

los distritos de su mando los efectos de más urgente necesidad, y dar así salida á un elevado precio á los cargamentos que tomaban y expendían por su cuenta. Por estos procedimientos se enriquecieron los comandantes Madrid, Samaniego, Armijo y D. Agustín Iturbide, cuyos manejos fueron tan escandalosos, que Calleja, que le profesaba entrañable afecto, se vió precisado á suspenderlo del mando y ordenarle se presentase en México á ser juzgado. Farsa y nada más que farsa fué el tal juicio, pues nadie, á excepción del cura Labarrieta, de Guanajuato, se atrevió á declarar contra un jefe como Iturbide, que se había señalado por sus crueles castigos y venganzas y contaba con la amistad y protección del virey.

Calleja declaró calumniosa la acusación, y dejó á salvo su derecho para contra sus enemigos, derecho del cual no quiso usar Iturbide, echándola de magnánimo y generoso.

Lo cierto es, que en aquellos días corría generalmente la voz de que los comandantes realistas no se apresuraban á concluir de una vez con la revolución, por no perder las ventajas materiales que la prolongación de aquel estado de cosas les proporcionaba.

Ello es que los realistas estaban contentísimos y que las fiestas se sucedían en México, como si fuésemos el pueblo más feliz de la tierra.

El día 19 de Mayo se celebró con *Te Deum*, repiques, paseos, iluminaciones y fuegos artificiales, el restablecimiento de los jesuitas, á quienes se dió posesión del Colegio de San Ildefonso, cuyo patio se cubrió con cortinas y tapices, colgándose en cada arco magníficos candiles de plata maciza, que sólo por su peso representaban una muy gruesa suma.

Con motivo del santo del rey, hubo un magnífico baile en el patio del cuartel de los Gallos, que dieron los dragones del rey; la suntuosidad de aquel baile, que costó un enorme dineral, y al cual concurrió todo lo más granado de la sociedad, fué famosísima y llegó á quedar su memoria como proverbial.

El 29 de Junio fué consagrado con no menores lujo y ostentación, el arzobispo D. Pedro Fonte, quien, vestido de pontifical, fué paseado por las calles por el Ayuntamiento, repartiendo bendiciones á diestra y siniestra, con gran regocijo del pueblo que aullaba de gozo y devoción.

El 28 de Julio, el obispo de Durango, Marqués de Castañiza,

consagró la iglesia nueva de Loreto, obra casi exclusiva de su familia, y, después de la catedral, el templo más artístico y bello de México.

En estas andábamos, cuando en la capital se recibió la noticia



...cuyo patio se cubrió con cortinas...

de haber llegado á Veracruz, escoltado por ocho buques y á bordo de la fragata *Fortuna*, el teniente general de la real Armada, gobernador y capitán general de Cuba, D. Juan Ruiz de Apodaca, nombrado sucesor de Calleja en el vireinato de Nueva España.

Desde el primer momento circularon las noticias más favorables del nuevo virey: súpose que era de un carácter enteramente contrario al de su predecesor, y que lejos de ser como éste, partidario

de la guerra de esterminio, venía animado de las intenciones más humanas y conciliadoras.

Los amigos de Calleja y cuantos sin necesidad de serlo participaban de sus instintos sanguinarios, se rieron y no poco de las citadas ideas conciliadoras de Apodaca, cuando se enteraron de que por poco da al traste con él el cabecilla Osorno, que al frente de la caballería de Terán, le salió al encuentro en la hacienda de Vicencio, próxima á Ojo de Agua entre Perote y Puebla.

Acudió oportunamente en su auxilio el brigadier Márquez Donallo, que en pocos momentos puso á Osorno en completa fuga, tomándole algunos prisioneros. Apodaca mandó ponerlos en libertad inmediatamente, y la vireina y sus hijas, dejando su coche, curaron con sus propias manos á los heridos, tanto realistas como insurgentes.

La prueba de las buenas intenciones del virey, era pues, palmaria, y no faltaron quienes con justicia temieron que decaídos como estaban los ánimos de los independientes, la bondad del virey perjudicaría á la causa nacional.

A las nueve de la mañana del día 16 de Setiembre, se recibió en México el aviso de que Apodaca que se encontraba en Puebla, saldría de aquella ciudad el mismo 16, para encontrarse el 19 en la capital. Calleja comunicó inmediatamente las órdenes para su solemne recepción, y salió con toda su familia del Palacio para Tacubaya, hospedándose en el que era propiedad de los Arzobispos en aquella villa.

A la de Guadalupe llegó el nuevo virey el día 19, siendo solemnemente recibido por Calleja, que, según el ceremonial de ley, entregó en la Colegiata el bastón á su sucesor: las autoridades y vecinos principales acudieron á la villa á felicitar al nuevo jefe, y todos quedaron encantados de su fino trato, amena conversación y singulares cualidades. Apodaca era en efecto un cumplido caballero, un marino distinguido, hombre de mucha ciencia, y un estimable diplomático, como lo demostró en el desempeño del alto puesto con que se le distinguió de embajador de España en Inglaterra.

El 20 hizo su entrada en la capital, entre las aclamaciones de la multitud, y los tres días siguientes se dedicaron á las fiestas y regocijos de costumbre. Calleja salió para Veracruz el 15 de Octu-

bre, y se embarcó para España el 15 de Diciembre: la corte de Madrid le hizo un buen recibimiento, y el rey le condecoró con las cruces de Isabel la Católica y de San Hermenegildo, concediéndole además el título de Conde de Calderón, en recuerdo de aquella batalla memorable, librada en las inmediaciones de Guadalajara en 1811.

La fortuna comenzó desde luego á distinguir con sus favores al virey D. Juan Ruiz de Apodaca; noticiosos de su clemencia, multitud de insurgentes continuó acogiéndose al indulto: entre muchos de éstos se hizo notable el del cabecilla Vicente Gómez, cuyas fechorías y bandidaje habían sido tales, según dejo dicho en alguno de los Episodios anteriores, que cuando se presentó en Puebla á las autoridades realistas, el pueblo pidió á gritos su cabeza, y fué preciso poner la tropa sobre las armas para estorbar un motín. Realmente los insurgentes nada perdimos con la defección de aquel bárbaro mutilador de prisioneros, pero el gobierno colonial halló en él un incansable perseguidor de sus enemigos.

Nuestros desastres fueron en aumento al fin del año: D. Manuel de Mier y Terán fué derrotado en las lomas de Santa María, inmediatas á San Andrés Chalchicomula, por el coronel de dragones, Morán; D. Vicente Guerrero lo fué también el mismo día en la Cañada de los Naranjos, por Samaniego, cerca de Izúcar. Los realistas se hicieron en esta acción de una buena vajilla de plata que usaba Guerrero: el teniente coronel D. José Rincón se apoderó el 25 de Diciembre del puerto de Boquilla de Piedras, sin que D. Guadalupe Victoria pudiese impedirlo. Las tropas del interior quitaron á los insurgentes las fortalezas construídas en la isla de Janicho, en la laguna de Pázcuaro, y en la isla de Mescala, en la laguna de Chapala. Por último, D. Ignacio Rayón pudo salvar por milagro de que el traidor Vargas le entregase á los realistas del pueblo de los Reyes, de la provincia de la Nueva Galicia. Vargas en indulto y unido á los realistas salió al alcance de Rayón, que se vió precisado á huir precipitadamente á Apatzingan y atravesar á nado el Río de las Balsas.

Apodaca premió pródigamente con ascensos y otras recompensas á los realistas que tomaron parte en estas acciones, y esto aumentó su popularidad y su partido, pues obraba de modo distinto

que Calleja, quien siempre fué muy parco en conceder grados y premios á sus oficiales.

Otra notable disposición dictó Apodaca, y fué la « orden circulada á los comandantes de división, prohibiéndoles fusilar arbitrariamente á los prisioneros insurgentes, con los cuales deberían observarse las formalidades prevenidas por las leyes, para la formación de procesos.»

Gracias á Apodaca, los insurgentes no fueron considerados desde entonces como bestias salvajes, indignas de toda humana consideración.

## III

Como si el haber arribado á Veracruz D. Juan Ruiz de Apodaca en la fragata *Fortuna*, hubiera sido un pronóstico de la que tendría viendo morir la rebelión en los primeres meses de su gobierno, los prósperos sucesos para los realistas que acabo de referir, fueron tan sólo el prólogo de los que se realizaron á principios del año de 1817.

En primer lugar, el día 7 de Enero se rindió por capitulación al teniente coronel D. Matías Martín Aguirre, el fuerte de San Pedro de Cóporo, construído y defendido por D. Ramón Rayón. Siete meses duró el sitio que los realistas pusieron al susodicho fuerte, y D. Ramón le defendió durante ellos valerosamente, pero al fin la escasez de víveres le obligó á rendirse, celebrando una capitulación altamente honrosa para los insurgentes.

No obstante esto, su hermano D. Ignacio desaprobó altamente su conducta, que fué considerada como una traición á la causa independiente.

Otro tanto se dijo de la rendición de Cerro Colorado y Tehuacan, y de la capitulación celebrada por D. Manuel Mier y Terán, el 21 de Enero del mismo año diez y siete. Antes de rendirse Terán combatió como un valiente á los enemigos, y cuando ya no pudo prolongar su resistencia cedió á la necesidad, capituló con muy honrosas cláusulas y salvó á sus tropas de la muerte que con el vencimiento las esperaba. Terán no quiso admitir el empleo de teniente coronel que le ofrecieron los realistas y vivió pobremente

en Puebla como escribiente de una oficina, ganando un peso diario. Terán había convenido con el comandante realista Bracho, que fué con quien capituló, que se le daría pasaporte para salir del país y dinero para gastos de viaje; pero no se le cumplió el ofrecimiento y por eso se resolvió á vivir de su trabajo personal sin solicitar ni admitir cosa alguna del Gobierno colonial.

Por último, cerraré esta serie de reveses, noticiando que el día 11 de Febrero el activo y temible cabecilla Osorno, que desde los primeros días de la revolución había sido árbitro y terror de los Llanos de Apan, se presentó á disfrutar del indulto que desde el día 4 había solicitado; con lo cual el brigadier D. Ciriaco del Llano pudo decir con justicia que los veinte partidos que componían la provincia de su mando estaban libres de la insurrección, y restablecidos en ellos el orden y el arreglo de los intereses de la real hacienda.

## IV

Efecto de la calma relativa en que los vecinos habían entrado, merced á la marcha de los sucesos políticos tan favorables á los realistas, causó por aquellos días gran sensación un caso que nada tenía que ver por cierto con los asuntos públicos.

Frontero al Hospital de San Pablo vivía en una buena casa que aun se conserva, un buen hombre llamado D. Pascual Gayangos, natural de Tulancingo, de buena y honrada fama y edad como de cuarenta años.

Hijo de un antiguo barretero criollo quedó á la muerte de su padre dueño de una pequeña fortuna que D. Pascual, joven todavía en aquel tiempo, aumentó tanto con su dedicación al trabajo como con su matrimonio con una señora española, viuda de un contratista del abasto de carnes.

Llamábase D.ª Manuela, era diez años mayor que D. Pascual y extraordinariamente hermosa.

Contaba en la fecha de su matrimonio treinta años, y tales eran su gracia, su frescura y sus atractivos que nadie hubiérala creído mayor de diez y seis.

Desgraciadamente para sus maridos D.ª Manuela había recibido

de la naturaleza con su hermosura, un carácter por demás ligero y predispuesto á galantes aventuras.

Su belleza, que, repito, era extraordinaria, y esta predisposición peligrosa le atraían las voluntades de todos los hombres, y en su casa se vivía en continuas tertulias y fiestas, con gran pesar de su esposo, por más que ni el primero ni el segundo hubieran tenido que sufrir falta ni ofensa alguna de D.ª Manuela.



D.ª Manuela

Antes por el contrario, aquella señora había despedido de su sociedad á más de un importuno que, suponiéndose con derechos que no le había dado, osó comprometerla con los transportes de una pasión que casi naturalmente nacía del trato de la hermosa española.

Inocente y buena esposa había sido y continuaba siéndolo, pero la envidia de sus amigas, propia de los caracteres femeniles, no dejaba de haber perjudicado algún tanto su crédito, suponiendo en ella faltas que puedo asegurar nunca cometió.

D. Pascual durante veinte años de su matrimonio hizo cuanto no es creible para cambiar el carácter de su esposa, pero frisaba ésta en los cincuenta y su hermosura se conservaba tal y tan grande como si sólo contase la mitad.

Esto no era entonces un fenómeno raro ni lo es tampoco hoy.

No se repite con frecuencia pero muchos casos se dan de él.

D.ª Manuela no había tenido hijos de ninguno de sus dos matrimonios.

Quizás esto contribuyó en mucha parte á la conservación de su belleza.

El hecho es que aun á aquella edad, hombre hubo que locamente se enamorase de ella.

Este hombre fué D. Carlos Gayangos, primo hermano de don Pascual.

Las locuras que D. Carlos hizo no tuvieron nombre, y pusieron en ridículo á D.ª Manuela, á D. Pascual y á él mismo.

D. Pascual se vió obligado á prohibirle que visitara su casa.

Esto ofendió extraordinariamente á D.ª Manuela, que siendo como era inocente, creyó que la determinación de su marido daría mayor incremento á las hablillas contra ella desatadas.

Pero D. Pascual se mantuvo firme en su propósito, y D. Carlos más demente cada vez aumentó el escándalo, paseando á todas horas la calle de D.ª Manuela.

Desde entonces la vida de los dos esposos se convirtió en un infernal suplicio.

D. Pascual comenzó á ver con desden á su esposa, y ésta contaba á cuantos querían oirla que su marido había llevado su avilantez al extremo de enamorar á sus criadas.

Esto era falso, pero por lo mismo que lo era los mal intencionados aparentaban creerlo y á su vez lo referían á todo el mundo.

A tal extremo habían llegado las cosas cuando se presentó en México y en casa de D. Pascual una hermana de D.ª Manuela, mucho más joven que ella, y como ella tan hermosa.

Había llegado de España y salido de Cádiz, en cuyo puerto había perdido á su marido de resultas de heridas recibidas en la guerra con los franceses.

D. Carlos se valió de este pretexto para entrar de nuevo en la casa de su primo, al cual pidió la mano de su cuñada quien hallán-

dose viuda hacía tres años, no tuvo inconveniente en admitir los ofrecimientos del primo político de su hermana.

La paz doméstica pareció restablecida, y la casa de D. Pascual volvió á animarse y cobrar su antigua vida.

Pero pocos meses después los murmuradores dieron en decir que D. Pascual enamoraba á la hermana de su mujer y D. Carlos á la esposa de D. Pascual.

La susodicha hermana llamábase D.ª Luisa, y uno de sus mayores encantos, que eran muchos, consistía en sus trenzas de pelo negro tan extraordinariamente largas, que por lucirlas las llevaba casi siempre sueltas y adornadas con lazos de seda roja.

A D. Pascual le entusiasmaban aquellas trenzas, y de continuo las elogiaba, con gran disgusto de D.ª Manuela, quien participando de las suposiciones malévolas de los murmuradores, llegó á sentir celos y á creer que su marido amaba realmente á su hermana.

Y lo que vino á exaltar el amor propio de D.ª Manuela fué que D. Carlos concluyó por enamorarse completamente de D.ª Luisa.

Nuevas tempestades volvieron á cernerse en el cielo que cobijaba á aquella familia infeliz.

D. Carlos participó de la creencia general y dió por hecho que su primo amaba á D.ª Luisa.

Quiso violentar su matrimonio con ésta, pero ella, enterada de que D. Carlos había enamorado á su hermana, no quiso prestarse á ser juguete de ninguno de los dos y manifestó á su novio que no se casaría hasta hallarse completamente segura de que era positivamente amada.

Para mejor lograrlo, ocurriósele la descabellada idea de acentuar sus galanterías con D. Pascual, y despertar así los celos y el amor firme en D. Carlos.

## V

Peligrosos han sido, son y serán siempre estos recursos para conquistar amores y voluntades y así lo atestigua el caso á que nuestra narración se refiere.

D. Pascual ya no se las entendía entre su mujer, D.ª Luisa y don Carlos.

Porque debemos hacer constar que lo que menos pensaba nuestro héroe era en enamorar á D.ª Luisa.

Pero la semilla de estas rencillas pocas veces deja de fructificar: temiéndolo así D. Pascual, procuró distraerse lo más posible, dedicándose por entero á sus negocios comerciales, extendiendo los antiguos cuanto le fué posible y emprendiendo otros nuevos.

Uno de los últimos que emprendió, fué el de la fabricación de jabón.

Compró un terreno que lindaba con su casa y en él estableció su fábrica y muy en grande.

Admiración producía á cuantos la visitaban el arreglo y comodidad de cada uno de sus departamentos.

No obstante lo asqueroso de esta industria que aprovecha los despojos de animales muertos, se observaba una limpieza extrema en todas y cada una de las dependencias y con este fin cada una de las cinco *pailas* estaba aislada en una pieza construída exprofeso.

La de mayor tamaño medía ocho varas de largo por cinco de ancho y estaba formada de magnífica cantería recubierta enteramente de azulejos: en su fondo recibían la acción directa del vivo fuego de los hornos seis magníficos cazos de cobre; cuatro enormes llaves de latón estaban destinadas á dar salida al líquido ya transformado en jabón; la altura de la tina de la paila era de dos varas y media.

Los operarios bautizaron á esta paila con la denominación de la elefanta, en razón de su tamaño.

Cuando la elefanta trabajaba, era casi imposible penetrar en su departamento: el hedor que despedían los grasientos restos de los animales, hirviendo en un lago de fuerte lejía de tequesquite, era insoportable: un espeso humo envolvía y sofocaba á los hombres encargados de mover incesantemente con largos palos el contenido de la paila.

Estos hombres de pié en fuertes tablones apoyados por sus extremos en los bordes de la paila, estaban sujetos por la cintura á unas fuertes cadenas sólidamente amarradas á las vigas del techo. Esta precaución tenía por objeto evitar que el operario cayese dentro de la tina, en cuyo caso habría recibido una muerte instantánea y deshéchose su cuerpo en menudos fragmentos.

D. Pascual poesía el secreto de un procedimiento por medio del

cual y merced al refuerzo que se daba á la lejía con ciertos agentes químicos de poderosa acción, la destrucción de las materias orgánicas era en extremo violenta y aun los mismos huesos se rompían en pequeños pedazos dejando libre su médula.

Si un desventurado operario hubiera caído en la paila en aquellos momentos, difícilmente habría podido encontrarse, transcurrida media hora, ni un fragmento de su carne ó de sus huesos á que dar cristiana sepultura.



La Elefanta

No obstante estas útiles distracciones, D. Pascual no consiguió hacer menos pesada su existencia.

D.ª Luisa continuó dando celos á D. Carlos con D. Pascual, quien repetidamente se veía comprometido delante de su esposa por las imprudencias de su hermana.

D.ª Manuela acaba por perder la paciencia y al paso que confundía á desprecios á D. Carlos, que continuaba acosándole con sus galanterías, maltrataba con duras expresiones á D.ª Luisa y á don Pascual.

Alguna vez llegó á amenazar á una y otro con hacerlos arrojar á la gran paila.

—Sería,—les había dicho entre veras y burlas,—un gran medio

para lavar la mancha que ambos pretendéis echar sobre mi honra, el convertiros en jabón.

D. Pascual nunca escuchó con gusto esta amenaza: cansado de las impertinencias de su mujer llegó á creerla capaz de cumplir su amenaza.

—Anda, tonta, todo ello no tiene más objeto que hacer rabiar a ese necio de D. Carlos y obligarle á enamorarse de mí de un modo que no pueda caberme duda. Suponiendo otra cosa te ofendes y me ofendes: tu marido está ya extraordinariamente viejo para que á mí me guste.

Estas bromitas de D.ª Luisa no le hacían gracia á D. Pascual; no le gustaba que le llamasen viejo.

—Ni lo soy todavía,—contestaba,—ni me considero tan echado á perder que no pueda apasionarse de mí una mujer aunque sea tan hermosa como tú.

—¡Vaya una vanidad!—observó D.ª Luisa y con maliciosa sonrisa y sólo por hacer rabiar á su hermana añadió:—vanidad sí, y si no haz la prueba de enamorarme y verás como te va.

D. Pascual lo haría ó no, pero lo cierto es que D.ª Manuela continuó poniéndose más furiosa cada vez y concluyó por tomar verdadero odio á su marido y á su hermana. Un día le dijo á ésta:

—Te advierto que el mejor día te curo de tu coquetería.

—¿Haciéndome jabón?—preguntó D.ª Luisa riéndose de buena gana.

—No.

—¿Cómo entonces?

—Rapándote la cabeza.

—¿Sí, eh? ¿y con qué objeto?

—Imagínatelo tú: toda tu hermosura estriba en tu hermoso pelo: si un día te lo corto quedarás convertida en un horrible muñeco.

D.ª Luisa volvió á reirse de su hermana, pero D. Pascual, que como dije, de todo creía capaz á su mujer, le dijo:

—Deja á un lado esas chanzas, y no vayas en un momento de mal humor á cometer tal disparate. Las trenzas de tu hermana son una maravilla digna de ser respetada.

—¡Ola!—observó con aspereza D.ª Manuela,—¿con que te parecen una maravilla? ¿qué apostamos á que de veras estás enamorado de Luisa?

—Mujer,—contestó pacíficamente D. Pascual,—hago un elogio que á cada instante hace todo el mundo; pero tú en todos pretendes ver negros con tranchetes.

—Pues por si acaso,—contestó D.ª Manuela,—mira bien lo que haces, no sea que el mejor día meta yo tijera á esa maravilla.

—Dios te libre de ello,—exclamó con positivo enfado D. Pascual.

—¡Ola! ¡ola! ¿serías capaz de matarme?

—No, mujer, no: no digas disparates.

—Entonces ¿qué me harías?

—Yo lo sé.

—Pero yo no; así es que espero me saques de la curiosidad.

—¡Déjame en paz, mujer, déjame en paz!

—Te digo que tengo ganas de saberlo.

—Y yo que no me acomoda decírtelo.

—¿Sí, eh? pues verás como si no lo dices, yo te obligo á cumplir tu amenaza.

Y diciendo esto D.ª Manuela, perdido todo respeto aun á sí misma, tomó unas tijeras y se abalanzó con ellas sobre su hermana.

D. Pascual ya no quiso sufrir más, y tomando de un brazo á su mujer la obligó á soltar las tijeras.

D.ª Luisa, sin inmutarse ante el giro de aquella escena, reía á carcajadas.

D.ª Manuela miraba mientras tanto con ojos de leona herida al desventurado de D. Pascual.

Algo muy malo, algo muy grave meditaba en aquellos momentos.

Triste situación era aquella á que se veía reducida una familia por mil títulos apreciable.

¿Y todo por qué?

Por no haber á tiempo reprimido D.ª Manuela sus inclinaciones á una inocente coquetería.

Porque es el caso que todos estos personajes eran buenas y honradas personas incapaces de una mala acción.

Allí no había habido más que un solo criminal: D. Carlos el primo de D. Pascual.

Lo demás lo había hecho la pícara coquetería.

## VI

Algunos días después de estos sucesos súpose con sorpresa en el extenso círculo de las amistades de D. Pascual que D.ª Luisa había tenido un fuerte disgusto con su hermana, á consecuencia del cual había salido para Veracruz y embarcádose allí para España.

De nadie se despidió, á nadie quiso ver y ni aun á D. Carlos, que casualmente se hallaba fuera de México, comunicó su partida.

Ocho días más tarde, D. Pascual se presentó á la autoridad en un estado de horrible agitación.

Dª. Manuela había desaparecido de su casa sin dejar rastro alguno que permitiera sospechar á donde se había dirigido.

Cuantas pesquisas se hicieron resultaron enteramente infructuosas.

Por medio de un exhorto, el juez de Guanajuato, donde se hallaba D. Carlos puso á éste en prisión, pero nada, absolutamente nada resultó en su contra.

D.ª Manuela no había ido á Guanajuato.

En todo esto se pasó más de un mes.

Al cabo de él, pocas personas hacían de vez en cuando alguna referencia á lo sucedido en casa de D. Pascual.

Pasó otro, y nadie se acordó de ello, ni mucho ni poco.

Sólo el desventurado marido no volvió á recobrar la calma.

A cada instante y especialmente en las noches le acometían una especie de raptos de locura y durante los accesos parecía poseído de un pánico temor y pronunciaba palabras ininteligibles.

Los jueces llegaron á sospechar que D.ª Manuela pudiera haber sido víctima de un crimen y su marido el criminal.

Se renovaron las diligencias, pero de ellas sólo resultó la inocencia de D. Pascual.

Los accesos fueron siendo cada vez menos fuertes pero nunca llegaron á desaparecer por completo.

Los negocios de la casa, abandonados durante algún tiempo, to-

maron de nuevo su curso, y la fortuna continuó vertiendo sus favores sobre D. Pascual.

La gran fábrica de jabón entró á su vez en movimiento.

La pieza destinada á la famosa paila de la elefanta, había permanecido cerrada varios meses cargada de despojos animales.

El mismo D. Pascual quiso abrir la puerta por su propia mano.

La pestilencia era horrible y á causa de ella no quiso que ninguno de sus operarios se perjudicase permaneciendo allí y él tomó á su cargo el remover la lejía, por más que se le hizo observar el riesgo que corría.

—Nada me importa,—contestó,—la vida me es insoportable: soy demasiado buen cristiano para quitármela violentamente; pero si Dios dispusiera que por entrar en la pieza de la gran *paila* mi vida concluyera, mucho agradecería el favor á su Divina Majestad.

D. Pascual mandó cargar de leña los hornos que bien pronto parecieron bocas del infierno, y cuando el pestilente líquido comenzó á hervir el amo entró á cumplir su cometido de remover las apestosas grasas.

Cuando se juzgó completa la cocción se abrieron las llaves de bronce y se llenaron los moldes.

Era casi de noche y á pesar de ello D. Pascual no quiso que se llevaran luces.

Extraídas las grasas, D. Pascual examinó con escrupulosidad los residuos, y no hallando en ellos cosa que llamase su atención los hizo extraer del fondo de la paila y arrojarlos en los hornos y él mismo presenció su combustión hasta verlos reducidos por completo á impalpables cenizas.

Esta operación duró hasta muy cerca de la madrugada.

No habría hablado de ella si no fuese por un incidente que impresionó mucho á D. Pascual.

Uno de los operarios al arrojar en los hornos los residuos extrajo de entre ellos unas tijeras que presentó á su amo, quien se puso horriblemente pálido y lanzó un grito espantoso.

Los operarios creyeron que iba á acometerle uno de sus habituales accesos de demencia y se asustaron en extremo; pero D. Pascual pudo sobreponerse á su dolorosa enfermedad y el acceso pasó sin consecuencia.

Pero una vez concluída la operación y vuelto D. Pascual á su habitación, el acceso se presentó de nuevo y fué uno de los más largos y peligrosos que le acometieron.

Al retirarse los operarios, uno de ellos dijo á sus camaradas:

—Fatal ha puesto al amo la desaparición de D.ª Manuela; antes era hombre que no se hubiera asustado de un cañón y ahora, como



..el acceso se presentó de nuevo...

si fuese una niña, le asusta la vista de unas tijeras. Creo que el amo durará poco, pues ó muere en una de éstas ó necesitamos llevarlo á San Hipólito.

## VII

Contra las presunciones de sus operarios, D. Pascual fué mejorando de día en día, y aún se cree que llegó á olvidarse de su mujer, que tan misteriosamente habíale abandonado.

Su carácter fué mejorándose paulatinamente, y fastidiado con su

soledad y aislamiento, depuso sus viejos rencores contra su primo D. Carlos, que permanecía en Guanajuato, y le escribió llamándole á su lado, indicándole que pues no tenía hijos él podría ser su heredero.

D. Carlos le contestó aceptando su invitación, y entre sus cartas hubo una que por su importancia reproduzco aquí.

Decía así:

«Mi querido Pascual: Por más que tus cartas me han demostrado cuánto necesitas en tu soledad del único pariente próximo que te queda, y por más que yo deseo complacerte, no me ha sido posible, aunque he puesto en ello todo mi empeño, realizar en buenas condiciones los cortos restos que aquí conservo de mi antiguo capital.

»Aunque tú me repites en todas las tuyas que tu propia fortuna sobra para hacerme rico sin quedar tú pobre, no he juzgado oportuno malvender lo que aun tengo, que aunque, repito, es poco, no merece, sin embargo, ser visto con desprecio.

»Ahora la situación ha variado y estoy en vísperas de poder acceder á tus deseos trasladándome á tu lado, pues se me ofrece comprador para mis propiedades.

»Me anima tanto más á venderlas el giro que según parece van á tomar los asuntos públicos con la llegada al país del español don Francisco Javier Mina: estoy seguro de que yo sé de este asunto muchos pormenores que tú ignoras y voy á enumerártelos, seguro de que en saberlos encontrarás distracción á tus penas.

»Este D. Francisco Mina es hijo de un propietario de Monreal, de la provincia española de Navarra, y nació en el mes de Diciembre de 1789, de modo que cuenta de edad unos veintisiete años.

»A pesar de su corta edad es hombre que ha llenado con la fama de su arrojo y valor la comarca en que nació.

»Dedicábase en Salamanca á la carrera del foro cuando tuvo principio la invasión de España por los franceses y haciendo á un lado los libros se alistó con fervor patriótico en el ejército del Norte: desbaratado este por el enemigo, Mina volvió á Navarra, cuyas fragosas montañas conocía palmo á palmo, efecto de su diversión favorita, que es la de la caza: en ellas invitó á doce jóvenes camaradas á formar una guerrilla con que molestar al enemigo, caer sobre él cuando anduviere en pequeñas partidas, é interceptar sus

convoyes y hacerles cuanto daño estuviera al alcance de sus fuerzas.

»El éxito fué inmejorable desde luego, pues siguiendo el ejemplo de Mina otros muchos jóvenes insurreccionaron la Navarra que poblada quedó de aquellos célebres guerrilleros que acababan con los ejércitos franceses sin que éstos pudieran jamás llamarlos á una batalla en forma.

»Tanto llegó á señalarse, que la Junta central le nombró coronel y la de Zaragoza comandante en jefe de Aragón, á pesar de que por su edad era entonces casi un niño.

»La fatalidad, que muchas veces no respeta ni la justicia de una causa ni el patriotismo con que se defiende, hizo que Mina cayera en una acción prisionero de los franceses, quienes admirados de su valor y de su juventud no quisieron fusilarle como á otros tantos jefes españoles, y le enviaron preso á Francia, encerrándole en el castillo de *Vincennes*.

»Allí supo hacerse simpático á sus mismos carceleros y nada menos que el general *Lahorie* tomó á su cargo dar al prisionero una completa instrucción militar, enseñándole por sí mismo las matemáticas y las ciencias de la guerra. D. Javier hizo en ellas progresos asombrosos, en tanto que su tío D. Francisco Espoz y Mina, sucediéndole en el mando de Navarra, elevó á su mayor grado la fama de la guerra de guerrilleros iniciada por él.

»Concluída la guerra en Francia Mina regresó á España; pero no queriendo sufrir el restablecimiento del régimen absolutista planteado por Fernando VII, combinó con su tío una conjuración que abortó, no habiendo sido aún madurada, y obligó á emigrar á sus autores.

»Mina pasó á Inglaterra, cuyo gobierno, atendiendo á su relevante mérito, le asignó una cuantiosa pensión.

»Allí conoció y trató á muchos mexicanos y entre ellos y sobre todos al doctor D. Servando Teresa Mier, quien le indujo á trasladarse á América y luchar por su independencia.

»Aceptado el plan por el joven navarro los comerciantes pusieron á su disposición abundantes recursos; con ellos compró un buque y acompañado de varios amigos de su confianza dejó las costas de Inglaterra á fines de Mayo de 1816 y se dirigió á las de los Estados-Unidos.

»Ya en ellas dos oficiales de los varios que le habían acompañado le delataron al Ministro de España, quien solicitó del gobierno de la República impidiera la salida de la expedición, pero no pudo conseguirlo, y el nuevo insurgente reclutó un buen número de aventureros y se hizo de armas y pertrechos en abundancia y salió al mar haciéndose á la vela en Baltimore el 27 de Setiembre.

»Vencidos una multitud de accidentes que á los buques ocurrieron en la navegación, Mina arribó el 24 de Noviembre á la isla de San Luis ó Galveston en el Golfo de México, y allí esperó los avisos que había de darle el Dr. Mier; parece que éste, amedrentado por las tempestades que su goleta sufrió, tomó de nuevo rumbo á Nueva Orleans, de donde había salido; pero el capitán de la goleta informó á Mina de que el puerto de Boquilla de Piedras que suponían en poder de Victoria, había sido tomado por los realistas, lo mismo que el de Nautla: esto le obligó á cambiar de plan y el 15 de Abril de 1817 la gente de Mina desembarcó en la embocadura del río Santander, distante unas diez y ocho leguas de la villa de Soto la Marina. En ella entró el 22 el nuevo paladín insurgente sin encontrar resistencia alguna, pues su comandante, el teniente coronel D. Felipe de la Garza, la abandonó al aproximarse Mina, invitando á los principales vecinos á hacer otro tanto, asegurándoles que las gentes que acababan de desembarcar eran herejes y excomulgados, con los cuales no podían tratar cristianos sin grave perjuicio de sus almas. Otro tanto dijo y á otro tanto invitó á los vecinos de Santander, y Mina pudo recorrer sin obstáculo toda la comarca, conquistando la voluntad general, conquista que se tradujo en la adquisición de más de doscientos mexicanos que voluntariamente se sometieron á su mando y dirección.

»Gran parte de los extranjeros reclutados por Mina en los Estados-Unidos los trajo á bordo de sus buques el comodoro Aury, nombrado por Herrera gobernador de Texas, y el resto vino en los nombrados *Congreso Mexicano*, *Cleopatra*, *Neptuno* y *Elena Tooker*, fletados por Mina: del primero se deshizo vendiéndolo á Aury, y los tres restantes quedaron en la boca del río Santander cuya barra y estructura no permitieron que pasaran adelante.

»Contra esta flotilla salieron de Veracruz el 14 de Marzo la fragata de guerra *Sabina* de la real marina española, y las goletas *Belona* y *Proserpina*, al mando del brigadier D. Francisco Beranger.

»En cuanto la *Elena Tooker* apercibió la bandera real de la *Sabina*, levó el ancla, y aprovechando un buen viento escapó de su alcance, y las escasas tripulaciones de la *Cleopatra* y el *Neptuno*, que eran buques viejos y pesados, ganaron en las lanchas la tierra, dejando en ellos por único habitante un gato que se resistió á salir.

»Esto lo ignoraba Beranger, y así fué que al aproximarse á ellos rompió un vivo fuego de cañón, y notando que nadie le contestaba, botó las lanchas y abordó los solitarios buques y les prendió fuego juzgándolos inservibles.

»Esta ridícula *batalla* naval ha sido celebrada en México, según me avisan mis corresponsales, como si la de Lepanto hubiera sido, y aun me notician que en vista del pomposo parte de Beranger, el virey ha concedido á los soldados un escudo que llevarán en el brazo derecho, representando un mar, con este epígrafe: *Al importante servicio en Soto la Marina*.

»Mis noticias son que D. Francisco Javier ha mandado construir un fuerte regularmente defendido al Oriente de la villa y á la margen del río, y que en esta obra se emplearon todos los expedicionarios, dando ejemplo el mismo Mina.

»Tiene este fuerte una guarnición de cien hombres al mando del mayor D. José Sardá, español de Cataluña, y según aquí se dice Mina se ha puesto en movimiento con la siguiente fuerza:

| | Hombres. |
|---|---|
| General con su Estado Mayor. . . . . . . . . . | 11 |
| Guardia de honor al mando del coronel Young. . . | 31 |
| Caballería, húsares y dragones al mando de Mayllefer | 124 |
| Regimiento de infantería de la Unión al mando de Sterling. . . . . . . . . . . . . . . . . . | 56 |
| Primero de línea al mando de Travino. . . . . . | 64 |
| Artillería. . . . . . . . . . . . . . . . . . | 5 |
| Criados armados. . . . . . . . . . . . . . . . | 12 |
| Ordenanzas. . . . . . . . . . . . . . . . . . | 5 |
| Total. . . . . . . . . . | 308 |

»Tales son las fuerzas con que, según dicen, cuenta este arrojado D. Francisco Javier Mina, sin añadir ni quitar un solo hombre.

»Esto no obstante, por aquí hay grande alarma y temiendo que ella pueda perjudicarme, me he resuelto vender, como al principio te digo, mis propiedades, cuya venta me facilitará, querido Pascual, trasladarme á tu lado para acompañarte y consolarte y procurar tu bien, objeto que sinceramente desea conseguir tu primo hermano que muy de veras te quiere.—*Carlos Gayangos.*»

## VIII

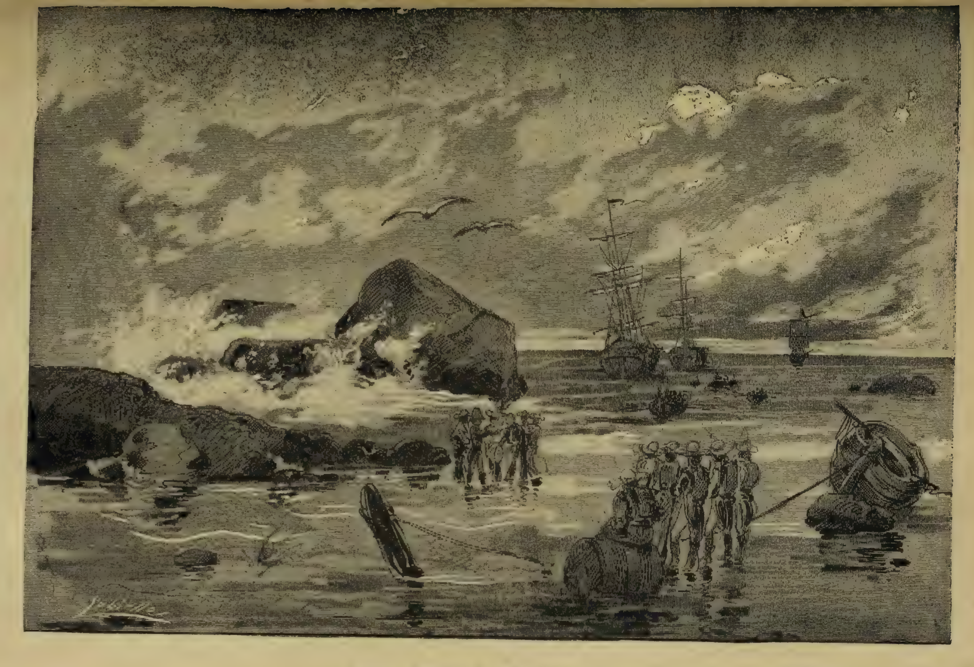
Pero por más reducidas que fuesen sus fuerzas, aquel grande y joven guerrero no desmayó, porque era imposible que desmayase quien niño aun y con sólo doce amigos supo vencer y tener valor para combatir á los aguerridos y épicos ejércitos del dominador de Europa, el gran Napoleón.

Así lo pensó también el virey Apodaca, hecho á su vez á combatir como bueno por su patria, y dominada como lo estaba la revolución en casi todo el territorio de la Nueva España, pudo disponer de fuerzas numerosas que dirigir contra Mina.

Este no podía ser en Nueva España, cuyo terreno le era completamente desconocido, tan temible como en Navarra, cuyo plano, aun en sus menores accidentes pudiera haber dibujado de memoria y con ello contaba Apodaca para destruirlo; á este fin se encaminaron sus esfuerzos y sus planes, basados sobre todo en la celeridad de las operaciones militares, pues no ignoraba que Mina había de proceder con no menos actividad.

Burlando la vigilancia de D. Felipe de la Garza, y con propósito de ponerse en comunicación cuanto antes con los jefes insurgentes criollos, se dirigió el pequeño ejército de Mina al Sur de la península del Nuevo Santander, Estado hoy de Tamaulipas.

En la Hacienda del Cojo hízose de setecientos excelentes caballos que su dueño D. Cayetano Quintana destinaba á los realistas, y aunque muchos hubieron de extraviarse en la oscuridad de la noche, le quedaron los suficientes para montar bien su caballería, que tomó á la grupa á los infantes, con el fin de violentar las marchas.



...GANARON EN LAS LANCHAS LA TIERRA, ...

El 8 de Junio de 1817, Mina libró su primera batalla en tierra americana, derrotando completamente al realista D. Cristóbal Villaseñor en las inmediaciones del pueblo de Valle del Maíz.

El coronel D. Benito Armiñán, al frente de una poderosa división, se adelantó á marchas forzadas sobre Mina, quien no entrando por entonces en sus planes aceptar nuevas batallas, salió de Valle del Maíz con dirección al Bajío.

El 14 de Junio se alojó con sus escasas fuerzas en la Hacienda de Peotillos, de la propiedad de los frailes Carmelitas, á catorce leguas de San Luis Potosí.

Armiñán le siguió sin darse lugar de reposo, con tanto mayor motivo, cuanto que contando con dos mil hombres, mil cien de caballería, seiscientos infantes y trescientos de reserva, supo que el enemigo sólo disponía de unos trescientos combatientes.

Estas noticias las tuvo Armiñán por dos heridos, soldados de Mina, que habían quedado curándose en Valle del Maíz, y á los cuales hizo fusilar sin compasión alguna en cuanto se convenció de que ningún otro informe tenían que darle.

El día 15 Mina avistó á los realistas, y saliendo inmediatamente de la Hacienda con sólo ciento setenta y dos hombres, formó su línea de batalla, y la acción dió principio con mal éxito para los insurgentes; pero el valeroso joven navarro no se desconcertó, y arengando á su puñado de valientes como él sabía hacerlo, formó un cuadro cerrado y avanzó sobre la caballería enemiga que no pudo resistirle, y entró en desorden tal, que todo el ejército realista se desbandó y dió á huir con tal prisa, que, como dice un historiador, el teniente coronel Piedras, comandante de la caballería, arrebatado por el torrente no paró hasta Río Verde, y no se supo de él en muchos días; Rafols, otro de los jefes, hizo que un corneta le tomase en ancas, y Armiñán, que huyó como todos los demás, se retiró hasta San José, situando en una estrechura que formaba el camino, un destacamento de caballería de Sierra Gorda para contener á los fugitivos, mas éstos venían tan llenos de temor, que se clavaban ellos mismos en las lanzas de los soldados.

Mina perdió en esta acción entre muertos y heridos cincuenta y seis hombres de los ciento ochenta y dos con que entró en batalla: Armiñán perdió más de cuatrocientos, y no obstante quiso hacerse pasar como victorioso en el parte que dió á Apodaca, parte

célebre, porque no sabiendo ya qué decir para ocultar su derrota lo terminó con estas palabras: *no hay más papel.*

Como no habría sido prudente aguardar á que Arminán se rehiciese, Mina salió de Peotillos, y en la Hedionda el cura le recibió con repiques, á la vez que, contando el reducido número de los soldados, dió aviso de ello al comandante de San Luis. En la hacienda del Espíritu Santo entró sin resistencia alguna, pues sus defensores habían huído, y sólo encontró mujeres que salieron á recibirle en procesión, llevando en andas una imagen de la Virgen. Al anochecer del mismo día llegó al Real de Pinos é intimó la rendición al subdelegado López Portillo, encargado de su defensa; pero éste contestó con altivez y Mina se preparaba á tomar la población por asalto al siguiente día, cuando algunos de sus soldados, escalando unas azoteas, se introdujeron durante la noche en la plaza, sorprendieron á los realistas y se hicieron dueños del Real.

Ya en las llanuras de la provincia de Zacatecas, y después de tres días de fatigosa marcha en que los expedicionarios padecieron hambre y sed, una partida de caballería insurgente, tomándolos por realistas al verlos bien uniformados y armados, hizo fuego sobre ellos, y comenzó tan reciamente á batirlos, que grandes dificultades tuvieron para atraerla á parlamento: una vez esto logrado, Mina supo con gran satisfacción que á nueve leguas de allí se encontraba el fuerte del Sombrero ó de Comanja, mandado por don Pedro Moreno, jefe de las fuerzas encargadas de aquel rumbo.

Hallábase ya, pues, en territorio insurgente, después de haber andado en treinta días doscientas veinte leguas en país ocupado por los realistas, á los cuales había vencido en dos reñidas acciones, luchando en una de ellas, la de Peotillos, con fuerzas diez tantos superiores á las suyas.

D. Pedro Moreno recibió á Mina con grandes demostraciones de afecto y de admiración, bien justificada por cierto, pues el valiente y generoso aliado no había tenido hasta entonces número de hombres superior á trescientos, y sólo con doscientos sesenta y nueve entró en el fuerte en la madrugada del 24 de Junio.

La reunión de Mina con los insurgentes no podía ser vista con indiferencia por los realistas, y todos sus esfuerzos se concentraron en el propósito de derrotarle é inutilizarle antes de que prosiguiese su marcha hacia el foco de la insurrección.

Ordóñez, comandante general de Guanajuato, y Castañón con sus tropas volantes, marcharon con dirección al fuerte del Sombrero al frente de unos ochocientos hombres escogidos.

No faltaron quienes diesen aviso de ello á Mina, y buscando, no sólo el demostrar á los insurgentes que era digno del aprecio con que le habían recibido, sino desconcertar á los realistas con las pruebas de su arrojo, salió al encuentro de Ordóñez con doscientos de los suyos, poco más de ciento de D. Pedro Moreno, quien también quiso acompañarle, y un destacamento en mal estado de armamento y disciplina, de que era jefe Encarnación Ortiz, llamado el Pachón.

En las inmediaciones de la hacienda de San Juan de los Llanos, á once leguas de San Felipe, avistáronse las fuerzas de Mina y Ordóñez; y tomadas por una y otra parte las oportunas disposiciones, la batalla comenzó, haciendo Ordóñez una descarga cerrada que por poco da muerte á Mina, quien por milagro salvó de ella, pues algunas balas atravesaron su uniforme é hirieron ligeramente á su caballo.

Sin duda, aquello enardeció más y más el valor de Mina, y sus disposiciones fueron tan acertadas y el vigor del ataque tal, que en pocos momentos el coronel Young á la bayoneta, el mayor Mayllefer con la caballería, y Ortiz, el Pachón, con sus lanceros, dieron al traste con los realistas, que en solo ocho minutos que duró la acción fueron completamente derrotados.

Muertos quedaron en el campo de batalla los dos jefes realistas Ordóñez y Castañón y trescientos treinta y nueve soldados: se les hicieron doscientos veinte prisioneros y se les tomaron dos cañones, quinientos fusiles y gran cantidad de vestuario y municiones de toda especie.

Mina tuvo sólo ocho muertos y nueve heridos; pero entre los primeros estuvo el mayor Mayllefer, jefe de los húsares y dragones, suizo de nacimiento, que se había distinguido en primera línea combatiendo en la Francia del 93 contra los ejércitos extranjeros enemigos de la República. Mina, que sabía bien lo que aquel hombre valía, deploró su muerte como una de las mayores desgracias que pudieran haberle acontecido.

Esta acción tuvo lugar el 29 de Junio de 1817 y hubo de notable en ella, á más de lo que dejo dicho, que, efecto de la celeridad

de Mina en el ataque, el enemigo no tuvo tiempo de abrir sus cajones de metralla, y teniendo á mano buenas talegas de pesos duros, cargó con ellos los cañones, lujo y suceso seguramente sin precedente y que quizá no volverá á repetirse.

En el fuerte del Sombrero, en la residencia de la Junta de Jaujilla, y en todos los lugares ocupados por los insurgentes, la acción de los Llanos fué celebrada con entusiasmo y grandes regocijos.

Mina dispuso que los prisioneros realistas fueran puestos en completa libertad y se les facilitaran recursos y bagajes para que se marcharan á donde mejor les acomodase, caso de que no quisieran unirse á sus fuerzas, en las que habían de servir con lealtad sopena de ser fusilados á los primeros indicios de traición. Sólo un escaso número admitió la libertad; el resto de los prisioneros pidió permanecer al mando de tan extraordinario caudillo.

Si habían de proseguirse con algún fruto las operaciones, necesario era disponer de recursos suficientes, y no habiéndolos en el campo insurgente, indispensable fué que Mina se los proporcionase recurriendo para ello á un expediente que constituyó el único borrón que mancha su justa y sin esto limpia fama.

Noticioso de que en la hacienda del Jaral, el marqués del mismo título guardaba una gran cantidad de numerario, determinó asaltarla como lo hizo el 7 de Julio, aunque sin hallar resistencia, porque el Sr. de Moncada, al saber la proximidad de Mina, salió con trescientos de sus servidores para la hacienda del Bizcocho.

Uno de los criados del marqués descubrió al jefe insurgente el lugar en que había sido enterrado el dinero, y de una pieza inmediata á la cocina se extrajeron ciento cuarenta mil pesos, que, colocados en carros, fueron confiados á una escolta que los condujese al fuerte del Sombrero.

La tal escolta era tan de fiar, que en el camino se robó treinta y tres mil pesos, cuyo paradero fué imposible descubrir.

Tal era la moralidad de aquellos malos insurgentes.

Esta depredación de Mina es, como dejo dicho, la mancha que oscurece la limpidez de su conducta, pues por más que en aquellos años fuese cosa ordinaria y común el despojar á los ricos para fomentar la revolución, Mina era hombre de muy distinta clase y en todas sus proclamas había ofrecido respetar la propiedad ajena.

Al llegar al fuerte del Sombrero el insurgente español, encontró

al Padre Torres y al Dr. San Martín y al Licenciado Cumplido, que llenaron á nombre de la Junta de Jaujilla el encargo de felicitarle por su llegada y de ponerse de acuerdo con él sobre el plan de operaciones que sería conveniente seguir.

El Padre Torres convino en ceder el mando en jefe á Mina; pero obligado tan sólo por la opinión del Cumplido y San Martín y no porque comprendiese la conveniencia de hacerlo así. Este Padre Torres, hombre díscolo é indomable por carácter, fué desde entonces una de las rémoras que encontró Mina para el buen éxito de sus planes, y jamás dejó de verle con mal disimulada envidia.

La rápida sucesión de los triunfos de Mina alarmó como era natural al virey Apodaca, quien dió el encargo de exterminarlo al mariscal de campo D. Pascual de Liñán, poniendo á su disposición cuantas tropas operaban al mando de distintos jefes en las provincias vecinas al teatro de las operaciones de Mina, al cual declaró en su proclama de 12 de Julio, «sacrílego, malvado, enemigo de la religión y traidor á su rey y á su patria.»

Ofreció, además, quinientos pesos y el indulto á quien le presentase la cabeza del nuevo y temible insurgente que había venido á alterar la tranquilidad de un país que estaba tocando al término de su entera pacificación.

Entre las instrucciones que se comunicaron á Liñán, estaba una que por sí sola hace el elogio del joven navarro, y que decía: «procúrese desvanecer los terrores que en las tropas y en los pueblos había inspirado Mina y su gavilla de extranjeros, á pesar de la cortedad de su número.»

Este terror era tan grande, que al pasar Liñán revista á los ciento diez hombres que mandaba D. Ildefonso de la Torre, que dependía de la división de Orrantia, los halló tan aterrorizados, que por su informe al virey, hizo juzgar en México y ante un consejo de guerra, á D. Ildefonso por haber demostrado cobardía.

## IX

La carta de D. Carlos Gayangos á su primo D. Pascual, reproducida en uno de los anteriores capítulos, hizo que éste esperase con cierta relativa calma su llegada.

Pero lejos de estar tan próxima, como la susodicha carta prometía, la vuelta de D. Carlos á México se fué prolongando de tal modo, que el infeliz marido de la hermosa D.ª Manuela llegó á perder la paciencia.

Por más que la desaparición de su mujer debiera haberle devuelto la tranquilidad, y así se creyó durante los primeros meses de salvada aquella espantosa crisis, durante la cual estuvo casi loco, según dejo escrito, conforme el tiempo fué pasando, D. Pascual volvió á empeorarse y sus amigos y criados comenzaron á darle por perdido.

Sin ser un loco tenía manías de tal, ocurríansele estrambóticas ideas y en tal cual ocasión, alguno de sus sirvientes salió mal parado de sus manos.

Referiré una de sus estrambóticas ocurrencias y uno de sus atropellos á sus criados:

Una vez vaciada la gran paila, denominada «la Elefanta,» y convertido en jabón su pestilente contenido, D. Pascual mandó cerrar la puerta y asegurarla con fuertes candados.

En algunos meses no volvió á ocuparse de «la Elefanta;» pero aquellos pasados, dió en decir que trataban de robarle el jabón depositado en ella, y en reñir bárbaramente á cuantos operarios se detenían por casualidad frente á la sellada puerta.

Persistiendo en esta idea, dispuso un día que los grandes panes del jabón de «la Elefanta» fuesen trasladados á una habitación inmediata á su recámara, operación que por sí mismo vigiló, siempre con la idea de que alguno de los panes le fuese robado.

Mucho dió que decir á los operarios aquella estrambótica determinación y no faltó uno, que por maldad ó por lo que se quiera que fuese, cayera en la tentación de robar uno de los citados panes.

Quiso su desgracia que cuando con él salía de la pieza en que todos estaban guardados, acertase á descubrirle D. Pascual.

Lanzóse sobre el ladrón y hubiérale matado, si al ruido de las disputas no hubiesen acudido el resto de la servidumbre.

Separados amo y criado, aquel tomó el voluminoso pan de jabón y al guardarle de nuevo, le decía á gritos como si hubiera hablado con un sér racional y capaz de oirle:

—¡Quieto, quieto ahí, maldito: aún no ha sonado la hora de que puedas vengarte de mí!

Los que esto oyeron decir á D. Pascual, juraron á piés juntillas que sólo un loco podía decir tales necedades á un pan de jabón.

De todo ello fué avisado D. Carlos, que se apresuró á escribir á su primo la siguiente carta:

«Mi muy querido Pascual: Cuantos á tí y á mí nos quieren bien, me aseguran en sus cartas que mi tardanza en regresar á México, según tus deseos, ha exaltado de tal modo tu carácter, que eres injusto aún con aquellos que mejor te quieren y más tierna solicitud te demuestran.

»Esto me hace suponer que también contra mí has de estar irritado, y me confirma en tal idea el hecho de haberme escaseado tus cartas, tal grado, que ya ni recuerdo la fecha de la última que me escribiste.

»Eres muy injusto conmigo.

»Si no estoy ya al lado tuyo, es porque me ha sido materialmente imposible. Cerrado casi el trato de venta de mis propiedades en este rumbo, la alarma producida por la expedición de Mina, retrajo al comprador y desbarató todos mis proyectos.

»Hubiéralo dado todo al diablo sin la circunstancia que paso á referirte:

»Hará un mes, uno de los criados de mi rancho del Alamo, se me presentó con unas piedras extraídas de la pared de un pozo que fué necesario limpiar.

»Esa piedra era un trozo mineral tan sumamente rico en plata que, francamente, me entusiasmé.

»Procedí á un formal reconocimiento y mis ilusiones tomaron la apariencia de una realidad, maravillosamente seductora: una espléndida veta atravesaba el pozo; ¿cómo no la notó el que abrió dicho pozo?

»No lo sé, ni en último resultado me importaba saberlo.

»Estaba en posesión de una riqueza inagotable, y esto hizo que no me ocupase más de lo que no había sido en mi año.

»En medio de mi disculpable sueño de prosperidad, ocurrió lo que ya sabrías por las gacetas.

»Mina aplastó á Ordóñez, comandante general de esta provincia, cuya capital temimos todos que cayese en poder de los insurgentes, repitiéndose las horribles y bárbaras escenas del asalto de Granaditas, por las hordas indisciplinadas del curo Hidalgo, que en paz descanse.

»Por fortuna no fué así por entonces.

»Después del despojo de la hacienda del Jaral, que el marqués estima en más de trescientos mil pesos, Mina pretendió apoderarse de la ciudad de León, durante la noche del 27 de Julio; pero fué rechazado por el vecindario y los realistas, con pérdida de más de cien hombres de los quinientos que mandaba.

»Vuelto al fuerte del Sombrero, que pertenece á la intendencia de Guanajuato y dista de aquí diez y ocho leguas, el mariscal Liñán le puso sitio á partir del 31 de Julio, y los ataques comenzaron derrotando ó rechazando Mina en casi todos ellos á los realistas.

»Pero en el fuerte comenzaron á escasear los víveres y el agua faltó completamente, llegando á ser tan deplorable su situación, que Mina resolvió romper á viva fuerza el cerco, é ir en busca del Padre Torres, que por envidia y mala voluntad no intentaba siquiera abastecer el fuerte.

»El coronel Young quedó en su lugar asociado al valiente D. Pedro Moreno, pero una bala de cañón le llevó de los hombros la cabeza.

»Poco después los sitiados resolvieron salir del fuerte ó morir intentándolo, y sólo lo último lograron en la noche del 19 de Agosto, pues sentidos por los realistas por imprudencia de los niños y mujeres, cargaron sobre los fugitivos haciendo en ellos una atroz y bárbara matanza. D. Pedro Moreno escapó casi por milagro. Liñán hizo fusilar á los heridos y moribundos y á doscientos prisioneros.

»Tomado el fuerte del Sombrero, Liñán se dirigió á sitiar el de los Remedios, en el cerro de San Gregorio.

»Fortificada muy bien aquella posición por el Padre Torres, Mina se trasladó á él y pretendió en vano combinar un plan con dicho jefe, que envidioso de la gloria de Mina, fué el primero en propalar que las intenciones del caudillo navarro eran, no las de procurar la independencia de México, sino las de reunir dineros y elementos para combatir en España á Fernando VII.

»Obtuvo, sin embargo, que le fuesen facilitadas algunas fuerzas, pues sus valientes camaradas habían casi todos perecido en el Sombrero, y con ellas se lanzó á acometer una serie de acciones de valor extraordinario, tales como la toma de la hacienda del Bizcocho, que incendió en venganza de sus amigos fusilados, el asalto

reñidísimo de San Luis de la Paz, y la sorpresa frustrada de San Miguel el Grande.

»Después de esto, y con el fin de llamar la atención de las tropas de Liñán, reunido en el llano de Silao con D. Pedro Moreno, y huyendo la persecución de las tropas de Andrade y Orrantia, se nos metió casi sin ser visto en las calles de Guanajuato, cuando ya le creíamos impotente para ello, pues algunos días antes Orrantia había dispersado su gente en la hacienda de la Caja.

»La entrada de Mina en Guanajuato se verificó á las dos de la mañana del 25 de Octubre, sin que hubiese sido visto ni sentido por nadie.

»Al llegar á la calle de los Pocitos, Mina se encontró con una ronda mandada por el español D. Manuel Baranda, quien dió la voz de alarma que bastó para que el comandante de la guarnición, D. Antonio Linares, se pusiera en estado de defensa, situando en la plaza un cañón con el que recibió á metrallazos á Mina, que avanzando por la calle del Ensayo, llegó hasta el puente Nuevo; pero sus guías huyeron y dejáronle en deplorable situación, pues no conociendo la ciudad, nada pudo hacer: la mayoría de las tropas insurgentes se desbandó, y el resto se negó á obedecerle, porque en un momento de disculpable enojo, dijo á los oficiales que vista su cobardía eran indignos de que un hombre de honor abrazara su causa.

»Mina con sólo cuarenta infantes y veinte caballos, llegó en la mañana del 26 al rancho del Venadito, anexo á la hacienda de la Tlachiquera, donde le recibió el propietario y amigo suyo D. Mariano Herrera, á quien los realistas habían causado enormes perjuicios, incendiándole la casa y oficinas de la Tlachiquera.

»A la hora en que esta carta te escribo, corre aquí la noticia de que Mina ha sido aprehendido por Orrantia, pero nada de cierto he podido averiguar, pues se guarda el mayor secreto, á causa, según dicen, de que se teme que si dan pormenores de la prisión de Mina, los insurgentes hagan un último esfuerzo para salvarle de la suerte que se le espera.

»Como puedes estimarlo tú mismo, este cúmulo de contratiempos es lo único que me obliga á permanecer aquí, pues, según el último reconocimiento de un perito competente, mi supuesta mina no tiene importancia de ninguna especie, ni ofrece veta como en los primeros instantes supusimos.

»Mi desencanto me ha hecho malbaratar mis bienes, y no pasarán quince días sin que tenga el gusto de darte un abrazo tu amante primo que mucho te quiere.—*Carlos Gayangos.*»

## X

Completemos las noticias de la carta anterior.

A las siete y media de la noche del 30 de Octubre, sorprendió á los pacíficos habitantes de la capital de la Nueva-España un ruidoso repique de las sonoras campanas de la Catedral, contestado por el estrépito de los cañones de Palacio que hacían salva en la plaza, entre los vítores de la multitud.

Acababa de recibirse la noticia de la prisión de Mina, por parte de Pesquera, comandante de Irapuato.

En el teatro, la animación y la alegría fueron tan extraordinarias, que un concurrente improvisó la letra de una marcha, que fué cantada por las cómicas entre nutrida salva de aplausos.

Según las noticias que circulaban en los corrillos, un tal CHAGOYA, cuyo nombre debe ser conocido para ser por todos despreciado, dueño de un rancho próximo al del Venadito, supo que en éste se hospedaba Mina, y le denunció á D. Mariano Reinoso, comandante de Silao.

Reinoso lo avisó á Orrantia, quien al amanecer del día 27, hizo avanzar al galope sobre el rancho con ciento veinte dragones de Frontera al teniente coronel D. José María Novoa.

El valiente D. Pedro Moreno quedó muerto en el primer instante, y Mina fué hecho prisionero por el dragón José Miguel Cervantes.

Presentado á Orrantia, este indigno jefe maltrató al ilustre prisionero, llamándole traidor á su rey y á su patria, y dándole de golpes con la espada, lo que hizo exclamar á Mina con sublime indignación.

—«Siento haber caído prisionero; pero este infortunio, me es mucho más amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado.»

Orrantia no se conmovió con este reproche, y antes bien, unien-

do la burla al insulto, llevó en triunfo á Mina á Silao, haciéndole preceder por un soldado, que á guisa de estandarte llevaba clavada en una pica la cabeza de D. Pedro Moreno.

Puesto en prisión, como si no hubiera debido fiarse de un militar como él, ni de las numerosas guardias que le custodiaban, Orrantia mandó que se le pusiesen grillos en los piés, lo que hizo exclamar á Mina.

—«Bárbara costumbre española: ninguna otra nación usa ya este género de prisiones; más horror me da verlas que cargarlas.»

Al recibirse del preso el mariscal Liñán, en su campo de batalla frente á los Remedios, hizo que se le quitasen los grillos, y le trató de un modo muy distinto y mucho más decoroso.

Tuvieron en ello mucha parte los oficiales españoles que con Liñán habían llegado á Nueva-España, ya porque muchos eran amigos y conocidos de Mina, ya porque todos ellos estaban filiados, como él, en distintas logias de la masonería española.

No pudieron, no obstante, ni aun tener esperanzas de salvarle la vida.

Al preguntársele á Apodaca, qué se hacía con el preso, el virey contestó:

—¿Qué menos se puede hacer con un traidor, que fusilarle por la espalda?

El coronel español D. Juan Horbegozo, mayor general del ejército sitiador de los Remedios, levantó una ligera información, cuyo único objeto fué obligar á Mina á descubrir los nombres de las personas con quienes se hubiese hallado en relación, y los medios y recursos de que pudieran disponer los insurgentes.

Mina se negó obstinada y heróicamente á hacer relación alguna, ni comprometer á nadie, y respondió:

—No he tenido ni tengo más cómplices que mi amor á la libertad, mi odio á la tiranía y mi valor personal: las mismas balas que hayan de matarme, matarán á los tres conmigo.

Preguntado si había dejado á alguien sus instrucciones para seguir la campaña, según determinados planes, contestó con entereza.

—Sí, las he dejado.

—¿Cuál es su nombre?

Y el héroe contestó con digno y noble orgullo.

—El ejemplo de mi conducta que espero habrá de seguir quien se crea digno de ello.

El mártes 11 de noviembre de 1817, á las cuatro de la tarde una escolta de cazadores del regimiento de Zaragoza condujo á don Francisco Javier de Mina al lugar designado para la ejecución, que lo fué el crestón del cerro del Bellaco: á su lado marchaba el capellán del mismo regimiento D. Lucas Sainz, encargado de acompañarle en sus últimos momentos: ante él manifestó que moría en el seno de la religión católica, encomendándose á las oraciones de sus fieles.



Un momento después, ...

Un momento después, D. Javier Mina moría fusilado por la espalda como un traidor.

Su heróica y breve campaña duró seis meses y veintisiete días, desde el 15 de Abril al 11 de Noviembre de 1817.

Contaba al morir veintinueve años de edad.

Mina no fué bien comprendido ni mucho menos secundado por los jefes insurgentes que en la época de su llegada al país procuraban mantener calientes las cenizas de la grande obra iniciada por Hidalgo, y llevada al apogeo por el inmortal D. José María Morelos.

Desde que se tuvo noticia de su expedición, diéronse en circular

los mayores absurdos, ya por aquellos que no tenían fe en la nobleza de los propósitos del insurgente español, ya por los envidiosos y mal intencionados, incapaces é indignos de una honrosa emulación.

El mismo D. Carlos María Bustamante, que en sus diversas obras vistió con ropaje de héroes á simples bandidos y salteadores de caminos, si bien no pudo sustraerse á la admiración de los hechos del joven navarro, dijo en uno de sus escritos:

«No era Mina el destinado para hacer la ventura de la América; su venida traía por objeto robarle sus riquezas, y hacer que por medio de ellas se fomentase la revolución en España, y venciese el partido liberal.»

No puede darse insulto más grosero que el contenido en las anteriores líneas; bien es verdad que no fué más justo con el insigne é incomparable Morelos el atrabiliario escritor, para el cual sólo hubo en la guerra de independencia un hombre digno de ser por él admirado, el Lic. D. Ignacio López Rayón, cuyo nombre el Congreso Mexicano no juzgó merecedor de ser escrito con letras de oro en su salón de sesiones como habíanlo sido los de los demás caudillos insurgentes, lo cual hizo exclamar y escribir á Bustamante.

«¡Y querrá el Congreso tener buenos servidores y héroes, cuando así corresponde á los servicios de un hombre tan benemérito! ¡Bah!...»

Pero la opinión de Bustamante acerca de Mina no lo fué afortunadamente más que suya, y el nombre del héroe navarro fué inscrito en los ambicionados libros de oro, allí mismo donde no se quiso inscribir el de Rayón.

Los hombres de la talla de Mina se hacen justicia, y se abren las puertas del templo de la gloria por sí mismos.

Al inscribirle México en el catálogo de sus hijos predilectos, honró al héroe navarro y se honró á sí mismo, pues nada honra tanto á los pueblos como no mostrarse sordos á la voz de la gratitud.

En cuanto á las intenciones y propósitos de Mina, sus hechos y su muerte son su mejor justificación.

Pero si no obstante estos, aun se buscasen otras pruebas que la apoyen, ahí están sus valiosas proclamas, con orgullo conservadas por la historia nacional.

La que expidió en Galveston el 22 de Febrero de 1817, es de tal naturaleza importante y explícita á este respecto, que bien podríamos trasladarla íntegra á estas páginas, sin temor de cansar á sus lectores, si el espacio me lo permitiera.

No me lo permite, y debo limitarme á reproducir los párrafos que hacen al caso.

Describe á grandes rasgos su propia historia, que es la del más entusiasta amor á la libertad, y al referir su regreso á España desde las prisiones francesas, dice:

«¡Cuál fué mi sorpresa al ver el nuevo orden de cosas! Los satélites del tirano, sólo se ocupaban en acabar de destruir la obra de tantos sudores; ya no se pensaba sino en la subyugación de las provincias de Ultramar, y el ministro D. Manuel de Lardizábal, equivocando los sentimientos de mi corazón, me propuso el mando de una división contra México, como si la causa que defienden los americanos fuese distinta de la que había exaltado la gloria del pueblo español; como si mis principios se asemejaran á los serviles y egoistas que para oprobio nuestro mandan á pillar y á desolar la América, como si fuese nuevo el derecho que tiene el oprimido para resistir al opresor, y como si estuviese calculado para verdugo de un pueblo inocente, quien sentía todo el peso de las cadenas que abrumaban á mis conciudadanos.»

Esta proclama ó manifiesto, concluía con las siguientes nobles palabras.

«Permitidme, amigos americanos, permitidme participar de vuestras gloriosas tareas, aceptad la cooperación de mis pequeños esfuerzos en favor de vuestra noble empresa, contadme entre vuestros compatriotas. Ojalá que yo pudiese merecer este título, haciendo que vuestra libertad se enseñorease, ó sacrificando por ella mi existencia. Entonces decid á lo menos á vuestros hijos en recompensa: esta tierra feliz fué dos veces inundada en sangre por españoles serviles y esclavos abyectos de un rey; pero hubo también españoles amigos de la libertad que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien.»

El día 12 de Abril, Mina dirigió otra proclama á los soldados expedicionarios, diciéndoles entre otras cosas no menos nobles y elevadas.

«Al pisar el suelo mexicano, no vamos á conquistar sino á auxi-

liar á los ilustres defensores de los más sagrados derechos del hombre en sociedad. Os recomiendo el respeto á la religión, á las personas y á la propiedad.»

En su proclama á los soldados españoles y americanos, firmada en Soto la Marina, después de formular un exacto y severo juicio del sistema tiránico y opresor de Fernando VII, les dice: «ayudan-



D. Francisco Javier Mina

do á sus agentes en el Nuevo Mundo os degradáis hasta constituiros verdugos de un pueblo inocente, víctima de la mayor crueldad por los mismos principios que los que distinguieron al pueblo español en su más gloriosa época... El suelo precioso que poseéis no debe ser el patrimonio del despotismo y la rapacidad; si perdéis estas miras, contrariáis á las de la Providencia, que os proporciona la mejor coyuntura para cambiar vuestra abyección y miseria.»

Mina fué combatido y fusilado por Apodaca, como traidor á su patria y á su rey; esta especie la desvanece enteramente el suceso que paso á referir.

En una solemne ocasión, cuando se le proponía armar buques de corso para arruinar el comercio español en América, el héroe contestó:

«¿Creéis que Javier Mina viene á despojar á sus compatriotas? ¡No! Yo hago la guerra á los tiranos, no á los hombres; yo combato contra el gobierno despótico, no contra los españoles.»

«Mina, dice un historiador, al sacar la espada en defensa de la independencia de México, abrazaba una causa fundada en los mismos principios que lo habían movido á emprender las revoluciones de Navarra. Si hubiera querido gozar del favor de la córte, el poder y los empleos estaban á su disposición; pero le estorbaban su carácter y sus principios. Creía como nuestros filósofos ilustres y como los más sabios españoles que los tesoros del Nuevo Mundo habían ejercido un funesto influjo en la prosperidad y en la gloria de España; por consiguiente, no se le puede acusar de haber obrado contra su país. Tampoco era de su obligación prestar obediencia á Fernando, á quien miraba como enemigo público. No se unió con los enemigos de su patria como Coriolano; ni se vendió á una córte extranjera como Eugenio. Frustrada su esperanza de restablecer la libertad en España, consagró su brazo á la defensa de la libertad en América.»

Otro de sus biógrafos dice:

«Mina en su corta carrera, pues bajó á la tumba á los veintiocho años, supo sacrificar sus preocupaciones en aras de su razón, supo disputar inmortales laureles á la victoria; hacer morder el polvo á las huestes vencedoras de Napoleón I y á los tiranos de Nueva España: arrostrar con nobleza el infortunio, hacer brillante su auréola de desterrado, combatir por la libertad del género humano y conquistar la gratitud de un pueblo libre. No en vano nuestra patria le ha colocado en el altar destinado á sus libertadores, y le ha erigido un público testimonio de gratitud nacional.

»Como hombre, amaba tanto los principios de caridad y de justicia, que estando ya prisionero y cercano su fin, el último día de su vida, llamó á un joven oficial de la guardia que lo custodiaba, y lo inició en los secretos de la masonería escocesa, para *hacer con ello un último servicio á México*, según su propias palabras.»

Bustamante, el procaz y preocupado historiador, no pudo por menos de hacerle justicia en el siguiente retrato que hace de Mina.

«Había nacido con las mejores disposiciones para la carrera militar. Poseía el valor en alto grado. Era sereno, activo, frugal, infatigable y desinteresado. Sufría con gusto y como el último soldado las mayores privaciones de la campaña. Hacíase amar de la tropa por el bello realce de su educación y finura, que mostraba aún en las acciones más indiferentes. En su semblante se notaba superioridad, y aquella fuerza secreta é irresistible que la sabia naturaleza pone en las palabras y en el gesto de los que destina para mandar, caracterizándolos de genios superiores. Su estatura era de cinco piés y siete pulgadas: no corpulento pero sí bien formado. Sus reliquias están depositadas en una bóveda sepulcral, en la capital de México, bajo el altar de los Reyes en la Catedral, junto con las de Hidalgo, Allende, Morelos, Matamoros y otros varios jefes de venerable memoria para los mexicanos.»

## XI

En el mismo día y casi á la misma hora en que Mina ganaba la sorprendente acción de Peotillos, descrita en su lugar respectivo, el fuerte del Soto la Marina se rendía después de una heróica resistencia á las tropas realistas.

Dije también á su tiempo que aquel fuerte fué construído por disposición de Mina, con objeto de poner en él en seguridad los uniformes, armas y pertrechos que en mucha cantidad había traído á bordo del *Neptuno*.

Dirigió la construcción del fuerte el ingeniero Rigual, y el mismo Mina trabajó en las obras como un operario cualquiera, á fin de dar á sus soldados el ejemplo en todo.

Levantado el fuerte, depositados en él los pertrechos y montados los cañones que debían servir á su defensa encomendada en jefe al mayor D. José Sardá, catalán de nacimiento, Mina se internó en el país, como dejamos dicho, quedando de guarnición en el fuerte ciento trece hombres.

El mayor Sardá, noticioso de que el comandante general Arredondo se dirigía á atacarle al frente de un ejército compuesto de dos mis hombres y diez y siete cañones, comprendió que iba á ser

preciso sostener un sitio prolongado, y careciendo de bastimentos para alimentar sus tropas, dió la comisión de procurárselos al capitán Andreas, quien salió á cumplir su encargo al mando de una partida de paisanos armados.

Regresaba al fuerte con su partida y veintitres mulas cargadas de trigo y otros bastimentos, cuando fué atacado por fuerzas realistas superiores en número; en la acción quedaron muertos todos los insurgentes menos tres, que quedaron prisioneros: dos de éstos fueron fusilados sobre el campo de batalla, y el tercero, que era Andreas, pudo salvarse alegando que se había batido en España contra los franceses y ofreciendo servir entre los realistas y contra sus camaradas. Cumplió su oferta instruyendo á Arredondo acerca de los elementos y recursos de Sardá, é induciendo á la deserción al ingeniero Lasala y al capitán Metternich, que traidoramente se fugaron del fuerte.

Sardá contaba con pocos hombres; pero teniendo gran número de fusiles, hizo cargarlos todos y los apiló cerca de las troneras, á fin de que sus soldados pudiesen con este recurso hacer un fuego nutrido é incesante; cargó también á metralla los cañones y llenó un obus con novecientas balas de fusil.

El 11 de Junio, Arredondo rompió el fuego sobre el fuerte, que había sido cercado la víspera, estableciendo una batería en la orilla izquierda del río, con el fin de impedir á los sitiados la toma del agua. Esta medida fué fatal para la gente de Sardá, porque el calor era excesivo y la sed la atormentaba horriblemente. Apenas algún hombre salía del fuerte y se aproximaba á la orilla, los cañones del ejército real le obligaban á retirarse: si alguno insistía en avanzar instigado por su rabiosa sed, ó era muerto antes de llegar al agua, ó si llegaba, en ella se hundía su cadáver.

Sardá enfiló uno de sus cañones sobre la batería enemiga, y protegida por sus disparos, una sola persona se arriesgó á llegar al río y sacar de él varios viajes de agua: esa persona fué una pobre mujer mexicana, cuyo nombre no se ha conservado, con notoria ingratitud á su heróica y generosa acción.

El día 15, Arredondo; juzgando debilitado al enemigo, avanzó hacia el fuerte al grito de «¡viva el rey!» pero Sardá contestó con los de «*¡viva la libertad! ¡viva Mina!* y tan nutrido, certero y bien sostenido fuego hizo sobre los realistas, que éstos, después de va-

rias horas de combate, hubieron de desistir y retirarse con graves pérdidas.

No habían sido menos graves, en consideración á la escasez de su número, las de los defensores. Los diez y siete cañones realistas habían desmontado tres de las cuatro piezas insurgentes, y abierto enormes brechas en el fuerte, cuya construcción era por demás reciente.



...fué una pobre mujer mexicana, ...

Arredondo, que todo esto había notado, intimó la rendición á Sardá: éste reunió á todos sus oficiales, les notició el paso dado por el jefe realista, les preguntó su opinión, y todos ellos cruzando solemnemente sus espadas juraron vencer ó morir. Su jefe contestó á Arredondo que estaba resuelto á volar el fuerte con todos sus repuestos de pólvora y municiones, antes que rendirse.

Renovado por dos veces más el ataque, los realistas fueron dos veces más rechazados, y de tal terror se sintieron poseídos, que á la cuarta vez se negaron á avanzar, y muchos se desbandaron y pusieron en fuga.

Arredondo propuso entonces á Sardá una honrosa capitulación, enviándole por escrito las bases de ella, comprometiendo su palabra de honor de que sería cumplida.

Sardá la aceptó, y aquella misma tarde la guarnición del fuerte salió de él con todos los honores de la guerra.

¡Esta guanición estaba compuesta de TREINTA Y SIETE hombres!

Éstos eran los que quedaban de los CIENTO VEINTE que la formaban al principio!!...

Tal era toda la gente de D. Javier Mina.

Cuenta un historiador que viendo Arredondo tan escaso número, se volvió á Sardá, y le preguntó:

—«¿Es esta toda la guarnición?»

—«Toda,»—contestó Sardá.

Entonces Arredondo, volviéndose al coronel del regimiento de Fernando VII que estaba á su lado, exclamó con admiración:

—¡Parece imposible!

Los realistas perdieron más de trescientos hombres y tuvieron otros tantos heridos: entre los muertos se contaron tres tenientes coroneles.

En la capitulación se estipuló que serían comprendidos en ella cuantos formaban la guarnición del fuerte: que se les abonaría el sueldo correspondiente á sus grados: que los oficiales quedarían prisioneros bajo su palabra de honor y los extranjeros serían embarcados para los Estados-Unidos en la primera ocasión, ¡permitiéndose á los naturales retirarse á sus casas.

Apodaca no aprobó la capitulación, pues su sistema era lo referente á Mina y sus tropas, guerra sin cuartel, y Arredondo no era de lo más escrupuloso en el cumplimiento de su palabra.

Entre el uno y el otro, el compromiso contraído por los realistas fué miserable y villanamente violado.

La guarnición del fuerte no se componía sólo de los defensores que sus muros habían abrigado; formaban parte de ella, puesto que obedecían á Sardá los pequeños destacamentos de naturales con oficiales extranjeros, situados en la margen del río y en su barra. Arredondo pretendió que ni uno ni otro debían considerarse como parte de la guarnición, y una vez apoderado de ellos, que formaban en junto veintiocho hombres, los hizo fusilar y llevando su salvaje crueldad al extremo de disparar sobre el teniente Hutchinson estan-

do tendido en el suelo por no poder tenerse en pié á causa de las heridas que había recibido.

Después de haber obligado á los treinta y siete defensores del fuerte á trabajar en destruir las fortificaciones y enterrar á los realistas muertos, se les condujo en cuerda á Altamira, y de allí, por la Huasteca, á Pachuca, y encerrados en Veracruz en el castillo de San Juan de Ulúa, en un galerón que desde entonces recibió el nombre de galerón de Mina.

En Ulúa se les pusieron grillos, sujetando dos hombres en cada barra; se les dejó en el mayor abandono, casi desnudos y mortificados por un hambre tal, que, según Bustamante, detenido entonces en Ulúa, devoraban como perros la carne cruda disputándosela entre sí.

El mismo dice que cierto día llamó su atención un hombre engrillado, alto y rodeado de centinelas; su personal era imponente y conservaba en dignidad en medio de aquel estado de humillación: por la ventanilla de su calabozo le desprendió una torta de pan, la tomó, la acercó al pecho y le dirigió una mirada de gratitud.

Aquel desventurado, era el mayor D. José Sardá.

Otro historiador, parcial de los españoles, dice:

«Los prisioneros encadenados de dos en dos, encerrados en los calabozos de Ulúa, sin sacarlos más que á tomar el sol algunos ratos, sufrieron todas las miserias del hambre y de la desnudez, y fueron por fin conducidos á España, en donde por consulta del consejo de guerra, se les distribuyó de cuatro en cuatro en diversos presidios, recomendando á los comandantes *que fuesen tratados con el mayor rigor, hasta que por pruebas indudables se hiciesen dignos de la clemencia del rey*. Estas palabras están tomadas de la real orden dirigida al gobernador de Cádiz por Eguía, ministro de la Guerra.

El doctor D. Servando Mier, que habíase embarcado en Londres con Mina y formando parte de su expedición, fué hecho también prisionero en el fuerte de Soto la Marina. Pusiéronle grillos y montáronle en una mula, de la cual cayó en el camino rompiéndose un brazo. En Pachuca le separaron de la cuerda de los demás presos, y le condujeron á México, encerrándole en la inquisición con tal secreto, que nadie supo su llegada ni que se encontraba en ella.

Cuentan que llamado á una audiencia del tribunal, el inquisidor Tirado le mandó que dijese el Padre Nuestro.

—«Eso se les pregunta á los muchachos,—contestó el P. Mier, —yo soy doctor en Teología.»

Concluyendo con todas las noticias referentes á los individuos que tuvieron que ver el drama de Soto la Marina, diré que á los infelices prisioneros les fué de suma utilidad y les prestó grandes servicios una francesa llamada Madame Lamar, que en los Estados-Unidos se había agregado á la expedición de Mina deseosa de recorrer la Nueva España, como había ya recorrido Colombia, donde aprendió el español.

Prisionera también, se la destinó al servicio del hospital de Veracruz: en la primera oportunidad que se le presentó salió escapada del puerto. No conociendo el país pronto fué denunciada, y aprehendida de nuevo se la puso al cuidado y bajo la inmediata vigilancia de una familia de Jalapa.

La mujer mexicana, que con riesgo de su vida y desprecio de él, se había lanzado á procurar agua con que aliviar la sed de los soldados del fuerte, murió defendiéndose como un león, en uno de los tres asaltos que tan heróicamente rechazó el valiente y desventurado español D. José Sardá.

## XII

Al partir el martes 11 de Noviembre de 1817, en que Mina fué fusilado, todos los esfuerzos de Liñán se consagraron á conseguir la toma ó rendición del fuerte de los Remedios, que con sus insurgentes defendía el P. Torres.

D. Carlos Bustamante, que, como varias veces he dicho, fué en sus escritos tan apasionado en contra de los españoles como en favor de los insurgentes, dice del P. Torres.

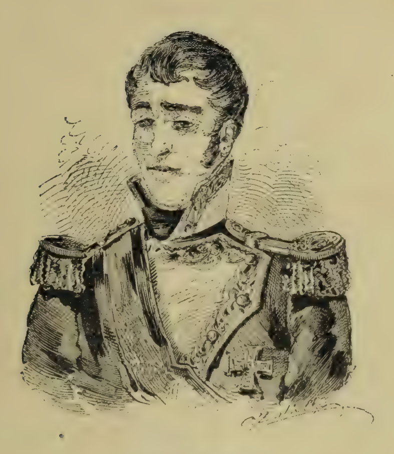
«Su memoria formará una sombra en la historia de la revolución mexicana.

»Era originario de Cucupan, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, se le confirió una coadjutoría de Pénjamo á pesar de su rudeza en sus estudios y deberes sacerdotales.

»Empezó á figurar en la revolución después de la muerte de Albino García, á quien siempre tuvo gran respeto.

»En todo el tiempo que medió hasta el establecimiento de la Junta de Jaujilla, no supo aprovecharse de ninguna de las ventajas que le proporcionaba el terreno en que hacía la guerra.

»Indócil por estupidez, no quiso ajustarse á las máximas de moderación de aquella Junta, entre cuyos miembros no faltó, sin embargo, quien lisonjease sus pasiones y extravagancias.



D. Carlos Bustamante

»La fortuna le hizo muchos favores, pero no supo aprovechar ninguno.

»Franqueando á Mina sus fuerzas y poniendo á su disposición los recursos que entonces tenía, hubiera hecho un señalado servicio á la causa de la libertad, siendo partícipe en la gloria de aquel jefe, pero sus palabras no fueron conformes con sus obras, principalmente desde que Mina comenzó á sufrir algunos reveses.

»La elevación de Torres desencadenó sus pasiones: trató á los

hombres como esclavos y sacrificó á no pocos con crueldad nada común.»

Tal era el hombre á cuyo cargo estaba el mando en jefe del fuerte de los Remedios, nombre que él mismo le puso, aun cuando bien pudiera haberle conservado el de San Gregorio, que lo era del cerro donde se levantaba el fuerte.

En honor de la verdad la localidad no pudo ser mejor elegida.

En medio de la rica y fértil campiña de Pénjamo, en la provincia de Guanajuato, álzanse como gigantesca arruga, una sucesión de escabrosas alturas que, cercadas de precipicios y barrancas de mucha profundidad y grande anchura, revelan las enormes conmociones volcánicas que en lejanos días levantaron las empinadas crestas de la Sierra Gorda y de la de Guanajuato, tan célebre por sus famosos é inagotables minerales.

De aquellas alturas son parte las de San Gregorio, cuyo punto más alto, nombrado el Tepeyac, venía á ser la llave de la posición, por lo que Torres levantó en él un baluarte.

El espacio fortificado abrazaba una circunferencia de más de dos mil varas, perfectamente defendido por la naturaleza y por los baluartes, fortines y parapetos levantados por los insurgentes: á éstos no podía faltarles el agua, pues además de varios pozos que la daban buena, al pié de los muros corría un impetuoso arroyo y de él tomaban cuanta querían por medio de un malacate que funcionaba de un modo perfecto.

El fuerte de los Remedios sólo podía ser dominado por el cerro del Bellaco, pero tan áspera y difícil era la subida, que Torres no le dió importancia, suponiendo sería imposible que los realistas subieran á él su artillería.

No obstante, el 1.º de Setiembre, Liñán situó una batería en aquel cerro y con ella rompió el fuego contra el fuerte de Tepeyac. El mismo cerro del Bellaco fué el lugar designado por Liñán para el fusilamiento de Mina, y en él se dió sepultura á su cadáver.

No es mi ánimo referir las peripecias de aquel sitio que sostuvieron con denuedo el famoso D. Manuel Muñiz y varios oficiales extranjeros pertenecientes á la expedición de Mina, contra un ejército de más de seis mil hombres que mandaba Liñán.

El 16 de Setiembre los sitiadores intentaron el asalto del Tepe-

yac, pero hubieron de retirarse sin lograr su objeto y lamentando una gran pérdida de hombres: igual desgraciado éxito tuvo el asalto de un baluarte llamado de Santa Rosalía, á pesar de que en él habían abierto una brecha muy regular los cañones realistas desde las alturas denominadas del Tigre. Tan grave era el daño que de éstas recibían los sitiados, que concibieron el proyecto de tomarlas como lo intentaron los capitanes Croker y Ramsey con doscientos cincuenta hombres, y el teniente Wolfe con cincuenta. Eligieron para esto una noche, y tomaron tales precauciones, que sin ser sentidos, entraron en el campo realista, destruyeron la batería, clavaron los cañones y se llevaron uno de ellos que se vieron obligados á despeñar por la barranca en vista de la casi imposibilidad de subirle á los Remedios.

Los realistas, que debieron haber defendido la batería del Tigre, no pudiendo imaginarse que del fuerte hubieran salido los insurgentes, creyéronse atacados por Mina, y se desbandaron sin hacer resistencia y poseídos de terror.

El 16 de Noviembre, cinco días después de ejecutado D. Javier Mina, Liñán puso al mando del teniente coronel del batallón expedicionario de Navarra, D. Tomás Peñaranda, una columna de ataque de novecientos hombres, que marcharon decididamente al asalto de una brecha abierta en el baluarte de Santa Rosalía.

En uno y otro campo era grande el deseo de medir una vez más las armas.

Los realistas contaban seguro el triunfo. La ejecución de Mina, efectuada á la vista de los Remedios debió haber aterrado á sus defensores: si con un héroe español se había cumplido acto tan tremendo de justicia, ¿qué otra suerte podían ellos esperar? Además, sin las órdenes terminantes del virey Apodaca, Liñán no había ejecutado á Mina, ni consentídolo la oficialidad española de los cuerpos expedicionarios. Apodaca había hecho morir al héroe navarro, no tanto por considerarlo traidor á su patria y á su rey, sino por demostrar á los insurgentes que habría de castigar el delito de rebelión en cualquiera cabeza que le consumase, por noble y distinguida que fuese. Los realistas odiaban, pues, tanto más á los insurgentes, cuanto que los consideraban causantes del suplicio de Mina.

Por su parte, los insurgentes veían con horror y enconoso des-

precio á un enemigo tan sanguinario y cruel, que había sido incapaz de salvar la vida á un grande hombre á quien debían el levantamiento de media España contra la pirática invasión de Napoleón el Grande. «Tanto nos odian,—decían,—¡que son ingratos é impíos consigo mismos!» «¿Qué debemos esperar de ellos, nosotros humildes criollos, si á una gloria de España han tratado así?» «¿Qué libertad podemos esperar de ellos si así han muerto á un héroe de la suya?» Pero ya que Mina vino á nosotros, y los suyos consideraron un crimen que nos amase como hermanos, nosotros le vengaremos de los suyos, chacales miserables.

La acción del 16 de Noviembre debía ser, por consiguiente, una grande y memorable acción.

Sorprendente eran el orden y regularidad con que la formidable columna de los novecientos realistas, descendió por uno de los frentes de la barranca y comenzó á cubrir el opuesto, á pesar de su excesiva escabrosidad.

Para hacer más solemne el acto, la hora elegida fué la misma de la ejecución del héroe navarro: las cuatro de la tarde.

Liñán trató de distraer á los sitiados llamándoles la atención hacia diversos puntos que hizo atacar por varios destacamentos.

## XIII

Si bien, como dejo dicho, Liñán disponía de un ejército de más de seis mil hombres, y nada por consiguiente tenía de extraño que pudiese formar columnas de ataque de novecientos, los sitiados comprendieron desde luego que el peligro estaba en esta última, y que los ataques con que otros destacamentos amenazaban varios puntos de la línea de defensa, no tenían otro objeto que el de dividir sus fuerzas y distraer su atención.

En tal virtud, cuando la columna de D. Tomás Peñaranda comenzó á subir la áspera pendiente coronada por el baluarte de Santa Rosalía, los insurgentes rompieron sobre ella un vivo y nutrido fuego de fusilería y desprendieron tan enorme cantidad de piedras, que los realistas hubieron de detenerse sobrecogidos de temor.

Peñaranda juzgó comprometido en la empresa su honor militar, y con tanto arrojo como imprevisión se adelantó hasta las primeras filas para alentarlas y rehacerlas.

Vuelta á emprender la subida, los insurgentes vigorizaron su defensa, y Peñaranda cayó muerto y con él otros de los principales jefes que habían estimado de su deber agruparse en su torno. La falta del comandante desorganizó la columna, que retrocedió en desorden, y el enemigo, convirtiendo la defensa en ataque, salió del fuerte y persiguió hasta su mismo campo á los realistas, que perdieron en aquella acción treinta y seis oficiales de alta graduación y cerca de cuatrocientos soldados de los más escogidos de los cuerpos expedicionarios.



...tan enorme cantidad de piedras, ...

Desde aquel día en adelante, Liñán no volvió á intentar asalto alguno, y provisto abundantemente por Apodaca de nuevas tropas,

de gruesa artillería, de copiosas municiones y de recursos pecuniarios, estrechó más y más el sitio.

En el resto del año de 1817, los sitiados hubieron de pasar grandes trabajos, pues exceptuando el maíz, que tenían en abundancia, llegaron á concluírseles los víveres.

Las municiones escaseaban también y la pólvora se concluía sin haberles sido posible fabricarla, pues aunque lo intentaron sólo la obtuvieron de malísima calidad.

Necesario se hizo jugar el todo por el todo, y en la noche del 28 de Diciembre intentaron una salida que comenzó con la mejor fortuna, pues tomaron desde luego dos baterías del campo del Tigre, pero al querer hacer lo mismo con la tercera, Liñán en persona acudió con sus mejores tropas y rechazó á los sitiados obligándolos á regresar al fuerte y causándoles una pérdida de veintisiete hombres.

La situación se hizo insostenible, y resueltos los sitiados de abrirse salida á todo trance, repitieron su salida entre nueve y diez de la noche del 1.º de Enero de 1818, marchando á la vanguardia el Padre Torres, y procurando todo el mundo no hacer ruido alguno que denunciase su intento al enemigo.

Pero de antemano sospechábalo Liñán y había dispuesto que en toda la línea de las barrancas se preparasen montones de combustibles, á los cuales se debía prender fuego á la primera señal de alarma.

Dió ésta un destacamento situado en el rumbo de Panzacola por el que se efectuaba la salida, y en un instante innumerables hogueras iluminaron con siniestro resplandor el fondo de la barranca, por el que procuraban deslizarse los insurgentes.

A la vez los destacamentos del Bellaco y del Tigre asaltaron los baluartes de Tepeyac y Santa Rosalía, y prendieron fuego al fuerte, cuyas habitaciones, formadas de tablazón y paja, ardieron con rapidez, comunicando sus llamas al hospital lleno de enfermos á quienes había sido imposible huir y en él encontraron terrible y desesperada muerte.

La carnicería hecha en los fugitivos fué tan espantosa como la del fuerte del Sombrero, y hombres, mujeres y niños fueron muertos á la bayoneta.

Allí, y de aquel modo, perecieron Crooker, el Dr. Hennessey, y

los demás compañeros de Mina que se encontraban en el fuerte: á los demás jefes y entre ellos á Muñiz, se les fusiló sobre el mismo campo: á las mujeres se les dejó en libertad después de haberles rapado á navaja las cabezas.

Sólo el Padre Torres consiguió escapar y libertarse de la muerte que dió fin á los días de todos sus subordinados.

Así cayó, — dice un historiador, — el fuerte de los Remedios, después de haber burlado por espacio de muchos meses los esfuerzos de un enemigo muy superior en número, en artillería, en municiones y en la experiencia y disciplina de los soldados. El valor de sus defensores y los del fuerte del Sombrero está honrosamente consignado en las siguientes cláusulas de un oficio de Liñán dirigido al virey con fecha 12 de Diciembre. Dice así:

«Si por un error de cálculo hemos concebido que el enemigo que tenemos al frente no merece la consideración de unas tropas aguerridas, propaguemos en hora buena estas especies para con el público: mas ya que en su día tengo que responder al soberano de mis pequeñas empresas militares, pueda asegurar á V. E. que la defensa que han opuesto en los fuertes de Comanja y San Gregorio, es digna de los mejores soldados de Europa, y que de consiguiente no debe despreciarse al enemigo atrincherado en una posición que reune las ventajas del arte y la naturaleza.»

## XIV

A la vez que, como dejo dicho, se desenlazaba con la toma del fuerte de los Remedios el brillante episodio de la expedición de Mina, como si á la fatalidad nada le bastara, otras desgracias venían sobre nosotros reduciéndonos al último extremo.

Dije en otro lugar que D. Ignacio López Rayón pretendió, una vez muerto el insigne D. José María Morelos, reivindicar la autoridad que en él habían depositado los primeros caudillos insurgentes.

Disuelto en Tehuacan el Congreso de Chilpancingo, la Junta de Uruapan primero y de Jaujilla después, en vano quisieron obligar á Rayón á obedecer sus órdenes: desconocida por él, dictó auto de

prisión contra el rebelde, comisionando á D. Nicolás Bravo para que la llevase á cabo, como lo verificó en el pueblo de Zacapuato, sin que el antiguo presidente de la Junta de Zitácuaro opusiera resistencia.

Bravo, que le estimaba en su justo valor, no quiso mortificarle en su desgracia, y olvidando la parte que tuvo en el infortunio del gran caudillo D. José María Morelos, aceptó cuantas condiciones puso Rayón para entregarse prisionero: estas condiciones, justas y prudentes, le garantizaban que no sería juzgado por la Junta de Jaujilla, sino por otra nombrada exprofeso por los comandantes, y que sería tratado con consideración y atendido en todas sus necesidades.

Se le señaló para lugar de su residencia la estancia de Patambo, permitiéndosele que con él residiese su familia. De su custodia y protección se encargaron D. Manuel Elizalde, segundo de Bravo, y D. Pedro Villaseñor, miembro de la Junta, con una guardia de doce hombres.

D. Nicolás se trasladó al cerro de Cóporo, célebre por la defensa que de él hizo D. Ramón Rayón, y allí se fortificó levantando de nuevo las murallas que los realistas habían arrasado. El coronel del regimiento Fijo de México, D. Ignacio Mora, creyó empresa fácil desalojar de Cóporo á D. Nicolás, y así lo intentó el 1.º de Setiembre de 1817, pero fué completamente derrotado con pérdida de cinco oficiales y más de cien soldados. Atribuyó el virey á torpeza el descalabro, y sustituyó á Mora con el comandante del batallón ligero de San Luis, D. José Barradas, pero también éste fué derrotado y á su vez sustituído con el experimentado coronel Márquez Donallo, á quien se agregó, pena siento al decirlo, el indultado D. Ramón Rayón.

Con el conocimiento que éste tenía de aquella localidad, tan gloriosamente por él defendida algún tiempo antes, fácil le fué á Márquez Donallo estrechar el sitio de tal modo, que imposible se le hizo sostenerse en él á D. Nicolás.

El mismo ha dejado escrito lo siguiente:

«Mis sitiadores abundaban de todo, cuando yo de todo carecía: el perro muerto y el caballo fueron el plato más regalado con que muchos días satisfice mi hambre, pasando algunos sin alimentarme.»

Márquez Donallo, que no ignoraba el extremo á que estaban reducidos los sitiados, dispuso terminar aquel asunto en solo un día, que fué el 1.° de Diciembre. Al amanecer rompió un rudo fuego con cañones de grueso calibre, continuando sin interrupción hasta abrir en el fuerte una amplia brecha, por la que al anochecer entraron al asalto los batallones de Lobera y Ordenes militares. Los sitiados, careciendo de municiones y de fuerzas para resistir, intentaron la fuga, dejándose caer por un derrumbadero nombrado las Cuevas de Pastrana, pero D. Ramón Rayón les salió al encuentro causándoles gran mortandad, especialmente de mujeres y niños, y haciéndoles cerca de trescientos prisioneros.

D. Nicolás logró ocultarse entre unas peñas, y allí permaneció atormentado por el hambre y por el dolor de las heridas que al caer se había causado, hasta que con mil precauciones é innumerables peligros pudo trasladarse á pié al rancho del Atascadero, cuyos habitantes, que sentían por él respeto y admiración, le socorrieron en cuanto les fué dable, y le proporcionaron además un buen caballo. La distancia que recorrió á pié entre Cóporo y el Atascadero fué de treinta leguas. En el asalto del fuerte fué hecho prisionero el insurgente D. Benedicto López, á tiempo que trataba de introducir un convoy con que socorrer á Bravo.

Benedicto López, uno de los más antiguos insurgentes y valiente defensor de Zitácuaro contra los realistas, fué inmediatamente fusilado.

D. Ramón Rayón, en premio de sus servicios contra sus antiguos camaradas, fué nombrado por el virey teniente coronel del ejército real.

Bravo llegó á Huetamo en deplorable estado el 8 de Diciembre, y cuando más estaba para ver de curarse que para emprender nuevas campañas, supo con asombro que el cura Verdusco, miembro que había sido del Congreso y comandante general del Sur, había caido en poder de los realistas, gracias á la traición del insurgente indultado D. Juan Antonio de la Cueva, asociado con el cura de Ayacapixtla, D. José Felipe Salazar.

La prisión habíase efectuado en el rancho de Perichucho á media legua de distancia de Huetamo y muy próximo á la estancia de Patambo, residencia de Rayón. Temió D. Nicolás que éste se pusiese en fuga si llegaba á saber que tan cerca tenía á los realis-

tas, y en el acto comenzó á levantar gente para impedirlo, pero por más diligencia que en ello puso, no pudo impedir que Salazar y Cueva sorprendieran á las dos y cuarto de la mañana del día 11 en la dicha estancia á D. Ignacio Rayón y otros jefes insurgentes que fueron hechos prisioneros.

Bravo pretendió, no obstante, ya que otra cosa no le había sido posible hacer, quitar á los realistas sus prisioneros, y con tal fin reunió su gente á la de Guerrero, Zavala y Elizalde, y marchó á atacar á Ajuchitlan, en cuya iglesia habían sido encerrados Rayón y Verdusco. Impidió la realización de este plan el jefe realista Armijo, moviéndose en socorro de Ajuchitlan con el grueso de su división, y D. Nicolás, cuyas heridas empeoraban más cada día haciéndole sufrir con extremo, entregó su gente á Guerrero y se retiró á la sierra dirigiéndose al rancho de los Dolores para atender á su curación.

Hizo la fatalidad que Armijo tomase prisionero en San Miguel Amuco á un insurgente que por salvar su vida le notició el lugar en que Bravo se encontraba.

Armijo midió desde luego la importancia que la prisión del héroe tendría, y sin retroceder ante ningún obstáculo, viéndose obligado á atravesar el río de Dolores, tributario del Mescala, con el agua á la cintura y á abandonar en el camino á los soldados que no podían seguirle en su rápida marcha, logró sorprender á D. Nicolás Bravo y apoderarse de su persona al amanecer del día 22 de Diciembre de 1817, dos años justos después de fusilado el Gran Caudillo.

Si á esto se agrega que el 30 del mismo Diciembre, Aguirre, comandante general de Michoacan, unido con la división de Barradas, hacia más estrecho el sitio que desde el 22 tenía puesto al fuerte de Jaujilla, residencia de la Junta, se comprenderá fácilmente que el año de mil ochocientos diez y siete fué uno de los más aciagos para la causa de la independencia nacional.

## XV

Los golpes que la revolución había recibido con la toma de sus puntos fuertes por los realistas y prisión de sus principales jefes,

daban motivo sobrado para creer que la administración colonial volvería á afirmarse sobre las ruinas de la idea insurgente.

No por eso disfrutaba el país de su antigua calma y tranquilidad.

En la misma inmediación de la capital acontecían con frecuencia lamentables accidentes.

Los caminos de Cuernavaca y de Toluca ofrecían serios peligros á los transeuntes, á pesar de la vigilancia de las tropas reales.

Teniendo su principal asiento, guarida ó cuartel general, según quiera llamársele, en las escabrosidades y bosques del Ajusco, se hizo célebre, aunque no de envidiable fama, un tal Pedro Rojas, más conocido por Pedro el Negro, que era su mote y nombre de guerra.

En realidad de verdad, Pedro el Negro no fué más que un bandido y salteador de caminos.

Tomando por pretexto la bandera insurgente para lanzarse á una vida de aventuras, hizo con su conducta bárbara y cruel lo que otros muchos de su especie.

Desacreditó la causa de la independencia y sirvió de pretexto á nuestros enemigos para decir que otros tales éramos todos los demás.

No puede negarse que Pedro el Negro era un hombre de valor, pero de ese valor personal que todos los salteadores y bandidos han tenido, porque así lo exige esa profesión, no porque nazca de la nobleza y dignidad de alma, fuente del valor de los grandes caudillos de los pueblos.

Pedro el Negro fué un ladrón y asesino vulgar.

Su puñal se cebaba lo mismo en el hombre arriesgado que no se le rendía sin luchar, que en el impotente anciano, la débil mujer ó el inocente niño.

Feroz por instinto, no siempre mataba á hierro á sus víctimas, sino que se gozaba en arrojarlas vivas en una cueva que no hace aun muchos años se enseñaba á los transeuntes por el Ajusco.

Los habitantes de las inmediaciones de aquel monte, temblaban de terror sólo al pronunciar el nombre del Negro; muchas familias habían sido muertas por él y pocas eran las que no tenían que llorar á alguno de sus individuos sacrificados por el bandido.

El hijo mayor de D. Gabriel Yermo estuvo á punto de ser víctima de Pedro el Negro el 14 de Diciembre de 1817.

Dirigíase á su hacienda de Lemisco acompañado de varias personas, entre ellas D. José Acha, administrador de la hacienda, y valeroso realista del cual más de una vez hemos hablado en el curso de estos Episodios.


...unas cruces de piedra...

Habían ya salido de San Agustín de las Cuevas, que hoy se llama Tlalpam, cuando distinguieron la numerosa partida de Pedro el Negro.

Este que vió cuán reducido era el grupo de los viajeros, se lanzó con mayor razón sobre ellos y los alcanzó, por más que Yermo y sus acompañantes, considerando imposible hacerle frente, trataron de volverse á San Agustín de las Cuevas.

En el alcance fueron muertos seis individuos de los asaltados y además D. José Acha.

Yermo pudo escapar, gracias á la extraordinaria velocidad de su caballo.

En el lugar del accidente se levantaron después unas cruces de piedra en memoria de las víctimas del bandido Rojas.

Pocos días antes, el 11 del mismo mes, habían sido asesinados once individuos entre ellos varias mujeres y niños en el camino de Toluca, por otro bandido llamado Gonzalitos.

Los afectos á la revolución, los insurgentes *teóricos*, como por mote se les llamaba, que vivían cómodamente en la capital, con insigne ligereza atribuían estos hechos á causas políticas, como si una causa que en la esencia y el principio era buena, necesitara

cometer tan miserables y cobardes crímenes, para imponerse y triunfar.

No era en los caminos de Toluca y Cuernavaca donde ciertamente estaban las esperanzas de los buenos insurgentes.

Muertos ó prisioneros los principales jefes de armas, todas las miradas se fijaban en la Junta de Jaujilla, única entidad independiente que había quedado en pié.

El virey así lo comprendía también.

Por eso puso todo su afán en disolver la Junta y apoderarse de los miembros que la componían.

El encargo de conseguirlo se le dió á Aguirre, comandante general de Michoacan.

Aquel activo jefe salió de Valladolid para su destino el 15 de Diciembre.

El virey había dispuesto se le agregase con su división el coronel Barradas, pero Aguirre se puso en marcha sin esperarle, aunque notificándole fuese á reunírsele en el lugar de la acción.

Cinco días después Aguirre llegó á la vista del fuerte de Jaujilla.

Desde lueg › intimó la rendición á los defensores, protestando su deseo de evitar la efusión de sangre, pero la respuesta, que no se hizo esperar, le demostró que los independientes estaban resueltos á defenderse hasta el último extremo.

El fuerte de Jaujilla constituía por sus obras de defensa una muy regular y segura posición.

Habíanle levantado en un islote de la laguna de Zacapu.

Una estrecha lengua de tierra unía el islote á la orilla del lago, y de no ser por ella era de todo punto imposible acercarse al fuerte sino en canoa.

Aquella lengua estaba defendida con murallones y cortaduras.

Pero como la extensión de la laguna era pequeña y desde sus orillas era fácil molestar á los defensores con fuego de cañón, los directores de las obras imaginaron desviar de su curso un río que en ella desembocaba y anegar una inmensa extensión de terreno de los alrededores.

Desviada la corriente anegáronse las tierras, haciéndose á tal extremo fangosas, que no había medio de que en ellas pudiera acampar el ejército enemigo.

Componían la Junta el Lic. Ayala, D. Antonio Cumplido y el Dr. San Martín, canónigo lectoral de Oaxaca.

Eran los secretarios D. Francisco Lojero para lo civil y D. Antonio Vallejo para lo militar.

El director de las obras de fortificación y comandante de las tropas de la Junta, lo era un norte americano llamado Nicholson, que había venido al país con D. Francisco Javier Mina.

Su segundo era D. Antonio López de Lara y sus auxiliares otros dos americanos de la expedición de Mina, llamados Laurence Christie y James Devers.

Cuando Aguirre se presentó á la vista de Jaujilla, Nicholson no se encontraba en el fuerte.

López de Lara tomó pues, el mando en jefe.

Aguirre dividió su fuerza en dos secciones al mando cada una de ellas de los capitanes Lara y Amador ambos del regimiento de fieles del Potosí.

Estos ocuparon los islotes que habían quedado en el terreno anegado por las aguas del río.

Otra parte de las fuerzas realistas se empleó en volver el río á su curso natural y el sitio quedó establecido aunque la diseminación de los realistas le hacía muy incompleto.

## XVI

Merced á lo incompleto que, como acabo de decir, era el sitio, los individuos de la Junta pudieran dejar el fuerte de Jaujilla.

Todo era de temerse: bien podía ser que Aguirre se apoderase de aquella posición, y si la Junta caía en su poder faltaría por completo toda apariencia de legalidad á la revolución.

Más por esto que por miedo, se convino en que la Junta saliera de Jaujilla y ganara la tierra firme.

A las dos de la mañana del 27 de Diciembre, Cumplido y San Martín salieron del fuerte, y no sin grandes peligros atravesaron la laguna entre las plantas acuáticas, llevando la imprenta en su canoa, que lograron hacer atracar sin ser descubiertos, en el pueblo de Taregero.

Algunos días después con las mismas precauciones y conduciendo el archivo, se evadió el Lic. Ayala.

Cuando Aguirre lo supo, ya los tres individuos de la Junta se hallaban en salvo y habían vuelto á instalarla en las rancherías de Zárate, jurisdicción de Turicato, al Sur de Valladolid.

Ayala no se reunió, no obstante, con sus compañeros, y sí fué á hacerlo con las fuerzas de Torres, con ánimo de convencerle á atacar á Aguirre y auxiliar á los sitiados.

Como á la Junta le pareciera dudosa esta conducta, dió licencia á Ayala para hacer lo que ya sin ella había hecho, y designó para sustituirle á Villaseñor.

El 30 de aquel mes, y penúltimo día del año, Barradas llegó al campamento de D. Matías Aguirre con cuatrocientos infantes, cincuenta caballos y cuatro cañones.

Con este refuerzo las obras del sitio se prosiguieron con actividad: y para dar salida á las aguas que anegaban el terreno, se abrieron veintinueve zanjas, que ocasionaron no poca fatiga á los sitiadores.

El 21 de Enero de 1818 el famoso Pedro el Negro fué sorprendido en la subida del Ajusco por el coronel D. Miguel Suárez de la Serna, quien le entregó á su comandante en jefe Casasola.

Pedro el Negro fué inmediatamente fusilado.

Su cabeza fué enviada á San Agustín de las Cuevas y su mano derecha clavada en el mismo paraje en que D. José Acha fue muerto por el bandido.

El 3 de Febrero el Padre Torres acudió á atacar á D. Matías Aguirre en su campamento, pues sabiéndolo el último, envió á su encuentro al teniente coronel D. Vicente Lara, quien le derrotó completamente y obligó á retirarse.

Perdida la esperanza de ser auxiliados, los defensores del fuerte resolvieron no fiar sino en sí mismos, y con objeto de destruir una batería levantada en los terrenos desecados por los realistas, salieron del fuerte y empeñaron valerosamente una acción en que quedaron derrotados.

El triunfo animó á los realistas, y el día 15 intentaron un asalto en que á su vez fueron vencidos, sufriendo una pérdida de consideración.

Este revés obligó á Aguirre á pedir auxilio de gente y recursos al

general Cruz, Gobernador de Guadalajara, quien le envió un refuerzo de trescientos infantes y doscientos caballos al mando del teniente coronel D. Anastasio Brizuela, y además cuatro piezas de grueso calibre, algún dinero y bastantes municiones.

Pero decretado estaba que todo nos fuera contrario, y mientras Aguirre estrechaba el cerro más y más una casualidad y una traición ponían á la Junta en manos de los realistas.

Fué el caso, que dicha Junta, queriendo auxiliar de algún modo á los defensores del fuerte, determinó distraer parte de las fuerzas de Aguirre llamando su atención con un ataque á Pátzcuaro.

Al efecto circuló las órdenes oportunas á diversas partidas de las inmediaciones; una de esas órdenes, que extendió por escrito, la fió á un correo que debía entregarla al cabecilla Hermosillo.

El correo, en vez de cumplir su encargo, entregó la orden, en cambio de una gratificación, al coronel realista D. Luis Quintanar, comandante del pueblo de los Reyes.

Con Quintanar se hallaban D. José María Vargas, insurgente indultado, y D. Angel Cuesta, que imitaba de un modo perfecto la letra y firma de Hermosillo.

Quintanar y Vargas convinieron en aprovecharse de la orden para sorprender á la Junta, y al efecto Cuesta contestó en el acto de la comunicación, fingiendo ser Hermosillo, y noticiando que inmediatamente se ponía en camino para las rancherías de Zárate con toda su partida.

Vargas y Quintanar emprendieron la marcha con dragones disfrazados el 18 de Febrero, y merced á la orden vendida por el infiel correo, no sólo pasaron sin riesgo alguno entre varias partidas insurgentes, sino que se hicieron dar por ellas víveres y forrajes.

Cuevas fué comunicando desde distintos lugares su marcha á la Junta y su próxima llegada, y sin suscitar ni la más leve sospecha, á las nueve de la noche del 21 de Febrero, llegó Vargas á Zárate, sorprendió á la escolta insurgente poniendo en fuga á su comandante D. Eligio Roelas, y se apoderó del Dr. San Martín, único individuo de la Junta que en aquellos momentos se encontraba en la ranchería.

Vargas obligó á San Martín á que confesase á los prisioneros de alguna importancia que hizo, y después de fusilarlos marchó con su fuerza á Apatzingan, donde fué recibido con salvas y repiques.

El Dr. San Martín fué entregado al gobernador Cruz, quien le encerró en la cárcel de Guadalajara. Hubiérala pasado muy mal si no se hubiese interesado por él el obispo Cabañas, quien le auxilió y atendió en la prisión con todo lo necesario.

El día 6 de Marzo, cuando D. Matías Aguirre se preparaba á tomar por asalto el fuerte, los sitiados enviaron un comisionado al jefe realista, solicitando el indulto, y manifestando que ya se habrían rendido si no hubiera sido porque los dos americanos Christie y Dowes se habían opuesto y seguían oponiéndose á ello.

El comisionado añadió que si se les prometía el indulto, entregarían maniatados á los dos norte-americanos para que sufrieran el condigno castigo.

Aguirre prometió conceder lo que de él se solicitaba, y el comisionado regresó al fuerte.

Los norte-americanos sospecharon lo que se tramaba, y quisieron reanimar el patriotismo de los insurgentes, invocando cuanto más sagrado se les ocurrió; pero López de Lara, traicionando á la patria y á la Junta, les echó encima á los doscientos cincuenta hombres de la guarnición, y aunque se defendieron heróicamente Christie y Dowes, hubieron de sucumbir al número y maniatados fueron entregados á D. Matías Aguirre, que horrorizado de aquella traición, no sólo no los fusiló, según las órdenes que para ello tenía, por haber pertenecido los prisioneros á la expedición de Mina, sino que contra viento y marea, logró ponerlos en salvo.

Los realistas tomaron posesión del fuerte, en el que hallaron armas y municiones suficientes para que los sitiados hubieran podido prolongar lo menos tres meses su resistencia.

De resultas de la prisión del Dr. San Martín, D. Pedro Villaseñor, que sustituía, como ya dije, al Lic. Ayala, formó una nueva Junta en Huetamo, compuesta de él, D. Mariano Sánchez Arriola, y D. José María Pagola, hombre de 60 años de edad, vecino de Salvatierra, insurgente decidido é intendente que había sido por nombramiento del Congreso de la provincia de Guanajuato.

Por todas estas atendibles circunstancias, Villaseñor designó á Pagola para presidente de la Junta, pero poco tiempo ejerció tan honorífico y peligroso encargo, pues el 9 de Junio de aquel año de 1818, el capitán de dragones D. Tomás Díaz, le aprehendió en Cantarranas, á treinta leguas de Atijo.

Con Pagola fué también hecho prisionero D. Pedro Bermeo, secretario, y conducidos ambos á Huetamo, fueron inmediatamente fusilados en el cementerio de la parroquia por orden del jefe Marrón.

## XVII

A tal extremo hallábase reducida la causa insurgente, cuando D. Carlos Gayangos pudo cumplir á su primo D. Pascual el ofrecimiento que habíale hecho, de trasladarse á México y á su lado.

La fortuna de D. Pascual había aumentado prodigiosamente.

Ninguno de sus negocios había fracasado.

En todos ellos las utilidades sobrepujaban á todo cálculo.

Este resultado debía haber probado que el cerebro de D. Pascual había recobrado su antiguo reposo.

Sin embargo, no era así.

Pasado algún tiempo, después del restablecimiento de su salud, la dedicación con que se entregó al fomento de sus negocios, fué poco á poco decayendo.

Todo el peso de sus negocios se lo dejó á sus dependientes.

Al principio, éstos creyeron que su principal trataba de juzgar de sus respectivas aptitudes, tal vez para premiarlos según ellas, y cada cual redobló sus esfuerzos para quedar mejor.

Pero no pasó mucho tiempo sin que se convencieran de que se habían equivocado.

D. Pascual no se ocupaba de ellos ni de sus negocios.

Rara vez examinaba un libro, ó pedía noticia de la marcha de alguna negociación.

Llegó á no presentarse durante más de un mes en el escritorio.

Los dependientes abusaron de sus descuidos, y por sí mismos tomaron lo que su principal no les daba.

El despilfarro fué grande.

El descuido mayor que el despilfarro.

Aquella famosa paila, la elefanta, fué poco á poco arruinándose, al grado de que un día el techo se desplomó.

Lejos de sentirlo D. Pascual, se alegró de ello, y mandó extraer en carros los escombros que regaló á los mismos carretoneros por

tal de que se los llevasen, y á pesar de que valían una suma muy regular.

A pesar de todo esto, como dije al principio, la fortuna de Gayangos aumentaba prodigiosamente.

D. Carlos fué muy bien recibido por D. Pascual, quien le encomendó desde luego la dirección y cuidado de su casa.

Pero lejos de cambiar su carácter, su melancolía aumentó más y más.

Tenía horror á la sociedad.

Sólo se encontraba menos intranquilo, cuando le dejaban en completo aislamiento.

Por fin, un día manifestó que aquella casa le causaba horror, y que deseaba salir de ella.

No hubo medio de oponerse á su voluntad.

D. Pascual se trasladó solo, y llevando consigo criados nuevos á una finca que poseía en Tacubaya.

D. Carlos le dejó ir, y con positivo interés, se dedicó á corregir los abusos introducidos en las negociaciones por el descuido de D. Pascual.

Creyendo que el malestar de su primo provendría de haber continuado viviendo en aquella casa llena de recuerdos de su fugitiva esposa, determinó hacer en ella radicales cambios, y transformarla por completo.

El fin era bueno, los recursos sobradísimos, y el plan fué muy en breve puesto en ejecución.

Casi hizo de nuevo la casa.

Y como hacía esquina, aun la entrada y zaguán, fueron cambiados de una á otra calle.

Al emprenderse estas obras, D. Carlos se encontró con la habitación en que, según dije á su tiempo, había hecho encerrar don Pascual los grandes panes del jabón extraído de la gran paila, poco después de la fuga de su esposa D.ª Manuela.

Sabemos que D. Pascual veía con horror aquel jabón.

Sabemos también que un día maltrató á uno de sus sirvientes por haberse atrevido á entrar en la pieza, y extraer de ella uno de aquellos panes.

Para evitar que el caso se repitiese, había mandado arrancar la puerta y tapiar con cal y ladrillo el hueco.

Nadie se acordaba de aquella cirunstancia.

D. Pascual tampoco se la había dado á conocer á su primo.

Sin duda no la recordaba ya.

Tal vez no creyó necesario decirle cosa alguna.

Por otra parte, la obra de reforma de la casa se hacía sin conocimiento de D. Pascual.

Su primo sólo vió en ella una rareza más del desventurado marido de la hermosa D.ª Manuela.

Vendió, pues, aquel jabón, y pareciéndole de buena clase, se reservó uno de los panes para su uso particular.

Un día que lo necesitó, separó un pedazo del susodicho pan, y con él se lavó las manos.

De pronto sintió un fuerte arañazo en uno de sus dedos, y con sorpresa vió que sobresalía un diamante de muy regular tamaño.

Destrozó el jabón, y halló en él un magnífico cintillo, cuyo era el diamante.

Le lavó con cuidado, y después de limpiarle, palideció mortalmente, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer anonadado.

Había reconocido el cintillo.

Era el que había servido para la ceremonia del matrimonio de D. Pascual con D.ª Manuela.

Dicho anillo, jamás, desde el día de sus desposorios, habíaselo quitado D.ª Manuela del dedo en que se lo pusiera el sacerdote.

¿Cómo habia ido á dar al centro de aquel pan de jabón?

## XVIII

D. Carlos no pudo explicarse el hallazgo del anillo.

Asaltáronle las más atroces sospechas.

¿A qué grado habían llegado las disputas entre marido y mujer?

Muchas presenció él, pero en ninguna D.ª Manuela, por más que aborreciese á su marido, había maldecido la hora en que se casó.

Sólo en este caso hubiera devuelto á su esposo, según la costumbre de aquellos tiempos, su anillo de boda.

Se creía entonces, y muchas mujeres lo creen hoy día, que quitarse tal anillo, es causa de la muerte del que se lo quita.

Pero aun en tal extremo poco creible, ¿cómo el cintillo había ido á dar á la gran paila?

La primera idea de D. Carlos, fué la de trasladarse á Tacabuya y obtener de D. Pascual la solución de sus dudas.

Pero un presentimiento tenaz de que allí existía un crimen, le hizo desistir de su primera idea.

Sin duda D.ª Manuela había sido asesinada.

Pero ¿por quién?

El hallazgo del anillo autorizaba á creer que sin duda había sido asesinada por robarle sus alhajas.

El anillo valía más de dos mil pesos

¿Quién habría sido el ladrón?

La circunstancia de haber hallado la alhaja en un pan de jabón, daba á sospechar que los ladrones pertenecieron á los trabajadores de la fábrica.

Quizás un descuido, tal vez el temor de ser descubierto, habían hecho que allí fuera á dar el anillo, ya arrojado intencionalmente, ya por la mano de la casualidad.

D. Carlos dió entonces principio á una interminable serie de investigaciones

Pensó dar parte desde luego á los jueces.

Pero temió que dando por este medio la voz de alarma, el presunto asesino se pusiera en fuga, si aun se hallaba en la casa.

La fuga, si bien demostraría la existencia del crimen, le privaría de castigar al delincuente.

Nada más fácil, en aquel entonces, para un criminal, que el sustraerse á la acción de la justicia.

Con pasarse al campo enemigo y unirse á cualquiera partida de revolucionarios bastaba y sobraba.

La rebelión estaba casi en sus postrimerías.

Pero, ya lo he dicho, la paz y la seguridad no se hallaban restablecidas ni mucho menos.

El señor D. Juan Ruiz de Apodaca había apagado la hoguera, pero bajo las cenizas las brasas se mantenían en ignición.

Una imprudencia podía removerlas y las llamas brillarían de nuevo.

Mucho había hecho, pero aun quedaba mucho por hacer.

La osada expedición de Mina, hizo pensar á más de un español

que, después de todo, no sería un gran crimen ayudar á los mexicanos á hacer su independencia.

Fernando VII no era un rey digno de que nadie le fuese fiel.

Él, antes que nadie, había sido traidor á su patria y á sus amigos, á los cuales hizo víctimas de la más negra y pestilente ingratitud.

Ni aun para premiar á Apodaca estuvo feliz ni oportuno.



D. Juan Ruiz de Apodaca

*Conde del Venadito*

La recompensa que le dió, fué concederle el título de *Conde del Venadito*.

Apodaca representó para que se le cambiase el título por parecerle ridículo, con sobrada razón.

Tan lo fué en realidad, que en México se le llamó en lo sucesivo, no Apodaca ni el virey, sino *el venadito*.

—Anoche estuvo en el coliseo *el venadito*.

—*El venadito* está muy contento con los golpes que ha dado á la revolución.

Expresiones como estas, se oían á cada instante en México.

Algunos mal intencionados llamaban también á la vireina *la venadita*.

Cuando se hablaba de toda la familia, se les decía *los venaditos*.

Del chiste de que Apodaca fué víctima, se había repetido ya en otro caso.

Las Córtes españolas dieron al general inglés Lord Graham, el título de Duque de Cabeza de Vaca, en memoria del sitio que ocupaba en la célebre batalla de Chiclana, dada contra las tropas que al mando del mariscal Víctor, sitiaban á Cádiz.

El general inglés dió las gracias y rehusó un título que ponía en ridículo su honor y el de su familia.

Apodaca, no obstante que se hallaba en el mismo caso, se contentó con pedir que se le cambiase, pero le usó en vista de que no resolvían acerca de su representación.

En cuanto la facilidad que había para huir de la justicia, dicho dejo, que en las inmediaciones de la capital, no faltaban partidas de revolucionarios á que unirse, con la seguridad de ser en ellas bien recibidos.

Además, aun quedaba con las armas en la mano un esforzado y valiente caudillo, D. Vicente Guerrero, que tenía continuamente en movimiento á la división del jefe realista Armijo.

La relación de sus campañas no corresponde á este tomo de Episodios, y por eso no me detengo á describirlas y á encarecer la importancia que tuvieron.

Podía bien un fugitivo marchar en su busca, pues no era fácil que Guerrero levantase información sobre la honorabilidad de quienes se le presentasen.

## XIX

El suceso de la desaparición inexplicable de D.ª Manuela, contaba por otra parte varios años.

Casi nadie se acordaba ya de él.

Muchas personas hasta se habían olvidado de D. Pascual.

Retraído como hasta entonces había vivido, perdió aun sus más íntimas amistades.

A nadie podía ya interesarle su desgracia.

La atención pública estaba fija en sucesos y personajes de mayor importancia.

Uno de los asuntos que más preocupara á la generalidad, era el referente á la suerte que estuviere reservada á los ilustres prisioneros insurgentes, D. Nicolás Bravo y D. Ignacio López Rayón.

Capturados, como ya dije en su lugar, debieron haber sido inmediatamente fusilados, de acuerdo con los bandos de Venegas y Calleja sobre insurgentes; pero D. Nicolás era profundamente estimado por sus mismos enemigos á consecuencia de su conducta noble, valiente y generosa, y el mismo Armijo que custodiaba á los presos, puso todo su empeño é influencia en salvarle, como lo logró, llegando á mata caballo á Cuernavaca con la contra-orden de Apodaca, en los momentos en que todo estaba ya dispuesto para la ejecución.

Su famosa *venganza insurgente* debía reportarle los beneficios á que se hacen acreedoras acciones tan magnánimas como aquélla.

A esta circunstancia debió también su salvación D. Ignacio.

Suspendido el procedimiento ejecutivo, se sometió á juicio á los dos caudillos, trasladándoseles desde luego á la Cárcel de Corte de México, en la que entraron el 9 de Octubre de 1818.

D. Ramón Rayón que, como dijimos, se indultó después de la toma de Cóporo, trabajó sin descanso en salvar á su hermano, pretendiendo que se le considerara comprendido en la capitulación del célebre fuerte.

No era tan fácil esto, pues D. Ignacio había desaprobado de una manera pública la capitulación, y aunque D. Ramón quiso hacer creer que cuando fué aprehendido D. Ignació lo fué en camino para presentarse á disfrutar del indulto, y así lo afirmó el procesado, D. Nicolás declaró que no era cierto, originándose de aquí tan agrias contestaciones, que fué necesario poner á ambos reos en distintos calabozos.

En favor de Bravo se alegó su conducta generosa con los prisioneros españoles, á quienes dió libertad en el momento mismo en que recibía la noticia de haber sido fusilado su padre por los realistas; pero el fiscal opinó que esta memorable acción no le eximía de la culpabilidad que le resultaba de haberse rebelado contra el rey de España y héchole la guerra.

El 8 de Julio de 1818, D. Ignacio Rayón fué sentenciado á la

pena capital, pero Apodaca que era humano y estaba además satisfecho del extremo á que había llevado la pacificación, suspendió la ejecución de la sentencia por decreto de 30 de Setiembre del mismo año.

La hacienda de Chichihualco, cuya memoria será eterna, ó al menos debería serlo, en nuestra historia por haber pertenecido á los Bravo y por los notables sucesos ocurridos en ella, fué embargada según las leyes, y la familia de D. Nicolás se vió reducida á la miseria.

Pero no se vió abandonada.

*Un español*, D. Antonio Zubieta, se encargó de atender á su subsistencia con cuanta liberalidad le permitieron sus posibles.

D. Nicolás permaneció en su calabozo con una barra de grillos en los piés.

Jamás pidió nada á nadie y para proporcionarse dinero con que comprar cigarros y chocolate se dedicó á hacer cigarreras, que adornaba curiosamente con papeles de colores y vendía por lo que querían darle.

Una vez que el virey le visitó en su calabozo, le dió una onza de oro que D. Nicolás tomó agradecido.

Un historiador refiere que Apodaca solía decir siempre que veía á Bravo.

—«Me parece ver en él un monarca destronado.»

¡Tanta fué la dignidad con que supo sufrir la desgracia!

Natural era que la atención pública se fijara de un modo absoluto en los incidentes del proceso de aquel grande hombre, gloria y honor de México y de la causa insurgente.

Pero D. Carlos Gayangos no por eso dejó de perseguir con entera dedicación sus pesquisas.

Había sospechado un crimen y era indispensable esclarecer sus sospechas.

Estaban interesados en ello la salud y tranquilidad de D. Pascual.

Triste, muy triste había de ser para él, saber que su esposa había sido asesinada.

Pero á la vez encontraría un lenitivo á su pena, pues podría convencerse de que su esposa no le había abandonado para huir con un amante.

Si se descubría el crimen cesarían las burlas de que los ociosos hacen víctimas á los maridos burlados.

## XX

Muy difícil le iué á D. Carlos Gayangos, cumplir la humanitaria tarea que se impuso.

Los numerosos dependientes y trabajadores de la fábrica nada sabían del presunto crimen.

Jamás se le ocurrió á ninguno atribuir la desaparición de doña Manuela á otra cosa que á una ligereza de su coquetería.

Las rarezas que D. Pascual tuvo, á propósito de la gran paila y del jabón que de ella se extrajo, las explicaban de una manera racional.

La había destinado para sus experimentos y ensayos ; él mismo mezclaba en ella sus ingredientes químicos, cuya clase y proporciones mantenía siempre en el más riguroso secreto.

La clase suprema del jabón depositado en la pieza tapiada y el buen precio á que le vendió D. Carlos, demostraban la verosimilitud de aquellos informes.

Sin duda temía D. Pascual que por medio de un análisis pudieran los especuladores robarle su secreto, y medio trastornado como estaba su juicio, juzgó indispensable encerrar el jabón y aun maltratar al desgraciado que pretendió robarle un pan.

¿ Pero cómo fué á dar á una de ellas el cintillo de D.ª Manuela ?

Convencido de que nada podría averiguar por sí solo, y temeroso de que un paso imprudente produjera, sin resultado práctico, un escándalo, D. Carlos resolvió ir á ver á D. Pascual y comunicarle sencillamente sus presunciones.

Cuando se encontró en su presencia, D. Carlos no supo como empezar.

Era necesario tener en cuenta que en un cerebro medio perturbado, como lo estaba el suyo, la noticia del presunto crimen podría determinar la locura.

Después de varias generalidades, D. Carlos abordó la dificultad diciendo:



OCULTÓ SU CABEZA ENTRE SUS MANOS.

—Para vivir aislado de mí, me hiciste venir á tu casa. ¿Quizás mi presencia ha revivido en tí tus rencores de otros días? En tal caso dímelo y volveré á alejarme.

—¡Cuán injusto eres, Carlos, —contestó D. Pascual con amargura,—cuán poca compasión me tienes!

—¿Eso dices, cuando diera con gusto la mitad de mi vida por ver que de nuevo recobrabas tu tranquilidad y tu alegría?

—¡Pero eso es imposible!

—¡Imposible! ¿por qué?

—¿Acaso lo ignoras?

—Extrañas á tu desventurada esposa, ¿no es cierto?

—¡Desventurada! ¿por qué desventurada? —preguntó aterrado D. Pascual, clavando sus investigadoras miradas en el rostro tranquilo y compasivo de D. Carlos, quien tradujo el terror en demostración de colérico disgusto.

—¿No la crees tú desventurada?

—¿Acaso sé dónde se encuentra para poder estimarlo?

—Luego tú crees que una fuga... tal vez con un amante...

—¡No, yo nada creo, yo nada sé, todo lo ignoro! Por qué vienes á mortificarme con esas preguntas? ¡Sal, sal de aquí inmediatamente! ¡quiero estar solo! ¡enteramente solo! ¡vete, vete, vete!

La exaltación de D. Pascual fué tremenda.

D. Carlos tuvo miedo.

Pero D. Pascual no tardó sino leves momentos en pasar de su furia al abatimiento.

Ocultó su cabeza entre sus manos y rompió á llorar entre grandes sollozos.

D. Carlos se acercó á él y le dijo:

—Pascual, mi bueno y querido Pascual, ¿por qué te exaltas así? ¿Por qué ya que lloras no lo haces sobre mi corazón y entre mis brazos?

—¡Perdóname, Carlos! ¡ay de mí, cuán desgraciado soy!

—¿Y por qué no haces menor esa desgracia llamándome á compartirla contigo?

—¡Oh! eso es imposible, ¡me aborrecerías, me odiarías tal vez!

—¡Odiarte! ¡aborrecerte! ¿por qué? ¿Acaso me crees incapaz de compadecerte y aun de disculparte?

D. Pascual volvió á exaltarse y preguntó:

—¿Disculparme? de qué necesito yo que me disculpes?

D. Carlos contestó con amable y cariñosa entonación:

—No te incomodes conmigo, Pascual: ninguna de mis palabras va encaminada á otra cosa que á consolarte: perdóname, pues, si con alguna de ellas te lastimo sin pretenderlo, pero á la vez permíteme que toque las llagas de tu corazón. Comprendo lo que por tí pasa. Te casaste con Manuela porque la amabas: tu buen corazón por una parte y su extraordinaria belleza por la otra, hicieron que tu amor hacia ella aumentara en vez de perder la fuerza con los años. Durante la época de los disgustos que sus inocentes coqueterías te proporcionaron, ese amor pudo decaer algún tanto pero no morir. Sucedió su inexplicable fuga, y á pesar de ella la seguiste amando y la amas todavía: esto te avergüenza, porque es una debilidad, y esta debilidad es la que yo, buen Pascual, disculpo. ¿En qué te ofendo con ello?

Desde que D. Carlos llegó á la mitad de su anterior discurso, D. Pascual volvió á caer en su dolorosa postración y sus sollozos casi le impidieron oir las últimas palabras.

D. Carlos continuó:

—Pero vamos á ver, hermano mío, pues como á hermano te quiero, qué darías por saber y convencerte de ello, que D.ª Manuela no cometió el crimen de fugarse de tu casa?...

—¡Qué! ¡qué has dicho! ¡cómo lo sabes! ¡responde! ¡responde! —exclamó D. Pascual próximo á sucumbir de terror.

—No te exaltes, hermano mío, ó no diré ni una palabra más.

—No, no; no me exalto, ya lo ves, estoy tranquilo, pero... habla, habla, dí lo que sabes.

—Nada sé de positivo, pero tú puedes ayudarme...

—¿A qué?

—A esclarecer una sospecha horrible...

—¡Horrible! ¡horrible has dicho!

—¡Sí: muy horrible!

—¡Que la hayan asesinado tal vez!

—¡Ah!—exclamó casi gozoso D. Carlos:—¿con que no me había engañado? ¿con que tú lo sospechabas también?

D. Pascual abría tan desmesurados y espantadizos ojos, que parecía iban á saltársele de sus órbitas.

Parecía un loco dispuesto á lanzarse sobre su carcelero.

Temblábale la mandíbula inferior con tal violencia, que sus dientes chocaban contra los de la superior, produciendo un ruido espantoso y siniestro.

Sus manos estaban crispadas.

Sus facciones cadavéricamente desfiguradas.

D. Carlos se espantó de verle en tal estado, pero ya era imposible retroceder.

—¡El nombre, el nombre del asesino!—respondió D. Pascual.

—¿Acaso le sabes tú también?

—No, no, yo nada sé: tú, tú que lo sospechas, dílo, dílo inmediatamente.

—¡Lo ignoro!—contestó con desaliento D. Carlos.

—Entonces, ¿por qué has sospechado ese crimen oculto hasta hoy en el más impenetrable misterio? ¿Quién te lo ha revelado?

—Una circunstancia extraordinaria.

—¡Habla! ¡habla! no te detengas.

—En un pan de jabón...

—¡Ah!—gritó D. Pascual lanzándose sobre D. Carlos con intención de ahogarle,—¡calla! ¡calla! no me descubras ó te mataré entre mis manos.

—¡Tú! ¡tú el asesino! — gritó á su vez D. Carlos cogiendo con mano de hierro el cuello de D. Pascual, que cayó á sus piés anonadado y rugiendo como una fiera.

## XXI

Las escenas que siguieron á la que pálidamente he bosquejado en el anterior capítulo, fueron espantosas.

No llega mi pobrísimo talento á pintar cuadros de tal importancia.

Los referiré, pues, como pueda.

Mis lectores suplirán con su natural talento lo que falte en mi narración.

No negarán este favor á quien han dispensado el extraordinario de animarle á escribir quince tomos sobre episodios de nuestra historia.

Cosa asombrosa entre nosotros, pues si yo los he escrito, es porque ellos los han comprado.

Favor tanto más grande, cuanto que hoy nadie escribe porque nadie compra.

Esta excepción con que han sido distinguidos los Episodios, no la tomo como una prueba de su bondad, sino como demostración de que al fin vamos comprendiendo, que lo que nosotros necesitamos es una *Historia de México* escrita con imparcialidad.

¿Quién acometerá esa obra magna y tan necesaria como magna?

¡No será por cierto nuestra generación la que lo vea!

Pero no nos divaguemos.

Volvamos á D. Pascual.

¿Quién le habría de haber dicho que él mismo descubriría su crimen?

Porque el crimen existía.

Y D. Pascual era quien lo había cometido.

Mis lectores no habrán olvidado la extensa relación de los disgustos domésticos de aquel matrimonio que pudiera haber sido tan feliz.

En aquellos disgustos tomó no pequeña parte la hermana de D.ª Manuela.

¿La recuerdan mis lectores?

Era hermosa, aunque no tanto como D.ª Manuela.

La mejor prenda eran sus hermosos cabellos que en magníficas trenzas descendían de su artística cabeza, casi hasta tocar el extremo de su vestido.

D. Pascual se los elogió más de una vez, y tan mal pareció este elogio á su esposa, que quiso cortárselos, originando una violenta escena que también quedó referida en su lugar.

—¡Ay de tí si tal haces!—había dicho D. Pascual.

Pero D.ª Manuela era de las mujeres que jamás cejan en sus propósitos por ligeros y peligrosos que sean.

No son muchas las mujeres de esta clase, pero las hay.

¡Infelices!

Debemos compadecerlas.

El orgullo mal entendido, es una desgracia de fatalísimas consecuencias.

Para muchas mujeres este orgullo consiste en salir adelante con su propósito, sólo porque se les hace en él oposición.

No ven si la oposición es ó no justa.

Es oposición y esto les basta para irritarlas.

Serían capaces de arrojarse de una torre abajo si se les estorbaba, y sólo porque se les estorbaba.

¿Habráse visto más necia ceguedad?

D.ª Manuela era de estas mujeres, y recogió, de serlo, bien amargos frutos.

Es lo que les pasa á otras muchas de su especie.

Pero aquello no tiene remedio, y es inútil detenernos á censurar su conducta.

Se había propuesto vengarse de su esposo y de su hermana y no paró hasta conseguirlo.

Una noche, durante el sueño de su hermana entró en la recámara donde dormía, y provista de unas tijeras, le cortó una de las trenzas.

Iba á hacer otro tanto con la otra, cuando su hermana despertó.

Al enterarse de lo que pasaba dió tales voces que D.ª Manuela huyó á su recámara sin concluir su obra, y toda la casa se puso en movimiento.

Al enterarse del inútil atentado de su esposa, D. Pascual estuvo á punto de morir de indignación.

Al día siguiente la hermana de D.ª Manuela, dispuso su viaje para España, y aprovechando el primer buque que se presentó, abandonó el Nuevo Mundo.

Una noche D. Pascual logró penetrar en la recámara de su esposa, y armado de unas tijeras se dispuso á ejecutar en D.ª Manuela la pena del Talión.

La infeliz se resistió cuanto pudo, pero al fin D. Pascual se apoderó de ella y cuando iba á aplicarle el castigo, D.ª Manuela lanzó un grito espantoso y cayó muerta instantáneamente.

D. Pascual la contempló á sus piés aterrado.

—¡La he matado!—gritó.

Hombre bueno y de buenas inclinaciones como era, se espantó imaginándose ya sentado en el banquillo de los asesinos.

La repugnante horca se le presentó extendiendo hacia él sus horribles brazos.

Tuvo miedo.

Un miedo espantoso.

Sólo pensó en borrar por completo las huellas de su nefando crimen.

Eran dadas las dos de la madrugada.

Todo el mundo dormía en la ciudad.

Todos sus sirvientes hacían otro tanto en su casa.

Ninguno había percibido el grito de agonía de su esposa.

Una espantosa idea pasó por su mente.

Pero aunque espantosa le salvaba.

La paila de la *elefanta* estaba cargada de pestilentes despojos.

Durante el día, había según su costumbre, preparado sus poderosos compuestos químicos que tanto apresuraban la descomposición de las materias animales.

Horroriza todo esto, pero así pasó y así lo refiero.

D. Pascual envolvió á su mujer, que estaba desnuda, en una de las sábanas de su cama.

Después la tomó en sus brazos.

Después salió con ella de la recámara.

Cruzó solitarias habitaciones.

Llegó á la escalera.

Bajó con dificultad los escalones.

El zaguán de la casa tenía en el fondo una gran puerta, frente por frente de la de la calle.

Aquella puerta, que por casualidad estaba entornada, daba paso al inmenso corralón en que estaban las pailas.

Ninguna estaba en trabajo.

Fortuna fué para él.

Una vez encendidos los hornos de una paila, no pueden ser apagados, y necesitan día y noche el cuidado de varios hombres.

D. Pascual pudo llegar sin temor de ser visto hasta la habitación en que se alzaba la gran paila.

Suprimo todos los horribles detalles de esta parte del crimen.

Pocos momentos después, D. Pascual salió con los cabellos erizados, y cerrando tras de sí la puerta.

Volvió á su habitación.

Lo demás lo saben ya mis lectores.

El crimen, al parecer, había quedado en el más impenetrable misterio.

Sólo Dios y D. Pascual le conocían.

Y como nada hay que no llegue á descubrirse más ó menos tarde, el crimen de D. Pascual se descubrió al fin, como hemos visto, por aquellos que eran los únicos en saberlo.

Dios puso en manos de D. Carlos el anillo de D.ª Manuela.

D. Pascual nombró en su exaltación al criminal.

Dios nos libre de ponernos en el caso de demostrar por estos medios hasta dónde llega el omnipotente poder de su justicia!

## XXII

La noche de aquel nefando día en que D. Carlos supo por boca de D. Pascual la horrible relación de su crimen, la pasó aquel en la casa de campo de Tacubaya.

Imposible le fué conciliar el sueño.

Honrado y recto como era, no podía avenirse á que el delito quedase impune.

¿Pero qué podía él hacer, tratándose de un tan próximo pariente?

¿Denunciar el crimen á la justicia?

¡Imposible!

¡Qué se diría de él!

¿Castigarle él mismo?

Tampoco.

Ningún hombre tiene derecho para tomarse la justicia por su mano, sino en caso de grave ofensa á su honor.

Esto no lo consienten las leyes.

Pero hay en esos casos algo superior á las leyes; la dignidad del hombre honrado.

Miserable ley sería la que mediando tales circunstancias castigara al delincuente.

Pero D. Pascual no se hallaba en dicho caso.

Ninguna falta grave había cometido contra él D.ª Manuela.

Tan fué cierto que así fué, que D. Pascual se espantó de su crimen, y trató de borrar sus huellas del modo horrible que hemos descrito.

Un hombre que está seguro de la justicia que le asistió para matar á otro individuo, no se espanta de su obra.

Quien tal hace no está seguro de su justicia.

D. Pascual ninguna tuvo para hacer lo que hizo.

Faltando como entre él y su esposa faltaban, el amor, el respeto y la consideración conyugales, fué muy natural que D.ª Manuela se asustase al verle entrar á hora desusada en su recámara.

El terror y el despecho determinaron su muerte súbita.

Murió víctima de sí misma.

A tal extremo la llevaron sus caprichos y mal entendido orgullo.

No fué solo D. Carlos quien pasó en constante vigilia aquella noche.

D. Pascual no durmió tampoco.

Una vez que confesó su crimen, revelándole con todas sus circustancias, entró en una relativa calma.

Su cerebro se vió libre de aquellas influencias que le conducían á la locura.

Por primera vez en muchos años pudo pensar y darse cuenta de lo que pensaba.

—Mucho he sufrido,—se dijo,—y es necesario que esto tenga un término.

Hasta hoy yo he podido tener compasión de mí mismo.

Nadie me veía con horror.

Los pocos que de mí se ocupaban, me miraban con lástima.

Me suponían deshonrado y escarnecido por mi mujer

Este crimen más he cometido para con ella.

He permitido creer que fué capaz de no respetarse á sí misma, y de fugarse con un amante.

He pasado yo por víctima, y ella por criminal.

Mi secreto no lo es ya.

Otro hombre le conoce.

Ante él me veré de hoy más obligado á bajar mi frente.

Si no se decide á delatarme y ponerme en manos de la justicia, su conciencia le acusará de complicidad en mi crimen, pues con su silencio impedirá mi castigo.

Es preciso que esto concluya.

Necesito morir.

¿Qué pierdo en ello?

¿Qué atractivos tiene la vida para mí?

¿Cuáles ha tenido?

En los dilatados años de mi matrimonio, las coqueterías de mi mujer, y mis persistentes celos, no me dieron un día de goce.

Nací con mal sino.

Después de mi crimen he sufrido los tormentos del infierno.

Tengo horror de mí mismo.

Me siento con el valor necesario para morir.

Pero ¿qué haré de mis riquezas?

Carlos no las aceptará.

Están manchadas con mi delito.

Cuenta por su parte con un reducido caudal, que le basta para vivir, y le permite despreciar el legado que yo le haga.

¿Qué haré con mi fortuna?

La consagraré á los pobres y á los desgraciados.

Sí: las legaré íntegras al pueblo donde nació mi mujer.

Las oraciones de aquellos á quienes con mi oro se socorra, moverán á Dios á tener piedad de nuestras almas.

D. Pascual, al acabar de pensar lo anterior, puso incontinente manos á la obra.

El mismo redactó y escribió su testamento.

Acabó su obra muy cerca ya del amanecer.

Oró fervorosamente derramando en su oración abundantes lágrimas que desahogaron su pena, y calmaron su corazón.

Tomó una pistola, la cargó, y la puso á su lado cubriéndola con varios papeles.

En el testamento declaraba que no pudiendo soportar más tiempo sus sufrimientos, no decía cuales, se quitaba por su propia mano la vida.

Cuando juzgó que D. Carlos podía estar despierto, le hizo llamar.

D. Carlos acudió al llamamiento.

Entró sin saludar á D. Pascual, y conservándose á la mayor distancia posible, permaneció en pié, y con sus brazos cruzados.

—¿Qué me quieres? preguntó.

—Verte, Carlos; tú me ves justamente con horror, pero yo no puedo dejar de amarte.

—Te lo agradezco,—contestó D. Carlos secamente.

—No tienes por qué, ningún mérito contraigo por ello.

—¿Qué más deseas de mí?

—Oir de tus labios que me compadeces y me perdonas.

—Lo primero puedo hacerlo, pero no lo segundo.

—¿Por qué?

—Porque contra mí, ningún crimen has cometido.

—¿Por qué entonces me demuestras con tu actitud que no merezco compasión?

—Pascual, permíteme que no te responda, y consiénteme que me retire.

—¿Dónde quieres ir?

—Lejos de aquí, donde no volvamos á vernos.

—Está bien: no te detendré sino muy breves instantes.

—Te lo agradeceré.

—¡Qué cruel eres! pero en fin, estás en tu derecho.

—Pascual, por Dios te ruego que no prolonguemos esta última entrevista.

—Bien está; así lo haré, toma estos papeles, léelos, y después retírate si quieres.

D. Carlos tomó los papeles, y con ellos volvió á retirarse al lugar en que había permanecido.

Cuando leyó las primeras palabras, y se convenció de que era un testamento lo que D. Pascual le había entregado, lanzó un grito de sorpresa y terror.

A la vez D. Pascual tomó la pistola que tenía oculta bajo los papeles, y mordiendo el cañón, disparó sobre sí mismo, quedando muerto en el acto.

* * *

Cuando los asuntos particulares de mi padre, nos obligaron á volver á la capital, los amigos de mi familia acudieron en masa á darnos la bien venida, y á convencernos de que, pues, la insurrección insurgente había para siempre concluído, lo más conveniente para nuestra tranquilidad, era aceptar las cosas como Dios las había dispuesto, y huir de entrar en nuevas aventuras.

Supimos entonces porción de detalles relativos al menorable héroe D. Francisco Javier Mina, relacionados con su muerte y cruento sacrificio. Hé aquí algunos de ellos.

El comercio de México en unión del profesor D. Manuel del Corral, lleno del mayor entusiasmo patriótico, suplicó á un sujeto, que nos dijeron se llamaba Roca, en el mismo momento de haberse publicado la plausible noticia de la prisión del traidor Mina, por el coronel D. Francisco Orrantia, que hiciera una marcha patriótica para celebrar debidamente este hecho, y se franqueó gustoso á ello, entregando en el acto la siguiente, que puso en música el expresado Corral, dedicándola al virey D. Juan Ruiz de Apodaca.

Coro

*Rompa el aire con rápido vuelo*
*nuestra voz de lealtad inflamada,*
*y retumbe en el cóncavo cielo*
*el acento de gloria y placer.*
*Porque el brazo español victorioso,*
*siempre fiel al augusto Fernando,*
*sus blasones y honor aumentando,*
*sólo sabe triunfar y vencer.*

Estrofa 1.ª

De soberbia y de crímenes lleno
un traidor que la Patria detesta,
nuevamente el rebelde veneno
sobre México osara sembrar.
Mas el héroe que rige este mundo
de esterminio las órdenes diera,
y al momento sus plantas se viera
al iluso bandido besar.

2.ª

Ya gimiendo entre duras prisiones
yace el monstruo que ingrato y perdido,

de proscritos infandas legiones
altanero llegó á levantar.
Y enemigo del Rey que lo honrara
y la Patria que amádole había,
de ambos quiso su loca porfía
la ventura y el nombre arruinar.

3.ª

Odio á Mina, baldón del Ibero,
que aborrecen los nobles hispanos,
desde el Cántabro fiel y guerrero
hasta el Bético alegre y leal:
Odio siempre y perezca entre horrores
aquel vil que á manchar se atreviera
la lealtad española, que fuera
su divisa y tesoro inmortal.

4.ª

Gloria eterna repiten las voces
á *Fernando* feliz y adorado,
gloria eterna los ecos veloces
á *Apodaca* invencible y sagaz.
Gloria siempre al intrépido *Orrantia*,
gloria igual al ejército fiero
que abatiera el orgullo altanero
del que quiso turbar nuestra paz.

No pueden darse mayor número de insultos en más detestables versos, dignos de la raquítica y miserable musa de la Nueva España de aquellos días.

Mientras se cantó esta marcha, que fué repetida, permaneció en pié el virey, y á su imitación todos los concurrentes á la función del Coliseo, y al oir el nombre de *Fernando* prorumpió en vivas de aclamación, que fueron respondidos con igual entusiasmo por los espectadores.

La función religiosa no fué menos solemne.

Los realistas que servían la batería que hizo la salva en la plaza, después de la misa y *Tedeum*, la adornaron primorosamente colocando en cada una de las diez piezas que había, un arco vestido de telas de diversos colores, que se extendían enlazadas por todo el amplio cuadro que ocupaban la batería, de modo que ofrecían un lucido golpe de vista. En el medio de los cañones estaba tremolando el pabellón español, y en el centro de los armones un retrato del monarca bajo de dosel: dos artilleros le hacían la guardia.

Dos músicas militares estuvieron tocando en aquel sitio gran parte de la mañana, á la vista de un gentío inmenso.

En uno de los lados de dicho retrato estaba un cuadro que dedicaron al virey los mencionados realistas, en el cual se veía la efigie del rey, bajo de dosel, y al virey enfrente en actitud de arengarle ó decirle que Orrantia, que estaba detrás de él y á quien señalaba con la mano derecha, obedeciendo sus órdenes había concluído completamente con la fuerza de Mina, presentándole á éste atado de las manos y con otros tres secuaces. A un lado de Orrantia estaban unos trofeos militares y arrojada por el suelo la cabeza de D. Pedro Moreno, que fué muerto en la acción del 27 de Octubre.

Hé aquí ahora el certificado de la muerte de D. Francisco Javier Mina.

«D. Manuel Falcón, cirujano del Batallón primero americano, etc.

»Certifico que hoy día de la fecha, á las seis de la tarde se me ha llamado para reconocer el cadáver del traidor Javier Mina, el que llevaba dos horas de fusilado, en el que, reconocido, encontré una herida bastante grande en la cabeza, en el hueso occipital, quedando el dicho hueso enteramente fracturado, pues las balas causantes de la citada fractura, salieron por la boca, padeciendo ambas mandíbulas; otra herida en las espaldas, causada por la misma arma hasta perforarle el pecho, cuyas heridas son físicamente mortales, como se verificó en dicho cadáver.

»Esta es la verdad, la que doy en el Crestón de Bellaco á 11 de Noviembre de 1817.—*Manuel Falcón*.»

Al soldado que había aprehendido á Mina se le entregaron los *quinientos* pesos ofrecidos á quien le cogiese vivo ó muerto; á

Orrantia se le dió el grado de coronel y á él y á sus tropas un nuevo escudo de distinción en campo celeste con el mote de CONCLUYÓ CON LA INVASIÓN.

A su tiempo y por iguales méritos D. Juan Ruiz de Apodaca, mereció, como ya dije, de Fernando VII el título de EL CONDE DEL VENADITO.





XVI

# LAS TRES GARANTÍAS

Memorias de un Criollo

1820-1821





—¿Pero de dónde ha sacado V. ese buen mozo...

## LAS TRES GARANTÍAS

### I

La volví á ver algunos años después y estaba casi tan hermosa como el día en que la conocí.

Me parece que la estoy viendo.

Era yo muy niño, tenía próximamente diez años, y ella treinta y seis.

Pero se conservaba tan fresca, tan graciosa, tan esbelta que le costaba á uno trabajo convencerse de que aquel simpático joven de diez y ocho años pudiese ser hijo suyo.

Quizás por eso mismo se mostraba más orgullosa de él.

Hermoso joven, el simpático Mariano.

Todo el mundo le daba ocho años más que los que tenía, y él los tomaba sin replicar, pues gustaba de aparentar ser más hombre que lo era dada su corta edad.

—¿Pero de dónde ha sacado usted ese buen mozo que parece más que su hijo hermano suyo?

Y á esta pregunta que, aunque envolviese una lisonja, envolvía casi una verdad al mismo tiempo, ella contestaba con picaresco candor:

—Del corazón de una lechuga, que es de donde los niños creen que se los saca para llevarlos á su cuna.

—¡Vamos! pero si no parece hijo de usted.

—Pues lo es, estoy perfectamente segura.

¡Guapa mujer!

Sus ojos parecían estrellas engarzadas en lapislázuli: así lo decían los que para ponderar una hermosura no encuentran más medio que formarla de mármoles, alabastros, marfiles, corales, perlas, ébano y troncos de palmera.

Y es el caso que por lo regular quienes más *estatualizan* (atroz neologismo) á la mujer, son los que más se entregan al tercer enemigo del alma.

Y serían ó no serían estrellas sus ojos, pero sí es cierto que despedían rayos que ponían de todos los colores á quien era objeto de sus miradas.

De ellas se espantaban muchos hombres y sentían bajo su impresión un calofrío indescriptible.

Aquel seno insolente asomándose por el escote del vestido de seda, y mal oculto bajo las mallas delicadísimas de una pañoleta de encaje, cuyas puntas después de cruzadas sobre el pecho se anudaban en vaporoso lazo prendido con un broche de brillantes, tenían mucho de mundano y tentador.

La falda del vestido escaso de vuelo y altísimo de talle según la moda de la época, dejaba descubiertos desde el tobillo sus pequeñísimos piés primorosamente calzados con zapato bajo de seda, cuyas cintas se cruzaban sobre el empeine y dando vueltas sobre vueltas desaparecían bajo los encajes de las enaguas, adheridas á la calada media de blanca seda.

Preciosos brazos los suyos y dignos y muy dignos de mostrarse como se mostraban, descubiertos casi desde el hombro.

Delicadas manos aquellas cuyos dedos largos y elegantes lucían cada uno, menos el pulgar, dos ó tres anillos de piedras preciosas engarzadas en forma de cruces, de estrellas, de rectángulos, de círculos y otros varios caprichos del diamantista.

Bella, muy bella repito, y no obstante, hecha abstracción de sus

naturales encantos de mujer hermosa, aquella señora no era lo que se llama simpática.

Muchos individuos habían dado en la necedad de creer que hacía mal de ojo, y que el verla originaba algún disgusto ó desgracia.

Para más de un marido lo último salía cierto casi siempre.

Pero no estaba el mal en ella, sino en ellos mismos; porque sucedía que después de haberla visto y contemplado un rato más ó menos largo, al volver á su casa sus mujeres parecíanles más feas que de costumbre, y no siendo bastante prudentes para disimularlo, oían de labios de sus belicosas y ofendidas consortes las verdades del barquero, que, según se dice, nada tuvieron de agradables.

—De otro modo juzgabas las cosas,—solíanles decir,—cuando me galanteabas sin obtener de mí más que desdenes, que, aunque fingidos, pues me gustabas para marido, no por eso te hacían menos mella, porque de bobo te pasabas.

—Me paso,—dijeras mejor,—murmuraba el marido para sus adentros.

—Pero ya se ve,—continuaba la irritada esposa,—yo, pobre de mí sin experiencia, sin mundo, me dejé llevar de mis ilusiones y hoy sufro el castigo de mi ligereza.

Al oir lo cual el marido pensaba para sí:

—¡Su ligereza dice y está casada conmigo; estas mujeres no saben lo que es una mujer propia!

Guardábanse, sin embargo muy bien de decirlo y al fin pasaba el chubasco, que en el matrimonio pasan pronto cuando el cónyuge recriminado es prudente y no truena ni relampaguea.

Restablecida la calma, los delincuentes solían tener el candor de buscar de nuevo á la peligrosa dama y contarle en son de broma su pasado disgusto con sus esposas, á cuya relación la dama contestaba:

—Pues amigo, convenza usted á su esposa de que nada tiene que temer.

Esto lo mismo podía querer decir «yo sé respetar la propiedad ajena» que «no hay cuidado que por hombre como usted me pierda.»

Ellos procuraban entenderlo por el lado que mejor les convenía

y consolándose con su propia tontería, pensaban que los escrúpulos de la dama podrían desaparecer si la propiedad ajena se le entregaba por su libre voluntad y á pesar de sus respetos.

Pero, digamos de una vez su nombre, D.ª Clara, ó mejor Clarita, que así la nombraban todos, no parecía dispuesta á dar qué hablar de sí al menos con sólido fundamento.

Era hermosa, muy hermosa, sobrenaturalmente hermosa, y gustaba, como gustan todas las hermosas, de ser galanteada; pero sus aficiones no pasaban de ahí.

¿Ni cómo habían de pasar si pasaba ella por una de las mujeres más piadosas de sus días?

En su salón, compitiendo en número con los objetos de lujo y arte, abundaban, ya de talla, ya en cuadros, más de una gruesa de imágenes de los santos de su devoción.

La recámara especialmente era casi un oratorio, más aún, una celda monjil.

A la cabecera de su cama de caoba, una gran cama, no ya de matrimonio, sino de familia, pues parecía plaza; á la cabecera, digo, pendía de un clavo un magnífico cristo de marfil dentro de una especie de marco formado por rosario enorme de madera de los olivos del Santo monte Olivete bendecido en Roma por el Santo Padre.

Los voluminosos sillones, casi sitiales, con asientos y respaldos de cuero claveteado, que á lo largo de las paredes se alineaban, daban á la recámara el aspecto de una sala de capítulo de priores ó abadesas.

Un gran armario, todo era allí grande, y enfrente de él una gran urna de grandes cristales con una imagen de bulto de Santa Clara de tamaño natural, completaban el adorno de la recámara de Clarita.

Todo era allí sencillo, severo, casi humilde, casi pobre menos el traje de la santa cosido todo por Clarita y adornado de encajes de un valor tan grande que, si en vez de haber tenido la devoción de adornar con ellos la escultura, hubiese tenido la abnegación de cedérselos á los pobres, pudiera haber hecho la felicidad de cien familias á cincuenta pesos cada una. No tengo empeño en demostrar que el número debiera ser cien; lo mismo pudiera haber dicho cincuenta familias á cien pesos ó veinticinco á doscientos. ¡Eran

tantas las familias de pobres que no pedían limosna en las calles ni en la puerta de los templos á las cuales podría haber hecho felices la santa despojándose de sus encajes!

## II

Pero para todo daba la más que decente fortuna de Clarita.

El padre Bernardo, su confesor, podía dar fe de ello.

¡Buen padre Bernardo aquel!

No era guapo, pero sin duda lo había sido.

Aun le quedaban rasgos á pesar de sus cincuenta y seis años cumplidos.

En realidad de verdad no los representaba.

Era uno de esos hombres que el vulgo llama acartonados, y lo era en efecto.

Alto y delgado, un tanto hundido de ojos, finísimo de nariz, boca pequeña, frente despejada y espaciosa, manos elegantes largas y delgadas, gris, nada más que gris el cabello: tales eran las señas del hombre físico.

Apuntemos algunos rasgos del padre Bernardo moral.

Rígido, grave y sentencioso con la comunidad de las gentes.

Amable, muy amable, casi galante con las damas, que siendo bellas trataba como hijas.

Elocuente en el decir, delicado y agradable en los chistes con que á veces amenizaba su conversación.

Gran conocedor del mundo y quizás por eso mismo correcto en la forma y fino y desdeñoso en el fondo.

Asiduo é intachable en el cumplimiento de las prácticas de su ministerio, y duro y exigente para hacer cumplir á los demás las de su devoción.

Este era el padre Bernardo.

Ya iremos poco á poco completando su retrato.

Basta por ahora.

No dejaré sin embargo de decir que desde aquel hundimiento de sus ojos desprendíase una mirada fina, penetrante, indagadora, mucho más elocuente que todos sus discursos, capaz de desconcertar

á cualquiera, y capaz á la vez de tomar todas las expresiones concebibles, desde la más extremadamente bondadosa hasta la del más humano encono.

Muchos de mis lectores no acertarán por estos apuntes á darse una cuenta y razón exactas de lo que en el mundo fué el padre Bernardo, y los mal intencionados quizás se atrevan á censurarme por lo que tal vez adivinen ó crean adivinar en mi hombre.

Unos y otros deben pensar que soy un pobre viejo, casi chocho y que carezco de estudios para meterme en honduras como las del carácter moral y físico del padre: perdonen, pues, los defectos en que haya incurrido y haya de incurrir, y permítanme que hable, así como soy, ignorante, burdo, pero no mal intencionado.

Si después de estas explicaciones aun hubiese alguien que no pueda perdonarme el que yo ande sacando á luz poridades que muchos creen olvidadas, diga ese alguien lo que mejor le acomode, seguro de que no me he de tomar el trabajo de contestarle, así me llame perro, judío ú otro insulto que más le acomode, y suponga más grave y ofensivo.

Y esto digo porque viene al caso y porque me dicen que por ahí andan trayéndome y llevándome en lenguas, sobre si pienso de este ó del otro modo, sobre este suceso ó aquel personaje.

Yo no escribo historia tal como muchos la escriben, esto es, pintando las cosas como se les antoja y dando por sucedido lo que ellos quisieran que hubiese sucedido.

Cuento lo que ví y lo que mis padres vieron, y quisieron contarme, y no llegan mis pretensiones á que ningún historiador se tome la fatiga de citarme en sus libros, ó comprobar mis dichos.

El que quiera creerme que me crea, y el que no que lo deje, seguro de que no habremos de enfadarnos.

Buen papel haría yo rompiendo varas á la respetable edad de setenta y tres años que son los que contamos la independencia de México y un servidor de ustedes!

Y he dicho que setenta y tres son los años que cuenta la Independencia, y setenta y tres los míos, porque la verdad de Dios es que ella y yo nacimos en el mismo día.

Piensen en contrario lo que pensar quieran, los que como yo no piensen, la Independencia de México data cuando más tarde de la famosa noche del 15 al 16 de Setiembre de 1810.

Cierto es que no la consumaron los hombres de aquella noche; cierto es también que en el primer periodo de la lucha insurgente, más se hizo por la ruina que por el progreso de nuestras ideas, pero nadie podrá negarme, digo, si obra de buena fe, la verdad de que sin nuestro intachable grande Héroe D. José María Morelos, nadie, absolutamente nadie, hubiera consumado nuestra independencia cuando se consumó.

Vean, si abrir quieren los ojos, como quedó el alzamiento insurgente al morir en Chihuahua los primeros héroes, y díganme si era una empresa al alcance de cualquiera el echarse á cuestas el hacer nuestra Independencia, cuando todos andaban espantados de ver que con todo y que nuestro país era doble de extenso de lo que hoy lo es, los cadáveres que la guerra había hecho se tropezaban unos con otros en sus enterramientos.

No, no era un hombre cualquiera el que se necesitaba para hacer brotar la llama de las montañas de cenizas que la sofocaban.

¡Vaya! ni D. Agustín Iturbide se atrevió á ello, y eso que don Miguel Hidalgo adivinó lo que algún día podría hacer, y con tal de atraerlo á su partido, le ofreció la faja de general, faja que seguramente hubiese aceptado D. Agustín, á no haberla visto entonces, y con justicia, demasiado verde todavía.

Y no se me diga que D. Agustín siempre nos creyó buenos para nada: ya le veremos tratando de ganarse con las más dulces expresiones y los más pomposos ofrecimientos, como el de ponerse á sus órdenes por ejemplo, al último insurgente armado, á D. Vicente Guerrero, y eso cuando éste apenas podía hacer más que no dejar apagarse la lumbre encendida el famoso 16 de Setiembre, y cuando D. Agustín contaba con los inmensísimos elementos que le empujaron hasta hacerle entrar por las puertas de la Capital el memorable 27 de Setiembre de 1821.

¡Pobres de nosotros si Dios no hubiese querido darnos un don José María Morelos!

¿Con quién á falta de él hubiéramos llenado el espacio de años que mediaron entre el 30 de Julio de 1811, en que fué sacrificado el Sr. Hidalgo, hasta el 13 de Noviembre de 1821 en que el traicionado virey D. Juan Ruíz de Apodaca, puso en manos de Iturbide la casi totalidad de las fuerzas que habían jurado defender el dominio de España en las Américas?

Y aun hay quien tome á lo serio aquellas repetidas palabras de Iturbide en su exposición á la regencia, palabras que decían: «en cortísimo tiempo de campaña, sin efusión de sangre, y para decirlo de una vez, sin guerra,» concluimos la grande obra de nuestra libertad!

¡Admirable admiración la de las gentes que de eso se admiran!

¡Pobres mártires Hidalgo, Morelos y Mina! Quisisteis hacer nuestra Independencia *contra los españoles*, y se os quiere privar de vuestra gloria, porque no la hicisteis *con los españoles!*

Quisisteis que la Independencia se hiciese por amor á la libertad, y aquel pueblo hecho á la esclavitud, no quiso la Independencia hasta que la hicieron el odio, el miedo á la libertad!

Pero bien caro la pagó aquel pueblo, y se la hizo pagar á la generación que le seguía.

Al despotismo colonial, sustituyeron el plan de Iguala y sus hombres, el despotismo de la ranciedad, y mucha sangre necesitó correr después del alegre y regocijado 27 de Setiembre de 1821 para que al fin el pueblo mexicano pudiese, como ya puede, considerarse verdaderamente independiente, soberano y libre!

## III

¡Buen Padre Bernardo aquel!

Cuánto le estimó Clarita, y cuán digno era de la estimación de aquella hermosa mujer!

Muy digno, sí.

¿Quién como él habría sabido dirigir mejor la conciencia de Clarita?

¡Cuán feliz, cuán sosegada conciencia, la conciencia de Clarita!

Como que nada tenía que reprocharle á su hermosa dueña.

Qué vida tan sencilla la suya.

Casi invariablemente, á las nueve de la mañana estaba ya levantada y dispuesta á oir la misa que diariamente decía el Padre Bernardo en la capilla ú oratorio particular de Clarita.

Al santo sacrificio asistían todos los habitantes de la casa, inclu-

sive el portero, pues de nueve y media á diez, se cerraba todas las mañanas el portón del zaguán.

A las doce en punto estaba en la mesa la comida, buena y abundante y no escasa en supremos vinos.

En esto se daba gusto Clarita, y hacía muy bien y santamente.

Siempre fué espléndida su mesa, cuyo servicio y vajilla era todo de plata.

Nunca, casi nunca le faltaban invitados, y hasta las dos y media que duraba la sobremesa se tenía en el espacioso y confortable comedor una agradabilísima reunión.

A las siete de la noche volvía á cerrarse el portón del zaguán para rezar en calma y con la conveniente tranquilidad el santo rosario.

A las ocho se cenaba tan bien como se había comido.

A las diez de la noche se apagaban todas las luces, excepción hecha de las cinco ó seis lamparillas que delante de otras tantas imágenes se mantenían ardiendo constantemente en el oratorio, y algunas habitaciones.

En la misa del día primero de cada mes, comulgaba en la casa todo vicho viviente, y capaz de hacerlo, después de haberse confesado en la tarde anterior, con el Padre Bernardo por supuesto.

No era para este un gran trabajo la confesión de las doce ó catorce personas moradores habituales de la casa.

Por miedo á las reprensiones del último de mes, los treinta ó treinta y un días que los formaban, cuidaba cada cual de pecar cuando mucho venialmente.

Aquella casa era un reloj, que se movía con toda regularidad siguiendo el impulso de las dos ruedas principales.

No creo necesario decir que aquellas dos ruedas principales eran el padre Bernardo y Clarita.

Uno y otra tenían precisamente todos los viernes, y antes del rosario, que en esos días era el padre quien llevaba los dieces, una solemnísima conferencia.

Esa conferencia era llamada la conferencia de la caridad.

En ella el Padre Bernardo postulaba las familias ó individuos desgraciados acreedores á la munificencia de Clarita.

La postulación del Padre siempre era bien acogida.

No podía por menos de suceder así, si se tiene en cuenta que lo

mismo las familias que los individuos desgraciados, eran individuos y familias que el Padre conocía como buenos y asiduos católicos.

En este punto, el Padre y Clarita eran exquisita é igualmente escrupulosos.

En caso de duda, el postulado era irremisiblemente desechado.

Era necesario hacer una justa diferencia entre el desgraciado que lo era á pesar de su amor á Dios, y el que no acudía á su Divina Majestad á pedirle misericordia y exponerle sus penas.

El mundo en aquellos días estaba tan echado á perder, que sólo por el rigor podía enderezársele por el buen camino.

Repartida de un modo equitativo la cuota de la caridad semanaria, quedaban en lista para la siguiente los desgraciados á los cuales no hubiese alcanzado el total repartible.

Así lo tenía dispuesto el Padre Bernardo, y no sin fundamento y razón, pues como muy bien decía, si todos los ricos no pusiesen un *hasta aquí* á sus inclinaciones caritativas y á sus limosnas, son tantos los pobres que necesitan ser socorridos, que á la vuelta de un *dos por tres*, ellos mismos habrían de recurrir á la caridad pública.

Hecho, repito, este reparto, el Padre continuaba otro género de postulaciones, *verbi gratia* las siguientes:

Las monjas de la Encarnación han ofrecido á Nuestra Señora del Rosario, que se venera en uno de sus altares, un vestido nuevo y una corona de perlas, por haber devuelto la salud á la Madre Gualupita, y han abierto una colecta entre los amigos y protectores de la comunidad.

—¿Cuánto importan el vestido y la corona?

—Quinientos pesos justos: las madres sólo pondrán su trabajo, pues sabe usted que son pobres, y los devotos reunirán los quinientos pesos, dejando á la piedad de cada cual el asignarse la cuota que guste.

—¿Cuál debo yo dar?

—Clarita, lo que usted guste.

Prefiero que usted tenga el gusto inmensísimo de señalarla por sí misma según lo que su piedad le dicte.

—Mi piedad me dicta el dar los quinientos pesos. Usted sabe, Padre Bernardo, que, gracias á Dios, esa suma es nada para mí.

—Lo sé Clarita, y por lo mismo espero que cada día aumente más y más las riquezas que usted con tanto talento disfruta y distribuye.

Pero vuelvo á mi tema: aun la caridad y la piedad deben tener su cuenta y razón.

No permito, pues, que usted dé sola los quinientos pesos, y le señalo sin admitir ni un centavo más, la cuota de cien pesos.

—Sea como usted quiere, Padre Bernardo, pero á fin de que las madres no formen mal concepto de mí, tenga usted la bondad de decirles que me encontró dispuesta á dar yo sola los quinientos pesos.

—Así lo haré, hija mía: mañana sabrán hasta dónde llega la piedad de mi predilecta hija Clarita, no sólo las madres de la Encarnación, sino todos los amigos de la Santa Casa.

—Eso no, Padre Bernardo: no hay que olvidar que el Evangelio dice que la mano izquierda no debe saber las caridades que haga la derecha.

—Cierto, ciertísimo, exactamente cierto; pero quien como yo tenga conocimiento de este rasgo de piedad, debe encarecerlo y publicarlo, no sólo porque así es merecido, sino para despertar la emulación entre los devotos, y así promover el mayor esplendor posible del culto.

—Ante esa razón, callan y desaparecen todas las mías: prosiga usted, Padre Bernardo.

—Los padres dominicos comenzarán el viernes próximo la novena de su santo fundador, una de las más solemnes fiestas que la iglesia mexicana celebra; y aunque han tenido más de treinta solicitudes y empeños para costear cualquiera de los días del novenario, han desechado á todos los pretendientes al quinto día, y me han confiado la grata misión de ofrecérselo á usted.

—Acepto reconocida ese favor; ¿á cuánto asciende la limosna que debo dar?

—Los pobres no han querido que se susciten competencias ni rivalidades entre las personas que han de costear el novenario y han fijado una cuota igual y uniforme para todos.

—¿Cuánto?

—Doscientos pesos.

—Poco me parece para tan solemnes cultos, pero me someto á la ley que han querido imponer: daré los doscientos pesos.

El Padre Bernardo sonrió franca y cariñosamente y dijo:

—No serán doscientos sino ciento cincuenta.

—¿Y por qué?

—Porque los cincuenta de diferencia son los asignados á los predicadores del día por mañana y tarde.

—Y bien ¿por qué mi día no ha de tener predicadores?

—Los tendrá, Clarita; los tendrá hija mía.

—¿Y entonces por qué no se les ha de pagar?

—Porque ellos no quieren.

—No entiendo.

—¡Ola! ¡ola! creía más perspicaz á mi hija predilecta.

¿No adivina usted que yo, el Padre Bernardo, seré el predicador del día, por la mañana y por la tarde?

—¡Ah! Padre Bernardo, como agradezco á usted tanta bondad.

—No hay por qué hija mía: tengo el mayor empeño en que los sermones de ese día sean dignos de su propietaria.

—¿Pero va usted á predicar en la mañana y en la tarde?

—Sí, hija mía.

—¡Pero eso es imposible!

—¿Y por qué?

—¿Cómo va usted á soportar la fatiga de dos sermones en un mismo día?

—Hija mía, para todo da Dios fuerzas, y no ha de negármelas á mí para darla esta nueva prueba de mi paternal afecto.

Clarita ante tal manifestación de paternal afecto, nada pudo responder.

La gratitud le embargaba la lengua.

No pudo hacer más que tomar la mano que el Padre Bernardo le tendió y besársela con el mayor cariño y más grande devoción.

La *conferencia de la caridad* terminó aquel día con otros donativos, importantes doscientos cincuenta pesos, á que ascendió el presupuesto formado para costear la pintura de la fachada del templo de Regina que necesitaba mucho repintarse y resanarse.

—Vea usted Clarita,—observó enternecido el Padre Bernardo;—quiso usted dedicar quinientos pesos á costear por sí sola el vestido y la corona de la imagen de la virgen del Rosario; yo me opuse, y al fin y al cabo ha venido usted á gastar los mismos quinientos pesos.

Pero me consuelo y no se lo reprendo porque con esos quinientos pesos vamos á hacer no una sola sino tres obras buenas y gratas á Dios.

Tenemos, pues, que abonar á las cuentas de caridad de mi hija predilecta, la quinta parte del vestido y la corona de la virgen del Rosario; un noveno de la solemne fiesta de los padres dominicos y toda la fachada del Santo Templo de Regina, más quince familias socorridas con los cincuenta pesos asignados semanariamente al alivio de los desgraciados.

¡Hija mía, bendita sea una y mil veces la caridad de los ricos piadosos!

## IV

Creería mal quien creyese que una mujer como Clarita, amiga del discreteo y de la galantería, conocedora de su notable belleza y de ella vanidosa, y que tan cándidamente se plegaba á las indicaciones del Padre Bernardo, hasta el punto de parecer un carácter vulgar y sin iniciativa, creería mal, repito, quien creyese que una mujer de su especie no tendría, llegado el caso, carácter ni energía para nada.

Muy por el contrario, Clarita había nacido con un carácter imperioso, y soberbio, gustaba de hacer pesar cuanto podía su superioridad y revolvíase airada si alguien más fuerte ó más diestro trataba de imponerle ajena superioridad.

Ella como nadie lo sabía y de ello tenía conciencia.

Pero por efecto mismo de esa conciencia había puesto y seguía poniendo todo su empeño en dominar su carácter.

No se le ocultaba la superioridad de espiritu de nadie, la ajena necedad le hería y repugnaba: inmenso, extraordinario desprecio inspirábale todo lo pequeño, y sin embargo, procuraba dejarse dominar por lo inferior, por lo necio y por lo pequeño, aceptándolo como una mortificación y como un sano correctivo.

Sólo no soportaba, vuelvo á decirlo, la superioridad de otra persona quien quiera que ella fuese.

Esto no sería muy halagador para cuantos suponían dominar á

Clarita, entre ellos el Padre Bernardo, ¿pero quién repara en los medios cuando el fin marcha de acuerdo con su interés?

Pocos recursos hay más propios para hacer fortuna y conquistar holgadas posiciones que el de despojarse de la dignidad personal y no dar uno á conocer que le tienen y toman por tonto.

Carácter enteramente opuesto y en un todo diferente al de Clarita era el de su hijo Marianito.

Curioso, muy curioso tipo el suyo.

No era de fea presencia, al contrario, era femenilmente bonito; sí, bonito: esa es la palabra.

Tenía un cutis y un color como de rosa.

Ensortijado el cabello, de un rubio al uso de los rubios ingleses, esto es, ni amarillo, ni dorado, ni limpio, ni sucio.

También, naturalmente, eran rubios su escaso bigote y su larguísima perilla ó piocha, que le hacía tanto más notable cuanto que nadie la usaba en aquel tiempo de pelo lacio ó cortado á tijera y cara pelada como cara de clérigo.

Sus ojos, lánguidos y mortecinos eran de un azul clarísimo, deslavado como azul de cielo de alba.

Era alto y erguido, sumamente correcto en el vestir, y de una intachable finura en modales y maneras.

Hablaba despacio y escuchándose á sí mismo y con un tono de voz sumamente bajo.

No hubiese alzado jamás la voz, ni dado un grito fuera del diapasón ordinario, por nada de este mundo.

Temía descomponer la regularidad y distinción de su fisonomía.

Resultado de su presunción y amor á sí mismo, era de una impasibilidad asombrosa.

Jamás faltaba á nadie pero tampoco le importaba que alguien le faltase.

Escuchaba sus elogios sin agradecerlos y no le irritaban ni conmovían las críticas.

No buscaba amigos, pero se dejaba dominar por cuantos se le presentaban, y si alguno le pagaba mal ó abusaba de él, se limitaba á dar órden á sus ayudas de cámara para que no volviesen á permitirle entrar en sus habitaciones, y sin emoción, sin disgusto, sin violencia, decía al borrarle de la lista de sus tibias afecciones.

—¡Ingrato!

Hasta allí era hasta donde más alcanzaban su enojo y disgusto.

Era casi lo que puede llamarse un sér impasible.

Ni aun las desgracias le conmovían.

No se negaba á socorrer á nadie, pero daba sus socorros como quien tira la limosna que da, sin detenerse á saber si la recogía el socorrido ó tirada la dejaba.

Si un enfermo, un infeliz ó un simple distraído tropezaba y caía en la calle y á su lado, buscaba un individuo á propósito, á quien ponía en la mano la mayor moneda que llevase, diciéndole:

—Tomad para vos, y ayudad á aquel infeliz á levantarse.

Y seguía su camino sin detenerse á saber si se le agradecía ó no se le agradecía ese desprendimiento, que era á lo más que, según su creencia, alcanzaban sus deberes para con sus semejantes.

Como hijo, no era menos galante y correcto: nunca besaba á su madre sin pedirle previo permiso para ello y aún así, nunca en los labios ó en las mejillas sino sólo en la frente ó en la mano.

A un tipo de su especie no podía faltarle una circunstancia más que le hiciese más interesante.

Hé aquí esa circunstancia; era en extremo delicado de salud.

Nunca tuvo, por fortuna suya, enfermedad de ninguna importancia, pero lo atribuía al cuidado extremo con que trataba su interesante individualidad.

Constantemente se sentía amenazado de toda especie de enfermedades, pero gracias á sus precauciones las supuestas dolencias no llegaban á declararse.

Si se le preguntaba aunque no fuese más que por pura fórmula social:

—¿Cómo se siente usted?

Invariablemente respondía:

—Mal, bastante mal.

—Sí, ¿eh? ¿pues qué tiene usted?

—Nada: pero me siento mal, bastante mal.

—¿Por qué no consulta usted con algún médico?

—Amigo mío, los médicos sólo sirven para casos extremos, para aquellas enfermedades que el enfermo mismo puede explicarles.

Las mías no son de esta especie.

Me siento mal sin dolerme parte alguna bien determinada.

No puedo explicar lo que siento y sólo sé que estoy mal, bastante mal.

Sin la escrupulosidad de mis precauciones, que llevo, lo confieso, hasta la nimiedad, porque así lo exige mi estado nervioso habitual, créalo usted, no duraría yo mucho.

—Que eso diga usted, cuando está en la primavera de la vida y contará cuando mucho diez y nueve ó veinte años.

—Algunos más, amigo mío, por más que agradezca su finura y amabilidad; pero no está en los años la salud.

Soy de una naturaleza exageradamente delicada.

Pero no sólo yo, amigo mío, no sólo yo soy así.

Toda la actual generación es igual.

No sé qué le ha sucedido al mundo.

Pero la verdad es que los hombres de hoy, no servimos para nada.

La raza ha degenerado y nosotros sufrimos la consecuencia.

Hemos venido al mundo demasiado tarde.

Pero en fin, como dice el vulgo, ni llorar es bueno.

Tomemos las cosas como son y procuremos ir saliendo adelante, mientras Dios sea servido de tenernos en este valle de miserias y de lágrimas.

La persona de buen sentido que aquel cúmulo de insulseces escuchaba, solía decir al despedirse de Marianito:

—¡Lástima de individuo, que de sí mismo cree que no sirve para nada!

Pero vive Dios, que si me le entregasen sin segundas intenciones ni advertencias, no había yo de tardar mucho en curarle.

Con un fusil al hombro ó una reja de arado entre las manos, y estar al sol, si le hubiese, ó á la lluvia, al aire y al frío en su defecto, en dos meses transformaba yo en un roble á ese espíritu marica.

Pero ya se ve, quien es rico, tan rico como él es, bien puede darse el lujo de morirse de aprensión, á falta de otra cosa mejor y más útil en que entretenerse.

¡Allá él se las avenga!

## V

Pero si su hijo Mariano no se daba el trabajo de preocuparse ni ocuparse de cosa alguna que no fuese sus imaginarias enfermedades, Clarita pensaba por él.

Un día hubo en que aquella excelente señora creyó oportuno pensar en un buen matrimonio para su hijo.

Y meditó efectivamente.

Pero desde luego se le ofreció la dificultad del carácter de Mariano.

No tenía mala voluntad ni predisposición alguna contra el bello sexo.

Muy al contrario: le gustaban las mujeres hermosas y más que las hermosas las distinguidas en maneras y modales.

Pero sus gustos no alteraban ni aun en esto su apacible indiferencia.

Es decir, se había propuesto ignorar *qué cosa pudiese ser* una pasión.

Estrambótico podrá parecer propósito semejante; pero, cosa extraña en aquel carácter dispuesto á dejarse dominar por el primer recién venido, se iba saliendo adelante con su propósito.

No cabe duda, su corazón estaba tan vacío como su cerebro.

Ni el uno ni el otro le servían para más que para cumplir las funciones naturales estrictamente necesarias para mantener con vida la máquina de aquel cuerpo.

Y á pesar de todo, no le faltaban á Marianito jóvenes que de él estuvieran enamoradas.

No sólo no le faltaban, sino que antes bien le sobraban.

Le sobraban, sí, y tanto, que huyendo de algunas de ellas había dejado de visitar más de una casa por no encontrárselas.

Y lo más curioso es, que todas ellas se imaginaban estar en relaciones con el indiferente Marianito.

Cuantas pudieron hablarle se lo echaron así en cara.

—Usted dispense, señorita,—les contestó él,—creo no haber dado á usted motivo para esa recriminación.

Soy bastante pundonoroso para abusar de la credulidad de nadie, y menos de la de una dama.

Quizás las galanterías que, ajustadas á las más correctas fórmulas sociales, haya dirigido á usted, la habrán hecho creer que yo pienso aspirar á su mano.

No niego que tal aspiración á mí más que á nadie honraría, pero, señorita, no es para nadie un secreto lo delicado, ridículamente delicado de mi salud, lo confieso, y estimo demasiado á una señorita de las altas prendas de usted, para que nunca, ni por mal pensamiento, pueda llevar mi egoismo al extremo de hacerla mi esposa para convertirla en mi enfermera.

Los hombres de hoy no servimos para nada.

Seríamos muy cuerdos resolviéndonos á no casarnos jamás.

En ello daríamos una prueba de afecto y estimación á ustedes, y de piedad y respeto á la humanidad, no dando existencia á hijos que necesariamente han de valer menos que nosotros.

En vano era que aquella á quien esto dijese Mariano, tratase de demostrarle que en sus enfermedades había más de imaginario que de real.

—Ojalá fuese así,—contestaba;—pero no lo es.

Sólo el exceso de mis precauciones ha evitado que la muerte haya concluído ya con una vida de la que aún, lo confieso, no estoy hastiado.

Y nadie le sacaba de ahí.

Nadie, ni aun aquellas jóvenes un tanto más vehementes que llamándose á engaño le apostrofaban por su conducta.

—Veo que usted se exalta,—decía;—eso me demuestra que la salud de usted es muy superior á la mía.

Una escena de alguna violencia, me postraría en cama durante un mes lo menos.

Por lo tanto, señorita, pido á usted permiso, para dar por terminada esta difícil discusión, y no dudando que me lo otorgará uso de él y me callo.

Y no había más remedio, se callaba, de modo que la Santa Inquisición no habría podido arrancarle una palabra más.

Mariano era hombre que no tenía, como tienen todos los de su edad, ni archivo de cartas amorosas, ni almacén de recuerdos ó presentes galantes.

¡Si una dama le ofrecía una flor que fuese, qué capaz que él la tomase!

—Conservadla vos, señorita: soy incapaz de consentir en que esa flor, dichosa de morir en manos de usted, fuese por las mías profanada.

Sucedió alguna vez que una joven enamorada de él, queriendo saber á qué atenerse, le dirigiera una carta preguntándoselo.

Con la mayor atención Mariano se apresuró á contestar por escrito, lo mismo que en aquellos casos contestaba de palabra, y llevando al extremo su respeto á las atenciones que la familia de la pretendiente merecía, dirigió la carta abierta á los padres rogándoles en una esquela se sirvieran entregarla á su hija.

Resultado: que ésta se ganó un disgusto de padre y muy señor mío, porque los suyos le calentaron las orejas riñéndola por haberse expuesto á tan ridículo descalabro.

Los padres de la víctima agradecieron á Mariano su franqueza, pero le retiraron su amistad dejando aún de saludarle. No por eso se apesadumbró aquel tipo.

—Extraños padres,—se dijo;—sin duda habrían preferido que yo enviase á su hija la respuesta por conducto del *maestro* aguador?

Todo esto lo sabía Clarita.

Mariano estimaba que al hacerlo así obedecía á todas las leyes de la educación y la caballerosidad, y se lo contaba á su madre con la misma naturalidad.

## VI

Clarita se admiraba de una candidez tan parecida por detrás, por delante y por uno y otro costado á la tontería; pero dejaba hacer á su hijo su santa voluntad, segura de que á nadie causaba perjuicio.

Y así era en efecto.

Al contrario: su conducta era en extremo favorable á las jóvenes.

Porque éstas, lastimadas con Mariano, hacían buena cara al primer D. Juan que les cantaba claro, y se casaban con él en un dos por tres.

Esto daba margen á muchas conversaciones como la siguiente:

—¿Sabes que ayer se casó fulanita?

—No, no lo sabía.

—Pues sí, hija, como te lo cuento: se casó ayer, y muy bien por más señas.

—¡Vaya, dichosa ella!

—Y lo más particular es que su noviazgo apenas duró tres meses.

—¡Hija! ¡qué afortunada es fulanita! ¿Y por qué fué *eso* tan de prisa?

—Dicen que se casó por despecho.

—¿Por despecho?

—Sí: parece que la muy tonta creyó que Mariano, ya sabes, Marianito, andaba enamorado de ella, y cuando se figuraba tenerle ya amarrado, el pícaro dió un quiebro, y se pasó de largo.

—Pues mira, hija: todo eso es muy posible y no es el primer caso que yo sé.

Marianito es un alhaja para eso de hacer matrimonios.

Todas sus novias se le casan como se ha casado fulanita.

Dicen que por despecho. ¡Bah! ¡tontera! venga marido y venga por donde viniere.

—La verdad es que Marianito trae la buena estrella á todas las mujeres en las cuales se fija.

—¡Ay! hija; ¡tengo unas ganas de que Marianito se fije en mí para poder casarme con Juan!

Yo le juro que en cuanto me mire Marianito, me le declaro como lo hacen en las comedias las damas del coliseo.

Y en cuanto lo sepa Juan, créelo como artículo de fe: pide dispensa de *vanas* y se casa conmigo antes de quince días.

¡Qué buena sombra tiene ese Marianito!

Esta *buena sombra* de Marianito era también repetidamente comentada por los varones jóvenes de su edad; pero los comentarios tenían mucho de picaresco.

—¡Qué chiripiento es el tal Marianito!—decía uno.

—¡Uf! ya lo creo que lo es.

—¡Y tanto!

—Todas las muchachas suspiran por él.

—¡Mira qué gracia! Hazme á mí tan rico como él lo es y yo te respondo...

—¿Qué has de responder, tonto, si no sabes de lo que se trata?

—¿Cómo que no?

Se trata de que á un joven tan extraordinariamente rico como Mariano, todas las muchachas lo encuentran digno de ser su marido.

—Pues cabalmente estás probando con lo que dices que no sabes de lo que se trata.

Ninguna muchacha quiere á Marianito para marido, por la sencilla razón de que todas saben que Mariano no piensa casarse.

—¡Ah! en ese caso Mariano es un sér peligroso para las familias.

—¡Peligroso Marianito! ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! bien se ve que no le conoces; Marianito no es peligroso para nadie, y eso es precisamente lo que criticamos.

Marianito tiene partido entre las muchachas, porque las muchachas creen que Marianito tiene buena sombra, y que basta que él haga la corte á una muchacha, para que esta muchacha se case en un dos por tres con su novio.

—¿Con su novio de quién?

—¿De quién ha de ser, hombre? de la muchacha.

—¿De qué muchacha?

—De la que enamore Marianito.

—Entonces ese novio es Marianito.

—Mira, cállate, porque sólo dices barbaridades, y escucha en calma.

Las muchachas suponen que la buena sombra de Mariano hace que todas ellas se casen en el momento en que él las enamore, ó simplemente las galantee.

Esto hace que todas le pongan buena cara, ya por ver si la buena sombra da fuego, ya por si pega, y Mariano se casa con ellas.

¿Comprendes?

Si Mariano no fuese tan pazguato como lo es, ¿qué gran partido no podría sacar de la tal fama?

Porque has de saber que muchos padres empiezan también á creer en la supuesta buena sombra, y algunos que por ahí andan hasta con tres hijas casaderas pasadas de punto, piensan ensayar á ver si es verdad.

Pero ¡qué capaz que Marianito sepa aprovecharse ni de su misma tontería!

Es un hombre de yeso, y si por sus venas circula algo, ese algo no es sangre seguramente, sino limón nevado ú horchata de pepitas de melón.

—¿De melón? No lo juraría yo. Siendo como es Marianito, la horchatera debe haber sustituído las pepitas de melón con pepitas de calabaza.

El grupo de aquellos jóvenes, estaba de buen humor, y dispuesto á celebrar cualquiera tontería.

Por eso celebraron la que apuntada dejo como fin de su conversación.

## VII

Clarita creyó oportuno que aquellas bromas basadas en la cándida indiferencia de su hijo, tuviesen un término, y concibió el proyecto de casarle.

En el modo de ser de Clarita, era difícil, muy difícil que sus proyectos tardasen mucho en ser una realidad.

Llamó, pues, á su hijo, y después de darle permiso para que besase aquella su adorable frente, le expuso, sin más preámbulos, sus proyectos matrimoniales.

Mariano no se emocionó.

En la más correcta forma y con perfecta tranquilidad, manifestó á su madre que no tenía que oponer á sus proyectos otro inconveniente que el de su salud delicada.

Clarita le hizo observar que las saludes delicadas solían encontrar un maravilloso curativo en el matrimonio.

—Si así, lo cree usted,—respondió Marianito,—demos por no existente el motivo único de mi oposición.

—¿Quiere decir, hijo mío, que estás dispuesto á casarte?

—Con quien usted guste, madre mía; la elección que uted haga, será aceptada por mí.

¿Quién mejor que usted puede saber lo que más me conviene, puesto que como madre mía, está usted directamente interesada en el alivio de mi delicada salud?

—Pero bien, hijo mío, ¿no tienes preferencia, ya que no amor, por una joven digna de tí?

—No, madre; me gustan como sabe usted, todas las jóvenes distinguidas y hermosas que conocemos; pero nunca he preferido á esta más que á la otra.

—¡Pero si parece imposible!

—Parecerá, pero no lo es: soy enteramente incapaz de engañar á nadie, y menos á mi madre.

—Gracias, hijo mío, lo sé; pero tu indiferentismo es tan inexplicable...

—No lo es tanto como bondadosamente supone usted, y tiene su razón de ser, su causa, su motivo...

—¡Tu delicada salud!

—Precisamente: todos hemos visto en diversidad de casos, el estrago funesto que las pasiones hacen en naturalezas vigorosas.

¿Qué habría sido de la mía tan débil, si yo no hubiese conseguido dominar mis instintos?

No ignoro de cuantas burlas he sido blanco por mi conducta que casi nadie se explica.

Pero las burlas no me irritan, ni siquiera me conmueven.

De ellas estoy pagado, conservándome como me conservo, con vida, mal que pese á mi salud delicada.

—Bien está, hijo mío, no hablemos más de eso: tienes razón, mucha razón.

—Agradezco á usted que así lo reconozca.

—Lo reconozco, sí: pero vamos á ver, ¿estarás conforme con la mujer que yo elija para tu esposa?

—Dije y lo repito, que viniendo de usted la elección la acepto sin obstáculos ni observaciones.

—Bien, hijo mío; pero yo quisiera que una determinación de tanta trascendencia para tí, fuese tomada con acuerdo tuyo.

—Si tan necesario lo considera usted, podemos hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Cumplir con las fórmulas sociales.

—¿Qué fórmula?

—La de que una vez elegida por usted la que deba ser mi esposa, me diga usted su nombre y sus circunstancias exigiéndome mi parecer, que desde luego aseguro que será favorable.

—Puesto que no pides más que eso, prometo hacerlo como lo deseas.

—Gracias, madre mía; en ese caso no hay más que hablar.

—Como gustes.

Marianito se puso en pié, como preparándose á salir de la habitación; pero de pronto volvió á sentarse, diciendo:

—Dispénseme usted, madre, que la entretenga un momento más.

—¿Qué ocurre?

—Una idea.

—¿Una sola? ¡vaya! ¡cómo me alegro! venga esa idea.

—¿Al casarme, cambiaré de casa? ¿ó continuaré viviendo al lado de usted?

—Hijo mío, eso lo dejo á tu disposición; para mí sería más grato no separarme de tí.

—Gracias, muchas gracias, madre. En ese caso, continuaré, tal era mi deseo, continuaré al lado de usted.

Clarita repuso á esto enternecida como madre que era:

—¡A mi vez, hijo mío, te agradezco con toda mi alma esa prueba de cariño!

—Hago lo que debo,—contestó Mariano siempre con correcta forma, pero también sin emoción.

—Adivino, hijo mío, que es el cariño quien te dicta tu deseo.

—Es cierto, madre, el cariño me lo dicta. Por nada de este mundo consentiría en afligir á usted, privándola, al separarme, del gusto que tiene en cuidar de mi salud delicada.

Mi esposa nunca podrá cuidarme con tanta solicitud, como mis enfermedades exigen.

Clarita se quedó fría, más que fría, helada, con aquella patente demostración del cándido egoismo de su hijo.

## VIII

Pero Clarita era madre, y Mariano era su hijo, y una mujer podrá ser cuanto malo se quiera, menos mala madre.

Así es que apenas había salido Mariano, cuando ella estaba ya repuesta de su amarga impresión, y decía:

—¡Pobre hijo mío! cuánto le hace padecer su apocada imaginación!

No, no le abandonaré.

Sería capaz de morirse de aprensión.

Por fortuna aquel día era viernes, y por lo tanto, día de conferencia de caridad, lo que explicará á mis lectores, como precisamente en el momento en que Mariano entraba en su habitación particular, el buen padre Bernardo abría la puerta de la sala donde estaba Clarita.

—Dios envía á usted, Padre Bernardo.

—Y á ver á sus ángeles vengo,—contestó galantemente el sacerdote.

—Siéntese usted, Padre Bernardo; necesito de su ayuda y sus consejos.

—¿Sí, eh? ¿pues de qué se trata, hija mía?

—Se trata del matrimonio de mi hijo.

—¡Ola! ¡ola! ¿al fin se nos ha enamorado nuestro buen Marianito?

—No, Padre Bernardo.

—Entonces...

—Yo soy quien quiere que se case.

—¿Pero sin estar enamorado?

—Mi hijo es de índole tan dócil, tan falto de iniciativa, tan acostumbrado está á que yo piense por él, que estoy segura de que se enamorará de la mujer que yo le elija, cualquiera que ella sea.

—Está bien: ¿y ya ha pensado usted en cuál ha de ser esa mujer?

—No, pero lo pensaremos usted y yo.

—¡Ay, hija mía! ¡soy en ese punto tan poco inteligente!

Sin embargo, probaremos; probaremos.

—Muy bien, Padre Bernardo.

—Comencemos.

—Si á usted le parece, yo propondré las candidaturas, y usted hará sus observaciones.

—Aprobado: comencemos.

Dolores Palma...

—Primera observación.

—Hágala usted, Padre Bernardo.

—Supongo que la esposa futura de Mariano, hemos de buscarla en familias cristianas viejas, como decían nuestros antepasados.

—Desde luego.

—En ese caso, me opongo á la candidatura de esa joven.

—¿Puedo preguntar á usted la razón?

—Sí, hija mía, y voy á decirla en el acto.

—Escucho.

—No niego que Dolores Palma es una bonita y excelente joven, modesta, buena y temerosa de Dios: la madre me parece otro tanto, y digo me parece, porque según mis noticias, hace tiempo que puso término á ciertas ilícitas relaciones, que mantenía con un primo de su marido, tan ocultas, tan en secreto, que nadie pudo jamás probar que aquel rumor fuese cierto.

Pero dando por hecho, y esto casi con fundado motivo, que tales ilícitas relaciones no sean más que una impía calumnia, siempre nos quedará el inconveniente del padre D. Basilio Palma.

El tal D. Basilio es un liberalón de marca: hace muchos años, y esto sí me consta porque yo lo ví, se atrevió á decir públicamente que los franceses habían hecho muy santamente en guillotinar al desventurado Luis XVI.

Es decir, D. Basilio no está por el Derecho Divino, que es el que santifica á los monarcas, representantes de la Autoridad de Dios en la tierra.

Me consta también,—y esto lo dijo el buen padre como si temiese que alguien le escuchase, bajando extraordinariamente la voz;—me consta que D. Basilio es... francmasón!

—¡Dios mío! ¿pero es verdad que *eso* lo hay en México?

—¡Sí lo es desgraciadamente!

—¡Horror!

—¡Horror, sí! grandísimo horror, porque esa infame sociedad secreta está formada de liberalones por el estilo de los revolucionarios franceses, para los cuales los reyes son unos entes despreciables, las imágenes de los santos unos muñecos ridículos y el clero, aun en sus más elevadas dignidades, un espantajo que debe desaparecer.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡cuántas abominaciones!

—¡Ah! mi señora D.ª Clarita, no dude V. que el mejor día ese Dios implacable en su justicia, mandará sobre nosotros el fuego que consumió á Sodoma y Gomorra, cuyos vicios casi parecen virtudes si se les compara con los vicios de la presente edad.

—Pero esa Inquisición, ¿qué hace esa Inquisición que no persigue á esos impíos?

—Hija mía, ¿qué quiere usted que haga si no encuentra en la autoridad el apoyo que le es indispensable?

—¡Cómo así! Entiendo que su excelencia el virey...

—Hija mía, el virey D. Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, está como todos; es decir, no se las tiene consigo.

Figúrese usted que hay quien dice que aunque lo oculta por no creerlo compatible con su dignidad, es también francmasón.



Clarita, créalo usted: estamos...

—¡Jesús mil veces! pero eso es una calumnia, no lo dude usted, Padre Bernardo.

¡Apodaca francmasón!

¡Imposible, imposible de toda imposibilidad!

Tan piadoso es, tan adicto y fiel al monarca, que esa canalla que se llama liberal le tiene por fanático y absolutista cual no hay otro.

—Puede ser que así sea, hija mía; pero el hecho es que no faltan ilustradas personas que desconfíen de él.

Clarita, créalo usted: estamos sobre un volcán y la menor imprudencia puede hacer estallar *esto* como bomba.

España, la católica España se ha vuelto loca y con ella va á arrastrarnos á todos nosotros á un *voladero*.

Los mismos que para poner coto á los avances de los liberales, de los descamisados, de los canallas, fortalecieron el poder absoluto del rey, lo han desacreditado con sus imprudencias.

Nadie ignora los escándalos que dió la camarilla formada con los concurrentes á las llamadas tertulias de Palacio: ellos fueron quienes desacreditaron el poder real cambiando de ministros como de camisa y dando origen á los alzamientos de Porlier en Galicia, de Lacy en Cataluña, de Richard en Madrid y de Beltrán de Lis en Valencia.

Por misericordia de Dios, todos esos movimientos fueron sofocados y en el cadalso perecieron sus infames caudillos; pero el rey ha continuado mostrándose débil y el mundo se le ha venido encima.

Ya lo sabe usted, Clarita, la mal sofocada conspiración del 8 de Julio de 1819 renació de sus calientes cenizas, y el día 1.º de este año de veinte, D. Rafael del Riego, coronel del batallón de Asturias, se pronunció por la Constitución del año doce en el pueblo de Cabezas de San Juan, no lejos de Sevilla.

Ayudado por otros rebeldes como él, Riego se apoderó en Arcos de la persona de D. Félix María Calleja, conde de Calderón, que habiendo sido nombrado jefe del ejército expedicionario destinado á reprimir la revolución en Buenos-Aires, tenía en dicho pueblo de Arcos su cuartel general.

Calleja, que, según se dice, ningunas ganas tenía de volver á América, se dejó sorprender por Riego sin oponerle resistencia alguna, y el ejército destinado á Buenos-Aires, que no quería salir de España, se adhirió á los principios proclamados por el revolucionario de Cabezas de San Juan.

La masonería, la infame masonería, que como la zizaña había extendido sus raíces por todo el suelo de la península, se propuso no dejar malograr el movimiento iniciado por Riego, y cuando éste casi se veía perdido en Sierra Morena, y en la imposibilidad de volver á la isla de León, centro de las operaciones de su secuaz el coronel D. Antonio Quiroga, tales mañas se dió valiéndose de sus comisionados secretos, que uno á uno fueron pronunciándose los jefes reales, al extremo de dejar al rey D. Fernando VII tan solo y abandonado, que ni con su propia guardia pudo contar.

Cediendo á aquella inicua violencia, el rey se decidió á jurar la

Constitución promulgada en Cádiz en 1812 y así lo anunció la noche del 7 de Marzo; pero temiendo el populacho y la soldadesca que no cumpliese su ofrecimiento, tres días después tuvo la avilantez de invadir el real palacio sin que la guardia tratase de impedirlo, y el desgraciado monarca, no menos que por salvar su real persona del insulto y del asesinato, accedió á todo y juró la Constitución en medio del más extraordinario y asqueroso tumulto, sólo comparable á aquel que impuso al desventurado Luis XVI la cucarda tricolor y el gorro marsellés.

## IX

El Padre Bernardo se detuvo un instante para recobrar los alientos que había perdido al hacer, sin darse punto de reposo, la anterior relación de los sucesos de España, cuyas primeras noticias se recibieron en México á principios de Abril, y fueron confirmadas el 29 del mismo mes por un buque salido de la Coruña que trajo la nueva fatal para los *serviles* de haber jurado el rey la Constitución.

—Estamos perdidos, enteramente perdidos,—continuó diciendo el Padre Bernardo—y lo estamos porque los liberalones de acá están, según parece, resueltos á imitar la conducta de los de la Habana, quienes sin esperar las órdenes del gobierno de Madrid han proclamado ya la Constitución.

Ahora bien, ¿qué será de nuestra santa religión católica si tal cosa llega á suceder?

¡Ah! Clarita, hija mía, ¡me asusto de pensarlo!

La libertad es la muerte de todos nosotros, porque ella hará triunfar ese negra masonería que nos odia y que no dejará con vida fraile, ni cura que llegue á haber á las manos.

Esa malhadada Constitución de las Córtes de Cádiz plantea en cada uno de sus artículos mil infernales reformas, que destruyen los dos únicos poderes salvadores de las sociedades, el poder real y el poder del clero.

Ni usted misma, hija mía, se salvará de los atropellos de esos infames liberales.

Todas aquellas personas honradas, timoratas, afectas incondicionalmente á la santa religión, son tituladas *santurronas* por los impíos liberales, y por las noticias de Madrid recibidas se sabe que el populacho ha cometido en ellas cobardes despojos y horribles asesinatos.

A casi todas las víctimas se les han encontrado tres heridas en forma de triángulo, que es, según se cree, el emblema de los masones.

Todas las heridas presentan á su vez tres bordes porque parece que los instrumentos con que cometen sus asesinatos son agudas puntas de enormes compases.

Otros cadáveres mostraban rotas las sienes con un instrumento contundente, que se cree haya sido un martillo, de que también se sirven los masones para las ceremonias que celebran en sus antros y denominan *logias.*

Según comienza á murmurarse, esas funestas logias han progresado en México extraordinariamente, y se afirma que merced al secreto con que trabajan habían conseguido que se ignorase hasta hoy la existencia muy antigua de algunas de ellas.

Según esas noticias, la primera logia la fundó D. Francisco Javier Mina, iniciando en sus lóbregos misterios á un oficial mexicano llamado García Conde: es creible que el mal español que vino á estas tierras á encender de nuevo el fuego de la insurrección, fuese capaz de hacer semejante cosa.

Hay quien pretenda darle mayor antigüedad aún y atestigüe que el cura de Dolores D. Miguel Hidalgo, y Allende y sus demás compañeros, el Lic. Verdad, y el mismo virey Iturrigaray, estuvieron iniciados en una logia que se reunía en la casa núm. 4 de la calle de las Ratas, habitada por el regidor D. Manuel Luyando.

Todo es creible, pues todos ellos figuraron en puesto prominente en la sangrienta y vandálica revolución del año diez ó en los sucesos que la prepararon.

Los más afirman que la primera logia en forma que existió en México, se fundó hace tres ó cuatro años en la casa de los capellanes del convento antiguo de madres Teresas en la calle de este nombre, de donde pasó después al núm. 20 de la calle del Coliseo Viejo. Aquella primera logia se llamó *La Arquitectura Moral.*

Entre los primeros masones se nombra al oidor D. Felipe Martínez de Aragón y á D. Fausto Elhuyar, suegro de Martínez y director de minería, ambos españoles.

—¿Españoles?—preguntó sorprendida D.ª Clarita.

—Sí, hija mía: españoles son casi todos los masones que en México tenemos; hasta hoy los masones mexicanos están, para honor de nuestro país, en notable minoría, si bien esos pocos pertenecen para mayor baldón á las más aristocráticas y distinguidas familias.

Todos los jefes y oficiales de las tropas expedicionarias están inscritos en las listas de las sociedades secretas, y ellos son los que mayor impulso les han dado.

¿A dónde iremos á parar?

¡Ah! Clarita, no es fácil preveerlo.

Para todos los masones la libertad es un ídolo al que rinden ilimitada adoración.

Pero no la libertad que se puede gozar bajo el influjo moderador y racional del trono y de la iglesia.

No, no es esta la libertad que ellos pretenden conquistar.

Su libertad es el desorden y el libertinaje, ambos ilimitados.

Su libertad es la ruina de todo lo antiguo, santificado por la experiencia y la sucesión de los años.

La supresión de las órdenes religiosas.

El saqueo de los bienes del clero, atesorados con las limosnas de las gentes piadosas.

En fin, Clarita, y para decirlo con una sola palabra; su libertad es el Cáos!

—Pero todo eso podrá evitarse; ¿no es cierto Padre Bernardo?

El padre puso el índice de su mano izquierda sobre sus labios y toda su mano derecha sobre la boca dulce, sensual, encantadora, de Clarita y con misteriosa reserva dijo:

—¡Chis!... por eso más que por nuestra conferencia de caridad he venido hoy á ver á usted, hija mía.

La religión necesita de todos sus soldados y usted, Clarita, es uno de los mejores de su ejército.

## X

Clarita se hizo toda oídos y escuchó.

El Padre Bernardo dijo así:

—No, hija mía, no todos los españoles europeos son masones, ni todos quieren ver en México proclamada la impía Constitución de las Córtes de Cádiz.

No hija mía, la zizaña no invade aún todo el campo de las antiguas y salvadoras ideas y creencias.

Aun es posible la salvación.

Aquellos antiguos españoles, que por su Dios y por su rey, todo lo sacrificaban, viven aún entre nosotros y se han propuesto salvarnos.

Aman á su país, pero con tanta sensatez y buen juicio, que ellos son los primeros en notar sus defectos y en oponerse á que esos defectos envenenen la sangre de la Nueva España, como han envenenado la de la antigua.

Sí hija mía, ellos son los primeros en lamentar los efectos perniciosos causados en la patria de su orígen, por los propagadores de la deletérea filosofía irreligiosa y antisocial del siglo XVIII.

Ven claramente que la pretendida igualdad del hombre, no tiene otro objeto que el de sobreponer la canalla á las clases educadas y decentes, y arrancarles el ejercicio del poder que en sus manos han puesto hasta hoy el uso y las prerogativas tradicionales.

¿Qué otra cosa son los derechos llamados del hombre, que una escandalosa violación de los derechos divinos?

¿A qué otra cosa que á levantar el fondo de cieno de la sociedad, tiende el decantado sistema constitucional y representativo, basado en el grosero principio del interés individual, que no por amor ni á Dios ni al rey, sino por beneficio propio, procurará conservar el orden y promover su adelanto y su progreso sumamente contestables?

No, los falsos y perniciosos tribunos de la libertad, no son más que grandes ambiciosos y grandes egoistas, inspirados en una inmoderada sed de lucro.

Elevados á los puestos que sin méritos pretenden y á fin de sostenerse en ellos del único modo que pueden sostenerse, por el abuso de la fuerza y la opresión, fundarán su potencia en el engrandecimiento de la canalla, que á nada teme porque á nada respeta.

Eso es lo que tratan de impedir los buenos españoles, tanto europeos como americanos que aun tenemos entre nosotros.

Ellos son los que en estos momentos tratan de cortar en sus raíces, tiernas todavía, las mortíferas plantas nacidas de la semilla sembrada por los liberales.

Y esto lo harán á toda costa, siguiendo el ejemplo del memorable D. Gabriel Yermo, que nos enseñó como debemos tratar á aquellos cuya fidelidad nos sea sospechosa.

Estamos en inminente riesgo de que la Constitución sea uno ú otro día proclamada en estos reinos, y con ella todas sus peligrosas reformas.

Es, pues, indispensable impedir esa proclamación.

Y lo impediremos aun cuando en los primeros instantes hayamos de parecer rebeldes al rey.

Así lo exige la necesidad.

El desventurado Fernando VII es en la actualidad el primer esclavo de su reino.

Cualquiera de sus súbditos goza de mayor libertad que él: hé ahí lo que es capaz de hacer la libertad y el moderno liberalismo.

Bajo su influjo sólo somos libres para hacernos matar, oponiéndonos á sus leyes injustas y opresoras.

Todo su gran descubrimiento consiste en haber bautizado con la palabra libertad el despotismo de que nos acusan á los absolutistas.

Quejábanse antes de que el rey oprimía al pueblo, y ellos oprimen con el pueblo al rey.

La primera de esas opresiones tenía al menos el mérito de ser la de uno contra todos; ellos son bastante cobardes para proclamar la de todos contra uno.

Resultado de su liberal sistema es que el rey no goza de libertad alguna.

Y así como le obligaron á jurar contra su voluntad la Constitución, así también contra su voluntad le obligarán á hacérnosla jurar á los demás.

Esto es lo que trataremos de impedir.

¿De qué modo?

Proclamando á nuestra vez que mientras no estemos convencidos de que el rey es dueño absoluto de sí mismo, y de que ninguna presión se ejerce sobre él, no acataremos ninguna de sus reales órdenes, aun cuando vengan firmadas de su propio puño y letra.

Tiempo hace que con objeto de madurar este plan vienen celebrándose ciertas juntas en el oratorio de San Felipe Neri, antigua casa profesa de los jesuitas.

El alma, el promotor de esas juntas lo es el doctor D. Matías Monteagudo; es decir, el hombre menos sospechoso para las gentes honradas que puede en el mundo hallarse.

En primer lugar es español de sangre, de nacimiento y de convicciones; no será, pues, él quien vaya ni trabaje contra su patria.

Es canónigo de la Santa Iglesia metropolitana, goza honores de inquisidor y dirige la casa de ejercicios de la Profesa, no podrá sospechársele de no estar interesado en la defensa de los privilegios del clero, los dogmas de la fe y los fueros de la conciencia.

Con él estamos y su plan seguimos cuantos como él queremos la salvación de estos vastos reinos.

Entre los afiliados figuran el mismo regente de la Audiencia, español también, y todos los europeos enemigos de la Constitución; todos los eclesiásticos, en fin, sin excepción, dispuestos á sufrir aun el martirio, por tal de que esta nueva y santa cruzada se vea coronada por el más beneficioso triunfo.

—¿Y en qué puedo yo, pobre mujer, contribuir á ese triunfo?

—Voy á decírselo á usted, hija mía.

—¡Hable usted, Padre Bernardo; hable usted!

—Usted, hija mía, va á completar la obra con feliz éxito empezada por otra dama tan bella y adorable como usted, y como usted amiga de su religión y de su país.

Quiero referirme á la ilustre marquesa de Aguayo.

—¿Qué ha hecho mi buena amiga?

—Proporcionarnos, Clarita, lo único que nos faltaba.

—¿Qué era ello?

—Un jefe acreditado y de confianza, capaz de honrar la dirección militar de nuestra empresa.

—¿Quién es él?

—¡D. Agustín de Iturbide!

—¡Ah! El mayor enemigo de los insurgentes, el hombre de confianza y hechura del virey Calleja.

—El mismo.

—¿Pero cómo se ha conseguido eso?

—Ya se lo he dicho á usted: Iturbide es quizás el mejor amigo de la marquesa, que, reconociendo en él todas las prendas que le valieron la protección de D. Félix Calleja, nos ha proporcionado su cooperación.

—Bien está; pero... ¿qué es lo que debo yo hacer!

El Padre Bernardo acercó sus labios al oído de Clarita y con voz imperceptible le dijo algunas palabras, que según parece no volverán á repetir en su vida ni Clarita ni el Padre Bernardo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Excusado nos parece decir que tan larga conferencia retardó aquel viernes, de un modo deplorable, el rezo del rosario.

Mucho asombró esto á los habitantes de aquella casa en que todo era orden y método.

Pero más extrañaron todavía, las frecuentes, las muy frecuentes equivocaciones que llevando el rezo sufrió el Padre Bernardo.

Clarita se vió en la precisión de tomar el rosario y llevar el rezo, pero también cometió frecuentes, muy frecuentes equivocaciones.

Nadie, sin embargo, dijo cosa alguna.

Allí imperaba la más monástica sumisión.

## XI

Pero si no fué aquel día fué otro el destinado para buscarle novia al excelente Mariano.

Y se encontró al gusto de Clarita y del Padre Bernardo.

Por supuesto que era hermosa, muy hermosa.

Uno y otro lo procuraron así, Clarita porque siéndolo ella, y teniendo la seguridad de que ninguna podía serlo más, le gustaban las hermosas, por lo mismo que no tenía por qué verlas con envi-

dia: y el Padre, porque á nadie le está vedado tener más simpatías por las bellas que por las que no lo son.

Mariano, no sólo no puso reparo alguno á la elección de su novia, sino que con ella se casó cuando todo estuvo dispuesto, tan tranquilo é impasible como su carácter lo exigía.

Concluída la ceremonia nupcial, que fué naturalmente tan lucida y ostentosa como era de esperarse de una tan opulenta familia, Mariano quedó sólo con su esposa, y se cuenta que saliendo por un instante de su sér y naturaleza se arrojó con entusiasmo á los piés de su hermosa compañera diciéndole con cierto entusiasmo:

—¡Qué hermosa eres!

Después de lo cual, sintiéndose aquejado por un acceso de su delicada salud, llamó á Clarita, y ni más ni menos que lo había hecho hasta entonces, se retiró á su habitación, suplicando á su madre que no dejase sola á su esposa mientras fuese adquiriendo confianza en la casa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pasó algún tiempo y con él un sinnúmero de novedades pasaron también.

Por ejemplo: el plan de los concurrentes á las juntas de la Profesa falló por primera vez, mientras fallaba la segunda.

Y fué el caso que con motivo de haber llegado á Veracruz un buque con la noticia de haber salido ya para México, procedente de Cádiz, un bergantín de guerra con las órdenes para restablecer en la Nueva España la Constitución, los comerciantes del puerto mexicano, que eran liberalones, que tanto odiaba el Padre Bernardo, no quisieron ser menos que los de la Habana, quienes sin esperar órdenes del gobierno habían puesto en vigor el sistema constitucional, y exigieron que otro tanto se hiciera en Veracruz, cuyo gobernador el general Dávila, no tuvo otro remedio que ceder y el 26 de Marzo de aquel año de veinte juró la Contitución ante una concurrencia poseída de los mayores júbilo y entusiasmo.

Se cuenta que el que más tarde fué el general Santa-Anna, se halló presente al acto de la jura en Veracruz y oyó á Dávila decir á los españoles:

—«Señores, ya ustedes me han obligado á proclamar y jurar la Constitución: esperen ustedes ahora la independencia, que es lo que va á ser el resultado de todo esto.»



¡QUE HERMOSA ERES!

El virey Apodaca, conde del Venadito, se alarmó mucho con la noticia de lo pasado en Veracruz, y más aún con una *plancha*, así, según parece, se llaman los oficios ó comunicaciones de la masonería, con una *plancha*, repito, que muy respetuosamente tuvieron el atrevimiento de dirigirle los masones de la capital, evitándole á no obligarles á ponerle en el caso de proclamar y jurar contra su voluntad la famosa Constitución.

No fué Apodaca hombre capaz de dejarse imponer condiciones por otro hombre quien quiera que él fuese, pues le sobraron siempre valor y sangre fría, pero fué á la vez el hombre más celoso del prestigio de la autoridad real.

El la representaba en México, y no quiso que en su persona se le cometiese un nuevo desacato á la del monarca, y antes de que otro tumulto como el del Palacio de Madrid profanase el vireinal, sacrificó sus propios sentimientos y quiso echar sobre sí la responsabilidad del paso que se le obligaba á dar, y á las dos de la tarde del 31 de Marzo proclamó y juró la Constitución ante la Audiencia, cuyo acto fué por demás desairado, efecto de la precipitación con que se preparó y del disgusto con que Apodaca se sometió á la dura necesidad.

No sucedió lo mismo en los días subsecuentes, á contar del primero de Junio, en que la juraron el arzobispo y cabildo eclesiástico en la capilla de los Reyes, hasta el nueve en que se hizo la solemne proclamación con la misma pompa acostumbrada en la jura de los reyes. Al efecto se levantó frente á Palacio un espacioso salón, formado con lujosas colgaduras y guirnaldas de flores y follaje de las que pendían grandes tarjetones con versos alusivos, obra de los ramplones poetas de las fiestas cívicas y religiosas.

Los regidores fueron á buscar al virey, montando caballos magníficos régiamente enjaezados, y con todo el procesional aparato con que en solemnes ocasiones se presentaba en público el cabildo de ciudad.

El entusiasmo popular fué también tan extraordinario como de costumbre, no por otra razón sino por la de que el buen pueblo se entusiasma siempre con el menor motivo que se le dé, por cuya causa lo mismo aclama y vitorea á los tirios que á los troyanos, convencido sin duda de que tan mal puede irle con los unos como con los otros.

Tres días duraron las músicas, vítores y repiques, y tres noches hubo iluminación en todos los edificios civiles, religiosos, públicos y particulares de la ciudad.

El día 18 se hicieron en cada parroquia las elecciones de ayuntamiento, y su resultado fué favorable para los españoles, pues salieron electos varios de ellos, lo cual fué muy celebrado, como una revancha de la exclusión completa que se hizo de españoles en las elecciones famosas del primer periodo en que rigió la Constitución.

Una tras otra fueron planteándose las reformas consiguientes; la Inquisición dejó de funcionar; el virey ya no se nombró virey sino Capitán general; se crearon todas las corporaciones y funcionarios prescritos por el nuevo orden de cosas, y se restableció la libertad de imprenta, exhortando á los escritores á hacer de ella un uso moderado, empleándola en ilustrar al Gobierno y en promover el bien de la nación.

Con este motivo volvió á lanzarse tan bravo como siempre á la arena periodística el buen D. Joaquín Fernández de Lizardi, que tanto ha figurado en varios de los Episodios que á éste han precedido.

Su reputación había ido creciendo, y todo el mundo devoraba con marcada complacencia su entretenido libro titulado, *Alacena de Frioleras*, sus graciosos calendarios con pronósticos en verso, un famoso *Periquillo Sarmiento*, publicado en 1816, su *Quijotita* y sus *Ratos entretenidos*.

En este segundo periodo de libertad de imprenta, Lizardi hizo célebre su *Diálogo de Chamorro* y *Dominiquín*, que le costó ir á dar á la cárcel, por sentencia de la Junta de Censura para calificación de impresos denunciados.

En aquel tiempo su bueno y fiel amigo D. Anastasio de Ochoa y Acuña, que también figura en estos Episodios, ordenado de Presbítero en Diciembre de 1816, desempeñaba el curato de la parroquia del Espíritu Santo de Querétaro.

También entonces salió á relucir de nuevo el Lic. D. Carlos María de Bustamante, publicando varios papeles desde Veracruz, donde se hallaba, teniendo la ciudad por cárcel y estremeciéndose de terror por haber recibido orden del virey para trasladarse á Tulancingo «bajo la inspección,—dice él mismo,—del ferocísimo

Concha que, en un momento de crápula, me habría mandado al otro mundo.»

Lo mejor que se le ocurrió al buen licenciado fué imprimir un papel con el siguiente *brevísimo* título:

«Memoria presentada al Excmo. Ayuntamiento de México, para que interponga sus respetos, á fin de que el supremo gobierno tenga pláticas de paz, suspensión de armas y acomodamiento con los disidentes de las provincias del reino.»

Dicho papel fué condenado por la Junta de Censura y quemado, dice Bustamente, «por un regidor que después la echaba de gran patriota y liberal.»

Los grandes peligros que la dominación colonial en América iba á correr en lo de adelante, no se le ocultaron al virey Apodaca, y desde el mismo día en que obligado por las circunstancias juró la Constitución, dijo á los ministros de la Audiencia «que iban á malograrse todos los trabajos que había empleado felizmente en la pacificación del reino, por el abuso que se haría de las nuevas instituciones.»

## XII

La casa de doña Clarita había experimentado una completa transformación.

La nuera de la piadosa señora tuvo la culpa de ello.

Voy á hacer su retrato en cuanto me sea dable; ojalá tuviera yo para este caso el chiste de los novelistas, que nos pintan unas mujeres que ni mandadas hacer.

El óvalo de su rostro era de una extrema pureza artística.

Su ancha y despejada frente coronábase con una espléndida diadema de magnífico cabello casi negro y ondulado naturalmente.

Sus ojos, dotados de un supremo brillo, semejaban diamantes engarzados en círculos de azabache.

Sus labios entreabiertos como la roja flor del granado, descubrían finísimos y menudos dientes de un blanco de perla.

El movimiento de su seno, mansamente agitado por los frecuentes latidos de un corazón ardiente y apasionado, era de una incomparable belleza.

Sus brazos, aterciopelados como el fruto del almendro, terminaban en unas manos que acusaban la finura y distinción de la raza en sus dedos elegantemente largos y delgados y en sus uñas de suavísimo color rosa.

De mediana estatura, de talle ligero y cimbrador, las correctas curvas de su cuerpo le prestaban una extraordinaria esbeltez y hacían de ella una de esas mujeres destinadas á inspirar súbitas pasiones, violentos amores é irresistibles seducciones.



Luisa

Y aquí hago punto y no prosigo dando más señas de ella por miedo de echar á perder el retrato, que si no es tan bueno como yo desearía, sólo yo me tengo la culpa, que no sé ni puedo pintar mejor, pero no aquella hermosa joven que siempre nos admiró á cuantos tuvimos el gusto de conocerla.

Era, en una palabra, como era natural que lo fuese, elegida como lo fué por Clarita que, lo repito, era voto en eso de belleza femenil.

Pero si en lo exterior no se engañó, en lo interior ó moral se llevó un chasco de los buenos.

Luisa, este nombre llevaba, era una excelente joven; alma limpia, corazón abierto y de sentimientos naturalmente rectos.

Pero esto no impedía que el alma fuese digna y altiva y el corazon ardiente y apasionado.

Lo cual no hizo á Clarita gracia de ninguna especie.

Y no se la hizo porque, como en su lugar indicamos, para altivez y energía le sobraban con las suyas.

Con el fin de mortificarse en ellas, habíase impuesto la pena grande, extraordinaria para su genio, de someterse al relativo do-

minio de caracteres inferiores al suyo, y esto la tenía acostumbrada á ver con una especie de compasivo desprecio todo cuanto la rodeaba, y á no cuidarse de lo que los suyos pensasen, pues tenía la convicción de que nadie en torno suyo había de atreverse á pensar.

Ni un instante dudó que Luisa, su nuera, se sometiese á la ley común.

Hija de padres en extremo recomendables, pero sin bienes de fortuna, estaba lo mejor educada que en aquellos tiempos era posible estarlo.

Pero no conocía otra comodidad que la muy modesta que pueden proporcionarse las familias de la clase media que viven del producto del trabajo de su jefe.

Siempre el trabajo ha sido ingrato para las personas honradas, que no saben aprovechar la primera circunstancia que se les presenta para enriquecerse sin pararse en los medios.

El padre de Luisa fué una de esas honradas personas.

Envejeció en el trabajo y obtuvo una jubilación en las mejores condiciones posibles.

Dios quiso llevarse á su buena esposa, y el anciano no tardó en seguirla á la otra vida, dejando á Luisa al cuidado de una tía usufructuaria de una corta renta, á la que unió Luisa la pensión que debía disfrutar hasta el día de su matrimonio.

Luisa pasó los primeros años de su juventud casi alejada del mundo, pero contenta con su modesta posición.

Clarita, entre cuyos defectos no figuraba la avaricia, ni el amor desordenado á la riqueza, no pensó en la pobreza de Luisa, sino fué para ver en ella un motivo más que la obligase á agradecer el haberla elegido para esposa de su hijo.

Los matrimonios por amor no eran muy comunes entonces.

Las jóvenes se casaban punto menos que sin conocer á sus novios, y casi siempre porque así se lo mandaban sus padres.

El oficio de la mujer es casarse,—decían.

Luisa se casó ni más ni menos que otras jóvenes de su edad y de su época.

Pero una vez casada, tuvo el buen sentido de enamorarse de su esposo, cosa que otras muchas casadas no hacían.

La relajación de las costumbres era grande en aquellas épocas, y

el vicio perseguido con encarnizamiento por frailes y golillas, se escondía hipócrita en el hogar, y en el seno de las familias.

Había pocas, muy pocas buenas casadas, por más que casi todas lo pareciesen.

A las muchachas rebeldes que pretextaban para no casarse, no sentir inclinación alguna hacia el novio, se les decía: para casarse no se necesita estar enamorada; el amor viene después.

Y venía en efecto, pero no siempre á gusto del marido.

Había muchas excepciones, y una de ellas lo fué Luisa.

Los que en vano la cortejaron una vez que casada la vieron, solían decir:

—Esa mujer es la *rara avis*: se ha enamorado perdidamente de su marido, que será todo lo que ustedes quieran, pero más que todo un egoista y un imbécil.

No, si lo que el diablo no inventa, lo inventan las mujeres.

Y era la verdad, es decir, no ésto, sino aquello.

Y aquello es, que Mariano era un gran egoista y un gran imbecil.

Luisa comenzó por sentir compasión.

—¡Pobre Mariano! se dijo:—es bien desgraciado.

El cariño maternal de Clarita se ha limitado á procurar que nada le falte á su hijo de cuanto puede comprarse con dinero, y á dejarle en libertad para hacer lo que mejor le ha acomodado, sin ver que con esa libertad sólo le ha proporcionado daños y perjuicios.

De este modo ha secado el alma y el corazón de su hijo por falta del riego saludable de verdadero cariño.

Y apenas se hizo estas consideraciones puso manos á la obra de revivir aquella planta sin raíz.

## XIII

Pero hay empresas que no puede llevar adelante ni la mejor, y más sana y buena intención del mundo.

A la candileja intelectual de Marianito faltábale pábilo, ó tan excaso teníale, que al echarle al sustentador aceite, se corría el riesgo de apagar aquella reducida llama, tan incapaz de producir

calor, como la llama azulada del fuego fátuo errante sobre un camposanto.

Sin embargo, como no le faltaba la fe, Luisa comenzó su obra reparadora con mucha fortuna.

Deleitándole con sus honradas caricias, Marianito empezó á olvidarse de sus imaginarias dolencias.

Su rostro fué poco á poco perdiendo la apariencia de muñeco de cera.

En sus ojos, que la gente criticona y mal hablada, llamaba de *borrego muerto*, comenzaron de vez en cuando á brillar miradas llenas de fuego, de calor y de vida.

De vez en cuando, sus labios hasta entonces rígidos, como petrificados, se contraían como una especie de mueca que con buena voluntad podía ser tomada como una sonrisa.

Por último, aquellas muecas llegaron á verse convertidas en franca y reparadora risa.

Y como nunca había acostumbrado usarla, sucedió un día un inesperado y trascendental fracaso.

Y fué el fracaso, que el Padre Bernardo, creyó que Marianito se burlaba de él.

Y como lo creyó, montado en su santa cólera le reprendió la supuesta burla.

Y como la burla fuese en efecto supuesta y nada más que supuesta, Marianito se incomodó con el injusto regaño, y le plantó una fresca al Padre.

¡Válgame Dios! ¡qué escándalo!

En su admiración, el Padre abrió tanta boca, redonda y grande como la de la taza, en que, por ser las tres de la tarde tomaba chocolate, y fué de oir la reprimenda, que de aquel redondel brotó, como brota el agua de rico y abundante manantial.

Clarita, que atraída por lo descompuesto de las voces, acudió todo lo apresurada que se lo permitió su dignidad de ama de casa, no pudo reprimir cierto impulso de complacencia.

Aquella complacencia no envolvía mala intención.

Se la dictaba el gusto de ver que su hijo era capaz de algo que revelase fuerza y energía, aunque fuese un disparate.

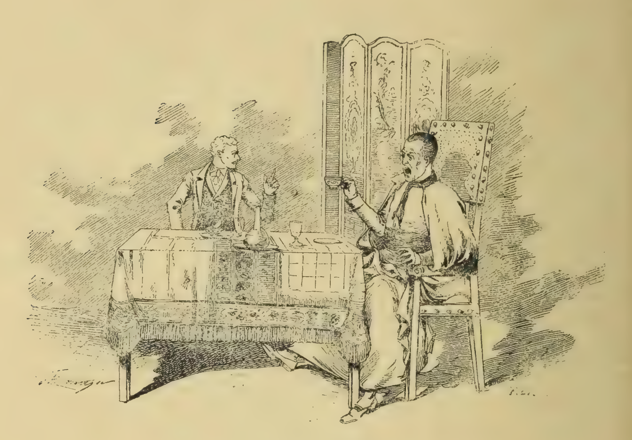
Pobre señora, al fin era madre, y es necesario creer que no hay una madre mala.

Pero si Clarita disculpó á su hijo, porque al fin madre era de Marianito, el Padre Bernardo, que no era padre del rebelde, le guardó desde aquel momento un más que mediano rencor.

Y como el caso fuese verdaderamente nuevo y alarmante, se consagró á buscar la causa, y en un dos por tres, dió con ella.

La causa era Luisa.

Luisa, la ingrata Luisa, que debiéndole como le debía su bienes-



..el Padre abrió tanta boca,...

tar, pues sin su aprobación Clarita no la hubiera elegido para esposa de su hijo, excitaba á éste al grado de plantarle una *fresca* por una disculpable mala inteligencia.

Y aquí fué donde el Padre Bernardo sacó á campaña todo su talento, que enroscándose como sierpe en el ánimo preocupado de Clarita, la convirtió en una verdadera suegra, en toda la dolorosa acepción del vocablo, como decía un marido de los casados con la esperanza de que algún día le amaría su mujer.

Luisa vió á su vez de donde partía el golpe, y redobló en defensa propia su empeño de animar y dar vida á su marido.

Pero Marianito, que no dejaba aún de ser un imbécil, quiso hacer más de lo que debía, y en uno de los momentos en que Clarita quiso hacer pesar su influencia de suegra sobre la adorable Luisa, dejóse arrebatar por un loco acaloramiento, y sin darse cuenta de lo que hacía, por defender á Luisa, le plantó á su señora madre otra fresca semejante á la que le había plantado al Padre Bernardo.

En vano Luisa procuró remediar aquella fechoría.

Marianito estaba exaltado, y de sus labios salieron las verdades del barquero.

Luisa se enfadó también y salió en defensa de su suegra.

Pero nadie sabe para quién trabaja, ni á donde irá á parar la piedra una vez salida de la honda.

Clarita tomó á agravio la defensa que de ella hizo su nuera.

Y lo tomó, porque comprendió que en aquel su reino de su casa habíase levantado una superioridad quizás mayor, cuando menos igual á la suya, y Clarita sintió renacer su carácter imperioso y soberbio, y airada se revolvió contra su nuera, cuyo único delito fué el de poner su empeño en querer hacer hombre á un imbécil.

Para desgracia de Luisa y fortuna de Clarita, aquella exaltación extraordinaria de Marianito, fué seguida de un abatimiento de ánimo, de un caimiento de fuerzas, que le hizo creer en un nuevo ataque de sus imaginarias enfermedades.

Y no hubo remedio; sobrecogido de invencible terror, pidió que inmediatamente le llevasen á su cama, de cuya cabecera se apoderó en el acto Clarita, dispuesta á verter en los oídos de su hijo todo el veneno de su rencor por Luisa.

De ésta se hizo cargo el Padre Bernardo, quien de Clarita recibió la misión de hacerla comprender hasta dónde había extraviado á Marianito, que siempre había sido de un carácter débil y respetuoso para con todos sus superiores.

En vano Luisa lloró y protestó su inocencia.

Estaba juzgada.

Nadie tuvo compasión de ella.

Nadie, ni el imbécil de su marido.

## XIV

Era un viernes, y Clarita y el Padre Bernardo celebraban su conferencia de caridad.

Pero hacía ya algún tiempo que tales conferencias habían perdido su carácter primitivo.

Continuaba tratándose en ellas de hacer el bien, pero ya no en pequeña escala.

Era nada menos que del bien de todo un pueblo de lo que en las conferencias se trataba.

En prueba de ello, oigamos al Padre Bernardo.

—Esto no tiene remedio: el volcán que dormía bajo nuestros piés, se prepara á hacer explosión.

—¡Tanto así, Padre Bernardo?

—¡Tanto así, hija Clarita!

—¿Qué es pues lo que hay?

—Que aunque no haya de salirse con la suya, pues escrito está que el mal enemigo no prevalecerá, el mismísimo infierno ataca, golpea y astilla las puertas de la Iglesia.

¡Qué tiempos, Clarita, qué tiempos estos que hemos alcanzado!

Algunas de sus fechas quedarán grabadas con sangre, fuego y destrucción en las páginas de la historia de ambas Españas, vieja y nueva.

¡Funesto año de 1820!

Vea usted qué fechas, Clarita.

*Nueve de Julio:* instalación de las impías Córtes en Madrid.

¡Impías, sí! no hay persona sensata que así no las califique.

¡Impías, sí! lo repetiré mil veces, porque, ¿qué otro calificativo menos duro puede dársele á unas Córtes que han pisoteado y continúan pisoteando todo lo que hay de más sagrado: el altar y el trono?

Pero qué otra cosa había de suceder si se les ha consentido á los maldecidos francmasones apoderarse y hacerse dueños hasta del último grano de tierra de la que en un tiempo fué la Nación católica por excelencia!

¡Ah Clarita, hija mía! las noticias que nos llegan de España, nos dicen que aquello ha llegado al último extremo de la perversión social.

Las inmundas *sociedades secretas* han hecho á un lado el misterio y la reserva en que anteriormente trabajaban avergonzadas de sí mismas, y con el título de *Sociedades patrióticas* revolucionan á cara descubierta en las plazas y en los cafés de Madrid.

Uno de esos grupos de descamisados se ha atrevido, ¡mentira parece! se ha atrevido, repito, á exigir al rey de un modo tumultuario é irrespetuoso la remoción de su ministro, el marqués de las Amarillas. Semejante osadía ha dado más importancia al café de Lorenzini, de donde partió el motín, que á las mismas Córtes, y como en éstas hay establecidas en aquellas tribunas que se disputan los oradores á la Marat y á la Dantón, es decir, hombres impíos por los cuatro costados.

Las mismas Córtes están supeditadas á la estúpida preponderancia de esas sociedades patrióticas, que á su vez dependen de los francmasones, quienes, dueños de todos los resortes políticos, lo son de la nación entera, porque en sus logias se han inscrito todos los empleados y funcionarios públicos y los mismos ministros de la corona, temerosos de las intrigas y venganzas de esa nefanda sociedad.

Pero el rey, el rey, sí, tiene la culpa de todo, y es á la vez su primera y más ilustre víctima.

Figúrese, Clarita, que las Córtes se reunen desde principios de 1814, nada menos que en el templo de D.ª María de Aragón, fundado durante el reinado del piadosísimo D. Felipe II, para casa de religiosos agustinos.

De él fueron arrojados los religiosos, las imágenes y los vasos sagrados para instalar las Córtes generales, y desde aquella cátedra destinada á serlo del Espíritu Santo, los diputados han vertido sobre la católica nación el veneno de las ideas de los revolucionarios franceses.

Desde ella, exclamó un diputado: *no somos vasallos*, al leerse una carta de Fernando VII que contenía esa palabra; de su recinto fué expulsado otro diputado que se aventuró á decir que reconocía á Fernando por rey y señor, y allí propuso un Martínez de la Rosa que el diputado que pidiese variante alguna de la Constitución, antes del tiempo fijado en ella, fuese condenado á muerte.

¡La casa del Señor convertida en templo de abominación!

¿Cómo lo consiente el rey, y no antes bien manda pegarle fuego desde sus cimientos?

Espantado del sacrilegio, Dios ha huído de ellos, dejándolos entregados al demonio por completo.

Sólo bajo el imperio del enemigo malo pueden atreverse á hacer lo que hacen; una guerra sin cuartel á la santa Iglesia Católica y á sus ministros y sacerdotes.

El 17 de Agosto un decreto de las Córtes ha suprimido la Compañía de Jesús, ha secularizado á sus individuos, les ha privado de sus rentas y les ha prohibido hasta el mantener relación alguna con sus superiores residentes fuera de España.

Pero este no fué más que el anuncio del golpe que preparaban contra los ministros de la religión.

Otro decreto del 26 de Setiembre ha desaforado á todos los eclesiásticos, seculares y regulares, cualquiera que sea su clase y dignidad, sujetándolos á la jurisdicción ordinaria que podrá imponerles, en caso de que cometan algún delito, los mismos castigos corporales, aun la pena de muerte en la horca, que se imponen á los criminales comunes.

Así es como aquellos miserables comprenden la igualdad, rebajando lo más grande y sublime que en la tierra existe hasta el rastrero nivel de su pequeñez.

Sin duda en sus sacrílegas imaginaciones han soñado con el impío gozo de ver ahorcado á un arzobispo con todo y sus vestiduras sacerdotales.

¡Oh! ¡bóvedas del augusto templo de D. Felipe II! ¿cómo ha podido ser que la cólera del Señor no se ha desplomado sobre la sacrílega junta de los llamados diputados?

A voz en cuello gritan los congregados en los cafés y en las logias que es necesario *ir quitando frailes de enmedio;* las Córtes han obsequiado esa indicación, y el día 1.º de Octubre han decretado la supresión de todos los monasterios de frailes y monjas, y la prohibición de fundar conventos, de dar hábitos y admitir á profesión á los novicios de uno y otro sexo. La misma ley previene la secularización de religiosos y religiosas, asignando una pensión á los frailes y monjas exclaustrados, cuyos bienes se aplicarán al crédito público.

A últimas fechas el rey no había dado aún su sanción á esta ley, pero cuantos sabemos que el rey carece de elementos para resistir al empuje de los trastornadores del orden público y tradicional, no dudamos, ni por un instante, que al fin y al cabo el rey tendrá que ceder y sancionar la ley de las Córtes.

No habrá de irles, sin embargo, tan bien como se lo imaginaban.

Las cartas recibidas de España, dicen que el partido de la gente sensata y de orden, á quienes los liberales llaman con desprecio *serviles*, engrosa de día en día, aumentado con los descontentos que hacen los liberales separando arbitrariamente de sus destinos á los empleados que no les son afectos, y sobre todo, con la numerosísima clase de los religiosos, que habrán de perder sus intereses y bienestar en cuanto esa ley sea un hecho.

Tienen de su parte al pueblo sano y piadoso de los campos y aldeas que ama á sus frailes más que al mismo rey, y que, en caso necesario, se lanzará á los campos de batalla á morir por su Dios y por su religión.

Así lo ha dicho con la sublime abnegación de los antiguos mártires cristianos, el clero español heredero de aquellas virtudes, y sus pláticas y sermones han causado tal sensación, que el gobierno ha exigido á los obispos que contengan el celo de sus subordinados, haciéndolos responsables de cualquier trastorno que pueda ocurrir.

Allá harán en España lo que á bien tengan hacer los españoles sensatos que aun son gloria y honor de aquella católica nación, pero por lo que hace á esta Nueva-España, por lo que á nosotros hace, estamos decididamente dispuestos á no dejarnos inficionar por las letales doctrinas revolucionarias de la metrópoli.

Las juntas de la Profesa han determinado dar el golpe lo más pronto posible, sin pérdida alguna de momento.

Usted sabe, Clarita, cuán adelantados están los trabajos de la junta presidida por el insigne doctor D. Matías Monteagudo, y sabe también que nada nos falta para iniciar nuestro movimiento contra la Constitución del año doce.

D. Agustín Iturbide es nuestro, completamente nuestro, y así como los antiguos paladines de la fe cristiana se preparaban á la guerra santa con toda clase de ayunos y penitencias, D. Agustín

ha tomado ejercicios en la Profesa, y purificado está cual si acabase de salir de las beneficiosas aguas del Jordán.

Pero queremos tenerlo todo dispuesto de manera que podamos estar seguros del triunfo, y el mismo D. Agustín nos ha dicho con franqueza que le honra, que ningún paso procederá á dar, si no se le proporciona un mando militar que juzga indispensable para poder llevar á efecto nuestras ideas y las suyas.

—Ya, sí: ¿pero cómo lograr ese mando?—preguntó D.ª Clarita, que seca tenía ya la boca que mantuvo cerrada mientras el Padre Bernardo hizo la anterior exposición de agravios.

—Facilísimamente, Clarita, si quiere usted continuar ayudándonos.

—Cuanto poseo lo pongo á la disposición de ustedes; feliz yo si con mi dinero...

—No se trata ahora de dinero, hija mía: bastante ha facilitado usted ya á la junta por mi indigno conducto.

—¿De qué se trata entonces?

## XV

El Padre Bernardo dilató su contestación hasta después de haberse asegurado de que nadie, á excepción de Clarita, podría escuchar lo que iba á decir.

—Se trata de que ponga usted al servicio de la junta la merecida influencia de su amistad con el teniente coronel español D. Miguel Badillo, encargado actualmente del ramo de Guerra.

—¿Pero con qué pretexto que no le induzca á sospechar mal, podré hablar de Iturbide á D. Miguel Badillo?

—Tengo ese pretexto.

—¿Cuál es?

—Pero... me ofrece usted, Clarita, poner de su parte...

—Cuanto sea necesario; ya lo sabe usted, Padre Bernardo.

—Pues bien, hija mía, escuche usted y juzgue si es posible hallar un pretexto mejor.

El coronel D. José Gabriel de Armijo ha renunciado la comandancia del ejército del Sur.

—Hace ya algún tiempo de eso.

—Es verdad; pero no hace mucho que Armijo ha insistido en su renuncia, sobre la cual, aún no había resuelto Apodaca, y lo ha hecho con tanta insistencia y repetición, que al fin tendrá que admitírsela.

Todo esto lo sabemos porque el mismo Apodaca se lo ha dicho al Dr. Monteagudo, lamentándose de la dificultad en que se encuentra, para dar á Armijo un digno sucesor.

—¿Y por qué Monteagudo no le ha recomendado á Iturbide?

—¡Vaya si se lo ha recomendado!

—¿Y qué le contestó el virey?

—Nada en resumidas cuentas; es decir, que lo tendrá presente.

—¿Y qué puedo yo hacer en este caso?

—Mucho, muchísimo, hija mía.

—Pues dígalo usted.

—Apodaca tiene en D. Miguel Badillo una ilimitada y justa confianza, y antes de decidirse á nada, consultará su opinión.

—¿Y temen ustedes que esa opinión sea desfavorable á Iturbide?

—Nada de eso: Iturbide es conocido como uno de los más decididos campeones del poder del rey en las Américas.

—Entonces...

—Pero si á sus méritos y cualidades se uniese una recomendación como la de usted...

—Cuente usted con ella, Padre Bernardo.

—Gracias, hija mía; ¿cuándo verá usted á Badillo?

—Esta misma noche probablemente: es uno de los más asiduos concurrentes á mis tertulias.

—Lo sé, y alabo su gusto.

—¡Adulador!

—Nada de adulación, Clarita, la pura verdad de Dios.

Con que quedamos en que esta noche...

—Sí: esta noche hablaré á Badillo.

—¡Bien, muy bien! Ya sabe usted; diplomacia, mucha diplomacia.

—Descuide usted, Padre Bernardo: se lo prometo.

—En ese caso, hija mía, me retiro.

Hemos perdido el rosario de hoy, pero Dios nos lo perdonará, porque en servir á la santa causa hemos empleado nuestro tiempo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Todo sucedió como se deseaba que sucediese.

D. Miguel Badillo tuvo poco que hacer para obsequiar la recomendación de Clarita.



...tuvo poco que hacer para...

El mismo virey sacó la conversación, sin que Badillo tuviese más que seguirla.

Apodaca le suplicó que le nombrase los oficiales que en su concepto fueran dignos de suceder á Armijo.

Hízolo así Badillo, y como al descuido nombró á D. Agustín de Iturbide y Arámburu.

Apodaca se fijó en aquel nombre más que en ningún otro.

Fué natural.

D. Agustín era hijo de un español europeo, D. José Joaquín de Iturbide, natural de Pamplona, provincia de Navarra.

Su decisión por la causa del rey y de los españoles le condujo al extremo de conquistar renombre de cruel y sanguinario, pues tal fué el encarnizamiento con que hizo á los insurgentes una guerra sin cuartel.

Su odio hacia éstos le hizo rehusar las proposiciones del cura D. Miguel Hidalgo, ya para atraerlo á su partido, ya para que al menos se conservase neutral.

Era hombre de relevantes prendas personales y de un valor á toda prueba.

Por último, y por abreviar, Calleja, el alma de la resistencia que encontró la insurrección, habíale distinguido y protegido, al grado de que nada pudieron contra él sus enemigos, que en verdad no eran pocos ni pequeños.

Apodaca preguntó á Badillo si conocía á Iturbide y el concepto que tenía de él, y tan satisfactorios fueron los informes, que al mismo informante encargó le previniese que en el acto se le presentase.

En la tarde del día en que la entrevista de Apodaca é Iturbide tuvo efecto, el Padre Bernardo acudió á dar gracias á Clarita, á nombre de la Junta de la Profesa.

—La religión se ha salvado,—le dijo,—y á V., hija mía, se lo debe.

—Sí ¿eh? ¿pues qué ha sucedido?

—D. Agustín ha tenido una larguísima conferencia con Apodaca.

El virey casi lloró ante un retrato de S. M., exponiendo á Iturbide la opresión en que los impíos liberales tienen al monarca.

Iturbide se conmovió con las doloridas expresiones de Apodaca, y se ofreció á hacer cuanto en su mano esté, para conservar en esta nación el amor á su rey y el odio y la aversión á las ideas revolucionarias.

No tenemos más pormenores porque D. Agustín no ha querido darlos, pero á lo que parece, el monarca ha escrito al virey participándole que si los liberales continúan haciéndole violencia, está resuelto á salir de España y trasladarse á estas Américas, donde se promete hallar vasallos más fieles á su persona.

Imagínese V., Clarita, hija mía, qué honor tan grande sería éste para nosotros.

Ello es que la Junta de la Profesa está entusiasmada y que no pasará mucho tiempo sin que D. Agustín haya proclamado la independencia de las Américas.

—¿Luego es de la independencia de lo que se trata?

—Sí, hija mía; he visto el plan, le he tenido en mis manos, y es luminoso, luminosísimo, sobre toda ponderación.

—Pero, Padre Bernardo,—observó Clarita asustada y temblorosa,—lo que VV. van á hacer es revivir la antigua rebelión insurgente.

—Nada menos que eso, hija mía.

Quisiera que oyese V. á D. Agustín, como se expresa de los antiguos insurgentes y de la revolución que acaudillaron.

Esa revolución,—dice D. Agustín Iturbide,—tuvo principio entre las sombras del horror, con un sistema, si así podía llamarse, cruel, bárbaro, sanguinario, grosero é injusto (1).

Me parece que no es posible emplear calificativos más duros y expresivos en un lenguaje decente.

No, nosotros no vamos á continuar la obra de aquellos hombres funestos, á los cuales, repito, no quiso unirse D. Agustín, por más que le hicieron tentadoras proposiciones.

No tenga V. cuidado, Clarita, no se renovarán los horrores de aquellos espantosos días.

Nada tienen que temer de nosotros los españoles europeos, pues con nosotros están todos ellos, excepción hecha de los españoles liberalones que á todo trance quieren hacer triunfar su Constitución y sus llamadas libertades.

Con nosotros están todos los absolutistas, los *serviles*, como nos llaman, porque acatamos como debemos acatar á Dios y al rey.

¿No predican ellos la libertad?

Pues de la nuestra vamos á hacer uso para independernos de la España liberal, salvándonos así de que se infiltre en nuestras venas la ponzoña mortal que circula por las de la metrópoli.

(1) Están tomadas estas expresiones de la comunicación oficial dirigida por Iturbide al virey, acompañándole un ejemplar del plan que se llamó de Iguala.

Sigo mi sistema de no poner en boca de los personajes históricos más palabras que las que consta que ellos mismos pronunciaron ó escribieron.

A desesperados males, desesperados remedios.

¡Sólo con el rey no romperemos, no, eso nunca, nunca, nunca!

Fernando VII continuará siendo nuestro padre querido, y nosotros sus más obedientes hijos.

Nuestro plan está basado en la conservación de la religión católica, apostólica, romana, sin tolerancia de otra alguna, y en el sistema monárquico moderado con Fernando VII á su cabeza, ó en su defecto cualquiera de los príncipes de su real familia.

Con esta declaración precisa y terminante hecha por el Padre Bernardo, Clarita logró ir poco á poco venciendo sus temores y sus escrúpulos.

## XVI

El Padre Bernardo no cabía en sí de gozo, y su natural verbosidad se hallaba en aquellos instantes prodigiosamente excitada.

—¿Quién había de decirnos,—repetía,—que todo iba á venírsenos á las manos como viniéndosenos está?

¡Oh! necesario es creer que el teniente coronel D. Miguel Badillo tiene muy en mucho las recomendaciones que usted le hace.

Clarita, puede usted estar orgullosa de su amigo Badillo.

¡Qué hombre!

¡Qué diplomacia y qué talento tan grande deben ser los suyos!

Nada, hija mía, nos dejó al virey tan bien preparado y tan suave como un guante.

Iturbide no tiene boca para más que hacer elogios de Apodaca.

Asegura tenerle conquistado por completo.

Se le presentó como debía presentársele más realista que el rey.

Habló pestes contra los liberales, y en contestación le hizo el elogio, casi una apoteosis, del absolutismo.

Iturbide cree que si los liberales continúan manteniéndose en el ejercicio del poder, de que han despojado á la autoridad real, Apodaca, por odio á ellos, es capaz de adherirse á nuestro plan.

Esto no lo creo yo muy seguro, pues Apodaca, como buen marino, es fanático en cuanto se refiere á cumplir sus juramentos de fidelidad, ¿pero quién quita que si no se une á nosotros no nos haga al menos todo el daño que puede hacernos?

Nada nos ha dicho Iturbide acerca de esto y nada probablemente llegara jamás á saberse.

Hoy por hoy, aunque nadie deja de tener una confianza casi absoluta en el buen éxito del plan de los conjurados de la Profesa, el que más y el que menos teme que pueda sobrevenir un imprevisto fracaso, y los unos y los otros reservan ciertos pormenores que el día de mañana puedan denunciar la participación que en lo que se prepara están tomando.

Pero si el plan llega á fallar, no será porque no le hayamos meditado y discutido con el más grande detenimiento.

De acuerdo con los puntos que se le dieron, ese plan está redactado por D. Juan José Espinosa de los Monteros, y D. Agustín se ha comprometido á proclamarle sin hacer en él variación alguna, pues las que propuso y constan escritas de su letra en una copia que le facilitó Espinosa han sido en parte admitidas y en parte rechazadas, por acertadas y oportunas aquéllas, y por inconvenientes ó peligrosas éstas.

Y á fin de hacer desechar á usted todo temor de que nuestro plan pueda revivir de algún modo la antigua rebelión insurgente, le diré, Clarita, que en él están metidos los españoles hasta el cuello, lo que no harían si hubiese de ir á renovarse el bárbaro grito de guerra de «mueran los gachupines.»

No, Clarita, en el paso que vamos á dar nos acompañan los españoles honrados y temerosos de Dios, y á ellos deberemos el triunfo como ya les debemos la idea.

Sin el canónigo y doctor D. Matías Monteagudo, español, nada hubiésemos hecho nosotros los americanos: él concibió la idea de reunirnos y nos congregó, en efecto, en su misma habitación, y su elocuente palabra se apoderó de nuestros corazones, y abriéndonos los ojos nos hizo ver, como ya lo vemos, posible nuestra independencia.

En este deseo que de independencia tenemos no entra para nada ni en porción ninguna el odio ni el rencor á España: si de ella queremos separarnos es para contrarrestar el progreso y poderío de los liberales europeos: así como ellos se alzaron en la isla de León para insultar, vejar y oprimir al rey; así nosotros nos alzaremos en nuestra América para ofrecer en ella y en nuestros amantes corazones un refugio y una salvadora salida á ese mismo rey.

Si ellos no hubieran querido proclamar su abusiva libertad que concluye con todo lo que hay de más santo y tradicional, y plantea peligrosas reformas, y humilla las prerrogativas del clero, y ensalza la libertad de conciencia, nosotros no nos habríamos movido, orgullosos de seguir perteneciendo á la Nación católica por excelencia.

Pero la Nueva España es esencialmente religiosa, y como muy bien dice un distinguido joven mexicano, actualmente secretario de la Junta superior de sanidad, los decretos de las Córtes han excitado grande inquietud en los ánimos religiosos de los habitantes de la Nueva España, que con tales providencias creen amenazada su fe, privado su culto del esplendor que están acostumbrados á ver en él, perseguidos sus ministros y despojados de sus bienes las comunidades y fundaciones piadosas. Por esto es la primera necesidad del momento calmar esta inquietud, al mismo tiempo que dando un motivo religioso al cambio político que se intenta, haremos otros tantos partidarios de este cambio, cuantos son los que, ven con horror las innovaciones que han comenzado á plantearse.

En este punto estamos enteramente acordes los europeos y los americanos, por eso están con nosotros todos los españoles, excepción hecha de los masones que á toda costa quieren la libertad constitucional con todo y sus peligros.

Vaya, puedo asegurar más aun; pero por Dios, hija mía, que esto no lo sepa nadie, que á nadie ni aun á usted misma lo repita usted.

El dinero con que D. Agustín va á hacer los primeros gastos que nuestro plan origine, van á proporcionárselo los mismos españoles.

—¿Quiénes?

—¡Los *manilos!*

—¡Los *manilos!*

—Sí, Clarita: así se lo ha ofrecido á D. Agustín y á los conjurados de la Profesa, el honrado comerciante español D. Antonio Terán.

—¿Pero cómo va á ser eso?

De un modo sencillísimo: pronto saldrá para Acapulco un convoy con el producto de la venta de los efectos traídos de Manila por la nao de China. D. Antonio Terán que está interesado en más

de la mitad de ese dinero, obtendrá el consentimiento de los demás interesados para que D. Agustín se apodere de la conducta, que más tarde se pagará con toda religiosidad.

—¡Ah! Padre Bernardo, mucho dudo que esos comerciantes se resuelvan á correr ese albur.

—No lo dude usted, hija mía: Terán es un caballero en toda la extensión de la palabra, y cumplirá lo que ha prometido así le costase la vida.

Está además comprometido hasta donde es posible que un hombre lo esté, en los trabajos de los conjurados de la Profesa, y no rehuye responsabilidades ni le espantan fatigas.

Activo como ninguno de nosotros, no hace mucho tiempo que emprendió un viaje á Guadalajara con pretexto de atender á los intereses del comercio de Manila en que tanta parte tiene.

Pues bien, el verdadero objeto de ese viaje no fué otro que el de proponer al general Cruz, español como él, la adopción del plan contra-constitucional, y ponerse de acuerdo con el obispo Cabañas que se halla altamente comprometido de resultas de las pastorales que tiene publicadas contra las ideas liberales.

No quedó muy satisfecho de Cruz, que no le dió ninguna contestación definitiva, aunque sí le aseguró que no opondrá resistencia seria al progreso de la nueva revolución, cuyos principios y fines están enteramente de acuerdo con sus ideas.

Pero sí conquistó á Cabañas tan por completo, que el buen obispo ha puesto á disposición de D. Agustín Iturbide, veinticinco mil pesos destinándolos á cubrir los primeros gastos que se ofrezcan.

Pero lo que en Guadalajara y en toda la nueva Galicia no haga el general Cruz, lo hará otro jefe español, D. Pedro Celestino Negrete, hombre decidido y militar valiente como pocos. Negrete es enteramente nuestro y en caso necesario pondrá á raya al general Cruz, al cual no estima mucho que digamos á causa de antiguos agravios.

En fin, hija mía, no acabaría si fuese citando á usted uno por uno, todos los españoles europeos que forman en nuestras filas y á los cuales la Nueva España va á deber su independencia.

En conclusión y como una prueba última y fehaciente de cuán unidos estamos americanos y europeos, voy á citar á usted palabra

por palabra, las que D. Agustín ha contestado á las preguntas que se le han hecho, referentes á las razones que pudieron pesar en su ánimo para no haber aceptado el empleo de teniente general que el cura Hidalgo le ofreció.

«La propuesta (1),—dice,—era seductora para un joven sin experiencia y en la edad de ambicionar; la desprecié sin embargo porque me persuadí que los planes del cura estaban mal concebidos; ni podían producir más que desorden, sangre y destrucción y sin que el objeto que se proponía llegara jamás á verificarse. El tiempo ha demostrado la certeza de mis predicciones. Hidalgo y los que le sucedieron, siguiendo su ejemplo, desolaron el país, destruyeron las fortunas; radicaron el odio entre europeos y americanos; sacrificaron millares de víctimas; obstruyeron las fuentes de la riqueza; desorganizaron el ejército; aniquilaron la industria; hicieron de peor condición la suerte de los americanos excitando la vigilancia de los españoles á vista del peligro que les amenazaba; corrompieron las costumbres, y, lejos de conseguir la independencia, aumentaron los obstáculos que á ella se oponían.»

Creo, hija mía, que no pudo D. Agustín ser más claro ni hacer más exacto y terrible proceso de la insurrección insurgente.

## XVII

Tomado un momento de descanso el Padre Bernardo, prosiguió de esta manera.

—Creo haber dejado completamente satisfechos los escrúpulos de usted, hija mía, y confío en que ya verá completamente claro en este asunto.

Lo cierto es que D. Agustín Iturbide ha sido nombrado por el virey conde del Venadito, comandante general del Sur y rumbo de Acapulco con las mismas facultades que ha tenido el coronel D. José Gabriel de Armijo.

—Pero esa comandancia comprende los distritos en que aun se mantiene sobre las armas el general insurgente D. Vicente Guerrero.

(1) Breve diseño crítico de la emancipación de México.—Londres, 1824.

—Precisamente.

—¿Y eso no estorbará los planes de Iturbide?

—De ningún modo; y antes por el contrario, esa circunstancia puede sernos en extremo favorable.

—¿Acaso cuentan ustedes con atraerse á Guerrero?

—Todo pudiera ser.

—Mucho dudo que lo consigan; Guerrero se ha negado siempre á tratar con los realistas y conocido es el modo enérgico con que ha rechazado siempre cuantos ofrecimientos de indulto se le han hecho, siendo en su determinación tan inflexible que hasta la voz de su propio padre desoyó cuando por encargo del virey quiso inducirle á deponer las armas.

¿Y si esto hizo en aquel tiempo, que será lo que no haga ahora que ha prestigiado su nombre con las diversas victorias que ha logrado sobre varios destacamentos realistas?

—Convengamos, Clarita, en que los tales triunfos de Guerrero, son bien considerados, nada en resumidas cuentas.

Más que el genio militar, se los ha proporcionado el mismo coronel Armijo fraccionando imprudentemente sus fuerzas y separándolas por tan considerables distancias, que no han podido auxiliarse las unas con las otras, cuando se han visto atacadas por tropas de Guerrero, y mejor que por las de éste por las del infatigable y activo guerrillero Pedro Asensio Alquisiras.

¿Pero cuál es la acción de alguna importancia que haya jugado con las tropas fieles al rey?

Ninguna, Clarita, ninguna,

El coronel Armijo no ha tenido á bien ir en su busca y hasta cierto punto justifica su proceder la dificultad que habría tenido para ir á encontrar á Guerrero en las salvajes montañas y vírgenes selvas en que se esconde, y de las cuales sale únicamente cuando tiene noticias de que tal ó cual destacamento realista puede ser sorprendido casi sin riesgo ninguno

Si estas sorpresas se cuentan y se hacen pasar como acciones de guerra, convengo en que se considere al general insurgente como el Marte mexicano.

Pero esto no pueden creerlo personas sensatas y de recto juicio.

Hoy, sin embargo, pudiera darnos algo más que hacer.

Según los informes adquiridos por los conjurados de la Profesa,

D. Vicente Guerrero puede contar en la actualidad con unos dos mil hombres poco más ó menos, regularmente instruídos y no mal armada la generalidad de ellos.

Se entiende que su fuerza ascenderá á ese número en el caso punto menos que imposible de que le fuera dable reunir todas las partidas cuyos jefes obedecen ya á Guerrero ya á Pedro Asensio.

Este se halla en estos momentos en la orilla del río opuesta á la que ocupa Guerrero, y si Iturbide consigue mover las tropas que están á sus órdenes con toda la necesaria violencia, no le sería tal vez difícil batirlos uno tras otro y concluir con esos últimos restos del alzamiento insurgente, antes de dar principio á llevar á las vías de hecho el plan tan escrupulosamente meditado y discutido.

Si esto no pudiese conseguirse, si Iturbide encuentra que las fuerzas que Guerrero ha organizado, valiéndose de la inacción del coronel Armijo, tienen más importancia de la que se les supone, le invitará á unirse á él para realizar la Independencia.

En ese caso le hará toda clase de concesiones y ofrecimientos, y una vez aceptados por Guerrero, Iturbide fraccionará las fuerzas insurgentes de modo de reducirlas á la impotencia y destruir el influjo que puedan tener si acaso tienen alguno.

Y aun esto lo hará, no porque Guerrero sea capaz de imponernos miedo alguno, sino para destruir todos los obstáculos que puedan retardar el triunfo de nuestro plan, pues usted comprenderá que todo debe hacerse cuanto más pronto mejor, pues son ya muchas las personas que están en nuestro secreto, y una indiscreción, un momento de debilidad de un pusilánime, puede echar á perder todo cuanto tenemos ganado.

—¿Pero no está hecho ya el nombramiento de Iturbide?

—Lo está en efecto desde el jueves nueve del corriente Noviembre, y D. Agustín contestó el mismo día, diciendo á Apodaca, que aunque siempre ha sido funesta á su salud la tierra caliente, pues hasta la extremaunción le han dado en ella, se pondrá prontamente á la cabeza de las tropas que se han puesto á sus órdenes, en el concepto de que, concluída la campaña que va á emprender, el virey le relevará de un mando que sólo acepta por servir al rey y á España.

El próximo jueves 16 de Noviembre, es decir, pasado mañana, D. Agustín saldrá de México para su destino, acompañado de las

bendiciones de todos cuantos estamos interesados en que la obra de iniquidad de los liberales españoles no triunfe en estas Américas, que dispuestas están á recoger y tomar para sí el título envidiable de Nación Católica por excelencia, que la Antigua España ha tirado en tierra, que al fin y al cabo se abrirá bajo sus piés, espantada de impiedades y sacrilegios tantos, como han cometido y continuarán cometiendo los españoles.

Y aquí dió fin por entonces aquella muy respetable plática del Padre Bernardo, á quien gustoso dejo la responsabilidad que en lo aquí transcrito le corresponde.

He procurado atenerme á lo que él dijo, sin quitar cosa alguna ni añadir otra mía, dejando al cuidado de mis lectores el hacer los comentarios á que el asunto se presta.

## XVIII

Continuó avanzando el tiempo, y habrían pasado próximamente dos meses ó poco menos, cuando en la casa de la piadosa Clarita, después de una ausencia de más de dos años, hizo su entrada el buen D. Juan de Olazagóitia, cuñado ó hermano político de Clarita, la cual, no lo habíamos dicho por no habérsenos presentado la ocasión, era viuda de D. José de Olazagóitia, que fué un vizcaíno tan honrado, trabajador y favorecido de la suerte, como continuaba siéndolo su hermano D. Juan, que dejamos entrando en la casa de nuestra heroína.

No fué precisamente gusto lo que ésta experimentó al enterarse de que se encontraba en su casa su cuñado, que era, además, su compadre, por haber sido el padrino de bautismo de Marianito, por cuya razón prefirieron llamarse mejor que cuñados compadre y comadre respectivamente.

Y si no experimentó gusto fué porque D. Juan era hombre demasiado franco y brusco para decir las verdades, nada preocupado y más liberal en opiniones de lo que Clarita hubiese deseado.

Pero en el fondo era bueno como el pan, tenía un alma más limpia que una patena, y cuartos se dejaba hacer por servir á cualquiera.

Tanto por esto, cuanto porque D. Juan era el tutor de Marianito y administraba los bienes de su comadre, Clarita le guardaba grande consideración y respeto, con los cuales suplía la falta de cariño, pues no eran, como ya sabemos, ni el amor ni el cariño plantas que hubiesen podido echar raíces en el yermo y frío corazón de Clarita.

Al verla ir hacia él, D. Juan sonrió con positivos agrado y afecto, y estrechándola en sus brazos la dijo :

—¡La verdad, comadrita! la juventud y la hermosura han tomado carta de naturaleza en tu cuerpo, y para tí pasan los años sin atreverse á causarte ni la menor injuria.

¡Válgame Dios y qué guapa estás, y cuánto me acuerdo del pobre de mi difunto hermano que tan encantado estaba contigo!

¡Pobrecillo! el 15 del mes pasado hizo siete años de muerto!

Dios le tenga en su santa gloria : amén.

—¡Amén!—repitió con verdadera unción D.ª Clarita.

Y tras de esto vinieron los cumplimientos de bienvenida y el preguntarle Clarita la causa de su regreso.

—La verdad, — contestó D. Juan, que lo tenía por muletilla,—hace mucho, mucho tiempo que deseaba veros; pero si he de decir lo que es cierto, no es el deseo de veros y abrazaros lo que aquí me trae ahora, sino otro asunto grave, muy grave, que á su tiempo te diré.

Pero vamos á ver, ¿qué es de mi ahijado? ¿dónde está que no ha venido ya á dar un abrazo á su padrino?

—Discúlpale, Juan; la falta es mía que aún no le he mandado avisar que aquí estás.

—Pues pronto, comadre, avísale, porque quiero deshacerle á abrazos y entregarle un regularcillo hilo de perlas que vale tres mil pesos como medio y que deseo luzca en su cuello mi ahijadita; la llamo así porque siendo mujer de mi ahijado, á ella también la tengo por ahijada.

De ese hilo son compañeros un anillo de diamantes, valor de dos mil pesos, destinado á Mariano, y un relicario que vale otro tanto y está dedicado á mi querida comadre.

No vayáis á atribuir á falta de cariño la desigualdad de valor de los tres obsequios, que si los vuestros valen menos que el de mi ahijada, no es culpa mía, sino de la pobreza en que ha dejado á Guanajuato la última maldecida revolución.

Créelo, comadre, casi no se ve ya una alhaja por aquellos rumbos.

Entre realistas é insurgentes todas las han acaparado, y las que quedan las tienen sus dueños escondidas bajo siete estados de tierra.

Pero aquí me tenéis á mí con el mismo deseo de siempre de gastar en vosotros cuanto poseo, que, gracias á Dios Nuestro Señor, siempre va en aumento.

La verdad, Su Divina Majestad se ha propuesto decir ¡agua va! y no intento cosa alguna que no vaya más allá de mis esperanzas y hasta de mis deseos, puedo decir.

—Cuánto me alegro de ello, compadre; eso y mucho más mereces.

—Gracias, Clarita, muchas gracias; pero ¿qué sucede? ¿mandas ó no mandas avisar á Mariano que aquí me tiene?

—Compadre, si quieres, mejor pasaremos á su habitación.

—Acabaras de hablar, vamos allá á verle.

—Espera, mandaremos antes ver si está despierto.

—¡Cómo! ¿son las once de la mañana y no está aún levantado?

—Está enfermo.

—¡Válgame Dios! ¿cosa de cuidado?

—No, gracias á Dios, lo de siempre.

—¡Ya, sus enfermedades imaginarias!

—No tan imaginarias; pero en fin, ha pasado muy mala noche, se ha dormido á la madrugada y no quisiera que lo despertasen, hasta que él de por sí...

—Entiendo, entiendo: que no lo despierten por mí, pero manda decir que en cuanto él buenamente haya abierto los ojos, nos avisen, para que vaya yo á verle.

Clarita se levantó y salió un instante de la sala á dar las órdenes oportunas y no habían pasado dos minutos cuando ya estaba de vuelta.

D. Juan de Olazagóitia la esperaba impaciente; al verla entrar repitió siempre con el mismo entusiasmo:

—La verdad, estás hermosa como nunca!

—¡Adulador!—contestó Clarita, satisfecha del elogio.

—¿Adulador, eh? bien sabes tú que no lo soy al elogiar tu belleza, que tú eres la primera que conoces y admiras; pero en fin, date

el gusto de querer hacerme creer que no lo eres, y dicho esto, pasemos á otra cosa.

Ya sabes que soy enteramente enemigo del matrimonio, que ni me he casado, ni me he de casar jamás, y por lo tanto soy un tonto para decir galanterías, pues nunca he tenido necesidad de practicar ese arte.

Aquí llegaba D. Juan, cuando una de las doncellas de Clarita se presentó en la puerta de la sala:

—¿Ha despertado el señorito?—preguntó Clarita.

—No, señora,—respondió la doncella;—pero ahí está un hombre con una carta que quiere entregar á usted en propia mano.

—Anda, comadre, anda: ve á ver que te quieren. Aquí te espero.

Clarita aprovechó el permiso y salió ofreciendo volver pronto.

## XIX

Pero no estuvo solo mucho tiempo el buen D. Juan de Olazagóitia.

Acababa apenas de salir Clarita, cuando la vidriera de la recámara, que daba á la sala, se abrió dando paso á aquella bellísima joven, cuyo retrato dejo hecho en uno de los anteriores capítulos.

Le bastó á D. Juan distinguirla para reconocerla; y así fué que queriendo retirarse la joven al encontrarse con un desconocido, nuestro hombre la detuvo, preguntándola:

—Perdone usted, señorita, ¿acaso es usted la esposa de Mariano?

—Servidora de usted,—respondió Luisa.

D. Juan se dirigió entonces á ella, tendiéndole los brazos y diciéndole:

—Entonces, hija mía, permíteme que te tutee y dame un abrazo, porque yo soy tu tío, Juan de Olazagóitia, padrino de Marianito y tuyo por consecuencia.

Aunque Luisa hubiera querido resistirse no lo habría conseguido, porque D. Juan, uniendo la acción á la palabra, la atrajo hacia él y la oprimió paternalmente contra su corazón.

Cuando soltándola quiso fijarse en el hermoso rostro de Luisa,

no pudo lograrlo, porque la desventurada esposa de Marianito le cubría con el pañuelo, en que enjugaba sus lágrimas.

—¿Qué es eso?—exclamó D. Juan,—tienes vergüenza de mí?

Luisa en vez de responder rompió en amargos sollozos.

D. Juan estaba confundido.

De pronto dejó escapar casi un gritó y preguntó:

—¡Qué quiere decir esto, hija mía! ¿por qué lloras? ¿acaso Clarita me ha engañado y Mariano está grave? ¡dímelo, dímelo, hija mía: sácame de esta horrible ansiedad!

—No, D. Juan, — contestó Luisa, procurando calmar su aflicción: — ¡Mariano no está malo, pero yo soy muy desgraciada!

—¡Desgraciada tú, hija mía! ¿por qué? dime, ¿por qué?

—¡Oh sí, se lo diré á usted! En los cortos días de mi felicidad me han hablado tanto de usted, Mariano y D.ª Clara, que sé que es usted un hombre inmejorable, un santo casi.

—No tanto, hija mía, no tanto, ni mucho menos; pero sin embargo, sí puedo decirte que si eres desgraciada y de mí depende que no lo seas, no lo serás, yo te lo ofrezco y te lo juro, por Santiago, patrón de España.

—Sí, D. Juan, lo sé, y por Dios le conjuro á que cumpla su juramento.

—Habla, hija mía, tarde se me hace ya: ¿qué quieres de mí?

—¡Sáqueme usted de esta casa, sáqueme usted con mi hijo!

D. Juan retrocedió sorprendido de lo que acababa de oir.

—¿Qué dices, hija mía?

—¡Que me saque usted de aquí, que me saque usted con mi pobre hijo!

—¿Pero qué tienes tú, qué tiene tu hijo?

—Pregunte usted mejor, qué es lo que no tenemos.

Sí, D. Juan, ni yo tengo marido, ni mi pobre hijo tiene padre.

—¡Luego es cierto!—exclamó rebosando dolor D. Juan; —luego Mariano ha muerto!

—¡No, D. Juan; peor, mucho peor que eso!

—¡Dios mío! Luisa, hija mía, ¿qué me quieres decir?

—¡Que Mariano me insulta, que Mariano niega á su hijo!

D. Juan no supo lo que pasaba por él; el golpe que acababa de recibir le había sobrecogido de espanto.

—¡Desgraciada! ¿qué me quieres decir? ¿qué es lo que has hecho?

Luisa se irguió como Leona herida, al oir esta última pregunta, y levantando con regio ademán su frente limpia, despejada y pura, exclamó:

—Lo que puede hacer una mujer honrada como yo: no doblegar su frente sin mancha por nada ni ante nadie.

Yo lo digo y se lo digo á un español que está obligado á ser caballero y á fiar en las palabras de una dama.

¿Quiere usted, D. Juan, cumplir con esa obligación?

—Si quiero, ¡vive Dios! tienes razón hija mía, no necesitas decirme una palabra más en tu abono.

Con las que has dicho me basta para jurar por Santiago, patrón de España, que de tu parte está la justicia.

—Gracias, Sr. de Olazagóitia, Dios le ha enviado á usted á mí.

Y esta vez fué Luisa quien tendió sus brazos á D. Juan, que en los suyos la recibió y estrechó de nuevo.

—Y ahora—dijo,—explícame lo que te pasa.

—¿No se lo he dicho ya? Mariano me insulta, Mariano niega á su hijo.

¿Comprende usted tal horror, infamia tal?

Pero no, no es Mariano quién tal hace.

Es D.ª Clara.

—¡D.ª Clara!

—Sí y más que ella, un hombre cuya injusticia me causa horror; un sacerdote, el Padre Bernardo!

—¿Quién me nombra? — preguntó la conocida voz del Padre Bernardo que en aquel momento se presentó en la puerta de la sala acompañado de Clarita.

Luisa lanzó un grito de terror y corrió á abrigarse en los brazos de D. Juan, pidiéndole que no la abandonara.

D.ª Clara avanzó hacia ella, diciéndole:

—¿Quién le dió á usted licencia para salir de su habitación?

Y como tras de ella hubiese también avanzado el Padre Bernardo y se preparase á poner su mano en un brazo de Luisa, diciéndole:

—¡No manche usted con su contacto á un hombre honrado!

—Déjela usted—gritó D. Juan apartando con violencia al Padre Bernardo;—¡no me haga usted creer que usted no lo es!

—¡Juan! ¡tal sacrilegio!...—comenzó á decir Clarita, pero Olazagóitia la interrumpió, exclamando:

—¡Comadre, cepos quedos, aquí yo soy el juez, vamos á ver quién es la víctima y quiénes los reos!

## XX

Pero sin duda estaba escrito que D. Juan de Olazagóitia no pudiese aquel día, ó al menos en aquellos momentos, enterarse de los pormenores de aquel drama de familia.

Un recado urgente que la doncella de Clarita le dió, le obligó á pasar á una pieza inmediata á la sala, sin que por ahora pueda yo decir como prosiguió, terminó ó se suspendió la escena difícil que pendiente dejamos al fin del anterior capítulo.

Al entrar en la habitación inmediata á la sala, D. Juan, pálido y agitado todavía, procuró dominarse y saludar con las mayores muestras de acatamiento á un caballero español que, dejando la silla en que sentado estaba, se adelantó y tendió la mano al compadre de Clarita.

—¡Cuánto agradezco á usted,—dijo D. Juan,—que se haya apresurado á venir!

—El recado era tan urgente, que no podía hacer menos de lo que hago, á riesgo tal vez de molestar á usted.

—¿Eso dice usted cuando tanto favor se sirve hacerme? Pero en fin, ya nos explicaremos sobre este punto.

Lo primero es lo primero y aquí lo primero es la salvación de estas importantes provincias.

—¿Qué noticias trae usted?

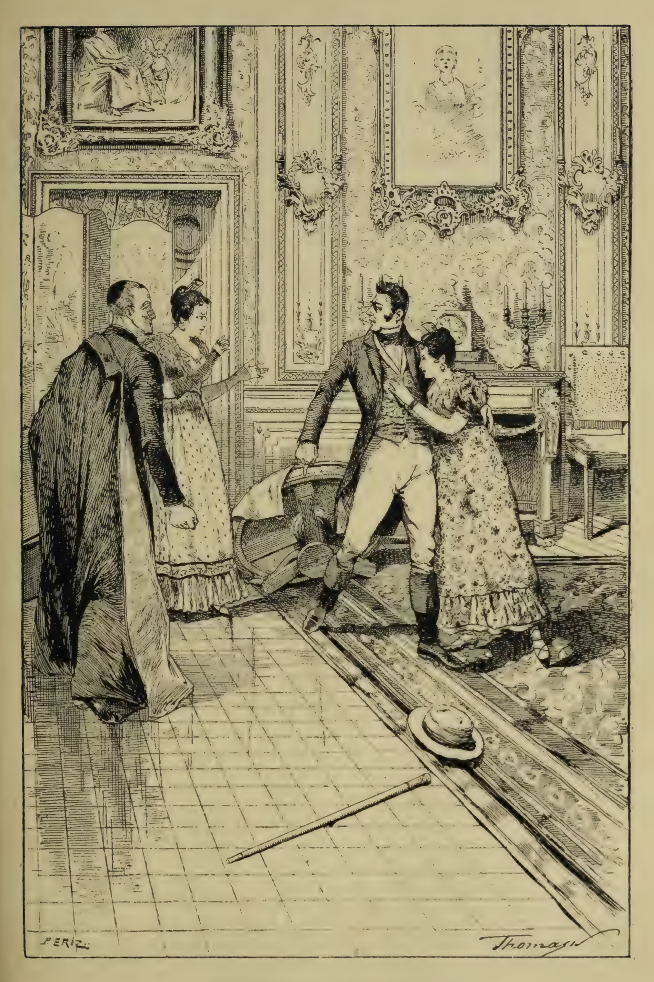
—Pocas más de las que he comunicado á usted en mis cartas, pero confirmadas todas ellas.

—Iturbide...

—Iturbide ha traicionado al rey y á D. Juan Ruiz de Apodaca.

—¡Silencio!—replicó el caballero desconocido; pudieran oirnos: estamos en la casa de uno de los más grandes enemigos del dominio español en las Américas.

—¿Qué dice usted?—preguntó D. Juan abriendo espantados ojos.




—Comadre, cepos quedos, aquí...

—Lo que usted oye.

—¿Clarita?...

—Ella, ó mejor que ella, un pícaro vividor que la sirve de consejero y *fac-totum*, ha hecho más por la fatal empresa que traen entre manos nuestros compatriotas, que todos ellos juntos.

Pero ya hablaremos de la cuñada de usted, que según mis noticias ha puesto hasta ahora en manos de los conjurados la mitad lo menos de su fortuna.

Seamos prudentes por si acaso y no aventuremos juicios ni calificativos peligrosos.

—Dice usted bien, D. José Hipólito; en este semillero de traidores en que vivimos, es imposible conocer á los amigos ni saber con quién se pierde.

Y vamos al caso: ¿qué piensa hacer el virey?

—D. Juan, si lo supiese no lo pensaría, estaría hecho ya.

—¿Qué es lo que el virey sabe de Iturbide?

—Sólo lo que usted le ha escrito: sin usted no sabría ni una palabra; tal es el misterio y secreto que los afiliados han guardado.

—¿Pero qué le ha escrito Iturbide?

—Aquí tiene usted un extracto de sus cartas; no ha querido el virey fiarme los originales, por no exponerlos á un accidente imprevisto.

—Ha hecho usted bien,— replicó D. Juan, tomando de mano de D. José Hipólito Odoardo, fiscal de la Audiencia, los papeles que éste le alargó.

Después de haberlos recorrido con grande rapidez, dijo:

—Es su sistema no hablar jamás con franqueza y darse la satisfacción de burlarse del virey empleando frases y conceptos de doble sentido.

¿Por supuesto que á todo habrá accedido Apodaca?

—¿Qué quería usted que hiciese si tenía á Iturbide por hombre formal y veraz?

Observe usted lo que le escribía desde San Gabriel, con fecha 19 de Noviembre.

Asegura su adhesión á la persona del virey, pondera su constante anhelo por el mejor servicio del rey y de la patria; afirma que su honor está comprometido en el éxito de su encargo y espera que el virey jamás tenga motivo de arrepentirse de la confianza que en él depositó.

En esa misma carta, protesta que su fin es y será siempre el de restaurar el orden y cooperar á la gloria de que el virey vea en breve tiempo pacífico todo el reino.

—Son en efecto las palabras que aquí constan, como escritas de su mano.

—Ahora bien; vea usted en esa misma carta lo que dice al virey sobre haber desconcertado los intentos del insurgente Guerrero con sólo haber reunido en San Gabriel 350 hombres de los realistas de Tasco y Cuernavaca, medida que, en su sentir, fué de tan buen efecto, que bastó para paralizar á Guerrero y Asensio.

Llega hasta á anunciar, que antes del fin de Febrero, cantaremos una misa por el término de la insurrección.

Desde Teloloapam, donde estableció su cuartel general, escribió calculando la duración de la campaña en dos ó tres meses, añadiendo: «tengo adelantado mucho en este plan, como manifestaré á V. E. á su debido tiempo, y ruego por lo tanto, á V. E., que si lo tiene á bien, se sirva mandar aquella suma luego (diez ó doce mil pesos), en el concepto firme de que no se hará inversión ni aun de la más mínima parte de ella, sino con la probabilidad más segura por el apoyo de una prudente y sana crítica.»

—¿Y se dió esa orden?

—El 15 de Diciembre se mandó á los ministros de la Tesorería que situasen en Cuernavaca á disposición de Iturbide, los doce mil pesos que pidió.

Además, se le enviaron en gran cantidad toda clase de municiones, para facilitar así el éxito de su campaña.

—Lo sabía, ¿pero, sabe usted á su vez como las gentes piensan del virey por esta facilidad con que ha accedido á cuanto pide Iturbide?

—Lo supongo; pensarán que el virey está de acuerdo con Iturbide en sus proyectos de rebelión.

—Eso mismo dicen.

El fiscal Odoardo sonrió con amargo desdén y exclamó:

—Si ellas viven y se amamantan de la traición; si por tal de salir adelante con un propósito todos tratan de buscar disculpa á sus traiciones, ¿tiene algo de extraño que no consideren á D. Juan Ruiz de Apodaca, peor que consideran y tratan á su honor y mentida fidelidad?

## XXI

Olazagóitia convino en la exactitud del juicio formado por D. José Hipólito, y á las preguntas que éste le hizo, contestó de la siguiente manera:

—También yo he sufrido el insulto de que me considerasen digno de ganarme para su causa.

Mis negocios me llevaron á Cuernavaca algunos días antes de que á aquella ciudad llegara Iturbide.

Uno de los principales hacendados de las inmediaciones, debía entregarme diez y ocho mil pesos, cuyo pago había retardado con causa justificada, aunque yo no la estimaba así.

Mi hombre se hallaba en Cuautla y allá me dirigí en su busca, y allí tuve el verdadero placer de encontrarme con D. Nicolás Bravo, uno de los hombres más caballerosos con quienes he tratado en mi vida, y que allí se halla en virtud del indulto que el virey le concedió de acuerdo con la ley de olvido general decretado por las Córtes de Madrid el 27 de Setiembre último.

Algunos favores que por lo insignificantes no merecen decirse, me conquistaron hace mucho tiempo el afecto de D. Nicolás Bravo, cosa que sin duda no desaprobará el virey que á su vez ha admirado la grandeza de alma de D. Nicolás.

—¡Así es la verdad! ¡Por vida mía que cuantas veces el virey le vió en su calabozo de la cárcel de Córte, D. Nicolás le pareció por la dignidad de su porte un príncipe ó un monarca en desgracia!

—Pues bien, la casualidad ó la Providencia que de ellas se aprovecha, me hizo encontrarme con D. Nicolás.

De sus mismos labios supe que Iturbide le había escrito invitándole á verse con él para hablarle de un proyecto del cual podría resultar la independencia de las Américas.

—¿Y D. Nicolás?...

—A nada estaba resuelto, y lejos de hablarme bien de Iturbide, se expresó de él de un modo duro y severo, fundado en el odio que les inspira á los antiguos insurgentes el recuerdo del encarnizamiento y crueldad con que siempre los persiguió y trató Iturbide.

Con este motivo, me recordó aquellas famosas palabras, con que Iturbide dió aviso á García Conde de la derrota que hizo sufrir á la partida insurgente de Alvino Carcía, allá por el mes de Junio del año doce.

Estas palabras que merecen recordarse, dicen:

«Para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresión que en algunos estúpidos y sin educación existe, de que nuestra guerra es de europeos á americanos, y de éstos á los otros, digo: que en esta ocasión ha dado puntualmente la casualidad, de que todos cuantos concurrieron á ella, han sido americanos sin excepción de persona, y tengo en ello cierta complacencia porque apreciaría ver lavada por las mismas manos la mancha negra que algunos echaron á este país español, y convencer que nuestra guerra es de buenos á malos, de fieles á insurgentes, y de cristianos á libertinos.

»El mismo Iturbide, en su parte de haber derrotado á D. Ramón Rayón, en el famoso Viernes Santo, 16 de Abril de 1813, llamó á los trescientos cincuenta insurgentes que mató en Salvatierra, miserables excomulgados que descendieron á los infiernos.»

Recordándome éstas y otras expresiones de Iturbide, me dijo don Nicolás.

—¡Y este hombre piensa hacernos creer en su amor á su patria! Había yo de verle proclamando nuestra independencia, y aun creería que mis ojos me engañaban.

Y sin embargo,—observó el fiscal,—Iturbide será quien la proclame.

—Yo también lo temo como usted; pero es preciso que no perdamos la moral, y que el virey sea lo que siempre ha sido, un juez inflexible con todos los enemigos de su patria.

Y si la suerte no nos fuera favorable, al menos la conciencia no tendrá cosa alguna que reprocharnos, y podremos esperar tranquilos á que la Providencia castigue por ocultos, pero seguros caminos, al autor de la ruina de la dominación de España en América.

Pero no perdamos un tiempo que sin duda es precioso.

El objeto principal de mi venida á México, ha sido el de poner en conocimiento del virey todo cuanto ha pasado, y yo sé referente á los planes de D. Agustín Iturbide.

Dudando que pudiese ser posible que Iturbide hubiese escrito

la carta que D. Nicolás me aseguró haber recibido y quemado después de leída, volví á Cuernavaca, después de haber enviado á esta capital mis diez y ocho mil pesos.

No pasaron muchos días sin que un infeliz que nombrar no quiero, por no perjudicarle, y que por desgracia es español europeo, como es costumbre distinguir á los que en España hemos nacido, trató sin grandes precauciones de ganarme para su causa. Contúveme cuanto me fué posible, y simulé dar oídos á sus propuestas.

Por ese español primero, y por otros individuos después, supe que el primer cuerpo de tropas realistas que se adhirió á los planes de Iturbide, fué el regimiento de infantería provincial de Celaya, del cual fué nombrado hace mucho tiempo coronel.

El tal regimiento, uno de los más brillantes de provinciales realistas, por su disciplina y por su equipo, está según parece, formado de gente joven é inquieta; tanto que, según sé, estuvo para rebelarse contra su coronel, D. Eugenio Villasana, cuando éste les comunicó la orden del virey para marchar al Sur, expedición que según parece, no tenían maldita la gana de hacer.

—Ahí tiene usted lo que son las cosas,—replicó el fiscal;—el virey dió esa orden, cediendo á las reiteradas instancias de Iturbide, para que se le reuniese su regimiento de Celaya.

—Sí, pero lo que sin duda ignora usted, es el motivo por el cual la oficialidad del regimiento de Celaya pensaba mal de esa expedición.

—¿Usted lo sabe?

—Y voy á decírselo: la oficialidad del regimiento de Celaya es de las que más se quejan de que á las tropas expedicionarias se les atiende de preferencia á las del país, á las cuales se las tiene punto menos que desnudas, y no se les paga en dinero sino en cigarros.

—Eso dice, en efecto, la representación que la oficialidad del batallón de Santo Domingo ha tenido el atrevimiento de dirigir al virey, quien, calificándola de sediciosa, se la ha devuelto, dándose por no recibido de ella, y huyendo por este medio de imponer á los firmantes el castigo á que se hicieron acreedores.

A la vez las tropas expedicionarias se quejan de no haber sido suficientemente recompensadas de sus fatigas, y citan como apoyo de su dicho á los coroneles Hevia y Márquez Donallo, que no han

tenido ascenso alguno, desde que han venido de España, habiendo hecho como han hecho tan buenos servicios á la causa real.

Todos se quejan, los unos y los otros, y ninguno de ellos piensa que el virey no puede contentar á todo el mundo, faltándole, como le faltan, facultades, dinero y humor para nada, por cuya razón ya tiene presentada á las Córtes la renuncia de su cargo, por no encontrarse investido de poder, ni facultades bastantes para conservar el reino al través de los obstáculos que encuentra.

Tiene usted mucha justicia en cuanto dice, pero en estos tiempos de desmoralización, nadie piensa más que en su interés, y la oficialidad del regimiento de Celaya no es la que menos piensa en el suyo.

Atenta sólo á él, llegó á ocurrírsele seguir el ejemplo de sedición militar que le han dado las tropas reales en España, y con tal fin tenían, según parece, emprendidos algunos trabajos, que la orden de trasladarse al Sur iba á inutilizar.

Con ánimo de resistirse á cumplirla, estuvieron á pique de alzar bandera de rebelión, lo que, según se cree, impidieron varias personas sensatas y ciertos agentes de los conjurados de la Profesa, quienes les indicaron que Iturbide les indicaría un medio seguro para lograr lo que se proponían.

Esto resolvió al regimiento de Celaya á obedecer la orden, aunque con tan poca confianza en Iturbide, cuyas opiniones realistas juzgaban claras, patentes y firmes, que á esa falta de confianza se debió la deserción que experimentó en su marcha el susodicho cuerpo.

Que existían ciertas inteligencias entre la oficialidad de Celaya é Iturbide, lo comprueba el haber éste salido á recibir á su regimiento cuatro leguas de distancia de Teloapan.

Al verle los soldados, prorumpieron en aclamaciones de afecto y entusiasmo, y D. Agustín, después de saludarlos de igual manera, hizo que el capitán D. Francisco Quintanilla, de la tercera compañía, se adelantase al regimiento alargando el paso, y con él mantuvo una larga conversación, de la cual nadie pudo enterarse.

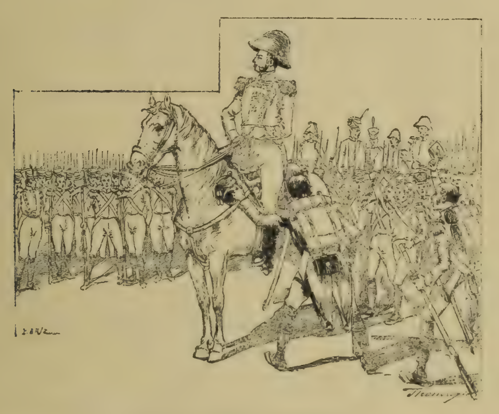
En Teloapan, Iturbide dió á la oficialidad un suntuoso banquete, y tuvo con Quintanilla una nueva conferencia, en la que le descubrió los planes con que había salido de México, admirando de tal modo á Quintanilla, que se asegura que no pudo por menos de mani-

festarle su sorpresa y desconfianza, lo que hizo decir á Iturbide:

—No, nada tiene esto de incierto: usted desconfía, pero documentos intachables harán desaparecer toda incertidumbre.

Y le mostró el plan de independencia, formado en las Juntas de la Profesa, y la correspondencia que ha estado llevando con los conjurados.

Convencido en efecto Quintanilla, respondió á Iturbide, de que,



Al verle los soldados prorumpieron...

llegado el caso, el regimiento obedecería cuanto le mandase su antiguo coronel; pero en poco estuvo que no sucediera todo lo contrario, porque la oficialidad, desconfiando de aquellas intimidades de Quintanilla é Iturbide, temió que fueran á concluir en castigar al regimiento por los instintos revolucionarios que había externado en Acámbaro, resistiéndose á marchar al Sur, y trataron de abandonar sus banderas, conviniendo al efecto el día y la hora, lo cual avisaron á Quintanilla, sus subalternos D. Miguel Arroyo y D. Valentín Canalizo.

Sabido esto por Iturbide, se presentó en el local en que la oficia-

lidad estaba reunida, y allí se descubrió á ellos como se había descubierto á Quintanilla, invitándolos á no desertar, lo cual le prometieron bajo juramento.

## XXII

Hecha la anterior reseña del modo que Iturbide había tenido para ganarse á la oficialidad del regimiento de Celaya, Olazagóitia prosiguió así:

—Seguro de contar ya con ellos, D. Agustín se propuso dar un golpe maestro, concluyendo de una vez con el insurgente Guerrero.

—¿Usted lo cree?—preguntó Odoardo.

—Tengo la plena seguridad; contestó Olazagóitia.

—¿Entonces, como es que tan fácilmente se han puesto de acuerdo, según me ha dicho usted en sus cartas.

—Voy á explicarlo á usted.

—Iturbide quiere mal á los insurgentes; no necesito insistir sobre este punto, que creo tener ya bien probado, con palabras por él mismo escritas ó pronunciadas.

Guerrero es uno de esos insurgentes, y no de los menos importantes, pues como usted sabe muy bien, el cura D. José María Morelos nunca tuvo á su lado gente que no mereciese estarlo.

Cuenta ya muchos años de haberse lanzado á la lucha que ha ensangrentado y continuará ensangrentando estos reinos, y que no es un caudillo insignificante, lo demuestra el haber comenzado á darse á conocer, derrotando allá por Febrero de 1812 al distinguido brigadier Llano, en la acción de Izúcar.

Sus hechos, que no tengo por qué referir en este momento, y más que sus hechos militares, la constancia con que se ha mantenido en armas, y la energía con que siempre se ha negado á aceptar toda proposición de indulto, le han dado cierto influjo entre la gente suriana que forma su ejército, y á la cual ha procurado distinguir y llenar de consideraciones en oposición á lo que todos los demás hemos hecho con ella, efecto de la repugnancia que nos causa la horrible lepra que padece y la desfigura, y todos conocemos por *mal del pinto*.

Esa gente es de una bravura extraordinaria, y en compensación del desprecio y asco con que la vemos, nos odia con todos sus cinco sentidos á cuantos pertenecemos á la raza blanca, ya pura y europea, ya mestiza y criolla.

Guerrero ha formado con ella un muy regular ejército no mal armado, y muy regularmente instruído por el americano don Juan Davis Bradburn, compañero que fué de D. Francisco Javier Mina.

Muerto éste, Davis, después de haber procurado sin fortuna, vengar el fusilamiento del caudillo español, se retiró al Sur, donde Guerrero le recibió con los brazos abiertos.

—Sin embargo de lo cual,—observó Odoardo,—acaba de hacerle traición, huyendo al campo de Iturbide, y solicitando de él, indulto que ya le fué concedido.

—En eso habría mucho que averiguar,—contestó Olazagóitia:—aunque otra cosa parezca. Davis ha hecho lo que ha hecho, de acuerdo con Guerrero.

Iturbide es ó era un jefe realista, terrible para los insurgentes, y el indulto de Davis, quizá no tuvo más objeto que el de tener á Guerrero al tanto de sus planes, con el fin de ayudarle á desbaratarlos.

Nadie mejor que él, podía haber cumplido esta misión de espionaje.

Conozco á Davis: es un hombre de valor á toda prueba, y para gozar el afecto de Iturbide, esta es la mejor recomendación.

Es además hombre muy instruído y práctico, de natural generosidad y elevación de espíritu, y magnánimo y humanitario.

Contra el parecer y las órdenes de Guerrero, salvó en una ocasión á unos pobres realistas granaderos de la corona, que habiendo caído prisioneros, el jefe insurgente mandó fusilar.

Davis se opuso á ello y manifestó que si se fusilaba á aquellos infelices también se le fusilaría á él, pues estaba resuelto á formar en el grupo de los granaderos á la hora de la ejecución.

Guerrero, que aprecia á Davis, consintió en que no se cumpliese la sentencia.

Davis aprecia con igual afecto á Guerrero y ni por mal pensamiento hablaba jamás mal de él, y antes por el contrario, le elogia y celebra siempre que la ocasión se lo ofrece.

Davis ha sabido ganarse también por entero el afecto de Iturbide.

—¿Hablándole bien de Guerrero?

Tal vez sí; Iturbide profesa como una máxima, que lo cortés no quita á lo valiente.

Tal vez esos elogios de Davis contribuyeron á encender más en Iturbide el deseo de concluir con Guerrero, en quien ya D. Agustín veía de antemano un hombre y un caudillo notables, que en



...también se le fusilaría á él,...

cualquiera circunstancia puede hacerle sombra con sus pasados servicios á la causa de la Independencia.

Iturbide es hombre que todo lo quiere para sí; está devorado por la sed de riquezas y de gloria; no gusta de que nadie brille, no diré más, pero ni tanto como él, y en fin, tan grande cosa se cree, que le hiere, lastima y ofende la idea de que nadie pueda envanecerse de haber sido una influencia en la balanza de sus destinos y propósitos.

Parece que se le había indicado la conveniencia de unirse con Guerrero para facilitar el logro de sus planes, no tanto por el daño que el caudillo insurgente pudiese por sí mismo hacerle, cuanto por el temor de que proclamada por Iturbide la independencia, sin estar de acuerdo con él, los insurgentes que por ahí quedan se le-

vantaran á su vez, ya por Guerrero, ya por otro cualquiera, introduciendo un desorden y una confusión que perjudicaría á los unos y á los otros.

Creo que Iturbide no desconoció la exactitud de esta observación, y por no confesarse vencido por su evidencia, se reservó á decidir en vista del cómo se le presentasen las circunstancias.

Con el fin de hacer hablar á éstas, y una vez recontadas sus fuerzas que encontró ascendían á unos dos mil quinientos hombres, el 22 de Diciembre salió de Teloloapam en busca de Guerrero.

Se entiende que este número de hombres podría reunirlo asimilando á su división los diversos destacamentos esparcidos aquí y allá por Armijo, y al efecto circuló las oportunas órdenes disponiendo que al concentrarse esos destacamentos destruyeran los fuertes en donde habíanse abrigado, que importaba no dejar en pié á merced del enemigo.

Persiguiendo su propósito de hacer la Independencia por sí y sin cooperadores, D. Agustín se metió el veintiocho de Diciembre en la áspera y quebrada sierra que necesariamente había de atravesar para llegar á Acatempan, punto designado como lugar de reunión á varios destacamentos realistas.

¿Cómo el activo cabecilla Asensio, pudo llegar á saber que Iturbide no seguiría el camino ordinario, sino que apartándose de él tomaría la difícil y angosta vereda que, siguiendo la falda de los boscosos cerros de San Vicente, tiene del otro lado la profunda y salvaje barranca que algunos llaman de Tlatlaya?

Esta pregunta sólo podrían contestarla el americano Davis Bradburn y Pedro Asensio, que sin duda fué avisado por él.

Lo cierto es que Iturbide que mandaba en persona la vanguardia de su división, pasó la vereda sin dificultad, y otro tanto consiguió el centro; pero al intentarlo la retaguardia, al mando del capitán González, vió caer de improviso sobre sí, la gente de Pedro Asencio, que en pocos instantes destruyó la retaguardia realista, al extremo, de que sólo pudieron escapársele, arrojándose á la barranca, el teniente Brito y tres soldados. Asensio hizo fusilar á González que había quedado mortalmente herido en el lugar mismo de la acción.

Quintanilla que mandaba el centro de la división, oyendo el vivo fuego que sostenía la retaguardia, retrocedió inmediatamente en su

auxilio, pero ya era tarde, y él mismo se vió seriamente comprometido, pues los insurgentes, animados por su victoria, cayeron también sobre el centro que Iturbide reforzó con los granaderos de la corona y dragones de España, mientras él, con el resto de la vanguardia ponía en salvo las cargas conducidas á lomo de mula.

Quintanilla fué más afortunado que el infeliz González y logró



...Iturbide reforzó con los granaderos...

rechazar á los insurgentes obligándolos á retirarse, después que hubieron hecho sufrir una muy considerable pérdida á la división realista, la cual no comenzó el presente año de 1821 mucho mejor que concluyó el veinte, pues el martes dos de Enero, D. Vicente Guerrero, á quien Iturbide suponía escondido en las asperezas de la sierra, se desprendió como una centella sobre Zapotepec en el camino de Acapulco y destrozó las fuerzas que mandaba el comandante D. Carlos Moya, el cual, la primera noticia que tuvo de la proximidad de Guerrero, fué la de esta derrota, sobrecogiéndole tal pavor que en su parte á Iturbide, no menos que toda una división

consideró necesaria para contener los avances del general insurgente.

Tan sensible fué á Iturbide este segundo contratiempo, que ya que de Guerrero no pudo vengarse ha descargado su furia sobre el desgraciado Moya, á quien no baja de descuidado, inepto y bueno para nada.

No está, sin embargo, en Moya la falta, y el origen del accidente debe buscarse en la importancia que Guerrero ha sabido dar á sus tropas, importancia que le permitió salir por fin de la defensiva en que hasta hoy se había mantenido y tomar la ofensiva y lanzarse al ataque con buenas probabilidades de éxito.

## XXIII

Tomemos por un instante á D. Antonio Olazagóitia la palabra de que ha venido haciendo uso.

Las dos acciones de guerra ganadas por Pedro Asensio y D. Vicente Guerrero, hicieron ver á Iturbide que no era tan fácil empresa como él se había prometido sojuzgar al valeroso general insurgente.

No quiero por esto decir que D. Agustín le considerase invencible.

No, ni mucho menos.

En primer lugar Iturbide conocía bien aquel género de guerra, y en ella triunfó en casi la totalidad de las acciones que estuvieron encomendadas á su dirección y á su instrucción y genio militar, que una y otro tenía en abundancia.

En segundo, limitada como estaba la insurrección al territorio ocupado por Guerrero, el virey podía disponer del número de tropas suficientes para concluir con el valeroso caudillo, y habríalo conseguido si Iturbide, único jefe entonces capaz de acometer la tarea, no se hubiese separado de las banderas españolas que había jurado defender.

Es necesario fijarse en esto para apreciar en su justo valor la conducta de Iturbide en aquellos días.

D. Vicente Guerrero habría sabido morir con igual heroismo al

de sus predecesores, en la defensa de la libertad de su patria, pero no habría podido, por entonces al menos, haber hecho nuestra independencia.

El país estaba cansado de lucha, de sangre y de desolación.

Guerrero era el único insurgente digno de este nombre que se mantenía en armas.

Los otros tan ilustres como él, como D. Nicolás Bravo por ejemplo, habían sucumbido á la fatiga de una empresa que D. José María Morelos elevó al apogeo de la gloria, pero que con aquel grande hombre vino á tierra, justo castigo de los malos y falsos patriotas que se aprovecharon de las virtudes mismas del cura de Nucupétaro para perderle y nulificarle.



Vicente Guerrero

El 22 de Diciembre de 1815 se hundió en el ocaso de la muerte aquel sol de primera magnitud que en su zénit llegó á igualar la prodigiosa altura del Gran Napoleón, y á aquel funesto día siguió una profunda noche cuyo oscuro cielo atravesó, como uno de esos maravillosos cometas que durante un breve espacio de meses pa-

sean á nuestra vista la omnipotencia de Dios, la romanesca figura de D. Francisco Javier Mina.

Pero la noche continuó fúnebre silenciosa, sin quedar del pasado sol, otro recuerdo que la chispa que con sin igual cariño y veneración abrigó en su alma D. Vicente Guerrero en aquellas mismas montañas del Sur que fueron el Oriente del gran Morelos.

Tal es la verdad, por más que su desnudez desagrade á los que sólo la quieren vistiendo convencional ropaje.

Sin D. Agustín Iturbide, la Independencia hubiera tardado mucho en hacerse.

Sin D. José María Morelos la Independencia no hubiera sido hecha por Iturbide.

Creo haber dejado sobradamente fundada esta opinión en los primeros capítulos de este Episodio.

Si así no lo creen tirios y troyanos, crean lo que mejor les acomode, en la inteligencia de que ni yo me propongo convencerlos ni ellos han de convencerme á mí.

Tampoco estoy de humor de discutir; la discusión exalta los ánimos, y un viejo como yo se hace ridículo ó inspira lástima cuando se exalta.

Y la exaltación sería inevitable, que ejemplos sobrados existen de cómo y por qué sistema discuten ciertos entes miserables que en el escándalo buscan una nombradía que nunca podrían conquistar con méritos de que carecen. Necesario es que la gente honrada se decida de una vez para siempre á callar tanto más cuánto más ellos griten: si continúan gritando es porque el desprecio los irrita y los obliga á medir su pequeñez.

Quien conmigo no esté conforme, no me lo diga á mí; dígaselo á mis lectores á fin de que no piensen como yo pienso; más decírmelo á mí es inútil porque si escribo lo que escribo, es porque escribo lo que pienso yo y no lo que á los demás acomode pensar, que cuenta es suya y no mía el escribirlo.

Fatigado voy llegando ya al término de mi empresa que otros, quizá, mejorarán con el tiempo.

Yo me contento con haber sido el primero en intentarla y el más constante en proseguirla.

Bien es verdad que en lo segundo tienen por lo menos tanto mérito como yo los compradores de estos pobres libracos.

Tampoco quiere decir esto que yo sea por demás interesado.

No pienso á este respecto como D. Agustín Iturbide pensó y lo dejó escrito en sus comunicaciones al virey, en que manifestándole que para lograr la pacificación del reino era menester valerse de todos los recursos posibles, le dice, «de los cuales los más eficaces son distribuir la moneda con prudente liberalidad, *pues por ella aventuran los hombres sus vidas y hacen esfuerzos que no practicarían por ningún otro estímulo.*»

Cuando estas palabras trajo á cuento en su conversación el fiscal Odoardo, D. Antonio Olazagóitia, que aun era joven, y por lo tanto podía exaltarse sin grave detrimento, exclamó:

—¿Quiere usted más manifiesta y evidente prueba de la ambición personal, de los interesados móviles que á Iturbide impulsan á aventurar su vida en esta empresa?

Por esto, sólo por esto, D. Agustín Iturbide se ha resuelto á entrar en arreglos y convenios con D. Vicente Guerrero.

Al proyecto que medita, importa más que nada el aprovechar el tiempo, y mucho tendría que perder para domar la energía de aquel esforzado insurgente.

Que Guerrero haya entrado en esos arreglos y convenios nada tampoco tiene de particular: por más sospechoso que Iturbide pueda parecerle, D. Vicente está tan firmemente convencido de que nada es más natural en el mundo que el que un americano desee su independencia, que no halla nada extraordinario en que D. Agustín se haya al fin y á su vez convencido de ello.

Además, qué puede importarle el medio de que para conseguir la independencia de estos reinos pueda valerse Iturbide?

En pensar así, piensa como pensaron los primeros caudillos del alzamiento insurgente: quizás están en un error, pero es un error disculpable.

Destruyamos,—dice,—y con los escombros edificaremos más tarde.

Hágase la independencia, echemos á España de aquí, que después en viéndonos solos echaremos lo que no nos convenga y no podamos asimilarlo á lo nuestro.

Muchos males traerá sin duda este sistema sobre este reino, pero convengamos en que D. Vicente Guerrero es un talento práctico: de guerra á guerra, la guerra civil es preferible á la guerra extran-

jera; no es lo mismo dividir en dos opuestos bandos una sola y única fuerza, que oponer esta fuerza á otra igual ó superior tal vez.

En lo que aquí va á suceder, todos hemos puesto nuestra porción de contingente.

Puso Iturrigaray su sórdida avaricia é imprudente ambición; puso el inexperto patriotismo de Yermo, su desacato á la autoridad: el cura Hidalgo, su patriótica temeridad, sus indisciplinados ejércitos, la necesidad de defenderse contra una guerra de ruina y desolación; Calleja, el deseo de venganza suscitado por sus crueles castigos; Morelos, la posibilidad de vencer á España y de convertir á las masas del pueblo en aguerridos y disciplinados ejércitos, capaces de estar mandados por caudillos del temple de los Galeana, los Matamoros y los Bravo: Mina, la demostración de la justicia que á un pueblo asiste para luchar contra la tiranía y defender la libertad sin parar mientes en su nacionalidad; los españoles absolutistas, su ciego odio á la libertad y el miedo á una tiranía que ante nada se detiene por tal de seguir tiranizando; los españoles liberales, su inexperiencia en las prácticas del liberalismo y su amor á las bellas teorías; el clero, su interés en no sacrificar sus prerogativas tradicionales á la necesidad de una reforma; el vulgo piadoso, su incondicional servilismo á una falsa idea de la religión, que es muy superior á lo que de ella entienden y creen; los francmasones, una peligrosa alarma; los conjurados de la Profesa, sus preocupaciones más peligrosas aun; el rey, Riego y las Córtes, la ocasión, y todos en general la más fatal de las desuniones.

De ese caos informe, Iturbide y Guerrero van á sacar la independencia; el insurgente con su grandeza de alma que le ha impulsado á abdicar en Iturbide el mando honroso que recibió de manos de Morelos, como éste lo recibió de las de Hidalgo, y el ex-realista con su astucia, su genio extraordinario, activo, enérgico y valiente, apoyado en el interés común de cuantos vemos que, si la Independencia no se hace en un breve lapso de tiempo, sobrevendrá una desastrosa anarquía en que ninguno sabremos quién sea nuestro aliado y quién nuestro enemigo.

## XXIV

Calló Olazagóitia una vez hecha su anterior peroración, y el fiscal Odoardo le contestó así:

—Muchos son los puntos tocados por usted, en que nos hallamos completamente de acuerdo, y voy á probárselo poniendo á su vista el informe que en 24 de Octubre del año pasado dirigí al ministro de Gracia y Justicia, previendo los riesgos y peligros que al presente son ya inevitables.

Olazagóitia tomó el cuaderno que le alargó el fiscal y comenzó á leerle.

No le seguiremos nosotros en aquella lectura, que podría tal vez cansarnos, y sólo tomaremos del citado informe ciertos párrafos que hacen á nuestro propósito, y que el lector no se arrepentirá de conocer, y aun así extractándolos y aligerándolos sin alterar, no obstante su sentido.

«No es la Nueva España,—dice el informe,—lo que era en Enero ó Febrero de este año (1820.)

»El espíritu público ha cambiado enteramente: las cabezas antes pacíficas se han volcanizado, y si se echa la vista sobre todas las clases del vecindario, no se advierten más que temores en unos, recelos en otros, y esperanzas en los más, de un cambio que consideran favorable y cuya naturaleza no se atreven á indicar.

»Los indultados diseminados en todas las provincias han tomado un aire arrogante, y bajo el nuevo nombre de capitulados han empezado á suspirar por los grados militares que tenían en sus campos y barrancas, y por su vida libre y vagabunda: muchos de ellos han quedado sin destino, y en consecuencia sin recursos. Los abogados y oficinistas ven en un cambio probable la perspectiva de nuevas magistraturas y cargos administrativos que lisonjean su ambición, y lo desean con impaciencia. Los militares y el clero, si hemos de creer en apariencias, no todos concurrirán á sostener al Gobierno y defenderlo de los ataques que nuevamente se preparan. Los primeros especialmente, se quejan de habérseles disminuído la paga, y del atraso en su carrera en los cuerpos de línea.

»El clero secular y regular á vista de los papeles públicos y de las reformas en cosas religiosas, temen novedades en su existencia, en sus rentas y en sus inmunidades personales. Algunos de sus individuos hicieron servicios importantes al gobierno de la época pasada, y andan resentidos del olvido en que los ha tenido la metrópoli, y otros muchos más ó menos fanáticos ó creen cuantas paparruchas inventa la maledicencia, ó temen la tendencia que va tomando el espíritu público contra unos establecimientos religiosos que ha respetado la antigüedad y han contribuído por su influjo sobre los naturales, á la conquista y pacífica conservación de estos países.

»Los europeos que se unieron para sostener al gobierno con sus personas y caudales en la época pasada, no se hallan animados en el día de los mismos sentimientos. Sea que los hombres se cansan de repetir dos veces iguales esfuerzos, ó que la templanza del gobierno haya suavizado la irritación que produjo en los ánimos la primera revolución, ó que la juventud europea esté dominada, como siempre, por la influencia del comercio de Cádiz, en el día exageradamente liberal y enemigo del antiguo gobierno, es lo cierto, que ellos temen la situación presente del reino, y sin embargo, no piensan oponerse como antes á los males que preveen.

»Iguales sentimientos respiran poco más ó menos los propietarios del país: también consideran inevitable el suceso de una próxima revolución: preveen la mengua de sus rentas, y en lugar de reunirse al Gobierno, como debieran, los vemos, por el contrario, divergentes en sus opiniones, y andar vagando de una en otra tertulia, ó en cofradías vergonzantes, para explorar los planes de independencia que en ellas se discuten, con más ó menos embozo, y ponerse bajo la protección de los varios muñidores y proyectistas, que en ellos sobresalen.

»Esta conspiración habitual contra el Gobierno, con agentes que se derraman por todas partes en busca de prosélitos, es la que ha acabado de pervertir la opinión pública. Por una parte la ansiedad en que todos viven, contribuye no poco á abultar los riesgos, dando cuerpo á sus propias fantasías y temores; por otra, el público ve envilecida la primera autoridad del reino, indefenso el Gobierno, burlado por las juntas de censura y atacado por las corporaciones municipales, todas las cuales, como nuevas, se exceden de

las facultades que les dejan sus reglamentos, y blasonan derechos soberanos, que no tienen, y las extienden á objetos extraños á sus funciones.

»Lo mismo que sucede en México, se repite en las capitales de provincia, y con mayor razón en las cabezas de partido y otros pueblos inferiores, en que es mayor la ignorancia de su vecindario y menor la representación de sus justicias. A ellos llegan los papeluchos de á pliego y medio con doctrinas sediciosas que brongean su inclinación, y como parten sin correctivo de la residencia del Gobierno, toman ocasión de esa circunstancia los tinterillos de los pueblos para alucinarles y persuadirles de que en estos proyectos están conformes las primeras autoridades del reino.

»Yo no me atreveré á indicar el tiempo de la catástrofe que muchos esperan ver realizada por momentos, pero sí diré que, siguiendo su curso natural, no saldremos del año sin algunas conmociones más ó menos generales, y éstas las veo venir ó por uno ó más caudillos indultados, que se presenten en la escena, mejor dirigidos que lo estuvieron los primeros corifeos de la revolución, *ó que el clero comience esta guerra por odio á los principios adoptados* y á la sombra del R. Obispo de la Puebla, que tiene gran influencia en su diócesis, ó finalmente, que se revolucione el vireinato con apoyo de los Estados-Unidos, si no se les ceden las Floridas que invadieron en tiempo de paz y solicitan conservar con manifiesta violación del derecho de gentes.

»Todas estas hipótesis son posibles, atendido el corazón humano, el estado interior del reino y las pretensiones exorbitantes que han desplegado esos peligrosos republicanos, desde que por la cesión de la Nueva Orleans y su introducción en el seno mejicano, han querido internarse en el corazón del reino, en busca de mejores climas, tierras y riquezas minerales, abusando de la buena fe de la cesión y del olvido en que incidió el príncipe de la Paz, de no haber señalado límites precisos á la provincia de la Luisiana, con independencia de las Floridas, que recobramos de la Inglaterra en la gloriosa guerra del año de ochenta.»

## XXV

Después de leído lo anterior, mis lectores convendrán sin duda en que quienes niegan á Iturbide parte de la gloria que sus admiradores le conceden, no dejan de tener fundamento para ello.

No es en verdad lo mismo alzarse como se alzaron los insurgentes contra un gobierno fuerte, poderoso, auxiliado eficazmente por todas las clases pudientes, que rebelarse, como Iturbide se rebeló, contra un gobierno en el triste estado de debilidad y decadencia que tan enérgicamente nos pinta el fiscal Odoardo, en los párrafos que he tomado de su informe al ministerio de Gracia y Justicia.

No es lo mismo tener como los insurgentes tuvieron en su contra al clero nacional, que tenerle tan de su parte como Iturbide le tuvo, bien es verdad que en su enemistad contra aquellos y en su favor á éste, fué en extremo consecuente, pues en una y otra ocasión obró por odio á la libertad y por interés personal y egoista.

*El clero comenzará esta guerra por odio á los principios adoptados*, predijo el fiscal Odoardo, y así fué, como él lo predijo, en la inteligencia de que el buen fiscal no se perdía por su liberalismo, pues en su mismo informe propuso como remedio á la situación, que se suspendiese la observancia de los preceptos constitucionales y se revistiese al virey de un poder absoluto.

Sería mucho exigir de los liberales, pedirles que deificaran al campeón de las ideas clericales, que ellos han combatido siempre.

Esto no quita á Iturbide el mérito de haber consumado la independencia.

El hizo lo que difícilmente habría podido hacer otro hombre que hubiese carecido de sus excepcionales condiciones.

Supo elegir el momento, y una vez elegido, ante nada se detuvo para no dejar huir la ocasión.

Pero los medios de que se valió para ello ¿constituyen un mérito que pueda envanecer á una nación?

Sin duda que no.

Un historiador, al cual, con más pasión que justicia, guarda el partido liberal despreciativo rencor, dice de Iturbide:

«Por tales medios, empleados con mucha habilidad, pero que el *honor y la buena fe reprueban*,... Iturbide... abusando de la confianza del virey, burlándose de su credulidad y empleando contra el Gobierno las tropas y recursos que el mismo Gobierno había puesto sin detenerse á su disposición... (1)» contaba con mayores fuerzas y elementos que el virey.

Otro historiador, *en un todo* opuesto al citado en las anteriores líneas, dice sobre el mismo asunto :

«Confieso que me alegro de ver convenido á Guerrero con Iturbide, para hacer la independencia de mi patria; pero hablando con la sinceridad de mi corazón, siento desagrado por otra parte al ver engañado á un hombre de bien *(el virey Apodaca)*, y á quien se le gana el juego con sus propios peones. Estoy mal avenido con todo lo que huele *á dolo y falsía* (2).

Si atendemos á lo que uno y otro historiador dicen, la independencia que nos dió D. Agustín Iturbide se la debemos al dolo y á la falsía y á medios que el honor y la buena fe reprueban.

Y como no es posible que amando á nuestra patria aceptemos conclusión semejante, volvamos atrás la vista y busquemos en la célebre noche del 15 al 16 de Setiembre, el primer albor de la aurora de nuestra libertad.

En ella hubo desorden, confusión, horribles matanzas, despojos sin cuento, pero ni sus jefes eran expertos y aguerridos militares, ni sus ejércitos pasaron de ser masas informes, sin instrucción, sin armas, sin más elementos que el número y la cantidad.

Y no obstante esta falta de elementos, un sólo pelotón de individuos que Iturbide no hubiese considerado útiles ni para guiar las mulas de sus bagajes, tuvo la suficiente osadía para lanzar el guante al poder colonial, firme, acreditado, rebosando elementos, retándole abierta y descaradamente con su sangriento grito de *¡abajo el mal gobierno* y *mueran los gachupines!*

Pero pasado el primer momento de imponente explosión, el insigne D. José María Morelos, con sus dignos Galeana, Matamoros

(1) D. Lucas Alaman.

(2) D. Carlos María de Bustamante.

y Bravo, borró los malos efectos de la primera impresión, haciendo lo que nadie sino él podía hacer: convertir en genio de la guerra á un pobre cura de aldea, convencer á un pueblo de que la libertad todo lo engrandece, y dejar, en fin, sembrada la semilla del amor á la independencia, semilla que al brotar á flor de tierra, introdujo sus raíces en las junturas de las piedras del secular edificio de la dominación española, desuniéndolas y disgregándolas al extremo en que hubo de encontrarlas Iturbide, al cual bastó empujarlas con la punta de su espada para verlas caer á sus piés, que en ellas habían tenido su primer pedestal, en que la administración colonial le admiró como ferviente realista.

El fiscal Odoardo nos ha dicho que poco antes de que Iturbide se lanzase á acometer su afortunada empresa, el espíritu público estaba volcanizado; arrogantes los indultados; los militares y el clero y los españoles europeos, decididos á no continuar prestando su apoyo al Gobierno; á toda la sociedad discutiendo casi sin embozo diversos planes de independencia; dispuesto el clero á comenzar la guerra por odio á la libertad; los Estados-Unidos preparados á cooperar al levantamiento general del país, y descontento y obstinado en dimitir el virey.

¿Acaso se encontraba el país en desorganización tan estupenda en las épocas memorables de Hidalgo y de Morelos?

Si tal lo hubiese encontrado D. José María Morelos, seguros estamos de que él hubiera hecho la independencia, sin que pudiera acusársele de dolo y falsía, ni de haber empleado medios que el honor y la buena fe reprueban.

## XXVI

No creo necesario decir que D. Antonio Olazagóitia estuvo enteramente conforme con el parecer del fiscal Odoardo, que ya mis lectores conocen.

Pero es el caso que mientras me extendí en las pasadas consideraciones, perdimos una parte de la conversación por nuestros amigos mantenida, y de ella sólo pudimos alcanzar lo siguiente, que dicho fué por el fiscal :

—¿Pero está usted seguro de que esa entrevista tuvo efecto?

A lo que Olazagóitia contestó:

—Así me lo han asegurado personas que me merecen crédito.

Según ellas me han referido, la entrevista se verificó en el pueblo de Acatempam.

Dícese que ambos jefes se acercaron el uno al otro con visible desconfianza, justificada en Guerrero hasta cierto punto, pues imposible debió en efecto parecerle que tan decidido y temible ene-



Iturbide y Guerrero se adelantaron...

migo de los insurgentes, viniese á defender una causa que por más variantes y reformas que se le hayan hecho, viene al fin y al cabo á ser la misma con poca diferencia.

Las escoltas de uno y otro jefe, se encontraban á tiro de cañón una de otra.

Iturbide y Guerrero se adelantaron á la vez, y al encontrarse, el primero dijo al segundo:

—«No puedo explicar la satisfacción que experimento al encontrarme con un patriota que ha sostenido la noble causa de la independencia, y ha sobrevivido él solo á tantos desastres, manteniendo vivo el fuego sagrado de la libertad. Recibid este justo homenaje á vuestro valor y á vuestras virtudes.»

A lo que Guerrero profundamente conmovido contestó:

—«Yo, señor, felicito á mi patria porque recobra en este día un hijo cuyo valor y conocimientos le han sido tan funestos.»

—¿Eso dijo?—preguntó Odoardo con maliciosa sonrisa.

—No le parece á usted muy galante el cumplimiento, ¿no es cierto?

—Así es la verdad.

—*Pues como me lo contaron te lo cuento*, que dijo no sé quién.

—El hecho es que Iturbide y Guerrero se han unido.

—En eso sí no cabe duda, y la iniciativa partió de Iturbide, quien el 10 de Enero le escribió una carta invitándole á dejar su actitud hostil y ponerse á disposición del Gobierno, en la inteligencia de que todo habrá de cambiar con la llegada á España de los diputados de estas provincias, cuyos derechos harán valer ante las Córtes: añadía que si así no sucediese y España llega á desatender las justas quejas de los americanos, él será el primero en defenderlos con su espada y con el sacrificio de su vida, si necesario fuese.

La contestación de Guerrero, fechada á 20 de Enero en Rincón de Santo Domingo fué tan enérgica, clara y terminante como era de esperarse de un hombre que, como él, se ha negado siempre á toda propuesta de sumisión.

Comienza haciendo una exposición de los agravios en que siempre han fundado los insurgentes su rebelión contra el poder colonial, y á renglón seguido le invita á su vez á quitarse la careta y á cambiar de bandera y de conducta y pronunciarse por la más justa de las causas.

Correspondiendo al ofrecimiento de Iturbide de hacerle jefe de sus mismas tropas una vez sometido al Gobierno, Guerrero le dice que tan poca es su ambición de mando, que si se decide por los verdaderos intereses de la nación, á sus órdenes se pondrá, y bajo ellas le servirá como subalterno.

Dícele que no fíe en cuanto hacer puedan los diputados á las Córtes, máxime cuando los americanos no tienen por qué pedir por favor lo que se les debe de justicia.

Rechaza el perdón, manifiesta que no debe esperarse de España bien alguno, dícele que su divisa es *Libertad*, *Independencia* ó *Muerte*, y que si él no está decidido á aceptarla como suya, no vuelva á escribirle, porque no le contestará ni una palabra.

Como último consejo, le invita á seguir el ejemplo del coronel español D. Antonio Quiroga, que secundó en Cádiz el pronuncia-

miento de D. Rafael del Riego, decidiendo á las tropas reales á proclamar la Constitución, prometiéndole, si tal hace, ser su más fiel amigo y servidor.

Con la lectura de esta carta se convenció Iturbide de que el general insurgente á nada se prestaría mientras él quisiese hacer gala de una diplomacia que Guerrero no entiende; mas no queriendo fiar sus planes á un papel, le contestó que D. Agustín Mier y Villagómez le daría algunos informes acerca de sus ideas al entregarle su respuesta, cuyo principal fin era el de invitarle á tener en Chilpancingo una conferencia en que harían más, sin duda, que en muchas cartas.

En la suya le dice: «no dudo en dar á usted el título de estimado amigo, porque la firmeza y el valor, son las cualidades primeras que constituyen el carácter del hombre de bien y me lisonjeo de dar á usted un abrazo que confirme mi expresión.»

En tal estado las cosas, Guerrero nombró su apoderado á D. José Figueroa, de quien dicen ser el autor de la carta que el jefe insurgente dirigió á Iturbide, y éste se hizo representar por D. Agustín Mier y Villagómez.

Ambos apoderados convinieron en la adhesión de Guerrero al plan de Iturbide, y en que el fin de este plan será la proclamación de la Independencia.

Ahora bien, ¿qué es lo que Iturbide ha dicho al virey acerca de la sumisión de Guerrero?

—Que á consecuencia de los pasos que había dado, se ha puesto á sus órdenes, y por consiguiente á las del virey, el general Guerrero con 1,200 hombres armados, incluyendo las partidas de Alvarez y otras pequeñas, bajo la condición de que no se les tenga por indultados, y obligándose á practicar las más activas diligencias, para que en iguales términos se presenten las de Asensio, Montes de Oca, Guzmán y cuantas andan desde el Mescala hasta Colima, todas las cuales reconocen á Guerrero como jefe superior.

Apodaca le ha contestado dándole á nombre del rey las gracias por tan señalado servicio, pues nada ha deseado tanto, desde que tomó á su cargo el gobierno de este reino, como el restablecimiento de la paz general.

Apodaca no ha dudado ni un solo instante del honor y buena fe del hombre que tan inicuamente le ha vendido.

## XXVII

Tras de una muy buena pausa Olazagóitia continuó la interrumpida conversación, exclamando:

—De modo es, que nada ha dicho usted al virey del contenido de mis cartas.

—No amigo mío, no las conoce, me faltó valor para apesadumbrar á este excelente hombre, más de lo que está.

—Pero su silencio de usted, permítame que se lo diga, puede haber contribuído al triunfo de nuestros enemigos.

—No lo crea usted, Olazagóitia; el enojo del virey no hubiera hecho mas que precipitar la catástrofe, y usted lo comprenderá así en cuanto Apodaca salga del error en que está respecto á Iturbide. El virey es un hombre honrado y leal, y quizá por lo mismo que lo es, cuenta con muy pocos amigos: en nuestra época de pícaros, bribones y traidores, los hombres honrados son vistos con desdén y considerados buenos para nada.

Aparte de esto, amigo mío, la revolución es inevitable y, según yo lo tenía previsto, el clero es quien la mueve, no con tan secretos resortes que pueda hacerlos pasar inapercibidos para quienes seguimos con interés el hilo de sus maquinaciones.

Ya vió usted en mi informe al ministerio de Gracia y Justicia, que así lo declaré con toda franqueza y aun indiqué que la jefatura de esa funesta campaña, la tiene á su cargo el obispo de Puebla, D. Antonio Joaquín Pérez, quien, despues de haber sido como fué, uno de los quince diputados que redactaron la Constitución española del año doce, que en tales conflictos nos ha puesto, suscribió más tarde la famosa representación llamada de los *Persas*, censurando acremente su misma obra.

Las últimas Córtes de España, convocadas á consecuencia del pronunciamiento liberal iniciado por Riego, condenaron por su decreto de 26 de Octubre del año último, condenaron, repito, á los sesenta y nueve diputados firmantes de la representación, á quedar excluídos del derecho activo y pasivo de elección, á la privación de empleos, honores y condecoraciones, y, con respecto á los eclesiásticos, á la ocupación de sus temporalidades.

Desde que esta determinación de las Córtes se supo en México, se han observado en Puebla síntomas de inquietud, por hallarse comprendido en esas disposiciones el obispo Pérez.

Sabemos que se tienen juntas clandestinas, cuya alma es el provisor de la mitra; el obispo está resuelto á resistirse, á someterse á la pena decretada, en caso de que se pretenda llevarla á efecto el cabildo eclesiástico; los párrocos, el clero todo, los prelados de las órdenes religiosas y aun las monjas, han ocurrido al virey, pidiendo se suspenda la ejecución de lo mandado, en atención á los méritos y virtudes del obispo.

Así lo ha comunicado Apodaca al ministerio de Madrid, desde el 21 de Enero pasado, consultándole lo que debe hacer para evitar los disturbios que se temen, y mientras tanto ha tenido que humillar su autoridad, al extremo de dirigirse al mismo obispo, recomendándole se esfuerce en conservar la tranquilidad entre las inquietas ovejas de su rebelde rebaño.

Hay más aun; publicada en México el 23 de Enero la ley de extinción de jesuitas, decretada por las Córtes, tales noticias se dieron al virey, de que el vulgo fanático estaba dispuesto á oponerse á la reforma, que se hizo indispensable para darle cumplimiento que el intendente D. Ramón Gutiérrez del Mazo, se hiciese acompañar por dos compañías del regimiento de Ordenes Militares, que mantuvo sobre las armas mientras tomó posesión del Colegio de San Ildefonso y del de San Pedro y San Pablo.

En Puebla, núcleo principal de las maquinaciones del Obispo, ha sido necesario que los jesuitas saliesen de noche de la ciudad, para evitar un conflicto, pues el pueblo estuvo dispuesto á impedirlo.

El descontento y la excitación del vulgo piadoso ha subido de punto á consecuencia del desagrado con que ha visto salir de sus conventos, en virtud de la misma ley, á los religiosos betlemitas, hipólitos y juanistas, encargados del servicio de las órdenes hospitalarias, cuyos bienes han sido aplicados á la hacienda pública.

De esa ciudad de la Puebla, cuyo exagerado clericalismo habrá de proporcionarnos más de un disgusto, ha salido, yo también tengo mis noticias que dar á usted, ha salido, repito, la imprenta de que se prepara Iturbide á hacer uso.

Mis agentes me han dicho que el conocido sevillano, jugador de profesión, Miguel Cavaleri, subdelegado de Cuernavaca, después

de haber procurado infructuosamente hacerse en México de una imprenta que le tenía encargada Iturbide, despachó á Puebla al capitán Magán con orden de comprarla allí á cualquier precio.

—¿Y lo consiguió?

—Sí, lo consiguió, debido á la mediación de D. Ignacio Alconedo, quien le relacionó con el Padre D. Joaquín Furlong, prepósito de la congregación de San Felipe Neri, y dueño de una pequeña imprenta, en la que, ayudados del impresor D. Mariano Monroy, al cual pusieron en el secreto, imprimieron ese plan de que usted me hablaba no hace mucho.

—¿No tiene usted, algún ejemplar?

—Ninguno. Como siempre sucede en casos semejantes, mis agentes averiguaron lo que acabo de contar á usted, cuando ya no era posible impedirlo: varios días después de haber salido de Puebla Monroy y Magán, con los ejemplares impresos, despachó Furlong la prensa y letra compradas por el segundo de aquéllos.

—¿De modo que ya nada les queda por hacer para dar el paso que han meditado?

—Nada absolutamente, pues hasta el dinero tienen ya.

—¿El de los manilos?

—Sí, D. Juan Antonio Olazagóitia,—contestó Odoardo,—el de los *manilos*, que, españoles casi en su totalidad, no han tenido inconveniente en facilitar á Iturbide arma tan poderosa como la de esa suma de dinero, que asciende á quinientos veinticinco mil pesos, suma que el virey no podría obtener semejante, y que decidirá la ruina de nuestro dominio en América.

—¿Pero le consta á usted que ya esté en su poder?

—Sí, me consta; de ello me ha dado noticia uno de los soldados de la escolta, al cual pagaron una onza de gratificación, como á todos y cada uno de sus compañeros.

—¿Dónde se verificó el despojo?

—¿Por qué dice usted despojo si voluntariamente han entregado los manilos ese dinero?

Diga usted mejor esa traición: sí, traición, esa es la palabra.

Pero ¡ay de los españoles que tal han hecho!

Con lágrimas de sangre habrán de llorarlo.

Viles, sí, más viles que Judas y D. Oppas, han pagado su dinero por ser traidores.

La nación que de estos manejos resulte, nada querrá agradecerles, les negará el servicio que la han hecho y con nuestro gran poeta les dirán algún día, *el traidor no es menester, siendo la traición pasada.*

No hemos de necesitar vivir mucho para ver el castigo de los traidores que en Iguala han puesto en manos de Iturbide los quinientos veinticinco mil pesos de la conducta de los *manilos.*

## XXVIII

La catástrote del dominio español en las Américas, asunto de este libro, se nos ha venido encima, ni más ni menos que vínosele al virey, y henos tocando á las últimas páginas sin que en ellas quede espacio suficiente para tanto como aun tenemos que decir.

No me arrepiento.

Era necesario dar todos los detalles que preceden.

Sin ellos, mis lectores no se hubieran dado buena cuenta de cómo pasaron las cosas.

El libro siguiente contendrá el final de aquella colosal intriga en que la astucia hizo el papel de espada de Alejandro.

Allí sabremos también qué fué lo que D. Juan Antonio de Olazagóitia hizo en defensa de la pobre Luisa, víctima del insustancial Marianito, de la imperiosa y soberbia Clarita y del mezquino Padre Bernardo.

Por hoy sólo diremos, reservando para más adelante los pormenores, que el viernes 2 de Marzo de 1821, á las nueve de la mañana y en la buena ciudad de Iguala, D. Agustín Iturbide y todos sus jefes y oficiales juraron el famoso plan, según la siguiente fórmula:

«¿Juráis á Dios y prometéis bajo la cruz de vuestra espada, observar la religión católica, apostólica y romana?

»¿Juráis hacer la independencia de este imperio, guardando para ello la paz y unión de europeos y americanos?

»¿Juráis la obediencia al Sr. D. Fernando VII si adopta y jura la Constitución que haya de hacerse por las Córtes de esta América septentrional?



«Juro no abandonaros en la empresa...

»Si así lo hiciereis, el Señor Dios de los ejércitos y de la paz os ayude, y si no os lo demande.»

A las cuatro y media de la tarde del mismo día, los cuerpos del ejército hicieron ante Iturbide el mismo juramento en la plaza de Iguala, siendo el teniente coronel español D. Francisco Manuel Hidalgo, quien hizo las preguntas de la fórmula.

Contestadas por aclamación, D. Agustín Iturbide se puso al frente de sus tropas dirigiéndoles las siguientes palabras:

«Soldados, habéis jurado observar la religión católica, apostólica, romana; hacer la independencia de esta América; proteger la unión de españoles europeos y americanos y prestaros obedientes al rey, bajo condiciones justas.

»Vuestro sagrado empeño será celebrado por las naciones ilustradas; vuestros servicios serán reconocidos por nuestros conciudadanos, y vuestros nombres colocados en el templo de la inmortalidad.

»Ayer no he querido admitir la divisa de teniente general y hoy renuncio á ésta.»

Y esto diciendo, arrancó de su manga los tres galones, distintivo de los coroneles españoles, y los arrojó al suelo, y concluyó diciendo:

«La clase de compañero vuestro llena todos los vacíos de mi ambición.

»Vuestra disciplina y vuestro valor me inspiran el más noble orgullo.

»Juro no abandonaros en la empresa que hemos abrazado, y mi sangre, si necesario fuere, sellará mi eterna fidelidad.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Así concluyó el primer acto del drama que desenlazó el negro crimen de Padilla, y cuyo título fué, LAS TRES GARANTÍAS.



# XVII

# LA INDEPENDENCIA

Memorias de un Criollo

1821



Marcos llamó á Carlos... (pág. 1810)

## ¡VIVA LA INDEPENDENCIA!

### I



El mismo día jueves 1.º de Marzo de 1821, en que en Madrid se instalaban las Córtes prescritas por la famosa Constitución del año doce, que dió al clero y á los absolutistas de la Nueva España pretexto para alzarse contra la antigua, por odio á las libertades y reformas en ella proclamadas, reunió Iturbide en su alojamiento de Iguala á la oficialidad de las tropas con que contaba para la ejecución de su plan.

Sin más preámbulos que los muy estrictamente necesarios, les expuso desde luego, que la independencia de la Nueva España, estaba en el orden inalterable de los acontecimientos, conspirando á ella la opinión y los deseos de las provincias.

Fundó la urgente necesidad del paso que á dar se preparaba, en la utilidad práctica que para el país tendría encauzar é imprimir

una conveniente dirección á las ideas revolucionarias, que por donde quiera surgían exaltando todas las cabezas, si bien cada una pensaba á su modo y con los más varios y diversos fines.

De no acudir con el pronto remedio, las consecuencias de la demora serían el más brutal desorden y la más profunda anarquía, y del uno y la otra el recrudecimiento de una guerra que ensangrentase de nuevo los campos por la Providencia destinados á vivir siempre cubiertos con el primaveral verdor.

La humanidad imponía á todo ciudadano el deber de evitar tanto desastre, y dispuesto él á cumplirle por su parte, manifestó que otro tanto esperaba hiciesen por la suya los dignos compañeros de armas á quienes dirigía la palabra.

«Los deberes—añadió—que á la vez me imponen la religión que profeso y la sociedad á que pertenezco: estos sagrados deberes, sostenidos en la tal cual reputación militar que me han conciliado mis pequeños servicios, en la adhesión del valeroso ejército que tengo el honor de mandar, y para no hacer mérito de otros apoyos, en el robusto que me franquea el general Guerrero, decidido á cooperar á mis patrióticas intenciones, me han determinado irremisiblemente á promover el plan que llevo manifestado. Esto es hecho, señores, y no habrá consideración que me obligue á retroceder.

»El Excmo. Sr. Virey, está ya enterado de mi empresa: lo están muchas autoridades eclesiásticas y políticas de diferentes provincias, y por momentos espero el resultado.

»Entre tanto, he convocado esta junta para que ustedes se sirvan exponer su sentir con la franqueza que caracteriza á unos oficiales de honor:

»Libre es para obrar cada uno según su propia conciencia: el que desechare mi plan, contará desde luego con los auxilios necesarios para trasladarse al punto que fuere de su agrado, y el que guste seguirme, halla siempre en mí un patriota que no reconoce más interés que el de la causa pública y un soldado que trabajará constantemente por la gloria de sus compañeros.»

Claro se deja entender, que pues tales planes les proponía, de antemano contaba con la mayor parte de los oficiales allí reunidos, en cuyo caso, los que por primera vez se enterasen de ello, no tendrían más recurso que ceder al influjo de la mayoría.

Así sucedió, y el entusiasmo de los congregados llegó á su colmo, cuando se enteraron, tanto del plan de independencia, como de las comunicaciones que Iturbide había dirigido al virey, notificándole su determinación, á cuyos documentos dió lectura D. José María de la Portilla, capitán del regimiento de Tres Villas.

Tradújose aquel entusiasmo en vivas á la religión, que siempre iba por delante, á la independencia, á la unión de europeos y americanos, y como era natural, á D. Agustín Iturbide, á quien quisieron nombrar teniente general, siguiendo en ello el uso de toda especie de revolucionarios, que tienen como de cajón, por necesidad imprescindible, saltar desde luego á los más elevados grados militares.

Iturbide, también es natural y de uso, desplegó todos los pabellones de su modestia y rehusó el honor que quería hacérsele, con las siguientes razones que muy semejantes han empleado, emplean y continuarán empleando todos los jefes de revolución:

«Mi edad madura, mi despreocupación y la naturaleza misma de la causa que defendemos, están en contradicción con el espíritu de personal engrandecimiento.

»Si yo accediese á esta pretensión, hija del favor y de la merced que esta respetable junta me dispensa, ¿qué dirían nuestros enemigos? ¿qué dirían nuestros amigos? ¿y qué, en fin la posteridad?

»Lejos de mí cualquiera idea, cualquier sentimiento que no se limite á conservar la religión adorable que profesamos en el bautismo, y á procurar la independencia del país en que nacimos.

»Esta es toda mi ambición y esta la única recompensa á que me es lícito aspirar.»

Inútil parece decir que tanto heroismo y desinterés, entusiasmó más y más á sus partidarios, dando origen á la lucha, ordinaria y comunísima en ese y en todos los casos semejantes, de «acepte usted,» «¡nunca!» «el interés de nuestro plan lo exige, la patria se lo ordena á usted por nuestros labios,» y así por el estilo.

Llegados á este punto, los hombres combaten y se sacrifican por el bien del país, y al fin aceptan sólo por no parecer orgullosos y desagradecidos.

Iturbide también sucumbió, aunque dando á la cuestión un corte que él y los suyos encontraron salvador y magnífico, y el corte fué el de tomar en vez del título de teniente general, el de

*primer jefe del ejército*, cuya significación, vista de un modo imparcial, era muy superior á aquélla, pues de esperarse era que á los primeros disparos hubiese gran promoción de generales, mientras que era imposible que pudiera haber más de un *primer jefe*, pues la abundancia de *primeros*, sólo suele verse entre gentes de teatro, entre las cuales, todo el mundo es *Santísima Trinidad*.

Aceptado el corte propuesto, tanto más oportuno cuanto que, como hemos visto, Iturbide daba á D. Vicente Guerrero el título de general que podría ponerle á su nivel, lo que no sucedería usando el de *primer jefe*, se procedió á levantar el acta oportuna, muy oportuna, puesto que el hecho de suscribirla obligaba á mantenerla á los allí presentes.

Con tal expediente firmaron el acta los siguientes militares españoles: D. Rafael Ramiro, comandante del regimiento de Tres Villas; D. Agustín Bustillos, teniente coronel; D. Martín Almela, comandante del de Murcia; D. Francisco Manuel Hidalgo, teniente coronel también de Murcia; D. José Antonio de Echávarri, capitán de Fieles de Potosí y otros muchos de menor graduación.

Por acuerdo de la Junta, á las nueve de la mañana del día siguiente, el padre Antonio Cárdenas, capellán del ejército, previa la lectura del evangelio de la fecha, tomó juramento de defender el plan de independencia á D. Agustín Iturbide y á todos los jefes y oficiales, según la fórmula que dí á conocer al fin del tomo que á este precede.

Siguió á este acto, y como era de rigor, su correspondiente *Te-Deum*, misa de gracias, descargas, desfile, refrescos, vivas y repiques.

En la tarde del mismo día, á las cuatro y media, juraron el plan todos los cuerpos del ejército que se hallaban en Iguala, según también queda dicho en el tomo antes citado.

A los soldados se les dió en nombre del *primer jefe* una gratificación en dinero y una ración de aguardiente, con cuyos *ingredientes*, el entusiasmo se hizo maravillosamente extraordinario.

La banda del regimiento de Celaya ejecutó dos marchas que para el caso tenía ensayadas y estaban compuestas en honor de su antiguo coronel D. Agustín de Iturbide y en celebración de la unión de europeos y americanos, según rezaban las respectivas estrofas, pues para una y otra improvisaron las respectivas letras los poetas trigarantes.

Todo fué aplausos y vivas, en casas y cuarteles, plazas y calles, sin que el más leve incidente desagradable turbase durante aquellas gozosas horas el nacimiento de una revolución que tan alegremente se inscribió en el catálogo de los grandes sucesos políticos de la América.

## II

En cuanto al virey no le cupo duda de que Iturbide había dado el primer paso en la senda de nuevos trastornos á que habíase lanzado; antes que una imprudente reserva pudiese aumentar la alarma del público, él mismo se apresuró á dar noticia del suceso por medio de una proclama fechada el 3 de Marzo.

En ella exhortaba á los americanos á mantenerse fieles al rey y á las leyes, y á no prestar atención alguna á los papeles que les fueren enviados por el jefe rebelde y el militar sin conciencia que, alzándose contra la Constitución faltaba así al juramento que de guardarla y hacerla guardar había prestado pocos meses antes.

La primera noticia del plan de Iguala que tuvo el virey se la dió el arzobispo de México, quien pasó en persona á ver á Apodaca y mostrarle los documentos que le envió Iturbide.

Este, calculando que si el virey era el primero en recibir sus cartas y papeles, impediría la circulación de los restantes, recomendó al doctor Mier y al padre Piedras á quienes las confió, que no entregasen las dirigidas al virey hasta después de haber entregado las destinadas á varios sujetos principales y corporaciones de la capital.

Hiciéronlo así los comisionados, y cuando el padre Piedras presentó las suyas al virey, Apodaca le manifestó que no las abriría y dirigió á Iturbide las siguientes líneas:

«El padre Piedras se me ha presentado hoy á la una con un pliego de V. S., cuyo sobrescrito tiene la advertencia de *particular*.

»Por aquélla y por haberme impuesto el referido padre, de su contenido, no puedo abrirla ni la abro, manifestando á V. S., en este solo hecho cuanto cabe sobre su anticonstitucional proyecto de independencia.

»Espero, pues, que V. S. lo separe inmediatamente de sí, y la prueba de esto será seguir en su fidelidad al rey y en observar la Constitución que hemos jurado, y continuar la conducción del convoy á su destino de Acapulco, para seguir las operaciones militares que le tengo ordenadas, dirigidas á la total pacificación de ese territorio.»

El pliego dirigido al virey contenía además de un ejemplar del plan una comunicación con carácter oficial y una carta particular.

En ellas daba por primer motivo de su alzamiento *la necesidad de conservar nuestra sagrada religión amagada por conocidos enemigos*, es decir por los liberales, y fundaba la utilidad de la independencia, en la sobra de elementos de que disponía el país para constituirse por sí mismo, y en el peligro que pudieran acarrearle los síntomas de descontento que por donde quiera se percibían, si llevándolos á vías de hecho se renovaba la revolución que tuvo principio la noche del 15 al 16 de Setiembre *entre las sombras del horror*, *con un sistema cruel*, *bárbaro*, *sanguinario*, *grosero é injusto*.

Invitábale á unirse á su plan y á contribuir á su éxito con razones de peso como la de no quedarle otro arbitrio, «pues siendo la opinión general en favor de la independencia no podrá contar V. E. con fuerzas algunas para impedirla, porque la tropa del país opina del mismo modo y de la europea no habrá un solo cuerpo completo que se oponga, siendo público cómo piensan esos militares, entre los cuales reinan las ideas filantrópicas, de ilustración y liberalidad esparcidas en la península... *Yo no soy ni europeo ni americano:* soy cristiano, soy hombre, soy partidario de la razón... Yo no he creído ni creerá V. E. sin duda, que nuestro amado y desgraciado rey haya adoptado voluntariamente un sistema que no sólo es contrario á las prerogativas que siempre fueron anexas á la corona que heredó de sus augustos predecesores, sino que destruye los sentimientos piadosos de que sobreabunda su corazón, y de que tan constantes, repetidas é innumerables pruebas nos tiene dadas. ¿No se persuade V. E. de que si México lo llamase para que reinara pacíficamente, *dejando al clero secular y regular en el goce de sus fueros* por una Constitución moderada, *y al mismo tiempo le dejase en el goce de muchas preeminencias justas y razonables de que ha sido despojado*, vendría volando á disfrutar en

tranquilidad de su cetro, á ser feliz y á hacer la felicidad de Anáhuac?... Tiene además V. E. partidarios muy conocidos y bastante fuertes para destruirse, si una mano diestra no sabe atraerlos á un punto y hacer uno los intereses de todos. Por una parte, entre los europeos hay hombres sin educación y de ideas bajas, que no se contentarían sino con ver derramar la sangre de todos cuantos han nacido en este país; hay hijos de él, por desgracia, que con ideas igualmente bárbaras, derramarían, si estuviese en su mano, en un solo día, la sangre de todos los europeos; los primeros y los segundos sin otro móvil ni otro fin que el de satisfacer su odio funesto. Hay un partido liberal frenético, que aspira y sólo estaría contento con el libre goce de la licencia más desenfrenada; otro de liberales que con ideas justas aspiran á la moderación; otro de católicos pusilánimes que se asustan de los fantasmas que existen sólo en su idea; otro de hipócritas supersticiosos, que fingiendo temer todo mal, buscan simuladamente su provecho propio. Hay otros ciegos partidarios de la democracia; otros á quienes acomoda la monarquía moderada constitucional, y no falta quien crea preferente á todo, la absoluta soberanía de un Moctezuma. Y en tan encontradas ideas, en sistema tan vario ¿cuál sería el resultado de un rompimiento tumultuoso? Ya lo he dicho antes; la sangre, la desolación.»

Pero donde más confirmó Iturbide cuánto era su interés en dar á su rebelión por fundamento el principio religioso y contrario á la libertad, fué en su carta al Obispo de Guadalajara; en ella le dijo:

Por mis cuatro costados *soy navarro y vizcaino y no puedo prescindir de aquellas ideas rancias de mis abuelos*, que se transmitieron en la educación de mis venerados y amadísimos padres. No creo que hay más que una religión verdadera, que es la que profeso, y entiendo que es más delicada que un espejo á quien el hálito sólo empaña y oscurece. Creo igualmente que esta religión sacrosanta se halla atacada en mil maneras y sería destruída si no hubiese espíritus de alguna fortaleza que á cara descubierta y sin rodeos salieran á su protección, y como creo también que es obligación anexa al bien católico este vigor de espíritu y decisión, me tiene ya V. E. I. en campaña. Estoy decidido á morir ó vencer, y como no es de los hombres de quienes espero ó deseo recompensa,

me hallo animado de un vigor, que los elefantes que puedan oponérseme, si es que los hay, los considero todavía más pequeños que un arador. En dos palabras, ó se ha de mantener la religión en Nueva España pura y sin mezcla, ó Iturbide no ha de existir. ¡Qué aliento no ha de tener, mi respetable amigo, el hombre que entra en un negocio cuya ganancia es indubitable! En este caso me hallo: ó logro mi intento de sostener la religión y de ser un mediador afortunado entre europeos y americanos, y vice-versa, ó perezco en la demanda ; si lo primero, me contemplaré feliz; si lo segundo... V. E. I. dirá.»

Mucho se ha elogiado á Iturbide por la redacción de estas y la multitud de cartas que dirigió á toda clase de individuos, tratando de conquistarlos con el recurso de hablarles según las ideas y opiniones de cada cual, sin decir de un modo claro, preciso y uniforme su modo de pensar.

No le faltaban, en efecto, astucia y diplomacia.

Pero si su plan triunfó se debió más que á otra cosa á la profunda é ilimitada desorganización y aun podría decir desmoralización política y social de la Nueva España en aquellos días.

Tanto en el tomo anterior como en lo que de éste va, he procurado hacerlo patente, empleando de preferencia á los míos, ajenos testimonios y muy especialmente los que el mismo Iturbide nos ha legado en sus escritos.

En su manifiesto á la nación, dijo lo siguiente, que pinta con vivos y exactos colores, el estado que el país guardaba:

«En tal estado, la más bella y rica parte de la América, iba á ser despedazada por facciones. Por todas partes se hacían juntas clandestinas, en que se trataba del sistema de gobierno que debía adoptarse, entre los europeos y sus adictos, unos trabajaban por consolidar la Constitución, que mal obedecida y truncada era el preludio de su poca duración; otros pensaban en reformarla... y otros suspiraban por el gobierno absoluto, apoyo de sus empleos y de sus fortunas, que ejercían con despotismo y adquirían con monopolio. Las clases privilegiadas y los poderosos, fomentaban estos partidos, decidiéndose á uno ú otro, según su ilustración y los progresos de engrandecimiento que su imaginación les presentaba.

»Los americanos deseaban la independencia, pero no estaban acordes en el modo de hacerla, ni en el gobierno que debía adop-

tarse; en cuanto á lo primero, muchos opinaban que debían ser exterminados los europeos y confiscados sus bienes; los menos sanguinarios se contentaban con arrojarlos del país, dejando así huérfanas un millón de familias, y otros más moderados los echaban de todos los empleos, reduciéndolos al estado en que ellos habían tenido por tres siglos á los naturales. En cuanto á lo segundo, monarquía absoluta, moderada, con la Constitución española, con otra Constitución, república federal, central, etc. ; cada sistema tenía sus partidarios, que llenos de entusiasmo se afanaban por establecerlo.»

La anarquía veníase encima violentamente, y la división de partidos y opiniones hizo que ninguno de ellos se juzgase bastante fuerte para oponerse al triunfo de los planes de Iturbide, que contaban con la fuerza poderosísima del elemento clerical.

Un escritor nada afecto á los liberales, después de elogiar las ventajas que á su juicio presentaba el plan de Iguala, dice lo siguiente que apoya y confirma las líneas precedentes:

«Sin embargo, el plan de Iguala no debió la aceptación que tuvo al convencimiento de estas ventajas: él levantaba una bandera de independencia que se apresuraron á seguir los hombres de todas las opiniones, *conformándose aparentemente*, con los principios que aquel plan establecía, *dejando para después combatirlos y atacarlos* para hacer triunfar cada uno sus propias ideas... el plan de Iguala ha tenido más adictos (se entiende de buena fe) cuando ha venido á ser impracticable, que en la época en que se promulgó (1).»

Sólo así se comprende la no pequeña cooperación que á su triunfo prestaron los antiguos insurgentes, por más que supieran cuán mal los quería Iturbide, aun cuando según su sistema, los halagó siempre que necesitó de ellos.

En la comunicación que al virey dirigió incluyéndole el plan, le dijo refiriéndose á los insurgentes:

«Nada ha estado más en el orden natural, que el que los europeos desconfíen de los americanos (2), porque éstos, ó por lo mé-

(1) Don Lucas Alamán.

(2) Varias veces he dicho y ahora lo recuerdo, que en aquella época se llamaba *europeos* á los españoles, *americanos* á los mexicanos y *América* á México.

nos algunos, tomando el nombre general, sin razón, sin justicia, bárbaramente en todos sentidos, asestaron contra sus vidas, contra sus fortunas, envolviendo ¡qué horror! á sus mujeres é hijos en tal ruina; pero por fortuna es igualmente cierto que los americanos, y la parte más noble de ellos sin duda, han sido los que justamente indignados contra su proceder tirano é impolítico, quisieron abandonar y abandonaron en efecto, con gusto, su comodidad, sus intereses, las delicias de sus familias y expusieron su propia vida veces ciento por salvar las de sus padres los europeos.»

En su exposición á la Regencia, Iturbide nos dejó una prueba más de las principales causas que tanto facilitaron su empresa.

«Llegó, por fin,—dice,—la última revolución de la península española, nacida del exceso de opresión de que se quejaban sus moradores; los principios en que se apoyaba la legitimidad de este levantamiento, eran visiblemente aplicables á nuestras circunstancias políticas, que de día en día reclamaban con más vigor por las reformas que se habían adoptado en la metrópoli, y que aquí serían siempre impracticables mientras el centro del poder residiese á dos mil leguas de distancia. Tal era la opinión general; los ánimos se sentían agitados, y mil presagios funestos anunciaban rompimientos parciales, que hubieran despedazado por mil partes el seno del Estado. En esta situación obtuve el mando del Sur: promulgué mi plan, reuní todos los partidos, uniformé los intereses, y aunque el voto público prometía los más brillantes y rápidos progresos, la inflexible tenacidad de algunos, amagaba con peligros que no podían arrostrarse sin firmeza.»

Obtenido el triunfo y siendo generalísimo de mar y tierra, prohibió que en los memoriales que se le presentasen pretendiendo empleos, se alegase mérito alguno en favor de la independencia, contraído antes del 2 de Marzo de 1821, día del juramento del plan de Iguala, negando así que en el éxito de su revolución hubieran ejercido peso alguno los diez años de guerra insurgente que sembraron la semilla cuya cosecha recogió D. Agustín Iturbide, sin fatiga ni sacrificio de ninguna especie.

## III

Y puesto que del plan de Iguala venimos hablando, bueno será dar á conocer sus bases, escogiendo para ello la proclama con que lo anunció D. Agustín.

Hela aquí:

«*¡Americanos!* bajo cuyo nombre comprendo no sólo á los nacidos en América, sino á los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen: tened la bondad de oirme.

»Las naciones que se llaman grandes en la extensión del globo, fueron dominadas por otras; y hasta que sus luces no les permitieron fijar su propia opinión, no se emanciparon.

»Las europeas que llegaron á la mayor ilustración y policía, fueron esclavas de la romana; y este imperio, el mayor que reconoce la historia, asemejó al padre de familia, que en su ancianidad mira separarse de su casa á los hijos y á los nietos por estar ya en edad de formar otras y fijarse por sí, conservándole todo el respeto, veneración y amor, como á su primitivo origen.

»Trescientos años hace la América septentrional, que está bajo la tutela de la nación más católica, más piadosa, heróica y magnánima. La España la educó y engrandeció, formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados que en la Historia del Universo van á ocupar un lugar muy distinguido. Aumentadas las poblaciones y las luces, conocidos todos los reinos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, los daños que origina la distancia del centro de su unidad, y que ya la rama es igual al tronco: la opinión pública y la general de todos los pueblos, es la de la independencia absoluta de la España y de toda otra nación. Así piensa el europeo, así los americanos de todo origen.

»Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores, el año de 1810, y que tantas desgracias originó al bello país de las delicias, por el desorden, el abandono y otra multitud de vicios, fijó también la opinión pública de que la unión general entre europeos y americanos, es la única base sólida en que puede descansar nuestra

común felicidad. ¿Y quién pondrá duda, en que después de la experiencia horrorosa de tantos desastres, no haya uno siquiera que deje de prestarse á la unión por conseguir tanto bien? Españoles europeos! vuestra patria es la América, porque en ella vivís; en ella tenéis á vuestras amadas mujeres, á vuestros tiernos hijos, vuestras haciendas, comercio y bienes. ¡Americanos! ¿quién de vosotros puede decir que no desciende de español? Ved la cadena dulcísima que nos une: añadid los otros lazos de la amistad, la dependencia de intereses, la educación é idioma y la conformidad de sentimientos, y veréis, son tan estrechos y tan poderosos, que la felicidad común del reino es necesario la hagan todos reunidos en una sola opinión y en una sola voz.

»Es llegado el momento en que manifestéis la uniformidad de sentimientos, y que nuestra unión sea la mano poderosa que emancipe á la América, sin necesidad de auxilios extraños. Al frente de un ejército valiente y resuelto he proclamado la independencia de la América septentrional. Es ya libre, es ya señora de sí misma, ya no reconoce ni depende de la España ni de otra nación alguna. Saludadla todos como independiente, y sean vuestros corazones bizarros los que sostengan esta dulce voz, unidos con las tropas que han resuelto morir antes que separarse de tan heróica empresa.

»No le anima otro deseo al ejército, que el conservar pura la santa religión que profesamos, y hacer la felicidad general. Oid, escuchad las bases sólidas en que funda su resolución.

1. La religión católica, apostólica, romana, sin tolerancia de otra alguna.

2. La absoluta independencia de este reino.

3. Gobierno monárquico templado por una constitución análoga al país.

4. Fernando VII, y en sus casos los de su dinastía, ó de otra reinante, serán los emperadores, para hallarnos con un monarca ya hecho, y precaber los atentados funestos de la ambición.

5. Habrá una junta, interin se reunen Córtes, que haga efectivo este plan.

6. Esta se nombrará gubernativa y se compondrá de los vocales ya propuestos al señor Virey.

7. Gobernará en virtud del juramento que tiene prestado al rey,

interin éste se presenta en México y lo presta, y hasta entonces se suspenderán todas ulteriores órdenes.

8. Si Fernando VII no se resolviese á venir á México; la Junta ó la Regencia mandará á nombre de la nación, mientras se resuelve la testa que deba coronarse.

9. Será sostenido este gobierno por el ejército de las Tres Garantías.

10. Las Córtes resolverán si ha de continuar esta Junta ó instituirse una Regencia mientras llega el Emperador.

11. Trabajarán, luego que se unan, la Constitución del imperio Mexicano.

12. Todos los habitantes de él, sin otra distinción que su mérito y virtudes, son ciudadanos idóneos para optar cualquier empleo.

13. Las personas y propiedades serán respetadas y protegidas.

14. El clero secular y regular conservará todos sus fueros y propiedades.

15. Todos los ramos del Estado y empleados públicos, subsistirán como en el día, y sólo serán removidos los que se opongan á este plan, y sustituídos por los que más se distingan en su adhesión, virtud y mérito.

16. Se formará un ejército protector, que se denominará de las Tres Garantías, y que se sacrificará del primero al último de sus individuos antes que sufrir la más ligera infracción de ellas.

17. Este ejército observará á la letra la ordenanza, y sus jefes y oficialidad continuarán en el pié en que están, con la espectativa, no obstante, á los empleos vacantes y á los que se estimen de necesidad ó conveniencia.

18. Las tropas de que se componga, se considerarán como de línea y lo mismo las que abracen luego este plan: las que lo difieran y los paisanos que quieran alistarse, se mirará como milicia nacional, y el arreglo y forma de todas los determinarán las Córtes.

19. Los empleos se darán en virtud de informes de los respectivos jefes, y á nombre de la nación provisionalmente.

20. Interín se reunen las Córtes, se procederá en los delitos con total arreglo á la Constitución española.

21. En el de conspiración contra la independencia se procederá á prisión, sin pasar á otra cosa hasta que las Córtes dicten la pe-

na correspondiente al mayor de los delitos, después del de lesa Majestad Divina.

22. Se vigilará sobre los que intenten sembrar la división, y se reputarán como conspiradores contra la independencia.

23. Como las Córtes que se han de formar son constituyentes, deben ser elegidos los diputados bajo este concepto. La Junta determinará las reglas y el tiempo necesario para el efecto.

»*¡Americanos!* he aquí el establecimiento y la creación de un nuevo imperio. Hé aquí lo que ha jurado el ejército de las Tres Garantías, cuya voz lleva el que tiene el honor de dirigírosla. Hé aquí el objeto para cuya cooperación os invita. No os pide otra cosa que lo que vosotros mismos debéis pedir y apetecer: unión, fraternidad, orden, quietud interior, vigilancia y horror á cualquiera movimiento turbulento. Estos guerreros no quieren otra cosa que la felicidad común. Uníos con su valor, para llevar adelante una empresa que por todos aspectos (si no es por la pequeña parte que en ella he tenido), debo llamar heróica. No teniendo enemigos que batir, confiemos en el Dios de los ejércitos, que lo es también de la paz, que cuantos componemos este cuerpo de fuerzas combinadas de europeos y americanos, de disidentes y realistas, seremos unos meros protectores, unos simples espectadores de la obra grande que hoy he trazado, y que retocarán y perfeccionarán los padres de la patria.

»Asombrad á las naciones de la culta Europa: vean que la América Septentrional se emancipó sin derramar una sola gota de sangre. En el transporte de vuestro júbilo, decid: ¡Viva la religión santa que profesamos! ¡Viva la América Septentrional, independiente de todas las naciones del globo! ¡Viva la unión que hizo nuestra felicidad!—Iguala, 24 de Febrero de 1821.—Agustín de Iturbide.»

La Junta gubernativa de que habla la base quinta y cuyos vocales fueron propuestos al virey, según dice la sexta, debió constar de los siguientes individuos:

Virey, Conde del Venadito, presidente.

Regente de la Audiencia, D. Miguel Bataller, vicepresidente.

Vocales

D. Miguel Guridi y Alcocer, cura del Sagrario de México.

El conde de la Cortina, prior del consulado de México.

D. Juan Bautista Lobo, miembro de la Junta Provincial.
Dr. D. Matías Monteagudo.
D. Isidro Yáñez, oidor de la Audiencia de México.
D. José María Fagoaga, oidor honorario.
D. Juan José Espinosa de los Monteros, agente fiscal de lo civil.
D. Juan Francisco Azcárate, Síndico del Ayuntamiento.
Dr. D. Rafael Suárez Pereda, juez de letras.

Suplentes

D. Francisco Sánchez de Tagle, regidor.
D. Ramón Osés, oidor.
D. Juan José Pastor Morales, de la Junta Provincial.
D. Ignacio Aguirrevengoa, coronel graduado y comerciente.

De estos individuos, el virey, Bataller, Cortina, Monteagudo, Fagoaga, Osés y Aguirrevengoa, eran españoles europeos.

## IV

Con fecha 4 de Marzo, D. Agustín Iturbide volvió á escribir al virey, con pretexto de darle las gracias por su proceder caballeroso, no muy general en tiempos de revueltas, de haber avisado á los padres y esposa del jefe trigarante que nada tenían que temer en sus personas y bienes, y que tranquilos podían seguir residiendo donde mejor les acomodase.

Con este motivo, y por consejo del virey, el padre y la esposa de Iturbide le escribieron tratando de persuadirle á desistir de su intento y acogerse al decreto dictado el día 8, por el cual se ofrecía indulto y olvido á los rebeldes de Iguala, con tal que se presentasen á cualquier oficial del ejército realista, que el virey puso á las órdenes del mariscal de campo D. Pascual de Liñán.

Pero en nada menos que esto pensaba D. Agustín, á quien el 9 dirigió D. Vicente Guerrero desde el campo del Gallo, una carta en que entre otras cosas le decía:

«Mañana muy temprano, marcho sin falta de este punto para Ixcatepec y en breve tendrá V. S. á su vista, una parte del ejército

de las Tres Garantías, de que tendré el honor de ser un miembro, y de presentármele con la porción de beneméritos hombres que acaudillo, como un subordinado militar.»

Esta reunión se verificó, en efecto, en Teloloapan el 15 de Marzo, á donde se dirigió Iturbide, saliendo el día 12 de Iguala, por ser el primer punto más fuerte y fácil de ser defendido que el segundo.

Allí distribuyó su ejército en seis divisiones, formando la primera con las tropas surianas insurgentes, en cuyo mando conservó á D. Vicente Guerrero.

No tardó mucho Iturbide en experimentar grandes deserciones en las tropas realistas, que en el primer momento se adhirieron á su plan.

La primera de esas deserciones, de importancia se entiende, fué la del coronel español D. Martín Almela, que abandonó á Iturbide con tres compañías del batallón de Murcia y algunas fuerzas del regimiento de Tres Villas, de Veteranos de Acapulco y milicias de la costa, al grito de ¡Viva el rey! el 11 de Marzo, nueve días después de jurado el plan de Iguala.

Almela era masón, y se dijo que desertó por una órden terminante de la Gran Logia de México, dictada en vista del convencimiento que se tenía de que el clero era el protector de Iturbide y éste el campeón de las ideas retrógradas y absolutistas.

En cambio de este contratiempo, Iturbide recibió á los pocos días la noticia de que la columna de granaderos y los dragones de España que se hallaban de guarnición en Jalapa, se habían pronunciado por el plan de Iguala, poniéndose al frente de ellos, don José Joaquín de Herrera, que, retirado del servicio, después del sitio de Jaujilla residió en Perote, ejerciendo su profesión de boticario.

Herrera, de teniente coronel realista, pasó á serlo de los nuevos independientes; los granaderos tomaron la denominación de imperiales, y los dragones de España la de dragones de América.

Este pronunciamiento se verificó el segundo domingo de Marzo, y con este motivo, se encontró un pasquín que cita Alamán, y decía:

De Domingo á Domingo
Salta la cabra,
El Domingo que viene
Se irá Tlaxcala,

que era otro de los cuerpos que se hallaban de guarnición en Tlaxcala.

Acomodándose al ejemplo dado por el virey, y siguiendo la costumbre de antiguo establecida, de combatir con proclamas realistas las proclamas de los independientes, el Ayuntamiento de México expidió también la suya y puso en manos del virey y sin abrirlo el pliego que á aquella corporación dirigió Iturbide comunicándole el plan de Iguala.

El virey dió las gracias al Ayuntamiento por aquel acto de fidelidad en la *Gaceta* del día 13, y viendo que Iturbide ni aceptaba el indulto, ni obsequiaba las súplicas de su padre y de su esposa, en una proclama de fecha 14 declaró que quedaba fuera de la ley, privado de los derechos de ciudadano español y prohibida toda comunicación con él, sopena de ser considerado el delincuente como traidor al rey y á la Constitución.

El día 15, la plaza de Acapulco, que desde el 27 de Febrero había proclamado el plan de Iguala, volvió de nuevo á declararse por el rey, merced al auxilio eficaz que al teniente coronel D. Ramón Riondo prestaron las tripulaciones de las fragatas españolas de guerra *La Prueba* y *La Venganza*, que anclaron en su bahía, procedentes de la América del Sur, al mando del capitán de navío D. José Villegas.

El 16, Iturbide dirigió desde Teloloapan al rey y á las Córtes, una exposición dándoles cuenta del paso que acababa de dar, asegurando que la opinión uniforme de todos los habitantes de la Nueva España, no procedía de falta de amor al monarca español, en prueba de lo cual todos ellos le recibirían con ilimitado entusiasmo si, aceptando su plan, se dignaba venir á ocupar el trono del gran imperio mexicano. «Finalmente, señor,—decía,—la separación de la América Septentrional es inevitable: los pueblos que han querido ser libres, lo han sido sin remedio... Venga, pues, un soberano de la casa del gran Fernando á ocupar aquí el trono de felicidad que le preparan los sensibles americanos, y establézcanse entre los dos augustos monarcas, en unión de los soberanos congresos, las relaciones más estrechas de amistad, pasmando al mundo entero con tan dulce separación.»

Estas proclamas y exposiciones de los unos y los otros, poco ó nada significaban en aquellas circunstancias favorables, en todo, á Iturbide, cuyo prestigio en el ejército le conquistó la adhesión

de multitud de jefes, alguno de ellos de la mayor importancia.

El mismo 16 de Marzo, se pronunció en Amoles por el plan, el teniente coronel D. Luis Cortázar, al frente de su regimiento de dragones de Moncada; pocos días después hizo lo mismo el coronel D. Anastasio Bustamante en la hacienda de Pantoja, entrando el martes de Pascua, 24, en Guanajuato, en medio de los aplausos y vítores de la población, que también se decidió por Iturbide.



D. Antonio López de Santa Ana

Este contaba ya con don Vicente Filisola y D. Juan Codallos, capitanes del fijo de México, por él pronunciados en Tuzantla; con D. Ramón Rayón, que, fugado de Zitácuaro, se le presentó en Iguala, donde también D. Nicolás Bravo se puso á sus órdenes con grande alegría de Iturbide, quien en el acto le expidió despacho de coronel, diciéndole que no le restablecía en el de teniente general que había tenido en la primera época de la revolución, porque no podía conferirle un grado superior al que él mismo tenía, á lo cual Bravo contestó con dignidad:

«No aspiro á distinciones, me presento á servir como soldado y sólo deseo contribuir á realizar la independencia de mi patria.»

El mes de Marzo concluyó para Iturbide pasándose á sus filas, el día 29, D. Antonio López de Santa Ana, quien en Orizaba se unió á la nueva división al mando de D. José Joaquín de Herrera, después de haber derrotado seis días antes al insurgente D. Francisco Miranda, por cuya acción el virey le ascendió de capitán graduado á teniente coronel, ascenso que Santa Ana admitió y que Iturbide mejoró confiriéndole el de coronel.

## V

Pronunciado Santa Ana por Iturbide con las tropas que Dávila, gobernador de Veracruz, le había confiado, Herrera entró triunfante en Orizaba, que le recibió con manifiestas demostraciones de simpatía, y de allí pasó á Córdoba, cuyo comandante Alcocer, obligado por la guarnición con que se preparaba á defenderse, hubo de capitular con Herrera y entregarle la plaza, en la cual entró el 1.º de Abril, con las mismas demostraciones de entusiasmo con que recibido fué en Orizaba.

Tan repetidos desastres pusieron en grave conflicto al virey, que no acertando á hacer otra cosa, gratificaba á cuantos desertores de Iturbide se le presentaban, y trataba de levantar el espíritu público con proclamas al ejército, por estilo de la que dirigió á los cuerpos que habían formado las guarniciones del Bajío, en que les recordaba la gloria que conquistado habían en once años de guerra contra los insurgentes, gloria trocada en vilipendio y descrédito, por el hecho de haberse pasado á Iturbide, á quien les incitaba á abandonar, seguros de que serían paternalmente recibidos por el gobierno. Pobre recurso era éste, que en resultado sólo demostraba la debilidad del gobierno, á quien no se le hacía caso, como lo confesó el mismo virey en su proclama del 5 de Abril, quejándose de que en vano había hecho oir repetidas veces sus palabras de concordia y de clemencia, desde que Iturbide había suscitado la nueva rebelión.

Dió el mismo infructuoso resultado el decreto de 23 de Marzo, el cual, con objeto de dificultar el ir y venir de los emisarios de Iturbide, restableció el uso de los pasaportes, imponiendo multa de cuatro pesos á quienes transitasen sin ellos, y si se conociese ser los contraventores espías de Iturbide, debían ser entregados á los jueces competentes dentro de las veinticuatro horas.

A la ineficacia de estas y otras disposiciones por el estilo, se unía la suerte escasa de los jefes realistas encargados de contener los rápidos avances del enemigo.

La vanguardia del ejército del Sur, confiada al mando y expe-

riencia de Márquez Donallo, después de no haber podido impedir, aun hallándose en las inmediaciones de Teloloapan, que Iturbide emprendiera libremente su marcha al Bajío de Guanajuato, quiso sorprender á Pedro Asensio, que se hallaba en Zacualpan; pero no pudo lograrlo, pues el activo Asensio había ya salido para Sultepec á reunirse con el Padre Izquierdo, y ningún fruto sacó Donallo de su expedición.

Menos desgraciado fué el capitán D. Jorge Enríquez, que con unos cuantos hombres logró el 17 de Abril sorprender en la hacienda del Salitre al capitán de urbanos D. Ignacio Inclán, quien el 14 había proclamado en la ciudad de Lerma la independencia, sin lograr encontrar eco en el vecindario, por cuya razón se salió al campo raso con unos treinta hombres. Inclán y su gente cayeron presos de Enríquez, y aquel fué sentenciado á ocho años de obras públicas en el presidio de Acapulco, sus oficiales á seis, y á cuatro sus soldados. Fueron éstos los primeros prisioneros trigarantes que los realistas hicieron, y así lo consignó el virey concediendo á la tropa de Enríquez un escudo con el siguiente lema: «Por la prisión de los primeros anarquistas del año de 1821.»

El mismo día en que esto aconteció, entró en México, después de haber desertado del campo de Iturbide, el teniente Aranda, con dos oficiales más, ciento ochenta hombres de la corona y 20 de Fieles del Potosí: á expensas del consulado, se les distribuyó una gratificación de cien pesos á los oficiales y diez á cada soldado, en premio de haber vuelto al servicio del rey, lo cual dió motivo á grandes críticas de los enemigos del gobierno, fundadas en que en otras circunstancias aquel habría procedido de muy distinto modo con aquellos dos veces traidores y perjuros.

No procedió el virey del mismo modo con los jefes y oficiales del batallón de Santo Domingo, que se unió á Iturbide y de una de cuyas banderas se apoderó en el mineral de Sultepec el comandante del escuadrón de Iztlahuaca, D. Francisco Salazar. Traída la bandera á México, el virey mandó que el nombre del batallón rebelde fuese borrado de la lista de los cuerpos del ejército, declarados sus jefes indignos del nombre español y quedando autorizada toda clase de tropa que los encontrase, para tratarlos como tales traidores.

A tal punto llegada la revolución, el antiguo caudillo insurgente,

D. Guadalupe Victoria, creyó conveniente salir del escondido retiro en que había permanecido oculto y publicó el 20 una proclama fechada en Santa Fe. De él dice lo siguiente D. Carlos María Bustamante: «En estos días salió de su huronera D. Guadalupe Victoria, donde hizo vida anacorética, sin que le faltase un caritativo cuervo que le llevase la torta diaria. Contaba maravillas de su soledad y abandono y cuando los zopilotes le iban á sacar los ojos creyéndolo muerto, ó para probar si lo estaba: ¡tristes y ridículas consejas! Era hombre de bien y modelo de patriotismo.»

Mientras esto sucedía, D. Nicolás Bravo, secundando, como ya dijimos, los planes de independencia proclamados por Iturbide, volvió á levantar contra el virey toda la inquieta gente de los Llanos, después de haberse hecho en Tlaxcala de doce piezas de artillería y gran cantidad de municiones, y atraídose á casi la totalidad de los doscientos hombres del batallón de Fernando VII que estaban allí de guarnición.

El virey puso á las órdenes de Hevia una división denominada »Auxiliares de Puebla» con orden de perseguir sin descanso hasta destruirlos á Bravo y Herrera, y con ellos tuvo un reñido encuentro en Tepeaca el 24 de Abril: la victoria quedó por Hevia, pues Herrera y Bravo tuvieron que abandonar á Tepeaca: la pérdida fué considerable por una y otra parte.

Herrera se dirigió á San Andrés Chalchicomula y de él se separó Bravo en la hacienda de la Rinconada y regresó á los Llanos con el fin de utilizar su caballería, que era buena y numerosa.

El mes de Abril terminó con un suceso próspero para los independientes y á D. Antonio López de Santa Ana se le debió.

Separado, como ya dije, de Herrera, después de los fáciles triunfos de Orizaba y Córdoba, Santa Ana marchó sobre Alvarado, cuya guarnición era escasa por haber dispuesto Dávila, gobernador de Veracruz, de la mayor parte de ella: con la poca que quedaba estuvo dispuesto á defenderse el comandante D. Juan Topete, pero al presentarse Santa Ana ante Alvarado, con seiscientos hombres y un cañón, el 25 de dicho mes de Abril, la gente de Topete se pasó al enemigo á la voz de «viva la independencia,» y la plaza fué ocupada sin disparar un solo tiro.

Topete estuvo á punto de perecer á manos de su misma gente, pero Santa Ana lo defendio y trató con las mayores consideracio-

nes y le facilitó medios y recursos para trasladarse á Veracruz, cuyo gobernador, temeroso de que el triunfante enemigo tratase de atacar la ciudad, mandó cerrar todas las puertas, con excepción de la de la Merced.

## VI

Cuenta mi padre en el «Diario» que de los sucesos de aquellos días me dejó, que aquel mes de Mayo principió con una habilísima proclama de D. Agustín, fechada en Lagos el primero del mes, desmintiendo las voces que habían corrido de que una vez conseguida la independencia se haría con los españoles residentes en el país una *degollina* general, semejante á las de Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, durante el primer periodo de la revolución.

D. Agustín dijo que nada era menos cierto que aquello, que el plan de Iguala tenía por una de sus más firmes bases la unión de americanos y europeos y el respeto á las vidas y propiedades de éstos, y como garantía de la formalidad y verdad de sus promesas, ofreció á su padre, á su esposa y á sus hijos, que era todo cuanto más amaba en la tierra.

Los primeros días de aquel mes los dedicó Iturbide á procurar atraerse la cooperación del general D. José de la Cruz, cuya conducta era y continuó siendo lo más dudoso y ambiguo que es decible.

Desde el 17 de Marzo habia expedido una proclama notificando el levantamiento de Iturbide, más por cubrir el expediente que por otra cosa, haciendo un gran contraste con la enérgica y franca del virey, que hizo fijar al lado de la suya en las esquinas de las calles de Guadalajara.

D. Pedro Celestino Negrete, que había tomado con positivo calor el partido de Iturbide y entre éste y Cruz servía de intermediario, se desesperaba y dábase á los demonios con las ambigüedades y demoras del general Cruz, que, conforme en principios con los planes de D. Agustín, no acababa de resolverse ni en pro ni en contra, pretextando las dificultades que para tomar resolución alguna le ponían sus enfermedades.

Iturbide se dirigió á León, con el objeto de facilitar á Cruz una

entrevista con él, pues hombre era á quien no le gustaba perder tiempo en ir y venir de cartas ni fiar á nadie lo que él por sí mismo pudiese hacer.

Convínose en que la entrevista se verificase en la Hacienda de San Antonio, entre Yurécuaro y la Barca, pero Cruz, variando de resolución, propuso á Atequizar para lugar de la cita, lo cual atribuyó Iturbide á desconfianza, y malhumorado escribió á Negrete, que pues Cruz temía tanto por sí, en vista de la importancia y trascendencia del asunto y en prueba de la caballerosidad con que procedía, él mismo iría á conferenciar con Cruz en su palacio de Guadalajara.

Cruz contestó á Negrete con este motivo lo siguiente, con fecha 6 de Mayo:

«Salgo mañana para que nos veamos en la hacienda de San Antonio, que es el paraje más á propósito: no llevo cama, no llevo un soldado, no digo á nadie en esta ciudad mi salida, no entrego el mando á nadie: no me acompaña ni aun un criado: y últimamente, enfermo y hecho una miseria, voy expuesto á todas las consecuencias que no pueden ocultarse á usted como á mí no se me ocultan; pero todo es preferible á dilatar hacer un verdadero bien á este país, en cuya suerte me intereso. No me detendré en Poncitlan, ni haré alto en ninguna parte, pues desde que entre en el coche, no pararé hasta la hacienda de San Antonio, aun cuando hubiera cincuenta leguas. Digo á usted todo esto, rogándole que en la hacienda de San Antonio no haya oficial, soldado, ni otro que nosotros. ¡Cuánto me ha lastimado la desconfianza de Iturbide sobre mi proceder!»

Después de copiar esto, dice con mucha razón mi padre:—¡cuán otro era el general Cruz de lo que con nosotros, los primeros insurgentes había sido! ¿Qué dificultades podría encontrar en su empresa el famoso Iturbide cuando así sucumbían ante su enojo hombres tan fieros y temibles como para nosotros lo fué el general Cruz! ¡Qué cambio, válgame Dios! ¡Y cómo se hallaban habituados con la traición los hombres que más inflexibles parecían! Sólo así se explica que no se tuviesen miedo los unos á los otros. No queriendo Iturbide ser menos que Cruz, en cuanto se enteró de lo que éste había decidido, y lo supo con mucho retraso, sin más compañía que la del coronel D. Anastasio Bustamante, salió de Yurécuaro

para San Antonio, montando un caballo que pidió á un dragón, pues no quiso esperar ni á que le ensillasen el suyo.

Poco fué lo que del general Cruz pudo sacar.

Viejo, enfermo y desengañado, aquel decidido realista y temible enemigo de los insurgentes carecía ya de ánimo y resolución.



Poco fué lo que del general Cruz...

Buscando ese término medio de los caracteres irresolutos y vacilantes, ni quiso adherirse francamente al plan de Iturbide, ni combatirle resueltamente como era su deber, ya por su nacionalidad española, ya por ser depositario de una buena porción de la autoridad del monarca.

Convínose en aquella entrevista, en que el general Cruz haría cuanto humanamente le fuese posible para inducir al virey á una conciliación que evitase la guerra, aceptando el plan de Iguala y la presidencia de la Junta Gubernativa, según lo había propuesto Iturbide.

Para conseguirlo ó al menos intentarlo, pidió Cruz una tregua ó plazo de dos meses, á lo que el Jefe trigarante se negó, ya que como he dicho se había propuesto no desperdiciar ni un solo minuto, ya porque, como expuso con sobra de fundamento, aquella tregua redundaría en provecho del virey que durante ella podría organizar sus fuerzas para el caso de no llegarse á pacífico arreglo.

Atento sólo,—añadió,—al bien de mi patria, no detendré ni un solo punto el progreso de mi causa, cuente ó no cuente con la aquiescencia del virey, que solicito únicamente por abreviar el término de la lucha que estoy dispuesto á mantener. La gran mayoría de la opinión me es completamente favorable, y la mínima parte restante está tan dividida que es imposible pueda oponerme seria resistencia. Quiero asegurarme la protección de los españoles y por eso busco y solicito la de un jefe natural. Si esto se me niega, lo lamentaré ciertamente; pero no se me parará gran perjuicio, pues empeñados como lo están conmigo importantes españoles europeos, no les convendría volverme las espaldas.

Cruz hubo de convenir en que nada era más cierto y ofreció interponer en el acto su mediación con el virey, comprometiéndose, en tanto se conseguía, á mantener neutral la provincia de su mando.

Con esto se dió por contento Iturbide y la entrevista terminó con un banquete en que Cruz brindó por la paz y la unión, y el ex-realista por la gloria que á Cruz le resultaría de haber contribuído á la independencia de la América Septentrional.

El mismo día de la conferencia, ocho de Mayo, Iturbide regresó á Yurécuaro y el general Cruz á Guadalajara, desde donde, según lo ofrecido, escribió á Apodaca dándole cuenta de su entrevista con el nuevo caudillo independiente.

## VII

Seguro Iturbide con el ofrecimiento de Cruz de que nada tenía que temer de las tropas que guarnecían la provincia de Nueva Galicia, marchó con todo su ejército, que pasaba de ocho mil hombres, sobre Valladolid, patria de su nacimiento.

Llegó á Huaniqueo durante la noche del 12, é incontinenti dirigió una proclama á los vecinos y guarnición de Valladolid, avisándoles su llegada é invitándoles á proclamar el plan de Iguala, sin obligarles á hacer uso de las armas, que estaba seguro habrían de quedar victoriosas.

A Quintanar, comandante de la plaza, le propuso se prestase á tener con él una entrevista, según acababa de tenerla el general Cruz, á lo cual contestó Quintanar que sus más sagradas obligaciones y su honor estaban en contradicción con la propuesta que se le hacía, y que en aquella plaza no se reconocía más que al legítimo gobierno.

Esta respuesta no tuvo más objeto que cubrir el expediente, bien torpe por cierto, pues siete días después Quintanar se pasó á Iturbide, aunque sin hacerle entrega de la plaza, con lo cual creyó sin duda dejar cubierto su honor militar.

No fué en verdad el caso para menos: desde que Iturbide se presentó ante Valladolid, la guarnicición comenzó á defeccionar y á pasársele al grado de que se hizo imposible cubrir la línea del recinto exterior de las fortificaciones.

Mientras el Ayuntamiento y Quintanar, cediendo á las instancias y amenazas de Iturbide, mandaban al campo de éste á sus representantes comisionados para tratar con él, ocurrían en la provincia de Veracruz sucesos de la más grande importancia.

Cumpliendo fielmente con las órdenes del virey, al frente de su división de auxiliares de Puebla, vencedores en Tepeaca, marchó Hevia en persecución de D. José Joaquín Herrera, que se encontraba en Córdoba trabajando día y noche en preparar la defensa de la ciudad.

Ante ella se presentó Hevia el día 15 á las tres de la tarde, y al siguiente dispuso el asalto penetrando por una brecha abierta en la casa de D. Manuel de la Torre. Rechazados al primer intento los realistas, quiso Hevia ampliar la brecha, dirigiendo él mismo la puntería del cañón, y al intentarlo, una bala disparada por el gran cazador de los bosques del Popocatepetl, D. José María Velázquez, le quitó instantáneamente la vida, entrándole por la sien izquierda y saliéndole por debajo de la oreja derecha. No obstante la muerte de aquel jefe, persistieron los realistas en el ataque, al mando del teniente coronel D. Blas del Castillo y Luna, renovándose con

varia fortuna las acciones, hasta que por haber ocurrido D. Antonio López de Santa Ana en socorro de Herrera, los realistas emprendieron la retirada á Orizaba en la madrugada del día 21, perseguidos por fuerzas independientes que no cesaron de molestar la retaguardia.

En asuntos de guerra, las retiradas dicen tanto como derrotas, de modo que Herrera celebró aquel resultado como una victoria ganada á los realistas.

El mismo día en que éstos se retiraron de Córdoba, salieron de Valladolid las tropas realistas que la guarnecían, haciéndolo con todos los honores de la guerra, según había sido convenido en la capitulación celebrada la noche anterior por D. Manuel Cela, segundo de Quintanar, á quien éste encargó del mando antes de pasarse, como ya dejo dicho, á Iturbide.

Dichas tropas apenas llegaron á seiscientos hombres de los batallones de Barcelona y Nueva España y escuadrón de Fieles del Potosí. El resto se pasó á Iturbide, quien expidió una proclama invitando á los soldados europeos á pasarse á sus banderas, bajo las cuales serían recibidos cuantos voluntariamente quisieran alistarse, en la inteligencia de que cuantos no tuviesen á bien hacerlo no se les seguiría perjuicio alguno, antes por el contrario se les pagarían su alcances y se les costearía el transporte por más que el deseo del primer jefe era que ninguno de ellos saliese del país, en prueba de lo cual había pasado con ascenso á los cuerpos independientes á todos los que se habían querido presentar.

Excusado me parece decir que la entrada de Iturbide en Valladolid fué de las más lucidas y entusiastas, máxime cuando aquel sitio había concluido sin costar á nadie ni una sola gota de sangre, cosa extraordinaria para aquella ciudad, á la que tanta habían costado los sitios precedentes.

Que tal sucediese nada asombroso tiene, pues por lo que he dicho saben mis lectores que la plaza se entregó sin combatir, gracias á la defección del jefe realista.

Concluyó el mes con la toma de Jalapa por Santa Ana, que entró en ella el 27 después de un simulacro de asalto y defensa que sólo costó cinco muertos á los dos ejércitos: el vecindario de Jalapa era liberal é independiente.

No empezó el mes de Junio tan próspero como acabó Mayo,

pues el día tres fué muerto en Tetecala el infatigable y experto guerrillero Pedro Asensio en una acción que sostuvo con los realistas que mandaba D. Cristóbal Huver.

Se dijo en aquellos días que Pedro Asensio había sido muerto á traición.

He creído indispensable para la mejor inteligencia de los sucesos que van á seguir, hacer la ligera, pero exacta reseña que antecede.

Ella pone de manifiesto el gran progreso que las ideas de independencia habían hecho, y la facilidad con que los más distinguidos jefes militares creían lo más sencillo y natural del mundo, traicionar la causa realista y abandonar dolosamente sus banderas.

¡Cuán distintamente se portaron muchos jefes en el primero y segundo período de nuestra lucha de independencia!

Morelos, el gran Morelos, nada pudo hacer ocho años antes contra aquel mismo Valladolid que tan fácilmente se entregó al primer jefe del ejército trigarante.

¡Bonachona humanidad! ¡quién puede fiar en ella si lo que hoy le parece malo lo encuentra mañana bueno y superior!

Si los muertos pudiesen dejar sus sepulcros y volver á la vida, cuánto no hubieran tenido que decir los infelices que por libertar á Valladolid de las tropas insurgentes se hicieron matar por ellos al verla ahora entregarse como se entregó á Iturbide.

La verdad es que cuando el enemigo se pasa al jefe que va á combatirle, cualquiera puede ser un gran general y ganar incruentas batallas.

A no asegurarlo la Historia, las campañas de Iturbide podrían ser tomadas por fantasías de un autor de comedias de espectáculo, ó de esos cuantos para niños medrosos en que se procura que no haya nada que les asuste, y en que á los héroes basta pronunciar una palabra misteriosa, disparatada casi siempre, para que las murallas de las plazas fuertes y las torres de los castillos, vengan á tierra sin siquiera levantar polvo.

## VIII

Viniendo de la calle del Empedradillo un hombre, cuyo rostro no era fácil descubrir por llevarle enteramente cubierto con el embo-

zo de su parda capa española, tomó con apresurado paso la calle de Tacuba y entró en la imprenta de D. Juan Bautista Arizpe.

Eran próximamente las siete de la noche del día 4 de Julio.

Las calles se encontraban completamente desiertas, y no sin razón, pues además de que en los ánimos de los vecinos de México imperaban como rey absoluto el miedo y la inquietud, llovía á torrentes y con extraordinaria fuerza.

Cuando aquel hombre se hubo visto dentro de la casa de la imprenta, quitóse la capa, que entregó á un muchacho aprendiz, y descubrió un rostro demacrado y huesoso, estampa de la pobreza, de las privaciones y de los desengaños.

Pero á pesar de que aquel hombre representaba, y los tenía, 50 años, mostraba tener en la viva mirada de sus grandes ojos, en la soltura de sus movimientos, y en el timbre fresco y enérgico de su voz, un alma joven aún, y un corazón resuelto y atrevido.

—¿Ahí está D. Marcos?—preguntó.

—Pase usted adelante, D. Joaquín,—dijo un hombre pequeño y regordete, que debía, á juzgar por las apariencias, tener un excelente humor y una salud á toda prueba.

—Buenas noches, Marcos,—contestó D. Joaquín tendiéndole una mano que Marcos estrechó con respetuoso afecto entre las suyas.

—¿Qué hay de nuevo?

—Mucho y grave, mi buen Marcos, ya te lo contaré; pero mientras te lo cuento dale á tu hijo Carlos este papel para que lo vaya parando, pues esta noche precisamente ha de estar impreso, así nos den en la tarea las dos de la mañana.

Marcos hizo un gesto que no era signo de satisfacción, y rascándose una oreja con su mano izquierda y tomando con la derecha el original que D. Joaquín le alargó, dijo:

—D. Joaquín, va usted á acabar por que me ahorquen el día menos pensado.

—¿Qué es eso? ¿tienes miedo?

—Miedo precisamente no, creo que usted lo sabe; pero el mejor día se entera D. Juan de estas impresiones clandestinas y me planta bonitamente en la calle.

—No lo creas: en primer lugar, te estima en lo mucho que vales, y en segundo, sólo tú, tu hijo y yo estamos en el secreto.

—Ya, sí; pero la gente del virey anda lista, y más aún los denunciantes; y la libertad de imprenta está en suspensión desde el cinco de Junio último.

—Mañana hará un mes de suspendida, pero según yo lo predije, el virey no durará mucho más.

Al oir esto,—Marcos, sonrió con manifiesta alegría, y preguntó:

—¿Sí, eh? ¿pues qué pasa?

—Mucho y grave te he dicho ya; pero, ¿das ó no ese papel?

Marcos llamó á Carlos y entregándole las hojas de original, le dijo:

—Vé haciendo eso, pero cuidado con tomarme la letra de la *Gaceta*.

El muchacho pasó á una habitación inmediata y Marcos fué á sentarse al lado de D. Joaquín, después de haber despabilado la vela de sebo que alumbraba con rojizo resplandor la oficina de Marcos

—Con que sepamos lo que hay.

—Hay que si mañana no deja Apodaca de ser virey me dejo yo cortar el pescuezo.

—¡Magnífico! por supuesto que en este lío los francmasones tienen metido medio cuerpo por lo menos.

—Dijeras mejor todo él.

—¡Magnífico! que nos le quiten de encima y después Dios dirá.

—¡Sí, Dios dirá.

—¿Qué es eso? parece, D. Joaquín, cómo que no le parece á usted bien...

La verdad es que si el fin me agrada, los medios que van á emplearse me repugnan.

—¿Pues qué medios van á ser esos?

—Los mismos de que D. Gabriel Yermo se valió contra Iturrigaray: estos europeos no saben hacer nada nuevo; pero lo que más me disgusta es el pretexto de que van á valerse.

—¿Cuál?

—Hacerle culpable de las victorias de los independientes.

—¡Habrá tales! ¿pues qué más pudo haber hecho este pobre hombre?

—Tienes razón: digan lo que quieran, Apodaca es uno de los mejores vireyes que hemos tenido.

No ha habido otro más íntegro y honrado que él, y lo digo yo que no tengo mucho que agradecerle.

—Es verdad: le hizo á usted pasar en la cárcel una temporadita regular.

—Justo, aparte de otras detenciones menores y no muy pequeños perjuicios; pero al hacerlo obró como debía, como autoridad y como europeo: la guerra es la guerra y yo no se la he hecho floja.

Pero acusarle de que él tiene la culpa de la ruina á que ha llegado la dominación colonial, es tanto como negar que él es el único hombre fiel entre la multitud de traidores que como una plaga cubren todo la extensión del reino.

—¿Pero tan grave es lo que pasa?

—Grave sobre toda exageración: puedes creer que no llegan ni á dos docenas los hombres verdaderamente fieles á la persona de Apodaca.

Desde el día 5 de Junio en que desertaron los oficiales de dragones de Querétaro y órdenes militares, dejando abandonadas las guardias y las garitas de San Lázaro, Candelaria y Belén, la deserción ha ido en aumento en las tropas de la guarnición.

Como si se tratase de una guerra santa, ó de una nueva cruzada, los soldados desertores acuden á los conventos de frailes y monjas que les proveen de escapularios, y medallas, y rosarios, y bendiciones, y les dan á besar cuantas reliquias encuentran en sus almacenes piadosos.

¡Vive Cristo!—como decían nuestros abuelos;—mentira parece que puedan asustar á tal grado los liberales á nuestros compatriotas.

Sólo parece que para ellos la libertad es una de las siete plagas de Egipto.

Vamos á hacer nuestra independencia con un ejército de sacristanes y monaguillos.

Me duele ver lo que pasa.

¡Cuánto más honroso hubiera sido para nuestra patria no deberle nada á la gente que tanto ha engrandecido á Iturbide!

¡El alma se me cae á pedazos! lo que no conseguimos los insurgentes por odio á la tiranía, va á conseguirlo el clero por odio á la libertad.

¡Pero hay de él! ¡mal aconsejado anda! ¡Yo te juro, amigo Marcos, que caro ha de pagar el clero lo que ha hecho! No recogerá el

fruto que se espera. Sus traiciones de hoy, mañana serán castigadas. Lo que juzga su prosperidad, su ruina ha de ser; y de la magnitud de su grandeza actual descenderá á lo más profundo de la miseria y del descrédito: y como por malos medios hace lo que haciendo está, aun la gratitud habrá de serle negada y de sus triunfos se avergonzarán nuestros descendientes.

## IX

Con aquellas palabras de D. Joaquín, que las dijo con voz grave y conmovida, Marcos dejó de sonreirse y hubiérase puesto triste y melancólico á habérselo su naturaleza permitido.

—Vamos, D. Joaquín,—replicó Marcos,—la cosa no es para tanto, y quien á usted le oyese, creería que niega que Dios no sabe hacer cosas derechas por sendas que parecen torcidas.

¿De qué podemos quejarnos?

Nuestros insurgentes hicieron cuanto les fué posible para dar independencia y libertad á nuestros compatriotas.

Quiso su mala suerte que muriesen antes de ver concluída su obra, pero ¿no es acaso á su obra á la que D. Agustín está dando feliz término?

Sin los once años de lucha que llevamos, cree usted que Iturbide podría haber hecho lo que está haciendo?

No por cierto, amigo D. Joaquín.

Gracias á nosotros, y digo nosotros, porque tanto usted como yo tenemos la gloria de haber formado parte de las tropas insurgentes, nuestros compatriotas han perdido el miedo á la palabra *independencia*, y la prueba es que hoy día la pronuncia y proclama el clero secular y regular sin que se le quemen ni amarguen los labios.

Que en la lucha insurgente el clero fué nuestro más tremendo enemigo y hoy es quien continúa y realiza nuestra idea, es verdad: pero, ¿y qué? ¿Tiene algo de censurable el que al fin se haya convencido de que nosotros y no él teníamos razón?

Dice usted con amargo sarcasmo, que vamos á hacer nuestra independencia con un ejército de sacristanes y monaguillos: mayor gloria para nosotros, primero porque al fin los desmontamos de su

burro, y segundo, porque con su tardanza en decidirse por nuestra causa, sólo han conseguido formar la retaguardia; el primer lugar, el primer puesto, la vanguardia, es nuestra: él hará la tortilla, pero nosotros tragimos las gallinas.

Perdone usted, D. Joaquín, la vulgaridad de mis expresiones, pero aunque tenga mucho calor, mucho fuego patrio en mi corazón, no he sido yo quien inventó la pólvora.

Por lo tanto, no se enoje usted con los que en nuestro auxilio acuden: dejémosles poner la cúpula del edificio, y dejémosles también que se nos metan dentro de él, que si sucede lo que usted teme, si por mal forjada y hecha de prisa y á las volandas, esa cúpula se cae, ya levantaremos nosotros otra mejor y más firme; la primera habrá cumplido su misión aplastándolos bajo el peso de sus escombros.

—Muy buenas estarían esas consideraciones,—contestó D. Joaquín,—para hechas por quien no ame á nuestra patria como la amamos nosotros. Así piensan y en ese sentido obran tantos y tantos antiguos insurgentes como se han adherido al plan de D. Agustin: ellos también buscan el fin, sin reparar en los medios.

¿Pero es esto, lo que á la naciente patria conviene?

No, en verdad, amigo Marcos; pretender como D. Agustín pretende, que lo que él llama fastuosamente el imperio mexicano, sea una sucursal, una dependencia moral de España, á la cual hasta el rey que deba regirnos le pide, es un imposible, un absoluto imposible.

—Vaya si lo es,—exclamó Marcos interrumpiendo á D. Joaquín; —apuesto mi pescuezo á que el mismo Iturbide es quien menos dispuesto está á cumplir ese artículo de su plan.

—También lo creo yo así; es más, creo que si la ocasión se le ofrece, querrá hacer en México lo que Napoleón Primero hizo en Francia. Los militares todo lo creen posible.

Y porque todo esto creo, preveo para nuestra patria largos días de lucha y desolación.

El plan de Iturbide es irrealizable: los gobiernos teocráticos no son ya de nuestros tiempos, y á formar un gobierno de esa especie es á lo que tiende el clero con la protección que á Iturbide dispensa.

Una monarquía con un Borbón á su frente, es también imposi-

ble, ya porque la América no es ni quiere ser monárquica, ya porque es una demencia pensar que Fernando VII pueda aceptar el absurdo proyecto que el plan de Iguala entraña: tal patraña sólo ha podido sonreir á los incautos españoles absolutistas que han sido cuna y núcleo del proyecto, cuando se convenzan de su imposible realización, y de que Iturbide no hizo más que darles *atole con el dedo*, se llamarán á su engaño, se tornarán en contra de nosotros, y aun cuando lleven, que la llevarán, la pérdida, su desgracia y su ruina nos perjudicará y arruinará también á los mexicanos.

Ahora bien, mal que pese á la educación servil y conventual que como colonos de España hemos recibido, el liberalismo se impondrá en nuestro pueblo á todos los esfuerzos y recursos clericales.

Nunca las masas han tomado á medias la libertad; muy por el contrario, y no hace mucho lo hemos visto con la revolución francesa, las masas abusan de la libertad y la confunden con el libertinaje.

Quiera Dios que tal no suceda entre nosotros; pero aun cuando no lleguemos al extremo del abuso, sí llegaremos á un ensañamiento tal de odios y venganzas que nuestros hijos llegarán á creer que la paz es imposible en México.

De todo, absolutamente de todo tendrá la culpa el poco meditado plan que seguimos para obtener nuestra independencia.

Ese plan deja suelta tanta multitud de cabos, que madeja ha de ser de disgustos y complicaciones sin cuento.

Pero desbordado está el torrente; imposible es no dejarse arrastrar por él, y resbalándonos por su curva engañosamente irisada, locos y seducidos nos dejamos ir al precipicio.

Trescientos años de pacífica y monótona dominación deberían habernos momificado; pero bajo la apergaminada cubierta de nuestra individualidad política, quedaba aún sin duda mucha sangre que al contacto del aire ha entrado en rápida descomposición, y no hay poder humano que lo impida ó evite.

Jamás habíamos visto, como viéndolo estamos, una rapidez semejante á la que multiplicando viene las probabilidades de éxito de don Agustín y las señales de ruina del poder colonial.

Un solo día, el 7 de Junio pasado, creció el número de esas probabilidades y señales hasta darles una importancia capital.

En ese solo día el coronel Novoa puso por capitulación en poder de Bustamante y Quintanar, la importante plaza de San Juan del Río, cuya posesión era la llave que había de hacer á Iturbide dueño de Querétaro.

Ese mismo día obtuvo D. Mariano Paredes sobre el coronel don Froilán Bocinos, la señalada victoria de Arroyo Hondo, que Iturbide premió con un escudo con el lema de *30 contra 400*.

En ese día, por último, el mal aconsejado Apodaca expidió su famoso bando imponiendo á los vecinos de México y principales ciudades, el alistamiento obligatorio en los cuerpos denominados «Defensores de la integridad de las Españas.»

Ese bando acabó de enajenarle las pocas simpatías que aun se le tenían.

Con la amenaza de severas penas, quiso despertar el patriotismo de los españoles de uno y otro hemisferio; craso é indisculpable error, porque el verdadero patriotismo no necesita de aguijón semejante para levantarse llegada la ocasión, y el efecto de esas medidas, cuando el patriotismo no existe, es, como ya lo hemos visto, enteramente contraproducente.



D. Anastasio Bustamante

Ese bando sólo fué útil para D. Agustín, pues los partidarios que en la ciudad tenía, huyeron de ella al campo independiente, prefiriéndolo á alistarse entre los «íntegros.»

Aumentaron el general descontento los bandos para requisición de armas y caballos, y para que los eclesiásticos que no hubiesen

de alistarse en los *íntegros* pagasen una contribución extraordinaria de guerra.

En Puebla, núcleo del volcán clerical, el pueblo arrancó tumultuariamente de las esquinas esos bandos, ninguno de los cuales ha sido allí obedecido.

El día 13, el militar europeo D. Pedro Celestino Negrete se pronunció en el pueblo de San Pedro, proclamando el plan de Iguala, de acuerdo con la guarnición de Guadalajara, seducida por el capitán D. Eduardo Láriz y el coronel D. José Antonio Andrade. De resultas de esto, el general Cruz que tanto con su inacción contribuyó al éxito de Negrete, tuvo que ocultarse y escapar en la noche de Guadalajara, en cuya plaza principal, aquel mismo día, juró la tropa insurrecta el plan de Iturbide, entre los vítores y aclamaciones del vecindario, que con iguales demostraciones de júbilo solemnizó el juramento de la independencia que se celebró con fastuosa pompa en aquella catedral.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y aquí es la ocasión de que yo, dejando con la palabra en la boca por sólo unos instantes á D. Joaquín, dé cuenta á mis lectores del sermón predicado en aquella solemnidad por el doctor San Martín.

Dicho sermón pinta con vivísimos colores la verdadera causa, el móvil verdadero y principal del alzamiento de Iturbide, debido más que al amor á la patria, á las sugestiones del clero.

Dijo el doctor en su sermón:

«Nuestros impávidos jefes no han podido ver con ojos tranquilos y serenos, que á los eclesiásticos se les quite un fuero que les han concedido ambos derechos y declarado los concilios generales: que se extingan las órdenes monacales sin el consentimiento del pontífice; que se arrojen de los claustros las vírgenes consagradas á Dios; que se apliquen las rentas eclesiásticas á fines contrarios al objeto de las instituciones piadosas, y que desde una tribuna fastuosa civil, se intente arreglar, reformar, é ilustrar á la misma Iglesia. ¡Iguala! ¡Iguala! en tu seno se sembró la semilla de la independencia para defender nuestra Santa Religión! La guerra por nuestra independencia es una guerra de religión: todos debemos ser soldados, el eclesiástico y el secular, el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el niño y el anciano; todos debemos tomar las ar-

mas, ponernos al lado de los jefes militares y resolvernos á morir en el campo del honor y de la religión.»

El sermón, que fué impreso en Guadalajara, concluía con la siguiente invocación á Dios:

«Dígnate, pues, protejer la actual empresa si es de tu divino agrado: salva, Señor, al Rey, salva á la Iglesia americana de que es protector, y salva unidos á todos sus habitantes, que es el gran objeto del ejército de las Tres Garantías.»

Cuánta razón tuvo el fiscal Odoardo al decir como repetido dejo en éste y el precedente *Episodio:*

«*El clero comenzará esta guerra por odio á los principios adoptados.*»

Por eso, sin duda, dijo D. Joaquín en el octavo capítulo de este libro:

«Vamos á hacer nuestra independencia con un ejército de sacristanes y monaguillos.»

## X

Volvió á tomar la palabra D. Joaquín, cuyo discurso seguiremos para enterarnos de los sucesos que precedieron á la destitución de D. Juan Ruíz de Apodaca, conde del Venadito.

—No cabe duda,—añadió,—que la fortuna de Iturbide es asombrosa y justifica, hasta cierto punto, la vanidad, que según se dice, tiene de sí mismo.

Escenas de fantásticas comedias parecen todas sus victorias.

Los realistas que no se le pasan abierta y descaradamente, como Negrete, no le oponen una formal resistencia, y más pruebas de dignidad y honor dan los humildes soldados, que sus poco pundonorosos jefes.

Esto último se ha visto con motivo de la rendición del coronel de Zamora D. Rafael Bracho, el 23 de Junio último.

Acorralado por los independientes Echávarri y Bustamante, sin tratar siquiera de defender el rico convoy que desde Durango venía escoltando, Bracho se rindió á discreción, pasando por que su división entregase las armas quedando prisionera de guerra.

Así se verificó en San Luis de la Paz, recibiéndose Echávarri de quinientos cuatro fusiles y ochenta cajones de parque.

El armamento era mucho más, pero le hicieron pedazos ó le ocultaron en gran parte los soldados del regimiento de Zamora, dolidos de que se les obligase á entregarle sin haber sido vencidos en franco y leal combate.

Cuéntase de un soldado, que al tiempo de entregar su arma, dijo llorando al oficial encargado de recibirla:



—Muchos años há que me acompaña...

—«Muchos años há que me acompaña este fusil con el que he triunfado en varias acciones. Quiera Dios que usted jamás sienta el pesar que yo en este momento, si se viera en el caso de entregarlo á su enemigo!»

Dícese que enterado de esta respuesta Iturbide, para quien el valor es la mayor cualidad del hombre, mandó llamar al soldado, y colmándole de favores, le tiene y conserva á su lado con toda especie de distinciones.

Es el buen D. Agustín, maestro en el arte de ganarse voluntades por medio de inusitadas atenciones con sus enemigos.

Con ellas hizo la conquista de D. Domingo Luaces, comandan-

te de Querétaro, cuya plaza capituló el día 28 con todas las prerogativas y honores de la guerra.

—¡Vive Dios!—exclamó Marcos interrumpiendo á D. Joaquín;—en hacer tal, obró D. Agustín muy cuerda y acertadamente; nada más justo que el que honrase á un enemigo digno, caballeroso, y abandonado á sus propias fuerzas por Apodaca.

—¿Y quién dice que haya hecho tal el buen virey?

—¿Que quién lo dice? todo el mundo.

—Pues no sabe el mundo lo que dice;—replicó con generosa energía D. Joaquín:—pero bien alcanzo el motivo de que tal cosa digas; tú repites, sin duda, las especies que á volar han echado los gratuitos enemigos de Apodaca.

Esas especies, Marcos, son falsas, muy falsas, de toda falsedad. El virey hizo cuanto pudo para socorrer á Luaces, ordenando á las divisiones de Castillo, de Concha, de Pérez, de San Julián y de Bracho, se moviesen en auxilio de Querétaro.

La torpeza y la debilidad de Bracho desconcertaron el plan de Apodaca, y la impaciencia de Luaces, exasperada por sus enfermedades, coadyuvó al fácil triunfo de Iturbide.

No es bueno quitar á cada uno el mérito de sus acciones buenas, pero menos lo es aún atribuirles méritos de que carecen.

Quien desee saber lo que Luaces vale y ha hecho, no tiene más que leer su carta á Iturbide, fechada el 27, y después de leída, juzgar desapasionadamente.

—¿Acaso conoce usted esa carta?

—Sí la conozco y aquí está.

—¿Impresa?—exclamó Marcos mirando el papel que D. Joaquín le presentó.

—Impresa, sí: impresa en el campo de Iturbide, que le ha dado publicidad con el fin de desacreditar al virey.

Oye, Marcos, esa carta:

«Hasta las nueve de esta mañana no he recibido la apreciable de usted de 21 del actual, fecha en el Colorado, con el adjunto pliego interceptado. En contestación debo decir á usted que no me son desconocidas las miras del señor conde del Venadito, relativas á cubrirse oportunamente con los diferentes jefes que ha comprometido, poniendo en ridículo las armas nacionales; pero esta conducta, propia de un rancio tuciorista, jamás puede justificar la de

otros jefes de menor graduación; pero adquirida entre bayonetas, mediante una delicadeza á toda prueba. Voy á explicarme con toda ingenuidad: yo preferiré siempre morir con honor á una vida infame: sin embargo, estoy lejos de ser un temerario y de tratar de sacrificar sin fruto las pocas tropas que me quedan. Bajo este punto de vista he comprometido al Excelentísimo señor virey, á que me comunique sus últimas órdenes, expresando si debo esperar socorro ó si conviene á la causa nacional que perezca Luaces con su tropa: ninguna contestación directa y algunas como la que usted me ha dirigido, me han convencido al fin de las ocultas miras de este superior jefe. La última que aguardo mañana ó pasado, y espero tendrá usted á bien no interceptar (viene con el capitán agregado al Príncipe, D. José Antonio Sanz), aclarará el horizonte y me pondrá en el caso de contestar con usted, quien no dudo me despreciaría en el fondo de su corazón, si procediese á capitular sin estos datos que necesito. Interín, podría evitarse alguna efusión de sangre, si usted dispusiese que no se aproximasen sus tropas á tiro de fusil de las mías, para reservar al soldado de estas contestaciones. Para verificarse en este caso alguna entrevista entre jefes de una y otra parte, desearía merecer de usted alguna explicación, sobre lo que debe prometerse, en caso de capitular, la benemérita oficialidad y tropa que tengo el honor de mandar. Extrajudicialmente he sabido que el excelentísimo señor virey ha faltado al sagrado de los artículos de la capitulación de Valladolid y San Juan del Río, y yo puedo sentar por preliminar que no faltaría mi tropa á ellos aunque lo mandase dicho jefe. Cúbrase mi honor y el de mis oficiales con la ninguna esperanza de socorro, y mi tropa en caso de capitular no se batirá jamás con la del ejército de la Independencia. La adjunta copia de la orden general de ayer, le impondrá á usted de cuanto podría decirle por ahora su apasionado amigo que le ama.—*Domingo Luaces.*»

Cuando D. Joaquín dejó de leer, Marcos, cuyo rostro retrataba la más grande indignación, exclamó:

—¡Ese Luaces es un traidor á su rey y á su bandera, y D. Agustín debería avergonzarse de victorias obtenidas sobre semejantes hombres!

## XI

Hizo D. Joaquín un gesto de asentimiento, y sonriendo con cierta complacencia del noble arranque de Marcos, observó lo siguiente:

—Sin embargo, amigo Marcos, D. Agustín hace bien en lo que hace, y locura sería que él tratase como á traidores á quienes como Luaces facilitan el éxito de la causa independiente.

Iturbide, lo repito, hace bien en lo que hace: quienes no están en lo justo, ni en lo racional, ni mucho menos en lo verdadero, son los que quieren ensalzarnos á su héroe por encima de los cuernos de la luna, pues no es su héroe en resumidas cuentas otra cosa que un gran amasador de traiciones.

Dió él el ejemplo, y á seguirlo se han apresurado todos los realistas americanos y europeos.

Una traición más, y la independencia de América será un hecho.

—Entiendo lo que quiere usted decir,—replicó Marcos más indignado cada vez; esa traición última, va á cometerla Apodaca!

—¡No, vive Cristo,—exclamó con generoso impulso D. Joaquín: —Apodaca es un hombre caballeroso, digno, venerable é incapaz de un semejante delito!

Apodaca no se presta á infamantes manejos, cualquiera que pueda ser el conjunto de circunstancias que trate de imponérselos.

Tiene usted la prueba de ello en la firmeza sin ejemplo con que se mantiene en su elevado puesto, sín inmutarse ni conmoverse por la suerte que pueda estarle destinada.

Como si ignorase que está rodeado de traidores, como si no supiese que de nadie debe fiar, Apodaca continúa dictando las órdenes que son de su resorte, y todos los días se le ve recorrer los cuarteles y las fortificaciones que en el momento menos pensado, puede cualquier miserable librar al enemigo, sin que al parecer se dé cuenta de ello Apodaca, modelo y ejemplar de dignidad y valor civil.

Pero si no es Apodaca quien haya de abrir á Iturbide las puertas de la capital, se las abrirá otro europeo cualquiera que no crea,

como cree Apodaca, que en luchas como la presente, no hay capitulación, por honrosa que parezca, que no sea un crimen de honra para quien la suscriba.

Pero de los suyos, sólo él piensa así: los demás, tan admirados están de la fortuna que en nuestra época alcanzan las traiciones, que ya lo ves, Marcos; Luaces no encuentra reparo alguno en insultar á su jefe el virey, en una carta dirigida al jefe enemigo. Y todavía de Luaces puede decirse que trató de cubrir las apariencias ofreciendo rendirse á Iturbide, si llegaba á perder las esperanzas de ser socorrido, á cuyo efecto le avisó en su carta el nombre del portador de la contestación de Apodaca. A buen seguro que con tal aviso Iturbide hubiera dejado paso franco á D. José Antonio Sanz, si éste hubiera llevado á Luaces noticias favorables á la prolongación de la resistencia realista.

Pero ni aun así esperó mucho el buen Luaces; su carta estaba fechada el 27 y al siguiente día 28, capituló con Iturbide, entregándole á Querétaro y retirándose él al convento de la Cruz, donde D. Agustín fué á visitarle tan seguro de que nada tenía que temer, que se presentó en la Cruz sin armas, acompañado únicamente de su secretario, y al «quien vive» de los centinelas, contestó con voz segura y firme «Iturbide,» rasgo que sus amigos y apasionados ponderan como si no le hubiese más notable en prodigios de valor.

Con esto y con una visita que hizo á la esposa de Luaces, acogida en el convento de las Teresas, el realista y el independiente quedaron tan buenos amigos como antes, y digo como antes, porque, según la carta que te he leído, Luaces se confesaba de Iturbide *su apasionado amigo*, *que lo ama* nada menos.

Únanse á la toma de Querétaro las noticias que se tienen de que D. Pedro Celestino Negrete, salió de Guadalajara el 26 de Junio en persecución de su compatriota el general Cruz, quien se dirige á Durango; el éxito más que regular de la campaña de Santa Ana que antes de ayer, 2 de Junio, rompió el fuego contra Veracruz, que espera esté pronto en su poder; y tengamos, por último, presente que el denodado y romanesco insurgente D. Nicolás Bravo, tiene sitiada á la ciudad de Puebla con un ejército de cuatro mil hombres, y concluyamos diciendo si es ó no es grave la enfermedad que va á llevar al panteón político de la historia la administración colonial, y el poder español en la América.

Al llegar aquí D. Joaquín, se presentó en la puerta del despacho de Marcos, el muchacho su hijo, con la prueba del impreso redactado por aquél.

—¡Qué tal no habremos soltado la sin hueso,—dijo Marcos,—que ya tenemos aquí la prueba!

—Venga,—respondió D. Joaquín,—y corrijámosla, que el tiempo urge.

—Pues de usted depende, D. Joaquín: y á propósito: felicito á usted con todo mi corazón.

—¿Por qué?

—Porque ya no se encuentra ni en la librería de D. Mariano Ontiveros ni en el puesto de la *Gaceta*, ni un solo ejemplar de las fábulas de usted, á pesar del alto precio á que se vendían.

—¿Alto precio?

—Sí por cierto: tres pesos por un tomito de á octavo.

—Sí, pero en pasta y con cuarenta y una láminas; además, que se ha regalado un ejemplar á cada uno de los suscritores al tomo cuarto del *Periquillo*, quienes no podrán decir que les ha salido caro.

—Cierto, más cara es la *Gaceta*, que hoy por hoy no dice nada, y cuesta al año veinte pesos en la capital, y veinticinco para fuera. De lo que tampoco queda ni un ejemplar, es de la «Contestación del Pensador á la carta que se dice dirigida á él por el coronel don Agustín Iturbide.»

—Eso nada tiene de extraño, puesto que la Junta de censura la declaró sedicioso y lo mandó recoger.

—En cambio el *Ambigú Municipal* se ha suspendido por falta de suscritores.

—Para lo que servía el tal *Ambigú*...

—Vamos, D. Joaquín, no hay que quitar el pellejo al vecino. El *Ambigú* tenía su interés; en el número cuarto nada menos publicó un bien importante documento *literario;* las «Ordenanzas Municipales para norma de Ayuntamientos de Pueblos.«

Pero cuando esto dijo Marcos, D. Joaquín ya no le oía, ocupado en corregir sus *pruebas*.

## XII

Nada necesita de menos tiempo que la desgracia para operar rápidas transformaciones.

Basta un solo instante á su eficacia asoladora para convertir en ruinas los que se juzgaban alcázares más firmes de la felicidad.

Nunca es la dicha tan próspera en sus bienes como es el infortunio abundante en desventuras.

Nunca un mal viene solo dice, el adagio vulgar: nunca ha dicho lo mismo de los bienes.

Mas no nos metamos en honduras ajenas de mi escaso ingenio y negadas á mi pequeña ilustración.

¿Quién había de creer que aquel D. Juan Antonio de Olazagotia, tan francote, tan cariñoso, tan desprendido, tan noble, que tan dignamente se nos dió á conocer en el tomo anterior de mis Episodios, iba á verse maltrecho y maltratado por ese estúpido mal Sino que tantas veces en la vida pone á prueba la virtud y el sufrimiento de los hombres?

Y sin embargo, así sucedió, pues no basta en nuestro imperfecto mundo merecer la felicidad para obtenerla.

El último momento en que le presentamos á los lectores de estas páginas, en relación còn Clarita, el Padre Bernardo y la hermosa Luisa, esposa de Marianito, fué aquel en que estrechando en sus paternales brazos á la infeliz joven, apostrofó con tanta dignidad como violencia al pérfido consejero de Clarita.

Nunca hubiera hecho tal.

Las mujeres, que no saben ser devotas sin caer en una exageración que las humilla y rebaja hasta inspirar desprecio aun al más indiferente observador, pueden sufrirlo todo menos que persona alguna ose maltratar ù ofender á sus llamados directores espirituales.

¿Cuál no sería, por lo tanto, la *santa* cólera de que Clarita se sintió poseída al ver vejado á su Padre Bernardo por el impetuoso D. Juan Antonio de Olazagoitia?

La presencia de la criada que entró en la sala á anunciar á don Antonio que el fiscal Odoardo le esperaba para tener con él la lar-

ga conferencia de que dí extensa razón en el anterior Episodio, contuvo la explosión del enojo de Clarita.

—Es imposible,—dijo Olazagoitia,—que por el momento cumpla yo la misión de juez que me corresponde en este pleito.

Tengan, pues, ustedes, un poco de calma, y en cuanto me sea posible, volveré aquí á verme con ustedes.

—¡Dios mío!—exclamó aterrada Luisa,—¿va usted á dejarme sola?

—Por el menos tiempo posible, hija mía,—contestó D. Antonio, y dirigiéndose á Clarita y al Padre Bernardo, añadió:—suplico á ustedes se sirvan retirarse á otras habitaciones, y dejar sola á Luisa en esta sala mientras podemos volver á reunirnos.

Clarita consultó con su mirada al Padre Bernardo, quien contestando por ella replicó á D. Antonio:

—Nos retiramos, sí: ni Clarita ni yo podemos permanecer en esta sala, teatro del abominable sacrilegio que contra la dignidad sacerdotal ha cometido usted en mi persona.

Y sin esperar respuesta, el Padre Bernardo salió de la sala, seguido de Clarita.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cuando Olazagoitia volvió á la sala, y con el fin de proseguir sus interrumpidas funciones de juez de familia, llamó á la criada para que pasase recado á Clarita, la criada la entregó una carta cerrada, diciéndole:

—Esto me ha entregado la señora para usted.

—¿Qué quiere esto decir?—exclamó D. Antonio.

—Que la señora se ha puesto mala y se ha acostado y no puede venir: esto me ha encargado que diga á usted.

—Bien está:—contestó D. Antonio tomando la carta.

La criada salió, cerrando la puerta tras de sí.

Luisa corrió á arrojarse de nuevo en brazos de Olazagoitia, y pálida como un cadáver y con moribunda voz:

—Tengo miedo,—dijo,—tengo miedo, mucho miedo: ese papel debe encerrar algo malo.

Yo también lo creo,—replicó D. Antonio;—pero ya veremos cómo salimos del apuro lo mejor posible, hija mía.

Olazagoitia abrió la carta y leyó:

«Compadre: bien comprenderás que después de lo que de pasar acaba, todo lazo de mutuo cariño es imposible entre nosotros.

»Eres un sacrílego, un impío, y nuestra Santa Madre Iglesia nos prohibe á los católicos todo contacto con desgraciados de tu especie.

»Sin embargo, como mis intereses corren á tu cargo, y siempre los has administrado con intachable honradez, no quiero que ceses en el encargo que te dió tu hermano y esposo mío, que la gloria de Dios goce.

»No quedan, por lo tanto, rotas entre nosotros las relaciones comerciales, y en cuanto á ellas se refiera, te entenderás con mi encargado el Padre Bernardo, quien te presentará mis poderes.

»Deseo no continuar en posesión de esta casa cuya venta te recomiendo lleves inmediatamente á efecto, incluyendo en ella los muebles que la ocupan, con excepción de los que constan en la adjunta lista.

»No obstante, permaneceré en esta casa un mes todavía, mientras se amuebla la que he determinado ir á habitar, y de la que te daré oportuno aviso.

»Durante dicho mes, habitaré el entresuelo de esta casa, al que mañana me cambiaré con mi hijo, quien aprueba cuanto he determinado: mañana, pues, quedará á tu servicio todo el piso alto en el cual tendrá también por ahora sus habitaciones tu ahijada Luisa, que por ahora también, podrá conservar á su lado á mi nieto.

»Concluyo, compadre, suplicándote y suplicando á Luisa, que no pretendáis bajar á vernos ni á Mariano ni á mí, porque sentiríamos no poder recibiros.

»Para cuanto necesitéis de nosotros, podéis dirigiros á nuestro apoderado el Padre Bernardo.

»Pide á Dios ilumine con su bondad infinita tu extraviada razón, tu comadre,

*Clara.*

»*Post-data.*—El Padre Bernardo te dirá á qué horas de cada día debe bajar la criada al hijo de Marianito para que lo vea su padre y no le pierda el niño el cariño, dejándole de ver.

*Vale.*»

## XIII

Hubiese querido D. Antonio que en mármol ó dura piedra su rostro hubiera sido tallado, á fin de que á él no saliesen los relámpagos de concentrada ira que la lectura de anterior carta le arrancó.

Pero observábale Luisa con demasiada atención para que aquellos relámpagos pudiesen habérsele pasado inapercibidos.

—¿Ese papel, ha cumplido la misión de vejarnos é insultarnos, que sin duda le fué confiada: es cierto?—preguntó.

—Lo es, hija mía, ¿para que negártelo?

—¿No consiente usted que yo lo lea?

—¿Para qué?

—Permítamelo usted.

—¡No, vive Dios! este papel es indigno del favor que le harías fijando en él tus miradas dulces y angelicales.

Más aún; es indigno de que un hombre honrado, como yo, continúe teniéndole en sus manos.

Y al decir esto, rompió la carta de Clarita en menudos pedacitos y los esparció en el aire arrojándolos por una ventana.

—¿Tanto nos insultaban en ellos?—exclamó Luisa viéndolos revolotear en el viento.

—A nosotros no, hija mía:—replicó D. Antonio,—se insultaban dí mejor á sí mismos, porque por malos que ellos sean no pueden serlo tanto como en ese papel quisieron dar á entender.

—Pero... ¿quiénes son ellos? ¿por qué dice usted *ellos?*... Acaso mi marido...

—Tu marido es un imbécil, hija mía, y perdóname que tan poco honor haga á tu elección; pero es la verdad que es un imbécil, y como tal se aviene á pasar por lo que su madre y su fraile Bernardo han tenido á bien hacer.

—¿Pero qué es lo que han hecho? ¿qué es lo que piensan?

—Nada temas por tu hijo; está tranquila á este respecto.

—¿Lo estoy, D. Antonio, lo estoy: no vé usted cuán tranquila me encuentro, aun no teniéndolo en mis brazos?

—En verdad que sí, y no comprendo...

Luisa sonrió en medio de su tristeza, y de su seno sacó una llave que mostró á Olazagoitia.

—Comprendo,—dijo éste sonriendo á su vez;—le tienes bajo llave.

Justo: cuando ustedes me dejaron sola en esta sala, corrí á mi habitación.

—El angelito dormía acariciado sin duda por los ángeles sus hermanos.

En los primeros instantes pensé haberle tomado en mis brazos y traérmele conmigo.

Pero reflexioné que podían arrancármele de ellos, abusando de mi debilidad, y besándole en la frente, espejo de su inocencia, volví á salir, dando doble vuelta á la llave de mi puerta.

Y mi puerta es tan fuerte que en vano intentarían forzarla.

—Bien hiciste, hija mía: mientras con nosotros esté ese inocente, podemos tener confianza en Dios.

—Así lo creo también yo, pero ¿me dirá usted, por fin, lo que esa carta contenía?

Nos arrojan de esta casa, ¿es cierto?

—Lo es; pero no saldremos de ella.

—¿Por qué? ¿no sería más conveniente?...

—Esta casa es tuya, hija mía, yo te hago obsequio de ella, los necios, invitándome á venderla, me proporcionan los medios para hacer de tí lo que ellos deberían haber hecho, su dueña única y absoluta.

—¿Qué dice usted?

—Que sin duda para ese falso ministro de Dios, amparar á un inocente es un delito, y defenderle contra quien quiera que le oprima, un sacrilegio.

Como tal estiman la protección que quise dispensarte, y en su estúpida preocupación, juzgan que esta casa está maldita de Dios.

¡Necios, mil veces necios!

Cuán pobre idea tienen de su Dios, puesto que le insultan y ofenden con su bárbaro fanatismo!

¡Cuándo desaparecerá de la tierra la maldita raza de los fariseos!

Pero no temas, hija mía: Dios no está con ellos, Dios no puede estar con los que oprimen al débil en nombre del mártir del Cal-

vario que en la cruz espiró por salvar á la humanidad de toda suerte de tiranías.

Sin duda ese Dios infinitamente perfecto, que ha podido amalgamar y hacer un solo atributo de su omnipotencia, la infinita justicia y la infinita misericordia, va á probar el temple de nuestra fe, enviándonos en montón los humanos infortunios.

Mas no importa: nuestra fe triunfará de las pruebas á que á bien tenga someternos.

Se niegan á toda comunicación con nosotros, de nosotros quieren huir para no contaminarse con nuestra supuesta impiedad; rompen con nosotros las ligas del parentesco, de la amistad, de la gratitud; no importa, dejémosles huir; Dios tendrá piedad de ellos, y arrepentidos, los traerá á nosotros.

Ven, hija mía; llévame al lado de la cuna de tu hijo.

Vamos allá sin meter ruido, á fin de que no despierte y podamos aún alcanzar á los ángeles que con sus alas desplegadas, sin duda, le forman invisible pabellón.



...que sin duda sonreirá,...

Vamos allá y esperemos á que espontánea y naturalmente despierte de su apacible sueño.

Si sonríe, que sin duda sonreirá, pues procuraremos que á tí antes que á nadie vea y todo hijo sonríe siempre á su madre, pronóstico será de nuestra final victoria.

Vamos allá, que allá te podré hablar con más libertad que en esta sala.

Allí te diré lo que pienso hacer para conjurar los males que esperar debemos.

Allí, sobre el altar que la maternidad levanta á la mujer, me explicarás la infame intriga de que víctima quieren hacerte.

Y escuchando el relato de tus desventuras, quizás olvidaré las que venir veo sobre nuestra patria, sobre ella traídas como las que han traído sobre tí, por quienes más deberían haberos amado y procurado vuestra felicidad.

Grandes y decisivos días son estos para nosotros.

Grandes y decisivos también para la humanidad en general.

Para nosotros, así lo creo, al fin brillará el sol con fulgor primaveral.

Dios no abandona jamás á la virtud y á la inocencia, y no habrá, por tanto, de abandonarte á tí.

No te aflijas, pues, hija mía.

Dios no está en donde los que, creyéndose sus dueños, quieren que esté, por más indigno que sea el lugar que le destinan; Dios está en donde quiera que hay un corazón digno de servirle de templo!

## XIV

Como D. Antonio de Olazagoitia lo esperaba, la prueba fué todo lo fuerte que suelen serlo las de su especie.

Paternalmente apasionado de la pobre Luisa, los tormentos de esta infeliz afligíanle como nunca hubiéranle afligido los suyos propios.

Digamos en qué consistían los tormentos de Luisa.

Luisito, este era el nombre de su hijo, había sacado desgraciadamente el carácter indolente y poco amoroso de su padre.

Acostumbrado, sin duda, al mal ejemplo que constantemente recibía, hecho á no disfrutar de las dulzuras inefables de una familia unida por las atracciones del cariño, el egoismo iba envenenando poco á poco la sangre de sus venas y emponzoñado su corazón.

Mísera y pequeña criatura como era, mostraba fuertes tendencias á la imitación de todo lo menos digno que observaba.

Clarita, que tan mal cumplía con sus deberes maternales para con Marianito, fué casi refractaria al amor de abuela por sus nietos.

Queriendo tan mal como quería á Luisa, no quiso mucho mejor á Luisito.

Durante los primeros meses de la infancia, tan difíciles, trabajosos y molestos para el niño, Clarita perdía la paciencia con su nieto á cada instante y otro tanto pasábale á Marianito, ente tan desventurado que nunca, en aquel tiempo, supo qué cosa fuese el amor á los hijos.

Sin duda algún lector me tache de exagerado, pues tal cosa me atrevo á decir.

Pero confío en que cambiará de opinión si á pensar se pone que estas páginas que lee no son obra de ningún ni aun mediano novelista interesado en resolver tal ó cual problema social, moral ó político, de trascendencia más ó menos discutible.

Yo, pobre de mí, no entiendo de semejantes enigmas, y por lo que á problemas hace, ni aun los de la aritmética conozco, pues nunca me estimé bastante atrevido para ir más allá de las cuatro reglas elementales, y aun en ellas, me ayudo contando por los dedos, sin que esto me libre de sensibles equivocaciones.

En nada pulido estilo, sino así, *á la pata la llana*, cuento lo que ví ó me contaron, sin meterme en dibujos, ajenos de mi poca ilustración y de mi ningún ingenio.

Así pues, ni quito ni añado á los sucesos cosa que más ó menos los desfigure para mejor hacerlos servir á fines y planes que no tengo ni soy capaz de proponerme.

Y tan escrupuloso soy en estas manifestaciones de la humildad que caracteriza á mi ignorancia, que nunca, ó casi nunca, me lanzo á digresiones ni consideraciones de ninguna especie, pues no gusto de asumir responsabilidades, que redundar pudiesen en perjuicio ni ajeno ni mío.

Hablo además de hechos y personajes que muchos que aun viven han presenciado ó conocido, y no soy, por lo tanto, el único que supo y oyó hablar de doña Clarita, cuyos restos mortales descansan bajo su lápida correspondiente, que aun puede verse en el camposanto de San Fernando.

Podría jurar que más de uno de mis lectores ha reconocido mucho tiempo hace á la heroína de mi historia y dádole su verdadero nombre, que no he querido poner en estas páginas, porque poco hace el nombre de los sujetos á la verdad de los sucesos que relato.

Pasaron ya aquellos tiempos en que el fanatismo era cosa ordinaria, común y corriente, y quizás la juventud actual no pueda ni aun imaginarse lo que el tal fanatismo fué, y en tal virtud, podrá parecerle exagerado lo que de Clarita, Marianito y el Padre Bernardo cuento.

La verdad es, que hasta yo mismo me admiro de cómo aquello pudo pasar y desaparecer cuando tan arraigado parecía, y no sólo lo parecía, sino que lo estaba.

Algo, sin embargo, ha visto de ello la actual generación.

Pero sobre todo, y digo esto para quienes nada hayan visto, la Historia asegura que el fanatismo lo mismo engendra la impasibilidad con que se abrieron el cielo los mártires de los tiempos de Nerón y Diocleciano, que la impasibilidad con que abrieron el infierno á media humanidad los inquisidores de Torquemada y Felipe II.

Del inmoderado amor al cielo, se deriva el inmoderado desprecio á la tierra, y el egoista no conoce ni entiende de semejantes.

Las teorías liberales sueñan con la fraternidad universal, las teorías absolutistas rompen los más firmes vínculos, aun los naturales.

Padres vivos, de hijos también vivos conozco, que niegan á aquellos á quienes dieron vida el amor natural, porque los suponen impíos ó tibios en su religión, y no sólo creen obrar bien haciéndolo así, sino que logran la aprobación de individuos no menos hipócritamente perversos que el Padre Bernardo. Ante el mandato de uno de estos entes, no hay hermanos para hermanos, ni hijos para padres, y lo que parece casi imposible, ni aun madres para los hijos nacidos de sus entrañas.

La más inmensamente grande personificación del fanatismo religioso fué el católico rey de las Españas don Felipe II, que dió muerte á su hijo el principe D. Carlos: tan creído de obrar bien al hacerlo así, que suyas son aquellas famosas palabras que en sí vinculan la mayor blasfemia pronunciada contra el más santo de los amores humanos: «*y aun si mi hijo fuera hereje, yo mismo traería la leña para quemarle.*»

Y es que así como Dios no siempre está donde quieren que esté los sacerdotes indignos de su culto, el error suele estar con aquellos que más le condenan y persiguen en los demás.

Cuántas sorpresas se les esperan á los que sean llamados al tribunal del último juicio!

Cuántos que en su época fueron tenidos en opinión de santos, formarán á la cabeza de los réprobos y maldecidos!

Cuántos... pero después de todo, ¿á mí qué se me da de todo esto, ni quién me mete en honduras y en camisa de once varas?

No, ni puedo, ni quiero ser uno de tantos declamadores de oficio que hablan de lo que no entienden, fiados en la imbecilidad de su auditorio.

Dejemos á los gusanos del pasado morir en su inútil tarea de roer el firme pedestal de lo nuevo y de lo fuerte.

La ley del progreso es la ley superior, porque es la ley natural.

Ella se impone á la humanidad y en nuevo Fénix la convierte y á renacer la obliga cuando más muerta pudiera habérsela creído.

Para desesperación y castigo de quienes en su impotente ira quisieron desmenuzarla entre sus dedos, en castigo de su impiedad supuesta, la humanidad no tiene la única y sola cabeza que Nerón deseó que tuviese.

## XV

Todo sucedió como D. Joaquín se lo había anunciado á su buen amigo Marcos.

Entre ocho y nueve de la noche del 5 de Julio de 1821, mientras la fortuna de Iturbide giraba llegando al punto más culminante de los favores de la caprichosa y burlona diosa, los españoles europeos completaban la obra fatal iniciada por D. Gabriel Yermo con la humilladora destitución del virey Iturrigaray

El virey D. Juan Ruíz de Apodaca fué en aquella noche víctima de un atentado semejante á aquél.

Debería decir igual, pues obra también fué de la traición de los españoles mismos, y por idénticos medios y también de noche perpetrada, que al fin la noche es gran encubridora de conspiradores, á quienes la luz del sol avergonzaría.

Pero no digo igual, porque decirlo sería ofender con un injusto paralelo á D. Juan Ruiz de Apodaca.

De él dice un escritor célebre por su procacidad.

«El conde del Venedito fué uno de aquellos genios benéficos que Dios ha creado, y que por un exceso de su infinita bondad se dignó mandar á esta América como un bálsamo de salud que cicatrizase las profundas heridas que le habían abierto sus predecesores Venegas y Calleja.

«La bondad de su corazón fué conocida tan luego como se presentó en México, y á merced de ella, en 31 de Diciembre de 1818, llevaba expedidas veintinueve mil ochocientas diez y ocho cédulas de indulto, no obstante la energía que había vuelto á tomar la revolución con la venida del general Mina, las cuales cédulas fueron en aumento extraordinario en los años sucesivos, y de ello dan testimonio las listas insertas en la *Gaceta* de México.

»Los comandantes de las provincias y de los destacamentos se habían constituído árbitros soberanos de la vida y de la muerte de los insurgentes, y fusilaban sin dar cuenta y sin responsabilidad: Apodaca lo impidió severamente.

»La hacienda pública se hallaba á su llegada de todo punto destruída, y ya en fines de 1817 bajó la deuda pública dos millones y medio próximamente.

»En fines de 1818, bajó en seiscientos cincuenta y un mil ochocientos cuarenta y tres pesos y cinco reales y siete granos.

»En 1817 estableció el remate de platas de Zacatecas, con el fondo de cien mil pesos, y el de Sombrerete con el de cincuenta mil.

»Quitó el descuento del quince, diez y ocho y veinte por ciento, impuesto sobre los sueldos de los empleados militares y civiles, reintegrándolos en la misma forma en que se les había descontado, y hasta 20 de Enero de 1818 la devolución hecha aumentó, sólo en México, á ochenta y un mil pesos.

»En aquellos mismos días, la deuda pública estaba amortizada en un millón setecientos veinte mil setecientos cincuenta y seis pesos, cinco reales, y en quinientos noventa y ocho mil quinientos cuarenta y dos pesos, pertenecientes á la renta del tabaco, habiéndola reparado cuando estaba en su aniquilamiento, y puéstola en estado de girar por sí, sin necesidad de contratas para hacer compras de papel y continuar sus labores.

»Hizo además muchos reintegros á personas miserables, teniendo, como dijo muchas veces al Rey, la satisfacción de no haber



» A guisa de sobrestante, montado á caballo..

exigido ningún préstamo forzoso, ni aumentado un real de contribución sobre las que encontró impuestas.

»Remitió á España algunos millones de todas las cantidades que se llamaban *remisibles* y pertenecían á diversos ramos.

»Mantuvo el ejército en un pié numeroso y cual jamás se había visto, abastecido de armamento y vestuario, trabajado en gran parte en nuestra maestranza.

»Mandó visitar nuestros establecimientos públicos y fomentó con el mayor celo el restablecimiento de los jesuitas, convencido de la utilidad que prestarían al reino.

»En las calamidades públicas se mostró activísimo para remediarlas, como en la escasez de maíz del año 1818 y en la inundación que amenazó á México en 1819.

»El conde del Venadito no dormía en aquellas noches, procurando ocultar á los vecinos el gran peligro que les amenazaba y sólo él sabía por los informes de los ingenieros.

»A guisa de sobrestante, montado á caballo regenteaba á los presidarios para que abriesen zanjas, repusiesen puentes y se abasteciesen de tortillas, pan y carne, los infelices que habiéndoles destruído el agua sus casillas, necesitaron trasladarse á lugares altos...

»No permitía que se representasen tragedias en el coliseo, porque le causaban lágrimas los desenlaces funestos.

»Tal era la sensibilidad de su corazón.

»Jugaba de noche al tresillo con algunos de sus amigos, de los cuales uno era depositario de lo que ganaba para repartirlo á los pobres de la cárcel ó vestir á los huérfanos.

»Era asiduo en el trabajo de bufete y despachaba tanto como cualquier oficial de su secretaría.

»Sus calificaciones en las remisiones de memoriales, solicitando gracias del rey, eran exactísimas, y jamás faltaba á la justicia.

»Su desinterés era á toda prueba: no se presenta en su gobierno ni un pequeño rasgo de venalidad.

»Su conducta como cristiano era edificante por la frecuencia de los sacramentos.

»Su casa se asemejaba á un monasterio, y su esposa, D.ª María Rosa Gastón, era un modelo de virtud.

»Su amor y fidelidad al rey no eran los de un vasallo, sino los

de un hijo que idolatra á su padre y le procura todo honor: sus cartas están llenas de respeto, y sus expresiones eran nacidas de un corazón amante: dudo que en toda la monarquía hubiese un súbdito que amase más á su soberano.

»Este fué D. Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito: escribo á presencia de los que le conocieron, y aunque por un yerro de opinión pesó su autoridad sobre mí, que era un hombre pobre y desvalido, conozco y preconizo sus virtudes, y no temo ser desmentido: lo amé por ellas, y lo amé porque amó á los mexicanos y los miró como á hijos.

»Separado del vireinato, con ignominia no suya, sino de los que lo despojaron, ultrajando sus canas, su dignidad y respetos, se pasó á vivir en la Rivera de San Cosme, en la casa de D. Gabriel Yermo, sin querer admitir la guardia que le ofreció Novella: hacíansela sus virtudes y se paseaba solo como un particular, bien seguro de que ningún mexicano, aunque hubiese sido el mayor malvado, le habría faltado al respeto, porque todos le amaban... No temo asegurar que si el gobierno del conde del Venadito dura diez años, la América Mexicana se hubiese repuesto al estado brillante en que se hallaba en 1810, cuando estalló la revolución de Dolores (1).»

## XVI

Pocos momentos después de haber sido separado tumultuariamente de su elevado puesto el conde del Venadito, aquel mismo D. Joaquín que doblegado al peso de sus años y sus infortunios vimos en uno de los capítulos precedentes entrar en la oficina del impresor Marcos en la calle de Tacuba, llevaba poco más ó menos idéntico camino, trayendo con gran dificultad cargado el cuerpo, muerto al parecer, de nuestro amigo D. Juan Antonio Olazagoitia.

Al llegar frente á la puerta de la imprenta levantó como pudo el aldabón de hierro, que produjo al caer un ruido nada fuerte.

Fué sin embargo lo bastante para que Marcos acudiera presuroso preguntando quién llamaba.

(1) D. Carlos María de Bustamante.

D. Joaquín contestó:

—Abre, Marcos, pronto, por caridad.

Marcos abrió en el acto, y una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios.

—¿Qué es eso, D. Joaquín? ¿quién es ese infeliz?



Trajo Marcos una gran taza

—Pronto, Marcos, ayúdame, porque ya no puedo con él: pronto, pronto, á tu cama y que tu hija vaya en el acto á buscar al doctor Oliva.

Obedeció Marcos sin añadir ni una palabra más, y Olazagoitia quedó al fin acostado sobre la humilde pero limpia cama de Marcos.

D. Joaquín desnudó lo mejor que pudo á D. Antonio, y al fin descubrió una herida que en el costado de nuestro amigo se abría unas dos pulgadas debajo del corazón.

Trajo Marcos una gran taza con agua limpia y fresca: D. Joaquín

empapó en ella varios trapos cuidadosamente doblados, y los aplicó sobre la herida procurando estancar la sangre, que por fortuna no era muy abundante.

El doctor Oliva, que no se hizo esperar, perfeccionó la curación, y al fin dijo tranquilizando á D. Joaquín que estaba más pálido que el herido:

—Si no sobreviene algún accidente inesperado, este caballero no morirá de esa herida, causada sin duda por algún hombre que tuvo miedo al causársela.

—Sí, vive Dios,—replicó D. Joaquín,—lo adivinó usted, doctor; ignoro el nombre y los antecedentes del asesino; pero le ví herir á este hombre y ví que hirió como hieren los cobardes, á traición y con ventaja.

—¿Asesinato y traición ha dicho usted?

—Sí, doctor, asesinato y traición.

—¿Luego quiere decir que este caballero es víctima de un crimen?

—¡Pues qué otra cosa creía usted?

—Creí que podía haber sido herido con motivo de la prisión de Apodaca.

—Qué ¿sabía usted?...

—Todo: en mi calidad de médico militar y de europeo, asisto á las tenidas de las logias...

—Comprendo: ¡es usted enemigo del noble y desventurado virey!

—Nada de eso: soy liberal, sí, pero enemigo de todo desorden.

—En ese caso...

—Sí, no he querido tomar participio directo en la destitución, y desde esta tarde he permanecido encerrado en mi casa, de la cual no hubiese salido á no ser por las instancias que me hizo el muchacho que fué á buscarme.

—¿Ignora usted entonces si se ha llevado á efecto la destitución?

—Sí y no.

—¿Qué dice usted?

—Digo que nada sé de cómo la destitución ha sido hecha, pero sí tengo la convicción de que la han hecho.

—Me consta que los conjurados disponían de las fuerzas y elementos necesarios para llevarla á cabo.

—¡Es verdad! todo ha salido como se lo prometieron.

—¿Lo sabe usted?

—Lo sé, doctor; merced á los buenos amigos que tengo entre los europeos y merced también á mi calidad de masón pude estar en el palacio durante la destitución.

—¿La presenció usted?

—No, doctor, pero enterado estoy de todos los pormenores.

—Y... ¿qué tal? ¿opuso Apodaca mucha resistencia?

—Unicamente la dé su dignidad personal.

—No entiendo.

—Quiero decir que no se resistió sino á que le pusieran en ridículo.

—¡Cómo! ¿acaso se han portado con él con villanía?

—Difícil es contestar á esa pregunta,—replicó D. Joaquín dudando en responder.

—Puede usted hablar con entera libertad, sin abrigar temor alguno de ofenderme.

Desde el primer instante he comprendido que usted desaprueba lo que se ha hecho, y puede usted estar seguro de que yo no sólo lo desapruebo sino que lo repruebo.

Y lo repruebo más de lo que usted puede hacerlo, porque al fin y al cabo el paso que han dado los conjurados redundará en beneficio de la causa que usted como americano defiende y en perjuicio de los intereses de España que yo, como europeo que soy, quisiera que nada padeciesen.

—Tiene usted razón, doctor; es usted un noble é hidalgo español de los pocos, poquísimos que dentro de algun tiempo quedarán entre nosotros.

Dice usted bien, el paso que de dar acaban los compatriotas de usted, garantiza y asegura la independencia de estos reinos, y sin embargo hubiese querido por honor de España y de mi patria que ese paso no se hubiera dado.

España y los españoles deberían haber luchado contra nosotros hasta el final y último extremo.

México habría logrado mayor gloria no debiéndole su independencia á la felonía y traición de sus partidarios de última hora.

Pero nadie es dueño de dictar reglas á lo imprevisto.

Y nada era más difícil de prever que el que hubiésemos de deber nuestra independencia á Iturbide, á quien todos teníamos por el más jurado enemigo de ella.

Todo lo demás es consecuencia de esto.

A los españoles europeos debe el engrandecimiento cuya cúspide toca ya Iturbide con la punta de su victorioso bastón de mando.

Natural es que una vez cometido tamaño error por los españoles, no acierten á detenerse en la pendiente que siguen.

Villano es todo esto; por eso me pareció en efecto difícil responder por temor de ofender á usted.

Me pregunta usted si se han portado los conjurados con villanía, y pues me deja usted en libertad para con libertad responderle, diré que sí, porque en este asunto todo es bajo, pequeño, miserable y villano.

Postergar la autoridad del virey, acusar á Apodaca de ser él el culpable de las defecciones que han hecho triunfar á Iturbide, dudar del españolismo del conde del Venadito, que no creyó posible perdonar la vida de un hombre de los méritos colosales de D. Francisco Javier Mina, ha sido, es y será una villanía, ó mejor aun un tejido de villanías.

## XVII

El doctor Oliva tendió su mano á D. Joaquín, que se apresuró á estrecharla con afecto, y dijo á la vez:

—Tiene razón el valiente é hidalgo *Pensador Mexicano*.

Bien, Sr. Lizardi; conocía á usted de vista y por sus escritos, que por lo mismo que defienden con talento una causa contraria á la mía, me hicieron tener á usted la peor voluntad del mundo.

Pero ignoraba que fuera usted un hombre de tanto corazón como en realidad lo es.

Permítame, en consecuencia, que haciendo á un lado la diversidad de las causas que á uno y otro nos son respectivamente simpáticas, confiese á usted mi error, y le ofrezco mi sincera y cordial amistad.

—Con tanto mayor gusto la acepto,—contestó D. Joaquín,—cuanto que yo nunca quise mal á usted, y aun sin haber tenido el honor de tratarle, pues sólo le conocía de vista, siempre me fué simpático por la justa fama de que goza como eminente facultativo.

—Lisonjero está usted conmigo, y agradeciéndoselo como dimanado de su bondad para con mi pobre persona, ahora ya no sólo mi mano, sino mis brazos, también ofrezco á usted si favorecerme quiere aceptándolos.

—¡Con todo mi corazón!—exclamó D. Joaquín abrazando conmovido al buen doctor Oliva.

Tras de esta demostración de afecto, y una vez serenos los dos nuevos amigos, el doctor dijo:

—Con que sí: ¿usted estuvo en el palacio durante el atentado?

—Estuve.

—Y no fué necesario hacer uso de las armas: ¿es cierto?

—¿Contra quién hubiera podido emplearlas si Apodaca no contaba con quien pudiese defenderle?

—¿Cómo no? los alabarderos y soldados de marina...

—¡Gran puñado por cierto! todos los primeros y pocos de los segundos permanecieron adictos al virey; pero ¿qué hubieran podido hacer todos ellos contra las huestes de los conjurados que cubrían el espacio libre de la plaza con los cuerpos de órdenes militares, Infante D. Carlos, Castilla, compañías de marina y caballería de los llamados Integros?

—¡Sin embargo de haber puesto sobre las armas á tanta gente, nada llegó á noticia del virey!

—Nada; ó así al menos debemos suponerlo, porque cuando los jefes de la asonada, teniente coronel D. Francisco Buceli, y capitanes de órdenes Llorente y Carballo solicitaron entrar á hablarle, Apodaca presidía tranquilo como siempre su Junta de Guerra de todas las noches.

—¿No estaba entonces solo?

—No: le acompañaban los oficiales superiores del ejército real, y entre ellos los generales Liñán y Novella.

La osadía de Buceli, al solicitar hablarle interrumpiendo la junta de guerra, bastó á Apodaca para adivinar de lo que se trataba, y así se lo dijo á los oficiales allí presentes.

La indignación, real en algunos de ellos, fingida en los más, estalló en violentas frases contra los presuntos amotinados.

Pero Apodaca los obligó á moderarse diciéndoles, que en la grave situación en que la cosa pública se encontraba, era preciso, no exaltarse, de modo, que sólo se consiguiese añadirle leña al tuego.

Permitió que los jefes conjurados fueran introducidos á su presencia, y aunque todos ellos penetraron en el despacho, no sólo arrogantes, sino también soberbios é insolentes, tal fué la majestuosa dignidad con que Apodaca se puso en pié al verlos entrar, tal irguió su noble figura, y de modo tal preguntó: «¿qué se les ofrecía á ustedes?» que Buceli, Llorente, Carballo y los demás oficiales, descubriendo é inclinando sus cabezas como avergonzados de su proceder, con voces humildes y apagadas, sólo se atrevieron á decir:

—Señor, hablar á V. E.

—Hablen ústedes,—contestó secamente Apodaca volviendo á sentarse con majestuosa dignidad.

Avergonzado Buceli de haberse dejado imponer por la actitud de su honrado y noble jefe, sacó fuerzas de su flaqueza, y manifestó al virey que las tropas estaban descontentas por el desacierto que notaban en todas las disposiciones militares dictadas por él.

Al tal desacierto atribuyó la pérdida de Valladolid y de Querétaro, el riesgo en que se encuentra Puebla de ser tomada por don Nicolás Bravo, los triunfos diarios de Iturbide y la rendición de numerosos cuerpos y guarniciones realistas.

—Rendición no, defección sí,—observó el general Liñán con provocativo acento.

—Buceli respondió, que en todo caso aquellas tropas y divisiones, no eran directamente responsables de su rendición ó defección, sino la autoridad que á ello las había obligado, dejándolas frente al enemigo abandonadas á sí mismas, y sin esperanza de auxilio.

En tal virtud, las tropas, inspirándose en su amor al rey, y atentas sólo á conservar la integridad de las Españas, pedían por su conducto al virey, se sirviese darse por destituído del mando superior, que podría resignar en el general Liñán, por ejemplo.

Apenas Liñán se oyó nombrar, se puso indignado en pié y con violentas expresiones afeó y condenó la conducta de los jefes de la asonada, produciéndose una confusión tan grande, que durante algún tiempo fué de todo punto imposible entenderse.

Logró por fin, sobreponer el virey su voz á la de todos, y con moderación y dignidad contestó á Buceli, vindicando su proceder, y manifestando que lo hacía, no porque á ello se creyera obligado,



ENTREGO LIBREMENTE EL MANDO MILITAR.

sino porque al dar tales explicaciones era hacérselas al rey mismo, cuyo retrato se encontraba presidiendo la reunión.

Liñán apoyó lo dicho por el virey, y concluyó protestando que por ninguna consideración admitiría el mando que los amotinados le proponían sin derecho de ninguna especie, y poco más ó menos lo mismo dijo Novella.

Sobrevino nueva confusión, que pudo haber llegado á mayores proporciones, si no hubiese calmado los ánimos el brigadier Espinosa, proponiendo como una transacción, que Novella se encargase del mando superior militar y Apodaca del político.

Llorente contestó, que para que aquello tuviera efecto, era indispensable consultar la voluntad de las tropas, y á ruego general, Apodaca consintió en que Llorente saliese á hacer la consulta.

Volvió á poco rato diciendo que las tropas no aprobaban la transacción, y exigían que Apodaca fuese sustituído por Liñán ó Novella, y en caso de que éstos no aceptasen, por el teniente coronel D. Francisco Buceli.

—¡Qué atrocidad!—exclamó el doctor Oliva.

—Así lo estimaron todos á una voz, que no debió mortificar poco á Buceli, saliendo en ello castigado, y en obvio de evitar mayores daños, Novella aceptó el mando que Liñán rechazó una vez más.

Entonces Buceli, que todo lo tenía preparado, presentó á Apodaca un papel concebido en términos indecorosos, atribuyendo la destitución á enfermedades que impedían al conde continuar desempeñando su elevado empleo, y le exigió que lo firmase.

Por más prudente y juicioso que Apodaca quiso mostrarse en aquel acto, la lectura del tal papel le molestó á tan grande extremo, que pálido de ira, le estrujó primero entre sus manos, le rompió después en pedazos y los arrojó lejos de sí, y altivo, majestuoso, severo y digno, midió con una sola mirada la pequeñez de sus enemigos, y pasando á una habitación inmediata:

—Espérenme ustedes aquí,—dijo, y salió.

Cuando volvió á entrar en la sala del consejo, traía en su mano un pliego que por sí mismo leyó en voz alta, y que decía:

«Entrego libremente el mando militar y político de estos reinos, á petición respetuosa que me han hecho los señores oficiales y tropas expedicionarias, por convenir así al mejor servicio de la na-

ción, en el señor mariscal de campo D. Francisco Novella, con sólo la circunstancia de que por los oficiales representantes, se me asegure la seguridad de mi persona y familia, manteniendo la tropa de marina y dragones que tengo, y se me dé además la escolta competente para marchar en el siguiente día á Veracruz para mi viaje á España, dejando á cargo de dicho Sr. Novella con toda la autorización competente, dar las disposiciones y órdenes para la continuación del orden y tranquilidad pública, y entenderse, en vista de esta cesión que hago, con las autoridades tanto eclesiásticas como civiles y militares del reino.—México, cinco de Julio de mil ochocientos veintiuno.—*El conde del Venadito.*»

Leído este papel, lo puso en manos de Novella, y saludando á la reunión con un movimiento de cabeza, salió fiero y altivo de la sala, cerrando la puerta tras de sí.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Después de un momento de doloroso silencio el doctor Oliva, replicó:

—¡Y los amotinados celebrarían su fácil triunfo con gritos y algazara que mortificase al noble anciano!

—Nada de eso,—contestó D. Joaquín:—la actitud de Apodaca les impuso á tal grado, que no osaron levantar ni una voz, y salieron del despacho mudos y cabizbajos, como si asistido hubiesen á unos funerales.

—Quizás dice usted bien: á los funerales de la dominación española en esta América.

Hijos ingratos, las tropas y oficiales expedicionarios, es decir, españoles, han matado el prestigio de su patria en México.

¡Iturbide tiene abiertas las puertas de la capital!

¡Los españoles han hecho la independencia de México!

## XVIII

Olazagoitia, que continuaba rendido, efecto de la calentura, dejó escapar un ¡ay! que sacó al doctor y á D. Joaquín de la abstracción en que uno y otro estaban.

—¿Qué significa ese lamento?—preguntó Lizardi alarmado.

Pero el doctor le tranquilizó diciéndole:

—No hay que asustarse; he dicho á usted, y lo repito, que la herida no presenta peligro de ninguna especie.

No quiere esto decir, que el estado del herido no sea delicado.

Lo es bastante, y si la calentura continúa subiendo pudiera sobrevenir el delirio.

De todos modos, y salvo una complicación que no espero, al amanecer de mañana el herido estará muy mejorado.

—Dios oiga á usted, doctor.

—¿No es indiscreción preguntar á usted, quién es el herido?

—¿Por qué ha de serlo? Empezaré diciendo á usted, que apenas le conozco y que hace años, bastantes años que no le veía, seis por lo menos.

Por cierto que la vaga memoria que de él guardo, va unida al recuerdo de una aventura que inunda de tristeza mi corazón.

Mis opiniones favorables á la independencia de estos reinos, me habían hecho sospechoso al comandante militar de Guanajuato, á cuya ciudad me llevaron asuntos particulares.

Mis enemigos, ¿á quien no le faltan? sin duda representaron contra mí, y cuando más descuidado estaba fuí reducido á prisión.

Considerándola un injustificable atentado, me exalté al extremo de desatarme en injurias contra las autoridades españolas, y el comandante me sometió á un consejo de guerra y fuí sentenciado á ser pasado por las armas.

Resignado y decepcionado de las cosas de este mundo, meditaba en la eternidad cuyas puertas iban á abrirse para mí pocas horas después, cuando el centinela encargado de vigilarme, me facilitó la evasión de mi calabozo sin querer darme explicaciones de ninguna especie.

Ignoro desde entonces á quién debo mi salvación.

Púseme en fuga con la premura que el caso demandaba, pero no habíame alejado gran trecho de la cárcel, cuando escuché la voz de alarma de los centinelas.

Mi fuga había sido descubierta.

Continué huyendo sin saber cómo ni por dónde, seguido siempre por mis perseguidores, y cuando comprendí que las fuerzas iban á faltarme, me metí por una ventana que ví abierta en el piso bajo de una casa de los suburbios.

Viniendo de la oscuridad, el resplandor de las luces que en la habitación ardían me deslumbró y nada ví al pronto.

Pero sí pude oir la voz de un hombre, español por el acento, que me dijo con rapidez:

—¡La habitación inmediata tiene una ventana que dá sobre el río: salte usted por ella!

Obedecí maquinalmente y aterrado.

Aterrado, sí; había consentido ya en mi salvación y á mis oídos llegaban las voces de mis perseguidores que iban á darme alcance.

Pasé ä la habitación que se me había indicado.

Marchando á tientas, pues la oscuridad era absoluta, busqué la ventana y logré hallarla, pero al ir á saltar por ella, tropecé con un objeto que no había percibido y el objeto cayó al suelo é hirio mis oídos el llanto lastimero de una criatura recién nacida.

En mi torpe atolondramiento había yo derribado una cuna.

El instinto de la conservación me hizo no detenerme á reparar el mal causado, y salté por la ventana.

Pero con espanto extraordinario me sentí sujeto por la ropa, y quedé en suspenso sobre el abismo.

Pronto, sin embargo me repuse y pude notar que no era ninguno de mis perseguidores quien en tan difícil situación me mantenía.

La ventana se había cerrado al saltar yo por su abertura, cogiéndome fuertemente por mi gabán.

El abismo que se abría á mis piés, me impuso á mi pesar, y determiné no hacer movimiento de ninguna especie que á él pudiera lanzarme.

Pronto llegaron á mis oídos, á través de las maderas de la ventana, voces que poco á poco se me hicieron perceptibles.

El hombre que me había salvado altercaba con los soldados mis perseguidores.

—Son ustedes unos necios,—le oí decir:—de un hombre como yo no puede sospecharse que sea capaz de amparar á un traidor al rey.

—Perdone usted, Olazagoitia,—replicó una voz, sin duda del oficial.

—No perdono,—contestó mi hombre,—y puesto que mientras ustedes han perdido su tiempo en molestarme, el fugitivo se habrá puesto fuera de su alcance, é inútil es la persecución. exijo á ustedes que me acompañen á casa del comandante militar.



PERO CON ESPANTO EXTRAORDINARIO...



D. AGUSTIN YTURBIDE.

—¿Será usted tan poco generoso que pretenda quejarse de nosotros?—preguntó la voz que yo supuse del oficial.

Y el preguntado contestó:

—Nada menos que eso, y por segunda vez me ofenden ustedes: pero necesito de toda precisión ver al comandante, y como debo seguir la misma dirección que sin duda ha seguido el fugitivo, pudieran ustedes ó sus compañeros tomarme por él y jugarme una mala pasada.

Dicha esta última palabra, ninguna otra volvió á llegar á mis oidos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Yo no podía continuar en la dificil situación que guardaba.

Después de inauditos esfuerzos, conseguí cogerme de las barillas de hierro que servían para mantener volada la cortina de sol de la ventana, trepé sobre el poyo destinado á contener macetas, y volví á entrar en la habitación en que había tropezado con la cuna.

Un grito de horror se escapó de mis labios.

Por la abertura de la puerta que comunicaba las dos piezas que yo había atravesado, distinguí las luces que al venir de la oscura calle me deslumbraron.

Las producían cuatro gruesos blandones de cera, ardiendo á la cabecera y á los piés de un miserable lecho en que un cadáver dormía su último sueño!

## XIX

D. Joaquín continuó refiriendo su aventura de la siguiente manera:

Me encontré enteramente sólo en aquella casa compuesta de las dos únicas piezas que ya me eran conocidas.

Todo revelaba en ellas la más absoluta miseria, pobreza y escasez.

Quise retirar mi vista del cadáver y busqué á la criatura á quien impensadamente había yo derribado de su cuna.

Allí estaba la cuna, pero no la criatura.

Me estremecí de pavor: aquella noche fatal no fuí dueño de mí mismo.

No quise permanecer más tiempo en aquel miserable albergue, cuya pobreza me hacía daño, y en el cual me desvanecía el mal ólor que el cadáver exhalaba.

Al pasar á su lado, sin poderlo remediar, fijé involuntariamente mi vista en el rostro del cadáver.

Si bajo mis piés se hubiese de improviso abierto la tierra, no habría sido mayor mi espanto.

El cadáver era el de una mujer, madre tal vez de la criatura de que he hablado á usted.

Y aquella mujer, que sin duda llevaba más de dos días de muerta, tan desfigurada así estaba, era, doctor, una mujer que yo había, en vida, amado con todo el entusiasmo de mi corazón!

—¡Dios mío!—exclamó el doctor impresionado con la dolorosísima expresión que D. Joaquín acababa de dar á sus palabras.

—Sí doctor,—continuó diciendo D. Joaquín,—aquel cadáver era el de la mujer que más he amado yo en mi vida, y de la que siempre me separó inflexible el destino.

El caso no era para menos, y caí sin sentido á los piés de su humilde, de su miserable lecho de muerte.

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel estado?

No lo sé.

Pero al volver en mí, un hombre estaba á mi lado.

Por la voz reconocí en él á mi salvador.

—¡Salga usted inmediatamente de aquí, desventurado!—me dijo: —salga usted y huya antes que se haga de día: el comandante ha puesto en movimiento casi toda la gente de que ha podido disponer: salga usted, pronto, pronto, salga usted.

No sé ni cómo obedecí ni si le dije palabra alguna.

Pero salí, y me salvé de mis perseguidores, dejando sin otro contratiempo la ciudad.

Después pasaron meses y más meses, casi seis años, como he dicho á usted, y sin embargo, nunca he podido olvidar aquella noche fatal.

Ahora bien, doctor, aquel hombre era, no me cabe duda...

—¿Este caballero que ahí está herido?

—Sí, doctor: él es sin duda, y en tal caso, su apellido es Olazagoitia.

—¡Extraordinario suceso!

—Diga usted mejor providencial.

Providencial, sí: porque sólo Dios, sabiamente previsor é infinitamente justo, pudo ponerme cerca de este caballero, en el momento en que iba á poder corresponder al beneficio inmenso que en aquella memorable noche me prestó.



¿Cuánto tiempo permanecí en aquel estado?

¡Oh! Dios quiera devolverle la salud y proporcionarme esta ocasión de demostrarle mi gratitud!

—Dios se lo concederá á usted, amigo mío: puedo ofrecérselo así, en nombre de la ciencia, hija de Dios.

—¡Oh! ¡doctor, gracias, muchas gracias! no sabe usted cuánto consuelo y cuánta fe me infunden sus palabras.

Sólo una cosa me aflije y apesadumbra.

—¿Cuál es ella?

—El no tener ni la más leve noticia de si éste caballero tiene en

México familia que pueda estar inquieta ignorando su paradero.

—Aguarde usted;—replicó el doctor recapacitando.

—¿Qué, acaso usted sabe?...

—Nada seguro: veo á este caballero por primera vez en mi vida.

—¡Entonces!...

—Pero... vamos á ver: dice usted que supone que este caballero se llama Olazagoitia?

—Puedo asegurarlo; oí su apellido en aquella memorable noche, absolutamente todas sus circunstancias se han reproducido en mi memoria, tan vivas como en el momento en que ocurrieron.

El doctor Oliva volvió á recapacitar y repetir como quien llama con insistencia á las puertas de la memoria:

—¡Olazagoitia, Olazagoitia! donde diablos he oído yo antes de ahora este apellido.

—¡Ah! doctor, amigo mío, haga usted por recordar.

—Sí, sí, ya recuerdo.

—¿Qué, qué cosa?

—Sí, hace algún tiempo, bastante tiempo, fuí llamado para auxiliar en su primer parto á... ¿á quién? Dios mío. ¡Qué memoria tan fatal la mía! Bien es verdad que son tantas las señoras que me han buscado en casos semejantes...

—Por Dios, doctor, recuerde usted.

—Sí, fué la señora... pero no; no fué entonces: esto pasó antes, mucho antes; sí... ya dí con ella: fuí llamado para auxiliar el parto de una hija de la señora D.ª Clarita Gutiérrez, viuda... justo, sí; viuda de Olazagoitia.

—¡Viuda!—exclamó D. Joaquín—imposible, este caballero es el Olazagoitia que yo conozco...

—¡Toma! ¡toma! ¿y eso qué prueba? ¿no puede haber sido aquel Olazagoitia hermano, pariente al menos de éste?

—¡Es verdad!

—¿Quién quita que esto pueda ser un dato?...

—¡Oh! sí; tiene usted razón. ¿Dónde vive esa señora?

—Pues, qué, ¿ni siquiera de nombre la conoce usted, D. Joaquín?

—¿De nombre?... ¿ha dicho usted Clarita?

—Justo.

—¿Quizás la decidida partidaria de los iturbidistas?...

—La misma, exactamente la misma.

—¡Diablo! ¿sabe usted que en ese caso nos será más fácil de lo que yo creía, dar con el autor del asesinato de este caballero?

—¿Qué dice usted?

—Digo que la famosa D.ª Clarita tiene por su agente á un bribonazo de primera marca, que llaman el Padre Bernardo.

—¿Un sacerdote?

—Un sacerdote, sí, que ignoro por qué el arzobispo no ha puesto hace mucho tiempo á raya, pues no yo solo sino todo el mundo sabe, que el tal Padre Bernardo es un bribón, indigno de pertenecer á la clase sacerdotal.

## XX

El doctor Oliva estaba admirado de lo que oía: tan imposible así le parecía que hubiera un sacerdote capaz de merecer el concepto que del Padre Bernardo tenía D. Joaquín.

—¡Pero eso es posible!—preguntó.

Y tanto que lo es. Pero á mí si que se me hace imposible que no conozca usted de fama al tal padre.

—Confieso que no le conozco.

—Pues puedo asegurar á usted que más de una vez se ha tratado de él en la logia.

Es hombre que no puede ver ni pintados á los masones, y ha procurado causarles cuantos perjuicios...

—Aguarde usted; sí, recuerdo en efecto, que en la logia se creyó que un cura había sido el autor del asesinato de nuestro hermano Gayangos, desaparecido de un modo inexplicable de México la víspera del día en que debía haber salido á desempeñar una difícil y peligrosa comisión.

—Justo. Pues el tal cura de quién se sospechó...

—¿Fué ese Padre Bernardo?

—El mismo.

—Pues juro á usted, que lo había olvidado completamente.

Bien es verdad, que si mi memoria no me es infiel, nunca pudieron confirmarse las sospechas de los acusadores.

—Así fué en efecto. Pero basta para saber lo que puede ser un hombre en quien tales sospechas recaen.

—Dice usted bien; pero ¿qué ha tenido que ver ese hombre en el asesinato de este caballero?

¿Por qué sospecha usted de él?

—Voy á decírselo:

Disponíame á salir del palacio una vez llevada á cabo la destitución de Apodaca, cuando llamó mi atención, la para mí muy conocida figura del Padre Bernardo, que conversaba con un hombre de mala traza, en el ángulo del patio grande más próximo á la escalera.

Mucho me extrañó verle en el palacio á tales horas, y más aún cuando en él se ventilaba un asunto ideado y puesto en planta por masones; pero preocupado con lo que acababa de suceder, seguí adelante mi camino sin tratar de meterme en averiguaciones.

Detúvome el centinela en la puerta de salida por no ir yo provisto de la contraseña repartida por los conjurados, contratiempo que también sufrieron el canónigo Mendiola, el oidor Campo Rivas y el marqués de Salvatierra, que se retiraban de la tertulia de la vireina, sin tener noticia alguna de lo que pasaba.

Un oficial de Ordenes que por fortuna llegó á pasar, me conoció, vino hacia mí, y mandó al centinela que me dejase libre la salida.

Al ir á pasar yo el postigo tropezó conmigo un hombre que, entregando la contraseña, no encontró impedimento alguno en el centinela.

Volvíme á mirarle y reconocí en él al individuo de mala traza que había visto conversando con el Padre Bernardo.

Despertó mi curiosidad el que un tal personaje estuviese provisto de la contraseña susodicha, y como notase, además, en él cierta agitación y sobresalto ocurrióseme seguirle.

Así fué como le vi ocultarse en la sombra de uno de los grandes postes ó columnas que sostienen las puertas de hierro del círculo de la plaza en que está la estatua del rey D. Carlos IV.

Un instante después, pasaron cerca de la verja un hombre y un niño que á juzgar por el tamaño de su cuerpo no contaba más de cinco ó seis años.

Mi individuo los dejó pasar, y cuando de él estaban á unos diez



Mi individuo los dejó pasar, ...

ó doce pasos, salió de la sombra y se arrojó sobre el hombre, que lanzó un grito de dolor y cayó sobre el empedrado.

El asesino tomó entonces en sus brazos al niño y se perdió entre el grupo de las tropas de los conjurados que se retiraban á sus cuarteles con bastante desorden, pues muchos soldados habíanse emborrachado.

Seguirle hubiera sido imposible, y menos aún alcanzarle.

Corrí, pues, á prestar mis socorros al herido, que continuaba lanzando lastimeros ayes.

—¡Me muero!—exclamó al acercarme á él, é incontinenti perdió el conocimiento.

Le tomé yo en mis brazos lo mejor que pude y le conduje con mil dificultades hasta aquí.

—Luego, es...

—Sí, este caballero es la víctima del susodicho individuo.

—Luego, podemos suponer que el objeto del asesino fué apoderarse de la criatura!

—Es indudable.

—¡Horror! Este caballero quizás es casado, quizás el niño robado es su hijo... ¡Horror! ¡horror!... ¿cómo decirle á su infeliz esposa que su marido está herido y que le han robado á su hijo?

Necesario es ver lo que hacemos.

¿Cómo no me lo dijo usted antes?

—Amigo, la verdad, es que no sé ni dónde tengo la cabeza.

La destitución infame del virey.

El temor de que este infeliz Olazagoitia se muriese como había dicho antes de cerrar sus ojos.

El recuerdo de la aventura que he referido á usted y que despertó en mí la fisonomía del herido.

Todo esto y la debilidad propia de mis sufrimientos, más que de mi edad, han hecho, lo repito, que no sepa ni dónde tengo la cabeza.

—¡Oh! es necesario ver lo que hacemos—replicó el doctor levantándose como si se preparase á salir.

—¡Qué es eso! ¿va usted á dejarme?—preguntó Lizardi.

—La verdad es que no sé ni lo que pienso hacer.

—No me deje usted, se lo suplico.

Dice usted que al amanecer mejorará la situación del herido.

Si en vez de mejorar, por cualquier circunstancia empeorase ¿qué haría yo sin usted?

No, doctor, no se vaya, se lo suplico una vez más.

A costa de cualquier sacrificio, quiero que este hombre se salve.

Comprendo su generoso impulso.

¡Quisiera usted ponerse cuanto antes en aptitud de dar con el raptor del niño!

¿Pero quién podrá indicarle lo que deba hacer?

Va usted á alarmar, inútilmente tal vez, á la esposa de este caballero?

Quédese, doctor; esperemos mejor á ver si el herido vuelve en sí; y si así sucede, él mejor que nadie podrá darnos los primeros informes.

—Tiene usted razón,—contestó el doctor Oliva, volviendo á tomar su asiento.

## XXI

Contra las previsiones del doctor Oliva, al irse acercando la madrugada del 6 de Julio, el estado del herido se agravó extraordinariamente.

La fiebre adquirió una estupenda intensidad.

El enfermo se quejaba sin interrupción de un solo instante, y sus lamentos partían el corazón de los oyentes.

—Lo vé usted, doctor,—observó D. Joaquín, qué bien hizo en quedarse?

Pero el doctor no contestó.

Con extraña preocupación fijaba su vista en el rostro del enfermo, á la vez que le tomaba escrupulosamente el pulso.

—¿Qué sucede?—preguntó Lizardi alarmado con un gesto de disgusto que sorprendió en el entrecejo de su amigo.

—Quisiera engañarme,—contestó,—y sin embargo, cada vez me parece más evidente.

—¡Qué cosa, doctor! hable usted, por todos los santos del cielo.

—Los asesinos de Olazagoitia son mucho más miserables de lo que nos lo hubiéramos figurado.

—Y eso significa...

—Significa que este hombre está envenenado.

—¡Horror! quizás el puñal...

—No, el veneno no debe haber estado en la hoja del arma homicida.

—¿Se lo administraron antes de herirle?

—Sí, antes.

—Y después quisieron por medio del puñal...

—Sí, quisieron enmendar el yerro que habían cometido.

—¿Enmendar, dice usted?

—Sí, necesitaban mucho sin duda que este hombre muriera, y el veneno que le han hecho beber no tiene poder bastante para causarle la muerte.

—Doctor Oliva, estoy admirado de la seguridad con que usted habla como si leyendo estuviera en un libro.

—Amigo mío: la medicina es todavía un caos para la humanidad, pero Dios permite que de vez en cuando brillen en ese caos algunas chispas de la luz de esa ciencia que sólo su Omnipotencia infinita posee en lo absoluto.

—Es verdad: mientras el hombre no sepa producir la vida no podrá conjurar la obra de la muerte.

—Dice usted bien; por lo tanto, en vez de admirarme, bendiga usted á Dios, que permite que el hombre que como yo ama como lo manda el Evangelio á sus semejantes, pueda alguna vez penetrar con su mirada en la oscuridad de ese caos.

—¡Oh!—exclamó D. Joaquín,—ustedes los médicos son los verdaderos sacerdotes de Dios.

—¡Cuánto se engaña usted, amigo mío! son tan pocos, tan extraordinariamente pocos, los que tal pudieran pretender!...

Si pudiese usted penetrar con su mirada en el corazón y en el cerebro de la inmensa mayoría de los médicos, la retiraría usted horrorizado.

Ni el tenido por más sabio deja nunca de caminar á tientas.

Ni puede ser de otro modo.

Mientras como muy bien ha dicho usted, el hombre no pueda producir la vida, mientras no disponga de otro libro de estudio que el cadáver expuesto en la tabla del anfiteatro, nada o muy poco puede llegar á saber.

Esta invencible dificultad hace de la mayoría de los médicos unos seres más bien nocivos que benéficos.

Irritados de no encontrar lo que la religión y el vulgo llaman el alma, osan afirmar que no existe, y de hipótesis en hipótesis van á caer en una incredulidad fatalísima para la humanidad.

Convencidos de su impotencia actual, no luchan, ó luchan sin fe y hacen del enfermo un vil objeto de experimentación.

Y juzgan tan miserable nuestra flaca naturaleza que acaban por no conmoverse ante los sufrimientos de la máquina humana, que muchos juzgan que ellos habrían construído mejor si Dios, la naturaleza, ó el acaso les hubieran á ellos consultado.

Muchos de los que así piensan hacen de la medicina una villana y abominable especulación; y corren á la cabecera del lecho del enfermo, por la paga que han de recibir, y nada más que por la paga, pues llevan desde luego la conciencia de la inutilidad de una lucha con lo desconocido, ó, lo que aun es peor, de su ignorancia hábilmente disimulada.

Esto explica la impasibilidad casi absoluta de muchos de ellos: esto explica el vidrioso carácter con que se ofenden con una desventurada familia, cuando esa familia busca la cooperación de otro médico, no porque desconfíe del que se llama de cabecera, sino porque todo, absolutamente todo, es justo, natural y disculpable en una madre que teme perder á su hijo, en un esposo que teme con la ausencia de la mujer amada la orfandad de sus hijos, en un hijo que ve próximos á enmudecer los labios que con dulces palabras le arrullaron en la cuna, deleitándole con su maternal armonía, bastante por sí sola para obligar al hombre pensador á no considerar como una desgracia el haber nacido.

¡Oh! basta esa sola facilidad de ofenderse en semejante caso, para medir la vanal pequeñez de su soberano orgullo, y es el orgullo vicio que nulifica á todo hombre, cualquiera que él sea, y más que á cualquier hombre al que la medicina ejerce.

Porque el orgullo ciega como círculo de hierro que venda los ojos y ¡ay de aquel que en terreno desconocido toma á un ciego por guía!

De intento no quiero hablar á usted de las causas que las más de las veces reconoce esa vidriosa susceptibilidad del médico, porque tendría que decir que entre esas causas está la del temor de que

los llamados á la consulta descubran los errores cometidos en la curación: de este modo, anteponiendo su vanidad profesional al interés de la humanidad, el falso médico sacrifica á su infeliz enfermo y le deja morir, seguro de que no descubrirá el secreto de su ignorancia.

No amigo mío: la medicina puede ser un sacerdocio, pero por desgracia no lo es.

Hay el Dios, la humanidad: hay el código, la caridad y el amor al prójimo: tiene su culto, el estudio; pero no ha venido aún el Mesías que con su divina personalidad nos guíe por el laberinto de la más oscura ciencia que al hombre le es dado perseguir.

Jesucristo dejó resuelto el problema de la salvación de las almas.

Nos falta el Jesucristo que nos haya de enseñar á salvar los cuerpos.

¿Vendrá algún día?

Quizás no.

Entiendo para mí que la medicina fué uno de los frutos del árbol famoso de la ciencia del Bien y del Mal, que á los padres del género humano les costó el ser arrojados del paraíso.

## XXII

Mientras así estuvo hablando el doctor Oliva, no descuidó el estado grave del herido, y á la vez que hablaba preparaba una pócima con varios medicamentos que tomó del botiquín que consigo había llevado.

Hizósela beber después al herido, propinándosela en pequeñas cucharaditas de cinco en cinco minutos, hasta llegar al número de diez cucharadas.

Volvió después á tomar asiento y dijo:

—Torpe anduvo el criminal, autor de este envenenamiento.

La cantidad de tósigo que administró á Olazagoitia sólo fué lo bastante para provocarle náuseas y vómitos, que es lo que creo haber impedido con estas cucharadas, que á la vez neutralizarán el efecto del veneno.

—¿Y cómo se explica usted esa torpeza? — preguntó D. Joaquín.

—Muy sencillamente, y podría jurar que estoy en lo cierto.

El veneno debe haberle sido administrado en alguno de los alimentos que este caballero esté acostumbrado á tomar.

Pero sin duda estuvo mal preparado, en cuyo caso el veneno tiene un sabor acre muy marcado.

Notaría Olazagoitia dicho sabor, y si lo notó debió repugnarle el alimento, y repugnándole lo dejó sin acabar.

—¡Ah! sí, lo notaría así el envenenador y...

—Justo: buscó un miserable que reparase el yerro cometido, dándole una puñalada.

—¿Y ese veneno traerá alguna complicación con la herida?

—Ninguna, merced á Dios y á las cucharaditas que le hemos dado.

Sin ellas sí pudo haber originado un grave accidente.

Las náuseas que le hubiese producido pudieron haber dado margen á una hemorragia en la herida, que quizás, quizás, no hubiéramos podido contener.

Por fortuna y gracias á la previsión de usted que me hizo quedarme aquí, llamó mi atención el estado del enfermo, y adiviné la probable presencia de las náuseas; y poniéndome en el caso que estamos, esto es, en el de evitar las consecueneias de una tentativa de asesinato, induje que bien podrían haber empleado á la vez el veneno y el puñal para deshacerse de este hombre, y creo que á los primeros síntomas dí con el remedio.

Hé aquí todo el secreto de la facilidad con que leo como en libro abierto en la naturaleza de este caballero, y que tanta admiración causó á usted, quien con ella me hizo un honor que no merezco.

—Quizás usted podrá creerlo así, pues está en los secretos de su profesión; pero yo, pobre profano, admiré de buena fe, y diga usted lo que dijere, continuaré admirándole.

Bien haya, sobre todo, mi admiración que dió motivo al elocuente discurso que hace un instante escuché de sus labios.

—Hablo con el corazón, y nada más, amigo mío.

Pero vea usted bien de no repetirlo á nadie y menos aun á algún médico.

Me atraería usted su odiosidad y sus invectivas.

Los médicos no gustamos decir la verdad sobre lo que de nosotros y nuestra ciencia creemos.

Si así no lo hiciésemos, haríamos partícipes de nuestra incredu-

lidad á los enfermos, y nos privaríamos de ganar los medios para nuestra subsistencia á costa de la credulidad de nuestros clientes.

Al decir esto el doctor Oliva, miró á D. Joaquín sonriendo burlonamente.

—Doctor, no diga usted eso ni aun en broma, y menos todavía se incluya usted á sí mismo en la regla general.

Si hay, como usted dice, muchos médicos que así piensan, no es usted uno de ellos; no, no lo es usted, yo lo juro por usted.

—Gracias, muchas gracias, amigo mío.

—No hay por qué, doctor; estoy seguro de hacerle justicia.

—De lo que yo estoy seguro, — observó el doctor, — es de haber hecho por completo la conquista de usted.

—¡Oh! ¡Doctor, así es la verdad! — contestó Lizardi conmovido.

—No me extraña,—replicó no menos conmovido el doctor:— no me extraña, repito, por más que me complazco en ello.

Es usted poeta, es decir, un soñador, un hombre de todo corazón.

Acostumbrado á imaginárselo todo, aun el mal y el dolor, más bello de lo que es en realidad, á todo también atribuyen ustedes cualidades que no siempre tiene.

Hablé á usted con franqueza, que no por no acostumbrarse deja ser debida, y por ello me está usted creyendo mejor que cualquiera de los de mi profesión.

No, amigo mío, ni soy peor ni más bueno.

Yo, como cualquiera de ellos, lucho con lo desconocido y no sé más que lo que me enseñan la práctica y una experiencia que á sí mismas se desmienten á cada instante.

Como hombre es otra cosa: no me creo peor que ninguno.

Las desgracias y los infortunios ajenos me afligen y preocupan, casi tanto como los míos propios.

Puedo decir que en muchas ocasiones, más que los míos propios.

Y es que medito en la responsabilidad moral, en la responsabilidad que ante su conciencia tiene el médico que no es un hombre canalla.

Esa responsabilidad moral, esa responsabilidad ante mi conciencia, me ha hecho más de una vez preguntarme si en realidad de verdad, el hombre hace bien en dedicarse á la medicina.

Nunca he podido contestarme de un modo satisfactorio.

Ser llamado por una familia que nos confía la vida de sus seres queridos, y no poseer la ciencia bastante, la ciencia necesaria para corresponder á aquella confianza, la mayor que el hombre puede depositar en el hombre, es un espantoso suplicio para el médico que aun tiene conciencia y corazón.

No soy timorato, pocos médicos pueden serlo de buena fe; pero aseguro á usted que cuando en un caso difícil triunfo de la enfermedad, mi corazón se eleva á Dios en entusiasta acción de gracias, porque me permitió volver la paz, la felicidad á una desolada familia.

En cambio, cuando lucho en vano, cuando entre las lágrimas de los padres, los hijos, los hermanos que cercan un lecho de agonía, veo venir la muerte, hacer presa en su víctima y llevársela al fin, la vista del cadáver me espanta, y temeroso vuelvo mi vista á Dios como pidiéndole perdón de la parte que en aquella muerte haya podido tener yo.

Comprendo que esto es casi una demencia, comprendo que la mayoría de los médicos no dan importancia al suceso y responden á cualquiera intencionada alusión recitando de corrido la lista de las personas que en su sentir le deben la vida; pero allá á sus solas, en el retiro de su conciencia no podrán por menos de preguntarse, aunque ni á sí mismos quisieran decírselo, ¿puedo estar seguro de que su muerte era irremediable?

No, ninguno podemos estarlo porque ninguno lo sabemos.

Y sin embargo, hay hombres que hacen de la medicina un oficio *¡invita Minerva!*

No, amigo mío: la medicina puede ser un sacerdocio; pero por desgracia aun no lo es!

## XXIII

Acababa el doctor Oliva de repetir las últimas palabras que constan al final del anterior capítulo, cuando tres fuertes golpes resonaron en el anterior de la casa, producidos por el aldabón de hierro de la puerta de la calle.

Quien aquellos tres golpes dió era el criado de confianza del doctor.

Introducido á su presencia y preguntado qué ocurría, contestó:

—Ocurre, señor, que vienen á llamar á usted de la calle de Cadena, número...

—¡De la casa de la señora viuda de Olazagoitia! — exclamó el doctor, interrumpiendo bruscamente á su criado.

—Justamente, señor,—respondió el mozo.

Lizardi miró al doctor con manifiesta sorpresa, y el doctor le contestó con un signo de esperanza é inteligencia, y dirigiéndose al mozo le preguntó:

—¿No sabes lo que puede ocurrir en esa casa?

—Dicen que un envenenamiento.

—¡Un envenenamiento!—repitieron á la vez el doctor y Lizardi.

—Sí, señor; dos veces han venido á llamar á usted, pero la primera dije que no sabía dónde usted estaba.

Pero acaban de volver á avisar, y como quien trae el recado es una pobre mujer, que llora como una Magdalena, y usted es tan caritativo y á mí me dió tanta lástima, vine á avisar á usted.

—Has hecho bien, José, has hecho bien; pero dime, ¿está esperando aún en casa la mujer?

—No, señor; después de darme gracias de rodillas, porque le ofrecí que iría usted inmediatamente, salió corriendo, porque dijo que no perdonaría jamás el que el niño se muriese sin estar ella á su lado para recoger su último suspiro.

Al decir esto, José no pudo contenerse y rompió á llorar, sollozando con angustia.

—¿Qué es eso, José? ¿por qué lloras?

Por toda contestación José dijo:

—¡Pobre mujer, cuánto debe querer á su niño!

—¿Un niño, has repetido? ¿qué clase de niño, buen José?

—Un niño de seis años, señor: vamos á ver si no es una infamia haber envenenado á un niño de seis años, señor!

¡Porque así me lo dijo la mujer, señor!

Ha envenenado al niño un mal caballero que pasaba por su padre y que esta misma noche ha desaparecido, dejando al pobre niñito tirado en medio de la plaza principal, cerca de una de las rejas de la glorieta de la estatua ecuestre; donde lo encontró un pobre hombre del pueblo que lo conocía y lo llevó á la casa de la familia.

Con que irá usted, señor, ¿no es verdad? se lo prometí á la pobre mujer.

—Sí, mi buen José, allá voy inmediatamente; anda tú para casa, ya te sigo.

Cuando José salió, el doctor dijo dirigiéndose á Lizardi, que lloraba también, pero de ira y desesperación.

—Dios en su infinita justicia nos ha elegido á usted y á mí para castigar al autor de este infame tejido de crímenes.

Cada vez veo más claro en este asunto.

A quien han querido envenenar ha sido al niño de que José nos ha hablado: este caballero notó sin duda que el niño repugnaba tomar la bebida en que se le suministró el veneno; quiso saber la causa de su repugnancia y bebió también...

Pero no hay tiempo que perder.

Corro á salvar á esa infeliz criatura.

Olazagoitia, ahora sí podemos decir que es él, no corre peligro alguno.

Si acaso notase usted en él agitación, déle usted hasta otras cinco cucharadas de ese líquido.

Volveré en cuanto me sea posible.

Si por desgracia ocurre algo extraordinario, mándeme usted avisar con José.

Dicho esto, el doctor salió sin detenerse.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y así pasaron dos días.

Dos días eternos, durante los cuales D. Joaquin no tuvo noticia alguna del doctor, quien no había vuelto á su casa.

Lizardi comenzó á tener serios temores de que algo grave hubiese pasado á su generoso amigo.

—Quizás, —se dijo á sí mismo, —las sospechas de Oliva han resultado confirmadas.

Quizás no ha tenido bastante dominio sobre su generoso corazón.

Tal vez ha dejado escapar alguna palabra que lo haya comprometido.

Si esto ha pasado, si los autores del hasta hoy doble crimen han temido verse descubiertos...

¡Oh, me horroriza pensarlo!

Quienes han sido capaces de envenenar á un niño de seis años y

de asestar á un hombre traidora puñalada, pueden ser capaces de todo, hasta de haber asesinado también al doctor.

¡Imposible! ¡imposible! ¡imposible!

¿Verdad, Dios mío, que es imposible?

No, tú no puedes haber permitido un exceso tal en el crimen.

El doctor es un noble é hidalgo caballero que comprende como nadie tus preceptos de caridad y amor al prójimo.

Los buenos como él pueden ser probados en su bondad, pero no por ella castigados.

¡Dios mío, que yo sepa lo que ha sido de él!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquí llegaba D. Joaquín en su ferviente oración, cuando entró pálido y demudado José, el criado del doctor.

—Al fin voy á saber de él,—exclamó Lizardi radiante de gozo, y notando la palidez y sobresalto del criado, preguntó:

—¿Qué es eso, José? ¿qué te ha pasado? ¿qué tienes?

—Señor,—dijo el pobre hombre,—¿dónde está mi señor?

—¡Cómo! ¿no lo sabes tú?

—No, señor, nada sé; pero usted...

—¿Qué he de saber si no he salido de aquí hace tres días? Pero, por Dios, José, ¿qué es lo que pasa?

—Pasa, señor, que en estos momentos están cateando la casa del señor.

—¿Cateando? ¿quiénes?

—La autoridad, señor; los alguaciles, la tropa, todo el mundo, señor, ¡si aquello es un cuartel!

—¿Pero por qué? ¿qué causa?...

—No sé, señor; yo estaba fuera por casualidad, y al volver ví la tropa y me asusté y no quise entrar, y en la calle ví que buscaban á un médico conspirador y masón...

—¡No hay duda!—exclamó D. Joaquín con desesperación. Mis temores salen ciertos, ¡el doctor está perdido!

## XXIV

El último atentado que los españoles hubieron de cometer en la persona de sus vireyes, estuvo muy lejos de producir los efectos,

buenos hasta cierto punto, que la destitución de Iturrigaray produjo.

Fueron, en uno y otro caso, muy distintas las personas y muy distintos los tiempos.

Lo que en 1808 podía producir la unión de los españoles para combatir un peligro general, sólo sirvió en 1821 para disgregarlos y apresurar la descomposición de la vetusta máquina colonial.

El mariscal de campo D. Francisco Novella no logró, por más que hizo, ganarse las simpatías de aquellos á los cuales había sido llamado á gobernar, por los amotinados de la noche del jueves 5 de Agosto.

En vano echó toda la *literatura* de que fué capaz en las proclamas destinadas á darle á reconocer: en vano se mostró en ellas más denodado que el Cid, y dió por prueba de su patriotismo la circunstancia cierta de haber luchado contra los franceses en el parque de artillería de Madrid, al lado de los épicos héroes Daoiz y Velarde en la jornada memorable del 2 de Mayo de 1808.

Las autoridades mismas pusieron grandes dificultades á su reconocimiento, y la Junta provincial contestó á Apodaca el oficio en que le avisó su dimisión, que su renuncia era nula, porque bien claro se desprendía de los términos de la comunicación, que le había sido arrancada á la fuerza, no estando, por otra parte, autorizado á dimitir, como lo había hecho, ni á nombrar sucesor, que en todo caso y según la ley, debía serlo aquel cuyo nombre constase en el pliego que se llamaba *de mortaja*, porque sólo podía abrirse en caso de morir el virey.

El lance pudiera haber tenido funestas consecuencias si no hubiese cedido, como al fin cedió la Junta Provincial, ante la cual prestó Novella el juramento de estilo, por haber manifestado la Audiencia, que, según el nuevo orden de cosas, no le correspondía á aquel cuerpo el tomárselo.

Muchos jefes militares, pretextando diversas causas, renunciaron el mando de los cuerpos que estaban á su cargo, por no cooperar al triunfo de los amotinados, y muchos, de fuera de la capital especialmente, al renunciar á su vez, hiciéronlo sin ocultar el disgusto con que veían el paso que se había dado, que consideraban impolítico y antipatriótico.

Pero Novella no se desconcertó por nada de esto, y, como si se creyese fuerte, comenzó á gobernar con vara de hierro, llevando al campo de la realidad el alistamiento forzoso de los vecinos en los cuerpos de *íntegros,* las requisiciones de armas y caballos y otras providencias por el estilo, que habían acabado por enajenar á Apodaca las simpatías generales.

Novella no se anduvo en chiquitas é impuso severas penas á cuantos pretendiesen resistirse á cumplir sus disposiciones.

Los trató y habló como soldado, y una de sus proclamas, fechada el 24 de Julio, comenzaba con el siguiente bota-fuego:

*Proclama*

*á los egoistas de todas clases, condiciones y estados*

Por lo que pudiera suceder, mandó que violentamente se levantasen ó reparasen las fortificaciones de la capital, y él mismo en persona vigilaba su construcción.

Pero aquello no tenía remedio: habíase tocado á rebato y las consecuencias eran las justas, las racionales y las indispensables.

Todo redundaba en beneficio de Iturbide.

El 7 de Julio, D. Antonio López de Santa Ana estuvo á punto de apoderarse de Veracruz, en la que entró por asalto, haciéndose dueño del Baluarte de la Merced. Fué, sin embargo, rechazado por las tropas del gobernador Dávila, teniendo en ello tanta parte el arrojo de éstas, como la flojedad y poco ánimo de los independientes, excepción hecha de Santa Ana, que se portó con notable valentía.

El día 10 el ejército sitiador de Puebla, al mando de D. Nicolás Bravo y de Herrera, intimó la rendición al comandante de la plaza, Llano, quien manifestó que sólo trataría de ello con el mismo Iturbide, en cuya virtud se firmó por una y otra parte un armisticio.

Varias circunstancias disculparon, hasta cierto punto, la conducta del jefe realista.

Fueron las principales, y no fueron flojas, la desalentadora impresión producida en las tropas expedicionarias, por la impolítica

destitución del virey: la torpeza del famoso realista Concha, que en vez de atacar á los sitiadores con la división destinada á socorros de Puebla, se entretuvo en infructuosas idas y venidas de aquí para allá, lo que le valió que á la tal división se la llamase con burla *la trajinera*, y por último, y por no citar más, la peligrosa exaltación del vecindario angelo-politano, que, excitado por su ilustrísima D. Antonio Joaquín Pérez, representaba día á día, hora á hora y minuto por minuto, al comandante realista los males y peligros que podrían seguírsele á la católica ciudad, si con la llegada del numeroso ejército de Iturbide, los independientes se resolvían á dar el asalto.

Mientras cediendo más á su debilidad que á las clericales amenazas de los poblanos, el realista Llano pactaba con los independientes, la rendición de la ciudad, D. Antonio López de Santa Ana, dolido de su desastre del 7 de Julio en Veracruz, le daba un disgusto á la Historia obligándola á escribir en las hojas de bronce de sus imperecederos libros, la siguiente esplendidísima proclama fechada el 19 en Orizaba:

«¡Veracruz! la voz de tu exterminio será desde hoy en adelante, el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas: en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá á todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto á Roma como Veracruz á México. Sed romanos, pues tenéis Scipiones: ¡Dios os proteje!»

Como se ve, la oratoria y la poesía de aquellos tiempos, no tenían que echarse en cara.

Ambas valían lo mismo.

Bustamente acabó de echar el resto escribiendo en elogio de esta proclama:

«Orestes, agitado de las furias, no se explicaría con más despecho.»

Para tal Cartago tal Scipión: para tal Aquiles tal Homero.

Resultado del pronunciamiento del español europeo D. Pedro Celestino Negrete en Guadalajara, fué la proclamación y jura de la independencia en Tepic el 22 de Julio, ocurriendo de notable en ella el sermón predicado por el ciudadano Bachiller D. Santia-

go Landeribar, quien le puso al imprimirlo la siguiente dedicatoria:

AL PRIMER JEFE
DEL EJÉRCITO DE RESERVA TRIGARANTE
AL IRIS DE PAZ DE LA PROVINCIA
NOVO-GALECIANA
AL PRIMER CIUDADANO Y COMANDANTE
GENERAL EN ELLA
AL DESPREOCUPADO Y GENEROSO BRIGADIER
DON PEDRO CELESTINO
NEGRETE.
FIDELÍSIMO EJECUTOR DEL PLAN
DE LA LIBERTAD AMERICANA
Y DEFENSOR INTEGÉRRIMO DE LOS IMPRESCRIPTIBLES
DERECHOS DEL IMPERIO OCCIDENTAL

No le fué más difícil, porque en aquellos días era la cosa más fácil del mundo tomar ciudades y conquistar provincias; no le fué más difícil, repito, hacerse de la de Oaxaca al capitán D. Antonio León, quien el 30 de Julio entró en la ciudad, en virtud de haber capitulado, con todos los honores de la guerra por de contado, el coronel Obeso, defensor, ó que al menos tenía ese encargo, de Oaxaca.

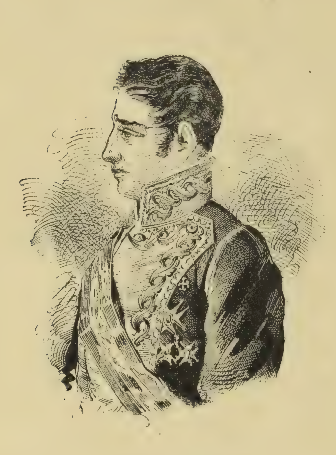
De toda la división de Obeso, sólo cien hombres le acompañaron en su retirada; el resto, tanto europeos como americanos, se unió al vencedor ó quedóse á vivir tranquilamente en Oaxaca.

Y con todo y que tan grandes sucesos se registraron en la historia de aquel mes de Julio de 1821, lo imprevisto reservaba una mayor sorpresa todavía y ésta fué la siguiente:

A la una y cuarto de la tarde del 31 de Julio, hora en que, según Bustamante, llovía á torrentes en Jalapa y se sentía un espantable terremoto, que se ramificó hasta Oaxaca, llegó al puerto de Veracruz con once buques del comercio el Excelentísimo señor don Juan O'Donojú, nombrado por el gobierno de Madrid para reemplazar á D. Juan Ruiz de Apodaca, que, como ya he dicho, había pedido su relevo, por parecerle imposible continuar gobernando este país con arreglo á las prescripciones del sistema constitucional.

Dícese que el célebre Ramos Arizpe, que se encontraba en España, como diputado á Córtes, tuvo mucha parte en la admisión de la renuncia y en el nombramiento de O'Donojú, quien tenía un alto grado en la masonería española.

Se añade que habíase comprometido con Ramos Arizpe y los demás diputados americanos, á hacer la independencia de México, en el sentido, por supuesto, de sacar para España las mayores ventajas posibles.



D. Juan O'Donojú

No es fácil averiguarlo, y en pro y en contra de O'Donojú se ha dicho mucho, y muchos son y han sido los que no le bajan un punto de *traidor*.

Sin meterme yo á calificar, pues no es tal la misión que á mí mismo me dí, sino la de referir hechos que me consta fueron ciertos, sin añadirles comentarios que dejo al buen juicio del lector, paso adelante y continúo mi narración.

O'Donojú se trasladó á Ulúa, y el día 3 de Agosto desembarcó en Veracruz, siendo recibido con toda la pompa que fué posible desplegar al gobernador Dávila, en cuyas manos prestó el juramento de estilo, que debería haber prestado ante el Acuerdo de Oidores, á no haberse hallado interrumpida la comunicación con la capital.

O'Donojú llegó á Veracruz en el navío *Asia*, salido de Cádiz el 30 de Mayo anterior. Supo en Veracruz, por informes de D. José Dávila y D. Mariano Almansa, el estado en que el país se encontraba, y dándole menos importancia de lo que era de esperarse que le hubiese dado, deshízose, según la moda del tiempo, en proclamas en que invitaba á tirios y troyanos á suspender toda clase de hostili-

dades hasta tanto que llegasen los pliegos é instrucciones que habían de venir de España, trayendo la salvación de las Américas.

Con extraordinaria candidez, añadió en esas proclamas, que venía solo, sin tropas que pudieran hacerle temible, y que sería muy bueno que le tomasen á prueba como gobernante, comprometiéndose á dejar voluntariamente el puesto si no le desempeñaba á satisfacción de los más exigentes.

## XXV

Excusado me parece decir que aquellas proclamas produjeron un efecto diametralmente opuesto al que sin duda esperaba su autor.

Ni podía ser de otro modo.

¿Qué menos que el ridículo podía inspirar un lenguaje tal en labios de una autoridad cuyo encargo principal era el de mantener en la dependencia de España, aquella que fué llamada el más rico florón de la corona?

¿Qué respeto podía inspirar quien desde luego se confesaba sólo y débil, y pedía á los súbditos del rey de España licencia para gobernarlos?

Más cauto y práctico fué Novella, que mirándose como O'Donojú, sólo y abandonado, echó por su boca cifras y más cifras, amenazando á los rebeldes con la próxima llegada de numerosos ejércitos, de cuyo envío aseguraba tener noticias de la Península.

La confesión de impotencia de O'Donojú dió un tremendo y perjudicial mentís á las palabras de Novella, que ni aun así se confesó vencido, pues dijo y repitió, que por más que lo contrario asegurase O'Donojú, el rey no podía haber enviado un nuevo representante de su autoridad á un país alzado en rebelión, sin las correspondientes tropas que le apoyasen.

Pero ¿qué valían las seguridades que Novella pretendía dar, si O'Donojú se encargaba de demostrar su falsedad?

Encerrado entre los muros de Veracruz, en la época en que el vómito hacia más estragos, O'Donojú sólo pensó en salir de allí, y al efecto se puso en comunicación con Santa Ana, conviniendo con él en que la entrada y salida á la plaza quedasen francas para realistas é independientes; y que éstos no fuesen molestados

por la guarnición y al *¿quién vive?* se respondiese *Amistad*.

El vómito se ensañó con los recién llegados justificando el temor de que se vieron sobrecogidos.

O'Donojú perdió, con sólo una diferencia de dos horas y media, á sus sobrinos D. Ángel O'Rian y D.ª Vicenta Payno, que fueron enterrados en una misma tarde. Murieron también del vómito siete oficiales de su comitiva y cerca de cien marineros del *Asia*, y otros buques, y otras muchas personas viéronse en gran peligro, entre ellas, otra sobrina de O'Donojú, que por milagro pudo salvar.

Por las comunicaciones que O'Donojú le dirigió proponiéndole una entrevista, comprendió Iturbide que, lejos de ser un obstáculo para sus planes la llegada del nuevo virey, nada como ella podía facilitarle el completo y próximo triunfo.

Aceptó, pues, la invitación, y el 24 de Agosto de 1821, quedaron firmados los célebres tratados de Córdoba, cuyos artículos creo conveniente dar aquí tales como fueron publicados en la *Gaceta Imperial*:

«Tratados celebrados en la Villa de Córdoba el 24 del presente, entre los Sres. D. Juan O'Donojú, teniente general de los Ejércitos de España, y D. Agustín de Iturbide, primer jefe del Ejército imperial mexicano de las Tres Garantías.

»Pronunciada por Nueva España la independencia de la antigua, teniendo un ejército que sostuviese ese pronunciamiento, decididas por él las provincias del reino, sitiada la capital en donde se había depuesto á la autoridad legítima, y cuando sólo quedaban por el Gobierno europeo las plazas de Veracruz y Acapulco, desguarnecidas y sin medios de resistir á un sitio bien dirigido y que durase algún tiempo, llegó al primer puerto el teniente general D. Juan O'Donojú, con el carácter y representación de capitán general y jefe superior político de este reino, nombrado por S. M. C., quien deseoso de cortar los males que afligen á los pueblos en alteraciones de esta clase, y tratando de conciliar los intereses de ambas Españas, invitó á una entrevista al primer jefe del Ejército Imperial, D. Agustín de Iturbide, en la que se discutiese el gran negocio de la Independencia, desatando sin romper los vínculos que unieron á los dos Continentes. Verificóse la entrevista en la Villa de Córdoba el 24 de Agosto de 1821, y con la representación de su carácter el primero, y la del imperio mexicano el segundo,

después de haber conferenciado detenidamente sobre lo que más convenía á una y otra nación, atendido el estado actual y las últimas ocurrencias, convinieron en los artículos siguientes, que firmaron por duplicado para darles toda la consolidación de que son capaces esta clase de documentos, conservando un original cada uno en su poder, para mayor seguridad y validación.

»1.º Esta América se reconocerá por nación soberana é independiente, y se llamará en lo sucesivo «Imperio Mexicano.»

»2.º El gobierno del imperio será monárquico, constitucional, moderado.

»3.º Será llamado á reinar en el imperio mexicano (previo el juramento que designa el artículo 4.º del plan), en primer lugar el Sr. D. Fernando VII, rey católico de España, y por su renuncia ó no admisión, su hermano el serenísimo Sr. infante D. Carlos; por su renuncia ó no admisión, el serenísimo Sr. infante D. Francisco de Paula; por su renuncia ó no admisión, el serenísimo señor don Carlos Luis, infante de España; antes heredero de Etruria, hoy de Luca, y por renuncia ó no admisión de éste, el que las Córtes del imperio designen.

»4.º El emperador fijará su córte en México, que será la capital del imperio.

»5.º Se nombrarán dos comisionados por el Excmo. Sr. O'Donojú, los que pasarán á la córte de España á poner en las reales manos del Sr. D. Fernando VII, copia de este tratado y exposición que le acompañará, para que sirva á S. M, de antecedente mientras las Córtes le ofrecen la corona con todas las formalidades y garantías, que asunto de tanta importancia exige, y suplican á S. M. que en el caso del artículo 3.º, se digne noticiarlo á los serenísimos señores infantes, llamados en el mismo artículo, por el orden que en él se nombran, interponiendo su benigno influjo para que sea una persona de las señaladas de su augusta casa, la que venga á este imperio, por lo que se interesa en ello la prosperidad de ambas naciones, y por la satisfacción que recibirán los mexicanos en añadir este vínculo á los demás de amistad con que podrán y quieren unirse á los españoles.

»6.º Se nombrará inmediatamente, conforme el espíritu del plan de Iguala, una junta compuesta de los primeros hombres del imperio, por sus virtudes, por sus destinos, por sus fortunas, repre-

sentación y concepto, de aquellos que están designados por la opinión general, cuyo número sea bastante considerable para que la reunión de luces asegure el acierto en sus determinaciones, que serán emanaciones de la autoridad, y facultades que les concedan los artículos siguientes:

»7.° La Junta de que trata el artículo anterior, se llamará Junta provisional gubernativa.

»8.° Será individuo de la Junta provisional de gobierno el teniente general D. Juan O'Donojú, en consideración á la conveniencia de que una persona de su clase tenga una parte activa é inmediata en el gobierno, y de que es indispensable omitir algunas de las que estaban señaladas en el expresado plan, en conformidad de su mismo espíritu.

»9.° La Junta provisional de gobierno, tendrá un presidente nombrado por ella misma, y cuya elección recaerá en uno de los individuos de su seno ó fuera de él, que reuna la pluralidad absoluta de sufragios, lo que si en la primera votación no se verificase, se procederá á segundo escrutinio, entrando á él los dos que hayan reunido más votos.

»10. El primer paso de la Junta provisional de gobierno, será hacer un manifiesto al público, de su instalación y motivos que la reunieron, con las demás explicaciones que considere convenientes para ilustrar al pueblo sobre sus intereses y modo de proceder en la elección de diputados á Córtes, de que se hablará después.

»11. La Junta provisional de gobierno nombrará en seguida de la elección de su presidente, una Regencia compuesta de tres personas de su seno ó fuera de él, en quien resida el poder ejecutivo, y que gobierne en nombre del monarca, hasta que éste empuñe el cetro del imperio.

»12. Instalada la Junta provisional, gobernará interinamente conforme á las leyes vigentes en todo lo que no se oponga al plan de Iguala, y mientras las Córtes formen la Constitución del Estado.

»13. La Regencia, inmediatamente después de nombrada, procederá á la convocación de Córtes conforme al método que determine la Junta provisional de gobierno, lo que es conforme al espíritu del artículo 24 del citado plan.

»14. El poder ejecutivo reside en la Regencia, el legislativo en las Córtes; pero como ha de mediar algún tiempo antes que éstas

se reunan, para que ambos no recaigan en una misma autoridad, ejercerá la Junta el poder legislativo, primero, para los casos que puedan ocurrir, y que no den lugar á esperar la reunión de las Córtes, y entonces procederá de acuerdo con la Regencia; segundo, para servir á la Regencia de cuerpo auxiliar y consultivo en sus determinaciones.

»15. Toda persona que pertenece á una Sociedad, alterado el sistema de gobierno, ó pasando el país á poder de otro príncipe, queda en el estado de libertad natural para trasladarse con su fortuna á donde le convenga, sin que haya derecho para privarle de esta libertad, á menos que tenga contraída alguna deuda con la Sociedad á que peternecía, por delito, ó de otro de los modos que conocen los publicistas; en este caso están los europeos avecindados en Nueva España, y los americanos residentes en la Península; por consiguiente, serán árbitros á permanecer adoptando esta ó aquella patria, ó á pedir su pasaporte, que no podrá negárseles, para salir del imperio en el tiempo que se prefije, llevando ó trayendo sus familias y bienes; pero satisfaciendo á la salida por los últimos, los derechos de exportación establecidos ó que se establecieron por quien pueda hacerlo.

»16. No tendrá lugar la anterior alternativa respecto de los empleados públicos ó militares que notoriamente son desafectos á la independencia mexicana: sino que éstos necesariamente saldrán de este imperio dentro del término que la Regencia prescriba, llevando sus intereses, y pagando los derechos de que habla el artículo anterior.

»17. Siendo un obstáculo á la realización de este tratado, la ocupación de la capital por las tropas de la Península, se hace indispensable vencerlo, pero como el primer jefe del ejército imperial, uniendo sus sentimientos á los de la nación mexicana, desea no conseguirlo con la fuerza, para lo que le sobran recursos, sin embargo del valor y constancia de dichas tropas peninsulares, por la falta de medios y arbitrios para sostenerse contra el sistema adoptado por la nación entera, D. Juan O'Donojú se ofrece á emplear su autoridad, para que dichas tropas verifiquen su salida sin efusión de sangre, y por una capitulación honrosa.

»Villa de Córdoba, 24 de Agosto de 1821.—*Agustín de Iturbide.* —*Juan O'Donojú.*»

## XXVI

Por más que los tratados de Córdoba hayan sido estimados como un golpe maestro de política por parte de Iturbido y de O'Donojú, basta su simple lectura para convencerse de lo contrario.

En primer lugar, O'Donojú carecía de poder y representación para celebrar un tratado semejante, y si Iturbide, siguiendo su sistema de aprovecharse de cuanto condujese á su fin por extrambótico é irregular que pudiera ser, obró cuerdamente á primera vista desentendiéndose de la falta de poderes del contratante, O'Donojú firmó á sabiendas un arreglo y convenio que carecía en lo absoluto de fuerza legal, y ponía en evidencia su completa falta de méritos y cualidades que le hiciesen digno de la Gobernación á que el rey le había elevado.

Se ha dicho que O'Donojú tuvo presente en aquella ocasión el proverbio que dice: *de lo perdido sacar partido;* pero no era el proverbio aplicable en aquel caso, y harto lo demostró el tiempo, gran maestro de verdades.

Los Tratados de Córdoba sólo fueron útiles para Iturbide, porque alucinando á las masas que no saben ni pueden pensar, facilitaron su triunfo, abreviando su consecución, que por otra parte estaba asegurada.

Sagunto, Numancia, Gerona, y para no ir á buscar en otra parte lo que en nuestra casa tenemos, el heróico Cuauhtemotzín, nos dicen lo que una nacionalidad, un pueblo, un jefe, deben hacer antes de sucumbir á la fuerza y á la superioridad del enemigo.

A quienes pregunten qué es lo que O'Donojú pudiera haber hecho en la situación en que vino á encontrar el país, pudiera dárseles por respuesta la famosa del anciano Horacio en la célebre tragedia del gran autor francés:

«¡Que se hubiese hecho matar!»

El amor á la patria, el cumplimiento de un deber están por cima de cualquiera consideración sin exceptuar ninguna.

Pero O'Donojú, lejos de comprenderlo así, lejos de pretender hacerse digno de su hábil adversario, se rebajó ante éste y ante sus

compatriotas y ante su propia dignidad, ofreciéndose en el último artículo del tratado, á emplear su autoridad para que los últimos defensores que al Gobierno español quedaban en México se rindiesen al vencedor, alfombrando con sus cervices humilladas el camino que aun faltaba para recorrer á su carro triunfal.

La historia dice que sostuvo su ofrecimiento como no supo sostener ni su honor ni su dignidad.

Y aquí es la ocasión de que salgamos á la defensa del mariscal de campo D. Francisco Novella, á quien unos no dan importancia de ninguna especie, y otros tratan con desdeñoso desprecio.

Haciendo á un lado la parte que pudo tener en la impolítica destitución de Apodaca, necesario es convenir en que una vez elevado al gobierno, hizo cuanto le fué posible hacer en aquellas difíciles circunstancias.

Con no común energía trató de hacer cumplir á los vecinos de la capital todas las disposiciones que juzgó oportunas á la defensa. A todos ellos obligó á alistarse en los cuerpos de *Defensores de la Integridad*, sin exceptuar ni á los ministros de la Audiencia, é incorporó en una de las compañías del primer batallón á los cómicos y toreros.

Persiguió sin descanso á cuantos divulgaban noticias favorables á la revolución, y entre los que por tal delito fueron á dar á la cárcel pública, estuvieron, mal que pesase á su carácter eclesiástico, el Padre Villaseñor, de la Profesa, y el Padre Gisper, de San Francisco.

Todos los días pasaba revista á sus tropas en la plaza principal, y las arengaba tratando de excitar su patriotismo. En cuanto tuvo noticia de la rendición de Puebla, lo comunicó á sus soldados censurando enérgicamente la conducta del general D. Ciriaco del Llano, que atribuyó á intriga, cobardía y traición. En esa misma proclama, buscando la manera de impedir la fatal facilidad con que las tropas expedicionarias aceptaban toda capitulación que en buenos términos se les ofrecía, se propuso persuadirles que no se les cumplirían las ofertas que les hacía Iturbide de volverlos á España, y que en caso de que se les cumpliesen, sus compatriotas no les permitirían pisar el suelo de la patria á la que en México habían vendido y traicionado. «Protesto,—añadió,—que no me mueve otro interés que el de salvar la integridad de la nación, que debien-

do ser el de todos, todos también debemos decidirnos á morir antes que atraer sobre nosotros la indignación y desprecio de nuestros compatriotas.»

Queriendo por todos los medios que á su alcance estuviesen levantar el espíritu de sus tropas, prodigó los ascensos y distinciones militares á cuantos tomaron parte en la acción de armas que se jugó en Atzcapotzalco el 19 de Agosto, entre realistas é independientes, con no escasa pérdida de los unos y los otros, y como le pareciese que Concha no se portó en ella como debiera haberse portado, le quitó el mando de su división y lo entregó al brigadier D. Melchor Alvarez.

Recibidos los pliegos en que O'Donojú le participaba su llegada y lo resuelto en Córdoba, invitándole á no poner obstáculo al cumplimiento de lo por él ofrecido en el artículo último del Tratado, consultó el caso con una junta en que reunió á todas las autoridades y principales vecinos de la capital, y le contestó expresándole la duda que se tenía acerca de las facultades é instrucciones que se le hubiesen dado por el rey, pues no se hacía mención de ellas en el Tratado, en el que tampoco se decía que hubiese de quedar sujeto según el uso y prácticas internacionales á la aprobación de las Córtes. Que tanto esto como el hecho de haberse firmado el convenio en país enemigo, hacía temer que hubiese tenido la libertad necesaria, para proceder al arreglo de un asunto de tanta importancia. Que estas dudas y temores tenían mal dispuesto al ejército á aceptar las bases del Tratado, y para mejor disiparlas convenía que O'Donojú pasase á México, donde sería recibido como debía serlo; pues él no pensaba continuar en el ejercicio de un poder que sólo interinamente desempeñaba y había aceptado sólo por evitar mayores males.

Novella envió esta contestación con dos comisionados que fueron mal recibidos por O'Donojú, originándose de aquí una serie de agrias contestaciones, en las cuales la razón estuvo siempre de parte de Novella, que, como era justo y natural, exigía se le presentasen los poderes, en virtud de los cuales se había celebrado un Tratado que imponía á los últimos defensores de la integridad española la absoluta sumisión al enemigo.

O'Donojú, que negaba tener carácter irascible, perdió, no obstante, los estribos de la prudencia y aun del decoro, y amenazó á

Novella y á cuantas autoridades y tropas le obedeciesen, punto menos que con ponerlos fuera de la ley por traidores al rey.

Esto lo decía quien para con el rey estaba cometiendo la más grande traición imaginable.

Novella contestó con nobleza y dignidad, que todo podía haberse evitado con que O'Donojú hubiese exhibido desde el primer momento sus poderes é instrucciones para hacer lo que haciendo estaba, ó se hubiese presentado en la capital, según era de ley y práctica; que no necesitaba el olvido que le ofreció por la destitución de Apodaca, y que ningún inconveniente tenía en rendir cuenta de su conducta al gobierno superior.

Pero puede decirse que Novella sólo contaba para mantenerse en su noble decisión, con sólo su ánimo y energía: la proximidad de las tropas independientes facilitaba la defección de las tropas de la capital, que por cuerpos enteros se pasaban al enemigo.

El mismo D. Melchor Alvarez, con quien Novella había sustituído á Concha en el mando del ejército, se pasó á los trigarantes, tan seguro de obrar bien en hacerlo así, que tuvo sangre fría bastante para comunicárselo de oficio.

Novella confió el mando del ejército al coronel mexicano don José Gabriel de Armijo.

## XXVII

Quiero pasar con la mayor posible rapidez sobre estos hechos, que no hacen honor de ninguna especie á la forma en que se logró la independencia de estos reinos.

Insistiendo siempre Novella en no aceptar lisa y llanamente el reconocimiento que de lo hecho quería imponérsele, se tomaron todas las disposiciones necesarias para que se verificase, según sus comisionados se lo habían propuesto en Puebla á O'Donojú, una junta ó entrevista á la cual concurriesen los tres jefes.

Precedió á ella la celebración de un armisticio por seis días prorogables, y después de haberse pensado en Tacubaya primero, y en la Hacienda de los Ahuehuetes después, se designó para lugar de reunión la Hacienda de la Patera, próxima al santuario de la Villa de Guadalupe.

El día 13 de Setiembre, entre nueve y diez de la mañana, don Francisco Novella salió de México para la Patera, acompañado de sus ayudantes, la Diputación provincial, el Ayuntamiento, dos escribanos y una escolta de 25 dragones.

Iturbide y O'Donojú se dirigieron al mismo punto, saliendo del convento de Carmelitas de San Joaquín, donde estaba situado el cuartel general trigarante.

Reuniéronse primero solos Novella y O'Donojú, cuya conferenferencia duró más de dos horas y fué muy acalorada. Llamaron después á Iturbide, y la entrevista duró una hora más, al cabo de la cual, los tres jefes se presentaron en la puerta de la sala, sin dar explicaciones de lo pactado, ni decir otra cosa sino que el armisticio se prorrogaba hasta el día diez y seis.

Vuelto á México, Novella informó á la Junta de autoridades, que en vista de los despachos que acreditaban á O'Donojú, como capitán general y jefe político superior de Nueva España, no tenía inconveniente en reconocerlo y entregarle el mando, y así lo hizo, en efecto, en la orden general del siguiente día 15, encargando del mando militar al generál Liñán, y del político, al intendente don Ramón Gutiérrez del Mazo, quien procedió, desde luego, á poner en libertad á todos los presos políticos, restableció la libertad de imprenta y declaró libre la entrada y salida de la capital, sin necesidad de pasaporte.

El día 16, Iturbide y O'Donojú, ya reconocido como jefe superior, se trasladaron, pasando por la hacienda de los Morales, á Tacubaya, donde fueron recibidos con grande entusiasmo, repiques, salvas, y toda especie de demostraciones de alegría.

Allí expidió O'Donojú una proclama que comenzaba de este modo:

«¡Mexicanos de todas las provincias de este vasto imperio! A uno de vuestros compatriotas, digno hijo de patria tan hermosa, debéis la justa libertad civil que disfrutáis ya, y será el patrimonio de vuestra posteridad: empero un europeo, ambicioso de esta clase de glorias, quiere tener en ellas la parte á que puede aspirar: esta es la de ser el primero por quien sepáis que *terminó la guerra.*»

Daré algunos detalles de estos sucesos, en el próximo tomo de Episodios, debiendo por ahora limitarme á apuntar los siguientes hechos:

El 17 recibió Iturbide la noticia de la toma de Durango por don Pedro Celestino Negrete, en cuyo sitio, que fué muy empeñado, librándose en él empeñados combates, Negrete salió malamente herido en la cara, siendo su sangre la única que se derramó en aquella sorprendente campaña por los jefes trigarantes. La noticia de este importante hecho de armas fué por Iturbide celebrada con tanto mayor entusiasmo que si hubiese celebrado sus propias glorias.

El 20, el primer jefe trigarante anunció á los mexicanos la próxima entrada del ejército en la capital, diciendo *que lo componían en su mayor parte los mismos soldados que habían militado al servicio del Gobierno Español*, lo cual, á mi entender, aunque era verdad, no debió haberlo dicho, pues no redundaba precisamente en honra de su fidelidad.

El 21, y por orden de O'Donojú, dictada con su carácter de capitán general nombrado por el rey, las tropas españolas se retiraron de los puestos que ocupaban, que entregaron á los independientes.

El 22, regresaron á Tierra caliente y á las haciendas de donde habían salido, las compañías realistas de negros, á quienes Iturbide echó en cara, en una proclama, el «que de las cadenas de la esclavitud personal habían sido sacados á formar las de sus hermanos.» Al decir esto, olvidó Iturbide que antes de verse lanzado á proclamar el plan de Iguala, de la libertad en que él vivía salió por su propia voluntad, á ser el azote de los insurgentes. Tan cierto es que según la mayor ó menor altura en que el hombre se coloca, atribuye á un mismo objeto tamaños diferentes.

En aquel mismo día tuvo en Tacubaya su primera reunión preparatoria la Junta de gobierno, prescrita en los tratados de Córdoba: la elección de individuos que habían de formarla, la hizo por sí mismo Iturbide, por más que se le propuso que la elección debían hacerla las Diputaciones provinciales.

El 23, D. José Joaquín de Herrera, comandante del regimiento de Granaderos Imperiales, tomó posesión del fuerte y bosque de Chapultepec, y los cuerpos expedicionarios salieron para Texcoco y Toluca á esperar que se dispusiera su embarque para España.

En la tarde del 24, el coronel Filisola entró en México al frente de una división de cuatro mil hombres, que fueron recibidos con

grandísimo entusiasmo, que se prolongó hasta muy entrada la noche.

El 25, tuvo también en Tacubaya su segunda reunión preparatoria la Junta de gobierno, y se dictó la orden detallando la formación que guardarían las tropas trigarantes al entrar en México el 27.

Ese mismo día 25, salió de México con su familia, para embarcarse en Veracruz en el navío *Asia*, don Juan Ruíz de Apodaca, Conde del Venadito, acompañado por el respeto y el aprecio de todo el mundo.

El 26 en la tarde, entró en la capital, cuyas autoridades salieron á recibirle entre repiques y salvas, y le obsequiaron según el ceremonial usado con los vireyes, el teniente general don Juan O'Donojú, que se alojó en la gran casa de los Moncada, que después fué conocida con el nombre de casa del Emperador.

El jueves 27, á las diez de la mañana, el ejército trigarante comenzó á entrar en la capital, viniendo de Chapultepec por el Paseo Nuevo y tomando la calle de San Francisco, en cuyo extremo estaba levantado un arco de triunfo, en que esperaba el Ayuntamiento para hacer la entrega de la ciudad.

Iturbide, que marchaba al frente de sus tropas, montando un hermoso caballo negro, y sin llevar sobre sí distintivo de ninguna especie, como demostrando que bastábale su gloria para distinguirse de todo el mundo, bajóse del caballo para recibir el saludo de bienvenida del Ayuntamiento.

El coronel D. José Ignacio Ormaechea, alcalde de primera elección, presentó al triunfador unas llaves de oro en un azafate de plata.

Iturbide se las devolvió, diciéndole:

«Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que pueda hacer la felicidad común, las devuelvo á V. E. fiando de su celo, que procurará el bien del público á quien representa.»

Iturbide siguió su marcha hasta el palacio, en que ya le esperaba O'Donojú con todas las autoridades y corporaciones, y ambos desde el balcón central presenciaron el desfile de la columna que constaba de diez y seis mil hombres.

Concluído el desfile, Iturbide pasó á la Catedral, en cuya puerta fué recibido por el Arzobispo vestido de Pontifical: cantado un solemnísimo *Te Deum*, el libertador regresó al palacio, donde el Ayuntamiento le tenía dispuesto un suntuoso banquete, en que el regidor D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Mayoral de la Arcadia Mexicana, declamó una oda que excitó hasta el colmo el entusiasmo de los comensales.

Poco y pálido sería cuanto pudiese decir para dar una leve idea del extraordinario regocijo de que fué teatro la capital y actores todos sus vecinos, en aquel solemnísimo y memorable día.

Pero cuál será entre mis lectores el que no se lo figure y diga á sí mismo, sin necesidad de mis descripciones, que en este caso, lo confieso, serían más que nunca pálidas y pobres de colores?

Básteme decir, que el entusiasmo general traspasó los límites del delirio.

Todos y cada uno por su parte, contribuyeron como les fué dable al esplendor de aquella felicísima fiesta; todos, repito, sin exceptuar ni á los mismos españoles; uno de estos, el alcalde D. Juan José de Acha, viendo que el Ayuntamiento carecia de los fondos necesarios para los cuantiosos gastos que exigía el recibimiento del ejército trigarante, le facilitó sin interés alguno, nada menos que ***veinte mil pesos***.

No pudo dar prueba mejor de que por su parte no consideraba como una traición á su patria la conducta de O'Donojú.

Iturbide anunció á los mexicanos la consecución de la independencia con la siguiente celebérrima proclama:

«¡Mexicanos!

Ya estáis en el caso de saludar á la patria independiente como os anuncié en Iguala: ya recorrí el inmenso espacio que hay desde la esclavitud á la libertad, y toqué los diversos resortes para que todo americano manifestase su opinión escondida, porque en unos se disipó el temor que los contenía, en otros se moderó la malicia de sus juicios, y en todos se consolidaron las ideas, y ya me veis en la capital del imperio más opulento, sin dejar atrás ni arroyos de sangre, ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de maldiciones al asesino de su padre: por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este

reino, y todas uniformadas en la celebridad, han dirigido al ejército trigarante vivas expresiones, y al cielo votos de gratitud: estas demostraciones daban á mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones y la desnudez de los soldados, siempre alegres, constantes y valientes. Ya sabéis el modo de ser libres: á vosotros toca señalar el de ser felices. Se instalará la Junta, se reunirán las Córtes, se sancionará la ley que debe haceros venturosos, y yo os exhorto á que olvidéis las palabras alarmantes y de exterminio, y sólo pronunciéis *unión* y *amistad* intimas. Contribuid con vuestras luces y ofreced materiales para el magnífico Código; pero sin la sátira mordaz, ni el sarcasmo mal intencionado: dóciles á la potestad del que manda, completad con el soberano Congreso la grande obra que empecé, y dejadme á mí que dando un paso atrás, observe el cuadro que trazó la Providencia y que debe retocar la sabiduría americana; y si mis trabajos tan debidos á la Patria, los suponéis dignos de recompensa, concededme sólo vuestra sumisión á las leyes, dejad que vuelva al seno de mi amada familia, y de tiempo en tiempo haced una memoria de vuestro amigo

*Iturbide.*»

Esta proclama entusiasmó á los admiradores del héroe, que en aquel día todo el mundo lo era, y en todas partes se escuchaba la voz consoladora y electrizante de ¡VIVA LA INDEPENDENCIA!





XVIII

# EL CADALSO DE PADILLA

Memorias de un Criollo

1821-1824







... entre gritos de júbilo...

## EL CADALSO DE PADILLA

### I

CUÁN bella nos pareció la luz que anunció el nacimiento del primer día de la Independencia Mexicana!

¿Qué nos importaba á los antiguos insurgentes que aquella independencia se hubiese logrado por tales ó cuales medios?

Eramos independientes, y repitiéndolo en voz alta, la boca se nos llenaba de la dulcísima miel que estas mágicas palabras destilaban.

Así es, que todos recibimos entre gritos de júbilo la siguiente:

ACTA DE INDEPENDENCIA DEL IMPERIO MEXICANO

«*La Nación mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido.*

»*Los heróicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable, que un genio superior á toda admiración y elogio, amor y gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó al cabo arrollando obstáculos casi insuperables.*

»*Restituída, pues, esta parte del Septentrión al ejercicio de cuantos derechos le concedió el Autor de la naturaleza, y reconocen por innegables y sagrados las naciones cultas de la tierra, en libertad de constituirse del modo que más convenga á su felicidad, y con representantes que puedan manifestar su voluntad y sus designios, comienza á hacer uso de tan preciosos dones, y declara solemnemente, por medio de la Junta Suprema del Imperio, que es nación soberana é independiente de la antigua España, con quien en lo sucesivo no mantendrá otra unión que la de una amistad estrecha, en los términos que prescribieron los tratados: que entablará relaciones amistosas con las demás potencias, ejecutando, respecto de ellas, cuantos actos pueden y están en posesión de ejecutar las otras naciones soberanas; que va á constituirse con arreglo á las bases que en el plan de Iguala y tratados de Córdoba estableció sabiamente el primer jefe del ejército imperial de las Tres Garantías; y en fin, que sostendrá á todo trance y con el sacrificio de los haberes y vidas de sus individuos, si fuere necesario, esta solemne declaración, hecha en la capital del Imperio, á 28 de Setiembre del año de 1821, primero de la Independencia mexicana.—Agustín de Iturbide.—Antonio, obispo de la Puebla.—Juan O'Donojú.—Manuel de la Barcena.—Matías Monteagudo.—José Yáñez.—Lic. Juan Francisco de Azcárate.—Juan José Espinosa de los Monteros. — Jose María Fagoaga. — José Miguel Guridi Alcocer. — El marqués de Salvatierra.—El conde de Casa de Heras Soto.—Juan Bautista Lobo.—Francisco Manuel Sánchez de Tagle.—Antonio de Gama y Córdoba.—José Manuel Sartorio.—Manuel Velázquez de León.—Manuel Montes Argüelles.—Manuel de la Sota Riva.—El marqués de San Juan de Rayas.—José Ignacio García Illueca.—José María de Bustamante.—José María Cervantes y Velasco.—Juan Cervantes Padilla.—José Manuel Velázquez de la Cadena.—Juan de Horbegoso.—Nicolás Campero.—El conde de Jala y de Regla.—José María de Echevers y Valdivieso.—Manuel Martínez Mansilla.—Juan Bautista Raz*

*y Guzmán.—José María de Jáuregui.—José Rafael Suárez Pereda.—Anastasio Bustamante.—Isidro Ignacio de Icaza.—Juan José Espinosa de los Mónteros, vocal secretario.*»

En nuestra alegría de los primeros momentos, no queríamos meternos á censurar el acta, que con todo y ser breve, á tantas críticas se prestaba .

Sin embargo, no dejaba de repugnarnos que O'Donojú hubiese firmado aquello de los trescientos años de opresión, que por una parte no era verdad, y por otra hacía concebir una falsa idea de las verdaderas causas y móviles de la lucha de independencia.

Nosotros los criollos, verdaderos y únicos promovedores de la guerra, no la iniciamos para reponer en el trono del imperio azteca á los descendientes en línea más ó menos recta de Moctezuma y Cuauhtemotzín, cuya civilización, costumbres y tradiciones habían con ellos caído para no volver á levantarse.

Los criollos quisimos nuestra independencia y la procuramos, no en nombre de una raza de la cual teníamos mucha menor cantidad de sangre que de la de los españoles, sino en nombre de los derechos que tiene toda nación que se basta ó cree bastarse á sí misma para separarse de otra que no nació con ella, y de ella es geográficamente distinta.

Nos rebelamos, no contra España, sino contra los españoles que aquí venían á hacernos víctimas de un mal gobierno, que valiéndose de la distancia á que la naturaleza nos tenía de la Metrópoli, hacían de nosotros cera y pábilo, no otorgándonos ninguna de las gracias que los monarcas nos concedían y antes bien desacreditándonos ante la córte.

Bien demostré al principio de esta historia cómo éramos tratados los criollos por los europeos, y el ningún porvenir que podíamos esperar bajo el sistema colonial, tal como lo entendían los vireyes y demás autoridades.

Por esto el primer grito de guerra, eco de nuestras quejas y resentimientos, fué el de *mueran los gachupines y abajo el mal gobierno:* de esto á gritar *muera España* había mucha diferencia: no hubo nadie que gritase ni *muera el rey*, ni muera *Fernando VII.*

Lo que nosotros quisimos, y es lo que ha venido y viene hacién-

dose, era que á los criollos, es decir, á los descendientes de la mezcla de ambas razas y nacidos en el país, se nos dejase gobernarnos á nosotros mismos, pues nosotros y no los indios sojuzgados por Cortés, éramos los únicos capaces de intentarlo. No quiero decir que relegásemos al olvido á los naturales: nada de eso; con auxilio de ellos empezamos la lucha y nunca dejamos de hacer á los que en ella se señalaron, el honor á que fueron acreedores, pero, lo repito, nunca jamás se nos ocurrió sacrificar á su raza, la preponderancia de la nueva raza criolla, creada y educada según las costumbres, usos y civilización que los españoles implantaron aquí.

Vuelvo á decirlo, y nunca de decirlo me cansaré, fuimos los criollos y no los indios los que concebimos y procuramos la independencia; y los descendientes de aquellos criollos son y serán los que en nuestro país continúen preponderando.

Es verdad que más adelante se creyó un gran mérito patriótico maldecir de la sangre española que por nuestras venas corriese; pero semejante barbarismo, expresión fué de la salvaje exaltación que en nuestros ánimos produjeron las declamaciones de unos cuantos patrioteros de pacotilla, y la imprudencia de los europeos y la gravedad de los sucesos políticos. Todo ello no fué más que una abominable exageración de nuestros odios, explicables hasta cierto punto como una aberración; ejemplos mil podrían presentarse de que también entre los hermanos naturales surgen violentos y atroces odios.

Como representante de la autoridad real española, D. Juan O'Donojú no debió haber pasado jamás por la humillación de firmar el contrasentido que en sus primeras frases asentaba el acta de independencia elaborada por los trigarantes.

## II

Menos aún se comprende, si no es buscando el motivo en la lastimosa ceguedad que en los hombres producen el orgullo desmedido y la lisonja ilimitada, como Iturbide se atrevió á poner su firma en un documento en que tan pomposos elogios se hacían de su persona, que en dicha acta aparece elogiándose á sí mismo.

Aparte de esto, que es simplemente ridículo, al suscribir las expresiones en el acta contenidas, desmintió su manifiesto del 24 de Febrero, anunciando el plan de Iguala, y cuyos segundo y tercer párrafos dicen entre otras cosas:

«Trescientos años hace la América Septentrional que está bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heróica y magnánima. La España la educó y engrandeció, formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados, que en la historia del universo van á ocupar un lugar muy distinguido. . . . . . . . ¡Españoles europeos! vuestra patria es la América, porque en ella vivís: en ella tenéis á vuestras amadas mujeres, á vuestros tiernos hijos, vuestras haciendas, comercio y bienes. ¡Americanos! ¿quién de vosotros puede decir que no desciende de español?»

Mis lectores convendrán en que estas expresiones de concordia y filial amor, se parecen bien poco á las nada afectuosas con que el acta comienza:

«La nación mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido.»

No menos falso es el segundo párrafo del acta, que dice:

«Los heróicos esfuerzos de sus hijos, han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable, que un genio superior á toda admiración y elogio, amor y gloria de su patria principió en Iguala, prosiguió y llevó á cabo arrollando obstáculos casi insuperables.»

Esto es falso, y como en casos semejantes me gusta demostrar las cosas, no con mi reflexión y juicio, que pueden ser erróneos, sino con indiscutibles autoridades, lo demuestro con palabras del mismo Iturbide, quien en su manifiesto de 21 de Diciembre del mismo año, á la Regencia, dice:

«En cortísimo tiempo de campaña, sin efusión de sangre, sin destrozo de fortunas, y para decirlo de una vez, sin guerra, porque no merece el nombre de tal, aquella en que no llegan á ciento cincuenta los individuos que han muerto en el campo del honor...»

Estuvieron, pues, de más los *heróicos esfuerzos* y los *obstáculos casi insuperables* que en ella se supone *que fué necesario arrollar*.

Faltó á los autores de aquel documento un espíritu práctico que hubiérales dicho como Sancha Panza dijo á D. Quijote, con ocasión de la aventura de los dos rebaños:

«¿No le decía yo, Sr. D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?»

¿Mas quién por el momento iba á fijarse en tales pequeñeces?

Sin embargo, no fué necesario que pasasen muchos días para que la cosa pública comenzase á presentar un mal cariz.

El mal comenzó á presentarse en la tercera de las garantías, la de la Unión.

Sin duda tuvo en ello mucha parte el disgusto con que los españoles, que habían hecho por lo menos tanto como Iturbide para el logro de la independencia, vieron la declaración contenida en el primer párrafo del acta; tal vez contribuyó también la ligereza con que los europeos ponderaron su participación en el arreglo y triunfo del plan de Iguala, que creyeron llamado á perpetuar el influjo español en México, cosa que hubiera sido posible en caso de haber ocupado el trono del imperio un príncipe de la casa de España; lo cierto es que desde los primeros instantes, se vió empezar á renacer las momentáneamente calmadas odiosidades entre europeos y americanos.

No más de ocho días después de la entrada del ejército trigarante en México, el coronel D. Manuel de la Concha, que se dirigía á Veracruz para embarcarse rumbo á España, fué asesinado en las inmediaciones de Jalapa por una partida de hombres armados.

D. Manuel de la Concha fué uno de los militares europeos que más encarnizadamente persiguió á los insurgentes y mayor fama adquirió de sanguinario y cruel, y él estuvo encargado y llevó á cabo el fusilamiento del gran D. José María Morelos el 22 de Diciembre de 1815.

Natural era que contase con muchos enemigos, pues á muchos había causado grandes males y perjuicios; pero desde el momento en que al triunfo de la independencia parecía ir unido el olvido de todo lo pasado, su vida debió haber sido respetada.

Bastante castigado iba con el desdén con que se le facilitó el pasaporte para emprender su marcha, y con la seguridad que tenía de la reprobación con que era visto, de la cual tan seguro estaba,

que temiendo lo que sucederle podría, caminaba disfrazado y en horas y por parajes excusados.

Su muerte por nadie pudo ser sentida ni lamentada, pero alarmó á muchos europeos que carecían de méritos para ser mejor tratados que Concha, y la generalidad vió en aquel asesinato el principio de una serie de funestas venganzas.

No obstante las providencias dictadas por Santa Ana, como comandante general de la provincia de Veracruz, el crimen quedó impune, por más que pronto supo todo el mundo quién había sido el jefe de la partida que lo perpetró.

La alarma cundió con los papeles que diariamente se publicaban en México, en uso de la libertad de imprenta que había sido restablecida, y que en su generalidad eran hostiles á los españoles, á los cuales veían desempeñando importantes puestos en la nueva administración, ni más ni menos que habíanlos disfrutado en la pasada ó colonial.

Al mismo tiempo empezaron á correr las más absurdas voces acerca de la enfermedad de D. Juan O'Donojú, á quien una aguda pleuresía postró en cama, tomando tan grave carácter, que fué necesario administrarle el Viático el 7 de Octubre en la noche, acto que se verificó con gran solemidad.

La gravedad fué en aumento, y á las cinco y media de la tarde del siguiente día 8, el enfermo falleció, turbando así su muerte las fiestas y regocijos públicos.

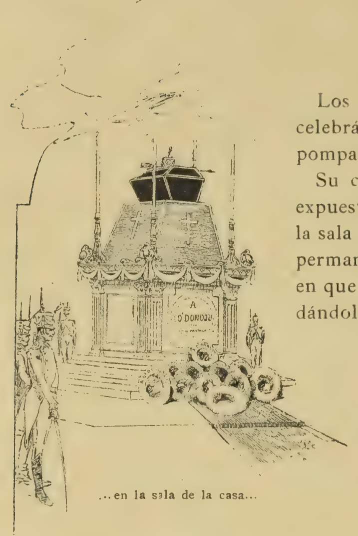
La malicia y la calumnia quisieron hacer creer que O'Donojú había muerto envenenado por Iturbide, y así lo temieron muchos europeos, á pesar de que su médico de cabecera fué D. Manuel Cordoniu, médico de toda su confianza, que consigo había traído de España.

Buscando fútiles pretextos para dar cuerpo á la calumnia, se comentó y abultó el hecho positivo de no aparecer la firma de O'Donojú en el original del acta de la independencia, aunque sí se puso en ella su nombre al imprimirla y publicarla. Los propaladores de la noticia afirmaban que O'Donojú se había negado á firmar y que para evitar el escándalo que de ello pudiera seguirse, le habían envenenado dando por disculpa de la falta de su firma, la súbita é inesperada gravedad del enfermo.

La alarma tomó creces entre los europeos y se cuenta del conde

de la Cortina, que, asustado con lo que pudiera pasarle, salió ocultamente de la capital para embarcase en Tuxpam, cuyo alcalde le puso en prisión, de la que logró evadirse y ser trasladado al buque fletado para su viaje, metido en una caja que un dependiente embarcó en una lancha como bulto de equipaje.

III



...en la sala de la casa...

Los funerales de O'Donojú celebráronse con extraordinaria pompa.

Su cadáver fué embalsamado y expuesto en magnífico catafalco en la sala de la casa mortuoria, donde permaneció hasta la mañana del 10 en que se le condujo á la catedral, dándole sepultura en la bóveda de la capilla de los Reyes.

O'Donojú fué el primer miembro de la Regencia, cuyo presidente fué Iturbide.

La Junta asignó á su viuda una pensión de doce mil pesos anuales, que disfrutaría mientras permaneciese sin casarse de nuevo y sin salir del país.

La muerte de O'Donojú ocurrió á los trece días de su entrada en la capital y doce de la del ejército trigarante.

Por su fallecimiento, fué nombrado para llenar su vacante en la Regencia, el famoso obispo de Puebla, D. Antonio Joaquín Pérez, á quien á su vez entró á sustituir en la presidencia de la Junta de gobierno, el licenciado D. Juan Francisco Azcárate.

Los importantísimos servicios que á la causa independiente prestó el militar español D. Pedro Celestino Negrete en Guadalajara, Tepic y Durango, fueron premiados por Iturbide, que le tenía par-

ticular aprecio, con el único grado de teniente general que se concedió á los distintos jefes de las fuerzas de aquella feliz campaña.

Esta distinción, por otra parte muy merecida, aumentó la división entre europeos y americanos, que se molestaron de que no se les hubiera concedido también á D. Anastasio Bustamante, don Vicente Guerrero y otros ilustres mexicanos, y sí sólo á un español.

Creció más esta división, con motivo del decreto de la Junta de 18 de Octubre, fijando las reglas para el cumplimiento del artículo 16 de los Tratados de Córdoba, en virtud del cual debían salir del imperio los empleados notoriamente desafectos al nuevo orden de cosas.

El disgusto lo originó el apresuramiento con que manifestaron su deseo de marchar á España, aun sin esperar la calificación, casi todos los antiguos empleados de alguna importancia.

Los oidores emigraron en términos de hacer imposible, por falta de número, la reunión de la Audiencia: su regente Bataller no quiso quedarse, á pesar de las reiteradas instancias que para ello le hizo Iturbide, y cuéntase que éste, contestando á los temores de Bataller, quien en su opinión no veía que el nuevo sistema pudiese durar mucho, le dijo que respondía de ello con su cabeza: á esto repuso Bataller:

«¿La cabeza de usted? ¡Triste seguridad! ¡es la primera que tiene que caer en este país!»

Tampoco quiso quedarse el oficial de la secretaría del vireinato, llamado Morán, de quien se dijo que había quemado antes de partir gran cantidad de importantes documentos del archivo de los vireyes.

Fuéronse también cuantos, disponiendo de recursos para emigrar, habían pertenecido á los cuerpos de patriotas y urbanos, y temían, por esta causa, ser objeto de odios y víctimas de venganzas, á las cuales en mayor ó menor grado había dado cada quien pretexto cuando menos.

Los americanos murmuraron grandemente de todo esto, tomándolo como un desprecio que al país se le hacía, y los papeles impresos llegaron á significar su hostilidad tan descaradamente, que la Regencia, en su circular del 22 de Octubre, llamó la atención

de las autoridades, excitándolas á castigar estos excesos con los que se atacaba una de las garantías proclamadas con el plan de Iguala.

Pero contra los buenos deseos de la Regencia estaba la opinión general, que, aprovechando cuanto halagaba su mal encubierto rencor, convertía en sustancia lo más desprovisto de ella.

Esto sucedió con motivo del malo ó escaso éxito de las suscriciones iniciadas para vestir al ejército que acababa de hacer la independencia.

Iturbide fué el primero en hacer con tal objeto un llamamiento al patriotismo, en su proclama de 20 de Setiembre, anunciando la entrada del ejército en la capital.

«Lo componen en su mayor parte, decía, los soldados que han militado al servicio del Gobierno español, el que, ni los vistió en tiempo oportuno, ni les pagó sus alcances. En los términos que los miráis, consiguieron la empresa sublime que será la admiración de los siglos. La patria eternamente recordará que sus valientes hijos pelearon desnudos por hacerla independiente y feliz, y vosotros, mexicanos, ¿no recibiréis con los brazos abiertos á unos hermanos valientes que en medio de las inclemencias pelearon por vuestro bien? ¿no empeñáis vuestra generosidad en vestir á los defensores de vuestras personas, de vuestros bienes, y que os redimieron de la esclavitud? Es imposible que vuestra magnanimidad permita continúen en el estado deplorable de desnudez en que se hallan: manifestadles vuestro amor y gratitud con esta acción tan loable, para que puedan continuar como hasta aquí, haciendo la gloria del imperio mexicano, y consolidar la felicidad pública.»

Pero á pesar de la proclama, á pesar de que para recibir las sumas que produjese la suscrición voluntaria fueron nombrados los más caracterizados sujetos del Ayuntamiento y el consulado, la invitación no surtió sus fines y las cantidades colectadas apenas llegaron á diez y siete mil pesos, y eso, contando con dos mil ochocientos ochenta y siete pesos que produjeron tres funciones dadas en el Coliseo y dos mil entregados por los empresarios de la plaza de toros.

El impresor Ontiveros abrió también suscrición para vestir á las tropas de D. Vicente Guerrero, y tampoco logró colectar mucho más de tres mil quinientos pesos.

El partido anti-español tuvo mucho que decir de esto, y recor-

dando que aquel comercio en pocos días reunió trescientos mil pesos que remitió á España, para calzado del ejército que combatía en la península contra los franceses, le echó en cara que no supiese hacer otro tanto en servicio de los soldados americanos, lo que á su entender era una patente demostración del desprecio con que los veía.

Nadie quiso fijarse en la natural explicación que todo aquello tenía: arruinado el comercio como consecuencia de los trastornos de tantos años, de una lucha casi constante, que habían paralizado ó disminuído en tres cuartas partes lo menos las transaciones, no era ya la Nueva España el inmenso arcón de colosales riquezas de otros tiempos.

El nuevo gobierno carecía casi en lo absoluto de los fondos muy cuantiosos que necesitaba para los enormes gastos originados por su administración.

Todo el mundo veía que en vez de plantearse un sistema económico en los sueldos, se asignaba á éstos enormes sumas, y la desconfianza cundía, y quien más quien menos procuraba poner en salvo lo que poseía.

D. Carlos María Bustamante, de regreso en México, atacó los despilfarros del Gobierno imperial en uno de los números de su periódico semanario, titulado la *Abispa de Chilpancingo*, comparándolos á los de un mayorazgo que, habiendo dilapidado sus rentas, y oyendo lamentarse á sus criados de que no tenían ropa con que cubrirse, pretendía contentarlos diciéndoles que ya había mandado sembrar el lino con que habían de tejerse los lienzos para hacerles camisas.

Esto lo celebraron mucho los españoles, añadiendo que puesto que tan mal se les quería y no se les trataba de menos que de oscurantistas y opresores, no había razón para exigirles que dedicasen el fruto de sus trabajos á vestir y mantener á quienes así los ofendían; ¿no dicen que ellos se bastan á sí mismos y que para nada tienen necesidad de nosotros? pues allá se las avengan ellos y no nos quiten nuestro dinero, ya que nos quitan los medios de ganarlo.

## IV

Aumentaba la alarma pública al conocimiento que todo el mundo tenía de las disensiones ocurridas entre la Junta y la Regencia, y entre los miembros del mismo seno de la una y de la otra.

Desde las primeras reuniones de la Junta, pudo echarse de ver que aunque todos sus miembros debían sus nombramientos á Iturbide, no todos le eran afectos, y muchos le eran contrarios.

Uno de los primeros y más importantes asuntos sometidos á su deliberación, fué el restablecimiento de los jesuitas y hospitalarios, y la derogación de los decretos referentes á reformas religiosas.

Opusiéronse á todo ello los liberales, que cada día iban en aumento y comenzaban á demostrar que su unión con Iturbide para hacer la independencia había sido sólo una tregua exigida por el interés común, pero sin importar una abdicación de sus ideales, y tanto los clericales llegaron á exaltarse, que uno de ellos les llamó en una sesión «jacobinos y tiznados,» lo cual produjo tal tumulto y escándalo, que fué preciso levantar la sesión é invitar á los miembros de la Junta á tener más formalidad y compostura.

No fueron menos curiosos los incidentes á que dió lugar la discusión de la convocatoria para el Congreso ofrecido en el plan de Iguala, en cuya discusión no pudieron ponerse de acuerdo los individuos de la Junta, ni entre sí, ni con la Regencia, ni con Iturbide: convinieron con mil trabajos en un término medio entre tan distintos y opuestos pareceres, y lo que de allí resultó lo dijo más adelante Iturbibe con las siguientes palabras de su manifiesto:

«Se engañó al pueblo diciéndole que existía en él la soberanía, que iba á delegar en sus diputados y que al efecto iba á nombrarlos, no habiendo tal nombramiento sino por parte de los ayuntamientos, ó más bien de los directores de aquella máquina, que luego quedaron en el Congreso después de la cesación de la Junta, para continuar sus maniobras como lo hicieron.»

En otro pasaje de su mismo manifiesto, dice refiriéndose á los tropiezos que la Junta encontró:

«Empezó la Junta á ejercer sus funciones: me faltaron las facul-

tades que le había cedido; á los pocos días de su instalación ya ví cuál había de ser el término de mis sacrificios: desde entonces me compadeció la suerte de mis paisanos.»

A pesar de esto, la Junta no fué nada escasa en premiar en los primeros momentos los méritos contraídos por Iturbide.

Comenzó por nombrarle generalísimo de las armas de mar y tierra, le señaló un sueldo de *ciento veinte mil pesos* anuales, un millón de pesos de capital propio que debía tomarse de los bienes de la extinguida Inquisición, y una extensión de terreno de veinte leguas en cuadro, ó sean cuatrocientas leguas cuadradas en la provincia de Tejas: más adelante, á todas estas ventajas unió la Junta la concesión que le hizo del título de Alteza.

A su padre D. Jose Joaquín de Iturbide, se le concedieron los honores y sueldo de Regente, y nunca se hablaba de él sin llamarle el «venerable D. Joaquín.»

La Junta decretó que el sueldo de ciento veinte mil pesos anuales asignados á Iturbide, se le pagasen á contar del 24 de Febrero, en que fué proclamado el plan de Iguala, lo que el agraciado no quiso admitir sino á contar del 28 de Setiembre, en que fué nombrado generalísimo. Por este hecho que la Regencia mandó se publicase «para que el público conociese mejor el acendrado patriotismo y las sublimes virtudes de su libertador,» Iturbide renunció los setenta y un mil pesos que correspondían á los siete meses y cinco días corridos entre una y otra fecha, y dispuso que con ellos se atendiese á las necesidades del ejército.

Pero no era lo de más el conceder estos y otros sueldos no menos gravosos á la Nación, sino el tener con qué pagarlos.

Esto fué lo unico que no hubo, y en vista de ello, la Junta autorizó en 16 de Noviembre á la Regencia para que excitase á todas las clases á hacer al Gobierno Imperial un préstamo voluntario con que pudiese cubrir el déficit mensual de *trescientos mil pesos* que venía resultando: este préstamo sería pagado dentro de seis meses, en que ya estaría sistemada la Hacienda, perjudicada con las bajas de derechos y exenciones acordadas al comercio.

No dió el tal préstamo los resultados que se esperaban, y la Regencia se vió en la precisión de convertirle de voluntario en forzoso; comisionando al Consulado para que asignase á cada cual la cantidad con que habría de contribuir á los gastos de la Nación,

hasta que el Congreso, que se reuniría el 24 de Febrero de 1822, tomase las disposiciones que juzgara oportunas.

El resultado no fué mejor, pues muchos vecinos se dejaron conducir á la cárcel mejor que entregar las cantidades que les fueron asignadas.

Para colmo de males, era tal la inseguridad que había en la misma capital y sus inmediaciones, y de tal modo se repetían los asesinatos y los robos, que, según dice un historiador, nadie se atrevía á salir de su casa de noche, y aún de día se corría riesgo de ser atacado por los bandidos que asaltaban á los transeuntes en las calles menos frecuentadas, y estando muchos de ellos á caballo, usaban de la terrible arma del lazo para hacer caer y arrastrar á los que sorprendían.

La Junta tuvo que oficiar á la Regencia para que excitase á las autoridades civiles y políticas de la capital y de todo el imperio, «á restablecer la seguridad pública, lastimosamente descuidada en aquellos últimos tiempos, é insultada por los perversos, como se comprobaba por las quejas que se oían todos los días, de robos, muertes y otros semejantes crímenes.»

La alarma que con tanto y tanto infeliz suceso había ido en aumento, tomó gigantescas proporciones en los últimos días de aquel mes de Noviembre, al ser descubierta una conspiración contra Iturbide, tramada por los antiguos insurgentes.

Estos habían sido y continuaban siendo tratados por Iturbide con el más soberano desprecio y la mayor injusticia, creyendo tal vez que nada tenía que temer de ellos en el apogeo del triunfo que logrado había.

Los principales de ellos, residentes en México, comenzaron á reunirse en la casa de D. Miguel Domínguez, corregidor que había sido de Querétaro, y amigo personal de D. Miguel Hidalgo, y concertaron una conspiración para proclamar el sistema republicano y liberal. Engañados por el liberalismo de D. Pedro Celestino Negrete, creyeron cosa fácil atraerse á un jefe tan justamente acreditado como lo era, y escribiéronle dándole cuenta de sus proyectos.

Negrete fué en aquella ocasión muy poco generoso, y envió la carta á Iturbide, quien, dando cuenta de ella á la Regencia y á la Junta, procedió á la prisión de diez y siete personas, entre las cua-

les estuvieron D. Guadalupe Victoria, D. Miguel Barragán, don Juan B. Morales, varios antiguos oficiales los padres Carvajal y Jiménez y D. Nicolás Bravo. que á la sazón se hallaba en Puebla.

El teniente del regimiento de Celaya, D. Valentín Canalizo, fué el encargado de la prisión de Victoria, y por haber éste querido huir, Canalizo tuvo que usar del sable para impedírselo.

V

Mis lectores habrán podido juzgar por lo que llevo expuesto, la marcha difícil y trabajosa de la nueva administración, creada por el completo triunfo del plan de Iguala.

Fácil era ver cuánto habíanse equivocado los inexpertos soñadores del acuerdo general y unánime en que habían basado sus cálculos.

Aquel acuerdo, que en efecto existió en los primeros instantes, agrupando en torno de Iturbide los más opuestos intereses y las más encontradas voluntades, carecía de sólida base, y no fué para nadie un secreto que los antiguos insurgentes se unieron al audaz jefe trigarante tan sólo para ayudarle á derrocar al gobierno colonial; pero no porque les inspirase confianza de ninguna especie, y menos aún, porque participasen de su modo de pensar.

Esto no lo ignoró Iturbide, y creyendo equivocadamente que su influjo lo habían perdido de resultas de la impotencia á que habíalos reducido sus desgracias, descalabros y el terror que inspiraron sus primeras campañas, se cuidó poco de ellos por lo mismo que acostumbrado estaba á vencerlos en los campos de batalla. Estas razones le hicieron verlos con injusto y ofensivo desdén que no estimó prudente ocultar, máxime cuando no ocultándolo halagaba á los españoles europeos que á él le habían hecho hombre, y nada tenían que agradecer á los insurgentes.

Su mala voluntad contra éstos llegó al extremo de disponer que en las solicitudes que se le hiciesen pidiendo empleos, no se alegasen méritos anteriores á la proclamación del plan de Iguala, exceptuando los contraídos por las tropas de Guerrero al adherirse al plan trigarante. Cuantas veces hizo alguna alusión á la lucha

insurgente fué para ponderar sus errores, desórdenes y crímenes, sin tener jamás ni una frase de recuerdo para los héroes que no incurrieron en aquellos defectos.

Pero Iturbide cometió un error en suponer pequeño y desorganizado al partido de los insurgentes: las ideas por éstos proclamadas y mantenidas en una lucha larga y desventajosa sin más elementos que la fe y el heroismo, contaban con la inmensidad de adictos que siempre encuentran las empresas liberales en las grandes masas de los desheredados de la fortuna.

Estas grandes masas no suelen fácilmente moverse contra un poder sistemado, fuerte y sobrado de elementos, sino en un extremo de tiránica opresión ó de desesperación irreprimible, y en tales casos levántanse ciegas contra el común enemigo, y ó de una vez le aplastan con la fuerza del número, ó escóndense acobardadas si en el primer instante les niega la victoria sus favores.

Así se vió en el primer período del alzamiento insurgente, y por eso D. Miguel Hidalgo reunió ejércitos tan numerosos como no habían de volver á verse después de las catástrofes de Aculco y Calderón.

Después de ellas, las grandes masas no volvieron á presentarse, y los ejércitos del admirable Morelos no pasaron de las proporciones comunes y ordinarias, y pudieron adquirir un orden y una disciplina que mereció los elogios de sus mismos enemigos.

Vencidos también bajo esta nueva fase, más que por los realistas, por la envidia y rivalidades de algunos corifeos insurgentes, natural fué que aquel partido desistiese de toda iniciativa, limitándose á esperar una ocasión favorable en que poder de nuevo ejercerla.

Iturbide se la dió y pudo vérsele entonces lanzarse nuevamente á la lucha animoso y decidido, buscando sus mejores armas en el abundante arsenal de los defectos y flaquezas del triunfador.

Desde luego comenzó sus trabajos demostrando la falsedad de la base en que se asentaba la garantía de la unión.

Merced á ello, los europeos tenían necesariamente que seguir preponderando entre los hijos del país, porque en ellos estaba la riqueza y la mayor práctica en el ejercicio del poder.

Iturbide, que al fin era tan criollo como cualquiera de nosotros, no pudo reprimir los naturales impulsos que le llevaban á no querer confesarse deudor de la Independencia á los europeos, por más

que así fuese la verdad, y se hizo sospechoso á ellos en sus proclamas y en su famosa acta de independencia, y como no tiene derecho á ser tenido por fiel quien una vez siquiera dejó de serlo, los españoles temieron que Iturbide los vendiese si á ello le conducía un interés, y dejáronse alarmar por las primeras voces de amenaza que llegaron á sus conciencias que no estaban, ni podían estarlo, tranquilas.

Se entiende que los españoles europeos de que hablamos, no son los que en puntos prominentes figuraban en la administración de Iturbide, que en su mayor parte poco tenían que perder, sino los españoles que sin ambición alguna de figurar, habían favorecido á Iturbide porque le creyeron capaz de alejar de estos reinos las turbulencias de la antigua España, tanto políticas como religiosas, y hacer de ellos una tranquila plaza de comercio en que seguir fomentando el crecimiento de sus fortunas.

Tocado el desengaño desde los primeros momentos, apresuráronse á tomar sus disposiciones para emigrar, y á aquel fuego añadieron su leña los anti-europeos con nuevas y hábiles alarmas, que habían de redundar necesariamente en perjuicio de Iturbide.

Admirado éste de sí mismo, y el caso no era para menos, creyó que todo el monte era orégano, y supuso que con un nuevo empuje nada le sería tan fácil como elevarse al pináculo de la gloria, sobre el entusiasmo de sus partidarios y la sorpresa de los que no lo fuesen tanto.

Tomó á lo serio aquello de *genio superior á toda admiración y elogio*, *amor y gloria de su patria*, *arrollador de obstáculos casi insuperables*, y los tropiezos que le oponían aquellos á quienes por debérselo todo á él, suponía obligados á obedecerle sin contradicción, no hicieron más que irritar su disculpable vanidad.

El ejército, al cual había colmado de honores y ascensos, era todo suyo, y lo era también cierta parte de la masa del pueblo, al que entretenía según el sistema de su valedor el clero, con fiestas de toda especie, ya con motivo de la jura de la independencia, ya con el de rendir al Sér Supremo acciones de gracias en San Francisco y la Colegiata de la Villa.

Con estos dos elementos creyó poder contrarrestar con más ó menos dificultades el partido que á su frente iba levantándose por medio de la agrupación de cuantos eran contrarios al libertador, sin

preocuparse con lo extraño é híbrido de tal agrupación. La formaban los partidarios del plan de Iguala, al cual Iturbide había comenzado á faltar; los liberales que no podían quererle ni le habían querido bien; los españoles que tuvieron participio en la invención de aquel plan, y los que por exaltados no veían bien el influjo y preponderancia del clero; los republicanos, que por lo mismo que estimaban impracticable el plan de Iguala, no querían que fuese á sustituirle por otro no menos monárquico, pero más realizable, y los antiguos insurgentes vejados y ofendidos por Iturbide.

Ya hemos visto á éstos ocuparse en llevar su enemistad al terreno de los hechos, y estrellarse en el primer instante en la denuncia que hizo de sus trabajos D. Pedro Celestino Negrete.

Mucho empeño se tomó por Iturbide en no dar importancia á la abortada conspiración de los viejos insurgentes; pero puede decirse que le dió, no obstante, más de la que él hubiese querido, devolviendo su libertad á todos los presos, menos á D. Guadalupe Victoria y á D. Nicolás Bravo, á quien Luaces no dió libre en Puebla sino á fines del mes siguiente al del descubrimiento de la conspiración.

## VI

La masonería, mientras tanto, había ido tomando notables creces, merced al entusiasmo y la cooperación que á las logias ya existentes prestaron los masones que abundaron en la comitiva que al país había llevado O'Donojú: en pocos días se hicieron numerosos adictos y se multiplicaron los *talleres*, establecidos todos ellos según el rito escocés.

Gente toda ella resuelta y decidida y nada temerosa de los peligros que pudiese correr, no se limitó á trabajar en secreto, sino que el día 5 de Diciembre de aquel año de 1821 sacó á luz un periódico que tituló *El Sol*, defendiendo los principios liberales y combatiendo el influjo del clero.

Dicho periódico lo redactaba D. Manuel Cordoniu, médico, que, como ya dije, trajo de España O'Donojú

A la fundación de aquel periódico siguió la de una escuela lan-

casteriana también denominada «El Sol,» que se estableció en el convento de los Betlemitas, con el consiguiente escándalo de las gentes timoratas.

Estos progresos de la masonería, que abiertamente trataba de romper lanzas con el clero, posesionado de la situación, acabó de concitar las iras del vulgo contra los españoles introductores y fomentadores del rito escocés en Nueva-España, y el día 11 de Diciembre un individuo llamado Francisco Legranda, sacó á luz un papel que tituló «Consejo prudente sobre una de las garantías,» exhortando á los españoles á enajenar sus bienes y salir del país en que tan aborrecidos eran, antes que la indignación popular cayese sobre ellos y los pulverizase, sin que pudiese impedirlo D. Agustín Iturbide, que con todas sus fuerzas y prestigio nada habría de hacer en su favor.

Extraordinaria fué la alarma que el tal papel produjo, pues se quiso darle más importancia de la que en realidad tenía, atribuyéndole, no á móviles particulares de su autor, sino á indicaciones de las gentes del poder, deseosas de ejercerle sin intervención alguna del elemento europeo.

A las doce de la noche del mismo día, los jefes del ejército, residentes en México, dirigieron una exposición á Iturbide, quejándose de los agravios que en el susodicho papel se hacían á los europeos y pidiéndole dictase las medidas oportunas para hacer efectiva la garantía de la unión, consignada en el plan de Iguala.

Citada la Junta á sesión extraordinaria para la seis de la tarde del siguiente día 12, se acordó imprimir y circular un bando en que la Junta y la Regencia manifestasen el desagrado con que habían visto el papel de Legranda, que fué declarado sedicioso en primer grado, y su autor puesto en prisión.

La proclama concluía diciendo, que la Junta y la Regencia estaban dispuestas á sostener á todo trance la garantía de la Unión y á protejer los bienes y vidas de los europeos, contra cualquiera tentativa revolucionaria, cuyos autores y cómplices serían castigados con todo el vigor de las leyes.

En aquel tiempo sólo los miércoles eran días de correo, y como el de la reunión de la Junta lo fué, se mandó suspender su salida, para que ya que no fuese posible evitar la circulación del papel de Legranda, con él salieran para el interior la proclama, la exposición

de los jefes militares y las comunicaciones de la Regencia y el generalísimo, que también se mandaron imprimir.

Añade á esto el tantas veces citado historiador, que cuando todos estos puntos estaban acordados, llegó la Regencia y presentó una exposición del Consulado en que manifestaba el temor é inquietud de que se hallaban poseídos los individuos del comercio, que eran casi todos españoles; el presidente de la Junta dió cuenta de las determinaciones que acababan de tomarse, y anunció que se procedería á reformar la ley de imprenta de modo que pudieran cortarse y evitar estos ó semejantes abusos.

No parecía á los alarmados comerciantes que todo esto pudiera darles las suficientes garantías, y siguiendo por sí ó por no el consejo de Legranda, solicitaron pasaportes para salir del país, haciéndolo en tan gran número, que Iturbide creyó necesario negarlos diciendo á la Junta en su exposición de 15 de Diciembre: «el desorden ó abuso de la libertad de imprenta en los días anteriores ha puesto á muchos europeos en la precisión de solicitar pasaporte para la península, y siendo esta emigración un desconcepto del Gobierno del Imperio ante todas las naciones, cuando ni las relaciones de la sangre ni las de los intereses han bastado á embarazarla, no puedo por menos de proponer á la Junta, se suspenda el cumplimiento del artículo 15 del Tratado de Córdoba por el término de noventa días.»

Ese artículo autorizaba á los españoles residentes en Nueva España á pedir sus pasaportes, que no podrían negárseles, para salir del imperio.

Esta propuesta de Iturbide ponía en peor condición á los europeos y les hizo afirmarse en sus temores de que el generalísimo estaba á punto de declararles abiertamente su enemistad.

Los confirmaron desgraciadamente en su creencia, los incidentes desagradables á que dieron lugar las determinaciones de la Junta sobre el interesante punto del pago de los quinientos veinticinco mil pesos facilitados á Iturbide por los *Manilos* para hacer la revolución. La Junta afectó á su pago los fondos de los diezmos de catedrales que percibía la hacienda pública, pero estos fondos estaban con anterioridad hipotecados por Iturbide para otro objeto, y los interesados reclamaron contra el acuerdo de la Junta, negándose á pasar por él. Esta negativa dió margen á que uno de los miem-

bros de la Junta se desatase de un modo inconveniente contra los españoles diciendo, que, «si no estuviese comprometido el dinero del imperio en el pago de aquel crédito, y hubiese algún camino por donde sin ofensa, se pudiese faltar á la buena fe de aquel compromiso,» debería dejarse sin pagarlo.

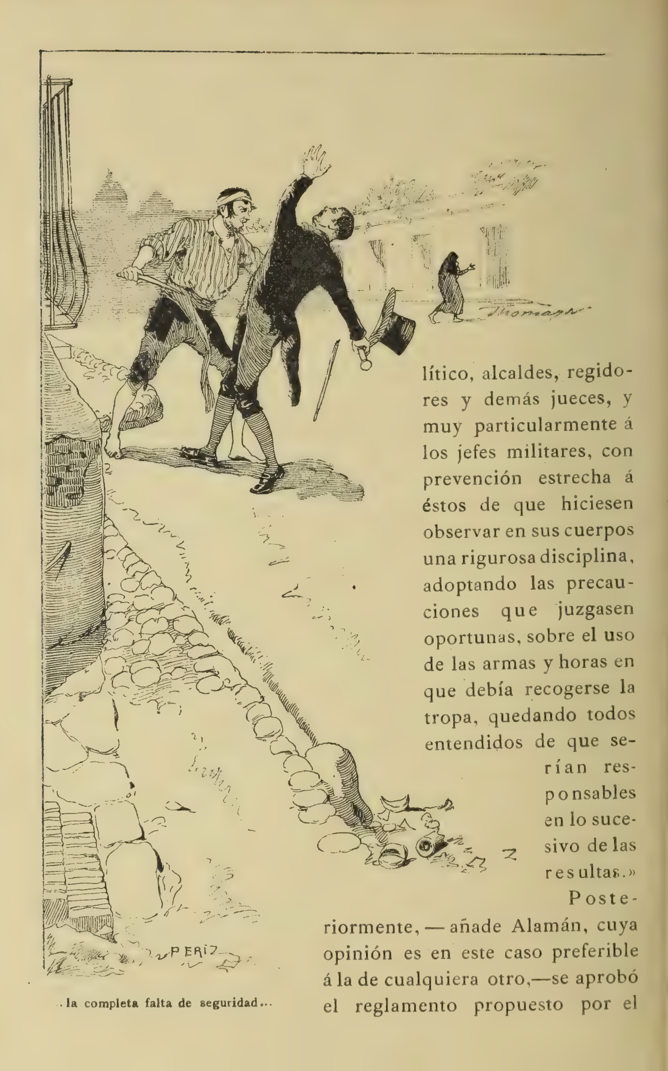
Tan inmoral opinión aumentó la desconfianza de los españoles, que se dieron cuanta prisa les fué dable á poner en salvo su dinero embarcándole para la península; pero Iturbide, temiendo que de ello resultase la ruina del país, por medio de una orden que la Regencia confirmó, dispuso que ninguna aduana expidiese guías para extraer dinero de ninguna población.

Pero como esta orden envolviese la ruina del comercio, dificultándole ó impidiéndole todo movimiento mercantil, la Junta la reformó disponiendo que se franqueasen guías para extraer dinero para el comercio interior, fijándose por la Regencia los puntos hasta donde podría ser conducido, de manera que no pudiera llevarse hasta los puertos de mar, mientras se resolvía sobre la prohibición de exportar dinero para España.

Uníase á los disgustos, alarmas y desconfianzas que todas estas medidas provocaban, la inquietud en que mantenía á todos los vecinos la completa falta de seguridad en las mismas calles de la capital.

De nada sirvió la recomendación que hizo la Regencia á las autoridades civiles y militares para que cooperasen á restablecer la seguridad pública, y los jueces de letras manifestaron que de la mayor parte de los robos, asesinatos y otros crímenes que diariamente se cometían en la ciudad, eran responsables los soldados de la guarnición, á quienes se les permitía salir de los cuarteles con armas y á horas irregulares, y contra los cuales no podían proceder los jueces ordinarios, porque invocaban el fuero de guerra.

La Junta, á la cual consultaron los jueces la supresión de dicho fuero, contestó que lo creía innecesario por estar determinado que en delitos contra policía no había fuero ninguno, y por orden de 31 de Diciembre recomendó á la regencia «que para evitar los excesos que en su mayor parte se atribuían á la insubordinación y desorden de la tropa, y con el fin de restablecer la seguridad y tranquilidad del público, convendría renovar las providencias que se habían dictado, encargando su exacto cumplimiento al jefe po-




..la completa falta de seguridad...

lítico, alcaldes, regidores y demás jueces, y muy particularmente á los jefes militares, con prevención estrecha á éstos de que hiciesen observar en sus cuerpos una rigurosa disciplina, adoptando las precauciones que juzgasen oportunas, sobre el uso de las armas y horas en que debía recogerse la tropa, quedando todos entendidos de que serían responsables en lo sucesivo de las resultas.»

Posteriormente, — añade Alamán, cuya opinión es en este caso preferible á la de cualquiera otro,—se aprobó el reglamento propuesto por el

Ayuntamiento, previniendo todo lo conducente á una vigilante policía; pero se cumplieron mal estas disposiciones y poco ó nada se remedió con ellas.

En todo lo que precede he procurado ser tan minucioso cuanto lo permiten las reducidas proporciones de estos libros, á fin de que mis lectores puedan formarse cabal idea de los inmediatos resultados del triunfo de D. Agustín Iturbide.

Sus admiradores han querido establecer entre el jefe independiente y los jefes insurgentes, ó mejor entre unos y otros, una diferencia que resultara en perjuicio y descrédito de los últimos.

Esa diferencia no tiene razón alguna de ser.

Quienes juzgan de las cosas sin profundizar los fundamentos de sus juicios, podrán creer lo que más á bien tengan respecto á su héroe

Los que con sano criterio examinen los sucesos antes de decidir sobre ellos, podrán ver que con mejor gente no pudo hacer Iturbide nada mejor que aquellos, en cuya obra sólo vió desorden, discordia, abusos y crímenes.

En el periodo de tres meses, que á contar del 27 de Setiembre de 1821 hemos recorrido en los últimos seis capítulos, hemos podido ver á Iturbide enemistado con los mismos corifeos que él mismo había creado, en ruina la hacienda, oprimido el contribuyente con onerosos préstamos, alarmado el comercio, tramada una conspiración, heridos los españoles por los mismos á quienes tanto habían favorecido, teatro la capital de robos y crímenes cometidos en plena luz del día, insubordinado el ejército, fuerte y crecida la oposición, el abuso en todo y por todo, la debilidad en el gobierno, la resistencia pasiva en el pueblo, la traición en lo pasado, la intranquilidad en lo presente, la incertidumbre en lo porvenir. El país pudo haberle preguntado como cierto personaje de una farsa cómica á quien nada salía nunca bien:

«¿Este es el gran negocio que decías que íbamos á hacer?»

## VII

Al llegar a este pasaje de la historia de aquellos días, el manuscrito en que mi padre reunió sus memorias, tiene cosidas

una serie de cartas que creo oportuno reproducir en este lugar.

Hé aquí la primera.

«Sr. D. Benito Arias Martínez.

En Valladolid.

»Mi buen amigo y compadre. Aquí me tienes otra vez á tus órdenes después de cinco meses que he permanecido en Orizaba, tratando de reparar los daños que mi dependiente Matías, que en paz descanse, me hizo con su desbarajustada conducta, que al fin y el cabo le costó la vida que le quitó un jarocho en Jalapa, á consecuencia de una riña motivada por los malditísimos naipes, á cuya afición sacrificó los intereses que yo le tenía confiados.

»Conseguí pagar la mayor parte de los créditos que contra mí dejó el desventurado Matías, y en cuanto á las fuertes sumas que me adeudan las gentes de aquel rumbo, no tengo las mayores esperanzas de cobro, y lo poco que se saque se irá en pitos y flautas y en pagar á mis abogados, en cuyas manos se ha quedado hasta hoy lo poco que han podido salvar.

»¡Buena gente esta! con razón preguntando un jardinero á un plantador inteligente pero arruinado, qué sería bueno sembrar en cierta tierra de mala calidad en que nada agarraba, le respondió el citado:

—»Con que nada agarra en esa tierra, ¿eh? pues amigo mío, plante usted abogados, que esos en todas partes agarran.

»Pero en fin, á Dios gracias, no me falta de qué vivir con abundancia y comodidad, lo cual no quita que lamente la pérdida de mis doce mil pesos, á cuya suma ascienden los perjuicios que Matías me originó.

»Me contentaré no obstante con ellas, si Dios quiere que sean las últimas, porque si las cosas continúan como van, dentro de algún tiempo no nos quedará ni camisa con que mudarnos.

»Marchamos mal, muy mal, malísimamente mal.

»Por aquí dicen, que al facilitar los españoles el triunfo del señor Iturbide, le hicieron el mismo regalo que hizo á Hércules creo que su mujer, cuyo nombre tal vez sabrás tú y yo no te digo porque es un nombre tan poco cristiano que no he podido recordarle:

el hecho es, según recuerdo, que la mujer le envió una túnica de tan mala calidad ó á lo que aseguran, tan envenenada, que en cuanto el héroe se la vistió hubo de morirse dándose á todos los demonios, si es que ya los había por aquel entonces.

»No sé yo que el Sr. Iturbide se haya vestido una túnica semejante, pero sí puedo asegurarte que se lo están llevando todos los demonios, y lo que es ahora sí los hay.

»Desde mediados del último Noviembre, la Junta gubernativa se le puso de uñas y algunos de sus miembros le crearon mil obstáculos con su empeño de no alterar las reformas que las Córtes españolas introdujeron en asuntos eclesiásticos.

»De resultas de ello no han podido ser restablecidas la Compañía de Jesús y las Ordenes de Juaninos, Hipólitos y Betlemitas, de lo cual se queja el clero con tanta más razón, cuanto que los francmasones han establecido en el mismísimo local en que los últimos tenían su escuela, otra de un nuevo sistema cuyo nombre no recuerdo; tengo una memoria fatal para los nombres, y en dicha nueva escuela, no sólo no se enseña el catecismo, sino que se dan lecciones contra él.

»Anda al mismo tiempo el nuevo gobierno, que ya no se las entiende con los españoles, á los cuales dicen que el Sr. Iturbide les canta una copla que le han enseñado los expedicionarios y que poco más ó menos es la siguiente:

No quiero que te vayas
ni que te quedes,
ni que te estés conmigo
ni que me dejes.

»Lo cierto es, según parece, que ya le pesan los compromisos que con ellos contrajo, y que quisiera despacharlos con mil de á caballo, si no fuese porque teme que el país se empobrezca si los europeos emigran llevándose sus fortunas.

»¿Y sabes por qué le estorban?

»Porque teme que los europeos le exijan el cumplimiento del plan de Iguala, según el cual, debe venir á gobernar estos reinos un príncipe español, lo cual ya no conviene á Iturbide, de quien aseguran que tiene ganas de coronarse.

»Algo de esto hay sin duda, porque de los papeles impresos, unos proponen la adopción del sistema republicano, y otros, y son los más, piden á Iturbide que tome para sí la corona.

»Por su parte los masones han hecho salir *El Sol*, que es un periódico en que están sacando á relucir todos los trapitos sucios de los curas y los frailes.

»Aseguran que con los masones se han unido todos los antiguos insurgentes que preparan algún golpe más seguro y contundente que el que D. Pedro Celestino Negrete hizo fallar á fines de Diciembre denunciándolos á Iturbide.

»A propósito, D. Nicolás Bravo preso en Puebla de resultas de aquella conspiración, ya fué puesto en libertad por Luaces, ya sabes de quien te hablo, de aquel que entregó Querétaro á Iturbide.

»Los amigos de éste están por supuesto encantados con él y dicen que cómo no ha de ser bueno su gobierno cuando hasta la antigua capitanía de Guatemala, independida ya de España, ha solicitado el honor de unirse á México por el voto espontáneo de sus habitantes.

»Sin duda que esto es verdad, porque Filisola ha sido nombrado comandante general de Guatemala, en nombre del imperio mexicano.

»Las elecciones han salido á gusto de esta gente, y el día 24 de Febrero del corriente año de 1822, se instaló el Congreso con grandes fiestas que no tuve el gusto de presenciar, pero que me dicen fueron magníficas.

»Sin embargo, no fué todo ello vida y dulzura, porque en el mismo día de la instalación, los diputados le corrieron á Iturbide un feo tal, que á lo que aseguran aun no le sale del cuerpo.

»Parece que el generalísimo, que se tiene por Santísima Trinidad, creyó justo y natural ocupar en el Congreso el primer lugar, y se sentó en el sillón que estimó que le correspondía, dando la izquierda al presidente del dicho Congreso.

»Un diputado, D. Pablo Obregón, de quien todos hablan por este hecho como de un héroe y un valiente, reclamó el asiento debido al presidente, y D. Agustín tuvo que cedérsele y quedar á su turno á la izquierda de aquél, esto es, como segunda persona.

»En aquel momento D. Agustín se tragó su desaire, procurando no dar á conocer su contrariedad; pero en cuanto volvió á casa le pasó al Congreso una comunicación tronante reconviniéndole por su falta de atención y de prudencia.

»Los diputados acordaron no hacerle caso, y dándola por no recibida, dispusieron que no se hiciese ni mención de ella en el acta de la sesión del día.

»En este momento me avisan que me busca uno de mis abogados y suspendo aquí esta carta que continuaré mañana, si puedo.

*Vale.*»

## VIII

La carta continuaba así:

«Mi querido compadre: acabo de hablar con mi abogado, que por fortuna no me ha dado ninguna mala noticia.

»Es decir, sí me la ha dado, pero sin que resulte en perjuicio de mis intereses, que gracias á Dios, nada tendrán que sufrir hoy por hoy.

»Esa mala noticia es referente á un honrado español, á quien sin duda conoceras tú, pues estuvo asociado con D. Pedro del Río, dueño de la magnífica hacienda azucarera de San Ramón, cerca de Pátzcuaro.

»Se llama D. Juan Antonio Olazagoitia.

»Si te acuerdas de él, sabrás que es uno de los más ricos europeos avecindados en Guanajuato: su capital no baja, y sí pasa de seguro, de dos millones de pesos.

»Pues bien, según parece, y de esto hace ya bastantes meses, se vió á la muerte de resultas de una infame tentativa de asesinato de que le hicieron víctima unos parientes suyos.

»No estoy bien enterado de esta intriga, porque mi abogado, que me la contó, sólo la sabe de oídas.

»Pero me ha prometido hacer más averiguaciones y oportunamente te transmitiré cuanto me diga.

»Lo que hasta hoy sé es que para deshacerse de Olazagoitia, emplearon los asesinos el puñal y el veneno á la vez.

»¿Puede darse mayor infamia?

»Sin duda tú responderás que no, y sin embargo sí pudo darse, porque según parece también quisieron envenenar á un niño, hijo de Olazagoitia, cuyo niño sólo contaba entonces unos seis años.

»A lo que creo, aun no ha podido saberse cuáles hayan sido los

verdaderos autores de este crimen; pero recaen muy vehementes sospechas sobre un médico español apellidado Oliva, que dicen que fué quien administró el veneno á Olazagoitia y al niño, abusando de su calidad de médico, pues se lo propinó en las mismas medicinas que les recetó para curarlos de no sé que enfermedad.

»Otros dicen que quien quiso asesinar al niño fué el mismo Olazagoitia, quien según parece, no es su verdadero padre, y que después de haberle envenenado tuvo miedo de las consecuencias y se quiso suicidar.

»Mi abogado cree que esto último es mentira, y se funda para creerlo así, en que habiéndose fugado de México el médico Oliva, sobre él deben recaer las sospechas.

»Añaden que el médico Oliva era masón y que los masones le habían mandado asesinar á ese niño y á Olazagoitia, para hacerse del capital de éste y destinarlo á llevar adelante una conspiración contra Iturbide.

»Esta última acusación dicen que la ha hecho un sacerdote llamado el Padre Bernardo, que fué uno de los agentes más activos de la Junta de la Profesa que presidió el doctor Monteagudo.

»Esto es todo lo que hasta hoy sé, y como tú mismo juzgarás, no es fácil entre tantas contradicciones presumir cuál pueda ser la verdad.

»Todo se averiguará sin duda más ó menos pronto, pues Olazagoitia, á quien se creía muerto, se ha presentado de improviso en México, y dicen que va á descubrir á los verdaderos criminales.

»Tampoco murió el niño á quien ministraron veneno.

»Parece que también anda mezclado en este asunto el famoso literato conocido con el nombre de el *Pensador Mexicano*.

»Se dice, y en esto no hago más que contar lo que me han contado, que al Pensador debe su salvación D. Juan Antonio Olazagoitia.

»El le recogió la noche en que fué herido por un hombre del pueblo, que unos suponen pagado por parientes de Olazagoitia y otros por los masones.

»Lo más probable es que Olazagoitia haya sido herido por alguno de los soldados que tomaron parte en la destitución de Apodaca, pues era muy amigo del conde del Venadito y parece que fué asaltado al salir del palacio, en aquella memorable noche: ya verás tú si hace fecha.

»El Pensador cuidó de él como si fuera cosa suya.

»Según parece, ese literato tiene un corazón de oro, y aunque en sus escritos ataca á los españoles, en lo particular les dedica una especial predilección.

»Confirma el supuesto de que Olazagoitia haya podido ser herido por los conjurados de la noche del 5 de Julio, lo que se dice de que Novella dictó contra él orden de prisión, lo cual al saberlo el Pensador, hízole arriesgarlo todo y salir de México con el herido, aun á riesgo de que se le muriese en el camino.

»Pero lo repito, nada sé de fijo, y entre tantas especies contradictorias es casi imposible distinguir la verdad de la mentira.

»Volviendo á mis noticias políticas, te diré que aquí toda la gente anda muy alarmada.

»El clero y sus gentes estaban disgustadísimos con el decreto del Congreso, que autorizó la venta de las temporalidades de los jesuitas, y dicen que no valía la pena de haber derrocado al gobierno español, para que sus sucesores continuasen estorsionando á las más sagradas instituciones religiosas.

»Además, el Congreso y la Regencia andan como perros y gatos á consecuencia de las cuestiones que ha suscitado la escasez de recursos.

»A esa escasez se atribuye el conflicto provocado por las tropas expedicionarias, que han tratado de efectuar una reacción en favor del gobierno español.

»Parece que el instigador ha sido el comandante Dávila, que se mantiene por España en el Castillo de Ulúa, sin que haya fuerza humana capaz de sacarlo de allí.

»Las tropas europeas que estaban acantonadas en Toluca, se alzaron contra Iturbide; la Regencia quiso desarmarlas, pero intercedió por ellas el general Liñán, que es su jefe desde la muerte de O'Donojú, y que según se sabe no se ha metido en nada. También Buceli se pronunció en Texcoco al frente de su regimiento de Ordenes; pero salió contra él D. Anastasio Bustamante y le obligó á rendir las armas en Juchi. Otras tropas que había en Nopalucan, á los gritos de *¡Viva el Rey!* tomaron á Zacapoaxtla, pero no pudieron mantenerse allí, y de Tlatlauqui se retiraron de nuevo á Nopalucan, donde también fueron vencidas y desarmadas.

»Sin embargo, Dávila no desiste de su intento y se teme que á la

mejor el país vuelva á ensangrentarse, y nos veamos envueltos en una guerra civil que acabará por arruinarnos á los que ya llevamos perdidas en diez años de guerra las tres cuartas partes de nuestra antigua fortuna.

»Cierro esta carta á fin de poder ponerla en el correo de mañana

»Saluda á mi querida comadre María, y hazle cien cariños á tu muchacho y sabes cuánto te quiere tu amigo y compadre

*Andrés Escobedo.*»

## IX

La segunda de las cartas anexas al manuscrito de mi padre, dice lo siguiente:

«Mi querido amigo y compadre: Después de saludar con el mayor afecto á tu esposa y á tu hijo y á tí mismo, ésta no tiene más objeto que el de darte noticia del oscuro drama referente á D. Juan Antonio Olazagoitia, de quien en mi anterior te hablé.

»El asunto ha sido llevado ya ante los tribunales y los pormenores empiezan á tener ciertos visos de aproximarse á la verosimilitud.

»No digo á la verdad absoluta, porque cada testigo llamado á declarar, dice algo que contradice al que antes de él declaró.

»De estas declaraciones es la más notable la dada por un individuo que, según él mismo confiesa, fué pagado para asesinar á Olazagoitia.

»Dicho individuo se llama Guadalupe Calvo, y es hermano del cochero de doña Clara, ó mejor Clarita, que así todo México la llama.

»Calvo fué hasta no hace mucho tiempo criado de Olazagoitia, quien le tenía á su servicio en Guanajuato y le despidió por su mala conducta, pues era borracho y pendenciero hasta la exageración.

»En Guanajuato dió muerte alevosa á un minero, y huyendo de la justicia, vino á México en busca y solicitando el amparo de su hermano.

»Clarita es una persona piadosísima en extremo y obliga á todos cuantos de ella dependen á cumplir con todas y cada una de las prácticas de devoción, usuales entre buenos católicos.

»El director espiritual de su casa es un Padre Bernardo que la tiene, según dicen, como un reloj.

»Este Padre Bernardo recibió de Clarita el encargo de hacer la limpieza en los subterráneos de la oscura conciencia del Guadalupe Calvo, y quién sabe cómo ello fué, pero es el caso que el Padre Bernardo, recomendó á Guadalupe como un hombre bueno y temeroso de Dios, y su recomendación le sirvió para que Clarita le tomase á su servicio como ayudante del cochero.

»Ya por aquellos días Olazagoitia se encontraba en México y habitaba la casa de Clarita, de la cual es cuñado y compadre.

»Pero aunque en la misma casa vivía, no se trataba con Clarita, que moraba por separado en el piso entresuelo con su hijo Marianito.

»Olazagoitia ocupaba, como llevo dicho, los altos, que compartía con él una hermosísima joven, llamada Luisa, esposa de Marianito, y de él separada hacía algún tiempo.

»Trajéronle un día á Olazagóitia, un niño como de seis años de edad.

»El niño venía de Guanajuato y la causa de su viaje fué la muerte repentina de una buena señora á la cual Olazagoitia teníale encomendado.

»A los dos días de llegado el niño subió de los entresuelos á los altos el Padre Bernardo y solicitó con urgencia ver á Olazagoitia.

»Este le recibió en el acto, y oyó de los labios de aquél, que, según un anónimo que á Clarita y á Marianito habíaselas enviado, el niño era hijo de Olazagoitia y de Luisa, la esposa de Mariano.

»Olazagoitia estalló en transportes de cólera é indignación, y atribuyendo el anónimo á invención del Padre Bernardo, en poco estuvo que le echase de cabeza por el barandal de la escalera.

»Tremendo fué el escándalo y doña Clarita llamó á los jueces civiles y eclesiásticos para que, haciendo las oportunas averiguaciones, divorciasen á su hijo de su esposa Luisa, á la cual acusaba de haber tenido un hijo con Olazagoitia antes de casada con Marianito, del cual tenía también otro niño que no quería reconocer como suyo.

»Clarita insistió en el divorcio, y pidió que los dos niños fuesen separados de Luisa y entregados á ella, que los adoptaría como suyos.

»Clarita es una mujer riquísima, y derramando á manos llenas el dinero, consiguió que los jueces sentenciasen en primera instancia el pleito en su favor.

»Pero, aquí fué Troya; Olazagoitia no quiso pasar por ello, demostró hasta la evidencia no haber conocido á Luisa sino después de casada con Marianito, probó que el niño de seis años no era hijo suyo, sino de una infeliz mujer muerta seis años antes en Guanajuato, y obtuvo que la sentencia fuese revocada.



... estalló en transportes de cólera...

»Acababa de obtener este triunfo cuando ocurrió su súbita desaparición, durante la noche del cinco de Julio, en que fué destituído el conde del Venadito.

»En esa misma noche se descubrió que también el niño había desaparecido; pero Guadalupe Calvo, enviado por Clarita en su busca, volvió á llevarle á la casa, habiéndole encontrado, según dijo, tirado en la plaza mayor y medio muerto, pues habíanle envenenado.

»Clarita mandó llamar inmediatamente un médico, y la criada á quien se le dió esta comisión, fué en busca del doctor Oliva, á quien conocía por haber sido él quien asistió á Luisa en el nacimiento del hijo de Marianito.

»Fué en efecto el doctor Oliva, y vió al niño, le salvó del peligro que pudiese haber corrido, y después de un altercado que tuvo

con el Padre Bernardo, fué puesto en prisión por conspirador, cateada su casa, embargados sus bienes, y nadie volvió á hablar de un suceso que nada tenía de notable en aquellos días de recrudecimiento de los odios políticos.

»Clarita, ya sin competidor, pues no había vuelto á saberse de Olazagoitia, recurrió de nuevo á los jueces, derramó nuevos puñados de oro, y logró al fin que el divorcio fuese declarado; pero no que separasen á Luisa de su hijo verdadero y del que falsamente le atribuían.

»Luisa hubiese sido lanzada á la calle como una pordiosera sin la previsión de Olazagoitia, quien desde mucho antes de todo esto le hizo donación de la gran casa que habita y de rentas bastantes para atender con abundancia y lujo á todas sus necesidades.

»Clarita, en los primeros instantes, tuvo que pasar por todo, y aún se vió en la necesidad de rogar á Luisa que le permitiese seguir viviendo en la misma casa, á lo que la pobre víctima accedió, temerosa del odio de su suegra, que, según parece, es una tremenda suegra.

»Luisa se encontraba enteramente aislada en el mundo.

»Sus antiguas relaciones la habían abandonado á causa de las murmuraciones que corrían acerca de su conducta.

»Sus padres habían muerto un año antes en el espacio breve de tres meses

»Pero todo cambió con la aparición inesperada de don Juan Antonio Olazagoitia, quien, como al principio te dije, se ha presentado ante los tribunales haciendo terribles acusaciones á Clarita y al Padre Bernardo.

»Pero esto te lo escribiré mañana, pues hoy no tengo tiempo para más que decirte que te deseo toda suerte de felicidades.

*Tu aftmo. compadre.*»

X

»Querido compadre: Interrumpo la relación que venía haciéndote del ruidoso asunto de Olazagoitia, para informarte de ciertos disgustos ocurridos entre Iturbide y el Congreso, disgustos de que hasta hoy no había sabido cosa alguna.

»Esto anda malo, muy malo, compadre, y el mejor día nos vamos á ver envueltos en una guerra civil que sólo Dios sabe como acabará.

»Este gobierno no tiene un real, y en cambio sus gastos son verdaderos derroches.

»El ministro de Hacienda se ha presentado al Congreso pidiéndole que como mejor lo tenga á bien le arbitre recursos, pues cada mes crece el deficiente, y los comerciantes se niegan á satisfacer las cuotas asignadas á cada uno para cubrir el préstamo forzoso, y prefieren dejarse llevar á la cárcel por tal de no pagarlas.

»El Congreso se ha molestado con esto, y le ha respondido que tome el dinero de donde lo encuentre, y no le quite el tiempo obligándole á ocuparse de lo que la Regencia debía haber previsto para no embarazar las tareas legislativas de tan respetable cuerpo.

»Esta escasez de dinero trae mal humoradas á las gentes, y los ánimos se exaltan con la mayor facilidad.

»Sólo así se explica la tremolina que se levantó en el Congreso con motivo de los mal combinados alzamientos de las tropas expedicionarias: obedecieron éstas á las sugestiones de D. José Dávila, que mantiene en el castillo de San Juan de Ulúa la bandera de España en estos reinos ó imperios, como ahora se dice.

»Como es hombre que no se para en pelillos, escribió á Iturbide diciéndole que de sabios es mudar de consejo, y que de conformidad con esta sentencia, lo que el generalísimo debía hacer es proclamar una contra-revolución y restablecer en México el dominio del rey: para mejor decidirle á ello le hizo notar cuánto ha disminuído su popularidad de resultas de la desorganización y escaseces de la cosa pública y de la oposición y la guerra que le hace el Congreso, del que ha dejado formar parte á sus mismos enemigos.

»Iturbide leyó esta carta al Congreso, al que tuvo que reunir en sesión extraordinaria el Miércoles Santo, cinco de Abril, y de buenas á primeras dijo á los diputados, que como podrían ver por la citada carta, había traidores en la Regencia y en el Congreso.

»D. José Isidro Yáñez, que era uno de los regentes, creyó que á él se refería Iturbide, sin duda porque le miró más de frente que á los demás, y repuso con indignación:

—«¿Cómo es eso de traidores? ¡usted es el traidor!»

»Cuando tal oyó el generalísimo, por poco le tira á Yáñez el sillón á la cabeza y se armó la de Dios es Cristo, sin que el presidente pudiese restablecer el orden, sino á costa de grandes gritos y trabajos.

»Odoardo, cuando le fué permitido hablar, dijo: «César ha pasado el Rubicón,» queriendo significar que Iturbide había dado el primer paso en la senda que había de conducirle á desconocer al Congreso y proclamarse dictador, y en respuesta Iturbide acusó de traidores á once diputados, al presidente Horbegoso entre ellos, y los designó por sus nombres y apellidos.

»Siguióse el tumulto, y cuando el generalísimo salió del salón, el diputado Múzquiz propuso se le declarase traidor, cuya declaración hubiese hecho el Congreso si á ello no se opone Fagoaga, que era uno de los acusados por Iturbide.

»En la sesión del siguiente día, que fué Jueves Santo, el Congreso declaró «que los diputados acusados por el generalísimo, no habían desmerecido su confianza, y al contrario, estaba plenamente satisfecho de su conducta.»

»Dicen que Iturbide se quedó *ardiendo su alma* cuando lo supo, y más aun cuando se enteró de que el día 10, á propuesta del diputado Iturralde, el Congreso destituyó del cargo de regentes al Obispo Pérez de Puebla, á D. Manuel de la Bárcena y á D. Manuel Velázquez de León, por creerlos demasiado débiles y condescendientes con Iturbide, nombrando en su lugar al conde de Heras, á D. Nicolás Bravo y al cura de Huamantla, D. Miguel Valentín.

»Para que el desaire y la intención fuesen más marcados, el Congreso conservó en la Regencia á Yáñez, que, según te dije, se atrevió á llamar traidor al generalísimo.

»Este, no te quepa duda, está ya completamente desacreditado, y si no fuese el partido que en el ejército tiene, el Congreso le habría destituído también, pues de ello se trató en la misma sesión de que te he hablado.

»D. Nicolás Bravo y el conde de Heras prestaron juramento ante el Congreso á las cuatro de la mañana del día once: ya verás tú si el Congreso les hizo madrugar.

»Pero desacreditado y todo como está Iturbide, no se da por vencido, y si sabe elegir el momento con la misma oportunidad con

que eligió el de la proclamación del plan de Iguala, puede jugarles una barrabasada á sus enemigos.

»Las circunstancias no pueden serle más favorables.

»En los momentos en que te escribo acaba de recibirse en México la transcendental noticia de que el día 13 de Febrero último las Córtes de España declararon nulos y de ningún valor los tratados de Córdoba, limitándose á enviar comisionados que traten con los gobiernos de las colonias, lo que unos y otros crean más oportuno, y del resultado de sus conferencias las Córtes de Madrid se ocuparán en su oportunidad.

»Esto ha producido una gran excitación en todos los círculos, y no puedes figurarte las animadas discusiones á que está dando lugar.

»Quienes más partido están sacando de la noticia son los iturbidistas, que con falso patriotismo y fingida susceptibilidad, repiten que si se habrá creído España que la América no puede inventar dinastías mejores que las que son dueñas de los destinos de las naciones europeas.

«¡Vaya! con los *gachupines*, — dicen á quien oirles quiere:— ¿creerán acaso que Napoleón I vistió en su cuna mejores mantillas que D. Agustín Iturbide? ¿Se figurarán tal vez que sus príncipes valen más que lo que este gran imperio merece? Pues crean los necios que aquí queremos más á Iturbide, al cual debemos la independencia, que á toda la caterva de infantes que forman la casa real! Sin duda se imaginan que el ser rey es una ciencia que no está á nuestro alcance. ¿Pero, señor, cuándo dejarán de ser injustos con nosotros los españoles?»

»El partido clerical y el clero mismo están ofendidísimos con el Gobierno y las Córtes españolas, por las siguientes palabras que el conde de Toreno pronunció en una de las sesiones, contestando á un diputado por Guatemala apellidado Milla, que elogió la independencia hecha por Iturbide.

»Hé aquí las palabras susodichas del conde de Toreno:

«Yo, si fuera americano, no quisiera que se me presentara la independencia como la presenta Iturbide: pues cuando en Europa estamos tratando de destruir todos los errores y preocupaciones de la antigüedad, veo que algunas bases del señor Iturbide no se dirigen más que á consolidar lo que verdaderamente ha hecho la desgracia de España europea y ultramarina, que son los privilegios:

porque aun prescindiendo del restablecimiento de la Inquisición, que se dice que ofrece, lo que no sé con toda certeza, una de las bases que se anuncian es, que se conservarán todos los privilegios al clero secular y regular, esto es, que quedará el clero, los frailes y los monacales como estaban, y todos estos establecimientos, aunque respetables, tratando de que queden como han estado en Europa, son perjudicialísimos. Yo, á la verdad, no quisiera que se pensara en cimentar de un modo tan seductor la felicidad de mi país.»

»No puedes figurarte lo enojadísimos que están los frailes y el clero, y los devotos y las beatas con estas sangrientas apreciaciones del buen conde de Toreno.

»Y se enojan tanto más, cuanto que el conde tiene razón en lo que dijo.

»Hasta hoy los únicos beneficiados por Iturbide han sido y son los sacristanes y monaguillos, que yo te aseguro que han de darnos todavía una guerra más que regular.

»Los republicanos, como tú y yo lo somos, están también bastante contentos con la resolución tomada por las Córtes españolas, pues creen, y tal vez no sin razón, que nos hemos quitado de encima la losa que echó sobre el país el plan de Iguala, dejando abierta la puerta á la ambición de los infantes españoles.

»Hoy ya no existe ese peso, puesto que la nación española representada por las Córtes, ha rechazado las ventajas que le ofrecía el plan de Iguala, y anulado los tratados de Córdoba que las confirmaban.

»Los únicos que andan tristes son los borbonistas; pero como ni aun ellos quieren darse por vencidos, se han unido á nosotros los republicanos, que con ellos formamos la cada vez más fuerte y firme masonería escocesa. Su objeto es ayudarse con nosotros para contrarrestar la ambición de Iturbide.

»Los amigos de éste, lo repito, casi han arrojado la careta y comienzan á hablar como de la cosa más natural del mundo, de la posibilidad de proclamar emperador á Iturbide.

»Algunos encuentran, sin embargo, algo ridículo el nombre de Agustín para un emperador: creo que piensan aconsejarle que al subir al trono cambie de nombre, como lo hacen los papas al subir á la silla de San Pedro.

Hemos tenido fiesta de salvas y repiques con motivo de haber

determinado nuestro Congreso, en su reunión del 27 de Abril, reconocer la independencia de Colombia, cuyo embajador ó ministro ó como llamarle quieras, es nuestro compatriota, mexicano por consiguiente, D. Miguel Santa María, que tan buenos servicios tiene hechos á la independencia, y es, además, un masón muy distinguido.

»No menos contentos nos ha tenido la llegada del Puerto de Alvarado, de la goleta *Iguala*, comprada en los Estados-Unidos por nuestro gobierno: es el primer buque de guerra de nuestra marina.

»En ella ha llegado el coronel americano Davis Bradburn con noticia de que los Estados-Unidos del Norte están en la mejor disposición imaginable para reconocer nuestra independencia.

»Así lo ha anunciado la *Gaceta Imperial* extraordinaria del 19 de Abril.

»En el Congreso hubo durante la sesión de 6 de Mayo una especie de manifestación republicana, con motivo de la lectura de una felicitación que á aquel cuerpo dirigió el regimiento número 11, cuyo coronel es nuestro querido D. Nicolás Bravo; en ella se decía que los americanos detestamos á los monarcas porque los conocemos, y se sostenía que lo que más nos conviene es erigirnos en República como lo han hecho ya Colombia y Buenos Aires.

»El diputado Alvarez quiso que se suspendiese la lectura, lo cual le valió clarísimas muestras de desaprobación, y cuando el Congreso resolvió, no sólo que se continuase la lectura de la felicitación sino también que se insertase en el acta, las galerías rompieron en atronadores aplausos.

»Sin embargo ¿qué será lo que aquí pase?

»Concluyo, mi buen Benito, repitiéndome tu amigo y compadre que te quiere,

*A. Escobedo.*»

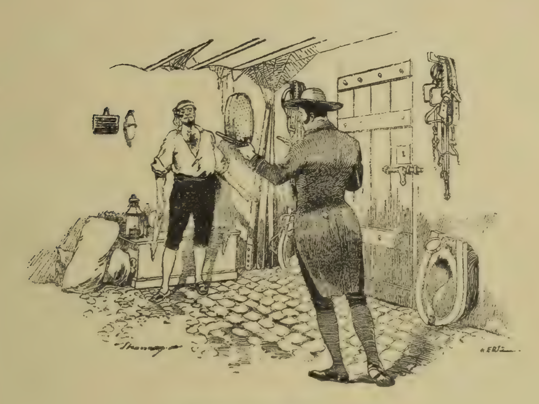
## XI

Y dice así la cuarta carta del compadre Escobedo:

«Mi querido Benito: Como nada nuevo se dice referente á la actual crisis política, que continúa tan grave como principió, aprovecho el tiempo que puedo consagrar á escribirte para darte más informes sobre el ruidoso asunto Olazagoitia.

»Al presentarse éste en la casa de su cuñada Clarita, quiso la casualidad, ó mejor aun la Providencia, se encontrase en el zaguán al dicho Guadalupe Calvo, que fué, como ya te dije, el canalla que hirió á Olazagoitia, la misma noche del 5 de Julio en que fué destituído D. Juan Ruiz de Apodaca.

»No hizo más que distinguirle y reconocerle en el acto; antes de que pudiera escapársele le echó al cuello la poderosa garra, diciéndole:—Miserable, si tratas de defenderte, si das el más pequeño grito, te mato como á una mosca.



—Y ahora vas á responder á todo ..

»Guadalupe no hizo ni el más leve movimiento, ni intentó defenderse, ni pronunciar una sola palabra.

»Olazagoitia, siempre sin soltarle, atravesó con su presa el primer patio, y sin que nadie le viese, entró con Guadalupe en una habitación baja, destinada á guardar los arreos de las mulas y caballos de los coches de la casa, y cerrando y atrancando la puerta, soltó á Guadalupe, y sacando dos pistolas y amartillándolas y con ellas apuntando á su asesino, díjole:

—»Y ahora vas á responder á todo cuanto te pregunte, sin ocultar-

me detalle alguno que me impida enterarme de toda la verdad, pues si tal no haces, juro por Dios y por todos los santos del cielo, que no me sales vivo de aquí ni aun cuando el mismo demonio venga en tu auxilio.

»Guadalupe Calvo no demostró inmutarse ni en lo más mínimo, pero tampoco dió señal alguna de insolencia ni más ó menos encubierto rencor.

»Lejos de esto, con voz respetuosa y hasta humilde contestó:

—»Sr. D. Juan, inútiles son sus amenazas; sin necesidad de ellas responderé á cuanto se sirva preguntarme.

»Bien sabe usted que nadie me asusta fácilmente, y que si yo hubiera querido resistirme no me hubiera usted conducido tan fácilmente hasta este sitio.

»Pero contra usted, Sr. D. Juan, nada puedo ni quiero intentar.

—»¡Eso dices, canalla!—replicó Olazagoitia,—¿acaso no fuiste tú quien traidoramente trató de asesinarme? ¿crees que no te conocí en aquella noche funesta?

—»D. Juan, frente á frente ataqué á usted, y con tan poco deseo de matarle que, ya lo ve usted, aun está vivo.

—»¡Sí, canalla, pero eso fué porque tuviste miedo!

—»Es verdad: miedo ó respeto, que es como yo lo llamo.

—»¿Respeto dices?

—»Respeto, sí, D. Juan: yo no he querido nunca mal á usted.

—»Entonces, ¿por qué me heriste?

»Guadalupe bajó confundido la frente y nada contestó.

—»¿Por qué no me respondes? ¿Qué mal te había yo hecho para que tratases de asesinarme? ¿No procuré por cuantos medios estuvieron á mi alcance y mientras permaneciste á mi servicio, corregir todas tus malas inclinaciones? Y cuando me cansé de luchar en vano contra tu mala naturaleza y te despedí de mi servicio ¿no puse en tu mano una más que regular cantidad de dinero, para que si querías dedicarte á algún trabajo honrado tuvieras con qué establecerte?

—»Cierto, muy cierto todo eso, señor.

—»Entonces ¿por qué me heriste?

»Guadalupe volvió á humillar su frente y calló.

»Olazagoitia se acercó entonces á Guadalupe, que permanecía retirado de él un gran trecho, y tomándole con una mano un hombro y levantándole con la otra la cabeza, le dijo:

—»Mírame frente á frente, Guadalupe, y responde sí ó no, sencillamente: te mandaron que me asesinases ¿es cierto?

—»¡Sí, lo es!—contestó Guadalupe.

—»¡Ya lo suponía yo!

—»¡Señor!...

—»Continúa respondiendo, sí ó no.

—»Pregunte usted.

—»Quien te mandó asesinarme fué el Padre Bernardo, ¿no es verdad?

—»¡Lo es!

»Olozagoitia exclamó entonces:

—»¡Ah! ¡fraile mil veces más canalla que tú! ¿Qué te prometió? ¿de qué medios se valió para armarte contra mí? Pronto, Guadalupe, responde.

»Y Guadalupe contestó lo siguiente:

—»Señor, la confesión que voy á hacer á usted no me la arranca el temor que su actitud de juez pudiese inspirarme, sino la necesidad que tengo de dar desahogo y salida á lo que ya no cabe en mi pecho y como gigantesca piedra me ahoga y me hace desear la muerte.

»Sin duda, señor, extrañará usted mi manera de hablar, más educada de lo que de mí puede esperarse; pero es, señor, que soy otro distinto de aquel Guadalupe que conoció, y no ya mi vida, que no estimo en cosa alguna, sino cuanto de mejor pudiera poseer, daríalo sin vacilar, por poder ¡ay de mí! ser un completo caballero como usted, D. Juan, ó mejor que usted si es que los hay mejores.

»Nada menos que eso quisiera, señor D. Juan, para hacerme digno de D.ª Luisa, á quien amo con todo mi corazón.

»Olazagoitia, al oir decir tal cosa á su antiguo criado, abrió primero y desmesuradamente sus ojos en señal de admiración, y dándoles después con la ayuda del fruncimiento de sus cejas, la expresión del más ilimitado enojo, exclamó:

—»Y eres tú miserable, ¿quién absurdo tal ha llegado á concebir?

»Guadalupe no se inmutó tampoco en aquel momento y con reposada y segura voz replicó:

—»He dicho á usted, D. Juan, que ningún pavor me infundía, y tal como soy al presente, me sobran, créalo usted, me sobran fuerzas y ánimo bastante para ahogarle entre mis manos, antes que pueda

alargar su mano á una de sus pistolas, si no me deja usted acabar la confesión que he principiado á hacerle.

»Sea, pues, D. Juan, piadoso conmigo y escúcheme hasta el fin, si es que saber quiere, cómo pudieron obligarme al crimen infame de atentar contra la vida de usted.

»Déjeme hablar, señor, para que sepa por qué no le opuse resistencia alguna, cuando en el zaguán de esta casa me sorprendió.

»Déjeme usted decirle la causa por la que el niño Eduardo, que en la noche del 5 de Julio llevaba usted de la mano, no murió á las mías como se me había mandado, y vive, como sin duda lo sabe usted, tan respetado que no hay quien se atreva á tocarle ni al pelo de la ropa.

—»Qué ¿acaso á tí te debo la vida de ese niño que yo adoro como si hijo mío fuera?

»A mí y á la historia que voy á referir á usted,—contestó Guadalupe cada vez más transformado de resultas de su creciente emoción.»

## XII

A continuación de las últimas palabras que cierran el presente capítulo, la carta del compadre Escobedo, cambia de asunto y prosigue así:

«Querido compadre, continúo esta carta tres días después de haberla comenzado, que fué el 18 de Mayo corriente.

»Escribiéndote estaba la noche del susodicho día porque en las noches puedo con más reposo y tranquilidad escribirte, cuando turbó el silencio que me rodeaba, un ruido que, te lo confieso, me alarmó de un modo extraordinario.

»Aunque apagados por la distancia, llegaron á mí claros, distintos rumores de exaltadas voces, ecos de disparos de armas de fuego y clamores de repiques de campanas.

»Abrí mi balcón con el fin de ver, de percibir mejor aquellos ruidos, inexplicables á tan avanzada hora, y gracias á la línea recta que predomina en el trazado de nuestras calles, pude con sorpresa notar que allá á lo lejos, muy lejos, los vecinos sacaban luces á los balcones y ventanas como queriendo iluminar las fachadas de sus casas.

»Perdíame en conjeturas sobre lo que aquello pudiese significar y hacía á los vecinos de mi barrio, que como yo salieron también á sus puertas y balcones, preguntas que ninguno acertaba á contestar, cuando noté y conmigo todos mis compañeros de observación, que las masas de gente que á distancia distinguíamos, se iban fraccionando y desapareciendo por cada bocacalle, disparando armas de fuego y marcando sobre el oscuro azul del firmamento las líneas luminosas de los cohetes que quemaban

»Pocos momentos después las voces se nos hicieron más perceptibles y al fin oimos gritar:

»¡Viva *Agustín Primero!*

—»¡Tate! ¡tate!—me dije,—¡ciertos son los toros! ¡Ya tenemos emperador!

»Deseando enterarme por mí mismo de cómo aquello se había hecho, tomé mi capa española, pues la noche era fresca; y me lancé á la calle y me dirigí al centro, seguido de mis vecinos que estimaron oportuno ser tan curiosos como yo.

»La verdad, compadre, y lo digo porque no creas que ya me hice iturbidista, el espectáculo que se ofreció á mi vista me emocionó grandemente.

»Las calles centrales estaban iluminadas como en las noches que siguieron á la entrada de los trigarantes.

»La multitud, ebria de gozo, daba entusiastas vivas á Méjico, á la América, á la Independencia y más que á nadie á Iturbide, saludándole con el título de emperador.

»Tomé á gran prisa las calles de Plateros y San Francisco y llegué frente á la casa de Moncada, en la cual habita Iturbide con su familia, mientras se concluye las reparaciones que bajo la dirección del obispo de Puebla, Pérez, se han emprendido en el antiguo palacio de los vireyes.

»Allí supe todo cuanto había pasado y á contártelo voy.

»Sabes, porque ya te lo escribí, que los enemigos de Iturbide, meditaban en darle un golpe maestro, introduciendo en el reglamento de la Regencia, que el Congreso estaba discutiendo, un artículo en que se prohibía á los miembros de ella ejercer mando de tropas; aprobado este artículo, Iturbide habría tenido que dejar ó el manejo del ejército ó la presidencia de la Regencia.

»Pero por lo mismo que esto se tramaba contra Iturbide, sus

amigos decidieron no perder más tiempo, y en un dos por tres, concertaron el motín del ejército y la plebe, al cual deberá el generalísimo el poderse ceñir la imperial corona.

»Corresponde la gloria de la primacía á un llamado Pío Marcha, sargento del regimiento de infantería número 1, y antiguo soldado del famoso de Celaya, del que Iturbide fué coronel, y con el cual contó, antes que ningún otro cuerpo, para su proclamación del plan de Iguala.

»Pío Marcha hizo tomar las armas á su regimiento acuartelado en el que fué convento de San Hipólito y abriéndole las puertasse lanzó á la calle al grito de *¡Viva Agustín Primero!*

»Casi al mismo tiempo hicieron otro tanto las tropas de otros cuarteles, y el pueblo no tardó en irse uniendo á cada uno de los grupos, contento de que aquella ocasión se le ofreciese de gritar y de divertirse.

»Un ayudante de Iturbide, el coronel Rivero, se metió en el Coliseo, y con unas cuantas palabras que dirigió á la concurrencia, invitó al público y á los cómicos á secundar la voz del pueblo y del ejército, que proclamaban á Iturbide, y así lo hicieron como él lo quiso, contestando con atronadores gritos al de *¡Viva Agustín Primero!*

»Cómicos, público, ejército y pueblo, dirigiéronse al frente de la casa de Iturbide y allí le vitorearon hasta que les dió hipo, sin que por esto cesaran las aclamaciones, pues sin cesar llegaban nuevos grupos que no daban punto de reposo al entusiasmo.

»Cuentan que Iturbide se hizo en el primer momento el sorprendido ante sus tertulianos, con los cuales en aquellos instantes, jugaba al tresillo, tranquilo al parecer.

»Yo no puedo asegurarte, porque no lo ví, si fué ó no cierto que tal fingiese, pero lo que sí puedo asegurarte, porque yo mismo lo escuché, es que al día siguiente D. Agustín dijo en el Congreso, que desde la tarde del día precedente había tenido noticia de lo que se intentaba, y aún hecho lo posible para impedirlo.

»Entre sus tertulianos estaba el general D. Pedro Celestino Negrete, recién llegado de Guadalajara.

»Iturbide hizo llamar á la Regencia y á muchos generales, diputados y amigos suyos, y consultando con ellos el caso, todos, como era después de todo muy natural, le aconsejaron que cediese á la

voluntad general y admitiese la corona que el ejército y el pueblo le ofrecían.

»Convínose en citar al Congreso á sesión extraordinaria para las siete de la mañana del siguiente día 19, y mientras expidió una proclama llena de palabras bonitas que concluía con éstas:

»La nación es la patria: la representan hoy sus diputados: oigámoslos, no demos un escándalo al mundo y no temáis errar siguiendo mi consejo. La ley es la voluntad del pueblo, nada hay sobre ella; entendedme y dadme la última prueba de amor, que es cuanto deseo y lo que colma mi ambición.

»Para que el Congreso no se anduviese por las ramas y creyese que todo ello no pasaría de un motincito de soldados y plebe de los barrios, todos los generales, jefes y oficiales, residentes en México, dirigieron al Congreso por conducto de la Regencia una exposición, avisándole que la proclama de Iturbide la hacían en *masa y con absoluta uniformidad*, todos los regimientos de infantería y caballería que se encontraban en la capital; que por lo tanto era conveniente que tomándola en consideración, deliberase lo más pronto posible sobre punto de tanta importancia.

»Esta representación la suscribieron en primer lugar, el general Negrete, Echávarri y el marqués de Vivanco, y fué presentada por una comisión compuesta de D. Anastasio Bustamante, el brigadier Parres y el conde de San Pedro del Alamo.

»Esta exposición fué tanto como decirle al Congreso, mira bien á lo que te expones si te andas con paños calientes y medias tintas.

»Suspendo aquí, compadre, porque son las tantas de la noche y ya me caigo de sueño: mañana continuaré.»

## XIII

«Continúo, mi querido compadre, la cartá que ayer suspendí.

»Rendido de andar de un lado para otro, regresé á casa pasadas las tres de la mañana y tirándome vestido en la cama, me dormí como un lirón.

»Pero no duró mucho mi sueño, porque no comenzaba aún á salir el sol, cuando mi calle, que es la misma en que está el Con-

greso, fué invadida por una multitud que gritaba y voceaba como manada de energúmenos.

»Abrí mi balcón y viendo llegar incesantemente masas de pueblo que se sucedían sin interrupción, comprendí que si no me daba prisa no podría ni siquiera intentar meterme en el salón de sesiones.

»Quiso mi buena suerte que al salir yo de casa acertase á pasar frente á ella nuestro buen amigo San Martín, diputado al Congreso, y sin más ni más le rogué que me permitiese acompañarle y entrar con él, á lo cual accedió con exquisita amabilidad.

»Poco después de la hora designada estaban reunidos en el salón muchos, pero no todos los representantes del pueblo, notándose entre otras la falta de Fagoaga, Tagle, Odoardo y otros que no recuerdo.

»En cuanto á la parte de afuera se supo que se había abierto la sesión, fueron tales los gritos de la multitud, aclamando á Agustín Primero, que fué materialmente imposible que los diputados pudieran entenderse, y entre ellos comenzó á correr la voz de que perdido el respeto á la representación nacional, era de temerse algún atentado de la plebe. Por sí ó por no, se nombró una comisión que fuese á comunicar á la Regencia lo que pasaba y se temía que pasase; pero la Regencia contestó que se consideraba impotente para responder de la tranquilidad pública.

»Se acordó entonces dirigirse al mismo Iturbide, y suplicarle que concurriese á la sesión.

»Hízose así, y después de haber dudado un rato sobre si debería ó no concurrir, cedió á las instancias de la comisión, de los ministros y de sus amigos, se decidió á ir, entró en su coche, cuyas mulas quitó el populacho que tomó el lugar de ellas, y fué estirando el carruaje hasta las puertas del Congreso, aclamándole y vitoreándole sin cesar en todo aquel largo trayecto.

»Imposible fué impedir la entrada al público que invadía las galerías, sin dejar de repetir los vivas y aclamaciones.

»Pero no sólo las galerías se vieron invadidas por la multitud: también el salón de sesiones se llenó de gente de todas clases, especialmente de militares y religiosos mercedarios.

»Viendo que nadie obedecía su autoridad, el presidente de la cámara suplicó á Iturbide que rogase al público el silencio y la moderación, y así lo intentó Iturbide, con muy mediano éxito, pues

á cada cuatro palabras le interrumpían numerosas voces diciendo:

»¡ Nada de discursos ! ¡la proclamación ! ¡la proclamación ! ¡ viva Agustin primero !

»En medio de aquel escandaloso tumulto que sólo de vez en cuando se calmaba durante leves instantes, subieron á la tribuna, Alcocer, San Martín, Gutiérrez, Terán, Rivas y Anzorena, pidiendo todos ellos se suspendiese la proclamación, mientras se consultaba la voluntad de las provincias, alegando que el actual Congreso no estaba facultado para resolver lo que se le pedía que resolviese.

»Todos y cada uno de los susodichos diputados, fueron interrumpidos en sus discursos por la insolentada plebe, sin que pudiese poner orden ni el mismo Iturbide, y sólo se le permitió hablar á Gómez Farias, que presentó una proposición favorable á Iturbide, suscrita por cuarenta y seis diputados, que eran más de la mitad de los concurrentes á la sesión.

»Alguien hizo observar que habiendo en el salón ochenta y dos diputados solamente, nada podía resolverse, pues el reglamento prescribía que para que las votaciones fueran válidas debía haber por lo menos ciento un votantes.

»Pero ese alguien que tal dijo, por nadie fué escuchado y se puso á discusión la proposición de Gómez Farias en que asentaba «que rotos el plan de Iguala y los tratados de Córdoba, por no haber sido aceptados por España, los diputados estaban autorizados por aquellos mismos tratados á dar su voto para que Iturbide fuese declarado emperador, confirmando de este modo la aclamación del pueblo y del ejército, recompensando debidamente los extraordinarios servicios y méritos del libertador del Anáhuac y afirmando al mismo tiempo la paz, la unión y la tranquilidad, que de otra suerte desaparecerían acaso para siempre.»

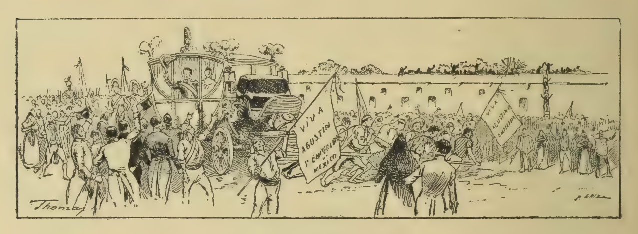
»Aquello no fué discusion ni fué nada, ni era posible que lo fuese cuando las galerías hacían lo que se les daba la gana silbando y escarneciendo á los diputados que tenían el valor de ir contra la corriente, por más que alguno de ellos, como Martínez de los Ríos, por ejemplo, pidiese como él pidió, que por la misma grandeza del acto, por sus trascendencias, por decoro del Congreso y del generalísimo, por el de sus subalternos, por el del pueblo mismo, se tratase aquella cuestión con calma y serenidad.

»Nadie quiso oirle, y muchos en cambio le insultaron con palabras

irrespetuosas y mal sonantes, propias tan sólo de la gente soez que en tales instantes hizo á la nación la ofensa de darse por representante de su voluntad soberana.

»En cambio, Valdés, Lanuza, Portugal, Covarrubias, Argándar y cuantos sostuvieron la proposición de Gómez Farias, eran estrepitosamente aplaudidos por el insolente populacho.

»Al ir á ponerse á votación, D. Agustín Iturbide hizo la quincuajésima edición de su eterno discurso sobre su desinterés, su modestia, sus ningunas ambiciones, y su sumisión á la voluntad nacional, y recomendó al pueblo y al ejército que aceptasen, como




..regresando después á su casa...

dimanada de la sabiduría misma, la decisión del Congreso, cualquiera que ella fuese. ¡Cualquiera al escucharle hubiese podido creer que dudaba cuál iba á ser la decisión.

»Pero como si aquella multitud estuviese ya cansada de sostener el papel que se le hacía representar y desease concluir cuanto antes para retirarse á sus casas, ni aun á Iturbide dejó hablar sin interrumpirle con sus voces de ¡basta de discursos! ¡la proclamación! ¡Viva Agustín primero!

»De aquella farsa resultó D. Agustín Iturbide electo emperador de la América Mexicana por *sesenta y siete* votos contra *quince* de otros tantos hombres de extraordinario valor civil, que pudieron salvarse de la ira popular, gracias á que el pueblo se distrajo vitoreando á Iturbide, á quien el presidente del Congreso cedió el sillón colocado bajo el dosel, desde cuyo lugar aclamó á la nación y á la Independencia, regresando después á su casa en la misma

forma en que había sido llevado hasta San Pedro y San Pablo, que era donde el Congreso tenía sus sesiones.

»El pueblo se disputaba á golpes y porrazos el honor de estirar del coche de Iturbide...

»¡Bonito modo tiene el pueblo de entender su soberanía!

»¡Creyéndose más digno que los animales de estirar de un coche!

»Y ahora corto aquí esta carta, no porque me sienta cansado, sino porque me da vergüenza y grima continuar hablando de esto.»

## XIV

«Vuelvo, mi querido compadre, á mi relación del suceso Olazagoitia, relación que si continúo interrumpiendo á cada paso, puede sorprenderla el juicio final sin estar aún terminada.

»Quedamos en aquello de la conversación que Guadalupe mantuvo con Olazagoitia en una pieza baja de la casa de doña Clarita.

»Y suspendí mi cuento precisamente cuando Guadalupe iba á decir las causas que le indujeron á atentar contra la vida de su antiguo amo con lo demás que verá el curioso lector, según suelen decir los novelistas en los títulos de los capítulos de sus libros.

»Olazagoitia sabía en efecto por informes que en México se había procurado que, aunque retraídos unos de otros y en abierta enemistad, Luisa, su hijo y el niño Eduardo por una parte, y por otra Clarita y Marianito, continuaban morando en la misma casa y estaban todos vivos y en buena salud, excepción del simple Marianito, que continuaba entreteniéndose en quejarse de sus imaginarias enfermedades.

»Tranquilo estaba, pues, en lo referente al niño Eduardo, que no era otro que el hijo de aquella mujer cuyo cadáver reconoció Lizardi aquella noche de aventuras que él mismo detalló al doctor Oliva, según dejo referido en el Episodio que á éste precede.

Hecha esta salvedad; que como mis lectores habrán comprendido, no consta en la carta del compadre, y sólo á mí pertenece, continuo copiando aquella, y dice así:

«Después de un momentáneo instante de reposo que á sí mismo

se dió, Guadalupe volvió á tomar la palabra del modo y manera siguiente:

«Al entrar en esta casa, á la que vine á acojerme al amparo de mi hermano, cochero de doña Clarita, díjome que para darme hospedaje en ella, necesitaba consultar antes á su ama.

»Hízolo así y volvió á poco rato anunciándome que el ama no tenía inconveniente en que yo permaneciese en la casa siempre que me sujetase á la vida cristiana que en ella se hacía, y me sometiese por principio de cuentas á confesarme con el director espiritual de la casa, el Padre Bernardo.

»Para las ideas que sobre religión yo tenía, esto no era inconveniente de ninguna especie y desde luego contesté que por todo pasaba.

»Sabida mi respuesta, el ama me mandó subir á sus habitaciones del entresuelo y me introdujo en su capilla particular, donde ya me esperaba el Padre Bernardo.

»Cerró éste por su propia mano la puerta de la capilla, y cuando yo, finjiendo una devoción que no sentía, iba á postrarme á sus piés según acostumbran quienes se confiesan, me sorprendió dejándome tamañito con estas palabras pronunciadas con extraña brusquedad:

—»¡Fuera farsas, bribón; te conozco como la madre que te dió el sér!

»Al oirme insultar por aquel hombre, que para mí no pasaba de ser un *don cualquiera*, sentí que la sangre se me agolpaba á la cabeza y por poquito lo acogoto entre mis calludas manos.

»Pero el tal Padre tiene unos puños más recios que un gañán, y rechazándome hasta hacerme ir á dar contra la pared, me dijo:

—»Quieto, amiguito, ó te hago ahorcar esta misma tarde por asesino del infeliz Aguilitas.

»Este era el apodo con que todos conocíamos al minero, á quien ocho días antes había yo matado en Guanajuato, y por cuya muerte huí de aquella ciudad.

»Creía yo que nadie en México pudiera tener noticia de mi crimen, del cual ni á mi propio hermano había dicho cosa alguna.

»La evidencia de que no era así me desconcertó por completo.

»Cambié, por lo tanto, de actitud y de tono, y dije al Padre Bernardo:

—»Y bien, señor cura, si no quiere usted hacer el odioso oficio de denunciante, déjeme salir de aquí y huir á donde nadie me conozca: soy un criminal, es cierto; pero á usted, señor cura, no le he hecho nunca ningún daño, pues hasta hoy no le conocía, y debe tener compasión de mí.

—»Sí, la tendré, porque así me lo manda mi sagrado ministerio; pero sábete que contra lo que te figuras, sí me has hecho un mal que me autoriza para entregarte á la justicia.

—»¡Yo, señor!—repliqué admirado.

—»Tú, sí;—contestó el Padre,—porque Aguilitas era desgraciadamente primo mío y ha dejado una mujer y tres hijos pequeños, que ya han recurrido á mí solicitando los ampare en la orfandad en que han quedado.

»Cuando tal oí, crea usted, D. Juan, que me aterró aquella casualidad providencial que me había puesto en manos del único pariente de mi víctima capaz de poder seguirme perjuicio.

—»Pero nada temas,—prosiguió diciendo el Padre Bernardo:—por misericordia de Dios, la caritativa dueña de esta casa, al enterarse del suceso, ha enviado á la familia del pobre Aguilitas una cantidad que, si sabe administrarla bien, la libertará de la miseria para todo el resto de sus días.

—»Dios bendiga á la señora,—exclamé yo con tanto reconocimiento como si aquel bien le hubiera sido hecho á mi familia.

»Y entonces el Padre Bernardo, tomándome de una mano, me hizo sentar al lado suyo, diciéndome con un acento que me penetró hasta el fondo de mi alma.

—»Sí, Guadalupe; pero á pesar de ser tan buena como tú mismo reconoces, pues á Dios le pides que la bendiga, la señora es desgraciada, sumamente desgraciada.

—»¡Quién tiene la culpa de ello?—pregunté yo dispuesto á ahogar entre mis puños al causante de las desgracias de una tan excelente señora.

—»Por esa exclamación,—replicó el Padre Bernardo,—veo que eres menos malo de lo que nos dijo que eras tu antiguo amo don Juan Antonio de Olazagoitia.

—»Cómo,—dije yo,—¿mi amo está aquí?

—»En esta misma casa.

—»¿Y dice usted, Padre, que habla mal de mí?

—»No te baja un punto de asesino y ladrón.

—»¿Pero con qué motivo ha hablado á ustedes de mí?

—»¿Con qué motivo? con el que le dió esta carta de la viuda de Aguilitas.

—»Entonces,—exclamé yo temblando como un insultado,—¿también él conoce mi crimen?

—»Y está dispuesto á denunciarte á la justicia si te llega á haber á la mano.

—»¡Ah!—repliqué yo,—¿por qué me quiere tan mal si jamás yo le hice daño ninguno?

»Y el Padre me contestó:

—»No te extrañe eso; es un *gachupín* rencoroso y mal intencionado, y sábete que él y sólo él es quien hace desgraciada á tu nueva y caritativa ama.

»Créalo usted, D. Juan: si en aquel momento hubiera usted entrado en la capilla yo habría matado á usted.

—»Pero, infeliz,—replicó Olazagoitia;—todo lo que ese hombre te dijo fué una grosera calumnia!

—»Lo sé,—contestó Guadalupe;—pero entonces no lo creía yo así. Mas déjeme usted continuar.

## XV

»Dicen las declaraciones de Olazagoitia y el mozo Guadalupe, que éste volvió á tomar un instante de reposo, después que hubo dicho las últimas palabras de que acabo de darte conocimiento.

»Después prosiguió así:

—»Ví que al notar la disposición de mi ánimo contra usted, el Padre Bernardo sonreía de cierto modo, que tomé á burla ó duda de que yo fuese capaz de castigar en usted su supuesta mala voluntad hacia mí, y dejándome llevar de sus pérfidas sugestiones, exclamé en respuesta á su muda pregunta:

—»Guíeme usted á donde pueda encontrarle, y juro por Dios, que no volverá á hacer la desgracia del ama.

—»No digas tal,—replicó el Padre—y menos aun en el lugar en que nos hallamos.

»Que tu antiguo amo te quiera mal, no te autoriza para levantar tu mano contra él.

»Lejos de eso, sigue las máximas del santo Evangelio y no pagues el mal que hacerte quiere, con otro mal peor.

»Yo te lo aconsejo, hijo mío, perdónale y olvida sus ofensas.

»Sé prudente y no te expongas á que te vea, y viéndote te denuncie á la justicia, como es su firme intención hacerlo.

»Tampoco vayas á creer que yo disculpo el crimen que cometiste dando muerte á Aguilitas, y dejando en la orfandad á su mujer y á sus hijos.

»Pero gracias á Dios, repito, tu nueva y caritativa ama ha reparado hasta donde es posible las consecuencias de tu crimen, y tú repararás también tu parte, si, como te aconsejo, hijo mío, te arrepientes con verdadera contrición y haces que Dios te lo perdone en su infinita misericordia.

»Aunque indigno, yo soy su sacerdote, y mejor que entregar un hombre á la ciega justicia humana, prefiero devolver tu alma á su creador.

»El arrepentimiento de un gran pecador es motivo de regocijo para toda la corte celestial.

»Arrepiéntete, pues, hijo mío, para que algún día te hagas digno de la absolución que yo te daré oportunamente, y que hoy te niego hasta que me halle perfectamente seguro de tu contrición.

»De acuerdo con lo que he convenido con tu piadosa ama, vas á trasladarte inmediatamcnte á unas piezas que hay en la azotea, y en las cuales encontrarás cuanto puedas necesitar.

»De esas piezas no has de salir ni un solo instante, para evitar que tu antiguo amo te vea y me impida lograr tu completa conversión.

»Yo iré á visitarte todos los días y á instruirte en las verdades y misterios de nuestra santa religión.

»Ya ves, hijo mío, que sólo exigimos de tí lo que en provecho tuyo ha de resultar.

»Así lo quiere tu santa y piadosa ama, que haciendo cuanto bien esté á su alcance, espera obtener de Dios el perdón de las faltas que sin saberlo haya podido cometer, y por las cuales su Divina Majestad la castiga con los atroces disgustos que le origina ese D. Juan Olazagoitia, que, hombre sin entrañas es sin duda, pues á

una santa como D.ª Clarita mortifica sin piedad y á un infeliz como tú, que ningún mal le has causado, le desea y procura infamante muerte en un cadalso.

»Esto fué lo que el Padre Bernardo me dijo con tan profunda intención, con tan diabólico arte, que dueño por entero se hizo de mi alma, en la que hervía y rebosaba un odio ilimitado contra usted, D. Juan.

—»Fortuna fué entonces para mí.—observó Olazagoitia,—el que te hubiese prohibido salir de las habitaciones que en la azotea te destinaron.

—»Si lo fué, D. Juan, porque si en aquellos primeros días el demonio hubiera puesto á usted al alcance de mi puñal, le habría matado sin remedio.

»Pero el aislamiento en que durante varios días me tuvieron les dió un resultado casi contraproducente.

»Por entre las rendijas de una de las ventanas de mis habitaciones, veía yo á usted casi todos los días, pasearse con D.ª Luisa á lo largo de los corredores, prodigando sus atenciones y cuidados á esa hermosa señora, cuyo semblante indicaba las más atroces penas, y los más crueles sufrimientos.

»Y cuando en respuesta á las palabras de consuelo, que sin duda la prodigaba usted, la veía yo fijar en usted sus miradas de reconocimiento sin límites, me decía á mí mismo:

—»No: es imposible que D. Juan se haya hecho tan malo, tan cruel y tan sin entrañas, como dice el Padre Bernardo; si lo fuese, ese ángel huiría horrorizado de la presencia de ese hombre.

»A fuerza de pensar en esto, y repetírmelo en mi aislamiento, el recuerdo de los favores que á usted debía, pudo más en mí que el odio que habían querido inspirarme, y mi mayor deseo fué tener con usted una explicación.

—»¿Cómo lo supo el Padre Bernardo?

—»No lo sé.

—»Sin duda su exquisita perspicacia lo hizo así.

»El caso es, que como en abierto libro leyó todas mis intenciones en el pensamiento donde yo las escondía.

»No me extraña, me dijo, que así pienses de Olazagoitia; tú eres mejor de lo que tú mismo crees, y él es falso é hipócrita, como todo individuo de aviesas intenciones.

»Por lo demás, si tan amoroso le ves con esa hermosa joven, que con él pasea por esos corredores, su afecto hacia á ella envuelve un nuevo crimen más en la conducta de ese hombre.

»Esa hermosa joven, tan hermosa como suele serlo por obra del demonio la tentación, es por desgracia la esposa del hijo de tu nueva y piadosa ama.

»Y entiende que voy á descubrirte lo que hasta hoy no había querido decirte, por no exponerte á matar á ese hombre infame.

»Voy á decirte la causa de las desgracias que afligen y están quitando la vida á D.ª Clarita.

»Su hijo, D. Mariano, está voluntariamente separado de su mujer.

»¿Y sabes por qué?

»Porque esa hermosa mujer cuyo rostro parece el de un ángel, es una vil mujer que llegó impura al altar del matrimonio.

»Esa mujer, con todo y parecer una inocente niña, es una de esas desgraciadas mujeres para las cuales nada valen, ni su honor, ni su dignidad, si una vergonzosa pasión las atrae con falsos pero seductores oropeles.

»Esa mujer, en fin, se dejó seducir desde hace años por Olazagoitia, que de ella tiene un hijo, que quizás conociste tú en Guanajuato.

—»¡Oh! ¡qué indigna y abominable calumnia!—exclamó D. Juan Antonio sin poder contenerse.

—»Calumnia, sí,—replicó Guadalupe;—pero en aquellos instantes, yo no la creía tal calumnia y recordé en efecto la predilección con que usted veía siempre al niño Eduardo, que yo conocí ya de dos años, cuando entré á servir á usted, y juzgué verdad lo que el padre Bernardo decía, y sentí...... yo no sé lo que sentí, don Juan...... pero mi corazón se rompió en pedazos, de cada úno de los cuales brotaba sangre, que se me subía á la cabeza y me ahogaba la respiración, y cegaba mis ojos, y sufrir me hacía horriblemente, porque yo quería á D.ª Luisa como á un ángel, y me desesperaba pensar que el ángel no era tal ángel y que usted era el autor de mi desencanto.

## XVI

»Olazagoitia estaba espantado de lo que oía, pero no quiso interrumpir á Guadalupe, que continuó diciendo:

—»No pude oir ya nada más de cuanto el Padre me dijo.

»Casi no recuerdo ni como se despidió de mí.

»Sólo hago memoria de que cuando me ví solo lloré de rabia y desesperación, como no creía que pudiesen llorar los hombres.

»Dos días después ví á usted y á D.ª Luisa pasear como de costumbre por el corredor, llevando entre ustedes dos al niño Eduardo.

»El Padre Bernardo subió aquella tarde á mi habitación con el semblante demudado y descompuesto.

—»¿Qué le pasa á usted?—le pregunté con positiva alarma.

—»¿Qué me ha de pasar?—contestó,—¿qué me ha de pasar, sino que Clarita, la buena, la bondadosa, la caritativa Clarita, á la cual quiero como si cosa mía fuese, está desde ayer privada casi de sentido, en un lecho, y en un estado tan grave que me temo que la muerte sobrevenga de uno á otro instante?

—»¿Pues qué tiene?

—»¿Qué ha de tener? que ese hombre miserable y sin entrañas, ha hecho venir de Guanajuato á su hijo, y con el más inverosímil cinismo le tiene en esta casa y al lado de su impura madre.

»En vano yo le he reclamado y exigido que haga salir de aquí á ese niño hijo del crimen.

»Olazagoitia me ha hecho salir ignominiosamente de sus habitaciones, diciéndome lo que por desgracia es cierto, que por haber puesto Clarita en venta esta casa y haberla él comprado, suya y muy suya es, y que si no nos conviene ver lo que á bien tiene hacer, de ella podemos salir cómo y cuándo nos acomode.

»Así quiso hacerlo Clarita; pero, ya te lo he dicho: tan gravemente se ha enfermado que casi está á la muerte.

»Si su gravedad continúa, si al fin muere, todos perderemos lo que más amamos en la vida, y tú irás á terminar la tuya en el cadalso que Olazagoitia te tiene prometido, porque debo decirte que Olazagoitia acaba de saber que estás aquí, y que ha dado orden de

que nadie salga de esta casa mientras llegan los soldados que ha mandado buscar.

—»¡Oh!—exclamé yo,—déjeme usted salir de aquí, déjeme usted bajar á las habitaciones de ese hombre infame, y yo le respondo á usted de que bien pronto mi ama y yo nos habremos librado de él para siempre!



..podemos salir cómo y cuándo..

—»No, eso no,—replicó el Padre deteniéndome y procurando calmar mi exaltación;—si tal hicieses en esta casa, te perderías á tí mismo sin salvar á tu ama, sin vengarme á mí, porque has de saber que Olazagoitia pertenece á esa excomulgada sociedad de los francmasones, y como tal me odia, desprecia y me ha insultado cuantas veces me he visto precisado á tratarle.

»No aquí, hijo mío; atiende, esta noche debe efectuarse una conspiración contra el virey, ideada y dirigida por los masones. Olazagoitia es uno de los conjurados; sin duda que el combate será reñido, y que de uno y otro bando ha de morir mucha gente; busca

allí á Olazagoitia, y si Dios quiere que perezca, nadie podrá acusarte de su muerte.

»Acababa el Padre Bernardo de darme este pérfido consejo, cuando en la puerta del zaguán que desde la reja de mi habitación se descubría, vi aparecer un oficial de *íntegros* seguido de unos doce hombres de su regimiento.

—»Sí, aquellos doce hombres,—observó Olazagoitia,—venían en busca mía, y quisieron reducirme á prisión en virtud de una torpe denuncia hecha por el mismo intrigante cura.

»Recibido por mí el oficial, fué para mí lo más fácil y llano demostrarle lo injustificado de la denuncia, y no tardó en retirarse dándome mil satisfacciones.

—»Pero yo que nada de esto podía saber,—replicó Guadalupe;—apenas los distinguí cuando me dí á huir por las azoteas, logrando con mil riesgos y dificultades salvarme del imaginario peligro de caer en manos de la justicia.

»Saboreando anticipadamente mi venganza, acariciando contra mi pecho el puñal que debía hundir en el de usted, anduvo vagando por la plaza principal, esperando la ocasión oportuna para cumplir mi intento.

»Mucho esperé, pero al fin pasó usted cerca de mí, y toda mi resolución vino á tierra, cuando ví que le acompañaba el niño Eduardo.

»Sin embargo, mi vacilación duró poco, y viendo que se alejaba usted sin haber hecho alto en mí, salté sobre usted, y con pulso tembloroso le herí, y tomando en brazos á Eduardo, escapé sin volver la vista atrás, cual si temiese encontrarme con sus acusadoras miradas.

»Fué tal el susto que el pobre niño recibió, que hasta la fecha no ha podido reconocer en mí al asesino de usted; así es que mi crimen sólo le conocen Dios, usted y el Padre Bernardo, y tal vez, aunque de ello no estoy seguro, D.ª Clarita también. Lo ignoran en lo absoluto D.ª Luisa y el niño Eduardo, y todos, absolutamente todos en esta casa suponen á usted muerto.

—»Sí,—replicó Olazagoitia,—pero Dios no ha querido que así sucediese: y no lo ha querido porque era imposible que su infinita justicia, permitiera que quedasen sin castigo los miserables que trataron de envenenar al inocente Eduardo, que ningún mal ha hecho ni podía hacer á nadie.

»Porque sábelo, Guadalupe: quien procuró envenenar á Eduardo no fuí yo como han asegurado esos infames.

—»¡Es verdad que así lo dijeron!

—»Sé que en efecto así lo han dicho: esta es una de las pocas noticias que de vosotros he podido adquirir antes de entrar aquí.

»Pero tengo la prueba viva que ha de condenarlos.

»La tengo, sí, y voy á decirte cuál es.

»Clarita y su imbécil hijo, y el infame Bernardo, no quiero llamarle sacerdote, pues indigno es de serlo, nos prohibieron á Luisa y á mí bajar á sus habitaciones, y yo les hice igual prohibición respecto á las mías.

»Pero diestros en el ejercicio del crimen, compraron á una infeliz mujer, á una de nuestras criadas llamada Soledad, y ésta imbécil no tuvo inconveniente en ministrar el veneno á la pobre criatura, presentándoselo en un vaso de leche que tenía costumbre de tomar á la hora de su cena.

»Soledad se espantó de sí misma, y se retiró antes de que el niño hubiera empezado á tomar la fatal pócima.

»Esto le salvó, porque notando en la leche un sabor acre y extraño, vino á mí á quejarse de que le habían servido leche agria.

»Quise yo probarla á su vista para quitarle lo que yo suponía una impertinencia infantil, y el extraño sabor de la bebida me hizo adivinar el crimen.

»Nada, sin embargo, dí á entender, y con un pretexto que no me fué difícil encontrar, salí de casa con Eduardo y Soledad, y fuí á ver á mi compatriota el doctor Elósegui, á quien manifesté mis temores, que él con su ciencia confirmó después de examinar la leche acusadora, de la cual, Eduardo y yo apenas habíamos bebido una tercera parte.

»En el acto nos preparó una bebida contraveneno que según su prescripción debíamos tomar por cucharadas de media en media hora, asegurándome que con ellas bastaba para que no tuviéramos que temer peligro de ninguna especie.

»De la casa de Elósegui salí con Eduardo y Soledad, que nada sospechaba, y fuí á la de otro amigo mío, agente de justicia, y sin entrar con él en explicaciones, le pedí que enviase á la cárcel á Soledad teniéndola á mi disposición.

»Hecho esto, regresaba yo con Eduardo á esta casa, cuando tuve

la fatalidad de que me encontrases, y me dieses la puñalada que me tuvo á la muerte, y cuya larga y peligrosa convalecencia no me permitió hasta hoy venir á presentarme á vosotros.

»Pero una cosa y muy esencial ignoro que tú tal vez podrás revelarme.

»¿Qué ha sido del médico á quien mi buena y fiel María fué á llamar cuando descubristeis que Eduardo estaba envenenado?

—»¿El doctor Oliva?

—»El mismo.

—»No lo sé, Sr. D. Juan: sólo puedo decir á usted, que después de un fuerte altercado que tuvo con el Padre Bernardo y D.ª Clara, en las habitaciones de ésta, en el entresuelo, volvió á ver al niño, del cual no quiso D.ª Luisa que la apartaran, y después de habernos dicho que ya le consideraba fuera de peligro, se despidió é iba á retirarse, cuando vino por él una partida de tropa con orden del general Novella, para llevarle preso por conspirador.

»Esto sucedió tres días después de destituído el Sr. Apodaca, pues todos esos días se necesitaron para salvar al niño Eduardo, sin que el doctor Oliva se apartase de su cabeza, ni de día ni de noche.

—»Hidalgo y buen caballero.—exclamó conmovido Olazagoitia, —á él debí yo también mi salvación. ¡Oh! si han sido capaces de matar á tan excelente hombre, juro á Dios, que no habrá perdón para sus asesinos.

»Nada, absolutamente nada he podido saber de la suerte que haya corrido.

»Lo único que sé es que no está en la cárcel.

»Pero sí permanece en ella todavía la mal aconsejada Soledad.

»Asustada del crimen de que fué instrumento, quiso evadirse de su calabozo, y ella, que todavía podría haber logrado perdón, se perdió para siempre matando al infeliz soldado que se opuso á su fuga.

»Juzgada por este delito, fué condenada á quince años de presidio.

»Merced á esto, podré por medio de ella, dar á cada cual su merecido.

»Sólo tú, Guadalupe, te salvarás de la catástrofe que á todos amenaza.

»De tu crimen sólo yo fuí la víctima, y yo desisto contra tí de toda acción criminal.

»Pero es neeesario que me enteres de lo demás que en estos largos meses ha pasado en esta casa; habla, pues, que impaciente te escucho.

## XVII

«Mi querido compadre: interrumpo la relación que venía haciéndote, y continuaré en una de mis próximas, para darte una gran noticia. Esto es hecho; ya tenemos emperador.

»El motín del 18 de Mayo ha dado los resultados que sus promovedores se propusieron, y el 21 de Julio de este año de gracia de 1822, D. Agustín Iturbide ha sido solemnemente coronado en la Catedral.

»Vas á dudar de lo que á decirte voy: por una inmensa fortuna he asistido á la ceremonia y he vertido lágrimas, lágrimas sí, y no así como se quiera, sino muchas y amargas lágrimas.

»Soy franco, compadre; la franqueza es para mí la primera virtud.

»He llorado porque en medio de su grandeza, Iturbide me ha inspirado compasión.

»Será un loco, un... lo que tú quieras, compadre; pero es un bravo y valiente hombre que hizo mal, muy mal en nacer en nuestro tiempo y en nuestro país, sobre todo.

»¿Cuál de los espíritus malos es el que le ha inspirado lo que ha hecho y continúa haciendo?

»No lo sé, pero sí juraría que no es el de la avaricia: sin duda te habrás reído con intención burlona al leer esta opinión mía, sobre el hombre famoso que mientras figuró en el ejército realista esquilmó las provincias en las cuales más ó menos tiempo imperó como jefe de las armas.

»Pero es, compadre, que hoy el hombre es otro hombre: si no lo fuese, si fuera el mismo de otros días echaría de ver que esto no puede durar mucho y procuraría asegurar su porvenir en vez de andarse entreteniendo en farsas que á la corta ó á la larga tienen que costarle caras.

»Porque todo esto ha sido una farsa, una tremenda farsa.

»Todos estamos jugando una comedia, todos aparentamos en la

escena pública lo que no somos, y una vez bajado el telón, como el actor en su cuarto, nos vemos en nuestro hogar tan pequeños como en realidad lo somos.

»Todos finjimos, todos mentimos, ó todos estamos locos.

»Empecemos por el Congreso, al cual contra la voluntad de la mayoría de sus miembros, impusieron la soldadesca y el populacho la proclamación de Iturbide.

»Nadie lo ignora y, sin embargo, ha dicho en su decreto del 19 de Mayo que elije á Iturbide primer emperador mexicano obsequiando: «las aclamaciones del pueblo *conformes á la voluntad ge- »neral del Congreso* y de la nación,» y este decreto fué aprobado por ciento seis diputados que concurrieron á la sesión, y á ese decreto siguió el manifiesto en que el Congreso declaró que si eligió emperador á Iturbide lo hizo «porque habiendo sido el libertador »de la nación, será el mejor apoyo para su defensa; porque así lo »exige la gratitud nacional; porque así lo reclama imperiosamente »el voto uniforme de los pueblos y provincias y así lo manifestó de »una manera evidente y positiva el pueblo de México y el ejército »que ocupa la capital.»

»De entonces acá, han llovido y continúan lloviendo las felicitaciones al Congreso y al emperador, y esto se hizo con tal rebajamiento de la dignidad personal de los felicitantes que el Congreso hubo de decretar, á propuesta de D. José Joaquín de Herrera, que se use en ellas de frases más conformes con el sistema liberal adoptado por la nación:

«No me es posible contener el exceso de mi gozo,—le ha dicho »Santa Ana:—corramos velozmente á proclamar y jurar al inmor- »tal Iturbide, òfreciéndole ser sus más constantes defensores, hasta »perder la existencia, lo que cumpliremos exactamente.»

»D. Vicente Guerrero le ha escrito, y se ha publicado en la *Gaceta*, dándole cuenta de la proclamación de Iturbide en Tixtla: «nada faltó á nuestro regocijo sino la presencia de Vuestra Majes- »tad Imperial: réstame echarme á sus imperiales plantas y el honor »de besar su mano; pero no será muy tarde cuando logre esta satis- »facción si V. M. I. me lo permite; si llevase á bien que con este »objeto pase á esa corte, lo ejecutaré en obteniendo su licencia, que »espero á vuelta de correo.»

»Al mismo tiempo el Congreso ha llovido sobre nosotros un gra-

nizal de decretos, fijando la fórmula para encabezar las leyes, declarando moderada, constitucional y hereditaria la monarquía; que el sucesor de Iturbide será su hijo primogénito; que á éste se le denominará Su Alteza el príncipe imperial; á sus hermanos y hermanas, príncipes mexicanos: al padre de D. Agustín se le ha dado el título de príncipe de la Unión, y á D.ª Nicolasa, hermana del emperador, el de princesa de Iturbide.

»Se ha mandado poner en la moneda el busto del emperador, con el lema de *Agustinus Dei Providentia.—Mexici primus imperator constitutionalis;* cuyo lema quiso un diputado se pusiese en idioma mexicano, lo cual combatió Alcocer.

»Tenemos también nuestro Consejo de Estado á la moda española, compuesto de trece individuos, cuyo decano es D. Pedro Celestino Negrete, nombrado en el Congreso nada menos que por ciento veintiún votos.

»En celebridad de la elección del emperador, y á petición del Ejecutivo, han sido puestas en libertad las tropas expedicionarias, que, como te dije en una de mis anteriores, quisieron levantarse contra nuestra independencia por sugestiones de Dávila, gobernador de Ulúa.

»Con el mismo motivo se han concedido multitud de ascensos á los jefes de las tropas imperiales y también tenemos mayordomos, caballerizos, capitanes, limosneros y capellanes, todos mayores, y confesores, ayos de los príncipes, predicadores, gentiles hombres, mayordomos de semana, pajes y sabe Dios cuántas cosas más, con las cuales ha formado la casa imperial el canónigo Gamboa, que es el único que entiende de todo esto, por haber estado en su juventud en España y visto el ceremonial del palacio de los reyes.

»Continúan los españoles muy mezclados en todos los negocios de palacio; pero esto no impide que cada día más vaya creciendo la mala voluntad que se les tiene.

«En Puebla y otras poblaciones en donde había estatuas de reyes españoles, la plebe y la soldadesca han derribado estos recuerdos de la pasada dominación, y en México se han oído palabras injuriosas al Congreso y el grito de *mueran los gachupines*, lo cual obligo á Iturbide á expedir un bando el 13 de Junio reprobando estos excesos y prohibiendo las reuniones en público sin previo permiso de la autoridad.

»Esto ha venido después de la alarma que en la capital se produjo el 2 de Junio á consecuencia de haber sabido que en la noche de dicho día, varios regimientos de la guarnición intentaban asaltar las casas del comercio español, reunidas en el edificio del «Parian,» situado en la plaza. Pudo evitarse este despojo, manteniendo encuarteladas las tropas.

»El resultado ha sido que todos los españoles que no magonean en la política, quieren emigrar del país poniendo en salvo sus fortunas; pero ni aun esto pueden hacer, pues el emperador ha prohibido en lo absoluto la extracción de caudales, y en vista de la espantosa escasez del erario, ha querido apoderarse de los fondos que dicho comercio español tenía en Veracruz, so pretexto de que esos dineros están destinados á fomentar los proyectos que se meditan contra la independencia.

»Es esto, en fin, un berengenal en que nadie se entiende, en que la desconfianza impera de un modo absoluto, en que no puede uno saber quién es amigo ó enemigo, y tan oscuro está el cielo y tanto abundan los signos de próxima tormenta, que ciego se necesita ser para no convencerse de que andamos mal, muy mal, malísimamente mal.

»Para que nada falte de lo que ha de conducirnos á la total ruina, el gobierno imperial se ha declarado en abierta hostilidad contra España, cerrando sus puertos á los buques que vengan bajo su bandera, y se han circulado las órdenes oportunas para la fortificación ó abandono de Veracruz é improvisación de otro puerto en punta Mocambo, mientras los españoles continúen en San Juan de Ulúa: también han sido confiscados los fondos de todas las obras pías que hayan de cumplirse fuera del imperio, tales como los hospicios de misioneros destinados á Filipinas y los de los Santos Lugares de Jerusalem.

»Con todo y esto, el dinero anda tan escaso que para las coronas é insignias que había de ponerse Iturbide en la gran ceremonia, tuvieron que pedirse alhajas prestadas, con el compromiso de devolverlas una vez terminadas las fiestas.

»Hicieron este préstamo varios particulares, pues Couto, director del Monte Pío, se negó á facilitar las que en el establecimiento están empeñadas.

»A consecuencia de esta negativa han comenzado á llover disgus-

tos sobre Couto, cuando sólo elogios merece un hombre que como él no hizo más que cumplir su obligación, sacrificando todo respeto y consideración á la confianza depositada en el Monte Pío, por las personas que á él ocurren.

»¿No te parece triste todo esto, y no te confirma en que todo ha sido una comedia, una verdadera comedia en la que los actores fingen una riqueza que están muy lejos de poseer?

»En cuanto á los trajes que en la ceremonia habían de usarse, no fueron menores los apuros que pasaron los encargados de disponerlos: por fortuna suya los hizo una modista francesa que llaman la baronesa, tomando por modelo las estampas de la coronación de Napoleón I.

»Triste, muy triste es que así nos hayamos puesto en ridículo, pues todo se sabrá más ó menos tarde y mucho hemos de dar que reir.

»Ahora bien, como no se concibe una córte sin sus correspondientes grandes cruces y condecoraciones, el Congreso aprobó los Estatutos de la imperial orden de Guadalupe, y fueron nombrados los caballeros que la forman. La solemne instalación de la orden se celebró el día 13 de Agosto en la Colegiata de Guadalupe, y no puedes imaginarte qué guapos estaban los caballeros con sus grandes mantos, sus grandes sombreros con grandes plumas, y sus demás insignias.

»Pero mira tú lo que son las cosas.

»Nuestro pueblo, que se luce como pocos en poner motes ridículos á todo lo que le parece extraño, encontró estrambótica aquella procesión de caballeros así vestidos, y pareciéndole que tenían mucha semejanza con los vejetes que son personajes obligados en las mascaradas de los indios, ha dado en llamar á los distinguidos caballeros de la supradicha orden de Guadalupe los *¡huehuenches!*

»El mote ha caído en gracia á todo el mundo y nadie los llama ya de otra manera.

»Dejo para otra carta el describirte las ceremonias de la coronación.

*Tu compadre.*»

## XVIII

Como habrán echado de ver mis lectores, las cartas del compadre Escobedo no son un modelo de género epistolar; pero el compadre fué hombre tan poco instruído como cualquiera de nosotros, y yo mismo, que me he lanzado, así, como se ve, á escribir sendos



...los caballeros con sus grandes mantos...

tomos, podré aspirar á todo si se quiere, á todo menos á que se me tenga por literato.

Pero ya lo he dicho alguna vez en la larga vida de esta obra, y ahora lo repito: no escribo para los sabios, escribo para mis camaradas, para el pueblo, para el artesano, para el obrero, para los mártires del jornal entre los cuales el corazón es tan bueno y abierto, como poco cultivada y poco exigente la inteligencia.

Mis libros no buscan las barnizadas estanterías de las Academias y están contentos y en su sitio sobre la mesa de palo blanco del artesano, sobre el banco del carpintero ó los ladrillos del fogón del herrero.

Para esta gente, que es la mía, porque á ella pertenezco, he es-

crito y escribiré cuanto pueda: ella es la única, estoy seguro, que sacará algún provecho de la lectura de estas páginas, en las cuales, sin dibujos, sin floreos, se cuenta la verdad, sin pasión por nadie ni contra nadie, y se destruyen con la sencilla y conveniente lógica de los hechos, muchas y perjudiciales preocupaciones, muchos é insostenibles errores que corrían autorizados por la mala fe de tantos escritores, falsos patriotas, que abusaron hasta hoy de la buena fe de la generalidad.

Poco valdrán mis libros como piezas académicas; pero creo haber hecho con ellos un bien de no pequeña cuantía, buscando el modo de hacer leer nuestra historia á tantos y tantos que no la conocían ni la habrían leído en otro género de obras, caras, escasas y parciales como escritas con el premeditado propósito de hacer parecer las cosas como los autores de esas obras quisieron suponerlas y no como realmente pasaron.

No querrán confesarlo así los críticos del tiempo presente, ya porque estén ocupados en cosa de más interés para ellos, como es *verbi gratia* el elogiar al que les da su salario, ya porque, ¡mentira parece! no le faltan envidiosos á mi obra. Se han asombrado de su éxito y sienten rabia por no habérseles ocurrido á ellos escribirla. Son como los topos, tropiezan porque son ciegos, y se enfadan con la piedra en que tropezaron y escupen sobre ella.

¡Tontos! ¡peor para ellos!

Pero haciéndolos á un lado, por asco y no por miedo, pues está averiguado que la saliva de esos sapos literarios no es venenosa, continuemos sacando á luz las cartas del compadre Escobedo, una de las cuales dice así:

«Me es imposible, mi querido compadre, darte idea del grandioso aspecto que ofrecía nuestra hermosa catedral el domingo 21 de Julio de este año de 1822, día de la coronación.

»Aquello era una mina de plata y oro cuyo valor centuplicaban los exquisitos ingenio y trabajo de diestrísimos artistas.

»¡Cuán rico y cuán ostentoso es nuestro clero mexicano!

»Todo estuvo dispuesto con el más intachable buen gusto y encantaba verdaderamente la novedad del aparato.

»En el presbiterio y del lado del evangelio se levantaba el trono grande, y digo el trono grande porque también se construyó otro más pequeño cerca del coro, ambos para el empera-

dor; el chico para antes de la consagración y el mayor para después de ella.

»Frente al grande se levantó un lujoso tablado para el Congreso, cuyo presidente D. Rafael Mangino, con arreglo al ceremonial, había de colocar la corona en la cabeza de D. Agustín, significando de este modo que el pueblo, representado por su Congreso, era quien confería la dignidad imperial á Iturbide; según el mismo ceremonial, Mangino pondría en manos de Iturbide la corona destinada á la emperatriz, para que éste se la ciñese á su esposa. De las demás insignias estuvieron encargados los generales y damas, que respectivamente las pondrían aquéllos al emperador y éstas á la emperatriz.

»La sala capitular se destinó á pabellón en que los ilustres consortes cambiasen de trajes y no lejos de ella se preparó una gran mesa con vinos y viandas escogidas, para los concurrentes.

»En el presbiterio esperaron nada menos que cuatro obispos, esto es, los de Guadalajara, Puebla, Durango y Oaxaca, riquísimamente vestidos de pontifical.

»El de Guadalajara fué el consagrante, en defecto del arzobispo de México, D. Pedro Fonte, que, como sabes, no ha estado de acuerdo con ninguno de los actos de Iturbide; sin demostrar hostilidad no ha tomado parte alguna en los asuntos públicos y con pretextos de visitar su arzobispado, salió hace mucho de la capital y tan lejos se ha ido de ella que corre la voz de que va á embarcarse ó se ha embarcado ya en Tuxpan para la Habana: no tengo sobre esto noticias seguras.

»Por no perder el buen sitio que yo deseaba tener en la catedral, para verlo todo bien, no presencié el paso de la gran comitiva del emperador, quien salió antes de las nueve de la casa de Moncada y por San Francisco, Plateros, Mercaderes, Las Flores y frente de Palacio, entró en la Catedral, en cuya puerta fué recibido bajo palio.

»Toda la carrera estuvo cubierta con el gran toldo ó vela del Corpus, y todas las casas adornadas con gran lujo.

»Iturbide vistió el uniforme de coronel del regimiento de Celaya, regimiento para él muy querido, pues con él dió los primeros pasos de su plan de Iguala, y él fué el que dió el primer grito de su proclamación de emperador.

»Todo se hizo según el ceremonial que más arriba te indiqué, el obispo español Cabañas puso el óleo santo á los imperiales consortes, ungiéndoles en el antebrazo, y Mangino ciñó la corona á Iturbido, diciéndole al ponerle aquel tan extrañísimo «sombrero:» «no se le vaya á caer á S. M.,» á lo cual Iturbide contestó también en voz baja y con no menos marcada intención: «yo haré que no se me caiga.»

»El buen obispo de la Puebla, D. Antonio Joaquín Pérez, nos obsequió con un sermón cuyo texto fué el versículo de la elección de Saul. Bien veis al que ha elegido el Señor, y que no tiene semejante en todo el pueblo, y clamó todo el pueblo y dijo: «¡viva el rey!»

»En este sermón el veleidoso obispo, que en tiempos atrás nos invitó á amar á Fernando VII con un amor que rayase en delirio, asegurándonos que jamás rey alguno había merecido como él, el amor de sus súbditos, se desdijo de cuanto antes nos dió por bueno y cierto, basándose en aquellas palabras de que *hay tiempos de callar y tiempos de hablar* que él ha hecho más famosas que el *Eclesiastes* de donde las tomó. Echó duro y tupido á los españoles, y al sistema colonial hizo responsable del semblante mustio del literato, del aire pensativo del militar, de la mala gracia del magistrado, de la impaciencia del labrador, del despecho del comerciante, y de la holgazanería eterna del menestral. Todos los oyentes nos admiramos, no de la fuerza de tan contundentes cargos, sino de que su ilustrísima no hubiese encalvecido de resultas de pensar tan admirables cosas.

»El obispo Cabañas nos anunció en latín la coronación, y un rey de armas la proclamó en castellano diciéndonos á los que no entendimos al obispo: «El muy piadoso y muy augusto emperador constitucional primero de los mexicanos, Agustín, está coronado y entronizado: viva el emperador.»

»Los asistentes contestaron según el ceremonial: «viva el emperador y viva la emperatriz.»

»Después de esto, los príncipes, el Congreso, los obispos, los generales y todas las personas de copete firmaron el acta de la proclamación extendida por el ministro de Estado, y con la misma solemnidad con que la gran comitiva entró en la Catedral, salió de ella dirigiéndose al que fué palacio de los vireyes, desde cuyo bal-

cón principal Iturbide y su esposa arrojaron multitud de monedas al pueblo, que se puso naturalmente loco de alegría.

»Esto es hecho, compadre: ya tenemos emperador.

Tuyo

*Andrés Escobedo.*»

## XIX

«Mi querido compadre: Como te anuncié en mis anteriores, esto se lo están llevando los mismísimos demonios.

»Tengo miedo de lo que va á pasar y me causa tristeza lo que ha pasado y está pasando.

»No, no es cierto que la fortuna ayuda á los audaces.

»Nadie más audaz que Iturbide, y su desventura aflige por lo extraordinaria, hasta á aquel que como yo no es ni puede ser su partidario.

»Esto parece una de esas comedias en que todas las cosas pasan, porque á su autor se le da la gana de que pasen como él las ha escrito.

»¡Pobre Iturbide! con la mejor intención del mundo no hace más que disparates, y quien como él supo hacerse de tantos partidarios no ha sabido hacerse ni un amigo.

»Creo que el único que tiene leal y franco es el humilde sargento Pío Marcha, al cual ha hecho capitán.

»Las desavenencias entre Iturbide y el Congreso volvieron á renovarse á los pocos días de la coronación, con motivo de la elección de magistrados á la Suprema Córte, que uno y otro se creían con derecho á hacer.

»Vino á acabar de decidir al Congreso contra Iturbide el famoso doctor D. Servando Teresa de Mier, nombrado diputado por Monterey, á quien, como sabes, tenía preso en Ulúa el gobernador Dávila; se dice que éste le dió libertad seguro de que no podía hacer á Iturbide mayor daño que ponerle enfrente á un hombre como Mier, que á nada le teme, que á todo ataca con su volteriana mordacidad, y que tan grande ejemplo dió de ello en aquel su famoso sermón contra la tradición de la Virgen de Guadalupe, que en tiem-




...VIVA EL EMPERADOR

po del gobierno español pronunció y le valió ser preso y desterrado de la Nueva España. El es el más acérrimo enemigo de Iturbide y del Imperio y no pierde ocasión de ponerle en ridículo con sus sangrientas ironías.

»Los escoceses y los republicanos que han continuado unidos, han venido trabajando sin descanso, y haciendo prosélitos á millares, sin que perjudicase en cosa alguna á su propaganda la suspensión de los dos periódicos *El Sol* y *El Hombre Libre*, el primero masón y monarquista, y redactado por el Dr. D. Manuel Cordoniu, y el segundo republicano y redactado por D. Juan Bautista Morales. Cuentan además los masones con un gran partidario y organizador, que es D. José Mariano Michelena, que hace poco volvió al país, partidario como siempre de las ideas y prácticas liberales.

»Por haberse averiguado que el brigadier Parres debió levantar en Michoacan la bandera republicana, Iturbide le destituyó del mando que allí ejercía, y lo hizo traer preso y encerrar en San Francisco, y esto desconcertó por el pronto los planes de masones y republicanos; pero todo lo remedió el ministro de Colombia, D. Miguel Santa María, que, como sabes, es mexicano y tan contrario al Imperio, que no quiso asistir á la coronación de Iturbide, por más que á ella fué invitado, y aun se le señaló un lugar distinguido y especial y una escolta de honor que le acompañase, á todo lo cual renunció y ni aun en la capital se quedó aquel día.

»Este Santa María, al cual debemos agradecerle el interés que toma por nosotros, pero cuya conducta es inconveniente é ilegal, pues como ministro de una nación extranjera debía saber algo de diplomacia y no meterse en lo que no le compete, fué el autor de un plan de conspiración basado principalmente en hacer salir de México al Congreso, so pretexto de que no gozaba de la libertad necesaria, según se probó en la tumultuaria proclamación de Iturbide, el diputado D. Juan Pablo Anaya debió ponerse al frente del movimiento como jefe de las fuerzas que los militares complicados en el plan pondrían á su disposición.

»Los oficiales Luciano Vázquez, Adrián Oviedo y Anastasio Zerecero, denunciaron la conspiración á Iturbide, y el subsecretario de Estado, D. Andrés Quintana Roo, firmó la orden de prisión contra los diputados Fagoaga, Echenique, Carrasco, Echarte, todos

cuatro españoles; Obregón, Tagle, Lombardo, Tarrazo, D. Carlos Bustamante, D. José Joaquín de Herrera, y Valle, Mayorga y Cevadua, guatemaltecos los tres.

»Fueron también aprehendidos en la misma noche del 26 de Agosto, D. Juan Bautista Morales, Zerecero, Iturribarría, Gallegos y otras personas más, escapándose D. Juan Pablo Anaya, á quien no capturaron sino hasta después de algunos días.

»En vano el presidente del Congreso reclamó la inviolabilidad de los diputados y exigió fueran puestos en libertad en un término de tiempo dado: el general Quintanar contestó haber obrado en virtud de orden escrita del emperador comunicada por el Ministro de Relaciones; hecha á éste la reclamación, Quintana Roo, respondió que la prisión se había efectuado por haber aparecido los diputados presos, complicados en una conspiración, como se probaría en la causa que había comenzado á instruirse y con la cual se daría cuenta oportunamente al Congreso.

»Con dificultad logró reunirse éste, pues sólo llegaron á concurrir ochenta diputados, que después de muchos días de sesión permanente nada pudieron obtener del gobierno, quien se mantuvo firme en sus determinaciones.

»Esto dió origen al pronunciamiento del brigadier D. Felipe de la Garza, en Nuevo Santander; este jefe, partidario de la República federal, dirigió desde Soto la Marina una representación á Iturbide reclamando contra el acto atentatorio de la prisión de los diputados, y anunciándole que se pronunciaba la persona del Emperador, sino contra la de sus ministros; pero á los pocos días, notando que nadie secundaba el alzamiento, desistió de su intento y solicitó indulto, que le fué concedido.

»Al ministro de Colombia se le expidió pasaporte el 18 de Octubre, dándole ocho días para ponerse en camino para Veracruz, sin que le valiesen sus reclamaciones: agentes expensados para ello excitaron al populacho á que asaltase las casas de los diputados Echenique y Obregón, al cual robaron alhajas por valor de más de treinta mil pesos.

»En medio de la inmensa conmoción causada por estos sucesos que tornaron en enemigos de Iturbide, á muchos de sus antiguos partidarios, y aumentaron la unión de borbonistas y republicanos, á cuyos dos partidos pertenecían los diputados presos, vino á

aumentar la general alarma la exposición que D. Lorenzo Zabala presentó, á la cámara de que formaba parte, el 25 de Setiembre, acusando de ilegales todos los actos del Congreso y pidiendo fuese disuelto y convocado otro nuevo.

»Apoyado en esta exposición, Iturbide pasó al Congreso el 18 de Octubre un proyecto reduciendo á setenta el número de diputados en vez de ciento cincuenta que lo formaban, á lo cual el Congreso se negó con sobrada justicia, y en vista de ello, Iturbide cediendo á los pérfidos consejos de los jefes militares, comisionó al brigadier D. Luis Cortázar, para que con las fuerzas competentes disolviese el Congreso, como lo hizo en efecto el 31 de Octubre, presentándose en el salón á las doce del día, é intimando á los diputados que si en el término de diez minutos no levantaban la sesión la levantaría él con su tropa. Extendida por los secretarios la certificación correspondiente que Cortázar firmó, los diputados se retiraron sin hacer resistencia alguna.

»Bien ves, mi querido compadre, que si el castillo de barajas levantado por Iturbide, se aplasta dentro de poco sobre sí mismo, no se podrá decir que no fué él quien mejor y más fuerte sopló para conseguirlo.

## XX

»Continúo, mi querido compadre, mi carta anterior, que no pude acabar como yo deseaba.

»Parece que todos tienen por bueno aquello de *á moro muerto gran lanzada*: todas las oficinas de imprenta vomitan papeles contra el Congreso, haciendo coro al publicado por Iturbide con el título de «Indicación del orígen de los extravíos del Congreso mexicano que han motivado su disolución.»

»Sin embargo, no le faltan defensores, y á un papel en contra, titulado *Escarlatina del Congreso*, ha contestado otro en pro con este no menos extraño título: «*Sólo un vil perro acomete á otro perro ya rendido.*»

»!Ya verás tú qué modo tan curioso tenemos de tratar los asuntos públicos más graves y trascendentales!

»Iturbide sustituyó al Congreso con una junta que denominó

*instituyente*, formada de dos diputados por cada provincia; pero mal presagio; su instalación se verificó el 2 de Noviembre, día de los Difuntos: esto apesta á muerto.

»Y voy á darte ahora una gran noticia que daría margen para destornillarse de risa si no fuese porque el honor del país lo basta, y debe causarnos rubor y más que rubor vergüenza á quienes le queremos bien.

»Te acordarás de aquel préstamo de diez millones, contratado por el gobierno el 24 de Julio último con Sir Diego Barry contra la casa de Morton Jones de Londres. Pues bien, compadre, acaba de resultar que Sir Diego Barry fué un aventurero que vivió á nuestras expensas y nos peló cuanto pudo, y que las libranzas que giró son falsas, de tal falsedad, que no ha podido encontrarse en Londres la tal casa Morton Jones! ¿No te parece esto, escena de algún sainete de tramposos?

»Pero lo que sin duda no te imaginas tú, es cómo el Gobierno ha remediado este contratiempo y se ha hecho de dinero, del que cada vez anda más escaso, y voy á decírtelo. El medio ha sido de lo más sencillo; se ha apoderado en Perote y Jalapa de una conducta de millón y medio de pesos, pertenecientes á comerciantes españoles que pensaban embarcarla en Veracruz. Este escandaloso abuso, ha sido un golpe mortal para el crédito de Iturbide, y ha acabado por enajenarle las simpatías de toda la gente honrada.

»Para mejor disculpar este inicuo despojo, Iturbide ha exagerado los peligros que corren la nación y su índependencia de resultas de la reconquista que diz que intentan los españoles. La tal reconquista se ha reducido hasta hoy á una insignificante acción de armas habida en Veracruz con motivo de un plan que Santa Ana formó para apoderarse por sorpresa de San Juan de Ulúa, haciendo creer al comandante español que iba á entregarle la plaza de Veracruz. En Ulúa no manda ya el general Dávila, que se ha retirado á España, sino el brigadier D. Francisco Lemaur, nombrado por el rey para sustituir á aquél.

»Lemaur, que debe ser un buen pájaro, conoció el ardid, y fingiendo creer en la buena fe de la promesa de entrega que se le hacía, procuró convertirlo en provecho propio, y embarcando su gente, quiso apoderarse á viva fuerza de Veracruz durante lo noche del 24 de Octubre; pero Santa Ana y el brigadier español

D. José Antonio Echávarri, muy amigo de Iturbide, rechazaron á los realistas y nulificaron los planes de Lemaur.

»Hé aquí á lo que se redujo la tal reconquista: sin embargo, la Junta *instituyente* ha declarado que la nación está en la necesidad de continuar la guerra y ha prohibido en lo absoluto la extracción de dinero, disponiendo que á los españoles que emigren no se les permita sacar en sus equipajes ni aun las alhajas de su uso personal, cualquiera que sea su valor.

»Además, se va á intimar nueva rendición al gobernador de Ulúa, sopena de que si no entrega el castillo dentro de cuarenta y ocho horas, se procederá al embargo de todos los bienes y propiedades de los españoles residentes en no importa qué lugar ó extremo del país.

»Como ves, Iturbide no empezó su revolución al grito de *mueran los gachupines*, pero la está concluyendo despojándolos de su dinero: con nosotros tuvieron expuesta la vida, con Iturbide tienen expuesta la *bolsa*.

»Ya irán viendo las ventajas que les resultan de haber engrandecido al héroe del plan de Iguala.

»Para no dejarles duda sobre lo que se les espera, el mismo Iturbide ha mandado secuestrar todos los bienes que poseen en el país los descendientes de Hernan Cortés y formaban el Estado y Marquesado del Valle.

»¿Qué tal te parece este modo que su propio autor tiene de respetar la cacareada *garantía de la unión*?

»Toda esta indigna farsa ha dado el siguiente resultado, que te comunico como noticia de última hora, precediéndola de algunas indispensables explicaciones.

»El asalto, sorpresa, acción, escaramuza ó como llamarle quieras, pues es difícil darle nombre, de Lemaur, Santa Ana y Echávarri en Veracruz, después de haber servido para estorsionar á los españoles, se le quiso hacer servir para nulificar á Santa Ana.

»Echávarri comunicó á Iturbide sus sospechas de que Santa Ana había pensado en entregar, en efecto, á los españoles la plaza de Veracruz, resentido porque el emperador no le había dado el mando de la capitanía general de Puebla, que comprendía además de la de su nombre, las provincias de Oaxaca y Veracruz. Esa capitanía

la disfrutaba el famoso D. Domingo Luaces, quien la renunció por causa de sus enfermedades; Iturbide designó á Echávarri para suceder á Luaces, postergando á Santa Ana, que tan denodadamente sostuvo en ella el plan de Iguala.

»Iturbide estimó tan verosímiles los temores de Echávarri, que determinó quitar á Santa Ana el mando que ejercía en Veracruz y él mismo tomó á su cargo el hacerlo. Con este fin salió con gran aparato de la capital el día 10 de Noviembre, y el 16 entró en Jalapa, siendo en ella tan fríamente recibido, que se cuenta que, atribuyéndolo á la influencia española con la cual estaba ya en abierta pugna, dijo: «sólo parece que España empieza en Jalapa »

»Allí acudió Santa Ana á presentarle sus respetos, y como quiera que nadie en México está acostumbrado á las etiquetas y faramallas de la córte, Santa Ana, que sólo veía en Iturbide un compañero de armas, tuvo la inadvertencia de tomar una silla y sentarse, visto lo cual por el capitán de guardia se acercó á él y le dijo:

—»Señor brigadier, delante del emperador nadie se sienta.

»Este extrañamiento acabó de predisponer á Santa Ana contra Iturbide, quien desde luego le dijo que sus servicios eran muy necesarios en la córte y que en consecuencia entregase la comandancia de Veracruz al brigadier D. Mariano Díez de Bonilla, y se dispusiera á salir para México.

»Santa Ana fingió no encontrar nada de extraño en aquella determinación y pidió varios días para arreglar sus asuntos y proporcionarse dinero, que dijo no tener.

»Iturbide concedió el plazo que le pedía y entregó á Santa Ana quinientos pesos para su viaje.

»Herido con la hostil frialdad de los vecinos de Jalapa, Iturbide dió inmediatamente la orden de regreso y pidió al alcalde, español respetable nombrado D. Bernabé Elías, que le aprontase en un breve término de dos horas las bestias de carga necesarias para el tren de la familia Imperial.

»El alcalde no pudo reunir el excesivo número que se le pidió, y atribuyéndolo á mala voluntad de *gachupín*, Iturbide cometió la indignidad, propia sólo de un tirano ó de un autócrata, de ponerle una albarda al dicho alcalde, y tenerle con ella hasta que estuviese reunido el número de bestias solicitado.

»Apenas el emperador estuvo á alguna distancia de Jalapa, Santa

Ana, que habíale acompañado una parte del camino, se despidió ofreciéndole estar en la córte de allí á pocos días, y viéndole desde lo alto de la cuesta que forma la entrada de Jalapa, díjose á sí mismo:

—«Pronto veremos, señor brigadier, si delante del emperador nadie se sienta.»

»Incontinenti, Santa Ana se puso en camino para Veracruz, y



...hasta que estuviese reunido...

sin detenerse ni de día ni de noche, llegó al puerto el día 2 de Diciembre, antes de que en él hubiera podido saberse su destitución; mandó á la guardia de la capitanía general que tomase las armas y le siguiese, entró en el cuartel del regimiento número 8, de que era coronel, arengó á los soldados invitándoles á rebelarse contra el imperio, hizo tocar generala y se lanzó á las calles proclamando y vitoreando la República, viéndose secundado inmediatamente por el pueblo veracruzano, nada adicto á la monarquía.

»Se dice que sorprendido Lemaur, gobernador de Ulúa, con el estrépito de las músicas, cohetes y repiques, envió á Santa Ana un ayu-

dante á preguntarle lo que pasaba, y enterado de ello ofreció al jefe rebelde toda clase de auxilios para comenzar con éxito la campaña.

»Parece también que se ha unido á Santa Ana el ministro de Colombia, Santa María, que estaba en Veracruz esperando buque en que embarcarse, en virtud de habérsele expedido sus pasaportes, como ya te he dicho.

»D. Miguel Santa María ha redactado la proclama con que Santa Ana ha anunciado su revolución, dando por fundamento de ella la violencia hecha al Congreso para la elección de emperador, la prisión de los diputados, la disolución del Congreso y la ocupación de la conducta de Perote y Jalapa, causas todas que importan una violación de los juramentos y promesas de Iturbide.

»Esto es lo que hasta ahora sabemos y nos han contado los individuos de la misma comitiva del emperador, quien ha entrado hoy en México, como de escapada, sin admitir el solemne recibimiento que se le preparaba, pues se creía que su viaje había tenido por objeto ir en persona á tomar el castillo de San Juan de Ulúa y lanzar de él á los españoles, de los cuales vendría triunfador como un césar romano.

»Figúrate tú qué chasco les ha pegado á sus amigos.

»No puedo decirte qué será lo que de aquí salga; pero temo que no ha de ser nada bueno, porque el descrédito de Iturbide es ya tan grande, tan grande como una catedral.

»Si la guerra se enciende de nuevo ¿qué va á hacer este pobre hombre para pagar á sus tropas?

»Es casi una novedad encontrarse por aquí con un peso de plata, y para remediar su pobreza, la famosa Junta Instituyente nos ha inundado de papel moneda, que son unos cuarteroncitos de papel que tienen impreso lo que diz que valen, y de los cuales papelitos van á hacer nada menos que cuatro millones de pesos. Supongo que eso será como cosa de magia.

»Se ha dispuesto también la acuñación de quinientos mil pesos de cobre, y como hasta de éste hay poco, se han mandado fundir los cañones viejos para convertirlos en centavos y tlacos.

»Por último, han barrido con cuanto han encontrado en la Casa de Moneda, con el fondo de rescate de Pachuca, con los depósitos judiciales y hasta con el polvo de las calles.

»Dentro de poco todo va á quedar más limpio que una patena.»

## XXI

«Vuelvo, mi querido compadre, á mi tantas veces interrumpida narración del proceso Olazagoitia.

»Recordarás que en mi última te referí la explicación que á Guadalupe hizo D. Juan Antonio de algunos pormenores del envenenamiento del niño Eduardo, concluyendo por suplicarle le contase cuanto en la casa de Clarita hubiese sucedido durante su ausencia de varios meses.

»Guadalupe Calvo obsequió de la siguiente manera la súplica de su amo.

—»No puedo decir á usted, por que yo mismo no me dí cuenta de de ello, cómo me atreví á volver á esta casa.

»Sabía bien que en ella no habría de encontrarme con usted, pues por más que ignoraba hasta qué punto sería mortal la herida á usted causada, sabía bien cuán peligrosas han sido siempre las que abre mi puñal.

»Mi atentado contra su vida sólo á Dios había tenido por testigo, y no obstante, mi cuerpo todo se estremeció hasta la médula de los huesos, temiendo que D.ª Luisa adivinase mi nuevo crimen.

»Sin embargo, cuando en el dintel de ese zaguán me ví y el portero me abrió la puerta, cediendo á un misterioso impulso corrí hasta las habitaciones de D.ª Luisa, que velaba con invencible alarma y le entregué al niño que ardía en calentura y estaba casi sin conocimiento.

—»Dios mío,—exclamó la señora,—¿qué pasa? ¿qué tiene ese niño? ¿quién es usted?

»A lo cual yo respondí fortificado con el dulcísimo acento de la voz de la señora:

—»Soy hermano del cochero de la casa, hace apenas unos días que estoy en México, y en la plaza de armas he encontrado tirado sobre las piedras á este niño que, si no me engaño, es el mismo que he visto jugar en los corredores del piso alto, por cuya razón le he traído á usted.

—»Ha hecho usted bien, buen hombre, y Dios premiará á usted

como merece, pero ¿qué ha sido del señor con quien ese niño salió de casa?

—»No lo sé, señora; repito que le encontré tirado sobre las piedras.

—»Démele usted,—dijo,—y al tomarle en sus brazos y al notar su palidez, que á mí mismo me aterró—¡Dios mío!—exclamó con un grito que me partió el alma;—este niño no está dormido, está malo, muy malo!

»Y corrió á ponerle en una cama, seguida de mí que casi lloraba de pena y aflicción.

—»¿Qué pasa aquí?—preguntó de pronto el Padre Bernardo, apareciendo al lado de nosotros como brotado de la tierra.

»Al oir la voz de aquel hombre, D.ª Luisa se puso en pié y con voz terriblemente severa respondió.

—»Pasa, señor, que aquí se ha cometido un crimen.

—»Lo sé,—contestó el Padre Bernardo,—y por eso me impongo el sacrificio de entrar en estas habitaciones.

»Acabo de ver tendido en la plaza el cadáver de D. Juan Antonio Olazagoitia, atravesado de una puñalada.

—»¡Dios de bondad!—exclamó D.ª Luisa, palideciendo mortalmente, y vacilando sobre sí misma como si la tierra faltase bajo sus piés.

»El Padre Bernardo, sin conmoverse, ni inmutarse, preguntó con una brusquedad que me hizo daño:

—»No podría decirnos usted, señora, quién ha matado á Olazagoitia?

—»¿Yo?—replicó con inmenso asombro la señora.

—»Usted, señora, usted.

—«Padre Bernardo, esa pregunta, á usted es á quien debo hacérsela; á usted ó á D.ª Clara!

—»¿Qué quiere usted decir, señora? ¿Acaso podía á nosotros interesarnos la vida ó la muerte del desventurado amante de usted?

—»Mal sacerdote y mal caballero,—exclamó D.ª Luisa indignada, ¿qué mérito encuentra usted en insultar á una infeliz y desamparada mujer?

»El Padre Bernardo, bien le conoce usted, se irritó hasta la demencia con tan inesperada respuesta, y dando algunos pasos adelante, quiso acercarse á D.ª Luisa; pero antes de llegar á ella se en-

contró con la muralla que yo con mi cuerpo interpuse, y tomándole ambas manos, entre mis dedos de fierro, exclamé:

—»D.ª Luisa tiene razón en creerse insultada por usted, pero no la tiene en suponerse sola y desamparada, porque yo, antiguo criado de D. Juan Olazagoitia, la serviré en cuanto de mí pueda necesitar.

»El Padre hubiera querido confundirme con sus miradas; pero ¿qué podían hacer las suyas sobre las mías, en las cuales mi loca pasión por D.ª Luisa, se exhalaba en relámpagos de salvaje rencor contra el hombre que á insultarla se atrevía?

»Ni él ni yo pronunciamos ni una sola palabra más, pero obligado á seguirme por el dolor que la presión de mis dedos causaba, en sus manos, lo saqué de allí y no lo solté hasta que estuvimos en el corredor.

—»Padre Bernardo,—le dije:—hombre soy que cuando llega la ocasión, y la ocasión ha llegado, no estima la vida en más que el polvo que cubre mis zapatos; y tan vengativo soy, que por tal de hacer ahorcar á usted soy capaz de denunciarme yo mismo al primer juez que me salga al paso.

—»¡Ah canalla!—exclamó él con voz debilitada aún por el dolor, ¿con que esas tenemos? ¿Con que después que te he proporcionado la ocasión de salvarte del hombre que iba á perderte?...

—»Basta,—le repliqué yo interrumpiéndole:—á los hombres como hombres los trato, pero ni nunca he cometido yo la infamia de insultar á una mujer, ni consentiré jamás que pudiendo yo impedirlo, la insulte otro hombre, quien quiera que ese hombre sea.

—»Pero ¿y si esa mujer fuese para la santa y caritativa D.ª Clara, más peligrosa y dañosa que el mismo Olazagoitia?

—»Lo repito, contesté con entereza, á los hombres como á hombres, pero no á las mujeres.

—»¡Desgraciado! replicó el Padre, á mí, á un sacerdote, al hombre que conoce tu historia, que puede...

—»No puede nada, Padre Bernardo; la muerte de Olazagoitia nos tiene de tal modo ligados el uno al otro, que cualquiera imprudencia de usted le perdería al perderme á mí.

—»Lo veremos, replicó el Padre con reconcentrada ira.

—»Cuando usted quiera, contesté; pero no olvide que antes de que yo hiriese en la plaza á Olazagoitia, conversé con usted en un

ángulo del patio grande de palacio, y que allí, para triunfar de mis vacilaciones y desvanecer mis temores de que muerto D. Juan, usted me denunciase como su asesino, me entregó un documento, con el cual puedo á la hora que más me agrade, perderle para siempre.

—»¿Y dónde está ese documento?—preguntó Olazagoitia, interrumpiendo la narración de Guadalupe.

»Pero éste contestó:

—»Es inútil, D. Juan, que me lo exija usted; sé ser hombre para con todo el mundo, hasta para con el Padre Bernardo: le juré desde aquella noche, que sólo á él ó al juez entregaré ese papel, y cumpliré mi juramento: hace mucho tiempo que no juro en vano.

## XXII

»Con tan decidida respuesta, Olazagoitia creyó inútil insistir, y así lo dijo á Guadalupe, que prosiguió de este modo:

—»El Padre Bernardo no se inmutó con mis amenazas y me contestó:

—No lo he olvidado, y aun de pícaros como tú no hago jamás desconfianza en tales casos.

»Pero no olvides tampoco por tu parte, que conozco á los hombres lo bastante para hacerlos servir á mis propósitos, sin emplear la violencia.

»Uno y otro nos hemos quitado las caretas.

»Mejor que mejor: no insisto en conservar la mía.

»Muchos años hace que ejerzo el sacerdocio; pero antes que sacerdote, fuí hombre, y como no soy ninguna maravilla humana, tengo todas las pasiones de hombre, y las mantengo vivas y enérgicas bajo la capa de humildad á que mi ministerio me obliga, y más que mi ministerio, las preocupaciones de nuestros semejantes.

»Enemigo tuyo soy, puesto que me impides concluir la obra que empecé, lanzándote á asesinar á Olazagoitia; pero no emplearé contra tí la violencia y sí sólo la astucia: con ella me bastará para hacerte pronto tan mío, como lo has sido hasta este instante.

»Y sin esperar respuesta mía, el Padre Bernardo bajó la escalera que conduce al entresuelo.

»Volví yo á las habitaciones de D.ª Luisa, que al verme entrar, vino hacia mí, y tomándome una de mis manos entre las hermosísimas suyas, díjome con los ojos anegados en lágrimas:

—»¡Gracias, muchas gracias, amigo mío! ¡Dios premiará á usted la protección que me ha dispensado!

»Yo no sé si le contesté algo, y sólo recuerdo que desde entonces datan mi trasformación y mi felicidad, pues tan dulces palabras merecí de sus divinos labios.

»El niño Eduardo se puso grave, ¡muy grave!

»Pronto nos convencimos de que había sido envenenado.

»Quise yo salir en busca de un médico, pero D.ª Luisa no lo consintió.

»Temía que, quedándose sola, volviese á entrar el Padre Bernardo.

»Yo obedecí quedándome, y fué por el médico la pobre Soledad que había venido de Guanajuato con el niño Eduardo, y lloraba con tanta pena que partía el corazón.

»D.ª Luisa le indicó qué médico había de buscar, y fué el doctor Oliva, el cual habíala asistido en el parto del hijo de don Mariano.

»No pudo encontrarle en su casa y volvió á preguntar lo que debía hacer.

»D.ª Luisa insistió en que sólo en el doctor Oliva tenía confianza, y dispuso que á cualquier costa se le buscase y trajese.

»Volvió Chole diciendo que tampoco aquella vez había podido encontrarle, pero que el criado del doctor le había prometido con juramento que se lo enviaría aquella misma noche.

»Así lo cumplió, en efecto, y el doctor Oliva hizo por el niño lo que ya he referido á usted.

»Durante tres días y sus noches no se apartó ni un leve momento de la cabecera del niño, que casi llegó á agonizar; pero Dios tuvo piedad de nosotros y el niño se salvó.

»En la tarde del tercer día, el doctor insistió empeñosamente en bajar al entresuelo para hablar con D.ª Clara y el Padre Bernardo que no había vuelto á presentársenos.

»Así lo hizo, y aunque no pudimos saber el objeto de aquella

conferencia, sí nos enteramos de que el doctor había tenido un ruidoso altercado con la señora y con el cura.

»Al cabo de una hora subió á las habitaciones de D.ª Luisa, y después de algunas palabras de consuelo con que quiso darnos á entender que quizás usted no había muerto, nos rogó que no se le distrajese sin causa muy grave, pues tenía que encerrarse á escribir largamente.



... presentó á su nuera una orden...

»Media hora después, esta casa se veía invadida por tropas del general Novella, que nos pusieron en general alarma, y que por último, se llevaron preso al buen doctor sin permitirnos hablar con él ni una sola palabra.

»Aquella misma noche, pues ya lo era cuando las tropas se retiraron con el preso, doña Clara subió á los altos y se hizo recibir por doña Luisa.

»Exigió que yo las dejase solas, y cuando hube salido, D.ª Clara presentó á su nuera una orden de un juez disponiendo que, tanto el niño Eduardo como el hijo de D. Mariano, fuesen entregados á D.ª Clara.

»D.ª Luisa se negó enérgicamente á obedecer aquella inicua orden que no tenía motivo ninguno en qué fundarse.

—»Le tiene, — contestó D.ª Clara, — y me mortifica el que me obligue usted á decírselo.

—»Sin duda ese motivo envuelve una nueva infamia, — replicó D.ª Luisa.

—»Es cierto,—contestó D.ª Clara,—pero esa infamia es de usted y no mía.

»La ley, que está en la obligación de protejer al inocente contra el criminal, dispone en este caso que sea usted separada de sus hijos.

—»D.ª Clara, usted me insulta á sabiendas. Yo no tengo más que un solo hijo.

—»¿Según eso, insiste usted en negar que Eduardo también lo es?

—»D.ª Clara, — replicó indignada D.ª Luisa,—hágame usted el favor de no abusar de mi paciencia, y suprimir sus groseras calumnias.

—»Súframe usted con resignación y agradezca la piedad con que la veo, y á la cual debe que yo y no el juez en persona sea quien le comunique el mandato de las leyes.

»Hay vehementes sospechas, que en el curso del juicio se esclarecerán, de que el niño Eduardo ha sido envenenado por usted, y se teme que vuelva usted á atentar contra la vida, no sólo de ese pobre niño, sino también del que pasa como hijo de Mariano.

»D.ª Luisa, estrechando entre sus brazos á las dos criaturas, contestó á D.ª Clara con maternal fiereza.

—»¡Señora, no olvide usted que son mis hijos! Usted misma lo ha dicho, y si como lo ha dicho lo cree, no repita su infame suposición: no hay, ni hubo, ni puede haber madre capaz de atentar contra la vida de sus hijos. No puedo dar mejor *mentís* á su calumnia.

»D.ª Clara no supo por el pronto qué contestar; pero temiendo yo que no tan fácilmente se dejase vencer, y que aquella escena de la cual pude enterarı. e espiando por la cerradura de la puerta, terminase de mala manera para D.ª Luisa, abandoné mi espionaje y fuí en busca del Padre Bernardo á quien encontré en el entresuelo.

—»Si en el acto, inmediatamente,—le dije,—D.ª Clara no desiste del objeto que la ha hecho buscar á D.ª Luisa, juro á usted que el consabido papel que pone á usted entre mis manos, pasará á las del juez.

»El Padre Bernardo se puso pálido de terror, y echando sobre mí una mirada de ilimitado rencor, sin contestarme una palabra, salió de la habitación y subió la escalera de los altos, y entró en la pieza en que reunidas estaban D.ª Luisa y D.ª Clara.

## XXIII

»Con su entrada, D.ª Clara suspendió la corriente de los insultos y calumnias que hacía llover sobre su desventurada víctima.

»Volví á mi espionaje y no tardé mucho en ponerme á mi vez tan pálido como había visto ponerse al Padre Bernardo ante mi amenaza.

»D.ª Clara insistía en que se la dejase exigir el cumplimiento de la orden judicial.

—»No es posible, hija mía,—contestó el Padre Bernardo;—es necesario desistir de eso, y lo que es más, nosotros mismos debemos estorbar que el juez se presente á hacerla cumplir.

—»¿Qué dice usted, Padre? ¿debemos dejar expuesta la inocencia?...

—»Clarita, hija mía; nada podemos hacer contra la fuerza de los reprobados medios de que D.ª Luisa se vale para nulificar nuestras santas y rectas intenciones.

—»Padre Bernardo, ¿de qué nuevo insulto quiere usted hacerme víctima?—preguntó D.ª Luisa.

—»No es insulto, señora, lo que acabo de decir, y sobre todo, tampoco es á usted á quién me dirijo.

»A Clarita, á mi predilecta hija de confesión, es á la que tengo que decir que nada podemos hacer en favor de estos niños, mientras dispense á usted su protección el antiguo criado de Olazagoitia, el hermano del cochero de la casa, el mozo Guadalupe Calvo, en fin.

»Y esta es la ocasión de pedir á su Divina Majestad tome en cuenta de la remisión de mis pecados, la humillante confesión que voy á hacer.

»Clarita; antes de recibir del cielo la inspiración que me hizo consagrarme al sacerdocio, fuí un loco y desventurado joven que cometió punibles excesos, que la Iglesia Católica perdonó absolviéndome de toda culpa, en vista de mi sincera contrición.

»Pero una es la infinita justicia divina, que todo lo perdona á corazones tan contritos como el mío, y otra la imperfecta justicia humana, que sólo sabe castigar en satisfacción de eso que se llama vindicta pública.

»De uno de aquellos de mis extravíos juveniles, existe para mi mayor mortificación, una prueba escrita, que puede exponerme á los ultrajes de la justicia de los hombres, y esa prueba está por medios que no debo examinar, en poder del mozo Guadalupe.

»Cuando esto oí decir al Padre Bernardo, tentado estuve de derribar las hojas de la puerta y entrar á desmentir á aquel hipócrita, pues ni yo me había apoderado del papel por medios reprobados, ni el papel se refería á extravíos juveniles del Padre.

»Pero recordé mi juramento de que el tal papel sólo al juez ó al mismo Padre podía ser entregado por mí.

»Procuré calmar mi cólera y continué escuchando.

—»Mi vida consagrada por entero á nuestro Señor, no es para mí apreciable, sino en tanto que con ella puedo servir á nuestra Santa Religión católica, apostólica y romana.

»Quiero con esto decir, que aun cuando ese papel, esa prueba, pudiese costarme la vida por sentencia de un juez, tranquila como está mi conciencia, contento vería venir hacia mí una muerte que me abriría las puertas de la eterna felicidad.

»Pero hoy que tantos enemigos tiene la Santa Madre Iglesia, el proceso que se me formase por mis extravíos juveniles redundaría en descrédito del sacerdocio mexicano, y esto sí, estoy en la obligación de impedirlo, y conmigo todos los buenos católicos, como lo es usted, Clarita.

»Ahora bien, Guadalupe acaba de bajar al entresuelo y de amenazarme con denunciarme á los jueces civiles, si no hago que usted desista de obligar á D.ª Luisa á someterse á la decisión del tribunal.

»A usted le toca ahora, Clarita, resolver lo que debe hacerse.

»Si usted, que es una santa predilecta de Dios, cree que yo debo ser víctima de las perfidias del mozo Guadalupe, sumiso acataré su decisión como dictada por Dios mismo.

»Pero si á todo antepone usted la honra de nuestra santa Religión, desista usted, hija mía, de dar cumplimiento á esa orden, porque si así no lo hace, Guadalupe me denunciará á los jueces primero que consentir en que se le cause daño alguno á doña Luisa.

—»¿Pero qué motivo tiene ese hombre para ponerme en ese compromiso, á mí, que le he colmado de favores desde que está en mi casa?

—»Clarita,—respondió el pérfido de D. Bernardo,—voy á decirle á usted: le había ofrecído callarlo hasta el último extremo; pero para usted no puedo ni debo tener secretos ni hacer reservas.

»Ignoraba yo lo que el Padre Bernardo fuese á decir, y no obstante me estremecí de pavor sin poderlo remediar.

»El Padre Bernardo prosiguió así:

—»El motivo que el mozo Guadalupe tiene para tomar la defensa de D.ª Luisa, es el de que la ama con todo su corazón y con un amor terreno é ilimitado.

»Ante aquella declaración del cura, D.ª Luisa y D.ª Clara lanzaron una exclamación, cuyo significado yo no pude comprender, porque avergonzado de mí mismo, corrí á esconderme en el más apartado rincón de la casa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

»Desde entonces no he vuelto á presentarme á D.ª Luisa, ni ella me ha vuelto á llamar.

»Pero no por eso he dejado de protegerla contra sus enemigos, como si realmente fuese cosa mía.

»Desde entonces, jamás dejo de estar á la vista de alguien que pueda, llegado el caso, testificar que no he vuelto á presentarme ni en los corredores de los altos.

»Desde entonces, padezco, señor don Juan, lo que no es decible, porque amo en efecto á D.ª Luisa con todo mi corazón, y como mi amor es un imposible, quisiera morir, y morir no quisiera porque muerto yo D.ª Clara y el Padre Bernardo, pierden á D.ª Luisa para siempre.

»Pero Dios ha querido que no haya resultado cierta la noticia de la muerte de usted; usted podrá con más derecho y eficacia que yo defender á esa adorable señora, y no hay ya por lo pronto inconveniente para que yo desaparezca de aquí.

»D. Juan abrió los brazos á Guadalupe, que en ellos se arrojó llorando como un niño.

—»No, desventurado Guadalupe, yo no quiero que desaparezcas de aquí; tu extraña pasión se curará bien pronto con las reflexiones que habré de hacerte y de tu porvenir cuidaré yo como de cosa mía.

»Ya hablaremos de esto: por el pronto tú no puedes intentar nada contra tí mismo, porque no has terminado aún la misión que te has impuesto.

»Es necesario librar para siempre á D.ª Luisa de sus enemigos, y yo no puedo hacerlo todo sin tu ayuda.

»¿Me juras, tú, que ya no juras en vano, obedecerme en todo y por todo, hasta que hayamos vengado á D.ª Luisa?

—»Sí, lo juro,—contestó Guadalupe, besando la cruz, que formada con sus dedos le presentó Olazagoitia.».

## XXIV

Mis lectores saben cuán poco aficionado soy yo á extenderme en juicios y consideraciones sobre los sucesos que son asunto de estos libros; no quiero, por lo mismo, faltar á mi regla, y considerando oportuno decir algo sobre la marcha de los sucesos políticos, en aquel año de mil ochocientos veintidós, tomo lo siguiente del ilustre historiador D. Lucas Alamán, que me parece que entra aquí como mandado hacer expresamente:

«El año de 1822, que había visto instalar y disolver un Congreso, motivo de tantas esperanzas; elegir y coronar un emperador, en cuyo curso habían ocurrido intentos de conspiración, prisiones, sediciones de fuerza armada, en que la escasez de fondos para los gastos públicos había conducido á las medidas más vejatorias; terminaba, pues, dejando un erario exhausto, sin otro recurso que un papel desacreditado; todos los fondos públicos destruídos; el comercio aniquilado; la confianza extinguida; los propietarios hostigados con los préstamos forzosos, de los que no estaba acabado de colectar el uno cuando ya se decretaba el otro; restablecidas las gavelas, cuya supresión había sido el primer fruto de la independencia, y aumentadas otras muy gravosas; un gobierno sin crédito ni prestigio; un trono caído en ridículo desde el día que se erigió; las opiniones discordes, los partidos multiplicados y sólo de acuerdo en el objeto de derribar lo que existía; la bandera de la revolución levantada en Veracruz, y el suelo minado por todas partes con las logias escocesas multiplicadas en las ciudades y á que estaban adscritos los principales oficiales del ejército. No era, pues, difícil prever que una catástrofe se preparaba y que el año que iba á co-

menzar sería memorable para México, por los grandes sucesos que en él iban á acontecer.»

Hasta aquí el citado historiador, cuyo proceso del año de 1822 no pudo ser más breve y elocuente.

Y la catástrofe vino y los produjo, ni más ni menos que hubiéralos producido una bomba estallando en el centro de un polvorín.

En vano D. Agustín recurrió á cuanto humanamente podía recurrirse, y aun por si pegaba, trató de aplastar á sus contrarios con una excomunión que comprendiera á cuantos fuesen partidarios de las ideas republicanas, lo cual le valió la siguiente..... décima del padre Mier:

> Diz que pretendía el tirano
> que una excomunión saliera
> en que *ipso facto* incurriera
> todo hombre republicano.
> ¿Y por qué crimen? Es llano,
> porque de su majestad
> se opone con libertad
> á la infausta monarquía.
> ¿Puede darse más impía
> herética pravedad?

Esta décima, prueba que ni la literatura había podido salvarse de aquel espantoso naufragio.

En vano, vuelvo á decir, se declaró traidor á Santa Ana, y se ofreció el indulto y el perdón á cuantos abandonasen su partido, al cual se adhirió D. Guadalupe Victoria; en vano se despachó contra ellos á Cortázar y Lobato con las más lucidas fuerzas del imperio; en vano éstas comenzaron venciendo á sus enemigos y casi sofocaron el alzamiento dejando á Santa Ana reducido á la plaza de Veracruz; en vano Iturbide quiso distraer y asombrar al pueblo con el esplendor desplegado en las fiestas de su jura, celebradas el 24 de Enero, y con las del nacimiento de un hijo del emperador, en vano se levantó para este fin una plaza de toros en el centro de la gran plaza de armas, lo cual fué una muy fea novedad.

En vano fué todo, porque trabajando á la sordina, pero con suma actividad y superior talento, la masonería acabó con el im-

perio, ganándole á sus principales y más señalados jefes militares, que lo fueron Cortázar, Lobato y Echávarri.

Y fué de modo que hallándose sitiando á Veracruz, que con justo título ha conquistado cien veces el de la *Muy Heróica*, sin que ni se rindiese Veracruz ni Echávarri pudiera tomarla, los masones pusieron en relación á sitiados y sitiadores, y de estas relaciones nació el día 1.º de Febrero de 1823, el plan llamado de Casa-Mata, porque el acta en que se basaba, se firmó nada menos que en un polvorín.

En el plan se acordó convocar un nuevo Congreso, del que formaran parte todos los diputados liberales que pertenecieron al disuelto por Iturbide; no atentar contra la persona del emperador y encargar del gobierno á la diputación de Veracruz, mientras se hiciesen las elecciones y se instalase el Congreso.

El día 2 adoptaron el plan de Casa-Mata, el Ayuntamiento y guarnición de Veracruz, y pronto fué secundado en Huajuápan y Oaxaca por el general León, en Jalapa por Calderón, en Puebla por el marqués de Vivanco, en el Sur por D. Nicolás Bravo y don Vicente Guerrero, que habían logrado evadirse de México, y antes de terminar el mes, D. Agustín Iturbide vió reducido su imperio á sólo la capital: aun en esta la fidelidad á su persona fué tan escasa, que mientras con el fin de impedir la deserción Iturbide reunía en campamento á sus tropas en Ixtapaluca, las que quedaron en México se fugaron después de sacar de la inquisición á los presos políticos y fueron á reunirse con el «Ejército Libertador» ó «Restaurador del Sistema Constitucional» que estos dos nombres se le dieron.

Iturbide conoció que era indispensable transigir con la revolución y envió á los jefes del ejército libertador, que estaba en Puebla, una comisión que con ellos tratase un arreglo; de esta comisión formó parte el general D. Pedro Celestino Negrete que no tardó en pasarse al enemigo, lo cual fué muy sensible á Iturbide como también le había sido la defección de Echávarri, pues á uno y otro, aunque españoles, túvoles grande cariño.

En vista de que nada pudieron arreglar los comisionados, creyó Iturbide desconcertar la revolución con el restablecimiento del Congreso disuelto el 31 de Octubre anterior, y sacando de los lugares en que los tenía detenidos á los diputados presos por decreto

de 4 de Marzo, reinstaló el Congreso, cuya primera sesión se celebró el siete, con sólo cincuenta y ocho diputados.

Ningún resultado dió este paso, pues los jefes del ejército libertador, resolvieron no reconocer á un Congreso que no contaba con número suficiente de representantes y no podía tener libertad mientras no se reuniese en algún punto al cual no alcanzase el influjo del emperador.

Recurrió entonces al expediente de acusar á los españoles de ser ellos los autores del alzamiento, con el objeto único de restablecer el poder colonial; pero á esto contestó Echávarri renunciando el mando en el marqués de Vivanco, del cual no quiso tampoco recibirlo el general Negrete aunque se le propuso con instancia, para demostrar lo falso de las imputaciones de Iturbide, que podría haber justificado hasta cierto punto la llegada al país de los agentes españoles comisionados por Fernando VII para entrar en arreglos con las colonias independidas.

Al mismo tiempo el ejército libertador salió de Puebla y avanzó sobre la capital, con lo que el héroe de Iguala, considerando imposible todo arreglo, envió al Congreso su abdicación la noche del 19 de Marzo, ofreciendo salir del país dentro de pocos días para evitar con su presencia nuevos trastornos.

El Congreso no se consideró apto para resolver sobre punto de tanta trascendencia, y no sabiendo qué hacer con la delegación de facultades hecha en él por efecto de la abdicación, propuso á los jefes enemigos tuviesen con Iturbide una entrevista, proposición que no fué aceptada por aquéllos, quienes á su vez propusieron que á fin de que el Congreso pudiese reunirse con libertad, Iturbide saliera de México con una escolta de quinientos hombres á situarse en Tulancingo ó en otro de los puntos que se le designaron, lo cual, indignado Iturbide, tampoco quiso admitir.

Y como los desórdenes fuesen en aumento en la capital, y el populacho se hubiese insolentado al extremo de aterrar á los españoles y de asaltar algunas de sus casas y romperles á pedradas las vidrieras, el Congreso invitó al jefe del ejército restaurador á ocupar la ciudad, firmándose en Santa Marta un convenio de tres artículos: según ellos, el ejército se obligaba á reconocer á Iturbide con el carácter que el Congreso tuviese á bien reconocerle; Iturbide saldría para Tulancingo en el término de tres días, escoltado como

él mismo lo pidió, por el general D. Nicolás Bravo, y por último, las tropas que le habían permanecido fieles serían consideradas como si hubieran formado parte del ejército restaurador.

En virtud de este convenio firmado en el pueblo de Santa Marta el 26 de Marzo por Gómez Pedraza en representación de Iturbide, y el marqués de Vivanco como jefe del ejército libertador, éste entró en México el Jueves Santo, 27 de Marzo de 1823. El 29 se instaló el Congreso con ciento tres diputados, y declaró haber cesado el gobierno que existía desde 19 de Marzo de 1822 en que fué proclamado emperador Iturbide; el 30 salió éste de Tacubaya con toda su familia para su destierro de Tulancingo y el 31 se publicó el decreto formando un gobierno provisional con el título de *Poder Ejecutivo*, compuesto de los generales D. Nicolás Bravo, D. Guadalupe Victoria y D. Pedro Celestino Negrete, quienes se alternarían mensualmente en la presidencia.

En sesión permanente del 7 de Abril, el Congreso resolvió no tomar en cuenta la abdicación de Iturbide, por haber sido la proclamación obra de la violencia y por consiguiente nula en todos sus efectos, y D. Agustín de Iturbide fué desterrado á Italia, asignándosele para sus gastos una pensión de veinticinco mil pesos anuales. Esto fué lo que resolvió el Congreso, uno de cuyos diputados, el padre D. Servando Teresa Mier, opinó que el héroe de Iguala más que destierros y pensiones merecía ser ahorcado.

El 8 de Abril, el Congreso decretó «que no habiendo habido nunca derecho para sujetar á la nación mexicana á ninguna ley ó tratado, sino por sí misma y por sus representantes nombrados según el derecho público de las naciones libres, no subsistían el plan de Iguala, tratados de Córdoba ni el decreto del Congreso de 24 de Febrero de 1822, por lo respectivo á la forma de gobierno que establecían, y llamamientos que hacían á la corona, quedando la nación en absoluta libertad para constituirse como le acomodase, subsistiendo por la libre voluntad de la misma las tres garantías de religión, independencia y unión y lo demás que contenían los mismos plan, tratados y decreto, que no se opusiese á lo anterior.

En cumplimiento del decreto respectivo, D. Agustín con toda su familia, excepción hecha de su padre y de su hermana D.ª Nicolasa, á quienes se les permitió quedarse, al primero por su avan-

zada edad de ochenta y cinco años, y á la segunda por sus enfermedades, salió de Tulancingo el 20 de Abril con dirección á Veracruz y el 9 de Mayo se embarcó en la Antigua en la fragata inglesa mercante *Rowllins*, flotada por el gobierno en quince mil quinientos cincuenta pesos, aparte los gastos de víveres, aguada y demás, pues el capitán *Quelch* así lo exigió.

A las once y cinco minutos de la mañana del 11 de Mayo, la fragata *Rowllins* se dió á la vela y D. Agustín de Iturbide empezó á perder de vista las costas de aquella patria que él había formado por los mismos medios de que sus enemigos se valieron para destronarle.

A este propósito dice D. Lucas Alamán:

«El instrumento de su ruina fué la falta de fidelidad del ejército, de que él mismo le dió el ejemplo: la lección había sido demasiado bien enseñada, para que no fuese bien aprendida, y para que no sirviese de funesto antecedente para lo venidero.»

## XXV

Poco me queda ya que decir que pueda tener cabida en este tomo, al cual no corresponde tratar el principio de nuestra vida política como nación independiente y republicana, que será asunto de la segunda serie de los Episodios Históricos, que habrá de ser continuación de ésta.

No entraré, pues, en explicaciones de cómo se separó de México la capitanía general de Guatemala por medio de un Congreso que convocó Filisola, quien con las tropas mexicanas se retiró en virtud de haber declarado aquél, en 1.º de Julio, la independencia absoluta de aquellos pueblos.

Pronto el Congreso y el Ejecutivo de México hicieron desaparecer hasta en sus últimos restos cuanto más ó menos directamente afectaba la forma monárquica, y el partido republicano comenzó á debilitarse formando las dos fracciones de centralistas y federalistas. Santa Ana se declaró protector del sistema federal en San Luis; pero no viéndose por entonces secundado desistió de su in-

tento, y hubo de presentarse en México á responder de su conducta en un juicio. D. Nicolás Bravo fué enviado á Guadalajara á calmar la agitación que iba cundiendo en aquella provincia provocada y mantenida por los generales Quintanar y Bustamante, que veían en el desorden que consigo traería la federación un medio de restablecer el influjo de Iturbide. Una conferencia que D. Nicolás Bravo tuvo con Quintanar, bastó por entonces para asegurar la tranquilidad de Jalisco.

El 19 de Julio de aquel año de 1823, el Congreso declaró buenos y meritorios los servicios de los insurgentes que Iturbide había querido relegar al olvido, y el 17 de Setiembre, fueron depositados con solemne pompa en la bóveda del altar de los Reyes, en la Catedral, los restos de D. Miguel Hidalgo, y de sus demás ilustres compañeros, y con este pretexto se trató de violar el sepulcro de Hernán Cortés y quemar sus restos y aventar sus cenizas, cuyo inútil y estúpido atentado evitó el gobierno, poniendo en salvo los huesos del conquistador.

Vino á poner en peor estado las cosas, la imprudente determinación tomada por Fernando VII, que al fin había triunfado de los liberales españoles y recobrado su poder absoluto, de abandonar la vía pacífica de entenderse por medio de comisionados por las antiguas colonias, y de intentar su reconquista. En virtud de esta determinación, el castillo de Ulúa rompió sus fuegos sobre la plaza de Veracruz el 25 de Setiembre, haciéndola sufrir inútilmente grandes perjuicios.

Bajo esta mala impresión cerró el antiguo Congreso sus sesiones el 30 de Octubre, y abrió las suyas el nuevo, el 7 de Noviembre. El 5 de Diciembre comenzó á discutirse el «Acta Constitutiva» en que se adoptaba la forma de Gobierno republicano y la soberanía de los Estados, y se echaban las bases del sistema federal, y como todo esto le pareciese á Echávarri contrario á lo que en Puebla había determinado el ejército liberal, se declaró hostil al gobierno, y el coronel Hernández en Cuernavaca y el general Lobato en México, se pronunciaron pidiendo que los españoles fuesen separados de toda participación en el gobierno y expulsados del país. Este pronunciamiento, que revistió en los primeros momentos grande importancia, fué sofocado gracias á la firme actitud del Congreso y del Ejecutivo, que llamaron sobre la capital todas las fuerzas de

los alrededores, con lo que los amotinados hubieron de desistir de su intento.

No pudo con tan poco sofocarse la agitación que de nuevo comenzó á cundir en el Estado de Jalisco, cuyas autoridades se negaron á reconocer al general Herrera como jefe militar de la provincia, y sopretexto de tomar partido por el sistema federal, trabajaban casi á cara descubierta por el restablecimiento del influjo y mando de Iturbide.

El Poder ejecutivo comisionó á Bravo y á Negrete para que con una fuerte división marchasen á restablecer el orden en Jalisco, y ambos entraron en Guadalajara en virtud de un convenio que celebraron con Quintanar y Bustamante, á los cuales, y á pesar del convenio, se les redujo á prisión por orden expresa del Poder ejecutivo, que creyó necesario cometer esta perfidia, en vista de los informes que se le dieron de los grandes trabajos emprendidos por los amigos de Iturbide para provocar un alzamiento en su favor.

Todo pareció probable en vista de la exposición que Iturbide dirigió al Congreso con fecha 13 de Febrero, avisándole hallarse en Londres, dispuesto á ofrecer sus servicios á México en los peligros que le amenazaban, con motivo de haber determinado Fernando VII reconquistar su antigua colonia con auxilio de la Santa Alianza. Para ese caso ofrecía, no sólo su persona, sino también auxilios de armas, municiones y dinero.

Por toda respuesta, el Congreso expidió su decreto de 28 de Abril de 1824, que dispuso lo siguiente:

«Se declara traidor á D. Agustín de Iturbide, siempre que se presente bajo cualquier título en algún punto del territorio mexicano. En este caso queda declarado por el mismo hecho, enemigo del Estado y cualquiera puede darle muerte.

»Se declaran traidores á la Federación y serán juzgados conforme á la ley de 27 de Setiembre de 1823, cuantos cooperen por escritos encomiásticos ó de cualquier otro modo á favorecer el regreso de D. Agustín de Iturbide á la República Mexicana, sea cual fuere la denominación bajo que regresare. Igualmente se declaran traidores y serán juzgados conforme á la misma ley, cuantos protegieren de algún modo las miras de cualquier invasor extranjero.»

Este decreto fué aprobado por sesenta y seis votos contra los dos de Martínez de Vea y Alcocer, que lo reprobaron.

Los diputados que aprobaron fueron los siguientes:

Barreda, Gordoa (D. Luis), Elorriaga, Barbosa, Arzac, Sierra (D. Felipe), Solórzano, Izazaga, Cobarruvias, Romero, Espinosa, Valle, Zavala, Seguín, Márquez, Paz, Osores, Castorena, San Martín, Portugal, Cañedo, Uribe, Vázquez, Herrera, Vélez, Guerra (D. Joaquín), Gómez Farias, Guerra (D. José Basilio), Ramos Arizpe, Llorente, Moreno, Anaya, Castro, Chico, Cortázar, Sierra (D. Miguel), Miura, Gutiérrez (D. José Ignacio), Embides, Lombardo, Ahumada, Bustamante (D. Carlos), Rayón, Estévez, Saldívar, Robles (D. Manuel), Sánchez, Mangino, Castillero, Mier, Juille, Gómez Anaya, Becerra, Robles (D. José Vicente), Cabrera, Morales, Berruecos, Gutiérrez (D. Juan Antonio), Zarrajo, Rejón, Ruiz de la Peña, Gasca, Paredes, Reyes, Rodríguez, Marín, Argüelles, Escalante, Martínez (D. Florentino), Copca, Jiménez, Ibarra, González Angulo y Carpio.

Entre estos sesenta y seis votos se contaron, lo hace notar Alamán, como un elogio de ellos, los de tres eclesiásticos tan respetables, «que fueron después el ornamento de las primeras sillas episcopales de la República...»

Y yo digo que hubo otro más notable acaso, el de Gómez Farias, el mismo Gómez Farias, que en la sesión del 19 de Mayo de 1822, presentó la proposición á que Iturbide debió el trono, y en la cual, después de hacer los más pomposos elogios del héroe, dijo «que rotos los tratados de Córdoba y el plan de Iguala por no haber sido aceptados por España, los diputados estaban autorizados á dar su voto para que Iturbide fuese declarado emperador, recompensando debidamente los extraordinarios méritos y servicios del libertador de Anáhuac...»

Ni la caridad levanta
al infeliz que tropieza;
porque del árbol caído
todo el que pasa hace leña.

## XXVI

La colección de cartas del compadre Escobedo, termina con las dos que, sin comentarios, copio al pié de estas líneas, dando fin con ellas y por hoy á mis tareas:

«México, Julio de 1824.

»Mi querido compadre: Cometido está el negro crimen, por el cual seremos sin duda llamados parricidas.

»D. Agustín de Iturbide ha sido fusilado el lunes 19 de Julio de 1824 en la villa de San Antonio de Padilla, lugar de reunión del Congreso Constituyente del Estado de las Tamaulipas, por orden de éste dada al comandante general D. Felipe de la Garza, y ejecutada por el ayudante D. Gordiano del Castillo, poco después de las seis de la tarde.

»¡Tal es la triste, la dolorosísima verdad!

»Tan preocupado estoy, compadre, que no sé ni cómo he escrito, ni lo que he escrito.

»Estoy horrorizado de que tal cosa haya podido hacerse, y no es, bien lo sabes tú, que yo haya sido nunca partidario de Iturbide: mas no por ello puedo aprobar, ni aprobaré nunca, lo que se ha hecho con este hombre cuya vida debió haber sido sagrada para todo mexicano.

»Vergüenza me da decirlo, hemos vengado á España matando con traición y felonía al que supo independernos de ella: con traición y felonía, sí, porque se le ha dado muerte en virtud de un decreto expedido siete días antes del 4 de Mayo, en que D. Agustín salió de Londres rumbo á México, y cuyo decreto, por lo tanto, no conocía ni podía haberlo conocido. Pero aun cuando así no hubiese sido, que sí fué, aun cuando de aquel inicuo decreto se le hubiera dado directamente conocimiento, y á pesar de él don Agustín hubiese desembarcado en nuestras costas, la atroz sentencia jamás debió haberse ejecutado por inicua, por criminal, por parricida. No hemos sabido ser agradecidos, y á semejanza del

alacrán, que es uno de los más repugnantes reptiles, nos hemos herido á nosotros mismos.

»Sólo un consuelo tengo, el de que ningún insurgente de alguna importancia ó que se haya señalado por alguna acción notable, firmó aquel decreto, ni dictó ni ejecutó la pena.

»¡Pobre D. Agustín! ¡cuánto más le hubiese valido unirse á nosotros, cuando á ello le invitó el cura Hidalgo! quizás no hubiese hecho entonces nuestra independencia; pero al menos habría muerto á manos de los españoles, á quienes combatíamos, y no á las de aquellos á quienes hizo libres, á quienes dió patria, á quienes elevó á los empleos que disfrutan y convirtió en autoridades de las que sólo han sabido abusar.

»¡España está vengada por nuestra ingratitud!

»¿Qué somos, ni qué podemos valer si un hombre sólo nos impone tanto miedo que sólo matándolo juzgamos en salvo á la patria?

»¡Pobre D. Agustín! Nada menos que dos meses y veintidós días tardó en llegar á Liorna, en cuyo punto hubo de hacer una cuarentena, que no terminó hasta el 2 de Setiembre de 1823, en que saltó á tierra.

»Allí negoció las letras sobre Cádiz, que se le dieron en México por valor de media anualidad de su pensión, y apenas le produjeron nueve mil setecientos pesos: no pudo pasar á Roma porque se lo estorbó con su influencia el embajador de España: pasó á Florencia, donde el gran duque de Toscana le recibió con marcadas muestras de predilección, y el 1.º de Enero del año actual de 24, llegó á Londres, no habiéndose creído seguro en Italia, como país sometido á la Santa Alianza. En estas idas y venidas, ó lo que fuese, Iturbide gastó las seis mensualidades que de su pensión había recibido, y tal fué su estrechez, que en Francfort tuvo que empeñar las alhajas de su señora.

»Con fecha 13 de Febrero, avisó al Congreso su estancia en Londres, y solicitado allí por las instancias de sus partidarios, determinó embarcarse para México el 4 de Mayo, haciéndolo así con toda su familia, á excepción de sus hijas é hijos mayores, á quienes dejó en diversas pensiones. Salió de Londres en el bergantín inglés *Spring*, mandado por el mismo capitán *Quelch* que mandaba la fragata *Rowllins*, en que se hizo á la vela para Liorna el 11 de Mayo de 1823.

»El 14 de Julio llegó á la barra de Soto La Marina, y fué el primero en saltar en tierra el teniente coronel polaco Beneski, á quien Iturbide había recibido en México al servicio del imperio.

»Beneski se presentó al comandante general D. Felipe de la Garza, con el falso supuesto de que él y otro compañero que dejaba á bordo venían con el proyecto de un plan de colonización que deseaban proponer al gobierno de México, y el 15 desembarcaron en virtud del permiso que para ello obtuvo Beneski, éste y D. Agustín, cuidadosamente disfrazado.

»Pero á pesar de su disfraz le conocieron el cabo de guardia y el comerciante de Durango, D. Juan Manuel Azunzolo, y los soldados le marcaron el alto en el paraje llamado de los Arroyos, y dieron aviso á Garza, á quien se dió á conocer el día 16, diciéndole que sólo le acompañaban su esposa y dos de sus hijos pequeños, siendo el motivo de su regreso el ofrecer sus servicios á su país, al cual suponía amenazado por una nueva invasión española.

»Y aquí empiezan, compadre, las noticias confusas ó contradictorias.

»Beneski ha dicho, que después de haber enterado á Garza de la llegada de Iturbide, Garza le entregó una carta para él dándole el título de emperador é invitándole á bajar á tierra: Garza niega haber hecho tal, y afirma que desde el momento en que Iturbide se dió á reconocer, le avisó que estaba sentenciado á muerte por el Congreso, cuyo aviso no impidió que aquella noche durmiese como un patriarca en Soto La Marina. Semejante tranquilidad no es concebible en hombre alguno, á menos que Garza hubiese desde luego constituído preso á Iturbide, lo cual todos niegan.

»Después de haber dormido hasta ya muy avanzado el día 17, Iturbide se levantó para oir la intimación que se le hizo de que se preparase á morir dentro de tres horas, y acto continuo, Garza mandó suspender la ejecución y se puso en camino para Padilla, residencia del Congreso de Tamaulipas, llevando consigo á Iturbide, al cual y á mitad del camino, entregó el mando de la tropa que le escoltaba para que al frente de ella se pusiera á disposición del Congreso, y él regresó á Soto La Marina.

»¿Tú lo entiendes, compadre? pues yo tampoco, y como yo nadie.

»¡Qué móvil pudo tener Garza para convertir al preso en jefe de su escolta, y cuál tuvo Iturbide para no haber hecho con ella lo que hizo con todas las tropas realistas á las que obligó á proclamar nuestra independencia?

»Dicen que Garza quiso por este medio probar la buena fe de Iturbide, prueba que no sé yo á qué podía conducir; en todo caso Iturbide aceptó la tal prueba como honrado caballero, pues en efecto fué á Padilla á ponerse á la disposición del Congreso, cuando pudo haber intentado seducir á su escolta, ó si ésta se hallaba en el estrambótico secreto de Garza, haberse hecho matar por ella en desigual combate, mejor que ir á morir inerme en un cadalso.

»Repito, compadre, que no lo entiendo; quién sabe si andando el tiempo alguién explicará esto de un modo satisfactorio.

»En cuanto el Congreso supo la llegada de D. Agustín á la República, dió orden á D. José Bernardo Gutiérrez de Lara, gobernador del Estado, para que lo fusilase.

»El Congreso dictó esta orden el domingo 18.

»Iturbide llegó á Padilla el lunes 19 y solicitó permiso del Congreso para entrar á presentársele, y le fué negado el permiso.

»Entonces Garza le quitó el mando de la tropa, y dejándole en prisión, se presentó al Congreso ante el que expuso, que en su sentir, no debía aplicarse á Iturbide una ley de proscripción que no conocía antes de desembarcar.

»Opinó el Congreso de distinta manera, y dió á Garza la misma orden que había dictado el día antes al gobernador; y á las tres de la tarde, el ayudante D. Gordiano del Castillo intimó la sentencia al reo, concediéndole tres horas para ponerse bien con Dios.

»Iturbide no hizo observación de ninguna especie, y sólo pidió se difiriese la ejecución para el siguiente día á fin de oir misa y comulgar.

»Aunque entre gente civilizada jamás se le niega á un condenado á muerte el último favor que pide, no se accedió á la solicitud de Iturbide, quien después de haberse confesado con el *presidente del Congreso*, que es cura, dió por sí mismo á su guardia el aviso de que era llegada la hora del suplicio, y hallándose ya en la plaza, miró en torno suyo, diciendo á los soldados: «A ver, muchachos,

daré al mundo la última vista,» después se vendó los ojos por sí mismo y pidió un vaso de agua que apenas probó.

»Aunque suplicó que no le amarrasen los brazos, el oficial no lo consintió y D. Agustín se sometió á ello.

»Marchó con firme paso hasta el lugar de la ejecución, encargó al cura que lo acompañaba, que tomase un reloj y el rosario que llevaba al cuello para que se lo enviase á su hijo mayor, le entregó también una carta de despedida para su esposa, y tres onzas y media en oro para que se distribuyesen á la tropa que iba á hacer fuego sobre él, y con voz clara y segura, dijo dirigiéndose á los asistentes al indisculpable desacato:

»¡Mexicanos! en el acto mismo de mi muerte, os recomiendo el amor á la patria y observancia de nuestra santa religión; ella es quien os ha de conducir á la gloria. Muero por haber venido á ayudaros, y muero gustoso porque muero entre vosotros; muero con honor, no como traidor; no quedará á mis hijos y su posteridad esta mancha; no soy traidor, no. Guardad subordinación y prestad obediencia á vuestros jefes, que haciendo lo que ellos os manden es cumplir con Dios; no digo esto lleno de vanidad, porque estoy muy distante de tenerla!

»Rezó después, besó el crucifijo que se le presentó, y á la voz de mando de D. Gordiano del Castillo, Iturbide cayó muerto.

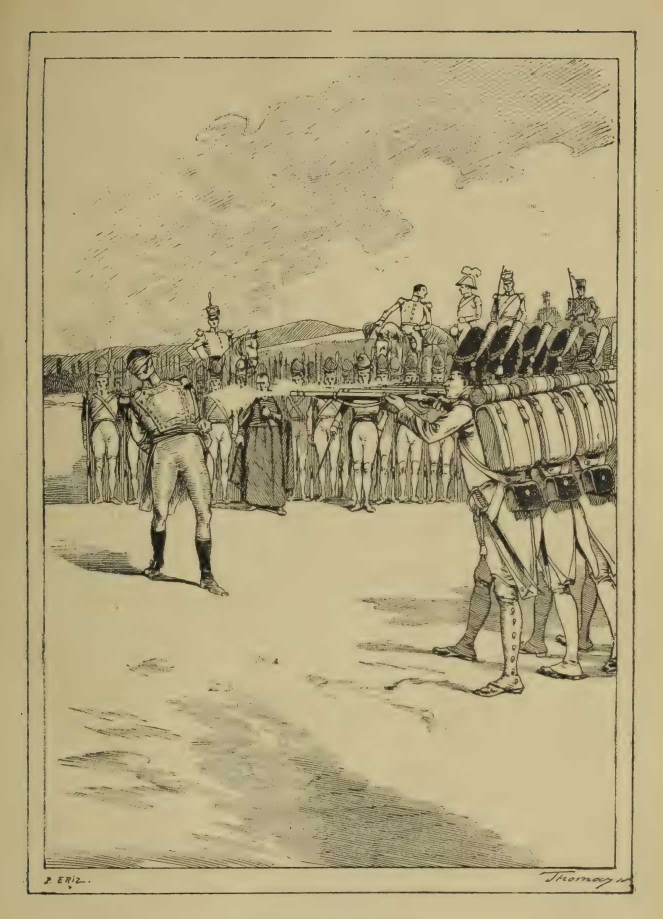
»Una bala le abrió la cabeza y otras varias el pecho.

»Amortajado con un hábito de San Francisco, el cadáver estuvo expuesto toda la noche en la capilla que servía de sala de sesiones del Congreso, y al día siguiente se le hizo un funeral que Garza costeó, y cuya misa cantó el diputado D. José Miguel de la Garza García, que fué uno de los que votó la muerte de Iturbide; al saberlo yo, me pregunté y otros también se lo preguntaron: qué, ¿tiene conciencia un hombre semejante?

»Al cadáver de D. Agustín se le dió sepultura en una iglesia vieja sin tejado.

»Tuyo siempre y afectísimo compadre.

»*Andrés Escobedo*.»




...Iturbide cayó muerto...

## XXVII

A la anterior carta del compadre, sigue en el manuscrito que he seguido y copio fielmente, una lista de los diputados del Congreso constituyente de Tamaulipas, que se hallaron presentes cuando se decretó la ejecución de Iturbide, y acordaron su decapitación en sesión del 18 de Julio de 1824, según consta á fojas once del libro de actas.

Presidente D. José Antonio Gutiérrez de Lara, presbítero.
Vice-presidente, D. Miguel de la Garza García, presbítero.
D. José Eustaquio Hernández, presbítero.
D. Juan Echandia, español.
D. Juan Bautista de la Garza, suplente.
D. José Antonio Barón.
D. Bernardo Gutiérrez, nombrado gobernador, suplente.
D. José Ignacio Gil, secretario.
D. José Feliciano Ortiz, secretario.

Después de esta lista se halla la siguiente carta que tiene fecha de 2 de Noviembre de 1824:

«Mi querido compadre Benito. El proceso Olazagoitia ha tenido el término más feliz que puedas imaginarte.

»Según te dije en una de mis pasadas cartas, todo quedó en suspenso de resultas de haber desaparecido de Méjico el Padre Bernardo, Clarita y Marianito, cuando el juez había dictado ya contra ellos el auto de prisión.

»Creo que te dije también que dispuesto el mozo Guadalupe Calvo á que no se le escapase así sin más ni más el padrecito, salió también de Méjico, resuelto á buscarle por cielo y tierra hasta dar con él vivo ó muerto.

»Pues bien, según parece, dió al fin con todos ellos en un pueblo de la Huasteca, cuyo nombre no han sabido decirme, y en el cual tenía sentados sus reales el Padre Bernardo *elevado* á coronel de una partida que proclamaba, según parece, á Fernando VII.

»Lo proclamaría ó no; pero es el caso que la tal partida mante-

nía en constante alarma á las haciendas y rancherías de aquellos rumbos, por cuya razón, el comandante de Oaxaca despachó sobre ella una fuerza militar á la cual solicitó pertenecer el mozo Guadalupe Calvo.

»Sorprendida la gente del Padre Bernardo, éste pudo, no obstante, hacer frente á las tropas del Gobierno y después de dos horas de combate cayó muerto instantáneamente de un balazo en mi-



..de una partida que proclamaba...

tad de la frente, y sus hombres quedaron prisioneros y entre ellos el buen D. Marianito, que tenía grado de capitán.

»En poco estuvo que el jefe de las tropas oaxaqueñas le hiciese fusilar, y su salvación se la debió sola y únicamente á Guadalupe, que respondió por él.

»Olazagoitia consiguió del Poder ejecutivo el indulto que para su ahijado solicitó, y Marianito ha vuelto á México, y perdonado por D.ª Luisa se ha unido á su esposa, á la cual, según parece, quiere hoy más, muchísimo más que el día en que se casó con ella.

»Marianito es otra gente distinta de lo que fué.

»Los trabajos que pasó en la ridícula campaña á que le lanzó el Padre Bernardo, han cambiado su naturaleza y ya perdió la costumbre de quejarse de sus imaginarias enfermedades.

»Su carácter es abierto, franco y alegre y quiere á su hijo, de cuya paternidad ya no duda, con verdadera idolatría.

»D.ª Luisa está contentísima y dice que no siente nada de lo que ha pasado, pues el recuerdo de sus desgracias la hace estimar más y más su presente ventura, su actual felicidad.

»D. Juan Olazagoitia, después de haber realizado la mayor parte de los bienes que en el país poseía, y de haber hecho donación de las dos mejores de sus haciendas á su ahijada Luisa, ha salido para España, llevándose al simpático Eduardo y al Dr. Oliva; todos tres se embarcaron el día 12 en Veracruz.

»De sentirse es que unos europeos tan buenos y honrados como ellos hayan dejado el país; pero la verdad es que han hecho prudentemente en marcharse, pues los españoles van á pasar aquí más de un disgusto.

»Con Olazagoitia y el Dr. Oliva se ha embarcado también Guadalupe Calvo, y dicen que no poco trabajo le costó decidirse á ello, por razón de que no se sentía con fuerzas para abandonar el país en que vive D.ª Luisa, á la cual continúa amando y en cuya presencia no volvió á ponerse desde el famoso día aquel en que el Padre Bernardo descubrió su secreta pasión.

»Marianito, á quien ahora se le llama D. Mariano, no tiene en su felicidad de hoy más que una sola espina; el recuerdo de la pérdida de su madre.

»Clarita murió en Oaxaca poco antes de que el Padre Bernardo se lanzase á la revolución.

»Dicen que á la hora de su muerte pidió á su hijo perdón por los males que le hubiese causado, y le exigió que él á su vez le solicitase de D.ª Luisa y se uniese á ella y la amase, porque era digna de tan justa reparación.

»Marianito hizo traer á México sus restos, dándoles sepultura en el cementerio de San Fernando, después de unas solemnísimas honras fúnebres á las cuales concurrió cuanto de más florido tiene la culta sociedad de esta capital.

»Todos los días 23, que esa fecha tuvo el de su muerte, Marianito y Luisa visitan el sepulcro acompañados de su hijo, que colo-

ca sobre el monumento con sus pequeñas manecitas, coronas de flores naturales.

»Las oraciones del precioso niño, sin duda son el mejor sufragio que desear puede el alma de aquella célebre mujer.

»Todos los meses y en dicho día, cuantas misas se celebran en la iglesia de San Fernando, son aplicadas al mismo fin de rogar á Dios por el descanso del alma de Clarita.

»A propósito de misas; ayer he asistido á la que por el descanso del alma de D. Agustín Iturbide mandó rezar su antiguo sargento Pío Marcha.

»Sólo él hace memoria del ilustre héroe sacrificado en EL CADALSO DE PADILLA.



...cayó muerto instantáneamente ...

FIN DE LA SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE DEL TOMO I

# INDICE DEL TOMO PRIMERO

## Primera Parte



## Segunda Parte

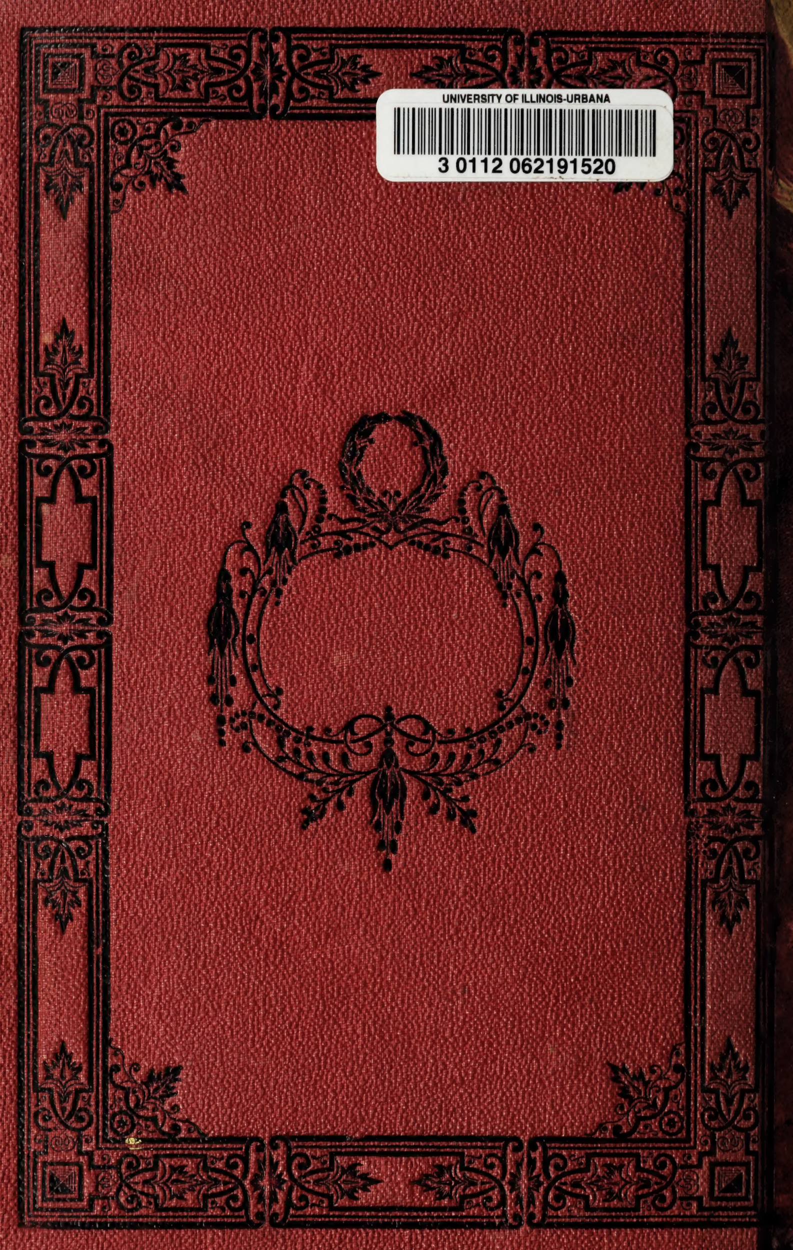
# PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO

## Primera Parte



## Segunda Parte


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 062191520